





HISTORIA
DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS
EN SU
ASISTENCIA MODERNA DE ESPAÑA

HISTORIA
DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS

EN SU
ASISTENCIA MODERNA DE ESPAÑA

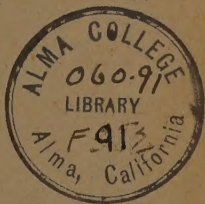
POR EL
P. LESMES FRÍAS

DE LA MISMA COMPAÑÍA

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

TOMO PRIMERO

(1815-1835)



MADRID
ADMINISTRACIÓN DE RAZÓN Y FE

Plaza de Santo Domingo, 14

1923

6968

APROBACIONES

Imprimi potest:

JOANNES CAÑETE, S. J.

Praepositus Provinciae Toletanae.

Nihil obstat:

E. UGARTE DE EROILLA, S. J.

(Censor eccles.)

Imprimatur:

† PRUDENTIUS

Episcop. Matritensis-Complutensis.

NOTICIA DE LAS FUENTES HISTÓRICAS

ADVERTENCIA. Ponemos al principio de algunos artículos entre paréntesis cuadrado, ya el nombre del autor, cuando el escrito es anónimo, ya las palabras con que en el cuerpo de la obra citamos ese artículo, cuando no son literalmente las suyas propias.

MANUSCRITOS EN PODER DE LA COMPAÑÍA

Acta congregationum provincialium, quae habitae sunt in Provincia Hispaniae a restituta ibi Societate, simul cum responsis e Roma acceptis. Volumen en folio, pasta española, de 300 páginas que contiene en copias, ya simples, ya auténticas, las actas de las congregaciones provinciales y las respuestas a los postulados de la Provincia de España hasta 1863, de la de Castilla hasta 1880, y de la de Toledo hasta 1914 inclusive.

[*Actas de la Junta de restablecimiento*]. *Libro de actas celebradas por la nueva Real Junta de restablecimiento de Jesuitas desde el 7 de Julio de 1818 en que se instaló, hasta fin de Diciembre del mismo.* Tamaño de marquilla. Otros dos libros para el año de 1819. Los dos primeros en nuestro poder; el último en el Archivo Histórico Nacional, *Jesuitas*, lib. 327. Los demás, que eran por lo menos otros cuatro, ignoramos dónde están o si han sido destruidos.

Apuntes para la historia del restablecimiento de la Compañía de Jesús en los dominios de España. Son veintidós páginas en folio útiles. Empiezan los *Apuntes* por la carta de Pío VII a Fernando VII de 15 de Diciembre de 1815, y contienen varios otros documentos y noticias sucintas que llegan hasta Septiembre de 1819. Son anónimos; pero consta que los escribió el P. Joaquín María de Parada.

ARÉVALO, P. Faustino, S. J. *Diario de Loyola.* Autógrafo del P. Arévalo, Rector de aquel colegio, muy breve, que en solas dieciséis páginas, tamaño de cuartilla, comprende desde el 29 de Abril de 1816 hasta el verano de 1820. Está en el tomo 3.º de *Documentos históricos*.

Respuesta del P. Rector del Colegio de Loyola a las preguntas que por encargo de la Real Junta de restablecimiento de Jesuitas ha hecho el M. R. P. Comisario General, Manuel de Zúñiga, en su circular de 21 de Abril de 1819. Firmada en Loyola el 30 del mismo mes y año. Está en el tomo 3.º de *Documentos históricos*.

BERDUGO, P. Mariano, S. J. *Copia de carta de edificación del H. Daniel Gabriel Morey, escolar aprobado de la Compañía de Jesús, que falleció en el Noviciado de Madrid el día 30 de Marzo de 1832. Fecha en el mismo Noviciado a 13 de Mayo de aquel año.*

[BORRULL, D. Francisco Javier]. *Relación del restablecimiento de la Compañía en Valencia.* Anónima, pero que consta ser de D. Francisco Javier Borrull. Dos redacciones hay; una autógrafa (?) y más extensa en la biblioteca de la universidad de Valencia (manuscritos, tomo 519), y otra abreviada y de otra letra en nuestro poder, en la colección *España, siglo XIX*, t. V. Llena esta última seis páginas en folio.

Breve relación de algunas cosas tocantes al colegio de la Compañía de Jesús de Villagarcía en su nuevo restablecimiento, que podrán tener lugar en las Annuas de los años 1816 y siguientes. Llega hasta Abril de 1818.

Carta del fruto hecho en las misiones por algunos Padres del Colegio Imperial desde Agosto de 1831 hasta Junio de 1832.

[*Cartas anuas*]. Así se llaman, aunque no son rigurosamente anuales, ciertas relaciones que se hacen de las cosas principales sucedidas en cada casa o colegio. En los últimos años de este período se escribieron las relativas a todo él, dando de los anteriores muy escasas noticias por lo general. Se conservan todas o la mayor parte; pero sólo utilizamos alguna que otra.

Cast. I.—*Prov. Hispaniae 1815-1835 (quaedam inde a 1814). Pars 1.ª: documenta communia a 1814 ad 1828.*

Cast. II.—*Prov. Hispaniae 1815-1835. Pars 2.ª: documenta communia a 1828 ad 1835.*

Son dos legajos formados provisionalmente, que contienen las cartas procedentes de España tanto de jesuitas como de otras personas, y con ellas algunos otros documentos.

[*Col. Gil.*] Colección de cartas dirigidas al P. Manuel Gil, principalmente por los PP. Generales, Luis Fortis y Juan Roothaan.

[*Col. Man.*] Colección de cartas dirigidas a los superiores del colegio de Manresa por los Provinciales.

[*Col. Prov.*] Colección de cartas originales y algunas autógrafas en todo o en parte, dirigidas por los PP. Generales, Fortis y Roothaan, por los Vicarios PP. Petrucci y Pavani y por el Asistente, P. Monzón, a los Provinciales de España.

[*Col. Sev.*] Colección copiosa de cartas originales y algunas autógrafas de los Provinciales a los superiores del colegio de Sevilla.

[*Colegio Imperial*]. Cinco tomos, dos en folio y tres en 4.º, de papeles tocantes al Colegio Imperial, Noviciado y Seminario de Nobles de Madrid. Los documentos pertenecen en su inmensa mayoría a la época de 1816 a 1835; pero hay algunos anteriores a la expulsión de la Compañía por Carlos III, y buen número del tiempo intermedio.

Copia de las noticias embiadas a Madrid para la compilación de las annuas hasta el Abril 1818. Autógrafo de ocho páginas de cuartilla del P. Juan José Cenzano, Rector del Colegio de Graus, que lo firma y puso de su mano ese título en la última.

Documentos históricos de la Casa y Colegio de Loyola. Cuatro tomos de diverso tamaño y encuadernación llevan al dorso ese título. La inmensa mayo-

ría de los documentos pertenece al siglo XIX y son variadísimos: Historias de la casa; correspondencia oficial y privada de nuestros superiores entre sí y con personas de fuera, diarios, etc., etc.

España. Siglo XIX. Cinco gruesos tomos en folio, encuadernados en tela y badana, llevan al dorso en tejuelos ese título general, concretado en cada uno con estos subtítulos: tomos 1.º y 2.º, *Historia de los Colegios de Castilla y Toledo*; tomo 3.º, *Historia de los Colegios de Ultramar*; tomo 4.º, *Historia de los Colegios de Ultramar y Portugal*; tomo 5.º, *Historia de los Colegios de Aragón*. Estos subtítulos necesitan explicación. *Colegios de Aragón* significa *colegios enclavados en el territorio que comprende la provincia de Aragón* desde su erección en 1863, pero los documentos todos son anteriores a esa fecha. Lo mismo es respecto de *Toledo y Portugal* desde 1880. En los de *Ultramar* no entran los que en 1863, al hacerse la división de la Provincia de España en Castilla y Aragón, quedaron por esta última, cuyos documentos están con los de ella. Todos estos papeles son muy varios: correspondencia, cartas anuas, relaciones particulares, etc., etc.; la inmensa mayoría manuscritos, pero algunos impresos. De algunos de ellos se da aquí noticia separada.

Expediente formado sobre la entrega de la Real Iglesia de San Isidro a los Padres jesuitas. Es el original, bastante voluminoso, instruido en la Junta de restablecimiento.

[GUTIÉRREZ DEL CORRAL, Luis, S. J.] *Synopsis historiae Mexicanae Provinciae Societatis Jesu ab anno XVI saeculi XIX, quo instaurata, ad XXI, quo fuit dispersa.* Está en Prov. Mexic. Litt. Ann.

HERVÁS, Lorenzo, S. J. [Continuación de Berault Bercastel]. *Historia del Cristianismo por el abate de Berault Bercastel hasta el 1721, y desde este año continuada por L. H.* Tenemos tres tomos en folio que comprenden los años de 1751 a 1769. Puede verse sobre esta obra al P. Enrique Portillo en *Razón y Fe*, t. XXXII, p. 21 y siguientes, Enero de 1912.

[Historias de las casas]. Relaciones breves que se han de escribir de tiempo en tiempo y comprenden dos, tres o más años, en las cuales se da cuenta de las vicitudes de la casa o colegio, principalmente en lo material del edificio, bienes, etc., a diferencia de las cartas anuas, donde se expone más bien lo tocante a los ministerios, ya literarios, ya espirituales. Poseemos todas o casi todas las que se escribieron en este periodo de 1815 a 1835, redactadas ya en los últimos años de él.

Historia del Colegio de San Ignacio de Loyola de la Compañía de Jesús desde su restablecimiento en Abril de 1816 hasta su supresión a fines de 1840. Veintiocho hojas de marca romana.

Historia Collegii Lojolaei Societatis Jesu a prima ejus restauratione anno 1816 ad ultimam ejus suppressionem 1840. Cuarenta y una páginas de algo mayor tamaño

Algunas diferencias hay entre estos dos manuscritos, aunque ambos son del P. José Téllez, último Vice-Rector, que juntamente con el Provincial firma el latino. La diferencia principal consiste en que el latino empieza con una *Brevis vicissitudinum notitia Collegii Loyolaei a Societatis Jesu suppressione ad usque ejusdem restaurationem*, que falta en el castellano. En general no es el uno sino traducción del otro. Esta es una de las historias de las casas indicadas en el artículo anterior; pero que por su extensión viene a ser muy

diferente de las otras. Por eso se pone expresamente en este lugar. Hállase en el tomo 4.º de *Documentos históricos*.

Inventario de los expedientes que se habían formado por la anterior Junta, relativos al restablecimiento, e incidencias que por resulta de ellos se han suscitado y obrado por la cesante, a fin de hacer entrega de ellos en virtud de lo dispuesto por los Señores de la Junta Nacional del Crédito Público, a D. Manuel Nieto y Resano, Archivero general de temporalidades. Fechado en 2 de Noviembre de 1820. Original en 21 hojas útiles en folio. Por él constan casi todas las corporaciones que pidieron el restablecimiento de la Compañía.

[ISLA, P. José Francisco, S. J.] *Anatomía de la Carta Pastoral que (obediendo al Rey) escribió el Illmo. y Reverendísimo Señor D. José Xavier Rodríguez de Arellano, Arzobispo de Burgos, del Consejo de S. M. Cartas de un Abate Romano, Académico de los Arcades a un Abate Florentino, Académico de la Crusca. Tradúctalas del italiano al español un aficionado a esta lengua.* Minuciosa y terrible *Anatomía* de la tal *Carta Pastoral* (véase su título en los impresos), refutando victoriosamente las increíbles acusaciones en ella amontonadas contra la Compañía. Si esta obra del P. Isla hubiera podido publicarse y correr libremente en aquel tiempo, su nombre hubiera dejado atrás al de **Fray Gerundio**, a no estorbarlo su mucha extensión.

[LERDO, P. Ignacio M., S. J.] *Mexicanae provinciae brevis notitia* (1816-1845). Cuatro hojas en folio en *Prov. Mexic. Litt. Ann.*

[" " "] *Stato della compagnia di Gesu nel Messico l'anno 1830, nono della sua suppressione. Agosto de 1830.* En *Prov. Mexic. Litt. Ann.*

" " " **Relación del tumulto irreligioso acaecido en Madrid en los días 17 y 18 de Julio de 1834, alusiva especialmente al Colegio Imperial de la Compañía de Jesús.** Lleva tres series de apéndices: 1.ª, relaciones de casos particulares ocurridos en aquellos días escritas por jesuitas y por seglares; 2.ª, compendios de las vidas de los quince jesuitas asesinados; 3.ª, testimonios de la santidad de vida y causa de su muerte y contra los asesinos con las cartas del urbano Galle Mallor y del fiscal, Sr. Jado, citadas en el texto. Está litografiada, y la parte principal impresa (véase el artículo correspondiente).

Lista 2.ª de los individuos que se hallan en el día aplicados a casas o colegios con expresión de las mismas casas. Agosto 1816. Ocho páginas en folio, letra del P. José Fernando de Silva. Se imprimió esta *Lista* el año 1917 con otros documentos, como apéndice al *Catalogus Sociorum et Officiorum Societatis Jesu in ditionibus Sacrae Catholicae Majestatis ineunte anno MDCCCXVII.*

LUENGO, P. Manuel, S. J. *Diario de la Expulsión de los Jesuitas de los dominios del Rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja, después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha Provincia de Castilla.* Corre desde Abril de 1767 hasta Septiembre de 1815, y a cada año corresponde un tomo, de modo que todos son cuarenta y nueve; pero catorce de ellos están divididos en dos partes, una para cada semestre del año, y así los volúmenes son sesenta y tres. Se ha perdido el de 1770. Dan alguna noticia de este *Diario* en *Razón y Fe*, tomo XXXIX, p. 418, el P. Enrique Portillo; y tomo XL, p. 323, el Padre Constancio Eguía.

LUENGO, P. Manuel, S. J. **Papeles varios.** Colección formada de los más diversos documentos, muchos de ellos citados en el *Diario* y que parecen reunidos ya para 1798. Eran veintiséis tomos; faltan el 18, el 22 y parte del 11. Otra corta colección, formada desde 1801 en cuatro tomos, la tituló *Miscelánea*.

Memoria compendiosa sobre el actual estado económico de la restablecida Compañía de Jesús (Mayo de 1818). Borrador autógrafo del P. Silva en hojas sueltas e incompleto.

Memorialia. Un tomo en folio de cerca de trescientas hojas numeradas, lleva en el lomo ese título y en la portada este otro: *Libro de las Visitas, Ordenaciones y Mandatos de los Visitadores o Provinciales, impuestos a cada Colegio o Casa de la Compañía de Jesús de la provincia de España, o bien a consecuencia de Visita, o bien según las oportunidades ocurrentes.* Contiene los *Memoriales* dejados a varios colegios por los Provinciales en sus visitas los últimos años antes de la supresión de la Provincia en 1835, y algunos de época muy reciente, después de 1880.

Memoriae quae de parvis aliquibus Collegiis, post suppressionem Societatis hispanicam (1820) *nunquam apertis, supersunt.* Se escribieron en 1832 y se refieren a los colegios de Murcia, Tortosa, Villagarcía, Trigueros, Oñate, Cádiz, Badajoz y Graus.

Memorias del restablecimiento de la Compañía de Jesús en Valencia. Diez páginas en folio sin fecha ni nombre de autor; pero por su texto se ve que las escribió alguno de los Padres venidos de Italia. Terminan con la muerte del P. Juan Francisco Masdeu, 11 de Abril de 1817. Hállanse en la colección *España, siglo XIX*, t. V.

MOREY, P. Antonio, S. J. Carta de edificación del H. Miguel Aldasoro, escolar aprobado, fallecido en el Colegio Imperial a 12 de Junio de 1832, fecha en el mismo Colegio a 1 de Abril del mismo año.

„ „ „ *Summarium vitae P. Vincentii Morera, Schol. appr., in Collegio Manresano, die 26 Maji ann. 1832, aetut. 30.º, Societ. vero 8.º, defuncti.* Firmado por el P. Morey el 1 de Junio.

Prov. Hisp. Litt. Ann. Hist. Dom.: 1816-1862. Tomo en folio de novecientas ochenta y una páginas, en el cual se han reunido encuadernados los documentos originales indicados, cartas anuas e historias de las casas de la Provincia de España, con algunos otros análogos desde 1816 hasta 1862.

Prov. Mexicana (fere semper dispersa) 1816-1853. Legajo de cartas y algunos otros documentos relativos a la Provincia de Méjico en el tiempo indicado.

Prov. Mexic. Litt. Ann., Hist. Dom., Summ. Vit., 1816 1909. Tomo encuadernado de seiscientas y tres hojas, que contiene, como dice su título, las cartas anuas, historias de las casas y vidas sumarias de los jesuitas mejicanos fallecidos desde 1816 hasta 1909.

PUYAL, Illmo. Sr. D. Atanasio, Obispo de Calahorra. Setenta cartas autógrafas dirigidas al P. Faustino Arévalo, la primera de 27 de Octubre de 1815, la última de 1 de Diciembre de 1822. Están reunidas en el tomo 3.º de *Documentos históricos* de Loyola.

Registro de las Ordenes y oficios que los Señores Ministros de la Real Junta de restablecimiento de Jesuitas comunican a esta Contaduría General de Temporalidades. Corren de 28 de Noviembre de 1815 a 21 de Mayo de 1816.

Registro de los que se reciben novicios en esta casa de San Luis desde 24 de Mayo de 1817. Noviciado de Sevilla. Notas escritas o a lo menos firmadas por los mismos novicios, que llegan hasta 8 de Julio de 1827.

Registros de las cartas de los Generales de la Compañía por orden generalmente cronológico en grandes tomos en folio. Los citamos sin más especificación que la de *Registro correspondiente*.

Relación de lo que los individuos de la Compañía han trabajado y trabajan en servicio de Dios y de nuestro Católico Monarca a bien de las almas en su Colegio de Villagarúa. Anónima, probablemente del P. José Galiardo. Cuatro páginas, tamaño de cuartilla.

Relación del viaje de mar de diecinueve jesuitas, que salieron de Roma a los 20 de Octubre y llegaron a Barcelona después de varias averías el día 5 de Diciembre de 1815. Anónima de dos hojas en folio.

Relación de la entrada de los Padres en Manresa en 1816 y de la toma de posesión del Colegio y Santa Cueva. Es contemporánea y no lleva título alguno ni nombre de autor.

[REVILLAGIGEDO, Conde de]. *Copia del informe general instruido en cumplimiento de la Real orden de 31 de Enero de 1784 sobre las misiones del Reino de Nueva España, comparando su actual estado con el que tenían las que entregaron los ex-jesuitas al tiempo de su expatriación.* (De otra letra): *De Morán, Secretario del propio Virreinato.*

Este informe está impreso; pero hemos utilizado esta copia manuscrita.

SÁNCHEZ, H. Gregorio, S. J. *Memorias del Seminario de Valencia* escritas por este Hermano Coadjutor, que estuvo en él de maestro de primeras letras e inspector (pasante le llamaban entonces y luego prefecto de sala), desde Agosto de 1818 hasta Marzo de 1828. Autógrafo de ciento seis páginas de a cuartilla en la colección *España, siglo XIX*, t. V.

[SEGÚI, P. Cayetano, S. J.] *Carta del P. N. N. de la Compañía de Jesús del Colegio Imperial a otro Padre de la misma Compañía.* Trata de los ministerios ejercitados por los Padres de aquel colegio.

VELASCO, P. Juan de, S. J., *Historia moderna del reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino, escrita por el presbítero D. Juan de Velasco.* Tres tomos en 8.º de letra menuda.

DIVERSOS ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS

Archivo Vaticano.

Carte consegnate dal Cardinale Litta a Mons. Albani.

Carteggio del Cardinale Pacca col Cardinale Consalvi, 1814-1815.

Lettere dei Sovrani al Papa Pio VII.

Segreteria di Stato, 1815.

Spagna, n. 113 (461); 117 (459); 309; 303; 310; 324 (458); 453; Monsignor Nunzio al Cardinale Segretario di Stato, 1820.

Archivo General de Simancas.

Estado, libro 180; leg. 4997; 5056; 5064; 5065; 5066; 5253; 6652.

Gracia y Justicia, leg. 589 (254); 691; 969 (395); 972 (397); 973 (397). Los números entre paréntesis son modernos, los otros antiguos. Cada legajo moderno comprende varios antiguos conservando su numeración.

Inquisición, leg. 1603. Recientemente han sido traídos todos los papeles de Inquisición al Archivo Histórico Nacional.

Marina, leg. 411.

Archivo General de Indias (Sevilla).

76-5-36; 91-2-11; 108-7-10; 108-7-11; 123-1-15; 123-2-22; 123-3-4; 123-6-1; 123-6-12; 124-2-13; 124-3-10; 127-2-9; 145-7-4; 155-4-3; 155-4-4.

Archivo General Central (Alcalá de Henares).

M. F. (Ministerio de Fomento), leg. 2466; 2489; 3952.

M. H. (Ministerio de Hacienda) leg. 3311; 4862.

Archivo Histórico Nacional (Madrid).

Estado, leg. 2872; 3448; 3457; 3513; 3517; 3518; 3526; 3903; 3910; 3914; 5747; 5751; 5755; 5915; 6128; 6428.

Junta Central, leg. 4; 7.

Consejos, lib. 900 e; 968 e; 978 e. Leg. 1137; 17144; 17148; 17149; 5445; 5468; 5530. *Consejo de Castilla*; *Ordenes religiosas* 7, 21. Este rótulo y números llevaban en la carpeta dos legajitos procedentes de la Secretaría de Gracia y Justicia, cuando hace años los examinamos. No hemos podido averiguar su colocación en la numeración actual.

Jesuitas, leg. 112; 116; 117; 161; 276; 277. Lib. 327: Actas de la Junta de restablecimiento de Jesuitas de Julio-Diciembre de 1819.

I. I. (Instrucción Pública), leg. 221; 222; 321; 323; 328; 330; 331. La designación de estos legajos (*I. P.*) y su numeración es la que tenían en el Archivo de Alcalá. Cuando nosotros los registramos en el Nacional, no estaban aún colocados en ninguna de sus secciones, pero sí destinados a la de *Jesuitas*, por referirse la mayoría a sus colegios, antes y después de la expulsión de Carlos III.

Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia.

Órdenes de Madrid (registro de Reales órdenes dirigidas a personas de Madrid), tomos 254; 255; 256; 269; 270; 271.

Órdenes de fuera (registro de Reales órdenes dirigidas a personas de fuera de Madrid), tomos 424; 427.

Parte reservada, leg. 23; 31.

Archivo de la Embajada española cerca de la Santa Sede.*Registro de la correspondencia*, leg. 122.

Diversos expedientes sueltos.

Archivo provincial de Guipúzcoa.*Registro de las Juntas generales* de 1814.*Copiador de cartas* desde 22 de Julio de 1814 hasta 30 de Junio de 1815.**Archivos de los Ayuntamientos de****Barcelona:** *Acuerdos* de 1814; 1815; 1833.» *Consultas y oficios remitidos*, 1827; 1828; 1833.» *Representaciones* de 1814; 1815.**Burgos:** *Actas capitulares* de 1823.**Cádiz:** *Libros capitulares* de 1814 a 1819.**Logroño:** *Libros capitulares* de 1817.**Madrid:** 2-286-9; 2-364-8.**Murcia:** *Actas capitulares* de 1814 y 1815.**Palma de Mallorca:** *Actas capitulares* de 1816.**Sevilla:** *Actas capitulares* de 1814.» *Siglo XIX. Escribanía de Cabildo.***Archivos de los Cabildos Catedrales de****Barcelona:** *Actas capitulares* de 1814.**Palma de Mallorca:** *Actas capitulares* de 1814 a 1816.» » *Correspondencia* de 1814 a 1816.**Sevilla:** *Actas capitulares* de 1814.**Bibliotecas.****De S. M. el Rey**, 2.409 (manuscrito).**Nacional:** Sala de manuscritos, 9.142.**De la Real Academia de la Historia:** Papeles de Jesuitas, 11-12-1-86; 11-12-3-115.**Provincial de Toledo:** Manuscritos, núm. 160.**De la Diputación de Vizcaya:** *Acuerdos de Diputación y Juntas generales* de 1810 a 1814.**De la Universidad de Valencia:** Manuscritos, núm. 519.**Corsini (Roma):** *Memorie del P. Angiolini.*

IMPRESOS

ALAMÁN, Lucas. *Historia de México*. México, imprenta de Victoriano Agüero y Compañía, 1883-85.

Album conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la fundación en la Habana del Colegio de Belén de la Compañía de Jesús. Habana, imprenta Avisador Comercial, 1904.

ALCALÁ GALIANO, Antonio. *Memorias* publicadas por su hijo. Madrid, imprenta de Enrique Rubiños, 1886.

ALEGRE, P. Francisco Javier, S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, publicada por D. Carlos María Bustamante. Méjico, imprenta de J. M. Lara, 1841-42.

ALONSO MORGADO, José. *Sevilla Mariana*, Revista religiosa.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael. *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona, Juan Gili, 1900-1911.

ALVARADO, Fr. Francisco (El Filósofo Rancio). *Cartas Críticas*. Madrid, imprenta de E. Aguado, 1824-25.

» » *Cartas inéditas*. Madrid, imprenta de D. José Félix Palacios, 1846.

ALVAREZ Arteta, Segundo. *La Cuestión de límites entre las Repúblicas del Ecuador y el Perú*. Sevilla, Escuela tipográfica y librería salesianas, 1901.

ALVEAR y WARD, Doña Sabina de. *Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León*. Madrid, imprenta de Luis Aguado, 1891.

AMENGUAL, D. José. *Sermón de San Ignacio*, predicado en la iglesia de Montesión el 31 de Julio de 1815. Palma de Mallorca, imprenta de Felipe Guasp, 1815.

ANDRÉ, Marius. *La fin de l'Empire Espagnol d'Amerique*. Paris, Nouvelle Librairie Nationale [1922].

ARCO, Ricardo del. *Memorias de la Universidad de Huesca* (Colección de documentos para el estudio de la Historia de Aragón, tomo VII). Zaragoza, oficina tipográfica de Pedro Carra, 1912.

ARRANGOIZ, D. Francisco de Paula de. *Méjico desde 1808 hasta 1867*. Madrid, imprenta a cargo de D. A. Pérez Dubrull, 1871-87.

ARRILLAGA, P. Basilio, S. J. *Examen crítico de la MEMORIA del Ministerio de Justicia y Negocios eclesiásticos sobre el Patronato*. Méjico, imprenta de Mariano Galván, 1835.

» » *Observaciones sobre la obra del Dr. D. Joaquín Lorenzo Villanueva, intitulada: Juicio de la obra del Sr. Arzobispo de Pradt sobre el concordato de México con Roma*. Guadalajara, imprenta de José Oroncio Santos, 1829.

» » *Patronato Nacional*. Méjico, imprenta de Alejandro Valdés, 1826.

» » *Zurribanda política o azotes legales al doctor Oller*. Méjico, imprenta de Alejandro Valdés, 1825.

ASTRAÍN, P. Antonio, S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1901-1920.

Atalaya de la Mancha (La), en Madrid. Periódico católico publicado de 1813 a 1815.

AZARA, D. Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, publicada por D. Agustín de Azara. Madrid, imprenta de Sánchez, 1847.

» » *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes*. Bibliografía, Prólogo y Anotaciones, por Rodolfo R. Schuller, Montevideo, 1904. La división es por *Viajes* y a continuación de ellos viene una *Descripción General* del Paraguay.

AZARA, D. José Nicolás de, [Cartas]. *El Espíritu de D. José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia epistolar con D. Manuel de Roda*. Madrid, imprenta de J. Martín Alegria, 1846.

BARROS ARANA (Diego). *Historia general de Chile*. Santiago, Rafael Jover, editor, 1894-1902.

BARRUEL, Agustín, S. J. *Memorias para servir a la historia del Jacobinismo*, traducidas por F. R. S. V. (Fr. Ramón Strauch y Vidal). Palma, imprenta de Felipe Guasp, 1813 14.

» » *Compendio de las Memorias para servir a la historia del Jacobinismo*, traducido del francés al castellano por el M. I. Sr. D. Simón de Rentería y Reyes. Villafranca del Bierzo, imprenta de Pablo Miñón, 1812.

BARRY, David. *Noticias secretas de América*, escritas por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, publicadas por David Barry. Londres, imprenta de R. Taylor, 1826.

BLANCO DE VALBUENA, D. Manuel. *De Scholis Matritensibus a Philippo IV erectis, Regia Caroli III munificentia restitutis oratio habita Kalendis Octobris MDCCLXXI, in ipsa Studiorum solemnibus instauratione*. Madrid, imprenta de Joaquín Ibarra, 1771.

Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana, publicado en Palma de Mallorca.

BÓNOLA, el Abate. *La Liga de la Teología moderna con la Filosofía en daño de la Iglesia de Jesucristo*. Madrid, imprenta de la Administración de la Rifa del Real Estudio de Medicina práctica, 1798.

BOURGOING, J. Fr. *Tableau de l'Espagne Moderne*, 1797.

BRAVO, D. Francisco Javier. *Colección de documentos relativos a la expulsión de los Jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Carlos III*. Madrid, imprenta de José María Pérez, 1872.

» » *Inventarios de los bienes hallados a la expulsión de los jesuitas en los pueblos de Misiones, fundados en las márgenes del Uruguay y Paraná, en el Gran Chaco, en el país de Chiquitos y en el de Mojos*. Madrid, Rivadeneyra, 1872.

BROTOS Y PERICAS, Fr. José. *La Revolución en triunfo*. Alicante, imprenta de Nicolás Carratalá e hijos, 1813.

Burgos, Ayuntamiento de. *Representación hecha a S. A. S. la Regencia del Reino pidiendo especial protección para la Compañía de Jesús, etc.* Burgos, imprenta de Villanueva, 1823.

BURNICHON, Joseph, S. J. *La Compagnie de Jésus en France. Histoire d'un siècle, 1814-1914* (en curso de publicación). Paris, Gabriel Beauchesne, 1914-1919.

CABALLERO, Ramón Diosdado, S. J. *Gloria posthuma Societatis Jesu*. Roma, imprenta de Francisco Bourlié. 1814.

CALATAYUD, P. Pedro, S. J. *Doctrinas prácticas*. Valladolid, imprenta de la Congregación de la Buena Muerte, 1753.

CANELLA Y SECADES, D. Fermín. *Historia de la Universidad de Oviedo*. Oviedo, imprenta de Flórez Gusano y Compañía. 1903.

CARBIA, Rómulo de. *Historia Eclesiástica del Río de la Plata*. Buenos Aires, Casa editorial Alfa y Omega, 1914.

CASTAÑIZA, Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Francisco. *Relación del restablecimiento de la Sagrada Compañía de Jesús en el Reyno de Nueva España*. [Méjico] imprenta de Mariano Ontiveros, 1816.

Censor (El). Periódico liberal, político y literario, semanario de 1820 a 22.

CLÉMENT, Agustín Juan Carlos. *Journal de correspondences et voyages d'Italie et d'Espagne* en 1758, 1768 et 1770. París, 1802. Del tomo segundo, que contiene el viaje a España en 1768, da un extracto el P. Hervás en su continuación de la Historia de Berault Bercastel. Este extracto citamos, por no haber podido ver la obra misma.

CODINA Y FORMOSA (J. B.) y Alabert y Sans (G.). *Efemérides para la historia del Seminario conciliar de Barcelona*. Barcelona, 1908.

Colección de las Reales Ordenes y Providencias dadas por S. M. y su Supremo Consejo, en razón de la enseñanza y gobierno de la Universidad de Alcalá de Henares desde el año de 1760. Alcalá, imprenta de doña María Espartosa y Briones, 1773.

Colección de los Decretos y Ordenes de las Cortes. Cádiz-Madrid, 1811-1821.

Colección general de providencias sobre el extrañamiento y ocupación de temporalidades de la Compañía de Jesús por Carlos III. Madrid, imprenta Real de la *Gaceta*, 1767-84.

Compendio de las vidas de quince religiosos de la Compañía de Jesús, sacrilegamente asesinados en Madrid en 1834. Madrid, imprenta de la viuda e hijo de Aguado, 1884.

CONSALVI, Cardenal Hércules. *Mémoires* (publicadas por Cretineau Joly). *Nouvelle édition illustrée, augmentée d'un fascicule inédit sur le concile de 1811, publiée par le R. P. Jean-Emmanuel B. Drochon, des Agustins de l'Assomption*. París, Maison de la Bonne Presse.

Constituciones del Real Seminario de Nobles de Madrid. Real decreto insertándolas y aprobándolas, dado en Aranjuez a 20 de Mayo de 1755.

Constituciones del Real Seminario de Nobles de Madrid. Madrid, imprenta Real por D. Pedro Julián Pereyra, 1799.

Correspondant (Le). Revista mensual francesa.

CREIXELL, P. Juan, S. J. *Residencia y Colegio de San Ignacio en Manresa*. Manresa, imprenta de San José.

CRETINEAU-JOLY (J.). *Histoire religieuse, politique et littéraire de la Compagnie de Jésus*. París, 1844-46.

CUETO, D. Leopoldo Augusto de. *Historia Crítica de la Poesía Castellana en el siglo XVIII*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893.

CHATEAUBRIAND. *Génie du Christianisme*. París, Firmin Didot, 1850.

DÁVILA Y ARRILLAGA, José Mariano. *Continuación de la Historia de la*

Compañía de Jesús en Nueva España del P. Francisco Javier Alegre. Puebla; imprenta del Colegio Pío de Artes y Oficios, 1888.

DANVILA Y COLLADO, D. Manuel. *Reinado de Carlos III.* Madrid, el Progreso Editorial.

DECORME, P. Gerardo, S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX* (edición privada). Guadalajara, tipografía *El Regional*, 1914.

Decretos del Rey Don Fernando VII. Madrid, imprenta Real, 1816-1833.

Decretos de la Reina Nuestra Señora, Doña Isabel II (continuación de los *Decretos del Rey*).

DESDEVISES DU DEZERT (G.) *L'Espagne de l'ancien régime. La Société* (T. I.) *Les Institutions* (T. II.) *La Richesse et la Civilisation* (T. III). París, Société française d'imprimerie et de librairie, 1897-1904.

Diario de las Sesiones de Cortes, 1811 y 1820. *Estamento de Procuradores*, 1834-1835.

Diario de Valencia, periódico realista de 1815 y siguientes.

DÍAZ CASSOU, Pedro. *Serie de los Obispos de Cartagena.* Madrid, imprenta de Fortanet, 1895.

DRIVE, P. Agustín, S. J. *María y la Compañía de Jesús.* Traducción del P. Manuel Tarré. Tortosa, imprenta moderna del Ebro, 1916.

ENRICH, Francisco, S. J. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile.* Barcelona, imprenta de Francisco Rosal, 1891.

ESCOLANO Y ARRIETA, D. Pedro. *Práctica del Consejo Real.* Madrid, imprenta de la viuda e hijo de Marín, 1796.

ESCRICHE, D. Joaquín. *Diccionario razonado de Legislación y Jurisprudencia.* París, lib. de Roca, Bouset y C.^a, 1851.

España Sagrada. Tomo LI. *De los Obispos titulares.* Madrid, imprenta de José Rodríguez, 1879.

Estudios Franciscanos. Publicación mensual dirigida por los Padres Capuchinos. Sarriá (Barcelona).

Études. Revista quincenal francesa dirigida por los Padres de la Compañía de Jesús. París.

Examen general y público de Doctrina Cristiana, Primeras Letras, Latinidad, Humanidades, etc., de los alumnos del colegio de la Compañía de Sevilla, los días 15, 16, 17, 18, 19, 20 de Julio de 1828. Sevilla, imp. de Mariano Caro, 1828.

Examen público del Real Seminario de Nobles de Madrid, los días 17, 18, 19, 20, 22 y 23 de Diciembre de 1828. Madrid, imprenta de D. E. Aguado.

Extraits des assertions dangereuses et pernicieuses en tout genre, que les soi-disans Jésuites ont dans tous les temps et persévéramment soutenues, &c. París, chez Pierre Guillaume Simon, 1762.

FEDERICO II. *Oeuvres complètes de Frédéric II, roi de Prusse*, 1790.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Angel. *Olózaga. Estudio político y biográfico.* Madrid, imprenta de Manuel de Rojas, 1883.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo. *Memorias Históricas de la Ciudad de Zamora.* Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1883.

FERNÁNDEZ Y DOMINGO, D. Daniel. *Anales o Historia de Tortosa.* Barcelona, imprenta de Jaime Jepús, 1867.

FERNÁN-NÚÑEZ, Conde de. *Vida de Carlos III*, publicada por A. Morel Fatio y A. Paz y Melia. Madrid, Fernando Fe, 1893.

Filósofo de Antaño (El). *Prodigiosa Vida, admirable doctrina, preciosa muerte de los Venerables Hermanos, los Filósofos Liberales de Cádiz*, etc. Por D. F. A. y B. Cádiz, imprenta de Lema, 1813. Se publicaba periódicamente con el título de *El Filósofo de Antaño*.

FITA, P. Fidel, S. J. *La Santa Cueva de Manresa*. Manresa, imprenta de Roca, 1872.

FREYRE Y CASTRILLÓN, D. Manuel. *Unico remedio de nuestros males. Proclama a todos los pueblos cristianos. Napoleaca V*. Segunda edición, sin a. ni l.

FRÍAS, P. Lesmes, S. J. *La Provincia de España de la Compañía de Jesús*, 1815-1863. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1814.

FUENTE, D. Vicente de la *Historia de las Sociedades Secretas antiguas y modernas de España*. Lugo, imprenta de Soto Freire, 1870.

» » *Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*. Madrid, imprenta de la viuda e hija de Fuentenebro, 1884-1889.

» » *Historia de la siempre Augusta y Fidelísima Ciudad de Calatayud*. Calatayud, imprenta del Diario, 1881.

» » *Historia Eclesiástica de España*. Segunda edición. Madrid, Compañía de impresores y libreros, 1873-1875.

» » *1767 y 1867. Colección de los artículos sobre la expulsión de los jesuitas de España, publicados en la revista semanal La Cruzada*. Madrid, R. Vicente y M. Rivadeneyra, 1867-1868.

FURIÓ Y SASTRE, D. Antonio. *Vida del Beato Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús*. Palma, imprenta a cargo de D. Juan Guasp, 1851.

GARCÍA, P. Ramón, S. J. *Vida del Hermano Mariano Creus, Escolar aprobado de la Compañía de Jesús*. Barcelona, imprenta de Francisco Rosal, 1889.

GEHBARD, D. Víctor. *Historia General de España y de sus Indias*. Barcelona, imprenta de Luis Tasso, 1864.

GENDRY, Jules. *Pie VI. Sa Vie, son Pontificat*. Paris, Alphonse Picard.

GERWINUS (G. G.). *Geschichte des neunzehnten Jahrhunderts, seit den Wiener Verträgen*. Leipzig, 1858.

GIL Y ZÁRATE, Antonio. *De la Instrucción pública en España*. Madrid, imprenta del Colegio de Sordomudos, 1853.

GINER, Fr. José. *Sermón predicado en la iglesia de la Compañía de Valencia en acción de gracias por su restablecimiento*. Valencia, Monfort, 1816.

GODOY, D. Manuel. *Memorias críticas y apologéticas*. Madrid, I. Sancha, 1836-38.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico. *Historia General de la República del Ecuador*. Quito, imprenta del Clero, 1892-1904.

GRANDMAISON, Geoffroy. *Un Curé d'autrefois. L'abbé de Talhouët*. Paris, librairie Ch. Poussielgue, 1894.

GROOT, D. José Manuel. *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*. Bogotá, casa editorial de M. Rivas y C.^{ta}, 1890.

Guía Eclesiástica de 1820.

GUSTÁ, P. Francisco, S. J. *El antiguo Proyecto de Borgo Fontana conti-*

nado y cumplido de los modernos jansenistas. Traducción del P. Fr. José Brotons y Pericas. Orihuela, imprenta de la viuda de D. Antonio Santamaria e hijo, [1814].

GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, D. Francisco. *Dictamen presentado y leído en el Consejo de Castilla sobre el restablecimiento de los Jesuitas* Madrid, imprenta de D. Agustín Espinosa y C.^a, 1845

[GUTIÉRREZ DEL CORRAL, P. Luis, J. S.] *Crítica sobre el dictamen de la Comisión especial del Concejo de Veracruz acerca de la resistencia del Señor Obispo de Puebla a obedecer el decreto 54 de aquella Legislación, etc.* Puebla, imprenta de José María Campos, 1834. (En colaboración con el P. Arrillaga.)

HENRIÓN, Barón de. *Historia General de la Iglesia... traducida, anotada y añadida en lo tocante a la Iglesia de España*, por D. Epifanio Díaz Iglesias Castañeda. Madrid, imprenta de Ancos, 1851-1854.

» » *Historia General de las Misiones... traducida al castellano ampliada, anotada y adicionada en lo perteneciente a España*, por los Sres. Carbonero y Sol, Magán y Caballero. Barcelona, Juan Oliveres, 1863.

HERGENROETHER, el Cardenal. *Historia de la Iglesia*, traducida al castellano por diversos individuos. Madrid, tipografía Gutenberg, 1883-1889.

HERNÁNDEZ, P. Pablo, S. J. *El Extrañamiento de los Jesuitas del Rto de la Plata y de las Misiones del Paraguay*. Madrid, Victoriano Suárez, 1908.

» » *La Compañía de Jesús en las Repúblicas del Sur de América. Reseña Histórica de la Misión de Chile-Paraguay, 1836-1914*. Barcelona, J. Pugés, 1914.

» » *Organización Social de las Doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*. Barcelona, Gustavo Gili, 1913.

HERVÁS Y PANDURO, P. Lorenzo, S. J. *Revolución religionaria y civil de los franceses en el año 1789; sus causas morales, etc.* Madrid, 1803.

Historia de la Vida y Reinado de Fernando VII en España. Madrid, imprenta de Repullés, 1842.

Institutum Societatis Jesu. Florentiae, ex typographia a SS. Conceptione, 1892-1893.

Instrucción o Reglamento interino para el Real Seminario de Nobles, que se establece provisionalmente en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid. Madrid, imprenta de D. E. Aguado, 1826.

Instrucción Pastoral de los Ilmos. Sres. Obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona. Málaga, imprenta de Martínez, 1813.

JUAN, D. Jorge. (Vid. Barry.)

Juicio Imparcial sobre el Monitorio de Parma. Madrid, imprenta de Ibarra, 1769.

Kalendario-Manual y Guía de forasteros en Madrid. Imprenta Real, 1788 a 1793.

LAFUENTE, D. Modesto. *Historia general de España*. Madrid, imprenta de D. Francisco de P. Mellado, 1861-1866.

LAZO DE LA VEGA, Fr. José María. *Oración en la Catedral de Cádiz en la solemne acción de gracias por el restablecimiento de la Compañía de Jesús en España*. Cádiz, imprenta de Nicolás Gómez de Requena, [1815].

LEMA, Marqués de. *Antecedentes Políticos y Diplomáticos de los sucesos de 1808*. Madrid, imprenta Alemana, 1911.

LEMA, Calomarde. *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia*. Madrid, imprenta de Jaime Ratés, 1916.

• *Estudios Históricos y Críticos. Primera Serie*. Madrid, 1913.

LERDO, P. Ignacio M., S. J. *El Pecado de Sangre*. (Con este título se ha publicado la *Relación del tumulto irreligioso*, que va entre los manuscritos, omitiendo los apéndices allí indicados.) Colección *De Broma y de Veras*, números 121 y 122. Bilbao, *El Mensajero*, 1921.

[• • • • •] *El Quebrantahuesos*. Publicación periódica de 1826 y 27. Méjico, imprentas de Alejandro Valdés y de Galván.

• • • • • *Exposición del Dr. Lerdo contra las Observaciones del Pensador mexicano*. Méjico, Alejandro Valdés, 1826.

Liber Saecularis Historiae Societatis Jesu ab anno 1814 ad annum 1914. Roma, imprenta vaticana, 1914.

LUTTEROTH, Henri. *La Russie et les Jesuites de 1772 a 1820*. Paris, 1845.

LLORENTE, Juan Antonio. *Histoire Critique de l'Inquisition d'Espagne*. Paris, 1817-1818.

MAAS OTTO, O. F. M. *Las Órdenes religiosas de España y la colonización de América en la segunda parte del siglo XIX*. Barcelona, imprenta de Fidel Giró, 1918.

[MARIÁTEGUI, P. Francisco Javier, S. J.] *El ex-jesuita oprimido*. Memoria que presenta a S. M. la Junta de Cortes el ex-jesuita F. X. M. Palma, imprenta de Brusi, 1812.

[MARÍN DE VELASCO, P. Jacinto, S. J.] *Representación de la Compañía de Jesús a la soberanía de la Nación Española*, por un ex-jesuita, etc. Cádiz, imprenta de José Niel, 1811.

MARTÍN Y MANERO, D. Vicente. *Historia Eclesiástica de Valparaíso*. Valparaíso, imprenta del Comercio, 1890-1891.

MARTÍNEZ, Fr. Manuel. *Elogio fúnebre de la Reina de las dos Sicilias, María Carlota de Lorena*. Madrid, imprenta Real, 1814.

MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino. *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Madrid, imprenta de Maroto e hijos. 1880-81.

Mercurio histórico y político. Madrid, imprenta Real.

MIÑANO Y BEDOYA, D. Sebastián. *Cartas del Dr... publicadas en el año de 1820, bajo el título de Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*. (Tomo segundo del *Epistolario Español* en la Biblioteca de Rivadeneyra.)

MORATÍN, D. Leandro Fernández. *Vida de D. Nicolás Fernández de Moratín* (su padre) en las *Obras* de ambos publicadas en la Biblioteca de Rivadeneyra.

MOZZI, P. Luis, S. J. *Los Proyectos de los Incredulos sobre la destrucción de los Regulares*. Traducción del italiano. Cádiz, imprenta de la viuda de Combes, 1812.

MURIEL, D. Andrés. *Historia de Carlos IV*. (Tomos XXIX-XXXIV del *Memorial Histórico Español*.) Madrid, imprenta de Manuel Tello, 1894.

NILLES, P. Nicolás, S. J. *De rationibus festorum Sacratissimi Cordis Jesu et Purissimi Cordis Mariae*. Onipotente (Innsbruck), 1873.

NONELL, P. Jaime, S. J. El V. P. José Pignatelli y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento. Manresa, imprenta de San José, 1893.

Novísima Recopilación de las leyes de España. Madrid, 1805.

Observador (El). Periódico político liberal de 1834.

ORTI Y BRULL, Vicente. *Doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, Duquesa de Villahermosa*. Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1896.

Palma de Mallorca, Ayuntamiento de. (Documentos relativos al restablecimiento de la Compañía en aquella ciudad y anuncio de su concesión por el Rey.) Mallorca, imprenta de Melchor Guasp, 1815.

Pamplona, Obispo y Cabildo de. *Representación a S. M. pidiendo el restablecimiento de la Compañía de Jesús*. Valencia, imprenta de Francisco Brusola, 1815.

PÉREZ, P. Rafael, S. J. *La Compañía de Jesús restaurada en la República Argentina y Chile, el Uruguay y el Brasil*. Barcelona, Henrich y Compañía, 1901.

PIRALA, D. Antonio. *Historia de la guerra civil*. Madrid, imprenta de Melado, 1853.

Plan de Estudios para las escuelas del Colegio Imperial de Madrid. Madrid, imprenta Real, 1816.

Plan de estudios y habilidades que por ahora se tienen y enseñan en el Real Seminario de Nobles de esta Corte, etc. Madrid, imprenta de Joaquín Ibarra, 1785.

POMAR Y FUSTER, Jaime. *Ensayo histórico sobre el desarrollo de la Instrucción pública en Mallorca*. Palma de Mallorca, imprenta de Francisco Soler Prats, 1904.

[**Ponencia sobre las virtudes del V. P. José Pignatelli**.] *Romana beatificationis et canonizationis Ven. Servi Dei Josephi Mariae Pignatelli, Sacerdotis Professi e Societate Jesu. Positio super virtutibus. Pars altera*. Roma, imprenta de Guerra y Mirri, 1907.

Procurador (El) *general del Rey y de la Nación*. Periódico católico publicado primero en Cádiz y después en Madrid de 1812 a 1815.

PUENTE, P. Luis de la, S. J. *Vida del V. P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús*. Madrid, imprenta de la viuda e hijo de Aguado, 1880.

Ratio atque Institutio studiorum Societatis Jesu. Roma, Colegio Urbano, 1832.

RAVIGNAN, Francisco Javier de, S. J. *Clément XIII et Clément XIV*. París, 1856.

Razón y Fe. *Revista mensual redactada por Padres de la Compañía de Jesús*. Madrid.

Reclamación de tres ex-jesuitas españoles residentes en la Península (los PP. Juan José Tolrá, José Otero y Elías Royo). Cádiz, imprenta de D. Nicolás Gómez de Requena, 1813.

Reglamento para el Real Seminario de Nobles de Valencia dirigido por la Compañía de Jesús. Valencia, por Francisco Brusola, 1829. Es lo que llamáramos hoy prospecto. Lo que diríamos reglamento son las *Constituciones o reglas que deben observarse por los caballeros Seminaristas*, impresas a continuación.

Relación circunstanciada del certamen literario celebrado en el Colegio de Montesión de la Compañía de Jesús de la Ciudad de Palma en los días 16, 17 y 18 de Diciembre año 1827. Palma de Mallorca, imprenta de Domingo García.

Relación sumaria de la fundación, fábrica y estreno de las escuelas de primeras letras, erigidas en el Noviciado de San Luis de la Compañía de Jesús de Sevilla, etc. Sevilla, imprenta de José Padrino.

Relaciones de mando. *Memorias presentadas por los gobernantes del Nuevo Reino de Granada, compiladas y publicadas por E. Posada y P. M. Ibáñez, 1910.* Bogotá, Imprenta Nacional.

RENÉ-MORENO, G. *Catálogo del Archivo de Mojos y Chiquitos.* Santiago de Chile, imprenta Gutenberg, 1888.

Restaurador (El). Periódico realista fundado en 1823.

Revista de la Biblioteca pública de Buenos Aires, publicada en la misma capital.

Revista del Archivo general de Buenos Aires, publicada en la misma ciudad.

Revista Española (La). Periódico político liberal de Madrid, 1832-36.

RIBA Y GARCÍA, Carlos. *Discurso leído en la Universidad de Valencia en la inauguración del curso académico de 1910 a 1911.* Valencia, tipografía moderna, 1910.

RISCO, P. Alberto, S. J. D. *Francisco de Paula Romero y Palomeque. Rasgos biográficos.* Jerez, Salido Hermanos, 1916.

RODRÍGUEZ DE ARELLANO, Ilmo. Sr. D. Francisco Javier. *Doctrina de los expulsos extinguida.* Pastoral dirigida a su diócesis de Burgos. Madrid, Joaquín Ibarra, 1768.

RUBIO Y BORRÁS, Manuel. *Historia de la Real y Pontificia Universidad de Cervera.* Barcelona, 1916.

SACCHINI, P. Francisco, S. J. *Historiae Societatis Jesu pars quinta sive Claudius. Romae ex typographia Varesii, 1661.*

SEGUÍ, P. Cayetano, S. J. *Carta... sobre la vida, virtudes y muerte del H. Carlos López Alda.* Madrid, imprenta de E. Aguado, 1832.

Sevilla, Ayuntamiento de. *Representación... a su Alteza Serentísima la Regencia del Reyno en favor de la Compañía.* Imprenta de la Ciudad, 1823.

Siglo Futuro (El). Diario católico publicado en Madrid.

TEJADA Y RAMIRO, D. Juan. *Colección de Cánones de la Iglesia Española.* Madrid, 1849-59.

THEINER, Agustín. *Clementis XIV Pont. Max. Epistolae et Brevia selectiora.* Paris, Firmin Didot, 1856.

» *Histoire du Pontificat de Clément XIV.* Paris, Firmin Didot, 1852.

TIRADO Y ROJAS, Mariano. *La Masonería en España.* Madrid, Enrique Matoro, 1892-93.

TORRES AMAT, D. Félix. *Memorias para ayudar a formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes.* Barcelona, J. Verdaguer, 1836.

» *Vida del Ilmo. Sr. D. Félix Amat, Arzobispo de Palmira.* Madrid, imprenta que fué de Fuentenebro, 1835.

ULLOA, Antonio. (Vid. Barry.)

URIARTE, P. José Eugenio, S. J. *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España.* Bilbao, *El Mensajero*, 1912.

VALMAR, Marqués de. (Vid. Cueto.)

VÉLEZ, Fr. Rafael. *Preservativo contra la irreligión.* Granada, imprenta de Ejército, 1813.

VILLAHERMOSA, Duque de. *Obras*. Madrid, Viuda e hijos de Tello, 1894.

VILLANUEVA, D. Joaquín Lorenzo. *Vida literaria*. Londres, imprenta de A. Maruwtoosh, 1825.

VOLTAIRE. *Oeuvres complètes*. Société littéraire-typographique, 1785.

ZALENSKI, P. Estanislao, S. J. *Les Jésuites de la Russie Blanche*. Traducción del polaco, por el P. Alejandro Vivier. Paris, Letouzey et Anè.

ZARANDONA, P. Antonio, S. J. *Historia de la extinción y restablecimiento de la Compañía de Jesús*. Madrid, imprenta de D. Luis Aguado, 1890.

ADVERTENCIA

Los consejeros oficiales del General de la Compañía se llaman *Asistentes*, porque asisten al General con su consejo. Y como cada uno de ellos tiene particular intervención en los negocios de una parte de la Compañía; a esas diversas partes se ha dado el nombre genérico de *Asistencias*, añadiendo el propio de la nación única o principal en que cada una se halla establecida, para distinguirlas entre sí.

La antigua Asistencia de España, que desapareció por el Breve *Dominus ac Redemptor* de Clemente XIV en 1773, y cuya historia lleva cerca del fin el P. Antonio Astráin, comprendía solamente a nuestra nación y sus dominios de Ultramar. La moderna, que empieza en 1815, y es de la que aquí se trata, comprende a España y Portugal con todas las antiguas posesiones ultramarinas españolas y las misiones que en diversos puntos han establecido en nuestra edad, tanto los jesuitas españoles como los portugueses.

Con todo, en este primer tomo de su historia nada se dice de Portugal. Y no porque en el período a que se extiende no hubiera jesuitas en aquel reino, que sí los hubo, aunque pocos y por poco tiempo, sino porque eran franceses y formaban parte de la Asistencia de Francia y no de la de España.

De ese y de todos los demás antecedentes oportunos, comenzando por la expulsión de la Compañía por Pombal en 1759, se dará la conveniente noticia cuando llegue el tiempo de exponer la nueva entrada de los jesuitas en Portugal, ya más de asiento y formando parte de la Asistencia de España.

INTRODUCCIÓN

I

«La restauración religiosa debía empezar por donde la destrucción antirreligiosa había comenzado su obra.»

Con estas palabras da principio el Cardenal Hergenröther en su *Historia de la Iglesia* a la breve narración que hace del universal restablecimiento de la Compañía de Jesús por Pío VII (1).

Este o semejante pensamiento, fijo desde el punto de su exaltación a la Silla de San Pedro, en la mente del Sumo Pontífice, como luego veremos, atento al bien de toda la Iglesia, estábalo también, o lo estuvo muy pronto, en la de Fernando VII, y cuantos con él ansiaban la restauración religiosa y moral de España, después de la guerra de la Independencia. Casi al mismo tiempo volvieron a ocupar sus tronos ambos augustos soberanos, libres de la cautividad de Fontainebleau el primero y de Valençay el segundo, en que el emperador Napoleón los había tenido. Pío VII entró triunfante en Roma el 24 de Mayo de 1814, y el 7 de Agosto puso por obra el deseo y propósito de restablecer la Compañía que, primero por la oposición del Rey de España, Carlos IV, y, destronado éste, por lo agitado de su vida de cárcel y destierro, no había podido realizar. Fernando VII hizo su entrada triunfal en Madrid el 13 de Mayo, y antes que el Papa expidiera su Bula, y aun sin saber que la preparaba, le escribía proponiéndole su deseo y pidiéndole consejo sobre restablecerla él en sus estados.

La idea de que la destrucción de la Compañía no era sino el primer paso dado para la destrucción del orden político, del orden social, del orden religioso, principalmente del religioso, de

(1) T. VI, noveno período, c. I, n. 98, p. 229.

la Iglesia católica, fué común desde los primeros momentos de la guerra declarada contra ella, a todas las inteligencias perspicaces y no enturbiadas por nubes de bajas pasiones. Después se fué haciendo cada día más patente y general, y hoy sería puerilidad detenerse en demostrarla. El abate Barruel la demostró ya a fines del siglo XVIII en sus *Memorias para la historia del jacobinismo* (1), y más recientemente el P. de Ravignan recogió en su obra *Clemente XIII y Clemente XIV* sobrado número de documentos contemporáneos y posteriores, que no dejan lugar a duda, aun cuando no se propuso reunir cuantos pudiera, sino sólo cuantos bastaban para poner de manifiesto aquella idea.

Consiguiente a ella, y tal vez más repetida e inculcada, fué la de atribuir a la supresión y falta de la Compañía todo el diluvio de males que vino sobre el mundo a fines del siglo XVIII y principios del XIX, suponiendo y aun afirmando expresamente que, subsistiendo ella, hubiera estorbado, con su grande y salvador influjo en todas las clases de la sociedad, mayormente por la educación de la juventud, la propagación de las doctrinas corruptoras, de la impiedad, del jansenismo, de la falsa filosofía, de la demagogia y del desprecio de toda autoridad, elementos cuya fermentación dió origen a la revolución francesa. Hay en este punto juicios encarecidísimos, recientemente descubiertos, que no creemos inoportuno reproducir aquí.

El Sumo Pontífice Pío VI, aunque más en general, ya había reconocido el daño inmenso que había causado a la Iglesia y a la sociedad la desaparición de la Compañía, y desde el primer día de su pontificado la hubiera restablecido, si no se lo estorbara la presión constante que sobre él ejercían las cortes borbónicas, especialmente la de España. Con el Infante Duque de Parma, honrosa excepción, por su opuesto sentir, entre los Príncipes de la familia, tuvo sobre este asunto preciosas confidencias, lamentando *los ruinosos efectos de la falta de la Compañía, demasiadamente experimentados* (2). Su sucesor, Pío VII. habló más extensa y específicamente, escribiendo a Carlos IV. «Nos, le decía, puesto a indagar el origen de tan extraña mudanza en los pueblos cristianos y de tan horrenda depravación, hallamos, con evidencia,

(1) T. I, cap. II.

(2) Cartas de 15 de Febrero de 1794 y 17 de Septiembre de 1797, en la *Po-nencia* sobre las virtudes del V. P. Pignatelli, P. I, nn. III y XII, pp. 4 y 17.

que procede de la falta de aquella bien ordenada y cristiana instrucción que todas las clases sociales recibían de la extinguida Compañía de Jesús. Precisamente por eso, por estar consagrada ex profeso, según su instituto, a educar en la doctrina y virtud cristiana a los pueblos en todas partes, en todas las naciones; la hicieron blanco de sus tiros, como el primer obstáculo con que tropezaban, los que se habían conjurado (como ya todo el mundo sabe) para destruir la Iglesia y las monarquías. Y teniendo que ceder a su prepotencia, dejó el mundo privado de los únicos medios eficaces para preservarlo de aquella fatal depravación, fuente perenne de los males incalculables, que ya le inundan, y de los mayores aún que, sin remedio, van a caer sobre él, si cuanto antes no se vuelve a levantar este dique, sólo capaz de contener la avenida de tantas y tan dolorosas calamidades» (1).

Aun en la formación literaria de la juventud fué muy pronto notado, y luego universalmente sentido, el gran vacío que dejó la Compañía con su desaparición. Abundan los testimonios, y es muy conocido aquel de Chateaubriand: «La Europa ilustrada ha sufrido una gran pérdida con la de los jesuitas. La educación no se ha repuesto de ella todavía» (2).

Como tantos males, que ahora contemplamos de lejos (bien que otros nacidos de ellos, y así, procedentes del mismo origen, experimentamos nosotros) iban creciendo de día en día y se hacían sentir vivamente entonces en la Iglesia y en la sociedad; no solamente los dos Pontífices, Pío VI y Pío VII, hubieran querido restablecer la Compañía para remediarlos, sino también algunos Príncipes empezaron a tratar de ello, bien que por no poder más unos, y otros por no quererla tal como había sido y debía ser, solamente en Nápoles fué repuesta en toda forma el año de 1804.

De otros personajes, sobre todo eclesiásticos, que suspiraron por su restablecimiento y lo procuraron, pudiera formarse una buena lista. No es este su lugar; y así no aduciremos sino al Cardenal Consalvi, insigne Ministro de Estado de Pío VII, que en los últimos días del Papa anterior y del siglo XVIII escribía al Nuncio de Viena: «En mal lugar, pero muy malo, me ponéis, dudando si hubo un tiempo en que yo tuviera por necesario el res-

(1) En la misma *Ponencia*, n. XXVII, pp. 43-44.

(2) *Génie du Christianisme*, t. II, P. 4.^a, l. VI, c. V, p. 230.

tablecimiento de los jesuitas. Lo he tenido *siempre*, y pongo a Dios por testigo. El haber estado en colegios, donde eran mal mirados, no ha bastado para concebir yo de ellos mala opinión; antes bien, a pesar de eso, he sido siempre partidario suyo. Lo único que entonces decía, era que, aunque muy persuadido de su bondad y del daño causado por su supresión, me parecía algo de fanatismo el decir que sin ellos no podía la Iglesia subsistir, habiendo subsistido tantos siglos. Ahora digo que en esto sí que erré; pero salí de mi yerro ya antes de la revolución francesa, en cuanto conocí bien el jansenismo. Desde entonces he creído y sigo creyendo que sin jesuitas la Iglesia está bastante mal. Si yo gobernara, mañana los restablecía. Se lo he dicho al Papa muchas veces; él lo ha deseado siempre con ansia; pero lo ha ido dejando por miedo a los soberanos que se le oponen, sin renunciar a la esperanza de hacerlo algún día. Si no se muere y recobra la libertad, debería de hacerlo inmediatamente; y si él muere, su sucesor. Los soberanos verán que los jesuitas, restaurando la religión, aseguran sus tronos» (1).

En la corte de España no llegaron a tener la menor entrada estas ideas hasta la restauración del trono de Fernando VII. Y no es que aquí no hubieran cundido, aunque tal vez menos que en otras naciones, los males generalmente atribuidos a la falta de la Compañía, y que no fueran muchos los que también les señalaban el mismo origen. Cuando en 1814 y 1815, prelados, cabildos, diputaciones, ayuntamientos y otros cuerpos y personas particulares, en gran número, pidieron la vuelta de los jesuitas a España y a sus respectivos colegios, casi todos fundaban sus representaciones en los grandes daños que la religión, las buenas costumbres, la piedad, el respeto y amor a la monarquía, y aun a la autoridad en general, y, sobre todo, la educación de la juventud, habían sufrido en los últimos tiempos, y en la persuasión de que el mal venía de la expulsión de la Compañía, y el remedio había de venir de su restablecimiento.

Escribiendo la historia de este restablecimiento, realizado en fuerza de tales consideraciones y la de la vida subsiguiente de nuestra orden en España y sus antiguas posesiones de Ultramar; si podemos contentarnos con las brevísimas indicaciones hechas sobre los fatales resultados que la supresión de la Compañía tuvo

(1) *Ponencia*, P. I, n. XVIII, pp. 25-26.

para la Iglesia y para la sociedad en general; podrá parecer, cuando no indispensable, a lo menos muy conveniente, una exposición algo detenida de lo tocante en este punto a los países que ha de comprender nuestra historia.

Conocemos la dificultad de la materia. Se habría de presentar con exactitud el estado de España y sus Indias en todo lo relativo a enseñanza, educación, costumbres, religión, ideas políticas y demás elementos que afectan al ser intelectual y moral de los pueblos, primero al tiempo de la expulsión, y después al del restablecimiento de la Compañía; y parangonando uno con otro, sacar de la comparación la decadencia a que todas esas cosas o algunas de ellas habían venido en ese período de tiempo, que no llega a medio siglo.

No bastaría esto. Sería necesario hacer ver que todo ese mal procedía de la supresión de la Compañía y no de otras causas independientes de ella, o señalar la parte que a ella precisamente debería atribuirse. Supuesto el concurso de diversas causas, difícil sería determinar el influjo de cada una, si no es vagamente como mayor o menor, muy grande o muy pequeño, y tal vez como capital, decisivo, eficaz y bastante por si el de unas para el efecto producido, y como secundario e insuficiente el de otras.

No es nuestro ánimo entrar en tales análisis; queda al juicio de los lectores apreciar el valor y peso de los testimonios, datos y reflexiones que vamos a presentar, y con ellos y con otros semejantes o contrarios, que podrán tener, formar su dictamen.

Ni del estado de las cosas al comenzar la segunda mitad del siglo XVIII y en los principios del XIX, o de la decadencia del bien y progresos del mal en ese espacio de tiempo, tenemos la pretensión de dar una pintura acabada. Es obra superior a nuestras fuerzas, y para la cual ni siquiera hemos hecho las investigaciones necesarias. Aun por eso, por lo imposible que nos parecía para nosotros este trabajo, dudamos si emprenderlo y aun resolvimos primero que no. Si después hemos cambiado de propósito, ha sido fundándonos en la máxima de que más vale algo que nada.

II

La enseñanza de la Compañía, difícil es que no se echara de menos en España, a lo menos la de Humanidades o Gramática

latina y Retórica, que entonces tenía el lugar de la secundaria de ahora, como media entre la escuela y la universidad, y preparación para ésta. Apenas había provincia en la Península e Islas adyacentes, que no tuviera algún colegio nuestro de esta clase, y en no pocas de ellas había dos y aun tres: como que todos llegaban a ciento doce, con más o menos profesores, de uno a seis, según el concurso de discípulos. Todos esos colegios se cerraron de un golpe, excepto los internados, que eran poquísimos y se llamaban entonces seminarios. En éstos, a nuestros directores y maestros fueron sustituidos otros inmediata y provisionalmente, hasta reorganizarlos de nuevo. En algunos de los otros no volvió a haber enseñanza; en la mayor parte sí, pero después de tres, cinco, diez y más años, medianamente retribuida y más medianamente desempeñada por lo común, no con la aptitud, celo y aplicación de nuestros Padres.

El Consejo extraordinario, inspirado por Campomanes, en su odio a la Compañía y aversión al clero todo, principalmente el regular, hizo decir al Rey en provisión de 5 de Octubre de 1767, que nunca los maestros de corporaciones religiosas podrán competir con los seglares; y consiguientemente se dispuso en ella que fueran seglares los que entraran en lugar de los jesuitas (1). Pero ni esa idea tiene otro fundamento que los prejuicios seculares del célebre fiscal, ni podrá jamás el discurso o la experiencia demostrar que en general son mejores maestros, hombres de más o menos saber, pero no formados para la enseñanza, que los miembros de un instituto religioso dedicado a ella, mayormente con una legislación pedagógica y la práctica de dos siglos universalmente aclamadas. Advuértase que la Compañía era entonces en este ramo casi el único cuerpo docente; porque secular no lo había, como ahora el de profesores de institutos, y regular, sólo el de Escolapios, pequeño todavía, y que hasta entonces apenas se había dedicado sino a las escuelas de primeras letras. Otras órdenes, como por excepción enseñaban Gramática en algunos conventos. ¿Era posible dejar de resentirse la enseñanza al desaparecer ese cuerpo, aun cuando todos sus colegios con el mismo número de profesores hubieran pasado a otras manos, necesariamente, por lo general, inexpertas?

Aun la enseñanza primaria, «la más descuidada de todas», al

(1) *Colección de providencias*, P. I, n. XXXVI, p. 93.

decir de Altamira (1), se daba en la inmensa mayoría de esos colegios nuestros; y sin duda la echaron de menos generalmente los pueblos que de ella disfrutaban. Los lamentos de muchos al tiempo del restablecimiento de la Compañía, y el ansia con que la deseaban y procuraban, son de ello bastante testimonio.

Preciso es confesar que ni estas ni las demás enseñanzas de la Compañía rayaban en aquel tiempo a grande altura. Participaban de la postración general en que se hallaban colegios y universidades; pudiéndose asegurar con todo, que no eran las que a más bajo nivel se encontraban, ni menos las que habían traído esa general decadencia, como en el lugar antes citado afirmó el Consejo extraordinario. Un autor nada parcial de los jesuitas y que ha estudiado la España de aquella época, da por incontestable la superioridad de nuestros principales colegios en la segunda enseñanza, tanto por la buena dirección, como por el mérito de los profesores y por la variedad de los programas (2). Y el Marqués de Valmar, buen conocedor de la cultura española, principalmente de la literaria, en el siglo XVIII, no dudó afirmar que los jesuitas eran los «que mejor representaban entonces en España los adelántamientos de las ciencias y de las letras» (3).

Con todo, no satisfacía el estado de ellas a nuestro General, que, razonando sobre algunas reformas proyectadas para el Colegio Imperial de Madrid, escribía estos párrafos, en que manifiesta al Rector sus ideas, dignas de ser conocidas. «Otra razón, dice, me mueve a hacer esta mudanza, y es el deseo de que ahí florezcan estudios ahora descuidados. Hay, si, entre vosotros muchos buenos teólogos escolásticos y moralistas; pero quisiera yo que hubiera hombres igualmente aventajados en letras humanas, en el buen manejo del Latín, en el conocimiento del Griego y del Hebreo, en la verdadera elocuencia, en la Física experimental, Matemáticas, Historia sagrada y profana con sus auxiliares, como la Crítica, la Numismática, la Epigrafía y Arqueología, y también en la Teología dogmática y positiva. No que todos, añade luego, hayan de saber todo eso; pero sí que haya al-

(1) *Historia de España*, t. IV, n. 833, p. 317.

(2) Desdèvisès, *L'Espagne de l'ancien régime*, t. III, Introduction, pp. XVII y XVIII, y c. IV, § II, p. 178.

(3) *Historia de la Poesía castellana en el siglo XVIII*, t. I, c. XI, p. 387.

guno sobresaliente en cada una de esas materias; en algunas de ellas muchos siquiera regularmente instruidos; y que en otras lo estén todos» (1).

Si, pues, no florecían grandemente nuestros estudios, y los demás se hallaban al mismo o más bajo nivel; a muy triste estado hubieron de llegar las cosas después, habiendo decaído notablemente aun de esa medianía o poco más, en que antes estaban. De la cual decadencia hay tantos testimonios y tan varios, ya generales, ya particulares, que habremos de entresacar solamente algunos, para no hacer pesada esta lectura.

El autor francés poco ha citado asegura que fué muy notable esa decadencia, y profunda la desorganización de la enseñanza, que el Gobierno trató de remediar (2). Mr. Bourgoing, primer secretario de la embajada francesa en Madrid de 1777 a 1787, y embajador después en 1792 y 93, en su *Cuadro de la España moderna*, cuya lectura persuadirá a cualquiera de que no cabe en él sospecha de parcialidad en esta parte, escribía que todavía por entonces estaba en grande abandono la educación. «¿Se creará, añadía, que la expulsión de los jesuitas no ha hecho sino empeorar este ramo esencial de la administración?». Los colegios menos decaídos dice que eran los de los Escolapios. Cuanto a los maestros que reemplazaron a los de la Compañía, como no forman cuerpo ni viven juntos, y sólo se les han asignado para sueldos los bienes que ella tenía de fundaciones hechas expresamente para cátedras; no pueden vivir con ellos, como podían en comunidad los religiosos, y así solamente las medianías aspiran a tales puestos, con menoscabo de la instrucción de la juventud (3). Era inexacto que el Gobierno hubiera aplicado a los sucesores de los jesuitas en la enseñanza solamente los bienes que estos tenían destinados a ella por fundación. En la provisión de 5 de Octubre de 1767 mandaba que los pueblos les diesen lo mismo que daban a los jesuitas, y que se aplicase «de sus temporalidades ocupadas (es decir, de la masa de bienes de cada colegio) lo que pareciese conveniente para dotar a los maestros de tan importantes enseñanzas», aunque de hecho no sabemos lo que se hizo en cada caso. Sin embargo, esa inexactitud nada quita a la rea-

(1) Roma, 8 de Agosto de 1764. Copia contemporánea en nuestro poder.

(2) Lugar citado, pp. XIX, y 178.

(3) *Tableau de l'Espagne moderne*, t. I, p. 302.

lidad de la decadencia que el embajador señala, ni aun a la sustancia de la razón o explicación del hecho notorio.

Más lejano de los hechos, pero acaso mejor informado de ellos que Mr. Bourgoing, y de muy diversas ideas, aunque tampoco ciego admirador de los jesuitas, como se puede ver en más de una obra suya, D. Vicente de la Fuente, en su *Historia de las Universidades* asegura que «para la enseñanza, especialmente de Humanidades, fué muy funesto» el extrañamiento de la Compañía. «Donde los jesuitas, dice, tenían la enseñanza exclusiva de las Humanidades y Filosofía, fué perjudicial; pues los maestros que les reemplazaron no les igualaban ni en saber, ni en asiduidad, ni en experiencia de los métodos de enseñanza»; añadiendo que donde su falta se notó más fué en las poblaciones secundarias, y confirmando su aserción con lo acontecido en Málaga y en Calatayud.

De Málaga poseemos el mismo informe que vió la Fuente, dado en 1779 por el Obispo, D. José Molina (que siéndolo de Albarracín, había entrado en el Consejo extraordinario, donde se trataba de las cosas de la Compañía desterrada). Nuestro colegio de aquella ciudad se destinó a internado con buenos maestros; pero alumnos internos no hubo ninguno, los externos eran pocos, la enseñanza estaba enteramente decaída. Las causas de tan rápida decadencia eran que cada profesor enseñaba por distinto texto; el de medianos o de Sintaxis se aplicaba poco y maltrataba a los discípulos, que por esto desertaban; no estaban bien avenidos los maestros ni tenían superior que los hiciese cumplir con su deber, y fuera de los dominicos había otros que daban lecciones, sin más fruto que quitar alumnos a las Reales Escuelas (1).

Del Seminario de Nobles de Calatayud en tiempo de la Compañía hace la Fuente un gran elogio, recordando sus profesores, su buen monetario y museo arqueológico. «Todo pereció; museo, biblioteca y gabinetes. Buscáronse algunos canónigos de la colegiata, párrocos y clérigos beneméritos, para que continuasen enseñando; pero ni estaban a la altura de los jesuitas, ni podían equipararse, ni tenían su actividad y disciplina. Así que se cansaron pronto de lidiar con chicos, y los chicos se cansaron de

(1) Minuta de oficio al fiscal del Consejo D. Pedro Rodríguez Campo-
manes, de 9 de Julio de 1779, en nuestro poder.

ellos, y comenzaban a desfilar unos y otros.» No quedaron más que dos clases de latín, costeadas de antiguo por el Ayuntamiento y regentadas por la Compañía, mientras allí estuvo (1).

Semejante juicio formó D. Leandro Fernández Moratín, que aun al Gobierno de Carlos III creyó persuadido de lo mismo, como lo escribió en la *Vida* de su padre D. Nicolás (2).

La idea y aun las palabras de la Fuente hace suyas, confirmandolas con lo sucedido en Valencia, el docto catedrático don Carlos Riba y García en su discurso de apertura de aquella Universidad para el año académico de 1910 a 1911, excelente estudio histórico sobre ella en aquel tiempo. «No era, dice, en la Universidad de Valencia donde menos se sintió la decadencia del estudio de las Humanidades y de la lengua latina, a pesar del auxilio del Seminario de Nobles» (3). También en Huesca trajo la expulsión de la Compañía *consecuencias deplorables y transcendentales en la historia universitaria*; por no haber podido igualar a sus maestros los que les sucedieron en la enseñanza de las Humanidades. Así lo hace notar D. Ricardo del Arco en sus *Memorias* de aquella Universidad (4). Otro tanto sucedió en la de Cervera, cuya decadencia, no ya sólo en las Humanidades, sino en todo, atribuye su historiador, D. Manuel Rubio y Borrás, a la falta de la Compañía (5). El de la de Oviedo, D. Fermín Canella, allí y fuera de allí observa que se resintieron las Humanidades, y aun, por el momento, la cultura general (6).

A estos testimonios de hombres que, como se ve, todos han hecho estudios especiales sobre la materia de que hablan, podemos añadir algunos hechos bien averiguados, fuera de los aducidos por el Sr. La Fuente, relativos a Málaga y Calatayud.

Del colegio de Monforte dice el mismo historiador que, decaído al principio, llegó a estar floreciente a la muerte de Carlos III,

(1) T. IV, c. IX, pp. 41 y siguientes. Lo mismo escribe en su *Historia de Calatayud*, t. II, c. 114, pp. 501-502, repitiendo que «la expulsión de los jesuitas fué en Calatayud, como en toda España, la señal de la decadencia de los estudios clásicos».

(2) Lo trae la Fuente en el lugar citado; y puede verse en el tomo de las obras de ambos Moratines, edición de Ribadeneyra, p. XI.

(3) Páginas 68-69.

(4) Páginas 38-39.

(5) Segunda parte, pp. 267 y 280.

(6) P. I, c. V, p. 87; P. II, c. I, p. 302.

con nuevas cátedras y becas, añadidas por la Condesa de Lemos, su patrona (1). Así será; pero duró poco aquel florecimiento; porque no mucho después, ya hubo tales disturbios entre catedráticos y dependientes, que el Deán de Lugo, enviado por visitador, lo encontró casi incapaz de reforma. «Las rentas malversadas, las cátedras vacantes en la mayor parte del curso y mal servidas por suplentes; la clausura profanada con saraos y por mujeres a toda hora, aun en las intempestivas de la noche; los catedráticos y los seminaristas vagando por las calles en trajes y con compañías indecentes; de suerte que hubieron de retirar los padres a sus hijos, conociendo que más bien iban a pervertirse que a educarse en cristiandad y sana doctrina.» Esto encontró allí el visitador (2).

En Barcelona, el colegio de Belén se suprimió, trasladándose a su edificio el seminario episcopal. Véase lo que de éste escribía el Sr. Climent, Obispo de la diócesis, acérrimo enemigo de la Compañía. «Yo confieso que los maestros de Gramática de mi colegio no son lo que debieran ser para enseñarla con perfección; pero aun es milagro de Dios y de mi cuidado el que sean lo que son, no teniendo ningún salario ni otra mira que la de complacerme; y tales cuales, son los únicos maestros de Gramática en esta ciudad. De suerte, que sin su enseñanza, dentro de poco tiempo nadie entendería el latín del breviario y de los cartapacios. Porque ya se ha cerrado el colegio de Cordelles, que es la escuela de la ciudad, que regentaban los jesuitas (3). En el día de su expulsión me pidió el Corregidor que eligiera rector y maestros, que continuaran la enseñanza, y logré que se encargaran de ella unos sacerdotes mucho más hábiles que los jesuitas. Pero luego vino al Capitán General la orden del Consejo, para que separara a los maestros eclesiásticos y se pusieran seculares; y éstos fueron tales, que a toda prisa se fué disminuyendo el número de los colegiales, tanto, que de sesenta se redujeron a siete, y últimamente, hallándose el colegio adeudado en

(1) Lugar citado.

(2) Lo sacó del expediente original de la visita D. Antonio Martínez Salcedo, fiscal de la Junta de restablecimiento de jesuitas, que lo consignó en informe suyo a 22 de Agosto de 1818, original en nuestro poder.

(3) Era el Seminario de Nobles, cuyos alumnos parece que cursaban en el colegio inmediato de Belén las materias que en él se enseñaban de las suyas, y las que no, en el mismo Seminario.

más de cuatro mil libras, sin tener con qué mantener a los colegiales y sirvientes, se ha habido de cerrar y con él la escuela pública de esta ciudad» (1). Es decir, que a los seis años de salir la Compañía, no quedaba en Barcelona otra enseñanza de letras humanas que la del seminario conciliar, exclusiva para los aspirantes al sacerdocio.

En Jaén aparece por un memorial dirigido a la Junta Central por la de aquella ciudad en 1809, que andaba también mal la enseñanza; y para mejorarla, pide se dé el antiguo colegio de la Compañía a los religiosos de San Agustín (2). Dióseles de hecho; pero debió de ser poco menos que en vano para el intento en tales circunstancias, pues aseguraba el Ayuntamiento al Rey en 1814, que en los últimos cinco años ni una escuela arreglada había habido en la ciudad. En 1817, por no poder sustentarse, trataban de irse los religiosos, aunque decían tener en sus escuelas quinientos o más niños (3). El Ayuntamiento de Gandía solicitaba en 1804 que en aquel nuestro colegio se pusieran Escolapios; porque desde la salida de los jesuitas, decía expresamente que la enseñanza estaba perdida, aunque los habían sucedido en ella dos maestros seculares de Gramática y primeras letras (4). En Ibiza, en Zamora y en Tarragona, por lo menos se tardó en asentar la enseñanza después de nuestra expulsión, y no sabemos cómo quedó por fin cimentada (5).

En Madrid mismo ¿cuánto ganaron los Estudios Reales y el Seminario de Nobles con el cambio de mano? Aquí, ciertamente, nada escatimó el Gobierno para que floreciera la enseñanza, aumentando su dotación hasta duplicarla y aun triplicarla, para atraer con los buenos sueldos buenos maestros. Por director del Seminario se puso, a poco de expulsada la Compañía, al insigne marino y matemático, Jorge Juan; pero su decadencia fué mani-

(1) Carta a D. Manuel de Roda, de 17 de Julio de 1773. Su borrador en nuestro poder.

(2) A. H. N.; *Papeles de la Junta Central*, leg. 4, B, n. 1.024.

(3) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 276.

(4) A. H. N.; *Jesuitas*; leg. 164. Al Rey, 19 de Diciembre de 1804. Copia.

(5) Enrique Fajarnés en el *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, 25 de Mayo de 1887: *De los Jesuitas en Ibiza*. Fernández Duro, *Memorias de Zamora*, t. III, c. XXXIII, pp. 161-162. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 172, carta de D. José Cardona de Salelles al Secretario del Consejo de Castilla, Tarragona, 28 de Enero de 1773.

fiesta, comprobada y no remediada por lo menos hasta terminar aquel siglo (1).

En efecto, en 1793 y 94 visitó dos veces el Seminario por encargo de Carlos IV, el Inquisidor General, Arzobispo de Selimbria, D. Manuel Abad y la Sierra; y habiendo hallado la primera, que era «casi ninguno el fruto de las enseñanzas de los catedráticos y maestros», no por su ineptitud, sino por «la entera libertad de los seminaristas en abrazar estos o aquellos estudios sin observar orden y sin los conocimientos y disposiciones previas, en pasar de unas clases a otras sin la competente instrucción en las anteriores, y en no haber tiempo determinado para empezar y concluir el curso», a que se allegaba la desaplicación al estudio, general entre ellos (2); en la segunda, lo encontró todo peor, por haberse aprobado, sí, pero no promulgado, y puesto en práctica las constituciones, que presentó para su gobierno (3). A los cuatro años, en Diciembre de 1798, nueva visita, también del Inquisidor, D. Ramón José de Arce, con resultados parecidos; sólo que ahora, por fin, se le dieron constituciones, y en adelante no sabemos que se notara la decadencia literaria de la época anterior.

Los Estudios Reales estuvieron cerrados cuatro años, se abrieron en 1771, variadas en mucha parte sus enseñanzas, con profesores nombrados por oposición, excluidos los religiosos; y «con un personal medio laico, sus cátedras de ciencias, su Filosofía no escolástica y su enseñanza de matices jansenísticos, el nuevo colegio, al decir de un autor moderno, prosperó en breve tiempo, llegando a tener en 1785 más de trescientos ochenta alumnos, y poco después hasta cuatrocientos, casi tanto como la Universidad de Alcalá». Después dice que decayó por el abandono y enredos que tantas cosas buenas echan a perder en España (4). Nosotros no hemos logrado informes seguros de esa segunda época; pero de la anterior los tenemos del Director mismo, D. Ma-

(1) Desdevises, t. III, c. IV, § II, pp. 181-184.

(2) A. H. N.; I. P., leg. 328. *Extracto del expediente de visita del Real Seminario de Nobles de Madrid y de las constituciones formadas para el gobierno y arreglo del mismo de orden de S. M. por el M. R. Arzobispo de Selimbria, Inquisidor General, año de 1793.*

(3) En el mismo lugar. Carta del Arzobispo al Duque de la Alcudia, Madrid, 2 de Marzo de 1794. Original.

(4) Desdevises, lugar citado, pp. 184-185.

nuel de Villafañe, que estaba muy lejos de ver aquella prosperidad, ni de tener por señal de ella aquel número de alumnos, ciertamente pequeño, y que decía haber sido el mismo, poco más o menos, desde el principio. Véase lo que escribía en 1.º de Marzo de aquel mismo año de 1785.

Después de exponer al Consejo las disposiciones tomadas para el régimen, tanto literario como disciplinar, de las clases, ya por él solo, ya por todo el cuerpo de profesores, continúa diciendo: «Mas como no podía faltar en él algún espíritu sedicioso, que turbase la paz de los demás individuos que le componen; a pocos meses de establecidos los mencionados arreglos, comenzó la disensión y altercaciones en las juntas sucesivas, ya de los maestros entre si y ya de éstos con los pasantes, sobre la precedencia de asientos, sobre las horas que debía residir cada uno en su cátedra, sobre variar a su antojo los libros que debía explicar en ella, y sobre otros muchos puntos no menos esenciales para mantener la buena disciplina, llegando el que era entonces de Griego al extremo de no asistir a su aula en los tiempos de lluvia, ni en los de calor, ni en los demás que le acomodaba más que una sola hora por la mañana, en lugar de las tres y media que le estaban prescriptas en la ordenanza interina, dos por la mañana y una y media por la tarde... En vista de este desorden y de otros que se iban introduciendo, aunque no tan clásicos (*sic*), bastante perjudiciales a la enseñanza», empezó a multar a los profesores indisciplinados y contumaces, como le autorizaba el Real decreto de restablecimiento de los Estudios; pero ellos acudían al Consejo, y el Consejo les levantaba las multas, con lo cual «se desenfrenó, dice, considerablemente la libertad de algunos maestros en venir a sus aulas a la hora que les daba la gana, en no perseverar en ellas el tiempo que les estaba señalado, en ausentarse sin mi licencia, y en otras cosas muy perniciosas a la enseñanza pública» (1).

Aun el Consejo hubo de decir a Carlos III el año siguiente que, por diversas causas, los nuevos estudios no habían valido hasta entonces más que en tiempo de los expulsos: expresión, en tales labios, bien significativa (2).

(1) Copia de informe sobre el estado de los estudios de San Isidro y modo de mejorarlos. En nuestro poder.

(2) Consulta original de 31 de Mayo de 1786, en nuestro poder.

Finalmente, una Junta formada de orden del Gobierno en 1804 por profesores del Seminario de Nobles con el fin de que informara sobre la decadencia de las Humanidades y sus remedios, expuso que, en efecto, esa decadencia era suma en toda España, precisamente cuando los progresos del método y buen gusto habían de adelantarlas; que se estudiaba muy poco, y no en los originales, sino en libros de preceptiva de malísimo gusto, con reglas sin cuento falsas o inútiles. Que no aprovechando los discípulos eran poco estimados los maestros, mal dotados y así poco instruidos, ineptos y demasiados, como que en Castilla la Nueva había estudios de Gramática en catorce poblaciones y en la Vieja en diecinueve. Los remedios son quitar las causas indicadas del mal (1).

III

Además de las letras humanas, enseñaba la Compañía en muchos de sus colegios la Filosofía y la Teología, tanto moral como escolástica. Hasta treinta y seis eran los que tenían cátedras de esta última ciencia, la gran mayoría con dos profesores; de Moral, muchos más, y de Filosofía, pasados de cincuenta, con uno, dos o tres maestros. Aquí no entraron otros a reemplazar a los jesuitas, como bien o mal lo hicieron en las Humanidades; casi todas estas cátedras quedaron suprimidas. Donde no había otras similares, seguramente los pueblos las echaron de menos; y la falta de tantos maestros de sana doctrina en una y otra ciencia no pudo menos de ser mucha parte para que cundiera, como cundió, la falsa y corrompida, ya por haber ido a recibirla de otros imbuidos en ella el gran número de jóvenes que la hubieran recibido en nuestros colegios, continuando aquí la Compañía, ya por no haber encontrado en su propagación la resistencia que nuestros filósofos y teólogos seguramente le hubieran hecho.

Recuérdese cuántos y cuán denodadamente lucharon en su largo y triste destierro contra toda clase de errores, mayormente los de práctica aplicación a la moral, a la religión, a la política, a todo el orden social; cómo combatieron al filosofismo y al

(1) Oficio original dirigido al Director del Seminario, Madrid 19 de Abril de 1804, A. H. N.; *I. P.*, leg. 330.

jansenismo en todas sus manifestaciones y doctrinas destructoras de la fe, de la piedad, del culto divino, de las buenas costumbres, de toda autoridad civil y religiosa; en una palabra, del Altar y del Trono, como compendiosamente lo expresaron los apologistas de aquella época. Y aun por eso, por lo que estorbaban para la difusión y aplicación de algunas de esas ideas, fueron echados de España. No creemos que los ministros de Carlos III, autores de aquel horrendo crimen, abrigaran la más mínima, contraria a los derechos de la autoridad civil, en general, y a los del Rey, y Rey absoluto, como lo era el suyo, determinadamente. Lejos de eso, extendían su poder, ya en el orden civil, ya sobre todo en el eclesiástico, a donde no llegaba; y sólo en este punto, en lo tocante al orden civil, puede decirse que no habían aspirado los aires malsanos de la atmósfera revolucionaria que en Europa se iba formando. Pero en lo eclesiástico teníamos aquí jansenistas como Roda, y filosofantes, ya que no digamos filósofos, como Aranda; y estos y otros, como Campomanes y Floridablanca y muchos más de segunda y tercera fila estaban tiznados, quién más, quién menos, de jansenismo y de la impiedad volteriana e imbuídos en las más absurdas ideas regalistas con que quitaban al Papa y atribuían al Rey toda la potestad en las cosas de la Iglesia no puramente espirituales, y eran enemigos jurados del influjo de la misma Iglesia y sus ministros en la sociedad, que quisieran ver completamente laica en todas sus instituciones. A estas ideas y a la labor consiguiente que se había de realizar por actos de gobierno, por la prensa y otros medios de propaganda, se oponía más que nadie la Compañía de Jesús con su extensísima e intensísima acción religiosa en todas las clases sociales por la predicación, las congregaciones, el confesonario, mil otros ministerios, y tal vez más aún por la educación de la juventud y por su firmeza en sostener los derechos de la Sede Apostólica, que valió a sus hijos de parte de un impío, Federico II, el glorioso apodo de Guardias de Corps del Papa, y de otro, D'Alembert, el de Granaderos de la Santa Sede. El Sr. Menéndez y Pelayo lo ha dicho muy bien. «¿Qué causa movió a nuestros gobernantes a hacerse solidarios de las venganzas de Port-Royal? Una sola: el enciclopedismo, que ocultamente germinaba en las regiones oficiales, y que para descatolizar a las naciones latinas que ría ante todo exterminar esa legión sagrada, en cuyas manos estaba la enseñanza, que era preciso arrancarles a toda costa

para infiltrar el espíritu laico en las generaciones nuevas» (1). Ni se contentaron aquellos ministros con desterrar de España a los jesuitas; desterraron sus doctrinas y sus obras de la pública enseñanza, obligando con juramento a profesores y graduados a no seguirlas, para dejar así más libre el campo a las que querían hacer prevalecer, incompatibles con ellas.

Y vinieron las reformas universitarias. Acertada era la introducción o ampliación de algunas materias, poco o nada estudiadas antes, como las ciencias físicas y naturales y algunos ramos de las jurídicas. En las filosóficas y teológicas, si los planes y métodos de estudios que se establecieron hacían alguna ventaja a los anteriores en la parte que pudiéramos llamar técnica, lo cual aquí ni afirmamos ni negamos, es cierto que por el espíritu que los dictó y de que estaban informados y por los textos prescritos para la enseñanza, contribuyeron poderosamente a difundir los errores políticos y religiosos, de que fué apareciendo imbuída cada vez más aquella generación, hasta sus manifestaciones más francas y ruidosas en tiempo de las Cortes de Cádiz y de la segunda época constitucional de 1820 a 1823.

El espíritu de aquellas reformas era hostil declaradamente al método escolástico; y a vueltas del método, a las ciencias mismas que principalmente lo aplicaban: la Filosofía cristiana y la Teología, y con ellas a la religión, que de frente todavía no podía ser atacada. Se pretextaban abusos de nimiedades y sutilezas en que habían degenerado, no tantos ni tan graves como los falsos reformadores voceaban; pero la verdad era que se le perseguía por ser cosa de abolengo eclesiástico, casi sustancialmente unida a la Teología y a la Filosofía, auxiliar de ellas y arma del mejor temple para combatir cuantos errores se han levantado en la Iglesia desde que quedó bien y definitivamente forjada por el potente brazo de Santo Tomás de Aquino.

El espíritu que dictó, que impuso aquellas reformas y que animaba en el promoverlas, tanto a los gobernantes como a una parte de la gente de letras, era medio y más que medio laico; y su simple implantación fué ya un triunfo, como tal celebrado por los del partido, sobre el espíritu religioso, católico, de fiel adhesión a las enseñanzas de la Iglesia, que hasta entonces había dominado en las escuelas españolas. Esto y no otra cosa era lo que

(1) *Heterodoxos*, t. III, c. II, § I, p. 123.

rechazaba la Universidad de Salamanca, cuando a la propuesta de tales novedades respondía oponiéndose y se aplicaba las palabras de la Escritura: «Non erit in te Deus recens»: no adorarás a un Dios nuevo.

Bajo este aspecto la oposición no podía ser más razonable. Se trataba de salvar los supremos intereses de España: la religión católica, la monarquía y aun el principio mismo de autoridad, socavado por las nuevas doctrinas; y en fin, la verdadera filosofía, esto es, el recto y más seguro sentir sobre Dios, el hombre, el mundo, la sociedad, la verdad, la virtud.

De hecho, los falsos sistemas filosóficos, las ideas jansenísticas, los gérmenes de la revolución, vinieron a difundirse desde las cátedras universitarias, convertidas en focos de corrupción intelectual, en semilleros de revolucionarios; no todas, claro está, ni por igual.

La de Salamanca, la más insigne de todas, se señaló también en esto como ninguna. El señor la Fuente asegura por su cuenta «que el claustro de Cánones estaba completamente a merced de los jansenistas»; y, tomándolo de Vidal, que hubo allí «profesores formados sobre la literatura francesa y las doctrinas de los enciclopedistas» (1). Fuera de esto, nota los crasos errores filosóficos, canónicos y aun históricos que se enunciaban en un plan de estudios fraguado allí en 1813 (2). El Sr. Menéndez y Pelayo, después de exponer cómo se propagaron entre nosotros los sistemas erróneos de Filosofía de Gassendi y Descartes, de Bacon y Newton, de Locke y Condillac, y cómo, «por fin y corona de todo, el sensualismo se trocó en materialismo, y a principios del siglo XIX imperaron solos Condorcet, Destutt-Tracy y Cabanis»; viene a calificar aquel estado de cosas con esta acerba censura: «A tal grado de miseria había llegado la Filosofía en la patria de Suárez. Y por lo mismo que parecían fáciles a la comprensión las groserías empíricas, propagáronse como la lepra y fueron la única filosofía de nuestros literatos y hombres políticos en los primeros treinta años del siglo XIX. Esa es la que propagaran, Reinoso en Sevilla, el Padre Muñoz en Córdoba y D. Juan Justo García, D. Ramón de Salas y otros muchos en Salamanca, cuya Universidad, y especialmente el colegio de Filosofía, eran

(1) *Historia de las Universidades*, t. IV, c. LXIV, pp. 301-302.

(2) T. IV, c. LXXVI, p. 352.

a fines de la pasada centuria un foco de ideología materialista y de radicalismo político. De allí salieron la mayor parte de los legisladores de 1812 y de los conspiradores de 1820: Quintana, Gallardo, Muñoz Torrero... eran hijos de las aulas salmantinas. Meléndez, que también se había educado allí, dice en una carta a Jovellanos que «al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke debió todo lo que sabía discurrir». No es extraño que su discípulo Quintana, trazando la biografía del maestro, se entusiasmase con aquella escuela «que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta a la luz, que a la sazón brillaba en Europa... difundiendo el conocimiento y gusto de las doctrinas políticas y de las bases de una y otra jurisprudencia...; los buenos libros que salían en todas partes y que iban a Salamanca, como a un centro de aplicación y de saber; en fin, *el ejercicio de una razón fuerte y vigorosa independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad*. De todas estas indicaciones, sigue diciendo, y las que reuniremos en el párrafo siguiente, se saca en claro que el espíritu de la Universidad en sus últimos tiempos era desastroso. Los canonistas *jansenizaban*. «Toda la juventud salmantina es Port-Royalista (dice Jovellanos en su *Diario* inédito), de la secta *pistoyense*: Obstraect, Zuola, y sobre todo Tamburini, andan en manos de todos; más de 3.000 ejemplares había ya cuando vino la prohibición; uno solo se entregó» (1).

Esta perversión de las ideas en la Universidad de Salamanca, cuya noticia sacó el Sr. Menéndez y Pelayo de otras fuentes históricas, se ve comprobada en el expediente de la visita que por esta causa mandó hacer en ella Fernando VII en 1815 (2). Pero advierten los visitantes que el claustro conservó la sana doctrina, y sólo algunos de sus doctores se contagiaron y contagiaron a los estudiantes, de la peste volteriana, hasta burlarse de las exéquias hechas a los difuntos, porque con el cuerpo muere también el alma.

También en la Universidad de Valencia tuvieron mucha entrada las malas ideas jansenísticas y revoluciodarias. Un texto de Teología, publicado por el P. Cabadés, mercenario, profesor de esta facultad en ella, fué celebrado por corresponder a las

(1) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. III, § IV, pp. 244-245.

(2) A. H. N.; *Consejos*, leg. 5.468.

ideas del tiempo y del Gobierno (1), y trajo sobre el autor un proceso inquisitorial, en que hubo de abjurar como sospechoso. Es verdad que la Suprema, a donde hizo recurso, le absolvió; pero hay que tener en cuenta lo que por entonces era la Suprema, puesta ella misma en manos de jansenistas. El mismo o peor espíritu animaba al profesor de Cánones, D. Juan Bautista Batifora, quien publicó también una obra sosteniendo la doctrina en que se apoyaba el decreto de Urquijo, contraria al Primado (2). Nada tiene de extraño, figurando como libros de texto en el *Plan* de 1787, formado por el Rector, D. Vicente Blasco, y aprobado en Madrid por una junta presidida por el Obispo de Jaén, Inquisidor General, en que entraban con otros, Pérez Bayer y Fr. Manuel Risco, autores como Lackis, Van Espén y Selvagio. Así ha podido decir el Sr. Riba y García en el *Discurso* antes citado, que allí «en tiempo de Carlos IV los jansenistas daban ya francamente el rostro»; y que difundidas en las nuevas cátedras de Derecho Natural y de Gentes las ideas de los filósofos franceses, la revolución reclutó no pocos prosélitos entre los jóvenes universitarios y aun entre los seminaristas (3). En la misma sustancia escribía el Rector de aquella Universidad de 1816 a 1819, D. Gregorio Joaquín Piquer, al confesor de Su Majestad, D. Cristóbal Bencomo. «Entonces, dice (en tiempo de Blasco), se conocieron y se pusieron en manos de todos, los libros que causaron el mayor trastorno en la doctrina de esta antes tan pura y católica Universidad. De sus prosélitos se vieron rasgos muy admirables en las llamadas cortes. Aquí se fundió el papel de gracias por la abolición de la Inquisición, que el clausuro hizo suyo, deponiendo todo rubor y defendiéndolo por escrito, a pesar de estar lleno de proposiciones impías, malsonantes, que saben a herejía y aun heréticas, como declaró el Consejo de la Suprema. Aquí se escribió e imprimió un papel con motivo de la apertura de la nueva cátedra de la llamada Constitución, reducido a calificar de tiranía el derecho de los monarcas, y a individualizar defectos de cada uno de los reyes, para hacer ver la necesidad de coartar su poder arbitrario e ilimitado. Aquí se ha

(1) *Razón y Fe*, t. 54, p. 140 (Junio de 1919). El P. Antonio Pérez Goyena, S. J., citando a Gams, *Die Kirchengeschichte von Spanien*, t. III, p. 416.

(2) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, § VII, p. 179.

(3) Página 18.

llegado a defender en conclusiones impresas, firmadas por el citado Rector, que las bulas dogmáticas no obligan hasta que sean examinadas y aprobadas por la potestad secular, y mil otras doctrinas ni menos libres, ni menos peligrosas (1).

En Valladolid, un catedrático de Filosofía sostuvo veinte proposiciones saturadas de naturalismo, que después recogió la Inquisición, penitenciando y obligando a su autor a abjurar de sus errores (2); otro las defendió crudamente regalistas; delató al Gobierno al defensor de las contrarias y aun al claustro que había aprobado el programa; y el Gobierno hizo dar a los aprobantes pública reprensión y obligó a jurar de allí adelante a los graduandos que ni directa ni indirectamente promoverían, defenderían ni enseñarían cosa contraria a las regalías (3); que como se entendían entonces, eran la más dura sujeción de la Iglesia al poder secular. «Hasta siete u ocho cuadernos más de conclusiones escandalosas tuvo que recoger la Inquisición en menos de nueve años», dice Menéndez y Pelayo, añadiendo con evidente fundamento: «¡Cuántas más se sostendrían en actos públicos sin imprimirse!» (4).

En otras Universidades penetró también el jansenismo y volterianismo, pudiéndose afirmar que no quedó ninguna inmune de aquel contagio, a lo menos de las once que dejó en pie el Marqués Caballero con el decreto de supresión de 1807. De Alcalá, Sevilla y Zaragoza lo asegura D. Vicente de la Fuente, y que de esta última salieron «no pocos de los delirantes de Cádiz (5).

En la de Oviedo, dice su historiador, Sr. Canella, sacándolo del expediente de visita, que se defendieron algunas máximas subversivas, aunque no por culpa de los maestros, sino del método que se seguía y autores que servían de texto, según el plan de 1807 (6). Ello es que uno de los cursantes de 1793 a 1802, don José Rodríguez Busto, consignó en unos *Apuntes* de su vida lo mucho que en la Universidad cundió el espíritu de la revolución francesa, a pesar de los esfuerzos del Gobierno para estorbar-

(1) Valencia, 22 de Febrero de 1819. Copia en nuestro poder.

(2) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. III, § V, p. 255.

(3) La Fuente, *Historia de las Universidades*, t. IV, c. XIV, p. 74.

(4) Lugar citado.

(5) *Historia de las Universidades*, t. IV, c. XLVIII, p. 229; *Historia Eclesiástica*, t. VI, c. V, § 43, p. 127.

(6) *Historia de la Universidad de Oviedo*, apéndice n. XI.

lo (1); y que públicamente se defendió en la Academia de Leyes, aunque con escándalo y protesta del claustro, que «Jesucristo en la moral de su Evangelio nada más había hecho que sublimar los preceptos de la Filosofía» (2).

En una Academia semejante de Derecho público y español, establecida en los Estudios Reales de Madrid, se propuso para disertar sobre él un plan de temas, que el Inquisidor General, D. Agustín de Ceballos, Obispo de Jaén, calificó de «capcioso, escandaloso, perjudicial a la religión y al estado, y que daba sospechas muy fundadas de que en la economía interior de la Academia había fermento de mala doctrina»; sino que antes de ser advertido por él lo hizo retirar Floridablanca y no llegó a ser discutido. También hizo retirar, avisado a tiempo, unas «conclusiones en que se defendía la doctrina de Lutero contra la tradición y revelación», propuestas para un acto público de los mismos Estudios, sin duda por el profesor de Disciplina Eclesiástica, D. Blas Aguiriano, declarado jansenista. Allí sirvió de texto para el Derecho natural y de gentes la obra de Heinecio, prohibida por la Inquisición romana, hasta que fuera corregida; y también la habían de sostener toda ella los cursantes de esta asignatura públicamente por vía de examen en 1791. Lo estorbó igualmente el ministro, adoptando el informe del Inquisidor, y no sabemos si con todo se siguió enseñando, hasta que en 1794, en todos los centros de enseñanza se suprimió esa cátedra, por las ideas que en ella se vertían, gérmenes funestos de la revolución francesa, espanto de las naciones a la sazón por sus horrendos crímenes (3).

No fueron las universidades los únicos centros docentes inficionados con el veneno de las malas ideas; hasta en algunos seminarios clericales llegó a penetrar. En el de Canarias, todavía a mediados del siglo XIX, cuando se encargaron de él nuestros Padres, hallaron muy vivo el espíritu jansenista, que sin duda introdujeron la Teología lugdunense, puesta allí de texto, el señor Obispo Tavira, y directores y profesores de sus mismas ideas.

El mismo prelado las sembró o fomentó también en el semi-

(1) En la misma *Historia*, P. I, c. VII, p. 121, nota.

(2) Cap. VII, pág. 107 y siguientes.

(3) Informe original del Inquisidor a Floridablanca, Madrid, 4 de Julio de 1791, A. H. N.; I. P., leg. 221.

nario de Salamanca los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, que gobernó aquella diócesis, teniendo en él no menos que de rector, al conocido literato D. Pedro Estala «ex-escolapio trocado en abate volteriano» (1), y otros profesores semejantes, acusados hasta de deistas, bien que D. Vicente de la Fuente, que lo oyó, no creyera que lo fuesen.

En Murcia los estudios de Teología estaban impregnados de jansenismo, y aun el virus de la revolución cundió en el seminario, no poco maleado además en su disciplina escolar, principalmente por el concurso de legistas, para los cuales también había allí cátedras (2). Fuera de otras manifestaciones del espíritu jansenista, en 1800 se defendió en él una proposición, contenida casi a la letra en el sínodo de Pistoya y condenada ya expresamente por Pío VI en la Bula contra aquel sínodo: *que no está en mano del sacerdote aplicar el fruto del sacrificio de la misa a quien quiera; aunque sí puede, además de la oblación general, hacer en él memoria particular de algunos, o vivos o difuntos, y rogar a Dios especialmente por ellos* (3). Menéndez y Pelayo da también por contagiados los seminarios de Burgos y Barcelona, el Sr. Lafuente los de Córdoba y Osma y el Sr. Riba y García el de Valencia.

No solamente en las materias canónicas, sino también en las más puramente teológicas y dogmáticas se esparcieron errores que tuvieron acogida en el clero. Pruébalo la avidez con que se leyó el Sínodo de Pistoya y el empeño con que se procuró, si bien no se logró, publicarlo en castellano para su mayor difusión; y el haber corrido, aunque a sombra de tejado, un escrito, en que se pretendía demostrar que las ciento y una proposiciones de Quesnel, condenadas por la Iglesia, se hallaban en San Agustín, trayendo para cada una de ellas palabras del Santo, aparentemente conformes con las del hereje (4).

Así pudo escribir el autor de los *Heterodoxos españoles* que «la vuelta de los jesuitas, tras de ser vindicación necesaria de una iniquidad sin ejemplo, era el único modo de poner orden y con-

(1) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. III, § IV, p. 246.

(2) La Fuente, *Historia de las Universidades*, t. IV, c. XXVII, p. 145. Díaz Cassou, *Serie de los Obispos de Cartagena*, p. 222. A. H. N.; *Consejos* 968 e, consulta del Consejo de Castilla sobre un ruidoso alboroto de los estudiantes.

(3) A. H. N.; Inquisición, leg. 4.462. N. XXX de la Bula *Auctorem fidei*.

(4) Gustá, *El antiguo proyecto de Borgo-Fontana*, § II, pp. 11-12.

cierto en la pública enseñanza, *maleada desde fines del siglo XVIII con todo linaje de falsa ciencia y de malsanas novedades* (1).

IV

Sin embargo, el clero en general, no puede decirse que se corrompiera con el veneno de las ideas jansenísticas, filosóficas y revolucionarias, sobre todo el regular; pero muchos individuos las adoptaron, quiénes unas, quiénes otras, algunos todas, viniendo a ser a las claras, desde las cortes de Cádiz, teórica y prácticamente partidarios de los errores y del espíritu de la revolución francesa y de su aplicación en España, tanto en lo religioso como en lo político, quitados ciertos extremos de barbarie, los mismos que hasta entonces habían pasado por simples jansenistas.

De la Colegiata de San Isidro en Madrid, ya el Sr. Menéndez y Pelayo dijo que «era cátedra poco menos que abierta y pública de las nuevas doctrinas», y que todos sus canónigos, menos uno, estaban picados de jansenismo a fines del siglo XVIII (2), aunque algunos más creemos nosotros que había inmunes de esa lepra. Los Padres del Oratorio del Salvador, establecido en el antiguo Noviciado de la Compañía, nota la Fuente que «con razón o sin ella estaban también tildados de jansenistas» (3). Manifiestamente descubren ese espíritu el P. Ramírez, que con Villanueva y otros informó en favor de Nicole para sacar sus obras del expurgatorio (4), y otros dos que con él en 1788 censuraron desfavorablemente una obra del ex-jesuita D. Pedro de los Campos en defensa de la Constitución *Unigenitus*, y contra los mil errores y arterías de los jansenistas en torno de ella. Por cierto que entre otras razones para no permitir su publicación, alegan la de ser contraria a los edictos de Luis XV sobre esas materias, enderezados a la paz que efectivamente había conseguido por ellos establecer en Francia. Ceguera increíble, la de quien ve en paz a Francia en vísperas de 1789 (5). No todos eran así; en

(1) T. III, l. VII, c. III, § I, p. 492.

(2) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, §§ VIII y IX, pp. 182 y 190.

(3) *Historia de las Universidades*, t. IV, c. XXXIII, p. 171.

(4) Villanueva, *Vida literaria*, c. VIII, p. 70.

(5) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia, reservado, n. 31.

1806 hallamos alguno notado de parcial de los jesuitas, y esta nota puede decirse que excluye la de jansenismo como lo blanco a lo negro.

En Murcia, los jefes mismos del partido liberal eran sacerdotes y frailes (1).

D. Andrés Muriel da en la *Historia de Carlos IV* esta noticia, que pudiera parecer increíble: «El Visitador general de una diócesis, el que por confianza de su prelado la regía plenamente en su nombre y con absoluta autoridad, daba él mismo a leer las obras de Voltaire y Rousseau a aquellos párrocos que habían adquirido una tintura de la lengua francesa, ponderándoles la importancia de tales escritos. Por su lectura, añadía, sacudirían ideas que hasta allí habían tenido por ciertas. Haciales, a la verdad, tan criminal confianza con reserva y circunspección; pero su precaución era ilusoria por el hecho de ser crecido el número de los llamados a la iniciación» (2). Quien tal propaganda hacía entre los párrocos ¿no la haría más intensa y eficaz en derredor suyo, en buen número de clérigos amigos y dependientes de su autoridad? Al Conde de Toreno, «contagiado hasta los tuétanos por la filosofía irreligiosa del siglo XVIII, le había inculcado aquellos principios un monje benedictino, Abad de Montserrat, que le comunicó el *Emilio* y el *Contrato Social*, cuando apenas entraba en la adolescencia» (3).

En las Cortes de Cádiz no fué pequeño el número de los que defendieron y votaron los muchos decretos que allí se dieron contra la Iglesia, sus derechos y prerrogativas, contra las órdenes religiosas, contra la Inquisición, y otros de orden político fundados en las nuevas teorías de la revolución francesa. De 1820 a 23 «hasta dos docenas de clérigos, casi todos jansenistas, daban el tono en las cuestiones conónicas» (4), promoviendo cuantas medidas adoptaron aquellas cortes contra la religión.

Bien se deja entender que este número y el de los demás, cuya memoria perdura en sus escritos, como Llorente, D. Juan Nicasio Gallego y otros varios, pocos todos ellos, supone otro mucho mayor de secuaces de las mismas doctrinas, que no dejaron ras-

(1) Díaz Cassou, *Serie de los Obispos*, p. 228.

(2) T. III (XXXI del *Memorial Histórico Español*), l. III, p. 113.

(3) *Heterodoxos*, t. III, l. VII, c. II, § I, p. 455.

(4) *Heterodoxos*, t. III, l. VII, c. III, § II, p. 501.

tro de sí, pero que entonces eran seguramente conocidos por tales, y aun algunos activos propagadores de ellas entre sus compañeros y entre los seglares.

Hace pensar también que no debía ser muy corto el número de clérigos contagiados, sobre todo de jansenismo, el de Obispos teñidos de ese color más o menos subido, habiendo quienes en sus Pastorales recomendaran la *Tentativa Teológica* de Pereira, «obra exaltadamente episcopalista» y contraria al Primado del Papa en la Iglesia (1). Porque es claro que, con rara o ninguna excepción, todos cuantos tenían a su alrededor, ya simplemente como amigos o favorecidos, ya también como secretarios, provisos y demás empleados en las diversas dependencias de la Mitra, eran de su mismo sentir en materias eclesiásticas.

El Sr. Climent, Obispo de Barcelona, en pública Pastoral se mostró partidario de la Iglesia jansenista y cismática de Utrecht; tratando de ella como de cualquier otra unida con la Romana; y como el Papa, Clemente XIV, se quejara al Rey de la Pastoral, conjeturamos que por medio del confesor, y el Rey encomendara su censura a los cinco prelados que formaban parte del Consejo Extraordinario, los Arzobispos de Burgos y Zaragoza y los Obispos de Tarazona, Orihuela y Albarracín, con los generales de la Merced y del Carmen; ellos también, poco disimuladamente se pusieron de parte de aquella Iglesia, haciendo de su historia una relación inexacta, favorable a ella, y diciendo que no era oportuno entrar en el fondo de la controversia, como si pudiera haberla para un católico, después que la Santa Sede cien veces había declarado y condenado por cismáticos a aquellos sectarios; y cuanto a la Pastoral, nada encuentran en ella que censurar, sólo porque no los declara expresamente inocentes y su cisma mera invención de los jesuítas; que era la cantilena de los mismos cismáticos y de todos sus partidarios (2). Más aún; manifestando sus propios deseos, añaden que «no hubiera sido extraño en el Obispo de Barcelona dirigirse a S. M. implorando sus poderosos oficios para alcanzar a la Iglesia de Holanda la gracia de la Santa Sede»; bien que, soltada la idea, luego hacen como que la retiran, diciendo que el Obispo se detiene sin duda por justos

(1) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, §§ I y IX, pp. 114 y 194.

(2) La censura, copia, en Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 589 ant., 254 nuevo. Lleva la fecha de 22 de Noviembre de 1769.

motivos y su ejemplo es digno de considerarse con mucha reflexión (1). Y en efecto, no eran pasados dos años, cuando el Arzobispo cismático por mediación del ministro jansenista, D. Manuel de Roda, acudía al Rey de España pidiendo protección; y el Rey católico de España, engañado miserablemente en esto como en otras cosas, por su ministro, mandó a su embajador en Roma apoyar las instancias hechas por el Arzobispo para que el Papa tuviera a aquella Iglesia por sana en la fe y unida con la de Roma, pero sin someterse a sus decisiones dogmáticas, que era lo que no quería hacer, y toda la causa de su separación (2).

De las conexiones del señor Obispo de Barcelona y de otros con jansenistas extranjeros da noticias uno de estos en un *Diario* suyo, que se imprimió mucho después. Agustín Juan Carlos Clément de Feillet, canónigo entonces de Auxerre y después de la revolución francesa Obispo intruso de Versalles, agente activísimo de la secta jansenística, creyó que, echados los jesuitas de España, era tiempo oportuno para venir a propagarla aquí; y puesto en correspondencia, primero con un religioso de la Merced y luego con el Obispo de Barcelona, vino, en efecto, a España en 1768; se hospedó en el palacio del Obispo; confirió con él sus ideas; pasó a Madrid y trató de ellas con Aranda, Roda, Cam-

(1) No estará demás notar aquí que mientras los prelados revisaban y absolvían las pastorales de su compañero de Barcelona en lo eclesiástico, los consejeros legos del Extraordinario las censuraban también y las condenaban en lo político, y que más infundada aún era esta condenación que aquella absolución. Esta censura está original con la otra.

(2) Carta de Roda al embajador de España en Roma, San Lorenzo, 1 de Octubre de 1771 (en Hervás, continuación de Beraut Bercastel, l. 91, apéndice); y otra del mismo a Clément de Feillet, Escorial, 30 de Septiembre de 1771. (Tráela éste en su *Journal*, t. II, p. 292.)

Por lo que valga en pro o en contra del Sr. Climent, ponemos aquí el siguiente párrafo de carta, escrita en Barcelona el 5 de Agosto de 1769, interceptada y copiada por el gobierno. «Hemos mirado con más reflexión la carta Pastoral de este Señor Illmo., y realmente observamos que ha tomado partido con la Iglesia de Holanda; pero el P. M. Prior, que ha hablado con Su Illma. me asegura que el ánimo del Señor Obispo no es el de unirse con los cismáticos; sino que advirtiéndole que aquella Iglesia, por falta de los sínodos provinciales, a que es adictísimo, está disgustada del gobierno de Roma, se compadece de su deplorable estado. Sin embargo, entendemos que dicha Pastoral es sobradamente valiente y nacida de su mucha satisfacción, animada con las máximas de Francia.» (Fr. Jaime Sentis, dominico, a Fr. Salvador Torres, Roma. Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 777.)

pomanes, y con los Obispos de Albarracín y Tarazona, de cuya manera de pensar muestra satisfacción en su *Diario*.

De los cinco prelados del Extraordinario pudiera tenerla, según las ideas que al año siguiente manifestaron en la censura, ya citada, de la Pastoral del de Barcelona y en la revisión del *Juicio imparcial*. Esta obra se atribuye a Campomanes; y bien puede decirse suya, porque él la inspiró; porque con sus ideas y por encargo suyo la redactó D. Fernando Navarro; y porque él la revisó, amplió, aclaró e ilustró en lo tocante a regalías, como se lo escribía a Roda en 18 de Octubre de 1768 (1). Pero sabido es que, recogida la primera edición, por denuncia oficiosa que de ella hicieron aquellos prelados, el Rey encomendó a ellos mismos con intervención de Moñino, fiscal también del Consejo, como Campomanes, la corrección de la obra, y corregida por ellos se dió de nuevo a la imprenta, tal cual ahora la tenemos. En efecto, hicieron en ella no pocas mudanzas, como se ve por el cotejo de ambas ediciones; y así la segunda, con todo lo que en ella se lee, puede decirse más que aprobada por aquellos señores. Ahora bien, allí se ve negada a la Iglesia la potestad coactiva; allí, no solamente se dan por asentadas las *facultades nativas* de los Obispos, tan traídas y llevadas por los jansenistas de la época, sino que se reduce el primado de San Pedro y de sus sucesores a una superioridad de *inspección, solicitud y ejecución de los establecimientos*, es decir, decretos o resoluciones, *de la Iglesia*; allí no se reconoce otro fundamento al derecho de propiedad de ella, ni al de inmunidad, tanto real como personal, que la concesión del poder civil; allí se exige el pase regio para todos los actos externos de la autoridad eclesiástica, aun de los concilios generales (2).

El de Burgos, además, por su cuenta, en la tristemente célebre Pastoral que publicó al año de nuestro destierro, titulándola *Doctrina de los expulsos extinguida*, descubrió no muy veladamente esas mismas ideas erróneas, dando a la Compañía por inventora de las contrarias, que no eran sino las de la Iglesia católica. No menos que en cuatro pasajes impugna el Primado de jurisdicción del Sumo Pontífice; y en uno de ellos claramente, en otros

(1) A. H. N., *Consejos*, leg. 5.530, n. 13:

(2) Puede verse comprobado todo esto en *Razón y Fe*, t. LXIV, artículo titulado EL ALMACÉN DE REGALÍAS, de Campomanes.

no tanto, lo supone invención de los jesuitas, diciendo que ellos *erigieron en monarquía a la Santa Sede* (1); que la Compañía, en su empeño de parecer sociedad monárquica, *se opone al plan que quiso en la Iglesia Jesucristo, pues en su establecimiento excluyó expresamente toda dominación* (2); y que el P. Laínez defendió en el concilio de Trento, con oprobio de los Obispos de la Cristiandad, *que era propia del papa toda la jurisdicción* (3). Por si esto no expresara con bastante claridad su idea de que el Sumo Pontífice tiene igual y no mayor autoridad que cualquier otro Obispo; la expuso en otra parte con palabras que entienden todos los versados en estas materias, no sin acusar a la misma Santa Sede de falsificar la Sagrada Escritura al trasladar al breviario uno de los pasajes relativos al Primado. «Ya se han visto, dice, por razones que se ocultan a mi respeto, algunas mudanzas en el Breviario Romano; v. gr., poner como coloquio de Jesucristo con solo San Pedro, lo que fué conversación con todo el Apostolado» (4). Ni sólo el Primado pontificio, pero aun toda autoridad eclesiástica en el fuero externo viene a impugnar a continuación, siguiendo a Edmundo Richer, cuando pone como otra mudanza hecha en el breviario la de quitar en la oración del oficio de la Cátedra de San Pedro una palabra, que supone haber tenido antiguamente, siendo así que sólo se hallaba, como en su *Anatomía* inédita de la *Pastoral* observa el P. Isla, introducida fraudulentamente en algunas ediciones posteriores a la reforma de San Pío V, y por eso la hizo suprimir Clemente VIII. No decía la oración, según el Arzobispo, que Jesucristo había dado a San Pedro la potestad de atar y desatar absolutamente, sino de atar y desatar *las almas*: «*ligandi atque solvendi animas pontificium tradidisti*».

No es extraño que años adelante, habiéndose desarrollado o extendido tales errores de sujeción de lo eclesiástico, aun espiritual, a la potestad secular, y de igualdad de poder y autoridad entre los demás Obispos y el Papa llegara a estar contagiada del galicanismo cesarista, como dice la Fuente, hasta la tercera parte del Episcopado (5); y que en los últimos días de aquel siglo

(1) Párrafo XXIX, n. 390, p. 223.

(2) Párrafo XLIX, n. 725, p. 404.

(3) Párrafo XXVI, n. 544, p. 198.

(4) Párrafo VI, n. 81, p. 50.

(5) *Historia de las Universidades*, t. IV, c. LXIV, p. 308.

hubiera en él tantos que tuvieran por legítima y fundada en buena teología la orden cismática del ministro Urquijo, mandándoles usar de toda la plenitud de sus facultades, conforme a la antigua disciplina de la Iglesia, para dispensas matrimoniales y demás que les competían, durante la vacante de la Silla Apostólica por muerte de Pío VI, hasta que S. M. les anunciara la elección de nuevo Pontífice; ni que impugnada la apología que de tal orden hizo el de Salamanca, Sr. Tavira, por un eclesiástico de aquella ciudad, salieran otros varios a su defensa (1).

Menos aún será de extrañar que más tarde uno de esos Obispos, el de Barbastro, D. Agustín Abad y la Sierra, diera las gracias a las Cortes de Cádiz por la abolición del Santo Oficio.

Esa abolición fué uno de los actos principales de aquellas Cortes, en que se manifestó el espíritu irreligioso, dominante en ellas; pero la verdad es que en los últimos tiempos, la Inquisición, completamente supeditada al Gobierno y puesta en manos de jansenistas y aun volterianos, dice Menéndez y Pelayo (2), Presidentes unos de la Suprema, como el Arzobispo de Selimbria, D. Manuel Abad y la Sierra, hermano del Obispo de Barbastro, y D. Ramón José de Arce, Arzobispo de Burgos y Zaragoza; secretarios o calificadores otros, como Llorente y Villanueva; estuvo muy lejos de prestar a la religión los servicios que debía y había prestado en tiempos anteriores. Godoy, en sus *Memorias*, se gloria de haber salvado a muchos de ser procesados; Llorente, en su *Historia Crítica*, comprueba la lenidad con que en su tiempo se procedía, y D. Vicente de la Fuente pudo concluir, aun sin traer todo lo que se pudiera en este punto, «que a fines del siglo pasado (el XVIII) y principios del presente, la Inquisición ya solamente era una sombra de lo que había sido» (3). El último de los jansenistas arriba nombrados, Villanueva, mirando como un gran bien esa decadencia del Santo Tribunal, la atribuye a la expulsión de la Compañía de España. Entre otras cosas que dice haber valido a Campomanes para salir bien de una delación hecha contra él, una fué «la mejora que se iba experimentando en las opiniones filosóficas y jurídicas, y la debilidad en que cayó el

(1) *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, § VII, p. 173 y siguientes.

(2) *Heterodoxos*, t. III, l. VII, c. II, § VIII, p. 181.

(3) *Historia Eclesiástica de España*, t. VI, l. VI, § 24, p. 70.

partido de la ignorancia y de la preocupación con el extrañamiento de los jesuitas» (1).

A las mismas causas, tal vez, habrá de atribuirse que la Inquisición dejara correr libremente libros de tan ponzoñosa doctrina y tan leídos, como el Pereira y el Febronio y como el Sínodo de Pistoya, que no prohibió hasta que la bula de su condenación, retenida seis años por el Gobierno, fué por fin publicada en 1801, mientras que prohibía otros dados a la luz en defensa y para propagación de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Verdad es que aun los prohibidos inundaban a España. De obras jansenísticas, principalmente de Tamburini, supo Hervás, en Italia, que se enviaron de allí cajones enteros, sólo para un doctor de Salamanca (2). Las conocidas *Nouvelles Ecclesiastiques* tenían aquí no pocos lectores, como asegura Pellicer (3); y ya se sabe que éste era el órgano del jansenismo, cuyo fin y argumento consistía (son palabras del mismo escritor) en «juntar y referir cuantos sucesos particulares, anécdotas y chismes pudieran contribuir para ridiculizar la Corte Romana, su Inquisición, a los frailes y clérigos adictos al Papa, y sostener que la Bula *Unigenitus* es obra de partido, y que a fuerza de violencias se hizo admitir por lo general en Francia».

No menos, sino más aún que los jansenísticos, fueron los libros y folletos revolucionarios que de esa nación pasaron a la nuestra y propagaron entre nosotros la irreligión y las ideas y principios de falsa libertad, que allí llevaron al cadalso a Luis XVI, y al altar mayor de Nuestra Señora de París a la diosa Razón representada por una mujer infame.

No hacía tres años que la Compañía había salido de España; cuando un eclesiástico de Valencia, viajando por Francia, escribía desde su capital al Padre Confesor los muchísimos que supo se introducían en España, y juntamente la perversión general del gran número de españoles que, por moda y aun por el atractivo mismo de la maldad, viajaban por aquel reino, y los planes que en él se formaban para acabar con la religión y con la monarquía en el nuestro (4). En Diciembre de 1789 un edicto de la

(1) *Vida literaria*, c. I, pp. 9-10.

(2) *Revolución*, t. I, art. XI, p. 168.

(3) *Noticia histórica sobre la prohibición de libros*.

(4) D. Francisco Javier Olóriz, 10 de Diciembre de 1769. A. H. N.; *Estado*, leg. 2.872, carta original.

Inquisición contenía cuarenta libros revolucionarios, folletos, periódicos y hojas acabadas de publicar en Francia con ocasión de la Asamblea nacional que se estaba celebrando, e introducidas ya en España.

No bastaron para contener la invasión las prohibiciones del Santo Oficio, que en este punto mostró más celo que en las materias eclesiásticas, ni las del Gobierno enderezadas al mismo fin. Las órdenes mismas de éste, muchas de ellas recogidas luego en la *Novísima Recopilación*, manifiestan cómo iban cundiendo las ideas revolucionarias. No sólo se prohíben libros y papeles determinados; hay que acudir a prohibiciones generales de cualesquiera obras contrarias a la fidelidad y obediencia debida a los Príncipes, y aun de estampas alusivas a la revolución de Francia; a mandar recoger de las librerías todos esos escritos, y a obligar a los libreros a no consentir en ellas conversaciones contra el régimen político de España; a prevenir en los centros de enseñanza las disertaciones, conclusiones y otros actos académicos en que se sostengan tales doctrinas, y a ordenar a sus directores que impidan a los estudiantes la lectura de tales libros. No es temerario pensar que algunos de los que redactaban y expedían estas órdenes, leían ellos mismos la Enciclopedia, las obras de Voltaire, de D'Alembert, del Barón de Holbach, de Rousseau, de todos los principales filósofos franceses, sembradores de la semilla revolucionaria, cuyos frutos, si a la inmensa mayoría de los españoles parecieron todos abominables, los del orden religioso fueron vistos con simpatía por buena parte de la gente de letras y de gobierno, y aun los del político y social, no fueron pocos, aunque ciertamente en menor número, los que los envidiaron, y, venida la ocasión, los trasladaron a España.

¿Se habrá de atribuir a la expulsión de la Compañía algún influjo en esta inundación de libros y toda clase de escritos perniciosos? Así lo da a entender el agente jansenista Clément, poco antes citado: «Si la Compañía de los jesuitas ha sido por mucho tiempo sospechosa (principalmente en España y en Portugal) por tener a las naciones en que dominaba en una ignorancia favorable a la política de ella; se advierte, por lo contrario, con mucho interés, el feliz contraste de los estudios y el retorno a libros sólidos de todo género después de la época de la expulsión de dicha Compañía. Esto a primera vista se puede conocer por los papeles públicos. Inmediatamente se ha satisfecho al celo con

las traducciones multiplicadas de obras extranjeras.» Bien se deja entender lo que un jansenista como éste había de llamar libros sólidos, saber e ignorancia.

Los atropellos del regalismo prepotente en tiempo de Carlos III y Carlos IV contra las personas y cosas eclesiásticas son bien notorios, para que haya necesidad de referirlos. El Obispo de Cuenca, traído como reo ante el Consejo de Castilla, presidido por un Conde de Aranda, y teniendo por luz y guía en sus deliberaciones a un Campomanes, juez y parte a un tiempo además en aquella causa él y el Consejo entero; todos los Obispos de España, advertidos oficialmente del caso en son de amenaza, para que ni en carta particular al confesor del Rey, como lo había hecho el de Cuenca, se atrevieran a formular la menor queja por los continuos y fuertes golpes que a la Iglesia se daban; el *exequatur* impuesto definitivamente en 1768 a todo documento pontificio, que no procediera de la Sagrada Penitenciaría y, por tanto, aun a las definiciones dogmáticas, como lo fué la Bula *Auctorem fidei*, largo tiempo retenida; la Inquisición y aun el Papa inhibidos de publicar la prohibición de un libro sin la aprobación del Consejo, constituido de este modo en juez de la doctrina; los concilios provinciales mandados celebrar en Indias con fines bastardos, prescribiendo, o poco menos, las resoluciones, e interviniendo un magistrado seglar en nombre del Rey para poner el veto a cuanto se le antojara; la acción conjunta de nuestra Corte con las de Francia y Nápoles contra la Santa Sede por el *Monitorio de Parma* y la publicación, casi oficial, del *Juicio imparcial* contra él; la tentativa cismática de Urquijo, ya mencionada, cuando la muerte de Pío VI; la inmunidad local y la personal restringida y casi suprimida, de consentimiento más o menos forzado de Roma o por la propia autoridad real; en fin, toda la administración eclesiástica traída a manos del Rey y al Consejo de Cámara; como que la idea con que se tropieza a cada paso en los regalistas y jansenistas de la época, es que en la disciplina externa de la Iglesia, quien tenía autoridad era el Rey y no el Papa ni los Obispos. Difícil es medir, repetiremos otra vez, cuánto facilitó a aquellos Gobiernos la impía labor de abatir a la Iglesia el extrañamiento de la Compañía de estos reinos. Pero amigos y enemigos reconocen ya que para eso se hizo, y uno de estos últimos ha escrito, además, estas textuales palabras: «La supresión de los jesuitas pareció, sin duda, necesaria

a Carlos III por razón de Estado; pero eso fué como decapitar a la Iglesia española; y la falta de estos infatigables defensores de los derechos eclesiásticos explica, a nuestro juicio, la poca oposición que el clero hizo en tiempo de Carlos IV a las usurpaciones de sus Ministros» (1).

Por más ciertos aún y por no menores en su orden tenemos los daños venidos con la expulsión de la Compañía a la práctica de la religión en muchas de sus formas, aun las más fructuosas y de inmenso influjo en la vida moral y cristiana, aunque datos positivos y concretos podemos aducir muy pocos.

En los años de 1758 a 63, uno con otro y ambos inclusive, dieron, solamente los Padres de la Provincia de Castilla, más de ochenta misiones, sin contar las del P. Calatayud, según catálogos que de ellas se imprimieron; unas por fundación, que a ello les obligaba; otras, las más, solamente por la general obligación de la caridad y de su instituto. Si en cada una de las otras tres provincias se dieron otras tantas, salen trescientas veinte misiones al año. Pues bien seguro es que, aun las de fundación en mucha parte, dejaron de darse expulsada la Compañía, o por haberlas conmutado en otras obras pías los prelados o los comisionados del Gobierno con su intervención, o por quedar simplemente descuidadas.

La enseñanza del catecismo a los niños y a todo el pueblo era cosa muy general donde había colegios nuestros; la letra de memoria, el sentido por explicaciones que de ella tenían los Padres, ya en las iglesias, ya en las plazas, donde hacía sus paradas la procesión de la doctrina, que en días determinados organizaban con los niños para irlos cantando por las calles. Nos libramos muy bien de decir que desde la expulsión de la Compañía no se doctrinó al pueblo en España; pero no será temerario pensar que en diversas partes, por faltar nuestros catecismos, dejó de tenerlos buen número de gente, y menos aún que aquellas procesiones desaparecieron totalmente, y con ellas algo del conocimiento mismo de la doctrina cristiana, que así se adquiría o conservaba, y más todavía del espíritu de fe y de religión, que con esas manifestaciones públicas se sostenía y fomentaba.

Las muchas congregaciones piadosas de la Virgen, del Corazón de Jesús, de la Buena Muerte y con otras advocaciones, unas

(1) Desdevises, t. I, *La Société*, c. II, § IV, p. 64.

para jóvenes, otras para diversas clases de personas o para los fieles en general, todas fueron suprimidas expresamente por el Gobierno, con el pretexto, falso seguramente en muchas, insuficiente en todas, de estar erigidas sin autorización suya, y porque en ellas continuaría viviendo el espíritu de la Compañía, que era necesario extinguir totalmente. Los grandes bienes que estas congregaciones producen, son bien conocidos; y uno muy principal, la frecuencia de sacramentos, sin género de duda, hubo de sufrir considerable decadencia con la falta de tantos operarios evangélicos, que acaso más que ningunos otros la fomentaban, y con la preponderancia del jansenismo, que exigiendo para ella con celo hipócrita y severidad afectada, disposiciones imposibles, apartaba a los fieles de esas fuentes de la gracia y de la vida sobrenatural.

El R. P. Fr. José Brotons decía sobre este punto en su traducción de *El antiguo Proyecto de Borgo Fontana*: «Ha (*sic*), si el traductor pudiera revelar lo que el Altísimo le hizo ver en Italia! *No faltan casos horrorosos en España*» (1).

Uno solo conocemos, pero sumamente significativo. Una religiosa capuchina de Murcia, escribiendo en 1795 a un hermano suyo, antiguo jesuita, desterrado en Italia, le decía en substancia: «Aquí todo está perdido en punto de costumbres; ya se acabó la frecuencia de sacramentos, y hay monasterios, y no es éste, en los que las monjas no se confiesan ni comulgan más que una vez al año, y dicen que esto es lo mejor» (2).

Aun sin testimonios expresos pudiera asegurarse que no fueron aquellos conventos los únicos inficionados de ese espíritu jansenista. Pero a mayor abundamiento tenemos el del traductor citado, quien nos dice que fueron *no pocas* en España las religiosas seducidas por el jansenismo, como lo habían sido en Francia las conocidísimas de Port-Royal; aunque aquí no llegaran, añadimos nosotros, ni se vieron en ocasión de llegar a los extremos a que llegaron allí (3).

El P. Luengo, que recogió en Italia la noticia de Murcia, observó por sí mismo en España, cuando aquí estuvo de 1798 a 1801, el gran número de rateros, ladrones y salteadores de caminos

(1) § II, p. 15.

(2) Luengo, *Diario*, t. XXIX, P. 1.^a, p. 485; al 20 de Julio de 1795.

(3) Lugar citado.

que había en cuantas provincias recorrió de Cataluña, Valencia, Aragón y ambas Castillas. En su pueblo de la Nava del Rey, provincia de Valladolid, dice que antes las casas ricas estaban abiertas todo el día y aun entrada la noche, y no había robos. Entonces ya todas tenían portón después del portal, como en las ciudades, para evitarlos; y aun así y habiendo allí soldados, y lo que es más, en Salamanca con guarnición también, temían a las partidas de bandoleros que andaban en la comarca, donde, en efecto, en cuatro pueblos cerca de la Nava, había habido robos y muertes. Señal cierta, concluía él, de haber disminuído la cristiandad de los españoles por falta en parte de las muchas misiones que los jesuitas daban y de la educación con que formaban a la juventud (1).

No es de igual importancia, pero algo dice otra cosa que notó y le llamó la atención a su vuelta de Italia, y fué ver y oír que era muy común y casi general entre los eclesiásticos, tanto seculares como regulares, el vicio de fumar, propio antes sólo de soldados, de caleseros y de otra gente ordinaria, sin haber visto ni oído jamás que un religioso fumara (2). Aun esto pudo provenir en parte de la decadencia sobrevenida en la educación de la juventud por la expulsión de la Compañía; pero sería éste, en tal caso, el menor de los daños producidos en ella.

V

Porque en este punto de la educación, como en ningún otro, son manifestas dos cosas: que la educación de la juventud vino a estar con bastante generalidad abandonada o corrompida, y que la causa de eso fué el haber faltado de un golpe centenares de educadores rectos, laboriosos, hábiles y autorizados con el prestigio que da el saber, la virtud y el carácter religioso y sacerdotal, y que de hecho tenían bajo su mano o su influjo, al ser desterrados, una gran parte, si no la mayor, de la juventud española.

Abundan los testimonios y datos de una y otra cosa. Véanse aquí algunos. Pasando por Bolonia, donde residía el P. Luengo, en 1796 ciertos religiosos españoles «decían, escribe aquél, como otros muchos, sin rebozo y sin rodeos, que por allá está cada día

(1) *Diario*, t. 33, pp. 88 a 94; día 5 de Julio de 1799.

(2) *Diario*, t. 32, pp. 195-197; el 7 de Julio de 1798.

en peor estado todo lo que pertenece a la piedad y religión, y perdida enteramente la crianza y educación de la juventud». Mucha verdad debe de ser, añade el autor del *Diario*, cuando lo dicen hombres de aquellos que, al salir desterrada la Compañía, de palabra y por escrito prometían hacer que no se la echara de menos en España (1).

En Mayo de 1809 la Junta suprema gubernativa del Reino pidió informes a los cuerpos principales de la nación sobre diversos objetos de que se proponía tratar en las proyectadas Cortes; y uno de ellos eran las «reformas necesarias en el sistema de instrucción y educación pública» (2). Contestando a este artículo el Canciller de la Universidad de Cervera, Dr. Lázaro de Dou, escribía recordando a los jesuitas: «El vacío que éstos dejaron en cuanto a la educación, especialmente por lo relativo a la práctica de buenas costumbres, no se ha llenado; es general en España la queja de la falta de crianza y de lo costosa que es la poca que hay... Desde las expulsiones y extinción de la Compañía, lejos de haberse mejorado la creencia y las costumbres, se ha perdido muchísimo en uno y otro, con un trastorno general de gobiernos e imperios... Yo he venerado y venero, como debo, la extinción de que se trata con referencia a las circunstancias del tiempo en que se hizo; pero combinando todos los hechos referidos, juzgo que si la juventud francesa y la de otros países en que ha habido mucha libertad de escribir y vivir, hubiese tenido en los cuarenta y dos o cuarenta y tres años que faltan los jesuitas de varios reinos y eran perseguidos en todos, una educación como la que tenían antes, acaso no hubiera conseguido la impiedad los lamentables triunfos que ha logrado». Con estas observaciones el Canciller no vacila en adelantarse a indicar la conveniencia del restablecimiento de la Compañía (3).

Un año después (7 de Agosto de 1910) el insigne *Filósofo Rancio*, discurriendo sobre los asuntos que a su entender debían ventilarse en las Cortes, y contando entre ellos la pública educación, escribía sobre la que daba la Compañía y él había recibido de

(1) *Diario*, t. 30, P. 1.^a, pp. 10-16; el 10 de Enero de 1796.

(2) A. H. N.; *Papeles de la Junta Central*, leg. 7. Real decreto de 22 de Mayo y circular de 25 del mismo

(3) Rubio y Borrás, *Historia de la Universidad de Cervera*, segunda parte, apéndices al cap. VIII, apéndice 3.º, pp. 287 y siguientes.

ella en su niñez, una página de la cual trasladamos aquí solamente las frases más importantes a nuestro propósito. Después de haber asentado que cincuenta años atrás se hallaba este punto en un pie regular, «debíanse, dice, las ventajas de aquella nuestra buena educación principalmente a los jesuitas, porque ellos eran los que en casi todas partes estaban hechos cargo de ella... El primer cuidado del maestro se lo llevaban la religión y las costumbres. Solía haber alguna indulgencia para las otras ignorancias; mas ninguna con la del catecismo, que se castigaba más severamente. Todos los días habían de asistir todos a misa... y no se perdía ocasión de acostumbrarnos a todas las prácticas de piedad. Había para las malas costumbres una clase de castigos diferente de aquel que se daba a la desaplicación. La palabra u acción obscena o escandalosa, los hurtillos, las desobediencias y demás primeros ensayos de las pasiones corrompidas se castigaban con un género de aparato, que imponía y se impresionaba eficazmente en los ánimos. Se extendía la inspección de los maestros hasta fuera de la clase y cuidaban de que los recreos de los niños fuesen moderados e inocentes, so pena de que de lo contrario habían de ser públicamente reprendidos. Todos los sábados discurría el maestro sobre algunos de los puntos de civilización y buena crianza, con todo el fruto que era entonces notorio, y que sabían sacar de sus discipulos unos hombres, que acertaban con el secreto de hacerse amar y respetar. De las clases trascendía a las familias este sistema de educación». Hasta aquí el *Rancio*, que sigue exponiendo la que se daba en el hogar doméstico, el influjo moralizador del clero y los bienes que de todo eso procedían; y presentando luego el cambio sobrevenido en las costumbres, señala como una de las principales causas, como es consiguiente, el extrañamiento de la Compañía, y hace ver lo imposible que fué suplir su falta, ni para las letras, con maestros seglares mal dotados, confirmándolo con el ejemplo de Marchena, su patria, donde dice que antes de veinte años «se acabaron las clases, se acabaron las rentas y sólo quedaron regularmente medrados los administradores» (1).

De lo poco o nada que los maestros sucesores de los jesuitas se cuidaban de la educación de sus discipulos encontramos un ejemplo palpable en la misma corte. A los alumnos del Colegio

(1) *Cartas inéditas*, carta tercera, p. 13 y siguientes.

Imperial de Madrid daba la Compañía la misma formación religiosa y moral, sustancialmente, que el *Rancio* nos ha descrito. Ahora bien, el Inquisidor general, D. Ramón José de Arce, que hizo en 1806 una visita de inspección a los Estudios Reales de San Isidro, allí sustituidos a los de la Compañía por Carlos III, exponía en un informe dirigido al ministro Caballero, que ni se enseñaba la doctrina cristiana a los niños que a ellos concurrían, de seis a catorce años, ni se les hacía oír misa todos los días, y al decir de varios maestros, acaso había quienes no la oían nunca, ni tenían días señalados para confesarse; y así, «muchísimos» ni siquiera cumplían con la Iglesia, ni aun tenían la instrucción necesaria para ello (1).

Terminaremos este punto con el autorizado testimonio de los ilustrísimos señores Obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona, que en 1812, refugiados en Mallorca, publicaron una valiente y concienzuda *Instrucción Pastoral* contra los males de la época, los mayores que amenazaban y las causas de ellos. La incredulidad, que había comenzado a cundir entre nosotros, ha estado, dicen, «fomentada por la pésima educación de la juventud, que se iba introduciendo en nuestro suelo, después que, arruinados los preciosos establecimientos antiguos, destinados por nuestros mayores a comunicar al mismo tiempo las ciencias y las costumbres a nuestros jóvenes; se vieron éstos entregados tal vez a maestros corrompidos o abandonados a sí mismos y a las compañías de otros jóvenes libertinos y viciosos, de que abundaban ya las universidades y los pueblos más numerosos que frecuentaban» (2).

Como confirmación de estas últimas palabras añadiremos solamente este dato que nos proporciona el P. Luengo: «Cuando yo era joven, a la mitad del siglo pasado y hasta que salimos de España, nunca faltaban en Valladolid veinte o treinta jóvenes de la Nava del Rey, mi lugar, que estudiaban Filosofía, Teología y Leyes; y en el dicho año (de 1799) en que estuve allí, no había ni uno solo, y lo mismo sucedía en la vecina villa de Rueda; y en una y otra parte me dijeron que ya no se podía enviar un joven a estudiar a Valladolid, porque costaba mucho, no aprendían nada y volvían llenos de vicios» (3).

(1) A. H. N.; I. P., leg. 222. Original, Madrid, 27 de Enero de 1806.

(2) Página 174.

(3) *Diario*, t. 41, pp. 326-327; día 2 de Agosto de 1807.

Omitimos los muchos testimonios que pudiéramos traer de los memoriales dirigidos al Rey pidiendo el restablecimiento de la Compañía por Obispos, Cabildos, Ayuntamientos y otras corporaciones y particulares. La inmensa mayoría de los que conocemos lamentan el mal estado de la educación de la juventud; lo atribuyen en todo o en mucha parte a la falta de nuestros colegios; y esperan de su reposición el remedio. Cuanto al hecho, no podían errar, estando tan a la vista; cuanto a la causa, fuera de otros fundamentos, tenían también ante los ojos este hecho, notado y consignado en uno de aquellos memoriales y en algún otro impreso de los mismos días. Dícese allí que los diputados que en Cádiz se declararon defensores del Altar y del Trono, oponiéndose a las innovaciones revolucionarias, tanto en religión como en política, habían sido por la mayor parte discípulos de los jesuitas, y que ninguno de los promovedores de aquellas novedades había estudiado en sus escuelas (1). No podemos comprobar la exactitud de la observación, que nada perdería de su valor por tener alguna excepción en la generalidad de su última parte. Pero la corrobora sin duda poderosamente esta otra igual, que respecto de Francia hace el Conde de Fernán-Núñez, embajador español en París al tiempo de la revolución. «Todos los innovadores de la nueva Asamblea Nacional de Francia, dice el Conde (no en general la más afecta a la religión y a los soberanos), son, o jóvenes que no han alcanzado la educación de los jesuitas, o sujetos que no han sido criados por ellos, o tal cual de los expelidos de su sociedad. Así lo había yo observado y me lo han hecho observar varios miembros sensatos de la misma Asamblea, indiferentes por todo espíritu de partido y adictos sólo al de la razón» (2).

Para terminar esta parte de nuestro estudio, relativa a España, observaremos que de toda esa corrupción de ideas, aquí solamente indicada en el orden religioso y político, nada se encuentra en la primera mitad del siglo XVIII si no es algún germen por lo tocante al Primado Pontificio y el regalismo y pugna de nues-

(1) El Personero de Valencia, *Memorial* de 31 de Enero de 1815, impreso en *El Procurador General* de 15 de Febrero y en el *Diario de Valencia* de 1º de Marzo. Fr. José Giner, *Sermón* en la fiesta de acción de gracias de Valencia, nota 66, p. 58.

(2) *Vida de Carlos III*, t. I, P. 2.ª, c. II.

tra corte con la Santa Sede. Todos los elementos y todas las clases de la sociedad estaban sanas; menos vivo tal vez, pero no menos entero el sentimiento religioso en todas ellas que en el siglo anterior. Ni el clero, ni las universidades, ni la aristocracia, ni los hombres de letras, ni la plebe, ni los gobernantes estaban tocados de irreligión. Las mismas disidencias con Roma, ruidosas y turbulentas hasta el extremo de la ruptura de relaciones diplomáticas con la expulsión del Nuncio, ejecutada una y otra vez, tenían otras raíces que las dañadas de donde procedió la guerra sistemática, sin tantos alardes violentos, hecha después a la potestad espiritual de la Iglesia para supeditarla inicuamente a la temporal del Estado. Y el regalismo, de que en parte o en todo nacían aquellas disidencias, era, como el de los siglos anteriores, lo mismo en sus principios que en sus aplicaciones, menos avanzado que el de fines del XVIII, y no mezclado ni envenenado como éste con el virus del jansenismo y aun del enciclopedismo.

Esta diferencia salta a la vista con sólo pasarla por el tercer tomo de los *Heterodoxos Españoles*. Allí se ve que ni por el número, ni por la extensión y gravedad de los errores, más o menos manifiestos, en la doctrina, y de los ataques, ya francos, ya disimulados, a los derechos e instituciones de la Iglesia y a la Iglesia misma, en cátedras, en impresos, en tribunales y gobiernos, tiene comparación la primera parte del siglo XVIII con la segunda y con los principios del XIX. El mero hecho de que en esta última faltó de España la Compañía de Jesús, no nos daría derecho alguno a mirar esta falta como origen de aquel daño. Pero las reflexiones, los datos históricos, los juicios autorizados, que quedan expuestos, no permiten dudar del influjo más que mediano, que su extrañamiento tuvo en la difusión de tantos y tan profundos males.

VI

En América se hubo de sentir más palpablemente aún que en España la falta de la Compañía, sobre todo para la enseñanza y las misiones.

Aun en su independencia de la metrópoli influyó no poco, a juicio de muchos autores. Uno de éstos es el Sr. Menéndez y Pelayo, con cuyas autorizadas palabras, que comprenden, si bien

sumariamente, otros varios puntos, queremos dar principio a esta parte de nuestra introducción.

«¿Y quién duda hoy, dice, que la expulsión de los jesuitas contribuyó a acelerar la pérdida de las colonias americanas? ¿Qué autoridad moral ni material habían de tener sobre los indígenas del Paraguay ni sobre los colonos de Buenos Aires, los rapaces agentes que sustituyeron al evangélico gobierno de los Padres, llevando allí la depredación y la inmoralidad más cínica y desenfrenada? ¿Cómo no habían de relajarse los vínculos de autoridad, cuando los gobernantes de la metrópoli daban la señal del despojo (mucho más violento en aquellas regiones que en estas) y soltaban todos los diques a la codicia de ávidos logreros e incautadores sin conciencia, a quienes la lejanía daba alas y quitaba escrúpulos la propia miseria? Mucha luz ha comenzado a derramar sobre estas obscuridades una preciosa, y no bastante leída, colección de documentos, que hace algunos años se dió a la estampa con propósito más bien hostil que favorable a la Compañía (1). Allí se ve claro cuán espantoso desorden, en lo civil y en lo eclesiástico, siguió en la América meridional al extrañamiento de los jesuitas; cuán innumerables almas debieron de perderse por falta de alimento espiritual; cómo fué de ruina en ruina la instrucción pública, y de qué manera se disiparon como la espuma, en manos de los encargados del secuestro, los cuantiosos bienes embargados, y cuán larga serie de fraudes, concusiones, malversaciones, torpezas y delitos de todo jaez, mezclados con abandono y ceguera increíble, trajeron en breves años la pérdida de aquel imperio colonial, el primero y más envidiado del mundo. «*Voy a emprender la conquista de los pueblos de misiones*» (escribía a Aranda el gobernador de Buenos Aires, D. Francisco Bucareli), *y a sacar a los indios de la esclavitud y de la ignorancia en que viven*» (2). Las misiones fueron, si no conquistadas, por lo menos saqueadas, y váyase lo uno por lo otro. En cuanto a la ignorancia, entonces sí que de veras cayó sobre aquella pobre gente. «No sé qué hemos de hacer con la niñez y juventud de estos países. ¿Quién ha de enseñar las primeras letras? ¿Quién hará misiones? ¿En dónde se han de formar tantos clérigos?», dice el Obispo de Tucumán, enemigo jurado de los ex-

(1) La de D. Francisco Javier Bravo. Véase la bibliografía.

(2) *Colección*, pp. 30-31.

pulsos (1). «Sr. Excmo. (añade en otra carta a Aranda): no se puede vivir en estas partes; no hay maldad que no se piense, y pensada no se ejecute. En teniendo el agresor veinte mil pesos, se burla de todo el mundo» (2). ¡Delicioso estado social! Y los que esto veían y esto habían traído, todavía hablaban del *insoportable peso del poder jesuitico en América*» (3).

Por lo que hace a la independencia, el Sr. Arrangoiz opina también que a la «impredictada y tiránica expulsión (de la Compañía) debe España en gran parte el haber perdido muchos años antes de lo que pudiera esperarse, todas sus posesiones en el continente americano» (4).

El historiador alemán Gerwinus, señala dos actos principales con que el Gobierno español fomentó neciamente esa independencia: el apoyo prestado a las colonias del norte para sacudir el yugo de Inglaterra, y la expulsión de los jesuitas (5).

M. David Barry, el editor de las *Memorias secretas de América*, de D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, dice terminantemente: «La experiencia que el editor tiene de aquella población, le convence de que la continuación de los jesuitas en América habría impedido la revolución o la hubiera retardado más de un siglo, hasta que la mayor población, ilustración y recursos les hubieran proporcionado su emancipación con más unanimidad, menos sacrificios y más gloria.» Y termina una larga nota sobre este asunto con estas palabras: «Todo lo referido puede justificar la proposición de que, expulsando Carlos III a los jesuitas de la América, dejó expuesta la integridad y seguridad de sus dominios de Ultramar» (6). Lo mismo acaba de sostener Marius André en *Le Correspondant*, atribuyendo a esta causa mayor influjo en la emancipación que a las intrigas de Inglaterra, al ejemplo de los Estados Unidos y a las ideas de la revolución francesa (7). Y lo mismo había escrito mucho antes el conocido histo-

(1) *Colección*, p. 59.

(2) *Colección*, p. 153.

(3) *Colección*, p. 151.—*Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, § III fin, pp. 147-48.

(4) *Méjico desde 1808 hasta 1867*, t. I, c. XV, p. 310.

(5) *Geschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, t. III, p. 30.

(6) Cap. VIII, nota del editor, pp. 541-542.

(7) T. 284; 10 de Julio de 1921: *A propos des «Centenaires» Sud-Américaines*. Edición aparte con el título de *La fin de l'Empire Espagnol d'Amérique*, c. III, p. 79.

riador de Chile, Barros Arana, afirmando que Carlos III, con la expulsión de la Compañía «había perdido a los más prestigiosos y resueltos sostenedores de aquel sistema de gobierno», y que «si los jesuitas se hubieran mantenido en su posición y en su poderío y conservado en sus manos la educación de las nuevas generaciones, muy seguramente hubieran alcanzado a poner barreras, que hubiesen retardado por algunos años la independencia de estas colonias» (1).

No insistiremos más en este punto, y pasamos al de la enseñanza y educación de la juventud. Sobre el cual, sin incurrir en la exageración de Desdevises, de que los jesuitas tenían literalmente cubierta de colegios la América del Sur (2), todavía se debe observar que en la del Sur y en la del Norte, eran de verdad en gran número nuestros centros docentes, y que allí, menos que en España, había personal dispuesto para suplir la falta repentina de tantos maestros; de modo que no pudo menos de resentirse la enseñanza, sobre todo la secundaria, y con ella la educación, que en esa edad y esas escuelas principalmente se da. Entre colegios y seminarios, como entonces se llamaba a los internados, pasaban seguramente de ciento los que en América tenía a su cargo la Compañía, enseñándose en algunos solamente las primeras letras, ya a indios, ya a españoles; en los más la Gramática y Retórica; y en no pocos, ya Filosofía, ya Moral, ya Teología y Derecho Canónico, ya todo esto juntamente.

De las resultas que en esta materia tuvo la expulsión de la Compañía no haremos más que presentar aquí algunos datos y testimonios fidedignos; ni todos los reunidos, aun sin exquisitas diligencias, ni menos los que seguramente con ellas se pudieran reunir.

En Durango, capital de la Nueva Vizcaya, en Méjico, se promovió un largo expediente desde 1815 en adelante para restablecer allí la Compañía; y en él hacen todas las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, la más triste pintura del estado de la enseñanza en toda la provincia (3). El Cabildo, dando al Arcediano el informe que sobre el asunto solicitaba, decía textualmente: «La necesidad de procurar tales establecimientos es tan

(1) *Historia general de Chile*, t. VII, P. 5.^a, c. XXIV, n. 9, p. 354.

(2) *L'Espagne de l'ancien regime*, t. III, c. IV, § II, p. 177.

(3) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 116.

constante en la vasta extensión de este obispado y el de Sonora, que en ambos no se encuentra más de un seminario conciliar en esta capital y tal cual preceptoria y escuela de primeros rudimentos en las poblaciones de Chihuahua, Arizpe, Parral, Culiacán y El Rosario» (1). Y al oír que había un seminario conciliar, nadie se ilusione figurándose uno como los que ahora conocemos; porque en aquél no se enseñaba más que Gramática y un poco de Moral (2); y así en la diócesis era raro el eclesiástico que hubiera estudiado Filosofía, y más raro aún el que Teología escolástica, como aseguraba el Obispo; porque para eso era necesario ir a Méjico o Guadalajara. Más dice el prelado: que no ha sido posible a sus predecesores remediarlo, ni lo fué antiguamente, sino por la Compañía, ni lo es para él, a pesar de los esfuerzos que hace y refiere. Lo mismo aseguraba el Procurador Síndico del Ayuntamiento: que por más empeño que en ello se había puesto, no se pudo conseguir verlo en el pie en que lo tuvieron los Padres jesuitas. En la ciudad misma de Durango, que con dos suburbios inmediatos contaba más de veinticuatro mil almas, no había más que una escuela dotada, regida por un maestro, y en las cuatro provincias de Nueva Vizcaya, Sonora, Chihuahua y Nuevo Méjico, no pasarían de cuatro (otro dice de siete) esas escuelas dotadas, donde se enseñaba a leer, escribir y los principios de religión (3). ¿Cómo no se había de echar de menos la Compañía, que además de tener en Durango todos los estudios eclesiásticos, enseñaba también la Gramática en las residencias del Parral y Chihuahua, sitas en ese territorio?

En Campeche no había otra casa religiosa, a lo menos de varones, que la de la Compañía, y hasta 1799, más de treinta años después de la expulsión, en que fueron a ocuparla los franciscanos, no volvió a haber allí escuelas de Gramática (4). Poco menos tardó en instalarse en nuestro colegio de Guadalajara la Universidad entonces creada; si bien allí quedaba otro llamado de San José, aunque corto, al decir del Ayuntamiento; para tan dilatadas provincias (5). Pero a pesar de la Universidad, el Ayuntamiento

(1) Informe de 25 de Octubre de 1815.

(2) El Procurador Síndico al Ayuntamiento, 30 de Septiembre de 1815.

(3) El Procurador, lugar citado.

(4) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 117, expediente sobre las provincias de Yucatán.

(5) Real cédula de erección de la Universidad. San Lorenzo, 18 de Noviembre de 1791. Copia.

clamó luego por jesuitas, porque después de su expulsión jamás pudo volver la educación de la juventud al estado floreciente en que estuvo con ellos ni a dar los mismos frutos (1).

En la capital de aquel antiguo reino, el Rector mismo del colegio de San Ildefonso durante muchos años después de la expulsión de la Compañía, atestiguaba su decadencia en el número y en el aprovechamiento de los alumnos (2).

Por fin el gran historiador mejicano, Alamán, hablando de toda la nación dice: «La expulsión de los religiosos de esta Orden en 1767 causó un atraso muy considerable en la ilustración, pues con ellos cesaron los colegios que tenían a su cargo, y aunque algunos siguieron administrados por el gobierno, estuvieron muy lejos de conservar el lustre que tenían» (3). Y refiriéndose más expresamente a la educación, escribe en otra parte: «Puede decirse que en España y sus posesiones no había plan alguno de estudios que tuviese un grande objeto moral por base, y cuyas partes estuvieran de tal manera relacionadas entre sí, que formaran un todo sistemático y uniforme desde la extinción de los jesuitas... Con la expulsión de los religiosos de aquella Orden, cesó en Nueva España la enseñanza que ellos daban en las diversas poblaciones en que tenían establecidos colegios, o se continuó de una manera muy imperfecta, limitando la instrucción a ciertas profesiones, pero sin seguir el conjunto que formaba el sistema general de aquéllos. La base de éste consistía en la religión y la moral, que reconoce a ésta por origen, y establecido este principio, sobre él recaía la enseñanza de las ciencias y de la literatura» (4).

No menos que en la parte septentrional de aquellos dominios, se echaba de menos en la meridional el cuidado con que la Compañía se había aplicado a la formación literaria, moral y religiosa de la juventud en las escuelas.

El Ayuntamiento del Cuzco pedía su vuelta, convencido por la experiencia de los funestos resultados que su falta había causado en los principios de nuestra santa religión y en la educación

(1) Al Rey, 27 de Enero de 1817. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 116.

(2) Al Rey, Méjico 31 de Julio de 1815. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 117. Original.

(3) *Historia de México*, t. I, c. I, p. 62.

(4) T. V, P. II, l. II, c. XII, p. 689.

pública, de que dimana el servicio de Dios, el del Rey y la felicidad de las repúblicas (1).

Santa Cruz de la Sierra, capital de la provincia del mismo nombre y sede episcopal, «no lograba otros maestros para la instrucción de la juventud, según escribía el Obispo, que los Padres de la Compañía, y extrañados de los dominios de nuestro soberano, quedó sin quien enseñase a leer, escribir ni latinidad, como si fuese un pueblo bárbaro» (2). Y el único remedio fué poner a enseñar a un muchacho de dieciocho años, discípulo nuestro de Cochabamba; porque todos los demás, capaces de ello, fué necesario enviarlos a sustituir a los misioneros desterrados (3). Más adelante se pudo añadir un maestro de primeras letras y otro de Moral, sacerdote echado de las misiones.

En Valparaíso no había tampoco más instrucción que la que daban nuestros Padres de latinidad y primeras letras. Echados ellos, puede decirse que no se dió ninguna en todo aquel siglo y buena parte del siguiente; porque nada es lo que hicieron los Padres dominicos, que trataron de ello como puede verse en la *Historia Eclesiástica de Valparaíso*, por D. Vicente Martín y Mañero (4).

En Santa Fe de Bogatá, el Arzobispo Virrey, D. Antonio Caballero y Góngora, al dejar ambas dignidades en 1789, decía al sucesor en el virreinato: «La educación y estudio de la juventud masculina está encargada a dos colegios en Santa Fe; pero tan desarreglados en el método de estudiar y aun en sus rentas y gobierno interior, que nombré visitadores para que examinasen su estado, con lo que se reformaron algún tanto los abusos introducidos... Desde el año de sesenta y ocho a consecuencia de la expatriación de los Padres de la extinguida Compañía de Jesús, se está tratando en virtud de Reales cédulas y órdenes de S. M., del arreglo de la instrucción pública que se hallaba a su cargo, y entonces se reconoció no poder la religión de Santo Domingo llenar las benéficas intenciones de S. M., a pesar de sus reclama-

(1) Al Rey, 23 de Noviembre de 1816. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 116. Original.

(2) Al Virrey, D. Manuel Amat; San Lorenzo, 16 de Abril de 1768. Copia auténtica en el Arch. de Indias, 76-5-36.

(3) El Obispo al Presidente de Charcas; San Lorenzo, 5 de Marzo de 1768. En el mismo legajo.

(4) T. II, l. III, c. XX.

ciones, y se creyó necesaria la erección de estudios generales y universidad pública; pero no pudiéndose realizar el pensamiento por falta de fondos, se limitó la junta encargada de este negocio al arreglo que tengo referido, con lo que se perpetuó el nombre de la universidad en la dicha religión, y el mal método de estudios en los colegios» (1). Otros testimonios y datos trae el Sr. de Groot en su *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, asentando como manifiesto que la expulsión de los jesuitas del Nuevo Reino causó una pérdida irreparable, tanto en la educación como en las misiones, y más generalmente, que dejó un inmenso vacío en la sociedad política y cristiana (2).

No es poco significativo lo que el Obispo de Buenos Aires, acérrimo enemigo de los jesuitas, escribía al Rey poco después de la expulsión. «Hasta aquí, señor, le decía, ha tenido la Compañía en estas partes las escuelas para la instrucción de los jóvenes.» Claro es que no con la generalidad que indican esas palabras, ni menos por las causas que luego añade. Pero es igualmente menos claro que echaba de menos quienes ocupasen su lugar, aun en las materias de enseñanza que menos exclusivamente cultivaban nuestros Padres; porque ni desterrados ya ellos y siendo tenido por crimen de estado el manifestar por eso algún sentimiento, y más aún el profesar sus doctrinas, dice que encuentra allí quien las pueda impugnar debidamente, dado que los dominicos no tienen un maestro de cátedra, y apenas uno de púlpito; y así suplica a S. M. los envíe de España donde abundan tanto, que sólo en la provincia de Castilla hay para Buenos Aires, Córdoba, Paraguay y otros puntos donde se pongan estudios (3).

El Obispo de Córdoba de Tucumán, no menos enemigo de los jesuitas que el de Buenos Aires, aun acabando de decir de ellos las mayores maldades, y luego una verdad como la de que no saldrá de pobreza su obispado con los diezmos que ahora percibirá de los bienes jesuíticos, porque no es lo mismo beneficiar la tierra los Padres que los criollos y «yéndose aquéllos se llevaron toda su economía»; todavía se ve precisado a escribir: «Por lo mismo, no sé qué hemos de hacer con la niñez y juventud de es-

(1) Groot, *Historia de Nueva Granada*, t. II, apéndice 34. *Relaciones de mando* de los gobernantes, pp. 250 y 251.

(2) Cap. XXVII, pp. 93-94.

(3) Original de 25 de Noviembre de 1768 en el Arch. de Indias, 124-2-13.

tos países. ¿Quién ha de enseñar las primeras letras? Algo hacen los Padres franciscanos, a quienes precisamente acudirán los que no quieran perder sus hijos; pero si S. M. nos enviara escolapios y les diera colegios, habíamos logrado cuanto era del caso» (1).

Como no los envió, se quedó por lograr, y no pudo menos de seguirse notando durante mucho tiempo la falta de los jesuitas, de quienes veinte años antes decía el Obispo de entonces, Ilustrísimo Sr. D. Miguel Argandoña, que eran «los únicos dedicados a la instrucción de la juventud en letras sagradas y profanas y a su formación, por medio de las congregaciones marianas, en la piedad y el santo temor de Dios» (2).

En Quito no pudieron menos de hacer daño a la instrucción de la juventud los «quebrantos notables», que con la expulsión de la Compañía sufrieron sus dos colegios, el de San Gregorio, facultado para dar grados en Teología y Cánones, y el seminario o internado de San Luis, que llegaron a estar cerrados algunos años, por más que hubiera otros centros de enseñanza. En todo lo restante de la actual República del Ecuador no había más que los que tenía la Compañía, de Gramática latina y primeras letras en Loja, Guayaquil, Ibarra y Latacunga, y sólo de Gramática en Cuenca y Riobamba. Todo desapareció con la expulsión de la Compañía, menos la Gramática de Cuenca (3).

Así, en 1816 y 17, tanto las autoridades de aquella capital, Quito, como las de Lima y Santa Fe de Bogotá, reconocían el vacío nunca bien llenado, que en la instrucción y educación de la juventud dejó allí la Compañía (4).

Aun la pureza de la doctrina llegó a resentirse. Porque en Quito, «expulsados los jesuitas, las cátedras de Jurisprudencia y de Derecho Canónico se transformaron poco a poco en cátedras de regalismo; y sobre el origen de la potestad de los reyes y sobre los fueros de su autoridad y sobre las relaciones entre las dos potestades, se difundieron y se sostuvieron todas las teorías y to-

(1) Al Conde de Aranda, 13 de Junio de 1768, en la *Colección de Brabo*, p. 159.

(2) Al Sumo Pontífice, 4 de Diciembre de 1750, en Ravignan, *Clément XIII et Clément XIV*, t. II, c. III, § II, p. 68.

(3) González Suárez, *Historia del Ecuador*, t. VII, c. I, § III, pp. 21-30.

(4) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 117. Acta del Ayuntamiento de Lima de 15 de Octubre de 1816; Memorial del de Quito al Rey, 6 de Enero de 1816; idem del de Bogotá de 19 de Julio de 1817.

das las máximas de la escuela regalista española; y tanto se popularizó el error, que la verdad llegó a causar escándalo hasta en los buenos» (1).

VII

También en otros puntos del orden moral y religioso, ya en general, ya en particular, se echaron de menos en muchas partes nuestros ministerios con los prójimos, fuera de las misiones, de que hablaremos más tarde.

El mismo Ayuntamiento de Quito, que acabamos de mencionar, notaba que la falta de la Compañía había causado un atraso manifiesto, no solamente en la educación pública, sino también «en la frecuencia de los santos Sacramentos, en la regularidad de la moral y en la propagación de la fe». Por lo que hace a la frecuencia de sacramentos, el Sr. González Suárez nos dice que, por hacer alarde de apartarse de las opiniones de los jesuitas, maliciosamente tachadas de laxas, «así los predicadores como los confesores dieron en el rigorismo, y lo exageraron tanto, que hicieron casi imposible la práctica del sacramento de la penitencia», y consiguientemente la de la comunión (2).

No estará demás para el intento de estos párrafos, trasladar aquí, abreviándolo un poco, el cuadro de los ministerios de nuestro Colegio Máximo de Quito, cuyos frutos echaba de menos el Ayuntamiento, tomándolo de la inédita *Historia moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reino, escrita por el presbítero D. Juan de Velasco*, es decir, el P. Juan de Velasco, jesuita de esa misma provincia de Quito, reducido por el breve abolitivo de la Compañía a la condición de presbítero secular.

«En orden al confesar, dice, trabajaban los sujetos del Máximo excesivamente, así en la iglesia como en el salón de penitenciaría; así en las parroquias y monasterios de monjas, como en las cárceles y hospitales; y así dentro de la ciudad como fuera de ella...

En nuestro salón de penitenciaría había diez confesonarios, y en la iglesia catorce, los cuales, todos o los más domingos del

(1) González Suárez, t. VII, c. II, § II, p. 57.

(2) T. VII, c. II, § II, p. 54.

año, viernes, días de retiro, fiestas y jubileos, que eran muchos, se veían llenos de obreros (de confesores) que confesaban desde las cinco de la mañana (que es allí siempre cuando empieza a amanecer) hasta las diez y once del día, especialmente en los jubileos y fiestas principales. Y es de advertir que en los tiempos de misiones y cuaresmas, se confesaba en ellos tarde y mañana...

Todos los sábados se señalaban seis u ocho sujetos que fuesen a confesar a los enfermos de los hospitales, a más de las otras veces que entre semana iban llamados por particular necesidad o peligro; y a más también de las vísperas de varios días, en que habían de comulgar, para lo cual iban tarde y mañana a disponerlos y confesarlos ocho o diez sujetos.

Cinco o seis veces al año se señalaban otros tantos por cada vez, para que por el espacio de ocho días confesasen tarde y mañana en la parroquia donde se habían hecho sermones de doctrina, con especie de misión circular por todas las parroquias, que no cesaban jamás. Las confesiones de los enfermos de toda la ciudad, a que salían llamados los nuestros de día y especialmente de noche, eran unos días de ocho, otros de doce, otros de veinte y tal vez de más; de modo que computando por los cuadernos de la portería unas semanas con otras y unos meses con otros, correspondían, cuando menos, a diez o doce por día; a más de treinta por semana (1); y a más de tres mil quinientos por año. Fuera de todo lo dicho, se hacía todos los años la gran función del sábado de la infraoctava de la Resurrección, en que salían todos los sujetos del colegio, los sacerdotes para confesar, y los estudiantes y coadjutores para acompañarlos. Todos estos distribuidos, según la lista que se hacía, por todos los barrios y parroquias de la ciudad, iban confesando y disponiendo a todos los enfermos, para que cumpliesen con la Iglesia, de modo que cada uno hacía, entre confesiones anuales y reconciliaciones, doce o veinte, cuando menos, entrando a todas las casas y tiendas, donde veían puesta la insignia de que había enfermo.

En orden al predicar, pasaba de ochocientas veces al año, entre panegíricos, sermones morales y pláticas, así en nuestra iglesia como en los monasterios de monjas, parroquias, cárceles, hospitales, calles y plazas.»

(1) *Treinta* es tal vez error de copia; pues a diez por día son setenta por semana.

En efecto, más de ochocientos y más de novecientos sermones y pláticas son los que enumera, semanales unos en nuestra iglesia y en otras, en las cárceles, en los hospitales y en las calles, a los enfermos, a los presos, a congregaciones piadosas, a los indios y al pueblo en general; mensuales otros en forma de retiro a los fieles en nuestra iglesia y a cuatro comunidades de monjas en sus conventos; anuales no pocos, como en la iglesia del colegio los tres días de carnaval y la cuaresma entera, menos un día a la semana, finalizando con la función de las tres horas de agonía el Viernes Santo; y en conventos, casas de recogidas, diversas iglesias de la ciudad, cárceles y hospitales, durante la misma cuaresma, diversos sermones sueltos o de cada semana; a que se añadían varias tandas de Ejercicios en casa propia para ellos, en la iglesia, en los conventos y en otras partes; las novenas celebradas con plática diaria por las congregaciones piadosas establecidas en nuestra iglesia y los sermones panegíricos, que hasta aquí no han entrado en cuenta, y solían pasar de treinta en el curso del año.

Además de esto, «cada dos años, continúa el P. Velasco, y cuando más cada tres, se hacían las misiones en nuestra iglesia, y al mismo tiempo en todas las parroquias de la ciudad, en que era increíble el trabajo de casi toda nuestra crecida comunidad, que se distribuía para tantos asaltos, pláticas, sermones, doctrinas y confesiones, siempre con grandísimo concurso, fruto y provecho. Este mismo trabajo se repetía extraordinariamente, siempre que lo pedía la necesidad, o por jubileos extraordinarios, o por epidemias, terremotos, erupciones de volcanes, etc., no sólo en la ciudad, sino también en los lugares y pueblos comarcanos. Cada año se enviaban cuatro, o a lo menos dos sujetos, para que hiciesen misiones en nuestras propias haciendas, así a los esclavos como a la gente libre de servicio, vacando enteramente del trabajo durante dicha misión por ocho o más días, según la necesidad.

Fuera de todo lo dicho, había dos sujetos señalados para misiones circulares de toda la dilatada diócesis; los cuales ordinariamente acompañaban al señor Obispo, cuando salía a la visita, para la cual eran como precursores, que disponían las ciudades, villas y pueblos del obispado con las acostumbradas misiones, que eran de grandísimo fruto. Del mismo modo, aun cuando no salían en tiempo de dicha visita, rodeaban con las misiones por

las partes donde los llamaba la necesidad y caridad, sin olvidarse aun de los obrajes de paños, en que viven las gentes miserables con especie de cautiverio y muy destituidas de espiritual socorro» (1).

Bien se ve cuán extensa era la labor de los jesuítas de aquel colegio en toda clase de ministerios ordenados al bien de las almas, y semejante era la de todos los demás, proporcionalmente al número de los operarios y a la grandeza de las poblaciones, como en la misma historia puede verse.

Testimonio fehaciente de esa amplia e intensa labor evangélica en las muchas partes que recorrieron del Ecuador y del Perú, poco antes de mediar el siglo XVIII, dieron los conocidos marinos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que con los matemáticos franceses Lacondamine y Bourguer realizaron los trabajos de medición de un grado del meridiano terrestre en aquella región ecuatorial, y al mismo tiempo, cumpliendo órdenes e instrucciones reservadas del Gobierno español, observaron atentamente el estado de aquellas provincias y consignaron sus observaciones en un largo informe secreto, presentado al Rey y citado poco ha con el título de *Noticias secretas de América*, que al estamparlo años adelante le puso el editor David Barry. «La religión de la Compañía, dicen, sirve al público y es de gran utilidad en aquellas ciudades, porque ella da escuela y enseñanza a la juventud, sus religiosos predicán continuamente a los indios en días señalados de la semana y los instruyen en la doctrina cristiana; asimismo hacen misión al público tanto en las ciudades, villas y asientos en donde tienen colegios, como en los pueblos donde no los hay, y continuamente se emplea su fervor en la corrección de los vicios. Los colegios son unas casas donde están depositados los operarios espirituales para el bien de todos, y emplean este instituto con tanta puntualidad, que a todas horas del día y de la noche están prontos, así para las confesiones, que los llaman fuera o ayudar a los que están en agonía de la muerte. Así parece que aun más obligados que los curas propios, acuden a estas obras piadosas con celo y eficacia nunca bien ponderada, y que a vista de su mucho fervor y puntualidad han descargado sobre ellos esta obligación los mismos a quienes correspondía. Si por otra parte se va a examinar sus iglesias, se hallará en ellas

(1) T. III, l. I, § II, nn. 6-19.

el culto en su mayor auge, decencia y reverencia, y con tan buena distribución, que a todas horas del día hasta la regular por la mañana se celebran misas, con cuya providencia tiene el público el beneficio de cumplir el precepto en los domingos y fiestas de guardar sin pérdida de tiempo ni detrimento. En fin, las iglesias de la Compañía se diferencian de todas las demás, tanto en su mayor decencia, primor y adorno, cuanto en la mayor concurrencia de gente que atrae a sí la devoción del culto divino y su continuo ejercicio» (1). Bien se ve que esta exposición es, compendiada y generalizada, la misma que el P. Velasco hace del colegio de Quito.

¿Cuánta parte de los muchos trabajos apostólicos, que éste enumera, tomaron sobre sí los eclesiásticos seculares y regulares, desterrada de allí la Compañía? Lo ignoramos; pero no es temerario juzgar que pocos de esos ejercicios se sostuvieron largo tiempo, si acaso al principio se trató de continuarlos. El sostenerlos constantemente la Compañía tenía que ser con no corta fatiga de sus operarios; pero como cosa entablada poco a poco y ya asentada y corriente, la llevaban, a pesar de eso, con relativa facilidad. Tomarlos de nuevo y perseverar en ellos, quienes no se podían sentir sostenidos por la fuerza de la tradición, ni fácilmente compelidos por la obligación; cosa era mucho para desear, pero poco para esperar, sobre todo teniendo en cuenta la poca disposición que para ello había, según las noticias, aunque sin duda algo exageradas, del informe citado. No parece que lo esperaban los oficiales de Real hacienda de Guayaquil, José Gazán y Marcos de Samar; los cuales, viendo los papeles que corrían contra la Compañía, y por algún rumor más o menos autorizado, que debió de correr de nuestra próxima expulsión, escribían el 23 de Abril de 1767 al Ministro de Indias, que se creían obligados a dar testimonio de lo observado en los jesuitas durante el largo tiempo que habían servido en las secretarías de los Virreinos del Perú y Santa Fe, en el gobierno de Cartagena y ahora en Guayaquil. En todas partes habían reconocido en ellos fieles y celosos vasallos. En Guayaquil, siendo ya ochentón el único cura, ellos llevan todo el peso de los ministerios espirituales con el pueblo. «De modo, Señor, concluyen, que la instrucción de la juventud y vecindario, contemplamos se hallará en deplo-

(1) Parte segunda, c. VIII, pp. 534-535.

nable estado a falta de jesuitas» (1). ¿Se cumplió su triste pronóstico? En lo tocante a instrucción ya lo dijimos antes; en otras materias no es fácil tener pruebas; y de allí, en efecto, no las tenemos. De otras partes poseemos tal cual dato muy significativo.

Los Padres de Cartagena de Indias, como de los de Quito dice el P. Velasco, y como generalmente los de todos los colegios, salían todos los domingos con la procesión de la doctrina, tomando parte en ella los niños de las escuelas y mucha gente de todas calidades, hasta una plaza donde se hacía una plática y se explicaba un punto de catecismo. Estas pláticas, según advertía el Obispo de aquella diócesis a raíz de la expulsión, eran «las únicas en que, partido el pan de la doctrina ortodoxa, se franqueaba a la pequeñez de la gente común, que en aquel público paraje concurría para su espiritual aprovechamiento, con las que aun se descargaban los curas de esta obligación». Por esta causa, él había dispuesto que aquel santo ministerio se continuara, saliendo la doctrina de la catedral, dirigida por el cura del Sagrario (2). Y en efecto, el gobernador escribía, pasado más de un año, que así lo había hecho; pero con este significativo atenuante: que así lo había hecho, *una u otra vez* (3).

En Buenos Aires, el Ayuntamiento, presentando diversos cargos contra los regulares de aquella ciudad en 1775, decía entre otras cosas, «que después de la salida de los jesuitas, ningún religioso se había ocupado en adoctrinar a los presos de la cárcel»; que los conventuales atendían poco al bien espiritual de la ciudad, negándose a asistir a los enfermos, especialmente de noche; que no predicaban ni misionaban dentro de la ciudad (4). El Cabildo, informando al Rey sobre estas acusaciones, respondía en general que sí predicaban, y que en cuanto a confesar a los enfermos, se habían excusado cuando no eran de sus respectivas Ordenes Terceras, diciendo que acudiesen a sus párrocos. De lo tocante a las cárceles no hallamos satisfacción; tal vez de ese

(1) Arch. de Indias; *Audiencia de Quito, expedientes e instancias de partes, años de 1766 a 1776*.

(2) Al Rey, Cartagena, 26 de Octubre de 1767; original en nuestro poder. Al Conde de Aranda. Turbaco, 21 de Agosto de 1768; idem id.

(3) Al Conde de Aranda, Cartagena, 18 de Octubre de 1768; idem id.

(4) Carbia, *Historia Eclesiástica del Río de la Plata*, c. VIII, pp. 170-73.

cargo no se dió noticia al Cabildo (1). Téngase en cuenta que allí trabajaban nuestros Padres, poco más o menos, como en Quito; júntense los indicios aquí consignados, y se entenderá con cuánta verdad ha podido decir un historiador de aquella Iglesia que «la extinción de la Compañía produjo efecto visible en la vida religiosa del Río de la Plata, a cuyo acrecentamiento habían contribuido en forma eficaz los sacerdotes de la orden» (2). El Señor Obispo de Tucumán, en la carta antes citada al Conde de Aranda, le decía que por la pobreza de aquella tierra había pocos estudiantes «y consiguientemente muchos menos clérigos de los que eran necesarios». ¿Cómo, pues, la pérdida repentina de setenta o más sacerdotes nuestros, que habría en aquella diócesis, pudo dejar de sentirse?

El Obispo de la Puebla de los Angeles al tiempo de la expulsión de la Compañía, D. Francisco Fabián y Fuero, uno de los más implacables enemigos de los jesuitas en aquella época, escribió al Padre confesor del Rey una larga carta, en la cual, después de copiar aquellas que llama «bien meditadas palabras» de la Pragmática de extrañamiento, por las cuales manda el Rey a su Consejo, que manifieste a las demás Ordenes religiosas «la confianza, satisfacción y aprecio que le merecen por su fidelidad y doctrina, observancia de vida monástica, ejemplar servicio de la Iglesia, acreditada instrucción de sus estudios y suficiente número de individuos para ayudar a los Obispos y párrocos en el pasto espiritual de las almas»; pinta a casi todas las religiones de varones de su diócesis y a casi todos sus religiosos tan relajados, que son la antítesis más viva de las palabras de S. M. Las cuales, ya se sabe que no le fueron puestas en la pluma, sino para alhago de los necios, que las tomaron como suenan, y para insultar más a la Compañía, haciendo entender indirectamente que en ella y sólo en ella faltaba todo aquello que en las otras Ordenes sobraba. Prescindiremos aquí de la verdad del cuadro pintado por aquel prelado y por otros. Lo que hace a nuestro caso es que, según su relación, solamente los descalzos del Carmen y de San Pedro de Alcántara acudían a la cárcel y a las casas de recogidas, por si alguno de los presos y reclusas querían confe-

(1) El informe de 13 de Julio de 1777, original en el Archivo de Indias, 123-6-12,

(2) Carbia, c. VII, p. 156.

sarse, y él había tenido que nombrar eclesiásticos seculares para asistir, platicar, confesar y comulgar en el cumplimiento de Iglesia a los encarcelados y enfermos del hospital, con el fin de que «no se echara de menos a los Padres de la Compañía para estos ministerios» (1). El motivo del nombramiento no era muy evangélico que digamos. Pero, en fin, ¿se logró el intento? Mucho es de temer no sucediera lo que en Cartagena con la doctrina: que los designados acudieran al hospital y a la cárcel *una u otra vez* a los principios, y luego quedaran abandonados aquellos penosos y humildes ministerios, para los cuales se necesita otro espíritu que el de semejante providencia episcopal. Nuestro temor no carece de algún otro fundamento histórico. En 12 de Julio de 1822, la Diputación provincial de aquella misma ciudad de la Puebla, abogando por los jesuitas ante el flamante Congreso nacional, reunido en Méjico, escribía estas palabras: «Los indios especialmente, que son entre las clases del estado la más infeliz, no han tenido misiones en sus diversos idiomas, desde que la Compañía fué víctima del filosófico furor ministerial del gabinete español. Esta provincia ha sido una de las más perjudicadas por tan infausto y despótico suceso. Del colegio de San Francisco Javier, de esta capital, salían seis jesuitas de idioma mejicano a misionar perennemente en diez leguas en contorno, y los otros seis de la dotación del mismo colegio enseñaban en él a los indios y a los españoles la doctrina cristiana y a leer y escribir. Cuando se retiraban aquéllos salían éstos a catequizar, predicar y confesar, de modo que los doce alternándose por mitad en los diferentes oficios de su instituto, estaban en continuo trabajo, del que estos naturales sacaban tan conocido provecho. No lo sacaba menos esta populosa ciudad de sus frecuentes sermones en los templos y plazas, de su asistencia al confesonario, a los moribundos, a la cárcel y hospitales y de la pública explicación de la doctrina; ministerios inestimables de que gozaba a tiempos la provincia, a beneficio de las fervorosas misiones circulares en castellano» (2). He ahí ministerios completamente desaparecidos con la Compañía; las misiones a los indios cristianos en su lengua; las doctrinas públicas en calles y plazas, como nos consta

(1) Carta de 29 de Marzo de 1768; copia en Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 691 antiguo.

(2) Decorme, t. I, l. II, c. I, n. 23, pp. 241-242, nota 2.^a

por otra parte. De los demás, que la Diputación enumera, claro es que algunos no desaparecieron del todo: la predicación, el confesonario, la asistencia a moribundos; quizá tampoco las visitas a cárceles y hospitales. Con todo, visto está que se echó de menos, y mucho, a los Padres de la Compañía para llenar esos y los demás, propios del sacerdocio.

Semejante al Sr. Fabián y Fuero en su aversión a los jesuitas era el Obispo de Buenos Aires, empeñado en hacer ver que ningún vacío dejaban en su diócesis. Con todo, se le escapa sin darse cuenta y contradiciéndose a sí mismo, la confesión de la verdad, cuando escribe que, por haber salido algunos eclesiásticos de aquella ciudad para sustituirlos en las misiones, quedaba tan vacía de operarios que se hallaba «cuasi en extrema necesidad»; que los fieles del arrabal del Alto de San Pedro, más de cuatro mil quinientas almas de comunión, no cesaban de clamar por el reemplazo de los jesuitas, expulsados del colegio que allí tenían; porque a pesar de haber en él dos sacerdotes, morían muchos sin sacramentos ni asistencia en el último instante; quedaban no pocos sin cumplir con el precepto pascual, y los vicios iban tomando incremento (1). El Obispo quería que se pusiese allí una comunidad de Padres franciscanos; pero no llegó a ponerse y así quedó aquello.

En términos generales, pero encarecidos, notaban el gran vacío dejado por la Compañía en América el Arzobispo y Cabildo de Lima dirigiéndose a Fernando VII. «La falta, decían, de unos religiosos recomendables a todas luces, debió causar, especialmente en estas regiones, un inmenso vacío difícil de llenar; la ruina de sus establecimientos fué una llaga de que se resintió profundamente la América en todos sentidos» (2).

VIII

Lo que más daño sufrió en el nuevo mundo, o a lo menos en lo que el gran daño sufrido con la expulsión de la Compañía, fué más visible y demostrable, es en las misiones. Sobre este punto no sería difícil escribir un libro entero, presentando a los ojos del

(1) Al Conde de Aranda, Buenos Aires, 14 de Noviembre de 1768; en la *Colección de Brabo*, p. 239.

(2) Lima, 29 de Octubre de 1816; original en el A. H. N.; *Jesuitas*, 117.

lector el cuadro de las que la Compañía sustentaba en aquellas regiones, con el estado de cada una al tiempo del destierro, y las pérdidas que muy luego empezaron a experimentarse en casi todas, hasta la ruina total de algunas no mucho después. Si en él se expusieran las causas particulares e inmediatas del florecimiento primero y de la decadencia postrera, sería obra de muy provechosa instrucción. Ya se ve que no puede ser tal nuestro intento.

Tratando de las misiones en general se han escrito recientemente estas palabras: «La supresión de la Compañía de Jesús, que manifiestamente era la primera en debelar la idolatría, fué para las misiones una verdadera catástrofe» (1). Palabras casi idénticas a las que años antes había estampado como historiador de las misiones, el Barón de Henrión; pero no mera repetición de ellas, sino fruto de propio estudio y muy detenido de la materia. «La Compañía de Jesús, dice el Barón en su *Historia*, había llegado a ocupar el primer puesto en las misiones. Su supresión por Clemente XIV en el año 1773, causó a éstas un grave mal» (2). A la misma causa atribuye una gran decadencia, no ya en general, sino determinadamente en las misiones de la región suramericana española el Cardenal Hergenröther, en su *Historia general de la Iglesia* (3). Y aun «historiadores nada sospechosos de parcialidad, sino más bien hostiles a los jesuitas, dice el escritor antes citado de *Le Correspondant*, reconocen que desde que ellos se fueron, una parte de la población retrocedió hacia su barbarie primitiva».

Recorramos una por una todas las misiones que la Compañía administraba en una y otra parte de aquel inmenso continente, consignando fielmente las noticias que sobre su estado posterior a nuestra expulsión hemos podido adquirir.

En 1771 se celebró en Méjico por orden de Carlos III un concilio provincial, cuyos decretos no llegaron a ser aprobados por la Santa Sede. No es de este lugar decir cuanto de él se pudiera,

(1) Mr. Louvet, de las Misiones extranjeras, en su obra *Les Missions Catholiques au XIX siècle*, pp. 16, 24 y otras, según cita del P. Delplace en *Études*, Julio de 1918, t. 116, p. 74, donde añade que el autor presenta en su libro las pruebas de lo que dice.

(2) *Historia de las Misiones*, t. II, l. III, c. XL, 640.

(3) T. V, octavo período; c. I, n. 164, p. 825.

aun con relación a la Compañía de Jesús. Algo trae el P. Decorme en su *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX*, y allí puede verse también este párrafo que hace a nuestro propósito (1). Encomendando a los Obispos la vigilancia sobre el adelantamiento y provecho de las misiones vivas de infieles, da por razón que «es un desconsuelo muy grande el que en lugar de ir avanzando la conquista espiritual de los indios, se lloran perdidas las que se ganaron muchos años hace en las provincias de Nuevo Méjico, Tejas, Ostimuri y otras partes de la Nueva Vizcaya» (2). No todas esas misiones habían estado a cargo de la Compañía; pero sí las de Ostimuri, y seguramente las designadas por *de otras partes de la Nueva Vizcaya*. Más expresivo que ese texto del concilio es un apunte que se conserva entre otros borradores de sus decretos en la Biblioteca Provincial de Toledo, procedentes, sin duda, de los papeles del Cardenal Lorenzana (3). Allí se dice que las misiones de la colonia del Nuevo Santander en el seno mejicano, de Durango y sus provincias, de la California y el Nayarit, están en gran decadencia por «la esclavitud, opresión y tiranía y desnudez con que se trata a los indios... a que se agrega no existir ya varios legados de consideración, que a beneficio de varias misiones de las expresadas provincias, se hicieron por algunos particulares»; allí se escribe expresamente de California: «De las 15 misiones que se entregaron a los religiosos de San Fernando (echados los de la Compañía), se han perdido ya 5 y amenaza la propia ruina a las otras 10 restantes; y la causa es la opresión de los indios (entre renglones: esclavitud por los que gobiernan), y la escasez de alimentos que se experimenta hoy con el mayor rigor; se huyen a los montes.» Véase cómo se experimentaba el daño de aquellas misiones a los cuatro años del destierro de los jesuitas. El concilio y el autor de este apunte tienen buen cuidado de no decir que esa decadencia era fruto de aquel destierro; porque en él dominó el espíritu más hostil contra la Compañía que pueda imaginarse; pero aquí los hechos hablan.

Años adelante habló también el Virrey. A 31 de Enero de 1784,

(1) T. I, l. I, c. I, n. 20, p. 22.

(2) Concilio IV mejicano, l. 3.º, tit. 3.º, § 22. Puede verse en Tejada Ramiro, t. 6.º, p. 252.

(3) Manuscritos, n. 160.

el ministro de Indias, D. José de Gálvez, pasó una circular a las autoridades superiores de todas ellas pidiendo informes sobre «el estado actual de las misiones que estaban a cargo de los regulares extinguidos (los de la Compañía), a fin de tomar eficaces providencias, para el mejor arreglo de su administración». Estas últimas palabras de un ministro que en Méjico precisamente había tenido tanta parte en la ejecución del extrañamiento y sus resultados, con ánimo muy distante de parcialidad por los jesuitas, y escritas en un tiempo que todavía era un crimen decir nada que redundara en recomendación o favor de ellos, dan a entender bastante que aquí habían venido noticias desfavorables de nuestras antiguas misiones después de la expulsión. El informe tocante a las de Nueva España no se dió hasta diez años después, en 30 de Diciembre de 1793. Lo firmó el Conde de Revillagigedo, Virrey a la sazón; pero ya se entiende que no hizo sino refundir en él los recibidos de sujetos más inmediatos a las misiones y otros varios documentos de su secretaría, cuyas palabras a las veces literalmente copia. He aquí, pues, lo que de ese informe hace a nuestro propósito.

Empezando por las de California, dice que están bien atendidas por los religiosos dominicos; pero que, sin embargo, no puede su estado compararse con el que tenían en tiempo de los jesuitas, atribuyendo la diferencia, no a culpa alguna de sus sucesores, sino a que aquéllos «podían sostenerlas y fomentarlas con las cuantiosas limosnas que agenciaban; a la máxima prudente de no mantener en las misiones a religioso alguno que no fuese muy a propósito; al incremento que después fué tomando la enfermedad gálica, de que adolecían los indios; y por último, a que cuando se hizo la expulsión de los jesuitas, no hubo prontamente otros religiosos que los reemplazasen, y se entregaron las temporalidades a individuos ineptos, que las disiparon notablemente» (1). Ochocientos mil pesos de capital dejó allí la Compañía en dinero, efectos, cantidades impuestas a rédito y fincas rústicas, para atender con sus productos a las misiones; pero ya las fincas, dice el Virrey, «caminan con precipitación a su decadencia», y no hay quien se dedique a solicitar nuevos bienhechores, que, como los antiguos, sostengan con gruesas limosnas ese fondo piadoso (2).

(1) *Copia del informe*, n. 33.

(2) N. 47.

En lo interior del reino, las misiones se hallaban en tan buen estado al tiempo de la expulsión, que buen número de ellas se iban a transformar ya en parroquias o doctrinas, como allí se llamaban, gobernadas por sacerdotes seculares. Desterrada la Compañía, fueron nuestros misioneros, con más o menos prontitud, sustituidos en unas por ellos y en otras por religiosos franciscanos; y los bienes propios de las misiones «se pusieron a cargo de distintas personas seculares, con nombramientos de Comisarios Reales, hasta que el señor Marqués de la Sonora, siendo Visitador general, dispuso su devolución a los nuevos ministros sagrados». Esta fué «la verdadera causa motriz de la ruina de las misiones, hallándose el mayor número de ellas sin sacerdotes, sin iglesias y sin los bienes de comunidad, que disiparon los Comisarios Reales» (1).

En Cinaloa y Ostimuri, los curas, sin esos bienes y aun sin sínodo o asignación del Gobierno ellos mismos, no podían atender a las necesidades de los indios, y éstos, unos huyeron a los montes, otros, abandonados, se entregaron a los vicios (2). En la misión del río Yaquí no fué tanto el daño; pero fué semejante en la Pimería Baja, donde, a pesar de los esfuerzos de los franciscanos, las misiones habían ido decayendo de día en día, arruinándose casas e iglesias y faltando los indios al trabajo y a la doctrina (3). Las de la Pimería Alta, las conservaron los mismos religiosos en regular estado hasta 1782. Se varió entonces el modo de gobernarlas por orden de la corte, y «lejos de haberse encontrado el remedio, se aumentaron los daños y se hicieron invencibles las dificultades» (4).

En la Nueva Vizcaya «es muy lastimoso el estado de las que se pusieron a cargo de sacerdotes clérigos, pues las más se hallan sin ministros, y los existentes en calidad de interinos, sirven contra toda su voluntad, haciendo repetidas renunciias, que no se admiten, porque no hay quien los sustituya» (5). No se echa tanto de menos a los jesuitas en las que se encomendaron a los franciscanos «y bien puede asegurarse que se hallarian en es-

(1) N. 66.

(2) N. 71-74.

(3) N. 75-76.

(4) N. 79-80.

(5) N. 103.

tado floreciente, si no las hubieran recibido despojadas de sus bienes comunes» (1).

Finalmente, también las pocas misiones del Nayarit estaban mejor cuando las dejaron los jesuitas que después, según el informe recibido del Teniente Coronel D. Félix Calleja (2). Tal es, en resumen, el informe del Virrey sobre el estado de nuestras antiguas misiones en 1793, acompañado de cuadros estadísticos, en los cuales se ve cuántas estaban entonces sin ministro o misionero alguno. Su decadencia, desde la expulsión de la Compañía, es manifestísima y, en conjunto, no pequeña, aunque algunas se conservaran en buen estado. Por desgracia, en lo que aun duró allí la dominación española, creemos que estuvieron muy lejos de mejorar, y después, parece que totalmente desaparecieron (3).

Lo mismo, o poco menos, debió de suceder en el territorio de las actuales repúblicas de Colombia y Venezuela, con las que los antiguos jesuitas tuvieron en los ríos Orinoco y Meta, en los afluentes de este último y en los llanos de Casanare, encomendadas después de su expulsión a dominicos, agustinos y franciscanos. Su decadencia, desde entonces, la pone de manifiesto en muchos pasajes de su *Historia de Nueva Granada* el Sr. Groot, copiando párrafos de informes dados, tanto por las autoridades civiles como por las eclesiásticas, y aun por algunos de los mismos misioneros. Parte por haberlas privado de sus bienes propios, parte por impericia en la administración de los que se les dejaron, parte por otras causas diferentes, sufrieron no pequeño detrimento. Los dominicos las dejaron, por no acertar a gober-

(1) N. 105.

(2) N. 400.

(3) El P. Otto Maas, O. F. M. publicó, primero en la revista *Estudios Franciscanos* (año XI, tomos XVIII y XIX, correspondientes a 1917), y después separadamente con el título de *Las órdenes religiosas de España y la colonización de América en la segunda parte del siglo XVIII*, algunos documentos del Archivo General de Indias, anteriores, lo menos en diez años, al informe del Conde de Revillagigedo, en los cuales hay algunos datos semejantes a los de éste, tanto sobre esas mismas misiones de Nueva España, como sobre otras de la América del Sur, de que hablaremos luego. Allí se especifica el daño de las misiones de Taramaşa diciendo que nuestros Padres dejaron fundados ciento treinta y nueve pueblos; que de ellos se formaron y dieron a clérigos seculares veintidós curatos; y que de estos ya habían desaparecido los diez y nueve con sesenta pueblos.

narlas; volvieron a encargarse de ellas, pero a condición de no tomar parte en su administración temporal; y ya se ve que esta aparente libertad los tenía que poner en mucha dependencia de los que con ella corriesen y dificultar gravemente su acción apostólica, que con aquellos indios era inseparable del cuidado de su bienestar temporal. Un informe de Fr. Francisco Cortazar «el misionero dominicano más notable, según el Sr. Groot, de los que recibieron los pueblos después de la expatriación (de los jesuitas), que pasó toda su vida en las misiones de los Llanos y que murió de Prefecto de ellas» (1), viene a ser una simple apología del método empleado por los de la Compañía en esa materia, como plenamente conducente al fin de las misiones (2). En la corte misma se llegó a entender esto de modo, que se dió orden de observar en ellas el régimen practicado por nuestros Padres (3); pero ni lo observaron, sino en parte, y sólo algunos de sus sucesores, ni era fácil que lo observasen, porque, como advierte en otros términos el historiador citado, todo aquel sistema de evangelización estaba muy íntimamente relacionado con el gobierno, espíritu y modo de ser de la Compañía misma, y las otras órdenes religiosas, diferentes en el ser, con dificultad podían ser iguales en el proceder. Podrán también evangelizar, pero de otro modo. El Sr. Groot expone el resultado de sus investigaciones en los siguientes párrafos:

«La historia constante de las misiones del Nuevo Reino, desde la expatriación de los jesuitas, no es otra que la de su decadencia y ruina. Algunas, es cierto, se mantuvieron en buen pie, y aun progresaron por algún tiempo. Tales fueron las que se encomendaron a los Padres Candelarios (agustinos); pero en lo general, la proposición que acabamos de sentar es cierta; ella se desprende de los documentos oficiales, auténticos y originales que hemos tenido a la vista, y a que nos referimos en todo lo dicho.

Desde que se quitaron las misiones a los jesuitas, el Gobierno no dejó de trabajar con todos sus agentes y con todos los recursos del Real erario para hacer andar las misiones, o por lo menos para conservarlas; pero todo con poca utilidad, o al me-

(1) Cap. XXVIII, fin.

(2) Groot, apéndice 22.

(3) Groot, c. XXXVI, fin y apéndice 21.

nos, sin poder conservar lo que se habría conservado sin la memorable y funesta Pragmática sanción de Carlos III.

No hay más que leer las relaciones de los Virreyes, desde Zerda, el mismo que la puso en ejecución en 1767, hasta Mendiñeta, que entregó el mando en 1803 a D. Antonio Amar. Nos otros podríamos abundar en documentos fehacientes, de que hemos tomado copias y cuyos originales se hallan en los expedientes conservados en la biblioteca y archivos del Gobierno; mas nos hemos contentado con publicar algunos, omitiendo otros que, probando lo mismo, darían contentamiento y acaso armas a los que confunden la religión con sus ministros, y a los institutos monásticos con la relajación de alguno de sus individuos» (1).

Lo que el Sr. Groot atestigua de las misiones de la Nueva Granada, apoyado en muchos y muy autorizados documentos de la época, eso mismo asegura y confirma con otros semejantes el Sr. Alvarez Arteta de las de Mainas ó río Marañón, en el antiguo reino de Quito. Comisionado por el Gobierno del Ecuador para estudiar la cuestión de límites entre aquella república y la del Perú, reducida casi exclusivamente a los que en los territorios de aquellas misiones tenían los virreinos de Lima y Santa Fe; tuvo que ver innumerables documentos relativos a ellas, principalmente en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX; por lo cual su conocimiento del estado general en que entonces se hallaban, difiere poco del que pudiera tener quien lo hubiera estudiado de propósito. Ahora bien; el Sr. Arteta nos dice en su obra, ya que «hasta el año de 1766 (1768), esto es, hasta la salida de los misioneros de la Compañía de Jesús, las misiones de Mainas estuvieron a la altura de las mejores de toda la América... sólo a partir de la expulsión de los jesuitas comenzó su decadencia» (2); ya que con esa expulsión quedaron «heridas de muerte» (3); ora que después «llegaban al último grado de disolución y ruina» (4); ora que, según escribía en Enero de 1805 el gobernador y Comandante general de la Provincia, se hallaban en «deplorable situación» y «casi totalmente abandonadas» (5); con otras muchas expresiones semejantes, que pueden

(1) Cap. XXXIX, pp. 331-332.

(2) *La Cuestión de límites*, cap. IV, n. II, p. 177.

(3) Cap. VII, n. I, p. 426.

(4) Cap. VII, n. I, p. 427.

(5) Cap. VII, n. III, p. 456.

verse en su libro. Allí están los informes de D. Francisco Requena, gobernador también desde 1779; de Fr. Jerónimo Zurita, Visitador del colegio de Ocopa en 1816; del primer Obispo de aquella nueva diócesis de Mainas por los mismos años, y de otros sujetos, eclesiásticos y legos, regulares y seculares, todos contestes en la ruina de las misiones, aunque discordantes en la causa próxima o inmediata (1). A la salida de los jesuitas entraron en su lugar clérigos seculares; de los cuales y de otros que les fueron sucediendo, hasta que fueron sustituidos por religiosos franciscanos de Quito, decía el gobernador Requena que «no hallándose bastantes para llenar el número necesario, se empezaron a ordenar jóvenes sin la inteligencia, vocación y virtudes bastantes, dándoles las sagradas órdenes sin congrua alguna a título sólo de misiones, prefijándoles el corto número de tres años que debían servir en ellas» (2). Confirma estas noticias sustancialmente el Obispo de Quito dando cuenta al ministro de Indias de lo hecho para sustituir a los jesuitas, tanto en la enseñanza como en las misiones (3); y más por menor un papel escrito en Italia a raíz del destierro por un jesuita venido de la misma ciudad de Quito, donde se lee que «su ilustrísima se vió precisado a poner edictos públicos convidando para los sagrados órdenes a cuantos quisieran ir a Mainas, a quienes se prometían cuatrocientos pesos anuales, que debían pagarse en las cajas reales. Algunos, pocos, que no tenían esperanza de ordenarse a otro título, presentaron sus súplicas, y entre todos pudo el señor Obispo dar (27 o 28) sacerdotes. Uno de mérito, llamado Dr. D. Manuel Mariano Echevarría... fué nombrado de Superior o Vicario de todos». Por ese y otros documentos oficiales sabemos que a poco de entrados en las misiones se volvieron hasta ocho, y que los más constantes no perseveraban en ellas más de tres o cinco años. Así pudo suceder, o más bien, no pudo menos de suceder «que por la expulsión de los jesuitas se perdieran muchas misiones del río Marañón, como el Consejo de Indias decía en 1818, fundado en informes fidedignos (4); así pudo decir el Obispo de Mainas en 1813 al ministro de

(1) El informe de D. Francisco Requena, allí en parte copiado, es de 1798. Hay otro de 1785, solamente citado; y por esa y otras referencias y fragmentos que hemos visto de él, se entiende que abunda en el mismo sentir.

(2) Cap. IV, n. III, p. 191.

(3) Arch. de Indias. 127-2 9; Quito, 14 de Noviembre de 1767.

(4) Arteta, c. VII, n. V, p. 474.

Ultramar: «Excelentísimo señor: Todo lo que apunta el informe, que acompaño a V. E. por principal y duplicado, se comprende en una sola proposición, que es la que sigue: desde que salieron los jesuitas de estas tierras no ha habido quien se contraiga a su fomento espiritual y temporal; todos se han buscado a sí mismos. De esta proposición, que es absoluta y de una eterna verdad se ha seguido, naturalmente, lo que estamos viendo y tocando con dolor: que ya no ha quedado cosa alguna de lo que aquellos Padres establecieron... no restando más que cuatro o seis de los antiguos religiosos (franciscanos) puestos por Quito» (1). Exageración manifiesta; pero fundada en una realidad no menos manifiesta: que los sacerdotes seculares por unas causas, los franciscanos de Quito por otras, y los de Ocopa por las que se quiera, no llenaron el vacío que dejó la Compañía en las misiones de Mainas, y que éstas fueron decayendo rápidamente desde el momento de su expulsión.

Finalmente, cuanto sobre estas misiones queda dicho se encuentra también en la *Historia del Ecuador*, por el Sr. González Suárez, con gravísimas expresiones, de las cuales sólo repetiremos aquí éstas, que las recapitulan todas. «La época de prosperidad para las misiones de Mainas fué, pues, únicamente la que precedió a la expulsión de los jesuitas; entonces estuvieron florecientes y asistidas con esmero y constancia por misioneros ejemplares; después fueron cayendo sin tregua, hasta desaparecer completamente algunas poblaciones» (2).

Pasando al Virreinato del Perú, en territorio perteneciente ahora a la República de Bolivia estaban las misiones de Mojos hacia el norte y las de Chiquitos hacia el sur; las primeras, propias de la provincia jesuítica del Perú; las segundas, de la del Paraguay. Respecto de unas y otras tenemos una obra de más valor que las utilizadas en los párrafos anteriores; porque la materia de ella son precisamente las vicisitudes de esas misiones desde que salió de ellas la Compañía, y porque está sacada de los documentos más autorizados, cuales son los de los Obispos, curas o misioneros, gobernadores y otros sujetos, que desde entonces las manejarón, y aun formada por simples extractos de

(1) Arch. de Indias, 145-7-4; Moyobamba, 26 de Septiembre de 1813. Original.

(2) T. VI, c. V, § III, p. 201.

ellos, siguiendo uno por uno los legajos o volúmenes de su archivo. Como que su autor la puso por título: *Catálogo del archivo de Mojos y Chiquitos*.

En la introducción al de Mojos manifiesta el juicio que ha formado de aquellas misiones antes y después de expulsada la Compañía. El momento de ejecutarse esa expulsión en el primer pueblo marca con sus minutos y segundos el vértice de la prosperidad de los Mojos. «Hasta allí subieron, y desde allí descendieron hasta la actual ruina las buenas costumbres y la producción industrial de aquellos amables indígenas» (1).

Al Obispo de Santa Cruz de la Sierra tocaba poner otros eclesiásticos en los pueblos que dejaban los jesuitas. Al recibir este encargo, decía luego escribiendo al Rey, «me llené de aflicción por no tener uno que supiese el idioma de aquellos indios; y la necesidad de que no quedasen del todo desamparados me obligó a enviar los que pude habilitar, y solicité del Arzobispado de Charcas otros para que interinamente estuviesen en los pueblos, que son veintisiete y necesitan cincuenta y cuatro sacerdotes, porque no puede estar alguno solo por las distancias en que se hallan» (2). Los jesuitas eran sólo cuarenta y cinco, y así algunos tenían que estar solos. La dificultad del idioma era muy grande. De los veintisiete pueblos solamente los diez de Chiquitos, al decir del Obispo, hablaban una misma lengua, distinta de todas las usadas en las provincias vecinas de Buenos Aires, Paraguay y Tucumán; los otros diez y siete casi todos diversa unos de otros.

Al pronto parece que no pudo reunir número suficiente de clérigos, a pesar de las vivas y continuas instancias que hacían al Obispo los comisionados para el extrañamiento; pero, en fin, fueron llegando, bien que algunos, como trece enviados por el Presidente de Charcas, no eran sacerdotes, sino «monigotes, a quienes estaba ordenando a toda prisa el Obispo de Santa Cruz», según se expresaba uno de aquellos comisionados, el coronel don Antonio Aymerich (3). ¿Qué curas o misioneros podían ser aquellos? ¡Gente allegadiza para un ministerio tan difícil y que

(1) Páginas 38-39.

(2) Arch. de Indias, 123-2-22. San Lorenzo, 20 de Mayo de 1768. Original.

(3) *Catálogo*, introducción, p. 60.

la requiere escogidísima, de grandes dotes y discreción, so pena de no hacer nada, o daño en vez de provecho! Y esto último es lo que allí ocurrió, por desgracia, no con uno ni con dos, bien que tampoco se pueda determinar cuán generalmente. Entraron también religiosos; pero aun de ellos hubo quienes más valiera que no hubieran entrado. Así abundan en el *Catálogo* las quejas y denuncias por el mal proceder de unos y otros, ya en la administración de lo temporal, ya en otras materias más graves; y lo peor de todo es que el Obispo, no teniendo con quienes sustituirlos, aun reconociendo el mal, los mantiene en las misiones (1). El resultado no podía menos de ser, huir unos indios, como los del pueblo de la Exaltación de la Santa Cruz (2); rebelarse otros, como los de Concepción y Santa Ana (3), y desaparecer totalmente San Simón, San Nicolás y San Martín (4). Cándidamente atribuía la decadencia de aquellas misiones, siendo no más todavía que Obispo electo de Santa Cruz de la Sierra y residiendo en Charcas, D. Alejandro José de Ochoa, a la insuficiencia de sus frutos para sustentar a los curas; y suponía que bien retribuidos, éstos cesaría aquel daño (5). Con más acierto sin duda pedía que los seculares fueran sustituidos por regulares franciscanos de los colegios de propaganda en las *arruinadas* misiones de Chiquitos (6). No sabemos si lo consiguió; lo cierto es que a los tres años, en 1785, se veía precisado a escribir: «Cada día estoy con el espíritu más atribulado, tocando con la repetida experiencia la notable decadencia en lo espiritual y temporal de las dos provincias de Mojos y Chiquitos, y especialmente de ésta.» «Y lo peor es, añadía, que ni en la Diócesis ni en el Arzobispado de Charcas hay operarios, no ya dignos para curas de misiones, pero ni medianamente idóneos, ni aun ineptos, como algunos que ahora sirven allí, tolerándose a más no poder» (7).

Estas sumarias noticias, entresacadas de las muchas que ofrece el *Catálogo*, no dan idea adecuada del triste estado de Mojos

(1) Pág. 453, nota 30.

(2) Páginas 149-150; vol. VI, nn. IX, X, XIII, XVI, del archivo.

(3) Pág. 327, vol. 23, n. V.

(4) Pág. 471, nota 65.

(5) Pág. 345, vol. 25, n. XXI.

(6) Pág. 345, vol. 25, n. XXII.

(7) Pag. 469, nota 58.

y Chiquitos después de la expulsión de la Compañía; ni causarán en el ánimo la impresión dolorosa que la lectura del *Catálogo*, mismo, como lo reconocerán cuantos le hayan leído. Bastarán, sin embargo, para demostrar la realidad, ya que no la extensión, de la decadencia de aquellas misiones.

Las de Chile forman una venturosa excepción entre las demás de América, dejadas por la Compañía. Se encargaron de ellas los Padres Franciscanos; y nuestro P. Enrich, en su *Historia de la Compañía en Chile*, da testimonio de lo bien que las conservaron y aun adelantaron. «Nos complacemos en decir, escribe hablando de las del archipiélago de Chiloé, que emularon, si no aventajaron, el santo celo de los antiguos misioneros, conservando las mismas prácticas por aquéllos establecidas, como fueron los fiscales, patronos, rezos, cánticos y otras muchas» (1). Y en las de Araucanía dice que «en cuarenta años consiguieron mayor número de conversiones que habían conseguido los misioneros de la Compañía de Jesús en ciento veintidós de incesantes trabajos. El Señor quiso que estos desmontasen y sembrasen con el desconsuelo de coger bien escasos frutos, y que aquéllos los recogiesen a manos llenas, cultivando con su palabra y regando con sus sudores, y uno de ellos también con su sangre, el haza que sus antecesores habían más o menos labrado y abonado» (2).

Nuestra provincia del Paraguay tenía misiones formadas por diversas tribus o naciones de indios en la extensa región denominada el Chaco, repartida hoy entre las tres repúblicas de Bolivia, Paraguay y la Argentina. Pocas noticias tenemos de su historia posterior a la expulsión; pero esas no son, ciertamente, semejantes a las que de Chile acabamos de dar.

Uno de los nuevos misioneros en ellas, el P. Fr. Pedro José de Aguirre, franciscano, dirigió al Rey ya en 1774 un informe, que no conocemos, pero que según dice en otro de 1777, versaba «sobre la desolación de las nuevas reducciones de este gran Chaco». El culpaba del daño a los gobernadores, y acusaba al que entonces lo era de haber dicho que allí se echaba de menos a los jesuitas, con lo cual culpaba a sus sucesores. A nosotros no nos importa quiénes eran los autores del mal; nos basta que unos y

(1) T. II, c. VIII, n. 2, p. 433.

(2) En el mismo lugar, n. 9, p. 439.

otros lo atestiguan y reconocen que ha venido por la expulsión de la Compañía. Véase lo que el religioso escribía, lamentándose de que en tres años pasados desde su primer informe, nada se hubiera hecho. «De esta demora y tardanza de mi primer informe ha resultado que los indios de las reducciones de Macapillo, Valbuena y Tovas anden dispersos por varias partes sin sujeción alguna y sin doctrinas, por carecer sus doctrineros de bienes temporales para llenarles los vientres y atraerles a obediencia y sujeción con gualcas y demás maulas, que para ellos son de grande estimación. Para lo referido, es verdad, han hecho falta los clérigos regulares; pero no obstante, si (los comisionados) nos hubieran entregado las doctrinas por sus libros de cuentas y gastos, protocolos y demás haciendas con cuenta y razón, con un religioso celoso de superior de ellas, que anduviese de doctrina en doctrina, celando su adelantamiento y el bien espiritual de sus hermanos, no hubiera sucedido lo que está sucediendo» (1). Quizá decia bien el misionero. Parecerá, sin embargo, mucho más seguro que no hubiera sucedido lo que estaba sucediendo, si hubieran seguido al frente de las reducciones los que antes las tenían.

De los indios de San Ignacio de Tovas informaba D. Victorino Martínez de Tineo, que habiéndose quedado sin las dos mil vacas y sin las tierras, que tenían al salir de allí los jesuitas, «faltos de todo auxilio para mantenerse y sin protección que los sostuviese, se desbandaron a los campos, mezclándose con los indios de su nación no conversos, de que provenía la prevencación lastimosa en que cayeron como cien familias cristianas; bien que no los reputaba apóstatas, por dejarse ver por tiempos en el pueblo, disculpándose con que solicitaban la manutención de que carecían» (2).

Lo mismo en sustancia refería de algunos otros pueblos, después de haberlos visitado de oficio, D. Agustín de Zubiría, lamentando la «total ruina que padecen, dice, estas reducciones desde la expulsión de los jesuitas». Seis eran los pueblos visitados, y sólo uno se encontraba bien. Los otros cinco, que eran los ya mencionados de Valbuena y Macapillo, y los de Miraflores, San-

(1) Arch. de Indias; *Audiencia de Buenos Aires; cartas y expedientes; años 1755 a 1791.*

(2) Arch. de Indias; 123-6-1; *Informe de la Contaduría general* dado en Madrid a 17 de Diciembre de 1778.

ta Rosa y Petacas, no tenían con qué vivir, por no ser a propósito para cuidar de lo temporal los religiosos que servían de curas; y los más de los indios se habían internado en el Chaco (1). A principios del siglo XIX daba de aquellas misiones mejores noticias D. Diego de Alvear, diciendo que los indios llevaban una vida muy arreglada y civil (2).

Con algunas de aquellas tribus poco habían conseguido también nuestros padres, cuando de allí salieron, parte por la ferocidad e inconstancia de los indios, como los Abipones y otros, parte por llevar todavía pocos años, relativamente, trabajando en su evangelización. Pero en fin, comenzada estaba la obra, y en ella hubieran perseverado hasta vencer con tiempo, paciencia y toda clase de sacrificios, la resistencia de aquellos infelices.

Pertenecían muchas de estas misiones a la Diócesis de Córdoba de Tucumán; y su Obispo, el Ilmo. Sr. Abad Illana, en la relación de ella que envió al Sumo Pontífice en Abril de 1768, llena de gravísimas y falsas imputaciones contra la Compañía, repite muchas veces, que si dicen a Su Santidad que algunas de las reducciones se han perdido por haber faltado de ellas los jesuitas, no crea tal cosa; es porque los indios no se bautizan sino para comer, y así ni los bautizados tienen más de cristianos que el bautismo, ni hay porqué empeñarse en la conservación de tales reducciones. Ya las hubieran dejado los franciscanos, puestos en lugar de los jesuitas, si no lo hubiera estorbado el gobernador, para que no se diga que la salida de éstos ha ocasionado su ruina. Y eso que los franciscanos, enseñando a los indios el castellano, y por ese medio la religión, han hecho más fruto en cuatro meses que ellos en muchos años aprendiendo las lenguas de cada nación. Aun estos así catequizados es de temer que se fuguen, como han hecho los Abipones, por haberles reprendido el tener muchas mujeres. Y huídos, son temibles por sus incursiones a los pueblos. Si los jesuitas no se hubieran opuesto, ya estarían exterminados, cumpliéndose la orden que dió un gobernador de pasar a cuchillo a cuantos se pudiera haber a las manos (3).

(1) Carta original al R. P. Fr. José Blas Agüero, Salta, 18 de Julio de 1777. La firman también el Protector de naturales y el Procurador general. Archivo de Indias, 123-6-1.

(2) *Descripción del Virreinato de Buenos Aires en la Historia de Don Diego de Alvear, informe VII, p. 558.*

(3) Original en el Arch. de Indias, 123-3-4. «V Idus Aprilis 1768».

Verdad era la mala condición de los individuos; verdad, aunque exagerada, la poca sustancia de su religión, y ambas cosas habian de remediarse con el trascurso del tiempo y con el derroche de sacrificios, que ya se venían haciendo. Verdad era también que no reducidos habian causado y seguirían causando daños y temores constantes aun a las ciudades de españoles; sin embargo, no parecerá lo más propio de un Obispo desear su exterminio y sentir que no se hubiera ya realizado, aun suponiéndolos, sin bastante fundamento, absolutamente inconvertibles. De todos modos, esa disposición de ánimo ya se ve que no era para adelantar las misiones, y el empeño en persuadir al Papa de que su decadencia no provenía de la falta de los jesuitas, prueba que ya comenzaba y que se preveía mayor para adelante. No tenemos otros datos particulares sobre este punto. El Padre Hernández dice en general que las «misiones del Chaco en mucha parte se destruyeron, porque los indios, entre quienes hacía poco estaba entablada la vida civil, se desbandaron y huyeron a los montes» (1).

Queda por decir de las celeberrimas reducciones del Paraguay, sobre las cuales y sobre los jesuitas que las fundaron y gobernaron hasta su extrañamiento, tantísimo se ha escrito.

Treinta eran los pueblos que las formaban con un total de cerca de cien mil habitantes. Sería largo exponer su buen estado en lo material, moral y religioso, cuando los dejaron los Padres, y lo omitiremos, aun a riesgo de que el daño sobrevenido se entienda menos. Ni este mismo daño lo hemos de declarar en toda su extensión; nos contentaremos con aducir testimonios generales que lo prueban y algunos datos particulares sueltos sobre su índole y grandeza.

El hecho de la rápida decadencia, que en todo tuvieron las misiones desde el momento que salieron de ellas los jesuitas, no creemos lo haya negado hasta el presente escritor alguno de los muchos que han tocado la materia. Lo que han hecho algunos, cegados por sus prejuicios sectarios, como los protestantes Gothein y Pfothenhauer, es atribuirle en todo o en parte a los mismos jesuitas, por la viciosa organización que habian dado a las misiones. A quien desee conocer este y otros puntos de crítica sobre las célebres reducciones, satisfará cumplidamente la exce-

(1) *El Extrañamiento*, l. III, p. 277.

lente obra del P. Pablo Hernández, *Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*. Aquí bastará presentar testigos irrecusables del hecho, que, al consignarlo, indican también con bastante claridad proceder precisamente del cambio de régimen introducido en los pueblos, o del mal proceder de los sucesores de los jesuitas, unos en el gobierno espiritual y otros en el temporal de los indios. Porque nuestros Padres tenían uno y otro, administrando en lo temporal los bienes comunes y celando aun por la conservación y buen manejo de los particulares de cada familia, a causa de ser los indios, dejados a sí mismos, absolutamente incapaces de eso; y después, separados ambos gobiernos, los religiosos curas tuvieron solamente el espiritual; y la administración de los bienes comunes, con intervención en los de particulares, se puso a cargo de seglares no indios, uno en cada pueblo, tres en las ciudades de la Asunción, Corrientes y Santa Fe, y uno general en Buenos Aires; estos últimos para la venta de géneros exportados de los pueblos y compra de los que fuera necesario importar. En lo político hubo gobernadores y tenientes con variedad en el número y atribuciones, pero todos subordinados al gobernador de la provincia. Además se puso un maestro de escuela en cada pueblo y se facilitó la entrada a los españoles, antes prohibida, si no era a las autoridades. Estas ideas bastarán para la inteligencia de los datos que vamos a aducir.

Como testimonios irrecusables de la decadencia de las misiones en general, bástenos traer los de D. Juan de Vértiz, gobernador interino de Buenos Aires a la partida del ejecutor del extrañamiento y autor del nuevo sistema de gobierno, D. Francisco de Paula Bucareli; el Provincial de franciscanos, visitador de las doctrinas en 1777; el de D. Joaquín Alós, gobernador Intendente del Paraguay en 1788, y el del Virrey, Marqués de Avilés en 1801.

El primero, Virrey también años después que gobernador interino, en la memoria o instrucción dejada a su sucesor, el Marqués de Loreto, le decía que a su llegada a la capital, cuando aun no era pasado año y medio desde la expulsión de la Compañía, se decían ya tales cosas de la decadencia de las misiones, que se le hacían increíbles, pero halló ser verdaderas. Él culpa de este mal a todos: indios, gobernadores inmediatos, administradores, curas nuevos y antiguos, es decir, jesuitas. Todavía re-

conoce que con estos prosperaron los pueblos, porque eran escogidos y experimentados, mientras que sus sucesores, tanto los curas como los administradores, no tenían otro mérito ni otras cualidades que saber el guaraní, y así ha tenido él que quitar a muchos (1). Esto de no haberse reparado, sobre todo a los principios, en la capacidad de los sujetos ni en otras prendas, allí tan necesarias, sino sólo en que supieran la lengua, lo notan otros varios.

El Provincial de San Francisco, Fr. José Blas de Aguirre (Agüero?), dando cuenta de su comisión de visitador, escribía: «El gobierno de las misiones que acaba de visitarse es un edificio político, que no sólo ha perdido el buen orden y la hermosura con que lo hemos conocido cuantos hemos vivido en estas partes, sino que en el día se presenta a la vista con un aspecto tan desfigurado que está indicando hallarse próximo el momento fatal de una ruina tan escandalosa, que deberá atribuirse a los mismos que, con ciencia y justicia, han sido autorizados por el Rey y sus ministros para sostenerlo.

Consistía la felicidad de estos pueblos en su abundancia misma, y ésta se afianzaba en la prudente distribución del tiempo para arreglar el trabajo de los indios; en el acopio de sus cosechas depositadas en almacenes comunes para distribuir las oportunamente; en el crecido número de ganados, que sustentaban en los pueblos sin la menor escasez; y consistía, finalmente, en una cristiana economía con que a sanos y enfermos, chicos y grandes, hombres y mujeres se socorria con aquella puntualidad con que lo hace un pródigo padre de familia en su misma casa.

Esta felicidad desapareció ya, y yo no sé si para siempre. Se han inspirado a los indios unas nuevas ideas de libertinaje muy perjudiciales y, sobre todo, se ha trabajado demasíadamente en persuadirles que son verdaderos señores de sus tierras, de sus ganados, de todo el producto de uno y otro, y de la recompensa que corresponde al personal y rudo trabajo en que se ocupan» (2).

El Gobernador Alós, dando igualmente cuenta de la visita que acababa de hacer de los trece pueblos sujetos a su jurisdic-

(1) La *Memoria* está impresa en la *Revista del Archivo general de Buenos Aires*, t. III.

(2) Hernández, *Organización Social*, t. II, l. II, sec. III, c. VIII, p. 212.

ción, después de exponer menudamente el estado de cada uno, dice a S. M.: «De todo cuanto llevo informado a V. M. con la mayor pureza, por haberme constado en debida forma, vendrá Vuestra Real Persona en conocimiento que, desde el año en que dejaron los expulsos las administraciones y tomaron los seculares el manejo de los pueblos, introduciendo el nuevo sistema del giro y regiro, sin hacer caso a las estatuidas, observadas reglas económicas, que hacían, no tan solamente subsistentes, pero aun opulentos los fondos; principiaron generalmente a decaer en todos sus ramos con tal rapidez, que han llegado al lastimoso estado de palpase el próximo exterminio de los más» (1).

Finalmente, el Marqués de Avilés, informando a su sucesor del estado de estas misiones, acusa a los administradores y gobernadores de malversación de los bienes de los indios; indica su gran disminución, y observa que «teniendo antes pueblos hermosos e iglesias magníficas, hoy se puede decir que ni uno ni otro se encuentra» (2).

Descendiendo a particulares noticias y empezando por el punto señalado en estas últimas palabras, los edificios materiales de casas e iglesias, adviértase que, generalmente, eran de buena construcción, de piedra en todo o en parte, labrada o sin labrar, y lo que no, de adobes o tapia, y las casas de una sola planta, formando manzanas o cuadras muy bien alineadas. En algunos pueblos las había de material inferior.

Ahora, pues, véase lo que dice el Gobernador Alós, citado más atrás, en su larga relación de la visita hecha a sus trece pueblos, donde expone el «número de cuadras que componían cada población, el que existe en la actualidad, su lastimoso estado y el de los templos». De las cuadras formadas por las casas de los indios da estas noticias. Santa María de Fe tenía treinta; quedan once, y de ellas sólo cinco buenas. San Ignacio Guazú tenía treinta y cuatro; quedan veintidós y media habitadas. En Santa Rosa eran diez y nueve; ahora sólo trece útiles. En Itapúa eran treinta y tres; hay dos nuevas, pero seis arruinadas. Las de Candelaria son veinticinco, pero es necesario repararlas

(1) Original en el Arch. de Indias, 123-1-15. Asunción del Paraguay, 20 de Octubre de 1788.

(2) La *Memoria* está impresa en la *Revista de la Biblioteca Pública* de Buenos Aires, t. III.

y aun reedificarlas. Las de Santa Ana eran cuarenta y dos; quedan treinta y seis con los tejados muy maltrechos. Las de Loreto, todas de piedra, de cuarenta y ocho sólo subsisten veintiocho, las más también con los tejados muy deteriorados. En San Ignacio Mini han bajado de treinta y ocho a veintitrés en mal estado. En Corpus de treinta y cinco a diez y nueve, igualmente maltratadas. En Trinidad, donde las veintiuna que había eran de arquería de piedra, no queda en pie más que una con reparaciones; diez están en ruinas, y de las demás se ven allí algunos restos o vestigios.

Por lo que hace a las iglesias, tal vez por ser generalmente las de mejor fábrica, no las había alcanzado tanto el daño. Se conservaban bien las de Santiago, San Cosme, Loreto y Corpus; habían sufrido deterioros de más o menos consideración, las de San Ignacio Gauzú, Itapúa, Candelaria y Santa Ana; amenazaban ruina parcial las de Santa Rosa y Santa María de Fe (esta última era de madera); total, la de Trinidad, también de madera, y de reciente construcción, por haberse desplomado la anterior, que era nueva y hermosa (1).

En estado semejante se hallaban las casas de los curas, los almacenes y otras dependencias de los pueblos, que con ellas solían formar una manzana.

La disminución de la población la notan cuantos hablan de las misiones, y se deduce claramente de estadísticas oficiales y privadas. En 1768, al salir de allí los jesuitas, un cuadro oficial da 93.793 almas a los treinta pueblos (2). En 1773, el empadronamiento, también oficial, no pone más que 76.373 (3). Es decir, que en cinco años habían faltado 17.420. En 1797, el conocido escritor D. Félix de Azara, que recorrió aquellos pueblos,

(1) Se había desplomado, porque uno de los administradores destruyó una arquería para sacar piedra con que edificar una casa. (Hernández, *Organización Social*, t. II, apéndice al c. IX, n. 204, p. 269; y c. XV, § II, n. 246, p. 416.)

(2) *Estado que manifiesta las familias y almas, ganado mayor y menor, de los pueblos del Paraná y Uruguay, que tuvieron a su cargo los regulares del orden de la Compañía con arreglo a los autos de inventario, que se formaron con motivo de la expulsión de ellos.* (Simancas; *Marina*, leg. 411.)

(3) Arch. de Indias; 124-3-10. Testimonio de autos originales sobre empadronamiento de los treinta pueblos de Misiones del Uruguay y el Paraná en 1773.

saca para todos en una de sus obras 51.084 almas (1); y en otra (que parece ser más bien diversa redacción del mismo libro) va contraponiendo el número de habitantes de los pueblos en aquel tiempo, con el que tenían al de la expulsión de la Compañía, y en todos los comparados, que son los más, no todos, se ve un decrecimiento de consideración (2). Finalmente, en 1801, según la *Memoria* citada del Virrey, los treinta pueblos no tenían más que 42.885 habitantes y, por tanto, estaban reducidos a menos de la mitad. Dato confirmado por el Gobernador del Paraguay, D. Lázaro Ribera, que poco antes daba para los trece pueblos no más de su jurisdicción un decrecimiento de 22.000 habitantes (3). Omitimos noticias posteriores, hasta la desaparición casi completa de los indios, bien entrado ya el siglo XIX. Sólo queremos prevenir una objeción, aunque fútil: que también en tiempo de la Compañía hubo decrecimiento notabilísimo de la población, como se ve en las estadísticas de 1707 a 1768, publicadas por el P. Hernández (4). Así es; pero, en primer lugar, nunca sigue creciendo la baja tantos años seguidos, sino que luego vuelven a ir en aumento los pueblos, y además, en tales bajas influyeron, fuera de causas comunes a ambas épocas, como las epidemias, otras circunstancias anormales, como guerras y disturbios en la región (5). Ahora, esas circunstancias anormales no eran otras que la expulsión de la Compañía y sus resultas. Por eso no cabe duda de que a ella se debe atribuir la despoblación.

Semejante, o mayor aún que la de los hombres, fué la pérdida de ganados, de que generalmente los pueblos estaban bien provistos, puesto que sólo de vacuno poseían por junto más de 700.000 cabezas (6). Esa es, acaso, la queja más repetida por cuantos hablan del mal estado de aquellos pueblos: las pérdidas enormes en la ganadería; porque, en efecto, eran enormes y de

(1) *Descripción e Historia del Paraguay*, t. I, cc. XVI y XVII, pp. 330 y 344.

(2) *Descripción general en la Geografía* publicada por Schuller, n. 673, p. 424.

(3) Arch. de Indias; 123-1-15. Proyecto de reglamento para los pueblos de Misiones. Asunción, 18 de Octubre de 1798.

(4) *Organización*, t. II, apéndice, n. 50, p. 618.

(5) *Organización*, t. II, l. II, sec. I, c. I, § II, pp. 13-15.

(6) *Estado* poco antes citado.

capital importancia para su mantenimiento. Poco más de un año era pasado desde la salida de los Padres, que fué en Agosto de 1768, cuando ya hubo que enviar visitadores y como *jueces de pesquisa*, por las noticias recibidas de lo que allí pasaba; y el intérprete que intervino en la visita, escribía confidencialmente al Gobernador de Buenos Aires, D. Francisco de Paula Bucareli, autor del sistema acabado de entablar: «Según el conocido descuido de los administradores al cumplimiento de las obligaciones de sus empleos, a no haber ordenado V. E. la venida de los señores visitadores, presto se verían en estado miserable los pueblos, sin tener un pedazo de carne que comer, pues se ha verificado en el pueblo de San Ignacio Guazú, que está pidiendo limosna a otros pueblos para mantenerse, y así éste como el de Santa María de Fe y Santiago, tienen sus estancias en tal desdicha, que a faltar las providencias tan arregladas, a mi entender, que ahora se han dado por dichos visitadores, en breve se perderían» (1).

En efecto, Santa María de Fe tenía en 1768 el número considerable de 39.000 vacas; el año siguiente no le quedaban más que 16.000. Y fué «siguiendo siempre esta fatal disminución, dice el Gobernador Alós, hasta los años de 1785, que llegó al estado de numerar 4.416 cabezas, sin que la comunidad hubiese disfrutado de ningún otro auxilio ni socorro, que la escasísima ración de carne tres veces a la semana» (2). En las otras clases de ganado la disminución en 1769 era mucho menor (3).

Otros dos datos reveladores de la miseria en que cayeron los indios. En ese mismo pueblo halló el visitador el año de 1788, que desde el extrañamiento de la Compañía, es decir, en veinte años, no se les habían dado vestidos. Y adviértase que, hacérseles ellos, aun teniendo a la mano los materiales, sería cosa rara por su increíble indolencia. De ahí lo que refiere Azara sobre

(1) *Organización*, t. II, c. VII, n. 182, p. 191.

(2) Arch. de Indias; 123-1-15, cuaderno «núm. 7». Copia auténtica de los autos de visita de los trece pueblos sujetos a la gobernación del Paraguay en 1788.

(3) El *Estado* citado arriba pone en 1768 en Santa María de Fe 40.231 vacas, y los *Inventarios* publicados por Brabo traen el mismo número en el texto; pero en el cuadro o *Estado demostrativo del número de cabezas de ganado*, etc. (apéndice VI), ponen sólo 30.221. Otras discrepancias hay entre estos diversos documentos, que no afectan a la sustancia de nuestra demostración.

esta materia, exagerando, sin duda, como lo hace en muchas cosas, pero aquí con demasiado fundamento en la triste realidad. «Por lo que he visto y examinado creo poder asegurar positivamente, dice, que no se ha dado vestuario al completo de ningún pueblo ni una sola vez desde que se fueron los jesuítas, y si digo que ni a la tercera parte, me parece que no exagero. Por lo general, se viste a los del cabildo y a los sacristanes, sirvientes y favoritos, dándoles cinco varas y media de lienzo al año, y a cada india cinco; los demás han de agenciar su vestuario o estar en cueros, que es como yo he visto los dos sexos de un pueblo entero» (1).

En 1773 el pueblo de Trinidad, por testimonio de su administrador, Teniente de corregidor y otros testigos de vista, «estaba despoblado» o llegó «a no tener más que treinta y un individuos, y aun para éstos no había con qué sustentarse», porque se hallaba «sumamente destituído de ganados y demás víveres», y tan pobre que «muchos días no tenían con qué alumbrar el Santísimo Sacramento» (2).

Esta pobreza era consiguiente al despojo de que eran víctimas aquellos infelices por parte de los de raza española, a quienes se permitió entrar allí a comerciar, y de los mismos administradores que manejaban las haciendas. Las inculpaciones hechas a estos últimos se repiten en multitud de informes. El citado Gobernador del Paraguay, D. Lázaro Ribera, decía: «Los administradores, que se vieron repentinamente con el poder, sin más freno que el de unas reglas que los ponían en estado de abusar de todo, se abandonaron a los mayores excesos. Cada uno trabajó con empeño en sangrar el pueblo que se le confirió. Los indios, más atareados que nunca, perecían de miseria; y al mismo tiempo que les usurpaban todos los años setenta u ochenta mil pesos, se empeñaban tranquilamente en crecidas sumas para satisfacer los delirios de los administradores... En sólo treinta años ha sufrido la población una pérdida de veintidós mil indios, que han abandonado sus hogares, cansados de las vejaciones. Han malbaratado las producciones de su industria y trabajo entre los amigos y confidentes de los administradores, y en el día hay en

(1) Informe dado al Marqués de Avilés en 8 de Mayo de 1799, publicado por el P. Maas, *Las Ordenes religiosas de España*, documento n. XIX.

(2) *Organización*, t. II, c. VII, n. 182, p. 192.

poder de esta liga delincuente ciento sesenta y nueve mil quinientos noventa y tres pesos, todos incobrables; y al mismo tiempo que los sacrificios se han aumentado por estos y otros caminos, han hipotecado los infelices restos de los pueblos para asegurar el pago de ciento treinta y cuatro mil pesos, en que los han empeñado, de modo que por una consecuencia sacada del mismo desorden con que se manejan las cosas, las deudas activas se han convertido en pasivas, y los pobres indios han perdido la suma espantosa de trescientos tres mil quinientos noventa y tres pesos, estando, además, con un crecido descubierto con el ramo de tributos.» No forma el Sr. Ribera mejor juicio de la administración general, que dijimos haberse establecido en Buenos Aires, la cual saca por documentos, que está debiendo a los trece pueblos doscientos cuarenta mil pesos (1).

La ruina de las misiones en el orden material, como se ve, apenas podía ser mayor. Del estado moral y religioso de la corta población que iba quedando, los informes no pueden ser más tristes. El administrador del pueblo de Apóstoles advierte que aun los principales han abandonado «lo espiritual perdiendo las buenas costumbres que los expulsos (los jesuitas) mantenían». El de San Ignacio Miní, que los más «viven en sus chacaras y cuando vienen, no hay cuarto donde deje de haber cinco familias, cuando menos». De donde se sigue «la ruina de las casas, no entrar a la iglesia, a misa ni al rosario, no hacer caso de lo que se les manda, porque no acuden al trabajo de la comunidad, ni hacen sus chacaras particulares, entregados a la holgazanería y enredando para destruir de una vez lo que hay». El de Candelaria lo mismo sobre robos, holganza y abandono de los trabajos comunes y particulares, con más, que «tienen el pasto espiritual tan escaso, que no ven los indios más que vicios, mal ejemplo y escandalosa vida». El de Loreto nota «las controversias entre lo espiritual y lo temporal (es decir, entre administradores y curas), criándolos a estos pobres (contra todo el estilo en que los tenían los regulares sujetos en el santo temor de Dios) en todo vicio pecaminoso»; y todavía sus oraciones, aunque como de cotorra deben de hacer que no trague la tierra a estos pueblos «por tanta secta de vicios como tenemos sus habitantes españoles». Finalmente, el Brigadier Alvear, que recorrió las misiones a fines del

(1) Proyecto de reglamento antes citado.

siglo XVIII, enumerando «los desórdenes envejecidos y reinantes en todas las doctrinas», pone «por último el gran libertinaje y escandaloso desarreglo de costumbres, frecuentemente autorizados hasta de personas consagradas a Dios» (1).

Para nuestro intento basta lo dicho. Es imposible poner en duda el grave detrimento sufrido por las misiones de la Compañía en América, como resultado de su expulsión.

De Filipinas no tenemos noticias particulares sobre el estado de nuestras misiones después de aquel suceso; pero las tenemos en general de la falta de misioneros sentida a los diez y quince años, y de la poca esperanza de pronto remedio que entonces había. Dánosla un largo expediente del Consejo de Indias, publicado por el P. Maas, según el cual, los gobernadores, los superiores de todas las religiones y el Obispo de Cebú, exponen que, para atender debidamente a tantas necesidades como allí hay, acrecentadas por la expulsión de los jesuitas, se habían de enviar cincuenta agustinos recoletos, sesenta y cuatro calzados, diez y seis dominicos y sesenta franciscanos; y apenas se encontraba quien pudiera y quisiera ir, parte porque habiendo prohibido el Gobierno recibir aquí novicios más que en cortísimo número, con dificultad había el suficiente de religiosos para las cargas de cada convento, parte porque habiéndose impuesto allá el Real patronato y la visita episcopal a los doctrineros, esto los substraía hasta cierto punto de la obediencia a sus religiones, y no estaban dispuestos a pasar por eso (2).

Sobre la escasez de religiosos y la manera de remediarla para atender a las necesidades de Indias, hay otro muy curioso expediente del año 1782, relacionado con el anterior, en el cual los documentos oficiales expresan «la grande falta que hay de misioneros en los grandes imperios españoles; la escasez general de individuos en las religiones que siempre han provisto nuestras Indias de operarios para las misiones y doctrinas de ellas»; y el ministro del ramo, D. José de Gálvez, llega a afirmar confiden-

(1) *Organización*, t. II, l. II, sec. 1.^a, c. VII, § III, p. 197; y c. IX, § I, p. 244.

(2) *Las Órdenes religiosas de España*, documento primero. Puede añadirse una carta de la Provincia de San Nicolás de Agustinos Recoletos, ya de 1783, existente, como ese documento, en el Arch. de Indias, pero en otro legajo, 108-7-11.

cialmente que «la falta de operarios evangélicos en Indias es urgentísima» (1).

Para remediarla, después de muchas consultas y pareceres, el Rey hizo escribir a los Provinciales españoles de religiones que existían también en América y Filipinas, encargándoles que exhortaran a sus súbditos a pasar a las misiones, y permitiéndoles recibir cuantos novicios fuera preciso para poder enviar allá todos los religiosos que fuesen necesarios (2). Esta circular es de 6 de Abril de 1783, y la necesidad se venía sintiendo, por lo menos, desde 1772. El remedio no sabemos si vino y cuándo. Pronto, no parece que pudo ser, ya que no habiendo religiosos bastantes, las exhortaciones de los Provinciales poco podían hacer; y el formar número competente, admitiendo novicios, no era obra de un día. Comoquiera que fuese, los datos aquí reunidos y más que pudieran reunirse, prueban superabundantemente que en nuestras posesiones ultramarinas las misiones sufrieron gravísimo detrimento con la expulsión de la Compañía.

IX

Ese y los demás funestos efectos de aquella horrenda iniquidad los reconocían por tales, los palpaban y los sentían hondamente todas las personas de algún discernimiento, de ideas religiosas incontaminadas y de corazón limpio de toda pasión bastarda. De ahí el clamar muchas de ellas al Rey restablecido en su trono en 1814, por la vuelta de la Compañía a sus estados, y el esperar de ella, creemos que con alguna ilusión, sin bastante fundamento, el remedio, y remedio pronto, de tantos males. Muy recibida estaba la idea de que los hubiera estorbado, si hubiera subsistido. Aun dado que así fuera, el arrancarlos, cuando tanto se habían extendido y arraigado, era obra sólo de Dios por providencia extraordinaria. La Compañía ejerció en la sociedad antigua, sin género de duda, muy grande y saludable influjo; no tan grande, sin embargo, como han ponderado, con diversos fines, algunos de sus admiradores y de sus detractores. Para que llegara a ejercerle igual en la moderna, sería necesario que se mul-

(1) Arch. de Indias; 108-7-10. Al Gobernador del Consejo, 6 de Septiembre de 1782. Copia.

(2) Minuta en el mismo legajo.

tiplicara en número de sujetos y de domicilios tanto como entonces lo estaba; y no bastaría, porque en la sociedad moderna se habían ya infiltrado, al reaparecer ella en el mundo, elementos de resistencia a su acción educadora y santificadora, mucho más poderosos que los de la antigua; se habían formado y habían de estar en campaña abierta y continua contra ella, como contra la Iglesia, fuerzas más numerosas, más hábilmente dirigidas, y de ordinario aliadas con los poderes públicos o encarnadas en ellos; y el campo, a que debía extenderse su actividad, había de ser más extenso, añadiéndose a las necesidades antiguas, no disminuidas, antes acrecentadas, otras muchas nuevas y mayores, a que sería preciso atender. No todas aparecieron de pronto. En el curso de la historia se irá viendo cuándo, y también de qué modo y con cuánto celo la Compañía se ha esforzado por remediarlas.

Durante mucho tiempo, dificultades internas y externas hicieron que su acción no pudiera ser ni muy extensa ni muy intensa, y pudo parecer, no sólo que no colmaba por entonces las demasiadas esperanzas que mostraban haber concebido los que con tanta ansia pidieron su restablecimiento, pero que ni en lo futuro había de adquirir el desarrollo y pujanza que en lo pasado.

Restablecida en España en 1815 con un centenar de ancianos, que desde 1773, en que fué deshecha toda la Compañía por Clemente XIV, es decir, por más de cuarenta años, habían vivido en el siglo como simples sacerdotes y en bien tristes circunstancias; suprimida y disuelta en 1820 por las Cortes constitucionales; de nuevo repuesta en 1823 con los restos que de aquellos ancianos quedaban en vida y con los de la juventud criada en el cortísimo período anterior, que no había sucumbido en la tormenta de la dispersión; vuelta a suprimir en 1835, después de haber visto el año anterior asesinados quince de sus hijos por hordas salvajes en la corte misma de España, y muchos más salvados de igual fin sólo por especial providencia del Señor; no admitida de nuevo hasta 1852, para ser medio desterrada otra vez en 1854 y totalmente en 1868, ¿cómo había de constituirse ella misma sólidamente en todo su ser interno, ni, ya por esa falta de robusta formación, ya por las circunstancias externas, ejercer en dilatada extensión y con gran intensidad su acción en el pueblo cristiano, ni por la educación, ni por la prensa, ni por las obras sociales, ni por los ministerios apostólicos, ni en manera alguna?

La maravilla es que al medio siglo, o poco menos, de vida difícil y reducida, a causa de tales vicisitudes, entrara de pronto en un desarrollo desproporcionado con esos antecedentes, pasando en diez años, de 1853 a 1863, el número de individuos de trescientos cincuenta a ochocientos setenta; y que sin quebranto visible por la supresión de 1868 haya venido después, en otro medio siglo escaso de paz relativa, aumentando constante y considerablemente hasta el grado de sorprendente florecimiento en que hoy está, con cuatro provincias numerosas en la Península, y la de Portugal echada de su patria; dos en ambos extremos, Norte y Sur, de la América española; varias misiones en el intermedio; otra saliendo de Filipinas para trasladarse a la India otra en China y otra en las Islas Marianas, Palaos y Carolinas: que todas son desarrollo y expansión del árbol replantado en 1815, con un total de más de cuatro mil y trescientos sujetos en ciento treinta o más colegios y residencias, bien y establemente fundadas, sin contar las casas de misiones de infieles; las de Filipinas, porque las dejan los Padres españoles, y las de la India a que se trasladan, por no tener de ellas bastante noticia; y buena parte de las de Méjico y Portugal, por considerarlas provisionales.

Pero la Historia de esta segunda época de prosperidad y de extensa labor apostólica vendrá después. El presente tomo se limita a aquella primera tan trabajosa, y a una parte no más de ella, la que termina con la supresión de 1835.

Los ministros de Carlos III, autores del destierro de la Compañía de España y sus extensos dominios de entonces y principales promovedores y agentes de su extinción por Clemente XIV, no aflojaron jamás un punto en su odio y persecución, ni contra el cuerpo mismo de la Compañía, ya disuelta, haciendo esfuerzos increíbles para acabar con la pequeña porción de ella, subsistente en un rincón del imperio ruso, ni contra los individuos ya secularizados, teniéndoles absolutamente cerrada la puerta de la patria, sin que ni a uno solo consiguiera abrirsela la intervención de poderosos valedores.

Los de Carlos IV, sin el aborrecimiento personal de sus predecesores en el cargo, siguieron la misma política, aunque ya no con tanta firmeza, oponiéndose a todo conato de restablecimiento de la orden en otras naciones, pero retirando, al fin, esa oposición por lo tocante a Nápoles en 1804. En España, una y otra

vez, expresaron su propósito de no admitirla jamás; y por prueba de hecho de esa inquebrantable resolución, pudo servir el nuevo destierro decretado en 1801 contra todos los antiguos jesuitas que, usando del permiso general dado tres años antes, habían vuelto a la patria.

A favor de los trastornos causados por la invasión francesa, en sustitución y falsa representación del Rey desterrado, se alzó en Cádiz un poder guiado por espíritu y principios más hostiles aún que los de los ministros de Carlos III y Carlos IV. No era posible esperar de aquellas cortes, hijas de la revolución anticristiana, ni favor ni justicia para las peticiones que, en nombre de la Compañía española y para su restablecimiento en América, les fueron dirigidas.

Aquel poder cayó; con la restauración del trono de Fernando VII prevalecieron otros hombres y otras ideas; prelados y cabildos, ciudades y provincias clamaron por los jesuitas; y a pesar de la oposición hecha por el Consejo de Castilla, fundada en exigencias y preocupaciones regalísticas, el Rey autorizó y aun promovió positiva y calurosamente su restablecimiento en la Península y Ultramar. Con trabajo, por su corto número, y con penuria por la escasez de rentas, se establecieron y sostuvieron hasta la revolución de 1820, en diez y seis poblaciones, grandes y pequeñas, de España, de las cincuenta y más que los habían solicitado, y en tres solamente de Méjico, habiendo sido pedidos para diez y seis o más en aquel reino, y como para otras tantas en el resto de América. Lo poco que pudieron hacer, mucho para las circunstancias, sobre todo en la educación de la niñez y de la juventud, llenaba de satisfacción a los pueblos, que la veían tal como la deseaban, y apenas la habían visto en los últimos cincuenta años, mayormente en la parte moral y religiosa.

Derribado por la revolución de 1820 cuanto en aquellos cinco años se había edificado, se restablecen, trabajosamente, en 1823 no más que la mitad de las casas del período anterior, y se añaden durante el nuevo sólo otras dos de alguna importancia; pero con el mayor espacio de tiempo y la experiencia de lo pasado, vencida, hasta cierto punto, los últimos años, la dificultad de la pobreza de sujetos, se entabla, en toda regla, la formación de ellos, se provee mejor a los colegios y, sofocadas ciertas malas semillas que habían comenzado a brotar en lo interior de ella, la Compañía española se encuentra en buen estado para seguir des-

arrollándose más o menos rápida, pero sólidamente, cuando el nuevo triunfo de las ideas revolucionarias, a que da ocasión la muerte del Rey y el entronizamiento de la Reina niña, con la oposición de D. Carlos, la hizo desaparecer de nuevo en 1835. En Méjico, suprimida por el Gobierno constitucional español de 1820, en vísperas de la emancipación de aquel reino, a que dieron no pequeño impulso esa y otras semejantes medidas, no logró verse repuesta sino en tiempo a que no llega, por ahora, nuestra historia. Trabajaron bien, sin embargo, como particulares los pocos Padres que allí quedaron dispersos.

LIBRO PRIMERO

Revocación de la pragmática de extrañamiento y vuelta de los antiguos jesuitas a España.

CAPÍTULO PRIMERO

LA CORTE DE ESPAÑA HASTA FERNANDO VII IRRECONCILIABLE CON LA COMPAÑÍA

1. Supresión de la Compañía en varios estados y en toda la Iglesia.—2. Su conservación en Rusia y su restablecimiento, parcial primero y luego universal.—3. La Corte de España la más ténaz y activa en procurar la supresión y en estorbar el restablecimiento.—4. Su empeño por la ejecución del Breve de abolición en Rusia.—5. Su oposición al restablecimiento en Polonia.—6. Tolerancia del de Parma y negativa rotunda en lo tocante a España.—7. Permiso a los desterrados para volver como particulares.—8. Oposición al restablecimiento en cualquier otro estado desatendida por Pío VII en favor de Rusia.—9. Segunda expulsión de los que habían vuelto a España.—10. Condescendencia para el restablecimiento en Nápoles.—11. Persecución de quien trató de él para España y de los que quedaron en la Península.—12. La Junta Central y las Cortes de Cádiz.—13. Apologías en la prensa.

1. Como el restablecimiento de la Compañía de Jesús en ambos reinos de la Península Ibérica, España y Portugal, y en sus antiguas posesiones, que hemos de relatar en esta historia, supone su existencia anterior en ellos y su desaparición por algún tiempo; parece necesario referir aquí, sucintamente a lo menos, este segundo acontecimiento y algunos otros subsiguientes, que más o menos eslabonados unen entre sí ambos extremos, la supresión y el restablecimiento de los jesuitas en estas naciones.

La gran tormenta desencadenada contra la religión y la sociedad civil en el siglo XVIII, y que todavía sigue furiosamente sacudiéndolas, descargó sus primeros rayos contra la Compañía

de Jesús. Filosofismo, jansenismo y regalismo concurrieron a su ruina, sin que sea fácil determinar cuál de los tres tuvo en ella más parte. Háblase de juntas secretas tenidas a mediados de aquel siglo, en las cuales formalmente se adoptó el proyecto de su destrucción; y es cierto que entonces arreció fuertemente contra ella la campaña de difamación por medio de la prensa, con que se enardecía más y más el odio en los ánimos ya enemigos y se encendía en muchos otros indiferentes, pero incautos, que ni descubrían la calumnia, ni mucho menos el ulterior y más perverso fin adonde la persecución de la Compañía se encaminaba. Pero esa arma, si podía herir, no podía matar. Para esto era necesaria la fuerza de los poderes públicos, y de ellos supieron hacerse dueños los perseguidores.

El monstruo portugués, D. Sebastián José Carvalho, Conde de Oeyras y Marqués de Pombal, Ministro onnipotente del Rey José, fué el primero que, entre las mil atrocidades con que infamó aquel infausto reinado, y medidas con que trató de esclavizar a la Iglesia y corromper en todo el reino sus divinas enseñanzas; después de haber desacreditado con libelos infamatorios a los jesuitas, echado de la Corte a los confesores de la familia Real, vejado a otros con destierros y cárceles, y a todos con un simulacro de visita canónica, con el encierro en conventos de otras Ordenes y la confiscación de sus bienes, por fin, los arrojó de Portugal y de todos sus dominios por decreto de 3 de Septiembre de 1759, envolviéndolos en el proceso sobre el misterioso atentado cometido contra el Rey en el mismo mes y día del año anterior, y acumulando además sobre ellos todos los crímenes imaginables. La deportación a los Estados Pontificios comenzó antes de publicarse el decreto, y continuó los dos años siguientes para los misioneros del Brasil, de Angola, de la India y otras regiones del Asia; pero un gran número de ellos, con otros de Portugal, fueron detenidos en las cárceles del reino hasta la muerte del Rey y destitución del Ministro, y en ellas murieron no pocos en fuerza del pésimo tratamiento que se les daba.

Poco después que en Portugal fué aniquilada la Compañía en Francia. Aquí el principal instrumento del filosofismo y sobre todo del jansenismo fué el Parlamento de París y con él algunos de provincias; bien que mucha parte tuvieron, ya en otros manejos, ya en inducir al disoluto Luis XV a firmar el edicto definitivo de exterminio, la célebre cortesana Madama de Pompa-

dour y su hechura el Ministro Choiseul. Esos parlamentos se habían ya puesto abiertamente de parte de los jansenistas contra las decisiones dogmáticas y prácticas de la Santa Sede y aun contra los decretos reales que las apoyaban; no es extraño que persiguieran de muerte a los jesuitas, los más activos e irreconciliables enemigos de los jansenistas. El de París suprimió en 1761 todas las congregaciones piadosas establecidas en nuestras iglesias; decretó en Abril de 1762 la clausura de nuestros colegios; confirmó la sentencia, a todas luces injusta, que condenaba a toda la Compañía a pagar las enormes deudas contraídas por el P. Lavalette, Procurador de la misión de la Martinica, única responsable según las leyes y toda buena razón; hizo suyo y remitió a todos los Obispos de Francia el libelo más infame escrito contra la Compañía, titulado *Extracto de las aseveraciones peligrosas y perniciosas en todas materias, que en todo tiempo y constantemente han defendido, enseñado y publicado los llamados jesuitas*; y adoptando y resumiendo el informe del fiscal, que sobre ese montón de calumnias por base, levantó otro de censuras de tales proposiciones calificándolas de *temerarias, falsas, erróneas, escandalosas... conducentes a la impenitencia final... favorables al cisma de los griegos... injuriosas para Abraham, los profetas, San Juan Bautista, los Angeles, Jesucristo, la Virgen Santísima, Dios, toda la Iglesia; destructivas de la fe en la divinidad de Jesucristo, de los misterios de la Trinidad y de la Encarnación; no sólo pelagianas y semipelagianas, sino también favorables al luteranismo, al calvinismo, a los arrianos, sabelianos y socinianos, rigurosamente nestorianas y peores que el nestorianismo*; y así otras censuras en número de algunos centenares que llenan varias páginas; condenó toda la doctrina moral y práctica de la Compañía por perversa, destructiva de todo principio de religión y aun de probidad, sediciosa, atentatoria contra los derechos y vida de los príncipes, con otras semejantes calificaciones (1); en fin, después de haber publicado otra multitud de decretos denigrativos y vejatorios, con ocasión del proceso del P. Lavalette se lo formó al Instituto mismo de la Compañía y lo declaró «inadmisibile por su naturaleza en todo estado bien constituido, como contrario al derecho natural, atentatorio a toda autoridad espiritual y temporal, y enderezado a introducir en la Iglesia y en los estados un cuerpo político, esencial, activa e in-

(1) Arrest de 6 de Agosto de 1762.

cesantemente aspirante, primero a una absoluta independencia y después a la usurpación de toda autoridad»; y consiguientemente suprimió la Compañía, se incautó de sus bienes, se propasó hasta declarar nulos los votos religiosos de todos sus individuos, prohibió a éstos, como reducidos así a la condición de simples seglares, tener dependencia alguna ni comunicación con el General y los otros jesuitas, y los obligó a jurar las famosas proposiciones del clero galicano, so pena de no poder obtener el menor empleo civil o beneficio eclesiástico. Dióse y ejecutóse este decreto en Agosto de 1762; pero para el odio del Parlamento contra la Compañía aun era poco; y en Enero de 1764 publicó otro mandando a los que ya no reconocía por jesuitas, que abjurasen el Instituto y aprobasen con juramento las censuras contra él pronunciadas; el que no se sometiera, perdería la mísera pensión que para subsistir se les había asignado y sería desterrado del reino.

De los demás parlamentos, muchos, aunque por insignificante minoría de votos, dieron decretos semejantes; y así gran número de jesuitas salieron de Francia, porque muy pocos quisieron prestar el inicuo juramento, y los demás, casi en todos los distritos, quedaron desconocidos como jesuitas para la potestad civil.

En Noviembre del mismo año, Luis XV, no por malevolencia, sino por debilidad, coronó la obra de los parlamentos, suprimiendo en todos sus Estados la Compañía. Pudieron más con él los manejos y persuasiones de la Pompadour, de Choiseul y otros Ministros, que las representaciones de la familia Real, del Papa y de todos los Obispos de Francia, con rarísimas excepciones, que repetidas veces defendieron ante él a la Compañía en su Instituto y en su conducta, y le demostraron que su causa era la de la religión y del trono. Los tristes augurios, que para uno y otra, en término no lejano, hacían el Papa y los Prelados, como todos los católicos no corrompidos con el virus volteriano o jansenista, si no se enfrenaba aquella persecución, se cumplieron al pie de la letra apenas pasado un cuarto de siglo, en la espantosa catástrofe revolucionaria.

Con ocasión de tan cruda guerra, como a la Compañía hacían en todas partes plumas y lenguas maldicientes, y en algunas también, aun fuera de Francia y Portugal, si bien no tan sañudamente todavía, las potestades seculares; un gran número de

Obispos de todo el orbe católico acudió ansioso a la Santa Sede, protestando contra ella como injusta y como dirigida, no menos contra la Iglesia misma que contra la Compañía, y pidiendo amparo para los perseguidos y freno para los perseguidores. Clemente XIII, que más que ninguno abundaba en estas ideas y había ya de otras maneras salido en este como en otros puntos por los fueros de la justicia y de la autoridad eclesiástica, creyó necesario hacerlo ahora en la forma más pública y solemne que a sus actos suele dar la Silla Apostólica; y así, expidió el 7 de Enero de 1765 una Bula aprobando de nuevo, como tantos otros predecesores suyos, el Instituto de la Compañía, sus votos, sus congregaciones, alabando su vida y sus ministerios y censurando gravemente a sus detractores. Los Parlamentos y algunos Gobiernos, tan celosos de la autoridad de la Santa Sede, que por enemiga de ella decían que perseguían a la Compañía, unos prohibieron, otros hasta quemaron la constitución Apostólica.

En España no habían llegado las cosas a tal extremo todavía; pero se iban disponiendo y se esperaba la ocasión oportuna. Tal pareció el motín que la plebe de Madrid, disgustada ya por el encarecimiento de las subsistencias, levantó el Domingo de Ramos, 23 de Marzo de 1766, contra los dos ministros extranjeros, Marqueses de Grimaldi y de Esquilache, principalmente contra este último, por la prohibición del traje nacional de capa larga y sombrero gacho, juntamente con el nada limpio manejo que se le atribuía de la Real Hacienda. Hubo asonadas semejantes en otras partes; y con pretexto de averiguar su origen, que todo el mundo sabía, pero en realidad para preparar en las sombras la expulsión de los jesuitas de España, entre el Ministro de Gracia y Justicia, D. Manuel de Roda, y el Fiscal del Consejo de Castilla, D. Pedro Rodríguez Campomanes, jurados enemigos suyos, proyectaron y obtuvieron del Rey la formación de un tribunal especial y secreto, constituido por el mismo Fiscal y otros tales como él, y de allí salió, después de algunos otros golpes, el decreto de extrañamiento de la Compañía de Jesús de todos los reinos de España y sus dominios, firmado el 27 de Febrero y ejecutado en la Península el 3 de Abril de 1767. El Rey lo funda *en causas gravísimas, relativas a su obligación de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia a sus vasallos, y en otras urgentes, justas y necesarias que reserva en su Real ánimo*; y es cierto que él, imbuído ya desde Nápoles por uno de los corifeos de la guerra a la Iglesia,

el Marqués Tanucci, y luego en España por Roda y otros Ministros en ideas contrarias a la Compañía, y más de propósito engañado ahora torpemente por los del tribunal o Consejo secreto y extraordinario; creyó que los jesuitas habían atentado contra su vida y seguirían atentando mientras pudiesen; que eran enemigos declarados de su soberanía y de la de todos los monarcas, principalmente de los de la casa de Borbón; que habían sido siempre y seguían siendo autores de innumerables delitos contra los Estados y contra la religión, y que su mismo Instituto era contrario a todos los derechos divinos y humanos, según que en diversas consultas se lo representó el tal Consejo extraordinario y aparece por otros documentos. Pero la causa verdadera y no confesable que tuvieron los que así le engañaron, y se trasluce en esos mismos documentos, fué aquí como en todas partes la oposición de la Compañía al espíritu jansenista y a la incredulidad filosófica que, aunque menos que en otras naciones, iba también penetrando en España; su adhesión a la Sede Apostólica, cuya autoridad se quería destruir y su firmeza en defenderla; su grande influjo por los ministerios y, sobre todo, por la educación de la juventud, en el sostenimiento de la fe y religión antiguas, combatidas ya entonces por la impiedad moderna.

Más de cinco mil jesuitas, repartidos en más de doscientas cincuenta casas y colegios de España y de sus Indias, fueron deportados en pésimas condiciones de navegación y con gravísimos trabajos y molestias, sobre todo los de Ultramar, a Córcega primero y después a los Estados Pontificios.

En Nápoles y Sicilia reinaba, adolescente todavía, Fernando IV, hijo del Rey de España, o reinaba en su nombre el Ministro Tanucci, y el mismo Carlos III desde España por medio de él. No hubo allí atentado de regicidio como en Portugal, ni alboroto de la plebe como en España, de que tomar ocasión para expulsar a los jesuitas; pero como las causas verdaderas eran las mismas, y como el Ministro era uno de los mayores y más audaces perseguidores de la Iglesia y, por tanto de la Compañía, un Consejo secreto, como en Madrid y en Lisboa, que allí se apellidó *Junta de abusos*, formuló con ligereza increíble unas cuantas acusaciones gravísimas y calumniosas contra su Instituto, su doctrina y su conducta; pidió en fuerza de ellas al Rey su destierro; y el Rey lo decretó el día 31 de Octubre en forma semejante a su padre, y lo hizo ejecutar la noche del 20 de Noviembre,

conduciendo, de una manera bárbara, parte por mar y parte por tierra, a todos los jesuitas de sus reinos a los Estados de la Iglesia (1).

El Infante Duque de Parma, joven también de diecisiete años, sobrino de Carlos III y nieto de Luis XV, dependía tanto de ambas cortes, la de Madrid y la de Versalles, como el Rey de Nápoles de su padre el de España; y también tenía a su lado un ministro volteriano, Guillermo Dutillot, enemigo jurado de la Santa Sede y de los jesuitas. Así, el destierro de la Compañía de todos sus estados no podía tardar, y sobrevino de hecho a los dos meses, poco más, del de Nápoles. La noche del 7 de Febrero de 1768 fueron ocupadas por la autoridad, auxiliada de tropas, todas nuestras casas; se intimó a los sujetos una pragmática del Soberano desterrándolos de sus estados por «urgentes y necesarias razones», e inmediatamente se los condujo a todos a la frontera.

El Gran Maestre de Malta había expulsado a los pocos residentes en aquella isla, no por impulso propio, sino por el de la Corte de Nápoles, a cuya soberanía estaba sometido como feudatario.

No hubo otras expulsiones, ni de los grandes ni de los pequeños estados católicos. Pero el odio de autores, instrumentos y cómplices insensatos de la persecución, no estaba satisfecho, ni el intento logrado. Se trataba de destruir el cuerpo de la Compañía y aun el alma, el espíritu que le animaba, y era el que se oponía y hacía fuerte resistencia al espíritu jansenista de unos, regalista de otros y enciclopedista de no pocos, laico y revolucionario en todos, gobernantes y gobernados; y la Compañía subsistía entera en el cuerpo y en el espíritu. Para acabar con ella se coligaron los Príncipes que ya la habían desterrado de sus estados, y todos a una, con la insolencia que da al poderoso la firme persuasión de que su fuerza es irresistible, exigieron a la Santa Sede que la extinguiera en todo el mundo. Los lobos exigían al pastor que matara los perros, valientes y vigilantes en la custodia del rebaño. La metáfora no es nuestra; es del impío D'Alembert, que sabía muy bien lo que se decía, en carta a Federico II, de 16 de Junio de 1769 (2). Verdad es que lo exigían,

(1) La consulta de la Junta en Danvila, t. III, c. II, p. 119. El decreto y Pragmática consiguiente de 3 de Noviembre, en el *Mercurio* de aquel mes.

(2) *Oeuvres complètes de Frédéric II*, t. XIII, p. 103.

hasta eso llegaba el cinismo, para bien del mismo rebaño y por celo de la honra del pastor. Clemente XIII, el heroico defensor de los derechos de la Iglesia, ni quiso dar oídos a tal proposición. Murió pronto; y las cortes borbónicas impidieron la elección de otro Pontífice semejante. Aun así, el elegido con el nombre de Clemente XIV, ya que no resistió de frente, antes prometió pronto acceder a la imperiosa demanda; a pesar de las repetidas y fuertes instancias exigiéndole el cumplimiento de sus promesas, fué dando largas por espacio de tres años, con manifiesta idea de ver si el tiempo le libraba de tan importunas reclamaciones, hasta que el embajador de España, D. José Moñino, apoyado por los de Francia, Nápoles y Portugal, le puso en la alternativa de la supresión de la Compañía en todo el mundo, o de un medio cisma con todas sus gravísimas consecuencias de parte de esas naciones. Rendido a esa violencia moral, firmó el 21 de Julio de 1773 el Breve *Dominus ac Redemptor*, con que suprimía totalmente la Compañía de Jesús. El 16 de Agosto lo hizo intimar en Roma al General y a todas las comunidades que allí había, y los Obispos lo fueron después intimando por expresa y particular comisión, que para ello se les dió en sus respectivas diócesis. Más de veinte mil jesuitas dejaron de ser religiosos y quedaron reducidos a la condición de simples seglares: clérigos los ordenados *in sacris* y legos los demás. El júbilo de toda casta de hombres enemigos de Cristo y de su Iglesia fué indescriptible; y no menor el de otros en buen número, de Cristo y de su Iglesia, no enemigos, sino defensores; pero de los jesuitas, sus compañeros de armas, implacables aborrecedores y aun perseguidores.

2. Este júbilo tardó poco en empezar a enturbiarse con un suceso que nadie hubiera podido imaginar. El Rey de Prusia, Federico II, protestante y filósofo incrédulo hasta la medula de los huesos, y la Emperatriz de Rusia, Catalina II, cismática y algo picada también de enciclopedismo, no consintieron que se intimara el Breve a los jesuitas de sus estados. Los vigorosos y constantes manejos diplomáticos de las cortes borbónicas para conseguir de ambos soberanos que permitieran a los Obispos hacer la intimación, vencieron a Federico definitivamente en 1780; a Catalina no pudieron vencerla, por más que los redoblaron, ya por sí, ya forzando a la Santa Sede a ayudarlas en esta empresa. Lejos de consentir en destruirlos, trató de perpetuarlos; y con este fin quiso que se abriera un noviciado, y abierto lo sos-

tuvo tenacísimamente contra los terribles ataques de los monarcas de la casa de Borbón. Más aún; si bien para que los jesuitas siguieran siéndolo, como antes del Breve de abolición, bastaba el no habérseles intimado en la forma requerida para su eficacia; no obstante, como ellos mismos primero solicitasen de la Emperatriz que permitiera se les hiciese aquella intimación, y ante su negativa mostrasen inquietud por la apariencia de desobedientes al Romano Pontífice en que quedaban; la Emperatriz les prometió obtener, y de hecho les obtuvo de Clemente XIV su aquiescencia para que continuasen como antes; y más tarde de Pío VI nueva confirmación de aquel estado de cosas. Verdad es que todo esto se hizo con secreto; porque si los ministros borbónicos lo hubieran sabido, hubieran puesto por obra contra el Papa las amenazas con que arrancaron el Breve de extinción. Sólo mucho después, en 1801, a ruegos de Pablo I, sucesor de Catalina, otorgó Pío VII el restablecimiento público de la Compañía en el Imperio ruso. Así se conservó providencialmente en un rincón del mundo, en la Rusia Blanca, o sea la parte de Polonia que Rusia se había apropiado un año antes justamente de llegar allá el Breve abolitivo, al hacerse la primera desmembración de aquel desgraciado reino (1).

Allí estuvo encerrada veinte años. A los veinte años, Parma, el último de los estados que la había echado de sí antes de la supresión general, fué el primero que antes del restablecimiento general de algún modo la llamó a su seno. El Infante Duque era casi un niño cuando la desterró; y no sabemos qué responsabilidad contraería por aquel acto ante Dios y ante la historia. En cambio, cuando fué hombre, él por sí conoció los desastrosos efectos de aquel mal paso, y él por sí concibió y realizó el proyecto de remediarlos en lo posible.

Desde 1792 empezó a poner de nuevo la enseñanza y educación de la juventud en manos de los antiguos jesuitas, todavía como simples sacerdotes seculares; pero luego, en 1794, hizo venir verdaderos jesuitas de Rusia; obtuvo después de Pío VI secreta autorización para que esos pudieran admitir a otros de sus antiguos hermanos, agregándolos a la Compañía conservada y

(1) Sobre la conservación de la Compañía en Rusia puede verse *Razón y Fe*, tomos 38 y 39, *El primer centenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús en todo el mundo*, por el P. Pablo Villada, S. J.

subsistente en aquel Imperio, y aún logró más tarde poder abrir un noviciado, aunque imperfecto, que estuvo a cargo del V. P. José Pignatelli, todo sin publicidad oficial, bien que el secreto no pudiera durar mucho tiempo.

También la Corte Imperial de Viena entabló negociaciones con la Santa Sede, en 1799 primero, y después en 1804 sobre el restablecimiento de la Compañía, en parte, al menos, de sus estados; pero por diversas causas no pudo entonces realizarse.

Tampoco llegó a hacerse en Cerdeña, ni aun lo que en Parma, aunque más estuvo a punto de conseguir en 1801 el piadoso Rey, Carlos Manuel, que abdicada espontáneamente la corona poco después, murió en Roma años adelante con la sotana de la Compañía. Así, el Príncipe que siguió al Duque de Parma en reponerla en sus estados, fué el Rey de Nápoles, que inmediatamente le había precedido en desterrarla de ellos, y era, por sus pocos años y otras circunstancias, tan poco culpable como él de aquella maldad. Como él, hubo de conocer, por dolorosa experiencia, el rudo golpe que para su mismo trono, para la religión, la moral, y sobre todo para la educación de la juventud, había sido la expulsión de la Compañía; y ya los últimos años del siglo XVIII, poco después que su primo, quiso llamarla a sus reinos, aunque con tales condiciones que destruían el Instituto, y fueron, por tanto, resueltamente rechazadas. Mas a los pocos años, el de 1804, o por haber reconocido la sinrazón, o por haber más vivamente sentido la necesidad, cejó en sus pretensiones y la restableció llanamente, obteniendo de Pío VII un Breve con que hacía extensivo a las dos Silicias cuanto en 1801 había concedido para Rusia. Era la primera salida pública y solemne que la Compañía hacía de aquel lugar de refugio, donde el Señor amorosamente la había salvado de su total exterminio. Poco duró en Nápoles, de donde la echó en 1806 José Bonaparte, entronizado por su hermano, que se había apoderado de aquel reino; pero se conservó en Sicilia, donde siguió reinando el Soberano legítimo. Los Padres de Nápoles se retiraron a Roma y otras ciudades vecinas, donde los amparó, aunque no los reconoció pública y oficialmente, el Sumo Pontífice. Los de Parma también fueron dispersados por los franceses.

Secretamente agregados a los de Rusia con autorización del Sumo Pontífice, y así verdaderos jesuitas *in foro interno*, ya sueltos, ya formando comunidades con superiores legítimos, los hubo

y se fueron extendiendo por Italia, Francia, Suiza, Bélgica y Holanda, Inglaterra y aun los Estados Unidos de América, durante aquellos años que corrieron del nuevo siglo hasta el restablecimiento universal. Eran muchos de ellos antiguos jesuitas; pero otros procedían de dos Congregaciones religiosas, formadas con la idea de reemplazar a la Compañía suprimida y aun de preparar su restablecimiento: la *Compañía del Sagrado Corazón de Jesús*, fundada en 1794 por algunos piadosos sacerdotes franceses, fugitivos en Bélgica y Alemania, a causa de la persecución revolucionaria de su patria, de los cuales fué el más célebre, aunque no el primero, ni sacerdote entonces, el P. José Varín; y la *Compañía de la fe de Jesús*, que tres años más tarde fundó en Roma un simple clérigo llamado Nicolás Paccanari con algunos otros sacerdotes y seglares. La unidad de miras hizo que se fundieran muy pronto en una sola ambas Congregaciones con el nombre de la segunda y bajo el gobierno de su fundador; pero como éste no llenara los deseos de sus súbditos, mayormente de los que habían formado la primera, ni en su conducta privada ni en su gobierno, y se mostrase opuesto al fin primitivo y sobre todos ansiado de pasar a formar parte y fundirse con la Compañía conservada en Rusia y transplantada a Nápoles y Sicilia; le fueron abandonando e incorporándose con efecto a ella, mientras Paccanari; de mal en peor, vino a tener ignorado y, por eso, y según otros indicios, nada venturoso fin.

Toda esta extensión y progresos de la Compañía, ya públicos, ya secretos, pudieron hacerse, aunque con más o menos contradicción, porque de los perseguidores e instrumentos de ellos, unos habían ido desapareciendo, como los parlamentos y el trono mismo de Francia, y aunque más tarde, también los de España y Portugal; otros habían conocido su yerro y se habían convertido en defensores, como los soberanos de Parma y Nápoles; y en los que seguían enemigos, faltaba el poder y aun había el tiempo amortiguado el fuego del odio. Fuera de esto, la revolución francesa, con sus horrores y las guerras que en toda Europa a ella siguieron, absorbió la atención general aun de los que durante cuarenta o cincuenta años la habían tenido fija en los jesuitas.

Por otra parte, esa misma revolución, que fué el reventar de la inmensa podredumbre de irreligión, de impiedad, de odio a las monarquías y de toda clase de errores contrarios al orden

moral y social, acumulada en Francia, y la difusión rápida y patente de la misma gangrena por todas las demás naciones; hicieron echar de menos generalmente los muchos colegios en que la Compañía imbuía a la juventud en máximas, y la formaba en costumbres diametralmente contrarias, y así desear con ansia y cada vez más y con más vivas súplicas pedir al Sumo Pontífice su restablecimiento.

Con esto vió Pío VII que estaban las cosas suficientemente dispuestas para poner por obra el propósito concebido desde el principio de su pontificado; y apenas volvió a Roma del cautiverio en que Napoleón le tuvo en Francia hasta el año de 1814, luego el 7 de Agosto publicó la Bula *Sollicitudo omnium Ecclesiarum*, con la cual revocó el Breve abolitivo de Clemente XIV y restableció para todo el mundo, sin limitación alguna de su parte, la Compañía de Jesús.

3. Brevisísimamente hemos expuesto las vicisitudes generales de toda la Orden en su extinción y restablecimiento, por creerlo así necesario y suficiente, como punto de partida de nuestra historia.

Pero pasar sin más a su restauración en España por Fernando VII en 1815, sería dejar este hecho sin la debida explicación: si vino preparándose poco a poco, o no, sino que se realizó súbitamente; si se procuró aunque en vano, durante ese largo tiempo, o no se trató siquiera de él; por qué se hizo cuando se hizo, y no se hizo antes.

Para que todo esto se entienda, daremos a conocer la actitud de la Corte de España ante la idea y proyectos de restablecimiento de la Compañía, no sólo en éste, pero aun en otros reinos, y también su conducta con los jesuitas españoles en punto a permitir que volvieran a su patria cuando ya no lo eran.

La Corte de España fué, sin género de duda, la que puso más fuerza en arrancar a Clemente XIV el Breve de extinción, entre las cuatro que lo procuraron; fué asimismo la que más trabajó, aunque en vano, por consumarla de hecho, acabando con aquellos restos de la Compañía que quedaron en Rusia; y fué tal vez la única que hizo alguna oposición a su medio y secreto restablecimiento en Parma; al público de Nápoles y al general que sin eso hubiera hecho Pío VII apenas elevado al Trono Pontificio. No es que las otras Cortes o ministros que en ella y en Roma manejaban estos asuntos fueran más timoratos; sino que faltaba

a unos el poder y a otros el odio reconcentrado y frío de los de Carlos III, y con esto la tenacidad o terquedad que parece participaban de su amo. Roda, Campomanes y Moñino reunían en sí esas dos cualidades en alto grado, bien que en lo demás fueran de carácter muy diverso y su aborrecimiento de la Compañía tuviera raíces, comunes algunas, pero muy diferentes otras. Jamás hubiera salido de su pluma aquella confesión, que Choi-seul hacía en carta confidencial al Cardenal de Bernis, embajador francés en Roma: «Yo no sé si ha estado bien hecho lo de echar a los jesuitas de Francia y de España; y aun de todos los estados de la casa de Borbón lo están ahora. Peor hecho creo que ha sido, después de echarlos, entablar en Roma una negociación ruidosa para obtener la abolición de la Orden» (1). Y su sucesor en el ministerio, el Duque d'Aiguillon, llevó, sí, adelante la negociación entablada; pero en mucha parte o en todo, por el compromiso en que ya estaba aquella Corte, mayormente con la de España. Pombal y Tanucci no manejaban reyes suficientemente poderosos para imponer su voluntad al Papa en asunto de tanta monta concerniente a toda la Iglesia. Así, en todas las historias de estos sucesos, buenas o malas, se ve claramente por la correspondencia de unos y otros, que la Corte de España fué la que llevó la voz y tuvo la parte principal en empresa tan poco honrosa. Citemos solamente la del Pontificado de Clemente XIV por el R. P. Augusto Theiner (2).

Hasta la idea de una congregación de enseñanza, que se pensó en fundar en Francia a raíz de la extinción (1774), para llenar el vacío que en este punto había dejado la supresión de la Compañía, y que en el gobierno francés más encontraba apoyo que resistencia, si es que no fué él mismo el autor de ella; la contradijo y persiguió el español, al principio porque la congregación había de componerse de antiguos jesuitas, y después porque aun en otros vendría a resucitar su espíritu (3). En efecto, por esta oposición o por otras causas, aquel proyecto no prosperó.

(1) En Ravignan, *Clem. XIII et Clem. XIV*, t. I, c. VIII, p. 237.

(2) «L'Espagne harcelait sans cesse Louis XV, pour qu'il fit pousser auprès du Pape, par Bernis, avec le plus grand zèle, et de concert avec les ministres des autres cours, l'affaire de suppression» (*Histoire du Pontificat de Clément XIV*, t. I, año de 1769, § XLVI, p. 358.) Lo repite en otros pasajes.

(3) A. H. N., *Estado*, leg. 3.518. Aranda a Grimaldi, París, 9 de Marzo de 1774. Minuta, con copias de dos *Memorias* sobre el asunto

4. En cambio toda la energía, toda la tenacidad de Carlos III y sus ministros empeñados en estorbar la conservación de la Compañía en Rusia, se estrelló contra la firmeza mayor y el empeño más decidido de la Emperatriz en asegurarla. Omitimos todas las diligencias hechas los seis primeros años que siguieron a la publicación del Breve de extinción, para que les fuera intimado a aquellos jesuitas y así dejaran de serlo. En 1778, el Sumo Pontífice, por medio de la Congregación de Propaganda Fide, dió amplísimas facultadas al Obispo de Mohylow, Estanislao Siesztrzenecwicz, sobre todos los regulares de aquellas partes; y éste, en virtud de ellas, autorizó a los jesuitas para abrir noviciado, que nunca había habido en la región donde ahora subsistían, y era necesario para que no desapareciera la Compañía con la muerte de los actuales (1). Es de ver la irritación que este hecho causó a los ministros de Carlos III, y los manejos diplomáticos y no diplomáticos que emplearon para deshacerlo, ya en la Corte misma de Rusia, con cuya orden había procedido el Obispo, ya también en Roma para que el Papa, o hiciera al prelado revocar la licencia consabida, o por sí mismo y con su autoridad suprema la anulara, o la declarara nula en derecho, por mil razones que para ello aducían; en fin, que aquello se deshiciera, se acabara de una vez con ellos, promulgando el Breve de extinción, y aun se castigara fuertemente al temerario Obispo. Sería enojosísimo relatar con algún detenimiento esta negociación de cuatro o cinco años, seguida por Floridablanca, ministro entonces de Carlos III, con nuestros embajadores en Roma y en San Petersburgo y aun con el de Rusia y el Nuncio de Su Santidad en Madrid; por estos consiguientemente con sus cortes respectivas; y sobre todo por el Secretario de Estado del Papa con el Nuncio en Varsovia, encargado de los negocios de Roma en Rusia, y, valiéndose de él, también con el Obispo mismo de Mohylow y aun con la Corte de la Emperatriz, ya por escrito, ya también como enviado extraordinario que fué en ella para este y otros asuntos con él relacionados. Bastará exponer en dos palabras y por partes la substancia de ella.

A D. Pedro Normández, nuestro ministro en Rusia, escribió

(1) El rescripto pontificio puede verse en Nonell, *El V. P. José Pignatelli*, t. II, l. III, c. III, pp. 69-70. El edicto del Obispo, allí mismo, c. IV, pp. 82-83.

Floridablanca, apenas supo lo ocurrido por relación del Duque de Grimaldi, que lo era en Roma, ordenándole pasar los más eficaces oficios en nombre del Rey, para que la Emperatriz permitiera y aun mandara que no se realizase lo dispuesto por el Obispo cuanto a la admisión de novicios; que tuviera a bien se diera cumplimiento en sus dominios al Breve de extinción; y que hiciera ejecutar al prelado las órdenes que sobre esto le daría Su Santidad por medio del Nuncio de Polonia, de que ya en Madrid se tenía noticia (1). El embajador dió en varios despachos buenas esperanzas, fundadas en promesas del Ministro ruso, Conde de Panine, y aun llegó a escribir que la Emperatriz estaba dispuesta a dar gusto al Rey, faltando sólo hallar un medio que no tuviese apariencias de retractación formal (2); pero eran ilusiones, y un año después comunicaba la verdad diciendo, que a las representaciones del Conde había dado la Soberana negativas tan rotundas y aun duras, que ni él ni otro ministro alguno se atreverían a proponérselo otra vez (3). Un autógrafo de Catalina, recientemente hallado en los archivos imperiales, contiene esta orden dada al Ministro: «Vuelvo a deciros, como ya lo he hecho otras veces, que respondáis que el asunto de los jesuitas pertenece exclusivamente a mi gobierno interior» (4). En España se persuadieron de que era inútil su acción en Rusia, y Floridablanca escribió a D. José Azanza, que había sucedido a Normán-

(1) A. H. N., *Estado*, leg. 6.116. Original, San Ildefonso, 27 de Septiembre de 1779.

(2) A. H. N., *Estado*, leg. 6.116. Minuta, San Petersburgo, 10/21 de Noviembre de 1779.

(3) Ibid. Minuta, 19/28 de Octubre de 1780.

(4) En una *Colección de Documentos diplomáticos*, relativos al noviciado de Polock, publicada por el Gobierno ruso, hay un rescripto de Catalina II, de 14 de Febrero de 1780, mandando a su ministro dé instrucciones al embajador en Madrid para que diga a Floridablanca en sustancia lo contenido en este autógrafo, y por la fecha parece el mismo, proviniendo de las traducciones la diferencia. Véase en *Razón y Fe*, t. 38, p. 279, Marzo de 1914. En este hecho y documento auténtico y en el despacho correspondiente al embajador ruso en Madrid tiene, sin duda, su fundamento la carta apócrifa de la Emperatriz a Carlos III, publicada por Linguet en sus *Anales*, n. 7, p. 260, edición de Londres, según Ravignan, *Clément XIII et Clément XIV*, t. II, p. 502, y de que por aquel tiempo corrieron copias manuscritas, una de las cuales se halla en el t. VII de *Papeles varios* del P. Luengo, p. 260. Puede verse también en Nonell, t. II, l. III, c. V, p. 107.

como encargado de negocios en San Petersburgo, este significativo oficio: «Quiere el Rey que usted no tenga con ese ministerio explicaciones algunas ni sobre la comisión principal de Monseñor Archetti, ni sobre el punto de ex-jesuitas. En cuanto a éste se ha manifestado ya antes de ahora a esa Corte el modo de pensar del Rey y sus deseos; y así S. M. sólo piensa entenderse con la de Roma en un negocio que directamente la pertenece. S. M. mirará con mucho desagrado cualquiera condescendencia que ésta tenga acerca de esos ex-jesuitas, y hará a la misma las reconvenções a que diere lugar su conducta. Este deberá ser el modo de explicarse de usted con el Nuncio Pontificio, cuando tuviere oportunidad (1).

Desde el primer momento atacó la Corte de España el noviciado de Rusia y cuanto allí se hacía en favor de los jesuitas con más fuerza en Roma que en San Petersburgo. El gran Carlos III sabía ser fuerte con el débil, y débil con el fuerte. Los representantes de las cortes borbónicas en Roma entendían y hacían entender a sus Reyes y Ministros respectivos, que Pío VI era de corazón partidario de la Compañía, de tal suerte, que siguiendo su

(1) A. H. N., *Estado*, lég. 6.119. Original en cifra. San Ildefonso, 9 de Septiembre de 1783. De paso queremos recoger aquí algunos párrafos de esta correspondencia, en los cuales se les escapa a los ministros de Carlos III la verdad de su propio sentir contra lo que otras veces dicen a boca llena. Su tema es que aquellos Padres por el Breve de extinción han dejado de ser jesuitas, y que en reconocerlo, en seguir llamándose jesuitas y procediendo como tales, se muestran rebeldes a la autoridad de la Iglesia. Ahora véase cómo se expresaba Moñino en oficio a Normáñez de 29 de Enero de 1780. En el punto de ex-jesuitas «el Rey está vivamente empeñado y desea que se ejecute el Breve de extinción en esos dominios, reduciéndose a presbíteros o clérigos seculares, y quedando como tales, aun cuando existan en colegios o casas de enseñanza». (A. H. N., *Estado*, 6.116. Original). No se había, pues, ejecutado el Breve de extinción; no estaban los jesuitas reducidos a presbíteros o clérigos seculares. Azauza, escribiendo a Floridablanca, llama a los que allí subsisten «pequeña parte que queda del disuelto cuerpo de la Compañía». (Simancas, *Estado*, lég. 6.652. Original, San Petersburgo, 30 de Julio de 1783.) En 6 de Febrero de 1777, a propósito de noticias que corrieron del noviciado, que ya entonces se proyectaba, escribía Aranda desde París: «El actual Pontífice pasa por muy jesuita; un resto del orden, tolerado por el Jefe de la Iglesia, sin haber usado contra él de las armas que puede y le competen, nunca puede tener buenas resultas.» (A. H. N., *Estado*, 3.518. Minuta.) Y en 10 de Mayo de 1785: «A propósito que se habla de extintos, menos en la Polonia rusa, donde existen.» (Simancas, *Estado*, libro 180.)

propia inclinación y dejado en completa libertad, no sólo no confirmaría en manera alguna el Breve de extinción, ni urgiría su ejecución en Prusia y Rusia, como ellos pretendían, sino que le revocaría inmediatamente, y ya que para eso no tenía libertad, vería con secreta complacencia lo que en aquellas naciones pasaba y aun acaso lo sostendría bajo mano (1). Por esta causa buscaban y aprovechaban toda ocasión para hacerle prometer que no innovaría cosa alguna en lo hecho por Clemente XIV contra los jesuitas y obligarle a consumir la destrucción de la Compañía. Pío VI, por su parte, sabía que tenía sobre sí en todo lo tocante a este asunto, a los Ministros de las cortes borbónicas; y no habiendo adoptado desde el principio la actitud de franca resistencia de Clemente XIII, sino la de condescendencia, seguida por Clemente XIV; al encontrarse ahora con el paso gravísimo dado en Rusia, de la apertura del noviciado dispuesta por el Obispo, puede decirse que hizo extremos para persuadir a ellos y a sus cortes de que no solamente no tenía parte alguna en ello, sino que con todas veras lo reprobaba, lo daba por nulo y se lo haría deshacer al que lo había hecho. Él mismo comunicó de palabra a nuestro embajador lo ocurrido y se lo puso luego por escrito a petición suya, rogándole hiciera que su corte procurara con la de Rusia, donde se veía que estaba la dificultad, que no sostuviera a los ex-jesuitas; hizo que su Secretario de Estado pasase a él y al de Francia generalmente todos los despachos cruzados con el Nuncio de Polonia y los demás papeles relativos al asunto, hasta las cartas que Su Santidad mismo escribió a la Emperatriz y las que recibió de ella; a las gacetas que dieron la noticia, asegurando que los jesuitas subsistían y obraban en Rusia con la aprobación de la Santa Sede, quiso que las desmintieran las de Roma y de otras partes; en fin, mandó pasar una circular a todos los Nuncios informándoles de lo ocurrido y de su resolución de deshacerlo, para que en todas partes fuera conocido su proceder. «El Padre Santo, decíase en ella, ha encargado a Monseñor Archetti manifestar al Mallense la pontificia indignación y reprenderle ásperamente por semejante atentado, mandándole retractar la temeraria Pastoral y sustituir otra que deshaga lo dispuesto en la primera y todo cuanto tenga relación con el asunto, y amenazándole de privarle de las facultades que se

(1) Azara, *Cartas*, t. III, pp. 81, 146, 276, etc., etc.

le han dado por la vía de Propaganda, de las cuales ha abusado con grave escándalo de aquellos católicos y con manifiesta violación de las invariables intenciones de Su Santidad (1).

Ni todo eso le bastó para aquietar a las Cortes y a sus Ministros. Por lo que hace a la de España, recibida por oficio del Embajador, Duque de Grimaldi, la noticia del hecho y de lo ya tratado por él con el Papa y con su Secretario de Estado; Floridablanca puso de su mano esta nota para que conforme a ella se extendiera el oficio o Real orden de contestación. «Que si el Papa no desaprueba el hecho, declarando por nulo lo ejecutado por el Obispo y conminándole para su reposición (retractación), siempre pondrá reparos la corte de Petersburg; y que la misma congregación de Propaganda, de cuyo Prefecto y Secretario se puede presumir todo, debía también declarar el exceso de la comisión del Obispo y su nulidad. Sin embargo, se escribirá a Normande (*sic*) y yo hablaré a Zinovief; pero es menester estrechar a Roma, sobre que las condescendencias de aquella corte tienen la culpa de lo que pasa, dejando despremiar su propia autoridad, y que de nadie podemos quejarnos con más razón que de ella en todo el progreso de este pontificado, cuya afección decidida al jesuitismo y pública en toda Europa, da motivo a que se crea que ha de tolerar cualquier paso atrevido» (2). Desde Septiembre de 1779, en que esto se escribía, hasta principios de 1789, se estuvo cumpliendo a la letra. Nuestro embajador en Roma con Azara y el Cardenal de Bernis, representante de Francia, y otros, no cesaron de *estrechar* al Papa y a su Secretario de Estado, el cual, ciertamente, no lo necesitaba, para que obligaran al Obispo a deshacer lo hecho. Como Su Santidad les comunicaba, según hemos dicho, toda la correspondencia relativa a este asunto; como llegaron a redactar ellos mismos la minuta de alguno de los despachos (3), y a lo menos, con ellos se concertaban los pasos que se habían de dar; generalmente reconocieron que el Papa no pudo hacer más de lo que hizo. Sin embargo, aun así, sospecharon tal vez de su sinceridad. Véase lo que al Secretario de Estado respondía Grimaldi en 2 de Diciembre de 1782, después de

(1) Arch. Vatic., *Spagna*, N. 113 (461); *Spoglio del carteggio confidenziale di Monsig. Nunzio*, 2 de Septiembre de 1779. Copia.

(2) Simancas, *Estado*, leg. 5.056. Autógrafo.

(3) Una de Grimaldi para rehusar la mediación del Rey de Polonia, en el Arch. Vatic.; *Carte consegnate dal Cardinale Litta a Mgr. Albani*.

leer algunos documentos que le había pasado: «Ayer con el apreciable billete de Vuestra Eminencia recibió el Duque de Grimaldi las copias de los tres papeles adjuntos; y habiéndolas leído atentamente, ha hallado en estos escritos unas expresiones tan equívocas, que para evitar toda sorpresa piensa el Duque que los hechos sucesivos y la ulterior conducta que se observe de aquellas partes, podrán indicar cuál sea el verdadero sentido de estos escritos. Pero entretanto no hay duda que sin una formal y auténtica retractación del Obispo de Mohylow, cada día se aumentará el escándalo, y se pondrá en compromiso la autoridad pontificia» (1).

Por fin, para disipar toda sospecha, no pudiéndose obtener la deseada retractación, y reconociendo que tampoco podía el Sumo Pontífice, por las causas que luego indicaremos, condenar públicamente y solemnemente la conducta del Obispo y anular o declarar nulo cuanto en Rusia se había hecho tocante a los jesuitas; exigieron formalmente que Su Santidad, en dos Breves particulares, dirigidos a los reyes de España y Francia, «declarase en el modo más claro y más formal la nulidad y el abuso de todo lo que se había hecho en Rusia y en otra cualquiera parte contrario a lo dispuesto en el Breve de Clemente XIV con que extinguió la Compañía» (2). A 29 de Enero de 1783 se expidieron ambos Breves, en los cuales, después de una sucinta exposición de todo lo hecho por él en este asunto, Su Santidad, traduciendo casi literalmente al latín las palabras del embajador, declara expresamente «que tiene por abusivo, ilegítimo y completamente nulo todo lo que se dice hecho, sea en la Rusia Blanca, sea en otra parte, y es contrario al sobredicho Breve de Clemente XIV» (3).

Al remitir el Cardenal Pallavicini a los Nuncios de París y Madrid los originales de estos Breves para que los pusieran en manos de los ministros respectivos y éstos en las de los Reyes, les encargaba que pidieran se guardase sobre ellos el más absoluto secreto; no fuera que por algún caso llegara a noticia de la Emperatriz de Rusia, que en manera alguna quería que otras po-

(1) Arch. Vatic., *Spagna*, N. 300; *Viglietti del Ministro di Spagna*, 1778-84.

(2) Simancas, *Estado*, leg. 5.056; Grimaldi a Pallavicini, 30 de Diciembre de 1782. Copia.

(3) Simancas, *Estado*, leg. 4.997. Original. Impreso en Theiner, *Clementis XIV Epistolae et Brevia*, pp. 378-80.

tencias se mezclasen, ni por intermedio del Papa, en este negocio de los jesuitas, exclusivamente suyo (1).

No se crea que con esto quedaron los Borbones y sus ministros seguros del Papa, ni que dejaron de procurar lo que hasta entonces no se había podido conseguir: la retractación del Obispo y la intimación del Breve abolutivo a los jesuitas de Rusia. Mientras esos Breves iban a sus destinos, se acercaba ya a Roma un enviado de la Czarina; y los embajadores vuelven a estrechar a Pío VI, temerosos de que le conceda lo que sospechan viene a pretender: el reconocimiento del *statu quo* de los jesuitas. Lo pretendió, en efecto, y lo obtuvo, con lo demás que pretendía; pero tan secretamente y de solo a solo con el Papa que, a lo que parece, ni el Secretario de Estado ni nadie lo supo, y así pudo éste dar mil seguridades a los ministros, sin mentira ni aun restricción mental alguna.

Muy poco después hubo de pasar a San Petersburgo el Nuncio de Polonia con una misión especial; y llevando juntamente, aunque secreto, el encargo de negociar la intimación del Breve clementino, los embajadores de las cortes borbónicas en Rusia recibieron órdenes de coadyuvar cuanto pudiesen a esta empresa. Sino que todo fué inútil; porque todo se estrelló contra la resolución inmutable de la autócrata Emperatriz. Como nuestro único objeto aquí es hacer ver la tenaz oposición de nuestra corte a todo conato de rehabilitación de la Compañía en cualquiera región del mundo; omitimos la parte, en sí misma principal, de esta larga y complicada negociación, que es la de Roma con el Obispo y con la Emperatriz y sus ministros, ya directamente, ya por medio del Nuncio de Polonia, y nos limitamos en ese punto a lo esencial para la plena, aunque sumaria, inteligencia del asunto.

El Nuncio, como ya queda indicado, apretó de veras al Obispo, siguiendo las instrucciones que recibía de Roma; el Obispo contestaba excusándose con la terminante orden de la Soberana a quien en todo aquello obedecía; y la Soberana, por su parte, lo hizo también entender así, y amenazó poco disimuladamente con que, si en Roma no se plegaban en todo a su voluntad, acabaría con el catolicismo en sus estados. Con esta disposición de ánimo,

(1) Simancas, *ibid.*, 30 de Enero de 1783. Copia. Arch. Vatic., *Spagna*, N. 117 (459); *Spoglio del carteggio confidenziale di Monsig. Nunzio*. Minuta.

lejos de consentir la intimación del Breve de Clemente XIV a los jesuitas, ni la retractación del Obispo en lo tocante al noviciado; pidió al Papa la erección de un Arzobispado católico en Rusia Blanca, y para Arzobispo, precisamente al Obispo de Mohylow, y por coadjutor suyo al canónigo Benislawski, antiguo jesuita de aquellos a quienes se había en Polonia intimado el Breve, y que fué el enviado a Roma para negociar esta pretensión. Además, en ese mismo tiempo, mandó al Obispo que autorizara la celebración de congregación general de aquellos jesuitas para el nombramiento de un Vicario, ya que no Preósito general; pues desde que en las demás partes quedó extinguida la Compañía, allí no habían tenido sino Viceprovincial. El Papa tuvo que acceder a cuanto quiso Catalina: concedió el Arzobispado; concedió el Arzobispo y el Obispo pedidos; y para llevar el *Pallium* y erigir canónicamente la nueva Iglesia metropolitana, fué enviado a San Petersburgo el Nuncio Archetti, con el secreto encargo además, indicado antes, de ver si podía lograr que la Emperatriz permitiese la intimación del Breve de extinción a los jesuitas, aunque en lo demás siguiesen como antes juntos en los colegios, dedicados a la enseñanza, para cuyo sostenimiento decía ella que los conservaba. Archetti estaba deseosísimo de salir con esto. Quiso varias veces mover plática sobre ello con el Vicecanciller del Imperio; y la respuesta fué que ni siquiera podía entrar en materia acerca de este punto. Pudo hablar al Príncipe Potemkin, y según escribía al Secretario de Estado, le pintó a aquellos jesuitas, no más de porque seguían como tales, con bien negros colores, y representó como facilísimo y fuera de duda que podrían, intimado el Breve, prestar los mismos servicios que ahora prestaban, sin el escándalo de su desobediencia a la Sede Apostólica. El Príncipe le interrumpió diciendo que, pues todos los demás asuntos que había llevado, le habían salido bien, no los echase a perder todos tratando de éste, con el cual daría a la Emperatriz gravísimo disgusto» (1). Y no se habló más de ello.

Finalmente digamos en qué se fundaban las recriminaciones dirigidas al Obispo por la autorización que dió para erigir el noviciado. Todo partía del supuesto de que aun sin la intimación del Breve abolitivo, aquellos jesuitas habían dejado de serlo y eran

(1) Archetti a Pallavicini, San Petersburgo 15/26 de Marzo de 1784. Véase en Theiner, *Clementis XIV Espistolae et Brevia*, p. 383.

simplemente clérigos seculares, no regulares. En ese supuesto era verdad que el Obispo no tenía facultad para lo que hizo; porque las que le dió la Propaganda eran sólo para reformar a los regulares ya existentes, no para formar nuevas religiones o congregaciones. Pero el supuesto era falso, y él lo sabía, no sólo por no haber sido intimado el Breve, sino porque Clemente XIV había aprobado la permanencia de los jesuitas en el estado anterior al mismo Breve, y por tanto en el de verdaderos regulares. La secreta aprobación que el primer año de su pontificado había dado Pío VI, no sabemos si la conocía (1).

5. La corte de España, no solamente perseguía los restos de la Compañía subsistentes en Rusia, sino que estorbaba donde podía, aun la reunión de sus antiguos miembros, ya secularizados, mayormente si era ordenada a ejercer algún influjo en la sociedad.

En 1787 quiso el Duque de Parma emplear en la enseñanza a los ex-jesuitas como simples sacerdotes seculares, y escribió él mismo a su tío, Carlos III, pidiéndole la aprobación de su proyecto, fundado en la necesidad en que se hallaba de economizar las pensiones que daba a los desterrados para su sustento. La contestación fué que ni con mucho compensaría aquel ahorro los disgustos y embarazos en que le pondrían con sus enredos. Y a la réplica del Duque deshaciendo la dificultad con el ejemplo de los estados vecinos, donde había muchos puestos en cargos públicos sin causar inquietud alguna, y con el cuidado que él tendría de no elegir sino a los más prudentes, respondió secamente que ya le había dicho su parecer, en el cual persistía aún y persistiría siempre (2). Carlos III probablemente no escribió más

(1) No entrando en nuestro plan la exposición detenida de todo este negocio, mucho menos entra el dar razón de ese dualismo que en él se descubre, innegable en buena crítica histórica, y no contradictorios sus elementos en derecho canónico, por no pertenecer a su esfera el uno de ellos. Esto baste a nuestro intento. Pueden verse los artículos citados del P. Villada en *Razón y Fe*, tomos 38 y 39. Mr. Gendry dedica a las cosas de Rusia los capítulos XII a XIX y el XXXVII de su obra, y expone generalmente bien la negociación oficial diplomática; pero cierra los ojos para no ver nada de lo que favorece a la Compañía, propasándose a decir que mintió Benislavski al asegurar, como asegurado por escrito firmado y sellado con su sello, siendo ya Obispo titular de Gadara, Coadjutor de Mohylow, que a petición suya, hecha de parte de la Emperatriz, Pío VI había aprobado la conservación de la Compañía en Rusia.

(2) Simancas, *Estado*, leg. 5.253. A. H. N., *Estado*, leg. 2.850.

sobre jesuitas. Al terminar el año siguiente de 1788 murió, sin haber, en efecto, cambiado de parecer, es decir, sin haber reconocido su yerro (cuán culpable, lo sabe Dios) en mirar como criminal y empeñarse con tesón, digno de mejor causa, en raer de la haz de la tierra a la Compañía de Jesús.

Su hijo y sucesor, Carlos IV, además de tener las ideas de su padre, aunque no tan hondamente arraigadas, conservó a los principios en el Ministerio al Conde de Floridablanca; y cuando éste cayó en 1792, llamó a ocupar interinamente su puesto al de Aranda: ambos agentes tan principales, el uno de la expulsión de España, y el otro de la extinción total de la Compañía. ¿Cómo no habían de combatir la idea de su restablecimiento dondequiera que se suscitara?

Suscitóse en Polonia. Lo que antes hemos llamado Rusia, hablando de la región en que se hallaban los jesuitas protegidos por la Emperatriz Catalina, no era Rusia, propiamente hablando; era la parte de Polonia, que en la primera desmembración de este reino, hecha en 1772 por las potencias limítrofes, Austria, Prusia y Rusia, se había adjudicado a esta última. En lo que continuó formando la monarquía polaca, el Breve de extinción se ejecutó, aunque con alguna resistencia o principios de ella. Pero antes de veinte años, en 1791 y 92, las dietas o juntas particulares de las provincias, a lo menos algunas, encomendaron a sus diputados pedir en la general del reino el restablecimiento de la Compañía (1); y no solamente lo pidieron allí, sino que se proponían pedirlo al Papa con embajada extraordinaria. Apenas enterado de tales pasos nuestro ministro en aquella corte, procuró por sí estorbarlos, y desde aquí Floridablanca le encargó que continuara sus diligencias mientras en Roma se procuraba lo mismo con Pío VI (2), muy a disgusto suyo, como lo daba a entender en sus despachos el embajador Azara (3). Otra cosa contribuyó tal vez más a desvanecer este proyecto, y fué levantarse entonces en Polonia las discordias que ocasionaron su última ruina con la repartición definitiva del reino entre los poderosos que la rodeaban.

6. Con la muerte de Carlos III y la caída de los dos minis-

(1) Zalenski, t. I, l. I, c. IX, n. 4, pp. 133-134.

(2) Gendry, t. II, c. XXXVII, p. 393.

(3) A. H. N., *Estado*, leg. 3.914. Confidencial a Floridablanca, Roma, 27 de Julio de 1791.

tros, Floridablanca y Aranda, en 1792, reinando ya Carlos IV, se creyó libre el Duque de Parma para realizar, sin contar con nadie, lo que no se atrevió antes sin el consentimiento de la corte de España; y así luego puso los principales colegios de sus estados en manos de antiguos jesuitas, algunos de ellos españoles.

No satisfecho con esto, quiso pasar de ahí al restablecimiento mismo de la Compañía; pero apenas se entendió en Madrid la venida de tres Padres de Rusia, llamados para eso; inmediatamente preguntó Godoy al Conde Ventura, Ministro de Estado en Parma, qué significaba aquello. No quiso el Infante que le diera respuesta. Escribió él mismo a su primo y cuñado, Carlos IV, para proceder con mayor secreto, y le decía que, viendo el mucho bien reportado de la nueva dirección de los colegios, y queriendo atender a la defensa de la religión, ya tan maltratada, y a la reparacion de los estragos hechos en las costumbres por las perniciosas doctrinas de la falsa filosofía, había pensado en establecer de nuevo a los jesuitas en sus estados, aunque «en el modo menos aparente que fuera posible» por entonces, y que para eso había hecho venir a los de Rusia, cierto como estaba, sin quedárle la menor sombra de duda, de que Dios quería que fuese restablecida la Compañía de Jesús, y resuelto, como era su deber, a procurar por todos los medios posibles que se cumpliese la divina voluntad. Más aún, añadía: «Con todo el corazón, con todas mis fuerzas y con todo el cariño y ternura te ruego, no sólo que secundes este deber mío, sino que hagas lo mismo en tus propios reinos, asegurándote de la grande necesidad en que estás de hacerlo. Asimismo te aseguro, hermano mío, que los enemigos de los jesuitas son los enemigos de la religión y de los soberanos. Tú mismo, y todos ahora, ya deberían y deben conocer la verdad de esto» (1). Carlos IV contestó a esta carta mostrando gran extrañeza de que en materia tan delicada hubiera dado ya tantos pasos sin noticia suya, y aun añadiendo que esperaba no daría otro ninguno que fuese contrario a las disposiciones de su augusto padre, Carlos III. El, por su parte, no se atrevía a alterarlas, mayormente habiéndole sido aconsejadas por varones muy santos y confirmadas solemnemente por el Sumo Pontífice (2). Repleió el Duque no haber sido su ánimo poner por obra

(1) A. H. N., 3.518; Colorno, 23 de Mayo de 1794. Autógrafa.

(2) Ibid., Aranjuez, 17 de Junio de 1794. Copia.

el intento, por más cierto que estuviera, y lo repetía, del querer divino, sin guardar las consideraciones debidas a él, a su augusto padre y a la Santa Sede, obteniendo de él consentimiento y de ella la autorización necesaria para proceder legítimamente; pero que si se creía obligado a hacer cuanto en su mano estaba para el cumplimiento de la divina voluntad y el mayor bien de sus vasallos. Ni sólo de los suyos, sino también de los ajenos, y particularmente de los de su primo y cuñado. Es necesario trasladar aquí sus mismas palabras, aunque incorrectas, para dar idea del vivo sentimiento, del fervor religioso con que le habla e intenta moverle a restablecer también él la Compañía. «Querido hermano, le dice, si tu augusto padre y amado tío mío pudiera lograr sólo un rato de vida, estoy más que seguro que él mismo te ordenaría el restablecimiento de una Compañía oprimida por los enemigos de la religión, de la Iglesia y de los soberanos. Sí, tu augusto padre y tío mío fué engañado por la traición y maligna malicia de los incrédulos, la cual llegó hasta a seducir precisamente varios hombres de bien y virtuosos, mientras no había otro camino que tener, para engañar a un corazón tan pío y tan religioso como el de mi augusto tío. Y por esto, querido hermano, bien lejos de perder el respeto a tu augusto padre, tú vindicarías el grave afronto hecho a él y a la Iglesia y a tu corona misma, si secundaras la voluntad de Dios en el restablecer aquella pobre Compañía tan perseguida aun por tantos hombres buenos, pero seducidos. Siempre constantemente cierto de la voluntad de Dios, que quiere restablecida la Compañía de Jesús, no como profeta te hablo, mas como un verdadero hermano tuyo, que te ama con todo el corazón. Te pido y ruego por cuanto hay de más santo en el cielo y por cuanto tienes de más caro en la tierra, que te persuadas constantemente que Dios quiere la Compañía de nuevo restablecida. ¡Ah, sí, hermano mío, pon tu mano a la justicia, venga la traición hecha a tu augusto padre, venga tu trono, venga tus súbditos tradidos (traicionados), y hazlo sólo con el volver a llamar y restablecer los injustamente oprimidos! Si lo haces, Dios te bendecirá en cualquiera circunstancias...» Acaba aconsejándole que escriba sobre eso al Sumo Pontífice; pero que su correspondencia sea absolutamente secreta: por medio de su Vicario le dará el Señor a conocer su voluntad (1). Más

(1) Ibid.; Colorno, 25 de Julio de 1794. Autógrafa.

secamente que antes contestó ahora Carlos IV, encerrándose en la justicia con que su padre procedió en la expulsión, y añadiendo no sabemos con qué espíritu: «Pero pues tú te persuades que cesarían los males de la patria con establecer de nuevo la Compañía, puedes en tus devociones ofrecerlo a Dios, y si su voluntad fuera ésta, nos la hará conocer cesando aquéllos. Entonces sí que creeré no aumento enemigos en mi reino; pero de lo contrario, no creas me fíe de ellos» (1). Ni con tal respuesta se dió el Duque por vencido. Insistió en que Dios castigaba a los reyes y pueblos por haberse dejado seducir de falsas doctrinas, que si trajeron la ruina de la Compañía, fué para preparar la de la religión y de los tronos. Por tanto, al hijo toca deshacer lo que engañado hizo el padre; y así consienta en que él, a nombre de los dos, escriba a Su Santidad proponiéndoselo (2). Parece imposible que esperara obtener ese consentimiento. Si la sinceridad y verdad que respiran las cartas del Duque no excluyeran absolutamente toda idea de segunda intención en lo que escribe, cabía la sospecha de que pide lo mucho para conseguir lo poco; pedía el restablecimiento en España, para que a lo menos se lo dejaran hacer en Parma. De hecho la contestación de Carlos IV niega otra vez redondamente lo primero, pero concede tácitamente lo segundo; porque a la propuesta de escribir al Papa en nombre de los dos, «ni deseo, por ahora, dice, semejante innovación, ni admito tus oficios para con Su Santidad» y debo «hacerte desistir de ese paso por lo respectivo a mi parte» (3). Esto era consentir que él por la suya lo diera, si quería. Y lo dió en efecto; pero Pío VI, vista la mala disposición de la corte de España, no tuvo por bien otorgarle el pleno y público restablecimiento, aunque si dejó estar a los que de Rusia habían venido, y poco después autorizó la agregación secreta de otros a la Compañía conservada y subsistente en aquel Imperio. A Carlos IV escribió el Duque por última vez sobre esta materia, manifestándole su sentimiento por no haber logrado de él lo que tanto importaba, y su satisfacción por haber hecho a ese fin lo que podía y debía, terminando con estas semiproféticas palabras: «No deja también de

(1) Ibid ; minuta de mano de Godoy, sin fecha, pero por la siguiente del Duque parece del 11 de Noviembre.

(2) Ibid.; 1 de Diciembre de 1794. Autógrafa.

(3) Ibid.; Madrid, 30 de Diciembre de 1794. Minuta de mano de Godoy.

confortarme el pensar que tú mismo un día no te debas apercebir y claro conocer, si me he interesado en este gran negocio, inducido o no por medios vulgares, quiero decir, por consejo de unos partidarios de la Compañía (esto le había echado en cara en su última carta); pero no quisiera, como se lo ruego al Señor de corazón, que esto sucediera mediante algún golpe de la mano de Dios (1). El golpe de la mano de Dios vino en 1808, y trajo, efectivamente, al desgraciado Monarca el desengaño que no habían podido las persuasiones del Duque. Hallándose Carlos IV en Roma el año 1814, pasaron de Sicilia a la Ciudad Eterna, con diferencia de pocos días, dos jesuitas, los PP. Cayetano Angiolini y Manuel de Zúñiga, y entrambos trajeron para la Real familia cartas de la de Nápoles, residente a la sazón en aquella isla. Admitidos uno y otro a entregarlas en mano propia el 28 de Junio y el 6 de Julio, a los dos hizo la misma confesión, de que había sido contrario a la Compañía por las muchas cosas que contra ella le habían hecho creer, pero que por sí mismo había venido a conocer que le habían engañado. Más aún; al despedirse del P. Angiolini, delante de varias personas, le dijo cogiéndole la sotana: *Padre (procurador) General, si ésta se hubiera conservado en Madrid, no estuviera yo en Roma*. Y es lo mismo que decir, añade el P. Luengo, que se hallaba también en Roma y lo cuenta en su *Diario*, que si se hubieran conservado los jesuitas en España, no hubiera sido él destronado (2). Así vino a reconocer veinte años más tarde lo que tan en balde había trabajado por persuadirle su cuñado en 1794.

La firme convicción con que el Duque habla a su cuñado, lo hondamente sentidas que aparecen sus cartas, es prueba manifiesta de que no le venía de fuera, sino que le salía de muy adentro, el empeño de moverle a restablecer la Compañía en sus estados. Verdad es, sin embargo, que el Papa le animaba en su empresa. No atreviéndose a darle la aprobación que solicitaba para el restablecimiento en Parma sin que viniera en ello la corte de España; hízole escribir que, para conseguirlo, ninguno como él y su hijo, que entonces venía a Madrid a casarse con su prima, la Infanta María Luisa. El Duque pasó más adelante, como

(1) Ibid.; Colorno, 30 de Enero de 1795. Autógrafa.

(2) *Diario*, t. 48, P. 1.^a p. 556, al día 28 de Junio; y P. 2.^a, p. 8, al 7 de Julio.

hemos visto, y pidió a Carlos IV que aun en sus propios estados restableciera la Compañía. Cuando lo supo el Papa, se lo alabó grandemente, diciéndole que había tomado el camino seguro, y que de la Reina, su hermana, cuyo ascendiente con el Rey era conocido, allegándose los ruegos encarecidos de la Infanta, la prometida de su hijo, se había de esperar el feliz suceso, mayormente derribados ya del poder los dos hombres más opuestos al restablecimiento, Aranda y Floridablanca; que si en España se lograba, tenía esperanzas de ver en todas partes seguido el ejemplo, y Su Santidad sería de los primeros en imitarlo (1).

Con las respuestas que hemos visto de Carlos IV a su primo, ni en sus estados ni en los de Parma tuvo ánimo Pío VI para restablecer en toda regla la Compañía. ¿Fué excesivo su temor en este punto, una vez que el Rey, a la petición hecha por el Duque de que le permitiera escribir al Papa pidiéndolo en nombre de los dos, había contestado solamente: *en el mío, no?* Comoquiera que sea, vese claramente lo cerrada que estaba la puerta a la Compañía en España, y que la oposición de nuestra corte era la única que podía estorbar y estorbaba su restablecimiento en otras partes. La de Francia, que había servido de instrumento al odio de las sectas para perseguirla, recogía en el cadalso y en el destierro los frutos en mucha parte producidos por su supresión; y la revolución, triunfante por un lado en lo interior, y por otro en guerras casi continuas con todo el resto de Europa, poca atención había de prestar a un asunto de esta naturaleza. En Nápoles había desaparecido Tanucci; en Portugal, Carvalho y el débil monarca, José I, en cuyo nombre despóticamente había gobernado; y ambas cortes, aunque muy inficionadas del espíritu de aquellos ministros, no eran lo violentas que antes, ni acaso hubiera detenido al Papa su oposición, en caso de hacerla, por ser de menor importancia. En cambio la de España era irresistible; y aquí habían muerto Carlos III, su confesor, y antes que ellos, el ministro Roda y el Duque de Alba; estaban arrinconados Aranda y Floridablanca; Campomanes, que de Fiscal había pasado a Gobernador del Consejo, también estaba ya retirado; sólo quedaba en alto, de los grandes enemigos nuestros, au-

(1) Cartas de 9 y 15 de Agosto de 1794 en la *Ponencia* sobre las virtudes del V. P. Pignatelli, P. I, nn. VII y VIII, pp. 12 y 13, sacadas de los autógrafos.

tores de la expulsión y extinción, Azara, embajador en Roma; pero Carlos IV y sus diversos ministros, ya por participar de las ideas de sus predecesores, ya por seguir la política del anterior reinado, no dejaron de oponerse a cualquier conato de restablecimiento de la Compañía, o de protestar, a lo menos, contra él, manifestando oficialmente su desagrado.

A pesar de eso, Pío VI parece que no perdía la esperanza de conseguirlo aun en España, y si tanto no, á lo menos la aquiescencia de nuestra corte para que se hiciera en otras partes. No eran pasados tres años desde la última carta de Carlos IV al Duque, poco ha mencionada, cuando hizo con el Rey otra tentativa enderezada a este fin. Medianero o negociador había de ser ahora el confesor de la Reina. Conocida es la famosa embajada que Godoy envió a Roma para consolar al Papa, decía, en la triste situación en que le tenía la invasión de Italia por los franceses; pero en realidad con el fin de alejar de España a los tres que la formaron (1). Eran estos el Cardenal Lorenzana, Arzobispo de Toledo e Inquisidor General; el Arzobispo de Sevilla, D. Antonio Despuig y Dameto, y el Arzobispo titular de Seleucia, Abad de la Colegiata de San Ildefonso y confesor de María Luisa, D. Rafael de Muzquiz, luego Obispo de Avila y más tarde Arzobispo de Santiago. Los dos primeros se quedaron en Roma, o por gusto o por fuerza; pero el último volvió a España en el otoño del mismo año de 1797 en que había ido. Los ex-jesuitas españoles, residentes en la Ciudad Eterna, notaron en él, según escribían a Bolonia, donde el P. Luengo lo consignó en su *Diario* (2) una gran mudanza y muy favorable en la manera de pensar sobre la Compañía, aunque no parece que descubrieron la causa probabilísima de ella. El Sumo Pontífice, que ya hemos visto cómo deseaba el restablecimiento de la Compañía y había animado al Duque de Parma a procurar para ello el consentimiento de Carlos IV por medio de la Reina; teniendo ahora en Roma al confesor de ésta, le recomendó vivamente ese mismo asunto, haciéndole ver su altísima importancia, y el Prelado prometió a Su Santidad promoverlo con la mayor instancia. Así se lo escribió el Papa al Infante Duque, para que él también, al pasar por su corte el

(1) Muriel, *Hist. de Carlos IV*, t. III, l. III, pp. 190 y siguientes. Llorente, *Histoire Critique de l'Inquisition*, t. IV, c. XLIII, art. III, § VIII, p. 121.

(2) T. 31, p. 213; al día 7 de Octubre de 1797.

Arzobispo de vuelta a la de España, hiciese con él y por medio de él con su hermana los mismos oficios (1). «Los males incalculables, decía, que la abolición de la Compañía ha acarreado, demasiado conocidos y experimentados están para que sea menester señalarlos. Notaremos solamente la falta de educación y el recrudecimiento del jansenismo, como origen de las calamidades que padecemos y afligen a Europa. Y si, a pesar de todo, España no quiere jesuitas, díganos al menos que por su parte podemos restablecerlos donde los desean. Esto basta; que tarde o temprano todos tendremos que buscarlos, aun la misma España». No necesitaba el Duque impulso venido de tan alto para cosa que tenía tan en el corazón; y así es sin duda que habló al confesor de su augusta hermana y tal vez la escribió a ella y a su propio hijo, casado ya con la Infanta Maria Luisa, como se lo insinuaba Su Santidad. Al Rey parece por carta que luego citaremos, de 14 de Septiembre de 1800, que no le escribió ahora. Comoquiera que sea, el confesor vuelto a la corte en aquel Noviembre, creyó no haber en ella disposición conveniente, y por tanto no dió paso alguno para conseguir de su regia penitente lo que el Papa y el Duque tanto deseaban (2). Sabemos, sí, que en ese punto la corte no se ablandó, como en Febrero de 1799 lo escribía Monseñor Marotti, secretario particular de Pío VI al Nuncio en San Petersburgo (3).

7. No fueron tan inflexibles Carlos IV y sus ministros en sostener el destierro de los individuos, antiguos jesuitas, como el de la orden misma.

En la pragmática de extrañamiento, mientras que «con ningún pretexto ni colorido» se permitía volver a España y sus dominios a jesuita alguno; a los que con licencia formal del Papa

(1) La carta en la *Ponencia* sobre el P. Pignatelli, Parte I, n. XII, p. 17, sacada del autógrafo. Véase aquí en el apéndice n. 2.

(2) Dicelo él mismo en representación dirigida a Fernando VII el 15 de Noviembre de 1814, pidiendo el restablecimiento de la Compañía en España. Original en nuestro poder.

(3) *Ponencia* citada, P. I, n. XIV, pp. 20-21. El P. Nonell dice (t. II, l. III, c. X, p. 223, tomándolo de Luengo (*Diario*, t. 31, P. 2.^a, pp. 217-218; al día 7 de Octubre de 1797), que el Papa envió carta a la Reina por medio del confesor, y aun pone el que cree texto de ella. El texto ciertamente es apócrifo; la sustancia, la de la carta escrita al Duque; y esta fué sin duda la que vieron algunos jesuitas, cambiándole la dirección, al pasar de boca en boca la noticia.

dejaran de serlo, se ofrecía concederles permiso «tomadas las noticias convenientes», y jurando ellos no tratar con sus antiguos hermanos, ni dar un paso en favor de la Compañía (1). ¿Fue esto algo más que un incentivo para promover la deserción? Se puede dudar. Ello es que no pocos cayeron en la tentación de dejar la religión por recobrar la patria; pero se les hizo entender que se habían fiado en vano en la palabra del Rey tan solemne mente empeñada. A ninguno se permitió volver, y se declaró oficialmente que a ninguno se le permitiría.

Publicado el Breve de extinción, creyó el Papa, no sabemos con qué fundamento, que estaba levantado el destierro a los españoles, y encargó a sus legados, gobernadores de las provincias en que se hallaban, que dispusieran su vuelta a la patria. No todos los desterrados recibieron la noticia con alborozo. El P. Luengo discurría si, al entrar en España, se los obligaría a prestar juramentos indecorosos, que supusieran en ellos poca fidelidad al Rey o llevaran consigo alguna manera de detestación de la Compañía; y con tal temor prefería quedarse en Italia, si le era permitido y tenía compañeros (2). Pero nuestro embajador en Roma, el que a Clemente XIV había arrancado el Breve abolitivo, apenas tuvo noticia de lo que pasaba, deshizo el engaño. Precisamente aquellos mismos días, sin saber todavía lo ocurrido en Italia, se daban nuevas órdenes en España para impedir la entrada a todo ex-jesuita, creyendo el Rey, su confesor y el ministro Roda, que algunos habían llegado hasta Madrid y que aun hacían sus visitas al Real Sitio de San Ildefonso donde estaba la corte (3). Es increíble la prevención y animosidad de aquel infeliz Monarca contra los desterrados, sostenida y avivada principalmente por esos dos sujetos.

A los dos años de la extinción, escribió el Cardenal Pallavicini, Secretario de Estado del Papa, al Nuncio en Madrid y por su medio también al P. Confesor, rogándole interpusiera su valimiento con el Rey, para que se confiriera algún beneficio simple

(1) Artículos 9, 10 y 11. Pueden verse en la *Colección de Providencias*, P. 1.^a, n. XIII, p. 28 y siguientes.

(2) Nonell, t. II, l. III c. I, pp. 12 y 13. Luengo, *Diario*, t. 7, P. 2.^a, p. 229; al día 18 de Septiembre de 1773. Azara, *Cartas*, t. II, p. 444.

(3) A. H. N., *Estado*, leg. 6.438. Confidencial de Roda a D. Manuel Ventura Figueroa, Gobernador del Consejo; San Ildefonso 13 de Septiembre de 1773. Autógrafa.

al P. Manuel Parada, que había sido jesuita en la Provincia del Nuevo Reino de Granada en América, y entonces se hallaba al servicio de Su Santidad en Roma. El Nuncio contesta por su parte que ni el Rey ni su confesor pueden oír siquiera el nombre de ex-jesuita, y que a quien lo sea, se le mira sin otro delito como caído en desgracia de S. M. e incapacitado para cualquier favor suyo, como se había probado en los PP. Pignatelli. Todavía más. Al entregar la carta al confesor y hablar con él de la gracia pedida, le ha contestado que el Rey en ese punto no admite ni la propuesta; y que ni capellanías de sangre, correspondientes por derecho a ex-jesuitas, como simples clérigos seglares, ha consentido que se les confirieran, a pesar del parecer contrario del Consejo de Castilla y del suyo: otro fué quien así le aconsejó. Este otro, por lo que allí apunta y en otros despachos claramente dice el Nuncio, era D. Manuel de Roda (1). El Nuncio no encontraba explicación de tan rabioso encono contra los jesuitas sino en el remordimiento de la conciencia por el crimen de su extrañamiento y abolición, que no los dejaba sosegar. Lo ocurrido con los Padres Pignatelli, acabado de indicar, y referido por el Nuncio, era que, ni el valimiento del Conde de Fuentes, su hermano, embajador en París hasta 1773, y a la sazón Presidente del Consejo de Ordenes, había bastado para conseguir se les diera algún beneficio eclesiástico, cuyas rentas suplieran la mezquindad de la pensión asignada a todos por el Rey al condenarlos al destierro. Fué menester acudir al recurso de dar el beneficio a su hermano, el canónigo de Zaragoza D. Ramón, célebre director de las obras del canal de Aragón, para que él con los frutos pudiese socorrer a los dos Padres, José y Nicolás (2). En este punto, todavía en 1797 no se había hecho una sola excepción. Así lo aseguraba el Cardenal Lorenzana al Secretario de Estado del Papa, negándose por esta razón a recomendar la pretensión, que de nuevo quería entablar en favor de Monseñor Parada (3).

En cambio para esa fecha se había entreabierto ya la puerta de la patria, y poco después se abrió de par en par a todos los

(1) Arch. Vatic., *Spagna*, N. 324 (458); Valenti a Pallavicini, 15 de Agosto de 1775; 9 de Enero y 6-13 de Febrero de 1776.

(2) Valenti, carta citada. Luengo, *Diario*, t. 8, p. 583; al día 25 de Noviembre de 1774.

(3) Arch. Vatic., *ibid.*; n. 303; carta de 24 de Mayo de 1797.

desterrados. Hubo algunos de estos que se aventuraron en diversos tiempos a volver secretamente sin autorización ninguna; mas hubieron de arrepentirse, porque todos, sin excepción que sepamos, fueron descubiertos y castigados. Otros con diversas razones y esperanzas, acaso fundadas en la mediación de personas elevadas, acudieron al Rey demandando el competente permiso. Pero fué en vano. Lejos de conceder la licencia ni a uno solo, dieron ocasión esos memoriales a una comunicación dirigida a todos, advirtiéndoles que a ninguno le sería otorgada jamás petición semejante. Así lo escribía en 19 de Abril de 1771 el Conde de Aranda al Comisario Real en Bolonia, D. Fernando Coronel (1); y así también muchos años después el Ministro de Indias, D. Antonio Porlier, al embajador Azara en 28 de Septiembre de 1789. «En varias representaciones, dice, que han dirigido a este Ministerio de Gracia y Justicia de Indias los ex-jesuitas D. Juan Tomás de Silva, etc., han solicitado bajo distintos pretextos que se les conceda volver a las Indias, de donde salieron al tiempo de la expulsión de los de su orden. Su Majestad ha denegado todas estas instancias. Y a fin de que cesen para lo sucesivo semejantes recursos, me ha mandado prevenir a V. S., como la hago, haga entender a los ex-jesuitas americanos, que no concederá jamás ningún permiso de esta clase, ni alterará la prohibición absoluta que tienen para volver a los dominios del Rey.» La letra de esta Real orden, como se ve, no hablaba más que con los americanos; pero en su espíritu estaban comprendidos también los españoles, y el Comisario de Bolonia, por su cuenta, al comunicarla a sus subalternos, lo declaró expresamente. «Aunque no se habla más que con los americanos, comuníquese la carta a todos, porque es general la providencia» (2). Sin embargo, esta providencia tuvo poco después, primero, sí, aplicación; mas luego también excepción en una misma persona, en el P. José Pignatelli, arriba mencionado.

Doña María Manuela, hija del Conde de Fuentes, perdió a su marido el Duque de Villahermosa, en Septiembre del año de 1790; y queriendo tener para el gobierno de su opulenta casa y

(1) Carta de éste al embajador en Roma, D. Tomás Azpuru, de 11 de Mayo. Original en el Archivo de la Embajada.

(2) Archivo de la Embajada. *Registro* de la correspondencia, n. 122. Azara a Gnecco, 28 de Octubre de 1789. Luengo en sus *Papeles Varios*, t. XVII, pp. 91-92, trae las cartas de Gnecco a los ex-jesuitas.

para la educación de sus hijos un hombre en quien poder depositar toda su confianza, puso los ojos en su tío, el P. José, cuya virtud, talentos y demás prendas, juntamente con el estrecho parentesco, nada dejaban que desear. «No es posible narrar la constancia y tenacidad que desplegó la Duquesa, dice su biógrafo, para obtener el permiso de que regresara a España el ex-jesuita; acudió al Rey; interpuso en su favor a la Reina; vió personalmente a todos los ministros; unió a su causa a muchos grandes de España, que secundaron su acción con este objeto; pero todo se estrelló ante la resistencia del Conde de Floridablanca, que consideraba este hecho como un agravio a las cenizas de Carlos III y como un precedente funesto, que daría al traste con la pragmática famosa y con el Breve de extinción, que tanto le había costado obtener (1). Poco después de la definitiva repulsa dada a la Duquesa, era destituido el Ministro: Febrero de 1792.

A los tres años escasos, apenas elevado a aquel mismo cargo, concedía sin tantos mediadores, a instancias solamente del Conde de Fernán-Núñez, esa misma gracia el célebre Godoy (2). No vino a España el P. Pignatelli por gravísimas causas que su sobrina fué, seguramente, la primera en aprobar; pero el permiso estaba dado. Godoy no era Floridablanca; no había tenido parte alguna en la persecución de la Compañía; y aunque no fué, ciertamente, modelo de gobernantes cristianos, tampoco tuvo nunca o disimuló más el espíritu jansenista, enciclopedista y enemigo de Roma que otros Ministros antes y después de él.

Bien es verdad que un hombre que había tomado tanta parte en aquella persecución como el Conde de Aranda, no era partidario del destierro; y parece que en su corto ministerio interino, después de la caída de Floridablanca, trató de levantárselo a todos, permitiéndoles la vuelta a sus casas. El Conde de Fernán-Núñez, su sucesor en la embajada de Francia el año de 1787, dice haber sabido de su misma boca, que él, siendo Presidente del Consejo de Castilla no había aprobado el extrañamiento a los Estados del Papa, y que había propuesto otro medio para que el dinero de su subsistencia no saliera de España (3). Con-

(1) Orti y Brull, *Doña Marta Manuela*, t. II, c. I, p. 6.

(2) *Ibid.*, c. IX, § II, p. 134.

(3) *Vida de Carlos III*, t. I, P. II, c. II, p. 210.

firma esta su manera de sentir lo que a 10 de Mayo de 1785 escribía desde París al Conde de Floriblanca, y trae D. Modesto Lafuente, con alguna omisión y tal cual inexactitud en el texto. «Aseguro a V. E., le decía, que ya extinto el Instituto loyolista, yo tendría por mejor el dejar volver los expulsos; que se retirasen a sus familias los que quisiesen; que se quedasen en Italia los que, no teniéndolas, prefiriesen concluir sus días en aquel clima, ya habituados a él; y que cuantos hubiese de talento, instrucción y mérito, los emplease el Rey en la enseñanza y en escribir sobre buenas letras y ciencias. Mas que los hiciese canónigos y deanes, siendo dignos... que yo aseguro a V. E. que no pensarían más en lo que fueron» (1). Siendo estas las ideas del Conde, opuestas al extrañamiento, cuando se hizo, y favorables después a la repatriación, es natural que hallándose al frente del Ministerio en 1792 pensara en realizarlas. Y parece indudable que trató de ello, aunque no hemos podido averiguar hasta qué punto llevó su propósito y por qué no hasta el cabo. De Madrid y de provincias escribieron a Italia, no una, sino innumerables personas, que era cosa resuelta, como dice el P. Luengo en su *Diario*, añadiendo la juiciosa reflexión de que, siendo algunas de ellas de la corte y aun de Palacio, ni podían ignorarlo, siendo cierto, ni asegurarlo, siendo falso (2). También se lo comunicó a su gobierno el embajador francés en Madrid el 4 de Junio, como parece por la cita que de su despacho hace Mr. Grandmaison en su obra titulada *Un Párroco de antaño* (3). Hasta tenemos un papel, cuyo origen ignoramos, pero que es de letra de la época, con el texto del decreto. Aquí va al pie de la página, aunque no

(1) *Hist. de España*, P. III, l. VIII, c. XXI, § V, al fin; t. XI, p. 119. El señor Lafuente, que conceptúa por *hombres de saber, de seso y de probidad* a los consejeros y ministros de Carlos III, y al Consejo Extraordinario por compuesto de *los más ilustres y graves magistrados*, tapa aquí con esos puntos suspensivos una frase, que sola ella da al traste con todo el seso, probidad y gravedad del Presidente de aquel Consejo, el señor Conde de Aranda. Porque el texto íntegro de su carta dice así: «Mas que los hiciese canónigos y deanes, siendo dignos; *que con una buena moza por ama*, yo aseguro a V. E. que no pensarían más en lo que fueron.» No es la única desvergüenza de esta índole con que hemos tropezado en la correspondencia del *probo* y *grave* magistrado.

(2) T. 26, pp. 391, 589, 592; a los días 3 de Julio y 2 de Octubre de 1792.

(3) Cap. X, pp. 233-234.

respondemos de su autenticidad (1). Fundábase el proyecto de Aranda, por lo que decia el embajador francés, en la importancia de que no saliera de España el caudal que formaban las pensiones asignadas a los desterrados, bien que para aquella fecha no debía de ser muy grande, por haber muerto ya gran número de ellos; y ese era el motivo de oponerse a su destierro en el Consejo extraordinario, como refiere el Conde de Fernán-Núñez. En el texto del decreto, que aquí publicamos, se trasluce también ese motivo; pues no se ve cuál otro podía haber para privar de la pensión a los que no quisieran volver. ¿Por qué, al fin, ni se los mandó, so pena de perder la pensión, ni aun se les permitió, con ella ni sin ella, tornar a la patria? Ya hemos dicho que no lo hemos podido averiguar, y ahora añadimos que ni conjeturarlo podemos con fundamento.

Lo que no se hizo entonces se hizo seis años después.

Dieron ocasión para ello los trastornos de Italia en los últimos años del siglo XVIII, promovidos por el espíritu revolucionario y por el ejército francés, victorioso en la asombrosa campaña dirigida por Napoleón en 1796 y 97. Aunque a causa de la alianza de España con la República francesa, Bonaparte, por mediación tanto de D. José Capelletti, Comisario español, encargado de los ex-jesuitas, como del embajador Azara, ofreció y procuró la protección oficial a todos los españoles residentes en los territorios ocupados por él, y particularmente en la nueva *República Cisalpina*, de que formaban parte las legaciones de Bolonia y Ferrara, arrebatadas al Papa, donde tantos había; todavía, ni aun allí podían estar seguros de vejaciones y atropellos de parte de los revolucionarios, ni en parte alguna podían verse libres de peligros y de una gran miseria, atendidos sus cortísimos recursos y la situación de las cosas traída por la guerra (2). En

(1) «Inheriendo a los deseos y esfuerzos de mi cara y amada esposa, he venido en conceder a los PP. expatriados de la Compañía de Jesús, se restituyan a mis dominios con el goce de la pensión que les tengo asignada; y los que no quisieren disfrutar de esta concesión y regresarse, les privo absolutamente de la pensión. Tendréislo entendido y lo comunicaréis a quien corresponda, con las órdenes que convengan para su observancia. Señalado de la Real mano en Aranjuez a 30 de Mayo de 1792. Al Conde de Aranda.» Otra, que también se llama copia del decreto, ciertamente no lo es, y parece el mismo anterior abreviado.

(2) Azara escribía a Godoy en 25 de Junio de 1797 cuánto eran molestados.

Agosto de 1796, el mismo Bonaparte, por delaciones malévolas, según parece, dió orden de que en el término de cuarenta y ocho horas saliesen de ambas legaciones todos los ex-jesuitas, porque *sostenian y esparcian máximas favorables al despotismo*. Estorbaron su ejecución representaciones del Senado; intervino luego Azara, y se contentó con amenazar a todos los eclesiásticos, que se mezclasen en negocios políticos y civiles (1). En tales circunstancias, algunos de los ex-jesuitas residentes en Génova, y echados de allí por el Gobierno revolucionario, como opuestos a sus máximas y tendencias, se aventuraron a volver a España, dando luego noticia a la corte de su venida (2). El Rey, teniendo en cuenta todo esto, y por muy propio de su benignidad, según se expresaba Godoy, proteger a aquellos vasallos suyos, que no encontraban país donde vivir seguros; resolvió que a los que vinieran a España, se los recibiera, y, como fuesen llegando, se los recluyera en conventos solitarios, con tal que no hubiera muchos juntos, y que allí se les siguiese pagando la pensión *hasta que muriesen* (3).

De esta disposición del Rey los desterrados tuvieron noticia, al principio no más que de la parte favorable, y aun esa exagerada; porque entendieron que expresamente se les permitía volver a la patria en plena libertad; y ni había tal libertad, ni el permiso era más que implícito en las providencias que con ellos se mandaban tomar. Así, fué su alegría tan grande como poco duradera (4). Porque cuando luego llegó el texto mismo de la Real orden, y vieron la triste realidad; se quedaron pasmados y confundidos con tan inesperada providencia; la tuvieron por más ignominiosa y dura que el destierro en que estaban con todos sus azares y pesadumbres; y por de contado, ninguno pensó ya en moverse de Italia. Ciertamente, como muy bien notaba el Padre Luengo, aquello era haber de «entrar en España con el traje y sambenito de reos de Estado y de lesa majestad, y en aire de hom-

(1) A. H. N.; *Estado*, leg. 3.910; original de Azara a Godoy, 17 de Agosto de 1796. Nonell, t. II, l. III, c. V, pp. 210-213.

(2) Uno de ellos, el P. Francisco Javier Mariátegui, que lo escribe a Godoy desde Génova y Barcelona. Simancas, *Estado*, leg. 5.065. Autógrafas.

(3) Real orden del Príncipe de la Paz al Gobernador del Consejo; San Lorenzo, 29 de Octubre de 1797. Original en el A. H. N.; *Estado*, leg. 3 526. Véase en el apéndice núm. 3.

(4) Luengo, *Diario*, t. 31, P. 2.^a, p. 388; al día 9 de Diciembre de 1797.

bres vitandos y peligrosísimos, a quienes no se puede permitir estar dentro de la monarquía sino confinados y encerrados en desiertos y soledades». Con no menor justicia censuraba el autor del *Diario* la dureza de las palabras con que se dice que puestos en conventos retirados, «allí se les pague la pensión *hasta que mueran*». «Se pudiera decir esto mismo en la lengua española, observa él sentida y acertadamente, de otros muchos modos, que llevan consigo alguna moderación y suavidad; y parece que de propósito se ha escogido la expresión más dura y de mayor insulto; como si quisiera el que ha escrito el decreto sofocar toda esperanza de mejorar de fortuna, intimándoles ásperamente que en los conventos estarán *hasta que mueran*» (1). Por la índole misma de la orden dada, que no se refería sino a los que espontáneamente vinieran de Italia, no se intimó ni aun se comunicó oficialmente a los que estaban por allá. Comunicóse solamente aquí a las autoridades eclesiásticas y seculares para que la ejecutasen, como lo hicieron. No todos se resignaron a la dura suerte a que se los destinaba. De un montañés, el P. Antonio Fernández Palazuelos, que había sido de la provincia de Chile, sabemos que recurrió al Consejo exponiendo, que si aquí había de estar recluso en un convento, pedía autorización para volverse a Italia (2).

Estas disposiciones del Príncipe de la Paz fueron comunicadas a los ministros del Rey en Italia, facultándoles para dar pasaporte a cuantos quisieran venir. Pero Azara, que lo era en Roma, respondió a Godoy que con tales condiciones serían pocos los que se moviesen de allí (3).

Pasados algunos meses, Godoy cambió de conducta; y sin hacer mención de la pasada, dirigió esta otra Real orden al gobernador del Consejo el 11 de Marzo de 1798. «La actual situación de la Italia ha movido el ánimo del Rey a favor de los ex-jesuitas españoles; y a su consecuencia se ha servido resolver que puedan todos volver a España libremente a casa de sus parientes, los que los tengan, o a conventos, con tal que no sea en la Corte y sitios Reales. Lo que participo a V. E. para inteligencia

(1) Ibid., el mismo día.

(2) A. H. N., *Estado*, 3.526, original.

(3) A. H. N., *Estado*, 3.910, 25 de Enero y 10 de Febrero de 1798. Originales.

del Consejo, y a fin de que expida las órdenes que convenga en el particular» (1). Todavía, como se ve, no se daba a los desterrados plena libertad. Si volvían a España, además de estarles vedada la corte y sitios Reales, habían de vivir, o con sus parientes, si los tenían, o en conventos, y no donde a cada uno bien le viniera, como todos los demás españoles. No era, pues, ni reconocida su inocencia, ni siquiera perdonados los supuestos delitos, y menos aún manifestada plena confianza de que no se repetirían. Sin embargo, se aprovecharon de esta licencia de volver a la patria, y volvieron efectivamente un gran número de antiguos jesuitas por todo aquel año de 1798 y el siguiente. En 1801, según datos recogidos por el gobierno, había en España seiscientos cuarenta y cuatro: añadiendo los que habían pasado a América y los que se puede conjeturar que habían muerto desde su llegada hasta entonces, el número de los venidos de Italia se puede asegurar que pasó de setecientos.

Godoy se gloria en sus *Memorias* de esta buena obra, como de cosa exclusivamente suya. «Uno de los últimos decretos, dice, que conseguí del Rey en los postreros días que yo mandaba, sin consultar con nadie, ni más consejo que el mío propio, llamó a los jesuitas españoles a abrazar a sus familias y a vivir en paz en sus hogares» (2). Efectivamente, la Real orden es de 11 de Marzo, y Godoy dejó el Ministerio el 28 del mismo mes.

Algún tiempo después, según escribían al P. Luengo de Madrid, donde estaban de paso, algunos de los que habían vuelto con él, se dió orden «de negar la pensión en adelante a los que no quisieran venirse a España; bien que en esto se insistió poco, por haber habido alguna mudanza en el Ministerio», como notó al fin del año (3).

8. Poco duró, como luego veremos, la disposición medianamente benévola de la Corte con los desterrados vueltos a la patria. Con el cuerpo de la Compañía siguió siendo de oposición y de protesta contra su restablecimiento en cualquiera parte del mundo. Bastaría para probarlo este párrafo de las instrucciones que a D. Pedro Gómez Labrador, representante de España cerca del nuevo Pontífice, Pío VII, daba el bien conocido ministro de

(1) A. H. N., *Estado*, 3.526. Original.

(2) T. II, c. 47 al fin.

(3) *Diario*, t. 32, p. 214; al día 5 de Agosto, y p. 331.

Carlos IV, D. Mariano Luis de Urquijo, en 31 de Marzo de 1800. «Es muy probable que tanto por el Emperador de Rusia como por el Rey de Cerdeña y aun el de Nápoles, se inste a Su Santidad al restablecimiento de los jesuítas, como ya hay noticias de haberlo intentado con el Papa difunto, y aun de haberlo propuesto a alguno de los candidatos al tiempo de la elección. Sobre esto debe V. S. vivir con gran cuidado; pues si bien S. M. nunca los recibiría en sus dominios, pero podrían incomodarle en los ajenos, con las intrigas de los gabinetes, que procurarían manejar, como lo han tenido de costumbre; y así, si V. S. viese que se excitaba la menor idea de ello, deberá manifestar la desaprobación de S. M. a semejante paso» (1).

No fué, sin embargo, el embajador, sino el Rey mismo, quien tuvo que salir a desaprobar la idea del restablecimiento de la Compañía.

Antes de que partiese de Venecia, donde se había tenido el conclave y había sido elegido el nuevo Pontífice, fué a visitarle el piadoso Duque de Parma, y le refirió la correspondencia que sobre este asunto había tenido en 1794 con Carlos IV y Pío VI. No sabemos en qué términos se expresó el Duque; ello es que el Papa entendió por esta conversación que en el Monarca había habido alguna disposición para tratar con su predecesor, Pío VI, de restablecer la Compañía. Con esto, y a petición expresa del Duque, hecha poco después, Pío VII, que ardientemente lo deseaba y lo tenía por hacedero sólo con que el Rey de España no lo estorbase, le escribió sobre eso de su propia mano una larga carta en 28 de Julio de 1800. En ella, indicados los horribles trastornos de los últimos años, la corrupción de las costumbres, el extravío de los entendimientos hasta el desprecio de la religión y hasta el ateísmo; señalaba como causa evidente de tanto mal «la falta de aquella cristiana y bien ordenada instrucción que toda clase de personas recibía de la extinguida Compañía de Jesús». Reconociéndolo así el pueblo cristiano y sus pastores, Cardenales y Obispos en gran número y aun algunos soberanos, de todas partes acuden a él, pidiendo como único y seguro remedio su pronto restablecimiento. No puede resistir a tan justas y apremiantes instancias, y desea vivamente reedificar aquel firme muro de la religión y de los tronos. Mas para guardar la

(1) A. H. N., *Estado*, leg. 3.457. Minuta.

consideración debida a la gloriosa memoria de Carlos III, que sabrá él dejar en salvo, ha pensado no poner mano en ello sino de acuerdo con S. M.; en el bien entendido, que el restablecer la Compañía es para los estados cuyos Príncipes la han pedido, quedando al arbitrio de S. M. llamarla o no a los suyos (1).

Esta carta se la dirigió el Papa a Carlos IV por medio de su cuñado el de Parma, que en la suya de 14 de Septiembre, con que la remitía, contaba la ocasión dada por él a Su Santidad para escribirla; le recomendaba encarecidísimamente el asunto y le encargaba que no diera noticia de él absolutamente a nadie, y sólo con Dios y con su propio corazón consultase la respuesta. En la que al Duque dió le aseguraba que, en efecto, sólo con su corazón y con la Reina, hermana del Infante, había consultado la que daba a Su Santidad. Sin embargo, el que redactó una y otra, para el Duque y para el Papa, no fué el Rey, sino su Ministro, Urquijo (2). En tono bien diferente de las cartas están escritas ambas respuestas, que son del 15 de Octubre. Viniendo a la sustancia de la dirigida a Su Santidad, asegura el Rey que jamás ha pensado, como supone su cuñado, en el restablecimiento de los jesuitas, ni lo consentirá nunca en sus dominios, de donde, con pruebas convincentes de ser perjudiciales a la religión y al Estado por su doctrina, manejos secretos y conmociones que causaban, los arrojó su augusto padre, cuyas sabias y santas disposiciones él venera; que aun en otros reinos impedirá su restablecimiento por cuantos medios pueda, porque desde ellos propagarian a los demás máximas contrarias a la «obediencia fiel, moral pura, doctrina sana y costumbres religiosas» de los vasallos; que aun tratar de él sería peligroso en medio de los trastornos actuales, los cuales, «si bien se examina, deben su origen a las opiniones jesuíticas y a sus manejos impuros», y pondría en peligro la reconciliación, ya tan próxima de Francia con la Santa Sede, que el Rey o el Ministro atribuye modestamente a su intervención y costosas diligencias. «El Señor nos ha ofrecido que las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia. Consolé-

(1) Autógrafo en nuestro poder. Impresa en la *Ponencia* sobre las virtudes del V. P. Pignatelli, P. I, n. XXVII, p. 42.

(2) Poseemos los borradores escritos de su mano y las copias de ellos en limpio con las cubiertas en que se lee: *Señor, para copiar V. M. una carta para Su Santidad. Para copiar V. M. una carta para el Señor Infante Duque de Parma.*

monos con esta irrefragable verdad, y olvidemos de tentar medios que tan mal han probado en todos tiempos, en todos los países, en todos los gobiernos. V. S. encontrará estas verdades, por desgracia harto manifiestas, en los archivos de Roma.» Estas son sus ideas, conformes con la religión y con las leyes de sus Estados, mantenidos «libres de herejías, cismas ni revoluciones; que si alguna vez han podido levantar la cabeza, se han debido a los máximas jesuíticas».

No sabemos si tendría también Urquijo por fruto de las máximas jesuíticas el cisma que asomó la cabeza en España con su decreto, dado hacia poco más de un año, a la muerte de Pío VI, mandando a los Obispos usar de toda la plenitud de sus facultades (suyas, no recibidas ni dependientes de la Santa Sede, quería decir), y constituyendo tribunal supremo para los asuntos eclesiásticos de España al Consejo de Cámara de S. M. (1).

Con razón el Papa, al remitir al Duque su carta para el Rey en 20 de Agosto, le encargaba que no se la enviase sin haberse antes asegurado de que no la comunicaría con nadie, cosa que no sabemos cómo pudieran esperar ni uno ni otro. No solamente la comunicó aquí con la Reina, con Urquijo y con Godoy (2), cuando menos, sino que el Ministro envió copias de las dos y de sus respuestas al embajador en Roma, enterándole de todo y encargándole el más profundo secreto; pero también que procurase conocer la impresión que en Su Santidad hacía la dirigida a él, y que estuviese muy a la mira, por si se trataba de restablecer la Compañía en otros estados. Cuanto a lo primero, Labrador contestaba el 10 de Noviembre, a los dos días de recibida esta carta: «Me arreglaré en todo a lo que usted me previene, y no darán aquí paso que yo no sepa de antemano, pues tengo tomadas mis medidas para estar informado de todo» (3). Y las noticias que comunicaba un mes después indican que de hecho vigi-

(1) Véanse los *Heterodoxos*, t. III, l. VI, c. II, § VII. El texto íntegro del decreto en Muriel, *Hist. de Carlos IV*, t. V, l. V, p. 168. En el apéndice n. 4 puede verse íntegra la carta del Papa al Rey.

(2) A esta carta se refería la Reina en una suya al valido de 22 de Octubre, en la cual censuraba al Duque, su hermano, entre otras cosas, porque había comprometido al Rey diciendo de él al Papa «que quería lo que nunca ha querido ni quiere», tocante a jesuitas. (Marqués de Lema, *Antecedentes políticos*, t. I, c. IV, p. 42.)

(3) Autógrafo en el A. H. N., *Estado*, leg. 3.910.

laba y no sin algún fruto. Cuanto a lo segundo, decía en este último despacho: «Tengo para mí que la respuesta de S. M. ha hecho desvanecer el proyectado restablecimiento, que todo hace creer estaba muy adelantado» (1). Por fortuna se equivocaba el diplomático; de allí a poco se hizo el solemne restablecimiento de la Compañía en Rusia. Por desgracia no se equivocaba del todo: esa carta de nuestro Rey, y otra de que luego hablaremos, lo estorbaron en otras partes.

En el incidente relativo al noviciado abierto en Rusia, se pudo ver bien el empeño con que la corte de España trataba de ahogar todo movimiento de nueva respiración de la Compañía, y aun extinguir el poco aliento de vida que le quedaba. Solamente a romper con la Czarina no quiso forzar al Sumo Pontífice; aunque hasta eso opinó Grimaldi que se debía llegar, puesto que eso había de resultar del «estrechar con mucha fuerza al Santo Padre, como decía deberse hacer, a no dar el Palio al Obispo de Mohylow, sin que precediese por su parte una positiva anulación del edicto con que restableció los ex-jesuitas de Rusia» (2). Siguió, pues, el noviciado en pie, y siguieron los jesuitas prosperando, tanto en vida de Catalina II como bajo el reinado de su hijo y sucesor Pablo I, que heredó de su madre el empeño de protegerlos contra todos sus enemigos interiores y exteriores. No sabemos que ocurriera nada en que tuviera parte España hasta el pontificado de Pío VII. En los últimos días de Pío VI, cuando ya le tenía cautivo el Emperador de los franceses, Mons. Litta, enviado extraordinario del Papa en San Petersburgo, escribió al secretario particular de Su Santidad, Mons. Marotti, haciendo grandes elogios de aquellos jesuitas y pidiendo por su medio formal aprobación pontificia de su estado, como muy de veras lo deseaban el Emperador y los Obispos (3). Respondióle Marotti que no era posible, oponiéndose España, como era sabido que se opondría; pero que lo pidiesen formalmente a Su Santidad los mismos Obispos y el Emperador; tenía esperanza de vencer con esto aquella oposición (4). Murió luego el Papa; pero elegido su sucesor; ya tal vez con el fundamento de esa correspondencia,

(1) Ibid., autógrafa. Véase en el apéndice n. 5.

(2) Simancas, *Estado*, leg. 5.056; a Floridablanca, 2 de Enero de 1783.

Original.

(3) *Ponencia* sobre el V. P. Pignatelli, P. I, n. XIII, p. 19.

(4) Ibid., nn. XIV y XVII, pp. 20 y 24.

que sin duda conocieron los jesuitas, ya porque en todo caso convenía y se podía esperar la aprobación del nuevo Vicario de Cristo; el de la Compañía le dirigió una súplica pidiéndosela, después de haber sucintamente narrado todo lo ocurrido desde el Breve de Clemente XIV, y para apoyar su petición, pidió y obtuvo sin dificultad una carta del Emperador Pablo I (1). Ambos documentos trajo consigo a Roma Mons. Badossi, que había ido allá enviado por Pío VI con un Breve en que daba cuenta de su prisión, y llegó de vuelta a la Ciudad Eterna mediado Diciembre de 1800. Tuvo noticia de ellos D. Pedro Labrador y se apresuró a cumplir las instrucciones que tenía y ya conocemos. «He hablado ya con el Cardenal Secretario de Estado, escribía el 10 de Enero, y hablaré a Su Santidad mismo del cúmulo de males que acarreará a la corte de Roma la más leve condescendencia en este punto; y he expuesto la firme resolución de S. M. de oponerse por cuantos medios estén en su mano al restablecimiento de un cuerpo, que fingiendo dedicarse a la instrucción, corrompía la moral, se mezclaba en el gobierno político, y profesaba abiertamente opiniones contrarias a los derechos de los soberanos» (2).

La respuesta a esta carta estaba, puede decirse, dictada de antemano, no solamente en las instrucciones que al ir a Roma se le habían dado, sino también, y con más energía, en la que a Su Santidad mismo había dado el Rey poco antes sobre la materia, ya en lo tocante a España, ya generalmente para todas las naciones, como acabamos de referir. Sino que al llegar a Roma esta respuesta al embajador, Pío VII, a pesar de la fuerte negativa anterior, había escrito otra vez de su mano al Rey sobre la demanda del Emperador de Rusia, y así pudo, a las representaciones de Labrador, hechas en nombre de Carlos IV, oponer su recurso hecho al mismo Monarca, cuya respuesta esperaba. Del 24 de Enero es aquella carta, en la cual, después de mostrársele agradecidísimo por las recientes pruebas de afecto dadas a la Santa Sede, y asegurarle de su más perfecta correspondencia, entra mostrándose embarazado con la petición del Czar por un

(1) Zalenski, t. II, l. IV, cc. V y VI. Las cartas del Emperador y del Padre Vicario en la *Ponencia* sobre las virtudes del P. Pignatelli, Parte I, n. XXVIII, p. 47 y Parte II, n. IV, p. 72.

(2) A. H. N., *Estado*, leg. 5.747. Original.

lado, a quien la Iglesia debe también grandes servicios en aquel vasto Imperio, y por otra con la carta que poco antes ha recibido de S. M.; y para salir de tal estrecho, a él acude manifestando su sentir con la misma franqueza que él lo hizo en su citada carta. Su Majestad condena a los jesuitas en lo pasado y no espera bien de ellos para lo presente y futuro. Por lo que a sus estados se refiere, no quiere entrar en porfía; él sabrá; pero de otros escriben muy de otra manera, pidiéndolos instantemente. Cuanto a doctrina, la Compañía enseña lo que profesa: sumisión a ambas potestades; libros ha leído Su Santidad en defensa de ellas escritos aun por ex-jesuitas. Que el restablecer la Compañía pondrá en peligro la reconciliación de Francia con la Iglesia. «Por las entrañas de Jesucristo que no se deje persuadir tal cosa.» ¿Quién ha arruinado a Francia sino filósofos y jansenistas; primero la religión, después el trono, mirando a acabar con toda autoridad e introducir la anarquía? ¿Y a quiénes atacaron antes y más que a nadie sino a los jesuitas, no más que porque descubrieran sus cábalas y combatían sus máximas? Nadie como los franceses saben por experiencia lo que importa contrarrestar las doctrinas jansenísticas, destructoras de todo gobierno, sea el que fuere. Con todo, no se trata del restablecimiento universal, sino sólo de dar existencia canónica a los de Rusia, que desde el tiempo de Clemente XIV siguen allí como antes. ¿Cómo negárselo a aquel Emperador? Espera que S. M., lejos de llevarlo a mal, lo aprobará como medida prudente y aun necesaria para el bien de la religión católica en aquellas partes tan faltas de ministros evangélicos (1).

Mientras el Rey contestaba a 15 de Marzo de 1801 en la misma sustancia, pero con mejor modo que a 15 de Octubre del año anterior, diciendo que formar cuerpo los antiguos jesuitas nunca podría agradarle, y que, según ya le tenía escrito, jamás cambiaría de sistema, por tenerle fundado en el convencimiento de que tal cuerpo era perjudicial para la tranquilidad de los estados (2); el Papa, sin esperar respuesta alguna, expidió con fecha

(1) A. H. N., *Estado*, leg. 3.903. Autógrafa. Puede verse en la *Ponencia*, Parte I, n. XXIX, p. 48.

(2) A. H. N., *ibid.*, borrador. La diferencia de tono entre esta carta y la anterior viene de los diferentes ministros que la dictaron. La de 15 de Octubre de 1800 la extendió toda de su mano el furioso jansenista jacobino, Urquijo; la de 15 de Marzo de 1801 la redactó un oficial de la Secretaría, pero la ins

del 7, es decir, ocho días antes, el Breve *Catholicae fidei*, aprobando pública y solemnemente a los jesuitas de Rusia, y un mes después, el 10 de Abril, lo comunicaba al Rey de España, diciéndole que se había visto en la necesidad de dar aquel paso, para salvar los intereses de la religión católica en aquel Imperio; pero que en las cláusulas subrayadas en la copia del Breve que le enviaba, podría ver los respetos que a S. M. se habían guardado de que esperaba quedaría plenamente satisfecho (1).

Muy lejos de eso estuvieron Carlos IV y María Luisa. El primero escribiendo a Godoy, que llevaba ya como Generalísimo las tropas a la célebre *guerra de las naranjas*, le decía del Papa, refiriéndose a este asunto, la frase vulgar: «Ya nos la pegó». La Reina a su vez le escribía: «También te dirá Ceballos lo mal que se ha portado el Papa; pues así que recibió nuestra carta, restableció en Rusia la Compañía de Jesús conforme estaba. El Rey le pondrá una carta fuerte, y algo se dará por entendido con el Nuncio. Será bueno, añadía, bien que con la salvedad de ser pregunta suya, que algo se le tocara a los franceses, para que temiera y haga lo que le digamos, no se atreva a extenderla en las demás partes; pues en nuestros dominios jamás lo permitiremos» (2). No sabemos si nuestra corte, según apuntaba la Reina, tocó a los franceses, es decir, a Napoleón, el punto de los jesuitas de Rusia, con la caritativa idea de meterle miedo al Papa, y con el resultado de dificultar la reconciliación de Francia con la Santa Sede, empezada a negociar poco antes. Lo que sí sabemos es, que Napoleón por su parte quiso aprovecharse de la misma ocasión para turbar las relaciones de España con el Papa, precisamente cuando él estaba negociando el célebre concordato.

piró D. Pedro Ceballos, Ministro de Estado, sucesor de Urquijo, con la siguiente nota o minuta: «Contéstese a las cartas del Papa en términos generales, pero muy atentos y respetuosos; y si toca el punto de los jesuitas, contéstese que S. M. nunca podrá agradarse de que dichos regulares se formen en cuerpo en ninguno de los países que indica S. S., asegurando que el Rey, consiguiente a lo que tiene dicho en otra carta a S. B., jamás variará de sistema, pues le ha formado después del convencimiento en que está de ser perjudicial el cuerpo jesuitico a la tranquilidad de los estados». La expresión, *si toca el punto de los jesuitas*, hace pensar que Ceballos no había leído la carta; pero está en contra aquella otra frase: En ninguno de los países *que indica S. S.* No parece fácil concordarlas; sin embargo así dice el original autógrafo.

(1) A. H. N., *Estado*, leg. 5.747. Autógrafo.

(2) Marqués de Lema, *Antecedentes políticos*, t. I, c. VII, pp. 113-114.

«Indisponed a la corte de Madrid contra el Papa, escribía a su hermano Luciano, embajador entonces de Francia en ella, haciéndole saber como cosa segura que éste, sin consultar a ninguna potencia, ha restablecido, por petición de Pablo I, a los jesuitas» (1). Más aún: un mes después, el 21 de Junio, en la audiencia primera pública y de mera presentación que dió al Cardenal Consalvi, al día siguiente de su llegada a París para procurar reducir sus exorbitantes y perentorias exigencias en la negociación del concordato, una de las quejas que le dió contra la Santa Sede fué ésta: que le tenía asombrado y escandalizado la unión del Papa con una potencia no católica como Rusia, unión manifiesta en el restablecimiento de los jesuitas a petición de Pablo I, y que no podía menos de disgustar al Rey Católico, por estar hecha a contemplación de un soberano cismático (2). Pretendía, sin duda, con esto que el Papa se viera más apretado para hacer concesiones en la negociación que con él traía. El mismo día que Napoleón a Luciano, escribía el Rey al Papa lo que vamos a ver. Godoy, que aunque ausente y no ministro, pero sí más que ministro, válido, entraba en todos los negocios de los Reyes: contestó sobre este punto, parte en el mismo y parte en diverso tono. «Jesuitas, dice. Nada importa que el Papa los establezca, no siendo en España.» Bien diferente es esto de lo que el Rey escribió al Papa en 15 de Octubre del año anterior y aun en 15 de Marzo último. Por eso añade que en su concepto lo más prudente sería no darse por entendido, a menos que el Papa se insinuase. «Entonces, dice, sí que vendría bien una perorata» (3). En esto va conforme con lo escrito por la Reina; y como el Papa ya se había insinuado en la carta de 10 de Abril; el 15 de Mayo, probablemente apenas recibida la de Godoy, que es del 10; el Rey escribió a Su Santidad la *carta fuerte*, que la Reina decía, fuerte sobre todo contra los jesuitas, a quienes atribuye las consabidas «ideas subversivas de las autoridades, conducta aseglarada y opiniones de laxitud y probabilismo», por las cuales, soberanos tan rectos como piadosos impetraron su extinción de Clemente XIV «que por sus virtudes forma época en la crónica de los Pontífices». En tan sólidos fundamentos descansa su oposición al

(1) 26 Floreal, año IX (15 de Mayo de 1801). Marqués de Lema, *ibid.*

(2) Consalvi, *Mémoires*, p. 41.

(3) Marqués de Lema, *ibid.*

restablecimiento de la Compañía. ¿Cómo no sentir y manifestar profundo desagrado por haberla Su Santidad restablecido? (1).

Queda con todo lo dicho bien probada la enemiga de la corte de España contra la Compañía de Jesús hasta mediados de 1801. «En nuestros dominios jamás los admitiremos» ha dicho terminantemente la Reina; en los ajenos «nunca podrá agradarme el que dichos individuos se formen en cuerpo» ha escrito el Rey; y «jamás variaré de sistema, porque le he formado después del convencimiento en que estoy de ser perjudicial el cuerpo jesuítico a la tranquilidad de los estados». Así pensaba también el primer Ministro, Ceballos, que daba las notas para extender las respuestas del Rey al Papa; y Godoy, el hombre cuya voluntad puede decirse que en todo hacían los Reyes, aunque no daba tanta importancia a su restablecimiento fuera de España, todavía ni aquí lo quería, como se deja entender, ni fuera de aquí lo dejaba pasar sin protesta, sino en el caso de que el Papa no lo comunicase, y aun entonces sólo porque, de las potencias que habían conseguido la extinción y debían protestar, faltaba ya Francia, es decir, la dinastía de Borbón en aquel reino (2).

9. Como si poco significaran estas muestras de hostilidad, que en fin no pasaron del papel, dió al mismo tiempo otra más expresiva, que fué la nueva expulsión o segundo destierro de los antiguos jesuitas, vueltos a España no hacía aún tres años. Al venir aquí pasados más de treinta en el primero, hallaron en el pueblo generalmente la más favorable acogida y aquel amor y simpatía que no se muestra al criminal, o indultado, o cumplida su condena, sino sólo a la inocencia perseguida un tiempo y puesta al fin en libertad. El P. Luengo, que de Barcelona fué por tierra a Valencia; de allí a Teruel, luego a la Nava del Rey, su patria, en Valladolid; a Salamanca y por Madrid de nuevo a Teruel, da testimonio de lo que en esta parte experimentó, y asegura que lo mismo escribían de todas las provincias sus compañeros (3).

(1) A. H. N., 5.747. Copia. El Cardenal Consalvi, por cuyas manos, como Secretario de Estado, debieron de pasar estos documentos, no recordó bien su contenido al escribir sus *Memorias*; y así dijo en ellas que el Rey de España, haciéndose cargo de la situación del Papa y reconocido por los miramientos que con él tenía Su Santidad, no puso estorbo alguno a su proyecto y ni se quejó siquiera» (pp. 135 y 555).

(2) Carta antes citada.

(3) Diversos pasajes de los tomos 32 y 33, correspondientes a los años de 1798 y 1799.

Pero es claro que no todos los miraban así, y jansenistas y filósofos y aun muchos no tales de uno y otro clero, les eran ahora como antes del destierro enemigos irreconciliables. El Gobierno, por su parte, puede decirse que los tuvo en continuo sobresalto. Por de contado, llevó con todo rigor la orden de no permitir a ninguno que viviera en la corte y sitios reales; con lo que algunos, que sólo en Madrid tenían familia, hubieron de salir de allí y establecerse en los lugares cercanos (1). Abria frecuentemente sus cartas (2), y temieron con fundamento que mandara hacer registro de todos sus papeles (3). A los americanos se dió al principio pasaporte para ir a su tierra; pero luego, no sólo se les negó, dando el Rey orden expresa para eso, sino que a algunos en Barcelona y Cádiz se los mandó retirarse a conventos, por no tener ellos parientes en España, y haberse dado el permiso de volver expresamente para vivir en casa de éstos o de religiosos (4). Aun los españoles y que vivían con sus familias se creyeron más de una vez amenazados de la misma reclusión, según las noticias que de Madrid mismo salían y comunicaban no menos que Consejeros de Castilla, como oídas a su Presidente (5). De hecho, la orden para eso se dió, aunque no se ejecutó. Hela aquí, tal como se la pasó el Ministro de Estado, Urquijo, a D. José Antonio Caballero, que lo era de Gracia y Justicia el 25 de Noviembre de 1799.

«Excelentísimo Señor. Habiendo dado cuenta al Rey de lo que V. E. me comunica en oficio de 22 del corriente, remitiéndome la solicitud del ex-jesuita, D. Jacinto Marín Velasco, residente en Cádiz, de pasar a Lima su patria; debo participar a V. E. que no sólo no consiente S. M. que vaya a América ese sujeto ni otro ningún ex-jesuita, sino que quiere también que informe a V. E. y al Gobernador del Consejo, a quien lo hago con esta

(1) Cuéntalo el P. Luengo de los PP. Diego de la Fuente y Juan Otamendi. *Diario*, t. 33, p. 159; al día 30 de Septiembre de 1799; y t. 34, p. 54, al 5 de Abril de 1800. Ordenes sobre esto, de 8 de Diciembre de 1798 y 11 de Mayo de 1800, en Simancas, *Estado*, 5.064 y 5.065.

(2) Luengo, t. 33, p. 30; 27 de Febrero de 1799.

(3) *Ibid.*

(4) Ordenes de 8 de Diciembre de 1798 y 4 de Junio de 1800 en Simancas, legajos citados.

(5) D. Tomás Bernad, carta al P. Hervás; Madrid, 6 de Marzo de 1799. Original en nuestro poder. Luengo, t. 34, p. 39; al 22 de Febrero de 1800.

fecha, que habiéndose permitido a estas personas la vuelta a España con la condición de residir separadamente en diferentes conventos de penitencia de la Península, se examine si todos se hallan en ellos; pues si no les acomoda esta resolución, serán de nuevo enviados a Italia, debiéndose en todo acontecimiento prohibir a todos la vuelta a América» (1). Esto último creemos que se cumplió; pero sobre el punto general, quizá alguno hizo notar el error en que se fundaba, y por eso no se llevó adelante. Pasó poco más de un año, y la reclusión amenazó de nuevo, pero fundada en otros motivos. Véase la curiosa Real orden dirigida el 18 de Febrero de 1801 al Gobernador del Consejo.

«El Rey se ha servido resolver, que a fin de que los ex-jesuitas residentes en España, vivan con más comodidad y proporción de emplearse en objetos literarios, se los reparta en los conventos de los diversos institutos admitidos en estos reinos, y que V. E. disponga el cumplimiento de ésta su Real determinación. Lo aviso a V. E. de orden de S. M. y ruego a Dios guarde su vida muchos años» (2). Reservadamente se le advertía que exceptuase los conventos de Capuchinos. Sentimos no poder trasladar aquí las vivas y amargas, cuanto justísimas quejas y reflexiones que el tantas veces citado P. Luengo hace sobre esta orden tan inconsiderada. Nos lo impide la brevedad que exige este capítulo, más bien preliminar que propio de nuestra historia, y reducido a poner ante la vista la disposición de nuestra corte en punto al restablecimiento de la Compañía, objeto propio nuestro.

Muchos de los interesados, probablemente la inmensa mayoría, tuvieron conocimiento cierto de esta orden, porque el Gobernador del Consejo, para preparar su ejecución, ofició a todos los Obispos pidiéndoles noticias, así de los ex-jesuitas residentes en sus diócesis, como de los conventos de ellas, en que podían ser colocados; y por ellos y por la correspondencia de unos Padres con otros se divulgó entre todos la noticia. Cuando, teniéndola, esperaban de un día a otro la intimación oficial de su reclusión, lo que se les intimó fué el nuevo destierro. No otra cosa significaba, aunque no lo expresaba, esta nueva Real orden, dada por Ceballos al Gobernador del Consejo, el día 15 de Marzo. «El Rey

(1) Arch. de Indias, 155-4-3. Original.

(2) Simancas *Estado*, 5.066. Borrador. Allí está también la minuta autógrafa de Ceballos.

ha resuelto que los expulsos de la orden jesuítica, que se hallan en estos reinos, se trasladen a las ciudades de Barcelona, Valencia y Alicante, y que a los respectivos gobernadores de ellas se les prevenga que den puntual aviso de su llegada, luego que lo verifiquen, para que S. M. determine lo que tenga por conveniente. Y de su Real orden lo participo a V. E. acompañándole la adjunta lista, a fin de que le sirva de gobierno, expida quantas estime necesarias, y disponga todo lo correspondiente a su cumplimiento» (1). Por lo que hace un momento indicamos, no nos detenemos a relatar la ejecución de esta orden, limitándonos a consignar, que otra semejante se dió el 25 del mismo mes de Marzo a los Virreyes de América, para que hiciesen volver a España a cuantos habían pasado a aquellos países; que unos y otros fueron nuevamente transportados a Italia sin exceptuar las órdenes del Gobierno, sino a los que en debida forma demostrasen estar *enteramente postrados* (2); aunque por la condescendencia y aun decisión de las autoridades locales se quedaron otros muchos; que el año siguiente de 1802 se pasó nueva orden circular a las justicias en cuyos pueblos se sabía que había alguno, para que le obligaran a ir al destierro, si no se hallaba en el caso exceptuado; en fin, que por este nuevo destierro salieron de España en aquellos dos años de 1801 y 1802 cerca de trescientos ex-jesuítas.

¿Qué delito habían cometido aquellos trescientos hombres, y aun todos los demás comprendidos en la orden de destierro y relevados de su cumplimiento, no por inocentes, sino por impedidos; aquellos hombres, sacerdotes y ancianos los más de ellos, y residentes en todas las provincias de España? De los documentos oficiales relativos al asunto, solamente la orden comunicada por Ceballos a los Virreyes de América contiene la vaga indicación de que *por castigo y para tranquilidad de sus Estados*, los extrañaba S. M. de ellos (3). Esa misma causa de *la tranquilidad de sus Estados y la conservación de la buena doctrina* decía también el Rey al Papa en la carta arriba citada de 15 de Mayo, que era la que le había movido a esta nueva expulsión de los jesuítas. Poco

(1) Borrador o minuta en el mismo legajo, con la autógrafa también de Ceballos.

(2) Ibid.

(3) Simancas, *Estado*, 5.066.

más expícito anduvo el Ministro hablando con el Nuncio algún tiempo después, como éste escribía al Secretario de Estado de Su Santidad el 30 de Julio. Dábale quejas Ceballos de que el Papa hubiese restablecido la Compañía en Rusia, sabiendo que no era del agrado del Rey, y fundaba este desagrado en que *subsistían aún los motivos que habían inducido a su extinción*; que se habían dado muchas quejas de ellos al Gobierno; que los españoles vueltos a la patria eran causa de disputas y de divisiones; y que esto había hecho que se resolviese su segunda expulsión (1). Es cierto que, muchas o pocas, los jansenistas habían dado quejas al Gobierno contra ellos; es cierto que a ellos se atribuyeron ciertas divisiones y disputas habidas entonces entre algunos jansenistas y algunos contrarios suyos, amigos de los jesuitas, o más bien, partidarios de lo que los jansenistas llamaban *jesuitismo*, y no era otra cosa que la doctrina católica pura. Pero no hemos hallado el menor indicio de que las quejas fueran fundadas; ni de que ellos fueran autores o fautores de aquellas disputas y divisiones. Y el Sr. Torres Amat, que ciertamente nada tenía de jesuita, a «imprudencia o fanatismo de algunos de sus más afectos», y no de ellos, atribuye este segundo destierro (2). En sustancia, la causa verdadera de él fué la aversión y oposición al jansenismo, reconocida generalmente como propia y casi exclusiva de los jesuitas y sus amigos; prescindiendo, por falta de documentos fidedignos, de si esa oposición la manifestaron con hechos prudentes o imprudentes; pudiéndose sin temeridad negar toda culpa en ellos, y mucho más, que si alguna tuvieron, fuera merecedora de la gravísima pena de destierro. Eso aun para los que en algo hubieran faltado; que por la culpa de dos o diez o veinte, desterrar a más de seiscientos, aun ahora que de ninguna manera formaban cuerpo y nada tenían que ver unos con otros, eso rebasaba la medida de la arbitrariedad más despótica (3).

10. Presentamos arriba la orden dada a D. Pedro Labrador, embajador en Roma en los comienzos del pontificado de Pío VII,

(1) Arch. Vatic., *Ispagna*, n. 453, *Cifre di Monsignore Nuncio*, a 1801.

(2) *Memorias* sobre los escritores catalanes, art. *Masdeu, J. F.*

(3) Otras causas de esta expulsión traen Zalenski, l. IV, c. VII, n. 2; Nonnell, t. II, l. IV, c. III, pp. 295-296; Enrich, t. II, l. IV, c. XII, nn. 4-7; Zaranzona, t. III, c. V. La del Breve *Catholicae fidei*, la excluyen las fechas; la de la Bula *Auctorem fidei* puede ser admitida, reduciéndola a lo que aquí va dicho en el texto.

para que en nombre del Rey desaprobara los pasos, que para restablecer la Compañía en sus estados se suponía habían de dar cerca del nuevo Papa el Emperador de Rusia, el Rey de Cerdeña y el de Nápoles. Expuesto queda también atrás lo que toca a Rusia. Una palabra ahora sobre Cerdeña y Nápoles.

Contraria suerte tuvieron las negociaciones de los dos monarcas, sin otra causa tal vez, que la diversidad de tiempos en que las entablaron. Carlos Manuel pedía la Compañía para Cerdeña, cuando Pío VII la concedía, sí, al emperador de Rusia, pero venciendo la fuerte oposición de España y recibiendo después de Carlos IV aquella *carta fuerte*, que decía la Reina. En tal ocasión, el Papa no se atrevió a dar a nuestra corte un nuevo disgusto, accediendo a las instancias de aquel monarca; tanto más, cuanto que para este restablecimiento no militaban tantas y tan fuertes razones como para la confirmación de la Compañía en Rusia. Ese resentimiento de España, más propiamente que su oposición expresa y directa a las pretensiones de Carlos Manuel, si es que llegó a hacerla el embajador, fué lo que estorbó entonces el restablecimiento en Cerdeña.

El Rey de Nápoles no trató de él hasta el año de 1804. Apenas lo supo D. Antonio Vargas y Laguna, nuestro ministro en Roma desde 1801, pasó al Cardenal Consalvi, Secretario de Estado de Su Santidad, una nota el 21 de Marzo, protestando contra el proyecto, y exigiendo que el Papa lo rechazase o que a lo menos no diera paso en él sin contar con el Rey de España. Ceballos no solamente se lo aprobó en nombre de S. M., sino que le encargó una, dos y tres veces que no desistiera de la oposición comenzada, en la seguridad de que el Rey *jamás prestaría su asenso al restablecimiento de un instituto extinguido a solicitud del Rey su augusto padre, y de los principales soberanos de Europa*. El Sumo Pontífice, a pesar de las quejas de los Reyes de Nápoles de que quisiera hacer depender de la voluntad de otro soberano un asunto propio de ellos, lo creyó imprescindible; aseguró a Vargas que tendría con S. M. en él las consideraciones que había tenido cuando lo de Rusia; y escribió al Nuncio que procurase por medio del Príncipe de la Paz la aquiescencia del Rey, pero no de modo que pareciese consentimiento o aprobación pedida por Su Santidad. Al mismo tiempo los Reyes de Nápoles, hermanos de los de España, hicieron con ellos semejantes oficios por medio de su embajador en Madrid, el Príncipe de Santa Teodora; y cedien-

do a los unos o a los otros, o quizá a motivos distintos, que desconocemos, el Rey por sí mismo al embajador de Nápoles, y el Príncipe de la Paz al Nuncio, dijeron que podía hacer aquel Soberano lo que tuviera por conveniente en sus estados; que Su Majestad ni aprobaría ni dificultaría el restablecimiento de los jesuitas en Nápoles. Ya era hora de que el Rey de España, que tan mal gobernaba sus reinos, renunciase a mandar en los ajenos, y dejara hacer en ellos el bien que, ciego, no quería en los propios (1).

Del mal gobierno de España nos ofrece este mismo asunto un caso, aunque no tan grave. El Ministro da una orden; el favorito la contraria; y las dos siguen su curso. El mismo día escribían a Roma, y el mismo correo de mitad de Junio llevaba las cartas del Nuncio para Consalvi, avisando que el Rey retiraba su oposición al proyecto, y las de Ceballos para Vargas ordenándole que la continuase, como en efecto la continuó. Ignoró, sin duda, Ceballos por algunos días, aunque era primer Ministro y quien oficialmente corría con el asunto, la mudanza del Rey o de Godoy, que era el Rey verdadero; y escribió por su parte a Vargas el 15 de Junio, sin pedir a uno ni a otro orden de lo que había de escribir y suponiendo que no había habido tal mudanza. Más aún; sospechamos que sus repetidas órdenes a Vargas las dió sin conocimiento ni del Soberano ni del favorito, siguiendo la antigua política confirmada en 1801 en los comienzos de su ministerio, de resuelta oposición a todo restablecimiento de la Compañía, dondequiera que fuese; y que el Príncipe de la Paz, a la primera noticia que del caso tuvo con la propuesta del Nuncio, aplicó aquel principio suyo antes mencionado: «Jesuitas; nada importa que el Papa los establezca, no siendo en España». Así no habría habido realmente en la Corte aquel cambio repentino, que no parece bastar a explicar, ni la intervención del Nuncio, ni la del embajador napolitano. En fin, iba disipándose aquel odio mortal contra la Compañía, heredado de Carlos III y sus ministros, y también en parte sostenido por el jahsenismo viviente y pujante en la Corte y fuera de ella, aunque no sin experimentar algunos reveses, como la publicación, si bien tardía, de la Bula *Aucto-*

(1) Los documentos en el archivo de la embajada de España cerca de la Santa Sede; en el Vaticano, *Spagna*, n. 310, *Lettere e cifre del Nuncio*, 1804; y en la Biblioteca Corsini (Roma), *Memorie del P. Angiolini*, l. 3.º, n. 35.

rem fidei, condenatoria de todas sus doctrinas: se dejaba sin oposición que los jesuitas renacieran en otros países. En España era otra cosa; aquí de ningún modo se los quería, vueltos a su antiguo ser de jesuitas, y aun como particulares se renovaban contra ellos los decretos de proscripción, bien que no se ejecutaban.

11. Poco antes del restablecimiento de la Compañía en Nápoles, en 1802, según parece, vino de Quito a España el Padre Fr. Francisco Antonio María de Jesús Huerta o Huertas, Procurador y Comisario de aquella provincia franciscana. Ignoramos el fin de su venida; quizá fué única o principalmente para oponerse, como se opuso desde su llegada, a que las misiones de Mainas se encomendasen a los Franciscanos del Colegio de Ocopa, en el Perú, al mismo tiempo que se erigía en aquel territorio un obispado y se pasaba su gobierno político del Virrey de Santa Fe al de Lima, como se hizo por cédula de 15 de Julio de 1802. Pero hizo más, y esto es lo que a nosotros nos importa: «habló al Rey, en instancia especial, de la necesidad absoluta de restablecer el ministerio de la Compañía de Jesús en las misiones del Marañón»; y con mayor generalidad aún le hizo «una extensa apología a favor de los Padres de la extinguida Compañía de Jesús, con planes de costear su regreso a América, abono de su conducta y otros desatinos de una fantasía perturbada», como los llamaba su superior, el Comisario general de Indias (1). El fruto de esta representación, según él afirmaba restablecida ya la Compañía, fué quitarle los cargos que desempeñaba y retirarle al convento de San Francisco del Monte, en Granada (2). Como esto fué ciertamente antes de mediado el año de 1804, no creemos tenga relación ninguna con lo que vamos a referir.

Los primeros días de Diciembre de 1805 se puso en la cárcel del Santo Oficio de Madrid al P. Francisco Ruperto Aguado; se dió orden a las autoridades para que condujeran a los puertos más próximos e hicieran embarcar para Italia a otra media docena de ex-jesuitas, que se supo haber en diversas partes de Es-

(1) Arteta, *La Cuestión de límites*, c. VII, pp. 452-455.

(2) En el *Inventario de los expedientes...* encontramos éste: *El que se formó a instancia de Fr. Francisco Antonio de Jesús Huerta, orden de San Francisco, sobre que se le reintegrase en los destinos que expuso tuvo en la orden, de los cuales se le despojó por resultas de un plan que dirigió al Señor Don Carlos 4.º para el restablecimiento de los Padres jesuitas.* La reclusión la refiere Arteta, lugar citado.

pañá; y a varios amigos y favorecedores suyos se señaló, y suponemos que en algunos se ejecutó, como pena del delito de serlo, la salida o destierro de la corte, ya llana y simplemente, ya con apariencias de ascenso. Los ex-jesuitas representaron y confirmaron con certificados de médicos y testimonios de las mismas autoridades encargadas de su destierro, la imposibilidad de hacer aquel viaje por sus enfermedades; pero en vano. El 7 de Febrero de 1806 se repitió la orden. Ampliando el 19 el P. Aguado en el tribunal de la Inquisición una declaración hecha anteriormente (la cual no conocemos), dió noticia de algunos otros que sabía haber en España; y entonces y no antes, a lo que parece, el Arzobispo de Zaragoza e Inquisidor general, D. Ramón José de Arce, comisionó a quienes le pareció de provincias, para que con el sigilo propio del Santo Oficio ocuparan a todos sus papeles y les tomaran ciertas declaraciones; y para que la noticia de los que salían desterrados no pusiera en cuidado a los otros, sino que a todos cogieran descuidados los inquisidores comisionados, se suspendió la orden de destierro, y aun se permitió a cada cual vivir donde quisiera, dando aviso del lugar a las autoridades. El 21 de Febrero se nombraron los comisionados y se les pasó la circular con el interrogatorio para las declaraciones; y muy pronto hicieron todos y remitieron a Madrid las diligencias correspondientes, con nota de cuantos papeles, libros y otros objetos habían sido ocupados a los ex-jesuitas. No sabemos que tomara el Inquisidor general ni el Ministro de Gracia y Justicia, D. José Antonio Caballero, con quien en esto se entendía, otra providencia, como resultado de esta pesquisa, sino encargar de nuevo con orden de 30 de Abril a los inquisidores de provincias, que velasen cuidadosamente sobre la conducta de los pesquisados y avisaran de cuanto averiguasen; y el extrañamiento anteriormente fulminado quedó suspendido indefinidamente.

¿Qué causa hubo para esta diligente averiguación de los jesuitas que había en el reino, para la citación judicial y declaraciones de todos primero, y para el encargo de vigilarlos después? No hemos podido sacarlo de raíz; pero, si alguna hubo, parece que en el interrogatorio se había de dar a entender; y en él, fuera de los puntos generales y formularios, no hay otro sino éste: *Si esperan ver restablecida en España la Compañía, en qué y en quiénes fundan su esperanza, y si para conseguirlo han dado algún memorial a persona de la corte.* Y esto escribieron a los Padres des-

terrados en Italia sus amigos de España haber sido todo el motivo de tan pesada vejación (1). Menos aún sabemos por qué esta causa se llevó al tribunal de la Fe. Sin recurrir a intención perversa de infamar con esto a aquellos infelices, podemos conjeturar que el Gobierno dió esta comisión al Santo Oficio por el mayor secreto y consiguientemente mayor esperanza de buen éxito con que se tomarían las declaraciones; y el Inquisidor general, grande amigo de Godoy y de Caballero, la aceptó, aunque así era cosa perteneciente a la Inquisición, como una mala cosecha en año de sequía.

Las declaraciones de los Padres, como era de esperar, nada dieron de sí que permitiera llevar adelante el proceso; en cambio, los informes que, en cumplimiento del encargo posteriormente recibido, fueron enviando los comisionados de provincias al Presidente de la Suprema, bastaban para abrir los ojos, si fueran capaces, a aquella gente obcecada, o por prejuicios vulgares o por odios jansenísticos. Aquella vigilancia sobre los jesuitas, claro es que no fué encomendada a sus amigos; y con todo, en más de ciento cincuenta hombres de las más apartadas provincias de España, ni una sola cosa encontraron que tildar, y si muchas que alabar, reconociéndolos por eclesiásticos ejemplares (2).

Todo este episodio descubre claramente la animosidad de la Corte de España contra la Compañía y sus antiguos miembros en 1806, que es decir, en vísperas de los sucesos del Escorial en 1807 y de Aranjuez en 1808, con el subsiguiente destronamiento de la familia de Borbón y la guerra de la independencia. Por esa disposición de los ánimos entonces, y por toda la política de Carlos IV o sus diversos ministros desde los comienzos de su reinado, se entiende sin género de duda, que no había esperanza humana de restablecimiento de la Compañía en España, mientras no sobreviniera en la Corte un cambio radical. Lo irregular y breve del reinado de Fernando VII en 1808 no dió lugar para que se manifestara la manera de sentir suya y de los suyos en

(1) Luengo, *Diario*, t. 40, pp. 139 y 185; días 20 de Abril y 19 de Mayo de 1806.

(2) Los documentos sobre la pesquisa de 1805 y siguientes, en Simancas, *Estado*, 5.065 y 5.066; *Inquisición*, 1.603; A. H. N., *Consejo de Castilla*, *Ordenes religiosas*, leg. 21.

este punto; Bonaparte y los que le aclamaron representaban los principios revolucionarios, sobre todo en materias religiosas, y a lo que se aplicaron fué, no a restablecer antiguas religiones, sino a suprimir las existentes; y en el bando fiel a la patria y a la monarquía destronada predominó una facción que poco o nada cedía para sus adentros al afrancesado en aversión a los institutos religiosos. Había, pues, sobrevenido el cambio radical en el Gobierno; mas por lo que hace a la Compañía fué para empeorar. A pesar de eso, aquel período oficialmente desfavorable, no dejó de ofrecer a su causa algunas ventajas de consideración, como vamos a ver.

12. Sabido es cómo, cuando, secuestrados en Bayona nuestros Reyes e invadida por las tropas francesas, so color de amistad, buena parte de la Península con la corte misma de Madrid, el pueblo español entero se levantó en armas contra la perfidia napoleónica en los meses de Mayo y siguientes de 1808; se establecieron en todas las regiones, juntas que asumieron toda la autoridad para organizar la defensa de la patria y dirigir el impetuoso movimiento del pueblo, y luego por diputados de estas mismas juntas se formó otra que con el nombre de *Suprema Central Gubernativa del Reino* había de ejercer la soberanía en nombre del destronado y cautivo Fernando VII. Instalóse solemnemente esta Junta en Aranjuez el 25 de Septiembre, y fué nombrado su Presidente el Conde de Floridablanca, que destituido del Ministerio en 1792, preso en el castillo de Pamplona, y confinado en Murcia, había estado alejado desde entonces de todo cargo público. De esta Junta emanó en 15 de Noviembre un decreto ó Real orden permitiendo volver a España por segunda vez, y ahora, sin cortapisa alguna, a todos los jesuitas desterrados. «El Rey nuestro Señor, D. Fernando VII, decía, y en su Real nombre la Junta central suprema gubernativa del reino, habiendo considerado que la confinación de los ex-jesuitas, no sólo causaba a estos infelices hermanos nuestros el disgusto de haber de vivir expatriados, separados de sus amigos y deudos y abandonados a la merced de personas extrañas, sino que además, a la dificultad de suministrarles la pensión asignada por S. M., se agregaba la de que los fondos que percibían eran extraídos para siempre de la circulación del reino, para ir a fecundar la de los países extraños y actualmente nuestros enemigos; se ha servido acordar que se alce su confinación y se permita volver a estos

reinos a los que quieran, suministrándoles la misma pensión que gozaban en sus destinos» (1). Ignoramos quién suscitó este pensamiento en la Junta, si fué aceptado por unanimidad o sólo por mayoría, y si hubo para adoptarlo otros motivos que los indicados en el decreto, donde ni una sola palabra alude siquiera a la justicia o injusticia de la confinación por él levantada. Entiéndese únicamente que nada temía de ellos la Junta, aunque volvieran todos a España, como habían fingido temer los ministros de Carlos III y Carlos IV cuando los desterraron de ella, y los de este último aun cuando les permitieron volver en 1798 (2). Prácticamente fué inútil aquel decreto. Para la parte de España ocupada por los franceses, no tenía valor; y ni a ella ni a lo restante podían, sin gravísimos riesgos, venir los expatriados, ni por mar ni por tierra. Otro paso de más importancia se intentó dar dos años después.

Instaladas en la Isla de León en Septiembre de 1810 las cortes generales y extraordinarias, de funesta recordación en nuestra historia, y dado lugar en ellas a diputados de nuestras posesiones de ultramar juntamente con los de la metrópoli; entre otras proposiciones o artículos que aquellos presentaron en 19 de Diciembre, relativos a sus provincias, fué uno el de que «reputándose de la mayor importancia para el cultivo de las ciencias y para el progreso de las misiones, que introducen y propagan la fe entre los indios infieles, la restitución de los jesuitas; se concede por las cortes para los reinos de América» (3). Sólo D. José Mejía, diputado suplente por Bogotá, «volteriano de pura sangre» (4) dejó de firmar la petición. De la discusión de ella no dice

(1) Zarandona, t. III. c. V, pp. 59-60.

(2) Quizás fuera iniciador del decreto el mismo Presidente, Conde de Floridablanca. D. Juan Bautista Erro, según testimonio de varias personas, una de ellas el P. Manuel Gil, quien lo consignó de propósito en carta que poseemos, aseguraba haberle oído por aquel tiempo, que una de las primeras cosas que había que hacer, echados los franceses de España, era reparar la injusticia cometida con los jesuitas. (Zarandona, t. III, c. V, p. 61. La Fuente, 1767-1867, segunda parte, p. 198). Esta medida, sea de alguna justicia, sea de compasión de los desterrados, tiénela el liberalísimo historiador D. Modesto Lafuente, por medida de retroceso en la vía de las reformas, y por tanto, poco grata, como otras de la misma Junta, a los hombres ilustrados de entonces. (Hist. de España, P. III, l. X. c. III; t. XXIV, p. 17.)

(3) Dávila, t. II, c. V, fin. *Diario de sesiones*, 9 de Febrero de 1811.

(4) Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, t. III, l. VII, c. II, § II, p. 445.

nada el *Diario de Sesiones*; se limita a consignar que fué desecheda casi unánimemente» (1), cosa nada creíble, habiéndola firmado veintinueve diputados y votado seguramente otros tantos o poco menos, formando unos y otros la cuarta parte o más del número total de los presentes a la sesión, que de cierto, no llegaban a doscientos.

Lo que no pudieron conseguir de aquellas Cortes para América sus diputados, menos lo conseguirían unos simples ex-jesuitas, que con pretensiones semejantes acudieron a ellas. Por el mismo tiempo que esa proposición o poco después, fuéles dirigida una *Representación de la Compañía de Jesús*, firmada por el antiguo jesuita peruano, P. Jacinto Marín de Velasco, pidiendo el reconocimiento de la inocencia de la Compañía y su restablecimiento; pero si llegó a la comisión de memoriales, no debió de pasar de ella. La misma suerte tuvo una *Reclamación* más extensa y razonada de los PP. Juan José Tolrá, Elías Royo y José Otero, residentes en Galicia, remitida probablemente en Septiembre de 1812. En ella, interpretando los sentimientos de sus compañeros de infortunio y tomando la voz de todos, *denunciamos, dicen, formalmente a V. M. la intitulada Prágmatica Sanción de S. M., el Señor Rey Don Carlos III, en fuerza de ley para el extrañamiento de estos reinos de los regulares de la Compañía... dada en el Pardo a 2 de Abril de 1767, como sentencia abusiva, ilegal, capciosa, calumniosa, errónea, injusta; salva la intencion y rectitud sorprendida de aquel Monarca; y demostrando la verdad de esos calificativos uno por uno, y ponderando la gravedad del caso por el número y calidad de las personas en él comprendidas y por otras circunstancias, suplican a las cortes declaren nula la Prágmatica, y manden abrir un tribunal competente y público en que se ventile la causa, dándose los cargos y oyéndose los descargos y pronunciándose sentencia conforme a derecho, según las leyes acabadas de sancionar por las mismas cortes, para evitar toda arbitrariedad en la administración de justicia. No pasó la petición al Congreso (2), ni aunque hubiera pasado habría sido escuchada, dominando como dominaba en él la facción liberal, jan-*

(1) *Diario de sesiones*, 9 de Febrero de 1811.

(2) Además de que no se menciona en el *Diario de sesiones*, lo asegura terminantemente un *Aviso previo* del editor del *Memorial*, cuarta impresión, 1820.

senista, revolucionaria, o como quiera llamársela, enemiga jurada de los jesuitas.

El mismo General de la Compañía tuvo el pensamiento de acudir a las Cortes para obtener su restablecimiento en España (1), pero suponemos que bien enterado, como lo procuró, de la poca disposición que para eso había en ellas, desistió de su intento. ¿Cómo había de hallar amparo, protección ni justicia la Compañía de Jesús en aquellas Cortes en que se realizó «el último y casi definitivo triunfo del enciclopedismo y del jansenismo regalista» (2), es decir, de los verdaderos autores de su persecución y de su ruina?

13. Mientras en las Cortes se desatendían las peticiones indicadas, fuera de ellas se empezó a hablar con libertad en alabanza y defensa de la Compañía y a descubrir y condenar los perversos fines, los medios infames y los amargos frutos de su destrucción.

En los primeros años después de ella, simples conversaciones o correspondencias privadas, que interceptaba el Gobierno, habían costado prisiones, pérdidas de sus empleos, confinaciones y otras pesadísimas vejaciones a nuestros amigos. A publicar cosa en defensa de la Compañía, no sabemos que se atreviera nadie en España, si no fué el presbítero D. Francisco Alba, hombre de vida austera y apostólica, que parece haber tocado este punto con otros de la guerra hecha a la religión por los ministros de Carlos III en algunos papeles impresos, a lo menos en *La Verdad desnuda*; pero tuvo que huir de España. Y aunque la rabia y furor de aquellos ministros no pasó a los de Carlos IV; pero como no dejaban de tener sus mismas ideas, y la memoria de Carlos III había de ser por entonces inviolable, era imposible alzar la voz, ni para defender a las víctimas, ni para condenar a los verdugos. En toda defensa de la Compañía tenía que salir malparado el jansenismo; y el jansenismo dominaba de tal modo en las esferas oficiales, fomentado por buen número de eclesiásticos, que toda obra dirigida a desenmascarar y combatir a la astuta secta se estrellaba irremisiblemente en la censura. Para muestra bas-

(1) Cretineau, *Hist. de la Compagnie de Jésus*, t. VI, c. I, p. 12. Luttheroth, *La Russie et les Jésuites*, p. 41. Carta del P. Brzozowski al P. Zúñiga, Provincial de Sicilia, 22 de Enero de 1813.

(2) Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, t. III, l. VII, c. II, § I, p. 443.

tará lo que vamos a decir ahora. La primera obra que sepamos haberse impreso en España, presentando la persecución de la Compañía como obra de los conjurados para destruir la religión y la autoridad civil, fué la del antiguo jesuita, Lorenzo Hervás y Panduro, titulada *Revolución religionaria y civil de los franceses en el año de 1789; sus causas morales y medios usados para efectuarla*; pero esta misma, ni se pudo imprimir en 1794, como se pretendió, ni impresa ya clandestinamente en 1803 pudo salir a luz, porque lo prohibió la Inquisición, puesta entonces en manos jansenistas. Con el nuevo título de *Causas de la revolución de Francia en el año de 1789, y medios de que se han valido para efectuarla los enemigos de la religión y del estado*, y con la fecha de 1807 se divulgó más tarde, aunque no antes de 1812, según da entender el Sr. Torres Amat en la *Vida* de su tío, el Ilmo. Sr. D. Félix Amat, por cuyo informe adverso la prohibió la Inquisición (1). Los testimonios y documentos allí aducidos de los mismos autores de la persecución, no admiten réplica; y esta obra con la de Barruel, que luego citaremos, fueron la guía y aun arsenal de todos los demás apologistas de la Compañía en aquella época (2).

En los comienzos de la guerra de la Independencia publicó en Santiago una *Proclama a todos los pueblos cristianos*, dirigida principalmente a España y titulada *Único remedio de nuestros males*, D. Manuel Freyre y Castrillón, diputado luego por Mondoñedo en las Cortes de Cádiz. La idea de este papel es, que nuestros males eran castigo de Dios por la destrucción de la Compañía, y por tanto, su único remedio el restablecimiento de ella. «Si la opresión de un solo inocente, dice, clama a Dios venganza ¿cuánto no gritará la de muchos delante del Omnipotente, que es el Padre y Protector de los desgraciados y perseguidos, cuyas

(1) Véase la historia de este libro en *Razón y Fe*, t. XXXII, pp. 199 y siguientes, artículo del P. Enrique Portillo.

(2) Véanse principalmente las páginas 338 363 del tomo I. En la traducción de *La Liga de la Teología moderna con la Filosofía*, por el Abate Bónola, impresa en Madrid en 1798, el traductor añadió al fin algunos párrafos, y en ellos dos pasajes de la correspondencia de Federico II de Prusia, donde habla de «los guardias de Corps» del Papa, y manifiesta su regocijo porque «los han expulsado de España»; pero suprimió las frases intermedias, en que se los llama por su nombre propio de jesuitas. Debió de temer que si hablaba claro, la censura del Gobierno estorbaría la publicación del libro. Aun así, ya que no la impidió, como la de otros muchos que impugnaban el jansenismo, le mandó recoger después.

quejas, lágrimas y suspiros, por más comprimidos que sean, suben y se presentan a su trono inefable?... La Europa ha visto con asombro un gran número de sacerdotes respetables, que habían hecho servicios incalculables a la religión y a la patria, al Estado y a los particulares, sorprendidos, confiscados, expatriados e infamados... No es mi ánimo hacer su apología, superior a mis talentos, estudios, noticias y autoridad. Pero cualquiera ciudadano ¿no tendrá derecho para preguntar por el proceso? Las penas civiles son para contener y escarmentar; el juez que castiga sin publicar el delito con la pena es un asesino... ¿Dónde se ha visto tapar la boca a ningún reo? ¿Intimar a unos ilustres acusados, que la menor apología que salga y que llegue a descubrirse que es de cualquiera de ellos, se les arrancará aquel mezuquino socorro, debido por derecho natural, y sacado de sus propios bienes? ¿Dónde se ha visto aterrar a sus amigos, para ahogar aun sus clamores de compasión, sus menores suspiros, mientras se permite a sus enemigos que acusen victoriosamente a unos mudos ya condenados y se premia a mil mercenarios, para que quiten la honra a los que están ya civilmente muertos?» Para acabar con la religión de Jesucristo se quitó el estorbo de los que principalmente dirigían la educación; pues, justo castigo de Dios, los actuales corruptores de doctrina y costumbres vengán el destierro de los que velaban por su pureza. Los hicimos sospechosos a los Príncipes; y en pena han venido a dominar los enemigos de los Príncipes «y el clero ve el desprecio y el saqueo en pena de su emulación». Con su laxitud de doctrina eran regulares generalmente las costumbres; «con esta supuesta pureza están universalmente corrompidas». Acusáronlos de rebeldes, perjuros y regicidas; «mas apenas vieron a los Príncipes sin estos fieles guardias y Mardoqueos vigilantes, les declaran la guerra, los destronan y los asesinan en infame cadalso». Imitamos a Francia; y Francia es nuestro verdugo. Los Borbones, ¿dónde están? A Córcega fueron deportados, y de Córcega salió el azote de Dios. No fies, patria, en tus fuerzas; aplaca la ira de Dios; «restituye a los damnificados y agraviados; sin este preliminar, la contrición es falsa» (1).

(1) Es de notar que en todo el discurso no se nombra a la Compañía ni a los jesuitas; pero es clarísimo que se trata de ellos. A este papel suyo se refiere el autor en carta escrita en Santiago a 30 de Diciembre de 1815 en que

También se imprimieron los dos memoriales de los ex-jesuitas dirigidos a las Cortes, y aun otro de menos valer presentado por el P. Francisco Javier Mariátegui, haciéndose del que firmaron los PP. Tolrá, Otero y Royo hasta tres ediciones en aquellos años.

Dos obras de antiguos jesuitas, Barruel, francés, y Mozzi, italiano, se tradujeron también en 1812 y 1813, y de la primera además un *Compendio*; y en ambas se atribuye la supresión de la Compañía a la impiedad filosófica, como medio para preparar la ruina de la religión. Ese es el tema del capítulo segundo en el tomo primero de las *Memorias para la historia del Jacobinismo* (1).

Un religioso franciscano, otro capuchino y otro dominico hicieron en sus escritos la misma apología de la Compañía. El P. Fr. José Brotons y Pericas, en su folleto *La revolución en triunfo*, habló más particularmente de la expulsión de España. Expulsión y extinción tocó también de paso el capuchino Fr. Rafael de Vélez, Obispo luego de Ceuta y Arzobispo de Santiago en su *Preservativo contra la irreligión*; y con más vigor y más insistencia el insigne P. Alvarado, el *Filósofo Rancio*, en sus cartas, tan leídas entonces. Se ha hecho célebre a este propósito aquella frase suya, un poco baja, pero expresiva, con ocasión de los fuertes y repetidos golpes que a las órdenes religiosas se venían dando en España, y de las alabanzas que hipócritamente se les tributaban en el decreto de extrañamiento de los jesuitas. «Me acuerdo, dice, de haber oído en el decreto de extinción (expulsión) de éstos muchos elogios de los otros cuerpos religiosos y muchas promesas de protección, confianza, etc. *Pero todo aquello era ras-car el cerdo para que se estuviese quieto mientras le metían el cuchillo*» (2). Esa misma idea expone más de propósito en otra carta. «Apenas pasaron, dice en ella, los primeros días de la expulsión de los jesuitas, y antes que pudiesen olvidarse los estudiados elo-

dice: «Las inauditas calamidades de la patria me inspiraron la idea de que, si su causa podía atribuirse a la persecución de los jesuitas, su restauración era el único remedio para aplacar la visible ira del cielo. Así fui el primero que en 1808 publiqué una apología de esta sagrada orden, que despertó y difundió este pensamiento en los ánimos religiosos» (Al Secretario de la Junta de restablecimiento de jesuitas. Autógrafo en nuestro poder).

(1) Palma, 1813. *Proyectos de los incrédulos...* por el Abate Luis Mozzi. Cádiz, 1812.

(2) *Cartas críticas*, t. II, carta XXVII, p. 92.

gios, que en el decreto fatal se dieron a la fidelidad de los demás cuerpos regulares; empezó a verificarse lo que muchos de los frailes habían oportunamente predicho, esto es, que los golpes se dirigían principalmente al cuerpo de la religión católica; que detrás de los jesuitas debíamos ir todos los demás; y que haber empezado por ellos fué porque en las circunstancias era la corporación que tenía más aptitud para resistir» (1).

Con estas ideas suyas era natural que alimentara también las que expresa en estos regocijados párrafos, dirigidos al célebre jansenista, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, enmascarado bajo el nombre de *Ireneo Nistactes*, con la ocasión que por ellos suficientemente se declara. «Vengamos ahora, Señor mío, a la conversación de la noche de ánimas. Digo *la noche de ánimas* sobre la palabra de usted, porque yo no me acuerdo sino de que fué una noche, no sé si de ánimas, si de cuerpos, si de vivos, si de difuntos. Sucedió, pues, en aquella noche memorable que, versándose nuestra conversación sobre las causas de los males que sufríamos y los remedios que debían ponérseles, tuye yo la sandez de contar entre las primeras la expulsión y entre los segundos la restitución de los jesuitas, fundado en que con ellos podría volver la buena educación, que tanta falta nos hacía. Bien vi que usted se incomodó tanto con esta especie como si desear yo la restitución de este cuerpo fuese lo mismo que restituirlo, o como si restituído hubiese de correr de su cuenta mantenerlo, pero nunca pensé que de esta nuestra conversación hiciese mérito en un escrito público, y muchísimo menos que creyese me mortificaba en hacerlo. Para que vea usted cuánto se ha engañado, digo ahora por escrito lo mismo que, tanto a usted como a todo el mundo, he dicho constantemente de palabra; y añadido; que si la restitución de los jesuitas fuera cosa que pendiese de mi arbitrio, ya ellos estarían en Cádiz, en la Isla, en Galicia, en Murcia y demás países libres de la Península y en toda la extensión de las Américas. ¿Lo quiere usted más claro?» (2).

Omitimos las satíricas páginas de otro seudónimo, casi igual al anterior, *El Filósofo de Antaño*, que en la que tituló *Prodigiosa vida, admirable doctrina, preciosa muerte de los Venerables Hermanos, los Filósofos liberales de Cádiz*, desarrolló en el capítulo V

(1) T. IV, carta XLII, pp. 186-187.

(2) T. II, carta XV, p. 184.

las ideas así indicadas en el sumario: «declaran guerra al estado religioso; logran la destrucción de los jesuitas; maldades y perversas doctrinas de estos frailes; se defiende la conducta de haberlos castigado sin oírlos; y se exhorta a que reclamen sus derechos si se sienten agraviados» (1).

Sobrepujo a todos estos escritos por la autoridad gravísima de los que la subscribían la *Instrucción Pastoral de los Ilustres Señores Obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona al clero y pueblo de sus diócesis*, publicada en Mallorca el 12 de Diciembre de 1812. Huyendo de los franceses, se habían todos refugiado en aquella isla; y noticiosos de la persecución, apenas embozada, que a la Iglesia movían las plumas de tantos escritorzuelos impíos como pulularon en la Península, sobre todo en Cádiz, amparados por la libertad de imprenta, hipócritamente decretada por las Cortes para las materias políticas, más en la intención y en la práctica de los liberales, dominantes en ellas, antes bien para las religiosas; redactaron y firmaron juntos aquella extensa, valiente y jugosa Pastoral, en que presentaron con pruebas contundentes a la vista de sus diocesanos y de la nación entera, la religión católica en España *ultrajada y envilecida en sus ministros por esos escritores; combatida en su disciplina, autoridad y gobierno; atropellada en su inmunidad y decoro; atacada hasta en su misma doctrina; y como conclusión de estos cuatro artículos, amenazada de próxima ruina, si no se atajaba con tiempo la difusión del error* (2). En esa Pastoral estamparon los seis Prelados estas terminantes palabras: «La extinción de los jesuitas fué otro de los medios de que se valió el furor de los filósofos para trastornar la Iglesia» (3), confirmandolas con fragmentos de la correspondencia de Federico II.

Más que estos escritos contribuyó a avivar el dolor por la desaparición de la Compañía de España, aunque llevaba ya de fecha casi medio siglo, y a encender el deseo y la esperanza de su vuelta, la gravedad misma de los males, que fué aumentándose continuamente, y en la época de las Cortes de Cádiz, aun en las regiones libres de franceses rebasó toda medida, mayormente por el desenfreno de la Prensa, ya desembozadamente

(1) El autor firma D. F. A. y B., y publicó su obra por cuadernos, periódicamente, en Cádiz el año de 1813.

(2) Página 14.

(3) Página 182.

impia. No hay más que recordar el *Diccionario Critico-burlesco* de Gallardo y, si se quiere, ver la noticia que de todo esto da el señor Menéndez y Pelayo en los *Heterodoxos Españoles* (1). Así, aun en la cátedra sagrada resonaron acentos, bien amargos unos y consoladores otros. Predicando en Palma de Mallorca en la fiesta de San Luis Gonzaga el R. P. Fr. José Giner, monje jerónimo, el año de 1813, recordó y celebró «la gloria de un Instituto, que la Filosofía y sus amadores nos han pintado con los colores más negros»; y añadió estas significativas palabras: «¡Oh, incautos hijos de Levi, que habéis dado oídos a las voces de esa cruel sirena! Vendrá día en que, descubierta la iniquidad y revelada la injusticia de los malvados trastornadores, lleguéis a conocer que esa piedra, arrancada con tanto estruendo del edificio de la Iglesia, no fué sino para que se desplomara sobre nosotros todo el peso de la ignominia que en el día nos envilece. Pero ella será repuesta con más esplendor y acaso no está lejos este día feliz» (2).

Voces eran estas que descubrían la manera de pensar de una parte de la nación, ya que no digamos de toda; pero como, en último término, el restablecimiento de la Compañía había de venir del poder público, su suerte dependía de los hombres que lo ejercieran; y si bien por entonces lo tenían en sus manos los elementos avanzados, que predominaron en las Cortes de Cádiz, los constitucionales, jansenistas, filósofos o liberales, como entonces empezó a llamárseles, era dudoso si les duraría más de lo que tardara en volver a su trono el Rey D. Fernando; porque ni el pueblo era partidario de los novadores; ni entre los mismos diputados faltaban en buen número enemigos de la Constitución y cuanto ella envolvía y significaba; ni el Rey, a serle posible, la había de aceptar, siendo tan contraria a los derechos de su soberanía. El pueblo todo y el clero en su inmensa mayoría, odiaba aquel nuevo orden de cosas, por razones políticas, sí, pero más por el virus de irreligión con que sin poderlo disimular, le habían emponzoñado sus autores. Con el fin de asegurarlo, cuando en los comienzos de 1814 se supo que Napoleón trataba de poner en libertad a D. Fernando, hicieron que las Cortes ordinarias, aunque ha-

(1) T. III, l. VII, c. II.

(2) Lo consignó él mismo en otro *Sermón* predicado en Valencia en la fiesta de acción de gracias por el restablecimiento de la Compañía, nota décima.

bía en ellas mayor número de realistas que en las extraordinarias, dieran, con otro color, un decreto el 2 de Febrero disponiendo, en conformidad con el dado por estas últimas a 1.º de Enero de 1811, que no fuera reconocido por libre, ni se le prestara obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional jurara la Constitución. Si la hubiera jurado y guardado, si el partido liberal que la había impuesto, aun sabiendo que el pueblo no la quería, hubiera quedado triunfante; la Compañía de Jesús no hubiera sido restablecida en España. Mas el Monarca, siguiendo su natural inclinación; solicitado por los enemigos de aquellas falsas reformas y sostenedores de la religión y de la realeza, que a él se dirigieron, especialmente con la célebre representación de *los Persas*, firmada por sesenta y nueve diputados; apoyado en el pueblo que aborrecía la Constitución y a él le aclamaba con frenético entusiasmo por donde quiera que pasaba, y en el ejército, o a lo menos en algunos generales ardientemente realistas; después de haber dado ya otras señales sobrado manifiestas de sus intenciones, expidió en Valencia un decreto el 4 de Mayo declarando nula la Constitución y cuanto las Cortes habían establecido contrario a la soberanía del Rey, según las antiguas leyes. Este decreto intimado la noche del 10 al 11 de Mayo en Madrid al Presidente de las Cortes, y la prisión, que al mismo tiempo se hizo, de los más significados liberales, bajo las órdenes del Capitán General de Castilla la Nueva, D. Francisco de Eguía, dió al traste con el famoso código doceañista y abatió al partido que lo había formado. El espíritu janсенista, anterior a la guerra con los franceses, acabado de amalgamar durante ella con el marcadamente antirreligioso, filosófico y revolucionario, quedó oprimido por algún tiempo, y dominante el verdadero sentimiento del pueblo español en religión y en política, en religión sobre todo, aquel por el cual, más aún que por el Rey había sostenido la heroica lucha, en que acababa de salir vencedor. Con esto era posible el restablecimiento de la Compañía: no existían ni los principios ni las personas que la habían desterrado. Uno de aquellos subsistía, aunque algo mitigado: el regalismo; y en los capítulos siguientes veremos cómo lo dificultó, ya que no pudo del todo estorbarlo (1).

(1) La lucha de los dos partidos y los hechos indicados en estos últimos párrafos están tomados de la *Historia* anónima de Fernando VII.

CAPÍTULO II

RESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA, PARCIAL EN ESPAÑA Y UNIVERSAL EN INDIAS

1. Primeras representaciones hechas al Rey pidiendo la Compañía.—2. Correspondencia entre el Rey y el Papa.—3. Más peticiones después de la Bula *Sollicitudo*.—4. Se pasan al Consejo de Castilla para que dé su parecer.—5. Sin esperarle se publica el decreto de restablecimiento en los pueblos que lo han pedido.—6. Otro decreto para todas las posesiones españolas de ultramar.—7. Erección de una Junta que entienda en todos los asuntos del restablecimiento.—8. Peticiones de jesuitas posteriores al decreto de 29 de Mayo.

1. No menos pronto que en Roma a la vuelta de Pío VII, se empezó a tratar en Madrid, a la de Fernando VII, del restablecimiento de la Compañía. Ni sólo en Madrid, sino en diversas partes de España, como luego veremos, aun antes de ser conocida la Bula *Sollicitudo*, revocatoria del Breve de su abolición. Allá, sin género de duda, el Sumo Pontífice llevaba este asunto tan en el corazón como el que más, y el restablecimiento fué obra suya, porque de él salió y de nadie recibió el impulso para hacerlo. Las súplicas, que en la bula dice haberle dirigido para este fin prelados y corporaciones de personas insignes, no hicieron nacer en él aquel propósito, sino que simplemente le confirmaron en él. Del Rey de España no poseemos datos para asegurar lo mismo; y aunque por diversas conversaciones suyas con el Nuncio se entiende que abrazó de corazón el proyecto, pero no sabemos si lo concibió él o le fué sugerido por otros (1).

(1) No creemos que hiciera voto de eso en Valençay, ni que siendo muchacho y oyendo hablar de los males acarreados por la expulsión, dijera, animado de superior espíritu, que él había de restablecer la Compañía, como parece haber creído el P. Fr. José María Lazo de la Vega, que lo refiere en la nota

De ninguno de los ministros, que tuvo en el primer período de la restauración, sabemos cuál fuera la manera de pensar sobre jesuitas, ni si propusieron por sí al Rey el restablecimiento, si a lo menos, pedido por otros lo promovieron, o si procuraron estorbarlo. D. Pedro Ceballos, Ministro de Estado durante dos años, desde Noviembre de 1814, lo era también cuando la segunda expulsión de 1801, y parece bastante claro que, o fué el autor de ella, o a lo menos procedió con verdadera enemiga contra los Padres. En 1804 ya notamos cómo se oponía a nuestro restablecimiento en Nápoles. Sin embargo, por el mismo tiempo o poco después escribió el Nuncio que, hablando con él, no dejó de reconocer el gran vacío que la supresión de la Compañía había dejado, y que no se mostraba tan adverso a ella como algún tiempo antes (1). Ahora, para su restablecimiento en España, no tenemos noticia de influjo alguno suyo; y el calor mostrado en algunos de los muchos asuntos consiguientes a él, que tuvo que manejar por razón de su cargo, como lo tocante a la vuelta de los desterrados de Italia, no sabemos si procedía de él o de las órdenes que recibía.

El primero que nos consta haber hecho en la Corte una indi-

35 de su *Oración* de acción de gracias por el restablecimiento. Otra cosa es lo que refiere Godoy en sus *Memorias*: «Poco más arriba hice mención, dice, de la multitud de profecías que ilustraron la venida al mundo del Príncipe Fernando. Su augusto abuelo, el señor Carlos III, las recibió al principio con particular agrado; pero no tardó en notar que las más de ellas no eran en realidad sino medios políticos para censurar santamente varios actos de su gobierno. De las que yo he leído, una tan sólo fué cumplida, y era la que anunciaba que, llegado a ser Rey el augusto recién nacido, restablecería los jesuitas. Carlos III los había expulsado. De aquí fué despacharse a los inquisidores ciertas órdenes muy secretas para hacer callar a los *videntes*. Esto no impidió que corriesen misteriosamente aquellos manuscritos. Quedó la tradición en las familias, entre la plebe principalmente, y fué una de las causas del entusiasmo prodigioso que tenían los pueblos a favor del Príncipe heredero.» (T. III, c. XI, p. 225, nota.) El hecho de haberse publicado tales profecías, o lo que fuesen, lo consigna también el biógrafo anónimo de Fernando VII, (L. VIII, t. II, p. 95.) Pero no hallamos otro testimonio de haberse difundido tanto como aquí indica el Príncipe de la Paz y de haberse conservado vivas en el pueblo; ni menos de que esa fuera una de las causas de su entusiasmo por el Monarca, antes de serlo, y, si eso fuera verdad, también después.

(1) Arch. Vatic., *Spagna*, n. 310; Lettere e Cifre del Nunzio, 1804. San Ildefonso, 30 de Agosto de 1804.

cación clara, aunque tímida, en favor del restablecimiento, y no al Rey directamente, sino al Duque de San Carlos, Ministro entonces de Estado, fué D. Antonio Vargas y Laguna, embajador de España en Roma desde 1801 hasta la usurpación de Bonaparte, que no quiso reconocer; prisionero en Francia por esta causa hasta su caída; y ahora de nuevo nombrado en 28 de Mayo de 1814 para la misma embajada. En una larga exposición, que sobre diversas materias le dirigió a 6 de Junio, decía así en los puntos sexto y séptimo:

«Cuando tuve el honor de presentarme por primera vez a S. M., creí propio de mi obligación el instruirle del modo con que habían obrado todos sus vasallos residentes en Roma. Entonces le expuse que todos los empleados habían dado pruebas evidentes y repetidas de lealtad y de patriotismo. Pero que los ex-jesuitas, hombres sumergidos en la pobreza, olvidados, o por mejor decir, despojados de todos los derechos de nacionalidad, me habían edificado por su celo singular, por su amor hacia su soberano y patria, y por el ánimo impertérrito con que, a pesar de su decrepita edad, supieron despreciar todo género de amenazas y seducciones y arrostrar la prisión, a que fueron sujetos, y la entera pobreza a que fueron abandonados. Estos dignos e inimitables hombres aguardarán con ansia mi llegada, para que alivie sus trabajos y les facilite a lo menos, la tenuísima pensión de que han disfrutado desde la época de su expulsión. Pero ¿se contentará el amor paterno de S. M. con suministrársela? ¿La creería digno premio de su lealtad? Yo no sé cuál es más sensible para el hombre, si la expatriación o la muerte. Pero si he de juzgar por mí mismo, yo miraría la primera como una prolongación de desgracias, y la segunda como un alivio, cesando con ella todos los males. S. M. y V. E., que pensarán como yo, es de presumir que quieran mitigar el rigor de la suerte de estos infelices, o aumentándoles los medios de existir, o permitiéndoles volver al seno de sus familias. Pero ¿convendrá ninguno de los dos temperamentos? El primero aumentaría la extracción del numerario fuera de la nación, y el segundo, aunque lisonjero en la apariencia, no calmaría las inquietudes de los ex-jesuitas, quienes no habrán podido olvidar que, llamados a España en el 1800, volvieron a ser expulsos de ella en el mismo año. No es, pues, de creer que sus dudas puedan disiparse con la sola permisión de regresar. Pero si la conducta de los ex-jesuitas en su larga ex-

patriación, si el honor que han hecho a la nación y a toda Europa con sus producciones literarias, presentan a S. M. algún motivo de pública utilidad en la restauración de su Instituto; entonces el deseo de su restablecimiento animaría a todos a volver a la patria, y el temor de una tercera expulsión se desvanecería enteramente. De todos modos, el socorrer su extrema necesidad a mi llegada a Roma y el vestir su desnudez absoluta, parece propio e indispensable en el piadoso y recto corazón de S. M., y por lo mismo, que se dispongan los fondos convenientes para el objeto. Sobre el otro punto ya he indicado lo que exigen mis deberes como testigo ocular del mérito de los ex jesuitas; y S. M. resolverá sobre él lo que estime justo y útil a sus vasallos; bien entendido que el restablecimiento de su Instituto, hecho por impulso natural y propio del Rey nuestro Señor, lo miro como más glorioso para S. M. y como más apreciable para el público y los interesados (1).

No disimularemos aquí que en el punto a que parece principalmente Vargas referirse, la fidelidad al Rey durante la guerra de la independencia, el mayor número de antiguos jesuitas españoles en Italia creyeron poder en conciencia prestar y de hecho prestaron juramento al intruso y a la constitución de Bayona (2). Cuanto a las tres cosas que representa al ministro, el remedio de la apremiante necesidad en que a la sazón se encontraban, el permiso de volver a España como particulares, y el restablecimiento del Instituto; esto último es lo que empezamos a exponer ahora; lo primero lo tocaremos más adelante; y de lo segundo bastará decir aquí que, habiendo dirigido a la Regencia en 13 de Marzo los residentes en Génova un memorial pidiendo, no autorización para volver, pues sin duda creían tenerla por el decreto de la Junta Central dado en Noviembre de 1808, sino los atrasos de la pensión y algún otro auxilio pecuniario con que salir de la miseria, en que casi todos se hallaban, de la mendicidad algunos, y con que poder volver a la patria los que tenían salud y fuerzas para ello; ya el 22 de Mayo, el mismo Duque de San Carlos lo había despachado, dando, no sólo a los de Génova, sino

(1) Copia en el Archivo de la Embajada de España en Roma cerca de la Santa Sede.

(2) En *Razón y Fe*, t. XXII, Octubre de 1908, p. 193 y siguientes puede verse lo ocurrido con los de Bolonia.

a todos, la licencia de volver, que no habían pedido, y sin decir palabra de los socorros que habían solicitado. Del error pudo ser causa no tener presente el decreto indicado, y no haber visto el memorial mismo, sino una nota con que, no sabemos si oficial u oficiosamente, le fué presentado, en la cual se decía: «Los ex-jesuitas residentes en Italia piden en este memorial un socorro y la licencia de poder pasar a morir a España el que pueda y le convenga», y se hacía de ellos un encarecidísimo elogio (1).

Más expresamente y hablando con el Rey mismo, según parece, hubieron de pedir el restablecimiento de la Compañía algunas otras personas de las que rodeaban al Monarca. No nos consta positivamente del Infante D. Carlos; pero sí que fué muy desde los principios afectísimo a ella, y así puede creerse que aplicaría su favor cerca del Rey su hermano, para que la repusiera en España. El Duque de Montemar, D. Antonio Ponce de León, alumno nuestro en el Seminario de Nobles de Madrid, que conservó siempre y no parece que ocultó su amor a sus antiguos maestros, nombrado ahora Presidente del Consejo de Indias, escribía al insigne P. Juan Andrés el 25 de Agosto, que él y algunos otros particulares habían hablado a S. M. en favor de la Compañía, y que no lo oía mal; pero ni él nos dice, ni por otro lado sabemos, quiénes eran esos otros favorecedores nuestros.

De fuera de la corte empezaron también a venir muy pronto, como antes indicamos, representaciones de Ayuntamientos, cabildos, prelados y particulares, pidiendo expresamente y con grande encarecimiento la reposición de la Compañía en España.

En Sevilla fué donde, según los datos que poseemos, se trató antes que en otra parte de pedir al Rey el restablecimiento de los jesuitas. En 25 de Junio de 1814, el Procurador Síndico segundo, D. Jerónimo López Quintana, presentó en el Ayuntamiento una proposición escrita y bien razonada pidiendo que aquella corporación lo solicitara de S. M.; y en el acto se acordó como lo proponía, disponiendo que con la representación de la ciudad se remitiera copia del escrito del Procurador (2). Algo más tarde, a

(1) A. H. N., *Estado*; 3.518. Memorial y nota con esta resolución al margen: «22 de Mayo. Sépase su número y S. M. permite que puedan venir». Letra y rúbrica del Duque de San Carlos.

(2) Arch. del Ayunt.; *Actas Capitulares*, 1814; fol. 451 452. No conocemos el texto de este memorial; pero de haber sido presentado al Rey nos asegura el Duque de Montemar en su carta citada.

finés de Julio o principios de Agosto, trató también el cabildo metropolitano de hacer la misma petición; pero lo consultó antes con el Nuncio, Mons. Gravina, y éste contestó que todavía no le parecía oportuno (1). Quizá creía el Señor Nuncio lo mismo que por aquellos días escribía el P. Luengo en su *Diario*, y era probablemente idea de otros muchos: que la nación pensaba ya en los jesuitas, pero que la Corte, ocupada en otros gravísimos negocios, no estaba aún para pensar en ellos (2).

Al Ayuntamiento de Sevilla siguió el de Olot, provincia de Gerona; que a 24 de Julio pedía se le permitiese llevar a su término la fundación de un colegio de la Compañía, pendiente desde su extrañamiento, con los bienes que para ese fin había donado Antonio Llopis, vecino de aquella villa. Efecto de aquella suspensión había sido la ignorancia y otros males, cuyo remedio los párrocos, los Obispos y la provincia toda lo tenían cifrado en el restablecimiento de los jesuitas (3).

Del otro extremo de España, de la ciudad de Santiago, elevaba su Ayuntamiento, constitucional todavía, el 19 de Agosto, otra representación al Rey, en que, aprovechando, como decía, los últimos momentos de su duración para darle el parabién y gracias por haber restablecido la Inquisición y los Ayuntamientos legítimos, destituyendo los constitucionales, como aquél, que los concejales protestaban haber formado sólo por evitar mayores males; le manifestaban sus deseos de ver también restablecida la Compañía con estas expresiones: «Si este Ayuntamiento tiene derecho para representar aún en nombre de vuestro pueblo; no cree que pueda concluir más gloriosamente su carrera, que suplicando fervorosamente a V. M. que a mayor gloria de aquel Dios que ha librado a V. M. de tantos peligros, acabe de dar el último golpe a esta Filosofía, que para trastornar a su salvo el altar y el trono, ha expatriado e infamado a sus más valientes defensores. Nuestra corrompida juventud necesita rege-

(1) Carta original del mismo Nuncio de 6 de Septiembre, en las *Actas Capitulares*, Arch. del Cabildo.

(2) T. 48, P. 2.ª, p. 16; día 16 de Julio.

(3) Representación impresa en *El Procurador General* de 16 de Febrero de 1815. En *La Provincia de España*, p. 17, escribimos que Olot había sido la primera en pedir el restablecimiento de la Compañía. En este y en algunos otros puntos rectificamos aquí, con datos seguros nuevamente adquiridos, las noticias inexactas dadas allí.

nerarse (si es lícito usar de una frase filosófica). Más necesidad hay de persuadir que de mandar; de dar instrucciones que de promulgar leyes, las cuales jamás tendrán fuerza, si chocan contra las opiniones. No oiga V. M. a este efímero Ayuntamiento; dignese consultar a aquellos que nuestro buen Dios puso en su Iglesia para antorchas, sobre todo con esos Obispos que acaban de dar al mundo un tan glorioso testimonio de la verdad de su ministerio. ¡Oh Rey suspirado! ¡Oh Fernando, imán de todos los corazones! Si los maestros de Israel no os pidieren con el mismo fervor a los inocentes jesuitas, como unos cooperadores necesarios para desarraigar las venenosas semillas, de que la enemiga Filosofía cubrió en su ausencia todo el campo del Señor, que no menos os tiene a Vos estrechamente encomendado; el Ayuntamiento de Santiago sólo empleará su voz en pedir al mismo Señor conserve a V. M. los muchos años que necesitan sus fidelísimos españoles» (1). Añadamos que el nuevo Ayuntamiento hizo la misma petición en el mes de Noviembre. Porque presentándose al Rey una comisión en su nombre, compuesta del Marqués de Camarasa, de los Condes de Maceda y de Vigo y del R. P. Fr. Manuel Martínez, mercedario, Catedrático de Teología en la Universidad de Valladolid, llevando la voz este último, terminó su alocución suplicando a S. M. se dignara restablecer, en los términos que fuera de su Real agrado, la orden de Padres jesuitas, «famosa, decía, por tantos títulos y capaz de preservar vuestros reinos, por medio de una educación sabia y cristiana, de las anteriores y horribles convulsiones, que le pusieron al borde del precipicio» (2).

Mucho antes que esta representación oficial de la ciudad de Santiago acudió personalmente al Rey con igual súplica otra, que no parece oficial, sino oficiosa, de todo el reino de Navarra, poniendo en sus manos el siguiente memorial: «Señor: los que abajo firmamos, naturales del M. N. y M. L. Reino de Navarra, y residentes en esta vuestra Corte, penetrados de los sentimientos que animan por lo general a sus compaisanos, y para quienes sois el segundo deseado Fernando, a V. M. exponen: que mirando el estado de corrupción a que han llegado las costumbres en

(1) Original en nuestro poder.

(2) Publicado en la *Atalaya de la Mancha*, suplemento a la del 23 de Noviembre de 1914.

medio de las funestas circunstancias que en el orden moral y político han acaecido en aquel vuestro Reino, particularmente desde la dolorosa época de la expulsión de los Padres jesuitas, que con tanto celo cuidaban de la educación político-moral de la juventud, dejándose resentir al paso que en la moral, en las ciencias, artes y oficios; no pueden menos de clamar como lo hacen por su restablecimiento. Parece, Señor, que Dios había dotado singularmente a aquellos varones evangélicos para ingerir sanas ideas en el corazón del hombre, formándole para todos los estados. V. M. mismo es el mejor garante de esta verdad, sólo con que extienda la vista por sus ejércitos, sus tribunales, sus secretarías, sus ministerios y por el clero mismo. En todos estos ramos habrá observado V. M. cuán fieles le han sido todos los vasallos que de sus escuelas, como de una fuente dulce y clara, salían a fertilizar vuestra monarquía.

Vuestros fieles navarros, Señor, miran con el mayor placer el acierto con que V. M. dirige sus providencias y se congratulan en ello; pero al mirar la del restablecimiento de la Santa Inquisición, sus ánimos conmovidos prorrumpen en acciones de gracias al Dios de las misericordias, no sólo por el bien que una tal providencia trae sobre la Iglesia y las costumbres, sino que en ella miran segura e imperturbable vuestra corona. Va V. M. reedificando el demolido templo de la monarquía; empero echamos menos aquellos operarios, que tan útiles fueron al Estado en su prosperidad, como sumisos en obedecer las órdenes de su Rey y Señor, y sigilosos y resignados en sufrir las imposturas proclamadas por sus enemigos.

Es constante, Señor, que a su expulsión se resintieron la Iglesia y la monarquía, y los funestos resultados que la Europa toda, y particularmente la España, ha experimentado desde entonces, son bien notorios. Las costumbres, Señor, están en tal estado, que deben ocupar la soberana atención de V. M.; pues en valde se establecerán las leyes para aquellos vasallos que desconocen hasta el modo de llenar sus deberes; y sola la educación puede hacer más progresos en esta parte, que todas las otras precauciones que están al alcance de las leyes y del imperio.

No podemos negar, Señor, que los jesuitas llegaron a perfeccionar esta primera ciencia de la dirección del hombre, y por tanto,

A V. M. sumisamente suplican que, por cuanto en aquel vues-

tro reino no hay establecimiento público donde la juventud pueda formarse de un modo conveniente a la Iglesia y al Estado; disponga V. M. a la mayor posible brevedad que vuelvan dichos Padres jesuitas a encargarse de un ramo tan precioso como necesario, con lo demás que V. M. tenga por conveniente; pues en ello, no sólo recibirán una prueba de las benéficas miras de V. M. sobre aquel su siempre leal reino, sino que servirá una tal providencia para cerrar las profundas llagas que han abierto la pésima doctrina y los sistemas revolucionarios, que con dolor de todos los buenos han cundido demasiado en la desastrosa época de que la divina misericordia acaba de libertarnos.

Así lo esperan conseguir de la conocida piedad, celo y religión de V. M., por cuya conservación piden incesantemente al Todopoderoso. Madrid, 21 de Agosto de 1814» (1). En las breves razones con que el sujeto señalado para hablar al Rey le presentó este escrito, manifestó que lo ponían en sus manos bien persuadidos de que los sentimientos con que lo hacían eran los mismos de su piadoso y Real corazón. No quiso disimularlo S. M., y en el acto le interrumpió diciendo: «Si lo son» (2).

La verdad que encerraban estas palabras lo confirmaba el Nuncio de Su Santidad pocos días después. Llegó a sus manos el 5 de Septiembre la Bula de restablecimiento universal de la Compañía, remitida por el Secretario de Estado; y como al día siguiente diera esta noticia al Rey presentándole un ejemplar impreso, S. M. se mostró muy complacido, se quedó con ella para leerla, se la alabó mucho en audiencia del día siguiente y, lo que valía más que todo, al tiempo mismo de recibirla, le dijo que ya él tenía pedido a Su Santidad aquello mismo para España (3). No era, en verdad, todavía una petición formal la que había hecho a Su Santidad; pero podía mirarse como equivalente, y las palabras del Rey al Nuncio no dejan duda de que tenía ya tomada la resolución de restablecer la Compañía en sus estados.

2. En efecto, con fecha de 16 de Julio, cuando no había podido llegar aún a sus manos ninguna de las referidas repre-

(1) Publicado en *El Procurador* del 9 de Septiembre de 1814.

(2) *El Procurador* en ese mismo número.

(3) Arch. Vatic.; *Mgre. Nunzio Gravina al Cardinale Segretario di Stato*, 1814, n. 26. Original. Madrid, 8 de Septiembre de 1814. Carta del Nuncio, antes citada, al Cabildo de Sevilla.

sentaciones pidiéndoselo, si no es la del Ayuntamiento de Sevilla: en carta confidencial al Sumo Pontífice, congratulándose con él por su libertad y recomendándole para el capelo al insigne Obispo de Orense y a los auditores de Rota D. Francisco Gardoqui y D. Dionisio Bardaji, le escribía sobre este asunto:

«Con objeto de promover el bien de la religión, hace días que medito sobre el restablecimiento de los ex-jesuitas en mis dominios. Estos son unos hombres que con su conducta han debilitado, si no destruido enteramente, todas las acusaciones. Ellos, según me ha informado Vargas, se han distinguido en todas épocas por su lealtad y amor para con Vuestra Santidad y para conmigo; ellos han sido irrepreensibles en su conducta en todos tiempos; ellos, aunque humillados y pobres, no han cesado de cultivar las ciencias y de ilustrar con sus obras mis reinos y la Italia; por último, su abolición dió margen a la propagación de las doctrinas destructoras del orden social y de toda soberanía; contra ellos se dirigieron los primeros golpes de los pseudofilósofos para dominar sin oposición, haciéndose dueños de la educación pública, la cual enseña al hombre sus deberes para con Dios, para con el soberano y la patria; relaciones que, desenvueltas y enseñadas según los verdaderos principios, forman la felicidad recíproca de los soberanos y súbditos; pero que, alteradas como se ha hecho desde largo tiempo, producen las funestas consecuencias, que nosotros mismos y nuestros súbditos hemos debido llorar.

Que los jesuitas adoptaban otras opiniones parece indudable. Sin embargo, el respeto debido a nuestros predecesores me hace dudar, si su restablecimiento absoluto sería ventajoso a la Iglesia y al Estado, y si él produciría los efectos saludables que yo trato de promover. Vuestra Santidad, a quien incumbe más directamente la propagación de la verdadera doctrina y la extirpación de la nociva; Vuestra Santidad es la que más puede ilustrarme sobre el particular. Dígnese, pues de manifestarme su modo de pensar, esto es, si conviene restablecer aquella religión y si es necesario hacer en ella alguna reforma. Este dictamen lo miraré como un consejo saludable, que quedará sepultado en el corazón de Vuestra Santidad, en el mío y en el de nuestros respectivos Ministros» (1).

(1) A. H. N., *Estado*, leg. 3.448. Este ejemplar, del cual, como al pie se dice, se sacó el original enviado a Roma, lleva la fecha de *26 de Junio*; el ori-

La duda aquí expuesta sobre la conveniencia del restablecimiento, fundada solamente en el respeto debido a Carlos III y a Clemente XIV, si de verdad era más que pura fórmula de respeto, pudo quedar deshecha con la Bula que, llegada a manos del Rey mientras Vargas hacía su viaje a Roma llevando esta carta, fué recibida seguramente como respuesta a ella implícita y anticipada. De la expresa que luego dió Pío VII con el mismo carácter confidencial, no conocemos el texto; pero el Cardenal Pacca, Secretario de Estado, escribía al Cardenal Consalvi, Plenipotenciario de la Santa Sede en el Congreso de Viena, la sustancia de ella, reducida a que él, en sus Estados Pontificios, había restablecido la Compañía conforme a la regla dada por San Ignacio y aprobada por Paulo III; que se había reservado la facultad de introducir en adelante todas las modificaciones de que se viera haber necesidad; y con esto, que siguiera S. M. sin recelo alguno la divina inspiración (1).

Las expresiones de la Bula, con las cuales el Papa extendía a todos los Estados la facultad de restablecer la Compañía, otorgada antes a Rusia y a Nápoles, y recomendaba encarecidamente la orden misma y todós sus individuos a los Príncipes y Prelados, parece que podía bastar a cualquiera de ellos para llamarla a sus diócesis o reinos, sin otro recurso al Vicario de Cristo; y la ligera perplejidad de Fernando VII, si realmente la tenía, pudo desaparecer, y sin duda desapareció con la respuesta de él recibida posteriormente. A pesar de eso, en nueva carta confidencial de 17 de Octubre, dándole gracias por algunos favores recibidos de Su Santidad, expresaba su propósito de pedir y su esperanza de obtener algunos otros, entre ellos «el restablecimiento de la Compañía de Jesús, tan necesaria, decía, en la actualidad para el cuidado de la educación, que es el principio de la reforma de las costumbres» (2). No entendemos, a decir verdad, el porqué de esta petición. El echar la Compañía de Espa-

ginal mismo, que se conserva en el Arch. Vatic., tiene la de 16 de Julio. ¿No será esto prueba suficiente de que ya en aquella primera fecha estaba redactada la carta y resuelto, como por ella se ve claramente, el restablecimiento de la Compañía?

(1) Arch. Vatic.; *Carteggio del Cardinale Pacca col Cardinale Consalvi*, 1814-1815, n. 106. Original en cifra. Roma, 8 de Octubre de 1914.

(2) Arch. Vatic.; *Lettere de' Sovrani al Papa Pio VII*. Original autógrafa.

ña no debió hacerse, y se hizo, sin contar con la Santa Sede, y sabiendo que era, y precisamente porque era un fuerte golpe contra ella. Para reponerla, después del Breve de abolición, si era necesaria la anuencia del Sumo Pontífice; pero publicada la Bula de su restablecimiento universal, lo único que pudieran requerir las buenas relaciones entre ambas potestades era la previa comunicación del proyecto, con deseo de que fuese del agrado del Jefe de la Iglesia, aquí ya bien conocido. Tal vez no fuera sin fundamento la voz esparcida entonces y llegada a Roma, donde la recogió el P. Luengo, de que el Rey quería tener, no bastando la Bula *Sollicitudo*, otro documento pontificio particular para España, con el cual pudiera mejor vencer la oposición que preveía o acaso experimentaba ya en la ejecución de sus intentos (1). Ello es que, en efecto, escribió oficialmente al Papa sobre este asunto en fecha y términos que no conocemos; y a 15 de Diciembre le dirigió Su Santidad en respuesta un Breve magnífico, que, aunque ya conocido, creemos deber insertar integro en este lugar:

«Carísimo en Cristo Hijo nuestro; salud y apostólica bendición.

No encontramos palabras con que expresar la grande alegría de Nuestra alma en el Señor, al saber por cartas de V. M. que había sido muy de su agrado Nuestro intento de restablecer, como lo hicimos por la Constitución de siete de Agosto último, la Compañía de Jesús, y que V. M. tenía también ánimo de llamarla a sus estados. Bien ciertos estábamos, atendidas las justísimas causas que a ello Nos movieron, de que todos los fieles habían de recibir con inmenso júbilo Nuestra determinación de restablecer un Instituto tan provechoso y por tantos Romanos Pontífices, predecesores Nuestros, recomendado, aprobado y confirmado; pero ha colmado Nuestro gozo el entender que ha sido del agrado y aprobación de V. M., Carísimo en Cristo Hijo Nuestro, cuya cristiandad, sabiduría y prudencia justamente admiramos.

Motivo principal de Nuestro contento es la grande esperanza concebida de que los estados de V. M. han de reportar abundantísimos bienes de la vuelta a ellos de los religiosos de la Compañía. Porque bien sabido es por larga experiencia que no sólo esparcen buen olor de Cristo por grande espacio en torno suyo con

(1) *Diario*, t. 48, P. 2.ª, p. 398; 17 de Diciembre de 1814.

su ejemplar vida conforme a las máximas del Evangelio; sino que además trabajan con todas sus fuerzas en la salvación de las almas. Y como para conseguirla juntan en uno con el bien vivir los recursos de todo saber; es de grandísimo fruto su trabajo en propagar la religión y defenderla de los ataques de los impíos, en corregir las costumbres corrompidas de los pueblos, y en formar la juventud en todas letras y virtudes cristianas. Por eso no podemos en manera alguna dudar de que, repuesta en los dominios de V. M. la Compañía, y aplicándose a los ministerios propios de su Instituto, reflorearán y se arraigarán en ellos cada vez más el saber, el amor de la religión católica y la pureza de costumbres. De aquí nacerán otros muchos bienes: el amor y obediencia debidos al Soberano; la unión inalterable, la paz, la seguridad de los vasallos; en una palabra, la felicidad pública y privada de los pueblos sometidos a la autoridad de V. R. M.

Así, pues, hijo nuestro en Cristo amadísimo, no sólo con V. M., sino también con toda la nación española, nos congratulamos por tantas y tan grandes ventajas como ha de proporcionarla V. M. llevando a efecto el propósito de restablecer en ella la Compañía de Jesús; y tenemos particular gusto en que sea esa nación, de Nos singularmente amada en el Señor por su apego inquebrantable a la religión católica, y por tanto como le debemos Nos y esta Nuestra Sede Apostólica, de las primeras del mundo en percibir los provechosísimos frutos, que con el restablecimiento de tan loable Instituto quisimos Nos proporcionar a todos los fieles.

Por eso también sin titubear aseguramos a V. M., que si restablece en sus dominios esta Compañía, fundada por un Santo, San Ignacio, español de sangre y de nacimiento; ilustrada por tantos otros y tan insignes españoles con sus muchas letras y virtudes, y tan benemérita de España entera; lo recibirán sus pueblos como un nuevo beneficio de V. M., no inferior a ninguno otro de los muchos y grandes que de su bondad y providencia tienen recibidos. Con él encadenará V. M. a su sagrada persona más fuertemente sus floridísimos reinos de España; por él se acrecentará sobremanera entre todos los buenos la gloria de su nombre y alcanzará entre los venideros memoria perdurable; por él, en fin, y es lo principal, serán colmados sus méritos delante del Señor.

Y porque con todas veras deseamos a V. M. tanto bien; con las mismas le exhortamos a que ponga por obra cuanto antes su utilísimo y religiosísimo proyecto. Para que así lo pueda hacer con el favor divino y con toda felicidad, damos a V. M. y a toda la Real familia afectuosísimamente la Apostólica bendición» (1).

Este Breve hubo de llegar a Madrid los primeros días del año de 1815; pero no bastó para que el Rey o quienes en este asunto le aconsejaban, se decidieran a poner por obra sus buenos propósitos, a pesar de que también iban llegando en buen número a sus manos memoriales o representaciones de prelados, cabildos y ayuntamientos, pidiendo la reposición de la Compañía en España, como parece que lo deseaban, y es natural que lo desearan para apoyar también en ellos su resolución.

3. Los que antes hemos referido, precedieron a la Bula *Sollicitudo* o su noticia en España, y debe por eso reconocérseles particular mérito. El del Ayuntamiento de Madrid, aunque no se despachó hasta el día 13 de Septiembre de 1814, pero fué acordado al día siguiente de haber llegado la Bula, no sabemos si ya con conocimiento de ella. Probablemente fueron escritos sin saberse aún lo hecho por el Papa, otros varios procedentes de Galicia, que a 20 del mismo mes puso en manos del Rey, D. Manuel González Montaos, diputado por aquella región en las Cortes ordinarias de 1814, y a la sazón regidor del Ayuntamiento de Madrid. Dirigíanlos «el cura párroco de las parroquias unidas de Santa María de Morquintían y Santa Leocadia de Frigue, de las de San Martín de Touriñán y su unida San Cristóbal de Nemiña, y los más sacerdotes y vecinos de ellas» en el partido de Corcubión, el Arcipreste y clero del Arciprestazgo de Moraña y «los Procuradores Síndicos del Ayuntamiento» de aquel pueblo, «del de Sayans, de la villa y partido de Caldas; el de la jurisdicción de Baños y el del Campo y Fragas, existentes en el Arciprestazgo de Moraña», provincia entonces de Santiago (2).

(1) El original latino está en el A. H. N., *Estado*, leg. 5.751. Traducciones su publicaron entonces en periódicos y en hojas sueltas.

(2) Tomamos éste y otros datos de un expediente que hay en el A. H. N., *Estado*, 3.517, rotulado de este modo: 59-Corte-Jesuitas-1815; en cuyo folio 26 se encuentra una *Nota de las representaciones que se han remitido al Consejo con Reales órdenes de S. M. y se pasan a la Real Junta creada por Real decreto de 19 de Octubre último, para entender en el restablecimiento de jesuitas en las ciudades y pueblos que le han pedido, conforme a lo acordado por*

Más autorizada que la de aquellos pocos pueblos de Galicia fué otra representación que por acuerdo de 10 de Septiembre, sin conocer tampoco todavía probablemente el restablecimiento universal de la Compañía, elevó el 12 a los pies del Trono la Junta General del Señorío de Vizcaya, pidiendo autorización para poder «restablecer en él los colegios de esta orden, que trabajasen con todo el celo propio de este Instituto en la instrucción de la juventud y en formar las costumbres públicas, por ser éstas el baluarte de la religión y el principal apoyo del Trono» (1). Petición semejante hizo el 19 del mismo mes la Provincia de Guipúzcoa para su territorio, y sin esa limitación para todos los dominios de S. M., un día después, D. Juan Bautista de Aguirre, como Diputado General de su Arciprestazgo mayor (2).

En éstas y en otras muchas de aquellos días y de los meses siguientes ya se menciona la Bula, que sin duda aumentó en corporaciones civiles y eclesiásticas la esperanza de acogida y despacho favorable. Así fueron dirigiéndolas sucesivamente en fechas que conocemos los Ayuntamientos: de Barcelona, 13 de Septiembre; Mallorca, 19; Murcia, 24; Valencia, 7 de Octubre; Cádiz, 24; Coruña, 17 de Noviembre; Jaén, 22; Málaga, 25; Tarra-gona, 2 de Diciembre; Graus, 11; Pontevedra, 14; Baeza, 17; Burgos, 7 de Enero de 1815; Toledo, 9 de Febrero; Azpeitia, 24; Córdoba, 19 de Abril, habiéndose adelantado a este último Ayuntamiento una numerosa comisión de vecinos de la misma ciudad, 25 de Diciembre; y seguido al de Valencia separadamente el Síndico personero de la ciudad, D. Antonio Ferrando Gil, 31 de Enero.

Hicieron lo mismo los cabildos eclesiásticos de Mallorca, 14 de Septiembre; Manresa, 20; Sevilla, 24; Burgos con su Arzo-

dicha Real Junta en 22 de este mes y a lo resuelto por el Consejo en 29 del mismo. Estas representaciones de Galicia creemos que son las presentadas por el señor Montaos en 20 de Septiembre, por no hallar otras a que pueda aplicarse la expresión *reverentes exposiciones de muchos de los buenos habitantes de aquel reino*, empleada por él al presentarlas. Véase la *Atalaya* de 4 de Noviembre de 1814.

(1) Biblioteca de la Diputación de Vizcaya. *Acuerdos de Diputación y Juntas generales de 1810 a 1814.*

(2) Copia auténtica de esta última representación en nuestro poder; de la primera en el Arch. Prov. de Guipúzcoa; *Copiador de cartas desde 22 de Julio de 1814 hasta 30 de Junio de 1815.*

bispo, 27; Cádiz, 4 de Noviembre; Málaga, 12; Pamplona con su Obispo, 16 de Enero, y Barcelona con el suyo aquel mismo mes; y los Reverendísimos Prelados de Tarragona, 21 de Octubre; Tírruel, electo de Granada, 1 de Noviembre; Santiago, 15; y Lugo, Febrero de 1815, a los cuales debe añadirse el conocido Vicario Capitular de Cádiz, D. Mariano Esperanza, 27 de Septiembre, y el Vicario General de Capuchinos «por sí y con el voto de todas las provincias de su orden, sitas en la católica y vasta dominación de S. M.», 12 de Febrero.

Finalmente en fechas desconocidas, pero que son cuatro del año catorce y cuatro del quince, acudieron también al Rey pidiendo la vuelta de la Compañía a España los Obispos de Orihuela, nombrado ya Patriarca de las Indias; Calahorra, Ibiza y Lérida; el Ayuntamiento de esta última ciudad y los de Manresa y Pollensa, villa de la Isla de Mallorca, y el Cabildo Colegial de Cerbera en Cataluña.

Buen número de estas representaciones se publicaron en dos periódicos de la época: *Atalaya de la Mancha en Madrid*, dirigida por Fr. Agustín de Castro, monje jerónimo; y *El Procurador General del Rey y de la Nación*, que dirigía D. Justo Pérez Pastor, decididos realistas ambos y defensores de la Compañía, por cuyo restablecimiento trabajaron, no sólo con la propaganda de esos documentos, sino también con artículos propios y comunicados. Anterior a todas las representaciones que hemos citado, es uno de *El Procurador* de 19 de Junio sobre *Educación*, en que ponderada su importancia y la necesidad particular que entonces había de ella, continuaba diciendo: «Pero ¿a qué manos se entregará la educación de la juventud? Tu virtud, excelso Fernando, me anima a proponerte un medio, que en otro tiempo hubiera sido un crimen proponerlo; tal es el restablecimiento de los Padres de la Compañía de Jesús. A éstos, pues, pido que se les restituya a España, no como particulares, sino cómo cuerpo, devolviéndoles sus casas, aunque algunas de ellas necesitan de purificarse de los miasmas de doctrinas corrompidas, que se han pegado a sus paredes.»

No sólo desde las columnas de los periódicos, mas aun desde la cátedra del Espíritu Santo hubo quien advirtió al Rey de la conveniencia de restablecer la Compañía. Murió en Viena aquel mes de Septiembre la Reina de las dos Sicilias, María Carolina; hízole a 8 de Noviembre honras fúnebres nuestra Corte en San

Francisco el Grande; y el orador, aquel mismo P. Fr. Manuel Martínez, mercedario, que dijimos había hablado al Rey en representación del Ayuntamiento de Santiago, después de elogiar a la Reina por haber restablecido la Compañía en las dos Sicilias, confiándole la educación de la juventud, añadió con énfasis: *Audite ergo, Reges, et intelligite*. Diríase que el genio sublime de María Carlota os marcaba la senda... para resucitar lo que el filosofismo destruyó. *Intelligite*. Señor, cuando hablan los hechos, el orador no ha menester más que insinuarse (1).

Por lo poco que de esas cincuenta y tantas representaciones hemos trasladado a estas páginas se puede entender la sustancia de todas. Conocemos el texto de las dos terceras partes; y de ellas apenas hay una que no lamente la decadencia de la educación de la juventud con la consiguiente corrupción de las costumbres, que va cundiendo espantosamente. Han penetrado también no poco en el reino las doctrinas revolucionarias; y hombres imbuidos en ellas han combatido y combaten la religión y el trono, conjurados para destruir esas instituciones tan augustas, y arraigadas en nuestro pueblo. Los gravísimos trastornos en el orden político y religioso ocurridos en España y con más extensión en otras naciones, son fruto de aquellas doctrinas y ejecución de esos planes, concebidos por los llamados filósofos y favorecidos por los jansenistas, todos ellos enemigos irreconciliables de la Iglesia y de los Reyes. Todos esos males datan y proceden de la desaparición de la Compañía de Jesús. Era el más firme baluarte de la religión y de los tronos; porque con sus ministerios todos, y principalmente con la educación de la juventud en sus colegios, mantenía vivo en los pueblos el espíritu religioso y en vigor la subordinación y fidelidad de los vasallos a sus Reyes. La impiedad conoció que no podía prevalecer mientras ella subsistiera; y le declaró guerra a muerte; y se la dió valiéndose con hábil astucia y refinada malicia de los mismos Príncipes a quienes se proponía con eso privar de sus más fieles y aguerridos defensores. Triunfó con su abolición. Roto aquel dique, se desbordó el torrente de males que hemos presenciado. El Sumo Pontífice, buen conocedor del misterio de iniquidad que encerraba en sí la destrucción de la orden; después de restablecerla primero en Rusia y luego en Nápoles, acaba de hacerlo en la universal

(1) *Elogio fúnebre*, p. 24.

Iglesia para que vuelva a trabajar como antes en la reforma de las costumbres, en la defensa de la religión, en la impugnación de la filosofía y del jansenismo, en la educación cristiana de la juventud. V. M., llamado por Dios a restaurar en España cuanto la revolución ha destruido, tiene comenzada gloriosamente su obra con el restablecimiento de la Inquisición y con otras providencias saludables. Dé ahora el golpe decisivo a la impiedad, restableciendo la Compañía. La Inquisición reprimirá a los protervos, ahogará los errores esparcidos, pero eso no basta; es necesario preservar de ellos a las nuevas generaciones; y esto solamente la Compañía lo hará con la buena educación de la juventud, en que es insustituible. Reponiéndola en España, V. M. hará su nombre glorioso y se atraerá las bendiciones de todos los buenos españoles.

4. Hasta el 2 de Noviembre no sabemos que el Rey diera paso alguno oficial en el asunto del restablecimiento, si no es el antes referido, consultando al Sumo Pontífice. Aquel día, el Ministro de Gracia y Justicia, D. Tomás Moyano, pasó al Consejo de Castilla varias de las representaciones hasta entonces recibidas, con Real orden de que propusiera a S. M. lo que en vista de ellas se le ofreciera (1). El 14 de aquel mes, el 3 del siguiente, y después según llegaban, le fué remitiendo las demás para el mismo intento; y a más de eso, el Ministro de Estado, a 11 de Enero de 1815, pasó también copia del Breve de Su Santidad, arriba inserto, diciendo que era respuesta a consulta que el Rey le había hecho para proceder con todo acierto en el gravísimo negocio del restablecimiento de la Compañía, y que S. M. encargaba al Consejo la mayor brevedad posible en el despacho de la que a él le tenía pedida sobre lo mismo (2). A su Presidente, que excusaba la tardanza con los muchos negocios a que era preciso atender, había replicado el día anterior el Rey de palabra, según parece por carta del Nuncio, a quien al poco tiempo, en audiencia de aquella misma mañana se lo contó, que quería que al de los jesuitas se diera la preferencia sobre todos los otros (3). Tal vez

(1) A. H. N., *Estado*, 3.517. *Corte*.—*Sobre el restablecimiento de la orden de la Compañía*.—1814; fol. 1. Original.

(2) Leg. citado. 4.—*Corte*.—*Compañía de Jesús*.—1815.—Original.

(3) El Nuncio al Cardenal Pacca, 15 de Enero de 1815. (Arch. Vatic.; *Segreteria di Stato*, 1815. Original).

por esta causa, ese mismo día, 10 de Enero, puede decirse que empezó a moverse el asunto en el Consejo; porque los tres fiscales de él, encargados de estudiarlo y dar su dictamen, respondieron aquel día, conformes los tres, que para poderlo dar con el debido conocimiento, necesitaban ver la consulta del Consejo extraordinario, de que dimanó el decreto de expulsión, con los demás papeles que hubiera relativos a esta materia, y también la Bula de restablecimiento, mencionada en alguna de las representaciones dirigidas al Rey; por tanto, que se hicieran buscar y se les pasaran esos documentos (1). No pareció la consulta del extraordinario de 29 de Enero de 1767, pedida por los fiscales, sino uno sólo que llaman capítulo de ella y contenía la parte dispositiva cuanto a la ejecución de la sentencia de extrañamiento (2). En cambio se encontró otra, hecha por una Junta especial, mandada formar de varios ministros y consejeros para que diera su parecer sobre la primera (3). Del Consejo extraordinario parecieron otras, de 30 de Abril de 1767, sobre la respuesta que había de darse a la sentidísima de Clemente XIII, cuando Carlos III le avisó el extrañamiento de la Compañía de todos sus dominios, después de haberlo ejecutado; de 30 de Noviembre del mismo año, sobre promover la extinción de toda ella de concierto con Francia; de 21 de Marzo del siguiente, sobre los medios que para lograrla habían de emplearse, examinando los propuestos por la Corte de Lisboa; y con ellas una exposición sumaria de los excesos atribuidos a los jesuitas, copia de la que se envió al Sumo Pontífice para moverle a suprimirlos en todo el mundo (4). Estos documentos, además de la Pragmática de extrañamiento y el Breve de extinción, con algún otro papel de poca importancia para el caso, fueron los que se encontraron en las secretarías de Gracia y Justicia y primera de Estado, y los respectivos Ministros los pasaron al Consejo a 11 y 17 de Febrero. Dos días después, el primero le daba en nombre del Rey orden de evacuar lo más pronto posible la consulta que le estaba pedida (5). A pesar de eso, iban pasando Marzo, Abril y Mayo,

(1) Leg. citado, *Sobre el restablecimiento*; fol. 4. Original.

(2) Puede verse impreso en Danvila, t. III, apéndice n. 2.

(3) La publicó D. Modesto Lafuente, *Hist. de España*, P. 3.^a, l. VIII, c. VI, t. X, p. 384.

(4) Hállanse ahora impresas en Danvila, t. III, apéndice nn. 3, 7, 8, 9.

(5) A. H. N., leg. citado, *Sobre el restablecimiento*; fol. 13. Original.

y la consulta no era presentada. ¿Puede culparse de moroso al Consejo y de retardarla de propósito por desafecto a la Compañía? Así parece que pensaba el Rey, según lo que dijo al Nuncio y éste escribió a Roma en 15 de Enero (1). Sin embargo, más bien parece que no. El Consejo tenía que oír a los fiscales; de los tres, dos habían comenzado a serlo cuando ya estaba en curso este expediente; y el que por esto quedaba en primer lugar, don Francisco Gutiérrez de la Huerta, tenía consigo todos los papeles que lo formaban, de suerte que ellos nada podían hacer, y el Sr. Huerta estaba trabajando con verdadero empeño el luminoso y voluminoso dictamen, que más tarde veremos. No parece que hubo otra causa de este retraso; y en el Sr. Huerta no se puede sospechar que fuese voluntario, ni aun por poca diligencia en el trabajo. Con todo, el Rey y los que cerca de él promovían el restablecimiento de la Compañía en España, ya fuera por sospechar malicia en aquella tardanza, ya por no sufrirla más, aun reconociéndola inculpable, o más verosímilmente, por saber que en el Consejo había quienes, llegada la ocasión, si lo dificultarían y retardarían no poco, si es que no lograban estorbarlo; se propusieron sacar el asunto de sus manos. Con este fin presentaron al Rey varios Obispos una petición colectiva, en que después de algunas consideraciones semejantes a las de los memoriales anteriores sobre la Compañía, le rogaban que para colmar la alegría de los españoles por el próximo día de su santo, mandara en él formar una comisión especial encargada de promover su pronto restablecimiento. He aquí este memorial firmado el 16 de Mayo.

«Señor: Los Obispos, que abajo firmamos, nos llegamos a los pies de V. M. con la confianza de ser oídos nuestros votos en la materia más importante que a una toca a la seguridad del trono de V. M. y al depósito sagrado de la fe y disciplina que Dios y V. M. nos han encargado.

Una mano oculta, pero funesta, hizo desaparecer de nuestro reino católico dos Corporaciones célebres: los colegios mayores y el Instituto de los hijos de Ignacio, enlazados entre sí con los vínculos que inspira la virtud y probidad. No se conformaban con las ideas desoladoras, que empezaban a plantearse entre nosotros; unos y otros fueron derribados con buena fe de los pro-

(1) Arch. Vatic.; carta y lugar citados.

pios y perversos designios de los extranjeros; y su resultado no ha sido otro que los tristes recuerdos de aquello que fuimos. Los que cooperaron a tan amarga escena, muy luego sintieron los tormentos de su conciencia; y si no tuvieron valor para retratarse públicamente, a lo menos nos dejaron señalados testimonios de la flaqueza humana, cuando no la anima el más puro amor hacia el mejor servicio de Dios y de V. M., como verá en las cartas que acompañamos del Arzobispo de Burgos, uno de los que formaron el Consejo extraordinario.

V. M. ha señalado su acendrado amor por la justicia, restableciendo los colegios mayores y deseando el momento de hacer lo mismo con los jesuitas. La juventud, Señor, que se ha criado en estos tiempos desgraciados, se ha retocado del aire contagioso del siglo, y no podemos fiar la enseñanza sino a los muy raros y escasos que ha preservado la gracia del Señor. No podemos responder ni a la confianza de V. M., ni a los cargos del Supremo Pastor de las almas, si no procuramos resucitar las doctrinas sanas y verdaderas, que al par que consagran la obediencia y respeto a los tronos, nos hacen sumisos a los dogmas y disciplina de nuestra santa religión. Nada más propio para tan importante objeto, que llamar al seno de la patria los cortos restos de unos hombres desechados, pero que en su mismo destierro han dado las pruebas más heroicas de su virtud y humilde resignación. El día de San Fernando, día de gozo para todos los españoles, será todavía más glorioso, si V. M., oyendo las ansias de todos los pueblos y nuestros votos, manda crear una Comisión para su pronto restablecimiento, como lo ha ejecutado con los Colegios Mayores. ¡Ah, Señor! ¡Qué extraordinario júbilo resonará en todos sus vastos dominios! Sólo se estremecerá aquella secta astuta, que sólo vive en el desorden y trastorno de la sociedad. Por nuestra parte los admitiremos en nuestros seminarios conciliares, muy complacidos en tener unos colaboradores laboriosos, que sirvan a Dios y a V. M., pidiéndole al mismo tiempo con sacrificios incesantes por que derrame sus misericordias y guarde muchos años su Católica Real Persona» (1).

(1) En la única copia que conocemos y poseemos de este documento faltan las firmas. De su autenticidad tenemos por señal bastante esta nota que lleva de mano del P. Zúñiga: *1815. Representación de los Obispos por la Compañía.*

Esta representación no sabemos que fuera pasada al Consejo, como las otras. A falta de datos positivos sobre lo que se hizo con ella y sobre los pasos por donde se llegó al término que vamos a ver, conjeturamos que, o se encargó de ponerla en manos del Rey su confesor, D. Cristóbal Bencomo, o puesta acaso por alguno o algunos de los Obispos firmantes, presentes en la Corte, S. M. se la remitió pidiéndole parecer; y el confesor, que sin género de duda era uno de los más empeñados en este asunto, y por indicios, que más tarde aduciremos, parece haber sido el árbitro en todo lo tocante a la Compañía; no contento con la Comisión pedida por los Prelados para acelerar su restablecimiento, lo que hizo fué proponer al Rey el restablecimiento mismo para el día de San Fernando, sin esperar la consulta del Consejo.

5. Ello es que, en efecto, el 30 de Mayo apareció en la *Gaceta*, o como suplemento de ella, el siguiente Real decreto, firmado de intento el día antes: «Desde que por la infinita y especial misericordia de Dios nuestro Señor para conmigo y para con mis muy leales y amados vasallos, me he visto en medio de ellos, restituído al glorioso trono de mis mayores; son muchas y no interrumpidas hasta ahora las representaciones que se me han dirigido por provincias, ciudades, villas y lugares de mis reinos, por Arzobispos, Obispos y otras personas eclesiásticas y seculares de los mismos, de cuya lealtad, amor a su patria e interés verdadero que toman y han tomado por la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos, me tienen dadas muy ilustres y claras pruebas, suplicándome muy estrecha y encarecidamente me sirviese restablecer en todos mis dominios la Compañía de Jesús, representándome las ventajas que resultarán de ello a todos mis vasallos, y excitándome a seguir el ejemplo de otros soberanos de Europa, que lo han hecho en sus estados, y muy particularmente el respetable de Su Santidad, que no ha dudado revocar el Breve de la de Clemente XIV de 21 de Julio de 1773, en que se extinguió la orden de los regulares de la Compañía de Jesús, expidiendo la célebre constitución de 7 de Agosto del año último *Sollicitudo omnium Ecclesiarum* (1).

Con ocasión de tan serias instancias he procurado tomar más detenido conocimiento que el que tenía sobre la falsedad de las imputaciones criminales que se han hecho a la Compañía de Je-

(1) El *Suplemento a la Gaceta* pone erradamente 21 de Agosto.

sús por los émulos y enemigos, no sólo suyos, sino más propiamente de la religión santa de Jesucristo, primera ley fundamental de mi monarquía, que con tanto tesón y firmeza han protegido mis gloriosos predecesorés, desempeñando el dictado de católicos, que reconocieron y reconocen todos los soberanos, y cuyo celo y ejemplo pienso y deseo seguir con el auxilio que espero de Dios; y he llegado a convencerme de aquella falsedad, y de que los verdaderos enemigos de la religión y de los tronos eran los que tanto trabajaron y minaron con calumnias, ridiculeces y chismes para desacreditar a la Compañía de Jesús, disolverla y perseguir a sus inocentes individuos.

Así lo ha acreditado la experiencia; porque si la Compañía acabó por el triunfo de la impiedad, del mismo modo y por el mismo impulso se han visto en la triste época pasada desaparecer muchos tronos; males que no habrían podido verificarse existiendo la Compañía, antemural inexpugnable de la religión santa de Jesucristo, cuyos dogmas, preceptos y consejos son los que sólo pueden formar tan dignos y esforzados vasallos, como han acreditado serlo los míos en mi ausencia, con asombro general del universo.

Los enemigos mismos de la Compañía de Jesús, que más descarada y sacrilegamente han hablado contra ella, contra su santo fundador, contra su gobierno interior y política, se han visto precisados a confesar que se acreditó con rapidez; la prudencia admirable con que fué gobernada; que ha producido ventajas importantes para la buena educación de la juventud puesta a su cuidado, por el grande ardor con que se aplicaron sus individuos al estudio de la literatura antigua, cuyos esfuerzos no han contribuido poco a los progresos de la bella literatura; que produjo hábiles maestros en diferentes ciencias, pudiendo gloriarse de haber tenido un más grande número de buenos escritores que todas las otras comunidades religiosas juntas; que en el nuevo mundo ejercitaron sus talentos con más claridad y esplendor y de la manera más útil y benéfica para la humanidad; que los soñados crímenes se cometían por pocos; que el más grande número de los jesuitas se ocupaba en el estudio de las ciencias, en las funciones de la religión, teniendo por norma los principios ordinarios, que separan a los hombres del vicio y les conducen a la honestidad y a la virtud.

Sin embargo de todo, como mi augusto abuelo reservó en sí

los justos y graves motivos que dijo haber obligado, a su pesar, su real ánimo a la providencia que tomó de extrañar de todos sus dominios a los jesuitas y las demás que contiene la pragmática sanción de 2 de Abril de 1767 que forma la ley III, libro I, título XXVI de la Novísima recopilación; y como me consta su religiosidad, su sabiduría y su experiencia en el delicado y sublime arte de reinar; y como el negocio, por su naturaleza, relaciones y transcendencia debía ser tratado y examinado en el mi Consejo para que con su parecer pudiera Yo asegurar el acierto de mi resolución; he remitido a su consulta con diferentes órdenes varias de las expresadas instancias, y no dudo que en su cumplimiento me aconsejará lo mejor y más conveniente a mi Real persona y Estado y a la felicidad temporal y espiritual de mis vasallos.

Con todo, no pudiendo recelar siquiera que el Consejo desconozca la necesidad y utilidad pública que ha de seguirse del restablecimiento de la Compañía de Jesús, y siendo actualmente más vivas las súplicas que se me hacen a este fin; he venido en mandar que se restablezca la religión de los jesuitas por ahora en todas las ciudades y pueblos que los han pedido, sin embargo de lo dispuesto en la expresada real pragmática sanción de 2 de Abril de 1767 y de cuantas leyes y reales órdenes se han expedido con posterioridad para su cumplimiento, que derogo, revoco y anulo en cuanto sea necesario para que tenga pronto y cabal cumplimiento el restablecimiento de los colegios, hospicios, casas profesas y de noviciado, residencias y misiones establecidas en las referidas ciudades y pueblos que los hayan pedido; pero sin perjuicio de extender el restablecimiento a todas las que hubo en mis dominios, y que así los restablecidos por este decreto, como los que se habiliten por la resolución que diere a consulta del mismo Consejo, queden sujetos a las leyes y reglas que en vista de ella tuviere a bien acordar, encaminadas a la mayor gloria y prosperidad de la monarquía, como al mejor régimen y gobierno de la Compañía de Jesús, en uso de la protección que debo dispensar a las órdenes religiosas instituidas en mis estados y de la suprema autoridad económica que el Todopoderoso ha depositado en mis manos para la de mis vasallos y respeto de mi corona.»

No haremos un comentario de este Real decreto; pero algunas reflexiones acerca de él son imprescindibles.

Ante todo conjeturamos que no sólo la sustancia, sino también su redacción misma, es del confesor, por lo que poco ha indicamos. La consulta del Consejo no era necesaria para su validez y legalidad: el Rey podía darlo sin ella y aun contra ella. Lo que hay en él es cierta confusión y aun pudiéramos decir contradicción entre algunos de sus párrafos, por el deseo que se descubre, de justificar la resolución que contiene y no condenar la contraria de Carlos III, ni dejar del todo desairado al Consejo. El Rey declara ser precisa la consulta *para el acierto*, no para la validez, de esa su resolución, lo uno por constarle de la religiosidad, sabiduría y experiencia de su augusto abuelo, que desterró la Compañía y se reservó los motivos; lo otro por la naturaleza, relaciones y transcendencia del negocio mismo de su restablecimiento. Y a pesar de eso, sin preceder tal consulta, dice estar ya bien informado y convencido de la sinrazón del extrañamiento y abolición de la orden, que reconoce por obra de criminales, conspiradores contra la religión y contra el trono; de que la Compañía floreció siempre en virtud y letras y contribuyó grandemente a difundirlas por doquiera, mayormente por el nuevo mundo; y de la necesidad y utilidad pública de su restablecimiento. Con todo, no lo autoriza universalmente en sus reinos, sino sólo en las ciudades y pueblos que lo han pedido. Bien se ve que esta limitación y aquel respeto a la memoria de Carlos III no tenían otro fin que dejar todavía al Consejo, aparentemente, arbitrio para consultar la conveniencia o inconveniencia de generalizar la autorización, aunque en realidad ninguno le quedaba; puesto que sobre el hecho bastante significativo del restablecimiento parcial y de las ideas en que el Monarca lo fundaba, venía además el trazar poco disimuladamente el mismo Rey al Consejo el dictamen que había de darle con aquellas expresiones de que, *no puede recelar que desconozca la necesidad y utilidad pública que ha de seguirse del restablecimiento de la Compañía*, y que quedarán sujetos a las leyes, que se dictarán de propósito, así los colegios ahora restablecidos, *como los que se habiliten por la resolución que diere a consulta del mismo Consejo*. En fin, esta última idea de que la Compañía restablecida había de quedar sujeta a las leyes y reglas, que en vista de la futura consulta del Consejo tuviere a bien acordar S. M. en uso de la protección, que debía dispensar a las órdenes religiosas, podía en su ejecución venir a hacer absolutamente imposible el restablecimiento de la Compañía.

ña de Jesús, dado que tales leyes o reglas pudieran ser contrarias a puntos sustanciales de su Instituto. Tal vez era fórmula de estilo, o concesión meramente de palabras hecha a los regalistas del Consejo y de fuera de él, quedando el confesor bien asegurado de poder estorbar cuanto se intentara y fuera incompatible con las Constituciones de la Compañía, como luego veremos que lo hizo. El decreto se comunicó por Real cédula a todas las autoridades a 9 de Junio.

Ahora veamos otros dos pasos importantes que el Rey dió antes de serle presentada la consulta nuevamente recomendada al Consejo en este decreto.

6. Por este tiempo ni había llegado al trono, ni aun le había sido dirigida todavía representación alguna de los dominios ultramarinos pidiendo la vuelta a ella de la Compañía. Pero restablecido el Consejo de Indias en 2 de Julio de 1814, y nombrado su Presidente el Duque de Montemar, y ministros algunos otros sujetos afectos a la Compañía, como sabemos que lo eran D. Antonio Martínez Salcedo y D. José Aicinena; muy pronto se debió de tratar en él de lo conveniente que sería su restablecimiento en aquellas partes, donde tanto bien había hecho en otro tiempo, tan gran vacío había dejado al salir desterrada, tantos trastornos habían sobrevenido después, y tanto se podía esperar de ella para el remedio. Ello es que antes de salir el decreto de 29 de Mayo, tenía ya acordado proponerlo al Rey, aunque no lo hizo hasta el 12 de Junio; y S. M. expidió el 10 de Septiembre una Real cédula, en que después de insertar a la letra aquel decreto, resume la consulta, y conforme a ella autoriza la vuelta de la Compañía a la América española e Islas Filipinas. Véase esta segunda parte de la cédula.

«Ya antes de la expedición del inserto mi Real decreto había acordado mi Consejo supremo de las Indias, a propuesta de su Presidente el Duque de Montemar, hacerme presente (como lo verificó en consulta de 12 de Junio, después de haber oído a mi fiscal de él), la utilidad y aun necesidad del restablecimiento de los religiosos de la Compañía de Jesús en aquellos mis dominios, apoyando uno y otro en que esta orden religiosa fué aprobada en el siglo XVI por la Silla Apostólica, con aplauso de todo el orbe cristiano, confirmada por veinte Sumos Pontífices, incluso el reinante Pío VII en la Bula de su restablecimiento, habiendo formado muchos santos y merecido el elogio de otros de igual clase,

de historiadores sagrados y de grandes políticos y filósofos escolásticos.

Que en mis reinos de las Indias produjo inexplicables bienes temporales y espirituales, disminuidos notablemente por su falta. Que los individuos de la enunciada orden en sus destierros, sin subsistencia, sin apoyo y aun sin libros, han edificado con su ejemplo, ilustrado con sus obras y dado honor a su patria. Que todavía conserva algunos naturales de aquellos mis dominios, y que estos pocos, siendo en el día muy ancianos, llenos de experiencia y más ejercitados en la humillación y en la práctica general de las virtudes, pueden ser para la tranquilidad de sus países el remedio más pronto y poderoso de cuantos se han empleado al logro de este intento, y el más eficaz para recuperar por medio de su enseñanza y predicación los bienes espirituales que con su falta se han disminuido; no debiendo dudarse que los expresados sacerdotes, al ver que mi católico celo por el mayor servicio de Dios y beneficio espiritual y temporal de mis amados vasallos se fia de su fidelidad y de sus virtudes, y que sin perder tiempo por mi parte para reparar las vejaciones que han sufrido, los convido y admito amorosamente en dichos mis dominios de Indias, harán cuanto les sea posible hasta el restablecimiento de su perfecta tranquilidad. Y por último, me expuso el Consejo la importancia de que, para mayor gloria de Dios y bien de las almas, vuelvan las misiones vivas a hacerse de unos operarios tan a propósito para su adelantamiento en lo espiritual y temporal, los cuales sólo contarán con la providencia, con mi magnanimidad que los llama y con la piedad y voluntad de los fieles que han de recibir el fruto de sus trabajos.

Penetrado mi paternal corazón de estas y otras poderosas razones religiosas y políticas, que con laudable celo me ha manifestado en la expresada consulta el referido mi Consejo de las Indias; condescendiendo con sus deseos y con los de todos mis amados vasallos de aquellos mis reinos, manifestados por veintinueve de los treinta diputados de ellos e Islas Filipinas, que se presentaron en las llamadas Cortes generales y extraordinarias, los cuales en las sesiones de 16 y 31 de Diciembre de 1810 pidieron a nombre de sus provincias, como un bien de grande y conocida importancia, que la religión de la Compañía de Jesús volviese a establecerse en ellas; he venido en permitir, como permito, se admita en todos mis reinos de las Indias e Islas adya-

centes y Filipinas a los individuos de la Compañía de Jesús para el restablecimiento de la misma en ellos, a cuyo fin, usando de mi potestad soberana, de mi propio motu y cierta ciencia, derogo, caso y anulo toda real disposición o pragmática con fuerza de ley que se oponga a esta mi real determinación, dejándola en esta parte sin fuerza ni vigor, y como si no se hubiera promulgado.

En cuya consecuencia mando a mis Virreyes, Gobernadores, Capitanes generales con mando superior, a los Gobernadores e Intendentes y a las ciudades capitales de los mencionados mis reinos de las Indias e Islas Filipinas, y ruego y encargo a los Muy Reverendos Arzobispos, Reverendos Obispos y Venerables Deanes y Cabildos de las Iglesias Metropolitanas y Catedrales de los mismos mis dominios, cumplan y ejecuten, y hagan cumplir y ejecutar cada uno en la parte que le toque o tocar pueda, la expresada mi real determinación, haciéndola publicar los primeros con la solemnidad acostumbrada para que todos aquellos mis vasallos la tengan entendida.

Asimismo es mi real voluntad que luego que se presenten en dichos mis reinos de Indias los individuos de la Compañía de Jesús, sean admitidos y hospedados en sus antiguas casas y colegios que estén sin destino o aplicación, para que se haga con prudencia el restablecimiento de la misma orden religiosa. A cuyo fin mis Virreyes, Gobernadores, Capitanes generales de mando superior, con acuerdo de los Muy Reverendos Arzobispos y Reverendos Obispos y voto consultivo de mis Reales Audiencias procederán a su restablecimiento, para que con la brevedad posible se verifiquen los santos fines que nuestro Santísimo Padre el Papa Pío VII se ha propuesto y yo espero de la ciencia y virtudes de los Padres jesuitas; sin perjuicio de darme cuenta con testimonio de los expedientes formados, para mi real aprobación y demás disposiciones convenientes al progreso de nuestra santa religión y bien del Estado. Y últimamente, mando a los mismos Jefes y a las Juntas superiores de mi Real Hacienda de los propios mis reinos suspendan la enajenación o aplicación de las casas, colegios y demás temporalidades que existan y fueron de dichos religiosos, para devolvérselos a su debido tiempo, pues así es mi expresa real voluntad» (1).

(1) Se imprimió para remitirla a las autoridades de Indias. Puede verse en Nonell, t. III, l. IV, c. XI, p. 329.

Aquí ya no se hace mención de Carlos III ni de leyes particulares a que se haya de sujetar la Compañía, ni se pone limitación alguna a su restablecimiento, bien que la de *los pueblos que la habían pedido*, como en el decreto anterior, no se podía poner, por no haberlo pedido todavía ninguno.

7. Apenas había pasado un mes, cuando el Rey dió otro paso de capital importancia para la ejecución del restablecimiento decretado. Recuérdesse la petición colectiva de los Obispos de 16 de Mayo. Pedían que para acelerarlo se nombrara una comisión particular que entendiera en él, como se había hecho con los Colegios Mayores. Para acelerar el decreto no fué necesaria; pero lo había de ser para ejecutarlo. Y aunque nuestros favorecedores tal vez se movieron a procurarla por las rémoras que en ello temían pusiese el Consejo, según antes dijimos; pero su pretensión se fundaba también en un motivo de valor innegable, y no mero pretexto. No tratándose de la primera entrada de una orden religiosa en estos reinos, sino del restablecimiento de la que cincuenta años antes fué inicuamente arrojada de ellos y despojada de sus numerosos colegios, casas y posesiones; era a la par de justicia y de conveniencia devolverle para su nuevo establecimiento cuanto de aquellos bienes fuera posible. Esto no podía hacerse sin la intervención del Gobierno, que al tiempo de la expulsión se había incautado de ellos. Por esta y por otras causas había de ser indispensable, como ya se estaba experimentando, un continuo recurso al Rey, tanto de parte de los jesuitas, como de los pueblos que los llamaban, durante la época, necesariamente larga, de las negociaciones para la apertura de colegios y para la aseguración de los medios de subsistencia. Imposible sería al Consejo de Castilla, ocupado siempre, y más en aquellos comienzos de la restauración de la monarquía, en los gravísimos negocios generales del Estado, atender sin muchas dilaciones a esta multitud de asuntos, en su mayor parte pequeños, pero complicados. A varios miembros del mismo Consejo veremos luego excusar la tardanza de éste en despachar la consulta que le estaba pedida, con sus ocupaciones en otros negocios más importantes del gobierno de la nación. Así, pues, lo que para mal y sin razón ninguna se había hecho cuando la expulsión, formando un Consejo extraordinario que la preparase en la sombra; eso mismo para bien y con gravísimo fundamento se ideó hacer ahora en el restablecimiento, nombrando una junta, por cuya mano

corriese todo lo a él perteneciente. Y esto era lo que se había hecho también, no para decretar, sino para ejecutar el restablecimiento de los Colegios Mayores. El decreto decía así:

«Estando para llegar a España los Padres de la Compañía de Jesús a consecuencia de las órdenes comunicadas para que pueda realizarse el restablecimiento de la orden en los pueblos de mis dominios que los han pedido, en cumplimiento de mi decreto de 29 de Mayo de este año, y siendo indispensable tomar prontas y enérgicas providencias al logro de mis justos deseos sobre los diversos particulares que las exigen, a lo que no puede atender el mi Consejo por sus muchas y graves ocupaciones; he venido en crear una Junta compuesta del Presidente de mi Consejo, de los Ministros de él, Conde del Pinar y D. Josef Antonio de Larumbide, de D. Antonio Martínez Salcedo del de Indias, de don Josef Lledó del de Ordenes y de D. Sancho de Llamas y Molina del de Hacienda, y en nombrar para fiscal de ella al más antiguo del Consejo Real; a cuya Junta concedo toda la autoridad y jurisdicción privativa y necesaria para el expresado objeto, dispensando a dichos Ministros de la asistencia a sus respectivos tribunales en los dos días de cada semana en que por ahora se han de reunir, cuyo señalamiento y el nombramiento de secretario dejo a su arbitrio y facultad, y quiero que se la pasen todos los papeles, expedientes y noticias que pida y necesite por las Secretarías de Estado y del Despacho, Consejos, Tribunales, Archivos y Oficinas donde existan, y me consultará lo que estime necesita mi Real aprobación, sin perjuicio de darme cuenta de lo que se adelante en tan importante asunto por la Secretaría de Estado y del Despacho de Gracia y Justicia» (1).

No estaba, en verdad, muy determinado el objeto de la Junta: *tomar prontas y enérgicas providencias sobre los diversos particulares que las exigen*, a causa de estar para llegar a España los Padres que venían a restablecer la Compañía, conforme al otro decreto de 29 de Mayo. Podía entenderse y el Consejo entendió, que en esos particulares entraba el dictar las leyes y reglas a que habría de sujetarse la Compañía, lo cual estaba encomendado a él por el decreto mismo de su restablecimiento. Además, vió en la medida adoptada por el Rey una censura tácita de su tardanza en hacerlo, y el propósito de sacar todo el asunto de sus

(1) *Actas de la Junta* del año 1818, t. I, acta del 9 de Julio.

manos. Por eso, recibido el decreto de creación de la Junta, elevé una consulta a S. M. el 24 de Octubre, justificándose a sí y proponiéndole que desistiera de la ejecución de aquel decreto (1).

Cuanto a lo primero, enumera las diligencias hechas que ya conocemos, y algunas otras de que no hemos hablado; la principal de ellas, haber oído ya en ocho sesiones de hora y media al primer fiscal la parte que tenía acabada de su largo informe, concluyendo con que, apenas lo termine, según promete, dentro de dos o tres días, se procederá a formar el acuerdo que pareciera. La tardanza ha nacido de que el Consejo no quería proceder con precipitación en asunto tan grave, y así, «necesitaba examinar los antecedentes, que causaron el extrañamiento; la falta de cumplimiento de su Instituto; las variaciones que éste hubiera tenido desde la erección de la Compañía; por quién se habían hecho; y si éstas estaban autorizadas por la potestad Real» (2). Por lo mismo no ha querido dejar de oír al fiscal, que ha estudiado detenidamente la materia, y que por faltar los documentos principales en que se fundó la expulsión de la Compañía, ha tenido que valerse de otros muchos y diversos para recoger y refutar, como se ha propuesto, las acusaciones que contra ella se hicieron.

Por lo que hace a la Junta proyectada, el Consejo trata de disuadir al Rey de su formación. Porque «mudar de mano, dice, en el estado en que se halla este negocio tan grave y delicado, es hacerlo más largo y complicado». Más largo, porque en el Consejo estaba para acabarse, y en la Junta habría que empezar de nuevo. Más complicado, porque, aun suponiendo que la Junta no haya de ocuparse en el punto de fijar las leyes a que se han de someter los jesuitas, sino en otros tocantes a su restablecimiento, necesitará para tratar de éstos, los mismos papeles que el Consejo para aquél, y *pasarán años y años* en disputar sobre si los necesita antes la Junta o los necesita el Consejo. Nacerá también de aquí no ir acordes las providencias, por emanar de dos

(1) A. H. N., *Estado*, 3.517. Copia auténtica.

(2) Aquí se da por supuesto que la Compañía no observaba su Instituto, y que el primitivo lo alteró con el tiempo. Opinamos que es por defecto en la redacción de estas frases, y que el Consejo quería decir que necesitaba examinar si *había habido* falta en la observancia del Instituto, alteraciones en él, etc.

tribunales distintos; y nacerá «la diversidad de opiniones que forma el público cuando los negocios no se determinan ni sustancian por los tribunales competentes»; como sucedió cuando el asunto de la expulsión se sustrajo del conocimiento del Consejo de Castilla y se trató en otro extraordinario, que se habló mucho de eso. En verdad, siempre al Consejo se le reconocerá más autoridad que a cualquiera junta que se forme. En resolución, opina que debe S. M. suspender la que tiene decretada. Nótese que ni siquiera toma en boca, para darle al menos alguna aparente salida, el único y solidísimo fundamento de la Junta en proyecto, a saber, la imposibilidad en que él, por sus muchas y graves ocupaciones, se hallaría como expresaba el decreto, de dictar prontas providencias sobre la multitud de asuntos particulares que traería consigo la complicada obra del restablecimiento.

Hubo dos votos particulares opuestos a este acuerdo. El primero, suscrito por el Presidente, Duque del Infantado, y por otros seis consejeros era, que se ejecutase la Real orden de que se trataba, y a S. M. se le expusieran solamente las causas de no haber concluido todavía el Consejo lo que le estaba encargado, una de ellas, que acaso de industria omitió la mayoría, los muchos y gravísimos negocios a que tenía que atender con preferencia. El segundo firmado también por el Presidente y dos de esos mismos consejeros, D. Gonzalo José de Vilches y D. José Colón, añade solamente que con la brevedad posible dispondrá el Consejo la consulta que le está pedida, «ciñéndose la Junta, que se manda crear, a la ejecución del citado Real decreto» de 29 de Mayo, «con la calidad que en él se previene, que es el sentido, que en dictamen de los tres», tiene el de creación de la Junta.

Suponiendo al Consejo plenamente imparcial, y no adverso al restablecimiento, como por diversos indicios aparece, razón tenía en querer terminar él la consulta que estaba preparando; y no le faltaba tampoco para pretender, como pretendía, que hasta dar ese paso y estar fijadas por S. M. las normas a que había de ajustarse la Compañía restablecida, nada se hiciera por otro lado. Pero extenderse a que ni después de eso hubiera junta, y que todo lo concerniente a la realización misma del restablecimiento pasara por sus manos, era ya uno de esos indicios que descubrían su ánimo de eternizarlo, dado que no pudiera estorbarlo.

La resolución del Rey fué en sustancia conforme al último voto particular. «Cúmplase lo mandado, decía literalmente. El presidente de mi Consejo instale luego la Junta; y sin embargo, evacue éste la consulta sobre los particulares expresados en mi decreto de veintinueve de Mayo último.»

El 19 de Noviembre se publicó en el Consejo; el 22 se instaló la Junta, y el 25 llegó a Madrid el P. Manuel de Zúñiga, nombrado Comisario General de la Compañía, que se iba a restablecer en España.

8. Terminemos este capítulo con la noticia de las nuevas peticiones de jesuitas, que al Rey se habían hecho, de las cuales pudo decir luego el Consejo que se habían multiplicado prodigiosamente. La publicación del decreto de 29 de Mayo, por el cual se autorizaba su restablecimiento en las ciudades y pueblos que los habían pedido, despertó en otros muchos el deseo y la esperanza de tenerlos también; y así, luego empezaron a llegar, con algunas representaciones dando gracias a S. M. por aquel decreto, otras muchas de ayuntamientos, cabildos, prelados, diversas corporaciones y nutridas comisiones de vecinos, solicitando que se hiciera extensivo a sus respectivos pueblos.

Entre los prelados nos consta de los de Badajoz, Barbastro, Solsona, Murcia o Cartagena, Santander, Mallorca, Oviedo con su Cabildo y Córdoba y Sigüenza con los suyos. Entre los cabildos, además de esos tres, los de Jaén, Orihuela e Ibiza. Ayuntamientos, el de esta última isla, los de Guadalajara, Soria, Segovia, Tortosa, Sigüenza, Orihuela, Navalcarnero, Úbeda, Calatayud, Lequeitio, Caspe, Cerbera de Catataluña, Villafranca del Bierzo, Játiva o San Felipe, Onteniente, Morón, Llerena e Higuera la Real en Extremadura. De varias poblaciones secundarias vinieron representaciones diversas, ya de clérigos, ya de legos, ya de unos y otros. Así, de Trigueros en la provincia de Huelva las dirigieron el Ayuntamiento y el Vicario con su clero; de Monforte de Lemos, el Ayuntamiento y los párrocos de aquel arciprestazgo; de Oñate, la Villa y el Cabildo de Curas, Beneficiados y Capellanes; de Carmona, el Ayuntamiento, Vicario y Párrocos; de Caspe, el Prior Mayor y Clero de la iglesia colegial y parroquial; del Puerto de Santa María y de Villagarcía de Campos, el Ayuntamiento y el Clero; de Gandía, el Ayuntamiento, varias corporaciones que ignoramos y una comisión de vecinos; de Segorbe, el Alcalde Mayor; de Mallorca, además del

Ayuntamiento, Obispo y Cabildo ya citados, la Universidad y otras corporaciones; de Avila, Jerez y Ecija, varios vecinos; de Medina del Campo, el Abad y Clero de aquella colegiata. La inmensa mayoría de estas representaciones son de 1815; solamente unas pocas de más adelante. La ciudad de Logroño resolvió pedir el restablecimiento de aquel colegio; pero desistió luego, no por otra cosa, según parece, sino por no contar con recursos para dotarle (1). Es muy creíble que por eso mismo dejaran de solicitarlo algunas otras.

No hemos nombrado hasta ahora, por carecer de todo dato positivo sobre las fechas de sus representaciones, al Arzobispo de Valencia ni a los Obispos de Tortosa, Málaga, Jaén, Cádiz, Avila, Urgel y el nuevo de Teruel. Con algún fundamento conjeturamos que estos y algunos otros de los mencionados antes fueron los que firmaron la colectiva de 16 de Mayo, que parece haber dado ocasión al decreto de 29. La mitad, uno más o menos, de los prelados de España pidieron al Rey la Compañía; diez y nueve de las actuales capitales de provincia; los diputados de Vizcaya y Guipúzcoa; más de treinta ciudades y villas de segundo y tercer orden, y gran número de cabildos y otras corporaciones y comisiones de esas mismas y otras poblaciones semejantes.

(1) *Actas del Ayuntamiento* desde 30 de Agosto de 1817.

CAPITULO III

LOS PADRES

1. Antiguos jesuitas sobrevivientes al tiempo del restablecimiento.—2. Sus esperanzas del universal de la Compañía; primeras agregaciones y normas seguidas en ellas.—3. Esperanzas de restablecimiento en España y noticia de su negociación y decreto.—4. Preparativos hechos en Roma y venida del P. Manuel de Zúñiga, con el cargo de Comisario general.—5. El Padre Arévalo.—6. Otros de Italia y Sicilia.—7. Donativos para costearles el viaje.—8. Residentes en España y resumen general.

1. De los cinco mil y más jesuitas expulsados por Carlos III de todos sus dominios de España, Asia y América, quedaban al tiempo del restablecimiento de la Compañía bien escasamente quinientos; cuatrocientos sesenta averiguados en Italia, España y América. Residían la mayor parte en Italia como particulares, unos pocos en España, donde se quedaron por diversas causas, cuando en 1801 fueron segunda vez expulsados los que habían vuelto en 1798, y alguno que otro en América en iguales circunstancias. Había entre ellos quienes, libres de los votos religiosos por el Breve de abolición, y no teniendo otro impedimento, por no estar ordenados *in sacris*, habían contraído matrimonio; pero la inmensa mayoría, o eran sacerdotes al tiempo de la extinción, o se hicieron después, entrando en estos últimos, no solamente los estudiantes, sino también algunos de los coadjutores. Un corto número había vuelto a entrar en la Compañía restablecida canónicamente en Nápoles y Sicilia el año de 1804; y algunos otros se hallaban agregados a la Compañía de Rusia, aunque no fueron a reunirse con sus hermanos de aquel Imperio.

2. En mucha parte de estos gloriosos restos de la antigua Compañía, nunca desfalleció, antes se conservó siempre viva la esperanza de ver en sus días vuelta a su primitivo ser en la universal Iglesia la obra deshecha por Clemente XIV.

Aun con su pronto regreso a España contaban no pocos antes del Breve clementino, fundados, ya en la justicia de su causa, que esperaban ver reconocida, ya en señales, revelaciones y profecías, que el deseo, acaso más que la prudencia, hacía tener por favorables y bien fundadas.

Sobrevenida la extinción, si en los primeros momentos vacilaron las más firmes esperanzas, se reanimaron muy pronto, viendo cómo la mano de Dios ponía en Rusia a cubierto de los tiros enemigos una porción, aunque pequeña, de la proscrita Compañía. Sólo que desde entonces, las ansias, los deseos y esperanzas se fijaron con preferencia en la conservación, por largo tiempo amenazada, de aquellos pocos jesuitas y en su reconocimiento público por la Santa Sede, y luego en la reposición general de la religión por la misma Silla Apostólica, y más secundariamente se ponía el pensamiento en su restauración en España.

Llena está la correspondencia de los desterrados de ese aliento y esperanza, y llena la de sus perseguidores de la bilis que en ellos excitaba (1). Puede decirse que fueron sucediéndose con oportunos intervalos, sucesos importantes, que mantenían viva aquella esperanza. En 1774 y 1775, la muerte de Clemente XIV, transcurrido apenas un año después de la publicación del Breve, y la exaltación al solio pontificio de su sucesor Pío VI, a quien tenían por bien afecto a su causa, y que realmente lo era y la hubiera favorecido más que lo hizo, si la presión de las cortes y su propia debilidad no se lo estorbaran. En 1779, la apertura de noviciado en Rusia, que era prenda y germen de vida para la Compañía allí providencialmente conservada. En 1788, el advenimiento al trono de España de Carlos IV, por muerte de su padre, autor del destierro y aun de la extinción, como torpe instrumento de sus ministros; y más la caída, primero de Floridablanca en 1792, y poco después de Aranda, su sucesor interino y Presidente del Consejo de Estado. De éstos escribía el mismo Papa Pío VI: «Ahora que han perdido su antigua influencia los dos enemigos más encarnizados del restablecimiento, no será éste tan difícil de conseguir» (2). Por el mismo tiempo, en 1793, aquella media restauración en Parma por aquel mismo Soberano que,

(1) De esto último pueden verse ejemplos en las Cartas de Azara, t. III, de Septiembre de 1779 en adelante.

(2) *Ponencia sobre las virtudes del V. P. Pignatelli*, parte I, n. VII, p. 12.

casi niño, manejado por un ministro volteriano y por las otras cortes borbónicas, había firmado el decreto de expulsión de sus estados; los horrores mismos de la revolución francesa, que aquellos años consternaron al mundo e hicieron ver a muchos ciegos a dónde conducía aquella inmensa conjuración anticristiana, antisocial y antimonárquica, cuya primera víctima había sido la Compañía de Jesús; la elección de Pío VII en 1800, como conocido partidario suyo, y más el Breve que al año siguiente dió reconociendo explícita y públicamente la Compañía subsistente en Rusia; la autorización también formal y pública, y contando previamente con la aquiescencia de España, para que la restableciese en sus estados el Rey de Nápoles y Sicilia, otro de los soberanos que, por su corta edad, había sido en manos de pérfidos ministros instrumento casi ciego para arrojarla primero de ellos y hacerla después abolir en toda la Iglesia; por fin, poco después, el declinar del poder revolucionario, encarnado en Napoleón, y el consiguiente restablecimiento de las cosas al antiguo estado en Europa y principalmente en Roma, que desde la retirada de Rusia y la guerra española de la independencia se veía venir; todos estos hechos, sucediéndose unos a otros, dando unos firmeza o extensión a los restos de la Compañía salvados en Rusia, y desarmando otros, ya a los enemigos ciegos con el desengaño, ya a los conscientes con el material abatimiento, habían ido sosteniendo, ensanchando y robusteciendo cada vez más en los ánimos de los Padres la dulce esperanza de que la Santa Sede, libre de la opresión moral y aun material en que había estado por tantos años, sobre todo en lo tocante a este punto, restablecería muy pronto en toda la Iglesia la Compañía de Jesús.

Así, en 1812 el P. Luengo repite una y otra vez que todo depende del éxito de la guerra entre Napoleón y el resto de Europa: «Quiera el cielo, decía el 16 de Agosto, después de sus reflexiones ordinarias en tal día, aniversario de la intimación del Breve abolitivo en Roma, quiera el cielo abatir prontamente las sectas de Francia; y conducir a Roma al iluminado Pontífice, Pío VII, y veremos al instante la gloriosa resurrección de nuestra madre, muerta por el largo curso de treinta y nueve años» (1). Y al terminar aquel de 1812, exponiendo el *estado de la Compañía de Jesús*, como acostumbra al fin de todos, lo resume en estas

(1) T. 46, P. 2.^a, p. 691.

ideas de la *Conclusión*. Este año la Compañía en Rusia ha sufrido los daños de la guerra de esta nación con Francia, que ha llegado a aquel país, y en lo demás no ha tenido ventaja considerable, principalmente en lo tocante a su restablecimiento. Pero ha habido grandes mudanzas en las causas y autores de su abolición. Quien destruyó la Compañía fué la filosofía incrédula por medio de ministros adeptos suyos, que engañaron o violentaron a los reyes y al Papa. El intento, derribar todos sus tronos, como ya lo ha hecho, y acabar con la religión de Jesucristo, que sigue en pie sólo por la promesa divina. El campeón de la filosofía y de sus aliados, el jansenismo y el masonismo, es Bonaparte. Si éste triunfa, no hay esperanza; si sucumbe, la Compañía revive inmediatamente. Ahora bien; los reveses de los ejércitos napoleónicos durante este año, dan esperanza de que en el próximo caiga por tierra todo el poder de la filosofía, y, por tanto, de que pronto veamos a la Compañía, como lo esperamos con toda seguridad, honoríficamente restablecida en esta ciudad de Roma y en nuestra España (1).

El suceso mostró lo bien fundado de este discurso, y juntamente cuán en el corazón tenía Pío VII el restablecimiento de la Compañía. Al mes de su entrada triunfal en la Ciudad Eterna, ya oyó de sus labios el Cardenal Paëca, que por explorar el ánimo de Su Santidad, le movió plática sobre este punto: «Podemos restablecer la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de San Ignacio» (2). No fué en la fiesta, pero fué en la octava, 7 de Agosto. El Sumo Pontífice, con todo el Colegio de Cardenales, se dirigió por la mañana a nuestra iglesia del Jesús; celebró misa en el magnífico altar de San Ignacio, donde se guardan los restos del Santo Patriarca, y, dadas gracias, pasó a una capilla interior, llamada de los Nobles, y allí, sentado en su trono, hizo leer la *Bulla Sollicitudo*, y por su mano la entregó luego al P. Luis Panizzoni, Provincial de los pocos jesuitas que quedaban de la Provincia de Nápoles, disuelta por José Bonaparte en 1806. Halláronse presentes, entre jesuitas que entonces eran y que lo habían sido antiguamente, como ciento cincuenta, portugueses, italianos y el mayor número españoles.

(1) T. 46, P. 2.^a, fin.

(2) Fragmentos de unas *Memorias* inéditas del mismo Cardenal, publicados en la *Civiltà Cattolica*, t. 183, p. 564 (serie 5.^a, t. V, año de 1896) y en Cretean Joly (*Histoire*, t. VI, c. I, p. 55.)

De la inmensa alegría de todos no se puede formar cabal idea. Júzguese o adivínese por lo que de ella escribía el P. Luengo pocos días después, el 16 de Agosto: «Aniversario de la extinción de la Compañía de Jesús en Roma, ejecutada militar y cruelmente por orden del Papa Ganganelli, religioso francisco conventual, la noche del día dieciséis de Agosto del año de mil setecientos y setenta y tres; y así se cumplen hoy cuarenta y un años desde aquella trágica y terrible noche, y en los cuarenta de ellos hemos hecho constantemente en nuestro Diario alguna triste recordación de este doloroso y lamentable suceso. Pero en este de cuarenta y uno la haremos con un contento, alegría y gozo sobre toda ponderación, y que me sería imposible explicarle, aunque lo intentara y escribiera muchas hojas; porque no puede haber palabras que expliquen el júbilo de un buen hijo (y lo que digo de mí, entiéndase generalmente de todos), que ha llorado amargamente por su madre muerta por el largo curso de cuarenta años, y repentinamente la ve viva y resucitada, y con mucho honor y gloria. La lucidísima mañana del día siete de Agosto de este año de mil ochocientos y catorce, y octava del gran San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, con la publicación gloriosa de la Bula de su restablecimiento del presente Pontífice, Chiaramonti, disipó todas las lúgubres sombras y tinieblas de aquella opaca y terrible noche del día dieciséis de Agosto de mil setecientos y setenta y tres, y con esto sólo, la casi desconocida y olvidada Compañía de Jesús, apareció bella y gloriosa a los ojos y en las bocas de casi todos los romanos» (1).

Luego empezaron los antiguos jesuitas, aunque ancianos ya, a volver al seno amoroso de la madre resucitada. «La tarde de antesdeayer, escribe el P. Luengo, último del mes de Agosto, me vine a esta casa del Jesús con mi compañero de casa, el P. Diego de la Fuente; y aquella noche fuí ya al refectorio con la sotana de jesuita, de la que fuí violentamente despojado en Bolonia, hace puntualmente cuarenta y un años. Y ¿qué expresiones de agradecimiento al Señor no diría en este lugar, si pudiera por la pluma trasladar mi corazón al papel?» (2). Con semejantes sentimientos volvieron a entrar en la Compañía buen número de españoles y americanos, aunque no podemos exactamente determinarlo.

(1) T. 48, P. 2.^a, p. 67.

(2) *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 100; al día 2 de Septiembre de 1814.

Daremos a conocer aquí las reglas que se establecieron para recibir a los antiguos jesuitas, aplicándolos a los diversos grados de profesos, coadjutores formados y demás que hay en la Compañía, según la condición en que se encontraban al intimárseles el Breve de extinción.

Lo primero, con los que, o voluntariamente o despedidos por los superiores, habían dejado de pertenecer a la Compañía antes de su abolición, se procedía *pro formula* como en cualquier otro tiempo se hacía con los tales, esto es, como si nunca hubieran estado en ella; y así, tenían que hacer dos años de noviciado para entrar por los votos del bienio en la clase de escolares aprobados o coadjutores temporales no formados. Hemos dicho *pro formula*, porque de hecho, el noviciado para la mayor parte o todos los así recibidos, se reducía a pasar aquel tiempo sin hacer los votos: que a la vida y ejercicios propios del noviciado, por mil razones, era imposible, y se juzgó en tales circunstancias innecesario sujetarlos. Así y todo, escribía de uno de ellos el P. Ignacio Montero al P. José Fernando de Silva: «El P. Vera se adapta (aunque le parece un poco duro a los ochenta y dos años) y será novicio por dos años, habiendo empezado el primero de este que comienza» (1). Los Ejercicios espirituales de N. S. P. Ignacio, por espacio de un mes entero, era tal vez lo único de que no se les dispensaba.

La reincorporación más sencilla era, naturalmente, la de quienes tenían hecha, cuando la disolución de la Compañía, la profesión solemne de cuatro o de tres votos, o eran ya coadjutores espirituales o temporales formados. A éstos bastábales hacer ocho días de Ejercicios y renovar privadamente, con aprobación de los superiores, que los recibían, sus antiguos votos, dando luego de ello a los mismos testimonio escrito (2). Los pocos profesos de tres, quizá todos, pasaron a serlo de cuatro, sin añadir a eso otra cosa que la ceremonia pública de quien profesa por vez primera. Así lo hicieron los dos únicos de quienes tenemos noticia: los PP. José María Castañiza en Méjico, y Joaquín María Parada en Roma.

Los que la extinción cogió *escolares aprobados* pasaban por una

(1) Granada 3 (de Enero) del 1816. Autógrafo en nuestro poder.

(2) Aunque los documentos no hablan más que de los profesos, se entiende y lo vemos practicado con los demás.

especie de noviciado, consistente en hacer ocho días de Ejercicios tres veces durante un año; y renovando, al cabo de él, los votos, eran recibidos como escolares. Esto mismo se hacía con los coadjutores temporales no formados. Sin embargo, hallamos de unos y otros, quienes inmediatamente hicieron la profesión o últimos votos; pero hemos podido comprobar de casi todos que estaban de años atrás agregados o pública o secretamente a la Compañía de Nápoles o de Rusia.

Por lo que hace a la profesión de cuatro votos, los que al tiempo de la extinción tenían dado el examen *ad gradum*, o echadas las proposiciones, como nota el P. Luengo que se decía en España; sin más averiguaciones sobre el éxito de él, que siempre o las más veces hubieran sido infructuosas, ni sobre su caudal de doctrina, eran algo después promovidos a ella; y los que no habían dado aquel examen, habían de darlo ahora para poder hacerla; si no optaban por recibir el grado de coadjutores espirituales. Pocos parece que lo dieron; pero no faltaron algunos, y el P. Luengo lo refiere del P. Franciscó Carlucci, de la antigua Provincia Romana, que contaba entonces sesenta y ocho años (1).

3. Nuevos consuelos preparaba Dios a los Padres españoles.

Cuando D. Antonio Vargas y Laguna hizo al Ministro de Estado, Duque de San Carlos, el encarecido elogio de los ex-jesuitas, que copiamos en el capítulo anterior, decía, y no se equivocaba, que aguardarían con ansia su ida a Roma, para que aliviase sus trabajos y les facilitase a lo menos, la tenuísima pensión de que antes habían disfrutado. Esperábanla, en efecto, o, como el P. Luengo se expresa (2), suspiraban por su llegada, que no fué hasta el 17 de Septiembre. La primera agradabilísima noticia que dice recibieron fué, la de que estaba derogada la pragmática sanción de su extrañamiento de estos reinos, de suerte que podía el que quisiera, volver inmediatamente a España. Ni él ni nadie mostraba documento alguno en que constase la revocación; pero no pudieron los Padres ponerlo en duda, asegurándo-

(1) Luengo, t. 49, p. 52; 4 de Febrero de 1815. De este *Diario*, de dos cartas, una del P. Zúñiga al Rector del Colegio de Murcia, y otra del P. Lázaro Ramos, apenas reincorporado en Nápoles, a los PP. Cordón y Felipe Asensio, y de los decretos dados por las congregaciones generales primera y segunda de Rusia, hemos sacado todo lo que toca a este punto de la agregación de los antiguos jesuitas a la nueva Compañía.

(2) *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 101; 4 de Septiembre de 1814.

lo familiarmente primero y de oficio después el representante del Rey (1), y confirmandolo con la lisonjera añadidura de que sólo a ellos y no a otro español alguno que lo pidiera, podía dar pasaporte para España sin previo aviso a la Corte y contestación favorable. Ni nosotros hemos podido averiguar otra revocación que las palabras del Duque de San Carlos, puestas al margen de la Memoria, con que se hacía presente la súplica de los ex-jesuitas de Génova, como hecha por todos los de Italia: «Sépase su número, y S. M. permite que vuelvan» (2). Varios habían vuelto ya antes de tener por el Ministro conocimiento de esta licencia. Ahora con ella, quizá vino también alguno; pero hubieron de ser muy pocos, y no tenemos de ellos particular noticia. Sin embargo agradecieron al Rey aquella práctica revocación de la pragmática, y por indicación de Vargas le escribieron una carta firmada en nombre de todos los de Roma por los PP. Arévalo, Diosdado y Cobos (3). El pundonoroso P. Luengo, creyendo interpretar los sentimientos de los demás, protesta si de esta carta de gracias quiere deducirse que consideran la tal revocación como pura gracia y no debida de justicia, y de aquí, que tienen la pragmática por válida y justa, y consiguientemente que confiesan haber merecido la Compañía el destierro a que fué condenada. «Y no hay uno, dice, que no reclame contra este reconocimiento y confesión; y antes todos quisieran que la Compañía de Jesús española fuese acusada, oída y sentenciada en un digno tribunal; pues todos están seguros de que saldria victoriosa y sería declarada inocente, y la pragmática sanción sería declarada inválida, injusta, cruel, sacrilega y aun algo más» (4).

Otra feliz nueva que el Ministro Vargas dió, apenas llegado, a los pobres desterrados fué, que se les volvería a dar la pensión vitalicia asignada a todos por Carlos III al tiempo del extrañamiento, que por las turbaciones de Italia y España en los años pasados se les había dejado de pasar. Seis pesos duros al mes venían a ser últimamente, según el P. Luengo (5). Pero cuál no fué su asombro al ver que venido el 2 de Octubre y comenzada la

(1) Oficio o carta de 1 de Octubre. Minuta en el archivo de la Embajada.

(2) Luengo, *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 140; 20 de Septiembre de 1814.

(3) Luengo, *ibid.*, p. 217-218; 14 de Octubre. La carta original en el A. H. N., *Estado*, 3.518.

(4) Lugar últimamente citado.

(5) *Diario*, t. 49, p. 8; 6 de Enero de 1815.

distribución, se negó aquel corto subsidio a los que después de la Bula de Pío VII, esto es, desde el 7 de Agosto, se habían de nuevo incorporado en la Compañía. Alegó Vargas dos fundamentos de su resolución. «Primero, que uno que se hace religioso en una religión que no hay en España, deja de ser español, y se hace incapaz de pensiones y de otras gracias del Rey. Segundo, que la religión que recibe a un sujeto, está obligada a mantenerle» (1). Por eso se había hecho lo mismo en 1804 y siguientes con los que se habían agregado a la Compañía en Nápoles.

Los interesados en número de quince, que vivían ya como jesuitas en el Jesús, hicieron y presentaron un memorial exponiendo, que en volver a vestir la sotana de jesuitas, ni habían creído desagradar al Rey, ni menos pretendido despojarse de la condición de españoles; antes, confiando en la religión de S. M. que pronto llamaría a la Compañía a sus estados, era su intención venir a ellos a trabajar en servicio de la religión y de la patria. En el entretanto, le suplicaban que no los privase de la pensión y socorros antiguos, de que estaban tan necesitados, por no haberlos percibido en tanto tiempo, ni poderlos mantener la religión, muy falta de recursos en aquellos principios (2). La eficaz recomendación de dos eclesiásticos, Mons. Gardoqui, auditor de Rota por la Corona de Castilla, y D. Sebastián Pascual, agente del señor Arzobispo de Toledo, grandes amigos y compañeros del Sr. Vargas en su destierro, prisión y demás trabajos sufridos de los franceses por su fidelidad al Rey, dice el P. Luengo que dió al memorial la fuerza necesaria para moverle a concederles la pensión; pero protestando que para lo de adelante consultaría a la Corte. Consultó y tuvo respuesta favorable; pero sin que se pueda adivinar por qué, hizo distinción entre los que se habían unido a la Compañía antes de llegar él a Roma y los que después, dando su pensión correspondiente a aquéllos y negándosela a éstos (3). Así quedaron y continuaron sin ella, como los incorporados a la Compañía en Nápoles, aun después de haberse dado el decreto de restablecimiento en España, y cuando ya comenzaban los viajes de regreso, formando parte de la primera expedición

(1) *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 197-200; 8 de Octubre de 1814.

(2) Original en el archivo de la Embajada.

(3) *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 378; 26 de Diciembre; y t. 49, p. 9-10; 6 de Enero de 1815.

uno de los interesados, el P. Juan de Osuna (1). Sobre este punto de pensiones hubo diversas órdenes de la Corte, según las diversas condiciones en que se hallaban los sujetos; pero al fin, se les volvió a dar a todos, suprimiéndose únicamente las que por recomendaciones o méritos literarios disfrutaban algunos sobre la general de todos.

De lo que el Ministro Vargas parece que no dijo una palabra a los Padres, cuando llegó a Roma, fué de sus insinuaciones al Duque de San Carlos, y por medio de él al Rey, en orden al restablecimiento de la Compañía en España, ni de las buenas disposiciones que para él había visto seguramente en la Corte, y menos, como ya se entiende, de lo que Fernando VII escribía sobre eso al Papa en la carta que él mismo había llevado. Y eso que tenía grande amistad con algunos, como los PP. Arévalo y Ramón Diosdado, de los cuales el último comía con él todos los días. A lo menos nada nos dice el P. Luengo, con haber anotado diligentemente en su *Diario*, eso sí, que se les mostraba más aficionado y parcial que antes (2).

Y esto era lo que más ellos deseaban saber. Porque aunque enchía de gozo los corazones de todos los antiguos jesuitas el ver a la Compañía oficialmente restablecida en la Iglesia; todavía no bastaba esto para colmar los deseos y esperanzas de los españoles, que por su honra propia, por la de la Compañía y por el bien de su patria ansiaban verla volver, y volver con ella a la nación.

Dicho queda anteriormente cómo se empezó a tratar de ello en España aun antes de que en Roma se publicara la Bula de su restablecimiento universal y cómo se siguió tratando hasta venir al Real decreto de 29 de Mayo y Real cédula consiguiente de 9 de Junio de 1815. Pues de todo iban teniendo noticia los jesuitas desterrados, unas veces generales y vagas, otras claras y concretas, y con ellas se consolaban y alimentaban la esperanza de la pronta restitución de la Compañía a nuestra patria.

Ya en 11 de Agosto veía el P. Luengo algunos indicios de que aquí se pensaba en esto, y dice que fué causa de no agregarse de nuevo algunos a la Compañía restablecida en Roma en aquellos primeros días, el esperar a ver lo que sobre su vuelta se deter-

(1) *Diario*, 8 de Julio, 8 de Agosto y 5 de Septiembre de 1815.

(2) *Diario*, t. 48, P. 2.ª p. 137; 20 de Septiembre de 1814.

minaba en España (1). Si bien otros, entendiendo, como él, que nada los estorbaría, sino antes los dispondría para volver a formar parte de la Compañía de España, si llegaba a ser efectivamente restablecida, y ansiosos de verse otra vez en el seno de la madre, tantos años llorada y vuelta a nueva vida, pidieron y obtuvieron luego ser recibidos, no sólo de los presentes en Roma, sino también de los que se hallaban en otras partes de Italia.

El P. Juan Andrés recibió carta del Duque de Montemar, acabado de nombrar Presidente del Consejo de Indias, escrita el 25 de Agosto de 1814, en que le decía: «Nuestro Rey da cada día nuevas pruebas de religión y amor al orden y justicia. Los asuntos de la Compañía no están en mala disposición. Varios particulares hemos hablado a S. M. en su favor y no lo oye mal, y en cuerpo la han pedido la ciudad de Sevilla y el Reino de Navarra. Pídale usted a Dios vuelva por su causa, que no nos descuidaremos por aquí» (2).

Como un mes más tarde, el día 14 de Octubre, consignaba en su *Diario* el P. Luengo otras mil buenas nuevas que acababan de llegar; pero descubría al mismo tiempo en alguna de ellas, con su acostumbrada perspicacia, y leyendo, como se suele decir, entre renglones, que no faltaba aquí oposición y aun de dónde venía. «Las últimas cartas de Madrid, dice en el pasaje indicado, hablan ya de la Bula de restablecimiento de la Compañía, y nos dicen que se ha traducido en lengua española y se ha publicado en la *Gaceta* y en un *Mercurio*, y que es generalísimamente aplaudida en la nación, y que todos se alegran de ver restablecida por el Papa la Compañía, y esperan tenerla pronto en España; y efectivamente, sólo deben exceptuarse de la dicha generalidad los franceses y algunos por el honor de sus mayores. En particular, dicen las cartas que en un papel periódico del título *El Procurador de la Nación* (3) se habla con mucho elogio de la Compañía y se pide al Rey su restablecimiento en España. Lo mismo piden al Rey muchos Obispos, como asegura el Ilmo. Puyal, que es uno de ellos... Se habla también de varias ciudades, que piden a S. M. el dicho restablecimiento... y aun quisiera el

(1) Página 125; 16 de Septiembre.

(2) Poseemos copia de un fragmento de esta carta.

(3) *El Procurador General del Rey y de la Nación*, era el título completo.

Rey; se dice en una carta, muchas más súplicas y aun más autorizadas; y esto quiere decir que hay enemigos y contrarios a esta reposición de la Compañía en cuerpo. La conclusión de todo ha sido que el Rey ha consultado sobre el asunto al Consejo de Castilla; y en algunas cartas se nos dan esperanzas ciertas de que su consulta será favorable. Yo no lo creo todavía, porque estos cuerpos de magistratura, así en Francia como en España, por el fin que ellos sabrán, y yo también lo sé y no quiero decirlo, nos fueron muy contrarios y ayudaron mucho a la injusta opresión de la Compañía, y tendrá el presente Consejo algo del antiguo y algún empeño por su crédito y honor» (1).

Falsa era la noticia de estar ya el asunto remitido al Consejo; pero nada quita eso a la certera previsión del P. Luengo, aun contra las *esperanzas ciertas* que dice se daban de que su consulta sería favorable.

No llegaba correo a Roma que no llevase buenas noticias tocantes al restablecimiento de la Compañía en España, aunque alguna vez mezcladas con otras no tales.

El de 22 de Octubre las daba del grande alborozo y júbilo con que había sido aquí recibida la Bula *Sollicitudo* y de los deseos que mostraba la nación de ver a ella extendidos sus efectos; en el de 7 de Noviembre a esas expresiones generales dábales cuerpo y autoridad una carta del Ilmo. Sr. Obispo de Lérida, el cual, como ya antes repetidas veces el antiguo auxiliar de Toledo, Sr. Puyal, recientemente elevado a la Silla de Calahorra, aseguraba que los Obispos generalmente se lo suplicaban al Rey; hacia mediados de Diciembre, noticia de las representaciones hechas al Monarca por la ciudad de Cádiz y por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos y su cabildo, y lo que más es, formal petición dirigida al que hacía de superior nuestro general en Roma por el Ayuntamiento de Palma de Mallorca, que sin esperar la respuesta al memorial elevado a S. M., suplicaba se enviasen jesuitas a su antiguo colegio de Montesión.

Aun de la consulta que hizo el Rey al Papa sobre la conveniencia de restablecer en su reino la Compañía y de la respuesta de 15 de Diciembre se tenía noticia en Roma, y se miraba como arma para vencer la resistencia que no dejaba de hacerse aquí por unos pocos a los deseos del Rey, de los prelados y del pue-

(1) T. 48, P. 2.^a, p. 219.

blo (1). Así podía escribir a fines de aquel año el P. Agustín Monzón al Duque de Villahermosa: «Aquí sabemos que el negocio del regreso de los nacionales a España va bien, y que se trata que se haga con honor y comodidad, aprobándolo todo el Santo Padre» (2); y termina el P. Luego su *Diario* de 1814 con estas palabras: «La conclusión en otros tomos por respecto a la Compañía se reducía a poner en limpio sus pequeños bienes y males en el discurso de aquel año. Esto ya se acabó; y la conclusión de este tomo por respecto a la Compañía se comprende en estas pocas palabras. La Compañía de Jesús muerta, ya está resucitada. La Compañía de Jesús infamada, ya está llena de gloria; porque la Compañía de Jesús extinguida en toda la Iglesia el año de setenta y tres del siglo pasado con un Breve del Papa Ganganelli, Clemente XIV, religioso franciscano conventual, ha sido restablecida en la misma Iglesia este año catorce de este siglo con una Bula del Papa presente Chiaramonti, Pío VII, religioso benedictino, publicada con una extraordinarísima solemnidad el día siete de Agosto en una capilla de esta casa. Hemos, pues, llegado al fin, al término y al cumplimiento de nuestro deseo y esperanza. En fuerza de esta Bula de Pío VII hasta ahora sólo se ha restablecido la Compañía en esta ciudad. Pero de mano en mano se irá extendiendo a otros países, y uno de ellos será nuestra España; y esperamos que aunque haya oposición se hará en el nuevo año de quince, y por esta razón nos animaremos, aun en nuestra grande edad y no pocos males, a continuar de algún modo este *Diario*, que comenzó en España, hasta ver desde cerca o desde lejos a nuestra muy amada madre la Compañía de Jesús a vuelta de cuarenta y ocho años, restablecida con honor otra vez en nuestra estimadísima patria» (3).

Con parecidas expresiones comienza el *Diario* del año siguiente. No faltaron luego, entre muchas cartas de aliento, que de España llegaban, algunas tan desconsoladoras como una del P. Tolrá, esperanzado él antes como todos, pero que ahora escribía decididamente: «No ha salido ni saldrá, a lo menos por ahora, el orden de restablecimiento en cuerpo de la Compañía; porque aunque lo quiere la nación y aun el Rey, se oponen los cuer-

(1) *Diario*, t. 48, P. 2.^a; 23 de Octubre, 12 de Noviembre, 17 de Diciembre.

(2) Carta de 22 de Diciembre de 1814, en Nonell, t. III, l. VI, c. XI, p. 317.

(3) T. 48, P. 2.^a, fin.

pos» (1). Los cuerpos eran los consejos, cuya oposición ya antes había el autor del *Diario* acertadamente pronosticado, como arriba se ha visto, y más determinadamente asegurado pocos días antes de ver la carta del P. Tolrá, presentando el estado de la causa en la Corte con estas palabras: «El Rey aguarda la consulta de los consejos favorable al restablecimiento de la Compañía en España; y los consejos, no atreviéndose a negarla o a hacerla contraria a él, por no estrellarse contra el mismo Rey, contra el clero y contra la nación, lo van dilatando todo lo que pueden» (2). En parte ya hemos visto y en parte veremos después lo acertado y lo desacertado de este juicio.

Pero nada bastaba a quebrantar la esperanza, fundada más en Dios que en los hombres; y así «nosotros, dice, sin turbarnos ni desanimarnos gran cosa por la oposición de los consejos, y aunque tengan apoyo en todos o en algunos de los ministros o secretarios de Estado, esperamos con una entera seguridad que será restablecida en cuerpo en toda la monarquía española nuestra estimadisima madre, la Compañía de Jesús; porque su gloriosa reposición en toda la Iglesia, después de haber sido perseguida fierísimamente por más de medio siglo, es clarísimamente, como lo demuestra todo lo que se ve, obra del mismo Jesucristo. Y ¿quién puede resistir a la voluntad y poder de Jesucristo e impedirle que la lleve adelante y a toda su perfección?» (3).

En igual disposición de ánimo, esperanzado aunque combatido, se hallaban nuestros Padres de Roma cuando llegó por fin el suspirado decreto, un mes justo después de su expedición, en la fiesta de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Aquí más que en otra parte debemos dejar hablar a ellos mismos de sus impresiones, y a falta de otros que no nos las han transmitido, al Padre Luengo. «Antesdeayer, finalmente, llegó correo de España con un decreto del Rey Fernando VII, gloriosísimo a la Compañía de Jesús de España y aun de todo el mundo, y causó entre nosotros y entre todos los jesuitas y entre otras muchas gentes, una bulliciosa alegría, semejante a la de Roma el diecinueve de Junio por la restitución de sus Estados. El mismo señor Ministro

(1) *Diario*, t. 49, p. 113; 6 de Marzo de 1815.

(2) T. 49, p. 79; 20 de Febrero de 1815.

(3) T. 49, p. 147; 6 de Marzo de 1815.

Plenipotenciario, D. Antonio Vargas, se le comunicó al Santo Padre, y vino a esta casa a hacérsele saber a los superiores y a todos los jesuitas de España; y en el bullicio de esta alegría, se proyectaron algunas cosas para dar gracias a Dios Nuestro Señor, autor principal de todo lo bueno, y de un modo particular de lo ventajoso a la Compañía y al Católico Rey D. Fernando VII, nuestro amado y venerado Monarca, y las explicaremos después con claridad. Y al instante, traducido prontísimamente el decreto de S. M. en italiano, se ha impreso y con asombro de toda Roma se lee generalmente en toda ella» (1).

4. Como se ve por esas palabras, en medio de aquellos primeros transportes de alegría causados por la lectura del decreto, los corazones de aquellos venerables ancianos se volvieron llenos de agradecimiento hacia Dios y hacia el Rey. Al Rey escribieron dos afectuosísimas cartas: una el M. R. P. Juan Perelli, que aquellos días había recibido del Prepósito General, residente en Rusia, la patente de Vicario suyo; y otra los antiguos jesuitas españoles. «El restablecimiento de la Compañía de Jesús, hecho por V. M. en todos sus felicísimos estados, decía el Vicario, es tan glorioso para ella, que no sólo le hace olvidar todas las bravísimas desgracias que ha sufrido por el tiempo de un medio siglo, sino que también la obliga a alegrarse de haberlas sufrido, y aun contarlas entre los singularísimos beneficios del cielo. Por esto, con las más vivas expresiones de nuestra lengua y con los más obsequiosos afectos de nuestro corazón, rendimos a V. M. las gracias, porque en un punto ha borrado todas las manchas con que nuestros enemigos nos han afeado por tantos años, y nos ha hecho comparecer a la faz de todo el mundo más gloriosos que antes. Un tan singular beneficio quedará eternamente impreso en nuestro corazón y obligará toda la Compañía a mostrarse perpetuamente reconocida, redoblando su actividad para corresponder fielmente al piadosísimo fin, para el cual V. M. se ha dignado de restablecerla. Entretanto, todos nos postraremos ante los altares del Altísimo, para implorar sobre V. M., su Real familia y sus amados vasallos el colmo de todas las espirituales y temporales bendiciones. Y yo en nombre de todos, presentándome al sublime trono de V. M., pido a

(1) T. 49, p. 353.

Nuestro Señor guarde y prospere su importante vida dilatados años» (1).

De semejante manera se expresaron los Padres españoles. «Los religiosos españoles de la Compañía de Jesús, dicen, residentes en Italia, fidelísimos súbditos de V. M., nos presentamos a sus Reales pies, para expresarle nuestros sentimientos de lealtad, de agradecimiento y de obediencia, por el Real despacho del veinte y nueve de Mayo, con que se ha dignado de llamar a sus Reinos la Compañía de Jesús. Señor, esta benevolencia nos ha hecho olvidar cuarenta y ocho años de desgracias, ni las nombraríamos siquiera, si V. M. no se hubiera dignado de hacer mención de ellas con tanta bondad. Pero todo desaparece en nuestros espíritus al resplandor de un Soberano, de un Padre tan religioso, tan benéfico y tan digno de nuestra veneración. En la adversidad nos gloriamos de habernos mostrado fieles a nuestros soberanos y amantes de la patria. Esta es una garantía bien segura del amor, del respeto y de la gratitud, que nos animan en un tiempo en que V. M. nos ha dado la mayor prueba que puede dar un monarca de su benevolencia y de su piedad. Correspondientes a estos sentimientos son los de nuestra eterna gratitud, que explicaríamos, si hubiese expresiones con que manifestarla en toda su extensión. Suplirán la falta de ellas y la demostrarán en parte, la pronta obediencia y sumisión a las órdenes de V. M. Volaremos, Señor, para emplear nuestras fuerzas y lo que nos queda de vida en el ejercicio de nuestros ministerios para corresponder lo mejor que podamos al incomparable beneficio que nos ha hecho, para servir a V. M. y a nuestra amada patria, y para fortificar en el corazón de los leales españoles el espíritu de religión y de amor a su Soberano, de que con asombro de Europa acaban de dar tan sublimes ejemplos» (2).

El Sumo Pontifice, a quien el Rey había remitido copia de su decreto, le escribió también encomiando su publicación y augurando de ella copiosísimos bienes para la monarquía (3).

Para dar gracias a Dios Nuestro Señor, celebróse en la gran iglesia del Jesús un solemnisimo triduo, que por expresa voluntad del Papa se fijó en los días 14, 15 y 16 de Julio, para que

(1) A. H. N., *Estado*, 3.518. Original.

(2) *Ibid.*, original.

(3) *Ibid.*, original.

terminase en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen. El primer día, en honra del Rey, fué dedicado a su Santo, Rey asimismo de España, Fernando III; el segundo a San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía restablecida, cuyo cuerpo descansa en la misma iglesia; el tercero, a la Santísima Virgen, Reina y Madre de la Compañía. Asistió el Ministro español, D. Antonio Vargas, que había intervenido también en el proyecto (1).

Cumplidos estos primeros deberes que la gratitud imponía, tratóse de poner orden en los movimientos necesarios para la vuelta de los Padres y realización del restablecimiento en España. Lo más urgente e importante era nombrar un superior que todo lo dirigiese. El Prepósito General de la Compañía, P. Tadeo Brzozowski, residente en Rusia, no pudo por estorbárselo aquel Gobierno trasladarse a Roma, luego que se publicó la Bula de restablecimiento. Y reconociendo que por la distancia no podría él atender a los gravísimos negocios, que necesariamente habían de ofrecerse en aquellos principios, nombró por Vicario suyo, comunicándole toda su autoridad al P. Juan Perelli, que con facultades de Provincial gobernaba ya la renaciente Compañía en Italia. Este nombramiento debió de llegar a Roma poco antes que el decreto de Fernando VII, autorizando la vuelta de la Compañía a España, estando ausente en Nápoles el P. Perelli (2). Así, pues, vuelto a Roma, uno de sus primeros actos fué escribir a S. M. la carta antes referida, y aplicando luego sus cuidados a la realización del restablecimiento en España, pensó en nombrar a su vez un Comisario General, que en todo lo tocante a él hiciera aquí sus veces.

Para cargo de tanta importancia puso los ojos en el P. Manuel de Zúñiga, Provincial entonces de la Provincia de Sicilia, a la cual y a toda la renaciente Compañía había prestado en su gobierno grandes servicios, que no son de este lugar (3). Avisado de su nuevo destino con carta de 7 de Julio, salió de Sicilia a 15 de Agosto, y deteniéndose algunos días en Nápoles, llegó a Roma los últimos del mes. Hubo allí consulta sobre el asunto de su venida entre los PP. Vicario, Barilla, nuevo Provincial de Roma, el mismo P. Zúñiga y otros cinco españoles, Juan Francisco Ocam-

(1) *Diario*, t. 49, pp. 360 y 369; 5 y 16 de Julio de 1815.

(2) *Ibid.*, p. 358; 5 de Julio.

(3) Pueden verse en el P. Narbone, *Annali Siculi* d. C. d. G., vol. 1.º y 2.º.

po, Juan de Osuna, Baltasar Masdeu, hermano del célebre historiador, Alejandro Battier y José Fernando de Silva (1); y el mismo día, 9 de Septiembre, el P. Perelli expidió para el P. Zúñiga la patente de Comisario. «Como quiera, dice en ella, dando la razón de haber resucitado un cargo abolido en la Compañía desde los tiempos de San Francisco de Borja, como quiera que restablecida nuestra Compañía por el piadosísimo Rey Católico, Fernando VII, en sus dominios, para muchos negocios tocantes a personas, domicilios y otros asuntos de la misma Compañía, sea necesario hallarse allí presente persona que tenga toda nuestra autoridad; nos ha parecido conveniente para gloria de Dios, recta administración de nuestro cargo y bien espiritual de aquellas regiones, echar esta carga sobre vuestros hombros» (2).

Ya antes de este nombramiento oficial, desde su llegada a la Ciudad Eterna, había entrado en el ejercicio del cargo «y comenzamos, dice el P. Luengo, a ser súbditos suyos los españoles jesuitas y aun de algún modo aun los que no se han vestido» (3). Así se presentó también inmediatamente al representante en Roma de S. M. C., y comenzó a tratar con él los asuntos de su comisión, y al mismo Rey escribió el 30 de Agosto, dándole cuenta de su elección y «poniendo a sus Reales pies su persona y oficio para depender enteramente de sus Reales órdenes. La Compañía, Señor, dice, donde quiera no cesará de persuadir con su ejemplo y con su voz el amor, la gratitud, la fidelidad, la obediencia debida a V. M., como parte tan principal de aquella que todos debemos a Dios, cuya mayor gloria, el servicio de V. M., el bien de sus pueblos, serán los tres objetos, que fijarán inmutablemente las vistas de la Compañía y formarán el empleo de sus cuidados y trabajos» (4).

No mucho después que esta carta había de emprender él mismo el camino de la Corte; mas antes quiso comunicar sus sentimientos con los nuevos súbditos y dejar dadas las órdenes generales que convenían y podían bastar para disponer la vuelta. Escribió, pues, a los que pudieran y quisieran volver a España, no sólo a los ya alistados de nuevo entre los jesuitas de Italia,

(1) *Restablecimiento de la Compañía y Apuntes sobre el mismo.*

(2) A. H. N., *Estado*, 3.517. Original.

(3) T. 49, p. 439; 2 de Septiembre de 1815.

(4) Copia de mano del P. Silva en nuestro poder.

sino a todos los antiguos compatriotas que habían perseverado en su vocación hasta el Breve de Clemente XIV, una circular, ante todo de espíritu y muy llena de él, pero que contiene también las prescripciones generales para el orden y buen proceder en el viaje de regreso a la patria. Por ambas cosas la trasladamos entera en este lugar.

«Reverendos Padres y Carísimos Hermanos: Habiéndome mandado el P. Vicario General con su carta de 7 de Julio próximo pasado, sobreentender en cualidad de Comisario General al restablecimiento de la Compañía en España; creo mi indispensable obligación (obligación para mí la más amable y la más conforme a mis naturales sentimientos), de ofrecirme al servicio y ayuda de todos y cada uno de Vuestras Reverencias y de mis carísimos Hermanos en todo aquello a que mis fuerzas pudieren alcanzar. Mucho deseo que de esta mi disposición, y de la inmutabilidad de la misma con la gracia del Señor, todos y cada uno queden para siempre muy bien asegurados.

No puedo menos de suponer que todos los que puedan y quieran volver a España para cooperar en aquel reino al restablecimiento de la Compañía, todos estén bien persuadidos de que el resto de nuestros días debe sin alguna reserva sacrificarse enteramente a la mayor gloria de Dios, a nuestra santificación y a la de nuestros prójimos; que estos grandes objetos, ocupando del todo la atención de nuestra mente y todos los afectos de nuestro corazón, para todo lo demás no ha de quedar en nuestro espíritu si no es aborrecimiento, desprecio, indiferencia; y que borradas absolutamente todas las mal formadas ideas de libertad, de placer, de comodidad, de ridículo honor mundano, todos correremos a abrazarnos muy de veras con aquella cruz, desde la cual sola se vuela al felicísimo reino al que aspiramos. Con tal generosidad de espíritu emprendamos nuestro viaje; y este primer movimiento de este nuevo o renovado cuerpo, muestre desde luego cuáles se pueden esperar los demás, para corresponder como es debido a la expectación y afecto de aquella gran nación, tan benemérita de nosotros y de todo el mundo; a la beneficencia tan singular de aquel gran Rey, a quien Dios nos concede la honra y la fortuna de obedecer; al verdaderamente paterno amor, a los cuidados y providencia del gran Pontífice, dado por Dios a su Iglesia para su defensa y apoyo en tiempos tan difíciles, y para merecerse por sus virtudes la admiración y el amor de todas las

gentes, y que nosotros debemos y deberemos llamar siempre a boca llena nuestro Padre; a los inmensos beneficios de aquel gran Dios de quien proceden todos estos bienes y que tan a manos llenas derrama sobre nosotros sus misericordias, tan sobreabundantemente nos compensa de los pasados trabajos.

Deseo que al emprender el viaje ya todos los que perseveraron hasta el Agosto de 1773 o los que de nuevo se hayan recibido después, se hallen con el vestido jesuítico, y que más aún que éste nuestra conducta nos anuncie donde quiera por jesuítas. El día en que se tomará el vestido, comenzará aquel noviciado, que está mandado se haga antes de volver a hacer los votos del bienio; y llegados allá se tratará de los que hayan de tomar grado fijo en la Compañía o renovar sus profesiones.

Haciéndose el viaje por mar, para cada embarcación se destinará un Superior, de quien todos dependerán; y él tendrá todas las facultades necesarias y oportunas para cuanto pueda ocurrir. Y haciéndose por tierra se hará lo mismo en cada partida de uno o más carruajes, según se pudiere combinar.

Los Superiores tendrán poco que hacer para procurar, en cuanto sea posible, la observancia y edificación con personas que por una y otra tendrán ciertamente el mayor empeño. Se señalarán también procuradores, los cuales cuiden de lo temporal, y que todos y cada uno sean provistos, asistidos y servidos lo mejor o lo menos mal que se pueda.

Llegados a España, convendría que en el puerto o ciudad a donde lleguemos, espere cada uno su destinación, la cual se procurará que le llegue con toda la solitud posible, para que no nazca la mínima confusión.

Esto es lo que por ahora ocurre. Yo nada más deseo que servir a todos del mayor consuelo y alivio que me sea posible. Para esto y para todo lo demás pido muy encarecidamente a Vuestras Reverencias y a mis carísimos Hermanos, que mucho me encomienden a Dios en sus santos sacrificios y oraciones.

De Vuestras Reverencias y de mis carísimos Hermanos, afectísimo siervo en Cristo, Manuel de Zúñiga. De Roma, 8 de Septiembre de 1815» (1).

Algo más particulares órdenes dió ya en vísperas de emprender su viaje, nombrando además por Superior de los de Roma y

(1) Idem.

contornos al P. Pedro Ganuza, de la antigua Provincia del Paraguay, y Procurador al P. Inocencio González, de la de Castilla. Quiso también recibir la bendición de Su Santidad, que le acogió con mucho agrado y le concedió diversas gracias, unas perpetuas y otra para el viaje de los Padres.

Para los gastos del camino recibió del Ministro Vargas cien pesos duros para sí y otros tantos para cada uno de sus tres compañeros, los PP. Juan de Osuna y Fernando de Silva, y el Hermano Ramón López, novicio coadjutor. Con esto salió de Roma la vuelta de España el 18 de Septiembre, «con la bendición, dice Luengo, del P. Vicario General, Juan Perelli, y con alegrísimas expresiones de todos, italianos y españoles, deseándole un felicísimo viaje y un suceso no menos feliz en el fin y objeto de él, que es el restablecimiento honorífico de la Compañía de Jesús en todos los dominios de Su Majestad Católica en España y en la América» (1). En su viaje por tierra rodeó por las Legaciones, para recoger noticias y dar órdenes sobre la vuelta de los muchos que en aquel departamento vivían. Nombró, como en Roma, superiores a cuya dirección estuviese todo y procuradores para entender en gastos de viaje, equipaje y demás. Semejantes diligencias hizo también en Génova, y allí se embarcó para Barcelona; pero la nave por accidentes de la navegación aportó, al cabo de diez y seis días, a Palamós, de donde por tierra pasaron los viajeros a la capital del Principado. De allí por Valencia se dirigió a Madrid, donde entró a 25 de Noviembre. No tenemos noticia por menor de la manera cómo a su paso fueron recibidos por los pueblos, que por vez primera veían jesuitas después de cuarenta y ocho años. Sólo en Barcelona nos dicen en general que recibieron singulares demostraciones de afecto, e iguales o mayores en Valencia, donde el Ilmo. Sr. Arzobispo, D. Veremundo Arias Teixeira, benedictino, les salió al encuentro una legua de la ciudad, los hospedó en su palacio y los acompañó largo trecho a la partida; el Capitán General los agasajó en la visita que le hicieron; y multitud de personas de todos estados y condiciones los obsequiaron visitándolos a ellos (2).

Poco más sabemos de su entrada en la corte. Habíanles preparado hospedaje en el convento de San Francisco el Grande,

(1) T. 49, p. 458; 19 de Septiembre de 1815.

(2) *Apuntes y Diario de Valencia* del 17 de Noviembre.

donde paraba el P. Gaspar de la Carrera, venido de Italia un año antes; y la insigne comunidad los recibió procesionalmente en la iglesia con repique de campanas, y cantó en acción de gracias por su venida un solemne *Te Deum*. No se hallaron solos los Padres franciscanos al recibimiento, sino también buen número de personas distinguidas, que tuvieron noticia de la llegada.

El siguiente día visitaron al Nuncio de Su Santidad en estos reinos y al otro fueron admitidos a besar la mano al Rey. No pudo menos de haber en esta audiencia y en la conversación con S. M. algo digno de ser consignado en esta historia, mayormente si es verdad lo que a Roma habían escrito y notó el P. Luengo, que Fernando VII mostraba gran curiosidad y un impaciente deseo de ver jesuitas. «Curiosidad y deseo, continúa el autor del *Diario*, muy natural en su persona y en sus presentes circunstancias. Cuando llegó a tener uso de razón, ya hacía más de veinte años que habían desaparecido de España, y poco menos de todo el mundo; y desde aquel tiempo hasta los treinta años de su edad oiría de ellos tales maldades y tales horrores a los que constantemente le han acompañado, que les tendría por unos monstruos y por los hombres más abominables del mundo, pues así nos han tratado todos nuestros enemigos, religiosos de muchas órdenes, políticos, jansenistas, filósofos, incrédulos y francmasones; y desde que llegó a Madrid por el mes de Mayo, ha oído necesariamente tantos y tales elogios y alabanzas de los jesuitas a respetabilísimos Obispos y a otras muchas personas autorizadas, ha visto una estimación tan extraordinaria y tan general en la nación y un deseo tan vehemente de verlos restablecidos, que se ve violentamente inclinado a tenerlos por hombres de doctrina y de virtud superiores a las de todos los demás. Es, pues, muy natural en el Rey una vehemente curiosidad de ver y conocer a unos hombres, tan aborrecidos de unos y tan amados de otros, y en boca de unos, y especialmente de venerables Obispos, unos hombres respetables por muchos títulos, virtuosos y santos» (1). Nada sin embargo sabemos de positivo, porque de las cartas que seguramente escribieron los Padres a Roma dando cuenta de su viaje y recibimiento no nos ha quedado ninguna.

A su vez fueron luego visitados y agasajados de la muchedumbre de personas esclarecidas por sangre o dignidad, que ha-

(1) T. 48, P. 2.^a, p. 287; 12 de Noviembre de 1814.

bían tenido parte muy principal en promover con el Rey su vuelta a la nación. El mismo Nuncio Apostólico, Mons. Gravina, el Patriarca de las Indias, el Inquisidor general, alumno en otro tiempo de nuestro colegio de Calatayud, el confesor del Rey, el Duque de Montemar, los de Granada y Villahermosa, el Conde del Pinar, el primer fiscal del Consejo de Castilla, y otros muchos hicieron con ellos particulares demostraciones de afecto y benevolenciá (1).

5. Partido de Italia el P. Zúñiga con sus compañeros, quedaban disponiendo el viaje de los demás a España el Ministro Vargas y los superiores y procuradores señalados por el P. Comisario.

El primero en emprenderlo fué el P. Faustino Arévalo con tres compañeros, uno de ellos coadjutor, ni más ni menos que lo fueron en la antecedente expedición. Hubo en la partida del Padre Arévalo circunstancias que la hacen digna de algo detenida relación, como lo fué de ser elevada a conocimiento del Rey, que mostró en ello particular agrado.

Entre los muchos jesuitas españoles que desterrados en Italia adquirieron merecido renombre por sus letras no menos que por su virtud, fué uno de los primeros el P. Arévalo. De aquí la estimación en que fué tenido por personas de la más alta dignidad en la Iglesia. Sabida es la gracia en que estuvo con el Cardenal Lorenzana, bajo cuya protección dió a luz las magníficas ediciones de los poetas cristianos y de San Isidoro arzobispo de Sevilla. El saber que mostró en estas y otras obras, principalmente en su *Hymnodia Hispanica*, movieron al Sumo pontífice a darle el cargo, nuevo en Roma, de Hymnógrafo de la Congregación de Ritos o «revisor de himnos y oficios eclesiásticos en lo tocante al metro y lengua latina» (2). Era además Teólogo de la sagrada penitenciaría, empleo grave y delicado, encomendado siempre a uno de la Compañía desde el tiempo de San Pío V, aun durante la extinción. Habíalo sido secretamente, como sustituto del P. Alfonso Muzarelli, desde que éste en 1809 fué llevado preso a Francia; a su muerte, acaecida poco después, comenzó a serlo en propiedad; y en Febrero de 1814, públicamente, quitado el secreto a

(1) *Apuntes y carta al P. Diosdado.*

(2) A. H. N., *Estado*, leg. 5.751. Copia del memorial renunciando el empleo. Oficio al Cardenal de la Somaglia en nuestro poder.

que había obligado la dominación de los franceses en Roma (1). Era, pues, por ambos cargos el P. Arévalo persona distinguida en aquella ciudad y percibía por ellos muy competentes emolumentos. Restablecida la Compañía fué uno de los primeros en volver a su seno; pero continuando en Roma, siguió en el ejercicio de uno y otro empleo.

Cuando el Rey de España abrió a los jesuitas las puertas de sus estados y aun manifestó instantemente su deseo de que volvieran a ellos; el P. Arévalo preparó para Su Santidad un memorial, suplicándole que se sirviera exonerarle de los dos cargos que de su mano tenía, para poder por su parte complacer al Soberano volviendo a restablecer el Instituto en España, y mostrarle con esto la gratitud debida a sus bondades. Por la estimación que de él hacían el Papa y el Cardenal Penitenciario, temía, no sin fundamento, como dan a entender Luengo y el embajador Vargas, que Su Santidad había de tener dificultad en aceptar la renuncia; y para más seguramente vencerla (pero sin descubrir, a lo que parece, esta intención), antes de presentar el memorial a Su Santidad, se lo mostró amistosamente a Vargas, que luego quiso y tuvo copia de él para enviársela al Rey, como cosa digna de la atención de S. M.

No había sido ilusorio el temor de la resistencia del Papa, ni fué vano el recurso a que disimuladamente acudió el P. Arévalo para triunfar de ella con suavidad. «Sé de positivo, escribía Vargas el 30 de Agosto, que el Papa siente deshacerse de un sujeto de tanto mérito, y que ha encargado al Cardenal Di Pietro, Penitenciario Mayor, que me lo manifieste de su parte» (2). En efecto, el Cardenal de parte del Papa y de la suya habló al Ministro para estorbar la partida de Arévalo; y aun el mismo Papa, según dice Luengo, le habló por sí para reducirlo a su intento. Aparte de las razones que en contrario había, el Ministro pudo negarse a dar un paso en asunto de que ya había dado noticia al Rey, y aun copia del Memorial. Con esto cesó la oposición, y dispuestas sus cosas y recibida de Su Santidad la bendición, que le dió con particulares muestras de estimación y de afecto, partió de Roma camino de España por tierra con sus compañeros el 25 de Septiembre, socorridos por el Ministro con doscientos duros para

(1) *Diario*, t. 48, P. 1.^a, p. 146; 13 de Febrero de 1814.

(2) Minuta en el archivo de la Embajada.

ayuda de costa de su viaje, la mitad de lo que había dado al Padre Zúñiga y los suyos.

A la comunicación del embajador dando cuenta del caso, contestó el Ministro de Estado, D. Pedro Ceballos, por el primer correo: «Por la carta de V. E. de 30 de Agosto último se ha enterado el Rey Nuestro Señor del noble desprendimiento, con que el jesuita, D. Faustino Arévalo, ha renunciado, por venir a España, los distinguidos empleos que le había conferido Su Santidad. S. M. quiere que V. E. diga en su Real nombre al P. Arévalo, que le ha sido sumamente grato y apreciable este acto de amor y de respeto; por lo cual, así como por las demás circunstancias, que recomiendan al P. Arévalo, hallará siempre a S. M. muy propicio» (1).

Cuando este oficio llegó a Roma, el P. Arévalo estaba ya en camino. Acompañábanle «los PP. Juan Bautista Sorarráin, de casi ochenta años, y el P. Domingo Oyarzábal, con llagas en las dos piernas, y el Hermano coadjutor Miguel Bruno Huarte, en edad ya de setenta y cuatro años. Partieron, pues, dice el Padre Luengo, con alegría, por una parte, de todos, y especialmente de su Provincia de Castilla, por ser su viaje una prenda segurísima a los ojos del Rey y de toda la nación, del deseo eficacísimo de los jesuitas castellanos de complacer a S. M. a toda costa; y por otra con no pequeño dolor, porque se pueden temer desgracias no pequeñas en tales sujetos en un viaje tan largo; y cierto les ayudaremos todos con nuestras pobres oraciones, para que lleguen felizmente a la Santa Casa de Loyola» (2). No se dirigieron desde luego a Loyola; se dirigieron a Pamplona, adonde llegaron entre el 11 y el 14 de Noviembre, y allí se detuvieron, hospedados por el señor Obispo, D. Joaquín de Uriz, en su propio palacio.

6. Los que en Italia quedaron como superiores nombrados por el P. Zúñiga, siguiendo sus instrucciones, pasaron a Vargas aviso de los que deseaban volver a la patria; porque él era quien había de disponer para todos embarcación. Pero no siendo estos informes lo exactos y completos que S. E. deseaba, ni el aviarse los Padres para la partida tan breve y expedito como su viveza lo pretendía; tomó la resolución de escribir una circular firmada de su mano a cada uno de los que vivían en Roma y su departa-

(1) Original en el mismo archivo.

(2) *Diario*, t. 49, p. 146; 25 de Septiembre de 1815.

mento, y hacer que en el de Bolonia el encargado de pagar las pensiones pasase igual aviso, exigiendo a unos y otros respuesta por escrito. He aquí la ejecutiva circular:

«El Excmo. Sr. D. Pedro Ceballos me ha mandado hacer saber a los jesuitas, que residen en Italia, que es voluntad del Rey Nuestro Señor, que todos se restituyan a España a restablecer el Instituto; y me ha manifestado al mismo tiempo que S. M. espera que todos los individuos de la Compañía corresponderán agradecidos a las pruebas de bondad y estimación, con que acaba de distinguirlos. A fin que yo pueda dar ejecución a la citada voluntad de S. M., es necesario que V. me responda por escrito si está dispuesto a embarcarse para España luego que yo le dé el aviso de haber proporción para ello. Se lo participo a V. para su inteligencia y cumplimiento, advirtiéndole también para su gobierno, que yo remitiré a la Corte la misma respuesta original, que V. me dirija. Dios guarde a V. muchos años. Roma 8 de Octubre de 1815. P. D. Con esta ocasión participo a V. que S. M. tiene mandado que los jesuitas de este departamento se embarquen en Civittavecchia. Tiene también mandado S. M. que se socorra a cada uno con cuatro escudos para su viaje hasta dicho puerto, y que se abone igualmente a cada uno el flete y trece días de manutención para su viaje por mar, a razón de diez reales por día. Antonio de Vargas» (1).

Consérvanse buen número de las respuestas originales ofreciéndose unos y excusándose otros del viaje por sus años y achaques, pidiendo algunos prórroga por sus negocios o por esperar la estación más bonancible de la primavera. Sin condición alguna se pusieron a las órdenes del Ministro para embarcarse cuando y donde dispusiera, entre otros beneméritos sujetos, el conocidísimo historiador, Juan Francisco Masdeu y su hermano Baltasar, en edad ambos de más de setenta años, y el tantas veces aquí citado P. Manuel Luengo, que escribía después desde Barcelona haberse embarcado en Civittavecchia «el día mismo en que cumplía los ochenta años» (2). He aquí su contestación a la circular de Vargas: «Excmo. Señor. Respondo al instante a la de V. E. de ayer, que me entregan en este momento, y digo, que

(1) Minuta en el archivo de la Embajada.

(2) Carta suya al P. Diosdado de 30 de Diciembre de 1815. Original en nuestro poder.

aunque en edad de ochenta años y con los males ordinarios en ella y con alguno extraordinario, estoy prontísimo para embarcarme para España cuando, como y donde V. E. disponga; para hacer un pequeño obsequio, si bien en mucha parte inútil para el fin que se pretende, a un tan benéfico Soberano, que merece todos, aun los más difíciles y costosos a que alcancen nuestras débiles fuerzas. Casa de Jesús de Roma 10 de Octubre de 1815» (1).

En términos parecidos expresaron su resolución otros varios, más de veinte en Roma, y algunos de más edad aún que el P. Luengo.

No hemos de dar cuenta una por una de las varias expediciones en que los desterrados fueron restituyéndose a la patria. Apuntaremos solamente algunas noticias generales sobre el número de ellos y la forma y condiciones de sus viajes.

La licencia de regresar libremente a España los antiguos jesuitas no tenía en los principios limitación alguna. Luego se exceptuó de ella a los que, casados en Italia cuando por la extinción de la Compañía dejaron de ser religiosos, no pudieran traer consigo «riquezas o conocimientos en artes mecánicas para mantenerse con provecho del Estado» (2). No se halló ninguno en tales condiciones (3); y ninguno, por tanto, de los pocos casados sobrevivientes pudo, si es que alguno quiso, volver a la patria.

Quedaban los sacerdotes y el corto número de los que, siendo al tiempo de la extinción todavía estudiantes o coadjutores, ni se habían ordenado ni se habían casado después. Estos tuvieron todos libertad para volver, y aun fueron repetidas veces instados en nombre del Rey para que volvieran a España a restablecer el Instituto. Pero ni todos se sentían con ánimo para abrazar de nuevo la vida religiosa, ni de éstos y de los otros eran muchos los que contaban con fuerzas y aliento para arrostrar los riesgos del cambio de clima y las penalidades del camino, por tener casi todos arriba de setenta años. «Edad, alega el mismo Minis-

(1) A. H. N., *Estado*, 3.518. Original.

(2) A. H. N., *Estado*, 5.751. Minuta. Original en el archivo de la Embajada.

(3) Vargas a Ceballos, 19 de Febrero de 1816. Minuta en el archivo de la Embajada.

tro Vargas, que trae consigo todo género de incomodidades y los inhabilita a hacer un viaje tan largo, a menos que el deseo vehementemente de morir en la patria no les haga despreciar los peligros ciertos a que se exponen» (1).

Allegóse a esto la triste experiencia de algunas expediciones desgraciadas. Los primeros que navegaron en el otoño de 1815, en vez de embarcarse apenas llegados al puerto, como esperaban y se les había prometido, estuvieron detenidos en él diez y seis días; salidos, los cogió una fuerte borrasca que los tuvo veinte horas en peligro de naufragar; por ella, por las malas condiciones del buque y por la impericia de los marineros, estando calculados trece días para la navegación hasta Barcelona, emplearon veintiocho, malísimamente acomodados y servidos (2).

Estas noticias llegadas a Italia retraían a muchos, que, o desistían a pesar suyo de emprender la vuelta, o la aplazaban a tiempos que nunca llegaban, quiénes de más segura y cómoda travesía, quiénes de mejoría en su salud y fuerzas. Finalmente, los que no habían de volver a ser jesuitas, encontraban por la mayor parte otro gravísimo estorbo para su viaje en la suma escasez de recursos. De todos en general había informado espontáneamente el embajador, cuando avisó a la Corte haberles comunicado y haber ellos agradecido infinito la licencia de volver, que se hallaban imposibilitados por su excesiva pobreza para hacerlo a sus propias expensas (3); y para no dejar ilusorio el permiso concedido, se pensó al pronto, y aun se resolvió antes del decreto de restablecimiento del cuerpo de la Compañía, pagárselo a cuantos como particulares quisieran venir. El coste de todos cuantos había en Italia se calculó en poco más de 11.200 duros (4). Pero luego, por consideraciones que ignoramos, y en que no debió de entrar solamente la pobreza del erario, se dió

(1) A Ceballos, carta citada.

(2) *Relación del viaje de mar de diecinueve jesuitas, que salieron de Roma a los 20 de Octubre y llegaron a Barcelona después de varias averías el día 5 de Diciembre de 1815.* Anónima en nuestro poder.

(3) A. H. N., *Estado*, 5.751. Al Duque de San Carlos, 27 de Octubre de 1814. Original.

(4) A. H. N., *Estado*, 3.518. Documento número 3, remitido con carta de Vargas a Ceballos de 15 de Junio de 1815. *Número de los ex-jesuitas que existen actualmente en los departamentos de Bolonia, Génova y Roma.*

orden al Ministro español en Roma para no hacer la costa ni en todo ni en parte, sino a los que volvieran a restablecer el Instituto, y por tanto, o jesuitas ya o con ánimo de serlo (1).

Algo exagerado andaba el Señor Vargas en la generalidad con que atribuía a todos tan extrema pobreza; y no faltaron quienes por su cuenta volvieron sin socorro alguno del Estado, antes que el Gobierno pensara en dárselo y después que resolvió negárselo a los que regresaran como simples particulares. Pero seguramente en la mayor parte era triste realidad aquella pintura; y esto con las otras dificultades y trabajos del viaje para hombres de su edad, junto en algunos con el acomodo en la vida y la suavidad en el aire y suelo de Italia, hicieron que muchos se quedaran por allá esperando el ya no lejano término de sus días, de ellos agregados a la Compañía, unos en las comunidades de aquella provincia, otros por circunstancias especiales, aislados y en la misma forma de vida exterior que antes tenían, y de ellos en el siglo, como los dejó el Breve *Dominus ac Redemptor*.

Los restantes, en número, tal vez, como de la tercera parte, fueron volviendo a España; los más desembarazados y animosos inmediatamente en el otoño y entrada del invierno de 1815; otros que esperaban tiempo mejor para navegar o tenían negocios que arreglar antes de partir, en la primavera y verano de 1816, y aun los años siguientes algunos, que en ninguna de las dos primeras ocasiones pudieron hacerlo. Puertos destinados para el embarque (por tierra apenas volvió ninguno, fuera del P. Arévalo con sus compañeros) eran Civitavecchia para los del departamento de Roma; Liorna para los de Bolonia y toda la Romaña; y Génova para los de aquella parte.

Debemos añadir a éstos un corto número venidos de Sicilia. De los jesuitas españoles, que al restablecerse la Compañía en las dos Sicilias en 1804, corrieron allá a entrar de nuevo en ella, una parte fué pronto destinada a aquella isla. Apoderadas del reino en 1806 las tropas francesas, el Rey intruso, José Bonaparte, disolvió, como más tardé en España, las órdenes religiosas y expulsó del territorio a sus individuos extranjeros. Pero quedó en salvo la isla, y en ella refugiada la Corte del Rey legi-

(1) Ceballos a Vargas, 30 de Noviembre de 1815. A. H. N., *Estado*, 3.518. Minuta.

timo, Fernando. Por eso, mientras los españoles que habían quedado en la Provincia de Nápoles, tuvieron que salir del reino y se acogieron a Roma, los de Sicilia permanecieron en la suya y en ella continuaban al verificarse el restablecimiento universal en 1814 y el de España en 1815. Sabedores de él y del deseo que Fernando VII mostraba de que todos los antiguos jesuitas españoles volvieran aquí a formar parte del Instituto restablecido, quisieron también todos acudir; y obtenido el correspondiente permiso de los superiores, acudieron al llamamiento navegando para España, cuatro en Enero de 1816 y cuatro algo más tarde, con tan mala fortuna los primeros, que parte por calmas, parte por vientos contrarios y arribadas, gastaron en el viaje cincuenta y ocho días.

7. Queda hecha mención arriba de la Real orden para que se sufragasen los gastos de viaje a cuantos venían como restauradores de la Compañía en España. Por agradecimiento debido a nuestros bienhechores, y porque de otro modo atribuirían los lectores erradamente al Gobierno todos aquellos gastos, debemos decir brevemente de dónde salió buena parte de las sumas invertidas.

El deseo de ahorrar a la Real hacienda, bien poco floreciente a la sazón, cuanto en esto se pudiera, y la idea de que sería bien que contribuyesen a costear el viaje de los jesuitas las ciudades, villas, cabildos y demás cuerpos y particulares que habían pedido su vuelta, y en cuyo provecho inmediato habían de trabajar (pues hasta entonces no se había concedido el restablecimiento sino en los pueblos que le habían pedido), hicieron concebir el pensamiento de acudir a su voluntaria cooperación, y poniéndolo inmediatamente por obra, expidió el Secretario de Gracia y Justicia una Real orden circular en Julio de 1815 a todas aquellas corporaciones. No faltaron generosos donativos de prelados, cabildos, ayuntamientos y personas privadas, a pesar del agotamiento general de riqueza en que no menos que al tesoro del Rey tenía sumidos a los particulares la larga guerra de la independencia, apenas concluida. Ni faltó tampoco el óvolo de la viuda, no menos digno de aprecio, esto es, cortas limosnas, recogidas de casa en casa por los ayuntamientos, como por encargo de la Diputación se hizo en los pueblos de Guipúzcoa. Estos donativos, que llegaron por lo menos a la suma de 9.830 duros, debieron de bastar para el viaje de los que venían a ser jesuitas

en España; y para esos se habían hecho, no para los que habían de quedarse en el siglo (1).

8. Además de los recién venidos de Italia, entraron a formar parte de la nueva Compañía española cierto número de antiguos jesuitas, ya de antes residentes en la patria. Cuando en 1801 fueron segunda vez desterrados los que habían vuelto en 1798, fueron exceptuados de este nuevo destierro, como del primero, los que a juicio de médicos no pudieran por su edad o enfermedades ponerse en camino. Y aunque una vez convalecidos, fueron algunos de ellos embarcados también para Italia (2); pero otros continuaron sin nuevas vejaciones viviendo en España. No sólo esto. Vióse en no pocas autoridades locales, conocedoras de la vida inculpable y aun edificante de los proscritos, decidido empeño en librar, a los que en su jurisdicción caían, de este nuevo extrañamiento, y a su sombra lograron quedarse por aquí buen número aun de los sanos, unos simplemente disimulados e inadvertidos tal vez por el supremo gobierno, otros amparados con benignos informes de achaques y trabajos. De éstos entraron ahora algunos a engrosar las filas de la nueva Compañía.

Apenas se tuvo noticia en España del restablecimiento universal, hecho por la Bula de 7 de Agosto de 1814, acudieron algunos al P. Luis Panizzoni, Provincial entonces de Roma, pidiendo con instancia ser recibidos. Recibióllos; «pero les advierte, dice el P. Luengo, que nos da esta noticia, que se estén quie-

(1) Por documentos del A. H. N., *Estado*, 3,518, constan las partidas siguientes:

El Patriarca de las Indias. 15.000 rs.	El Abad de Bauzos..... 20.0 0
El Arzobispo de Santiago. 10.000 »	El Prior de Caspe..... 2.240 »
» de Burgos... 22.000 »	El Ayuntamiento de Valencia..... 12.000 »
» de Tarragona 10.000 »	El Ayuntamiento de Madrid..... 15.000 »
El Obispo de Badajoz ... 6.000 »	El Ayuntamiento de Soria. 8.000 »
» de Lugo..... 3.000 »	El Ayuntamiento de Gandía..... 4.000 »
» de Barbastro... 600 »	Don Vicente Gofin..... 3.000 »
El Deán y Cabildo de Bur- gos..... 2.000 »	
El Cabildo de Sevilla..... 8.000 »	
» de Córdoba.... 6.000 »	

Por otros documentos consta que dieron:

Una suscripción hecha en Toledo..	27.764 rs.
El Ayuntamiento de Cádiz.....	11.000 »
El Cabildo de ídem	11.000 »

(2) Simancas, *Estado*, 5.065 y 5.066.

tos y aguarden el restablecimiento de la Compañía de España; y sin esta advertencia serían capaces, especialmente los que no son muy viejos, de emprender el viaje a Roma para vestirse la sotana de la Compañía» (1). Uno de éstos era el P. Juan José Tolrá, conocido autor de la obra en defensa de *La venida de Santiago a España* y redactor sin duda del memorial o *Reclamación* que, firmada por él y por los PP. Elías Royo y José Otero, fué presentada a las Cortes extraordinarias en 1812. Otro digno de mención era el P. Miguel Elizalde, sacerdote celoso y valiente impugnador del *Catecismo del Estado*, de Villanueva. Era novicio al tiempo de la expulsión en Villagarcía, y muy contra su voluntad, importunado y aun forzado por su familia, se apartó de los compañeros, que heroicamente perseveraron y siguieron a los Padres al destierro. Ordenóse luego de sacerdote, y en Pamplona trabajó sin descanso en los sagrados ministerios y en la defensa de la religión con la palabra y con la pluma; y restablecida la Compañía por Pío VII, aunque contaba ya casi setenta años de edad, acudió al instante a Roma solicitando la admisión.

Semejante a éste era otro pretendiente de Andalucía. Danos noticia de él y de su solicitud el P. Luengo. «A éste mismo, dice (al P. Panizzoni) le han venido en estos días dos cartas de España, que las trasladaría aquí, si las tuviera a la mano. La primera es de un eclesiástico andaluz, que era novicio de la Compañía al tiempo de su expulsión, el año de sesenta y siete, y no pudo seguir a su provincia en su destierro a Italia, y protesta que siempre ha estado persuadido a que sucedería lo que ahora sucede, de ser restablecida la Compañía de Jesús en España, y ha procurado vivir y ocuparse de tal modo, que no pusiese impedimento alguno, ni se hiciese indigno de ser recibido en ella. Y en efecto, ha hecho sus estudios, se ha ordenado, está retirado en la Congregación de San Felipe Neri; y basta el ser examinador sinodal para prueba de que por el título de doctrina no desmerece ser recibido en la religión. Y esto se lo pide al P. Provincial, Panizzoni, con las expresiones más vivas, más fervorosas y más enérgicas, que un ardentísimo deseo puede inspirar. Y se le concede, como es justo, diciéndole que está ya recibido en la Compañía, que continúe su noviciado en el estado en que se halla, y cuando se restablezca en España, hará sus votos y todo lo de-

(1) *Diario*, t. 48, P. 2.ª, p. 275; 7 de Noviembre de 1814.

más» (1). Aunque el P. Luengo no le nombra, sin duda era el Padre Francisco Javier Quartín Carreras, Superior un tiempo del Oratorio de Sevilla, que afiliado de nuevo a la Compañía, parece que no perseveró en ella hasta la muerte.

Aunque ignoramos si fueron muchas, conocemos algunas otras de estas peticiones dirigidas a Roma; y a buen seguro que hubieran sido más, si no vieran los que por aquí estaban, cómo se acercaba el restablecimiento de la Compañía en España, y esperaran aquel momento para volver a entrar en ella. Así, luego que llegado a Madrid el P. Comisario, se hizo saber a todos y se les mostró la puerta abierta, ¡qué actos tan hermosos se vieron de amor a la madre resucitada y a la vocación, aun en algunos que en la borrasca de la expulsión sucumbieron y la abandonaron!

Ya notamos arriba la vuelta del P. Antonio Vera, de quien a 3 de Enero de 1816 escribía el P. Ignacio Montero: «El P. Vera se adapta (aunque le parece un poco duro a los ochenta y dos años) y será novicio por dos años, habiendo empezado el primero de este que comienza» (2). Setenta tenía el P. Rafael Gálmez; y con todo pidió también humildemente ser admitido y se avino a pasar a Madrid a comenzar el noviciado (3).

Poco menos de admirar parecerá el retorno de otros muchos ancianos, aunque no les correspondiera y no tuvieran que pasar por los dos años de noviciado. El P. Francisco de Borja Sánchez Murga escribía: «Digo, pues, de corazón que estoy pronto, prontísimo a unirme a aquella madre, que me enseñó a amar y servir a Dios, y me formó, aunque indigno, con su enseñanza, ministro de la mayor gloria de Dios. Mas ¡ay! *tempus resolutionis meae instat; ego enim jam delibor* (4). Cuento ochenta y tres y más de años; cuento un continuo reumatismo...» (5). Y continúa enumerando sus ajes; pero acaba repitiendo las primeras palabras: «Con todo, aquí estoy pronto, prontísimo.»

El P. Domingo Betancourt, coadjutor temporal formado al tiempo de la extinción, y luego ordenado de sacerdote en Italia,

(1) Ibid., p. 351; 17 de Diciembre de 1814.

(2) Carta autógrafa al P. Silva, en nuestro poder.

(3) Carta suya autógrafa al P. Silva de 13 de Enero de 1816.

(4) *Ego enim jam delibor et tempus resolutionis meae instat*. 2 Tim. IV, 6.

(5) Copiado en carta del P. Montero, sin fecha, al P. Silva.

recibida en Cádiz la noticia de su nueva admisión, escribía al P. Silva: «¡Hombre de Dios! ¡Qué carta tan bella! ¡Qué de lágrimas me ha costado en leerla y considerar la bondad de mis buenos Padres de quererme entre los hijos de mi buena madre, la sagrada Compañía de Jesús!» (1).

Tal sabemos positivamente que era el espíritu de otros, entre los pocos cuyas cartas conservamos; y bastan estos testimonios para dar idea del afán y consuelo con que generalmente volvían a incorporarse en la Compañía aquellos venerables ancianos, después de cuarenta y dos años y más de vida secular, y algunos tan bien acomodada.

Y aunque esta generalidad tuvo no pocas excepciones, como ya hemos indicado, y hubo seguramente quienes de volver a la Compañía se excusaron con menor fundamento del que tenían otros, que, sin embargo, volvieron, y tal cual quizá con ninguno; todavía queda lugar y ancho campo a la admiración en los demás, viendo cómo se conservó en ellos tan vivo el amor a la religión, en que los más habían vivido pocos años, y tan vigoroso el espíritu recibido de ella, que en más de cuarenta no se extinguió ni amortiguó, y en edad tan avanzada les dió ánimo para emprender de nuevo la vida religiosa.

Ya en 1804 se maravillaba de eso con menor fundamento la Reina de Nápoles. El P. Cayetano Angiolini, ejecutor del Breve, con que Su Santidad restableció la Compañía en aquel reino, escribía por los días mismos de su publicación en la Corte: «Dos cosas, me decía el domingo pasado la Reina, me llenan de admiración en el negocio de vuestro restablecimiento: la primera, el ver que todos vosotros, si bien una gran parte no venís sino a trabajar y padecer y a vivir con incomodidad, anheláis por volver a vuestros antiguos colegios; la segunda, cómo el pueblo, después de treinta y siete años que no os tiene, no ha podido olvidaros y muestra tanto regocijo por vosotros. Estas son dos cosas para mí ininteligibles» (2).

Lo mismo y con más razón, por haber pasado diez años más, excitó la admiración de muchos en Roma en 1814, como lo notó el P. Luengo. «Viendo entrar todos los días muchos de esta misma ciudad, de los países vecinos, y de otros más lejanos, como

(1) Cádiz 8 de Enero de 1816. Autógrafa en nuestro poder.

(2) Nonell, t. III, l. V, c. I, pp. 16-17.

la Lombardia y el Estado de Venecia, y viendo por otro lado que de las otras religiones se reúnen muy poco a poco aun los que están cerca, y que varios o muchos no quieren volver a sus órdenes; muestran alguna maravilla de esto muchos romanos, y como que no pueden entender en qué consiste, que los jesuitas, aun después de cuarenta y un años de supresión de la Compañía, estén tan prontos todos a reunirse a ella, y los otros religiosos, después de solos cinco años de supresión de sus religiones, estén tan perezosos en volver a ellas y muchos las abandonen del todo» (1).

Por lo que hace a los españoles e hispano-americanos puede, en suma, decirse que de los cuatrocientos sesenta o setenta sobrevivientes en 1814, la mitad volvieron a dar su nombre a la Compañía, y como ciento veinte, es decir, más de la cuarta parte, en España, quedándose los demás en Italia, por no hallarse en disposición de emprender el penoso viaje de regreso.

Si a alguno parece pequeño este número y se extraña de que no fueran más, tanto los reincorporados como los venidos a España, advierta que de todos no llegaban a la cuarta parte los que bajaban de setenta años, y que muchos pasaban de ochenta.

(1) *Diario*, t. 48, P. 2.^a, p. 276; 7 de Noviembre de 1814. Los franceses habían disuelto las comunidades cuando ocuparon a Roma.

CAPITULO IV

LA COMPAÑÍA LEGALMENTE RECONOCIDA EN TODOS LOS DOMINIOS ESPAÑOLES

1. Informe de los fiscales segundo y tercero presentados al Consejo en el asunto de la Compañía.—2. Dictamen del fiscal primero impugnando la expulsión por ilegal, por lo infundado de las acusaciones hechas contra el Instituto de la Compañía, contra sus doctrinas y contra su conducta política.—3. Recopilación de su defensa.—4. Condiciones que propone para el restablecimiento de la Compañía.—5. Consulta del Consejo y su manera de pensar consignada en la parte expositiva de ella.—6. Requisitos que juzga indispensables para el restablecimiento de la Compañía.—7. Voto particular del Conde del Pinar.—8. Resolución de S. M.

1. La limitación puesta al restablecimiento de la Compañía en el decreto de 29 de Mayo de 1815, permitiéndole sólo en los pueblos que le habían pedido, no era, como notamos en el capítulo segundo, sino un temperamento adoptado para menos desairar al Consejo, encargado de consultar al Rey lo que se le ofreciese y pareciese en vista de las muchas representaciones que se habían dirigido a S. M. pidiendo la vuelta de los jesuitas a España. Al restablecimiento en Indias ya no se puso limitación alguna; pero para quitarla en lo tocante a la Península, el Rey quiso esperar la consulta del Consejo. Este por su parte entendió muy bien que el punto de la conveniencia de restablecer la Compañía, como lo pedían los pueblos, quedaba prejuzgado con aquel decreto; y así en autos posteriores manifestó que su cometido se limitaba ya a proponer las bases sobre las cuales había de hacerse el restablecimiento, o como el decreto decía y el Consejo repetía con fruición, a dictar *las leyes y reglas a que habían de quedar sujetos los jesuitas*, «encaminadas a la mayor gloria y prosperidad de la Monarquía, como el mejor régimen y gobierno de la Compañía de Jesús en uso de la protección que el Rey debe

dispensar a las órdenes religiosas, instituidas en sus estados, y de la suprema autoridad económica que el Todopoderoso había depositado en sus manos para la de sus vasallos y respeto de su corona».

Aun para esto creía necesario el conocimiento de los antecedentes de la expulsión y extinción, cuya pérdida lamenta; y en su defecto, oír al primer fiscal, que había consagrado largas vigiliass a suplir con noticias sacadas de la historia y de papeles privados aquella falta. Por no tener éste hecho todavía su estudio, no se empezó a ver en el Consejo el 12 de Agosto, como se había acordado, y aun en el resto de aquel mes sólo pudo terminar una parte, cuya lectura llevó seis días, dedicando a ella hora y media en cada uno. Lo terminó por fin el 24 de Octubre (1) y lo acabó de leer en el Consejo el 29 de Noviembre. Este dictamen, con otros documentos, se pasó a los otros dos fiscales para su instrucción; y habiendo ambos presentado los suyos en los días 4 y 11 de Diciembre, quedaba sólo la deliberación y votación de los consejeros sobre lo propuesto por los tres, y para ella se señalaron el 18 «los lunes, miércoles, viernes y sábados que fueran necesarios» (2).

Bien lo será dar aquí en resumen las tres respuestas fiscales, antes de venir a la consulta del Consejo, que será con eso tanto más fácil conocer.

El tercer fiscal, D. Mateo Zendóquiz, declara sencillamente no serle posible emitir sobre el asunto dictamen alguno razonado. Porque él no debe exponer su opinión privada ni adherirse ciegamente a la de su compañero más antiguo, sino que para cumplir con su oficio ha de hablar por cuenta propia y como persona pública, fundándose en documentos fehacientes. Pero como el Rey tiene encargado y el Consejo prometido el breve despacho de la consulta, no le queda tiempo bastante ni para examinar los que se le acaban de pasar, ni menos para buscar los muchos que faltan. Y como su estudio, sobre todo el del Instituto mismo de la Compañía, sería necesario aun para proponer con acierto las reglas a que haya de ajustarse su restablecimiento; no cree poder hablar de ellas ni siquiera para aprobar o desaprobarr,

(1) Esa fecha lleva el original que está en el A. H. N., *Estado*, 3.517, aunque en el impreso se puso el 21.

(2) Decreto del Consejo en el mismo legajo.

añadir o quitar a las presentadas por D. Francisco Gutiérrez de la Huerta. Para mantener y poner a salvo «los eminentes e imprescriptibles derechos del trono», es superfluo dictar reglas, porque «se hallan consignadas en nuestros códigos..., y las que no se hallan expresadas literalmente, lo están en el eterno e invariable libro del poder que el Supremo legislador tiene concedido a los Reyes para gobernar, defender y salvar las naciones que confió a su cuidado» (1). Por tanto, se ciñe y remite a la respuesta que dió en 3 de Agosto, juntamente con el segundo fiscal, en la que, dejando a un lado por las mismas razones que aquí, los puntos principales, y tomando en cuenta los accesorios, entonces urgentes, expuso que los jesuitas deberían ser repuestos en los pueblos y ciudades que los habían solicitado, devolviéndoles sus antiguos edificios para la habitación, y sus fincas y demás bienes para el sustento, y que sus tareas no deberían ser otras que las establecidas por su Santo fundador, principalmente la enseñanza conforme a plan sometido a la aprobación del Rey (2).

No deja de mostrar el autor de este dictamen sus prejuicios antijesuiticos en tanto echar de menos los documentos con que «calificar, dice, las razones que pudo haber a fin de acordarse por el augusto abuelo de nuestro Soberano, a consulta del Consejo extraordinario y con dictamen de prelados superiores en el orden jerárquico de la Iglesia, la ruidosa providencia de expulsión». Ni faltan en él algunas centellas de regalismo, como pretender que ha de someterse al examen de la potestad secular un Instituto religioso aprobado por la Santa Sede.

Pero donde reviven los santones regalistas del siglo XVIII, los Moñinos y Campomanes, donde la animadversión contra el Instituto de la Compañía, su modo de gobierno y sus privilegios, revestida del más puro celo por la observancia de la disciplina eclesiástica, y particularmente del Tridentino, por la dignidad y prerrogativas de los Obispos, por la tan debida precedencia en antigüedad y méritos de las otras órdenes religiosas y por la humildad evangélica, propia de los seguidores de Cristo; es en la respuesta del fiscal segundo, D. José de Hevia y Noriega, dada en 11 de Diciembre.

(1) Original en el mismo legajo.

(2) Idem ídem.

Véase la sustancia y aun buenos fragmentos literales del curioso papel, para que mejor se pueda formar de él cabal idea.

Por las causas que ya sabemos se excusa el fiscal «de fundar dictamen sobre la justicia, utilidad, conveniencia o perjuicio» del restablecimiento de la Compañía de Jesús en España; «pero no puede prescindir de exponer lo conveniente para que éste se verifique en conformidad de nuestras sabias leyes» (1). El 3 de Agosto expuso que la principal ocupación de los jesuitas rehabilitados había de ser la instrucción de la juventud «bajo de un plan, que deberían presentar a S. M. para su aprobación». Contentóse con apuntar allí los fundamentos en que se apoyaba la exigencia de tal presentación y aprobación, que son ciertamente de notarse y demuestran la preocupación, por no decir la ceguera regalística fiscal. Cuando en todo el ámbito de la monarquía se levantaba el más general y unísono acento de dolor por el malísimo estado de la educación, y Obispos, Cabildos, Ayuntamientos de casi todas las capitales de provincias y de buen número de poblaciones secundarias, con otros muchos cuerpos y personas particulares unánimemente y a porfía clamaban al Rey por los jesuitas para reformarla; los dos fiscales, segundo y tercero, pedían que éstos presentasen a S. M. el plan de la suya, por si acaso no era «uniforme y análoga a la general educación en el reino», y para «desterrar en lo posible la diversidad de opiniones y todo motivo de queja y resentimiento, sin que hubiera la menor sombra de espíritu de partido de escuela» (2). A aquella educación que era necesario y se quería desterrar, había de acomodarse y conformarse la nuestra.

Pues lo que allí solamente indicó, aquí se detiene a demostrarlo con todas sus fuerzas. «Esta circunstancia, dice (la de la presentación del plan para su examen), le pareció al fiscal tan esencial, que toda la reputación y crédito de la Compañía por la salud de las almas no podían dispensar al Gobierno de aplicar su celo y autoridad al examen y conocimiento exacto de tan importante objeto; que a la verdad fuera muy peligroso abandonar bajo de la creencia y buena fe de lo pasado, muy distante de lo presente.» Y ponderada la importancia, por nadie puesta en tela de juicio, de un buen plan de educación e instrucción, concluye

(1) Idem idem.

(2) Idem idem.

con que, para asegurarlo, deberá el de la Compañía, elogiado por los sabios, aprobado por los siglos, nuevamente aclamado y pedido por los pueblos, ser sometido, *precisamente*, al examen y discusión de la Junta acabada de formar para entender en la dirección de la enseñanza.

Dicho esto, que toca más bien a la respuesta de 3 de Agosto, y pasando a lo propio del día, el fiscal se cree obligado a proponer «otra medida no sólo esencial, sino preliminar al restablecimiento. Tal es, en su sentir, la de que de ningún modo se realice la reunión de los jesuitas en sus conventos y colegios, hasta que presentadas en el Consejo las Constituciones y Bulas, que han de servir de reglas para su gobierno y desempeño de todas sus obligaciones, no quede la menor duda de su ninguna oposición a los cánones de la disciplina regular, adoptados por nuestras leyes, fueros, usos y costumbres. Siendo estos cánones los mismos que estableció la Iglesia universal y particularmente los ordenados en el concilio de Trento, mandado observar como ley fundamental del reino, sería poco legal y prudente prescindir de tan necesario cotejo. S. M. misma, al paso que se muestra tan favorable a la Compañía, quiere que ésta se restablezca bajo de reglas seguras y ciertas, y nunca pudiera desentenderse de este importante requisito. El fiscal no ha tenido a la mano las Bulas y privilegios de la Compañía; pero no duda que éstos serían los mismos que el Papa Clemente XIV designa en el Breve de su extinción, a saber, los de Paulo III, y singularmente el de 15 de Noviembre de 1549 (1), confirmado y ampliado por otros romanos Pontífices, en que se declaraba a los individuos de la Compañía y a sus bienes exentos de toda jurisdicción, corrección y subordinación de cualesquiera ordinarios; la potestad absoluta de su Prepósito General y de asociarse cuantos coadjutores espirituales tuviese por conveniente; la facultad igualmente absoluta de expeler a sus súbditos; la de promoverlos a los sagrados órdenes sin congrua y antes de hacer los votos solemnes; y en fin otras muchas prerrogativas y exenciones. Si los jesuitas se hallaban en su posesión al tiempo del extrañamiento, y el reintegro ha de ser en esta forma, esto es, tan absoluto y completo que nada le falte de aquélla; claro está que vendrán revestidos de las mismas exenciones, y no será extraño que acaso se les hayan con-

(1) «XV Kal. Novembris» no es el 15 de Noviembre, sino el 18 de Octubre.

cedido otras. El fiscal no necesita recordar los clamores de muchos soberanos, prelados y varones santos e ilustrados contra tamañas concesiones o distinciones; ni menos atender a las muy sentidas quejas, que sobre este particular se leen en la Pragmática de su expulsión y en el Breve de extinción de toda la Compañía. Le basta el juramento que ha prestado de defender las leyes, y el encargo estrechísimo que el mismo concilio de Trento hace a los soberanos y magistrados en el capítulo XXII, sesión 25, de *Regularibus*, de interponer su auxilio y autoridad en cuanto a la ejecución de todo lo ordenado en él con respecto al estado regular; le bastan, repite, estas solas consideraciones para no dejar de promover su más estrecha y puntual observancia».

«El fiscal está muy distante de creer, prosigue diciendo, que los jesuitas aspiren a exenciones y privilegios, que el santo concilio de Trento no quiso consentir a las demás religiones, por grandes y relevantes que fuesen sus servicios. Antes por el contrario, está muy persuadido que su espíritu será el de su digno fundador, y nunca dejará de conformarse con lo establecido en aquella sagrada asamblea, para mayor perfección y santificación del estado regular. Igualmente lo está de que tendrán muy presente haber sido fundada su orden para auxilio del estado eclesiástico secular, como lo han sido todas las demás, y no para obtener sobre él alguna ventaja, que destruyendo la armonía necesaria entre los dispensadores del pasto espiritual, podría servir más bien para destruir que para edificar. Y finalmente, no duda el fiscal que recordando la Compañía la época de su fundación, muy posterior a otras religiones, que florecieron antes que ella con grande utilidad del Estado y de la Iglesia, no querrá conservar ninguna de aquellas distinciones, que provocan los celos y la discordia entre los mismo institutos regulares con escándalo de los fieles.» Pero esa es opinión privada del fiscal. De oficio no lo sabe; y tiene que saber y poder asegurar que los jesuitas renuncian a todos sus privilegios, y se conforman con todas las disposiciones del Tridentino tocantes a capítulos provinciales y generales, a elecciones de prelados, a visitas de las casas, a todas las materias propias de la disciplina religiosa.

No podía escaparse a la sagaz y cautelosa observación del fiscal otro punto, eterna piedra de escándalo para los gobiernos, y de tan capital importancia para la Compañía, que antes que renunciar a él retrasó algunos años su reviviscencia en Nápoles,

y la hubiera retrasado indefinidamente en España y en el orbe entero: la autoridad del Prepósito General. El fiscal no sabe, y es menester que sepa, si las Constituciones de la Compañía admiten el sistema, que dice adoptado por todas las demás órdenes religiosas, de que su General haya de ser español o tener en España un Vicario con autoridad independiente de la suya; sistema ventajoso para la disciplina regular y para el Estado. De otro modo esa autoridad pudiera ser tal, que redundara «en perjuicio de la regalia de protección, inherente a la majestad contra todas las violencias causadas a sus vasallos, seculares o regulares» (1).

En todo esto no bastan presunciones y suposiciones. Es menester que al reconocimiento de los jesuitas preceda como condición indispensable la conformidad expresa de ellos y de su Instituto con los principios enunciados. «Ni esto será nunca un exceso de los límites marcados a la autoridad del Rey. Como monarca católico y protector declarado de la Iglesia, y en fuerza del juramento solemne de defender todas sus disposiciones, en nada se ocupará más oportunamente su celo que en impedir los abusos o contravenciones de aquellas leyes generales eclesiásticas, que después del más maduro examen están recomendadas y mandadas observar, como el modelo y fundamento de la disciplina eclesiástica en estos reinos. Todas las Reales resoluciones sobre retención de Bulas y Breves pontificios, contra cuya regalia no han podido prevalecer todos los tiros de la mordacidad y de la ignorancia, no giran sobre otros principios que los de la potestad llamada protectiva o tuitiva y económica del Rey, en cuanto concierne a la más exacta observancia de la disciplina eclesiástica recibida en sus dominios. No se limita solamente a que se examinen los Breves apostólicos para impedir las ofensas de la Real jurisdicción; sino que en las mismas materias eclesiásticas y entre eclesiásticos seculares y regulares es competente y desempeña su autoridad, para no dar paso ni entrada a ninguno que pugne directa o indirectamente con el concilio de Trento, concordatos y demás reglas que forman el sistema de la discipli-

(1) La Bula *Inter graviores*, de 15 de Mayo de 1804, concedía los Vicarios españoles para todas las religiones, cuando el General no lo fuera; pero no todas lo llegaron a tener, quizá por los trastornos ocurridos desde 1808. En 1816 se trató de revocar aquella disposición y hubo informes favorables; sin embargo, parece que quedó en pie, más no en observancia.

na eclesiástica de España.» Por todo lo expuesto opina el fiscal deberse proponer a S. M. «la indispensable necesidad de que se presenten en el Consejo las Constituciones, Bulas y Breves, con que ha de gobernarse la Compañía, para que examinado todo con audiencia de los tres fiscales, quede perfectamente asegurada, no sólo la esperanza de los buenos y copiosos frutos, que podrá producir a la religión y al estado, sino también la certeza de su perfecta concordia y armonía con nuestras sabias leyes, y su puntual sumisión a todas las modificaciones, que la potestad económica y protectiva de S. M. pueda proponer y acordar con la Silla Apostólica en mayor ventaja de su Instituto y perfecta observancia del santo concilio de Trento.»

Buenas hubieran salido las Constituciones, Bulas y Breves de la Compañía de la mesa del Consejo y del escabelo de los fiscales, a juzgar por la muestra. Y menos mal, que aquí se supone haberse de hacer las modificaciones que pareciesen convenientes, por la autoridad civil de concierto con la Silla Apostólica. El Consejo al proponer las que veremos más adelante, no hizo mención ninguna de este requisito, teniendo sin duda por sentada la autoridad de la potestad secular para dictarlas y darles fuerza canónica.

2. Bien diferente, aunque todavía un poco resabiado de doctrinas regalistas, fué el dictamen conocidísimo del primer fiscal, D. Francisco Gutiérrez de la Huerta.

Repetido queda en páginas anteriores, que desde los principios de este expediente se propuso hacer y comenzó a trabajar una larga disertación, que abarcara el examen de las vicisitudes de la Compañía en el reinado de Carlos III, sus causas y sus efectos con lo demás necesario para formar fiel concepto de la justicia o injusticia, utilidad o perjuicios del restablecimiento. Y aunque este punto lo había el Rey por sí decidido favorablemente de la manera antes indicada, y pudiera por esta razón el fiscal creer innecesario su trabajo, todavía, o para confirmación del Real ánimo en sus ideas y propósitos, o para deshacer, si era posible, en los de los consejeros mal prevenidos sus infundadas aprehensiones, o porque no faltaran en el estudio oficial del asunto, dando ocasión a futuras recriminaciones, las piezas justificativas de la revocación de la Pragmática de extrañamiento y de la rehabilitación de la Compañía en España e Indias, juzgó a lo menos conveniente llevar adelante su tarea, y extendió y leyó

en el Consejo durante varias sesiones, como acabamos de decir, el dilatado informe que se imprimió en Madrid el año de 1845, y llena más de trescientas páginas en octavo (1). Arsenal donde escritores más recientes se han provisto generalmente de armas para defender a la Compañía de Jesús contra nuevos ataques de sus enemigos, simple y necia repetición de los viejos.

Sería enojoso y sin provecho extractar con la amplitud que los otros dos breves dictámenes fiscales, el voluminoso de Gutiérrez de la Huerta. Pero es indispensable dar de él a lo menos sucinta noticia, y trasladar aquí sus párrafos más importantes, aunque el extracto, compendioso y todo, venga a ser algo largo.

Gravemente empieza ponderando la importancia del asunto y «la necesidad de un examen circunspecto y delicado, tratándose del restablecimiento de una orden religiosa, extrañada de estos dominios perpetua e irrevocablemente por pragmática sanción de 2 de Abril de 1767, a consulta del Consejo extraordinario, compuesto de personas escogidas y graves, y con conocimiento de causa, cuando menos aparente» (2); de una orden religiosa expulsada antes y después de otros estados, abolida por Clemente XIV y acusada de enormes crímenes. Por eso el fiscal se ha propuesto «examinar en todas sus relaciones y por todos sus aspectos un negocio que se presenta a su vista con los caracteres del más grave y de la más difícil calificación de cuantos pueden ocurrir en el Consejo» (3). Entra, pues, en este examen, y lo primero que hace es presentar un extracto fiel, y antes largo que corto, de los documentos que dijimos haberse enviado de las Secretarías de Estado y Gracia Justicia, relativos a la Pragmática de extrañamiento, para conocer cómo se procedió al publicarla, puesto que se trataba de si se había de revocar. Los principales de esos documentos son las consultas del Consejo extraordinario, en que sus fiscales, Campomanes y Moñino, habían amontonado cuantas calumnias hasta entonces se habían impreso contra la Compañía en cien libelos infamatorios, y añadido algunas más por su cuenta.

El ánimo queda sobrecogido de espanto con la lectura de esos

(1) Véase el título en la Bibliografía. El original está en el A. H. N., *Estado*, leg. 3.517.

(2) Págs. 1 y 2.

(3) Pág. 3.

documentos, aun así resumidos por el fiscal, y hace irresistible-mente la misma reflexión que él: «Por este cuadro pudiera muy bien inferirse que la Historia de la Compañía de Jesús, desde su fundación hasta el momento de ser abolida, era la historia de los crímenes, de los maleficios, de las impiedades, de los sacrilegios y de los parricidios; que en este cuerpo no había residido jamás el ejercicio de ninguna de las virtudes sociales ni religiosas; y que desde su fundación, tan lejos de producir utilidad ni fruto alguno saludable en los estados que la admitieron y abrigaron, había sido la causa permanente y doméstica de los trastornos, subversiones y escándalos, que los afligieron de tiempo en tiempo» (1).

Tratándose de restablecer este mismo Instituto, es preciso averiguar la verdad, para fallar sobre la justicia o utilidad de tal restablecimiento (2). Si la expulsión fué injusta, el restablecimiento es acto de estricta justicia. Ahora bien; la expulsión no puede calificarse de justa, ni por el modo con que fué decretada, ni por los cargos en que se fundó. Cuanto al modo, la expulsión se decretó y ejecutó por providencia que llamaron económica y gubernativa, tomada después de una pesquisa secreta y no acabada, sin oír a la Compañía ni a sus individuos. Ese género de providencias tendrá aplicación cuando se trate de prevenir los crímenes, «pero el juzgar de delitos ya cometidos, de delitos graves y calificados, el pronunciar sobre su existencia y circunstancias, el decretar contra ellos las mayores penas que conocen las leyes, como el extrañamiento, la deportación, la pérdida de los derechos civiles y naturales, confiscación de los bienes y otras de igual calibre», eso sólo puede hacerse guardando las formas judiciales (3).

La misma abolición general de la Compañía fué, no obtenida, sino arrancada a la Santa Sede, como se ve por los medios violentos, que para ese fin se proponen en las consultas y los que de hecho se emplearon.

No menos que por lo ilegal de la forma, es injustificable la expulsión de la Compañía de España por lo falso e insubsistente de los cargos acumulados contra ella. Redúcelos el fiscal a tres

(1) Pág. 26.

(2) Págs. 27 y 28.

(3) Págs. 29 y 30.

capítulos generales, a saber: *«a cargos contra el Instituto, bajo cuyo titulo se comprenden las constituciones y privilegios; a cargos contra las doctrinas de su escuela; y a cargos contra su conducta política»* (1).

Cuanto a lo primero, el Consejo extraordinario, con verdadero frenesi y espíritu de secta, acusaba al Instituto mismo de contrario a todos los derechos: al natural, al divino, al canónico y al civil de estos reinos. El fiscal da breve y buena idea, aunque incompleta y en algunos pormenores inexacta, del Instituto y de las diferentes partes de la legislación de la Compañía: y con el texto en la mano va reduciendo a polvo una por una todas las acusaciones del Consejo extraordinario: que en él se niega a los súbditos la defensa contra los agravios que les causen sus superiores; que se tiraniza sus voluntades por el voto de la obediencia ciega y la calidad de los votos simples; que se esclaviza sus entendimientos; que se prohíbe la corrección fraterna y se establece la revelación del secreto de la penitencia a los superiores; que se deja al arbitrio del General la nominación para los empleos contra las reglas conciliares; que se estorba a los súbditos los recursos de protección y se fomentan las congregaciones ocultas (2).

No le hemos de seguir en su defensa, brillante en muchos puntos de los combatidos por el Consejo extraordinario. Ni menos trataremos de rectificar las ideas inexactas o simplemente equivocadas, que su dictamen contiene, allí sobre todo, donde se tocan materias que atañen a las relaciones de la Iglesia y de las corporaciones religiosas con la potestad civil.

Vindicados brevemente, después del Instituto, los privilegios de la Compañía, blanco de tan acerbas como infundadas recriminaciones de parte del Extraordinario, entra y se dilata espaciosamente en la materia de educación y enseñanza. Porque «este grande objeto, dice, sobre que está librada la salud de los estados, no menos que la felicidad y la gloria de los imperios; este grande objeto, que es la base de las costumbres y el fundamento de todas las virtudes sociales, es, en concepto fiscal, el que más debe llamar la atención del Consejo, para no aventurar el cálculo de los bienes o de los males consiguientes a la altera-

(1) Págs. 33 y 34.

(2) Pág. 42.

ción y nuevo orden de cosas, que debe causar en la enseñanza pública del reino la nueva apertura en él de los colegios y escuelas jesuíticas» (1).

Las prescripciones de la Compañía en materia de enseñanza se encuentran principalmente en su *Ratio Studiorum* o Reglamento de estudios; y el fiscal las analiza con discernimiento nada vulgar en orden a la educación religiosa y a la moral o de las costumbres, a la formación literaria y a la científica, especialmente la teológica (2). Y reduciendo luego (3) los cargos gratuitos, y sin prueba ninguna acumulados por los fiscales del Extraordinario, a que ese sistema establece la esclavitud de los entendimientos, la intolerancia de las opiniones contrarias y la versatilidad en las doctrinas teológicas, según el tiempo y los intereses del cuerpo; descubre su emponzoñada fuente en infames libelos, condenados por autoridades eclesiásticas y civiles; y torpe o criminalmente copiados en aquellas consultas; los rebate victoriosamente con palabras textuales de las Constituciones y del mismo *Ratio Studiorum*; y contrapone a esas ciegas y apasionadas acusaciones, los elocuentes encomios, que aun los más encarnizados enemigos de la Compañía, como Bacón de Verulamio y Gaspar Scioppio, Voltaire y Federico II, unánimemente tributaron a nuestra enseñanza, y «el largo catálogo (fácil de formar) de los hombres célebres que produjo en todo género de saber el método de estudios de las Escuelas de la Compañía de Jesús, tanto dentro como fuera de ella, durante los dos siglos de su observancia» (4). «Tal vez, añade, tal vez el unánime consentimiento con que los Prelados eclesiásticos del reino, los Cabildos, los Ayuntamientos y demás cuerpos y personas, que han elevado sus votos a los pies del trono en solicitud del restablecimiento de la Compañía de Jesús en estos reinos, es el resultado menos dudoso, por una parte, del íntimo convencimiento en que todos se hallan de los frutos de bendición y de gloria que produjeron las escuelas jesuíticas, y el método de enseñanza adoptado en ellas, mientras que floreció aquel cuerpo en España, y tuvo por su encumbrada reputación la parte principal del primero y más im-

(1) Pág. 80.

(2) Pág. 82.

(3) Pág. 90.

(4) Pág. 99.

portante objeto público, de la educación de la juventud; y por otra, del de las tristes consecuencias de degradación e incoherencia que ha experimentado este ramo, después que faltó la mano diestra del jardinero, que por uniformes, oportunas, saludables y concertadas operaciones de riego y cultivo, mantenía lozano y fecundo el árbol de la enseñanza» (1).

Triste pintura del estado de la instrucción en España por aquella época hace a continuación el Sr. Gutiérrez de la Huerta, y creemos de razón trasladarla a este lugar, no sólo por haber sido este punto el que mayor impulso dió al restablecimiento de la Compañía, sino también porque de su verdad en la sustancia y de la verdadera causa de tan profunda decadencia, dan testimonio conforme, además de las representaciones aducidas, los más concienzudos escritores del último siglo (2).

«Sea dicho con dolor, son palabras del *Dictamen*, y porque no nos engañemos en punto a lo que nos conviene; cuarenta y ocho años cuenta la expulsión de los jesuitas de estos reinos, y otros tantos abraza la historia de las providencias adoptadas sucesivamente para llenar el vacío de sus escuelas y ocurrir a la necesidad de mantener la educación pública, cada día más decadente y cada día más degradada. Pluguiera a Dios que el Fiscal no se viera en la necesidad de decir que esta historia es un centón de retazos incongruentes, de medidas paliativas, de remedios efímeros, de proyectos inconsegüentes, de planes inverificables y, en una palabra, de un sistema sin trabazón ni argamasa, que ha reducido el estado de las cosas al de un verdadero abandono, en el que, y hablando por punto general, se ve confiada la primera formación de la niñez, la predisposición de las almas al bien o al mal de la vida futura, al cuidado de hombres, los más, que no pueden dar lo que no tienen, porque nunca lo recibieron; de hombres que para sacar la vida, como suele decirse, se condenan a este ejercicio pobre y mal dotado en la mayor parte de los pueblos; de hombres que ejecutorían la idoneidad con testimonios que fabrica el nepotismo, otorga la confabulación y no pocas veces dispensan la negligencia o la piedad mal entendida, siempre a expensas de la causa pública; y de hombres, en una palabra, que sin reglas ciertas, sin método conocido y legal, sin

(1) Pág. 100.

(2) Véase lo dicho en la Introducción sobre este punto.

vigilancia que los acoja, sin inspección que los reprima, siguen en todo el impulso de su ignorancia o el de sus caprichos, y sirven mucho para descargar a ciertas horas las casas del ruido de los muchachos, y formar reuniones de ellos en que comuniquen recíprocamente sus vicios, poco para enseñarles los rudimentos de la fe y de las primeras letras, y nada para reprimir sus inclinaciones, e inspirarles el gusto de las buenas costumbres.

No es necesario más que abrir el cuerpo de las leyes de España, novísimamente publicado, para ver que en el título I del libro VIII, en que se trata de las escuelas de primeras letras y educación de la niñez; de las diez leyes y muchas notas que comprende, una sola de las primeras, es anterior al extrañamiento de la Compañía, promulgada veinticinco años antes que ocurriese este suceso, por el Sr. D. Felipe V, a consulta del Consejo sobre prerrogativa de los maestros y requisitos para su examen, y todas las demás posteriores a la reclusión de las escuelas jesuíticas.

Allende de esto son bien públicas y conocidas las cédulas y Reales órdenes posteriores, que no están insertas en dicho título, relativas al mismo objeto; se saben las contestaciones y dudas que ha provocado su inteligencia, no menos que el actual encargo consultivo hecho por S. M. al Consejo sobre el modo de resolverlas. Y, finalmente, no debe ignorarse que, de muchos años a esta parte, se cometió a una Junta de ministros y otras personas de luces la formación de un plan general de enseñanza para las escuelas de primeras letras, que no ha tenido efecto hasta el día, ni es fácil de calcular cuándo llegará a verificarse.

¿Qué prueba, pues, esta variedad y este amontonamiento de providencias en los últimos cincuenta años, cuando son tan pocas las que conocemos y se encuentran de los siglos anteriores? ¿Carecieron por ventura estos reinos de escuelas públicas durante ellos? No, señor; la sola duda importaría el más solemne desacierto, y el hecho no menos notorio que incontestable de que las hubo y florecieron, demuestra hasta la evidencia que entonces fueron necesarias las solicitudes del Gobierno, cuando faltó la acción del principio general que las conducía, el sistema que las gobernaba, y el semillero de donde salían formados o predispuestos a la vez los que habían de comenzar la grande obra de la educación dentro de las casas o en el seno de las familias, y los que habían de concluirla y perfeccionarla en las escuelas públicas.

Faltó con el extrañamiento de los jesuitas este centro común de donde partían todos los rayos del gusto, de la dirección y del espíritu de la enseñanza, a la mayor parte de los puntos de la circunferencia del Estado en ambos dominios, y era necesario, por verdad, que el Gobierno, que tocaba sucesivamente los males de la confusión y de la anarquía en este ramo, o reconociese de buena fe la causa antecedente que los producía, o buscase en la variedad e incertidumbre de las medicinas paliativas el remedio radical á que no daba lugar la impenitencia.

El tiempo y los desengaños han contribuido por fortuna a que ésta pierda su fuerza, y el fiscal está muy de acuerdo con todos aquellos que piensan que el restablecimiento de la Compañía y de sus escuelas en el reino, bajo del mismo sistema y régimen, que por constitución e instituto debe gobernar en ellas, será la aurora que disipe las nieblas de la falsa enseñanza, y el antidoto que destruya lentamente los síntomas del veneno que se ha propinado en ella a la juventud durante el largo interregno en que nada se ha dejado de hacer por sustituir al aprendizaje de la religión y de las costumbres, el gusto de la impiedad y el desfreno del libertinaje» (1).

Con estos párrafos cierra el fiscal su vindicación del Instituto mismo de la Compañía, primer capítulo de acusación, con que el Consejo extraordinario, como cualquier adocenado libelista, trató de dar color a su iniquidad.

Era el segundo el de las doctrinas escandalosas de la escuela jesuitica; de la escuela entera, nótese bien; del cuerpo todo de la religión, no de uno u otro o varios individuos de ella. ¿Qué doctrinas son esas? El probabilismo, el horrible probabilismo, con la más espantosa relajación en todo el cuerpo de la Teología moral; el regicidio y tiranicidio; la autoridad del Papa sobre los Reyes hasta atribuirle facultad de destronarlos, absolver a los súbditos del juramento de fidelidad y autorizar a cualquiera para invadir sus estados y retener legítimamente los derechos de la soberanía ajena (2). Todas estas igualmente perversas doctrinas tuvieron por autores, sostenedores y propagadores a los jesuitas.

El probabilismo. Ni nació en las escuelas de la Compañía,

(1) Págs. 100-103.

(2) Pág. 103.

sino antes que ellas; ni fué en ellas profesado como doctrina oficial y exclusiva suya; ni es tal doctrina reprobada y nefanda, antes reprobado y prohibido está por la Iglesia condenarla y calificarla de errónea. De todo esto abundan textos y pruebas, claras y limpias, y no amañadas y falsas, como las acumuló el Consejo extraordinario con insigne mala fe (aunque el fiscal trate a veces de salvar sus intenciones) (1), para hacer pasar por doctrinas de la Compañía las mismas que ella tenía expresa e individualmente prohibidas, como las del P. Berruyer (2).

¿Y las opiniones relajadas y extravagantes de los casuistas jesuitas? «Nada más fácil que poder hacer un larguísimo y fastidioso catálogo de individuos del clero secular y regular, que arrastrados de la manía del siglo, publicaron obras de esta clase, en las que sostuvieron y estamparon iguales o mayores desaciertos que los jesuitas en las materias opinables de la moral especulativa» (3). Y ni se pueden imputar con justicia a las corporaciones respectivas; ni tiene disculpa el haberse cebado la crítica mordaz en los jesuitas, sin tocar a otros escritores de iguales o menos sanas sentencias.

De la teoría vengamos a la práctica (4). Los jesuitas hicieron compatible a Dios con Belial en la China, en el Malabar y en el reino de Chile, sosteniendo los ritos gentílicos del Machitúm y otros, y en su defensa se rebelaron contra las decisiones pontificias (5).

Menos aún que en lo anterior hemos de resumir aquí la relación, ya sumaria, que el fiscal hace de aquellas célebres controversias, de sus causas y su término. Bástenos aducir sus juiciosas observaciones finales, corroboradas con los más autorizados testimonios. Tampoco en este punto fueron nuestros misioneros los únicos que tuvieron por lícitos a los nuevos cristianos aquellos ritos, antes de que la Silla Apostólica, examinadas maduramente las cosas, los declarara insostenibles; el proceder de los jesuitas en el Malabar fué, por el mismo Benedicto XIV reconocido inculpable en las actas de beatificación del mártir, P. Juan

(1) Pág. 104.

(2) Págs. 104-112.

(3) Pág. 109.

(4) Pág. 113.

(5) Pág. 114.

de Brito, uno de aquellos misioneros; contra las voces vagas y sin pruebas de la desobediencia de los jesuitas a las decisiones pontificias, están las más enérgicas protestas de rendimiento hechas por la Compañía y comprobadas con los hechos; finalmente, una y otra inculpación, la de rebeldes y la de sostenedores de cultos idolátricos, breve, pero rotundamente lanzada por el Extraordinario, no es sino la quinta esencia de siete tomos en cuarto, publicados sobre esa materia en Lisboa, un año antes del extrañamiento «por el nunca bastantemente ponderado Mr. Platel (alias) Fr. Norberto de Lorena, capuchino profeso en un principio, apóstata después de muchos años, abate en seguida, casado después, divorciado por consecuencia, y escritor, por último, a sueldo y merced de D. Sebastián José Carvalho» (1).

El regicidio. «Mucho ha dado que hacer al fiscal, dice él mismo, el deseo de conciliar las diversas, y al parecer encontradas indicaciones, que se leen en las consultas del Extraordinario sobre este asunto; pero no han bastado sus esfuerzos al logro de esta satisfacción. En unos lugares se dice que la doctrina sanguinaria del tiranicidio y regicidio nació en la Compañía de la del probabilismo constitucional de sus escuelas. En otros, que la dieron ser los escritores del mismo cuerpo, apologistas de la potestad del Papa sobre los Príncipes, e impugnadores de las regalías soberanas. En otros, que tuvo por autor y antesignano al P. Juan de Mariana. En otros, que debió su origen al sistema posterior del General Acquaviva. Y en otros, finalmente, que la adoptó y siguió la Compañía desde su fundación, quitando y poniendo reyes en Portugal cuando se le antojaba. ¿A qué carta podrá quedarse, pues, con seguridad el que lea, toque y palpe semejantes perplejidades? El fiscal no alcanza a dar otra respuesta atinada, sino la de que en su concepto se trataba de imputar la invención, propagación y práctica de esta doctrina a la Compañía de Jesús, y se reparó menos en la legitimidad y congruencia de los títulos, que en la consecución de los fines a que se aspiraba» (2). Observación es esta aplicable a todas o las más de las imputaciones hechas a la Compañía en aquellos papeles, centón de especies dislocadas, cogidas a puñados del *Extracto de las Aserciones*, de las *Provinciales* de Pascal y de otros libelos ca-

(1) Pág. 137.

(2) Pág. 139.

lumniosos, y amontonadas allí sin orden ni coherencia más que con el fin a que se las enderezaba.

¿Qué decir, pues, de la odiosa doctrina, atribuida a la Compañía por aquel tenebroso Consejo? ¿Nació por ventura en ella? ¿La autorizó el Instituto o la dió el ser el reglamento de estudios de Acquaviva? ¿Se enseñó por constitución en sus escuelas? ¿La han sostenido todos sus escritores? ¿La practicaron en alguna parte los jesuitas? (1).

Mal pudo nacer en la Compañía doctrina consignada en las más insignes obras teológicas de tres siglos atrás; menos, si cabe, hubo de ser introducida por Acquaviva, ni autorizada por el Instituto, ni enseñada por constitución en las escuelas jesuíticas, habiendo precisamente aquel General prohibido enseñarla de palabra ni por escrito, sin más ocasión o precedente que el haberla estampado Mariana, a quien por cierto no molestó el Gobierno español, y la Inquisición puso algunas obras en el Expurgatorio por otras opiniones, pero no hizo por ésta la menor advertencia. Y a buen seguro que no se hubieran contentado los fiscales del Extraordinario con citar al célebre historiador, si hubieran abundado en la Compañía escritores de igual sentir.

Pero si no abundaron los escritores, abundaron los ejecutores de la doctrina regicida. Dícelo el Extraordinario y lo demuestra con el dedo en la conjuración de la pólvora y en el atentado de Portugal en 1758. «Estos son los dos hechos singulares que se alegaron entonces, y de los cuales el primero estaba ya desmentido hasta la evidencia; y el segundo, aunque envuelto para el vulgo entre las sombras y artificios del secreto, se presentaba increíble, repugnante y aun ridículo a los ojos de la Europa sabia, cerciorada del suceso e instruida de la sentencia que se pronunció en el proceso» (2). El fiscal añade la exposición verdadera de los hechos, y los testimonios de la inocencia de los jesuitas en uno y otro suceso, y traduce del italiano, insertándolo entero, el *Extracto del proceso y sentencia* pronunciada contra los supuestos reos en el atentado de Portugal, entre ellos varios de la Compañía, movido, dice, «lo primero, porque no es posible entresacar sólo lo correspondiente a los jesuitas sin romper su contexto y serie en infinitos lugares; lo segundo, porque pensar en resu-

(1) Pág. 139.

(2) Págs. 148 y 149.

mirle sería lo mismo que querer desfigurarle; lo tercero, porque siendo la primera ejecutoria judicial que produjo el siglo XVIII, en prueba de la disposición habitual del cuerpo e individuos de la Compañía a la práctica de la doctrina regicida, apenas puede disputársele el título de modelo por donde se sacaron otras copias, y donde se estudió el modo de hacerlas, evitando empero con la pincelada de *por las causas que en mí reservo*, los inconvenientes que en la indiscreta publicación había hecho conocer la experiencia; y lo cuarto, porque debiendo apoyarse el juicio fiscal sobre la debilidad del cargo de que se trata en los atestados de la misma sentencia y posteriores resultas, entiende que su material inspección valdrá más que cuantas reflexiones pudieran hacerse sin presencia de ellos» (1).

Nosotros pasaremos por alto aquel monstruoso engendro, y aun la exposición que el Sr. Gutiérrez de la Huerta trae luego de los demás bárbaros atropellos pombalinos contra la Compañía; de la caída y destierro del ministro y de la declaración de la inocencia de sus innumerables víctimas en juicio regular, abierto por orden de la reina, hija y sucesora de José I, para «hacer ver que el regicidio decantado del Rey fidelísimo (repetidas veces achacado a los jesuitas por el Extraordinario) fué el falso y calumnioso pretexto con que se cubrió la impiedad para vomitar todo el veneno de las imposturas, falsedades y aun despropósitos que debían conducir a la destrucción jesuítica, cubrir los fines profundos de este misterio, y alentar la cobardía de aquellos que sin conocerlos, escucharon por vanidad la tentación de merecer bien de la filosofía del siglo, a tan poca costa como la de repetir a manera de ecos, las imposturas de Carvalho, y la de imitar su política sombría en cuanto a preparar la sorpresa en las tinieblas y el secreto» (2).

No contento con eso, y generalizando más las ideas, el fiscal pone de manifiesto con textos, hechos y fechas, que los verdaderos enemigos de los tronos, los verdaderos sostenedores de la doctrina regicida, eran precisamente los que de tales calumniaron a los jesuitas: que los calumniaron precisamente para hacerlos, como los hicieron, aborrecibles a los reyes, y poner así a estos en el empeño de aniquilar la Compañía; y por último, que juraron

(1) Págs. 157 y 158.

(2) Pág. 205.

la destrucción de la Compañía precisamente por mirarla como obstáculo insuperable a la difusión de sus ideas anárquicas y de sus intentos de derribar los tronos y deshacerse de los reyes. Fué, encarnada en la más viva y espantosa realidad, la fábula del lobo, que para «devorar a su salvo las inocentes ovejas, consiguió que arrojaran del rebaño a los perros que las defendían, persuadiéndolas de que eran sus mayores enemigos, y de que en él tendrían el guardián más celoso y diligente» (1). A la verdad, pocos ejemplos se ven en la historia, de mayor torpeza y ceguera (no inocencia) en los reyes, y de conspiración de sus enemigos contra ellos, más vasta en los intentos y más descubierta por un lado y disimulada por otro en la ejecución.

El ultramontanismo. El último cargo, en lo que a doctrinas se refiere, es el de haber profesado la Compañía «las máximas ultramontanas, que ensanchando los límites de la autoridad pontificia, coartan y deprimen las regalías soberanas» (2). En primer lugar, no fueron los jesuitas los autores ni los únicos sostenedores de esas máximas: para cuyo convencimiento bastará abrir la *Suma* de Santo Tomás y otros innumerables libros anteriores y del tiempo de la Compañía. Más: «los escritores de la Compañía fueron los que menos abusaron de las doctrinas ultramontanas»; tanto que «el fiscal, por más diligencias que ha hecho, no ha podido haber a las manos un solo escritor jesuita que sostenga y defienda el poder directo del Papa sobre los reyes en lo temporal, como a su parecer lo está viendo en el célebre Padre Marnaquí (Mamacchi?) de la Orden de Predicadores, y en el no menos elogiado P. Berti, de la de San Agustín. Belarmino, Suárez, Valencia, Salmerón y otros jesuitas, no sólo no admiten el poder directo del Papa sobre los reyes en lo temporal, sino que le contradicen expresamente en todo lo que concierne al gobierno civil, económico y político de los estados, sin reconocer la legitimidad de su ejercicio en otras materias que en las relativas a puntos de doctrinas, dogmas y gobierno universal de la Iglesia. Y aun el fiscal se atreve a asegurar que, examinadas bien sus doctrinas, y puestas en paralelo con las opiniones de Gregorio López en muchos lugares de sus comentarios a las leyes de Partida, y especialmente en la nota octava a la ley pri-

(1) Pág. 212.

(2) Pág. 212.

mera, título primero de la partida segunda, se convencerá cualquier hombre imparcial de que los escritores jesuitas más conocidos en la materia, no sólo no excedieron, sino que tal vez no llegaron a extender tanto como aquel respetable glosador la esfera de las facultades pontificias indirectas en las materias temporales llamadas consiguientes o necesarias al complemento y ejercicio de la potestad espiritual, que reconocen y confiesan las mismas leyes a la Silla Apostólica sobre los emperadores y reyes» (1).

¿Cómo, entonces, fueron los jesuitas único blanco de la persecución, por enemigos de los derechos de los reyes y fautores de las llamadas ambiciosas miras y pretensiones de Roma contra ellos? El fiscal no lo dice, pero dicho se está: los jesuitas eran, no los únicos, pero sí los más temidos defensores de la legítima potestad, de los justos derechos de la Sede Apostólica; el pintar así a los jesuitas ante los ojos de los reyes era el gran señuelo con que atraer a éstos al partido de los perseguidores.

La única cita de los señores del Extraordinario en apoyo de su acusación es la gran obra del insigne y Eximio Doctor, Padre Francisco Suárez, titulada *Defensa de la fe católica y apostólica contra los errores de la secta anglicana, y respuesta a la Apología del juramento de fidelidad y a la prefación monitoria del Serenísimo rey Jacobo de Inglaterra*, revisada por encargo expreso del de España, y unánimemente declarada libre de ataques a las regalias, y gloriosamente acreditada luego, no más por bendecida en Roma que por quemada públicamente en Londres.

Al examen del tercer cargo general, hecho contra la Compañía por los fiscales del Extraordinario, que es el que se refiere a su conducta política, pone el fiscal nuestro por entrada dos curiosas citas, que por venir en la materia como nacidas, y ser a propósito para aliviar el tedio, inevitable aun en este corto resumen de su dictamen, trasladaremos aquí íntegras con las aplicaciones que de ellas hace.

«Anunciando Baile a un amigo suyo en la centésima undécima de sus epístolas la publicación que acababa de hacerse en Francia de la vida del jesuita Lachaise, confesor de Luis XIV, le decía con mucha gracia en su estilo satírico: «Tenemos una vida, o por mejor decir, una historia romancesca del P. Lachaise. Ya

(1) Págs. 215-217.

considerará usted que se contarán de él los siete pecados capitales, comenzando por el de la lujuria; pero qué desgracia, amigo, que se haya olvidado a los autores de la obra la pequeñez de poner a continuación el apéndice de los documentos justificativos de sus cuentecillos.»

» ¡Con cuánta mayor razón pudiera decirlo el fiscal de las consultas del Extraordinario, a vista de las innumerables especies sueltas que en ellas se aglomeraron y pertenecen al artículo de la conducta política de los jesuitas en estos y otros reinos extranjeros! Según ellas, nada malo sucedió en el mundo, de que no fueran autores; nada bueno en que tuvieran la menor parte.

» El sabio Fenelón, pintando en una pastoral a sus diocesanos el despropósito hasta que había llevado el jansenismo su furor de calumniar a los jesuitas, les decía así: «¿Queréis ver la mano de los jesuitas en todo lo que se ha hecho sin ellos? Oid a la secta, y veréis que los jesuitas formaron las censuras de las facultades de teología, que los excluyeron de ellas; que los jesuitas dirigieron la pluma de todos los obispos en sus pastorales; que los jesuitas dieron lecciones a todos los papas para componer sus breves; que los jesuitas dictaron las constituciones de la Santa Sede; que la Iglesia no debe ser oída, mediante a estar gobernada por los jesuitas en lugar del Espíritu Santo; y en fin, que los protestantes se negaron a asistir al Concilio de Trento, considerándole un tribunal sobornado por la cábala de los jesuitas sus enemigos.»

» Pero es así que Monseñor Fenelón no lo dijo todo y que el fiscal puede añadir: ¿Queréis ver el influjo y la cooperación de los jesuitas en todos los trastornos políticos ocurridos desde su fundación hasta su extrañamiento en los Estados que los admitieron? ¿Queréis verle en las conspiraciones y tumultos contra los Reyes, en las resistencias a los Papas, en las persecuciones de los prelados de la Iglesia, en la usurpación de las riquezas públicas, en la fundación de estados independientes, en toda clase de crímenes y maleficios contra la tranquilidad y sosiego público, y en favor de la ambición y codicia insaciables de este cuerpo? Pues leed las consultas del Consejo extraordinario, y en ellas hallaréis, si no la historia y las pruebas de tantos delitos, un epitome sucinto, o por mejor decir, una tabla de materias abreviada, en que el candor de la buena fe no hace más que rápidas indicaciones, y aun se desdeña de dar lugar al orden metódico por lo que tiene de artificio.

»La dificultad de examinar todas y cada una de estas especies, está en razón directa de su muchedumbre, de la oscuridad de su origen, de la perplejidad de su aplicación y de la imposibilidad de hacerlo, sino por conjeturas y a costa de escribir volúmenes enteros.

»No es este quehacer necesario, en concepto del que dice, para descubrir la verdad, ni compatible con las atenciones de su ministerio; por cuya razón, y atendiendo a lo mucho que queda dicho sobre este particular en el examen de los cargos anteriores, ceñirá el fiscal sus observaciones a aquellas de dichas especies, que figuran como las más principales, y que fueron las que más llamaron la espectación de los pueblos en los tiempos en que se tocó en todas partes la generala contra la Compañía.

»Las resistencias a los Papas; los motines contra los Reyes; las persecuciones de los Obispos; las rebeliones en campaña con ejércitos formidables; la fundación en América de Estados independientes, y la acumulación en aquellas regiones de riquezas usurpadas al Estado, a los cuerpos y a particulares» (1).

Brevemente da respuesta el fiscal a la acusación primera, que el Extraordinario, según costumbre, no funda en hechos, sino en la vaga y ni siquiera cronológica alegación de «los pontificados de Pío IV, Clemente VIII, Paulo V, Alejandro VII, Inocencio XI, Clemente XI, Benedicto XIII, Inocencio XIII y Benedicto XIV» (2).

Tumultos y motines contra los Reyes, punto segundo de repriminación contra los jesuitas, citó dos el Extraordinario: con una simple mención, el de Oporto de 1757; y con pesada insistencia el de Madrid de 1766, «siempre con referencia, dice el fiscal, a la pesquisa secreta, que no se halla, y que no será violento creer que haya desaparecido, o que si existe, esté custodiada en los reservatorios profundos del pozo de Demócrito» (3). Y siguiendo los mismos pasos del Consejo, responde en dos palabras a lo de Oporto, y se alarga en lo de Madrid, no en la narración histórica del alboroto, sino en esclarecer con la luz de la fama pública, de los pocos documentos oficiales y de otros papeles, las sombras de la intriga tramada con ocasión de él para perder a los jesui-

(1) Págs. 223-225.

(2) Pág. 225.

(3) Pág. 228.

tas; cómo se indujo al Rey a la formación de un tribunal, secreto él, secretos los denunciadores, secretos los testigos, para descubrir, decían, las hondas raíces y por todo el reino extendidas, de aquellos movimientos de la plebe; cómo se nombraron pesquisadores de los de la Compañía y de otras personas en la Corte y en las provincias; cómo con estas y otras medidas «se sembró España de espías secretas, se promovieron quejas, denuncias y testigos falsos, se abrigó a todo maldiciente de jesuitas, y cuantos empleos vacaban, servían para premiar amigos y aumentar partidarios» (1); y a pesar de eso, no resultaron sino acusaciones generales de ambición, de espíritu de sedición y parecidas, y por lo que más de cerca se refería al motín, «que los jesuitas en los púlpitos vertían especies sediciosas, que en sus discursos y conversaciones hablaban contra las personas del gobierno; que en el Colegio Imperial manifestaban alegría durante el motín; que de este colegio salieron las voces que después se oyeron en las plazas, pidiendo el pueblo por ministro al Marqués de la Ensenada, y aun se hallaron otros que dijese que en la noche del motín andaba un hombre disfrazado entre los sediciosos, que se parecía al P. Isidro López» (2); cómo el tribunal secreto o Consejo Extraordinario propuso al Rey que podía y debía condenar y era urgente que condenase económicamente a perpetuo destierro y perdición de bienes sin decirles porqué, sin darles lugar a ningún género de defensa, a cinco mil y tantos jesuitas que había en sus estados de España y América; cómo, por fin, «para tranquilizar la conciencia de S. M., se sometió esta consulta al examen de los nuevos Arzobispo y Obispo de Manila y Avila, que se hallaban en la Corte, y del P. Maestro Pinillos, del orden de San Agustín, harto conocido en ella por sus particulares circunstancias, y en vista de su parecer, en todo conforme con el que explicó después en consulta de 20 de Febrero de 1767 la junta especial, de que hicimos mérito al principio de esta exposición, recayó el Real decreto de 27 de Febrero y comenzó la ejecución en la noche del 1.º de Abril inmediato» (3).

Complicóse en este proceso a varias personas por amigas de los jesuitas, de las cuales son más conocidas, el presbítero D. Mi-

(1) Pág. 231.

(2) Pág. 232.

(3) Pág. 233.

guel de la Gándara, el Marqués de Valdeflores y D. Lorenzo Hermoso. A éstos, al revés de lo que se hizo con la Compañía, se dió conocimiento de los cargos y alguna manera de defensa; con la cual, aunque imperfecta, los convencieron de insubsistentes, sobre todo el principal, de haber sido cómplices de los jesuitas en la preparación y ejecución del motín de Madrid, con pruebas tan palmarias, que no dejaban ni la menor sombra de duda. Como que Hermoso sacó falsos y mentirosos a sabiendas a varios de los testigos, sin que les valiera el recurso a una equivocación, que demostró ser imposible. No les aprovechó: y hubieron de sufrir sin culpa las respectivas penas de cárceles y destierros fuera de la Corte.

El apreciar el valor de estas noticias déjalo el fiscal al juicio superior del Consejo, no sin advertir, que la falsedad manifiesta de los otros motivos alegados para obtener la destrucción de la Compañía en España, hace muy vehemente la presunción de que son ciertas (1). Esto es reconocer, como reconocemos también nosotros, que si la injusticia del cargo de motineros, hecho a los jesuitas atribuyéndoles el de Madrid, en la sustancia y en el modo, está y estaba entonces y estuvo siempre patente y la reconoció toda Europa; pero las maniobras con que se preparó el golpe traidor, tomando por pretexto la conmoción del populacho contra Esquilache, estaban sepultadas y lo están todavía (aunque no tanto) en misteriosos abismos con todo el expediente de la malhadada pesquisa, que ni parece, ni hay esperanza fundada de que parezca.

Rebeldes a los Papas, sediciosos contra los Reyes, *perseguidores de los Obispos*; tercer cargo barajado por el Extraordinario en su mesa revuelta de inculpaciones contra la Compañía.

Protestamos que en este punto con particular cuidado nos limitamos a extractar o copiar sin alterar ni juzgar. Cuatro prelados perseguidos encuentra citados el fiscal: los Sres. Guerrero y Pardo, de Manila; Cárdenas, del Paraguay, y el ineludible Palafox, de la Puebla de los Angeles en Nueva España; «los cuales, dice, se supone que experimentaron tan cruel y violenta persecución de parte de los jesuitas, que se vieron arrojados por tiempo de sus Sillas y acosados con toda clase de malos trata-

(1) Pág. 241.

mientos» (1). Como las consabidas consultas se contentan con citar los nombres, el fiscal tiene que estudiar en la historia los sucesos; y he aquí el resultado de sus investigaciones.

Don Fernando Guerrero lanzó irreflexivamente un decreto contra los jesuitas de su diócesis. «Se dijo que, resentidos aquellos de tal procedimiento, ganaron al Gobernador militar, y que éste desterró al Arzobispo a una isla desierta, cediendo a las sugerencias jesuíticas» (2). Fué invención; y el Arzobispo, en otro decreto, que copia el fiscal, anuló el primero reconociendo la sinrazón.

¿Y el Ilmo. D. Felipe Pardo? Fulminó también su decreto privando de licencias a los de la Compañía; fué igualmente desterrado por influjo suyo; y se las devolvió al poco tiempo. Lo mejor de esta relación segunda es el estar tomada de una carta atribuida al Prelado por el patriarca jansenista, Antonio Arnaldo, en que justifica aquél su conducta diciendo textualmente y aduciendo textos comprobantes, «que los jesuitas eran unos magos y encantadores, que habían hecho en Filipinas cosas que parecían increíbles» (3). Vaya una muestra. «Habían perdido los jesuitas un pleito, en que litigaron la propiedad de un árbol llamado Columpán, de mayor porte y magnitud que nuestros nogales. ¿Qué recurso? Salir una noche serena de sus casas, ir al lugar donde estaba el árbol, arrancarle bonitamente, y trasplantarle mejor a otro sitio, que por notoriedad era de los Padres, dejando aseadito y cubierto de alga el lugar del arranque para que no se conociera. ¿Es posible persuadirse a que semejantes desvarios pudieran servir de fundamento a las invectivas de un Consejo extraordinario?» (4). Para curar un espanto con otro mayor, el fiscal asegura que para las de la célebre Pastoral del Arzobispo de Burgos, sirvieron esos mismos, citando su núm. 118, y aun otros mayores, si cabe, expuestos en el núm. 407 y tomados de la *Deducción cronológica* del desbocado Fr. Norberto. «No puede decirse ni escucharse sin espanto, dice allí el Arzobispo hablando de los jesuitas de Portugal, que por contrarios a su tiránico gobierno, hicieron arrojar al mar hasta dos mil eclesiásti-

(1) Pág. 242.

(2) Pág. 242.

(3) Pág. 244.

(4) Pág. 244.

cos seculares y religiosos de los más distinguidos de aquel reino; que los pescadores sacaban sus redes llenas de cadáveres: que los peces admirados a su modo de tan sacrilega acción, se desviaron del mar (si se irían a los montes, pregunta irónicamente el fiscal); y que duró este conflicto en aquel puerto hasta que el Arzobispo fué procesionalmente a bendecir las aguas y a implorar la divina misericordia» (1).

«El Sr. D. Fr. Bernardino de Cárdenas, del Orden de San Francisco, dejó memoria de su pontificado en el Paraguay, por su conducta tan original e inimitable, que puede citarse por el verbi gracia de las inconsecuencias, y como la historia práctica de las contradicciones humanas. Si los archivos del Consejo de Indias no han sufrido alguna monda o experimentado algún quebranto, como ciertos otros a que llegó la mano expurgadora de los acusadores de los jesuitas, en él se hallará abundante copia de noticias auténticas de los milagros de este Obispo, en favor y contra de los Padres franciscanos, sus hermanos, en favor y contra del Cabildo de su Santa Iglesia, en favor y contra de los Gobernadores políticos del Paraguay, de la ciudad de la Asunción y de toda la provincia» (2). A falta de aquel archivo, remítase el fiscal a los documentos de autenticidad incontestable de la *Historia del Paraguay* por el P. Charlevoix; aduce los de otro Obispo, el de Córdoba de Tucumán, en cartas al mismo Sr. Cárdenas y a Felipe III (debe ser IV); y copia entera la declaración que sobre aquellos ruidosos sucesos hizo a la hora de la muerte el secretario mismo del prelado.

La realidad de las persecuciones sufridas por el Sr. Palafox de parte de los jesuitas mejicanos estriba en la memorable carta del mismo Palafox a Inocencio X, donde los pinta con los más negros colores. Pero esta carta la censuraron veinte Obispos de España como calumniosa; la dieron por apócrifa los postuladores de la causa de beatificación; negó su autenticidad el mismo Palafox, y aun desafió a los jesuitas a que le presentaran el original. Y es el caso que, efectivamente, el original escrito y firmado de puño y letra del Sr. Palafox se ha encontrado en el archivo vaticano. A mayor abundamiento, confesó el autor más tarde públicamente haber procedido en sus desavenencias con la

(1) Pág. 245.

(2) Págs. 245 y 246.

Compañía con falso celo y pasión verdadera, y aconsejó a los prelados en obra escrita poco antes de su muerte, que tuviesen a los jesuitas por excelentes auxiliares y se valiesen de ellos en el ejercicio de su ministerio episcopal.

Y vamos a otros más espantables y no menos quiméricos monstruos jesuiticos: las rebeliones en campaña con ejércitos formidables y la fundación en América de estados independientes, cosas ambas intimamente ligadas entre sí.

Del suceso, que a capricho desfiguraron los libelistas hasta sacar de él esos estados independientes y esos ejércitos formidables, puestos en campaña por los jesuitas en América, da el fiscal como verdadera la sucinta noticia, que todavía compendiamos nosotros en los términos siguientes.

A mediados del siglo XVIII, inducido por los ingleses, a quienes tenía cuenta para su comercio, negoció el gabinete de Lisboa con el de Madrid un tratado, ventajoso también para aquél, por el cual España cedía a Portugal siete pueblos de las celebérrimas misiones del Paraguay, fundadas y dirigidas por los jesuitas, a cambio de una colonia portuguesa, llamada del Sacramento, situada en la ribera izquierda del río de la Plata, tenuta por perniciosísima a nuestro comercio, y aun por peligrosísima a la seguridad del dominio español en América. Cuando se tuvo allá noticia del tratado, se le consideró como perjudicial a nuestra patria, y así lo representaron al Rey el Capitán general de Buenos Aires y los jesuitas de aquella provincia, diciendo que por él, en vez de cerrarse, se abrían a ingleses y portugueses las puertas de aquellas regiones. Fueron desatendidas estas representaciones, y se dieron órdenes apretadas para la ejecución del tratado; se quiso obligar a los treinta mil indios de los siete pueblos a abandonarlos, para entregarlos deshabitados a Portugal; y los indios, llevados de su natural repugnancia a dejar el suelo natal, se negaron a la evacuación, y en número como de dos mil salieron a oponerse a las tropas combinadas de España y Portugal, que iban a someterlos por las armas. Los infelices fueron deshechos y acuchillados; pero no por eso se verificó la permuta, que impidió con su interposición Carlos III, Rey entonces de Nápoles y heredero presunto de la Corona de España. Herido por el fracaso de este proyecto, y no menos por el de otros contrarios a la religión y al estado, echados a pique por los jesuitas portugueses; el ministro Pombal esparció las mayores calumnias

e indispuso contra ellos el ánimo del Monarca; logró que los alejara de Palacio; y entre otros papeles calumniosos, hizo estampar el titulado *Breve idea de la República que los religiosos jesuitas de las provincias de España y Portugal han establecido en los dominios ultramarinos de las dos monarquías, y de la guerra que han promovido y sostienen contra los ejércitos españoles y portugueses, sacada de las secretarías de los comisarios y plenipotenciarios principales respectivos y de otros documentos auténticos y noticias fidedignas*. «En él juegan, dice el fiscal, todas las fábulas del Imperio Jesuítico en el Paraguay; el misterio de la reclusión de aquellas provincias a los europeos; su independencia rebelde de la Metrópoli; la esclavitud de los indios; la formación de ejércitos de 150.000 hombres capitaneados por jesuitas contra las tropas expedicionarias y prontos siempre a venir a las manos en defensa del trono del Rey Nicolao I, coadjutor o lego de la Compañía; allí las monedas acuñadas por este monarca indiano con sus emblemas e inscripciones; allí las minas, los tesoros y las remesas anuales por los jesuitas de muchos millones de reales a su General en Roma, para mantener el ascendiente sobre aquella corte y promover en las demás el crédito y los intereses del cuerpo; allí... ¿pero a dónde vamos? Allí todo lo que se indicó en las consultas en punto a las rebeliones jesuíticas de América y a los Imperios, Monarquías, Repúblicas y demás estados soberanos fundados por los misioneros de la Compañía, según el Consejo extraordinario, en el Paraguay, Mojos, Mainas, Orinoco, Californias, Cinaloa, Sonora, Piñeyri (Pimeria), Naya (Nayarit), Tarauniari (Taraumara) y otras naciones de las Indias con total independencia de la Metrópoli» (1).

El libelo fué mirado como absurdo por los hombres de juicio: el Consejo de Castilla le mandó quemar públicamente con otros de su estofa por mano del verdugo; el Gobierno español hizo imprimir la información oficial del Vicario general de Santa Fe, que contradecía todos aquellos despropósitos; y el General Ceballos, enviado a aquellas provincias, lo halló todo al revés de como se había pintado, y de ello dió solemne testimonio en sus oficios y relaciones.

Ni más ni menos sucede con el último punto en que es acriminada la conducta de la Compañía: su opulencia y sed insaciable de riquezas.

(1) Págs. 261 y 262.

Tocóle sólo de pasada el Consejo extraordinario; pero suplió su falta la *Memoria* dada a Su Santidad para probar la necesidad de la abolición, mencionando las enormes adquisiciones de la Compañía en Indias, asegurando expresamente que su idolo era el interés, y señalando como víctimas, a él despiadadamente inmoladas, las iglesias de aquellas regiones, fraudulentamente despojadas de sus diezmos. Con estudio y artificio se abultaron a los ojos del Gobierno las riquezas de los jesuitas, «no menos para tentar su codicia, que para inspirarle el temor y la desconfianza de un cuerpo tan opulento y poderoso en todas partes»; y no acaso, sino muy intencionadamente, se ponderaron, más bien que las de Europa, puestas a la vista de todos, las de América, que la misma distancia contribuía a agigantar.

El fiscal discurre primero particularmente por las diversas provincias americanas, donde se supone hallarse acumuladas las grandes riquezas jesuíticas, disipando los soñados tesoros del Paraguay con una pesquisa oficial secreta, hecha en 1740, y la consiguiente memorable cédula del Rey de 1743; los de California, con el testimonio de los ejecutores de la expulsión, que no encontraron allí ni lo suficiente para los gastos de su comisión, ni menos lo necesario para que otros misioneros continuaran la labor de los Padres; los de Méjico y de otras provincias de una y otra India, con la declaración de un extranjero que recorrió aquellos países, y protesta, sólo por rendir testimonio a la verdad y a la virtud, ser fábulas cuantas relaciones corrían por Europa del comercio y riquezas de los jesuitas en América; y, en fin, los de todas partes, con el hecho bien significativo «de que habiéndose apoderado el Gobierno de los archivos de los jesuitas, de sus tesorerías, existencias, libros de caja y papeles, y lo que es más, hasta de las confesiones generales y de su más íntima correspondencia, no ha visto el mundo un sólo testimonio de los portentosos caudales e inmensas riquezas que se les suponían, y sí muchos que han demostrado hasta la evidencia, que los verdaderos fondos con que contaban para sostenerse y mantener el buen crédito de sus establecimientos, eran la frugalidad en el trato, la economía en los gastos, el orden inalterable en el sistema, y el cuidado y esmero en la conservación de las fincas y rentas que constituían el fondo de la dotación de sus casas, cortas en unas, medianas en otras, y en pocas excedentes de lo

necesario para cubrir los gastos precisos por si mismas y sin los auxilios del buen manejo» (1).

«Faltó éste, continúa el fiscal (y nosotros no queremos privar a nuestros lectores del cuadro en que pinta el fruto obligado de toda desamortización, ocupación de temporalidades, etc., etc.), faltó éste con la ocupación y entrada del gobierno en las temporalidades de la Compañía; y es doloroso, pero preciso es decirlo, que los capitales que había acumulado la policia cristiana de nuestros Soberanos y la piedad de nuestros mayores en favor de estos establecimientos, para mantener en ellos la enseñanza y el apostolado de la religión, el magisterio de las buenas costumbres y la educación de la juventud en el buen gusto de la literatura y de las ciencias eclesiásticas, sirvieron después, los que se enajenaron, de presas de la codicia de los licitadores y manipulantes, y los que no se vendieron, de recursos ministeriales con que premiar habilidades placenteras; de medios para fundar títulos como el de la Alcudia en favor de la privanza; y de ocasiones para gravar el erario Real con gastos y suplementos superiores a los productos de las fincas, que es el último estado que tenían en el año próximo pasado las que subsisten en la Península, según los informes de la Junta del Crédito Público, en el expediente de este título, que debe obrar en el Consejo; pues por lo que toca a las de América, ¿quién se atreverá a sondear estos misterios, sabiendo que hay provincia entre las peruanas, donde más fincas que en otra alguna poseían los jesuitas, con respecto a la que no existe una sola cuenta liquidada de los valores e inversiones de los productos de estos bienes, desde que se verificó la ocupación hasta la fecha del día?» (2).

Viniendo a lo de los diezmos, ¿por qué ha de bautizarse con el odioso nombre de usurpación a la prosecución en justicia de un derecho fundado en Bulas y Reales cédulas, no propio de la Compañía, sino común a las demás Órdenes religiosas, reconocido jurídica y suficientemente por bueno en 1750, y por insubistente, no más que cuatro meses antes del extrañamiento, cuando estaba jurada, resuelta en España y aun puede decirse comenzada y bien adelantada la aniquilación de la Compañía?

3. Terminada la refutación de cuantos cargos lanzó el Con-

(1) Págs. 270 y 271.

(2) Págs. 271 y 272.

sejo extraordinario contra nuestra Orden; de ellos y de los descargos hace el fiscal una vigorosa, pero algo larga recapitulación; expone las verdaderas causas y los funestísimos efectos del extrañamiento y de la extinción de la Compañía; y concluyendo de aquí la suma importancia y la rigurosa justicia del restablecimiento, pasa a exponer la forma y reglas bajo las cuales deberá verificarse. He aquí, en resumen, estas últimas páginas del *Dictamen*.

«Al concluir, dice, con el examen de esta imputación desmesurada (la de los diezmos), el de las reunidas bajo los tres cargos generales contra la Compañía de Jesús, su régimen e individuos, alegados como notorios, escritos como convencidos, pintados como habituales, propuestos como incorregibles y ponderados como inconciliables con la subsistencia del orden religioso y político de los Estados; al concluir este molesto análisis de las causas de la expulsión conforme a lo prometido en un principio, después de calificado el procedimiento en el modo, siente el fiscal en su corazón haber de reasumirse y explicar decididamente su juicio sobre cuanto queda manifestado, porque toca y presiente el escollo inevitable de tener que ofender de algún modo y contra su voluntad los respetos de la consideración, so pena de renunciar al ejercicio de la voluntad racional de sentir, cuando no tiene arbitrio a callar, y cuando en tan grave y delicada materia no puede ni debe perder de vista el consejo del Orador a los Magistrados Romanos: *Vos oro obtestorque, iudices, ut in sententiis ferendis, quidquid sentietis, id audeatis*.

Sea, pues, esta la última vez que el fiscal repita la protesta de la veneración con que mira la sabiduría, el celo y la buena fe de las personas escogidas para formar el Consejo extraordinario; pero sea también la última en que tenga que añadir, que no porque se desconozcan las causas, deben parecer menos ciertos los efectos de la sorpresa con que aquel tribunal, por otra parte respetable, cedió, en dictamen del que dice, a la fatalidad dolorosa de proclamar en sus consultas, como principios seguros, las suposiciones equivocadas; a la de convertir en pruebas legítimas las calumnias manifiestas; y a la de anteponer las imposturas de la conspiración escondida, a los testimonios ilustres de la virtud y de la sinceridad más respetadas» (1).

(1) Págs. 274 y 275.

Por suposiciones equivocadas tiene el fiscal todos los crímenes imputados a la Compañía en su conducta política: la usurpación de los diezmos, que no tenía de tal sino ese nombre odioso, puesto por la pasión al ejercicio de un derecho; la resistencia a los decretos pontificios, que no fueron sino reverentes representaciones con la debida sumisión a lo resuelto definitivamente, y que desmienten los repetidos testimonios dados por casi todos los Papas en favor de la Compañía; las persecuciones de los Obispos, que no pasan de cuentos vulgares, indignos de ser presentados de otro modo ante los tribunales de justicia; la fundación y señoría de estados independientes en América con el manejo de ejércitos formidables, de que ni sombra se vió al tiempo del destierro de los jesuitas, saliendo de allí todos sin protesta ni queja de ellos, y sin el menor movimiento de oposición de los supuestos ejércitos y vasallos; por fin, la acumulación de riquezas, el comercio, las minas, cebo inventado para mover a gobiernos codiciosos a destruir la orden, sin más resultado que enriquecerse unos pocos y desaparecer los muchos objetos de utilidad general en que se empleaban las moderadas haciendas de la Compañía.

Manifiestas calumnias llama a las acusaciones de haber inventado y de profesar ella y sus escuelas, especulativa y prácticamente las doctrinas del probabilismo, tiranicidio y ultramontanismo, que existieron siglos antes que ella, y por ella fueron expresamente prohibidas; de sostener los errores de Harduino y Berruyer, cuando ella se adelantó a reprobarlos antes que la Iglesia; de ser Suárez enemigo y depresor de los derechos de los reyes, Mariana el autor teórico del jacobinismo práctico, y regicidas y criminales los ilustres misioneros y verdaderos mártires ingleses, Garnet y Oldecorne.

Finalmente, da por simples imposturas, urdidas y propagadas por una oculta conspiración, las imputaciones hechas contra el Instituto, «como origen de donde se hacen derivar la malignidad constitucional del cuerpo, las disposiciones habituales de sus individuos al crimen, y todas las consecuencias inseparables de la observancia de un código compuesto, a juicio de los acusadores, de reglas contrarias al derecho natural, divino, canónico y civil de estos reinos, apoyado en privilegios abusivos, y sostenido por los medios del despotismo, de la esclavitud y de la ignorancia». Y resumida en breves palabras la refutación de esas imputaciones contra la supuesta denegación de defensa a los súbditos, con-

tra la obediencia ciega, los votos simples, la cuenta de conciencia, la corrección fraterna por medio del superior, la autoridad del General, la prohibición de los recursos de fuerza, las congregaciones piadosas, el voto de obediencia al Papa sobre las misiones, contra los privilegios y contra la educación dada por la Compañía; pone fin a este punto diciendo «que un instituto que ha dado a la Iglesia nueve Santos, más de setecientos mártires, más de nueve mil Apóstoles, y millones de neófitos generosos; aplaudido y ensalzado por los hombres más esclarecidos y sabios, por un Bacon de Verulamio, un Sixto V, un Cisneros (!), un Richelieu; por los mayores prelados, un San Carlos Borromeo y un San Francisco de Sales; por San Felipe Neri, Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Villanueva y todos los Santos que ha habido en la Iglesia desde que nació la Compañía; por los Príncipes más celebrados, como los Reyes Católicos (!) y Felipe II de España, Enrique IV y Luis XIV de Francia, Fernando II de Alemania, Sobieski de Polonia, los obispos y el clero de España y Francia, la Iglesia universal, diez y nueve Papas, un concilio ecuménico y tantas naciones por más de dos siglos, no podía ser calificado de anti-natural, anti-divino, y anti-eclesiástico, sino a impulsos de la malignidad temeraria de los unos, y de la sorpresa y deslumbramiento de los otros, en ofensa y con menosprecio de cuanto se debe a la evidencia.

«No se extrañe, por lo tanto, que el fiscal concluya diciendo que las acusaciones dirigidas contra el instituto, la doctrina y conducta de la Compañía para precipitar el extrañamiento y la abolición de la Orden en todos los países católicos, se presentan a la escasa luz de su crítica, falsas en la realidad, injustas en la sustancia, ofensivas de la razón y funestas en sus efectos a la religión y a la política, deprimidas y degradadas desde entonces».

El fiscal expone aquí con nervio y elocuencia esos efectos funestos causados por la supresión de la Compañía, conforme en todo con las representaciones dirigidas al Rey, a que expresamente se refiere, y cuya sustancia extractamos en el capítulo segundo, insistiendo también él en que aquella supresión fué enderezada muy de propósito a quitar un óbice poderoso, que impedía las perversas maquinaciones de la impiedad. No hay, pues, porqué trasladar aquí esas páginas, bastando este párrafo con que las termina.

«¡Ah! si los magistrados ilustres, que compusieron el Consejo extraordinario de España, levantarán hoy las cabezas del sepulcro y vieran el término a que han llegado después de su muerte, los trastornos que los más de ellos empezaron a palpar contra su esperanza durante el tiempo que sobrevivieron a la destrucción de la Compañía; apenas puede dudarse de que serían los primeros a confesar generosamente, que su sinceridad y buena fe habían sido víctimas desgraciadas de la confianza con que escucharon las calumnias y lisonjeras esperanzas de la falsa sabiduría del siglo, dominante a la sazón cerca de los reyes o en los principales gabinetes de Europa.

«El fiscal así lo presume de la rectitud de las intenciones del Consejo extraordinario, alumbrado con la luz de los desengaños de la posterior experiencia; y así lo siente en su particular, íntimamente convencido, por una parte, de que la abolición de la Compañía de Jesús en los reinos católicos, debe ser contada entre las primeras y principales causas de las convulsiones y desgracias horribles, que desde entonces y sin interrupción se han sucedido en la mayor parte de los dominios de los soberanos, que no vieron en esta catástrofe la mano de los sofistas y la verdadera conspiración contra los altares y los tronos; y por otra, de que la justicia ofendida, demanda imperiosamente la restauración de la Orden, como reparación necesaria de tantos y tan notorios agravios, y la política como remedio efficacísimo para destruir, o cuando menos para contener el influjo funesto de las causas de tales desastres, siempre prontos a reproducirse, siempre prontos a multiplicarse, mientras que el espíritu de la impiedad y el genio de la rebelión tengan enarboladas sus banderas y conserven aquel imperio, que por expresa y terminante confesión del tantas veces citado D'Alembert en carta al Patriarca de la secta, Voltaire, de 23 de Junio de 1777, debía acabarse y destruirse, si el ejército enemigo ganaba sobre el de la filosofía la batalla del restablecimiento de la canalla jesuitica» (1).

4. Llegado con esto el fiscal a proponer las condiciones con que opina deberse hacer el restablecimiento, quiere que sea «pri-

(1) Págs. 275 290. En efecto, le escribe de París que corren voces de que van a ser restablecidos los jesuitas en Portugal; y después de añadir que, si muere el Rey de España, teme no suceda aquí lo mismo, concluye: «C'en est fait de la raison, si l'armée ennemie gagne cette grande bataille.» (Oeuvres complètes de Voltaire, t. LXIX.)

mero, extensivo y general a toda la Monarquía; segundo, conforme al Instituto y reglas aprobadas por la Iglesia; tercero, sin otras cortapisas y calidades que las legales potestativas de la autoridad temporal en obviación de abusos y siniestras inteligencias, y con las declaraciones necesarias a que pueda tener efecto la repoblación y subsistencia de la orden, según corresponde».

Primero. Extensivo a toda la Monarquía, comprendiendo en ella a América y Filipinas, «por las mismas razones en sentido contrario que lo fué el extrañamiento; porque la reparación del agravio debe conmesurarse con la latitud de la ofensa; porque a la gravedad de los males ha de corresponder siempre la eficacia de los remedios; porque si los motivos que han impelido el Real ánimo de S. M. a permitir, como lo hizo por su Real decreto de 29 de Mayo de este año, que se restablezca la Compañía en las ciudades y villas que así lo han solicitado de su soberana beneficencia, son tan justos y relevantes como el mismo Real decreto manifiesta, nada hay que pueda hacer dudosas la utilidad y urgencia de que la participación de este beneficio sea común en lo posible a todos los demás pueblos, que habiendo tenido iguales establecimientos, deben esperar en su restauración efectiva las mismas ventajas que con su falta perdieron» (1).

Segundo. «Conforme al Instituto y reglas aprobadas por la Iglesia. Este era el último estado de posesión al tiempo del extrañamiento, y el a que la religión y la política deben aspirar que vuelva la Compañía de Jesús, toda vez que la verdad ha prevalecido sobre la calumnia, y que se han disipado ya la ilusión y los fantasmas figurados por la superchería maligna contra el Instituto, reglas, disciplina, conducta y celo constante del cuerpo por la propagación de la gloria de Dios, en defensa de su Santa Iglesia, a beneficio de la educación pública, en obsequio de la conservación y fomento de las buenas costumbres y de cuanto tiene más íntima relación con el buen orden, la subordinación y la felicidad de los pueblos» (2). Aquí el fiscal, conocedor, sin duda, de las ideas del otro su compañero, aunque todavía no había emitido su dictamen, y también de muchos de los consejeros; se adelanta a desviar el pensamiento de introducir alteración en el Instituto, y elogia la intransigencia de la Compañía en este

(1) Pág. 291.

(2) Págs. 292 y 293.

punto con las generales observaciones de haber sido aquél aprobado por tantos Pontífices y por el concilio de Trento, el cual «no habiendo tenido nada que quitar ni añadir en él después del más serio y detenido examen de sus ordenaciones, parece que sancionó su inalterabilidad irremisiblemente» (1); y de haberlo restablecido en toda su integridad y sin mudanza el Sumo Pontífice reinante, primero en Rusia, después en Nápoles y por fin en todo el mundo, y esto, como dice el mismo Papa, a suplicación y ruegos de casi todo el orbe cristiano.

Tercero. «Sin otras cautelas ni restricciones que las legales potestativas de la autoridad temporal, en obviación de abusos y siniestras inteligencias» (2). El fiscal tiene por innecesarias todas esas restricciones enderezadas a dejar en seguro el ejercicio de la autoridad temporal sobre los jesuitas; porque dada la sabiduría de su Instituto y la falsedad de cuanto contra ellos se ha vociferado tocante a esta materia, no hay el menor motivo de recelar. Solamente para quitar en lo de adelante pretextos a sospechas infundadas, cree que se podrán hacer, si pareciere, algunas explicaciones nada contrarias, sino más bien conformes al espíritu del mismo Instituto. Tales son: que en ningún caso saldrán del reino sin Real licencia; que no se admitirán en la Compañía sino los naturales de él; que sobre el permiso del diocesano se haya de obtener el del Consejo para fundar congregaciones piadosas en las iglesias; que tengan libre el recurso al mismo Consejo contra los agravios de los superiores en los casos y forma de derecho; que queden sujetos en todo y por todo a la observancia de lo que las leyes ordenan «en punto a la fundación de nuevas casas regulares; a la adquisición por manos muertas de bienes sitios o raices; a la sucesión familiar de los regulares ex testamento o ab intestato; al cumplimiento invariable de lo prevenido en la Real cédula de 23 de Mayo de 1767, bajo el juramento que en la misma se previene; al de las que prohíben enseñar, defender ni publicar doctrinas contrarias al respeto, obediencia y regalías de la autoridad soberana; a la de lo dispuesto por derecho común en punto a las censuras y licencias necesarias para la publicación de libros y métodos de enseñanza, de que hayan de usar en sus escuelas; y al de lo sancionado

(1) Pág. 293.

(2) Pág. 295.

en el concilio de Trento, así en cuanto a la derogación de privilegios, como con respecto al imprescindible requisito de la licencia de los ordinarios diocesanos para el ejercicio de los ministerios de la predicación, confesión y administración de sacramentos a otros que a los individuos de la misma Compañía (1).

No entraremos a examinar lo conformes que tales condiciones hubieran sido con el espíritu de nuestro Instituto; continuemos extractando el dictamen del fiscal, reducido ya a dos puntos. Primero, tocante a los sujetos que han de formar la renaciente Compañía en España e Indias; como los antiguos por su ancianidad, apenas podrán emplearse sino en formar a los que vayan entrando y transfundir en ellos su espíritu, disponiéndolos para emprender las tareas propias del Instituto; y como en muy largo tiempo no ha de haber los suficientes para atender a tantas necesidades y llegar a los que eran cuando la expulsión; deberá derogarse respecto de ellos «la prohibición general vigente sobre que no se admitan novicios sin expresa Real licencia en las órdenes regulares» (2), y dársele la más amplia sin limitación de número ni de tiempo. Segundo, tocante a los medios de subsistencia, de que por justicia y por política se les debe proveer; puesto que a pesar del empeño del Consejo extraordinario en enajenar los bienes confiscados y aplicar a otros usos los edificios, para mejor quitar así toda esperanza de restablecimiento, subsisten todavía buena parte de unos y otros; deberán devolverseles, por regla general, las casas no ocupadas o desocupables y los demás bienes no transferidos por título oneroso. El fiscal señala ciertas excepciones a esas reglas generales, y termina resumiendo en pocas palabras su dictamen sobre todo el asunto del restablecimiento de la Compañía.

«Por resultado y conclusión de todo lo dicho es de sentir el fiscal que el Consejo, en debido cumplimiento de lo que le está encargado por el soberano decreto de 29 de Mayo de este año y Reales órdenes anteriores, podría consultar a S. M. con dictamen favorable a que se declare, que el restablecimiento, acordado en el primero, de la Compañía de Jesús, con derogación de la Pragmática y leyes prohibitivas, que en el mismo se expresan, y a solicitud de algunas ciudades y pueblos, haya de ser y entenderse

(1) Pág. 295-297.

(2) Pág. 298.

se: primero, conforme al Instituto aprobado por Paulo III, Bulas confirmatorias posteriores, y última constitución de Su Santidad de 21 (de 7) de Agosto del año próximo, y para la más puntual observancia de las reglas en uno y otras contenidas, a que deberán ajustarse la orden y sus individuos en el ejercicio de la vida religiosa y ministerios de su profesión; segundo, general y extensivo a todos los pueblos de la Monarquía en el Continente y Ultramar, en que se hallaban establecidos los jesuitas al tiempo del extrañamiento; tercero, ajustado en todo a las calidades y reservas indicadas o que se estimen más convenientes a prevenir abusos y perplejidades y a preservar de todo perjuicio las regalías soberanas, la jurisdicción ordinaria eclesiástica y los derechos de terceros interesados; cuarto, y reducido en cuanto al reintegro de las casas, colegios, bienes, rentas y efectos de la antigua pertenencia del cuerpo a las declaraciones preinsertas u otras que el Consejo consulte y S. M. estime más oportunas; en cuya ejecución y cumplimiento y el de todas sus incidencias y dependencias deberá entender la Junta creada por Real orden de 19 de Octubre próximo anterior, en el modo y forma que en la misma se previene y con la plenitud de facultades que por ella se la disciernen. Así lo estima el fiscal; pero el Consejo sabrá, como siempre, acordar y proponer a S. M. lo que sea más justo y acertado» (1).

5. Tal es en resumen la información de los tres fiscales al Consejo. El tercero se excusa de dar su parecer por carecer de documentos en que fundarlo y de tiempo para reunirlos; el segundo, que se halla en el mismo caso, no se excusa de darlo: pero asiendo de la ocasión para hacer su profesión de fe regalística, protesta que no se debe dar un paso en el asunto sin que vengan al Consejo y pasen por su examen todas las bulas, breves, privilegios y constituciones del Instituto de la Compañía, que si no lo están, habrán de acomodarse a las leyes del reino, a los cánones de la Iglesia, a los usos y costumbres establecidas en España para los regulares. El primero defiende briosamente a la Compañía de cuantas acusaciones contienen las famosas consultas y demás papeles traídos al expediente, que tratan de su extrañamiento y abolición; proclama la importancia de su restablecimiento como acto de justicia y de sin igual conveniencia

(1) Págs. 305 y 306.

pública; pide que se conceda y haga, pura y llanamente, conforme al Instituto y reglas aprobadas por la Iglesia; y sólo, a lo que parece, por acceder donde no ve inconveniente, a las exigencias de los mal prevenidos y evitar así su oposición a la grande obra, condesciende en que se puedan pedir a los jesuitas algunas declaraciones en puntos de sumisión a la autoridad del Rey.

No tenía el Consejo otra cosa que esperar para evacuar la consulta que le estaba encargada. Ignoramos casi por completo las deliberaciones que sobre ella tuvo desde mediados de Diciembre de 1815, en que tenía oídas ya las respuestas fiscales, hasta 22 de Enero de 1816, en que la presentó a S. M., pero algo se entiende por la consulta misma y por el voto particular del Conde del Pinar, de que vamos a dar noticia.

Tres partes tiene la consulta del Consejo. En la primera hace relación de las del Extraordinario, de los documentos pontificios y de los demás papeles reunidos en el expediente, y va narrando los pasos dados en el asunto desde la primera Real orden de 2 de Noviembre de 1814, con que le fué mandado representar a S. M. lo que se le ofreciera sobre el restablecimiento de la Compañía, e insinúa sus descargos por la tardanza en darle cumplimiento. Comienza la segunda con las mismas palabras *Supuesto lo referido*, que la parte conservada de la del Extraordinario de 29 de Enero de 1767, y en ella entra advirtiendo sin ambages lo que ya nosotros dejamos notado, a saber, que el Real decreto de 29 de Mayo del año anterior cambió completamente la disposición del asunto. El Rey había remitido al Consejo las representaciones elevadas al trono por diversos cuerpos y personas del reino pidiendo el restablecimiento de la Compañía, para que sobre ellas le propusiera lo que se le ofreciera y pareciera. Esto era pedir su dictamen sobre si convendría o no acceder a tales solicitudes. Ahora bien; sin esperar la consulta pedida sobre este punto, ya aquel decreto, dice el Consejo, «fijó las ideas y las investigaciones de la utilidad y necesidad del restablecimiento en España del orden de la Compañía de Jesús, porque nadie dudará de que V. M. está bien seguro, como lo expresa, de que aquel orden religioso produjo a la Iglesia y al Estado los mejores frutos de virtud y de ciencia para edificación de los fieles e ilustración de los españoles» (1). Como por otra par-

(1) A. H. N., *Estado*, 3.517. Copia autenticada, p. 49.

te, el mismo decreto supone que se han de proponer a S. M. las leyes y reglas a que han de quedar sujetos, tanto los colegios por él restablecidos como los demás que en adelante lo fueren; resulta claramente «que el Consejo no ha de ocuparse del objeto de utilidad y necesidad del orden de la Compañía de Jesús en estos reinos» y «que, sin embargo, ha de consultar a S. M. las leyes y reglas del restablecimiento, encaminadas a la mayor gloria y prosperidad de la Monarquía y al mejor régimen y gobierno de la Compañía de Jesús» (1). Y es verdad que no se ocupa de propósito en la utilidad y necesidad del restablecimiento; pero en cambio dedica un buen párrafo a protestar de que en lo tocante a la expulsión y extinción de la Compañía «no puede ni debe resolverse a una ni otra opinión, favorable o adversa, porque sin documentos legales, libres de toda sospecha, no es dado a la magistratura el fijar juicio ni aconsejar al Soberano, que fía su resolución al dictamen del Consejo» (2); y por lo que hace a la respuesta del primer fiscal, aunque «ha desmentido en su entender (de él) las acusaciones, y combatido los argumentos e imputaciones de todo linaje de enemigos de este orden, el Consejo ha admirado su loable empeño y le hace la justicia de creerle honradamente persuadido de la verdad que defiende; pero no puede recibir su dictamen como convencimiento propio, porque cuanto contiene la exposición es fruto de su improbo trabajo en buscar y recoger los monumentos y datos sobre que la funda, de los cuales carece absolutamente el expediente, y por tanto, deja el Consejo a la soberana sabiduría y prudencia de S. M. el uso y la calificación de su memorable contenido» (3).

¿Era sincero y nacido de delicadeza de conciencia, o era afectado en el Consejo este no querer fundar sus dictámenes sino en documentos legales que obrasen, como dicen, en el expediente? No nos atreveremos a responder a la pregunta por lo tocante al juicio que hace, o mejor dicho suspende, sobre la justicia o injusticia del extrañamiento de la Compañía. Pero el echar de menos la Bula *Sollicitudo* y el Instituto de la Compañía, para poder dictar las leyes y reglas en cuya conformidad se haya de hacer el restablecimiento; aun el mismo Consejo no disimula que más

(1) Pág. 50.

(2) Pág. 53.

(3) Págs. 54 y 55.

es tema de empedernidos regalistas, que no consienten ponga en ejercicio la autoridad eclesiástica o una orden religiosa, ni *sus reglas de vida espiritual*, sin haberlas sometido a la previa censura y aprobación de la potestad civil. Este era el punto negro de este expediente, como se verá por los párrafos de la consulta, que vamos a copiar.

«Si este orden religioso, dice, se hubiera de establecer de nuevo en estos reinos de V. M..., debería por primera investigación reconocerse la Bula Apostólica de su erección, y calificarla de conforme o de contraria a las leyes, usos y costumbres de la nación, a las regalías de V. M. y derechos de sus vasallos; que es lo que esencialmente forma la mayor gloria y prosperidad de la Monarquía; y en consecuencia el instituto, constituciones, privilegios y reglas de vida espiritual, política y civil de los individuos del orden de que se tratase, como convenientes a su mejor régimen y gobierno. No halla el Consejo arbitrio de dispensar u omitir este delicado examen en el restablecimiento del orden de la Compañía de Jesús, a favor de la opinión de que su extinción fué un despojo; porque dejando en silencio los motivos de ella, que V. M. respeta en cuanto a la autoridad Apostólica, no menos que la religiosidad, sabiduría y experiencia de su Augusto Abuelo, que expelió de todos sus dominios a estos religiosos, efectos naturales, uno y otro de la potestad económica inherente a la soberanía Real, y a las facultades incontestables de la Silla Apostólica; como quiera que el Orden de la Compañía fué extinguido en la Iglesia, y desapareció del Estado, el restablecimiento en aquella, y en éste tiene la misma formal importancia que si de nuevo se estableciese; tanto más, cuanto que V. M., hecho cargo de la necesidad de formar y establecer leyes y reglas nuevas, o habilitar las antiguas, las encomienda al examen y propuesta del Consejo; porque de otra manera, con haber resuelto V. M. el restablecimiento según y como se hallaba este orden al tiempo de su expulsión y extinción, habría quedado entera y completamente restablecido» (1). «Los fiscales segundo y tercero... igualmente que el Consejo, no pueden apartar la vista del primero y más capital defecto de este importantísimo negocio, a saber es, la Bula del restablecimiento de la Compañía de Jesús en la Iglesia católica. V. M. sabe mejor que el Consejo que es

(1) Págs. 50 y 52.

muy fundamental en la Monarquía la inspección y examen de las Bulas y rescriptos de la Curia Romana, de las clases y circunstancias que prescriben las leyes del reino, que por tan sabidas excusa el Consejo citar, y que tantas veces ha puesto en la consideración de V. M., después de su afortunado y glorioso reintegro al trono. ¿No es, pues, muy notable y demasiadamente extraño el que la Bula del restablecimiento de los jesuitas en la Iglesia no se haya presentado a V. M. en pública forma, para que V. M. se dignase de remitirla al Consejo, a fin de examinarla y concederle el *Exequatur* regio, si lo merecía, conforme a las leyes del reino? ¿Y no es más chocante el que pedida por el Consejo se le contestase que no existía en las Secretarías de Estado y Gracia y Justicia, y que después de algún tiempo se le pasase una copia simple sin un *Concuerda* ni la menor autorización, la cual se dice había entregado el muy Reverendo Nuncio, expresando haberse traspapelado el original? El Consejo debe presumir que V. M. está asegurado de que Su Santidad ha restablecido el orden de la Compañía de Jesús; porque a no ser así, no habría procedido a admitirlo en España, ni a las demás providencias subsiguientes. Pero, Señor, ¿conviene pasar por alto, en materia tan delicada y seria, semejantes contravenciones a las leyes de parte de la Curia Romana, ni dar ansa a que lleve adelante el Muy Reverendo Nuncio las repetidas tentativas de salirse de los justos límites que las leyes imponen a su representación en estos reinos? La carta de Su Santidad de que arriba se hizo mención, tampoco tiene las solemnidades exteriores que cree el Consejo autorizan tales rescriptos; y todo esto le obliga a llamar la atención de V. M. para la enmienda de tamañas faltas, y en especial para proponer a V. M. en este lugar, el que V. M. se digne de mandar como preliminar indispensable, el que la Bula de restablecimiento de la Compañía de Jesús se presente en pública forma y obtenga el *Exequatur* regio, que exigen todas las de su naturaleza y condición» (1). Esto era, pues, lo que le dolía al Consejo: que no viniera a su mesa la Bula de restablecimiento; y tanto más le dolía, cuanto más lo había procurado, y se creía hábilmente burlado por el Nuncio con el envío de una copia simple sin un *Concuerda* ni la menor autorización, que le diera algún carácter de presentación oficial.

(1) Págs. 55 y 56.

6. Viene por fin, la tercera y última parte de la consulta, en la cual, después de reconocer la utilidad del restablecimiento de la Compañía, «con tal que se aregle a las disposiciones de la Iglesia, al Santo concilio de Trento, y sujete en forma específica a las leyes del reino, como los demás órdenes religiosos, sin perjuicio de la impetración de nuevas Bulas en lo que fueren necesarias y de las providencias del Gobierno en lo particular que merezca alterarse»; pasa a proponer a S. M. las leyes y reglas que literalmente copiamos.

1.^a «Que se restablezcan los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Ciudades, Villas y Lugares de estos Reinos, que los han pedido, y en las demás por identidad de razón, en que tuvieron residencia en comunidad antes y al tiempo de la expulsión, restituyéndoseles los bienes de cualquiera clase y calidad que sean y no hubiesen sido enajenados a consecuencia de la Pragmática, cédulas y órdenes reales, o destinados a públicos establecimientos, continuando en el cumplimiento de las cargas y obligaciones con que adquirieron los que se les restituyan, sin que puedan adquirir en adelante bienes raíces, ni derechos, ni acciones equivalentes por ningún título, ni en manera alguna.

»Que no puedan fundar nuevas casas, ni colegios, ni restablecerse los que en el día tienen destino público sin expresa licencia de V. M. bajo las reglas y condiciones convenientes según las leyes. Que lo mismo se entienda en Ultramar, mediante las disposiciones que tome o haya tomado el Consejo de las Indias a consulta con Vuestra Majestad.

2.^a »Que se arreglen en su vida religiosa a lo establecido en el Instituto de su Santo Fundador, que es y debe ser la verdadera regla de su conducta, así como a lo dispuesto en el Santo Concilio de Trento y demás Leyes Eclesiásticas comunes a todos los órdenes religiosos. Que en cuanto al cuarto voto de especial obediencia a la Silla Apostólica, sea y se entienda, como es natural y necesario, en cuanto ni directa ni indirectamente pueda ofender a la sumisión y obediencia, que como vasallos de V. M. deben prestar a su Real Persona y a las leyes del reino, usos y costumbres de España.

3.^a »Que antes de reunirse en Comunidad, hayan de prestar juramento de fidelidad a V. M. y de sostener y defender su sagrada persona, sus derechos y regalías, lo cual ejecuten también en su ingreso y profesión en este orden.

4.^a »Que no usen en manera alguna de los privilegios y exenciones que los eximan de la autoridad y jurisdicción ordinaria de los Prelados diocesanos, a quienes como personas eclesiásticas han de estar sujetos, según lo están para los mismos efectos los demás órdenes religiosos, sin interpretación ni restricción; por manera que los negocios de este cuerpo religioso en lo espiritual, se traten y decidan en los tribunales de su orden, y en los eclesiásticos de España hasta su conclusión en la Rota española en los casos que corresponda, y que puedan usar en los tribunales Reales de los recursos de fuerza y de protección como los demás religiosos, cesando todo privilegio en contrario.

5.^a »Que no se establezcan en sus casas y colegios, ni permitan congregaciones, cofradías o asociaciones piadosas y religiosas, sin preceder licencia expresa, por escrito del Ordinario diocesano y del Consejo.

6.^a »Que ni ahora, ni en lo sucesivo, puedan admitir novicios y coadjutores, sin expresa licencia de V. M., y de ninguna manera puedan incorporar en sus comunidades extranjeros con ningún título ni pretexto.

7.^a »Que deben tener en España un Vicario General español independiente enteramente del Prepósito General extranjero, el cual, si fuese español, debe residir en España; y aquél ser elegido por las Provincias de España, en el modo y forma que está establecido por el Gobierno para los demás órdenes religiosos en bien y utilidad de los mismos. Que las elecciones de los prelados provinciales y locales se ejecuten según las demás órdenes religiosas, con arreglo a los cánones y disciplina de la Iglesia.

8.^a »Que en cuanto a los estudios se limiten por ahora a la educación de la juventud en la religión católica, primeras letras y Humanidades, según y conforme al método más ventajoso y propio en las circunstancias de la nación; y en cuanto a las demás ciencias que enseñen en sus colegios, se deberán sujetar al Plan de Estudios general que V. M. se ha dignado mandar se forme para todas las Universidades y colegios del reino, hasta cuyo caso procurarán enseñar doctrinas sanas, evitando las que caracterizaban antiguamente las escuelas y partidos opuestos, abolidas y prohibidas por la Iglesia y por varias cédulas y Reales órdenes.

9.^a »Finalmente, que se prohíba bajo de penas rigurosas el escribir en favor ni en contra del orden de la Compañía de Je-

sús, ni de su extrañamiento, extinción y restablecimiento, porque en estos puntos deben quedar en su justo respeto las autoridades que dispusieron y disponen uno y otro. Y los religiosos de la Compañía en sus obras científicas que quisieren dar al público para su ilustración, han de guardar las leyes y reglas establecidas, y que se establecieren en materia de imprenta, cuya observancia está a cargo del Consejo y de su Subdelegado» (1).

Diecinueve consejeros suscribieron esta consulta; y de ellos, solamente uno, que sepamos, disintió del parecer de los otros y formuló y presentó por escrito el voto particular que la acompañaba. Conforme a ella no se había de dar un paso adelante, sino más bien volver atrás de lo hecho en el restablecimiento, mientras no se sujetase la Bula al *Exequatur* y aceptasen los jesuitas las condiciones que se les imponían. Y si se lograba lo primero, lo segundo ciertamente no se lograría; porque por algunas de ellas a ningún precio había de pasar la Compañía. Quizá este conocimiento y el de que, si pasaba, dejaría de ser lo que había sido, impulsaba a exigir las a los consejeros, entre quienes en general consta por otra parte que los había opuestos a su restablecimiento.

7. No era de éstos seguramente el Conde del Pinar, único en pensar de otra manera que el Consejo, y que presentó el voto particular arriba mencionado. Dióle el 5 de Enero, más de quince días antes de formalizarse la consulta, y en él descubre algunas de las ideas agitadas en sesiones anteriores. ¡Lástima que no hubiera, como él mismo dice, asistido a todas, ni oído más que a cinco de sus compañeros, ni tenido aviso sino la noche antes, de que aquel día tocaba a él dar su voto! Aun así, a todos los reparos del Consejo, y aun a otros que no aparecen en la consulta, da vivas y contundentes respuestas, como puede verse por las aquí extractadas en parte, y en parte literalmente trasladadas.

Ante todo quiere el Conde «que se den a S. M. las más rendidas gracias por el notorio y ardiente celo con que procura sostener la religión católica en todos sus dominios, restituir entre sus vasallos la buena educación, desterrar las malas costumbres, que tantos progresos han hecho en estos últimos tiempos, y promover la felicidad espiritual y temporal en sus reinos y señoríos». El restablecimiento de la Compañía de Jesús «inmortali-

(1) Págs. 57-61.

zará su nombre y hará dichosa a la nación, que tantas calamidades ha sufrido desde la expulsión de los jesuitas». Para dar sobre él nuestro dictamen, nada tenemos que esperar ni echar de menos. La Bula *Sollicitudo* sabe de sobra S. M. que existe; sabe y no repara en que no esté oficialmente presentada; y «ello es que presupuesta la Bula se dió el decreto Real de 29 de Mayo; que en su consecuencia han venido los jesuitas; que se les ha costado el viaje; que se asiste y alimenta a los mismos a expensas del Gobierno; y que S. M., ansioso de llevar a efecto el restablecimiento de los jesuitas, ha establecido una Junta, dispensando a los ministros de ella de la asistencia a sus tribunales. Pues ¿para qué insistir en un empeño (que tal parece el exigir la copia auténtica de la Bula), después que ya se hizo presente a S. M., y que sin embargo ha procedido adelante sin hacer asunto de este reparo?» Que falta la parte de la consulta del Consejo extraordinario, que parece debía contener los cargos y delitos de los jesuitas antes de su extrañamiento (1). «No hablaré, dice a este propósito el Conde, no hablaré de lo que presencié, ni de lo que vi y oí por entonces; no hablaré de las personas, porque no quiero ofender a nadie; y si pudiera, ni aun hablaría de los hechos, porque trascienden a las personas; pero la justicia, la verdad, el bien de la religión y del Estado y el honor del Rey me obligan a no pasarlo todo en silencio. La expulsión de los jesuitas fué una maquinación de los ministros de Nápoles, Tanucci, de Portugal, Carvalho, y del de Gracia y Justicia de España, que ya había estado en Roma, y con objetos análogos a este proyecto.» Además, en el expediente consta el proyecto de sobornar al Cardenal Torregiani para arruinar a los jesuitas. ¿Pues no basta esto para juzgar de aquellos hombres y de aquellos sucesos? Y si no se puede elevar consulta a S. M. sin aquellos papeles, que ni parecen, ni hay esperanza de que parezcan ¿por qué se la hemos prometido? Fuera de esto, cuando el extrañamiento, a las tiernas representaciones de Clemente XIII contra el decreto, el Consejo extraordinario hizo al Rey responder agriamente que «siendo temporal la causa de que se trataba, no había potestad en la tierra que pudiera pedir cuenta a S. M. de

(1) Curioso es, y delirio lo llama el Conde, rechazándolo con indignación, que esa pérdida o extravío de papeles se atribuyera a los jesuitas o a sus partidarios.

sus decisiones». Pues ¿cómo se deberá conducir ahora este Consejo con un Soberano que asegura estar convencido de las falsedades y calumnias que se han inventado contra la Compañía de Jesús, y que lejos de tener en contra tiene en su apoyo y favor al venerable Pontífice reinante? Y aquí inserta el Conde fragmentos de la Bula de restablecimiento y del Breve con que Pío VII agradeció al Rey el decreto de 29 de Mayo de 1815. A nosotros toca omitirlos; pero en cambio copiamos a la letra el siguiente del voto del Conde:

«Si pues S. M. ha accedido a las insinuaciones de la Cabeza de la Iglesia; tiene presentes los elogios incesantes de los antecesores Sumos Pontífices, la aprobación del concilio de Trento del instituto de San Ignacio en la sesión quin-ce; si se halla convencido de las imputaciones criminales que se hicieron a estos regulares; si estas no aparecen ni constan en parte alguna; si no han sido oídos, reconvenidos, ni defendidos; si los principales de su gobierno, después de haber sufrido arrestos dilatados en el castillo de San Angelo, fueron puestos en libertad sin pena alguna; si su Prepósito General mereció en su muerte el notable epitafio: *«Laurentius de Ricci, Societatis Jesu Generalis ultimus, neque accusatus, nec convictus, neque damnatus e vivis excessit in arce Sancti Angeli, atque ipsius Pontificis permissu honorifice sepultus, funus curante Cardinali Torregiano;* si ellos mismos han pedido que se les oiga y lo han solicitado hasta en las llamadas Cortes extraordinarias; si esta reclamación es tan justa y debida que se llama de derecho natural; y al fin, si no es posible que pueda un hombre sensato concebir que un cuerpo de tantos miles de hombres sea delincuente y culpable hasta merecer una cruel expatriación y deportación eterna con las circunstancias y abandono que ellos las sufrieron, sin que ninguno haya resultado personalmente criminoso y digno de castigo ¿no será un acto gloriosísimo de justicia y beneficencia de S. M. restablecer a estos religiosos en sus reinos para el bien de la religión y de los fieles? Así lo entiendo, y que así se debe exponer a S. M. suplicándole las más activas providencias, para que se regenere en todos sus dominios un cuerpo, que por la ancianidad de sus individuos se puede decir que está casi expirando, y que ha producido tantos bienes como anuncian sus misiones, sus innumerables discípulos, tantos santos y mártires, tantas obras sabias en todo género de ciencias y literatura.» Hasta aquí el Señor Conde, que pasa inmediatamente a ha-

blar de las condiciones de la obra. Con resolución y valentía adopta y pronuncia en sus propios términos la célebre expresión atribuida por unos a Clemente XIII y por otros al último General de la antigua Compañía, Lorenzo Ricci, cuando se trataba de salvarla de la muerte introduciendo en ella ciertas mudanzas: *Sint ut sunt, aut non sint*. Que es en buen castellano: Morir antes que bastardear. Así opina ahora de los jesuitas el Conde: o vuelvan como fueron, o no vuelvan. Y funda solidísimamente su dictamen contrario a cualesquiera alteraciones del Instituto, en que ni en él ni en ellos hubo los delitos que se les imputaron, para arrancar al Rey el extrañamiento y al Papa la abolición por las vías tortuosas que se sabe y constan públicamente en diversas obras; en que con aquel Instituto prestaron a los pueblos inmensos servicios, que nadie puede asegurar prestarían con otro sistema; y en que el afán y solicitud por dejar en salvo las regalías de S. M. es afectado y aun injurioso a su soberana autoridad, que no necesita esas cautelas y salvedades. No examina una por una las alteraciones que en el Instituto se trataba de introducir; pero en el punto más importante quiere dejar consignado expresamente su parecer, y así escribe: «No dejaré de decir que no hay razón para que el General de la Compañía haya de ser español; porque los de las religiones principales, como son los Dominicos y Franciscanos, eran indistintamente de todos los países; y habiendo seguido esta práctica por muchos siglos, no hallo razón para alterarla. Toda innovación, repito, debe excusarse y repelerse sin grandes motivos que la justifiquen; y si otras potencias no han exigido que los generales sean de sus naciones respectivas, y hemos visto muchos Dominicos y Franciscanos españoles, como el Cardenal Boxadors, Quiñones, Molina y otros, y actualmente vemos que el de la Compañía es polaco; no hallo razón para alterar esta práctica. Sólo el espíritu de novedad, que desgraciadamente nos han inoculado nuestros vecinos, es el origen de estas invenciones inútiles y perjudiciales. Porque la unidad es muy importante para conservar la disciplina y el espíritu de los santos fundadores. Respeto mucho los institutos de estos, y me creo poco instruido para examinarlos, adicionarlos ni corregirlos. Nada de esto veo en la Bula de Su Santidad; y por cierto que defiero más a la cabeza de la Iglesia y a los Reverendos Obispos y Muy Reverendos Arzobispos, que han suplicado a Su Santidad la restitución de los jesuitas, que a cuanto se puede decir en la

materia por los que no son llamados a decidir las espirituales. Es menester oír a los maestros de Israel, y esto no impedirá que se defiendan las regalías y que se dé a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.»

Y con esto, en lo que toca «a las reglas, condiciones y leyes bajo las que deben ser admitidos los jesuitas, supuestas las prevenciones generales, que deberá ser sin perjuicio de las regalías de S. M., de las facultades de los prelados diocesanos, ni de tercero; me adhiero en todo y por todo a lo expuesto por el primer fiscal del Consejo, sin añadir ni quitar cosa alguna, y este es mi voto, que, escrito de mi puño, firmo en Madrid a 5 de Enero de 1816» (1).

8. La consulta del Consejo, con el voto particular del Conde, se pasó al Rey en 22 de aquel mes; y el 17 de Abril recayó sobre ella Real resolución, que comprende cinco puntos: generalización del permiso concedido anteriormente; autorización Real de la Compañía en su ser conforme al Instituto y particularmente a la Bula *Sollicitudo*; reservas de estilo en favor de las regalías y disciplina eclesiástica general; devolución de las antiguas casas y bienes con determinadas excepciones; y encargo a la Junta de restablecimiento de conformarse en el desempeño de su cargo con estas prescripciones. Dice así:

«Mando que el permiso que tengo concedido por mi Real decreto de veintinueve de Mayo último, con derogación de la Pragmática, leyes y Reales cédulas que en él se citan para el restablecimiento de la orden de la Compañía de Jesús en las ciudades y pueblos del reino, que me lo habían pedido en aquella época, sea extensivo, general y sin limitación a todos los demás de mis dominios, así de España como de las Indias e Islas adyacentes, en que se hallaba establecida dicha religión al tiempo de su extrañamiento. Autorizo con la licencia necesaria a los superiores e individuos que son y fueren de la Compañía, para que puedan volver a dedicarse en estos reinos al ejercicio y práctica de la vida regular y funciones de su profesión religiosa con arreglo en todo al Instituto, ordenaciones y régimen establecido por su Santo Fundador con aprobación de los Sumos Pontífices, y en conformidad a lo declarado últimamente por Su Santidad en la Constitución Apostólica, que comienza *Sollicitudo omnium Ecclesia-*

(1) El voto particular va inserto en la consulta.

rum, dada en Roma a siete de Agosto del año precedente de mil ochocientos y catorce. Mando que lo dicho se entienda sin perjuicio de las regalías de mi Corona y derechos de la jurisdicción Eclesiástica ordinaria, con sumisión a las leyes del reino y bajo la más perfecta observancia de las derogaciones, reformas y declaraciones hechas por el Santo Concilio de Trento, y Sumos Pontífices, en punto a privilegios, exenciones y otras cosas de la disciplina de los regulares. A fin de que se verifique la restauración de la Compañía con la brevedad que deseo y conviene a la felicidad espiritual y temporal de mis reinos; es mi soberana voluntad que se la devuelvan y restituyan las casas, colegios, iglesias, hospicios, residencias, bienes y rentas que se la ocuparon al tiempo de la expulsión, y se hallan existentes en la actualidad, con obligación de cumplir las cargas de enseñanza y demás de justicia a que estén afectos y se declaren corresponderles. Exceptúo de la restitución las fincas, bienes y efectos vendidos o de cualquier modo enajenados por título y causa onerosa a favor de cuerpos y particulares, y los donados o aplicados a objetos y establecimientos públicos que no puedan separarse de ellos sin menoscabo de los mismos y ofensa de la común utilidad. Y encargo, finalmente, a la Junta creada de nuevo para entender privativamente en la ejecución del restablecimiento, que al acordar el de los colegios y casas de la Compañía por el orden que más convenga, ajuste en todos casos sus providencias a las reglas que van indicadas, y me consulte en los dudosos las que estime más conformes a evitar perjuicios y quejas, y a que se consiga el mejor servicio de Dios, y el mío, y la felicidad de mis pueblos, que son los fines que me propongo» (1).

Tal es el texto de la última resolución del Rey sobre el restablecimiento de la Compañía en España. Bien se ve que, aunque dada a consulta del Consejo, apenas podía ser más contraria a lo propuesto por él. Aquí, como en el decreto de 29 de Mayo del año anterior, nos parece ver la mano del confesor de S. M.

(1) La fecha de esta Real resolución o decreto consta por dos copias que tenemos de ella. Una observación sobre su párrafo primero. Por él se extiende el permiso del restablecimiento a todos los pueblos *en que se hallaba establecida la Compañía al tiempo de su extrañamiento*. Según la letra de él no se podría establecer ahora donde no hubiera estado antes; según el espíritu, seguramente que sí. En la práctica, durante muchos años no habría de haber ocasión de tropezar en esa dificultad, si alguna era.

Éralc D. Cristóbal Bencomo, natural de la Laguna, en la isla de Tenerife, y por haber nacido en 1758, nueve años no más antes del extrañamiento de la Compañía de los reinos en España, apenas pudo conocer a los Padres de una cortísima residencia que había en aquella ciudad. Hechos allí mismo los estudios eclesiásticos y ordenado de presbítero, vino al poco tiempo a Madrid, donde pasados algunos años, Carlos IV le nombró en el de 1793 maestro de los caballeros pajes: en 1796, del Príncipe de Asturias, D. Fernando; y en 1800, confesor del mismo. Ignoramos de donde le vino su amor a la Compañía; tal vez de la familia. Lo cierto es que en 1806, cuando el Gobierno y la Inquisición persiguieron a los antiguos jesuitas que quedaban en España, como dijimos en otra parte (1), hubo quien formó una curiosa *Noticia de los sujetos más conocidos, de quienes se sabe por notoriedad que son apasionados, protectores y promovedores de los intereses de la extinguida Compañía y sus individuos*, y en ella, con la Duquesa de Villahermosa, el Duque de Montemar, el Marqués de Mérito, el Teniente General de Marina, D. Julián de Retamosa, el señor Puyal, obispo titular de Caristo y Vicario del Arzobispo de Toledo en Madrid, con otros seglares, eclesiásticos y religiosos, está *D. Cristóbal Bencomo, Maestro de los señores Infantes, natural de Canarias, según noticias, y prebendado en una de las iglesias de estos reinos* (2).

Cuando su regio penitente fué destronado y llevado preso a Francia en 1808, él se retiró a su patria: mas volvió a su lado llamado por él en 1814, y sin duda fué de los primeros en proponerle el restablecimiento de la Compañía. Más aún: creemos que el Rey, formado su juicio general favorable a ella por el de otras personas y acaso por alguna reflexión propia, pero también por el sentir del confesor; luego en todo el asunto de su restablecimiento a él tomo por consejero, que pudiéramos decir privado, si no único, si decisivo. Varios incidentes expresamente los vemos remitidos a él con estas o semejantes palabras: *Informe Bencomo*, y luego resueltos con estas otras: *Me conformo con el parecer de Bencomo*. Tales son la exención de quintas de los novicios; el pago de un juro que el Colegio Imperial tenía en Granada; la

(1) Capítulo I, p. 56.

(2) Véase la *Noticia* entera en el apéndice núm. 6. El original en el A. H. N., *Consejo de Castilla, Ordenes religiosas*, N. 21, *Jesuitas*.

venida de jesuitas extranjeros para América y para aumentar los colegios de España; la supresión del juramento que Carlos III mandó hacer a los graduandos en las Universidades, de no profesar las doctrinas de nuestra escuela; la devolución de la iglesia del Colegio Imperial a los Padres con la extinción del Cabildo de San Isidro; y algunos otros. Más; la Junta de restablecimiento, de que hablamos en el capítulo segundo, a solicitud suya espontánea la renovó el Rey, nombrando otros vocales, como luego veremos (1). Esto induce a creer que los otros pasos dados por Fernando VII en esta negociación le fueron también sugeridos por el confesor, ya con informes pedidos, ya con representaciones espontáneas, y que por tanto a él fué debido el decreto de 29 de Mayo de 1815 y esta Real resolución de 17 de Abril de 1816. Nos confirma en esta idea el carácter, el modo de pensar y de proceder que el Sr. Bencomo descubre en los informes suyos que conocemos. Aquel adelantarse a la consulta del Consejo, y, sin contar con él, restablecer la Compañía en todos los pueblos que la habian pedido; este desentenderse de formalidades oficinescas y más de imposiciones regalistas, y con la autoridad soberana del Rey extender llanamente el decreto anterior a toda España, dejando a la Compañía registrarse por su Instituto, a pesar de las protestas del Consejo; eran cosas muy propias suyas. Algo significan también estas palabras del P. Silva en carta al P. Fortis de 17 y 23 de Marzo de 1821 desde Sevilla: «Acá se vino el antiguo confesor del Rey, Arzobispo de Heraclea y Arcediano de esta catedral, grande amigo nuestro, *y quizá el principal promovedor de la restauración* ahora deshecha.» En efecto, apenas triunfó la revolución de 1820, echó de Madrid al confesor, que se fué a su prebenda de Sevilla, y allí murió en 1835.

Publicada en el Consejo a 18 de Abril la resolución de S. M. del día anterior, luego en 3 de Mayo se expidió la Real cédula correspondiente (2), y con ella quedó terminada la acción del Gobierno en el restablecimiento oficial de la Compañía en España; deshecha del todo en el terreno legal la obra nefasta de Carlos III; y autorizada y aun estimulada la orden restablecida para deshacerla en el de la religión, la educación de la juventud y la restauración de las costumbres. Pero los Reales decre-

(1) Al tratar de estos asuntos indicaremos los documentos comprobantes.

(2) *Decretos del Rey*, t. III, p. 156.

tos no tenían fuerza para rehacer en un punto y lanzar a la inmensa batalla que era menester librar con tantos y tan poderosos enemigos, aquella hueste también inmensa y aguerrida de más de 5.000 hombres, esparcidos cincuenta años antes por España y sus Indias, y ahora muertos la inmensa mayoría en el destierro, e inhabilitados para la lucha los más de los sobrevivientes por los achaques de la ancianidad, que sólo a un puñado de ellos habían respetado.

Al terminar este capítulo no es posible dejar de ver por encima de esta acción del Gobierno reseñada, la acción secreta de la Providencia divina, y por debajo la de la ceguedad humana. La Compañía de Jesús fué echada de estos reinos por enemiga de los tronos, corruptora de la moral, pervertidora de la religión, amotinadora de los pueblos. En los cincuenta años de su expatriación había rodado por el suelo el trono de España; las costumbres se habían espantosamente relajado; la religión había sido de mil maneras escarnecida, amenazando plenísimo triunfo la impiedad; y los pueblos, uña parte de ellos, en la Península se habían alzado con el nombre de Cortes extraordinarias a despojar al rey de aquella absoluta soberanía, tan celosamente guardada, exaltada y aun desmedidamente extendida, y en el continente americano se habían sublevado y sacudido la legítima dominación del Rey y del reino. La venganza del cielo por el horrendo crimen no podía ser ni más clara ni más espantosa. Echarla el sello con terrible y práctica ironía, templada por la mayor misericordia, fué, hacer que fuesen llamados aquellos pobres desterrados precisa y expresamente para apuntalar el trono, para renovar las costumbres, para poner dique a la irreligión, para formar las nuevas generaciones de los pueblos en el respeto y subordinación a la legítima autoridad. Obra ya humanamente imposible, o poco menos, aun cuando hubiera resucitado y púestose en campaña de un golpe toda la numerosa falange destruida.

(1) *Decretos del Rey*, t. III, p. 156.

LIBRO SEGUNDO

Restablecimiento de colegios: Su vida y nueva supresión en España y América.

CAPÍTULO PRIMERO

LA JUNTA: CASAS RESTABLECIDAS EN LA CORTE

1. Instalación de la Junta.—2. La patente de Comisario del P. Zúñiga.—3. Los bienes de la antigua Compañía a disposición de la Junta.—4. Método seguido en el restablecimiento de los colegios.—5. El Imperial de Madrid desde 1767 hasta 1816 —6. Su devolución a la Compañía.—7. Destino de la iglesia durante el destierro.—8. Su entrega a la Compañía conservándolo de hecho.—9. El Noviciado.

1. Hemos dado cuenta de la acción del gobierno en el restablecimiento general de la Compañía en España, y noticia por mayor de los sujetos que se disponían a realizarlo. Pasemos ya a darla de la realización misma en los colegios, que se fueron restableciendo bajo la dirección de la Junta, formada para entender en este asunto sin intervención del Consejo, con lo demás que toca a la vida de la nueva Provincia en su primer período hasta 1820.

Empezaremos por la instalación de esa Junta y sus primeras disposiciones generales.

En el capítulo segundo del libro anterior dijimos cómo, demostrando el Real Consejo de Castilla poca voluntad del restablecimiento de la Compañía, y siéndole sobre eso imposible, aunque más lo hubiera querido, atender convenientemente con la necesaria prontitud a los muchos y complicados asuntos que había de suscitar; creó el Rey una Junta, bajo cuya dirección y manejo corrió todo lo a él perteneciente. Mandada formar, a pesar de la oposición del Consejo, el 19 de Noviembre de 1815, tuvo su primera reunión y se declaró instalada el 22; señaló para las de ade-

lante los martes y jueves a las diez de la mañana en el local que para las suyas tenía la Academia de Derecho público en los Reales Estudios de San Isidro; acordó pedir y pidió el mismo día para su conocimiento y dirección las representaciones y demás papeles dirigidos a S. M. por ciudades, prelados y otras corporaciones pidiendo la Compañía; y trató del nombramiento de secretario, remitiendo la resolución a otra Junta, en la cual fué nombrado D. Manuel Abad y Queipo, electo Obispo de Michoacán en 1810, y venido a España, sin haberse consagrado, en 1811 (1). El Real decreto que creó esta Junta en 19 de Octubre empezaba con las palabras: «Estando para llegar a España los Padres de la Compañía de Jesús...», dando esta circunstancia por una de las causas que había para formarla. Pues el 22 de Noviembre quedó la Junta constituida y el 25 llegaron a Madrid, como dijimos arriba, el P. Comisario y sus compañeros.

2. Con esto uno de los primeros actos de la Junta fué pasarle un oficio, para que en forma acreditase el carácter y autoridad de que se hallaba investido para tratar con ella los asuntos de la Compañía. El P. Zúñiga contestó presentando la patente original de su nombramiento; y la Junta (ignoramos si contando o sin contar con él) la puso en manos del Rey con el dictamen de que S. M. la debía pasar al Consejo para que la examinase y, dada por buena, fuese el P. Comisario reconocido por tal, y como tal pudiera entenderse con la Junta y proceder en todo lo tocante al fin de su venida y oficio. El 5 de Diciembre ya estaba la patente en el Consejo; el 13 y 14 extendieron los fiscales sus respuestas, diametralmente opuestas entre sí; hasta el 10 de Enero no la presentó al Rey con su consulta el Consejo; y hasta el 14 de Marzo no salió la final y favorable resolución. Consejeros, fiscales y Monarca mostráronse en este asunto incidental los mismos que ya hemos visto en el principal del restablecimiento, ventilado precisamente aquellos mismos días.

El tercer fiscal, con afectado sentimiento, la encuentra «tan desnuda de las cualidades precisas e indispensables de semejantes documentos, que no puede servir de título al agraciado para ejercer sus funciones y entenderse nuestro gobierno con él». Lo primero, no trae la certificación en forma de que el Vicario general, que la expide, sea tal Vicario general; y era fácil habérsela

(1) Véase la *Guía Eclesiástica* de 1820, pág. 388.

pedido, conforme a estilo, al embajador en Roma. Lo segundo, no viene expresado si la da por autoridad, que tenga, del General mismo o del Sumo Pontífice, ni cuánta sea ésta y, por consiguiente, cuánta la que puede comunicar. Lo tercero, no expone una por una las facultades que al P. Zúñiga confiere, diciendo sólo vagamente que le constituye Comisario General «para admitir y gobernar las personas, casas y colegios y para todo lo demás que podemos comunicar por concesión de la Silla Apostólica».

Pero esto era lo de menos y pudiera mirarse como simple defecto de formalidades extrínsecas. Sino que «estas sencillas observaciones le llevan al fiscal a hacer otra mucho mayor, y que se dirige derechamente a mirar por los derechos de S. M. y de su trono» amenazados, sin duda, de ruina o menoscabo por la patente. Veamos cómo.

«La Compañía de Jesús restablecida ya en España, dice el fiscal, tiene que reconocer tres jefes o superiores de dicha Compañía, a saber, el Comisario General, el Vicario General y el General. El primero se halla en España; el segundo en Roma; y el tercero en Rusia.» Es bien seguro que los soberanos de Rusia y de Roma tienen claro y preciso conocimiento de las facultades de los respectivos superiores, vasallos suyos, y de la relación de las del uno con las del otro; saben perfectamente que no son contrarias a sus derechos; y ven en esas facultades mismas bastante defensa de ellos, el Czar contra las ingerencias del Vicario de Roma, y el Papa contra las del General de Rusia. Nada de eso encontrará el Rey en «la informal e ilegal patente que ha presentado el P. Zúñiga», según los términos en que viene concebida; y así no ofrece salvaguardia ninguna «contra las pretensiones del General y Vicario General, que puedan introducir sobre lo que se estableciese en estos reinos por disposición de S. M. o se tratase de establecer».

¿A qué se reduce desembozada y puesta en claro la idea del tercer fiscal? A lo que dos días antes sin rebozo ninguno había declarado su compañero, el segundo, a saber: que aquí había de haber un superior independiente del de Roma y del de Rusia, sujeto en cambio y puesto a las órdenes de S. M. y del Consejo. Lo más extraño es la conclusión de esta respuesta, que pasamos a exponer.

«Es muy posible, dice, que sobre las facultades del Comisario General en España, del Vicario General en Roma y del Ge-

neral en Rusia, y de los términos en que aquéllos ejerzan sus funciones, haya muchísimos datos en nuestras Secretarías del despacho, singularmente en la de Estado y en la de Gracia y Justicia; los cuales podrían dar mucha luz y suplir tal vez los defectos que contiene la patente.»

¿Cómo? ¿Hasta la falta del *doy fe* de nuestro embajador en Roma? Y ¿de dónde y cuándo podían haber venido tantos datos sobre los cargos de Vicario y Comisario, de creación recientísima, ni sobre el de General, arrinconado en Rusia cuarenta años había y sin comunicación ninguna con España? El fiscal se refería quizás a papeles del tiempo anterior a la expulsión, suponiendo que habían existido a la vez y ejerciéndose ordinaria o frecuentemente los tres cargos. Sea como fuere, en salir con esta idea y proponer finalmente su dictamen de que S. M. los mande buscar para ver si los hay, y, siendo como él los imagina, poder proponer en vista de ellos a S. M. con toda seguridad y acierto lo conveniente; más que su gran deseo, como dice, de «que los derechos de su Monarca y de su nación no sean inferiores en lo temporal a los que ejercen en este punto los Príncipes de Rusia y Roma», parece que descubre el de enredar el asunto y dar largas y poner dificultades a su despacho.

El día siguiente, 14, presentó su respuesta bien diferente el primer fiscal, D. Francisco Gutiérrez de la Huerta.

Tiene éste la patente por suficientemente auténtica, por nada opuesta a las leyes, por muy conducente al cumplimiento de los deseos del Rey, manifestados en el decreto de 29 de Mayo; y por tanto es de parecer que, con la reserva contenida en el decreto y las demás salvedades de rúbrica, puede el Consejo proponer a S. M. el reconocimiento del P. Zúñiga por Comisario General de la Compañía de Jesús en estos reinos para el ejercicio de las facultades que en ella se le conceden.

Llegada su vez al Consejo, no sólo tuvo por *muy sólidas y juiciosas las objeciones* del fiscal Zendóquiz; sino que exageró su valor y la importancia del asunto en un párrafo que, tratándose de lo que se trata, no podrá menos de parecer ridículo. «Los defectos, dice, que se notan en la carta de nombramiento del Comisario General están tan manifiestos y son de tanta gravedad, que sería responsable el Consejo, si faltando a los sagrados deberes de su ministerio y a los repetidos juramentos, que ha prestado y sostenido con igual firmeza que peligro, abandonase en el día la

defensa de los inviolables derechos de la Real jurisdicción, y no descubriese a V. M. con la posible claridad y con el candor y buena fe que le caracterizan, los daños y perjuicios, que podrían seguirse al estado, si se diese cumplimiento y se llevase a ejecución la patente presentada por el P. Zúñiga.» Aquellos defectos son los mismos que advirtió Zendóquiz: de autenticidad, de especificación de facultades (obligaciones, dice el Consejo), y lo que, como ya sabemos, era, si se sufre decirlo, el coco del supremo tribunal: haber de «tratar, son sus palabras, todos cuantos negocios y asuntos digan relación a la misma Compañía, con quien deberá estar bajo la obediencia de un Vicario General, residente fuera de España». Alega fuera de tiempo la institución, a todas luces abusiva, del pase regio; pues serviría, si acaso, para probar que, como las bulas y breves, también la patente debía pasar por el Consejo; y ya estaba pasando. Y aun prematuramente, al decir del mismo. Porque no debía el P. Zúñiga haberla presentado, ni solicitado ser reconocido por Comisario, ni pensado en ejercer las funciones y autoridad de tal, «antes de haberse marcado por el Soberano los justos límites de su potestad, antes de haberse prescrito las reglas, leyes y condiciones a que debían sujetarse los jesuitas» y de haberlas éstos aceptado; y en dictarlas estaba ahora ocupado el Consejo, como sabidamente lo tenía mandado S. M. en su decreto. Y pues en él, según por esa orden, que contiene, se muestra, corren parejas los deseos del Rey de que se guarden religiosamente las leyes establecidas, con los de poner pronto y eficaz remedio por el santo instituto de San Ignacio y sus celosos hijos al estrago de las costumbres y a la perversión de las doctrinas; el Consejo, compartiendo y secundando unos y otros, propone, para no perjudicar a lo dispuesto por las leyes, la retención de la patente; y para no retardar el bien anhelado, que se dispense al P. Zúñiga «la Real habilitación necesaria para que, en el concepto de un agente o procurador (de la Compañía) en España, pueda promover y agitar en la Junta los negocios relativos a su establecimiento, y a este solo objeto, hasta tanto que obtenga y presente en debida forma la patente que le autorice, y bajo las calidades y circunstancias, que expondrá a S. M. el Consejo».

También aquí presentó voto particular el Conde del Pinar, como había de presentar tres días después (2 y 5 de Enero de 1816), el que ya vimos en la consulta sobre el asunto principal.

En él, siguiendo al primer fiscal, opina que pase la patente, y que el P. Zúñiga use de ella y de sus facultades con toda libertad, conforme a la bula *Sollicitudo* y al Real decreto de 29 de Mayo; toma de éste las frases de mayor encomio para la Compañía y de más severa censura para sus enemigos, con la disposición de admitirla, sin perjuicio de nueva y más amplia concepción, en todos los pueblos que la han pedido, derogando cuantas pragmáticas y leyes haya en contrario; y en vista de tan terminantes resoluciones y palabras de S. M., «no puedo, dice, poner reparo ni dificultad alguna al pase de la patente exhibida por el Comisario general de la Compañía de Jesús en España». Ni encuentra en ella defecto que no sea afectado. Está expedida por el Vicario, a causa de hallarse el General en Rusia; trae su sello, su firma y la de su secretario; «a mayor abundamiento sabe el Consejo que los jesuitas estaban para llegar; lo sabe de oficio y nadie ignora que han venido; que S. M. los ha admitido a besar su Real mano; que ha nombrado una junta para acelerar el restablecimiento; y que nunca S. M. hubiera accedido a la presentación de estos Padres sin estar cierto de su identidad, del objeto de su viaje y de su comisión, muy conforme, sin duda, a las Reales, benéficas y religiosas intenciones de S. M.» El P. Comisario trae su pasaporte del señor Ministro plenipotenciario de S. M. en la corte de Roma, en que viene nombrado hasta el coadjutor que le acompaña. ¿Qué más se puede desear para la autenticidad?

Como se ve, el Consejo, por lo que hace a ésta, se encastillaba en el rigor de las fórmulas cancillerescas, aunque su mayor pesadilla era *el Superior extranjero, residente fuera de España*; mientras que el Conde, con el primer fiscal, que no tocaron aquí ni hallaban dificultad en este último punto, se atenían en el primero a la muy bastante comprobación que de él habia sin aquellas formalidades.

Llevada al Rey la consulta el 10 de Enero de 1816, salió a los dos meses estampada en ella de la Real mano la siguiente resolución: «Autorizo al P. Zúñiga para que trate con la Junta creada para entender en los negocios de los jesuitas». Así quedó el asunto zanjado a medias. El Rey no dió por buena la patente, ni ésta quedó respaldada con la correspondiente nota que lo acreditase, como el primer fiscal y el Conde deseaban, ni tampoco retenida, como pretendía el Consejo. Al P. Zúñiga, ni se le reco-

noció, ni se le desconoció por Comisario general, sino que *se le autorizó simplemente para tratar con la Junta*. Quizá fué estudiada esta fórmula, tanto en lo que expresa como en lo que se echa de menos, para abrir por una parte la puerta al P. Zúñiga en el ejercicio de toda su autoridad, y por otra condescender, a lo menos en apariencia, con las pretensiones del Consejo, cuyo dictamen, en suma, era que no se le reconociese el nombramiento de Comisario hasta que viniese en forma; pero que entretanto se le autorizase para tratar con la Junta de todo lo tocante al restablecimiento de la Compañía, como agente o procurador de ella en España.

Graves compromisos pudiera haber traído esta manera de salir del paso. La escasez de correspondencia y papeles de entonces nos priva de saber cómo fué recibida por una y otra parte; pero no hay el menor indicio de que trajera en la práctica embarazo ninguno, y el P. Zúñiga procedió en todo como si llanamente se le hubiera reconocido por Comisario general de la Compañía en todos los reinos y dominios del Rey Católico. Más aún: la Real resolución no salió, como acabamos de decir, hasta mediados de Marzo; y ya antes (12 de Enero) los Padres residentes en Murcia habían tomado posesión jurídica del antiguo Colegio que se les restituía. Lo cual no pudieron hacer sin autorización del P. Comisario, reconocida por la Junta y por los que dieron la posesión (1).

3. Entretanto que la patente pasaba por el Consejo en la forma narrada, la Junta tomó otras providencias de carácter general; de las cuales la principal, y que conviene dar a conocer antes de entrar en el restablecimiento de los diversos Colegios, fué la relativa a los bienes de la antigua Compañía, destinados a la fundación y sustento de la nueva.

He aquí uno de los muchos puntos dignos de estudio, que ofrece la historia de la expulsión de los jesuitas por Carlos III: el de los bienes que poseían en España y sus colonias. Pudiérase averiguar la verdadera cuantía de sus ponderadas riquezas, y el empleo que de ellas hacían en provecho propio y de los pueblos, según su voluntad, como propietarios que eran, y la de aquellos de cuya generosidad en todo o en parte los habían recibido. Dejando

(1) Todo el expediente sobre este asunto está original en el A. H. N.; *Es-*
tado, 3.517.

a un lado la razón o sinrazón con que el Rey se echó sobre ellas, habriase de mirar en qué pararon; y tal vez se hallaría ser verdad lo que dijo el Rancio: «Innumerables conventos tienen que suplir de limosna lo mucho que les falta. A otros les viene igual el cargo con la data. Otros parecen ser opulentísimos, porque son económicos y muy vigilantes en su manejo; y de esto tenemos un ejemplar en los caudales de los jesuitas. Mientras ellos los administraron, parecían muy grandes y alcanzaron para mucho. Salieron de sus manos y ya ni lucen ni parecen» (1). No podemos hacer aquí ese estudio; porque ni es su lugar propio, ni tenemos para él información bastante. Para nuestro objeto bastará decir que, sacados a la venta generalmente todos esos bienes, con excepción de los edificios mismos de los colegios, sus iglesias, ornamentos y alhajas de ellas y otros parecidos, y vendidos de hecho los que consistían en buenas fincas, bien reproductivas; del capital así reunido y puesto a lucro en diversas formas, y de los bienes no vendidos, se formó lo que vino a llamarse *fondo de temporalidades*, manejado en oficina particular, cuyo jefe últimamente era el Contador general; y que ese fondo fue disminuyendo notablemente de diversos modos, que tampoco hemos de indicar aquí.

No tenemos datos para conocer con seguridad y a punto fijo el producto de todo ese caudal o fondo de temporalidades al tiempo del restablecimiento. No tomando en cuenta las de América, de donde nada venía desde 1807, y poco o nada igualmente vino después, sino sólo las de la Península, ese producto o renta anual debía ser, según cierto *Estado General*, que tenemos a la vista, de 4.239.075 reales; y sus cargas de pensiones y socorros a ochocientos quince ex-jesuitas, de otras pensiones de gracia, de sueldos a empleados en su administración, de misas y otras obligaciones piadosas, y de salarios a maestros subrogados en nuestras escuelas, subían a 3.653.117 reales; quedando, por tanto, un sobrante de cerca de 586.000, más la suma de las pensiones de los ex-jesuitas muertos desde 1807 hasta la fecha, fin de 1813, que eran a la sazón desconocidos y se suponían vivos en el balance. Pero esto era en teoría; porque en la práctica es bien seguro que los pagos de cargas venían a ser todos efectivos y el cobro de las rentas no. Cualquiera que fuese aquel sobrante, hallábase destinado desde 1813 al pago de réditos de las deudas del Estado, y

(1) *Cartas*, t. IV, carta XLIV, p. 314.

la *Contaduría General* puesta por esta causa bajo la *Dirección del Crédito Público*, ramo de la Administración de Hacienda instituido dos años antes.

La Junta de restablecimiento, una vez instalada, pensó, como era natural, en aquellos fondos, fuesen los que fuesen; y así obtuvo dos Reales órdenes en 24 y 26 de Diciembre de 1815 mandando, la primera que no se dispusiera sin su noticia de los bienes, efectos y rentas de cualquiera naturaleza que fuesen, pertenecientes en otro tiempo a la Compañía y todavía no enajenados o aplicados a establecimientos públicos, en los pueblos autorizados para restablecerla en sus antiguos colegios; y la segunda que desde 1.º de Enero de 1816 cesase en toda aquella administración la *Dirección del Crédito Público* y entrase en su lugar la misma Junta, continuando como antes la Contaduría general, pero puesta en todo a sus órdenes inmediatas (1).

Con esto ya pudo la Junta disponer de todo; bien que la devolución de ello a la Compañía, más general, pública y solemne la hizo el Rey en su cédula de 3 de Mayo de 1816, que contenía el decreto de 17 de Abril anterior, con estas cláusulas relativas al asunto:

«A fin de que se verifique la restauración de la Compañía con la brevedad que deseo y conviene a la felicidad espiritual y temporal de mis reinos, es mi soberana voluntad que se la devuelvan y restituyan las casas, colegios, iglesias, hospicios, residencias, bienes y rentas que se la usurparon al tiempo de la expulsión, y se hallan existentes en la actualidad, con obligación de cumplir las cargas de enseñanza y demás de justicia a que estén afectos y se declare corresponderles» (2).

Aun antes de salir aquellas dos Reales órdenes ya había oficiado la Junta a la Contaduría, pasándole nota de los pueblos que habían solicitado el restablecimiento de la Compañía, y pidiéndosela por menor de los bienes pertenecientes a las casas y colegios, que en cada uno de ellos había habido antiguamente (3). Su intento era, como se deja entender, dotarlos, a ser posible, al volver a nueva vida, con las mismas rentas de que disfrutaban en otro tiempo. Claro es que no fué posible, dado que no quedaban de ellas sino miserables restos, como luego veremos.

(1) Originales en el A. H. N.; *Estado*, 3.517.

(2) Puede verse en Zarandona, t. III, c. V, p. 74.

(3) *Registro de las órdenes...*, 28 de Noviembre de 1815.

4. Vengamos ahora a exponer lo que toca al restablecimiento de cada uno de los colegios, que de nuevo se abrieron.

Diremos ante todo para mayor claridad, y para evitar repeticiones, los trámites que generalmente siguió la Junta para venir a realizar ese restablecimiento.

Recuérdese aquel primer paso dado por ella apenas constituida, de enviar a la Contaduría general de temporalidades nota de todas las poblaciones donde era solicitada la Compañía, con orden de que fuese enviando informes separados de los bienes y rentas pertenecientes a los colegios antiguamente establecidos en ellas. Esta orden general la repitió después particularmente para cada colegio, si cuando quería empezar a tratar de él, no le había sido enviado todavía el informe correspondiente. Semejantes a éste pasó oficios a los pueblos mismos que habían pedido colegio, dirigiéndolos generalmente a los Ayuntamientos, y si eran Sedes Episcopales, también a los Obispos, pidiéndoles las mismas noticias sobre bienes, y más particularmente sobre el estado en que se hallaban y destino que tenían colegios e iglesias, y las demás que entendiesen ser conducentes para dar idea de la disposición de las cosas, favorable o desfavorable al restablecimiento intentado. Si por el estudio de estos informes la Junta veía que no era posible, no pasaba adelante; si le parecía hacedero y oportuno, remitía al P. Comisario todo el expediente, es decir, todos aquellos papeles, desde el primer memorial dirigido al Rey pidiendo el colegio hasta el plan de su restablecimiento y dotación formado por la misma Junta, para que viera si era aceptable, o, no siéndolo, expusiera las dificultades que en ello encontrara. Si desde luego, o salvadas las dificultades, el P. Comisario estaba dispuesto a aceptar el colegio, la Junta lo proponía al Rey; S. M. daba orden para que se hiciese la entrega y diera la posesión de edificios, bienes y rentas a la Compañía; y comunicada por la Junta para su ejecución a cuantos era menester, el Comisario nombraba los primeros pobladores del colegio, y de ellos uno que tomase posesión de él en su nombre; y el Ayuntamiento u otra persona de autoridad, nombrada por la Junta, se la daba ante notario y con escritura, que la Junta había de examinar después y aprobar para su validez.

Para llegar aquí hubo no poco que vencer en algunas partes y en otras nada; pero para hacer después efectivo lo que en el plan y órdenes de la Junta y en la misma escritura se contenía

sobre bienes, y para acomodarse decentemente los Padres en los colegios recobrados, no hubo manera apenas en ninguna, como veremos.

5. Donde primero pensó la Junta restablecer oficialmente la Compañía fué en la corte. Cuando en 28 de Noviembre de 1815 pasó a la Contaduría aquella nota de las poblaciones que pedían jesuitas, ordenándola que diese razón de los bienes pertenecientes a las casas y colegios antiguamente establecidos en ellas, añadía expresamente que se debía empezar por los colegios y casas de Madrid. Y tres días después pedía a la misma oficina se le remitiera inmediatamente «el expediente y consultas relativas a la ocupación y destino del Colegio Imperial de esta corte y aplicación de sus rentas después del extrañamiento».

No hemos visto los documentos mismos que la Contaduría hubo de remitir a la Junta. Lo que de la historia del colegio hemos podido averiguar por algunos otros, es esto, reducido a pocas palabras. Como al tiempo mismo de ejecutarse el destierro de los jesuitas, no se mandó que tomaran otros maestros las clases que ellos dejaban, sino en los seminarios o colegios de internos, que eran muy pocos en toda España; el Colegio Imperial, por no ser de esa clase, quedó simplemente cerrado (1). Y aunque, en 5 de Octubre de aquel mismo año, el Consejo extraordinario pasó una Real Provisión a los comisionados o encargados de nuestros bienes en los pueblos donde había colegios, mandándoles proceder sin la menor dilación a subrogar la enseñanza de primeras letras, Latinidad y Retórica, que en ellos había, en maestros y preceptores seculares nombrados por oposición (2); y sobre el Colegio Imperial propuso al Rey en consulta de 9 de Junio de 1768 el proyecto de restablecer en una parte de él las clases de Letras Humanas, de Matemáticas y algunas más, fundadas por Felipe IV con el nombre de Estudios Reales (3), y de poner en otra habitaciones para maestros y alumnos internos, y S. M. lo aprobó desde luego, y por Real decreto de 19 de Enero de 1770

(1) *Instrucción para los comisionados*, artículo XXVIII. En la *Colección General*, parte primera, n. IV.

(2) *Colección General*, parte primera, n. XXXVI.

(3) De la fundación de estos *Estudios Reales* por Felipe IV trata el P. As-tráin en su *Historia de la Asistencia*, t. V, l. I, c. VII.

ordenó su ejecución (1); todavía, ni hubo jamás alumnos inter nos, ni llegaron a abrirse los estudios hasta el mes de Octubre de 1771, y entonces solamente los tres cursos de Latinidad y los de Poesía y Retórica y Lengua Griega (2). Después se fueron añadiendo el Arabe y el Hebreo, dos cursos de Matemáticas, Lógica, Física, Filosofía Moral, Derecho público o Natural y de Gentes y Disciplina Eclesiástica (3). Eran las cátedras señaladas en el *Plan de Estudios* provisional formado por D. Francisco Pérez Bayer, D. José Yeregui y Frey D. Vicente Blasco en contraposición a otro presentado por D. Felipe Samaniego, que no fué admitido (4). Hasta 1786 no se establecieron con carácter definitivo, ni plan de estudios, ni constituciones para el gobierno, ni dotación. El Plan adoptado entonces era el anterior, con poca o ninguna mudanza, a lo menos en cuanto a las asignaturas. El Consejo decía en consulta de aquel año, que sin dotación de nada hubieran servido ni el plan ni las constituciones; ahora que todas tres cosas quedaban arregladas, florecerían los estudios, que por falta de ellas no habían llegado todavía a valer más que en tiempo de los jesuitas (5). No sabemos si llegaron en adelante. Lo que sí sabemos es que llegaron a costar mucho más.

(1) Tráelo entero D. Vicente de la Fuente en su *Historia de las Universidades*, t. IV, c. XXXI, aunque errada la fecha.

(2) Véase el *Mercurio* del mes de Septiembre de aquel año. He aquí un párrafo consagrado a la memoria de los jesuitas en el discurso inaugural. «Statuerat enim magnus ille Philippus IV, prudentissimus Rex, regiam hanc domum, utiliorum disciplinarum sedem, et quasi seminarium fore. Sed vero nec magnis impensis. nec Regiis conatibus, nec eorum quidem, quibus haec erat demandata provincia, magnificis promissionibus, exitus unquam responderunt. Incidit enim, nescio quo averso fato, utilissima haec institutio ac opus vere Regium in quoddam hominum genus, augendis quidem redditibus intentissimum, eoque titulo de Regionum Studiorum institutione exultans; qui vero accuratam juventutis educationem et disciplinam, Regis scilicet fundatoris consilium, parvi facerent, vel potius despicerent; eoque eorum negligentia ventum est. ut Regium illud opus obscuraretur; parumque abfuit, quin tantae rei notitia, non modo ex his aedibus, verum ex hominum animis penitus deleteretur.» *De Scholis Matritensibus... oratio...*, p. (III). Enviando, días después, copia de ese párrafo a Roda el director de los nuevos Estudios, D. Manuel de Villafañe, le escribía: «Algo más merecían, y algo más se dijo entonces; pero porque no digan que nos ensangrentamos, le he cercenado un poco.» Autógrafa en Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 972 antiguo, 397 nuevo.

(3) *Mercurio* de Febrero y Abril de 1772.

(4) Ambos originales en nuestro poder.

(5) Consulta original de 31 de Mayo de 1786 en nuestro poder.

D. Pedro de Avila, comisionado para todo lo tocante al Colegio Imperial desde la intimación del decreto de extrañamiento a sus moradores hasta la última de sus resultas, sacó del examen de los papeles de su archivo, que los jesuitas recibieron como capital para esta fundación solamente 524.619 reales, que al rédito calculado del cinco por ciento (1), darían poco más de 25.000, en vez de 110.000 (10 000 ducados) prometidos por el Rey en la escritura; y que al tiempo de la expulsión, la renta que percibían para los estudios era de 80 a 90.000 reales, no líquidos, sino con diversas cargas, «debiéndose creer de su industria el adelantamiento» de ella (2); y la Compañía sostenía en aquel establecimiento al Rector, catorce profesores y dos prefectos de estudios con esa renta de 80 a 90.000 reales. Ahora bien; al restablecerlo Carlos III, siendo el mismo el número de cátedras, aunque algunas de otras materias, se le aplicaron al principio, no sólo todas esas rentas, sino otras muchas, sacadas también de nuestros bienes, hasta un producto líquido de más de 200.000 reales; después, en 1786, hasta unos 343.000, igualmente líquidos, sin haberse añadido otros servicios que los de la biblioteca, abierta allí al público; y en 1787 todavía 20.000 más, bien corridos, para mayor dotación de esa biblioteca y los bibliotecarios (3).

(1) Astráin, lugar citado, p. 146, nota.

(2) Simancas: *Gracia y Justicia*, leg. 972 antiguo, 397 nuevo. Informe original de D. Pedro de Avila a D. Manuel de Roda; Madrid 15 de Febrero de 1774, c. VIII.

(3) Este último dato se halla en una *Breve noticia* de la dotación y cargas de los *Estudios Reales*, escrita en 1789 (Simancas; *Gracia y Justicia*, 973 antiguo, 397 nuevo). Según resumen certificado por el Contador General de temporalidades, D. Juan Antonio Archimbaud, en 1769, las rentas de los Estudios al tiempo del extrañamiento, eran 94.968 reales; y sus cargas perpetuas de censos 8.608, quedando libres 86.930. D. Pedro de Avila señalaba como renta en aquella época la dicha de 80 a 90.000 reales, y al restablecer los Estudios Carlos III la de 345.847 (lugar citado). Pero su sucesor en el cargo, don Juan Acedo Rico, en la escritura de dotación otorgada en 1786 advierte que en ambas partidas hubo equivocaciones, y saca por su cuenta, descontados gastos de administración, reparos de fincas, etc., 67.097 reales al tiempo de cerrarse los Estudios por nuestra expulsión, y hasta 213.135 con las añadidas al restablecerlos. Las cargas de censos y legados venían a sumar 12.590; y así quedaban líquidos poco más de 200.000. No bastaron ni esos, ni más de 54.000 que se añadieron; y por eso en aquella escritura se agregaron pasados de 67.000, de suerte que la dotación en ella establecida llegaba a 343.283 reales. (Escritura de dotación de los Reales Estudios. Copia auténtica en nuestro poder.)

En este pie, con poca o ninguna variación, se conservaron los Estudios hasta el restablecimiento de la Compañía, regidos por la escritura de dotación y por las constituciones publicadas en 1786 (1).

6. La Junta, estudiado el asunto con el examen de los documentos pedidos, elevó su consulta al Rey en 22 de Diciembre de 1815; y el 26 resolvió S. M. que en conformidad con su decreto de 29 de Mayo y bajo la reserva en él contenida, se verificase desde luego el restablecimiento del Colegio Imperial, desocupándole sus actuales habitantes y haciéndose de él y de todas sus cosas formal entrega a los Padres en nombre de S. M. (2).

Íbanse dando con lentitud los pasos necesarios para la ejecución de esta Real orden; cuando un rumor extraño dió ocasión

(1) D. Manuel de Roda en carta confidencial al comisionado Ávila de 21 de Enero de 1771, dice que los jesuitas sólo tenían los estudios de Latinidad; que los de Hebreo, Griego, Árabe, Filosofía Moral, Matemáticas, etc., nunca los había habido; «pues sin embargo de la fundación de Felipe IV *no cumplían los jesuitas con ella*, y al contrario, era innumerable el concurso que tenían a las aulas de Gramática» (Simancas, legajo citado). En el decreto de 19 de Enero de 1770 hace decir al Rey que expulsados ellos de España, él se propone, no sólo conservar las fundaciones que ellos desempeñaban, sino también restablecer otras útiles al público *aunque ellos ya no las cumpliesen*. Es una de tantas calumnias como aquellos hombres lanzaron contra la Compañía. Primero: Aunque sólo hubiera puesto las seis clases de Latinidad con su prefecto de estudios, habrían hecho más de lo que estaban obligados por la fundación; pues a los siete sujetos correspondían más de 30.000 reales de renta, y toda la que recibieron los Estudios apenas pasó de 25.000, como está dicho. Segundo: los jesuitas tuvieron siempre esas clases, y muy concurridas, como confiesa Roda; pero pusieron además desde el principio varios profesores de estudios mayores. En 1634 tenían de éstos, quince (A. H. N.; *Consejos; Cámara de Castilla*, leg. 17.148); y la escritura modificada en 1628 pedía sólo uno más (Copia en el mismo legajo. Original en nuestro poder). Al tiempo de la expulsión había ocho. Lo que sucedió fué que esos estudios nunca florecieron, y quizás en alguna época, por falta de discípulos, estuvieron abandonados. Pero cuanto hicieron en esa parte los jesuitas fué de supererogación, según está demostrado; y al sobrevenir el extrañamiento tenían el personal correspondiente a toda aquella renta de 80 a 90.000 reales, que dice el comisionado, aunque, como él mismo reconoce, la que procedía de la fundación no llegaba ni a la cuarta parte.—D. Pedro Escolano y Arrieta en su *Práctica del Consejo Real*, cap. XVII, habla de los Estudios de San Isidro, principalmente después de la expulsión de la Compañía. Según él, además de las de Gramática y Retórica, estaban en ejercicio en 1767 las cátedras de Matemáticas y las de Teología (moral).

(2) Real orden al Consejo, en el A. H. N.; *Estado*, 3.517.

a que de prisa entraran los Padres a vivir en el Colegio. En el mes de Febrero se esparció por Madrid la voz de que el Rey desterraba otra vez de España a los jesuitas; y tomó tanto cuerpo, que corrió muchedumbre de gente al convento de San Francisco, donde se hospedaban, para verlos partir. Para desvanecer este falso rumor con obras más que con palabras, dispuso la Junta que el P. Zúñiga con sus compañeros y seis Padres más, venidos poco antes, pasaran inmediatamente el 21 de aquel mes a establecerse en el Colegio Imperial, aunque ocupado todavía en su mayor parte por las familias de los empleados (1). Añaden las cartas anuas que esta precipitación estuvo a punto de causar grave daño a la Compañía; pero no dejan siquiera entrever cuál fuese y por qué.

Finalmente, el 29 de Marzo se le dió formal y solemne posesión del Colegio. Halláronse presentes, fuera de otros particulares, los señores de la Junta y el Director con otros empleados de los Reales Estudios; y delante de ellos, el Duque del Infantado, en nombre del Rey, «tomó de la mano al P. Zúñiga, como dice el acta oficial, le introdujo en la capilla propia del establecimiento, se hincó de rodillas (el padre), hizo oración, leyó en el misal y tocó la campanilla». Con ceremonias análogas recorrió después la Biblioteca, Secretaría, Gabinete de Física, y cátedras, tomando así posesión de la casa, «no sólo sin contradicción de persona alguna, sino con aplauso y alegría de los muchos concurrentes a este acto» (2).

Resta decir brevemente el destino del recobrado Colegio y su historia hasta la supresión de 1820.

Adviértase ante todo que desde ahora volvió a tener el nombre de Colegio Imperial, que había tenido desde su fundación hasta el extrañamiento, sustituido entonces con el de Estudios Reales de San Isidro por los ministros de Carlos III, para no dejar ni los nombres en lo que había sido de la Compañía. De la comunidad en él establecida fué nombrado Rector el día de la Anunciación, el P. Joaquín María de Parada, profeso de tres votos *ratione majoratus* al tiempo de la extinción; uno de los primeros que después del universal restablecimiento se afiliaron a la Compañía en Roma; y admitido inmediatamente a la profe-

(1) Cartas anuas. *Apuntes. Restablecimiento.*

(2) Acta de posesión. Copia auténtica en nuestro poder.

sión de cuatro votos, que hizo en Tivoli el 29 de Septiembre de 1814 (1). Ocho días antes de su nombramiento, víspera del Patriarca San José, se había inaugurado en la misma casa provisionalmente el noviciado, comenzándole bajo la dirección del P. Pedro Montero los primeros novicios de la nueva Compañía española, uno de los cuales, el H. Mariano Puyal, había de ser doce años después el primer sucesor de los Padres antiguos en el gobierno de ella.

El fin principal de la instalación de sus antiguos dueños en el Colegio Imperial era, como se deja entender, que se encargaran de la formación de la juventud en letras y buenas costumbres. El Real decreto en que se mandaba hacerles la entrega, imponía expresamente la obligación de mantener por entonces las cátedras en él establecidas, y después las demás que se estableciesen, conforme al plan de estudios que los mismos Padres habían de formar. Las cátedras a la sazón en ejercicio eran las indicadas poco antes. Todos los profesores y demás empleados habían de quedar privados de sus cargos desde el día en que los Padres tomaran posesión; pero no contando la Compañía entonces con suficiente número de sujetos para reemplazarlos a todos, hubieron de continuar enseñando bajo su dirección algunos de los catedráticos todos estos cuatro años.

Para el comienzo del próximo curso escolar estaba ya dispuesto y empezó a regir el plan de estudios arreglado por los Padres. De él había dicho el segundo fiscal del Consejo, como notamos en el capítulo segundo del libro primero, que debía ser irremisiblemente sometido al examen de la Junta de Instrucción recientemente creada. No parece que lo entendió así la de restablecimiento de jesuitas; y sin contar con aquélla ni con el Real Consejo, examinó ella y presentó el nuevo plan a la aprobación del Rey, que se dió sin contar tampoco, ni con la de Instrucción, ni con el Consejo. No dejaron de levantar su voz el celoso fiscal y el Consejo mismo, aun fuera de propósito y cuando ya llevaba rigiendo algunos meses; clamando contra el hecho de que estuvieran «los jesuitas enseñando públicamente por un plan de estudios singular y distinto del de todas las universidades, seminarios, colegios y comunidades del reino (2); sin que el Consejo,

(1) Luengo; *Diario*, 6 de Octubre; t. 48, P. 2.^a, p. 194.

(2) Como *singular y distinto* de los demás era cada uno de los planes de

encargado por las leyes fundamentales de la monarquía, del conocimiento, arreglo y puntual observancia de las leyes dictadas sobre este importante ramo de la felicidad pública, hubiera tenido la menor parte en su examen y aprobación, ni aun se le hubiera pasado siquiera un solo ejemplar para su noticia» (1). No fué grande la alteración hecha en el que hasta entonces había regido. Se establecieron los cinco cursos de Latín, Humanidades y Retórica del *Ratio Studiorum* de la Compañía, juntando con ellos la lengua patria y la griega y como accesorias la Geografía, la Historia y alguna otra. Tras esto venía la Filosofía con sus tres cursos de Lógica, Física y Metafísica con la Ética, juntándose el primer año a la Lógica el estudio de las matemáticas elementales. Dos cursos de Superiores, dos de Árabe y otros dos de Hebreo, con dos también de Historia y Disciplina Eclesiástica completaban el cuadro de asignaturas en el nuevo plan (2).

Del concurso de estudiantes tenemos este dato, que en 1819 eran doscientos ochenta los de las clases inferiores y 180 los de las superiores (3). No entraban en esa cuenta nuestros jóvenes, que en buen número frecuentaban unas y otras aulas, especialmente las superiores de Filosofía y lenguas.

7. Para completar la historia del restablecimiento de este colegio, añadiremos aquí la devolución de la iglesia, que fué en otro tiempo y volvió a ser ahora su complemento.

La iglesia del Colegio Imperial estuvo cerrada casi dos años, desde el 1.º de Abril de 1767, en que antes de amanecer fueron echados de allí los jesuitas, hasta primeros de Febrero de 1769. Entretanto nació, sin que sepamos de quién, el pensamiento de darla el nuevo ser o aplicación que luego tuvo. Había en la parroquia de San Andrés una capilla, dedicada al humilde y excel-

los colegios, seminarios y comunidades del reino, puesto que no le había general para todos. Sólo las universidades se puede decir que tenían, a lo menos nominalmente, un plan de estudios general: el de 1807, impuesto por Caballero, Ministro entonces de Gracia y Justicia, que quizá no llegó a regir, por haber quedado desiertas las universidades en 1808, y que ya se trataba de abolir y se abolió de hecho en 1818. ¿Sabía esto el fiscal del Consejo o lo ignoraba?

(1) A. H. N.; *Estado*, 3.517. Respuesta original del fiscal segundo de 17 de Diciembre de 1816 y copia auténtica del dictamen del Consejo de 31 de Enero de 1817.—La consulta entera en *Consejos*, 978 e, fol. 241.

(2) *Plan de estudios para las escuelas del Colegio Imperial*.

(3) *Cartas anuas*.

so Patrón de la villa y Corte, San Isidro Labrador, en la cual eran custodiadas y veneradas sus santas reliquias, cuyo servicio y culto estaba encomendado a doce capellanes y otros ministros secundarios competentemente dotados y presididos por un Teniente de Capellán Mayor, en representación del Arzobispo de Toledo, a quien de derecho la Capellanía Mayor correspondía. Apenas expulsados de España los jesuitas por Carlos III, el Teniente y Cabildo de Capellanes, que ya el año anterior habían solicitado aumento de dotación (1), acudieron al Consejo extraordinario representando lo corto de la que tenían, lo deficiente de la Capilla, magnífica ella, sí, pero sin coro, sacristía, sala capitular y otras piezas, y los litigios que con la parroquia ocasionaba su posición. Hallándose ahora sin uso las iglesias de los regulares expulsos, suplicaban se les diese la del Colegio Imperial, «no para las comodidades del Cabildo, sino para digna colocación del precioso, incorrupto cuerpo del prodigioso San Isidro». Y si para tanto dieran las fundaciones que en ella había, quizá conventría convertirla en Colegiata, que fuese ornamento de Madrid, digna de su Santo Patrono y «templo en que se tributasen a Dios las debidas alabanzas con la solemnidad y decoro que se acostumbra en las catedrales».

No parecía bien el proyecto al Arzobispo de Toledo, sin cuya noticia, a lo que se echa de ver, se hizo aquella representación; pero sometía su juicio al del Consejo, que le pidió su dictamen. Ardía éste en deseos de que ocupasen otras nuestras iglesias y casas «así para que su vacío no diese en rostro al público (son palabras del fiscal), como por la reflexión del espíritu de regreso que fundaban los fanáticos secuaces de los expulsos con estas apariencias» (quiere decir, para quitar a los amigos de la Compañía toda esperanza de verla otra vez aquí). Con esto informó favorabilísimamente al Rey sobre aquella petición en la consulta antes citada de 9 de Junio de 1768, al mismo tiempo que sobre la aplicación del Colegio al restablecimiento de los Estudios; y el Rey conformándose en todo con este dictamen, mandó que se hiciese desde luego la traslación propuesta (2). El comisionado,

(1) A. H. N.; *Consejos; Cámara de Castilla*, leg. 17.148.

(2) Todo consta por la consulta y resolución del Rey a ella. Copia en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, papeles de jesuitas, n. 335 duplicado; 11-12-3-115.

D. Pedro de Ávila, dió la posesión al Cabildo de Capellanes el día 20 de Enero de 1769 (1), y el 4 de Febrero fueron solemnemente trasladadas, no sólo las reliquias de San Isidro, sino también las de su esposa, Santa María de la Cabeza, conservadas y veneradas hasta entonces en el oratorio del Ayuntamiento. Duplicóse el número de capellanes, añadiendo otros doce, que con los antiguos habían de atender, no sólo al coro y al altar, como antes, sino también al púlpito y al confesonario. Se aumentó también el número de cantores y otros subalternos y se dotó la nueva Capilla así constituida, con la renta de la antigua, que subía a 129.071 reales; la de fundaciones y memorias pías existentes en la iglesia del Colegio Imperial, imponiéndole sus cargas u otras en que habían sido conmutadas; otra tomada de las dignidades de la Iglesia Primada de Toledo, con algunas más que hacían llegar la suma a 591.234 reales; bien que por diversas cargas quedaba reducida a 462.363 (2). A 1 de Abril de 1773 se hizo a los capellanes entrega formal de los bienes que la habían de producir. No la produjeron de hecho; reclamaron los interesados; y en 1785 por decreto de 8 de Octubre, no sólo se les completó esa renta anual, sino que se elevó hasta 752.538 reales, aumentando con esto la asignación a la fábrica, a todos los capellanes, que así tendrían 15.000 cada uno y el Teniente de Capellán Mayor 18.000, y a otros varios ministros inferiores (3). Poco después de asentada así la dotación aprobó S. M. las Constituciones de la Real Iglesia y su Cabildo, que desde su traslado se habían empezado a disponer (4); y a los tres años Pío VI, a ruegos de Carlos III, expidió un breve en 20 de Mayo de 1788, concediendo a los veinticuatro capellanes el título de canónigos con las prerrogativas correspondientes (5).

Tal era, sin alteración que sepamos, al ser restablecida la

(1) Archivo del Ayuntamiento: 2-286-9, documento n. 7. D. Pedro de Ávila al Ayuntamiento, 26 de Enero de 1769.

(2) Academia de la Historia; legajo citado. Copia de Real cédula de 28 de Diciembre de 1769. A. H. N.; *Consejos*, leg. 17.144. Real decreto original de 29 de Enero de 1773.

(3) A. H. N.; *Consejos*; *Cámara de Castilla*, 17.149. Minuta de la Real cédula de 23 de Octubre de 1785.

(4) Cédula de 28 de Diciembre de 1785, original en nuestro poder.

(5) Se expidió e imprimió cédula publicando el Breve a 1 de Noviembre de aquel año.

Compañía en España, el destino de la iglesia del Colegio Imperial y la condición del Cabildo que la ocupaba; pues aunque en 1800 obtuvo Carlos IV facultad de Pío VII para imponer sobre las dignidades y canonicatos pingües de España, pensiones perpetuas, cuya suma llegara a 706.000 reales para nuevo aumento de su dotación, y en 1815, no bien restablecido en el trono Fernando VII, a solicitud de los canónigos mandó poner en ejecución la gracia, que apenas había empezado a tenerla y quedó suspendida cuando empezó la guerra de la independencia; esta misma orden también se dejó en suspenso en 13 de Julio de 1816, con todo el expediente formado para llevarla a efecto (1).

8. Pensábase ya entonces, sin duda, en suprimir el Cabildo; ora fuese solamente para devolver la iglesia a la Compañía, ora también, y aun de principal intento, para quitar de raíz aquella que llamó Menéndez y Pelayo «cátedra poco menos que abierta y pública de las nuevas doctrinas» jansenísticas (2) y de quien escribía, al saber su supresión, el Sr. Obispo de Calahorra, su Teniente de Capellán Mayor desde 1790 hasta 1815, que la tenía bien merecida, aunque había algunos buenos (3). Ello es que en este último año, después de haberse publicado edictos con aprobación de la Cámara, para la provisión de canongías vacantes; las mandó suspender una Real orden del Secretario de Gracia y Justicia dada el 22 de Septiembre, y por más que el Cabildo acudió al Rey con diversas representaciones, y con otra en apoyo de ellas el Ayuntamiento; expresamente se confirmó la suspensión (4). Las canongías vacantes, según decían esas representaciones, eran seis efectivas y «dos próximas a vacar, un canónigo jubilado, otro demente, dos imposibilitados de asistir, varios otros enfermos y achacosos» (5); de modo que, aun incluyendo a estos últimos, quedaban sólo doce: la mitad de los que habían de ser.

Como la iglesia, aplicada por Carlos III al destino que ahora tenía, había quedado enteramente independiente del Colegio; no entró en la devolución hecha de este último a la Compañía, ni

(1) Hállase este expediente en el A. H. N.; *Consejos; Cámara de Castilla*, leg. 17.149.

(2) *Heterodoxos*, III, l. VI, c. II, § VIII, p. 182.

(3) Carta al P. Arévalo; Calahorra 27 de Febrero de 1817.

(4) Archivo del Ayuntamiento, 2-364-6.

(5) Lugar y legajo citado últimamente.

tenemos noticia alguna de que se tratase de devolvérsela también, hasta Noviembre de 1816, ni sabemos quién y cómo removi6 el asunto. El Señor Obispo de Calahorra aseguraba que los can6nigos no se quejaban de los jesuitas, porque sabían que nada habían hecho, ni para obligarlos a devolver la iglesia, ni menos para que el Cabildo fuera disuelto (1). Conjeturamos que esta fué obra exclusiva del confesor del Rey. Poco después de confirmada la suspensión del concurso para la provisión de canongias, el 21 de Octubre de 1816 pidi6 el Ministro de Gracia y Justicia al Cabildo una relación documentada de su origen e historia, de sus rentas y demás datos para una información cumplida acerca de él, confirmando de nuevo entretanto la suspensión impuesta. El 30 de aquel mes di6 el Cabildo la información pedida, empezando por la historia de las reliquias de San Isidro desde 1212, recordando las diversas iglesias en que habían estado, el traslado a la del Imperial, las fundaciones hechas en su honor, la del actual Cabildo con sus obligaciones y sus grandes servicios hechos al Trono y al Altar, los favores recibidos de los Reyes, y terminando con pedir se levantase la suspensión de concurso (2).

Esta relación debió de pasar a informe del confesor, y probablemente él fué quien la hizo dar. Lo cierto es que a los pocos días, el 5 de Noviembre, presentó al Rey un informe que se le había pedido, y cuya sustancia era: Que en atención a que la iglesia y casa de estudios del Colegio Imperial formaban un solo establecimiento, perteneciente a los Padres de la Compañía; procedía se les entregase la iglesia para que en ella ejercitasen los ministerios propios de su Instituto, dejando a los actuales can6nigos su dotación mientras no se les daban otros destinos, y que se restableciese en su antigua forma la capilla de San Isidro, encargándose la ejecución de todo a la Junta de restablecimiento de jesuitas. Al margen de este informe escribió el Rey de su mano a 26 de Noviembre: *Me conformo y pase a la Junta del restablecimiento de jesuitas* (3). Pas6, en efecto, con Real orden de Gracia y Justicia de 30 de Noviembre, calcada en el informe del con-

(1) Carta citada.

(2) A. H. N.; *Consejos*, Cámara de Castilla, 17.149.

(3) *Diario de las sesiones de Cortes*. Sesiones del 11 y 12 de Agosto de 1820.

fesor (1); y desde aquí ya conocemos con claridad los trámites del asunto hasta su conclusión.

Al Cabildo, aunque tan reducido como ya hemos dicho, dolíale la disolución, que indirectamente se le intimaba al decir que seguirían sus individuos percibiendo su asignación hasta obtener otros destinos; y recibida la Real orden, dirigió al Rey dos representaciones, protestando de su obediencia, pero suplicando se les permitiera seguir formando cuerpo, donde quiera que parasen las santas reliquias de San Isidro y Santa María de la Cabeza; que, a lo menos, aunque ellos fueran la fábula del mundo, el establecimiento, el Cabildo, no fuera suprimido; siquiera, les diese S. M. testimonio de no haber merecido su Real indignación (2). Esta última frase da a entender que los Canónigos miraban el hecho como castigo; y lo ya indicado aquí y otras expresiones más fuertes del Sr. Puyal inducen a creer que así era.

Mientras así hablaban al Rey, dirigían al juez protector de su iglesia y por su medio a la Cámara, otro memorial con algunas *Reflexiones confidenciales*, enderezadas, decían, a «facilitar el más pronto cumplimiento de las Reales intenciones», a «que se remuevan todos los obstáculos y desvanezca cualquiera duda», antes de hacer la entrega: palabras textuales, pero desmentidas, como ya se deja entender, por todo su discurso, desde la cruz a la fecha. Y, efectivamente, en apariencia no pretenden sino «que antes del acto de la posesión, se pongan a salvo los derechos y pertenencias del Patronato sobre la Real Capilla de San Isidro, reunida antes, y ahora desmembrada de esta iglesia»; que también antes de la disolución del Cabildo se ponga «a cubierto su honor del modo más ostensible y satisfactorio»; y, en fin, que se mire por los demás individuos y dependientes de la iglesia, «de quienes ni aun siquiera mención se hace en la Real orden, teniendo todos, hasta el último acólito, cédula de S. M. para la obtención de sus plazas respectivas, que alguno de ellos desempeña por el largo espacio de cuarenta y siete años».

Pero en realidad a nada menos que a eso van enderezadas las reflexiones. A lo que van es a hacer valer contra la orden de restitución la cláusula con que en la Real cédula de 3 de Mayo se exceptúan de ella «las fincas, bienes y efectos vendidos o de

(1) Original en el A. H. N.; *Estado*, 3.517.

(2) A. H. N.; *Consejos; Cámara*, 17.145. Copias.

cualquier modo enajenados por título o causa onerosa a favor de cuerpos o particulares, y los donados o aplicados a objetos y establecimientos públicos, que no puedan separarse de ellos sin menoscabo de los mismos y ofensa de la común utilidad»; y a que el Protector y la Cámara tomen el asunto por suyo y lo defiendan como únicos a quienes compete, y no a la Junta de restablecimiento de jesuitas, conforme a las constituciones mismas del Cabildo dadas por Carlos III. A lo que van es a que no se extinga «de golpe un establecimiento eclesiástico fundado y erigido a súplica de S. M. por repetidas bulas pontificias»; cosa que sospecharla aun remotamente de la tierna piedad y de la religión del Monarca lo reputaría el Cabildo a una especie de sacrilegio». A eso viene el pintar la tal extinción como «una verdadera pena de deposición, fulminada por la autoridad secular a un cuerpo eclesiástico, que no ha merecido la más pequeña reconvencción, para ser tratado como el mayor de los criminales». Y, esto supuesto, se extienden en ponderar, sin aparentarlo, la injusticia del decreto y en lastimarse de ver deshecha «una obra original en la Europa cristiana, delicias y monumento eterno de la sabiduría, de la prudencia y de la religión del gran Carlos III; una obra de tanta influencia en lo moral y en lo político...; y de que los mismos Santos Patronos de Madrid sean de algún modo degradados de un templo augusto y majestuoso, donde se daba a Dios tanto culto y al pueblo tantos servicios, a las estrecheces de donde salieron» (1).

Ni el Protector ni la Cámara parece que dieron paso alguno en favor del Cabildo. Diólos, sí, el Consejo. Habíasele pasado la Real orden de 30 de Noviembre, disponiendo la restitución de la iglesia, «para su inteligencia y demás efectos convenientes», no para que emitiera dictamen sobre sus disposiciones. Y así parece que lo entendieron los fiscales primero y tercero. Pero el segundo y el Consejo con él, creyeron deberlo dar, por ver en ellas, como el Cabildo, una contradicción manifiesta con la cédula de 3 de Mayo en la excepción allí puesta a las reglas dadas para la restitución de bienes a la Compañía. Vagamente declama el fiscal sobre el primer punto de enajenación por título o causa onerosa a favor de cuerpos o particulares, aduciendo como prueba del carácter de onerosa, que la cesión hecha al Cabildo tenía,

(1) Lugar y legajo citados. Copia auténtica.

las cargas y ministerios, que se había obligado a desempeñar en la iglesia, y las oposiciones con que cada individuo había de ganar su canongía. Toca también el de la utilidad común, que por la devolución de la iglesia a los Padres se disminuiría. Pero lo que hace con más claridad y nervio es acusar a la Junta de restablecimiento, porque resuelve los negocios sin intervención del Consejo, y aun al mismo Rey poco disimuladamente, porque se va verificando el restablecimiento de la Compañía «sin que el Consejo sepa todavía cuáles son los estatutos, declaraciones, bulas y privilegios apostólicos con que se gobiernan; qué conformidad haya entre su disciplina, régimen y sistema regular y el establecido por el concilio de Trento, a que los sujeta la gracia de su restablecimiento; cuál sea tampoco la disposición de guardar y cumplir las Reales disposiciones y concordias hechas por S. M. con la Santa Sede en materia de regulares; cuál también la de renunciar a todas aquellas exenciones odiosas y contrarias a la autoridad de los ordinarios eclesiásticos, reclamadas por varios obispos y prelados doctos y santos de ambos mundos, y preservada religiosamente por S. M. en el mismo decreto de restablecimiento; ni finalmente si han prestado el juramento de homenaje y obediencia y sumisión a nuestro soberano, por lo menos con la misma extensión que lo hacían y continúan haciéndolo a la Silla Apostólica en su cuarto voto, exigido a casi todos o la mayor parte de los jesuitas reunidos en Madrid» (1). Esta era, como ya sabemos, la pesadilla del señor fiscal segundo. Por esto pedía al Consejo se suspendiera el cumplimiento de la Real orden; que para mejor informarse mandara examinar detenidamente la fundación, dotación y arreglo de la iglesia y Cabildo; y entretanto propusiera al Rey que mandara a la Junta no pasar adelante hasta nueva Real orden, dada después de haber oído al Consejo. Adoptó éste la propuesta del fiscal; pero en lo tocante a la iglesia, reconociendo no ser rigurosamente oneroso el título con que el Cabildo la poseía, se explayó más bien en el daño de la común utilidad, ponderando el menoscabo, que la solemnidad del culto sufriría, por no tener los jesuitas coro como los canónigos, y la falta del pasto espiritual, que por mucho tiempo habría allí, por no poder darlo los Padres ya ancianos, ni los todavía sin formar; «de suerte que la grande iglesia de la corte de los Reyes católicos, la

(1) A. H. N.; *Estado*, 3.517.

predilecta y la más concurrida de este heroico pueblo, como que en ella descansa el santo cuerpo de su patrón y poderoso intercesor para alcanzar de Dios continuos favores, vendria a quedar desierta, a lo menos por largo tiempo». El punto general, que el fiscal tocó, de irse realizando el restablecimiento de la Compañía sin contar con el Consejo, también lo repitió éste, tachando de *apresurados e irregulares* los pasos con que en él se procedía. Tres consejeros, dos de ellos miembros también de la Junta, la defendieron de las inculpaciones que se le hacían, y opinaron que el Consejo no debía ocuparse en este asunto, por tenerlo encomendado S. M. a ella sola (1).

Esta consulta del Consejo fué dirigida al Rey el 31 de Enero de 1817. Tres días antes le había elevado otra la Junta de restablecimiento, representando las dificultades con que tropezaba en la ejecución de la Real orden de 30 de Noviembre, principalmente la negativa del Cabildo, no a darle cumplimiento, pues había contestado prometiéndolo para su tiempo, pero sí a entregar los documentos que la Junta le había pedido para disponerlo, alegando que no podía hacerlo sin autorización de la Cámara, la cual, por su parte, esperando largo tiempo la comunicación oficial de aquella Real orden, nada hacía (2). Más aún: sin ambages decia la Junta que todo procedía del empeño de sostener a los canónigos en la iglesia, del cual, añadían, «V. M. no dejará de tener una prueba muy evidente antes de mucho tiempo». Esa prueba era sin duda la consulta del Consejo, que debían de saberse preparaba. Probablemente ambas pasaron a informe del Confesor, como sabemos que había pasado la segunda de las dos representaciones del Cabildo, puesta en las Reales manos, según parece, por una comisión del mismo; y el Confesor insistió en su dictamen anterior, que el Rey adoptó como el primero (3). Tal vez contenía también este segundo la severa reprensión que S. M. «por resolución escrita y rubricada de su Real mano» mandaba dar al Cabildo, diciéndole cuánto se maravillaba de que con especiosos pretextos hubiera dejado de obedecer a la Junta, que con independencia de todo otro tribunal entendía en el restable-

(1) Lugar y legajo citados. Copia auténtica.

(2) A. H. N.; *Consejos; Patronato de Castilla*, leg. 1.137. Minuta en el expediente de la Junta, en nuestro poder.

(3) *Diario de las sesiones*, 12 de Agosto de 1820.

cimiento de la Compañía, y ordenándole que la entregase inmediatamente los papeles pedidos y cuantos pidiera. Con la Real orden correspondiente de 3 de Febrero, concebida en esos términos, le tuvo la resistencia del Cabildo; la Junta dió las disposiciones oportunas; y luego se hizo la entrega formal de la iglesia a la Compañía (1). A la consulta del Consejo dió el Rey esta resolución, en que parece indicarle que aquélla estaba demás: «No me conformo, y he mandado lo conveniente a la Junta que tengo autorizada para entender privativamente, con exclusión de todo otro tribunal, en el restablecimiento de la Compañía de Jesús y prevenida de consultarme las dudas» (2).

Dióse, pues, al Rector del Imperial la posesión de la iglesia con todos sus enseres el 15 de Febrero de 1817; y desde aquel momento quedaba disuelto el Cabildo, y cesaban en sus cargos el Sacristán primero y el Colector; pero seguirían con los suyos hasta nueva orden, para atender al culto, los capellanes de coro y altar, cantores y demás empleados, bajo la dependencia del Rector. En los días siguientes se le entregaron también los bienes con sus títulos, escrituras y todo el archivo de la iglesia, quedando él obligado a las cargas de memorias, sostenimiento del culto, pago de asignaciones y demás gastos: todo provisionalmente, aun la entrega de los enseres de la iglesia, hasta el nuevo establecimiento de la Capilla de San Isidro con los que fuesen suyos y el arreglo definitivo, que en todas estas cosas hiciese la Junta (3). La Capilla no llegó a trasladarse nunca, ni creemos que hubo alteración notable en la forma en que ahora quedó, sino es en el gobierno económico. De las muchas rentas, que dijimos haber asignado Carlos III a la iglesia y Cabildo de San Isidro, se devolvieron ahora a la Compañía las que al tiempo de la expulsión eran ya del Colegio o de su iglesia y con ellas había de atender al cumplimiento de todas las pías memorias y a los gastos de fábrica. Con las otras, la Junta pagaría las deudas que el Cabildo dejaba y las asignaciones, tanto de los individuos que cesaban, como de los que continuaban en sus cargos. Los

(1) El acta original en la Biblioteca Nacional; sala de manuscritos, n. 9.142.

(2) A. H. N.; *Estado*, 3.517. Copia auténtica de la consulta y de la resolución.

(3) Biblioteca Nacional; manuscrito citado.

gastos del culto, primero a medias; después, el Colegio los suyos y la Junta los de la Capilla (1).

No disimularemos lo irregular que nos parece la supresión del Cabildo hecha por la potestad civil sin intervención de la autoridad eclesiástica, y esto con la aprobación y aun dirección del Confesor del Rey.

A muchos disgustos dió margen esta coexistencia de dos comunidades en una misma iglesia, aunque dependiente la una de la otra o de su superior.

9. La casa-noviciado de la antigua provincia de Toledo, establecida en Madrid en el solar que hoy ocupa la Universidad Central, fué cedida por Carlos III después de la expulsión de la Compañía a una Congregación de sacerdotes seculares, llamada en Madrid del Salvador, por el oratorio de este título que D. Diego de Astorga, Arzobispo de Toledo, les había dado para el ejercicio de sus ministerios espirituales con los prójimos. El Rey intruso, José Bonaparte, había echado de ella a aquellos Padres, y durante la guerra de la independencia la habían habitado y destrozado sucesivamente las tropas francesas, inglesas y españolas. Al tiempo del restablecimiento ocupaba la mayor parte un regimiento de Infantería y lo restante los Padres del Salvador, vueltos a ella poco antes por disposición de Fernando VII.

El mismo día que la del Colegio Imperial propuso la Junta al Rey la restitución del Noviciado; y el mismo día que para aquél dióse el decreto para éste. Mandábase, por lo que hace a la casa, que la desocuparan cuanto antes las tropas, y aplicábanse para la subsistencia del Noviciado las rentas antiguas, no destinadas a otra cosa, y por considerarlas insuficientes, se añadían, «con calidad de *por ahora*», las del Colegio de Ocaña. Los sacerdotes del Oratorio seguirían viviendo allí, y ellos tendrían el servicio de la iglesia, como antes, con las mismas rentas de memorias y obras pías propias de la iglesia y de la casa, que se les aplicaron al establecerse en ella y las cargas correspondientes. Solamente cuando todos ellos faltaran, lo tomaría todo a su cargo la Compañía, bien que de la iglesia se serviría desde luego para los divinos oficios y ministerios, lo mismo que aquellos Padres (2).

(1) Originales del secretario de la Junta al Rector, 20 de Mayo y 19 de Junio de 1817, en nuestro poder.

(2) A. H. N ; *Estado*, 3.517. *Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7.

La tropa dejó libre el edificio el día 19 de Abril de 1816, y el 22 se dió posesión de él al P. Zúñiga, con solemnidad parecida a la del Colegio Imperial; pero fueron necesarias tantas reparaciones, que hasta el 7 de Septiembre no pudieron trasladarse a él los novicios.

Los Padres del Salvador, sabida la resolución del Rey, representaron lo difícil y aun insostenible de la situación en que iban a verse las dos comunidades con una misma casa e iglesia, y pidieron que se les devolviera la suya que habían dejado cuando se les dió el Noviciado, y que se había destinado para ampliación de la cárcel de corte. Como esto se tuvo por imposible, la Junta les propuso que pidieran otra, por ejemplo, el Oratorio del Caballero de Gracia, el de la calle de Cañizares, u otro; y tardando en resolver el Arzobispo de Toledo, a quien correspondía y se había cometido, como prelado de aquellos Padres, por fin en Noviembre de 1818, el Rey a consulta de la Junta, ordenó que no pudiendo en manera alguna cumplir las obligaciones contraídas, por haberse reducido su número a tres, uno de ellos anciano y achacoso, las dejasen en manos de la Compañía con las rentas a ellas afectas; retuviesen las que tenían al trasladarse a aquella casa; y quedasen libres solamente para seguir viviendo en ella o trasladarse a otra parte (1).

De otra porción del edificio costó más tiempo, trabajo y dinero recobrar la propiedad y el uso libre. Había en el entresuelo antiguamente una botica de propiedad del Noviciado; y Carlos III donó la botica con ese local y un patio o jardín contiguo al Real Hospicio después de nuestra expulsión. Como además del sitio que ocupaba, traía no leves incomodidades al Noviciado restablecido; quisieron nuestros Padres recobrarla. Y aunque por ser donación gratuita hecha al Hospicio, entraba en la clase de bienes, que según el decreto de 29 de Mayo debían devolverse llanamente a la Compañía; todavía en atención al destino benéfico que tenía, transigieron con la dirección del Hospicio, obligándose a pagarle un censo del 3 por 100 de su valor actual. Con esto redimieron aquella especie de servidumbre, pero en parte no más, porque el boticario halló medio de obtener autorización para seguir allí con su botica, si quería, mientras viviera (2).

(1) A. H. N.; *Consejo de Castilla*, n. 7.

(2) Lugar y número citado.

De la iglesia se sirvieron los Padres, aun antes de pasar a vivir allí, para celebrar solemnemente por vez primera después de su vuelta del destierro la fiesta de N. S. Padre Ignacio. Como la del Colegio Imperial, donde vivían, todavía no les había sido entregada, dispusieron la función en ésta, de que ya habían tomado posesión. Celebró la misa el Nuncio de Su Santidad, creado ya Cardenal Gravina; asistieron los Infantes, D. Antonio, tío, y D. Carlos, hermano del Rey; y el Rey mismo hubiera asistido, si se hallara en Madrid, como expresamente lo escribió. Véase lo que de la función escribía al P. Arévalo el señor Obispo de Calahorra: «De Madrid me cuentan, como lo habrán hecho a usted, la gran función que se celebró en la iglesia del Noviciado, solemnísima por todos términos y autorizada por el Señor Infante en nombre del Rey y un concurso inmenso de las primeras personas de toda la corte. Hubo muchas lágrimas de gozo al ver formada toda la Comunidad a la puerta de la iglesia para recibir al Señor Infante, y hubo gritos de devoción de personas muy decentes diciendo: «Bendito sea Dios, que vemos esto», repitiéndolo y llorando sin cesar» (1).

El primer Rector y maestro de novicios fué el P. Pedro Montero; y desde su fallecimiento, ocurrido el día de San José de 1819, el P. Francisco Javier Bouzas. Del número y formación de los novicios hablaremos en otro lugar.

(1) Calahorra 18 de Agosto de 1816.

CAPÍTULO II

OTROS COLEGIOS RESTABLECIDOS

1. El de Loyola.—2. El de Murcia.—3. El de Montesión en Mallorca.—4. Las dos casas de Valencia.—5. El colegio noviciado de San Luis de Sevilla.—6. Colegio y Santa cueva de Manresa.—7. El de Tortosa.—8. El de Trigueros en Andalucía.—9. El de Graus en Aragón.—10. El de Oñate en Guipúzcoa.—11. El de Cádiz.—12. El de Villagarcía en tierra de Campos.—13. El de Badajoz.

1. Del colegio de Loyola no estaba terminada sino la iglesia y un ala al tiempo del extrañamiento; la otra ala estaba en construcción a la altura poco más que del primer piso, como en nuestros días la hemos visto, y todavía se conoce por el diverso aspecto de lo viejo y lo nuevo, añadido hasta terminarla en los años de 1885 a 88. La parte edificada, que era bien capaz, estaba ocupada a la sazón por una veintena de sujetos, y dedicados los sacerdotes a los ministerios espirituales.

El Consejo extraordinario, con asistencia de los prelados de Burgos, Zaragoza, Orihuela, Albarracín y Tarazona, afanoso, como ya dijimos, de dar aplicación a los edificios vacantes por el extrañamiento, y no menos de mostrar su falso celo por la educación de la juventud y por el bien espiritual de los pueblos; cogió los catálogos de las cuatro provincias de la Compañía en la Península, y uno tras otro destinó todos los colegios, los más para la enseñanza de letras humanas por maestros seculares; algunos para seminarios de clérigos a petición de los Obispos; otros para obras de beneficencia y otros para otros fines; y así tenía distribuidos más de 140 colegios para el día 4 de Junio de 1769, esto es, a los dos años poco más del extrañamiento. Claro está que, como no es lo mismo disponer que ejecutar, por más que de parte del gobierno había empeño en ello y por tanto había de facilitarlo cuanto podía; de muchos de aquellos edificios, la aplicación efectiva a sus destinos llegó tarde o nunca, o se cambió y de una

cosa en otra vinieron a parar tal vez en cuarteles, como parte del Noviciado de Madrid, según hemos visto.

Los colegios de Loyola y Villagarcía fueron destinados para colegios o seminarios de misiones, el uno para la América meridional y el otro para la septentrional y Filipinas; pero nunca llegaron a serlo (1). En la Santa Casa de Loyola parece que siempre se mantuvo el culto divino, a lo menos los días festivos; pero el colegio estuvo desocupado hasta que por breve tiempo se alojó en él la tropa francesa durante la guerra sostenida por España con aquella República de 1793 a 95. Libre de ella después de la paz de Basilea, sirvió de asilo desde fines de 1797 hasta 1806 a los monjes premonstratenses de Urdax en Navarra, mientras se reedificaba su monasterio, destruido en aquella guerra por los franceses. En la de la independencia fué instalado allí un hospital militar el año de 1813, y de tal servía al tiempo del restablecimiento de la Compañía en España (2).

Apenas publicado el decreto de 29 de Mayo de 1815, hallándose reunida en Junta general la provincia de Guipúzcoa, acudió a ella con expreso oficio la villa de Azpeitia, pidiendo que suplicase al Rey mandara levantar de allí el hospital, añadiendo con dolor que se estaba profanando indignamente la Santa Casa, introduciendo en ella caballerías a vista de todos (3).

Los Padres desterrados, al volver a la patria, naturalmente, pusieron los ojos y el corazón, lo primero de todo, en la casa paterna, en el colegio de Loyola; y ya antes de salir de Roma parece que designó el P. Zúñiga sus primeros pobladores. Así se desprende de las palabras copiadas arriba, con que termina el P. Luengo al hablar del viaje del P. Arévalo y sus compañeros: «Y cierto, los ayudaremos todos con nuestras pobres oraciones, para que lleguen felizmente a la Santa Casa de Loyola.» Aun en la corte parece que había quien abrigase semejantes pensamientos; pues en carta de Pamplona de 24 de Diciembre de 1814 se escribió a Roma: «Por un íntimo amigo mío y muy amante de los jesuitas he sabido que el Rey ha mandado con reserva un comisionado a enterarse del estado del colegio de Loyola, manifestan-

(1) *Colección General de providencias*, parte segunda, n. VIII. En la parte tercera está el destino de todas las casas de España.

(2) *Hist. Coll. Lojol. ab anno 1816*.

(3) *Registro de las Juntas Generales*, fol. 114.

do que quiere se haga allí el primer establecimiento en España.» Y la Real Junta, después de haber pasado al Contador general de temporalidades la petición general de informe sobre los bienes de los colegios, cuyo restablecimiento estaba pedido, luego a los tres días pedía inmediatamente el del Imperial, y de los demás «con preferencia y a la mayor brevedad» el del colegio de Loyola (1). Con este y otros informes la Junta puso corriente el asunto; y en 12 de Marzo presentó la correspondiente consulta a S. M., cuya resolución conforme con lo propuesto fué, que se restableciera inmediatamente el colegio de Loyola y para ello se retirara de allí, si ya no lo estaba, el hospital militar; se le aplicaran, para subsistencia de los Padres, las rentas antiguas, aun existentes, y como estas no bastarían, porque, según informes, de los 145.082 reales a que ascendían, no quedaban líquidos más que 8.000, se añadieran otros 12.000 de los pertenecientes al de San Sebastián; y finalmente, que se hiciese entrega formal del edificio, bienes y sus títulos de propiedad a la persona nombrada por el P. Comisario (2).

Nombró éste al P. Faustino Arévalo, que en su viaje por tierra había llegado entre el 11 y 14 de Noviembre de 1815 con sus compañeros a Pamplona, y allí se hallaba hospedado con ellos muy caritativamente por el Señor Obispo, D. Francisco Javier Uriz, en su propio palacio. Recibidos los poderes, entendiéndose luego con las autoridades de la provincia de Guipúzcoa y de la villa de Azpeitia; y poniéndose en camino, llegaron a Loyola el 29 de Abril de 1816 los cuatro que juntos salieron de Roma y el P. Juan Bengoechea, que se había reunido con ellos. Fué vano su intento e inútil su industria para entrar sin ser sentidos en el valle y casa, a fin de evitar el solemne recibimiento que preveían. En Tolosa encontraron ya quien iba a detenerlos para entretanto prepararlo; y aunque no lo consiguió, todavía les salieron a recibir ambos cabildos de la villa e innumerable pueblo; los acompañaron con indecible júbilo al colegio; y, lo que descubre más que otras demostraciones el afecto de aquellas gentes, suponiendo a los Padres ya muy ancianos y que tendrían trabajo en subir por su

(1) *Registro de las órdenes*, 1 de Diciembre de 1815.

(2) Oficio del Secretario de la Junta de 1 de Abril, inserto en otro original del Ayuntamiento de Azpeitia del 6 al P. Arévalo. (*Documentos históricos de Loyola*, t. IV.)

pie la escalera de la Santa Casa, tenían dispuestas sillas de manos para subirlos en hombros a la capilla principal. Postrados en ella, viajeros y acompañantes, con un sentido *Te-Deum*, y más que con sus voces, con copiosas lágrimas, dieron al Señor gracias por suceso de tanto consuelo para todos.

Dispuestas las cosas para la toma de posesión, verificóse ésta el 11 de Mayo, aunque la escritura no se formalizó hasta principios de 1817. Comenzáronse por de pronto a ejercitar los ministerios espirituales; pero ya en Noviembre se pudo abrir un aula de Gramática, que se encargó de enseñar y enseñó bastante tiempo, a pesar de sus setenta y siete años, el P. Diego Goitia. Recibióse en casa los primeros años algún que otro novicio, y ya en el catálogo de 1819 lleva el P. Arévalo el cargo de Maestro; pero puede decirse que no se formalizó el noviciado hasta Marzo de aquel año, cuando a los pocos de allí se agregaron seis, enviados de Madrid, y con algunos más, entrados los meses próximos, formaron una comunidad competente.

2. La ciudad de Murcia fué de las primeras en solicitar del Rey la vuelta de los jesuitas a España. El 10 de Septiembre de 1814, el regidor, D. Francisco López de Aguilar, expuso en el Ayuntamiento que, habiendo el Papa restablecido la Compañía de Jesús, y sabiéndose que a S. M. había sido grata esta noticia, y que algunas provincias le habían suplicado que la restableciera en su reino; debería aquella Corporación hacer la misma súplica. El Ayuntamiento adoptó la propuesta y dispuso que se escribiera luego a S. M., expresando cuán necesarios eran entonces los jesuitas *para la educación pública, mayormente cuando por noticias privadas se sabía que varios particulares trataban de propagar sus ideas liberales, con los daños consiguientes* (1).

A esta representación se unió la del Obispo de Cartagena, D. José Jiménez.

Antes que de ningún otro, tomó la Compañía posesión oficial de aquel nuestro antiguo colegio de San Esteban; pero nunca pudieron los Padres llegar a ocupar de él más que un miserable rincón. Habíase destinado a raíz de la expulsión para hospicio y casa de misericordia; y el contiguo seminario de la Anunciata, que también estaba a cargo de nuestros Padres, para escuelas de primeras letras, Latinidad y Retórica, y habitación de los maes-

(1). Libro capitular, año de 1814, tomo segundo.

tros y cuantos estudiantes pupilos quisieran y cupiesen. Más adelante, en 1784, este seminario o colegio de la Anunciata se unió con todas sus rentas al de San Isidoro, fundado por el Cardenal Belluga; y por el mismo tiempo o algo más tarde, ocupó algunas piezas en el de San Esteban la Sociedad Económica de Amigos del País, instalando en ellas unos telares. La iglesia estuvo a cargo de los confesores y capellanes del hospicio.

El mismo día que las del Colegio Imperial y del Noviciado de Madrid propuso la Junta, y el mismo mandó el Rey hacer la devolución a la Compañía del colegio de Murcia con las antiguas rentas para sustentarse, no aplicadas a otra cosa, y provisionalmente, las que en la misma condición se hallaban de los colegios de Albacete, Alcaraz, Villanueva de los Infantes y Caravaca; que el hospicio volviese a su antiguo local o a otro que se pudiera más acomodado; y hasta verificarse el traslado y la reparación del colegio, se diese a los Padres el de San Isidoro, ofrecido por el Obispo, dejándole libre las tropas que a la sazón le ocupaban.

Recibida en Murcia la Real orden de 29 de Diciembre de 1815, luego el 12 de Enero siguiente se dió a los Padres posesión del colegio, escuelas e iglesia, y quedó ésta de hecho a su disposición poco después; pero en el colegio, a pesar de los reiterados oficios de la Junta, y de las vivas diligencias de los comisionados por el Ayuntamiento, no consiguieron entrar hasta el mes de Septiembre, ni lograron en adelante sino media docena de aposentos, y esos en mal estado (1).

Los primeros moradores y sucesivamente superiores fueron dos hermanos carnales, los PP. Antonio y Elías López Alarcón, naturales de la ciudad, que desterrados en 1767 y restituidos a la Patria en 1797, fueron de los que, amparados por las autoridades locales, eludieron los nuevos decretos de proscripción de 1801, y apenas vieron la Compañía restablecida por Pío VII, pidieron y obtuvieron ser de nuevo recibidos en ella por el Padre Vicario, Juan Perelli, con otro hermano suyo y compañero en el destierro y en la vuelta de él, el P. Francisco Javier, fallecido en este intervalo, el 21 de Marzo de 1816 (2). Luego se les

(1) Libro capitular correspondiente del Ayuntamiento. *Memoriae. Lista segunda.*

(2) El P. Antonio dice en una representación de 13 de Febrero de 1816,

allegaron, recién venidos de Italia, los Padres Martín Recavaren, Vicente Alemán y José Araoz.

La enseñanza no se pudo organizar por falta de local. Mejor excusa para hurtar el cuerpo a tan penoso trabajo... ¡Y con todo, aquellos hombres, de noventa y un años el P. Recavaren, a más de ejercitar los ministerios espirituales en la iglesia, enseñaba en su cuarto «a diez o doce muchachos la doctrina cristiana y Gramática»; y el P. Araoz, de ochenta y tres, sin poder salir del aposento, allí oía confesiones y daba también lecciones a algunos niños! Considérese lo que haría sano, según parece, y un año más joven el Superior, P. Elías, que es quien en 1819 nos da estas noticias (1).

El Señor Obispo de Calahorra, que había hecho parte de sus estudios en aquel colegio y residido en Murcia algunos años después de terminarlos, escribía que el principal promovedor de su restablecimiento había sido «un caballero joven de la primera nobleza de aquella ciudad, D. Antonio Fontes Carrillo, Regidor perpetuo de Murcia», heredero, con la virtud de sus padres y abuelos, también de su amor a la Compañía (2).

3. De los tres colegios que en la isla de Mallorca había al tiempo de la expulsión, no se pensó ni era posible restablecer sino uno, el más célebre e importante, tanto por su fábrica e iglesia como por el florecimiento de las letras y por la memoria del santo Hermano, Alonso Rodríguez, cuya causa de beatificación, al volver allá los Padres, promovía la ciudad. Fué recibida en ella la bula de Pío VII restableciendo la Compañía en todo el orbe católico con tanto júbilo y con tan general aclamación, que se reimprimió inmediatamente, se leyó con avidez y aun «con la mayor ternura» (3); y apoyados en ella ambos Cabildos, ecle-

cuyo original tenemos a la vista: «Como Superior de dicha casa, habilitado por N. M. R. P. Vice-Vicario General, Juan de Pereli, con fecha en Roma, 26 de Febrero del año pasado 1815, y posteriormente autorizado por el R. P. Comisario General en España...» Esa fecha, *26 de Febrero de 1815*, es, sin duda, la de su nueva admisión en la Compañía.

(1) Carta original al P. Zúñiga de 24 de Abril, con la relación de los ministerios, pedida por la Junta, en nuestro poder.

(2) Al P. Arévalo, 8 de Enero de 1816. Algunos indicios de ese amor del señor Fontes quedan en las actas del Ayuntamiento, aunque en la primera propuesta, como se ha visto, no figura su nombre.

(3) El Cabildo en su representación al Rey.

siástico y secular, elevaron al Rey sendos memoriales los días 19 y 20 de Septiembre, representando el general deseo de aquel pueblo de tener otra vez consigo a los desterrados jesuitas (1). No contento con eso el Ayuntamiento, y como seguro de no ver desechada su petición; sin esperar la respuesta del Rey, escribió a Roma al Superior de la Compañía pidiéndole sujetos para el restablecimiento de un colegio (2). Tuvo del P. Panizzoni la respuesta entonces posible, de que los enviaría cuando del Rey se hubiera obtenido la conveniente licencia; y con esta promesa, apenas salió el decreto de 29 de Mayo concediéndola a cuantos la habían pedido; luego volvió la ciudad a escribir a Roma, precisamente el día de San Ignacio, el 31 de Julio, en demanda de ocho individuos, asegurando que nada les faltaría para el sustento, y aun tomando por su cuenta el viaje desde Civittavecchia a la Isla (3). Al mismo tiempo empezó por sí a tratar de la devolución del edificio a la Compañía, encontrando en todos los interesados las mayores facilidades. La Universidad, que lo poseía por Real cédula de 22 de Agosto de 1769, contestó que lo cedía *gustosamente* a la Compañía y volvería a sus antiguas casas, convertidas en cuartel del regimiento de Milicias; el Coronel del regimiento, Conde de Montenegro, que haría su traslado a las que se le señalaban, propias del hospital, en cuanto se le avisase que la Universidad estaba para hacer el suyo; el Señor Obispo, don Bernardo Nadal y Crespi, como Prelado y como Cancelario, que desde luego daba por bien hecho cuanto el Ayuntamiento hiciera para el pronto restablecimiento de la Compañía en la ciudad. En verdad que no exageraba el amor de los mallorquines para con ella el panegirista de N. S. Padre, cuando predicando el día de su fiesta en la antigua iglesia nuestra de Montesión exclamaba: «Cuarenta y ocho años una devoción tierna, universal, antigua y heredada de nuestros mayores ha estado comprimida. Cuarenta y ocho años ha sido cuasi delito tomar en la boca el objeto de esta solemnidad, sólo porque fué el autor de una corporación hecha el blanco de todos los tiros de la maledicencia. Cuarenta y

(1) El del Ayuntamiento se imprimió con otros documentos (Véase la bibliografía). El del Cabildo se halla en su archivo (Actas capitulares de 1814 a 1816, fol. 45).

(2) Luengo, *Diario*, 17 de Diciembre de 1814.

(3) Luengo, *Diario*, 20 de Agosto de 1815; y Actas del Cabildo, 6 de Septiembre.

ocho años nos hemos visto en la dura precisión de sofocar en el pecho las chispas de amor que forcejeaban para salir. Mas ahora, ¡oh época feliz y afortunada!, ahora las dos autoridades supremas, la cabeza visible de la Iglesia y el mejor de nuestros soberanos, acaban de poner un candado indisoluble a los calumniadores, y dejándonos en libertad para explayar el corazón, el corazón da saltos y prorrumpe en vivas y alabanzas (1).

A la última carta del Ayuntamiento no contestó el P. Vicario, sino por encargo suyo el P. Zúñiga, ya en Barcelona de camino para Madrid, dando las gracias por el afecto mostrado a la Compañía y ofreciendo por entonces no más que atender a sus deseos en el tiempo y modo que mejor pudiera.

Conservábase en buen ser el colegio de Montesión con su iglesia, y al decir del Ayuntamiento, la biblioteca, muebles, alhajas, ornamentos, vasos sagrados y demás que expresaba el inventario hecho al tiempo de la expulsión; y más, los censos para mandas de misas, aniversarios y otras pías memorias, establecidas en la iglesia; todo en poder y a cargo de la Universidad y de sus profesores, a quienes se había cedido el edificio para escuelas, y los censos para aumento de dotación, con obligación de desempeñar sus cargas. Encomendado, como los demás, a la Junta el restablecimiento de este colegio, corrió en ella sus trámites ordinarios y quedó resuelto conforme a deseo en Mayo de 1816. Mandábase devolver a los Padres templo y colegio para establecer en ellos la enseñanza y demás ministerios, que a la hora de la expatriación ejercitaban. La dotación definitiva se haría a su tiempo «de los bienes y efectos de las temporalidades existentes»; y entretanto se asignaba para su sustento el producto de las memorias y obras pías de Montesión, que había disfrutado la Universidad, y las del otro colegio de San Martín, aplicadas a la parroquia de Santa Cruz, supliéndose lo que faltara del fondo de temporalidades de los tres colegios de la Isla (2).

Como por la buena voluntad de todos, la Universidad había dejado libre el colegio un mes antes de salir esta orden; apenas llegó a Palma la dirigida al Señor Obispo, aun sin haberla recibido el Ayuntamiento, dió el prelado la posesión de él a 6 de Ju-

(1) *Sermón de San Ignacio*, por D. José Amengual.

(2) El Secretario de la Junta al señor Obispo, 21 de Mayo. Archivo del Cabildo; *Correspondencia*: 1814 a 1816.

nio, concurriendo el Capitán General, ambos cabildos e innumerable pueblo, al P. Francisco Company, natural de la Isla, profesor de Filosofía en él al tiempo de la expulsión y vuelto de Italia hacia ya uno o dos años (1). Un mes después, el 5 de Julio, entraron a habitar en el colegio él y los PP. Baltasar Masdeu, hermano del célebre historiador, y Diego Martínez, acabados de llegar del Continente.

La enseñanza se fué poniendo en forma progresivamente. De los cuatro cursos que ahora duró, 1816 a 1820, los tres primeros tuvo la escuela de primeras letras un clérigo secular; el último, uno de nuestros Hermanos coadjutores; la clase de Gramática fué una sola el primer año, a cargo también de un clérigo; pero el segundo ya hubo dos y las regentaron nuestros escolares, y el tercero se añadió la de Retórica. Todos cuatro tuvieron una de Filosofía, primero el P. Masdeu y después el P. Pedro Sancho, sacerdote mallorquín, entrado poco antes en la Compañía y superior después muchos años de aquel colegio.

Con bastante incomodidad debieron de estar los Padres todo este tiempo, por no haberles sido devuelta una buena parte del edificio. La Universidad, creyéndolo tener, con razón o sin ella, que esto no hace al caso, en propiedad y no en mero uso o usufructo; había vendido a la Sociedad Económica y a otros particulares el oratorio de la Congregación, un patio con las aulas adyacentes, la cocina, el refectorio y otras piezas. Esto no se recobró ahora; y como lo más era indispensable, hubo que improvisarlo en la parte recobrada, naturalmente, con estrechez y otras nada buenas condiciones.

4. Para bien entender el restablecimiento de la Compañía en la ciudad de Valencia, es necesario tener conocimiento exacto de las casas que allí tuvo antiguamente y aun de su posición respectiva.

La más nombrada era el colegio de San Pablo, sito en la plaza a que dió nombre. Contiguo estaba el seminario de San Ignacio, y en construcción al tiempo del extrañamiento un edificio para casa de Ejercicios. Separada enteramente, y aun a buena distancia, en la que se llamó plaza de la Compañía, estaba la Casa Profesa. En ella, como es sabido y conforme al Instituto,

(1) Actas del Ayuntamiento, 4 y 7 de Junio. Furió y Sastre, *Vida del B. Alonso*, cap. 12, pág. 104 y cap. 13, pág. 111.

no había enseñanza ninguna, y solamente se ejercitaban en su iglesia los ministerios espirituales. Por el contrario, el colegio de San Pablo estaba principalmente destinado, como todos los de su clase, a los estudios, teniendo clases de Teología, tanto para algunos estudiantes nuestros como para los de fuera, que a ellas querían asistir, y de Gramática y Retórica solamente para se-glares. El seminario era un convictorio o internado para niños de la clase alta, que en él recibían la esmerada educación propia suya; y en unas mismas clases con los externos, que solían ser los más, la enseñanza, no sólo de las Humanidades, sino también de algunas otras materias.

En el momento de la expulsión hubo de hacer en Valencia lo que para todos los seminarios se encargaba en la instrucción dada a los comisionados para ejecutarla: fueron subrogados a los jesuitas, inmediata pero provisionalmente, directores y profesores que lo tomaron a su cargo. Más adelante fué organizado en nueva forma definitiva. El colegio de San Pablo quedó suprimido, trasladándose luego las clases de Gramática a la Universidad; y el edificio se unió, con sólo establecer comunicación interior por la pared medianera, al seminario para su ampliación, y la iglesia para su capilla privada, cerrándose la puerta de la calle. La casa de Ejercicios contigua en construcción se mandó acabar, y que bien separada del resto de la fábrica, sirviera de recogimiento a mujeres arrepentidas a cargo de una comunidad religiosa. No sabemos si esto se realizó ni qué fué de ella en adelante.

La Casa Profesa la destinó el Rey o el Consejo Extraordinario en 1769 para erigir en ella una congregación de sacerdotes seculares, que se ocupasen en los ministerios del púlpito, confesonario, explicación de doctrina cristiana, misiones, dar ejercicios al clero y otras personas, y tener conferencias de Teología Moral y Dogmática. Con esta facilidad fundaban aquellos desatentados ministros congregaciones de sacerdotes seculares y contaban, sin duda, con poder de infundirles el espíritu que para vivir en ellas y dedicarse a todos esos penosos ministerios se necesitaba.

Para dotación, que ninguna tenía, porque las Casas Profesas de la Compañía no tienen rentas fijas, sino que viven de las limosnas de los fieles, se había de aplicar, con autoridad del Arzobispo, la renta de cierta obra pía, la asignada para diversas funda-

ciones radicadas en la iglesia, cuyo cumplimiento correría por cuenta de ellos, y las que tenía el colegio de San Pablo y el cercano noviciado de Torrente (1).

Como era de prever, la congregación de sacerdotes seculares no prosperó, y en 1790 aquella casa se transformó en un seminario eclesiástico, algo diferente de los actuales en su organización y en sus fines (2). Sin embargo, al volver a España los jesuitas, este seminario no ocupaba más que una parte del edificio con la iglesia. La otra estaba convertida en archivo general del reino de Valencia, trasladado allí en los comienzos de la guerra de la independencia del demolido palacio real, y algunas piezas ocupadas por las escuelas de primeras letras, llamadas del Doctor Más, su fundador.

Muy afecto a la Compañía y deseosísimo de su restablecimiento, como los que más, se mostró el pueblo de Valencia. A 7 de Octubre de 1814 ya acudió el Ayuntamiento al Rey con una representación, exponiéndole la necesidad que había, para remediar los estragos de las malas doctrinas, y para dar a la juventud la educación conveniente, de que la tomara a su cargo un cuerpo religioso tan probado como la Compañía, y suplicándole la mandara restablecer en sus dominios, y especialmente en la ciudad y reino de Valencia, en las mismas casas que un tiempo ocupó con tanto bien de la religión católica, con tanta utilidad del estado, y con tanta fidelidad a los augustos predecesores de S. M. El Síndico personero, nombrado para el año siguiente de 1815, D. Pascual Antonio Ferrando y Gil, inmediatamente renovó por sí la súplica con una larga y fundada exposición; porque «no cumpliría, dice, con la gravísima obligación que le impone su cargo, si no acudiera a los Reales pies de V. M. a manifestarle los deseos de este fidelísimo pueblo, de que vuelvan los jesuitas al mismo a ejercer las funciones de su instituto». Para no dejar el asunto de la mano, cuando salió el decreto de 29 de Mayo, túvolo por ocasión oportuna para presentarse de nuevo al Rey dándole gracias y rogándole diera orden para su ejecución en la ciudad, aposentando a los jesuitas, así que fueran llegando de Italia, primero en la Casa Profesa, para el ejercicio de sus ministerios, y más tarde en el Seminario para su dirección, como en lo antiguo la tuvie-

(1) *Colección de providencias, parte tercera.*

(2) Véase a Madoz, *Diccionario Geográfico.*

ron (1). Accedió el Rey a sus deseos; y noticioso el Personero, aunque no oficialmente, de la gracia, y contando con su próxima ejecución; se dirigió al P. Vicario General, rogándole que dispusiera cuanto antes la venida de sus súbditos de Italia. Contestó remitiéndose al P. Comisario, que había de pasar y, como vimos, pasó en su viaje a Madrid por aquella capital. Dicho queda el afectuoso recibimiento que toda clase de personas hicieron a los Padres, y no fué desemejante el de otros trece, que a principios de Diciembre aportaron de Italia y fueron hospedados por el Señor Arzobispo y otros grandes amigos nuestros. Con ellos y algunos más que fueron viniendo, hubieran querido que comenzara formalmente nuestro restablecimiento en la ciudad, dándoseles enseguida algún espacio en la Casa Profesa, seminario sacerdotal entonces, y obteniendo la publicación de la licencia, meses antes dada por S. M. y no comunicada todavía oficialmente. Ni uno ni otro pudo haberse tan de prisa. La Junta de Madrid tomó los informes acostumbrados del Señor Arzobispo y del Ayuntamiento sobre el estado de los edificios y de las rentas; y con ellos, accediendo a los deseos de uno y otro, propuso al Rey en 27 de Abril, y S. M. resolvió en 27 de Mayo, que el Seminario de Nobles, tal como estaba con sus enseñanzas, rentas y edificios, y por tanto, con lo que antiguamente era colegio de San Pablo, pasara sencillamente a la dirección de la Compañía; y en la Casa Profesa, que como tal era imposible restablecer, se repusiera el colegio con la antigua denominación de San Pablo y con las cátedras de Teología y las de Gramática, Retórica y Lengua Griega, y además una escuela de primeras letras, fundada durante el destierro de la Compañía, aneja al Seminario y sostenida por él. Seguirían viviendo allí por entonces los superiores del Seminario sacerdotal (que alumno no había ninguno); y sobre el archivo del reino y las escuelas del Doctor Más no se disponía nada, sin duda porque en los informes enviados a la Junta de restablecimiento no se había hecho mención de ellas.

La dotación del Seminario sería la que tenía a la sazón; pero de ella habían de abonar los Padres la mitad de sus sueldos actuales a los directores y maestros cesantes, mientras no se les dieran otros destinos. La del nuevo colegio consistiría en los bienes no

(1) Ambos memoriales publicó el *Diario de Valencia*, 1 de Marzo de 1815 y 20 de Junio de 1816.

enajenados, pertenecientes a las temporalidades de la ciudad y del noviciado de Torrente; en los que se habían aplicado al Seminario Sacerdotal, pero pasando a sus superiores, mientras siguiesen viviendo allí, una subvención que no se determinaba, para su decente subsistencia; en quinientas libras anuales con que contribuiría el Ayuntamiento, como antiguamente, por las clases de Gramática y ciento el cabildo por las de Teología; más ciento ochenta y ocho, que por las de primeras letras, trasladadas a él, debería pasar el Seminario (1).

El 1.º de Julio se tomó posesión de este último sin aparato alguno, que parece evitó hábilmente el Regente de la Audiencia, encargado de darla, y poco afecto, según parece, a la Compañía. En cambio, el día 18, para la entrega formal y solemne de la Casa Profesa, ahora Colegio de San Pablo, con su iglesia a la Compañía, la multitud de pueblo que acudió fué inmensa, grande el alborozo y lucidísima la ceremonia preparada por el Ayuntamiento. Véase cómo la refieren las *Memorias* del restablecimiento en Valencia. «Llegó, pues, ya, dicen, el deseado punto, en que practicadas cuantas diligencias eran conducentes a su cargo, manifestó la comisión destinada de la Ilustre Ciudad hallarse todo expedito y en disposición de verificarse el suspirado restablecimiento de los Padres Jesuitas a su antigua Casa Profesa con la denominación de Colegio de San Pablo. Señalóse el 18 de Julio a las cinco de la tarde para fijar la memorable época de acto tan solemne y religioso. Y para que nada faltase al esplendor y grandeza de esta suntuosa ceremonia, el Ilustre Ayuntamiento convidó al Ilmo. Sr. Arzobispo y a los señores individuos del Muy Ilustre Cabildo Eclesiástico de esta Santa Iglesia; a la Capitanía General, Real Audiencia, Tribunal de la Santa Inquisición, Claustro literario de la Universidad, Tribunales de Intendencia y Consulado, Curas párrocos, Fabriqueros, Prelados regulares de las Órdenes religiosas, Real Cuerpo de Maestranza, Capitanes Generales y Nobleza. Uniósse a tan respetables individuos un pueblo inmenso, que voluntariamente aspiraba a tener parte en la pública congratulación.

Entretanto salió la misma comisión con vistosos coches en

(1) Dos oficios del Secretario de la Junta al P. Zúñiga de 27 de Mayo de 1816. Copias en la biblioteca de la Universidad de Valencia; *Manuscritos*, n. 519.

busca de los Padres jesuitas, que la esperaban donde estaban hospedados. Precedían los músicos e instrumentos, montados en caballos enjaezados, según ordenanza, y seguían los músicos ministriles, igualmente montados; éstos y aquéllos con los uniformes de mayor gala, quienes, alternando sus diferentes sonatas, anunciaban la celebridad y aumentaban el concurso. Llegada la comitiva a los Padres, después de las recíprocas expresiones de congratulación y agradecimiento, fueron obligados de los mismos señores diputados a preceder en los asientos más distinguidos; y entre los vivas y aclamaciones del pueblo, con esta majestuosa pompa fueron llevados como en triunfo por las calles más principales de la ciudad, que con sus risueños semblantes y entusiasmo festivo mostraba cuán grato le era este tierno y religioso acto. Pero al llegar a la plaza de la Compañía, a la cual mira la puerta mayor de la iglesia; allí fué precisa toda la actividad de la tropa, prevenida de antemano, para abrir paso y precaver toda desgracia. En ella esperaba el caballero Corregidor y Ayuntamiento pleno con la mayor ceremonia y grande uniforme; y recibiendo y cumplimentando a la comisión y a los Padres, se encaminaron al presbiterio de dicha iglesia. Todo entonces sorprendió: el magnífico y respetable templo, adornado como en su tiempo primitivo; descubierto el dulcísimo nombre de Jesús; limpios de polvo y vestidos del uniforme, que profesaron, los Santos de la Compañía; postrados a sus pies bajo el estandarte de Jesús aquellos venerables ancianos, que con la cruz al hombro por tantos años le habían seguido; las fervorosas acciones de gracias, que, postrados, al Todopoderoso rendían; el himno de gracias, que entre las más concertadas voces alternaban las lágrimas y suspiros; fué un espectáculo inexplicable, digno sólo del cielo. Inmediatamente se otorgó y publicó la escritura de restablecimiento, autorizada en la sacristía de la misma iglesia; en la cual, sentados por orden de antigüedad su digno Presidente y los señores Regidores, Diputados y Síndicos, los Padres jesuitas, los Superiores del Seminario Arzobispal y los indispensables para esta solemnidad legal; se dió entero cumplimiento a lo mandado por el Rey, quedando los Padres de la Compañía restablecidos en su antigua propiedad, suplicando de nuevo: *Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis*» (1). A pesar de tanta solemnidad

(1) Salmo LXVII, 29.

en la toma de posesión de aquella casa, estuvieron los Padres a punto de no tener en ella por la noche camas en que dormir, sillas en que sentarse, ni absolutamente ningún otro mueble de los más indispensables. La actividad de D. Francisco Javier Borrull, Oidor de aquella Audiencia, y alma del restablecimiento de la Compañía en Valencia, puso remedio a tan urgente necesidad, nacida de haber recogido los Superiores del Seminario todos los enseres de las habitaciones, que dejaban a los Padres.

No fueron tan eficaces sus diligencias y las de otros muchos, para conseguir que se desocupase enteramente la casa, de modo que en ella se pudieran instalar en buena forma las proyectadas cátedras. Las escuelas del Doctor Más no salieron de allí hasta Noviembre de 1817; el Seminario eclesiástico hasta Febrero de 1819; el Archivo general no hubo manera de removerlo nunca; y entretanto los Padres tuvieron que acomodarse en los departamentos que se les cedieron, e improvisar malamente aulas que no había, para inaugurar los estudios (1). Las escuelas de primeras letras no se trasladaron allí del Seminario de Nobles hasta dos años más tarde; las tres clases de Gramática y las de Retórica y Lengua griega comenzaron el 2 de Septiembre de 1816, con gran contento del pueblo y concurso de estudiantes, regentadas primero por los Padres antiguos y después por jóvenes entrados en la Compañía, menos la de Retórica, en que perseveró el P. Prats; las de Teología, una de Escolástica y otra de Moral, se abrieron el 18 de Noviembre; pero desde el primer día, según parece, estuvieron desiertas, acaso por la tenaz oposición que les hizo la Universidad.

Habían cundido en ella no poco las nuevas ideas, según informaba al confesor del Rey su mismo Rector, el canónigo, doctor D. Gregorio Piquer, en 1819; y esto, sin duda, unido a la rivalidad tan ordinaria entre establecimientos similares, la hacían ver con malos ojos la reposición de la Compañía en Valencia. Ya había mostrado alguna intención de dificultar el traslado de las escuelas menores, que encomendadas a ella antiguamente por la Ciudad y quitadas en 1728 para dárselas a la Compañía, habían vuelto a sus manos al tiempo de nuestra expulsión, y ahora vol-

(1) *Apuntes. Memorias del restablecimiento en Valencia.* Carta autógrafa del P. Peris al P. Zúñiga de 6 de Febrero de 1819, en nuestro poder.

vieron a las nuestras en las mismas condiciones en que las dejamos (1).

Con ocasión del discurso inaugural, que había de leerse el día de San Lucas en la apertura del curso universitario, se declaró aun más y hubo de exacerbarse el mal ánimo de la Universidad. Uno de los puntos de la concordia otorgada entre la Ciudad y la Compañía acerca de las escuelas era, que el profesor de Retórica tendría ese discurso, siempre que la Ciudad gustase de ello; y de hecho le tuvo todos los años sin contradicción, que sepamos. Durante la ausencia de la Compañía túvolo, a lo menos desde 1807, por estar así dispuesto expresamente en el plan de estudios, el maestro de elocuencia de la Universidad. Vueltas ahora las cosas al estado antiguo, entendió el Ayuntamiento que lo estaban también en este punto, y quiso que leyera el discurso el profesor de la Compañía; pero la Universidad, alegando el plan de estudios, lo encomendó al suyo. Firmes en su propósito ambas corporaciones, llegó el día de San Lucas, y terminada por la mañana la función religiosa, leyó su oración inaugural el profesor universitario; pero por la tarde, ante concurso convocado por el Ayuntamiento, leyó también la suya el P. Buenaventura Prats, «buena y bien», como escribía el P. Masdeu (2), aunque no sin protesta de la Universidad, representada por su Síndico. Sino que contra la protesta de la Universidad protestó la Ciudad «queriendo ser la última en protestar y contraprotestar», y negándose a dar al Síndico la certificación que pedía de su protesta, por no haber exhibido poder en forma para hacerla (3). Para los años siguientes pidióse declaración a la Junta de restablecimiento; y ésta resolvió que se hiciera en paz lo que ahora se había hecho sin ella, esto es, que el universitario leyera su oración inaugural por la mañana y el jesuíta por la tarde. La del jesuíta la imprimió a sus expensas el Ayuntamiento, y aun dos veces esta primera de 1816.

Otro pleito movió la Universidad al colegio sobre las horas de leer en él la Teología. Existía una antigua concordia sobre este punto entre ambas corporaciones, para evitar encuentros; y la

(1) Biblioteca de la Universidad de Valencia; *Manuscritos*, n. 519: Oficio del Secretario de la Junta de 11 de Octubre de 1816.

(2) Torres Amat, *Escritores Catalanes*, art. *Prats*.

(3) Archivo del Ayuntamiento; *Juntas de Patronato de la Universidad* de los años de 1814 a 1827.

Universidad quería que se observase ahora al pie de la letra; pero el Rector del colegio, con oficio redactado por Borrull, la convenció de que, ni se había observado así antiguamente, ni se conseguía, antes bien se frustraba el fin de ella si ahora se observaba (1). De hecho la Teología no llegó a leerse en nuestras aulas a ninguna hora, como queda indicado, por no haberse presentado estudiantes. ¿Fué sólo temor de la Universidad, que veían tan adversa a la Compañía? ¿Hubo además otras causas de ese tan general alejamiento? Lo ignoramos. Los que empezaron allí el estudio de la Teología Moral el curso de 1819 a 20 fueron algunos de nuestros jóvenes, con intento de que, recibidas las órdenes sagradas, pudieran trabajar en los ministerios espirituales, de que los ancianos iban siendo incapaces. Pero esto y todo lo demás quedó deshecho el 23 de Septiembre de ese último año con la supresión del Colegio.

En él había fallecido el célebre P. Juan Francisco Masdeu, bien conocido como autor de la *Historia Crítica de España y de la cultura española*. Entrado muy joven en la Compañía y desterrado siendo teólogo, se ordenó y terminó sus estudios en Italia con acto general de Teología. Ejerció su vivaz ingenio en multitud de materias, sumamente varias, como la Política y la Religión, la Gramática y la Historia, la Arqueología, la Música, la Ascética y la Poesía, y, si no fundó, sostuvo en gran parte un semanario publicado en Bolonia con el nombre de *Memorias enciclopédicas*. Pero lo que le dió nombre fué su *Historia Crítica*, ya por su mérito real, ya por sus mismos defectos. El principal consiste en presentar a la Iglesia de España en los once primeros siglos casi como independiente de Roma, y en dar por legítima esa situación, lamentándose de que desapareciera. Este mal espíritu de la obra debió de ser mucha parte para que la patrocinara el gobierno español, dando a su autor, como premio y subsidio con que continuarla, mil pesos anuales, en vez de los ciento, que como pensión alimentaria daba a todos los sacerdotes desterrados, o doscientos o trescientos, cuando más, que por méritos literarios había concedido a algunos. En cambio, años adelante, el de 1826, fué prohibida en Roma, *donec corrigatur*. No era esto en él,

(1) Copia de oficio de la Universidad al P. Rector, de 15 de Diciembre de 1816 y borrador de contestación sin fecha. Biblioteca de la Universidad; *Manuscritos*, n. 519.

como en los jansenistas y regalistas de su tiempo, aversión a la suprema potestad eclesiástica; era una especie de manía de españolismo, nacida, o a lo menos muy acrecentada, de ver a su patria despreciada por desconocida en plumas y lenguas extranjeras. De ahí un proyecto que trazó de *Monarquía Española*, otro de *Religión Española*; de ahí haber puesto en Valencia una academia o clase para los días festivos y de vacación, de Gramática española, Ortografía española, Elocuencia española y Poética española, como expresamente decía el anuncio de ella. En Diciembre de 1815 volvió a España con su hermano, el P. Baltasar y otros varios; el día de San Ignacio de 1816 hizo la profesión; fué luego destinado a Valencia; y allí murió el 11 de Abril de 1817 (1).

Casi todo este periodo fué Rector del colegio el P. Vicente Peris, pues sucedió al P. Soler ya el 20 de Octubre de 1816, y el 4 de Julio de 1820 dejó el gobierno al P. José Ruiz. Las gruesas limosnas de su familia suplieron en mucha parte la falta de rentas en que se vió el colegio.

Casi el mismo tiempo gobernó el seminario el P. Antonio Conca. Tomó posesión de él, autorizado por el P. Comisario General y lo empezó a regir el P. Francisco Javier Bouzas; pero muy pronto, en 23 de Septiembre se hizo cargo de él el P. Conca y lo dirigió hasta su muerte, acaecida en 16 de Febrero de 1820. Fué muy corto el número de seminaristas en esta primera época, y apenas tuvieron tiempo los Padres para entablar convenientemente la disciplina, de que había gran necesidad; porque a los cuatro años, el 18 de Septiembre de 1820, se intimó a la comunidad la supresión decretada por las Cortes.

5. Sevilla fué, como dijimos antes, la primera ciudad que sepamos haber acordado pedir a Fernando VII el restablecimiento de la Compañía en España el 25 de Junio de 1814 (2). Siguióle algunos meses después haciendo la misma súplica a S. M. el cabildo eclesiástico; debió de hacerla también el señor Arzobispo, D. Romualdo Mon y Velarde, y el Ayuntamiento la repitió cuando se publicó el decreto de 29 de Mayo de 1815, pidiendo fuera Sevilla comprendida entre los pueblos a quienes se había otorgado la gracia solicitada (3).

(1) Algunos datos más en nuestra obra *La Provincia de España*, parte tercera, capítulo IV, pág. 228 y siguientes.

(2) Archivo del Ayuntamiento, *Actas capitulares* de 1814.

(3) Archivo del Ayuntamiento, *Siglo XIX. Escribanta de Cabildo*. 1.ª-J-53.

A pesar de haber sido la primera en pedir jesuitas, no fué sino la penúltima de las quince poblaciones que los obtuvieron; y habiendo tenido allí la Compañía al tiempo de la expulsión siete casas, hubo no poca dificultad en recobrar una sola. Eran antiguamente las principales la Casa Profesa, el Colegio de San Hermenegildo y el Noviciado de San Luis. De la Casa Profesa la parte principal era ahora Universidad, y en lo restante se habían instalado las clases de Gramática trasladadas del colegio y servidas durante nuestra ausencia por profesores seculares. El colegio lo destinó el Consejo Extraordinario para hospicio general, con separación conveniente de hombres y mujeres y niños; pero no fué sino asilo de los niños llamados Toribios, del nombre del fundador, y desde 1802 cuartel, como sigue siendo todavía. El Noviciado o Casa de probación de San Luis, que es del que aquí tenemos que tratar, fué por el Rey destinado a seminario clerical, previa conformidad del Arzobispo, Cardenal Solís; pero sin llegar a serlo, fué cedido para convento en 1784 a los religiosos franciscanos de San Diego, que veían el suyo amenazar ruina a consecuencia de una gran riada, y estos le ocupaban al tiempo de nuestro restablecimiento.

El Ayuntamiento de Sevilla en un informe, que suponemos fué el pedido por la Junta generalmente sobre la aplicación que a nuestras casas y bienes se había dado después del extrañamiento, y del estado en que a la sazón se encontraban; había indicado que podrían ir ahora a ocupar nuestros Padres la parte de la Casa Profesa que no tenía la Universidad. No fué de ese parecer la Junta, o por creerla de corta capacidad, o por otras causas que ignoramos. Ello es que en consulta dirigida a S. M. en 24 de Octubre de 1816 propuso el restablecimiento del Noviciado de San Luis en su antiguo edificio, para plantel de jesuitas «que propagasen la instrucción de la sólida piedad y de las letras en estos reinos y en los de Indias, trasladándose los religiosos de San Francisco al convento de San Pedro de Alcántara o repartiéndose entre los demás de su provincia (1). El Guardián, que sospechó o supo confidencialmente de lo que se trataba, antes de que se dieran las órdenes correspondientes, y quizá aun antes de que el Rey hubiera aprobado lo propuesto; acudió al Ayuntamiento; recordó la fundación de su primitivo convento hecha por

(1) A. H. N.; *Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7.

él, que quedó por patrono; lo mucho que desde entonces le había favorecido; la traslación a San Luis, apoyada también por Su Excelencia; el mucho bien que en aquella parte de la ciudad habían hecho y seguían haciendo sus religiosos; y cómo el pasar a San Luis dejando a San Diego, había sido una verdadera permuta, de modo que de éste había quedado propietario el Rey y de aquél la comunidad. Suplicábale, por tanto, que informase en esta conformidad a la corte y pidiese no se les privara de su actual residencia (1). El Ayuntamiento, examinado el asunto por su Procurador mayor, tuvo por fundada la súplica, juzgando que cogían a San Luis las dos excepciones puestas por el Rey en el punto de devolución de edificios a la Compañía, a saber, que había sido enajenado a título oneroso y que no podía ser devuelto sin menoscabo de la pública utilidad; porque no podrían los jesuitas prestar los servicios que prestaban los franciscanos. La vuelta de aquéllos la había solicitado y de nuevo la solicitaba el Ayuntamiento; pero podría dárseles la parte de la Casa Profesa no ocupada por la Universidad, o, si ésta fuese pequeña, el Colegio de San Hermenegildo, sacando la tropa (2).

Esta representación dirigida al Rey debió de cruzarse en el camino con la orden dada en 29 de Noviembre de 1816 para que se desocupara San Luis y se devolviera a la Compañía; y el Ayuntamiento resolvió obedecer y cumplir lo que S. M. mandaba. No así el Guardián de San Francisco, que estuvo a punto de obtener la suspensión de la orden por cuatro meses; mas, aunque extendido ya el despacho, fué detenido, y en 5 de Febrero de 1917 se confirmó la primera resolución, y se pasó luego a ejecutarla.

El mismo día, 5 de Febrero, entraron en Sevilla, por disposición del P. Comisario, para ir haciendo los preparativos convenientes, los PP. Antonio Villavicencio y Domingo Betancourt, residentes hasta entonces en Jerez y Cádiz, con un Hermano coadjutor; y cuando la casa estuvo libre, pasó de Madrid a Sevilla el mismo P. Comisario, para tomar por sí la posesión y dar orden en la instalación del Noviciado. La posesión se la dió el Excmo. Sr. Arzobispo, comisionado por la Junta, el 23 de Abril, y debió de ser con extraordinario concurso de toda la población

(1) Archivo del Ayuntamiento, *Siglo XIX. Escribanía del Cabildo*. 2.^a-C-19.

(2) El acuerdo en el mismo lugar.

culta sevillana, dado que se repartieron invitaciones impresas a nombre de «el Asistente e Intendente general de las Andalucías; el Deán de la Santa Iglesia; el Regente de la Real Audiencia; el Decano del Santo Tribunal de la Inquisición; el Reverendísimo Padre Vicario General de la Religión de San Francisco; el Teniente Hermano Mayor de la Real Maestranza de Sevilla; el Gobernador militar de la Plaza; el Rector de la Universidad y Capellán Mayor; el Procurador Mayor del Excmo. Ayuntamiento; D. Fernando de Medina, Canónigo de la Santa Iglesia, sus hermanos y parientes (en cuya casa se hospedaban los Padres); y el Reverendísimo Padre Comisario General de España e Indias, con los demás Padres de la enunciada Compañía».

Un mes después, el 24 de Mayo, fueron recibidos los primeros novicios, que antes de acabar Junio pasaban de treinta (1); y el día de San Fernando se celebró la inauguración, oficiando en la iglesia solemnemente una comisión del Cabildo de la Metropolitana. A los pocos días llegó de Trigueros, provincia de Huelva, donde trabajaba por la rehabilitación de aquel colegio, el P. Gaspar de la Carrera, para ser aquí el primer Rector y Maestro de novicios, a quien muy pronto, el 13 de Abril del año siguiente, sucedió el P. Diego de la Fuente, que gobernó la casa ahora y después de la restauración de 1823.

Tres años antes no más del extrañamiento de la Compañía de los reinos de España, el de 1764, se había terminado la fundación de unas escuelas de primeras letras, empezada por el piadoso caballero D. Nicolás de Robles, y a su fallecimiento encomendada para que la llevase hasta el cabo a su esposa D.^a Dionisia de Encinas. El edificio estaba pegado al de San Luis y las escuelas a cargo de la Compañía; mas al salir ésta desterrada de España, la fundadora o ejecutora de la voluntad del fundador, las puso bajo el patronato del Señor Arzobispo. Restablecido el Noviciado, el Excmo. Sr. Mon y Velarde, espontáneamente las volvió a poner bajo la dirección de la Compañía, en 11 de Diciembre de 1817, la cual con maestros, parte coadjutores nuestros, y parte seglares, las sostuvo hasta la dispersión de 1820, acudiendo a ellas seiscientos, setecientos y hasta ochocientos muchachos con gran provecho de la vecindad, pobre en su inmensa mayoría.

(1) *Apuntes.*

También fueron puestas otra vez bajo la dirección de la Compañía las clases de Gramática, pasadas después de la expulsión, como dijimos, del colegio de San Hermenegildo al patio chico o más interior de la Casa Profesa, donde aun seguían. En éstas no se pudo, durante el trienio de 1817 a 1820, poner maestro alguno nuestro; y como ni en los seglares, que las tenían, ni en los estudiantes, era posible ejercer el influjo necesario, además de otras causas, por estar lejos San Luis, donde los Padres residían, dejaron no poco que desear.

6. La ilustre *Ciudad Ignaciana* de Cataluña, distinguida siempre por su ardiente y sincero afecto al santo penitente y apóstol de ella y a sus hijos, no podía ser de las últimas en reclamar a los pies del Trono la vuelta de los jesuitas a su seno. Concordes en este amor a la Compañía y en el deseo y la esperanza de que ella mejor que ninguna otra corporación remediaría la falta de cristiana educación y sus efectos perniciosos en la juventud; ambos Cabildos de la Seo y de la ciudad, pidieron al Rey en sendas representaciones se dignara restablecer en sus estados y en aquella población a los jesuitas (1). Y en tan alto precio estimaban la dicha de tenerlos, que después de enumerar los eclesiásticos los grandes méritos contraídos por los manresanos con el Rey y la nación en la pasada guerra, mayormente en las memorables jornadas del Bruch, tan fatales para los franceses, concluyen *suplicando encarecidamente a S. M. que, si los relevantes méritos de la ciudad y del Cabildo son acreedores a alguna gracia, sea ésta: «el que lo más pronto posible se digne admitirlos en sus dominios, y, reclamados, disponer que sin perder momento pasen a habitar los dos edificantes colegios de la Santa Cueva y antiguo hospital de pobres...», que una casualidad inexcrutable había dejado sin destino, y se hallaban actualmente a disposición de S. M.*

Salió el decreto de 29 de Mayo; y aquel Ayuntamiento se creyó más obligado que ningún otro cuerpo de España a dar por él las gracias al Rey y a pedirle que, mientras volvían los desterrados de Italia, les concediera de los ya existentes en la Península, no dos o tres, sino *el mayor número posible*, para que tomaran posesión de sus antiguas casas y se dedicaran a la enseñanza (2).

(1) No hemos visto la del Ayuntamiento. La del Cabildo está en *El Procurador General* de 2 de Diciembre de 1814.

(2) Este inmemorial se insertó en el acta de posesión, de que tenemos copia.

Las casas que allí había tenido la Compañía eran dos, en los dos puntos que principalmente había santificado San Ignacio con su presencia: el hospital de Santa Lucía, donde moró, y la Cueva, en que frecuentemente oraba y hacía penitencia. El hospital lo había adquirido la Compañía a principios del siglo XVII, transformándolo en colegio con la unión de algunas casas inmediatas, y junto a él se comenzó a levantar otro de nueva planta con su iglesia a mediados ya del XVIII; por lo cual, ni el templo estaba terminado sino en su parte exterior al tiempo del extrañamiento, ni del colegio más que uno de sus cuatro lados y el piso bajo de otro. La casa de la Santa Cueva sí que estaba terminada, y de la iglesia sólo faltaban los altares y las torres, que nunca han llegado a levantarse. Durante nuestra ausencia, el colegio fué, ya casa de estudios, ya hospital militar; y su iglesia, unas veces pajar y otras teatro. Así lo leemos en un borrador de historia del colegio. Casa de estudios, ciertamente, fué el nuevo, y lo era al tiempo del restablecimiento, con aulas de latinidad y habitaciones para los maestros establecidos en él (1). Del templo de la Santa Cueva se escribía en 1813 que *comenzado y casi concluido para ser casa de oración*, había servido hasta entonces *para unos destinos y usos tan diversos, contrarios y profanos*. Tan diversos y tan contrarios como los de caballeriza del ejército francés, alojado, cuanto cabía, en la casa de la misma cueva (2).

Habido en la Junta el oportuno conocimiento del estado de estos edificios, de las rentas y demás medios de subsistencia con que se podía contar; expidióse al Ayuntamiento en 27 de Mayo de 1816 la orden correspondiente disponiendo: que se entregasen a los Padres ambas casas e iglesias con todos los bienes a ellas anejos; que se pusiesen bajo su dirección las escuelas de primeras letras, como pedía el Ayuntamiento, aunque no lo estuvieron antiguamente, y las de Gramática y Retórica, vacantes a la sazón o servidas por maestros interinos, reuniéndolas todas en el colegio viejo; que tomasen también sobre sí las otras cargas afectas a aquellos bienes; y que la ciudad les pasase por las escuelas elementales, la asignación señalada a los actuales maes-

(1) Borrador de Historia del Colegio. Carta del Ayuntamiento al P. Provincial, Mariano Puyal, de 15 de Septiembre de 1830. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 277.

(2) Fita, *La Santa Cueva*, pp. 168 y 252.

tros, pero percibiéndola éstos mientras quisieran seguir con ellas; en fin, que de todo se formase la correspondiente escritura y se enviase a la Junta para su aprobación (1).

Designó el P. Zúñiga, para recibir aquellas casas en nombre de la Compañía y para gobernarlas, al P. Juan Tronco, vuelto de Italia en Diciembre anterior y detenido hasta entonces en Barcelona; y con esta noticia, se nombró en la ciudad una junta de eclesiásticos y legos para entender en la venida y recibimiento de los Padres, que se hizo de esta manera.

Seis comisionados, en representación de los canónigos, de los beneficiados, del Ayuntamiento y del pueblo, fueron a Barcelona, y con el superior ya designado y los PP. Francisco Catalá y Francisco Juan y Sevilla, salieron de allá para Manresa el 17 de Julio y, pasada la noche en Esparraguera, llegaron mucho antes del mediodía siguiente al Bruch o Casa Masana, donde ya los esperaba gran número de gente. «¡Qué escena presenta este lugar, dice el anónimo, cuya relación extractamos, tan diferente de la de Junio de 1808! Manresa corría entonces llena de sustos y zozobras, por saber se iban acercando a aquel sitio las huestes enemigas; hoy corren, se apresuran, se disputan la antelación, por ser los primeros en gozar de la vista de los hijos de su compatriota San Ignacio, de aquel por quien piamente debemos creer se ganaron tan extraordinarios triunfos.» Siguiendo por la tarde su camino, por todo él fueron encontrando grupos de gente que salía a recibirlos; en Nuestra Señora de la Guía, al pie de la ciudad, inmenso pueblo con un estandarte del Corazón de Jesús; en el puente nuevo, el caballero Gobernador y el Alcalde Mayor; en la puerta de Valldaura, el Deán en representación del Señor Obispo de Vich, y comisiones del Ayuntamiento, Cabildo, beneficiados y Junta de restablecimiento. Lo que de Manresa faltaba, esperó a la puerta de la iglesia de la Seo, donde recibidos solemnemente y conducidos al presbiterio los Padres se entonó el *Te Deum* y lo prosiguió la música. «Pero ésta no podía oírse, dice el cronista, porque las lágrimas y sollozos, que exprimía la interior alegría, impedían sus armoniosos ecos.» Terminada esta función, llevaron a los Padres con multitud de invitados a las casas consistoriales, les obsequiaron con un refresco y los acompaña-

(1) Oficio del Secretario de la Junta, inserto en el acta o escritura de posesión.

ron luego a las tres casas de distinguidos sujetos que los hospedaban.

Hecho los días siguientes el inventario y preparada la toma de posesión, verificóse ésta con gran solemnidad el 25 de Junio; se trasladó el Santísimo de la iglesia de la Seo a la antigua del colegio con procesión igual a la del Corpus la víspera de San Ignacio; y hubo los dos días siguientes en la primera solemnísimas fiestas al Santo Patriarca, y los tres por toda la ciudad colgaduras y luminarias.

Pasado un mes o poco más, ya en el de Septiembre, tomaron a su cargo los Padres la enseñanza en dos escuelas de primeras letras, dos de Gramática y una de Retórica, aunque solamente esta última era desempeñada por uno de ellos, el P. Juan Urigoitia; las demás, por falta de sujetos de la Compañía, las siguieron teniendo bajo su dirección profesores seglares hasta la dispersión de 1820. En Mayo de 1819 concurrían a las de primeras letras cerca de doscientos niños, y a las otras, poco menos de ciento.

7. En la ciudad de Tortosa dejó la Compañía, al salir desterrada de España, un colegio, sólo en parte edificado, pero habitado ya en aquella parte y con clases de Gramática, una de Filosofía y otra de Teología Moral. Bien al contrario de lo que frecuentemente sucedió, hallar o destruidos o muy maltratados los edificios antiguos; en Tortosa tuvieron la buena suerte de encontrar terminado el que dejaron comenzado. Habíase destinado después del extrañamiento, por cédula de 21 de Agosto de 1769, para seminario sacerdotal, esto es, para habitación de sacerdotes que se dedicaran a toda clase de ministerios espirituales con el pueblo y el clero, y mantuvieran el culto en la iglesia con el cumplimiento de las memorias de misas y demás fundaciones en él establecidas. Solamente las aulas, con el espacio necesario para vivienda de los nuevos maestros, se habían de separar del seminario (1).

Terminóse, pues, el colegio durante nuestra ausencia, y sirvió de seminario sacerdotal desde 1770 hasta 1808, que fué convertido en cuartel u hospital de tropa. Quedó libre muy poco antes del restablecimiento; pero harto maltratado por la acción del tiempo y de los hombres. La iglesia, que a nuestra partida estaba

(1) *Colección de providencias, parte tercera.*

terminada, y que durante el mismo aciago período, había sido transformada en almacén de víveres, había también con esto sufrido no poco. Pero iglesia y colegio restauraba con grande actividad al tiempo de nuestra vuelta, el Ilmo. Sr. Obispo, D. Manuel Ros de Medrano, que acababa de tomar posesión de su diócesis. Esta circunstancia y la otra de haber, no ya reparado, sino construido una gran parte del edificio sus predecesores, podían infundir algún temor de que opusiera graves dificultades para cederlo a la Compañía. Lejos de eso, él mismo había también solicitado su restablecimiento en la ciudad, y manifestado que estaba pronto a ceder cualquier derecho a nuestra antigua casa, adquirido por la mitra.

Con esto y los informes demasiado favorables, pero poco bien fundados del mismo Prelado y del Ayuntamiento sobre las rentas con que se podía contar; diéronse en 1.º de Abril las órdenes oportunas para la entrega del colegio y bienes, y vencidos algunos entorpecimientos, nacidos en parte de mala inteligencia de ellas, verificóse la formal y solemne toma de posesión el 28 de Julio de 1816, entrando por moradores del nuevo colegio los Padres Diego de la Fuente, nombrado Superior y comisionado por el P. Zúñiga para recibirlo de manos del Gobernador y Ayuntamiento, Francisco Campi y Vicente Calvo (1).

A pesar de haber sido deseados y pedidos los Padres por la ciudad, como en todas partes, principalmente para poner en sus manos la enseñanza y educación de los niños, tan decaída desde la expulsión, que apenas se conocía, al decir del Ayuntamiento; sin embargo, ni se puso a los principios, ni llegó a ponerse en lo que duró el colegio, con gran sentimiento de los padres de familia, por haberse dejado las primeras letras y Gramática con sus correspondientes dotaciones a cargo de los maestros actuales, hasta que por falta de éstos fueran quedando vacantes. Así, pues, la ocupación de los Padres fueron los ministerios sagrados en la iglesia y fuera de ella, principalmente el de oír a todas horas a los penitentes, y más de una vez desde muy temprano hasta el medio día, sin interrumpirlo ni para desayunarse.

8. Un devoto clérigo promovió y dió principio a la fundación del colegio de Trigueros, villa considerable, próxima a Huelva

(1) Oficio del Ayuntamiento de 7 de Enero de 1816. Carta del P. Campi de 16 Octubre del mismo, autógrafa en nuestro poder.

en el Andalucía, mediado el siglo XVI (1); y un clérigo fué también el principal promovedor y bienhechor insigne de la nueva fundación o restauración de él en 1816.

A la primera noticia del decreto de 29 de Mayo, «el concejo, justicia y Ayuntamiento de la villa y los vecinos más visibles de ella» dirigieron al Rey su representación, con la súplica de que fuera comprendida aquella población en el beneficio de la enseñanza de la Compañía, devolviéndosele para entablarla su antiguo colegio (2). A esta representación siguió inmediatamente otra del clero expresando los mismos deseos; y á entrambas y a los ordinarios informes sobre el estado del edificio, bienes y rentas que aun quedaban de las antiguas, la resolución de la Junta en 30 de Abril de 1816, disponiendo el inmediato restablecimiento del colegio y la devolución de las escuelas a los Padres, no inmediata, sino a medida que por fallecimiento u otras causas las dejaran vacantes los actuales maestros (3).

La simple noticia de esta gracia, llegada a Trigueros el 13 de Junio por la tarde, sacó fuera de sí de gozo al vecindario. Volteo de campanas hasta las diez de la noche; iluminación del campanario, fachada de la iglesia y balcones de las casas; pregón por las calles anunciando la buena nueva; tropas de gente recorriéndolas y dando vivas al Rey; misas el día siguiente en el altar de San Ignacio, y al fin, una solemne con manifiesto y *Te Deum*, asistiendo todo el pueblo, el Ayuntamiento y el clero; «parecía que estábamos locos», dice un eclesiástico que escribía a los pocos días, y fué de los que con otros compañeros habian subido a voltear ellos mismos las campanas (4). Si así fué recibida la noticia, no hay que decir cómo lo serían los mismos Padres, cuando el 9 de Agosto se presentaron en Trigueros. Eran los Padres Gaspar de la Carrera, de setenta y cinco años, y Manuel Medina, de sesenta y nueve, con el H. Ramón López. A una legua los esperaba el Corregidor con lo más granado del vecindario y toda la clerecía a caballo; y a su entrada en la villa se repitió el campaneó, música, salvas, iluminación y vivas, con tal concurso y entusiasmo de la gente que «fué necesario, dice el P. Medina,

(1) Véase Astráin, *Historia de la Asistencia*, II, 56.

(2) Real orden de 30 de Junio de 1815. A. H. N.; *Estado*, 3.517.

(3) *Registro de las órdenes*.

(4) Carta sin firma, Junio de 1816, en nuestro poder.

nos llevasen, principalmente a mí, entre dos, agarrado por los brazos y haciendo largo (sitio), porque no nos atropellase» (1).

Dióseles luego, el día 13, la posesión de todo: iglesia, colegio, bienes y derechos, obligándose los Padres a levantar las cargas a ellos anejas, especialmente la de la enseñanza. Pero ¿en qué estado se hallaba todo? La iglesia, sí, como quedó a la salida de los jesuitas en 1767; arruinada por el gran terremoto de 1755, célebre por la destrucción de Lisboa, pero que extendió sus estragos a otras muchas partes. El colegio, destinado oficialmente para aulas y viviendas de los maestros de primeras letras, Latín y Retórica, sirvió quizás para eso en los principios; pero después, o juntamente con eso, fué «casa de vecindad de todas clases de gentes y de escándalos» (2), y algún tiempo alojamiento de las tropas francesas en la guerra de la Independencia. Con esto debió de consumarse su destrozo, pues el gran patio se convirtió en «bosque de zarzales que llegaban casi a los tránsito altos, higueras bravías y muchísimos otros yerbazos»; y la casa quedó sumamente maltratada, hundidos en todo o en su mayor parte los techos y pisos, sin que hubiera una sola pieza habitable cuando los Padres llegaron (3). Al pedirlos, tanto en informes oficiales como en cartas particulares, se había pintado como muy hacedera la reparación de la casa y aun la de la iglesia, que en doce años, de 1755 a 1767, no habían podido emprender los antiguos Padres, haciéndose grandes ofrecimientos de dinero, de materiales y de brazos para la obra. Empezóse ésta poco después de la llegada de los restauradores, concurriendo efectivamente muchos vecinos, unos con limosnas, otros con maderas, otros con su trabajo, especialmente el clérigo antes dicho, que era D. Hermenegildo de la Vega; pero al poco tiempo se tuvo que interrumpir por falta de fondos y no se habían podido disponer sino cuatro aposentos mal acomodados en la planta baja.

Diez meses pasaron allí los dos Padres, y no llegaron a entrar en ellos, sino que estuvieron todo aquel tiempo caritativamente hospedados en casa de uno de los favorecedores, D. Manuel Cerero. Trasladados en 1817 a Sevilla para la fundación del

(1) Carta de 15 de Agosto, en nuestro poder.

(2) Carta del P. Gálmez, Superior, de 20 de Febrero de 1818, al P. Parada.

(3) En la misma carta.

Noviciado, vino a ocupar su puesto el P. Rafael Gálmez, de setenta y dos años, pero novicio todavía, por haber sido de los que en la gran tormenta de 1767 a 1773 naufragaron, abandonando la Compañía antes de su extinción. Éste, con dos hermanos coadjutores pasó luego a vivir en el colegio y continuó al frente de él hasta la dispersión de 1820. Con cuánta estrechez y pobreza, lo diremos tal vez más adelante. Baste saber ahora que todo lo que se pudo hacer en este tiempo, fué transformar en capilla o iglesita la sacristía de la antigua iglesia, perdonada por el terremoto, y componer de algún modo la escuela de primeras letras, para dar principio en aquella a los ministerios espirituales y en ésta a los literarios. Ayudaban generosamente al Padre en los primeros algunos devotos sacerdotes, y en los segundos al Hermano, que corría con ellos, esos mismos sacerdotes a los principios y después un ayudante asalariado. Y en unos y en otros era copioso el fruto que se recogía y grande la satisfacción que el pueblo tenía. La clase de Gramática siguió a cargo de un profesor seglar.

9. Es Graus, villa situada en las montañas de Aragón, provincia de Huesca, y obispado de Barbastro, a corta distancia de esta última ciudad, una de las muchas poblaciones de segundo y aun de tercer orden, en que antiguamente tenía colegios la Compañía de Jesús, con inmensas ventajas del vecindario y de las regiones comarcanas. Aunque, expulsada la Compañía, entraron a ocupar las escuelas de leer y escribir, de latinidad y Retórica otros maestros y continuaron hasta nuestro regreso; sin embargo, la villa, como tantas otras, echaba de menos la enseñanza y con ella los demás ministerios de los jesuitas. Por eso recurrieron al Rey en 11 de Diciembre de 1814, pidiendo que se les alzara el largo destierro y se les permitiera volver a ocupar su antiguo colegio de la villa; y apoyados con semejantes y muy vivas representaciones del nuevo Obispo de Barbastro, Ilmo. Señor D. Juan Nepomuceno de Lera y Cano, afectísimo a la Compañía, obtuvieron en Diciembre de 1816, la ansiada orden de restablecimiento de aquel colegio.

Fueron señalados para encargarse de él los PP. Mariano Arascot, como Superior, y Juan José Cenzano para maestro de Gramática y Humanidades, quienes «parte en un carro bien desacomodado, parte en un jumentillo», hicieron su viaje de Madrid a Zaragoza en seis días y medio. Detenidos allí unos quince, y

otros tantos en Barbastro, hospedados con grande amor por el Señor Obispo en su propio palacio, pasaron en esta última ciudad la semana santa, y notaron esta singular coincidencia. Vino allí para saludarlos y darles la bienvenida, una comisión del Ayuntamiento, clero y pueblo de Graus; «y llegó la diputación, dice el P. Cenzano, justamente al entonarse en la catedral de Barbastro el *Gloria in excelsis* el Sábado Santo, época cabal del paso de los Padres de Graus, cincuenta años antes por el mismo Barbastro», camino del destierro (1). Dos canónigos de aquel cabildo catedral se unieron a la comisión de la villa para acompañarlos ahora cuando a ella se dirigieron el día 11; y con ellos y con la gente, que hasta dos leguas salió a esperarlos, y el Ayuntamiento, que también se adelantó a recibirlos, entraron en Graus, donde «todo era fiesta y alegría, gentes festivas en las calles y ventanas; cohetes, morteros, escopetas, el son de todas las campanas; un baile hermoso de los más bellos jóvenes vestidos de blanco y flores; gigantes y otras máscaras; todo manifestaba el mayor contento». Dióseles al día siguiente, 12, formal posesión de iglesia, escuelas y colegio; trasladóse el 13 de la parroquia en solemne procesión el Santísimo Sacramento y hubo grande y concurridísima fiesta con *Te Deum* al fin y sermón que predicó el Abad benedictino de San Victoriano, recibido en la Compañía antes de la expulsión. No más de ocho días sobrevivió a tan alegre suceso el P. Arascot; pues falleció el domingo inmediato, 20 de Abril, a los sesenta y nueve años y medio. Fué luego por compañero del que quedaba otro de los ancianos, el P. Ignacio Abad, que falleció también antes de un año; y en Septiembre dos novicios, estudiante el uno y coadjutor el otro, con que se pudieron abrir las aulas el 4 de Octubre, a cargo, la de primeras letras, del coadjutor, Gregorio Sánchez; la de Gramática, del estudiante, Mariano Puyal; y la de Humanidades, del P. Cenzano, que hacía además las veces de Rector (2).

Cuando en 1820 se cerró el colegio, le había sucedido en ambos cargos el P. Sebastián Sancho, sacerdote mallorquín, entrado en la Compañía en 1817. El personal no pasó de dos sacerdotes y tres coadjutores, ni las clases de las tres indicadas, a las

(1) No se entienda que también cincuenta años antes fuera Sábado Santo aquel día, 5 de Abril.

(2) *Copia de las noticias*, del P. Cenzano.

cuales concurrían en 1819 doscientos treinta y seis niños, los setenta y seis gramáticos y humanistas y los demás de primeras letras. El Señor Obispo de Barbastro escribía al Rey y al Papa su gran satisfacción por el bien que los Padres hacían, y la de los pueblos, tanta «que no acaban, decía, de bendecir a V. B. por haberlos restituido a la Iglesia, a nuestro católico monarca por haberlos admitido en España, y a mí por el trabajo y solicitud con que he procurado el restablecimiento de este colegio» (1).

10. El de Oñate contaba al salir desterrados los Padres de la antigua Compañía con buen edificio e iglesia y ocho sujetos; y otros tantos tenía al sobrevenir la supresión de 1820, que para él fué definitiva. Pero antiguamente sostenía dos cátedras de Teología Escolástica y Moral y dos escuelas de Gramática y primeras letras; en los tres años de su restablecimiento no se pudieron rehabilitar las primeras, y en cambio se duplicaron las segundas, estableciéndose dos aulas de Gramática y dos de instrucción primaria, con dos centenares y más de niños en éstas y uno en aquéllas (2).

Había pedido su restablecimiento en 28 de Julio de 1815 el Ayuntamiento, en unión del Cabildo de curas y beneficiados; y esperando ver atendida su petición, no quiso proveer sino interinamente las dos escuelas existentes a la sazón, de Gramática y de primeras letras, para poderlas poner inmediatamente bajo la dirección de la Compañía. El edificio estaba en parte maltratado, como cuartel que había sido de franceses y españoles en la pasada guerra; pero en parte todavía bien conservado y la iglesia en uso frecuente y sin aplicación particular que estorbara su restitución a los Padres. De los bienes no quedaban corrientes sino seis censos, que rentaban anualmente seiscientos reales; sin embargo, con eso, la dotación de quinientos cincuenta ducados de las dos escuelas, que con ellas la villa traspasaría a los nuestros, y con otros seiscientos que del fondo general de temporalidades se le asignaron hasta que quedara corriente otra parte de las antiguas rentas, y con asegurar la misma villa el convenien-

(1) Al Papa, copia en el archivo episcopal, 1 de Junio de 1818. Al Rey, 20 de Noviembre de 1817. Original en el A. H. N.; *Consejos; Órdenes religiosas*, n. 7.

(2) Catálogos de 1767 y 1820. *Memoriae*. Carta del P. Echezarraga al Padre Zúñiga, 30 de Abril de 1819.

te aderezo de casa e iglesia para la llegada de los Padres y prometer donativos, que no faltarían, de algunos particulares; se creyó haber la suficiente disposición para el restablecimiento de aquel colegio, y la Real Junta expidió para ello la orden correspondiente en 17 de Febrero de 1817 (1).

El P. Comisario destinó para tomar la posesión y dar principio a los ministerios a los PP. José Echezarraga, que había de ser superior, y Juan Arizpeleta. El 22 de Abril llegó de Madrid el P. Echezarraga con un novicio coadjutor, y el 7 de Mayo se le dió posesión en forma. El P. Arizpeleta fué más tarde, y en Octubre otro coadjutor que tomó a su cargo la escuela. Muy pronto creció en ella el número de niños más de lo que solo él podía llevar; y hasta que llegó para compartir sus fatigas otro hermano, alivióselas en lo posible, con singular ejemplo de humildad y caridad el mismo superior, enseñando a leer, escribir y demás ejercicios infantiles a los setenta años de edad. Algo más adelante, un escolar se hizo cargo de la cátedra de latinidad, y en 1819 fué menester, aumentando la asignación, duplicar una y otra para poderlas llevar, por haberse elevado considerablemente el número de niños y estudiantes, que, según oficio del Ayuntamiento de 8 de Marzo, pasaban de trescientos (2).

11. Singulares circunstancias, dignas de memoria, ocurrieron en el restablecimiento del colegio de Cádiz. Pocas ciudades y pueblos hicieron esfuerzos semejantes para conseguirlo; y con todo, fué la última en lograrlo; en cambio, en el corto tiempo que duró, que no llegó a dos años, alcanzó mayor esplendor tal vez que otro ninguno en las escuelas, y se granjeó más el amor y veneración de las gentes por el sacrificio de sus moradores en servicio de la ciudad.

Tres representaciones, una tras otra, a que se agregó la del Obispo, cuando más tarde le hubo, fueron dirigidas al Rey en Septiembre, Octubre y Noviembre de 1814, por el Vicario Capitular, *Sede Vacante*, D. Mariano Esperanza, aquel valiente defensor de la jurisdicción eclesiástica contra los atropellos de las funestas cortes generales y extraordinarias, por el Ayuntamiento de la ciudad y por el Cabildo eclesiástico, en las cuales cla-

(1) Original en nuestro poder.

(2) Copia auténtica en nuestro poder. *Actas de la Junta*, de 4 de Junio de 1819.

maban todos por la reposición de la Compañía en España y en aquella ciudad, una de las más trabajadas por el espíritu irreligioso y revolucionario en los últimos años (1). Y cuando por el decreto de 29 de Mayo vieron atendidos sus ruegos, se apresuraron a dar gracias a Dios con solemne fiesta religiosa celebrada en la iglesia catedral por acuerdo y con asistencia de ambos cabildos, y, en lugar preferente, de dos sacerdotes y un coadjutor, antiguos jesuitas, que había en la ciudad (2). El Ayuntamiento no se contentó con dar gracias a Dios; se las dió también al Rey; y como previendo las dificultades, pidió juntamente a S. M., por decirlo así, el auxilio de su brazo para vencerlas. No otra cosa parece que significaba terminar diciendo, después de indicar el actual destino de nuestra antigua iglesia y colegio: «A V. M. suplica encarecida y rendidamente el Ayuntamiento de Cádiz, que removiendo cualquiera débil obstáculo, que intente oponerse a la libre e íntegra restitución, se sirva mandar: Que dicha iglesia y colegio con cuanto les pertenece y existe, les sea entregado a los jesuitas en formal posesión y propiedad; que ninguna persona o cuerpo, sea de la clase o dignidad que fuere, se oponga ni contradiga esta justa restitución, por causa o pretexto que pueda alegar» (3).

Estas últimas palabras aluden sin duda al Señor Obispo y a los dos cuerpos de eclesiásticos, que ocupaban el colegio y tenían a su cargo la iglesia. Obispo de aquella diócesis era desde Marzo de 1815, D. Juan Acisclo de Vera y Delgado, Arzobispo de Laodicea, título con que había sido «coadministrador» (4) del Cardenal Borbón en el Arzobispado de Sevilla, Vicepresidente de la Junta de aquella ciudad y vocal de la Central al empezar la guerra de la Independencia. A su entrada en Cádiz encontró la iglesia de nuestro colegio desde 1769 o 70, erigida en parroquia con feligresía separada de la del Sagrario, que sus curas tuvieron

(1) La del Vicario se imprimió; pero sólo hemos visto copia manuscrita. La del Ayuntamiento se halla en el *Libro Capítular*, n. 171, fol. 425. La del Cabildo, impresa en las *Notas* puestas a la *Oración* del P. Lazo de la Vega, pág. 47.

(2) *Relación de la solemne acción de gracias*, manuscrita, en nuestro poder.

(3) Copia con la *Relación de la solemne acción de gracias*, 7 de Julio de 1815.

(4) *España Sagrada*, t. LI, Obispos titulares.

por demasiado extensa y numerosa; y el colegio mismo desde el año de 1780 hecho seminario conciliar, habiéndose transformado en viviendas y así arrendado el antiguo. De aquí nacieron las dificultades o causas de tardanza para la restitución de uno y otro a la Compañía.

La comisión nombrada por el Ayuntamiento para intervenir en el asunto, y formada en un principio por los Sres. D. José Serrano Sánchez, D. Martín de Irazoqui y D. Joaquín Antonio Gutiérrez de la Huerta, si tardó algún tiempo, en cambio presentó en 26 de Junio de 1816 un informe cumplidísimo y bien documentado sobre iglesia y colegio, y bienes de uno y otra, tanto existentes todavía en las temporalidades, como aplicados ya a diversos destinos. Como de él resultaba que la mayor parte de ellos, juntamente con los edificios, los disfrutaban el seminario conciliar y la nueva parroquia; la Junta de restablecimiento encargó por una parte al Señor Obispo, de quien todo eso dependía, y por otra al cuerpo municipal, que amigablemente estudiaran en uno el mejor modo de allanar las dificultades que había en dejar bienes y edificio así los curas como el seminario. Por una larga ausencia del prelado no se tuvieron estas conferencias hasta Diciembre; y el 24 de aquel mes remitió él mismo a la Junta el dictamen que decía haberse formado de común acuerdo. El P. Zúñiga tuvo por inadmisible aquel proyecto, en que no se devolvía a la Compañía sino una parte del colegio, continuando en lo restante de él instalado el seminario, y las rentas de colegio e iglesia quedaban en mucha parte inciertas y poco seguras. Transmitidas sus observaciones por la Junta al Señor Obispo y al Ayuntamiento el último día de Febrero de 1817, el prelado, como que sólo de él dependía en último término la decisión del asunto, contestó por sí en 25 de Abril determinando más y haciendo más seguras las rentas y prometiendo trasladar el seminario a otra parte, si la Junta así lo disponía, para dejar totalmente libre el colegio, aunque aquel traslado perjudicara notablemente al seminario, por los gastos de la traslación, por los de arreglo del nuevo edificio y por la falta de dotación de sus cátedras, quitándosele la que tenía de los bienes de la Compañía. La comisión del Ayuntamiento, que no había aprobado el primer proyecto pasado por el Obispo a la Junta en 24 de Diciembre, como Su Ilustrísima por una falsa inteligencia creyó y afirmó, sino que había pedido y esperaba de él ciertos documentos para esclare-

cer algunos puntos; aunque sorprendida al saber lo ocurrido, todavía, una vez que los recibió, pasó a conferenciar de nuevo con él, y en estas conferencias, celebradas los días 8 y 10 de Mayo, fué donde de común acuerdo determinaron las condiciones, que parecían equitativas para el restablecimiento del colegio.

Eran estas en suma: cuanto a la iglesia, que se entregara a la Compañía con todos sus bienes, muebles e inmuebles, volviendo la parroquia a unirse con la del Sagrario, y que a sus actuales ministros se proveyese con ciertas capellanías de patronato del colegio, tomando ellos sobre sí las obligaciones correspondientes; y cuanto al colegio, que el seminario lo dejara libre trasladándose a otro edificio cuando la Junta lo dispusiera, y se devolvieran a la Compañía todas las rentas antiguas, destinadas a sostener las cátedras, asegurándose al seminario en compensación de sus pérdidas y gastos la unión de cierto beneficio simple.

Remitido a Madrid este convenio para su aprobación, mientras allí andaba de oficina en oficina, se levantó contra él una fuerte oposición en Cádiz. El día 30 de Julio presentó el administrador o mayordomo del seminario al Síndico Procurador del Ayuntamiento un memorial, en que ponderando los grandes bienes que el seminario había producido y seguiría produciendo, aseguraba que trasladarlo a cualquiera otra parte sería arruinarlo completamente; y que por tanto el edificio que ahora habitaba no se había de restituir a la Compañía, conforme al decreto de S. M., que expresamente exceptuaba los que aplicados ya a otros establecimientos públicos, no pudieran ser devueltos sin *daño de los mismos y ofensa de la común utilidad*. A este escrito acompañaba una *Demostración evidente de la total ruina del Colegio Seminario conciliar y diocesano de San Bartolomé... verificada su traslación a cualquiera otro edificio, si antes no se trata de medios y arbitrios para evitarla*. Consistía esta demostración en sacar por sus cálculos, que, añadiendo a la deuda actual del seminario y al déficit anual ya existente, lo que perdería dejando el colegio y sus rentas, más cien mil reales para las obras indispensables en el nuevo edificio, treinta mil anuales por su alquiler y veinticinco mil por los gastos y detrimentos que ocasionaría el traslado, sumaría todo doscientos ochenta mil reales; y esto era manifestamente la ruina casi total del seminario. Al Ayuntamiento correspondía acudir al Rey para estorbarla.

Parece que más correspondía al Obispo. Como quiera que fue-

se, el mayordomo creyó poder o deber acudir al Síndico y por él al Ayuntamiento; el Ayuntamiento consultó a sus abogados, que respondieron ser manifiesta la razón del mayordomo; y en consecuencia acordó, por mayoría, en sesión de 30 de Septiembre, se elevara a S. M. la correspondiente representación, con testimonio de todos estos documentos, para que S. M. resolviera.

Apenas se habían expedido para Madrid estos papeles, cuando llegó a Cádiz un despacho del Consejo, con fecha de ese mismo día, comunicando la resolución ya tomada por el Rey en el asunto y la orden de que se ejecutara. El convenio formado entre el Señor Obispo y la Comisión del Ayuntamiento lo había aprobado el P. Silva en representación del P. Comisario, aunque con alguna observación todavía sobre la cuantía y seguridad de las rentas; la Junta lo había pasado a la aprobación del Rey el 21 de Agosto; S. M. se la había dado el 17 de Septiembre; y el Consejo lo avisaba así, con la Real orden para su ejecución, al señor Obispo y al Ayuntamiento el último día de aquel mes (1). En el Ayuntamiento dos concejales opinaron que se debía esperar el resultado de la representación acabada de despachar; la mayoría acordó que se cumpliera sin más tardanza lo ordenado por S. M. y por el Consejo. Por su parte el señor Obispo, que dió a entender más adelante haber ignorado el recurso del mayordomo; recibidas las órdenes del Consejo y de la Junta, dió las suyas «más prontas y públicas para que a la mayor brevedad se trasladase el Seminario a otro local» (2); y las repitió cuando, a 24 de Enero de 1818, avisó a todos la Junta que el Rey, a consulta suya, había desestimado la petición del mayordomo, porque el detrimento del seminario estaba compensado con el beneficio eclesiástico que se le aplicaba; pero murió a 22 de Julio sin haberlas visto cumplidas. Por fin, tras de nuevos plazos y prórrogas, arreglada convenientemente para el seminario su antigua casa y hecho a ella su traslado, se dió posesión de iglesia, colegio y bienes a los apoderados de la Compañía, D. José Gandolfo, Presbítero, y D. Francisco Javier Rodríguez de Abarca, novicio al tiempo de la expulsión y uno de los más activos pro-

(1) Consulta y resolución en el A. H. N.; *Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7.

(2) Oficio a la Junta de 6 de Febrero de 1818. Copia en nuestro poder.

movedores del restablecimiento de aquel colegio, probablemente en el mes de Noviembre de 1818 (1).

Logrado, aunque tarde, el deseo de la ciudad, fué aquel colegio de los que con más pujanza comenzaron su nueva vida. Nada menos que ocho sujetos, dos sacerdotes y seis coadjutores, lo poblaron desde el principio, y en Septiembre siguiente eran ya trece, con el P. Francisco Antonio de Herrera por Superior, hombre casi octogenario, que había dejado el cargo de penitenciario o confesor de lengua española en la Santa Casa de Loreto, para venir a unirse a la Compañía y trabajar en España lo que sus muchos años y pocas fuerzas todavía le permitiesen.

Lucido y afectuosísimo acogimiento se les hizo a su llegada el 2 de Diciembre. «Salieron a recibirlos, leemos en los *Apuntes*, muy fuera de la Puerta de Tierra en muy lucidos coches el Procurador del público, un Teniente General y otras personas de la primera distinción. Las calles estaban tan cerradas de la muchedumbre de todas clases de gentes, que con mucha dificultad pudieron llegar a la puerta de nuestra iglesia. Allí los aguardaba el Señor Vicario Capitular con otros muy distinguidos personajes; los llevó al altar, les entregó las llaves, y tomando la capa pluvial, entonó el *Te Deum* entre las voces y lágrimas del pueblo.»

Tomaron luego, al empezar el año 19, las dos escuelas de primeras letras, antiguamente propias de la Compañía y ahora a cargo de la Sociedad Económica; y a los seis meses, de trescientos subió el número a ochocientos sesenta niños, que obligaron a ensanchar el local y a multiplicar los maestros (2). También de Gramática se pusieron en 1.º de Julio dos clases, sobre las cuales no tenemos datos algunos. Tal incremento iba tomando el colegio, cuando en Septiembre de aquel año se echó sobre Cádiz la fiebre amarilla y ofreció ocasión a los nuestros de renovar los grandes ejemplos de caridad de sus antecesores, exponiendo su vida en la asistencia de los apestados. Sin descanso y sin hurtar el cuerpo al peligro, trabajaron con ellos en lo espiritual y corporal, por lo menos los dos Padres; y ambos sucumbieron en los primeros días a la fuerza del contagio: el primero,

(1) Todos los documentos de este largo expediente se hallan en los libros capitulares del Ayuntamiento de Cádiz.

(2) Oficio del P. Silva a la Junta, de 26 de Junio de 1819.

el Superior, en 20 de Septiembre; el segundo, el P. Andrés Morel, en 2 de Octubre, y pocas horas antes uno de los dos jóvenes profesores de Retórica, todavía novicio. El P. Morel era francés, sacerdote emigrado en tiempo de la revolución, y uno de los siete primeros sujetos que en el mismo día, 18 de Marzo de 1816, dieron su nombre a la nueva Compañía en España. Los nueve jóvenes que quedaban, fueron todos, según parece, atacados de la peste, y, restablecidos, llevaron adelante sus tareas, en cuanto las circunstancias lo permitían, atendidos y medio gobernados por aquel buen sacerdote, D. José Gandolfo y D. Francisco Javier Rodríguez de Abarca, ambos grandemente afectos y favorecedores de la Compañía. A principios de Mayo de 1820 debió de llegar a Cádiz para hacerse cargo del colegio el P. Ignacio Duchesne, uno de los últimos venidos de Italia, con un escolar que ocupara la clase, dejada vacante por el muerto.

Para entonces había triunfado ya la revolución; y suprimida la Compañía por las Cortes, fué ejecutado en Cádiz el inícuo decreto el día 30 de Septiembre; y aquel colegio no se volvió a abrir jamás.

12. Pocas casas de la Compañía española derramaron y dejaron de sí tan suave olor entre propios y extraños como la de Villagarcía, villa no muy crecida en tierra de Campos, provincia de Valladolid y diócesis de Palencia. Entre los extraños dióle gran fama en toda España lo floreciente de los estudios de latinidad en aquel colegio concurrendísimo, porque vinieron a ocupar puestos eminentes gran número de sus estudiantes, y sólo en veinte años dice el P. Calatayud que entraron en diversas religiones hasta dos mil de ellos (1). Entre los propios hacíanla, no solamente nombrada, sino mirada con cariño, los muchos que se alistaban en la nuestra; pues era sin duda un gran semillero de vocaciones para la provincia de Castilla y aun para las ultramarinas. Sin embargo, lo que a Villagarcía hizo de puertas adentro de gratísima memoria, que aun dura entre nosotros, no fué tanto el colegio como el noviciado. Habíalo sido por espacio de casi dos siglos para la provincia de Castilla, y entre los que lo poblaron, a lo menos los primeros y los últimos años, así maestros como novicios, se distinguieron tanto algunos, ya por la santi-

(1) *Doctrinas prácticas*, t. I, tratado IX. doctr. VI, § I. Muchos parecen ciento cada año; pero no tenemos otro fundamento para contradecirlo.

dad, ya por la doctrina ascética, que su memoria consagró aquel lugar como centro o foco del más ferviente espíritu religioso. Los PP. Baltasar Álvarez y Luis de la Puente en los principios; los PP. Idiáquez, Calatayud, Hoyos y Cardaveraz hacia el fin. Hasta las virtudes y nombre de la insigne fundadora, D.^a Magdalena de Ulloa, contribuyen a mantener vivo y siempre grato el recuerdo del colegio y noviciado de Villagarcía.

Por esta causa se unieron y concurrieron para solicitar el restablecimiento de uno y otro, los deseos de aquel pueblo y su comarca, los de nuestros Padres y los de algunos prelados amigos, educados en aquellas aulas.

Despachada favorablemente la representación que el Ayuntamiento y párrocos dirigieron al Rey, luego que tuvieron noticia del decreto con que restablecía la Compañía en España, solicitando que lo fuese también en Villagarcía; destinó el P. Comisario para tomar a su cargo aquella casa a los PP. Miguel Macías y José Gallardo, residentes desde 1798 en aquellas cercanías, y a instancia suya incorporados por el P. Panizzoni a la Compañía, apenas restablecida en Roma, como notamos en otra parte. Con diferencia de pocos días entraron ambos en la villa los primeros de Julio de 1816, y ambos fueron recibidos en triunfo por el Ayuntamiento y el clero entre vivas aclamaciones del pueblo y con repique general de campanas.

Al principio se trató solamente de reorganizar el colegio; pero aun esto hubo de ir despacio por lo destrozado y aun en parte arruinado del edificio. Habíalo destinado todo pomposamente el Consejo extraordinario, sin distinción ni división de iglesia, noviciado, aulas y colegio, como en otras partes, a seminario de misioneros de una de las dos Américas (1); pero como era de suponer, allí donde se habían reunido y criado centenares y aun quizá millares de misioneros para América, respondiendo dócilmente a la vocación de Dios, no acudió ninguno que sepamos al llamamiento del Consejo. Veinte años más tarde, el Comisario de la Orden de San Francisco de la provincia de Filipinas quiso poner allí para ella el seminario de misioneros, con aprobación del Señor Obispo de Palencia, a quien el Rey había entregado el colegio para que lo destinara a algún fin piadoso; pero

(1) *Colección de providencias*, parte segunda, n. VIII.

tampoco entoces se pudo realizar el proyecto (1). En el tiempo intermedio, ignoramos el año, se pusieron allí tres clases de latinidad y una de primeras letras, sin que sepamos tampoco si los maestros vivían en el colegio. Como quiera que fuese, o en todo o en su mayor parte, estuvo muchos años abandonado el edificio, salvo la iglesia, que, como ya en tiempo de la Compañía, estuvo servida por un cuerpo de capellanes seculares, antiguamente dependientes del Rector (2). Ocupáronlo después las tropas francesas en tiempo de la guerra de la Independencia; a su salida volvió a quedar vacío algunos años; y no es fácil determinar con qué sufriría más, si con el abandono primero y último o con la ocupación intermedia. Ni un solo aposento encontraron arreglado los Padres a su llegada; y así hubieron de hospedarse en casa de personas amigas, hasta que acomodado provisionalmente en el colegio el local necesario, se trasladaron a él un mes después.

Su primer cuidado fué reanimar y volver, si pudieran, al antiguo lustre las escuelas. Cinco habían sido siempre las tan celebradas de Gramática y dos para niños de primeras letras. Desde 1808 no había sino un maestro para las primeras y otro para las últimas (3). Hiciéronse las convenientes reparaciones en lo material de sus dos aulas y en otras dos de las de Gramática, previendo el pronto y considerable aumento de los discípulos, y continuaron por entonces ambos maestros como antes, aunque ya bajo la dirección de los Padres. Sólo esto, con la noticia de que pronto llegaban también maestros jesuitas, bastó para que, en efecto, tanto en una como en otra se multiplicaran considerablemente los alumnos. Al comenzar el curso de 1817 a 1818 ya eran dos las clases de Gramática y en el siguiente tres, con unos ciento treinta estudiantes.

El noviciado no se abrió hasta Marzo de 1819. Instaron mucho en ello y contribuyeron con tres mil duros para los gastos necesarios, el Arzobispo de Burgos, Ilmo. Sr. D. Manuel Cid y Monroy, discípulo allí de la Compañía antes de su expulsión, los Obispos de Teruel y Almería y el Colector General de espolios, que después de ella estudiaron también en aquellas escuelas. En-

(1) Varios documentos sobre el asunto en el A. H. N.; *Estado*, 3.518.

(2) Oficio original del Ayuntamiento al P. Comisario de 1 de Octubre de 1816, en nuestro poder.

(3) En el mismo oficio.

tonces también, a 29 de Marzo, se dió a la Compañía la posesión formal de la casa, aunque sin estar vencidas las dificultades que la habían retrasado tanto, a saber, el mal estado del edificio, el no poder asignar dotación competente y estar en litigio el patronato de la iglesia, que por la fundación había tenido en lo antiguo el Rector del colegio y a la sazón poseía la condesa de la Mora. Había fallecido el 10 de Septiembre de 1817 el P. Miguel Macías, y quedó al pronto solo el P. José Gallardo. Este fué ahora nombrado Rector y maestro de novicios; y autorizado por el P. Comisario para tomar la posesión del colegio en nombre de la Compañía. No tuvo tiempo de prosperar la nueva planta; pues antes de año y medio la arrancó, para no volver más a su lugar, el huracán revolucionario (1).

13. En los tres catálogos que se imprimieron antes de la dispersión de 1820, se encuentra, además de los domicilios ya enumerados, el de Badajoz, con nombre de residencia en 1818 y con el de colegio en los dos siguientes. Pero no mereció ni una ni otra denominación, dado que los dos Padres y un coadjutor, que allí estuvieron, no llegaron a habitarlo.

El Sr. Arzobispo-Obispo de aquella diócesis, D. Mateo Delgado Moreno, había solicitado el restablecimiento en general de todos los colegios de la región y principalmente del de Badajoz, y en esta última parte apoyaron su petición ambos cabildos de la capital. Recibidos los primeros informes sobre edificios y rentas, el P. Zúñiga, para obtenerlos más seguros y activar las cosas, envió allá en Marzo de 1817 a los PP. Julián Enríquez y José Zambrano con un coadjutor; y los tres fueron hospedados caritativamente en su propia casa por un digno eclesiástico, D. Andrés Trinidad, que los tuvo en ella por espacio de casi tres años.

No ofrecía dificultad la devolución de la iglesia, estando dispuestísimo el prelado a quitar la parroquia, trasladada allí después de la expulsión; ni la del colegio, habitado por vecinos, y una casa contigua que ocupaban las escuelas. Pero el colegio estaba tal, por haber servido de cuartel y de casa de vecindad, que necesitaba grandes y costosas reparaciones; y los bienes, que quedaban, eran tan pocos, que juntos los de Badajoz, Fregenal, Cáceres, Llerena y Plasencia, no bastaban para dotar sólo el primero, y era preciso contar, como se contaba, con la liberalidad

(1) *Apuntes. Memoriae. Relación del P. Gallardo.*

de D. Andrés, quien prometía primero costear los gastos de reparación de edificios y provisión de ornamentos de iglesia y mueblaje de casa, y después dejar toda su hacienda al colegio, donde pensaba retirarse para acabar sus días.

La Junta, estudiado el asunto, propuso el restablecimiento de la Compañía en Badajoz, donde por entonces se podría arreglar habitación para cinco o seis sujetos, que se encargasen de la Gramática y primeras letras y se sustentasen con los doscientos ducados, que por estas cátedras les había de dar el Ayuntamiento, como se los daba actualmente a los maestros seculares, y mil pesos que sumarían las rentas antiguas de aquel colegio y de los de Plasencia. Llerena y Cáceres, contando además con lo que tenía ofrecido el Sr. Trinidad (1). En Octubre de 1818 dió el Rey su aprobación; el 24 de Noviembre pasó la Junta las órdenes correspondientes para la entrega de edificios y bienes, que parece se hizo, aunque en Abril siguiente aun no había dado cuentas el administrador.

Así las cosas, murió de repente y sin tener hecha la donación prometida el presbítero D. Andrés Trinidad el 8 de Diciembre de 1819, y sus herederos aun hicieron salir de casa a los Padres, que todavía vivían en ella por no estar acabado de reparar el colegio. El Señor Obispo los llevó a su palacio y allí los tuvo algunos meses, hasta que no viéndose manera de consolidar aquella fundación, la abandonaron y salieron para Sevilla en el verano de 1820, con gran sentimiento del prelado y del pueblo (2).

Además de estos colegios, que más o menos formalmente fueron restablecidos, estuvo decretado ya por el Rey que lo fuese el de Orihuela, y la Real resolución se la comunicó la Junta al P. Zúñiga el 10 de Agosto de 1818. Conformóse él con lo resuelto por S. M. indicando solamente una ligera modificación, que aceptó la Junta; pero de aquí no se pasó y el colegio no llegó a ser restablecido, no sabemos por qué causa.

Bastante adelantados estuvieron, aunque no tanto, los expedientes de algunos otros, como los de Cervera y Santiago. No ha-

(1) Consulta de la Junta en el A. H. N.; *Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7.

(2) Cartas del P. Enríquez y otros; oficios de la Junta y contestaciones del P. Zúñiga; informe del administrador de temporalidades. Carta del P. Corcón al señor Obispo y su contestación. Todo en nuestro poder.

biendo tenido el término deseado, nada diremos de ellos ni de los demás, cuya negociación hubo de cesar en sus mismos comienzos, por estar enajenados los edificios, por no quedar bienes algunos para la dotación, y por otras semejantes dificultades. No era la menor la falta de sujetos, que destinar a nuevas fundaciones; aunque no nos consta que por esta escasez dejara de hacerse alguna.

CAPÍTULO III

NUEVA JUNTA Y SU ACTUACIÓN

1. Renovación de la Junta.—2. Su gestión económica.—3. Nuevos noviciados.—4. Memoriales de América pidiendo jesuitas y formación de Juntas allá dependientes de la de Madrid.—5. Proyecto de enviar extranjeros.—6. Otro de nacionales con el ejército expedicionario.—7. Juramento en las Universidades contra la doctrina de la Compañía.—8. Negociaciones de la Junta para abolirlo.—9. El título y cargo de Comisario mal visto en Roma y en Rusia y tenido por necesario en España.

1. En lo que va de esta historia y particularmente en los últimos capítulos, hemos visto a la Junta creada por el Rey para entender exclusivamente en el restablecimiento de la Compañía, en el ejercicio de sus funciones consultando al Rey, recibiendo y comunicando las Reales órdenes para su ejecución, a la manera de los consejos, y entendiéndose con nuestros superiores, con las autoridades locales, con los administradores de nuestros bienes, tanto del fondo central de Madrid como de los situados en otras partes, y con cuantas personas era necesario tratar para el restablecimiento de los colegios y sus resultas. Recuérdese que se formó, como el decreto decía, porque el Consejo de Castilla, a quien tocaba, no podía dedicar a este asunto su atención distraída y el tiempo ocupado necesariamente en otros muchos y gravísimos de la monarquía; pero principalmente, aunque el decreto lo callaba, por verse en aquel alto tribunal ánimo poco bien dispuesto a secundar los deseos del Rey y de los pueblos, y voluntad, más de impedir el restablecimiento o entorpecerlo que no de promoverlo.

Pues tampoco la Junta llenó las esperanzas que en ella se habían puesto. Las quejas que de ella tenían nuestros Padres se referían casi exclusivamente a la administración económica. Nada que tocase al gobierno interior, sino la exigencia de saber las mudanzas de sujetos de un colegio a otro, sin tomar a su

cuenta los gastos del viaje. Echaban también de menos su acción eficaz para hacer dejar enteramente libres los colegios devueltos a la Compañía, pero ocupados todavía en parte y aun casi en todo, como el de Murcia, por otras corporaciones. Lo demás eran deficiencias en la dotación cierta, segura y estable de los colegios; no remediar esas deficiencias sino con socorros pasajeros, de prestado, exigiendo por menudo razón de entradas y gastos, y tal vez mortificando a los superiores con dar fácilmente crédito a los administradores de las temporalidades en sus quejas contra ellos; dejar subsistentes esos mismos administradores, aun donde se habían restablecido los colegios, encargándoles la cobranza de atrasos en favor del fondo general, en vez de aplicarlos a cubrir los muchos gastos de instalación de la comunidad, y a veces aun la de las rentas corrientes aplicadas ya a ésta, y dando así pie para que tardaran en rendir cuentas y entregar papeles y para otros rozamientos con los superiores locales; que darse con la administración de todos los bienes no asignados como dotación de los nuevos colegios y emplear en ella gran número de dependientes que trabajaban poco y cobraban mucho; no hacer valer su autoridad o impetrar la del Rey para obligar al pago a grandes deudores, como las casas de Oñate, Alba y Altamira, la Villa de Madrid y la misma Real Hacienda en lo del juro de Granada, de que hablaremos más tarde. Estas y algunas otras análogas eran las quejas que de la Junta tenían los Padres y en mucha parte hacían recaer sobre la Contaduría general, como interesada en seguir con el manejo de aquellos bienes. Por algunos de los muchos oficios del P. Zúñiga en que exponía la triste situación de los colegios, las tergiversaciones de los administradores locales para no hacer entrega de bienes y papeles, y otros lances pesados y graves apuros en que los superiores y sus comunidades se veían, se entiende la amargura que aquel estado de cosas le causaba y lo que les costaba tener que estar continuamente acudiendo a la Junta con lamentos y peticiones de socorros (1).

(1) Véase sólo esta muestra tomada del oficio del 19 de Mayo de 1818 sobre Badajoz. «No puedo menos de repetir con dolor que parece empeño inseparable de los administradores locales el de oponerse a nuestros restablecimientos y ejercitar con molestias los ya establecidos» (Borrador en nuestro poder.)

Resolvieron, pues, buscar remedio al mal; y consignando todas estas quejas en una *Memoria compendiosa sobre el actual estado económico de la restablecida Compañía de Jesús*, comprobándolas con la exposición de lo acaecido en cada colegio, y proponiendo las medidas que la Junta debía tomar, tales como quitar administradores locales, dar dotaciones suficientes y seguras, poner toda su autoridad en la recaudación de rentas y en la desocupación total de las casas recobradas, con algunas otras parecidas; la presentaron, tal vez previo acuerdo amistoso con él, al Confesor del Rey, gran promotor y patrocinador del restablecimiento y por quien parece que S. M. en todo lo tocante a él se gobernaba, como arriba queda dicho. Tenemos, aunque incompleta, la minuta de esta *Memoria* de letra del P. Silva; y aunque no tiene dirección, su objeto y su fecha, Mayo de 1918, ponen fuera de duda que de ella procedió la providencia que vamos a exponer, y por tanto, que fué dirigida al Confesor del Rey (1). Porque él fué quien a 21 de Junio dirigió a su vez una representación a S. M., cuyo texto no conocemos, pero cuya contestación fué un Real decreto, dado a 4 de Julio, en que recordando los de 29 de Mayo de 1815 y 3 del mismo mes, pero del año siguiente, con que restableció la Compañía en sus dominios, y el de creación de la Junta para su cumplimiento, y advirtiéndole que ni el presidente de ésta podía asistir a ella por sus muchas e importantes obligaciones del Real servicio, ni los vocales emplear sin gran incomodidad después de las horas de Consejo, todo el tiempo y atención que requería la importancia del asunto, para ser tratado con la actividad y exactitud que deseaba; «he resuelto, dice, renovar la expresada Junta, componiéndola de personas, que puedan dedicarse exclusivamente a su objeto y trabajar en él los días y horas que parezca convenir para el mejor desempeño del encargo que les confío y que ha de ser su única ocupación. A este fin nombro para presidente a D. Felipe Montoya, Obispo de Teruel; y para vocales a D. Fernando Vázquez Téllez, jubilado de mi Consejo de las Órdenes; a D. Cayetano de Campos,

(1) He aquí los epígrafes de sus capítulos: *Método adoptado y hasta el presente seguido por la Real Junta en el establecimiento de colegios.—Efectos de este método.—Lo que ha dejado de hacer.—Precauciones que parece se pueden tomar.* Contiene además la exposición sumaria de la posesión, dotación y dificultades económicas de los colegios, con los recursos hechos a la Junta para su remedio y lo que se ha conseguido o no conseguido.

cura de mi Real palacio, honorario de la Suprema y General Inquisición; a D. Alonso Arias Gago, juez del Tribunal Apostólico y Real de la gracia del Escusado, honorario de mi Supremo Consejo de Castilla; para fiscal con voto a D. Antonio Martínez Salcedo, ministro de mi Consejo Supremo de las Indias, relevándole de la precisa asistencia a este tribunal; y para secretario a don Joaquín Blázquez y Vargas, con retención del destino de oficial tercero de la Agencia General de Breves (de preces?), dispensándole de servirlo en cuanto sea incompatible con el de secretario de la Junta, la que se instalará inmediatamente con las mismas facultades y en todo conforme a mi Real decreto de 19 de Octubre de 1815, teniendo presentes los otros dos arriba citados, para que enterada de mis soberanas intenciones, aplique todo su celo a que tengan el más pronto y puntual cumplimiento» (1).

La Junta cesante, antes de disolverse, elevó al Rey una consulta exponiendo los trabajos por ella realizados desde su instalación, presentando un estudio de los caudales de temporalidades por ella administrados, y recomendando al fiscal, al secretario y a otros dependientes por sus buenos servicios. El Rey contestó diciendo que quedaba enterado y satisfecho; que se hiciera saber a los interesados, y que los individuos recomendados serían atendidos en tiempo oportuno (2).

Del nuevo Presidente ya hemos indicado antes el afecto que a la Compañía profesaba (3); y sin duda por eso fué buscado para esta presidencia. El nuevo fiscal, único miembro de la primera Junta, que pasó a la segunda, había entrado en la Compañía antes de los catorce años y era novicio de Villarejo de Fuentes al tiempo de la expulsión (4). De los demás no tenemos noticia alguna.

Instalóse la nueva Junta el 9 de Julio de 1818; y luego en una de las primeras sesiones, entre otros acuerdos de carácter general, se tomó el de notificarlo a todos los interesados, esto es, al P. Comisario, para su conocimiento y el de los Superiores de los colegios restablecidos; a los Prelados, Ayuntamientos y demás Corporaciones que los tenían solicitados; y a los adminis-

(1) *Actas de la nueva Junta*. A. H. N.; *Estado*, 3.517. Oficio original del Duque del Infantado a D. Bartolomé Muñoz de 6 de Julio de 1818.

(2) A. H. N.; *Consejos*. *Consejo de Castilla*; *Órdenes religiosas*, n. 7.

(3) Capítulo anterior, núm. 12, p. 261.

(4) *Apuntes*. Catálogo de la Provincia de Toledo de 1767.

tradores de los bienes todavía pertenecientes a las que seguían llamándose temporalidades de la Compañía, para que en todo lo ocurrente se dirigieran al nuevo Secretario, D. Joaquín Blázquez y Vargas. Es de importancia la respuesta del P. Zúñiga, porque confirma plenamente la relación, que hemos supuesto, entre la *Memoria compendiosa* y la renovación de la Junta. Dice así: «Señor Secretario: Doy a V. y le pido que dé en mi nombre a la Real Junta las más obsequiosas y sinceras gracias por el oficio, que de acuerdo de la misma se ha servido de pasarme en fecha de 16 del corriente, relativo a la nueva Real Junta creada por S. M. Y como en esta renovación y en los motivos que para ella han excitado a S. M., reconozco con gratitud, que no sé explicar, la singular clemencia con que el Rey N. S. (Q. D. G.), favorece a nuestra Compañía y sus progresos; así también la reconozco en la elección de los individuos que se ha dignado de nombrar para componerla, y de cuya bondad y actividad me prometo con entera confianza el más solícito y eficaz resultado.» Hasta aquí las expresiones del oficio del Comisario pueden tomarse por formularias, aunque no de pura fórmula, sino sinceras y sentidas. Pero lo que sigue ya no pertenece al formulario, y descubre claramente el mal cuyo remedio se buscaba. «Me atrevo a decir desde ahora, continúa el P. Zúñiga, que éste es indispensablemente necesario en vista de la actual situación económica de las casas y colegios ya establecidos, los cuales, o por inexistencia de las fincas, que les han sido asignadas en dotación; o por la impracticable cobranza de los réditos, se hallan no sólo sobrecargados de deudas, si también en verdadera indigencia; por lo que me veo obligado a implorar sin retardo la equidad de la Real Junta» (1).

2. De hecho la Junta tomó por uno de los asuntos preferentes de sus deliberaciones, todo lo tocante a bienes y rentas, así de las casas restablecidas como los demás envueltos en el caos de las temporalidades. Ella misma lo aseguró así un año más tarde en exposición dirigida a S. M. Pero el remedio radical y general, que en esta materia parece esperaban nuestros Padres, no lo acertó a poner. Aumentó, si, los socorros momentáneos a los colegios, tanto para la subsistencia de los sujetos, como para obras, de que había gran necesidad; quitó los administradores

(1) Borrador sin fecha de letra del P. Silva en nuestro poder.

locales donde los colegios habían sido restablecidos, librando a los Superiores de las molestias que muchos de ellos les causaban, y pasándoles la administración y disfrute de todos aquellos bienes, bien que costó tiempo y trabajo reducir a algunos a que dieran cuentas y entregaran papeles; insistió en la cobranza del juro de Granada hasta conseguirla, gracias al Confesor del Rey, aunque el fruto práctico fué bastante corto, como diremos en su lugar; y por fin, a tres o cuatro colegios les aumentó la renta fija, de más o menos fácil cobranza, lo mismo que las anteriores, o la asignación anual, que a falta de ella percibían del fondo general de temporalidades (1). Aun así, atendido el número de sujetos y los gastos indispensables de casa e iglesia, las dotaciones eran bien tenues. A Oñate se le aumentó en 200 ducados la asignación anual que ya percibía; pero ni con eso correspondían más que 2.200 reales a cada uno de los siete Padres y Hermanos que allí había (2). No hubo, pues, mejora sustancial en la situación económica de los colegios. ¿La hubiera habido si, como parece que los Padres deseaban, se les hubieran entregado a ellos todos esos bienes, cuantos conforme a lo decretado por el Rey les correspondían, dejándolos a su libre disposición? Tal vez. A su juicio, a lo menos, era posible, pues la pedían, la dotación de los colegios con rentas suficientes, seguras y perpetuas; y quizás lo era en verdad aplicando a los ya restablecidos los restos aun subsistentes de todos los demás de España. La dificultad estaría entonces en restablecer otros; y acaso esto era lo que deseaba la Junta, y por lo que ni proveía mejor a los primeros, ni se desprendía de los bienes de los segundos. En todo caso, lo que más dolía a los Padres, como se entiende por sus papeles, eran aquellos 200.000 y más reales que se iban en oficinas y empleados de la Contaduría general (3), «los cuales trabajaban apenas dos horas por día»; y lo que se llevaban aquellos «administradores locales que sólo piensan en cobrar un crecido tanto por ciento (alguno hasta el 10) y retardar cuanto más pueden el dar cuentas», como decía el autor de la *Memoria compendiosa*. En verdad era para sentir, ver de sus propios bienes pagar larga-

(1) Todo consta por las *Actas de la Junta* y lo más también por sus oficios al P. Zúñiga y las respuestas.

(2) Oficio del Secretario de la Junta de 8 de Junio de 1819. Original en nuestro poder.

(3) He aquí la *Nueva planta de las oficinas de Temporalidades y suel-*

mente a empleados inútiles, tener algunos asignado sueldo mayor que la dotación total de un colegio, y aquel sueldo cobrarse siempre entero, puntualmente y sin dificultad ninguna; y de la dotación faltar la mitad, y la otra mitad recaudarla tarde y a fuerza de solicitudes y malos ratos. La misma Junta nueva reconoció los daños, que las temporalidades sufrían a causa de su dispendiosa administración, y jubiló a algunos de sus muchos empleados y dependientes con parte del sueldo hasta que tuvieran otro empleo. Aun jubilado, percibía el Contador más de lo que tenía asignado el colegio de Tortosa, y seguramente algún otro, que no llegaban a los 15.000 reales del medio sueldo de aquél (1).

Baste lo dicho sobre esta materia para dar idea de la acción de la nueva Junta en lo tocante a ella. Del estado económico de los colegios hablaremos adelante más particularmente.

3. En el restablecimiento de otros, esa Junta apenas hizo otra cosa que activar y llevar a feliz término el de Cádiz, empezado por la anterior. Ni era posible por la falta notada de rentas y aun la de sujetos. Con estar decretado ya por el Rey el de Orihuela, no llegó a ejecutarse; bien que ignoramos la causa. De lo que trató muy de propósito fué de aumentar los noviciados.

El primer pensamiento de todos, tanto de los jesuitas como de sus amigos al ver restablecida la Compañía en España, fué el de la necesidad e importancia de formar una nueva generación de hijos suyos, infundiéndoles el espíritu de los anti-

dos que deben gozar sus individuos, aprobada por la Junta en 1 de Febrero de 1816:

Contador general.....	30.000 rs.	Oficial 13.º.....	5.500 rs.
Oficial 1.º.....	16.000 »	Archivero.....	13.000 »
» 2.º.....	13.000 »	Oficial 1.º.....	6.500 »
» 3.º.....	12.000 »	» 2.º.....	5.600 »
» 4.º.....	11.000 »	» 3.º.....	4.400 »
» 5.º.....	9.800 »	Portero 1.º.....	5.620 »
» 6.º.....	8.800 »	» 2.º.....	4.430 »
» 7.º.....	8.700 »	Mozo de oficio.....	2.720 »
» 8.º.....	8.350 »	Plantón.....	2.200 »
» 9.º.....	8.000 »	Agente recaudador.....	4.400 »
» 10.º.....	7.700 »	Depositario.....	4.000 »
» 11.º.....	7.300 »		
» 12.º.....	6.300 »	<i>Total.....</i>	<i>205.320 rs.</i>

Registro de las órdenes, etc. Hay que añadir los jubilados, cuyo número y sueldos ignoramos.

(1) *Actas de la Junta* de 19 de Febrero, 3 y 20 de Marzo de 1819.

guos (1). Esta debía ser la obra principal de aquellos ancianos. Lo que ellos por sí podían hacer en bien de los pueblos, tanto con la enseñanza de la juventud como con la predicación y demás ministerios espirituales, aun cuando el celo multiplicara sus fuerzas, no era mucho, siendo tan pocos y tantos sus años. Y se cifraban en el restablecimiento de la Compañía las esperanzas no menos que de la regeneración moral de España; empresa, aun en las más ventajosas condiciones, no de pocos años ni de pocos hombres. Con esta idea se dió principio al noviciado de Madrid en el Colegio Imperial aun antes de estar oficialmente devuelto a la Compañía. Siete novicios hallamos inscritos en nuestros catálogos el 18 de Marzo de 1816. Dos eran sacerdotes; cuatro entraban para coadjutores temporales, el séptimo era el H. Mariano Puyal, sobrino del Señor Obispo de Calahorra, Provincial con el tiempo y el primero de los nuevos jesuitas que tuvo el cargo en España. Este número se aumentó extraordinariamente luego que el noviciado se estableció en casa propia, la que antiguamente ocupó en la calle Ancha de San Bernardo, como dijimos en otra parte.

Ya por este tan grande número de novicios, que para un solo noviciado era excesivo, ya también por las ventajas, que por otros respetos había de tener; se trató de establecer varios en diversos puntos de la Península. El principal y más deseado fué el de Sevilla, abierto, como vimos, en su antiguo local, en Abril de 1817, aunque los primeros novicios no entraron hasta el 24 de Mayo. Diez fueron los recibidos aquel día, y de ellos uno fué también señalado después como primer Superior de la Compañía en la América del Sur: el P. Mariano Berdugo (2).

Cuando más de veras y de propósito se trató de multiplicar las casas de probación fué después de instalada la nueva Junta. Su presidente, el Rvmo. Sr. Obispo de Teruel, era de los que tenían por más importante en aquellos principios, aun para el bien general que se pretendía, precisamente por serlo para el restablecimiento sólido de la Compañía en su buen ser, la apertura de noviciados en que formar religiosos, que la de colegios donde

(1) «Pienso con V. que lo primero de que se debe tratar es del establecimiento del noviciado.» (El señor Obispo de Calahorra al P. Arévalo. Logroño, día de San Javier de 1815.)

(2) *Registro* original del noviciado, en nuestro poder.

educar muchachos (1). Así, antes de acabarse aquel año de 1818, ya entre la Junta y nuestros superiores se preparaba la creación nada menos que de cuatro: en Loyola, en Manresa, en Villagarcía y en Cáceres, que con los de Madrid y Sevilla formarían puntos de reunión para todas las regiones de España, tanto del centro como de levante y poniente, septentrión y mediodía (2). Y solamente el proyectado para Extremadura dejó de implantarse. En Loyola había ya de él algunos comienzos, y en Marzo de 1819 se le acabó de dar con un buen aumento de sujetos el pleno ser y forma de noviciado. Aquellos mismos días había pasado a Manresa el P. Comisario para establecerlo allí, llevando consigo de Madrid al nuevo Rector y Maestro de novicios, el P. Francisco Carchano, que tomó posesión de su cargo el 23 de Mayo; y dos meses antes, como queda dicho, el 14 de Marzo, había comenzado a ejercer también uno y otro en Villagarcía el P. José Gallardo. Una de las miras con que se erigieron estos últimos noviciados era, sin género de duda, la de aumentar el número de los novicios. Ignoramos cuán largas eran en este punto las esperanzas de los superiores, y, por consiguiente, si quedaron llenas con el fruto recogido. Ello es que, contándose ya a los dos años de abiertas las primeras casas, en Marzo de 1818, poco más de cien novicios, la mayor parte en Madrid; en los comienzos de 1819 se acercaban a doscientos, y en el catálogo de 1820 ya encontramos inscritos doscientos treinta y ocho; y quizá no eran más, por haber advertido la Junta al P. Comisario en Octubre del año anterior, que no podía acudirle con socorros para mayor número de sujetos del que entonces había. Tantos eran los nuestros, cuando, como escribía al P. General el Señor Obispo de Teruel, «las demás religiones apenas tenían uno u otro pretendiente» (3). El número total de los que en aquellos cuatro años, hasta la disper-

(1) «No puedo menos de convenir con V. S. I. en que hubiera sido más útil al restablecimiento de la Compañía crear casas de noviciado, en que se formasen operarios, que a las máximas, método y espíritu de los pobres ancianos añadiesen la robustez y fuerzas que a ellos faltan.» (El señor Obispo de Lugo al de Teruel, 26 de Agosto de 1818. Original en nuestro poder.)

(2) *Actas de la Junta*, 13 y 23 de Octubre y 27 de Noviembre de 1818. Carta autógrafa del P. Sebastián de Soldevila al P. Pedro Goya, Madrid 8 de Octubre de 1818, en nuestro poder.

(3) Carta original de 30 de Abril de 1819, en nuestro poder.

sión de la provincia en 1820, vistieron la sotana de la Compañía, llegó a cerca de quinientos.

4. Fuera de Méjico no fué establecida la Compañía en ninguna de las antiguas colonias españolas hasta 1836, fecha que cae ya fuera del campo de este tomo de nuestra historia. Debemos, sin embargo, exponer las diligencias que para eso se hicieron.

Recuérdese la petición dirigida a las Cortes extraordinarias por los diputados americanos a fines de 1810 y su mal despacho, de que dimos cuenta en el capítulo primero del libro anterior. Esta petición era la última de diez que presentaron en nombre de aquellas apartadas provincias, y la única denegada de plano. De las otras, que se referían al orden político y administrativo, lograron no poca parte; bien que ni eso ni cuanto en ellas se contenía, aunque hubiera sido otorgado, hubiera satisfecho las aspiraciones de los que por allá, en mayor número de día en día, querían a América independiente de España.

Las reñidas luchas entabladas entre los fieles vasallos y los insurgentes, apenas empezada en la Península la guerra contra Napoleón, y sostenidas con varia fortuna y cortas interrupciones en todos aquellos dominios hasta la independencia efectiva, lograda sucesivamente por todos en el espacio de pocos años, no tienen relación ninguna con nuestra historia, y así podemos y debemos prescindir completamente de ellas. Pudiérase pensar que esas luchas y la independencia subsiguiente estorbaron el restablecimiento de la Compañía en aquellas partes; pero creemos que no lo estorbaron de hecho sino la falta allí de antiguos jesuitas, que lo emprendieran, como en Méjico; las dificultades para ir de aquí; y por último la misma revolución del año 20, que lo deshizo en España (1). En las provincias del Río de la Plata, Argen-

(1) El P. Pablo Hernández en su *Reseña histórica de la Misión de Chile-Paraguay de la Compañía de Jesús*, parte primera, sección primera, n. 1, dice que la cédula de Fernando VII de 10 de Septiembre de 1815 no se pudo cumplir más que en Méjico «por hallarse todos los demás países convulsionados con la guerra de emancipación de la madre patria, y no reconocerse la autoridad del Rey». Ahora mismo veremos cómo era reconocida, y su cédula se recibió y obedeció en Lima, Quito y Bogotá, con otras ciudades dependientes de ellas. Si no se cumplió, fué, a lo menos en la mayor parte de aquellas regiones, por las causas indicadas en el texto, como se entenderá por el curso de la narración.

tina, Uruguay y Paraguay, territorio de la antigua provincia jesuítica de este nombre, sólo había un jesuita, el P. Diego León de Villafañe, vuelto allá en 1799, que no murió hasta 1830. Su deseo de ver allí restablecida la Compañía es cierto; pero ignoramos si pudo hacer e hizo alguna diligencia para conseguirlo. Las disposiciones de Fernando VII ciertamente no pudieron tener aplicación en aquella parte de América; porque ya en 1816 se hizo plenamente independiente de España; y las nuevas autoridades de las nacientes repúblicas difícilmente podían, aun dado que lo desearan, prestar atención a este asunto. Ello es que ni dió fruto alguno una representación de D. Ambrosio Funes, vecino de Córdoba del Tucumán, hecha a la primera junta gubernativa de Buenos Aires en 1811, ni sabemos que se diera ningún otro paso enderezado al restablecimiento de la Compañía (1).

En Chile aun antes de llegar la Real cédula de 10 de Septiembre de 1815, que lo autorizaba en todas las colonias españolas, pero conocido ya el decreto de 29 de Mayo, presentó el Procurador General de la capital una petición al Ayuntamiento, solicitándolo para aquel reino, en 12 de Marzo de 1816. El Ayuntamiento otorgó la petición y entabló el oportuno expediente (2). No sabemos que promovieran el restablecimiento, como en Méjico, tres jesuitas, que también había en Chile: los PP. Felipe Vidaurre, en Concepción; Juan José González Carvajal, en Valparaíso, y Francisco Javier Caldera, cuya residencia ignoramos. Si lo promovieron, sus diligencias y las del Ayuntamiento, Prelado y Cabildo hubieron de ser dificultadas primero, y después cortadas del todo por las fuertes agitaciones, que todo aquel tiempo conmovieron aquel país y trajeron su independencia de España. El deseo y alguna esperanza del P. Vidaurre, consignado quedó en su testamento, otorgado poco antes de su muerte, ocurrida en 1818, por esta condición puesta a la cláusula tocante a sus funerales: «A no ser que yo estuviese otra vez en la Compañía; que en tal caso lo dejo todo al cuidado de los superiores» (3).

En las otras partes de la América central y meridional no sa-

(1) P. Hernández, *Reseña*, lugar citado, n. 2.—P. Pérez, *La Compañía en la Argentina*. Apéndices, Parte primera, n. I, p. 813.

(2) P. Pérez, obra citada, introducción y apéndices, parte primera n. II, pp. XXVI, y 816.

(3) E. Enrich, *Historia de la Compañía en Chile*, t. II, l. IV, c. XVI.

bemos que hubiera jesuita alguno; pero sí hubo ciudades y provincias, cuyas autoridades, ya eclesiásticas, ya civiles, acudieron al Rey en demanda de ellos, quiénes antes, quiénes después de recibir la cédula de su restablecimiento en Indias.

Del Perú se hallaba en Madrid en 1815 el diputado a Cortes por la provincia de Puno, D. Tadeo Gárate, recientemente nombrado gobernador e intendente de ella por Fernando VII; y el mismo día que se expidió esa cédula, pero sin conocerla todavía, fundado solamente en el decreto de 29 de Mayo, suplicaba a S. M. que en vez del colegio de franciscanos de Propaganda Fide, cuya fundación en la capital de la provincia tenía solicitada, conforme a las instrucciones recibidas allá para su diputación, se restableciera el que los jesuitas habían tenido en el pueblo de Juli, cuyos bienes todos subsistían, aunque con diversas aplicaciones. La ciudad de Trujillo, por su Ayuntamiento, pidió también la vuelta de la Compañía a su colegio en Octubre de 1815, y repitió la súplica en Noviembre de 1816. De Lima dirigieron sus representaciones al Trono con igual solicitud en Octubre de este último año el Ayuntamiento, el Arzobispo y el Cabildo eclesiástico. En Noviembre y Diciembre la hacían también ambos cabildos, eclesiástico y secular del Cuzco; en Enero siguiente los ayuntamientos de Cajamarca, Huancavelica y Lambayeque; y en Marzo la ciudad de Chachapoyas. Del Perú se titulaba también entonces la ciudad de Loja, que ahora es del Ecuador, cuyo Ayuntamiento resolvió en 6 de Agosto de 1816 pedir jesuitas para encomendarles la fundación del colegio para el cual habían dejado su rica herencia D. Bernardo y D. Miguel Valdivieso.

Del reino de Quito los pedía en Diciembre de 1815, para el bien tan necesario de fieles e infieles en aquellas provincias, la ciudad que le daba su nombre y la de Cuenca; y en Febrero siguiente, con el oficio citado en otra parte, apoyaba el Presidente de la Real Audiencia las representaciones del Vicario eclesiástico de Riobamba, D. José Vélez y Suárez, que quería entregarles una casa e iglesia por él levantadas en la reconstrucción de la ciudad, destruida por el terremoto de 1797, y del Ayuntamiento de Quito, que suplicaba fueran a restablecer el colegio de aquella capital.

También el Virrey de la Nueva Granada añadió su expresiva súplica a las de ambos cabildos de la capital, Santa Fe de Bogotá, con que instantemente pedían en 1817 la vuelta de los jesui-

tas a aquel reino, que sería, según lo aseguraba el eclesiástico, «el medio más eficaz para la sólida instrucción de la juventud, para la enseñanza de los pueblos, corrección de los vicios, fomento de la devoción, progreso de las misiones entre los indios gentiles, adelantamiento de las ciencias, para la disciplina y reforma del estado eclesiástico. Será, en fin, el medio más seguro para consolidar la obediencia, sumisión y fidelidad de estos pueblos».

De Cuba pidió jesuitas el Ayuntamiento de la Habana, no bien tuvo noticia del decreto de 29 de Mayo. De Mérida de Maracaybo fue el Prelado el que se dirigió al Rey pidiéndolos para cooperadores suyos en el sagrado ministerio de la evangelización y santificación de las almas (1). Todos estos memoriales venían apoyados, como en parte acabamos de ver, en las mismas razones que los de la Península, breve pero suficientemente expresadas en otra parte. Las misiones entre infieles, la vida cristiana de los fieles, la enseñanza y educación de la juventud, la fidelidad de los pueblos al soberano, habían decaído notablemente con la falta de la Compañía, y de ella se esperaba su restauración.

Pero esa restauración no era hacedera, aun cuando la Compañía se hubiera presentado de golpe en América tal como estaba al ser desterrada, con el mismo personal y los mismos recursos. Hubiera, tal vez, no saliendo de allí, evitado el daño; remediarlo, ni restaurada ella misma de golpe en todo su antiguo ser, vigor y condiciones de vida y acción. Y nada de esto había.

Antiguos jesuitas, o naturales de América, o españoles pasados allá y pertenecientes a aquellas provincias jesuíticas, quedaban todavía en Italia y España en 1815 bien pasados de ciento. De todos ellos, fuera de los dos que volvieron a Méjico, ninguno pasó otra vez a aquellas partes, aunque algunos vinieron de Italia a España con ese intento. Aquí en la Península, si, vivieron y murieron en la Compañía más de treinta (naturales de allá ni la tercera parte), y en Italia también un buen número de ellos. Pero siendo muy pocos los que no contaban de setenta años arriba, ¿cómo habían de ir a tan lejanas tierras a restablecer la Compañía? Era necesario formar otros, y esto requería algún tiempo, y dinero con que sustentarlos durante él.

(1) Todas estas representaciones, originales o copias auténticas de ellas, se encuentran en el A. H. N.; *Jesuitas*, legajos 116 y 117. La de la Habana en el *Album conmemorativo de la fundación del Colegio de Belén*.

La Junta apenas pudo hacer sino dar las providencias generales conducentes a la conservación de los bienes que allá quedaban todavía y a la remisión de parte de sus productos a España, para sostener con ellos y aumentar los noviciados, de donde habían de salir esos futuros restauradores de la Compañía en América. A propuesta suya, sin duda, expidió el Ministerio de Gracia y Justicia, a 11 de Junio de 1816, una Real orden circular a las autoridades superiores de Indias, mandando en general que la reconocieran a ella como suprema en punto al restablecimiento de la Compañía, y la obedecieran y ayudaran con sus propias providencias, tanto en lo tocante al restablecimiento mismo de las casas, como en lo relativo a la administración de bienes o temporalidades. Cuanto a lo primero, a ella se habrían de proponer las que pareciera poder ser restablecidas, con informes sobre su edificio, iglesia y bienes subsistentes y enajenados. Cuanto a lo segundo, queda separado de la Hacienda pública el ramo de temporalidades, pero siga administrado en la forma que hasta aquí; sus productos a disposición de la Junta; y todos los existentes ahora remítansele en la primera ocasión; además razón exacta de todo el ramo: fincas, censos, réditos y cargas (1).

Más adelante, el pensamiento sugerido a la Junta por nuestros Padres de Méjico, de que se formase allí otra dependiente de ésta, parece que suscitó en ella la idea más general de establecerlas en toda la América; y, en efecto, consultado el proyecto a S. M. en 21 de Diciembre de 1818 y aprobado por él, expidió una Real cédula el 6 de Marzo siguiente, mandándolas erigir e insertando para su observancia una larga instrucción, que la de aquí había redactado para la formación de aquéllas, su inteligencia con la suprema y modo de proceder en todo (2). Como si fueran poco los dieciséis puntos de esa instrucción, la Junta añadió unas *Previsiones... a las subalternas de Indias para que las sirviesen de gobierno en la parte económica y administrativa de las Temporalidades* (3). Las juntas se habían de formar en Santa Fe de Bogotá,

(1) Se imprimió y poseemos ejemplares de esta Real orden.

(2) Puede verse en Dávila, t. II, c. VII, pp. 209 a 215.

(3) *Expediente general sobre la creación de Juntas en los Virreinos de Lima y Santa Fe y en los Gobiernos y Capitanías Generales donde convenga, a semejanza de la que se ha creado en Méjico, que entiendan privativamente en el restablecimiento de la Compañía de Jesús en aquellos dominios, bajo las reglas que se expresan en la Instrucción.* A. H. N.; Jesuitas, 116.

Lima y Buenos Aires o Charcas para aquellos tres Virreinos; en las Presidencias de Santo Domingo, Guadalajara, Quito, Guatemala y Chile; y en los gobiernos independientes de la Habana y Mérida de Yucatán. Como no se trataba de restablecimiento inmediato, el cuidado de las juntas había de ser enterarse del estado de los edificios y de toda clase de bienes de los antiguos colegios y misiones de sus respectivos territorios, y ver dónde primero, atendidas todas las circunstancias, podría restablecerse alguno. Lo más de las *Instrucciones* versa sobre la administración de las temporalidades, que habían de estar a su cargo, y de cuyos productos pedía algunas remesas la Junta de Madrid, ya para sostener los noviciados, donde se formaban los futuros misioneros de América; ya para costearles el viaje, cuando lo emprendieran; ya también para contribuir al sustento de los antiguos quedados en Italia. Para todo eso eran insuficientes los recursos de aquí. De todas sus operaciones habían de dar cuenta a la Suprema, que con ese conocimiento vería a dónde se deberían dirigir las primeras expediciones.

5. Otro proyecto se formó para comenzar allí la obra tan deseada del restablecimiento de los jesuitas, sin esperar a que los nuevos, que se formaban en España, estuvieran en condiciones de realizarlo; traerlos ya formados de otras naciones.

Por tres conductos llegó esta petición de jesuitas extranjeros a nuestros superiores mayores. Primeramente por el P. Comisario. La Junta, en el mismo oficio de 31 de Octubre de 1818, en que instaba muy apretadamente por la vuelta a la Península de los españoles residentes en Italia, le encargaba que pidiera al General, al Vicario o a quien correspondiese, promovieran también la venida de italianos, alemanes o de otra cualquiera nación, que se ofreciesen o para España o para Indias; y el P. Zúñiga transmitió inmediatamente esta petición, por lo menos al Vicario General de Roma (1).

Más autorizada fué la segunda vía por donde llegó poco después a él y al P. General, residente en Rusia. A causa, no más, de una equivocación o mala inteligencia, se hizo la petición de jesuitas extranjeros expresamente en nombre del Rey, por conducto de sus embajadores en Roma y en San Petersburgo, que la

(1) El oficio de la Junta, original en nuestro poder; la minuta en el A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 276.

pasaron a nuestros superiores por mano del Sumo Pontífice y del Czar. Fué el caso que la Junta en 15 ó 17 de Diciembre, como si no hubiera hecho ya ese llamamiento de extranjeros por medio del P. Zúñiga, elevó a S. M. una consulta, en que, fundándose en la escasez de españoles aun para España, y en una indicación que el Provincial de Méjico había hecho sobre envío de italianos y alemanes, decía haber convenido con el P. Comisario en hacer aquella invitación general para América por medio de los superiores respectivos, y lo proponía a la aprobación de S. M., suplicándole que, si la merecía, mandara a sus embajadores dar pasaporte a los que le pidieran para venir a España y pasar a América (1). Mas como, aprobada por el Rey la proposición, en las Reales órdenes dirigidas a D. Antonio Vargas en Roma y a don Francisco Zea Bermúdez en San Petersburgo, sin hacer mención expresa de los pasaportes, que era lo único que la Junta pedía de ellos, se les dijera en general que S. M. había determinado se hiciese aquella invitación a los jesuitas por medio de sus respectivos superiores, y que se les comunicaba a ellos esta soberana resolución a fin de que tomaran las medidas convenientes para su cumplimiento en aquellos países; ellos entendieron que se les encargaba y les tocaba negociar en nombre del Rey con el General en Rusia y con el Vicario en Italia la venida de extranjeros, y de hecho la negociaron por medio de los gobiernos ruso y pontificio.

Poco después, a 30 de Abril de 1819, cuando apenas tenían ellos entablada esta negociación, escribió derechamente el Presidente de la Junta, por acuerdo tomado en ella, a ambos superiores, General y Vicario, pidiendo al primero, no ya determinadamente para América, sino para América o para España «cua-

(1) Extracto de la consulta, dictamen original favorable del Confesor y resolución de S. M. en el A. H. N.; *Consejos; Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7. Copia certificada del dictamen de la Junta, de la Real resolución y de su publicación, en el mismo archivo, *Jesuitas*, 276. Parécenos que la Junta cayó en la cuenta de haber dado un mal paso llamando extranjeros por medio del P. Comisario sin contar con el Rey; y por eso en esta consulta habla de ello en términos algo equívocos, que tanto pueden significar cosa ya hecha como mero proyecto, aunque más bien esto último, sometiéndolo expresamente, eso sí, a la aprobación de S. M. Nos fundamos en que teniendo ya redactada otra consulta, donde se dice estar dado aquel paso, y se pide, no la Real aprobación, sino sólo la orden a los embajadores para que den pasaportes, la retiró y la sustituyó con esta.

renta o cincuenta jesuitas de esos dominios de Rusia, Polonia y Alemania, de edad de veinticinco a cincuenta años, instruidos y capaces de dar enseñanza de cualesquiera clases de las que comprende la buena educación y aun la Filosofía y Teología»; y al segundo, que invitara a venir a napolitanos y sicilianos, o a lo menos diera permiso a cuantos para eso se lo pidieran (1).

El P. Vicario, antes de recibir esta carta, había ya escrito por sí y por otros a las casas de Italia, en cumplimiento del encargo recibido del Cardenal Consalvi. Secretario de Estado de S. S. a petición del embajador español; pero aunque se ofrecieron a venir algunos italianos, solamente vinieron de hecho los PP. Ignacio Duchesne, de Santa Fe de Bogotá, y Juan Francisco de Regis Ruiz, español, que perteneció a la antigua provincia del Paraguay; porque, como el P. Vicario decía en sus respuestas al Secretario de Estado y al Presidente de la Junta, en Italia se sentía la misma falta que en España, y los pocos sujetos que había eran, o jóvenes sin formar, o viejos sin fuerzas para trabajar (2).

En Rusia, D. Francisco Zea Bermúdez pasó a aquel Gobierno la petición del nuestro, para que la transmitiera al P. General. Pero el Ministro ruso, en vez de transmitírsela, lo que hizo fué preguntarle secamente cuántos Padres alemanes e italianos podría poner a su disposición, sin decirle para qué. Cuando luego, entrando ya en correspondencia directa con nuestro embajador, entendió de lo que se trataba; creyó que para eso serían más aptos otros que los siete designados en la respuesta dada al Ministerio ruso; y se adelantó a ofrecer dos más que sabían el castellano, aunque no eran alemanes, italianos ni sicilianos, a los cuales se limitaba la petición de España, sino franceses. En demandas y respuestas entre el P. General, el embajador y nuestro Gobierno sobre la designación definitiva de los sujetos, por dónde habían de hacer el viaje a España y otros puntos secundarios, fué pasando el año de 1819; y cuando parece que ya estaban de

(1) Originales en *Cast. I.* Minutas en el A. H. N.; *Jesuitas*, 276.

(2) Más menuda razón de todo da el P. Fortis al P. Zúñiga en carta autógrafa que poseemos, de 28 de Abril de 1819. — La correspondencia entre el Ministro de Estado español y el embajador, Vargas, entre Vargas y Consalvi y entre Consalvi y el P. Fortis, en el A. H. N.; *Estado*, 5.755 y en el de la embajada de España en Roma cerca de la Santa Sede, *Registro del año 1819* y en expediente separado del mismo año.

camino, estalló en España la revolución del 20, y quedó deshecha la proyectada expedición para América, que tal vez hubiera podido ser aumentada, por haber sido ese mismo año expulsados de Rusia todos los jesuitas, y quedado, por tanto, probablemente disponibles mayor número de ellos (1).

6. Añadamos para terminar este punto otro proyecto, también frustrado, de misión americana. Conocida es la reunión de un ejército bastante numeroso en la ciudad de Cádiz y sus inmediaciones, destinado a sofocar, si pudiera, la rebelión que dominaba ya por completo en unas provincias y tomaba cuerpo en otras de las de América; y conocida es también la traición con que, siguiendo la voz de algunos de sus jefes, iniciados en las logias masónicas e inspirados por ellas, y cediendo al temor de los trabajos de la campaña y al influjo del oro, que los americanos derramaban; en vez de ir a sujetar rebeldes en Indias, se rebeló él en España, proclamando la constitución abolida del año 12 el 1 de Enero de 1820. Pues para acompañar a ese ejército en su expedición a América, pidió su Teniente Vicario General ocho o diez jesuitas, confiando que servirían mucho para ganar con la eficacia de sus exhortaciones a los insurgentes, rendidos no más que por la fuerza de las armas; y aprobado por el Rey este pensamiento, lo comunicó el Ministro de Gracia y Justicia al P. Comisario el 23 de Agosto de 1819, para que buscara «todos los medios imaginables» de ponerlo en ejecución, por esperar mucho S. M. de ellos, dada la buena memoria que de sí habían dejado en América, y especialmente en el Virreinato de Buenos Aires con sus celebradas misiones del Paraguay (2). Pero antes, seguramente, de recibir su respuesta, porque estaba a la sazón fuera de Madrid, el mismo Ministro se la daba al de la Guerra el 1 de Septiembre con esta lacónica Real orden: «El Rey N. S. está bien

(1) La correspondencia sobre este punto en el A. H. N.; *Estado*, 5.915 y 6.128; *Jesuitas*, 276, y en nuestro poder.—La noticia de que venían ya los Padres hacia España, nos la da este capítulo de los tratados en Junta de 3 de Marzo de 1820: «El señor fiscal hizo una indicación relativa a haber sido detenidos en Italia algunos jesuitas de Rusia que venían destinados a España.» (Leg. cit., 276.)

(2) Real orden original del Ministro de la Guerra al de Gracia y Justicia de 20 de Agosto de 1819, en el A. H. N.; *Consejo*; *Consejo de Castilla*; *Órdenes religiosas*, n. 7; y allí mismo la minuta de la de éste al P. Zúñiga pasándole la anterior.

informado de la imposibilidad en que se hallan los jesuitas de poderse emplear, por ahora, en otro objeto que el de su restablecimiento (1). Nos inclinamos a creer que quien medió y cortó ese proyecto fué el Confesor del Rey, bien enterado de la falta de sujetos que poder enviar.

Aquella tan general sublevación de las provincias ultramarinas provenía en parte del extrañamiento de los jesuitas de ellas, decretado por Carlos III, como reconocen aun autores nada sospechosos. Y sus ministros habían persuadido al buen hombre que la Compañía era la que, si no se la echaba, arrancaría pronto de su poder aquellos preciados dominios. Ahora no sólo aquí, sino también allí, los fieles y afectos a España miraban la vuelta de los jesuitas como uno de los mejores medios de total pacificación, y así lo expusieron al Rey en varias de las representaciones con que acudieron a él pidiendo la Compañía, como queda dicho en otro lugar.

7. Entre los asuntos que, al sobrevenir la revolución de 1820, tenía la Junta pendientes y quedaron sin decisión definitiva, merece algún lugar en esta historia uno, cuya resolución favorable había ya dado el Rey por decreto extendido, pero todavía no firmado, los últimos días que precedieron al aciago 7 de Marzo de aquel año.

La lucha sostenida por la Compañía de Jesús en el siglo XVIII, en la cual vino a sucumbir gloriosamente con la bandera enhiesta, fué lucha de principios y doctrinas y de su aplicación a la vida cristiana en sus múltiples relaciones con Dios y las cosas divinas, con la Iglesia y su Cabeza visible, el Sumo Pontífice, con la conciencia, con la sociedad, con la autoridad civil. A los veinte años de la extinción prevalecieron definitivamente con la revolución francesa y tuvieron aplicación los principios y doctrinas, que la Compañía había combatido y seguían combatiendo los que habían sido sus hijos; y poco antes había formulado el sínodo jansenista de Pistoya una síntesis de las ideas de la secta, combatidas igualmente antes y después por los jesuitas, y solemnemente condenadas luego por la Santa Sede. Como que la que llamaban doctrina de la Compañía no era en suma sino la sana doctrina católica, que para poderla combatir sin apariencias de

(1) Minuta en el mismo lugar, y comunicación original de esta orden al P. Zúñiga en nuestro poder.

heterodoxia presentaban, no como de la Iglesia, sino como mera invención jesuítica. Con este ardid y el de juntar a esas doctrinas católicas, otras erróneas y aun monstruosas, atribuyéndolas falsamente a la Compañía; se logró difundir contra las primeras y contra sus defensores el odio debido y bien aplicado a las segundas. Dejando a un lado cuanto sobre este punto pudiera decirse de otras naciones, y no tomando aun de España sino un ejemplo en comprobación de lo dicho, véase la célebre *Pastoral* del Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos, que es el más palpable, y muy de cerca relacionado con el asunto de que vamos a tratar. Su solo título es un grito de guerra y aun de triunfo en ella, fácil de alcanzar en aquellas circunstancias: DOCTRINA DE LOS EXPULSOS EXTINGUIDA. *Pastoral que, obedeciendo al Rey, dirigía a su diócesis el Ilmo. Sr. D. Joseph Xavier Rodríguez de Arellano, Arzobispo de Burgos, del Consejo de S. M., etc.*

¿Qué doctrina es esa de los expulsos, cuya extinción se celebra el año siguiente al de su extrañamiento de España? El probabilismo y la ciencia media, que eran y son en verdad, doctrinas de la Compañía, aunque no exclusivamente suyas; diversas opiniones morales, principalmente en materia de homicidio y regicidio, que no son ni han sido jamás de la Compañía; pero a vueltas de eso, allí se insinúa como falsa y como propia de la Compañía la doctrina del Primado de jurisdicción del Papa en la Iglesia, que ciertamente era de la Compañía y de la Iglesia de Dios, definida más tarde como de fe en el concilio vaticano (1). Había encomiado el Señor Arzobispo en otra *Pastoral* la *Pragmática Sanción* de 2 de Abril de 1767, dada para la proscripción de la Compañía de los reinos de España; y aplaudía con ésta la proscripción de su doctrina hecha por cédula de 12 de Agosto de 1768, proponiendo solo y en pública pastoral contra ella algunas de las nuevas medidas, que con los otros cuatro prelados del Consejo extraordinario había de proponer más tarde en representación dirigida al Rey. El Consejo, no extraordinario, sino ordinario y pleno de Castilla, con dictamen de los fiscales, Moñino y Campomanes, elevó a S. M. una larga consulta en 1.º de Julio de 1768, en la cual, vistos una porción de expedientes más o menos relacionados con el asunto, entre ellos la delación e informes fiscales sobre la *Suma Moral* del P. Busenbaum, las *Doctrinas*

(1) Véase lo dicho en la *Introducción*.

Prácticas del P. Calatayud, y la dedicatoria que a su *Aenigma Theologicum* puso el P. Cienfuegos; le proponía la supresión general de todas las cátedras de la escuela jesuítica y de sus autores en la enseñanza de las Universidades, seminarios u otros estudios. Fundaban fiscales y Consejo su petición, como ya se deja entender, en los cargos o calumniosos o insubsistentes hechos a nuestra doctrina teológica y moral, repetidos hasta la saciedad en consejos y tribunales, de donde salieron las medidas persecutorias contra la Compañía, y en la prensa encargada de prepararlas, justificarlas y aplaudirlas (1). Conformóse el Rey con lo propuesto por el Consejo pleno, y se expidió la cédula correspondiente en 12 de Agosto de 1768, «por la cual, dice S. M., mando se extingan en todas las Universidades y estudios de estos mis reinos las cátedras de la escuela llamada *jesuítica* y que no se use de los autores de ella para la enseñanza». Mandamiento que a 18 de Octubre se hizo extensivo a los dominios de ultramar (2). Los cinco prelados del extraordinario, no sólo aprobaron esta medida, mas aun añadieron que debía S. M. hacer las más vivas instancias al Sumo Pontífice para que condenara el sistema de la gracia, sostenido por la Compañía, que sólo con malas artes impidió lo fuera al tiempo de las congregaciones *de auxiliis*, y el probabilismo, nacido de él y que deseaban ver condenado los más sabios y celosos prelados y teólogos, y aun mostraban buena disposición para ello los mismos Sumos Pontífices, hasta el actual, Clemente XIII; que mientras esto se negociaba y conseguía, le pedían mandara enseñar la doctrina antigua de la Iglesia, es decir, la de San Agustín y Santo Tomás, con exclusión de las novedades introducidas por los jesuitas, jurando todas las Universidades lo que la de Salamanca en 1627. Más; para cortar a los discípulos de los expulsos el efugio de que su doctrina es la de estos Santos, prohíba S. M. taxativamente *la ciencia media* y toda conclusión conexas con ella, y aun el nombre de cátedra jesuítica, suarista o antitomista; y mande recoger las principales obras de autores jesuitas, particularmente la *Concordia* de Molina. En moral prohíba el probabilismo en toda escuela pública o privada y las obras de los más señalados probabilistas. No basta esto. Los jesuitas para imponer su doctrina persiguieron e hicieron,

(1) La consulta en el A. H. N.; *Consejos*, 900 e, fol. 221 a 310.

(2) *Colección de las Reales órdenes...*, p. 176.

con arte y poder, prohibir los libros que la impugnaban, y otros, por causas no bastantes. Mande S. M. a la Inquisición revisar los expurgatorios y borrar de ellos cuantos están allí injustamente por estas causas (1).

Los fiscales y el Consejo extraordinario, más avisados que los Obispos, convinieron con éstos en que se mandaran revisar los expurgatorios y se prohibiera la ciencia media y el probabilismo; prohibiciones que podían considerarse virtualmente incluídas en el decreto de extrañamiento y en la cédula de 12 de Agosto de 1768, que suprimía las cátedras de la escuela jesuítica y el uso de sus autores en las Universidades y demás estudios de estos reinos; pero no quisieron que se tratara de su condenación en Roma, reconociendo que eso no se podría conseguir. Conforme el Rey en todo con lo propuesto, y pasado el asunto al Consejo pleno para su ejecución, los mismos fiscales, Campomanes y Moñino, expusieron así su dictamen, tocante al primer punto de la ciencia media. «Parece que para conseguir el fin propuesto por los señores Prelados, podría mandarse añadir en el juramento, que deben hacer al tiempo de recibir los grados o tomar posesión de las cátedras o magisterios de Teología los profesores de esta Facultad, que por ninguna manera enseñarán, defenderán o sostendrán en público ni en secreto la opinión de la ciencia media ni las cuestiones conexas o dependientes de ella, y que el mismo juramento prestasen todos los maestros y profesores de los seminarios, los canónigos de oficio y los maestros o profesores de las órdenes regulares, pena de que todos o cada uno de ellos, en caso de contravención, serán castigados con la irremisible pérdida de sus grados, cátedras y oficios temporales, encargando a sus Superiores que por su parte procedan a las demás providencias correspondientes, en inteligencia de que quedarán también inhábiles para obtener en lo sucesivo beneficios o prelacías en estos reinos, por el especialísimo y estrecho encargo con que conviene observar todo lo referido» (2). No les bastaba esto. Habían de hacer el mismo juramento, que escrito debía ser enviado al Consejo, cuantos hasta entonces hubieran profesado esa doctrina; y en sus oposiciones u otras pretensiones habían de hacer constar que lo tenían hecho y que habían dado pruebas de

(1) Copia auténtica en el A. H. N.; *Estado*, 3.513.

(2) Copia a continuación de la anterior, fol. 30.

sumisión al gobierno. Cuanto al probabilismo, deben prohibirse para la enseñanza, no solamente los autores de la Compañía, sino también los de otras órdenes y los seculares que en todo o en parte hayan adoptado las opiniones relajadas; para lo cual, dos o tres personas de sana doctrina, es decir, jansenistas, habían de hacer un catálogo de esas obras, y no ser admitido en seminarios, Universidades, cátedras de conventos, oposiciones, etcétera, «quien no jurase apartarse de tal abuso de opinar; lo mismo debería observarse en las Universidades y estudios monásticos, tocando al gobierno velar en la bondad intrínseca de la enseñanza» (1). Finalmente, por lo que hace a la revisión del expurgatorio, opinan que deben también señalarse «personas versadas en toda instrucción eclesiástica y de regalía», que la hagan con gran secreto, alentadas con la promesa de un buen premio, y añaden las normas por las cuales deberían guiarse en su trabajo.

De tanta representación, dictamen fiscal y consulta de uno y otro Consejo, ordinario y extraordinario, lo que vino a salir en el pleno de 7 de Noviembre de 1771, fué que se guardase inviolablemente lo mandado en la cédula de 12 de Agosto de 1768, asegurando su observancia con juramento los que recibiesen cualquier grado en Teología, y los maestros, lectores o catedráticos al entrar en sus cátedras, tanto de Universidades como de estudios privados; que el punto de moral se tuviese presente para la formación de planes de estudios, como ya se había tenido para los de algunas Universidades; y que para revisar los expurgatorios el Inquisidor nombrara personas que juzgaran de las doctrinas religiosas, y el Rey otras que atendiesen a las jurídicas relativas a la extensión de la potestad civil, de modo que se levantara la prohibición de libros condenados no más que por defenderla contra las pretensiones injustas del poder eclesiástico, punto que no habían tocado los Prelados en su consulta (2). En conformidad con este decreto del Consejo se expidió la Real cédula de 4 de Diciembre de 1771, imponiendo el juramento para la observancia de la anterior, con que fueron extinguidas en todas las Universidades y estudios las cátedras de la escue-

(1) Allí mismo, fol. 32 vuelto.

(2) Allí mismo, fol. 36, y consulta original del Consejo pleno de 18 de Noviembre de 1771 en nuestro poder.

la jesuítica y se prohibió el uso de sus autores para la enseñanza (1).

8. Ambas disposiciones, la de 12 de Agosto de 1768 y la de 4 de Diciembre de 1771, pasaron a la *Novísima Recopilación* (2); y contra ellas reclamó el P. Zúñiga a 17 de Junio de 1816, por haber sabido que seguían observándose en la Universidad de Alcalá y quizá en otros centros de enseñanza, aun después del restablecimiento de la Compañía (3).

Comenzado a tratar este asunto en la Junta, a más tardar, los primeros días de Octubre de 1816 (del 7 es el primer documento que conocemos), estuvo detenido, parte por no querer el Consejo pasar a la Junta los expedientes de que habían dimanado aquellas disposiciones, pedidos por ella para instruir el suyo con pleno conocimiento de la materia, parte por otras causas, que ignoramos. Digamos de paso que, si no conociéramos ya al sucesor de Campomanes en el cargo y en el espíritu, al fiscal segundo, D. José de Hevia y Noriega, le conoceríamos al responder sobre el envío de esos expedientes a la Junta, que no, que sería exponerse a la pérdida posible, aunque inculpable «de unos documentos que serán un monumento eterno de la religiosidad del inmortal Carlos III y de la piadosa ilustración de los prelados y ministros de ambos consejos», ordinario y extraordinario; y que tampoco los necesita la Junta, bastándole el texto de las Reales cédulas emanadas de ellos «para estar a la mira de que el restablecimiento de los jesuitas vaya en un todo conforme con tan religiosas y sabias disposiciones» (4). No parece que se extendieron las diligencias de la Junta en los primeros meses sino a Alcalá, ni a otra cosa que averiguar oficialmente por carta del Cancelario, que se seguía haciendo el juramento prescrito en la cédula de 4 de Diciembre de 1771, aun después de recibidas las de restablecimiento de la Compañía, porque en ellas no era revocado. Cuando más tarde, a fines de 1818, según parece, se reanudó en la nueva Junta el asunto, largo tiempo interrumpido; el Confesor del Rey, a quien S. M. pidió parecer sobre él, respondió que deberían tomarse informes de lo que se ha-

(1) Allí también y en la *Colección de las Reales órdenes...*, p. 178.

(2) Ley 4.^a, tit. IV, lib. VIII.

(3) *Actas de la Junta*, 25 de Mayo de 1819.

(4) Original, 5 de Febrero de 1817. A. H. N.; *Estado*, 3.517.

cía en todas las Universidades y dar una providencia general conforme y consiguiente a las del restablecimiento de la Compañía, puesto que «nada más contrario a él que la privación de sus cátedras y la prohibición de enseñar por sus autores» (1). A la verdad, no entendemos la necesidad de tales informes para tal fin. Con ellos y con la lentitud proverbial en las oficinas de nuestros gobiernos para el despacho de los negocios, la Junta no presentó su consulta al Rey sobre éste hasta el 8 de Octubre de 1819. Entiéndese por ella que, según los informes de las once principales Universidades del reino, las de Zaragoza, Granada y Oviedo habían exigido y seguían exigiendo el juramento en todas las facultades; la de Valencia no lo había exigido nunca en ninguna; la de Alcalá antes y después del restablecimiento de la Compañía, como queda dicho, pero sólo en Teología; y sólo también en Teología las de Valladolid, Sevilla, Huesca, Santiago, Cervera y Salamanca, si bien en esta última, desde el restablecimiento, no todos lo habían hecho, y en las otras aun antes había caído en desuso. Sobre la inteligencia de él había variedad que ocasionaba a algunos desasosiego de conciencia. No podía por menos. Siendo las palabras de la Real cédula abolutiva de la escuela jesuítica, a que el juramento se refería «que no se use de los autores de ella para la enseñanza» ¿cómo determinar lo que comprendía *la escuela jesuítica*; cuáles eran *los autores de ella*; y *qué uso* de éstos en la enseñanza se prohibía, si sólo ponerlos de texto o también citarlos en las lecciones? El fiscal en su informe, que la Junta hace propio insertándole en la consulta, observa que esa medida fué una de tantas como tomó el gobierno de Carlos III para infamar a la Compañía, procurando con ella persuadir que profesaba y enseñaba mala doctrina, no como quiera, sino en cuerpo, y como principios de escuela; extinguir en sus muchos amigos el afecto que la tenían; y borrar, si pudieran, hasta su nombre de la memoria de las gentes. Observa, además, que, derogadas por los decretos y cédulas de restablecimiento, la Pragmática de la expulsión y todas las demás providencias consiguientes a ella; debe tenerse por más que implícita en ellos la derogación de éstas, tocante a la doctrina, vindicada y aprobada bien expresamente por S. M. con decir que espera gran prove-

(1) Original 19 de Enero 1819. A. H. N.; *Consejos*; Consejo de Castilla; *Órdenes religiosas*, n. 7.

cho para sus vasallos de la enseñanza de los jesuitas. Por tanto, la Junta representa al Rey que será conveniente declarar comprendida esa derogación en aquellos decretos; mandar que no se siga haciendo el juramento en las Universidades, que aun lo hacían; y disponer que en todas aquellas en que tenía la Compañía cátedras en propiedad, se le restituyan según vayan vacando, para que las regenten sus individuos, y mientras no los tengan aptos, nombre sustitutos con aprobación de los claustros (1).

El confesor y el Inquisidor general, a quienes pidió el Rey parecer sobre la consulta, la aprobaron sin otra restricción que la de dejar a las Universidades mismas, y no a los jesuitas, el nombramiento de sustitutos. Conforme con este parecer dictó el Rey su resolución y se extendió el Real decreto correspondiente. Pero como el dictamen del Inquisidor general tiene la fecha del 28 de Febrero de 1820, que es decir, en vísperas ya del cambio de régimen; el decreto no llegó a firmarse, y el Ministro constitucional de Gracia y Justicia escribía el 6 de Abril: «Sobreséase por ahora» (2). Y así quedó definitivamente este asunto, del cual no se volvió a tratar después del nuevo restablecimiento de la Compañía en 1823.

9. A mediados del año 1818 se suscitó un asunto de índole doméstica tocante al gobierno de la Compañía en España, pero que no pudiendo menos de salir afuera, hubiera podido ocasionar graves disgustos y aun daños a la renaciente Compañía, si no se hubiera procedido en él con suavidad y condescendencia. Por la parte que en él tomó el Presidente de la Junta, ya que no ella misma, y por no haber otro lugar más oportuno, damos aquí cuenta de él.

Queda relatada en su lugar la designación del P. Zúñiga para gobernar la nueva Compañía española, y cómo en Roma, al Padre Vicario general, Perelli, pareció, con dictamen de sus consultores, que convenía viniese a España con el título y autoridad, no de Provincial, sino de Comisario general. Avisado de ello el General mismo, residente en Rusia, lo aprobó plenamente (3) y

(1) Original, 8 de Octubre de 1819, en el mismo lugar.

(2) En el mismo lugar.

(3) *Quod P. de Zunniga electus fuerit, qui in Hispaniam iret Provincialis sive Commissarius Generalis, facile credo et probó.* (Al P. Perelli, 6 de Septiembre de 1815. Original en nuestro poder.)

aun lo confirmó más tarde a petición del P. Zúñiga; si bien el mismo General ahora escribía que lo que hizo fué *admirarse de semejante título, pero que no se opuso creyendo que el P. Vicario lo habría quizá juzgado necesario para un poco de tiempo en aquellos principios* (1). Olvido parece éste de aquellas palabras; *facile credo et probo*, escritas tres años antes, que quieren decir: *lo encuentro muy natural y lo apruebo*, y están corroboradas con estas otras del P. Pietroboni, uno de sus asistentes: «Puede V. R. decir a los Padres españoles que el P. Zúñiga ha escrito de Madrid a Nuestro Padre, pidiéndole que confirme su nombramiento de Comisario, hecho por V. R... y que inmediatamente se lo ha confirmado» (2).

Seguramente, no fué el intento del P. Vicario al dar este nombre y cargo, ni del P. Zúñiga al aceptarlo, que se perpetuase en España; sino dar con él al restaurador de la Compañía en ella las amplias facultades, que para desempeñar bien este oficio parecieron indispensables mientras durase la obra de la restauración. Ahora, pues, el P. Luis Fortis, provincial de Roma y consultor del Vicario, llamó la atención de él y del General mismo hacia este punto. Ignoramos en qué términos lo hizo, aunque al P. Vicario él mismo dice que le habló amistosa pero enérgicamente, persuadiéndole haber errado en dar aquel título e induciéndole a retirarlo. Tenía el P. Fortis al P. Zúñiga por inepto para el gobierno; tachaba de desacertado el de la provincia de Sicilia, que había tenido por espacio de cinco años hasta su venida a España; trataba de necia y sin fundamento su manera de obrar contra el P. Angiolini en los disturbios por éste promovidos y enderezados nada menos que a separar del cuerpo de la Compañía la provincia recién restaurada de Sicilia; censuraba también su conducta en España; y en una palabra, aseguraba que se había equivocado el P. Perelli, no sólo en darle el título de Comisario y las facultades que le dió, sino también en elegirle por superior, con cualquier título que fuese, de la nueva Compañía española (3). Aparte de otras cosas que ignoramos, hubieron de hacerle formar del P. Zúñiga tan bajo concepto las cartas

(1) Copia. Al P. Fortis, 5 de Enero de 1819. En nuestro poder.

(2) Al P. Perelli, Polock 16 de Junio de 1816. Original en nuestro poder.

(3) Cartas del P. General al P. Fortis de 5 de Enero de 1819 y de éste a aquél de 25 de Febrero del mismo año.

del P. Silva, quien le pintaba las cosas de acá con los más negros colores, hasta indicar, antes de promoverse este asunto, que con algún pretexto le llamasen a él a Roma para informar bien al P. Perelli, y suscitado ya, pero no terminado, que el mismo P. Fortis viniera como Vicario a España para poner remedio a nuestros males. La misma idea de ir todo perdido la había escrito repetidas veces el P. Battier, Procurador general en Madrid, y tal vez otros (1). Juntábase a esto en el P. Fortis el pensamiento de que en España no había otro hombre que el Padre Silva, con quien él había tenido grande amistad durante la extinción. En Roma el nombramiento de Comisario había sido cosa de los españoles, y principalmente del P. Osuna, uno de los consultores, hombre de grande autoridad, sutil y elocuentísimo, que ofuscó a los otros y al mismo P. Perelli, para no ver sino el poco bien que de presente traería, sin dejarles columbrar los daños de adelante. Así decía que lo había sabido él cuando fué a Roma el año 1816. En España, de los consultores del Comisario, el P. Parada «apenas distingue lo blanco de lo negro»; el P. Alcoriza no significa nada; el P. Soldevila «expertísimo en el manejo de los negocios, y que a ser monje o fraile lo hubiera manejado todo a su gusto en los capítulos», hace lo que quiere del P. Zúñiga y de los otros dos. Queda el P. Silva, «varón de suma moderación y prudencia»; pero solo, ¿qué puede hacer contra cuatro? (2). Tales eran las ideas del P. Fortis contra el P. Zúñiga, su gobierno y el título y cargo de Comisario que desempeñaba, cuando aconsejó al General que se lo quitara; aunque no sabemos que la expusiera en aquella carta, sino en otra escrita durante el curso de este negocio. En aquella tal vez se contentó con aducir para mover al P. Brzozowski las razones, bien fundadas, que efectivamente contra él se alegaron y luego veremos. Ello es que el P. Fortis fué quien removió el asunto con el P. General, como este mismo nos dice, y con el P. Vicario, por confesión propia.

Y uno y otro resolvieron suprimir aquel título, pero por distintos caminos. El P. General escribió sencillamente al P. Zúñiga

(1) Cartas del P. Silva de 24 de Agosto y de 22 de Octubre de 1817, y de 15 de Junio de 1819; del P. Battier de 3 de Julio y 31 de Agosto de 1817, 14 de Junio de 1818 y 4 de Marzo de 1819, originales en *Cast. I.*

(2) Carta últimamente citada.

el 28 de Julio de 1818: «De otro punto tengo que tratar con V. R., a saber, el título de Comisario. Que si pudo ser ahí necesario al principio, y por eso se lo dió a V. R. el P. Vicario, para poner en orden y asentar las cosas con el Gobierno, con los nuestros y con los Obispos; pero pasados tres años, y asentadas ya, como creo, déjelo V. R.; persuada, si es menester, a los de casa y a los de fuera, a que ya no se lo den, y tome el acostumbrado de Provincial. Bien sabe V. R. los disturbios a que en otro tiempo dió ocasión en la Compañía el tal título. Hombres somos ahora, como entonces; arranque de raíz y extirpe por completo este funesto germen de soberbia el mismo que después del restablecimiento de la Compañía ha sido el primero en llevar este nombre; a quien yo he reconocido siempre por insigne amador de la misma Compañía y de la modestia y humildad religiosa y por eso he estimado muchísimo» (1). En esta humildad del P. Zúñiga fundaba el P. General la más segura esperanza de ser sin resistencia alguna obedecido (2).

Por otra vía echó el P. Perelli, a lo que podemos conjeturar. Escribió también al P. Zúñiga, pero no ordenándole dejar el título de Comisario, sino que en la forma acostumbrada formase y enviase a Roma una terna para el nombramiento de un Provincial, que le aliviase en parte su trabajo, compartiendo con él los cuidados del gobierno (3). El Comisario recibió juntas las dos cartas, reunió inmediatamente la consulta, y leídas, quiso poner en ejecución las órdenes que ambas contenían. Opusieronse todos los consultores a la división del gobierno con el nombramiento de Provincial, dado que el General parecía estar por la unidad, cambiando sólo el título; y todos, menos el P. Alcoriza, creyeron también que este cambio tenía gravísimos inconvenientes, y que era necesario representarlos a los superiores mayores, pidiendo que por entonces no se hiciese mudanza. Con esto el Padre Zúñiga escribió al General manifestando que por su parte no tenía la menor dificultad en mudar su título de Comisario en el de provincial; pero que tres de los consultores opinaban no poderse hacer por entonces sin exponer la Compañía a graves pe-

(1) Copia en el registro correspondiente.

(2) Al P. Fortis, 12 de Agosto de 1818.

(3) El P. Soldevila al P. Vicario, sin fecha (1818). Borrador en nuestro poder.

ligros; y los mismos consultores escribieron exponiendo estos peligros al P. Vicario (1). Los inconvenientes que el caso ofrecía, ciertos y graves, se reducían a éste. Vimos antes el tenaz empeño del Consejo de Castilla en que los jesuitas tuviesen por superior en España un Vicario independiente del General, si era extranjero, como decía tenerlo las otras órdenes religiosas (2). No había venido en ello el Rey; pero el título de Comisario, dado al P. Zúñiga, y la amplitud de las facultades, que en la patente se le concedían, aunque no le sacaban de la sujeción al General, le daban por lo menos el color de aquella independencia, que en los superiores de algunas otras órdenes en realidad existía; y con esto, en lo de fuera, pasaba tal vez inadvertida la diferencia. Si se levantaba este velo que cubría nuestra dependencia del Preposito General, como oportunamente notaba el P. Soldevila ¿se sufriría en nosotros al descubierto lo que se daba a entender no querer sufrir en los otros? A lo menos, ¿no daría esto pie a nuestros enemigos, que ni eran pocos ni flacos, para levantar contra la Compañía una fiera borrasca? y los mismos amigos, patronos y favorecedores, sobre todo los que oficialmente intervenían en nuestras cosas, empezando por el Rey ¿pasarían por esta mudanza? El temor que pudiera concebirse, de que esa independencia aparente se convirtiera en real, no tenía fundamento en hombres que habían resistido enérgicamente a semejantes pretensiones del P. Angiolini en Nápoles y Sicilia, y que aun en punto a facultades del Comisario se remitían llanamente a la voluntad del General, que podía ampliarlas o restringirlas a su gusto (3).

En esta sustancia escribieron los consultores al P. Vicario. Pero como al General no le había expuesto el P. Zúñiga estos temores particularmente, contentándose con decir en común, que los consultores veían peligro en la mudanza; éste, sin dar lugar en su ánimo a la menor desconfianza del Comisario, tuvo alguna de ellos, miró como excusa el temor que alegaban, y se disponía a mantener firme su resolución (4). Con todo, quiso y mandó que se tuviera aquí nueva consulta, teniendo en cuenta el sentir de

(1) El P. General al P. Fortis, 1 de Enero de 1819.

(2) Libro primero, capítulo IV, números 5 y 6.

(3) El P. Zúñiga al P. Perelli, 30 de Marzo de 1819; el P. Soldevila al P. Vicario, dos cartas sin fecha de 1818 y 1819, cuyos borradores poseemos.

(4) El P. General al P. Fortis, 1 de Enero de 1819.

la Compañía en lo tocante a Comisarios, y que los pareceres de todos fuesen fielmente transmitidos al Vicario en Roma, a cuyo cargo quedaba deshacer el yerro cometido, y apagar la peligrosa centella antes de que levantara mayor incendio (1). Pero apenas despachada esta carta, recibe una del mismo Vicario diciéndole, sin exponerlos, que los consultores de aquí representan graves inconvenientes en la mudanza del título de Comisario, y que pareciéndole fundados, suplica a S. P. M. R. desista de su intento. Con esto el General, al pronto vacila un poco; y aunque siempre con el temor de que sea tanto más difícil suprimir aquel título cuanto más dure, todavía lo remite al juicio de los dos que en Roma andaban en ello: el P. Fortis, recientemente nombrado Vicario y el P. Perelli, que acababa de serlo (2). Pero luego cambió de consejo; y a Roma y a España escribió con resolución que se suprimiera el nombre y cargo de Comisario, no siendo menester más deliberación en cosa decidida antiguamente por la misma Compañía (3). Tan resueltamente debió de escribir, que el P. Fortis, en vista de ello, hablando del P. Zúñiga a propósito de un asunto pasado, le llama el *tunc commissarius*, el que entonces era Comisario, suponiendo que ya había dejado de serlo (4). Hubo, sin embargo, consulta aquí, según antes lo había mandado, o porque estaba ya hecha y remitidos los votos al P. Vicario cuando la última carta llegó, o porque no creyeron Comisario y consultores satisfacer a su conciencia si no representaban de nuevo los daños, que de la inmediata ejecución de aquella orden temían (5).

Estos pareceres, aunque enviados al P. Vicario, pasaron luego a manos del General. Y no parece que le dieron entera satisfacción. Creía con el P. Fortis, como ya había significado otras

(1) Carta citada del P. General y otras también citadas de los PP. Zúñiga y Soldevila.—Lo dispuesto antiguamente sobre comisarios, cuándo, cómo y porqué, puede verse en Astráin, *Historia de la Asistencia*, t. III, l. II, c. XI, p. 431; y en Sacchini, *Historia Societatis*, P. V, T. I, l. VII, n. 99, p. 336.

(2) El P. General al P. Fortis, 5 de Enero, y el P. Zúñiga al P. Perelli, 30 de Abril de 1819.

(3) El P. Fortis al P. General, 19 de Junio de 1819 y el P. Soldevila al P. Vicario el mismo año.

(4) Al P. General, 25 de Febrero de 1819, capítulo *De Mexicana Provincia*.

(5) El P. Zúñiga al P. Perelli, 30 de Abril de 1819 y el P. Soldevila al P. Vicario sin fecha.

veces, que bien podrían los Padres, si quisieran, allanar las dificultades con la corte y con la Junta. Y así ordenó al P. Zúñiga que lo intentase por medio del Presidente de ésta, y que si Su Ilustrísima no hallase dificultad de consideración, depusiese de hecho para en adelante el consabido título y tomase el de Provincial (1). El Obispo, no sólo opinó lo mismo que el Comisario y sus consultores, sino que encargó el mayor secreto en el asunto, para que ni el Gobierno ni la Junta llegaran a entender que tal cosa se trataba; y él mismo escribió a Rusia exponiendo los fundamentos de su sentir en este caso. «Este P. Comisario, decía, se presentó al Rey y al Gobierno con las facultades y título de Comisario General de la Compañía; el Rey le recibió con la mayor benignidad y le dió a conocer como tal a todas las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles y a la Junta que después creó para auxiliarle en el restablecimiento de la Compañía de Jesús; todos le han reconocido y respetado como tal, no como absoluto e independiente de la autoridad y obediencia de V. P. M. R., sino como un delegado, que hace aquí sus veces y voces. En este supuesto y estado, ya se dejan entender las dificultades que el Gobierno tendrá en reconocerle bajo otro concepto. Era necesario hacer ver los perjuicios que hay en la continuación, y las ventajas en la novedad y mutación de concepto, y que ni aquéllos ni éstas hubo en el primer nombramiento, y su continuación hasta ahora; pero que después han sobrevenido ocurrencias que exigen la novedad, y no sé si aun en este caso de haberlas claras y manifiestas, merecerían el crédito necesario para quedar el P. Comisario y el honor de V. P. M. R. en el lugar y estimación, que en el día tienen, y que a costa de muchos desvelos procuro conservar, para imponer silencio a los émulos, que en todas partes tiene la Compañía de Jesús. Seguramente dará mucho que hacer y que decir la novedad de que este Padre cese de titularse Comisario y tome el de Provincial; y así suplico a V. P. M. R. se sirva disponer las cosas en términos que el Gobierno no llegue a entender semejante novedad. Podrán hacerse novedades en el gobierno interior y que no salga al público; podrá mudarse la persona, si se halla otra más a propósito para el desempeño de este encargo y comisión, en que la Real Junta y el Rey se hallan satisfechos; pero nunca el que se presente bajo otro título que el

(1) El Obispo al P. Zúñiga y al P. General, 29 de Abril de 1819.

de Comisario General. Así lo espero del cielo de V. P. M. R. y de toda la Compañía, por el bien y honor de ella; en lo que tendré la mayor satisfacción y la tendrán los demás señores de la Junta, sin embargo de que nada los he dicho, porque la especie no se divulgue y llegue a noticia del Gobierno» (1).

El General no se dió por vencido. Asegura en su contestación que no tiene quejas del gobierno del P. Zúñiga; pero insiste en que, estando expresamente prohibido en la Compañía como ordinario, y sólo permitido para algún asunto particular y por poco tiempo, el título y cargo de Comisario General, y llevando ya más de tres años el P. Zúñiga; en fuerza de su obligación de mirar por la observancia del Instituto, recomendada en la bula de restablecimiento, y deseada, seguramente, por S. M., se ve precisado a suprimirlo y a entablar la forma regular de gobierno practicada con tan buen éxito por más de dos siglos. Si al Rey se le hace ver el asunto bajo este aspecto, sin duda lo tendrá por bien. Si todavía creyese que debería diferirse algún tiempo la supresión del título de Comisario; muy de grado, dice, vengo en ello, teniendo el mayor gusto en dárselo a quien tantos favores ha hecho y sigue haciendo a la Compañía (2). Esta carta, escrita el 29 de Julio de 1819, no había llegado a Madrid el 19 de Octubre, en que el P. Zúñiga escribía cuánto la deseaba, esperando con ella la solución definitiva de este negocio, para nadie más espinoso que para él. Veía con toda claridad el riesgo que en la mudanza había (3). Pero ¿cómo representarlo sin infundir sospechas de ambición? Y es bien seguro que no la tenía. «Este bendito título de Comisario, escribía al P. Perelli el 15 de Octubre, corre por España, Italia y Rusia; va y vuelve; y aun no se sabe en qué ha de quedar... Yo desde la primera orden dada ya no lo empleo sino cuando no se puede menos. Alguno de los nuestros, creo que por noticias recibidas de Roma, me da el de Provincial, y lo recibo sin chistar, como lo haría aunque me diese el de pillo.» Por dicha suya, el P. General no temió jamás en esta parte cosa alguna, ni dudó de su sólida virtud y de la rectitud de su ánimo, hasta esperar de él que haría lo posible para

(1) Carta citada, original en *Cast. I.*

(2) Copia en el registro correspondiente.

(3) Al P. Perelli, 30 de Marzo y 30 de Abril de 1819.

desvanecer, como se lo encargaba, la oposición que al cambio se temía de fuera (1).

Ignoramos el fin de este negocio, y si la negociación tuvo término o la cortó la muerte del P. Zúñiga y los sucesos de 1820. Sólo sabemos que el Comisario murió con este título y el título con él; porque no se volvió a usar desde entonces.

(1) Al P. Perelli, 12 de Agosto de 1818 y al P. Fortis 1 y 5 de Enero de 1819.

CAPITULO IV

VIDA INTERNA, VIDA EXTERNA Y ESTADO ECONÓMICO DE LA COMPAÑÍA EN ESTE PERÍODO

1. Formación religiosa de los nuevos jesuitas.—2. Formación literaria.—
3. La observancia en general.—4. Ministerios espirituales.—5 El culto del Sagrado Corazón de Jesús.—6. La educación de la juventud.—7. Apuros económicos en los colegios.—8. En el Imperial.—9. Cortedad del fondo general de temporalidades.

1. La composición del cuerpo religioso de la Compañía en estos primeros años de su restablecimiento no podía ser más singular: un centenar de ancianos, religiosos en su juventud, seglares, aunque involuntarios, hacia más de cuarenta años, que volvían a la antigua vida religiosa; y dos centenares de jóvenes que ahora la empezaban. Poco a propósito eran estas condiciones de las personas para entablar en todo su vigor desde un principio la observancia regular y la perfecta disciplina; y todavía otras circunstancias exteriores vinieron a acrecentar la dificultad de una obra ya de suyo y aun en las mejores condiciones difícil. Así, no tanto se ha de extrañar lo que por diversas causas se pueda notar de defectuoso en los ejercicios de la vida religiosa interior o doméstica y exterior de ministerios con los prójimos, como admirar lo que en uno y otro hicieron aquellos heroicos ancianos y los jóvenes que se aprovecharon de sus ejemplos y enseñanzas.

La obra capital de la restauración de la Compañía había de ser, como queda indicado en otra parte, la formación de nuevos jesuitas en el espíritu y modo de ser de los antiguos. Para realizarla debidamente inculcaba el P. General al P. Zúñiga el ir despacio, no tomar al principio muchos colegios, porque no había gente para ellos; y expresaba su temor de que, abarcando

que, abarcando demasiado, sufriera algún daño esa formación de los jóvenes en virtud y en letras (1).

Esta requería, entre otras cosas, parsimonia y selección en el admitir sujetos, madurez y lentitud en su educación religiosa y literaria, y severidad, aunque ejércida con blandas maneras, en amoldarlos a la disciplina regular. Para poderles dar esa buena formación era necesario no aplicarlos a otra cosa hasta que la tuvieran; y consiguientemente no tomar entretanto otras casas ni abrazar otros ministerios que los que pudieran sostener los Padres antiguos.

No parece que se tuvo bastante fuerte la mano en ninguno de estos puntos, sino que se abarcó demasiado y hubo alguna anchura en recibir novicios, en sacarlos prematuramente del noviciado y en educarlos mientras en él permanecían. De esto último no tenemos datos concretos, pero sí quejas de varios sujetos autorizados, suficiente, aunque indirectamente confirmadas por lo que iremos diciendo (2). Pero de la excesiva facilidad en admitir a los pretendientes sin duda es prueba irrecusable el

(1) *Coeterum scit R.^a V.^a optime quomodo sit faciendum. Festinate lente; bene tyrones instituite in spiritu, postea in litteris; paulatim est formanda Societas, quae vobis succedat, aemula patrum antiquorum. Initio non adeunda possessio multorum nimis collegiorum, quia non inveniemus socios.* (22 de Enero de 1817.)—*Gavisus sum vehementer 60 esse tyrones Matrity, Hispani vero 40. Rogo per Jesum Christum ut hae plantulae, quae excrescere debent in proceras arbores, bene irrigentur pietatis, post doctrinae rore et imbre; hae enim sunt spes futurae Societatis ac semina futurorum missionariorum ac martyrum.* (25 de Octubre de 1817.)—*Accepi tum nostrorum qui sunt Romae, tum Reverentiae Vestrae litteras, et ex utrisque intelligo quam pauci sitis et quantum curetis plures habere socios ad satisfaciendum officiis, quae una cum antiquis vel novis domorum et Collegiorum aedibus suscepistis. Hinc timeo ne plus suscepistis quam possitis praestare. Timeo ne tyrones nostri non bene formentur in spiritu et in litteris, et ne ita imperfecti, ita immaturi in omnibus prodeant aliqui ad operandum in vinea Domini et ad docendum in scholis; quod quidem nec gloriam Dei majorem juvaret, nec antiquam Societatis existimationem. Incedamus lente, mi reverende Pater: destructa fuerunt omnia; instauremus res, sed incipiamus a Nostris, adlaborando ut primorum spiritus patrum, deinde litterae in omnibus nostris reflorescant.* (28 de Julio de 1818.)

(2) *A questo ha contribuito ancora la troppa indulgenza e pocca attenzione all' osservanza.* (El P. Córdón al P. Vicario, 29 de Junio de 1820.)—*Non fu essaggerato cio che si scrisse intorno al numero senza scelta, all' inosservanza, ed alle ristrettezze economiche.* (El P. Silva al P. Fortis, 30 de Junio del mismo.)—*Cosa importa che vi siano cento e trenta novizii, se poi escono cinquanta;*

mismo número total de los admitidos al noviciado, que llegó al pie de quinientos en cuatro años, y el de los recibidos sin la edad reglamentaria de quince, que fueron más de ochenta, y de éstos más de la mitad de doce y trece años cumplidos solamente. Otros en cambio tenían más edad de la conveniente, dado que venían sin estudios ningunos o sólo con pocos y malos de Gramática, y a sus años era difícil emprenderlos con provecho (1). Por eso apenas muerto el P. Zúñiga, su sucesor, el P. Córdón, convencido por sí y advertido de Roma por quejas allá idas, de que entre los doscientos y tantos novicios, que por entonces se contaban, había mucha turba inútil; comenzó a separar el grano de la paja, sirviéndole de pretexto para colorear y suavizar tanta despedida, el temor no fingido de que las Cortes le obligaran pronto a enviarlos a todos a sus casas, como sucedió (2). «Yo voy despidiendo aquí, escribía al Rector y Maestro de novicios de Sevilla, yo voy despidiendo aquí todos aquellos cuya distribución favorita era el refectorio y la recreación. Verdaderamente ha habido una gran facilidad en recibir, y algunos de ellos me han confesado que habían venido sin vocación, por un antojo o sin saber por qué. Si V. R. tiene algunos de esos, no hará mal en deshacerse de ellos» (3). Igual manera de obrar aconsejó a los demás, comunicándoles la carta recibida de Roma; pero la dispersión sobrevenida de allí a poco dejó sin duda muy atrás los proyectos del nuevo Superior de la Provincia; pues durante ella quedaron definitivamente fuera de la Compañía harto más de la mitad de los que estaban en probación.

Más de lamentar es que, no sólo al noviciado, sino a los votos, se admitiera sin justo y saludable rigor. De los quinientos, poco menos, que sabemos haber vestido la sotana en aquel período, pasaron adelante haciendo los votos del bienio unos ciento ochenta; pero casi la cuarta parte faltaron a su vocación pidiendo ellos o dándoles los Superiores merecidamente las dimisorias

entrano senza saper Grammatica, e poi studiano poco, non si attende alla virtù, e non s' acquista ne l' uno ne l' altro? (El P. Battier al P. Fortis, Madrid 4 de Marzo de 1819. Originales en *Cast. I.*)

(1) El P. Battier en la carta citada.

(2) El P. Arévalo al P. Vicario, 22 de Junio de 1820. Original en *Cast. I.* —El P. Córdón al P. Diego de la Fuente, 11 de Agosto del mismo año. Original en la *Col. Sev.*

(3) Carta citada de 11 de Agosto.

los años inmediatos, y algunos otros más adelante. Influyó en esta pérdida, sin duda alguna, la dispersión de aquellos tres años; y en hecho de verdad a esa aciaga época corresponden las tres cuartas partes de esos infieles a su vocación; pero es imposible desconocer que provino también en parte de haber dado los votos a jóvenes mal probados (1).

Lo mismo que en el recibir parece que hubo también facilidad demasiada en sacar a los jóvenes del noviciado para los estudios y aun para la enseñanza, y a los coadjutores para las ocupaciones propias de su grado. Varios de éstos y aun algún escolar fueron recibidos en los colegios que se iban abriendo, y allí se quedaron por la falta que hacían, sin poner los pies en el noviciado. A otros, a los pocos meses de estar en él, se los destinaba a los mismos colegios para las faenas de casa o con el cargo de maestros de primeras letras, para el que se los preparaba con clase especial privada en el Colegio Imperial (2). Los escolares parece que ya el primer año comenzaban a estudiar (3), y el segundo eran trasladados de la casa de probación al Colegio Imperial para seguir en él los cursos de letras humanas, lenguas orientales, Matemáticas y Filosofía, si bien en 1819 no había más que veintisiete y algunos menos el año siguiente. De estos últimos solamente tres perseveraron en la Compañía. Aun enseñando aparecen varios en cada uno de los catálogos de aquellos años. Novicios eran los tres maestros de Gramática del Imperial en 1820, y los tres naufragaron en la borrasca de la dispersión.

Reconocido el yerro, no debemos justificarlo, pero sí juzgarlo con toda la benignidad que cabe en la justicia. Era difícilísimo a los superiores no dar en estos extremos y resistir invenciblemente al influjo de las circunstancias en que la Compañía se encontraba. Los pueblos clamaban por jesuitas y por la enseñanza de los jesuitas; y el deseo de poderlos satisfacer cuanto antes hacía recibir como buenos, siquiera en ínfimo grado, a quienes ni en ese lo eran, y dar por suficientemente formados en el espí-

(1) *Il peggio si e che parecchi di loro hanno fatto i voti del biennio.* (El P. Cordón al P. Vicario, 29 de Junio.)

(2) *Cartas anuas.—Apuntes, al fin.*

(3) «En el primero mes de la entrada tienen tres semanas de Ejercicios, y después empiezan a estudiar.» *Diario del P. Arévalo*; noticia recibida de Madrid en carta del P. Lázaro Ramos de 1 de Junio de 1818.

ritu y en las letras a los que no lo estaban. Por otra parte, en el abarcar demasiado, en el abrir más casas de las que se podían bien tener y se abrirían en tiempos normales, no sabemos con cuánta libertad procedían los superiores. No se la quitaba del todo, ciertamente, la Junta; pero sin duda se la mermaba, aunque no fuera más que por lo que se les había de resistir dar una y otra vez la negativa a sus deseos y propuestas. De todo resultó que práctica e inconscientemente se prefirió en el restablecimiento la prontitud y el número a la solidez; por más que especulativamente se reconociera que había de ser lo contrario, y se creyera que realmente se hacía. Quizá en todas partes, en iguales circunstancias, sucede lo mismo. A la provincia de Italia, escribía el P. General en 1824, que eso la había *asesinado* los primeros años, y que tuvo él que hacer allí siendo Provincial lo que aquí el P. Córdón: despedir a muchísimos (1). Por eso nos desagrada un poco ver en las quejas e informes de algunos, condenada sin atenuación la conducta del P. Zúñiga en este punto, y nos complace la manera con que el P. Arévalo, reconociendo el daño, lo lamenta y en parte lo excusa (2).

También se debe advertir que no en todos los noviciados fué el mal tan grande. Los de Loyola y Manresa, por testimonios de los Padres y datos de los catálogos, se conoce que florecieron menos en el número, pero más en la constancia de los jóvenes en su vocación. En Madrid perjudicó seguramente la presencia de la Junta de restablecimiento, y aun la del Rey, a quienes era fácil temer que pareciese mal ver poco poblado el noviciado; y tal vez también la presencia del P. Zúñiga, de suyo condescendiente y blando en demasía (3).

Además, en contraposición a tantas defecciones como hemos notado, acaecidas en la dispersión, merecen y deben consignarse los ejemplos heroicos de amor a la vocación que dieron otros, novicios y estudiantes y coadjutores. Tres catalanes emprendieron el camino de Italia pidiendo limosna para reunirse allí a la Compañía, y hubieran hecho así todo el viaje, si en Toulouse no los hubieran provisto de un regular socorro (4). Otros tres vas-

(1) Al P. Córdón, 18 de Febrero. Autógrafa en nuestro poder.

(2) Al P. Vicario, 22 de Junio de 1820. Original en *Cast. I.*

(3) El P. Arévalo, carta citada.—El P. Córdón al P. Vicario, 28 de Junio.

(4) El P. Córdón, 19 de Octubre de 1822. Original en *Cast. I.*

congados con el mismo intento se fueron a Nápoles, resueltos, si allí no fuesen recibidos, a dirigirse a Francia. Varios pasaron los Pirineos y se acogieron al seminario de nuestros Padres de Aix en la Provenza, donde esperando ser admitidos en la Compañía, estuvieron algunos meses sirviendo como criados, y no logrando su intento, pasaron a Roma. Sin salir de España, y superando los gravísimos peligros e inmensas dificultades que ofrece a todos, y más a los jóvenes, la vida fuera de su centro religioso, perseveraron otros constantes en su vocación y continuaron sus estudios, y hubo quienes de Valencia, voluntariamente, pasaron a Tortosa a asistir a los heridos de peste en aquella ciudad el año 1821, de que murieron cerca de dos mil personas (1).

2. De estudios nuestros en aquella primera y tan corta época apenas hay que hablar. Como según el estado que entonces tenía la enseñanza en España, la principal que se había de dar en los colegios y que expresamente pedían los pueblos era la de Gramática y Humanidades, en estas materias era necesario tener instruídos desde luego a los jóvenes, para que pudieran cuanto antes enseñarlas. Y unos por haber estudiado poco o nada a causa de su corta edad, otros por haberlo estudiado mal, según lo deshecha que toda instrucción andaba entonces, casi todos estaban sumamente necesitados de formación en esta parte. Apuntado queda que novicios en bastante número vivían en el Colegio Imperial, y seguían en él, unos los cursos de Filosofía, de Matemáticas y de lenguas orientales, que se explicaban a los de fuera, y otros los de letras humanas en clase particular, bajo la dirección del P. Córdón; y con esto por sí mismo se entiende que aun hechos los votos continuaban sus tareas escolares allí mismo y en la misma forma. En el noviciado hubo también, a lo menos los primeros años, clases de Humanidades; pero aparecen suprimidas en el catálogo de 1820, aunque quizá no lo estuvieran en la realidad. Con el fin también de preparar operarios jóvenes, que ejercitasen los ministerios espirituales con los prójimos, teniendo siquiera la disposición indispensable, los superiores aplicaron igualmente al estudio de la Moral a algunos escolares, cuya edad y conocimientos previos lo permitían. La Junta, de concierto, sin duda, con el P. Zúñiga, trataba en Octubre

(1) *Memorias* del H. Gregorio Sánchez.—*Anales o historia de Tortosa*, por D. Jaime Fernández y Domingo.

de 1819 de establecer «Colegios de Estudios», y miraba este asunto como urgente y próximo a su realización (1). No tenemos más datos acerca de este proyecto, que probablemente se refería a las facultades mayores de Filosofía y Teología. Lo que sabemos es que no se llegó a poner por obra, desvanecido, como todo lo demás, por el huracán revolucionario.

3. Fuera de lo dicho tocante a la formación religiosa de los nuevos jesuitas, en lo demás la observancia regular no parece que tuviera quiebras de consideración; bien que en los colegios, donde no hubo más de tres, cuatro o seis sujetos, no pudiera guardarse con grande exactitud la disciplina externa en cosas de menor momento, y aun en todos estuviera todavía sin acabar de entablarse. Pero reinaba la caridad y unión de los ánimos, al decir del P. Silva, aunque tan descontento del gobierno del Padre Zúñiga (2) y la más estrecha obediencia, a pesar de notar en los superiores algunos de los súbditos los defectos indicados arriba en la admisión y formación de sujetos (3); había en las más de las casas, como luego diremos, no poco ejercicio de pobreza y se llevaba con ánimo alegre; y generalmente escribía el Padre Zúñiga, después de visitar varios colegios, que en todas partes encontraba observancia, actividad en los ministerios y abstracción de los negocios del mundo (4).

Una cosa puede llamar un poco la atención en algunos de los Padres antiguos vueltos otra vez a la Compañía, y que por los casos de que tenemos noticia conjeturamos que era usual, aunque no estuviera generalizada entre ellos. Los PP. Arévalo, Silva, Campi, Calvo, y de alguno otro hay bastantes indicios, se reservaron con licencia de los superiores la libre disposición de los libros, alhajas, dinero y cuanto tenían suyo al volver a la Compañía, y eso no para deshacerse de todo y distribuirlo siquiera al hacer o renovar la profesión o votos de coadjutores espirituales formados, sino para conservarlo en su poder indefinidamente y aplicarlo a los fines honestos que quisieran y cuando quisie-

(1) Sesión del 12 de Octubre. Academia de la Historia 11-12-1-86 (253); decreto original de la Junta.

(2) El P. Silva al P. Fortis, 30 de Junio de 1820. Original en *Cast. I.*

(3) El P. Fortis al P. General 25 de Febrero de 1819. Original en nuestro poder.

(4) Al P. Vicario, 15 de Octubre de 1819. Original en *Cast. I.*

ran (1). Y así habla el P. Cordón como de cosa muy natural, del *peculio* de los PP. Campi y Calvo, que acabamos de mencionar, algún tiempo después de haber ellos fallecido; y el P. Zúñiga, en carta al superior de Murcia escribía: «Dinero, ninguno debe tener consigo, sino en aquella pequeña cantidad que el superior le permita; *lo demás debe tenerlo en depósito el superior* (2). Véase por estas últimas palabras que todos podían tener dinero, aunque en manos del superior y no usando de él sin su licencia, lo cual ya sería contra el voto. Hacían esto aquellos Padres, según creemos, por haberlo visto hacer así en los últimos años que ellos alcanzaron de la antigua Compañía. El uso de peculios en aquel tiempo consta por diversos documentos. Baste citar el siguiente párrafo del P. Luengo. Entre varias cosas acaecidas en la expulsión generalmente a todos los colegios de Castilla, nota ésta: «La tercera, que en punto de peculios, o dinero de los particulares, hemos salido mucho mejor los de Galicia que los de otras partes; pues por orden expreso de la corte se ha dado a todos lo que era de su peculio, aunque lo tuviesen depositado en la procuración; y los de los otros colegios, generalmente hablando, o por la mayor parte, los han perdido, aun los que estaban en el depósito regular del P. Ministro» (3).

Terminemos este punto con una reflexión que el P. General hacía al P. Zúñiga, cuando comenzaba a gobernar la Provincia de Sicilia en 1809, y parece que quería llevar las cosas a punta de lanza. «Por ambos extremos se puede pecar, le decía, como no ignora V. R.: por exceso de rigor y por exceso de blandura. En los principios mismos de la Compañía son ejemplos de esta verdad el P. Simón Rodríguez y el P. Mirón. La virtud está en el medio. *Después de un trastorno tan grande, después de tantos años pasados en vida seglar, hay que ir poco a poco, empezando por las cosas sustanciales y pasando luego a las más perfectas, unas después de otras*» (4).

4. En lo que no se advierte remisión ni casi la debida mesu-

(1) El P. Silva al P. Fortis, 5 de Febrero de 1828.—Sobre los PP. Campi y Calvo el P. Cordón al P. Monzón, Asistente, 25 de Enero de 1823. Originales en *Cast. I.*

(2) Minuta, sin fecha, en nuestro poder.

(3) *Diario*, t. I, p. 118; 18 de Mayo de 1767.

(4) San Petersburgo, 24 de Noviembre de 1809. *Registro*, donde se advierte que estas palabras fueron de mano del P. General.

ra es en las fatigas de los ministerios tanto espirituales como literarios.

De los que habitualmente se ejercitaban en todas nuestras casas tenemos una muy minuciosa y autorizada relación, que puede verse íntegra en el Apéndice núm. 7. Quiso la segunda Junta en 1819 dar al Rey noticia, no vaga y general, sino por menor y con datos concretos, de lo que la Compañía restablecida trabajaba en el ramo para que principalmente lo había sido, que era la formación y educación de la juventud en letras y buenas costumbres, y con este fin encargó al P. Comisario que pidiera a los superiores de los colegios los informes que hacían al caso (1). Remitidos éstos, que en su mayor parte se conservan originales, se formó con todos un «Breve Compendio», y pasado a la Junta, fué por ella presentado al Rey, que mandó responder haber todo merecido su Real aprobación, y que esperaba continuarían los Padres trabajando en adelante con el mismo celo (2). Habíase incluido en los informes; no sólo todo lo tocante a escuelas, que era lo que la Junta pedía, sino también lo relativo a ministerios espirituales, con toda clase de personas, y así tenemos noticia bastante completa de los trabajos de los Padres en aquella época.

No eran otros que los que la Compañía ha emprendido siempre, conforme a su Instituto, en bien de las almas; pero tenían de singular ser ahora ejercitados por hombres de setenta y ochenta años, que pasaban no raras veces la mañana entera en el confesonario, predicaban domingos y fiestas, visitaban enfermos, cárceles y hospitales, daban Ejercicios, enseñaban el catecismo, erigían y dirigían congregaciones; y en todo eso tenían que hacer y hacían, dándoles el celo fuerzas, más de lo que su edad y los consiguientes achaques permitían. En Madrid, en la iglesia del Imperial, había misión para el pueblo todos los años; en el Noviciado se daban ejercicios a algunos particulares, que allí se recogían a hacerlos; en Palma dos tandas al año en la iglesia, una para hombres y otra para mujeres; en varios colegios se celebraban solemnes novenas en honor de la Virgen, del Sagrado Corazón, de San Francisco Javier y otros Santos. La congrega-

(1) *Actas*, 16 de Abril de 1819.

(2) A. H. N. *Consejos; Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7. Minuta.

ción mariana no parece que llegó a extenderse a otros que a nuestros alumnos; pero para éstos la hubo ya por lo menos en Madrid, Valencia, Oñate, Graus y Cádiz. El ministerio más generalmente ejercitado en aquellos principios, fuera del oír confesiones, fué el de la enseñanza del catecismo, no sólo a los niños de nuestras escuelas, sino también a los demás y a todo el pueblo. Aun las procesiones públicas con los niños cantando la doctrina se restablecieron en algunas partes con solemnidad, con concurso y con satisfacción de la gente, que ahora no podemos entender.

5. Merece especial mención entre las obras de celo con que nuestros Padres desde su regreso de Italia se esforzaron en promover la piedad y reavivar el espíritu cristiano, la devoción del Sagrado Corazón de Jesús. El odio satánico de los jansenistas aquende y allende el Pirineo se había cebado en los jesuitas por su ardiente celo en sostener y propagar esta dulcísima devoción, y en la devoción misma, por ser, como decían, devoción jesuítica. Comunes fueron, tal vez sin excepción, los amigos y los enemigos, los defensores y los perseguidores de la devoción del Corazón de Jesús y de la Compañía de Jesús (1). El haberla querido dar un buen impulso en España, alcanzando de la Santa Sede pocos años antes de la expulsión, la celebración de su fiesta con oficio y misa propios, interponiendo las súplicas de gran número de Obispos y cabildos catedrales, pero sin contar con el Rey, hizo que uno de los primeros actores de aquella tragedia lanzara contra los jesuitas, terribles y poco encubiertas amenazas, y punto menos que el definitivo: *delenda est Cartago*. No se contó con el Rey para aquella petición, ni había obligación, ni se podía esperar de los ministros que le rodeaban y de los vientos que en la corte corrían sino rotunda negativa y aun decidida resistencia, coloreada con la que Benedicto XIV había hecho años atrás, siendo promotor de la fe, a la misma pretensión. Pero cuando ahora se estaba tratando otra vez de la petición de nuestros prelados y cabildos; tuvo noticia de lo que pasaba el gran jansenista, Roda, a la sazón embajador de España en Roma, por aviso que le dió el Cardenal Ganganelli; estorbó la consecución de la gracia; y aquí en España los Obispos, que la pedían, llevaron una reprimenda de parte de S. M. C., y contra los je-

(1) Nilles, *De rationibus fectorum...*, l. I, P. 1.^a, c. IV, § IV, pp. 153-56.

suitas escribió furioso el Confesor del Rey, el conocido P. Osmá, una carta incendiaria, llamándolos traidores y amenazando con una fuerte providencia para remedio de tan graves males; tal vez la expulsión, que vino poco después (1). Ya se ve cuán relacionada anduvo la ruina de la Compañía de Jesús con su celo por la devoción del Corazón de Jesús.

Por dicha, quedaba ésta arraigada en España en el corazón de nuestros amigos; pero fuerte sacudida y rudo golpe sufrió con el extrañamiento. En la mayor parte de nuestras iglesias estaba fundada y floreciente la congregación, que nuestros Padres fueron los primeros en implantar en estos reinos (2); y todas aquellas congregaciones, con las demás dirigidas por la Compañía, fueron despóticamente abolidas por Carlos III (3). Más aún; poco después escribía Roda a su sucesor en la embajada de Roma, D. Tomás Azpuru, y a su grande amigo, el Cardenal Marefoschi, enemigo mortal como él de la Compañía de Jesús y de la devoción al Corazón de Jesús, que el Rey había desterrado de todas nuestras iglesias esta superstición jesuitica, y hecho que se recogiesen y quitasen de ellas todos los cuadros que llevaban la bendita imagen (4). No hay porqué continuar exponiendo toda la guerra que al Corazón divino se hizo durante nuestro destierro. Lo que aquí cumple es notar la coincidencia, o hablando con propiedad, la amorosa y como natural providencia del Señor, en introducir en España la fiesta litúrgica con el oficio y misa del Sagrado Corazón de Jesús, al mismo tiempo que volvía también de Italia la Compañía desterrada. No sabemos, ni nos parece que en la consecución de esta gracia en Roma tomaron parte directa e inmediata nuestros Padres; obra debió de ser de nuestro grande amigo y favorecedor, el nuevo Patriarca de las Indias, Ilustrísimo Sr. D. Francisco Antonio Cebrián y Balda, que años atrás, siendo Obispo de Orihuela, la había obtenido para su diócesis, y movió sin duda al Rey a pedirla a Su Santidad. El 7 de Diciembre de 1815 fué concedida para todo el reino (5). Pero como no

(1) Puede verse esta triste historia en *Razón y Fe*, t. XXXIII (Mayo-Agosto de 1912), pp. 165, 437. Más brevemente en Uriarte, *Principios del Reinado del Corazón de Jesús*, n. 104, p. 477 y siguientes.

(2) Véanse los *Principios del Reinado*.

(3) Real cédula de 28 de Diciembre de 1769.

(4) *Razón y Fe*, lugar citado.

(5) *Principios del Reinado*, n. 107, pp. 503-504.

perdieron de vista en el destierro la devoción *jesuítica*, antes la defendieron y difundieron con celo infatigable con la palabra y con la pluma; al primer anuncio de su vuelta a la patria, luego acariciaron al pensamiento de reavivarla y propagarla en España. Así, el P. Francisco Catalá, y quizá otros que ignoramos, en vísperas de emprender el viaje, pidió y obtuvo en Roma patente de la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, establecida en Santa Maria *ad Pineam*, con facultad para erigir otras y agregarlas a ella (1).

De hecho, ya en este primero y corto período de vida de la Compañía española encontramos congregaciones del Sagrado Corazón de Jesús y cultos en honor suyo cada año y aun cada mes en nuestras iglesias de Madrid, Valencia, Palma, Manresa, Murcia y Tortosa. Y tan unido iba ahora como antes el nombre de la Compañía a la devoción del Corazón de Jesús, que el P. Silva escribiendo a Roma en 1822 decía: «Aquí la prensa pública nos pinta como intrigantes; pero en tan buena compañía como la devoción del Corazón de Jesús, que tachan de supersticiosa: todo con ocasión de las funciones hechas en Bordó por la religión y felicidad de España» (2).

6. Del trabajo que en la enseñanza se ponía queda hecha alguna mención al hablar de cada uno de los colegios. La avidez con que era deseada se manifestó primero en el empeño de tenerla; pero acaso más claramente después en el concurso de los niños a recibirla. Unos cuatro mil frecuentaban ya nuestras aulas al tiempo de la supresión de 1820; más de las tres cuartas partes de primeras letras, muy pocos de estudios mayores, los demás de Gramática y Humanidades. Demasiado se abarcó en aquellos principios de tanta escasez de sujetos, por las causas antes indicadas. Aun así hubo Ayuntamiento, que acusó a los Padres de querer recobrar todos los bienes de los antiguos colegios, sin tomar sobre sí el peso de sus cargas: como si esto hubiera sido posible (3); cuando la verdad era que ni lo correspondiente a las que habían tomado podían conseguir en muchas partes. Esta escasez de rentas juntamente con la de personal para dotar conve-

(1) Despachada el 27 de Septiembre de 1815.

(2) Al P. Fortis, 21 de Febrero-10 de Marzo de 1822. Original en *Cast. I.*

(3) El de León. El documento está en el A. H. N.; *Consejos; Consejo de Castilla: Órdenes religiosas*, n. 7.

nientemente de lo uno y de lo otro los colegios, y los males que de ahí dimanaron, especialmente en la formación apresurada y poco sólida de nuestra juventud, hacían que los más cuerdos, a juicio del P. Córdón, tuvieran por particular providencia de Dios el que las Cortes, próximas a reunirse, nos quitaran los colegios y nos redujeran a pocas casas (1).

Con tales circunstancias y atendida la corta duración de este período, que aun para las escuelas del Imperial, primeras puestas a cargo de la Compañía, apenas llegó a cuatro años, no hay que buscar ni echar de menos los frutos literarios de nuestra enseñanza. Ni en lo que más importaba y más los pueblos deseaban, que era la formación moral y religiosa de la juventud, se pudo dar paso de consideración, aunque se emplearon con celo y eficacia, para despertar el espíritu cristiano, tan dañado y decaído, todos los medios, que la Compañía ha usado siempre, como la enseñanza del catecismo, la frecuencia de sacramentos, la congregación mariana, la misa y otros ejercicios de piedad diarios, semanales y mensuales.

7. Terminada la relación del restablecimiento de los colegios, creemos conveniente añadir dos palabras sobre su estado económico, del cual no hemos hecho sino indicar en general las rentas que a cada uno se aplicaron, reservando alguna mayor explicación para este lugar.

Nos queda gran número de cartas de los superiores locales, y oficios del P. Zúñiga para la Junta, por los cuales se ven las graves dificultades con que en este particular tropezaron; porque no siendo nada sobrada la renta líquida que a los colegios se aplicaba, buena parte de ella no se podía cobrar, y la otra, tarde y mal. No estará de más advertir que la total, aun ahora al tiempo del restablecimiento, a veces era de cierta consideración. Así, al colegio de Loyola se le asignaron sus antiguas rentas y censos todavía corrientes, que sumaban más de 145.000 reales; pero con tales cargas, que los reducían a 8.000. Esa era, a nuestro entender, una de las causas que abultaban las riquezas de la antigua Compañía: se miraban y aun exageraban las rentas, y no se tomaban en cuenta las grandes cargas que sobre ellas pesaban, no ya de servicios que los colegios habían de prestar, pero aun de sumas que debían dar a otras personas o corporaciones. El Cole-

(1) Al P. Vicario, 29 de Junio de 1820. Original en *Cast. I.*

gio Imperial cobraba en Nápoles de bienes con que le dotó la emperatriz Doña María, una renta, que a principios del siglo XIX, disfrutándola los canónigos de San Isidro, llegaba a cerca de 150.000 reales; pero de ellos había de dar al convento de las Descalzas de Madrid mas de 66.000 (1). Algo semejante sucedió con otras rentas allí y generalmente en todas partes.

Aquí ya descontamos esas cargas y tomamos en consideración la parte que a los colegios restablecidos quedaba después de cumplirlas todas. La de Loyola acabamos de decir que era de 8.000 reales. Como esto manifiestamente no bastaba, la Junta añadió una pensión de 12.000, mitad de lo que creía sobrante, deducidas cargas, en las temporalidades de San Sebastián; y como aquel sobrante era puramente nominal, por ser la renta de juros incobrables, señaló después otra de 16.000 sobre las de Valladolid. Pudo eso ser suficiente al principio; pero en manera alguna cuando en 1818 hubo ya doce sujetos, y menos luego que se estableció el noviciado y pasaron de veinte y aun de treinta. Entonces los subsidios de la Junta tuvieron que suplir la falta. En Trigueros, de tal modo faltaron las rentas con que se contaba, que la Junta hubo de asignar a los primeros que allí vivieron, la pensión y socorro de los desterrados a Italia, y así lo pasaron con la mayor pobreza en el arreglo de casa y en todo. Lo más que el P. Gálmez pudo después sacar de nuestros bienes, fueron 6.500 reales anuales, por término medio, y con eso, decía él, «se habían de pagar contribuciones, subsidios, manutención, vestido, calzado, pago al criado y ayudante de escuela, que entre los dos se van noventa y cinco duros» y otras mil cosas (2). De ahí que gran parte del pobrisimo mueblaje tuviera que ser prestado, empezando por la propia cama del superior, reducida a cuatro tablas sobre dos banquillos, con mal jergón y peor colchón; y que para sustentarse a sí y a los dos coadjutores, sus compañeros, necesitara frecuentes subsidios de su casa (3).

Al colegio de Tortosa se asignaron rentas cuya suma total era de 14.300 reales. Teniendo que pagar a los maestros seglares,

(1) A. H. N.; *Estado*, 3.517. Minuta de oficio de la Junta al Rector, de 8 de Mayo de 1817, en un expediente sobre aquellas rentas.

(2) Carta original al Rector de Sevilla de 10 de Julio de 1820, en nuestro poder.

(3) Carta citada y otra al P. Parada de 20 de Febrero de 1818, en nuestro poder.

que continuaron con las clases, y atender a los gastos de la iglesia, no quedaban 8.000 para la casa y sus moradores. ¡Y si los hubieran cobrado! Pero casi la mitad (3.388) procedían de las salinas de Zaragoza; y no hubo modo de que su administrador diera un ochavo hasta Octubre de 1819; y entonces el agente o procurador se quedó con más de las dos terceras partes, que no había entregado todavía en 1821. De las de Barcelona cobraron algo, teniendo que abonar más del 6 por 100 al agente; pero en junto fué tan poco, que en cerca de año y medio no pasó de 2.290 reales y un socorro de 3.000 que la Junta les dió. El superior sacaba haber percibido para cada uno de los cuatro sujetos, que casi todo este tiempo hubo allí, tres duros y algunos reales al mes. Sin duda por eso el P. Comisario quitó pronto de aquel colegio al P. Diego de la Fuente. Aun así véase el trato a que se veían precisados. «Con dos onzas de chocolate, decía el P. Campi, nos desayunamos los tres. Una sopa, cinco onzas de carne sin tocino, media manzana o cosa semejante hace nuestra comida sin principio o guisado; por la noche un par de huevos pasados por agua (para ahorrar el aceite, que va carísimo) hace nuestra cena. Ningún extraordinario, ni por Navidad o Pascua... Reservamos las devociones para la noche a oscuras. Toda la ciudad sabe y admira nuestra miseria; pero habiendo faltado las cosechas estos cinco años, todo lo necesitan para sí. Decía días pasados un hombre prudente: ¡Qué crueldad! ¡Llamar a estos pobres viejos y no darles con que vivir!» (1). Y seguía una relación parecida de lo demás de la casa. En el comedor, asientos de ladrillo y manteles que no cubrían del todo la mesa; las ventanas sin vidrieras ni encerados, fuera del cuarto de estudio; colchones usados; una manta de lana para todos: sábanas de cáñamo sin blanquear, gruesas y tan cortas, que apenas llegan a cubrir el colchón. «Cuando menos nos pensemos, nos quitarán la campana de la iglesia, pues es prestada.» A pesar de tanta escasez, «nosotros, añadía, estamos resueltos a aguantar en servicio del pobre Jesús y de nuestra amada madre la Compañía, que se fundó con mayores trabajos y penurias de nuestros primeros padres; bien que eran jóvenes robustos y nosotros viejos llenos de achaques». La Junta tuvo que señalar del fondo general un socorro anual de 8.000 reales. Lo cual, atendidas las necesidades de

(1) Carta autógrafa de 16 de Octubre de 1817, en nuestro poder.

aquel colegio, no impidió que el Señor Obispo escribiera en Mayo de 1819, que los dos Padres y un criado que tenían, vivían con suma estrechez y miseria (1).

De Murcia pudiéramos pintar un cuadro semejante, si es que no más miserable. Al colegio de Valencia, según los informes recogidos por la Junta, se le dotaba al restablecerlo, con una renta de 76.400 reales. El Rector halló en la realidad insubsistente una parte, incobrable otra; y del resto, que venían a ser unos 30.000 reales, no líquidos, sino con sus cargas correspondientes, mucho estaba aún por cobrar a los dos años de tomada la posesión. Aun de eso quitó la Junta, no sabemos por qué causa, 12.000; pero como en aquel colegio hubo desde el principio bastante número de sujetos, se vió luego precisada a sustituirlos con una asignación anual de 20.000.

Relación parecida podríamos hacer de cada uno de los otros colegios; pero sería harto pesada e impertinente. En todos la dotación nominal no era sobrada; pero la real, esto es, lo que realmente se podía conseguir de lo asignado, era muy insuficiente. De ahí los recursos de los superiores a la Junta, directamente o por medio del P. Comisario; las informaciones para averiguar la verdad de aquellas representaciones, que más de una vez la Junta tachó de exageradas y luego tuvo que reconocer por exactísimas; las deudas de los colegios, que en Palma sabemos haber llegado en estos cuatro años a 1.400 duros (2); por fin los socorros nada abundantes y casi siempre de prestado o con calidad de reintegro, que era la frase usual, para cuando pudieran devolverlos, aunque estaba bien claro que nunca podrían (3).

Aun las rentas reales y efectivas hay que ver de qué se componían en mucha parte. Porque fincas, no quedaba sino alguna pequeña y mala, que por no valer nada, nadie había querido comprar, cuando todos nuestros bienes se sacaron a pública subasta. Censos eran los que quedaban en gran número; pero muchos de ellos tan tenues, que en Mallorca llegaban a nuevecien-

(1) Carta al P. Zúñiga, de 8 de Mayo de 1819, en nuestro poder.

(2) Carta del P. Vicerector, Pedro Sancho, al P. General, de 28 de Diciembre de 1831, en *Cast. I*.

(3) En la *Memoria compendiosa*, citada en el capítulo anterior, y en los documentos de que está sacada, muchos de los cuales se conservan también, se expone todo esto punto por punto.

tos o mil y no producían más que 800 duros o poco más (1); en Manresa, más de ciento no daban mil doscientas libras catalanas; es decir, unas tres mil pesetas (2); en Trigueros un número casi igual, poco más de 3.000 reales (3). Conjetúrese el trabajo de entenderse con ciento, doscientos, hasta nuevecientos deudores, y no todos en la misma población, sino en dieciséis o más, como los de Manresa, para cobrar tres, cuatro, seis pesetas de cada uno, o los derechos que había de llevar un comisionado encargado de la cobranza.

Agregáronse en algunas partes no pequeñas molestias causadas por los administradores locales de los restos de nuestros antiguos bienes, ahora devueltos a los respectivos colegios restablecidos. Porque, como en otra parte indicamos, ni rendían cuentas, ni entregaban documentos y libros, que dieran conocimiento de aquellos bienes, para el cobro de sus rentas o productos; y aun hubo quienes de palabra y por escrito ante la Contaduría general, que parece los favorecía, trataran indignamente a aquellos ancianos Padres.

8. El Colegio Imperial de Madrid merece, en punto de bienes, consideración aparte. De él, ni se vendió nada, después del extrañamiento de la Compañía; ni nada entró a formar parte del fondo general de temporalidades; antes bien, aplicado todo a la nueva fundación o dotación de los Estudios Reales de San Isidro, se sacó de aquel fondo general y se añadió para completarla, otra gruesa cantidad, como dijimos en otra parte.

Al ser de nuevo entregado el Colegio a la Compañía en 1816, lo fué con todas esas rentas que entonces tenía, y sumaban, según cuenta de su Rector, el P. Parada, sacada de los libros de la Contaduría, 459.637 reales (4). La dotación no era mala. Aun suponiendo necesarios para el gasto de cada uno 4.000 reales, to-

(1) El P. Sancho al P. General, 1 de Julio de 1824, en *Cast. I.*

(2) Cuadro o estado original, firmado por Francisco Camps en Manresa a 18 de Mayo de 1818, en nuestro poder.

(3) Nota suelta de ellos en nuestro poder.

(4) Copia de oficio a la Junta en Agosto de 1816 y estado de las rentas adjunto, en nuestro poder. Poseemos también el oficio original y otro *Estado de todas las rentas aplicadas a la dotación de los Reales Estudios de esta corte, con expresión de las que están corrientes en sus cobranzas y de las en que se padece atraso y sus causas*, firmado por el Contador a 10 de Marzo de 1816, el cual no da más que 420.763 reales y 28 maravedises.

davía bastaba para ciento quince sujetos. Pero aquella renta lo era poco más que en el nombre. Mucha parte consistía en réditos y censos que habían de pagar el Estado y la Villa de Madrid, hasta más de 140.000 reales, y en aquellas circunstancias no podían (1). Pesaban además sobre ella cargas que subían a otro tanto. Descontando una y otra partida, no quedaban ni 180.000, y esos mismos no de fácil cobro. En éstos entraba un juro en granos sobre las tercias reales de Granada (2), cuyo producto se calculaba en más de 100.000 reales, y que habiéndose cobrado hasta 1815 inclusive, luego fueron menester varios recursos del Padre Zúñiga a la Junta y de uno y otra al Rey, y aun repetidas órdenes de éste, para que el ministro de Hacienda, Garay, lo hiciera pagar a fines de 1818. Y como los atrasos de 1816 y 1817 se mandaban pagar desde 1819 por cuartas partes, y en 1820 vino la supresión; casi por entero se dejaron de cobrar (3). Tan mal andaba el cobro de las rentas, que al pasar a la Compañía en 31 de Marzo de 1816, entre las atrasadas y las corrientes vencidas, llegaban a más de 4.000.000 de reales (4); y a los catedráticos se les debían de ahí los sueldos de casi tres años en cantidad de 542.000 reales, y más de 20.000 a otros acreedores, a pesar de haberse, por esa falta de fondos, descuidado la reparación del Colegio y de las casas de su propiedad, dadas en alquiler; todo lo cual había de correr ahora también a cuenta de la Compañía, y exigía imperiosamente no pequeños dispendios. Y tan mal siguió la cobranza en adelante, que de 1 de Abril de 1816, en que la tomaron los Padres, a 31 de Agosto de 1818, es decir,

(1) «Colegio Imperial.—Según la liquidación del difunto Contador, don Manuel de Salazar, hecha el año 1816, no cobra anualmente:

Por juros.....	38.110,22
Por 22 efectos de Villa.....	18.011
Por réditos de los cuatro capitales.....	1.397,66
Por réditos de acciones de los Reales empréstitos...	39.120
Por rédito sobre la renta del tabaco.....	47.411,16

(Borrador de letra del P. Silva, que forma parte de la *Memoria compendiosa*.)

(2) «Tercias.—Los dos novenos de todos los diezmos eclesiásticos, que se deducen por lo común para el estado.» (Escriché, *Diccionario razonado de Legislación*.)

(3) El largo expediente sobre este asunto del juro de Granada se halla en el A. H. N.; *Consejos; Consejo de Castilla; Órdenes religiosas*, n. 7.

(4) *Estado y liquidación...* hecha por el Contador, Salazar, en 14 de Mayo de 1816, original en nuestro poder.

en veintinueve meses, no se pudieron cobrar más que 420.365 reales; y como de esos se tuvieron que emplear en pagos de diversas cargas más de 135.000, quedaron para alimento, vestido y otros gastos indispensables de cuarenta, sesenta y hasta más de ochenta sujetos que llegaron a ser, y de reparación del edificio, 285.000, que es decir menos de 10.000 reales al mes, cuando sólo para cincuenta individuos se reputaban necesarios doce mil (1). Así, los superiores se vieron precisados a contraer deudas considerables (2); a recurrir de continuo a la Junta pidiendo socorros, que se les daban del fondo general no más que prestados (3); a justificar esas peticiones con las cuentas por menor de entradas y salidas, no bastando la simple exposición de la necesidad; a representar el 1 de Enero de 1817 que no tenían con qué dar de comer a la comunidad, y a fin del mismo año que estaban muchos sin la ropa necesaria para el invierno y sin recursos para proveerse de ella; en fin, a sufrir una no pequeña vejación de parte de la misma Junta, que no sabemos cómo pudo dejar de conocerla, o cómo conociéndola se la hizo. Pasado a la Compañía el establecimiento de los Estudios Reales, con todos sus bienes, créditos y deudas; los anteriores catedráticos y empleados, a quienes se debían tantos sueldos atrasados, como hemos dicho, y además los corrientes, enteros o medios sueldos, que se les asignaron por jubilación o cesantía, mal contentos con lo poco que nuestros Padres les pagaban de todo eso, según lo poco que ellos cobraban de las rentas; acudieron a la Junta de restablecimiento, y obtuvieron que se les entregara a ellos ante notario, quitándosela a la Compañía, la administración de las casas pertenecientes al Colegio, para cobrar sus alquileres, y los créditos contra las casas de Alba y Altamira, con más 25.000 reales para pleitear con ellas, y así ellos mismos cobrarse sus sueldos. Todo con tal publicidad, que el notario fué, inquilino por inquilino, notificándoles oficialmente el cambio de administración. Amar-

(1) *Resumen del cargo y data del Colegio Imperial desde el día 29 de Marzo de 1816, en que se posesionó la Compañía de Jesús, a todo Agosto de 1818, con otras dos cuentas relativas.* (Borrador de letra del P. Silva, en nuestro poder.)

(2) A más de 250.000 reales subía en 1 de Junio de 1818, según se ve por un resumen de ingresos y gastos desde 1 de Junio anterior.

(3) Conservamos algunos oficios de petición y concesión, y algunos otros hay en la Real Academia de la Historia, Sala 11, Estante 12, Tabla 1, n. 86.

gamente, y con razón sobrada, se quejó el P. Zúñiga de esta providencia afrentosa para la Compañía, puesto que no suele tomarse sino con deudores que no quieren pagar lo que deben; y tanto menos razonable, cuanto que los interesados proponían a la Junta disyuntivamente ese proyecto o el de que ella les pagara del fondo general de temporalidades, y el P. Comisario aceptaba éste, obligándose a ir reembolsando a la Junta en aquella forma que ella determinase (1). Por otra parte, el cobro de alquileres era de los pocos que estaban corrientes; y privado de él el Colegio, a los pocos días tuvo el Rector que acudir a la Junta con aquella triste representación de «que absolutamente (y lo jurará, si fuere necesario) no se halla en el día con que dar de comer a su comunidad». La misma Junta hubo de reconocer pronto el mal paso dado; y apenas pasado un mes, el 30 de Enero de 1817, deshacía lo hecho y adoptaba el otro plan, de que a los catedráticos y empleados se pagase del fondo general de temporalidades, quedando el Colegio obligado al reembolso (2). Aun así, el Colegio andaba escaso; y momentos antes de la supresión de 1820, el 4 de Agosto, escribía el P. Cordón al Rector de Sevilla: «Por pagar deudas viejas y no hacer nuevas, hace tiempo que nos hemos puesto en una economía rigurosa, pero necesaria; sopa, puchero y postre, de lo más barato, es nuestra comida; sopa o ensalada, un par de huevos y postre es la cena.»

9. No estará de más añadir, que el fondo general, constituido por los restos de nuestros antiguos bienes, y administrado por la Junta, tampoco disponía de grandes caudales, y tenía que sostener no pequeñas cargas. De aquí fueron saliendo las dotaciones, nada pingües, que hemos visto de los colegios; de aquí se siguieron pagando las pensiones a los antiguos jesuitas, residentes en Italia y España y no entrados en los colegios; de aquí el salario de «más de ochenta maestros», sustituidos en diferentes partes a los de la Compañía después de la expulsión (3); de aquí el cumplimiento de diversas memorias y obras pías con otras cargas afectas a aquellos bienes; de aquí también los sueldos de todos los em-

(1) Todo este suceso está relatado en un cuaderno titulado *Exposición del hecho*, de dieciséis hojas útiles en folio, letra del P. Silva, con los documentos correspondientes.

(2) Oficio del Secretario al Rector. Original en nuestro poder.

(3) Consulta de la Junta, de 17 de Diciembre de 1819. Copia en nuestro poder.

pleados en la administración de ellos y los gastos de sus oficinas y de las de la Junta; de aquí en parte los viajes de los jesuitas de Italia a España; las obras, mueblaje y demás gastos para habilitar el Colegio Imperial y el Noviciado de Madrid, y aun en parte para sostener las dos numerosas comunidades y las reducidas de otros colegios.

Para todas estas cargas de justicia, la Junta representó al Rey que no alcanzaban las temporalidades con todos sus ingresos ni con 200.000 reales más; y por esta causa pidió y obtuvo en 3 de Octubre de 1816, que cesaran todas las pensiones de gracia, que sobre ellas pesaban, aun las dobles y triples que a antiguos jesuitas se habían concedido, sobre la común a todos, por méritos literarios u otras causas, que entre todas sumaban anualmente 250.000 reales (1).

Tres años después, en Julio de 1819, cuando por la aplicación de rentas a los colegios restablecidos, había disminuído el fondo general; con ocasión de reclamar el Ayuntamiento de León una de esas pensiones de gracia, concedida a los Escolapios de aquella ciudad, zahiriendo de paso indignamente a los jesuitas, como que aspiraban a poseer ahora todos sus antiguos bienes sin tomar sus cargas; replicaba la Junta con el informe de su fiscal, que de aquellos bienes no quedaba ni la milésima parte, y podía probarse pueblo por pueblo; que en el año último, todo lo recaudado en la Península se reducía a 600.000 reales; que en oficinas y empleados, activos y jubilados, se iban al pie de 300.000; y que con el resto había que dar la pensión a cerca de doscientos jesuitas en Italia, sostener cinco noviciados, reparar colegios ruinosos, cumplir pías memorias, aniversarios y dotes, y pagar maestros seglares (2).

A los pocos meses, en Diciembre del mismo año, como se le pasara una Real resolución conforme a dictamen del Consejo de Hacienda, mandándole que pagara las pensiones antes suprimidas o trasladadas por el mismo Rey a otros fondos públicos; expu-

(1) Consulta citada y *Actas* de la Junta de 30 de Noviembre de 1819.

(2) A. H. N.; *Consejos*; *Consejo de Castilla*; *Órdenes religiosas*, n. 7. Extracto y resumen oficial de consulta de la Junta, de 30 de Julio de 1819.—En el apéndice n. 8 damos un documento, que parece contradecir algunos de los asertos contenidos en estos párrafos sobre caudales. Lo damos, por ser el único algo comprensivo que poseemos. La contradicción quizás no es más que aparente, por no versar sino en parte y no en todo sobre los mismos puntos.

so de nuevo su triste situación económica con estas palabras: «La Junta ve con mucho sentimiento que los ingresos de temporalidades en el presente año han disminuído considerablemente, y se han aumentado las cargas. En efecto, resulta un déficit de 300.000 reales, de las razones tomadas de las entradas y salidas, dimanado de que las rentas que consisten en arrendamientos, han bajado mucho por quiebras de arrendadores; las que consistían en frutos de granos a todos es notoria su decadencia, por el vilipendio que sufren en su salida; y las que penden de pagos de censos, es grande la morosidad en sus pagos, y muchos los censualistas que los hacen sólo a fuerza de apremios y causando costas considerables. Por otra parte, la subsistencia de cien novicios más que en el año anterior; la abertura de dos noviciados, de Villagarcía y Manresa, y del colegio de Cádiz; las obras de reparación y conservación de edificios y otros gastos extraordinarios que han sobrevenido, han hecho que las salidas hayan sido más cuantiosas; y de aquí el déficit de más de 300.000 reales. Por manera, Señor, que si no fuera por un socorro, que a principios de año se proporcionó de las temporalidades de la Habana, se hubiera visto la Junta desde el Abril anterior en la situación que en el día se halla, y que la ha precisado a buscar el empréstito de 100.000 reales, para cubrir una letra para pago de las pensiones de los jesuitas de Italia y para habilitar a los que vienen de Rusia con destino de pasar a la América, y lo que más es y no puede decirse sin rubor, que se ha visto precisada a tomar la dolorosa resolución de oficiar al P. Comisario General a fin de que sobreseyese en la admisión de novicios, por hallarse sin fondos para mantener aun a los admitidos» (1). No estará de más trasladar aquí también las sentidas reflexiones que hace al Rey a propósito de este último punto. «La Junta, Señor, que sabe la necesidad de moralizar la nación por medio de una buena educación, y que penetrado V. M. de esta importancia, ha elegido por medio, si no el único, a lo menos el más eficaz para su logro, el restablecimiento de los jesuitas en todos vuestros dominios; la Junta, que palpa con la mayor satisfacción los progresos que hacen los jesuitas en todos los puntos, en donde han abierto escuelas y dan enseñanza así en leer, escribir y Gramática latina, que es lo menos, como principalmente en formar a los niños y jóvenes

(1) Consulta citada de 17 de Diciembre.

en costumbres religiosas, morales y políticas y en frecuentar el templo y adorables sacramentos, que reciben con una modestia y devoción increíble, admirada por todos los que lo ven y observan; la Junta, que oye los suspiros y clamores de los americanos por ver restablecidos en sus hogares a los jesuitas, y que mira su restablecimiento como el medio más oportuno para la pacificación y felicidad, tanto temporal como espiritual, de aquellos vastos dominios; la Junta, en fin, que ve a todas las naciones que se apresuran a proteger los establecimientos dedicados a la enseñanza y buena educación, concediendo licencia para admitirse novicios sin límites; no se ocultará a la penetración de V. M. cuáles habrán sido sus repugnancias y su pena al oficiar al P. Comisario General, como lo hizo en 14 de Octubre último, para que no admita más novicios, y cuál también lo particular de sus estrecheces y apuros, que la obligaron a una resolución tan sensible, y que la obligan a molestar su soberana atención, haciendo demostración de su imposibilidad en cumplir el pago de las pensiones que se la previenen.»

Efectivamente, a 14 de Octubre había escrito el Secretario al P. Zúñiga que no contando la Junta con fondos sino para la subsistencia de los individuos, que actualmente había en los colegios y especialmente en los noviciados; su Reverencia tomase las disposiciones que creyera prudentes. El P. Zúñiga se contentó con responder que tendría en cuenta el aviso, «si bien, dice, me sea sensible la circunstancia de la estación actual, y aun más sensible la notoriedad, que ciertamente se dará a la providencia, y que no podrá ser en la opinión pública de ventaja alguna a la Compañía» (1).

(1) Minuta del oficio y contestación original en la Academia de la Historia, lugar citado.

CAPITULO V

NUEVA SUPRESIÓN DE LA COMPAÑÍA EN ESPAÑA Y OTROS SUCEOS IMPORTANTES

1. Muerte del P. General y expulsión de Rusia.—2. Muerte del P. Zúñiga.—3. Sus sucesores interinos.—4. La revolución.—5. Primeros ataques contra la Compañía.—6. Dictamen y proyecto de decreto presentados en las Cortes.—7. Su discusión y aprobación.—8. Cartas cruzadas entre el Rey y el Papa.—9. La congregación general.

1. Fué el año de 1820 de varia y singular fortuna para la Compañía universal y particularmente para la de España. Murió en Rusia el P. General, Tadeo Brzozowski, y en España el P. Comisario, Manuel de Zúñiga; fué suprimida aquí de nuevo la Compañía, y allí desterrada de todo el Imperio; pero se tuvo en Roma la primera Congregación general celebrada después de su universal restablecimiento. Y de todos, aun de los malos sucesos, sacó el Señor y la Compañía, a vuelta de grandes pérdidas y duras tribulaciones, no pocos bienes.

El tercer Vicario general de la Compañía en Rusia, el P. Gabriel Gruber, había trasladado su residencia de Polotsk, donde sus predecesores la habían tenido, a San Petersburgo. Allí continuó su sucesor el P. Tadeo Brzozowski, y allí se hallaba cuando el Papa, Pío VII, restableció la Compañía en todo el mundo. ¡Coincidencia providencial! La protección y amparo que el imperio de Rusia prestó a la Compañía, había comenzado en el momento de su general extinción por Clemente XIV; la persecución por parte del gobierno comenzó en aquel mismo imperio el año de su universal restablecimiento por Pío VII.

El General quiso y no pudo obtener permiso para trasladarse a Roma, como sede y centro natural de su gobierno, y más necesario en aquellas circunstancias. En cambio, a fines de 1815 fué con todos sus súbditos expulsado de San Petersburgo, por el delito que se les atribuía, de atraer a los rusos cismáticos a la

religión católica; y volvió a establecerse en el colegio de Polotsk. Allí, durante cuatro años, esperó de un día a otro la expulsión de la Compañía de todo el imperio moscovita; pero de verla y sentir la pena consiguiente vino a librarle la mano de Dios, que le llamó a Sí el 5 de Febrero de 1820 (1). Su muerte aceleró tal vez la expulsión, decretada luego, el 13 de Marzo; pero facilitó la traslación del gobierno superior de toda la Compañía a la capital del mundo católico.

Desde 1814 hubo en ella quien con nombre y autoridad de Vicario general dirigía nuestros asuntos, aunque con dependencia del General mismo. Este modo de gobernar fué entonces necesario; pero bien se ve que no podía menos de traer consigo graves inconvenientes. La remoción del P. Panizzoni de su cargo poco después del restablecimiento, la del P. Perelli en 1818, la del P. Fortis, su sucesor, el año siguiente, con la supresión misma del cargo ¿no son indicios claros de los graves embarazos, que aquella media división de la autoridad producía? Ahora quedaba una sola cabeza y esa en Roma. Porque el General difunto había dejado nombrado Vicario al P. Mariano Petrucci, jesuita ya en la antigua Compañía, Rector a la sazón del colegio de San Ambrosio en Génova; y éste, pasando inmediatamente a Roma, gobernó la Compañía en la forma señalada por el Instituto hasta la elección del nuevo General.

2. Poco después que el General en Rusia, falleció en Madrid el P. Comisario. Había hecho el año anterior la visita de los colegios, y llegado a la corte de vuelta de Valencia, Tortosa y Murcia el 25 de Febrero del 20 con la salud algo quebrantada. Arreciando el mal, cayó postrado en cama precisamente el día que en Madrid llegaba a su colmo la agitación revolucionaria, de que luego hablaremos, y obligaba al Rey a aceptar la constitución del año doce. Estos sucesos, que presagiaban la próxima supresión de la Compañía en España, y más determinadamente el tumulto de algunos grupos de constitucionales, que apedrearón el colegio Imperial y lanzaron ya contra los Padres, entre otros mil insultos, amenazas de destierro y aun gritos de «¡mue-
ran los jesuitas!», no pudieron menos de ejercer funesto influjo en su ánimo, con que acelerado el curso de la enfermedad, falle-

(1) Zalenski, t. II, lib. VI, c. III, nn. 1 y 2.—*Liber saecularis*, c. I, páginas 49-52.

ció a los cuatro días, el 14 de Marzo. Acudieron a sus funerales todos los superiores de las Órdenes religiosas; pero se echó de menos, como notan las *Cartas anuas*, a muchos sujetos, que en tiempos mejores habían blasonado de grandes amigos nuestros.

Descendiente el P. Zúñiga de linajuda familia, había nacido en Alba de Tormes el 2 de Febrero de 1743 y entrado en la Compañía en la Provincia de Toledo el 16 de Septiembre de 1758. Estudiaba la Teología en Alcalá al tiempo de la expulsión, y conducido con sus hermanos de Cartagena a Córcega y de allí a los Estados Pontificios, siguió la suerte de todos, fiel a su vocación, hasta que el Papa Clemente XIV suprimió la Compañía en todo el mundo. Reducido a la condición de sacerdote secular, estuvo algunos años en Ferrara, donde perteneció a una de las academias literarias de aquella ciudad. De allí pasó a Rovigo, en el Veneciano, y tuvo a su cargo, juntamente con el P. Antonio Alcoriza, la educación de un niño de noble familia. Restablecida la Compañía oficial y públicamente en Rusia el año de 1801, luego se agregó a ella secretamente; y cuando lo estuvo igualmente en Nápoles en 1804, fué uno de los pocos que corrieron a incorporarse en ella, acompañado también en esto del P. Alcoriza. Destinado a Sicilia, enseñó primero Retórica y Poética y después Teología en el Colegio Máximo de Palermo; hizo la profesión de cuatro votos el 15 de Agosto de 1806; fué nombrado en 1809 Viceprovincial y en 1810 Provincial de aquella provincia, separada poco antes de la de Nápoles; y gobernándola siguió hasta su salida para España en 1815. Por asuntos de su gobierno y aun tocantes a toda la Compañía, se hallaba el año antes en Roma al tiempo del restablecimiento universal, y como una de las personas más autorizadas intervino en las deliberaciones, muchas y graves, que necesariamente hubo de haber en aquellos principios para realizarlo. En España él lo dirigió por razón de su cargo, de la manera que se ha visto en esta historia.

Fué sin duda el P. Zúñiga hombre de aventajadas dotes naturales y de más que vulgares virtudes. De su ingenio y de su adelantamiento en las letras sagradas y profanas, a que según su estado se aplicó, son bastante prueba las cátedras que desempeñó satisfactoriamente en Sicilia; y, según escribía el Padre Luengo, al hablar de su paso por Roma para Nápoles, cuando iba a entrar en la Compañía restablecida, de él y de su compa-

nero, el P. Alcoriza decían los que los conocían, que podrían servir muy bien en los ministerios y en la enseñanza.

Era de carácter afable y bondadoso, que fácilmente se hacía amar de las personas con quienes trataba, y de corazón muy de padre para con sus súbditos; condición que, acrecentada, naturalmente, por los años, dió tal vez en algún exceso, y fué causa, a lo menos en parte, de aquel demasiado recibir pretendientes al noviciado y a los votos, que notamos en otro lugar. Retrátóle en dos palabras el P. General, cuando a propósito del cargo y título de Comisario, que quería dejase ya, tomando el de Provincial, decía al P. Fortis: «Escribí al P. Zúñiga lo del título de Comisario; hame respondido aquella santa alma que de su parte no hay la menor dificultad en dejarlo.» He aquí la idea que uno se forma del carácter y de las virtudes del P. Comisario leyendo lo que nos queda de su correspondencia: era *una santa alma*; hombre bueno y bondadoso, humilde, de ánimo igual en la próspera y en la adversa fortuna, como levantado sobre las ordinarias miserias de la tierra, espiritual sin afectación y sencillo con dignidad. Su estima de la vocación y el amor a la Compañía, manifiestos están en su vuelta a ella, primero en secreto, por su agregación a Rusia, y después descubiertamente en Nápoles, y esto cuando ya se sabía que los que allá iban y eran de nuevo recibidos, perdían la pensión que se les pasaba de España.

Y más tal vez que con eso mostró su amor a la vocación y a la Compañía con su vida ajustada a la más ejemplar observancia. Su cargo de Provincial de Sicilia lo empezó a ejercitar besando los pies, fuera de costumbre, a los de casa; y no le impidió seguir, como antes, sirviendo frecuentemente en la cocina y en el refectorio. Vivió como verdadero pobre, y de su obediencia el P. General estaba tan seguro, que, en el asunto antes indicado, a él mismo encomendó hacer lo posible en la corte para remover los impedimentos, que estorbaban la supresión del título de Comisario, no dudando que había de hacer realmente cuanto estuviera en su mano.

La observancia y proceder religioso que él tuvo, la celó también en los otros, en cumplimiento de los deberes de su oficio. Aun para el viaje de los Padres de Italia a España dió oportunos avisos para el buen orden y porte religioso; y ya aquí, al comenzar de hecho el restablecimiento, escribió una fervorosa circular, recomendando el Instituto como única norma de conducta, sin

dar lugar a modos de pensar particulares, y haciendo muy prudentes advertencias sobre la crianza de los novicios, sobre el ejercicio de los ministerios espirituales y de enseñanza, y sobre las relaciones con los prelados y con otros religiosos.

Con estas prendas de virtud y de carácter, pero principalmente con su apacible trato, caridad y bondad con todos, se granjeó generalmente las voluntades, y dejó de sí tanto en Italia como en Sicilia y en España, gratisima memoria en los que le trataron y fueron súbditos suyos en aquellos años de restauración de la Compañía.

3. Dejó nombrado el P. Zúñiga para sucederle interinamente en el gobierno, al P. Faustino Arévalo, Rector del colegio de Loyola y maestro de novicios; y el P. Silva, después de publicarlo ante la comunidad del Colegio Imperial, lo avisó al mismo Padre y a todos los superiores de las casas, a Roma y a Rusia, por no saber aún la muerte del P. General, y lo puso también en noticia del Rey. El buen P. Arévalo contestó inmediatamente, que sobre hallarse inutilizado para tratar negocios por su gran falta de oído, tenía tan flaca salud, que no creía poder ponerse en camino para la corte sin riesgo de la vida; que por tanto renunciaba al derecho que aquel nombramiento pudiera darle y rogaba a los consultores designasen ellos otro sucesor al benemérito Padre Comisario (1). Extraño puede parecer en varón tan docto que ignorase la nulidad de su renuncia, como hecha en manos de quien no tenía autoridad competente para aceptarla, y la del nuevo nombramiento, si lo hicieran, por igual incompetencia de facultades para ello. El P. Silva, a quien vino dirigida esta carta, ocultó su recibo; y sin dar en rostro al P. Arévalo con estas razones, ni con la que en carta al P. General llamaba *apatía* suya en excusarse de aceptar el cargo; le escribió, sin embargo, inmediatamente que no era posible admitirle la renuncia, por estar ya su nombramiento comunicado hasta al Rey, y que si lo fuera, a lo menos el poner otro en su lugar no tocaba a los consultores, como cosa sin precedente y expuesta luego a quejas y disensiones, nunca más que en tal coyuntura nocivas a la Compañía (2). Movido con estas consideraciones aceptó el nombra-

(1) Carta del 20 de Marzo, original en nuestro poder.

(2) Lo refiere en la carta mencionada al P. General de 28 de Marzo de 1820, original en *Cast. I.*

miento, delegó sus facultades en el P. Córdón, por ser en Madrid necesaria la presencia del superior y no poder él pasar allá, y escribió al P. General rogándole que, o aprobara la sustitución del P. Córdón para hacer sus veces, o simplemente le dejara a él libre de todo cargo y nombrara por sucesor del P. Zúñiga a quien mejor le pareciera. Su título, entretanto, no quiso que fuera de Vicecomisario, sino de Viceprovincial, y el del P. Córdón de sustituto del mismo (1).

El P. Petrucci, Vicario en Roma, enterado de todo, confirmó el nombramiento y facultades del P. Arévalo, añadiendo expresamente la de poder delegarlas en el P. Córdón; y éste fué quien con ellas gobernó, como tal delegado, hasta que en 16 de Octubre de 1823 fué nombrado Provincial.

4. En bien azarosas circunstancias, como ya queda indicado, entró a regir la Compañía de España el P. Córdón; cuando triunfantes sus enemigos irreconciliables, acababan de apoderarse, por la más negra traición al Rey y a la patria, del gobierno de la nación.

Al salir de España la Compañía en 1767, no tenía aquí la monarquía enemigos declarados; puede ser que ni encubiertos, como los tenía tantos y tan sañudos la Iglesia. Cuando volvió de su destierro en 1815, encontró a España dividida en dos bandos: liberales y serviles, constitucionales y realistas, partidarios de la soberanía del Rey y partidarios de la soberanía de la nación; enemigos éstos, quizá sin excepción, y defensores por lo común los otros, de la Iglesia y consiguientemente de las órdenes religiosas. Al odio janseniano y a la impiedad volteriana contra la Iglesia católica, que nos había venido antes del otro lado de los Pirineos, no había sucedido, sino se había allegado después el espíritu revolucionario de igual procedencia, que arraigó, como en campo bien abonado, en las mismas cabezas, ya extraviadas, de jansenistas y filosofantes de por acá.

Engendro suyo fué, y por lo mismo, tampoco original, sino remedo servil de la francesa por su texto y por su historia, la constitución gaditana de 1812: burla de la realeza, que reducía a mera figura decorativa, y mina de la religión católica, que hipócritamente y a más no poder declaraba como única para la na-

(1) Cartas de 31 de Marzo y 2 de Abril, copia y borrador en nuestro poder.

ción española, al mismo tiempo que la cortaba el brazo derecho, suprimiendo el tribunal del Santo Oficio, y soltaba con la libertad de imprenta los de sus enemigos, armados para combatirla.

Vuelto Fernando VII de su destierro de Valençay, abolió por decreto de 4 de Mayo de 1814, con aplauso de todos los católicos y buenos españoles, aquella constitución, restableció el Santo Oficio y las órdenes religiosas, suprimidas por el gobierno de Bonaparte, y vejadas, coartadas y despojadas de sus bienes por las cortes de Cádiz; y mostró con estos y otros decretos que aspiraba a la regeneración de España, por el exterminio de las ideas revolucionarias y por la implantación de reformas sanas y ciertamente necesarias en la administración del estado, conformes con el espíritu de nuestras antiguas leyes. Ardua empresa y de difícil acierto, aun para más altas dotes de gobierno.

Las escasas de Fernando no bastaban para ella; y si en perseguir aquellas novedades, como tan contrarias a su soberanía, desplegó celo, aunque no siempre bien dirigido; en corregir los abusos de los reinados anteriores, sobre todo del último, en satisfacer las esperanzas de buen gobierno, que había hecho concebir a la nación, anduvo tan corto, o por ineptia suya y de sus ministros o por egoísmo y otras malas pasiones; que su conducta no podía servir para quitar a los novadores los pretextos de sus depravadas aspiraciones. Aunque todo hubiera caminado prósperamente, raro hubiera sido el liberal, que de corazón se convirtiera; así, ninguno. Y esperanzados de derribar facilísimamente a un gobierno nada firme, urdieron una conspiración tras otra, hasta venir a conseguirlo en la que estalló el 1.º de Enero de 1820 en Cabezas de San Juan.

Ardía en algunas provincias de América la insurrección que acabó de asegurar para siempre su independencia; y pasadas ya antes a sofocarla algunas tropas a raíz de la restauración, se preparó luego otra expedición, que, por diversas causas, tardó primero en reunirse, y más después en embarcarse en Cádiz. Durante la larga detención del ejército expedicionario en la misma ciudad y en otras poblaciones circunvecinas, se extendió mucho entre los oficiales la secta masónica; y sus afiliados, paisanos unos y militares otros, urdieron la conspiración que estalló el 1.º de Enero de 1820, proclamando la constitución de 1812 el Comandante D. Rafael del Riego, al frente de sus tropas y secun-

dándole otros jefes y cuerpos en diversos puntos. Las traiciones de los militares se multiplicaron en la Península con el ejemplo de la más vergonzosa, cual era la del ejército expedicionario de América, por haber influido en oficiales y soldados el miedo a los trabajos de la campaña, a que estaban destinados, y haber explotado vilmente los primeros este tan bajo recurso de propaganda revolucionaria entre los segundos.

La osadía de los turbulentos y la debilidad de las autoridades dieron la victoria a la revolución, promovida en diversas partes de la Península; y Fernando VII, que en la conmoción promovida en Madrid, vió asaltado su palacio y perdida toda esperanza de poder resistir, juró el día 9 de Marzo, en forma bien poco digna de la Majestad, la malhadada constitución del año doce (1).

5. Desde entonces se pudo dar la Compañía por perdida; pues se habían encaramado al poder sus más encarnizados enemigos, los jansenistas, filósofos y masones: y ninguna fuerza podría resistir a los golpes de su persecución franca o enmascarada.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué implantar la libertad de imprenta; y luego empezó a caer sobre nosotros en periódicos y folletos una lluvia de burlas, calumnias y denuestos (2). Algunas de esas impugnaciones constituyen la mejor alabanza de la Compañía. *El Censor* publicaba el 26 de Agosto un artículo elogiando el decreto de supresión, dado días antes, y en él, ensalzando a los jansenistas de Port-Royal, censuraba la guerra, que les habían hecho los jesuitas, y presentaba a la Compañía como gran debeladora de la impiedad moderna, irreconciliable con el liberalismo y defensora de la Santa Sede y de la potestad pontificia. Y no paró todo en palabras. Ya queda indicado cómo el mismo día que el Rey juró la constitución, algunos grupos de la gente que en tales casos recorre triunfante las calles,

(1) Alcalá Galiano, en sus *Memorias*, tomo II, c. V, pág. 68, dice que «la revolución de España había sido obra de la conjuración de unos pocos y de la quietud y asombro de la muchedumbre; y la nueva forma de gobierno establecida no descansaba ni en la opinión general ni en el interés de clases poderosas... En 1820 los constitucionales en España eran pocos, y para aumentar su número era indispensable crear un núcleo considerable de sectarios».

(2) Cartas del P. Silva al P. Fortis de 15 de Julio, y del P. Cordón al P. Vicario de 4 de Agosto de 1820. Originales en *Cast. I.*

apedreó el Colegio Imperial y lanzó gritos de *afuera* y aun de *mueran los jesuitas*.

Apenas habían pasado quince días, cuando el gobierno aquel, dando muestra, como todos los semejantes que le han sucedido, de que el blanco de sus reformas era más aún minar la religión que el trono, y de que sabía bien por dónde era preciso comenzar la obra, asestó sus tiros contra la Compañía.

Habíase formado una Junta provisional consultiva de gobierno, a requerimiento, dicen los historiadores (1), de los que tan pomposa como falsamente llaman *comisionados del pueblo*, y lo serían, si acaso, del populacho; Junta formada por el Cardenal de Borbón, que era Arzobispo de Toledo, el General D. Francisco Ballesteros, D. Manuel Abad, antiguo secretario de la Junta de restablecimiento de jesuitas, D. Manuel de Lardizábal, Ministro de Indias a raíz de la restauración, y otros seis menos conocidos. De esta junta dice D. Modesto Lafuente, hombre bien a cubierto de toda sospecha en semejante testimonio, haber mostrado no estar exenta «de cierto espíritu de apasionamiento y de exaltación, que en tales cambios suele apoderarse hasta de los hombres de más seso y madurez, los cuales no advierten que condenando la tiranía que acaban de sacudir, imponen a su vez otra a sus adversarios» (2).

Esta Junta dirigió al Ministerio en 27 de Marzo una exposición, cuya sustancia era: Que teniendo en cuenta la aplicación de las temporalidades de jesuitas al Crédito Público, hecha por las cortes de 1813; las razones políticas opuestas al restablecimiento de la Orden, desatendidas por sus promovedores, enemigos jurados de la constitución; la tendencia de la opinión pública al presente; la atención debida al decoro del Rey y la consideración merecida por los antiguos individuos de la Compañía: 1.º, hasta que las cortes resolvieran definitivamente sobre el asunto, se les prohibiera restablecer más colegios, recibir novicios y dar los votos a los ya recibidos; 2.º, donde hubiera dos o más casas, se redujeran todas a una; 3.º, como inútiles por su edad para la enseñanza, la devolviesen a los antiguos maestros; 4.º, entregasen todos sus bienes al Crédito Público, que correría con las car-

(1) Gebhard, *Historia de España*, t. VI, c. XVII, p. 686.—*Historia... de Fernando VII*, t. II, l. IX, pp. 165 y 166.

(2) *Historia general de España*, t. XIV, P. III, lib. XI, c. IV, p. 79.

gas respectivas, entre ellas las pensiones de los mismos jesuitas, como las tenían al tiempo del restablecimiento; 5.º, se disolviera inmediatamente la Junta que entendía en él; 6.º, el Cardenal de Toledo cuidara del cumplimiento de los dos primeros puntos, y con la junta del Crédito Público proveyera a la decencia del culto y a la congrua sustentación de los jesuitas (1).

Pasó esta representación al Consejo de Estado, y todo él la dió por digna de la aprobación de S. M., sin más que una ligerísima modificación, menos el consejero, D. José Aicinena, que sostuvo la legalidad del restablecimiento de la Compañía e impugnó el perverso espíritu de la Junta en querer, no seguir, como fingía, sino prevenir la opinión con sus providencias, preparando así un segundo extrañamiento, fomentando las turbulencias de América, y alterando aquí la quietud, que tanto importaba conservar (2).

El Rey, que seguramente era de todo en todo contrario al sentir de la Junta y del Consejo, pero que no tenía ánimo para darles una rotunda negativa, resolvió que se reservara el asunto para tratarlo en las Cortes, convocadas ya y próximas a reunirse (3). Por su parte el Ayuntamiento constitucional de Madrid, formado el 9 de Marzo, a petición de la plebe liberal vocinglera, por los individuos que lo componían y cayeron con la constitución en 1814, acudió también al Rey en 30 de Abril, pidiendo el restablecimiento del Cabildo de San Isidro, para bien espiritual y temporal de la villa. «Antorcha luminosa la más a propósito para disipar las densas tinieblas de la ignorancia y los errores mucho más funestos de la superstición», había hecho ver prácticamente «que los sacerdotes del Señor no pueden menos de ser utilísimos ciudadanos, cuando siguen las máximas de la moral pura de Jesucristo». Es necesario, además, para dar a los Santos Patronos de Madrid, el grandioso culto propio de la capital del reino y de la corte de sus Reyes. Por otra parte, S. M. ha decretado la reposición en sus anteriores destinos de cuantos los perdieron por su adhesión a las nuevas instituciones. En ese caso

(1) Extractado de la *Memoria* presentada en las Cortes el 12 de Julio por el Ministro de Gracia y Justicia. Véase en el *Diario de las sesiones*.

(2) De la misma *Memoria*.

(3) En el mismo lugar.

está el Cabildo, como es manifiesto por la historia de su extinción y por la corporación que entró en su lugar (1).

Como a esta solicitud no parece que se dió ni siquiera contestación; apenas se reunieron las Cortes, el Ayuntamiento la renovó ante ellas, haciendo de los canónigos tan desacertado elogio, como el de compararlos con los mártires, por la constancia en sufrir las contradicciones movidas contra ellos por los anti-jansenistas (2).

Los Padres, que de estos pasos no parece que tuvieron noticia, temían, con todo, más que esperaban, a pesar de creer al Rey *inflexible en lo que a nosotros toca*, como escribía el P. Silva (3).

El 6 de Julio se reunieron las Cortes; el 12 dió cuenta en ellas el Ministro de Gracia y Justicia de lo propuesto por la Junta provisional y de lo resuelto por el Rey; el 31, fiesta de San Ignacio, sometió a su deliberación el asunto, y para su estudio presentó el expediente general de restablecimiento, el particular de supresión del Cabildo, y la exposición de la Junta provisional con otros papeles.

Pasáronse a las dos Comisiones reunidas de Hacienda y de Legislación, para que sobre todo presentaran su dictamen; y presentado el 11 de Agosto, se señaló para su discusión el 14, víspera de la Asunción de Nuestra Señora.

6. Es el dictamen modelo acabado de aquel género de hipocresía farisaica, que por lo manifiesta, convierte el fingido respeto en cínica burla, y la mal aparentada religión en impiedad repugnante. En todo el curso del expediente sobre el restablecimiento de la Compañía, aquellos hombres, que habían hecho del Rey un arlequín vistiéndole, quieras que no, la casaca de la constitución, notan escandalizados *el mayor abuso de la bondad y sencillez de S. M., para comprometer su autoridad y real nombre;*

(1) Minuta en el Archivo del Ayuntamiento, 2.^o-364-8.

(2) Tal es, sin género de duda, el sentido de este párrafo. «Se ha de confesar que una obra tan grandiosa, única en su clase en toda la cristiandad, no podía menos de conmover a los espíritus inquietos y envidiosos a su destrucción; mas se sostuvo inalterable bajo la protección de los Señores Carlos III y Carlos IV, cual roca en medio del mar combatida de furiosas olas. Y los canónigos de San Isidro continuaron en anunciar la doctrina evangélica con una firmeza y constancia comparables a la que tuvieron los que sellaron con su sangre su creencia cristiana. (Minuta en el mismo lugar.)

(3) Al P. General, 28 de Marzo; al P. Fortis, 30 de Junio y 20 de Julio. Originales en Cast. I.

ellos, los aborrecedores implacables de gobiernos arbitrarios y despóticos, ven aquí con dolor *ofendida en los términos más escandalosos la buena memoria, que por tantos títulos se adquirió el Señor Don Carlos III*, Rey déspota, si alguno ha habido en España, pero digno de eterna gloria para toda esta ralea de gente, precisamente por la obra más draconiana de su vida, por aquel su «acto feroz de embravecido despotismo», como al extrañamiento de la Compañía llama con sobrada razón el Sr. Menéndez y Pelayo (1); se lamentan de ver *atacada la circunspección, con que procedió el gobierno en el año de 1767 en el espinoso asunto de los jesuitas*, sin duda por saber que fué tanta, que a los cinco mil y tantos se los procesó en las sombras, se los condenó sin oírlos, se les prohibió so pena de muerte defenderse, y amordazada la lengua, se les escupió a la cara con las más soeces calumnias y se permitió y se incitó con premios a todo el mundo y se pagó a escritores venales para que hicieran lo mismo; en fin, lloran porque ni a la cabeza de la Iglesia, al Papa Clemente XIV, se perdonara en este expediente, en el cual, por cierto, no hay contra él una sola palabra, como no sea la derogación de su Breve de extinción, contenida en la Bula de su sucesor, Pío VII, tan cabeza de la Iglesia como él, según creemos. Hácese luego en el dictamen una relación no muy exacta de los pasos dados por el Rey y el Consejo en el restablecimiento, otra sumamente diminuta de la extinción del Cabildo de San Isidro y de la entrega del Noviciado a la Compañía; y sobre esta exposición de los hechos levantan las Comisiones la nulidad del restablecimiento de la Compañía en España, fundándola resueltamente en estas dos consideraciones: que no se presentó al Consejo en forma auténtica la Bula correspondiente, hallándose por tanto en vigor el Breve abolutivo, publicado por ley del reino, y será, dicen gravemente, «el primer ejemplar de haberse procedido en asuntos de fundaciones de monasterios sin la formal presentación de los rescriptos apostólicos para obtener el pase»; y que no se guardaron las formalidades prescritas en la ley 1.^a, tít. XXIV, lib. I de la Novísima Recopilación, y la condición cuarenta y cinco de quinto género de las escrituras de millones, en que se convino entre S. M. y el reino que el Consejo, las ciudades y villas de estos reinos no den licencias a nuevas fundaciones de monasterios así de hombres como

(1) *Heterodoxos*, III, lib. VI, c. II, § III, p. 144.

de mujeres, aunque sea con título de hospederías, misiones, residencias, pedir limosnas, administrar haciendas u otra cualquiera causa o razón.

Y no solamente nulo, sino también muy expuesto y peligroso aparece a los ojos de las Comisiones el restablecimiento de los jesuitas, por haber quedado estos como antiguamente bajo la dependencia del General extranjero. Lo único en que las Comisiones aciertan, si el hecho pasó como lo pintan, es en reprobar la abolición del Cabildo de San Isidro, realizada sin intervención de la autoridad eclesiástica, o suprema de Roma o al menos diocesana, sin atención, como dicen, a las Bulas y Reales órdenes de su erección. Escrúpulos curiosos y extraña delicadeza de conciencia en aquella banda de gente ultraregalista, que en las Cortes de Cádiz se habían erigido, sin más autoridad apostólica que la suya propia, en rígidos reformadores de todo el clero regular, quitando, poniendo, cambiando, haciendo y deshaciendo a su talante, y que ahora a los pocos días de dar este dictamen repitió la función suprimiendo de una plumada, no un Cabildo, sino todos los de canónigos reglares y todas las órdenes monacales, militares y hospitalarias de España (1), y legislando, cual si fueran un concilio ecuménico, en materia de los demás regulares, con disposiciones tan escandalosas como la de ofrecer cien ducados a cada religioso que se secularizase, y la de «aplicar al Crédito Público», no solamente los bienes de los monasterios suprimidos o que se suprimiesen, sino también los que sobrarian a los que siguieran subsistiendo. Todo ello sin la menor atención a cien Bulas de los Pontífices, y aun a uno y más de uno de los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia. «Las Comisiones, pues, en vista de los antecedentes referidos, de lo que solicita el Ayuntamiento constitucional de Madrid, y de lo que reclama la justicia, la política y nuestras leyes, proponen el proyecto de decreto siguiente»:

«Artículo 1.º No habiendo precedido al restablecimiento de los jesuitas las formalidades y requisitos que previenen las leyes del reino, quedará sin efecto, y en su fuerza y vigor la ley 4.ª, tít. XXVI, lib. I de la *Novísima recopilación*.

2.º Los antiguos ex-jesuitas españoles, que vinieron de Italia en virtud de las Reales órdenes comunicadas al efecto, y que

(1) Decreto de 1 de Octubre de 1820.

disfrutaban la pensión que se les señaló en el año de 1767, se restituirán a los pueblos que elijan de la Península con aprobación del Gobierno, donde vivirán en clase de clérigos seculares, sujetos a los respectivos ordinarios, y con la prohibición de usar el traje de su antigua Orden y tener relación ni dependencia alguna de los superiores de la Compañía que existan fuera de España.

3.º En lugar de la pensión, que los referidos antiguos ex-jesuitas españoles disfrutaban, se les señalan trescientos ducados al año, que cobrarán de los fondos de temporalidades, y perderán, si saliesen de la Península con cualquiera motivo, aunque obtengan licencia del Gobierno.

4.º Todos los que hayan entrado en la Compañía desde el año de 1815 se restituirán a los pueblos que elijan de las diócesis de su naturaleza; y si estuviesen ordenados *in sacris*, vivirán sujetos a los respectivos ordinarios, que cuidarán de su conducta y colocación según sus méritos y suficiencia.

5.º Los que se hayan ordenado *in sacris* sin congrúa alguna después de haber entrado en la Compañía desde el año referido de 1815, gozarán de la pensión de mil quinientos reales vellón al año, hasta que obtengan beneficio o destino que les produzca igual cantidad.

6.º Los que no estuvieren ordenados *in sacris* quedarán en la clase de legos seculares, sujetos a las justicias ordinarias; y si hubiese algunos extranjeros, se restituirán a sus países, a cuyo efecto se les facilitarán los correspondientes pasaportes y el socorro que se estime necesario para el viaje.

7.º Se restituye el Cabildo de la iglesia de San Isidro de esta corte al ser y estado que tenía al tiempo en que se disolvió, y continuará en el ejercicio de sus derechos y funciones conforme a las bulas y reales órdenes de su erección.

8.º Se entregarán al citado Cabildo por los Padres jesuitas o Junta de su restablecimiento todos los bienes, efectos, alhajas, dinero y demás que recibieron, pertenecientes a temporalidades y continuará en su manejo con arreglo a lo mandado en el particular, tomando cuenta a los Padres jesuitas, Junta de restablecimiento o personas que hayan corrido con su administración, y exigiendo los alcances y responsabilidades que resulten, satisfará las cargas de justicia» (1).

(1) *Diario de las sesiones*, 11 de Agosto.

Sólo uno de los miembros de las comisiones, Presidente de la de Hacienda, el Conde de Maule, se opuso a este dictamen, presentando, no ante ellas, sino en las Cortes, cuando se dió lectura de él, su voto particular en contra. Preciso es confesar que la defensa del Conde valía tan poco como la impugnación de las comisiones. No asistió a las reuniones en que éstas trataron del asunto, declarando desde el principio que tenía en él voto particular, como quien sabía cuál había de ser el de los otros. Y así supone equivocadamente que el informe pedido versa sólo sobre la supresión hecha y reposición que se pretende del Cabildo de San Isidro; y en este punto su voto es «que conciliando las Cortes el modo de reparar su queja a los canónigos de San Isidro, respecto de las informalidades con que parece tomaron posesión los Padres jesuitas, se les reponga en el lugar que ocupaban, trasladando a dichos Padres a la Casa Profesa» (1). Como no se había enterado de la representación hecha por la Junta provisional y remitida por el Rey a las Cortes; inculpa a las comisiones de haber extendido su dictamen a lo que no les estaba encomendado; y sabiendo no más que vagamente lo que pedían, confunde la declaración de nulidad del restablecimiento con una nueva supresión de la Compañía; lo cual, si era una misma cosa en la sustancia y había de tener en la práctica los mismos efectos, no era, en realidad, lo mismo, ni ofrecía los mismos apoyos para la defensa. Véase cuán pobre es la suya, aunque no carece de algunas observaciones atinadas. «Las comisiones, cuando parece que deberían concretarse a este solo punto del despojo de los canónigos, de que trata el expediente del Ayuntamiento, observe que se extienden inmensamente hasta pedir la absoluta y total abolición de la Compañía de Jesús en España. Ella se halla restablecida en Manresa, en Valencia, en Sevilla, en Trigueros, en Cádiz, y en América en Méjico. Por hablar del país de mi domicilio, diré que en Cádiz llegaron a reunir los jesuitas más de seiscientos discípulos diariamente, a los cuales enseñaban gratis los primeros rudimentos, y eran tan ministeriales en la asistencia a bien morir, confesonario, etc., que manifestaban ser dignos hijos de su Santo Patriarca español. Lo cierto es que en dicha ciudad todos los sacerdotes que había en el colegio, incluso el rector, por cumplir con su ministerio, murieron en la epi-

(1) *Diario*, en la misma sesión.

demia del año pasado de 1819. En Sevilla, Valencia y demás países se observa en ellos igual fervor. De Méjico escriben con entusiasmo de los progresos que hace la Compañía de Jesús. De Quito los llaman y aun han consignado una suma en Cádiz para el caso de su traslación. Todo esto lo pongo en la sabia consideración de las Cortes, para que reflexionen cuánto se sentirá, así en la Península como en Ultramar, la abolición que se propone por las comisiones reunidas. La mirarían como una nueva persecución, y ¿quién sabe hasta qué punto extenderían sus juicios? Sin entrar en comparaciones odiosas, todos reconocen que esta Congregación es una de las más útiles a la nación, por las atenciones que abraza su Instituto, así en lo espiritual como en lo civil, siendo el descanso de los buenos padres de familia en la primera educación que dan a sus hijos, al paso que pesa poco o nada sobre el Estado, pues ni piden limosna, ni solicitan otros edificios que los residuos que han quedado sin enajenarse de sus antiguas temporalidades.»

Esta es toda la defensa del Conde en su voto particular. Una observación añade, contraída al restablecimiento de San Isidro; por su falsa idea de que sólo en él notaban y hacían valer las comisiones la falta de formalidades legales, pero aplicable, si alguna tuviera, al restablecimiento en general. «Por no entrar, dice, en una materia tan vasta y tan complicada (la de las formalidades requeridas para el establecimiento de nuevos institutos en el reino), solamente diré que no se trató de establecer un nuevo Instituto, sino de restablecerlo en el uso de sus propiedades, llamando para esto el Rey a los antiguos regulares, que debían reunirse en estas sus antiguas casas para formar la Compañía de Jesús, entrar en el uso de sus funciones y hacerse cargo de la educación de la juventud en España, de la cual S. M. concebía las mayores ventajas.»

Este es el dictamen, que se puso a discusión en las cortes el día 14 de Agosto, y estos sus fundamentos y la corta y floja oposición que entre los individuos de la comisión dictaminadora encontró: todo en hartó más largo resumen que merecía. Pero tanto más breve será con eso el de su ventilación en el congreso (1).

7. Realmente, allí casi no se hizo otra cosa que repetir, impugnando el voto particular del Conde, las pasmarotadas del

(1) *Diario*, sesión del 14 de Agosto.

dictamen; ni en la discusión del artículo primero, en que se propone la declaración de nulidad del restablecimiento, y es por eso el capital, hablaron apenas más que los dos clérigos jansenistas, Espiga y García Paje, y el Sr. Calatrava, los tres de las comisiones, que lo habían dictado. Presentóse con toda claridad, eso sí, el punto de discusión: que el restablecimiento de la Compañía en España había sido nulo; y la razón capital de esa nulidad, la inobservancia en él de las formalidades requeridas por las leyes. Y salieron a plaza «la solemne Bula» (que no fué Bula, sino Breve) de abolición, recibida en España en toda forma y hecha ley del reino, contrapuesta al «informalísimo papel», pasado a Moyano por el Nuncio; esto es, la verdadera *Bula* de Pío VII, no sometida formalmente a la arbitraria y ciertamente inválida ley del pase regio; la madurez con que procedieron en sus determinaciones los *inmortales* e *ilustrados* Carlos III y Clemente XIV, aquél no sólo consultando al Consejo, sino formando uno extraordinario para el caso y haciendo entrar en él prelados «distinguidos por sus virtudes y sabiduría», éste, entablado el más prolijo examen de la causa antes de venir a la extinción, puesta en cotejo con la precipitación y ligereza del restablecimiento hecho «de una plumada y en cuatro dedos de papel», atropellando leyes, usos y prácticas establecidas; la mal fingida y sarcástica burla de la Santa Sede, protestando que «el mismo decoro y respeto que deben a la Silla Apostólica les obliga a no aprobar ni condescender con lo que se ha hecho contra el Breve de extinción»; y el ardiente celo por la autoridad, por el honor del Rey, por su bien merecida reputación, por su augusto nombre, todo comprometido y deslustrado con tales procedimientos.

Y como para dar una muestra del respeto con que a S. M. se ha de tratar, el Sr. García Paje coge su decreto de restablecimiento, y lo va leyendo y desollando miembro a miembro, en busca de contradicciones, de inconsecuencias, de injurias y de calumnias contra la gloriosa memoria del Sr. D. Carlos III, del Consejo extraordinario y de los cinco prelados, que en él con voz y voto se sentaron. ¿O qué otra cosa es, sino, decir, como en el decreto se dice, que la destrucción de la Compañía fué obra de los enemigos, «no sólo suyos, sino más propiamente de la religión santa de Jesucristo», de los altares y de los tronos? Y aquí el clérigo diputado llega a ser casi elocuente, como quien sentía vivamente herida y salía a defender, no tanto la honra de Carlos III,

como la propia, en unos párrafos en que dijo más que supo y quiso. «Pero sobre lo que yo llamo la atención del congreso, exclamó, es sobre las palabras siguientes: *Porque si la Compañía acabó por el triunfo de la impiedad, del mismo modo y por el mismo impulso se han visto en la triste época pasada desaparecer muchos tirones: males, que no habrían podido verificarse existiendo la Compañía.*» Ahora bien, continúa el Sr. Paje, en 1815, cuando esto se escribió, se llamaba enemigos del Trono y del Altar a los amantes de la constitución; a los jesuitas se los trajo para remediar los males causados por los enemigos del Altar y del Trono, esto es, por los amantes de la constitución; luego los jesuitas son los enemigos del sistema constitucional, y decir que *existiendo la Compañía no habría habido esos males*, es decir que no tendríamos constitución, que no estaríamos ahora reunidos en Cortes, que la nación no disfrutaría los bienes que la constitución sobre ella ha derramado. Y si así es, la existencia de la Compañía es incompatible con el sistema constitucional.

Aquí estaba el secreto de toda esta discusión sobre si el restablecimiento de la Compañía era o no válido según las leyes; y al Sr. García Paje no le cabía en el pecho, y cándida o neciamente lo descubrió. Los constitucionales sabían que la Compañía de Jesús era y había de ser poderosa e irreconciliable enemiga de sus doctrinas y prácticas impregnadas de impiedad y de espíritu demagógico; y habían de acabar con ella, así la defendieran cien bulas pasadas por el Consejo y cien leyes promulgadas con todas las formalidades requeridas por todos los códigos.

No se entienda por estas últimas palabras nuestras que reconocemos en el restablecimiento de la Compañía vicio de nulidad, aun por lo que a las leyes civiles se refiere. El pase regio era en derecho completamente nulo; y cuando no, con la misma autoridad que Carlos III lo impuso, podía abolirlo Fernando VII, y mucho más prescindir de él en un caso particular como éste, o darle implícitamente por sí sin consultar al Consejo, mencionando la Bula en su decreto. Las formalidades de la ley 1.^a, título XXVI, lib. I, de la *Novísima Recopilación* ¿de dónde sacaban estos señores que obligaban al Rey bajo pena de nulidad de los actos sin ellas realizados? Y la condición cuarenta y cinco del quinto género de las escrituras de millones, según la cual ni el Consejo ni las ciudades ni villas habían de dar licencia para nuevas fundaciones de monasterios, así de hombres como de muje-

res ¿cuándo o cómo había adquirido fuerza de contrato oneroso entre el Rey y el reino, tal que fuera absolutamente inviolable, como afirmaba el Sr. Calatrava, si en la misma ley que la cita se dice claramente que puede ser dispensada por el Rey sin contar con el pueblo? ¡Contratos bilaterales onerosos entre el Rey y el pueblo en los tiempos del absolutismo! Salvo si existían y quiere llamarse así a leyes fundamentales de la Monarquía, que no podían ser derogadas sin el concurso de las Cortes.

Además de que el restablecimiento de la Compañía lo habían pedido o aprobado casi la mitad de las ciudades de voto en Cortes (a las cuales se solía consultar para la fundación de nuevas casas religiosas), y buen número de otras poblaciones importantes, con lo cual bien podía darse el Rey por autorizado por el reino, si tal autorización fuese necesaria.

Nada de esto, ni las graves inexactitudes en que incurrieron los autores del dictamen y sus defensores en la cámara, ni la observación, que saltaba a la vista, de que si por falta de las formalidades exigidas por el derecho positivo había de ser nulo el restablecimiento de la Compañía, mucho más lo había de ser su extrañamiento, en que no se guardaron y aun se pisotearon las del derecho natural y del positivo de España y de todas las gentes, nada de esto hubo en aquellas Cortes quien lo echara de ver o tuviera valor para levantarse a sostenerlo, si no para parar el golpe, a lo menos para confundir a aquellos gárrulos e ignorantes o farsantes declamadores de la tribuna española. El Conde de Maule se limitó a leer el voto que queda referido, y no tuvo la menor réplica contra ninguno de sus impugnadores. Un señor Dolarea, diputado por Navarra, sin entrar en más hondas averiguaciones, se contrajo a la observación de que «los jesuitas no tuvieron culpa en su restablecimiento, para motivar ahora esta providencia». Tanto Fernando VII como Carlos III habían usado de su poder; los motivos que impulsaron a este último se habían visto ahora; si se le hubieran manifestado al primero, quizá no hubiera hecho lo que hizo; pero de esa ocultación no tienen la culpa los jesuitas. Los llamaron de Italia, vinieron; entraron otros de nuevo, se dedican a sus ministerios ¿qué delito es el suyo? Opina, pues, el señor Dolarea que este asunto debe pasar a la comisión de regulares, para que exponga su dictamen acerca de él, cuando presente el general, que le está encomendado sobre la reforma de todas las órdenes.

Procedióse a la votación sobre el punto capital contenido en el primer artículo, y no hay que decir que fué por gran mayoría de votos aprobado, y así por las Cortes constitucionales dado por nulo y sin efecto el restablecimiento de la Compañía en España a los cinco años y poco más de verificado.

Siguióse la discusión de los demás artículos, que no merece nos detengamos en ella. Recogeremos, sin embargo, algunas ideas dignas de atención por varios conceptos. Toman parte en el debate las dos castas de liberales, que ha habido desde que el liberalismo nació en España. Violentos unos, opinan que sí, que el restablecimiento ha de quedar enteramente sin efecto, y por tanto los jesuitas venidos de Italia allá deben volver, contra lo que dice el artículo segundo; si no, algo queda del restablecimiento (1); que no se les permita en España juntarse muchos, porque «estos individuos son siempre temibles, perseguidores y revolucionarios» (2); que no se les dé la pensión propuesta del fondo de temporalidades, sino que los mantengan los que los llamaron, aquellos «Ayuntamientos perpetuos, compuestos de regidores perpetuos, que todos saben que eran unos estafadores perpetuos... enemigos de la constitución; los que la quemaron en Cádiz... y la vendieron, como Judas a Cristo» (3); que bajo las penas impuestas por la pragmática de Carlos III se recojan a mano de los alcaldes, y estos pasen a los Jefes Políticos todas las cartas de hermandad, que en estos años hayan dado los jesuitas (4). Moderados otros hasta cierto punto, y distinguiendo entre el cuerpo de la Compañía y sus miembros, quieren, como fieles ejecutores de la justicia, ejercitarla en la extinción del primero y mostrar benignidad y nobleza con los segundos, no mirándolos ya como jesuitas, sino como hombres y desgraciados, como venerables ancianos, a quienes sería crueldad volver a arrojar de la patria o dejar en el abandono (5). Finalmente, uno de estos, el Sr. Martínez de la Rosa, sobre el art. 10, que disponía se devolviesen al Crédito Público los bienes nuestros y todos los de temporalidades, que antes del restablecimiento administraba, propuso la maquiavélica adición de que se vendiesen cuanto antes, para ganar

(1) Sierra Pambley.

(2) Cortés.

(3) Moreno Guerra.

(4) Romero Alpuente.

(5) Cano Manuel y Martínez de la Rosa.

o asegurar en los compradores otros tantos partidarios de la constitución. Era idea expuesta días antes por el Conde de Toreno que «el único medio de consolidar la revolución y de asegurar la libertad era crear propietarios e interesarlos en ella» (1). Pues el Sr. Martínez de la Rosa encontraba una confirmación de este gran principio en el expediente de que se estaba tratando. El año de 1815 se mandó volver a los jesuitas sus antiguos bienes, sí; pero se exceptuó los ya enajenados, porque aun el gobierno más arbitrario respeta la propiedad. «Esta es una lección, añadió el diputado, sumamente útil para las Cortes y que no debe perderse de vista.» ¿Qué la habían de perder ni las Cortes ni los gobiernos liberales? Enseguida empezaron a crear propietarios que estuviesen interesados en la causa de la revolución, apoderándose primero de los bienes de los conventos, como los más indefensos, luego de las iglesias, más tarde de los concejos y otras comunidades, y malvendiéndolos a compradores, que con esto quedaron, en efecto, interesadísimos en la causa de la libertad *y del respeto a la propiedad*.

Quedó, pues, aprobado en las Cortes el 14 de Agosto todo el dictamen de las comisiones sobre la supresión de la Compañía; pero al presentar el 16 el decreto correspondiente, se suscitó la cuestión de si era o no de los que necesitaban la sanción del Rey. Acordóse que sí, y en consecuencia, firmado el 17, le fué presentado el 18 por una numerosa comisión, cuyo presidente, el mismo clérigo Espiga, que lo era del Congreso, y presentado por el nuevo Gobierno para el Arzobispado de Sevilla, dijo a su vuelta en la Cámara la simple... frase de cumplimiento, por decirlo con eufemismo, de que S. M. lo había recibido con especial agrado.

De todo lo que contra la Compañía se iba tratando y decretando tenían los nuestros alguna, aunque según parece, no exacta noticia; pero abrigaban a los principios cierta esperanza de que el Rey no vendría en sancionar lo decretado por las Cortes; y tal vez para esforzar su inclinación a sostenernos o para no dejar de dar algún paso en nuestra defensa, le presentó el P. Corazón un memorial que decía: «Señor: Los jesuitas postrados ante el trono de V. M. piden justicia. Sus enemigos los atropellan,

(1) Lo mismo inculcaba *El Censor* del 19 de Agosto, hablando de la sesión del 2, en que se resolvió que el Crédito Público vendiera los bienes que le estaban adjudicados.

afirmando, sin probarlo, que justamente fueron echados de España e ilegalmente restablecidos. Ellos están prontos a demostrar lo contrario y a desmentir todas las acusaciones que contrá ellos se han publicado y se publican. Por tanto:

Suplican a V. M. en nombre de la constitución, que depute un tribunal, aunque sea compuesto de sus mayores enemigos, en el cual se oigan los cargos y los descargos, y según el resultado de ellos, se sentencie, publicándose después los autos por la imprenta, para que el mundo vea la justicia o la injusticia de la sentencia. Señor, V. M. no puede negarles una cosa tan puesta en razón, sin hacerse reo en el tribunal del Supremo Juez, ante el cual dentro de poco los unos y los otros seremos presentados» (1). No sabemos si el memorial llegó a manos del Rey o quedó en las del Ministro. Los Padres al fin se desengañaron y tuvieron por seguro que se firmaría el decreto; porque persuadirían a S. M. la máxima de que *expedit ut unus moriatur homo pro populo*, y que para él y para la misma Compañía sería peor un acto de violencia, muy de temer de parte de las Cortes y del partido antijesuitico.

Estos tristes augurios hacía el P. Silva en carta al P. Vicario de 31 de Agosto. El día antes había firmado el Rey el decreto, rendido a la violencia moral que le hicieron los ministros, según escribía el Nuncio (2), y el siguiente se publicó por ley en las Cortes (3). El P. Córdón estaba resuelto a protestar formalmente en el acto de la intimación contra todo lo que la ley contenía de incompatible con la profesión religiosa, y determinadamente contra los artículos en que a los jesuitas antiguos se prohibía toda dependencia o relación con los superiores de la Compañía fuera de España, y a los nuevos no ordenados *in sacris* se los pretendía dejar reducidos a la condición de simples seglares (4). Pero no habiéndosele intimado la ley en la forma que suponía, sino pro-

(1) Copia en nuestro poder, y lo comunicaba el P. Córdón al P. Vicario en carta de 2 de Septiembre.

(2) A Consalvi el 2 de Septiembre; original en el Arch. Vatic.; *Spagna; Monsig. Nunzio al Card. Segret. di Stato*, 1820.

(3) *Decretos de las Cortes*, 17 de Septiembre. La Real orden circular impresa, insertando y comunicando el decreto, pone también a éste la fecha de 17 de Agosto; pero a la sanción del Rey la de 6 de Septiembre.

(4) Cartas al P. Vicario de 2 de Septiembre y 17 de Octubre. Originales en *Cast. I.*

mulgándola públicamente a voz de pregonero e insertándola en la *Gaceta*, no le pareció conveniente dar aquel paso, contentándose con pasar sobre ello un oficio al Nuncio, previo acuerdo con él, para que lo pusiera en conocimiento del Rey o del Papa (1).

8. Al Papa había dado noticia del decreto el Rey mismo el 17 de Agosto, antes, por tanto, de haberlo sancionado y aun de haberle sido para eso oficialmente presentado por las Cortes, en una carta formularia, en que le decía que, excitadas éstas por su Real solicitud, y habiendo procedido en este negocio con el más maduro detenimiento y con el laudable celo de tomar una resolución, que fuese conducente al bien del estado, atendidas sus circunstancias y necesidades, habían determinado la extinción de la Compañía, dejando así las cosas reducidas al estado en que las había puesto su augusto abuelo; pero tomando al mismo tiempo todas las medidas convenientes para subvenir a la decente manutención de los individuos comprendidos en la extinción (2).

Bien diferente y nada formularia, sino hondamente sentida fué la respuesta de Pío VII. Asentado en la cátedra de la verdad y Vicario de aquel Dios que es la verdad misma, con nadie, y menos con el Rey católico, puede hablar sino verdad. Pues con ella «os decimos, continúa, que persuadidos de las grandes ventajas, que la religión y la sociedad, sacarían de los desvelos de los jesuitas; no hemos podido saber sin vivo disgusto la noticia, que nos da V. M., de su extinción. El ejercicio continuo de sus prácticas religiosas, promovidas con un celo inagotable; la eficacia de sus buenos ejemplos para caminar por la senda de la virtud; sus infatigables desvelos para la educación moral y literaria de la juventud (que han arrancado elogios de la boca misma de sus enemigos); el espíritu de caridad, que abraza el socorro de toda clase de personas y que tan particularmente distingue la Compañía de Jesús; son para Nos otros tantos motivos de un justo pesar al verla excluída de los dominios de un Rey católico. Nos demasiado hemos debido reconocer en este hecho uno de aquellos golpes, que, contra lo que esperábamos y con tanto dolor de nuestro corazón vemos, se dan con tanta fre-

(1) Cartas de 18 de Septiembre y 17 de Octubre, originales en el mismo lugar.

(2) *Archiv. Vatic.; Spagna; Monsig. Nunzio al Card. Segret. di Stato*, 1820. Original.—A. H. N., *Estado*, 3.518, minuta.

cuencia a las cosas de la Iglesia en ese reino. Nuestro corazón no puede menos de dar los más profundos suspiros, al considerar que aquella gloriosa nación, que en los tiempos pasados ha sido nuestro consuelo, ahora va a ser para Nos un manantial de gravísimas inquietudes». Y prosigue lamentándose y protestando contra la inundación de libros pestilentes, los medios adoptados para disminuir y envilecer a uno y otro clero, la violación de la inmunidad, el intento de abolir los diezmos, el menosprecio de la autoridad de la Santa Sede y otras medidas contrarias a la disciplina eclesiástica y a las máximas conservadoras de la unidad católica (1). Inútiles lamentos. Aquellas cortes eran, como diríamos ahora, anticlericales hasta la médula de los huesos; y cuando esta carta del Papa llegó a manos del Rey, quizá tenía ya en ellas para su sanción el decreto de 1.º de Octubre, suprimiendo todos los monacales y dictando para la reforma de los demás regulares providencias dignas del Rey sacristán. Resistióse por algún tiempo; pero el temor que le hicieron concebir de tumultos realmente preparados para arrancársela, le rindió y se la hizo dar el 25 de Octubre (2). No son de este lugar las otras mil arbitrariedades del despotismo constitucional en materias eclesiásticas.

En la ejecución de lo decretado contra la Compañía se procedió por parte del gobierno sin grande apresuramiento y sin actos de violencia (3). Desocupáronse las casas y dispersáronse los sujetos, retirándose, ya al seno de sus familias, ya al de otras particulares y amigas, ya también a casas religiosas, que con gran caridad los acogieron. Algunos, tanto de los antiguos como de los nuevos, sacerdotes, estudiantes y coadjutores, novicios y de votos, pasaron a Italia en seguimiento de su vocación y de las tareas correspondientes a su grado. El P. Córdón, aunque estuvo para emprender el viaje a Roma con el fin de asistir a la congregación general, no pudo a tiempo, y por fin se quedó en Madrid con otros varios.

9. Por todo este tiempo, en que se preparaba y ejecutaba

(1) 15 de Septiembre. Puede verse en la *Colección Eclesiástica Española*, t. I, p. 33.—Dávila, II, 232-233.

(2) *Historia... de Fernando VII*, t. II, l. IX, pp. 205 a 207.—Alcalá Galiano, *Memorias*, t. II, c. IX, pp. 134 a 137.

(3) El P. Córdón al P. Vicario el 17 de Octubre. Original en *Cast. I.*

aquí la supresión de la Compañía, se disponía también y se empezaba en Roma la congregación general para nombrar sucesor al P. Brzozowski. Poco diremos de ella, porque no es materia propia de nuestra historia, sino de la general de la Orden. Fué convocada al principio para el 14 de Septiembre, y se mandaba, conforme al Instituto, que se reuniese aquí la congregación provincial y en ella se nombrasen los electores, que habían de concurrir a la general. Representóse la imposibilidad en que lo revuelto de las cosas públicas ponía a nuestros Padres de juntarse en congregación aquí, y no menos, junto con su mucha edad y achaques, de ponerse en camino de Roma. Húbose de convenir en que sin congregación fuesen por escrito nombrados como electores y diputados por la Compañía española algunos de los que se habían quedado y residían todavía en Italia; y efectivamente, no por votos secretos, según parece, sino entendiéndose entre sí los profesos, nombraron electores a los PP. Galán, Ganuza y Marcelo Valdivieso, y sustitutos suyos, por si no pudieran asistir, a los PP. Andrés González, Gaspar Sánchez y Prendis. Los PP. Galán y Sánchez eran de la antigua provincia de Aragón; el P. Ganuza del Paraguay; el P. Valdivieso de Quito; los PP. González y Prendis de Méjico (1).

Aplazada luego la congregación general *ad nutum Pontificis* (2), e instando el P. Vicario porque, a ser posible, acudieran algunos (3), a lo menos el P. Córdón; disponíase éste al viaje y esperaba que no faltaría quien le siguiese (4); pero la consideración de que, disuelta aquellos días la Provincia, no parecía haber de tener representantes en la congregación; la edad, los ajes y el invierno que se echaría encima para cuando pudieran embarcarse, los detuvieron a todos por entonces, y entretanto, con inesperada mudanza, y nueva orden del Papa comenzaron en Roma las sesiones de la Junta el 9 de Octubre. Asistieron los electores nombrados por esta provincia, representando al Vice-

(1) Ignoramos si ahora eran considerados todos como de la Romana, y sólo para asistir a la congregación llevarían la voz de la de España, o si pertenecían a ésta y eran huéspedes en aquélla. En este caso los dos mejicanos pertenecerían a la suya.

(2) Carta del P. Córdón al Rector de Sevilla de 15 de Septiembre, original en la *Col. Sev.*—*Liber saecularis*, c. II, p. 56.

(3) Carta del 22 de Agosto. *Registro correspondiente*.

(4) Cartas al P. Vicario de 2 y 18 de Septiembre. Originales en *Cast. I*.

provincial el P. Galán; y obtenido del Sumo Pontífice decreto sanatorio de todos los defectos, que para su legitimidad y la de sus ulteriores operaciones hubiera, como fundadamente se temía, en la congregación; fué elegido Prepósito General el día de San Lucas Evangelista, el P. Luis Fortis. Pasando a la elección de Asistentes, determinóse previamente que por esta vez se nombrase un italiano para Italia y un polaco para Polonia; pero los otros dos pudieran ser elegidos de cualquiera nación; y verificadas las votaciones salieron nombrados los PP. Zauli y Raimundo Brzozowski con la primera condición, y los PP. Monzón, Vicepreposito de la Casa Profesa, y Rozaven, Viceprovincial de Francia, con la segunda.

Compréndese la importancia de esta Congregación general, por ser la primera que se celebraba después de la universal restauración de la Compañía. Prudentes y apretadas resoluciones se tomaron tocantes a la formación religiosa y literaria de nuestros jóvenes, a la observancia de la disciplina regular, a la guarda de la pobreza; pero más necesaria y capital que esos decretos particulares, con serlo tanto, era entonces, como en ella misma se da a entender, la siguiente declaración, que fielmente traducimos:

«Habiendo propuesto nuestro Padre si parecía a la Congregación disponer que todas nuestras constituciones y decretos de las congregaciones, reglas, fórmulas, órdenes de los Generales, etcétera, tuvieran la misma fuerza de obligar que antiguamente, para mostrar así la nueva Compañía su voluntad de seguir las pisadas de los antiguos Padres y de no apartarse en lo más mínimo de nuestro santo Instituto; todos lo recibieron con el mayor agrado y, sin disentir uno solo, resolvieron que se diera el siguiente decreto:

«Aunque no parece que haya la menor duda de que desde el principio del restablecimiento de la Compañía han obligado plenamente, tanto las constituciones que nos dejó nuestro Santo Fundador, como todo lo demás que a ellas fueron acertadamente añadiendo nuestros mayores, por ser manifestísima la intención de nuestro Santísimo Padre Pío VII, de que la Compañía por él restablecida se gobernara por las mismas leyes que antes; sin embargo, para quitar toda incertidumbre en esta parte y para rendir la terquedad de algunos revoltosos; la Congregación confirma; no solamente las constituciones con sus declaraciones,

sino también los decretos de las Congregaciones generales, las reglas comunes y las particulares de los diversos oficios, el *Ratio Studiorum*, las órdenes de los Generales, las fórmulas y todo cuanto constituye la legislación de la Compañía; y, si necesario fuera, de nuevo ordena todo eso con la potestad que al Prepósito General y a las Congregaciones conceden las constituciones de Paulo III, y quiere que todas y cada una de esas cosas tengan la misma fuerza obligatoria que tenían antes del Breve de supresión expedido por Clemente XIV. Se exceptúa cuanto dependa de los privilegios, por no habernos sido devueltos, y los preceptos, censuras y casos reservados, de que luego se tratará» (1).

Tampoco debemos pasar por alto el último decreto de aquella memorable Congregación. Reconocida la Compañía al inmenso beneficio recibido del Señor en su reciente y universal restablecimiento, quiso guardar de aquel día la misma memoria, y celebrarlo de la misma manera que el de su primera fundación; y así ordenó que en adelante, el día 7 de Agosto, como el 27 de Septiembre, todos los sacerdotes ofreciesen el santo sacrificio de la misa y los demás la comunión y el rosario en hacimiento de gracias.

(1) *Institutum Societatis Jesu*, t. II, pp. 468 y 469.

CAPÍTULO VI

LA COMPAÑÍA RESTABLECIDA EN NUEVA ESPAÑA

1. La antigua provincia y sus miembros sobrevivientes en 1815.—2. Peticiones de su restablecimiento antes y después del universal hecho por Pío VII y del de España por Fernando VII.—3. Su realización solemne el 19 de Mayo de 1816. — 4. Principios del noviciado y entrega de colegios. —5. Muerte de los PP. Barroso y Catañiza; el P. Cantón Provincial; el noviciado en San Pedro y San Pablo; llegada de otros Padres; profesiones. —6. Intervención poco ventajosa de la Junta de restablecimiento de Madrid y de otra formada allí.— 7. Restablecimiento en Durango y en Puebla.—8. Dependencia del Comisario general de España e Indias.—9. Ministerios espirituales.—10 Supresión.

1. La antigua Asistencia de España tenía fuera de la Península, en los vastos dominios del Rey Católico, siete provincias, cuyos nombres indican suficientemente el territorio que comprendían: Filipinas, Méjico, Santa Fe o Nuevo Reino de Granada, Quito, Lima, Chile y Paraguay. Esta última se extendía a toda la parte meridional colindante con las dos anteriores y con el Brasil. De todas no pudo revivir ahora más que la de Méjico, y esa para pasar más de medio siglo reducida a poquísimos sujetos, y casi todo ese tiempo dispersa y sin existencia legal en la nación. Donde mayores daños había causado el destierro de la Compañía, allí fué más dificultoso y tardío su restablecimiento.

La provincia de Méjico tenía al tiempo del extrañamiento cerca de setecientos sujetos; de ellos sobrevivían en 1814 poco más de cuarenta, casi todos residentes en Italia. Allí se incorporaron algunos a la Compañía apenas restablecida; tres o cuatro pasaron a España y otros dos a Méjico en 1817. Pero residían ya de atrás en su patria algunos otros; y esos fueron allí los restauradores de la provincia. Sin eso, tal vez no hubiera sido restablecida, como sucedió con todas las demás de ultramar.

Cuatro eran aquellos sujetos: los PP. José M. Castañiza, Pedro Cantón, Antonio Barroso y Miguel Jerónimo González. Este

último, retirado en su pueblo natal, la villa de Lagos, diócesis de Guadalajara, ninguna parte tomó en el restablecimiento por su edad y achaques.

El P. Castañiza, hombre de distinguido nacimiento, primogénito de los Marqueses de su apellido, había entrado en la Compañía a los dieciséis años, y estudiaba Teología en el Colegio Máximo de Méjico al tiempo de la expulsión. Desterrado a Italia, allí acabó los estudios, recibió las órdenes sagradas e hizo la profesión de tres votos a los veintinueve años el día 15 de Agosto de 1773, es decir, el día antes de intimarse en Roma el Breve de extinción. Conjeturamos que le fué hecha esta gracia por la condición de su persona, y acaso por los socorros que recibía de su familia y con que contribuía a la subsistencia de la provincia en el destierro. Reducido a la condición de sacerdote secular, vivió con edificación en Bolonia hasta que Carlos IV permitió a los desterrados volver a su patria en 1798. Empezó entonces el viaje de vuelta; pero le detuvo en Cádiz, primero una enfermedad y luego la prohibición del Gobierno, que indicamos en otra parte. Allí se hallaba en 1800, cuando la fiebre amarilla hizo tantos estragos en la ciudad; y aunque delicado de salud, se consagró de lleno al servicio de los apestados, como todos los demás jesuitas, que quizá llegaban a treinta, de los cuales murieron once o doce, los más de ellos americanos, reunidos en aquel puerto para pasar a su patria (1). Cuando el año siguiente el Gobierno, *por castigo*, no sabemos si de ese o semejantes crímenes, decretó contra ellos el segundo destierro; el gobernador de la ciudad, lejos de ejecutarlo, acogió en ella a otros cuatro, que habían residido hasta entonces en Jerez (2). Por fin en 1809 pudo volver a Méjico, donde esperaba, o en sus días o para después de ellos, el restablecimiento de la Compañía; pues para contribuir a él dejaba en su testamento, hecho en 1811, la suma de 150.000 pesos (3).

El P. Cantón, casi de la misma edad y tiempo de Compañía que el P. Castañiza (4), con este fundamento y el de la semejan-

(1) Luengo, *Diario*, t. 34, p. 153; 25 de Septiembre.

(2) El mismo, t. 36, p. 198; 21 de Agosto de 1802.

(3) Decorme, l. I, c. II, n. 18, p. 62.

(4) El P. Castañiza nació en Méjico a 23 de Mayo de 1744 y entró en la Compañía el 18 de Marzo de 1761; el P. Cantón nació en Guadalajara el 14 de Febrero de 1745 y entró en la Compañía el 15 de Junio de 1761.

za de carácter y virtudes, trabó con él, si no antes, a lo menos en el destierro, muy estrecha amistad. En Bolonia parece que estuvieron ambos hasta 1798; ciertamente estaban el año anterior, y juntos hicieron entonces el viaje a España, juntos vivieron en Cádiz, juntos pasaron a Méjico, y aun allí también vivieron juntos en casa de la Condesa de Basoco, hermana del Padre Castañiza. Con ellos parece que volvió el P. Antonio Barroso, y también se quedó como ellos en la capital, hospedado en el Colegio de San Ildefonso, donde murió en Octubre de 1816, apenas realizado el restablecimiento.

2. Dejamos consignada en otra parte la petición de todos los diputados por América en las Cortes de Cádiz, sin más excepción que la de Mejía, solicitando la vuelta de la Compañía a aquellas regiones, como muy importante para el cultivo de las ciencias y para la propagación de la fe entre los infieles. Aquí debemos añadir que esa petición la puso el Ayuntamiento de Guadalajara en las instrucciones que dió a sus representantes, tanto el año de 1810 como el de 1813. He aquí sus palabras: «El Gobierno en su manifiesto de veinte y seis de Octubre de ochocientos ocho, invitó a los sabios, entre otras cosas de la mayor importancia, a proponer proyectos para mejorar la educación pública; y no es dudoso que se le hayan presentado. Nosotros en calidad de medios para ello y para reformar las costumbres, creemos de sumo interés el restablecimiento del Instituto de la Compañía de Jesús en todos los dominios de la monarquía. Él abrazaba estos importantísimos objetos, y es demasiado notorio que los desempeñaba del modo y con el éxito más plausible para que nos detengamos en apologizarlo» (1). Es probable que otras ciudades dieran a sus diputados la misma comisión; pero no lo sabemos positivamente. La falta de la Compañía en América se hacía sentir mucho, y su memoria estaba aún muy viva en aquellos pueblos, para que dejaran de reclamar su vuelta, cuando el aniquilamiento de sus perseguidores los ponía en libertad de hacerlo.

Digno de observación es el hecho de que a un tiempo mismo se pidiera de Méjico el restablecimiento de la Compañía a las Cortes españolas, y lo decretaran allí mismo en su primer congreso los caudillos y promovedores de la independencia. El 6 de

(1) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 116. Copia auténtica.

Noviembre de 1813, a propuesta de Morelos, los insurgentes reunidos en Chilpancingo votaron esta proposición de ley, fundada en los mismos motivos que la presentada en Cádiz: «Se declara el restablecimiento de la Compañía de Jesús, para proporcionar a la juventud americana la enseñanza cristiana, de que carece en su mayor parte, y proveer de misioneros celosos a las Californias y demás provincias de la frontera» (1). D. Carlos María Bustamente, principal promovedor de este proyecto, trató de acudir a los Estados Unidos, pidiendo al Arzobispo de Baltimore, antiguo jesuita, algunos de los que tenía en su diócesis, agregados a los de Rusia, o que de los restablecidos solemnemente en Nápoles y Sicilia se los alcanzase del Sumo Pontífice (2). No sabemos si pensó en los que tenía en el mismo Méjico y que podía suponer deseosos de restablecer allí la Compañía. Tal vez conocía su adhesión a España, y que no habían de querer trato alguno con los rebeldes.

Al fin la Metrópoli fué la que realizó el restablecimiento, que unos y otros anhelaban, pero más los fieles a España, a la España antigua, católica, no a la liberal que se estaba formando, si es que ésta tenía en ultramar algunos partidarios. El sentimiento dominante en los de la independencia, vióse bien cuando estuvo consumada: no fué posible conseguir del nuevo régimen que diera existencia legal a la Compañía en la República.

La Bula de restablecimiento universal, publicada el 7 de Agosto de 1814, no llegó a Méjico hasta Enero de 1815, y su noticia y lectura debió de ser lo que movió a un ejemplar eclesiástico de Guadalajara a emprender inmediatamente un viaje a España, para procurar que se realizase en aquella ciudad. Llamábase D. Juan María Corona, y era en ella capellán de las religiosas Agustinas Recoletas. Ya en 1808 había por escrito dado principio a cierta negociación en la corte con aquel objeto; y luego en 1811 y 1814 repitió en Méjico sus diligencias con los Virreyes, D. Francisco Javier Venegas y D. Félix María Calleja. Ahora su vivo deseo de conseguirlo le hizo venir en persona a Madrid a negociarlo (3). Como al llegar aquí encontró publicados el de-

(1) Dávila, II, c. V, p. 155.—Decorme, I, I, c. III, n. 4, pp. 76 y 77.

(2) Decorme, lugar citado.

(3) A. H. N.; *Jesuitas*, 116. Representación original dirigida a la Junta de restablecimiento en 5 de Diciembre de 1815.

creto de 29 de Mayo para España y la Real cédula de 19 de Septiembre para Indias, y formada la Junta, entabló inmediatamente en ella su pretensión para Guadalajara y entró luego en la Compañía, siendo uno de los siete primeros novicios que fueron recibidos el 18 de Marzo de 1816.

Antes que él a España había llegado a Méjico el primer decreto del Rey, que precedido de un artículo muy entusiasta, se publicó en el *Diario oficial* el 4 de Septiembre.

Sin conocerlo todavía, trataban dos eclesiásticos de Durango, capital de la Nueva Vizcaya, con el Ayuntamiento y con el Señor D. Juan Francisco Castañiza, Marqués de Castañiza, electo Obispo de la diócesis, de que fuese en aquella ciudad restablecida la Compañía, y el Señor Obispo tenía dirigida al Rey una calurosa representación solicitándolo, y otra pidiendo que fuera también repuesta en la capital del Virreinato y encargada del Colegio Mayor de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso, que antiguamente había sido suyo y ahora gobernaba él y había de dejar por la mitra de Durango (1).

No tardaron en hacer la misma petición para sus sedes respectivas, llegado ya el decreto, el Arzobispo electo de Méjico, D. Pedro José Fonte, con su Cabildo; el Obispo de Antequera de Oaxaca y el Arzobispo de Guatemala en el curso del mes de Septiembre (2). El de Puebla, que acababa de ser consagrado en Madrid, no pidió espontáneamente jesuitas para su diócesis; pero explorada su voluntad por el Gobierno, contestó que de buena gana los llevaría consigo, si hubiera quienes estuvieran a punto para embarcarse con él (3), y el Ayuntamiento por su parte los pidió al Virrey en 1817 (4). Por Guadalajara acudió al Rey su Ayuntamiento en Enero del 16, sin duda con la idea de que podrían hacer más fuerza en el Real ánimo sus instancias que las del capellán de monjas (5), e ignorando tal vez que apoyaban

(1) A. H. N.; *Jesuttas*, 116. Representaciones originales de 31 de Julio de 1815.

(2) Representaciones originales, la del último copia auténtica, leg. 116 y 117.

(3) Dávila, II, c. VII, pp. 222-223.—Decorme, I, I, c. VII, n. 9, pp. 172-173.

(4) Decorme, p. 171.

(5) Copia auténtica en el A. H. N.; *Jesuttas*, 116. El memorial lleva la fecha de Enero de 1817; pero debe ser de 1816, pues se refiere únicamente al decreto de 29 de Mayo de 1815, y no al de 10 de Septiembre, llegado allá en Febrero de 1816.

a éste en la corte los dos diputados venidos en 1813, D. Francisco Antonio Velasco y D. Juan de Dios Cañedo, el primero de ellos nombrado ahora por el Rey Alcalde del Crimen en Méjico (1). Otro diputado, el de Ciudad Real de Chiapas, pedía para su provincia la misma gracia en Octubre de 1816 (2); y también la debió de pedir para su diócesis el Ilmo. Sr. Obispo de León de Nicaragua, según se entiende por oficios suyos posteriores (3). Finalmente, prelados o Ayuntamientos, o unos y otros, solicitaron la vuelta de la Compañía a las ciudades de Chihuahua, Querétaro, León, Lagos, Valladolid, Campeche, Mérida de Yucatán y San Luis de Potosí (4). Los fundamentos de tales peticiones ya nos son conocidos: la enseñanza y la educación de la juventud, las costumbres cristianas, la fidelidad al Rey ha disminuído notablemente desde la expulsión de la Compañía; para todo será su vuelta el más eficaz remedio.

3. La Real cédula de 19 de Septiembre de 1815, que la autorizaba, llegó a Méjico el 7 de Febrero de 1816; y como nuestro P. Vicario General había preventivamente adelantado algunas diligencias para el restablecimiento en aquellas partes; se pudo proceder a él y se procedió de hecho inmediatamente. Había en Roma al tiempo del universal, realizado por Pío VII, varios Padres mejicanos, y fueron de los primeros en alistarse de nuevo en la Compañía. Uno de ellos, el P. Juan Francisco Arrieta, teniendo por seguro, como generalmente lo miraban por allí, el restablecimiento en España y sus dominios ultramarinos; para ganar tiempo, como convenía por lo tardo de las comunicaciones con América, trató con el P. Perelli de disponerlo en Méjico; y así en su nombre, antes y después del decreto de 29 de Mayo y de la cédula de 10 de Septiembre de 1815, escribió a los Padres Castañiza y Cantón autorizándolos para recibir sujetos, y por tanto implícitamente para unirse ellos mismos a la Compañía restablecida, del modo que lo hacían los antiguos en Europa (5).

(1) Informe original de los dos en el A. H. N.; *Jesuitas*, 116.

(2) Original en el mismo legajo.

(3) Hállanse en el legajo 117.

(4) Decorme, l. I, c. IV, n. 16, p. 116; c. VII, n. 5, p. 169.

(5) El P. Vicario General, «informado de las óptimas facultades, digo cualidades, en todos géneros, de sus personas, me ha ordenado que les escribiera comunicándoles la facultad de ir recibiendo sujetos que quieran ser jesuitas». 8 de Agosto de 1815. En otras posteriores repite una y otra vez este encar-

Con esto, apenas publicada en la capital por bando del Virrey, D. Félix Calleja, la cédula de restablecimiento en Indias el 24 de Febrero de 1816; los tres Padres oficiaron al mismo Virrey y al Arzobispo, presentándose como jesuitas, reconocidos por los superiores de Roma, según atestiguaban aquellas cartas, y ofreciéndose a cumplir los deseos del Rey y a ocuparse en los ministerios propios de la Compañía (1). Como la cédula de 10 de Septiembre, no solamente permitía el restablecimiento, sino que expresamente mandaba a las autoridades proceder a él prudentemente, empezando por hospedar en sus antiguas casas que se hallasen sin destino, a los sujetos de la Compañía que se les presentasen; el Virrey dió principio a las diligencias oficiales con el Señor Arzobispo, con la Audiencia o Real Acuerdo y con los mismos Padres. Reconocidos los tres como jesuitas por las cartas de Roma presentadas, y aceptando el ofrecimiento del Ilustrísimo Señor Castañiza, que no sólo quería entregar a la Compañía el colegio de San Ildefonso, cuyo Rector era, pero aun desde luego y antes de esa entrega les cedía para atender a su mejor sustentación, la renta que como Rector percibía; a propuesta del Ilmo. Señor Arzobispo y con aprobación del Real Acuerdo, el Virrey decretó en 8 de Mayo de 1816 el restablecimiento formal de la Compañía y el aposentamiento provisional de los Padres en San Ildefonso, dejando para más adelante, cuando se pudiera tener debidamente estudiada y preparada, la entrega oficial de aquélla u otra casa, bienes y demás que fuese debido (2).

Un punto hay en el voto del Real Acuerdo y en los oficios consiguientes del Virrey, que en la forma en que está de mero consejo, no es de tanto embarazo, aunque pudiera ser ocasión de disgustos; pero que puesto como obligatorio, según al principio lo proponía el Acuerdo, hubiera sido no poco ofensivo para los Padres y hecho dependiente de parecer extraño la admisión de sujetos. El gran número de eclesiásticos, declarados por la inde-

go. (Copia auténtica de diversos capitulos de cartas desde 20 de Septiembre de 1814 a 24 de Octubre de 1815, A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 117. *Testimonio del expediente instruido sobre el restablecimiento de la Compañía de Jesús*, Méjico, fol. 9. Otros párrafos pueden verse en Decorme, I, I, c. III, pp. 79 y 85.)

(1) Los dos oficios en Dávila, II, c. VI, p. 167.

(2) A. H. N.; *Testimonio* citado. Los documentos principales en Dávila, II, c. VI.

pendencia de aquel reino de la Corona de España, hizo recelosos a los oidores; y alegando o pretextando que por su mucho retraimiento del mundo no podía el P. Castañiza tener el necesario conocimiento de las personas, y así era fácil que admitiese en la Compañía a hombres poco firmes en la fidelidad a España; quisieron someter la admisión de todos a la aprobación del Señor Arzobispo. Tuvo el Padre noticia confidencial de lo que se trataba; y comunicado el asunto con su hermano, el Obispo electo de Durango y con el mismo Señor Arzobispo, representó, también por vía confidencial, a los oidores las razones que contra el proyecto se le ofrecían. No podrá menos de sentir que en documento tan solemne, por más dorada que salga con el elogio de su mucho recogimiento, se ponga una cláusula que envuelve alguna tacha de infidencia contra él, que en Cádiz y en Méjico ha hecho celebrar solemnes triduos por el triunfo de España contra los franceses, y que allá dió para la guerra tres caballos y veinte pesos mensuales, y acá, a la petición de recursos hecha por el Virrey Venegas, fué el primero en ofrecer mil doscientos al año para el sostenimiento de diez soldados; acto publicado por S. E. en el *Diario Oficial* y agradecido expresamente por él, primero en su nombre y después en nombre de las Cortes. ¿No pondría esto en recelo contra él a sus mismos superiores, a lo menos de que la Audiencia no se fía enteramente de él en tal asunto? Sería, además, para la Compañía bochornoso, por no tener esa traba en admitir sujetos ninguna otra religión, e injurioso por haber dado los jesuitas desterrados en Italia, relevantes pruebas de adhesión al Rey, negando el juramento a Bonaparte aun a costa de cárceles y despojos, y por haberlo el mismo Rey reconocido así, primero autorizándolos sin más a todos para volver a España, cuando no se permitía sin examen a los demás españoles, y después llamándolos y exhortándolos a volver allá a restablecer la Compañía. Más; por la cédula de 10 de Septiembre de 1815 se ve que el Consejo de Indias propuso al Rey nuestro restablecimiento en América como el medio más eficaz para la pacificación de estos países. Poner la Audiencia esa cláusula, será dar a entender que tiene razones particulares para no fiarse de nosotros. Fiese, que yo estoy muy resuelto a no recibir sino a quien conozca, y aun de propio movimiento tenía pensado presentar al Señor Arzobispo la nota de los pretendientes; y cualquiera otro superior tendrá cuidado de observar nuestro Insti-

tuto, que excluye de la Compañía a todo hombre notado de herejía, de cisma o de otro delito grave. ¿Y cuál más grave, después de esos dos, que la infidelidad al Rey? (1). A estas diligencias juntó el P. Castañiza las de implorar con un triduo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe; y el resultado fué quedar reducido a consejo lo que se proponía como precepto, y a los eclesiásticos, lo que se quería aplicar a todos cuantos pretendieran entrar.

Decretado el restablecimiento, y que los Padres se instalaran provisionalmente en algún departamento de San Ildefonso; resolvióse también por unánime voluntad de las autoridades y de los interesados, que el Marqués de Castañiza renunciara desde luego oficialmente el rectorado del colegio, pasándolo a la Compañía, mas que no lo dejara de hecho, sino que siguiera con él hasta el tiempo de su partida.

Todo ya concertado, señaló el Virrey el día 19 de Mayo para el acto solemne, que comprendía, según lo expuesto, tres cosas: el restablecimiento formal de la Compañía en Nueva España; la instalación de su primera comunidad como huésped, y no en casa propia, en el colegio de San Ildefonso; y la entrega oficial del cargo de Rector al P. Castañiza. Casi a última hora, la antevíspera del acto, el Virrey decretó la entrega formal del colegio a los Padres; y así, no ya como huésped, sino en su propia casa, quedaría restablecida la Compañía y entablada de nuevo la vida común y religiosa de los Padres restauradores (2).

Hizose la ceremonia en la capilla del colegio, ricamente engalanada. El Señor Arzobispo quiso llevar en coche desde su palacio a los PP. Castañiza y Cantón. Todo el colegio, con su Rector, el Sr. Castañiza, a la cabeza, los de los otros colegios y los Superiores de religiones los recibieron a la puerta y los condujeron a sus puestos en el presbiterio. Allí se les unió el P. Barroso, que por enfermizo no pudo salir de casa. Concurrió luego

(1) Carta a D. Juan Evangelista Gamboa, 22 de Abril de 1816; otra a los PP. Arrieta y Serrano, 7 de Mayo del mismo. Las tenemos solamente traducidas al italiano, sin duda para informar al P. Vicario. (*Prov. Mexicana.*)

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, 117. «*Testimonio del expediente formado para acordar el acto solemne del formal restablecimiento de la Compañía de Jesús y recibimiento de los Padres de ella en el Real y más antiguo Colegio de los Santos Pedro, Pablo e Ildefonso*». Orden de Calleja al oidor, D. Manuel del Campo y Rivas, de 17 de Mayo de 1816.

en cuerpo el Cabildo metropolitano, la Audiencia, el Ayuntamiento, la Universidad y otras Corporaciones, y el Virrey en coche de corte con el brillante acompañamiento de alabarderos, caballerizos, pajes de honor y escolta de realistas de Fernando VII, y cuantas personas cupieron en la capilla de las más distinguidas de la ciudad. Leída la Real cédula de restablecimiento en Indias y una breve noticia de las diligencias hechas para su cumplimiento en aquella capital, el Virrey dió posesión del colegio al P. Castañiza, entregándole en señal de ella una llave, y el Padre entregó al Virrey una candela en reconocimiento del Real patronato; hizo luego una alocución el Señor Arzobispo, y por fin se cantó el *Te Deum*, oficiando el mismo Ilmo. Prelado. Inmediatamente se echaron a vuelo todas las campanas de la ciudad. El Virrey llevaba en dar al acto tan gran solemnidad alguna mira política. Se proponía con eso, según escribía al Rey a 31 de aquel mes, «contribuir a las soberanas, piadosas intenciones de V. M., no menos que imprimir en los ánimos de estos habitantes las más justas ideas del paternal amor de V. M., y de los bienes, que deben prometerse de un Monarca que por todos los medios posibles promueve su verdadera felicidad» (1). Mas no parece que fueran dirigidas a tal intento otras demostraciones suyas de afecto, como el dar un estrecho abrazo al P. Castañiza en el momento solemne de la entrega del colegio; volver a él con su esposa por la tarde a visitar a los Padres y darles la enhorabuena; y concurrir también por la noche a los festejos de fuegos de artificio y escogida música, celebrados en el patio interior (2). El P. Castañiza escribía al P. Zúñiga el 4 de Octubre, que sin el favor y empeño particular del Sr. Calleja no estaría todavía hecho el restablecimiento en aquella fecha (3). Fuera de él y de los dos Prelados de Méjico y Durango, contribuyeron grandemente a facilitarlo y disponerlo todo con su actividad oficiosa en las diligencias necesarias, el Maestrescuela de la Metropolitana, don Juan José Gamboa, y el Tesorero, D. Andrés Fernández de Madrid. Los particulares, en gran número, manifestaron su alegría por el restablecimiento con colgadas en sus casas el día del acto solemne y muchas comunidades, además, con devotas fun-

(1) A. H. N., en el *Testimonio* últimamente citado.

(2) *Relación del restablecimiento*, etc.

(3) Carta original en nuestro poder.

ciones religiosas de acción de gracias (1). La del Oratorio de San Felipe Neri, establecida en nuestra antigua Casa Profesa, quiso celebrar solemnísimamente la fiesta de San Ignacio de aquel año en la capilla de San Ildefonso, oficiando, predicando y haciendo todo el servicio y costa. Sobre todas se señaló la del Colegio mismo, que el día de la ceremonia engalanó el edificio con colgaduras, emblemas y poesías alusivas al acto, y el siguiente tuvo misa solemne y *Te Deum*, oficiando el Sr. Castañiza (2). El pueblo en general mostró también su contento con su concurso al acto y con otras diversas manifestaciones.

El Colegio de San Ildefonso era al tiempo de la expulsión un seminario o internado y contaba con trescientos colegiales, que, según entendemos, bien que no lo hallamos expresamente consignado, no tenían allí sus clases, sino que acudían a las del Colegio Máximo (3). En los primeros momentos de la expulsión el colegio se deshizo; pero en 1774 fué reorganizado con profesorado propio, bajo la dirección de sacerdotes seculares. El Sr. Castañiza pasó en él cuarenta años, primero de estudiante, después de Catedrático y últimamente de Rector (4). Así seguía al tiempo del restablecimiento, pero mermado su número, que no parece llegaba al centenar (5). Hasta primeros de Noviembre, que partió para su Obispado, le siguió gobernando el Rector antiguo con los demás subalternos. Entonces fueron nombrados para los cuatro cargos principales cuatro novicios: Rector, el P. Ignacio María de la Plaza, sacerdote que en el mismo colegio había sido maestro de aposentos, es decir, lo que ahora llamamos Inspector; Vicerector, el H. Francisco Mendizábal, que había enseñado leyes; Maestro de aposentos, el H. Juan Ignacio Lyón; Padre espiritual, el P. Blas Perea, que era además Procurador de provincia. Los demás cargos de gobierno y todas las clases siguieron en manos de los que antes las tenían. Los alumnos subieron ya en este primer año a más de ciento cincuenta (6).

(1) Decorme, l. I, c. III, n. 22, p. 96.

(2) *Relación citada.*

(3) Nos fundamos en que el catálogo de la Provincia no pone profesores algunos en San Ildefonso.

(4) Lo dice él en su memorial al Rey, de 31 de Julio de 1815.

(5) El Sr. Castañiza, hablando del primer año de la insurrección, dice que entonces pasaban de ciento. Por el contexto se entiende que cuando lo escribía no llegaban.

(6) Dávila, II, c. VII, p. 198.

4. En Méjico, más que en España, era urgente, realizado el restablecimiento de la religión, asegurar su vida recibiendo y formando sujetos en quienes se perpetuase. Los antiguos eran tres; el P. Barroso estaba para poco; los otros dos contaban ya más de setenta años; sin pérdida de momento había que prepararles sucesores. De los muchos pretendientes que se presentaron, once pudieron ser recibidos desde luego, entre los cuales había tres sacerdotes, otros con todos los estudios hechos o muy adelantados, profesores algunos entonces o anteriormente, y entre ellos el Rector de la Universidad, D. Isidro Ignacio de Icaza. No teniendo la Compañía todavía otra casa que el colegio de San Ildefonso, en él se acomodó para noviciado un departamento, y en su capilla se inauguró el 2 de Junio, fiesta de Pentecostés, celebrando el Ilmo. Sr. Arzobispo y recibiendo la comunión de su mano, vestidos ya con la sotana de la Compañía, los nuevos jesuitas, que fueron confiados para su formación religiosa al P. Cantón. Inmediatamente empezaron los ejercicios propios del noviciado, a la manera antigua, enseñados con palabras y ejemplo por los dos Padres ancianos: asistir a los enfermos en el hospital, consolándolos, enseñándoles la doctrina cristiana, confesándolos y cuidando de toda la limpieza de las salas; visitar a los presos de la cárcel, doctrinándolos y regalándolos con alguna cosa; pedir limosna por las calles para beneficio del hospital de San Lázaro; conducir procesionalmente a alguna iglesia en días festivos a los niños y explicarles el catecismo con diálogos, pláticas y preguntas, rezando a coros el Rosario por las calles con el pueblo que los acompañaba a la vuelta.

Llegó entretanto de Roma a los PP. Castañiza y Cantón facultad del P. Vicario General para hacer la profesión de cuatro votos; y no habiendo allí otro profeso que se la recibiera, delicada y oportunamente dispuso el Ilmo. Señor Arzobispo, a quien acudieron, que recibiendo la consagración episcopal el hermano del P. Castañiza el 4 de Agosto, luego el 15, celebrando misa de pontifical por vez primera en su capilla de San Ildefonso, en ella y en sus manos hicieran ellos la profesión solemne. Bien se deja entender el consuelo de todos y particularmente de los dos hermanos en esta ceremonia.

A los pocos días se hizo entrega a la Compañía de otros tres edificios: el colegio de San Gregorio y sus rentas; el de San Pedro y San Pablo; y la iglesia de Nuestra Señora de Loreto.

El colegio de San Gregorio, con su iglesia de Loreto, estaba en lo antiguo destinado exclusivamente al bien de los indios; por lo cual habian de saber su lengua, al menos cierto número de los sujetos empleados en él. A los indios se atendía en la iglesia y fuera de ella, en la ciudad y en el campo; y niños indios habian de ser los de sus escuelas, internos gratis como una docena.

Después del extrañamiento de la Compañía, la Junta superior formada en Méjico para disponer la aplicación que había de darse a nuestras casas, iglesias y bienes, lo destinó con todos los suyos a un nuevo seminario de indios, no sabemos en qué forma y con qué condiciones, pero sí que había de llamarse de San Carlos, en honra del Rey, que sería tenido por fundador. En la corte se aprobó el proyecto, pero quitándole casi todos los fondos a él destinados; y mientras se buscaba modo de vencer esta dificultad, hubo quien supo hacer cambiar completamente de aspecto el asunto. El colegio con sus rentas había pertenecido a la Compañía, como generalmente todos los demás que tenía, en plena propiedad, aunque con cargas o destino determinado. Expulsada la Compañía, hizose en este punto una «variación sustancial de las cláusulas de su primitiva fundación... para salvarlo de las garras del fisco», según dice Dávila (1), que explica esa variación o falsificación de esta manera. Después de haber mencionado una hacienda, que para los piadosos fines de su institución le había legado antes del extrañamiento el capitán D. Juan Echeverría, continúa así: «Extinguida la antigua Compañía, se nombraron comisionados para revisar los libros, documentos y papeles de cada casa; y los referentes a San Gregorio se encomendaron al oidor mejicano D. Francisco Javier Gamboa, quien deseando salvar esos bienes de la confiscación general, extendió su informe fijándose diestramente más en el objeto que se había propuesto Echeverría, que en la persona moral, a cuyo favor había legado, alterando con este fin la cláusula testamentaria; con cuya diligencia y su influjo, logró que la junta de aplicaciones declarase no pertenecer aquél a las temporalidades, y se mandara abrir un establecimiento análogo al anterior, compuesto de un rector y seis sacerdotes dedicados a los ministerios espirituales en favor de los indígenas y conservando la escuela de niños

(1) II, c. VII, p. 216.

para la enseñanza de las primeras letras y la música» (1). Lo mismo en sustancia escribía el P. Cantón a Roma el 7 de Julio de 1819 (2). Es decir, que se hizo pasar el colegio y sus bienes, no como propios de la Compañía, sino como institución independiente encomendada a su gobierno y administración; y el Virrey, don Antonio Bucareli, escribía al Ministro de Indias, que la junta municipal lo había demostrado «con razones claras y con documentos auténticos» (3). Adviértase que, según se lee en ese documento, hasta su fecha, Junio de 1779, nada se había hecho todavía; es decir, que la labor de la Compañía con los indios en aquel colegio y su iglesia llevaba doce años sin haber sido sustituida con otra. Por Dávila pudiera entenderse que lo había sido en 1775 (4). No hemos podido poner en claro si al hacerse ahora nuevamente cargo de él nuestros Padres, fué en la forma real antigua o en la figurada por Gamboa; pues no lo hallamos consignado expresamente, y los meros indicios que dan algunas expresiones no son claros y parecen contradictorios.

El edificio ahora se hallaba ruinoso; tanto que había sido necesario desalojarlo, trasladándose todos sus habitantes a una casa alquilada (5). En su gobierno, al pronto apenas se hizo mudanza; pues como ahora no había entre nuestros Padres quienes supieran la lengua de los indios; aunque dejó su cargo el rector seglar que hasta entonces lo había tenido, quedando con una parte del sueldo, continuaron con los suyos los otros cuatro sacerdotes, que a la sazón había en él. No eran, sin embargo, de tanta necesidad ahora como antiguamente tales lenguaraces, porque, como escribía el P. Cantón, todos los indios comarcanos hablaban ya nuestra lengua (6).

Otro edificio fué entregado a la Compañía el 26 de Agosto: el ocupado por el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo al tiempo de la expulsión (7). La iglesia de este colegio fué entonces

(1) II, c. X, p. 295.

(2) Carta original en nuestro poder.

(3) Archivo de Indias, 155-4-4. Original, de 27 de Junio de 1779.

(4) II, c. V, p. 134.

(5) Dávila, II, c. X, p. 295.

(6) Carta últimamente citada.

(7) Puede crear confusión el nombre de San Pedro y San Pablo, por llevar este colegio y haber otro con el de San Pedro y San Pablo y San Ildefonso, que de ordinario se llamaba simplemente de San Ildefonso, por breve-

destinada a parroquia; pero nunca llegó a serlo. Del colegio mismo se hicieron tres partes. La contigua al de San Gregorio, para ampliación de éste en su nuevo destino frustrado de seminario de indios; la del extremo opuesto, inmediata a la iglesia, para vivienda del cura y coadjutores; la intermedia quedó reservada a disposición del Gobierno, que después puso allí el Monte de Piedad, y en la que había de haber sido casa cural, y no lo fué por no haberse hecho de la iglesia parroquia, todas las oficinas y dependencias formadas para el manejo de nuestras cosas. De lo cedido a San Gregorio no sabemos qué se hizo.

Al tiempo del restablecimiento sólo se dice que una parte del colegio era cuartel y otra mayor Monte Pío; y tal como estaba fué entregado a la Compañía, que para habitarlo había de esperar el traslado de tropa y oficinas a otros locales. Nada se hacía para disponerlos; y el P. Castañiza, que tenía empeño en separar el noviciado del colegio de San Ildefonso, y colocarlo en casa aparte, hizo habilitar cuartel a su costa; y pasada allí la tropa, recogió las llaves de aquella parte del colegio el día 11 de Noviembre. También las de su iglesia se le entregaron aquel día; pero por haber servido de cementerio a la parroquia de la Catedral, estar sin altares y maltratada la fábrica, no pudieron usar de ella los Padres para sus ministerios (1), sino de la de Loreto, que estaba contigua y de que vamos a hablar ahora. De la huerta unida de ambos colegios, San Pedro y San Pablo y San Gregorio, no tomaron posesión hasta el 8 de Febrero de 1817; y de poco les sirvió, porque había en ella una fundición de cañones, y no pudieron conseguir que el nuevo Virrey, D. Juan Ruiz de Apodaca, la hiciera trasladar a otra parte (2).

La iglesia de Loreto acababa de ser edificada a costa del difunto Señor Marqués de Castañiza, y principalmente de sus hijos, los Condes de Basoco, en el lugar que ocupó la del mismo título, propia del colegio de San Gregorio, arruinada años atrás; y la Condesa viuda, D.^a María Teresa Castañiza, la entregó solemnemente a la restablecida Compañía. El 28 de Agosto la consa-

dad, y acaso también por ser al que se unió en 1618 otro seminario o colegio de internos, que ya existía con el nombre de ambos Santos Apóstoles, quedando de los dos hecho uno solo, y desapareciendo así en cierto modo el de San Pedro y San Pablo. Véase al P. Alegre, t. II, p. 95 y siguientes.

(1) En el *Catálogo* de 1820 se advierte así expresamente.

(2) Dávila, II, c. VII, pp. 191-193.

gró el señor Obispo, su hermano; el 29 celebró su dedicación con solemne misa pontifical, a que asistió el Virrey, la Audiencia y la Ciudad, y aquel mismo día, con poderes de su hermana, hizo entrega formal de ella al P. Castañiza (1). Inmediatamente se dió principio en ella a los ministerios con la novena a la Virgen, que terminó el día de su Natividad (2).

5. De los tres Padres que acababan de dar principio a la restauración de la provincia, fallecieron los dos en menos de un mes: el 26 de Octubre el P. Barroso, y el 24 de Noviembre el Padre Castañiza. Quedóse solo el P. Cantón.

Del P. Castañiza conserva la provincia de Méjico agradecida memoria, como de padre y restaurador principalísimo suyo. Hacíanle acreedor al respeto y veneración de todos, más que la nobleza del linaje, la virtud y ánimo generoso con que renunció al título y ventajas que le ofrecía su condición de primogénito del Marqués de Castañiza; la largueza con que dispensó en el culto divino, en los pobres y en los que un día fueron sus hermanos de religión, el no corto caudal que de sus padres recibió en el destierro, y la conducta religiosa y edificante que observó en Italia, en España y en Méjico en su vida de sacerdote secular. Al hacer de nuevo la renuncia de sus bienes para la profesión de cuatro votos, destinó la mayor parte de su capital a la Compañía; y eso, con las limosnas de sus hermanos, el Marqués, Obispo de Durango, y la condesa de Basoco, fué lo que principalmente sirvió para instalar el noviciado, primero en San Ildefonso y después en San Pedro y San Pablo, como luego diremos, y para sustentar los novicios. Mayor servicio todavía hizo a la provincia por su propia persona, primero en la negociación misma del restablecimiento con las autoridades civiles y eclesiásticas, y después con las fatigas de la instalación de la comunidad y con su gobierno en aquellos primeros meses; que en tales principios todo hubo de ser trabajoso y de importancia para adelante (3).

(1) Dávila y Decorme ponen la entrega el día 26; pero el *Apéndice* a la *Relación*, escrito no mucho después, la pone el mismo día 29 en que se celebró la misa pontifical.

(2) *Relación*, Dávila y Decorme.

(3) No sabemos qué facultades se le concedieron de Roma en los principios para el gobierno, las cuales pedía por carta de 27 de Julio de 1816 le consignara el P. Vicario en documento auténtico en la forma acostumbrada. Para entonces le estaba ya expedida la patente de Provincial con fecha de 19 de

Juntemos aquí con esta pérdida, aunque el tiempo las separa casi un año, otra de no poca importancia también para la renaciente provincia: la de la hermana del P. Castañiza, que falleció a 3 de Noviembre de 1817. Ya queda indicado que, además de entregar a la Compañía la iglesia de Loreto, contribuyó largamente con su hermano el Obispo a sufragar los muchos gastos, que ocasionó el restablecimiento en el arreglo de los edificios y sustento de los sujetos. En su testamento dejaba dispuesta la fundación de un colegio y otras obras pías, todas o como propias de la Compañía o encomendadas a ella, dejando así en sus manos todo el caudal hereditario, evaluado en tres millones de pesos nominales, comprendida la gruesa suma que del suyo al profesar, renunció en ella el P. Castañiza como fiduciaria, para que lo tuviese a disposición de nuestros superiores. Como los herederos *ab intestato* de la Condesa consiguieron malamente en 1829 que se

Mayo, el mismo día del restablecimiento solemne (Decorme, l. I, c. IV, p. 102, nota), pero hasta recibirla, no parece que tuvo el cargo de Superior sino como más antiguo, conforme al Instituto, decreto nono de la congregación diecisiete, y por nombramiento o confirmación dada por el Illmo. Señor Arzobispo. He aquí los pasos oficiales, que conocemos dados en este asunto. La Audiencia, examinado el Instituto de la Compañía, expone al Virrey: que en orden a las facultades, jurisdicción y gobierno que deben tener, se hallan los nominados Padres en el caso de la decisión nona de la congregación diecisiete, a que por ahora deberán arreglarse, y en que se previene «que si alguna vez sucediere, por cualquier causa que sea, que no quede en algún colegio o casa superior señalado; la jurisdicción de él, a saber, lo espiritual y perteneciente a la disciplina doméstica exterior y no a negocios graves o a otorgamiento de escrituras, recaiga en el sacerdote más antiguo, regulando la antigüedad por el ingreso en la religión». El Virrey, comunicando al Arzobispo su decreto de restablecimiento y encargándole la parte que le corresponde, añade ya que recae «el gobierno de la religión en el P. Castañiza, a quien corresponde como más antiguo, según la decisión nona de la congregación diecisiete del Instituto de la Compañía». El P. Castañiza, en oficio dirigido también al Arzobispo, le decía: «Aunque el Real Acuerdo dió su voto con arreglo al Instituto, y conformándose con él S. E., ha determinado reponer la Compañía de Jesús en este reino el 19 de éste; desearía que V. S. I. se dignase autorizarla, nombrando superior y todo lo demás que convenga, usando de su autoridad episcopal y la de Delegado Apostólico, que le concede el sacrosanto concilio de Trento en algunos casos sobre los regulares, particularmente sobre los que se hallan dispersos y en lugares donde no hay convento y superiores de ellos, como es el nuestro; con lo que esta nueva reposición de la Compañía, su superiorato y gobierno tendrá mucha mayor autenticidad y lustre». El Señor Arzobispo, repitiendo a la letra esas consideraciones «y atendiendo también, añade por su cuenta, a las circunstancias personales del

anulara su testamento; no sabemos si la provincia mejicana llegó a percibir algo de lo que ambos hermanos dejaron para ella (1).

Al morir el P. Castañiza dejó nombrado superior, creemos que con carácter de Viceprovincial, al único que quedaba de los antiguos: al P. Cantón. Luego le enviaron la patente de Provincial, el P. Perelli como Vicario, y el P. Zúñiga como Comisario general de España en Indias, extendiéndole la autoridad este último a toda la América española (2).

Embarazosa era para cualquiera, y más para un hombre septuagenario y de salud averiada, aquella situación, en la cual había de tomar para sí trabajo superior a sus fuerzas, con el fin de que los novicios se ocuparan lo menos posible en cosas impropias del noviciado, y, sin embargo, tenía que ocuparlos en muchas: en el colegio, en cargos secundarios del mismo noviciado, en los ministerios, en el manejo de la poca hacienda que se recobró. Aun el gobierno del noviciado dice Dávila que lo encomendó al P. Ignacio María Lerdo, poco después de empezar a ser

P. José María Castañiza... por lo que a Nos toca, le confirmamos en el gobierno de la religión, que según el Excmo. Señor Virrey nos dice, debe por más antiguo recaer en él» (Dávila, II, c. VI, pp. 175 y siguientes). Podría dudarse si era este el caso previsto por el Tridentino, de religiosos que viven fuera de sus conventos; o si más bien era el de *comunidad pequeña* (tres la iban a dar principio), también sujeta al Ordinario por constituciones pontificias (Inoc. X, constitut. *Un in parvis*, de 19 de Febrero de 1654; Inoc. XII, constitut. *Nuper*, de 23 de Diciembre de 1697). Sólo que en éste la autoridad del Obispo no se extiende a nombrar superiores (Declaración de la constitución *Un in parvis*, dada en 17 de Julio de 1655). ¿Cómo se entendió ser el más antiguo el P. Castañiza, habiendo entrado en la Compañía el P. Barroso casi año y medio antes? ¿Se atendió tal vez a la segunda entrada o reincorporación de cada uno en la Compañía restablecida, que no sabemos cómo ni cuándo fué? ¿O a que el P. Barroso no estaba en disposición de gobernar? Por sus achaques se dice que no pudo ir de San Ildefonso, donde ya vivía, al palacio arzobispal, para hacer con los otros dos Padres la entrada solemne en el colegio, según dijimos arriba, llevados en su coche por el Señor Arzobispo. Dávila pone la mayor antigüedad en que el P. Castañiza tenía hecha la profesión de tres votos al tiempo de la extinción y los otros no. Pero el punto de partida es la entrada en la orden y no la profesión. No sabemos lo que hubo en el caso.

(1) Dávila habla largamente de este asunto, II, c. VII, pp. 199 200, y algo el P. Cantón en cartas a los PP. Arrieta y Serrato de 2 de Septiembre y 30 de Diciembre de 1818; 6 y 12 de Enero de 1819, originales o copias en *Prov. Mexicana*.

(2) Borrador de letra del P. Silva, y lleva la fecha de 10 de Noviembre de 1817.

novicio, el 5 de Enero de 1817. Ya se entiende que la parte principal de su dirección la llevó él (1); pues aunque el P. Lerdo era hombre ya maduro y docto, sacerdote ejemplar, rector antes de un colegio, y los últimos meses filipense; pero al fin era entonces el último novicio, y no podía tener conocimiento del espíritu y de las cosas de la religión, y menos del noviciado. Duró esta situación hasta Septiembre de 1817, que llegaron de Italia otros dos Padres de la antigua provincia: Pedro José Márquez y José Ignacio Amaya.

Para entonces ya el noviciado estaba en San Pedro y San Pablo. Debió de ser necesaria mucha obra para poner en buen estado la parte que quedó libre en Noviembre de 1816; pues la Condesa de Basoco gastó en eso más de seis mil pesos duros (2), y no pudieron pasar allá los novicios hasta el 31 de Marzo de 1817. Solamente quedaron en San Ildefonso los PP. Plaza, Mendizábal y Lyón. Muy pronto pasaron también de su casa alquilada a San Pedro y San Pablo los niños indios colegiales de San Gregorio, porque este su colegio amenazaba tan inminente ruina, que al poco tiempo hubo que derribarlo. Allí ya, no sólo estuvieron bajo el gobierno del superior de la Compañía, con un subalterno sacerdote secular, sino que también tuvieron por maestro de escuela a un Hermano Coadjutor.

De grande auxilio fueron para la renaciente y reducida provincia los dos Padres antiguos llegados en Septiembre. El P. José Ignacio Amaya se había agregado secretamente a la Compañía de Rusia en 1801, residiendo en Bolonia; y luego, cuando la vió públicamente restablecida en Nápoles, se incorporó a ella en la segunda mitad de 1805 (3). Hecha la profesión en Roma el 1 de Enero de 1815, siguió en el Jesús hasta su salida para Méjico, que fué a 12 de Octubre de 1816. El P. Pedro José Márquez, aunque debió de intentar volver a Méjico en 1798 ó 99, no pudo lograrlo; y así le vemos salir de España otra vez en 1801, e ir a establecerse en Roma, en el Jesús, donde se unió de nuevo a la Compañía restablecida e hizo la profesión a 15 de Agosto de

(1) En Junio de 1818 escribiendo a los PP. Arrieta y Serrato decía que había sido maestro de novicios un año y tres meses y medio, esto es, desde Junio de 1816 hasta Septiembre de 1817.

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 112. El P. Cantón al Secretario de la Junta, 15 de Abril de 1818. Original.

(3) No está en un catálogo de Julio de aquel año y sí en el de 1806.

1815. Llegados los dos a Méjico el 12 de Septiembre, luego el P. Cantón encomendó al P. Amaya el colegio de San Ildefonso, y al P. Márquez el de San Pedro y San Pablo con el noviciado, con lo cual pudo él mejor atender a los asuntos del restablecimiento, que no dejaban de ofrecer dificultades, como adelante veremos. Poco más de un año después, a 12 de Diciembre de 1818, llegaron también a Méjico otros dos sujetos, no ya de los antiguos, sino de los nuevos: el P. Juan María Corona, que terminado su noviciado en Madrid volvía, como era natural, a su patria, y el Coadjutor Francisco Ravanna, siciliano, que entrado en la Compañía en aquella isla debió de venir acompañando a los Padres españoles en 1816.

Al año de ese corto aumento de sujetos venidos de fuera, tuvo la provincia otro interior y no menos importante, no en el número, sino en la condición de ellos. Como los tres Padres antiguos, por su mucha edad, podían faltar de un día a otro y quedaría la provincia sin un solo profeso ni aun Coadjutor espiritual formado, el P. Cantón suplicó al P. Vicario que concediese la profesión de cuatro votos a algunos de los nuevos, que parecían adornados de todas las prendas necesarias, y sólo les faltaba la edad y el tiempo de religión, por regla general exigido para ella. Obtenida la dispensa, hicieron la profesión el 8 de Diciembre de 1819, los PP. Ignacio Plaza, Francisco Mendizábal e Ignacio María Lerdo.

6. Antes de pasar adelante, creemos conveniente exponer la intervención que en nuestras cosas de Méjico tuvo la Junta de restablecimiento establecida en Madrid, ya por sí misma, ya también por medio de otra que mandó formar allá dependiente de ella.

Los primeros pasos se dieron sin noticia siquiera suya, en virtud de la Real Cédula de 10 de Septiembre de 1815. Cuando hacía casi un mes que la Compañía estaba allí solemnemente restablecida, salió la Real orden, que dijimos en otra parte (1), mandando a las autoridades americanas obedecer a la Junta en lo que dispusiera sobre el asunto que le estaba cometido, proponerle los colegios que pareciera oportuno restablecer, con los informes correspondientes sobre edificios y bienes, y tener a su disposición los productos de éstos, remitiéndole desde luego los ya

(1) Lib. II, c. III, n. 4.

percibidos y no consumidos. Esta orden tardó seis meses en llegar a Méjico; pues siendo de Junio, el Virrey no avisa el recibo hasta 31 de Enero siguiente. Si no hubiera estado hecho el restablecimiento, y se habían de haber seguido esos trámites; por hacer hubiera estado todavía al sobrevenir la revolución del año veinte. Aun estando hecho, esa Real orden, o la manera que allá tuvieron de entenderla y aplicarla, casi lo deshizo; pues el Virrey ofició al P. Cantón que, conforme a ella, la entrega de bienes que se les había hecho, debía considerarse *precaria*, es decir, revocable a voluntad de la Junta, y el Provincial había de llevar y dar, cuando se la pidiesen, cuenta y razón de ingresos y gastos. Es de advertir que hasta el presente no se habían devuelto a la Compañía bienes algunos, sino los propios del colegio de San Gregorio. El fiscal de Real Hacienda, con cuyo voto había de contar el Virrey para todo, y la oficina de temporalidades, retardaban tanto sus informes, y ponían después en ellos tales dificultades y trabas y tan sin fundamento para toda devolución, que a pesar de lo mandado por el Rey, de lo ordenado una y otra vez por la Junta de Madrid, por la de allí, de que luego hablaremos, y por el Virrey, las entregas no se ejecutaban. Discurriendo sobre dos dudas propuestas por aquel fiscal y consultadas a Madrid, decía el de la Junta de aquí de una de ellas, que no era fácil concebir los fundamentos que pudo tener para suscitarla, estando en propios términos resuelta de antemano en una Real orden que allí tenían ya sobre eso, y de la otra, con diferentes palabras, viene a decir lo mismo, y así es (1).

Viendo de tiempo atrás el sesgo que en este punto llevaban las cosas, se dirigieron al Rey con un memorial los tres Padres, Cantón, Márquez y Amaya, exponiéndole la falta de cumplimiento de sus disposiciones sobre devolución de bienes, nacida de que, «debiendo preceder a ella una razón individual o estado que manifestase los ocupados al tiempo de la expatriación... el destino que se les dió y el estado actual en que se hallaban, como lo había pedido el fiscal de Real Hacienda; los dependientes de la oficina de temporalidades aseguraban que en muchos años no podrían hacerlo, a causa de haber quedado pocos después que se

(1) A. H. N.; *Jesuitas*, 112. Dictamen fiscal original de 30 de Enero de 1820. En Dávila, t. II, apéndice n. IV, puede verse largamente explicado este enojoso asunto.

suprimieron algunas plazas de dicha oficina, y ser necesario reconocer cumulosísimos expedientes». Tampoco desalojaba el colegio de San Pedro y San Pablo el Montepío de Ánimas, teniendo en estrechez a la comunidad y a los colegiales indios de San Gregorio, hospedados en él; con que ni había local para más novicios, ni bienes con que sustentarlos. Y según cuentas oficiales de los últimos años, había en temporalidades fincas no enajenadas por valor de 440.000 y más pesos. Sin embargo, nada se podía esperar, si no se nombraba un ministro celoso y activo que, autorizado por la Junta de Madrid, corriera con todo aquello, abreviara trámites y evitara recursos a la corte, tan largos por la distancia (1).

Este punto lo exponía con más claridad el P. Cantón al P. Zúñiga dos meses después, el 9 de Marzo. «Repito a V. R., le decía, que informe a la suprema Junta jesuítica, que el único medio, y no hay otro, para que en este reino se ejecuten sus órdenes, es que la Suprema Junta dé comisión a un sujeto íntegro y no contrario a nuestra Compañía, con amplias facultades y con independencia de todo otro tribunal, para que por sí, sin los morosos pasos de expedientes y consultas a los señores fiscales, mande y disponga lo que la Suprema Junta le ordenare, y para que despache los recursos que aquí, o los jesuitas o las ciudades, que piden jesuitas, les presenten o pretendieren» (2).

Nuevamente insiste a 15 de Abril en la idea de un comisionado independiente; aunque desconfiando tal vez de conseguirlo, o ilusionado con lo bien que le parecía proceder la Junta de Madrid, en caso de no admitirse el comisionado, proponía otra semejante para Méjico. Contestando a un oficio de la Junta y dándole razón sumaria de todo lo hecho hasta entonces en el restablecimiento, aunque sin repetir las dificultades surgidas para la devolución de bienes, la pedía el P. Cantón, primero, autorización para admitir fundaciones, donde se ofreciesen sin tener que contar con los restos de los antiguos bienes; segundo, acrecentamiento de rentas para poder aumentar el noviciado; tercero, la entrega de lo que ocupaba el Montepío, el cual con muy poco gasto podía trasladarse a otra parte; cuarto, el traslado de la fundición de cañones, que fundía también otras cosas y consti-

(1) A. H. N.; *Jesuitas*, 112. Original, de 14 de Enero de 1818.

(2) Decorme, l. I, c. VI, p. 145.

tuía para la comunidad una servidumbre y molestia insoportable. En fin, si se ha de hacer algo, es imprescindible, a lo menos lo mejor, poner un ministro tal como se pintó en el memorial dirigido al Rey, o erigir una junta compuesta de las personas que a S. M. pareciere (1). Si hubiera sabido lo poco satisfechos que de la de aquí estaban los Padres, no hubiera creído hallar en otra semejante para allí el remedio de todos sus males.

Visto todo en la de Madrid ya renovada, ésta propuso, y el Rey ordenó por el Ministerio de Gracia y Justicia al Virrey de Méjico: primero, que mandara formar razón y hacer sin excusa la entrega de sus bienes, derechos y papeles correspondientes a los Padres; que hiciera trasladar a otra parte el Montepío; y que constituyera bajo su presidencia una junta dependiente de la de Madrid, compuesta de dos seglares nombrados por él y de dos clérigos designados por el Señor Arzobispo (2). El Virrey tenía recibida esta orden el 2 de Febrero de 1819; la junta se formó el día 21 de Abril, es decir, un año después de haberla pedido a Madrid el P. Cantón; tuvo sus sesiones; su presidente dió las órdenes en ella acordadas; el P. Provincial pidió el cumplimiento de lo mandado por el Rey y encomendado a la Junta; y el Montepío siguió en San Pedro y San Pablo; y la fundición en la huerta; y de los bienes no se percibieron por entonces fincas ni capitales ningunos, sino sólo los réditos de éstos, debidos por particulares desde el restablecimiento; porque sobre los demás movió el fiscal las dudas voluntarias indicadas anteriormente y hubo que esperar decisión de la Junta de Madrid. Esta fué favorable, pero probablemente no se ejecutó, por haberse tomado ya en Febrero de 1820. Muy poco antes se había devuelto al colegio de San Pedro y San Pablo su antigua hacienda de San José de Chalco (3).

Cuando la idea de junta en Méjico sugirió a la de Madrid, se-

(1) A. H. N.; *Jesuitas*, 112. Original, de 15 de Abril de 1818.

(2) A. H. N.; leg. citado. Minutas de la consulta de la Junta de 21 de Agosto de 1818 y del oficio al Virrey de 9 de Octubre del mismo. Copia auténtica de la Real orden de Lozano de 6 de Septiembre en el *Testimonio del expediente relativo al cumplimiento de la Real orden de 6 de Septiembre de 1818, que previene la instalación de la Junta de protección de la Compañía de Jesús en Nueva España*. Véase Dávila, II, c. VII, p. 206.

(3) Extracto de cartas de 19 de Enero de 1820 en *Prov. Mexicana*. Dávila ignoró esta devolución y otras que se hicieron de capitales, es decir, de las escrituras de imposición, y exageró la poquedad de lo restituído.

gún parece, el proyecto general de otras en América, sujetas a ella; a la que allí estaba ya formada se le pasó la Real cédula mandándolas erigir, sólo para su gobierno, juntamente con las instrucciones que la acompañaban. Dávila atribuye a esta cédula el más fatal influjo en el restablecimiento de aquella provincia, por lo complicado de la administración que establece para las temporalidades y por la sujeción de aquella Junta a la de Madrid. Nos parece que no hay tal cosa, ni la prueban los párrafos que aduce de cartas del P. Cantón (1). El no haberse devuelto y entregado a éste los bienes aun subsistentes de los antiguos colegios, ni siquiera los del restablecido de San Pedro y San Pablo, procedió de las causas antes indicadas; y de ellas también, por tanto, el no poderse recibir más novicios, si fué por falta de recursos.

7. El aumento de la provincia con nuevas fundaciones no era fácil, dada la escasez de sujetos. Hiciéronse dos, sin embargo, en Durango y en Puebla, de la manera que ahora veremos.

A Durango pidió autorización al Rey para llevar jesuitas el Obispo electo, Sr. Castañiza, el 31 de Julio de 1815, aun antes de tener noticia del decreto de restablecimiento en España; y poco después que él, conocido ya el decreto, acudió también a la Corte el Arcediano de aquella catedral, D. José Esquivel, representando su deseo de fundar un colegio de la Compañía, comprobando la gran necesidad que había de él con testimonios, que remitía, de Ayuntamiento, Cabildo, Intendente y Comandante General, y suplicando fuese preferida aquella provincia a todas las demás, por muchas razones que presentaba (2). Para esa fundación ofrecía por sí 85.000 pesos, y en nombre de otro eclesiástico, D. Vicente Antonio Fierro, otros 50.000. No sabemos que aquí se diera paso de consideración para promoverla; ni en Méjico tampoco lo vemos dado hasta Abril de 1818. Mediado aquel mes, el Obispo presentó al Virrey, con copia de todos los documentos antes dirigidos a Madrid, y apoyada por el Ayuntamiento, el Gobernador y el Comandante General, una larga exposición de las gravísimas necesidades de su diócesis, por falta de operarios para la enseñanza y para los ministerios sagrados,

(1) II, c. VII, p. 215; apéndice.n. IV, p. 365.

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, 116. *Durango*.—*Real Junta de restablecimiento de Jesuitas*.—1816. Original de 5 de Noviembre de 1815.

especialmente para su seminario, que entregado a los jesuitas, no sólo volvería a florecer, como floreció en sus manos antes del destierro, sino que por lo mismo proveería a aquellos pueblos de celosos y bien instruidos sacerdotes (1). Como el fiscal de lo civil, a quien pidió informe el Virrey, fué de dictamen que conforme a las últimas órdenes de la Junta de Madrid era necesario formar un expediente sobre la aplicación de edificios, bienes y rentas después de la expulsión, su estado actual, cargas y obligaciones que sobre ellos pesaban, y vista la posibilidad y conveniencia de restablecer aquel colegio, dar cuenta de todo a la Junta para que ella determinara; el P. Cantón, que veía lo interminable de semejante procedimiento, y estaba resuelto a enviar dos Padres a Durango, aun sin fundación ninguna, a acompañar al Señor Obispo, que se los pedía instantemente (2); presentó memorial al Virrey diciendo que, pues aquel expediente requería largo tiempo, y entretanto podría pasarse el plazo señalado para la aceptación de los 153.000 pesos ofrecidos por los dos eclesiásticos, Fierro y Esquivel; le autorizase para aceptarlos y fundar con ellos colegio en Durango, dejando para cuando pudiera resolverse, el punto de devolución del antiguo, su iglesia y bienes (3). A esta petición no se opuso el fiscal, y así, otorgada, aunque con ciertas reservas, el 17 de Noviembre de 1818, luego a fines de Enero de 1819 salieron de Méjico para Durango los Padres Francisco Mendizábal, Superior, e Ignacio Lyon, con el Hermano Coadjutor, José Hernández, destinados a dar principio a aquella fundación.

Las demostraciones de amor y veneración, que recibieron en su largo viaje al pasar por los pueblos, ponían de manifiesto cuán viva y grata memoria quedaba en ellos de nuestra antigua Compañía, aun después de medio siglo de expulsión de ella y de re-

(1) A. H. N. lugar citado.—Decorme, l. I, c. VI, n. 9, pp. 149-152.

(2) Carta a los PP. Arrieta y Serrato, de 2 de Septiembre de 1818, en *Prév. Mexicana*.

(3) El P. Cantón escribía al P. Arrieta, que el fiscal se había opuesto a que la Compañía tomara a su cargo el seminario conciliar, por ser cosa propia del Obispo y Cabildo, y que a eso renunció él de buena gana, por no creerlo conveniente (Carta de 2 de Diciembre de 1818). En la copia auténtica que hemos visto, de su informe, el fiscal no dice nada del seminario (A. H. N.; *Jesuitas*, 116. *Testimonio del expediente relativo a la licencia concedida... para aceptar ciento treinta y cinco mil pesos...*).

presión de aquellos sentimientos por parte de las autoridades civiles y aun eclesiásticas. Hubo personas que llegaron al extremo de besar las huellas de sus pies (1). La entrada y recibimiento en Durango no pudo ser más solemne y afectuosa. Hiciéronla el Domingo de Ramos, 4 de Abril, por la tarde, saliendo del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, a corta distancia de la ciudad, en el coche del Comandante interino, Excmo. Sr. D. Antonio Cadena (2), y con escolta de dragones, y dirigiéndose a la parroquia de Santa Ana. Allí vino luego a recibirlos el Ayuntamiento, que los llevó consigo a pie a la catedral, donde a un tiempo, a su llegada, se echaron las campanas a vuelo, rompió en armoniosa música una banda militar, y estalló en salvas la artillería de la plaza. El concurso del pueblo era de los nunca vistos. A la puerta los recibió el Cabildo; en el presbiterio, bajo dosel y de capa, el Señor Obispo, que luego hizo un discurso propio del caso y entonó un solemne *Te Deum*. De la catedral, bien acompañados en los coches del Prelado y del Comandante, fueron conducidos, primero a casa de éste, que de toda gala y con su más lucido acompañamiento, los recibió en su salón con un estrecho abrazo y las más vivas expresiones de satisfacción y de amor a la Compañía. De aquí al palacio episcopal, luego a casa del Intendente o Gobernador con igual o parecido agasajo, y por fin a la que para ellos estaba preparada, que era un colegio clerical, bien que sólo vivía en él el Rector, iluminado y engalanado con colgaduras y composiciones poéticas en grandes carteles. Al poco tiempo se presentaron allí el Obispo, el Comandante y el Intendente, que presidieron el suntuoso banquete preparado de antemano. El Comandante regaló allí mismo a los Padres la banda de su uniforme de seminarista en el de Nobles de Madrid antes de la expulsión. Otras muestras de grande y sincero afecto a la Compañía recibieron de este excelente jefe militar (3). De todo lo hecho hasta aquí se dió cuenta a la Junta de España, y todo lo dió por bien hecho.

Instalados provisionalmente los Padres en el colegio clerical de corrección de San Luis Gonzaga, trataron de arreglar formal

(1) Decorme, l. I, c. VI, n. 12, p. 154.

(2) Cadena lemos en los documentos del A. H. N. El P. Decorme escribe *Cordero*.

(3) Decorme, l. I, c. VI, n. 12, copiando la relación hecha por el P. Mendizábal.

y definitivamente la fundación. El Sr. Fierro, por sí y como ejecutor testamentario del Sr. Esquivel, ya difunto, otorgó la escritura de los 135.000 pesos, el 18 de Agosto, no sabemos en qué términos y con qué condiciones, porque no hemos visto ni su texto ni relación de su contenido. El antiguo colegio, ahora seminario conciliar, y la iglesia, destinada a ayuda de parroquia, no pudieron recobrase; ésta, porque el Obispo y el Cabildo exigían la reintegración de más de 40.000 pesos gastados en ella; aquél, quizá por razón semejante, pues estaba en construcción al tiempo del extrañamiento, quizá por no tener el Señor Obispo a donde trasladar su seminario. Una casa grande, contigua al mismo colegio y su iglesia, propiedad en otro tiempo de la Compañía, fué lo que el prelado les entregó; y en ella, considerándola capaz para doce sujetos, las clases y una capilla semipública, vinieron a establecerse el 5 de Junio de 1820; pero enseñanza no llegó a haber en el poco tiempo que la Compañía subsistió. El mismo día de la inauguración de aquella casa llegaron de Méjico otros tres sujetos, novicios todavía; el P. Luis Traslosheros; el escolar, Cipriano Montufar, que luego se ordenó de sacerdote; y el coadjutor, José María López. La ocupación de los Padres fueron los ministerios espirituales de confesar, predicar, visitar enfermos, cárceles y hospitales, enseñanza del catecismo y dirección de congregaciones piadosas, a lo menos de la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús. En eso tuvieron bien que trabajar; y tanto, que cuando estaban todavía solos los Padres Mendizábal y Lyón, el P. Cantón, enterado, tuvo que poner tasa en las fatigas.

El año siguiente a la de Durango hizose la fundación, o mejor, restablecimiento de Puebla de los Angeles. Aunque la memoria de Palafox no había dejado de tener fervientes devotos en aquella ciudad, cuyo nombre quizá por ninguna otra cosa resonó más en el mundo que por las reñidas controversias de aquel prelado con todas las religiones, especialmente con los jesuitas; y aunque para aumentar el número y fervor de tales devotos, y con eso el de enemigos de la Compañía, había hecho cuanto había podido el Ilmo. Sr. D. Francisco Fabián y Fuero, Obispo de Puebla al tiempo del extrañamiento; sin embargo, quedaron siempre en aquella población muchos amigos de los desterrados; y el gran vacío que en la enseñanza y en los ministerios dejaron, y en vano eon falso celo trabajó por llenar el Obispo, hubo de

contribuir, si no a convertir obstinados, tal vez sí a desengañar a adversarios de buena fe, y ciertamente a avivar el sentimiento de los bien afectos y su deseo de ver allí repuesta la Compañía.

El 8 de Noviembre de 1817 la pidió al Virrey el Ayuntamiento; y aunque el P. Cantón, a quien fué pasada la súplica, respondió que por entonces no era posible enviar sujetos a parte alguna, por no haber más que novicios, y pocos; todavía indicó que, siendo su ánimo atender aquella solicitud cuanto antes pudiera, convendría que la oficina de temporalidades dispusiera el informe de los bienes subsistentes, propios de aquellos colegios. Renovó la instancia el Ayuntamiento casi dos años más tarde, el 27 de Agosto de 1819, y la oficina no había presentado el informe. Como ahora el P. Cantón podía y quería restablecer la Compañía en Puebla; la Junta de protección ya instalada, parece que sin esperar aquel informe ni pedirlo al administrador de aquella ciudad, decretó el 4 de Noviembre y ordenó el 22 a las autoridades civiles y eclesiásticas la devolución a la Compañía de los colegios, casas e iglesias, que en ella había tenido antiguamente, con los bienes a ellas anejos.

Una condición indispensable había puesto el P. Cantón para realizar el restablecimiento en Puebla: el consentimiento expreso del Señor Obispo. Entonces fué cuando expuso lo que más arriba indicamos, en oficio reservado, dirigido al Ayuntamiento. «Estando en Madrid, decía, en el año de 1815, y consagrado ya Obispo de esta Santa Iglesia, me mandó el Rey Nuestro Señor (q. D. g.) que expusiese con perentoriedad y reserva mi consentimiento sobre admitir o no en esta diócesis el restablecido Instituto de la Sagrada Compañía de Jesús. Por la vía reservada, que lo era entonces la Secretaría universal de Indias, y poco después por el Real y Supremo Consejo de las mismas, tuve el honor de exponer a S. M., que no sólo consentía de grato y rato en que los RR. PP. Jesuitas se restableciesen, como estuvieron en sus colegios de esta ciudad y de la de Veracruz, sino que también traería con especial gusto a los que destinasen para este obispado, y estuviesen listos al tiempo de mi embarque. Invariable en mis principios y cada día más convencido de la utilidad que en todo sentido debe resultar a este público respetable, ratifico mi consentimiento, le doy todas las solemnidades necesarias, y clamo cuanto puedo por la más pronta restitución de unos ope-

rarios que están haciendo falta a la grey que el Señor me ha encomendado» (1). Esta exigencia del P. Cantón, ¿fué solamente por la razón general de no poner casa nuestra en una diócesis sin consentimiento del Ordinario, o por otras particulares que había para querer asegurarse del de Puebla, como indica el Padre Decorme? Lo ignoramos; la primera causa bastaba, pero no quita que hubiera también alguna otra.

El 8 de Diciembre de 1819, fiesta de la Inmaculada Concepción, hizo la profesión solemne en Méjico el P. Ignacio María Lerdo, como acabamos de decir; el día de la octava salió de la capital como Superior del futuro colegio con el P. Basilio Arrillaga, ya escolar aprobado, el P. José Ignacio González, novicio, y los Hermanos Coadjutores, Juan Pablo Ortega y Severo Mesa, también novicios; y el 18 de aquel mes entraron en Puebla con solemnidad semejante a la que dijimos de Durango. Invitación pública de las autoridades al vecindario para que saliera a recibirlos; colgaduras, banderas y arcos de flores; campanas a vuelo y bandas de música; el Ayuntamiento desde fuera de la ciudad conduciéndolos a su antigua iglesia del Espíritu Santo, y el pueblo en inmenso concurso aclamándolos a su paso y derramando lágrimas de alegría; el Clero a la puerta, y el Prelado, el Comandante General y el Intendente de Provincia recibiendo en el presbiterio; *Te Deum*, discurso del Señor Obispo y entrega oficial inmediata de aquella iglesia y colegio a los Padres. Estas y otras manifestaciones, que por la tarde y noche siguieron, probaban bien el afecto de la ciudad y la importancia que daba al restablecimiento de la Compañía en ella.

No sabemos los trámites que en la oficina de temporalidades, local o central, siguió la devolución de bienes y edificios en Puebla. Ello es que, según parece, en poco tiempo recobró la Compañía cuanto de unos y otros quedaba. Edificios, todos los antiguos, que por lo menos eran cinco: el colegio e iglesia del Espíritu Santo, destinado a ministerios, enseñanza de letras humanas y con casa de Ejercicios adjunta; el de San Ildefonso, dedicado a estudios de Filosofía, Teología y Derecho Canónico; los seminarios de San Ignacio, San Jerónimo y San Javier, el primero adjunto a San Ildefonso, el segundo al Espíritu Santo, y el tercero semejante al de San Gregorio de Méjico, destinado a la en-

(1) Dávila, II, c. VII, p. 222.

señanza primaria de los indios y a su cultivo espiritual (1). Todos, menos el del Espíritu Santo, conocido después de la expulsión por *Carolino*, del nombre de Carlos III, que le dió nueva organización y le declaró de su Real patronato, todos estaban ahora o abandonados o dedicados a usos profanos.

En el Carolino, devuelto a la Compañía, continuó la enseñanza, parte a cargo de los Padres, parte de sus anteriores maestros, y se mejoró la disciplina y la formación espiritual. En el seminario de San Javier también se inauguró con gran solemnidad la escuela para los niños indios y pobres, cuyo maestro no parece que vivía allí, sino que iba todos los días del Carolino. Con estos ministerios literarios juntaron los espirituales de púlpito y confesonario, visitas regulares a cárceles y hospitales y la enseñanza pública del catecismo los domingos: todo caído en desuso desde nuestra salida. Véase cómo describe el P. Lerdo la primera función de la doctrina, tenida a los ocho días de su llegada. «Se había convidado, dice, para esta función la escuela de la Sociedad patriótica, y a algunos de sus niños se les había enseñado y ensayado el tono con que habían de ir cantando por las calles la doctrina; y reunida en la portería de este colegio a las tres y media, no sólo la escuela, sino también una multitud de gente, se empezó a formar la procesión... Delante iba un Hermano Coadjutor llevando el estandarte de N. S. Padre, en que se veía bordado de oro el Santísimo Nombre de Jesús, y a los dos lados iban sosteniendo las borlas, que pendían, otro Hermano Coadjutor y un colegial de beca. Seguíase la escuela, formada en dos filas, y al fin de ella los cantores, entonando el texto de la doctrina, a que respondía todo el concurso. Después iban los tres Padres, de manteo y bonete llevando en medio al P. Rector, quien conducía en las manos un santo crucifijo, sostenido con velo morado, que llevaba pendiente al cuello. En esta forma, seguida la procesión de un numeroso gentío, fué por el lado de mediodía a salir por frente al seminario hasta la puerta del palacio episcopal, y desde allí, por el atrio de la catedral, atravesó la plaza hasta la puerta del Señor General, de donde revolvió para bajar

(1) El P. Decorme, l. I, c. VII, n. 7, pone otro seminario adjunto a San Ildefonso, llamado de San Miguel. No le hallamos en el *Catálogo* de 1767, ni en una *Mexicanae Provinciae brevis notitia* del P. Lerdo, en que enumera los otros.

por la calle de la Compañía hasta entrar en nuestra iglesia. Entrados en ella, y penetrando con suma dificultad por una de las naves los Padres detrás de los niños, subieron al presbiterio, y allí, hecha la advocación del Espíritu Santo, seis niños que para ello se habían prevenido, empezaron a decir en voz alta la primera declaración del P. Ripalda, preguntándose alternativamente, mientras el P. Vice, que había de predicar, fué a ocupar el púlpito y el P. Rector la cátedra, que enfrente se había colocado con este objeto. Luego que los niños acabaron, se pusieron en pie ambos Padres y comenzaron el diálogo de doctrina, preguntando el P. Vice y respondiendo el P. Rector. Tocada la campanilla para concluir este diálogo, el P. Rector bajó de la cátedra para ir a tomar su asiento en el presbiterio, y el P. Vice empezó su sermón, acabado el cual, los niños cantaron a dúo y con buenas voces las letanías de Nuestra Señora, respondiendo todo el concurso, que era en gran manera numeroso, y con esto se dió fin a la función.» Hasta aquí el P. Lerdo. El domingo siguiente fué tal la concurrencia, que ocasionó algunas desgracias, y para adelante se pusieron guardias que cuidaran del orden y del silencio (1).

Del bien que los Padres hacían y del amor que les cobró el pueblo, veremos elocuentes testimonios al verificarse la supresión ordenada por las cortes constitucionales del año veinte.

8. Mientras así atendía el P. Cantón a propagar y consolidar la Compañía en Méjico, se le ofreció con los superiores mayores una pequeña dificultad, que afortunadamente no tuvo otras consecuencias, sino el disgusto, inevitable en tales circunstancias, para él y para uno de ellos.

Recuérdese que el P. Perelli, Vicario General en Roma a poco del restablecimiento universal, dió al P. Zúñiga, para que entendiera en el de España, nombramiento de Comisario General de la Compañía *en todos los reinos y dominios del Rey Católico*, confiéndole toda su autoridad, para que *como a él mismo le obedecieran* cuantos en ellos estuviesen sujetos a su obediencia. El P. Zúñiga, con esta autoridad y respondiendo a oficios de la Junta de restablecimiento, que reconociéndola trataba con él los negocios de América lo mismo que los de España, procedió como tal Comisario de Méjico, si bien no sabemos que diera órdenes algunas determinadas, limitándose a enviar al P. Castañiza amplios poderes

(1) Decorme, l. I, c. VII, n. 11.

para todo lo que allí ocurriera, y después al P. Cantón patente de Provincial, la cual no parece que envió al P. Castañiza, quizá por no haber sabido a tiempo su profesión, y a servir de intermediario entre ellos y la Junta para los negocios que a ella remitían. Los de gobierno interior, en que la Junta no intervenía, ambos Provinciales los trataban con el P. Vicario, y apenas encontramos uno sobre el que se entendieran con el P. Zúñiga. A pesar de eso, el mismo P. Perelli, que había dado al P. Zúñiga tan explícitamente toda su autoridad sobre los jesuitas de América, no sabemos con qué ocasión, hubo de quejarse de que el P. Cantón parecía no querer depender inmediatamente de él, sino del Padre Zúñiga. En varias de sus cartas a los PP. Arrieta y Serrato, residentes en Roma, protesta aquél que no es así, y les ruega que se lo persuadan al P. Vicario; que mientras no tenga respuesta de haberse desvanecido enteramente aquella sospecha, no estará tranquilo; que si obedece al P. Zúñiga, el cual cree estarle subordinada aquella provincia como la de España, es porque teniéndole el Gobierno español por Comisario también de Indias, si él no reconociera su autoridad en las actuales circunstancias de la insurrección mejicana contra la metrópoli, se atribuiría a espíritu separatista; y también porque de alguno se había de valer como de intermediario o procurador en Madrid para con el Gobierno y la Junta de restablecimiento (1). Por estos datos parece que el P. Cantón no creía ser el P. Zúñiga Comisario de Indias, ni tener sobre la provincia de Méjico autoridad alguna; bien que por otro lado a él pedía le quitase el cargo de Provincial enviando otro de España (2). Hasta Rusia llegó este asunto de la dependencia o independencia que del P. Zúñiga tenía o había de tener la provincia de Méjico. Conjeturamos que quien escribió sobre eso al P. General, fué el P. Fortis, Provincial entonces de Italia, en la misma carta en que le incitó a suprimir el título y la autoridad de Comisario (3). A lo menos, el P. General, en la misma carta de 28 de Julio de 1818, en que por vez primera habló de este último punto al P. Zúñiga, le decía también estas palabras, harto significativas, tocantes al de Méjico: «Quisiera tener informes de las cosas de América. ¿Quién go-

(1) Decorme, l. I, c. V, n. 17.

(2) Decorme, l. I, c. V. n. 16.

(3) Véase el l. II, c. III, n. 9.

bierna a los pocos que allí hay de los nuestros? ¿Vuestra Reverencia o el P. Vicario? ¿Cómo era antiguamente? Dícenme que siempre dependieron del General, y que todos sus negocios se despachaban en Roma por procurador. Ahora ¿cómo se hace? ¿Y están contentos los mejicanos con el actual sistema?» (1). Consta además, por otra parte, que el P. Fortis, una de las cosas que desaprobaba en el cargo de Comisario, era precisamente la extensión de su autoridad a la América; y aun la negaba siendo ya Vicario, sin haberla revocado, que sepamos, como hubiera podido (2). Claro es que, si el P. Zúñiga dejaba de ser Comisario de España e Indias, nada tenía que ver ya con la provincia mejicana. Mas como no parece que se le llegó a quitar aquel cargo, ni oficialmente se le limitaron las facultades con él concedidas; tuvo sobre ella, sin género de duda, verdadera autoridad, aunque subordinada al Vicario y al General, y en su ejercicio tan reducida, como hemos indicado, y más aún probablemente, desde que se suscitaron estas diferencias. Y en verdad que, si hubiera sido hombre que reparara en puntillos de honra y vanamente celoso de su autoridad, si no hubiera tenido la profunda religiosidad y la rendida y sincera sumisión a sus superiores, de que dudaba el P. Fortis, con una palabra dicha en Madrid les hubiera causado en esta ocasión gravísimas pesadumbres y adelantado la supresión a la renaciente provincia mejicana.

9. Antes de referir este triste suceso, que por otra vía bien diferente sobrevino, añadiremos aquí dos palabras a lo ya indicado sobre los ministerios ejercitados en la capital.

El confesonario ocupaba de tal manera a los Padres, que el P. Cantón, ni empleando el día entero decía que podría oír a tantos como a él acudían, y que si hubiera cien jesuitas, a todos les sobraría que hacer en este ministerio; porque no sólo de la ciudad, sino también de los contornos y aun de largas distancias venía la gente a buscarlos, principalmente para el cumplimiento pasqual. A pesar de ese trabajo, no dejaban de visitar todos los jue-

(1) Copia en el *Registro* correspondiente.

(2) «Porro P. Zúñiga, mense elapso officiosam litteram scripsit, protestans obedientiam et reverentiam; cui protestationi nescio quantum credere debeam, cum subjungat, se in Mexicum scripturum ut Provincialis Mexicanus idem erga me faciat; quasi Provincialis Mexicanus a sua auctoritate penderet, et jam mecum et immediate et per suum Procuratorem non ageret.» (Original de 25 de Febrero de 1819, en nuestro poder.)

ves algunos Padres y jóvenes el hospital de San Andrés (antigua Casa Profesa) y en él platicaban, enseñaban la doctrina, confesaban y ejercitaban con los enfermos los más humildes oficios. Los martes hacían visita semejante a los presos de la cárcel. Los domingos por la tarde tenían al catecismo en forma parecida a la de Puebla, y fuera de eso otras funciones con sermón en su iglesia de Loreto. Además de esos ministerios fijos y constantes durante el año, renovaron en la cuaresma de 1820 la antigua costumbre de predicar en calles y plazas los domingos de dos en dos, reuniendo la gente con una campanilla, hablándola desde una mesa, explicando la doctrina, y conduciendo luego a los oyentes en procesión al colegio, donde se ponía fin a todo con una feryorosa exhortación.

Las congregaciones piadosas son las que no vemos mencionadas entre los ministerios de esta época, fuera de una de la Virgen para los colegiales indios de San Gregorio, y la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús. En cambio esta última estuvo muy floreciente, contó gran número de congregantes y se extendió a buen número de poblaciones fuera de la capital.

Tuvo su origen en el fervor de un joven escolar, el Hermano José Ildefonso de la Peña; quien leyendo la obrita del P. Croiset sobre el Corazón de Jesús, y sintiéndose con la lectura encendido en devoción para con este divino Corazón, rogó al P. Márquez, Rector entonces del colegio, que la hiciese leer en refectorio, para promover en todos los de casa la misma devoción. El éxito correspondió a sus deseos y esperanzas; y como el P. Márquez, no sólo pertenecía a la Pía Unión establecida en Roma, en la iglesia de Santa María *ad Pineam*, sino que tenía facultad para agregar a ella a cuantos quisieran; todos le pidieron la agregación. A nuestros jóvenes siguieron los colegiales; a éstos otras personas que tuvieron noticia de la piadosa asociación; y viendo crecer su número, el P. Márquez trató de establecerla formalmente en la iglesia de Loreto con sus ejercicios mensuales propios. Obtenida del Señor Arzobispo, no sólo la aprobación, sino también el aplauso y excitación para que la inaugurase cuanto antes; anunciado el proyecto con públicos carteles y reunido un buen número de congregantes; dió solemne principio a su obra el domingo, 1.º de Agosto de 1819, con misa, exposición y meditación por la mañana y diálogo doctrinal sobre la materia por la tarde, exhortación y bendición.

Antes de un año se había establecido la Pía Unión, propagada de la capital, no sólo en Puebla y Durango, donde había jesuitas, sino también en otras quince poblaciones, algunas importantes, como Querétaro y Zacatecas; el número de asociados pasó luego de 120.000; y en Méjico se contaban entre ellos los Virreyes y su familia, el Señor Arzobispo y el Cabildo Catedral, el Asesor general, Oidores y otras muchas personas de distinción. La devoción salvadora del Sagrado Corazón de Jesús produjo ahora como siempre y en todas partes copiosos frutos de frecuencia de sacramentos y de vida verdaderamente cristiana entre toda clase de fieles; y arraigó de modo, que no se suspendieron los ejercicios de la Pía Unión con la supresión de la Compañía, sobrevenida poco después, siendo aquel el verdadero principio de la gran difusión alcanzada más tarde por la devoción al Corazón divino en la República Mejicana (1).

Poco más de un año sobrevivió el P. Márquez a su fundación, y ése, medio paralítico, esforzándose, no obstante, por seguir desempeñando su cargo de Rector y Maestro de novicios, y oyendo aun en la cama, los tiempos que no podía levantarse, confesiones de seglares que a él acudían, atraídos de su virtud y prudencia. En Italia, extinguida la Compañía, no pudiendo dedicarse a los ministerios sagrados, se aplicó al estudio de la Arquitectura y de la Astronomía, en que sobresalió no poco y escribió varias obras, mereciendo la amistad y elogios de insignes astrónomos y tratadistas de arquitectura, ser nombrado socio de diversas academias, entre ellas la de San Fernando de Madrid y la arqueológica de Roma. Vuelto a la Compañía y a Méjico, formó bien en el espíritu a los nuevos jesuitas, no menos con su ejemplo que con sus palabras y doctrina, y rodeado de la estimación de los de casa y de los de fuera, falleció el 2 de Septiembre de 1820.

10. Tres días antes había sancionado Fernando VII el decreto de las Cortes declarando nulo el restablecimiento de la Compañía en España y sus dominios, y disolviéndola, por tanto, en ellos, como explicamos en el capítulo anterior. Cuando llega-

(1) Decorme, t. I, l. I, c. VIII, nn. 21, 22, 23.—*Synopsis historiae Mexicanae Provinciae Societatis Jesu ab anno XVI saecul. XIX, quo instaurata, ad XXI quo fuit dispersa*. Manuscrita, por el P. Gutiérrez del Corral. En *Prov. Mexic. Litt ann.*

ron a Méjico las primeras noticias del triunfo de los constitucionales en España, ya el P. Cantón empezó a temer lo que no tardó en sobrevenir, sin que le diera seguridad alguna el haber jurado todos la constitución, tanto en la capital como en Puebla y en Durango, obedeciendo las órdenes del Virrey. Así, a principios de Agosto escribía al P. Silva: «Los jesuitas de Nueva España hicimos juramento de observar la Constitución española del año 12... Callamos, ni hemos proferido palabra alguna de que se puedan agarrar los desafectos. Lo que se hiciere con ustedes se hará con nosotros...» Y poco después decía al Padre Juan Martínez, uno de los mejicanos antiguos residentes en Roma, que hasta saber la resolución de las Cortes no se atrevía a recibir algunos pretendientes que había (1).

La noticia del decreto de supresión de la Compañía llegó a la capital de Nueva España el 16 de Octubre (2), y fué recibida por la mayor parte del reino con disgusto proporcionado al regocijo que causó la anterior de su restablecimiento. Éste y los demás actos de persecución contra los regulares y contra la misma religión católica, realizados por aquellas Cortes, indispusieron no poco a la población mejicana, sincera y profundamente religiosa en su inmensa mayoría y casi en su totalidad, no sólo contra ellas, sino también contra la soberanía de España en aquel reino. Con mucha razón había dicho el Conde de Maule, entre otras cosas, en su voto particular contrario al proyecto de supresión: «De Méjico escriben con entusiasmo de los progresos que hace la Compañía de Jesús. De Quito los llaman y aun han consignado una suma en Cádiz para el caso de su traslación. Todo esto lo expongo a la sabia consideración de las Cortes, para que reflexionen cuánto se sentirá, así en la Península como en ultramar, la abolición que se propone por las Comisiones reunidas. La mirarían como una nueva persecución, y ¿quién sabe hasta dónde se extenderían sus juicios?» A los pocos días de llegar allá la noticia del decreto, ya salía a luz en la capital una vigorosa protesta contra él, publicada por D. Juan Miguel Riesgo, natural de Sonora, lamentándose de los daños sufridos por sus paisanos a causa de la expulsión anterior, y de la falta que los jesuitas hacían para la enseñanza, clamando y esperando que las

(1) Decorme, t. I, l. I, c. VII, nn. 17 y 20.

(2) Extracto de carta del P. Cantón a Roma, en *Prov. Mexicana*.

Cortes le revocasen, a lo menos para aquella nación, y suplicando a las autoridades suspendieran su ejecución hasta saber lo que en España se resolvía, después de oír a los diputados que de allá venían con ánimo de pedir y procurar la conservación de la Compañía en Méjico (1). Es verdad que algunos de los diputados habían prometido hacer tales gestiones, que no sabemos si hicieron; lo es asimismo que personas de valimiento con el Virrey le rogaron y esperaron que aplazara la publicación del decreto, representando al Gobierno de la Metrópoli fundados temores de gravísimos males en su ejecución; pero todo fué en vano. Ni otras diversas representaciones públicas, ni la más importante de todas, redactada en Puebla por un cuñado de Argüelles, Ministro de la Gobernación, a quien remitió ejemplares, y firmada por más de mil cuatrocientos individuos, todos seglares, «del comercio, milicia, empleados, letrados, artesanos y gobernadores de repúblicas de indios», pudieron parar el golpe (2). El Virrey, al dar cuenta al Gobierno de estos papeles, remitiéndole ejemplares de ellos, aseguraba que ninguna parte habían tenido en su publicación los jesuitas, antes la habían resistido; pero no ocultaba que le parecía estar bastante generalizadas aquellas ideas, y mostraba algún temor de alborotos, recordando lo ocurrido en algunos puntos de aquel reino cuando la expulsión de Carlos III (3).

El 18 de Enero de 1821 le llegó oficialmente el decreto de supresión con la Real orden en que se le mandaba ejecutarlo; y aunque más parecía haberse mostrado en todo su gobierno afecto que desafecto a la Compañía; no creyó deber aplazar, como le habían rogado, su cumplimiento. El P. Cantón, lejos de pensar en poner resistencia, ni aun pasiva, al tiempo de intimársele el inicuo e impopular decreto; apenas conoció su texto por la Prensa, se apresuró a oficiar al Virrey manifestándole la sumisión con que él y todos sus súbditos le darían cumplimiento tan

(1) Decorme, t. I, l. I, c. VIII, n. 6, *Justo reclamo de la América a las cortes de la nación*.

(2) Archivo de Indias, 91-2-11.—Carta original, n. 128, del Virrey al Ministro de la Gobernación de Ultramar; Méjico 31 de Diciembre de 1820. Decorme, l. c., nn. 7 y 8.

(3) Carta original, n. 107, del Virrey, de 13 de Diciembre, en el lugar citado.

pronto como S. E. se lo intimara (1). Así, pues, intimado que les fué el 22 de Enero por la noche por el Intendente o Gobernador en persona, para que desde el día siguiente quedara la Comunidad disuelta; el Provincial fué el primero, por mostrar su obediencia, en salir del colegio el día 23, retirándose con el P. Amaya, Rector de San Ildefonso, y con el H. Ravanna, al hospicio de los PP. Agustinos, por disposición o consejo del Señor Arzobispo. Aquel mismo día dejaron la sotana los novicios, y luego fueron saliendo del colegio los demás sin apresuramiento, porque el Virrey les autorizó para hacerlo cuando les conviniera; les permitió, además, llevar consigo cuanto no pertenecía a las temporalidades, que les habían sido devueltas; y les ofreció cuanto necesitasen para cambiar de traje y otros gastos precisos. Muchas personas distinguidas acudieron al colegio a condolerse con ellos de su suerte y a ofrecerles sus casas; y el pueblo al salir los rodeaba en tropel dándoles las más vivas muestras de amor y sentimiento.

De la salida de los de Durango no tenemos particulares noticias.

En Puebla se había excitado algún tanto la gente desde que llegaron las primeras noticias del decreto, como ya hemos indicado. El autor de la *Defensa de los jesuitas por los poblanos* promovió también una función religiosa en honor del Sagrado Corazón de Jesús, para pedirle que no llegara a ser allí ejecutado; y fué menester que nuestro superior moderase su ardor excesivo en querer traer a ella gran concurso con llamamientos ruidosos por toda la ciudad. Más aún; aseguró al superior que el pueblo había de estorbar con las armas la salida de los Padres, y que aunque quisieran no podrían hacerla ocultamente, porque estarían continuamente vigilados. De hecho tenían tomado el camino ordinario de Puebla a Méjico para detenerlos; pero por iniciativa del Superior, confirmada por el Provincial y por el Virrey, salieron ocultamente la noche del 22 al 23 de Enero, dirigiéndose a Méjico por caminos extraviados, quedando allí sólo el P. Ignacio José González, procurador y novicio todavía, para hacer la entrega de casas y papeles al Intendente comisionado para eso por el Virrey.

(1) Copia del oficio de 7 de Diciembre en el Archivo de Indias, lugar citado.

La indignación del pueblo, no contra ellos, sino contra España, cuyo insensato Gobierno tomaba decisiones tan impolíticas como irreligiosas, se manifestó en pasquines y publicaciones, cuya violencia llegaba a expresiones como éstas: «Se han llevado a los Padres jesuitas con la mayor traición que se puede ver... no estemos dados al sueño de la confianza, pues lo mismo harán con el dignísimo Señor Obispo... Os participo que hoy es la publicación del bando sobre la expulsión de dichos Padres: y mientras estos chaquetones (¿chapetones?), gachupines indecentes, se pasean en (con) él, usemos de nuestras armas y armémonos contra ellos para conseguir nuestra deseada independencia» (1).

Proclamada a los pocos días, y consumada en algunos meses esa independencia, decía la Junta de aquella provincia a la Regencia en representación de 30 de Octubre de 1821: «La providencia sobre jesuitas del nuevo Gobierno español fué la primera semilla de discordia entre Méjico y Madrid. El pueblo americano conoció desde entonces que se le había engañado... Sin el menor agravio de la nación española, a quien se considera no menos sacrificada, se juró de consiguiente por todos los corazones, principalmente poblanos, un eterno divorcio de aquel Gobierno, tan falto de tino y cordura; y ese juramento, que a veces salía de lo interior para mostrarse en el semblante de todos y en las palabras de muchos, fué, sin duda, el germen fecundo de nuestra independencia.» Hay manifiesta exageración en dar la supresión de la Compañía por origen primero de la independencia, y omisión en prescindir de las otras Órdenes religiosas, también suprimidas, aunque no parece lo llegaron a ser de hecho sino en la capital de aquel reino; pero está fuera de duda, y lo afirman generalmente los autores, que aquel acto tan propio y característico de las Cortes liberales dió gran impulso a la insurrección de Nueva España y contribuyó a consumir su independencia.

Constaba la provincia, al ser suprimida, de treinta y ocho o treinta y nueve sujetos solamente. Además de los dos Padres antiguos, Cantón y Amaya, había algunos hombres de excelentes prendas y buena formación entre los sacerdotes nuevos, como ya está dado a entender anteriormente; y no faltaban entre los jóvenes novicios y escolares aprobados, quienes ofrecían también

(1) Chapetones y gachupines eran apodos despreciativos que se daban allí entonces a los españoles.

halagüeñas esperanzas, mientras se preparaban a los trabajos futuros con el estudio de la virtud, el de las letras y lenguas sabias y algunas de los indios, y con el ejercicio mismo ya de los ministerios que no requerían las Órdenes sagradas.

En muchos años no volvió a tener la Compañía existencia legal en Méjico. Los sujetos ahora dispersos quedaron como semilla, de la cual renaciera otra vez a su tiempo, para alcanzar considerable desarrollo (1).

(1) Los datos contenidos en estos últimos párrafos pueden verse en Dávila, II, c. VIII, y en Decorme, t. I, l. I, c. VIII, nn. 11 a 16.

LIBRO III

La Compañía restablecida de nuevo en 1823 y suprimida en 1835

CAPÍTULO PRIMERO

LA RESTAURACIÓN EN 1823

1. Idea de los sucesos políticos del 20 al 23.—2. La Compañía dispersa durante ese tiempo.—3. Su restablecimiento y recuperación de sus domicilios.—4. Nuevas peticiones de jesuitas rechazadas.—5. Propósitos del Provincial y recomendaciones del General.—6. Reapertura de algunos colegios y nuevos cargos especiales de enseñanza.—7. Relaciones con el Rey y con el Gobierno.

1. El segundo acto de la representación constitucional, en que lo menos era el cambio de régimen político, y lo más el espíritu antireligioso que en ella pusieron sus autores, fué mucho más violento en ambas cosas que el primero.

La opresión del Rey empezó por la fuerza con que se le hizo jurar la constitución, y llegó al extremo de declararle las Cortes demente por cuatro días, y como tal incapacitado para reinar, nombrando una regencia.

En el orden religioso los diputados se creyeron tan supremos legisladores como en el civil; y como habían suprimido la Compañía, suprimieron después todas las Órdenes monacales, los cánónigos regulares de San Benito, San Agustín, Premonstratenses y otros, los conventos de las Órdenes militares, los de San Juan de Dios y demás hospitalarios, y declararon propios de la nación todos sus bienes. A las demás religiones prohibieron dar hábitos y profesiones, fundar nuevas casas y conservar abierta ninguna que no contara con veinticuatro ordenados *in sacris*, o con doce,

si era el único convento del pueblo (1), debiendo reunirse en uno los religiosos de dos o más hasta completar ese número, quedando los así cerrados a disposición del Gobierno, y las comunidades subsistentes sujetas no más que a los Obispos. Prometieron además y dieron de hecho todo género de facilidades a los que quisieran secularizarse, y expidieron otros decretos tocantes a bienes y personas, igualmente persecutorios e irritos por carencia absoluta de potestad en quien los expedía (2). Medidas semejantes adoptaron aquellas Cortes contra el clero secular, tratando de disminuir su número, restringiendo a los Obispos la facultad de dar órdenes, suspendiendo toda provisión de capellanías sin cura de almas, reduciendo los diezmos y disponiendo a capricho de los otros bienes del clero, fábricas de iglesias, pías memorias, y aun de los derechos de la Santa Sede por la expedición de Bulas y otras gracias (3). Todo esto disponían provisionalmente hasta el arreglo general de ambos cleros, secular y regular, que proyectaban y llegaron a decretar, pero no tuvieron tiempo de ejecutar.

La oposición que hicieron a esas y semejantes disposiciones valió de parte del Gobierno la confinación y el destierro a los Arzobispos de Valencia y Tarragona, a los Obispos de Orihuela, Ceuta, Oviedo, Menorca y Barcelona, y al General de Capuchinos. En cambio fueron presentados para la Mitra de Cartagena y Murcia uno de los canónigos de San Isidro, tildados de jansenistas, el Sr. Posada Rubin de Celis, aceptado aunque con dificultad, por el Papa, y para las de Guadix y Sevilla, otros dos jansenistas y diputados, Muñoz Torrero y Espiga, que Pío VII se negó a preconizar. El célebre Villanueva, más jansenista que todos ellos, y jurado enemigo de las prerrogativas de la Santa Sede, fué nombrado embajador de España en Roma; y porque el Papa se mantuvo firme en no admitirle, el Gobierno dió los pasaportes al Nuncio. Aun para declarar vacantes las sedes de los Obispos

(1) *Ordenados in sacris*, dice el decreto; no *profesos*, como la *Historia de Fernando VII* (II, l. IX, p. 205), y con ella D. Vicente de la Fuente (*Hist. Eccl.*, VI, c. VIII, § 69, p. 196), ni *individuos*, como el Sr. Menéndez y Pelayo (*Heterod.*, III, c. III, § II, p. 502). No siendo *ordenados in sacris* todos los *individuos* de los conventos, ni aun todos los *profesos*, el número de los que se suprimían era mayor.

(2) *Decretos de las Cortes*, VI, 155, decreto de 1 de Octubre de 1820.

(3) *Decretos*, VII, 31, 36, 231, 233, 245; IX, 95.

desterrados creyeron las Cortes poder autorizar y autorizaron de hecho al Gobierno.

En él y en ellas ejercían poderoso influjo las sociedades patrióticas y las secretas, compuestas en gran parte por los mismos sujetos (1), entre los cuales, buen número de diputados noveles, dice el autor de la *Historia de la Vida y Reinado de Fernando VII*, que émulos de los héroes de la revolución francesa «ansiaban repetir aquellas sangrientas escenas», y predicaban en sus reuniones las doctrinas de Danton (2). Esa gente, con la turba de exaltados que la seguía, fraguó y ejecutó, con la connivencia de las autoridades, el asesinato del sacerdote, D. Matías Vinuesa, preso en la cárcel de Corona; esa promovía vivas agitaciones, tumultos y asonadas para poner y quitar a su gusto ministros y jefes militares y políticos; esa insultó de la manera más procaz y aun amenazó de muerte al Rey en las calles y en su propio palacio, y proyectó acabar con la monarquía y establecer la república.

No era necesario tanto para que se suscitasen por toda España movimientos realistas. Como el pueblo, según lo reconocían los mismos constitucionales, aborrecía la constitución; muy pronto empezaron a levantarse partidas para derribarla, pero pequeñas y aisladas, que teniendo contra sí generalmente al ejército, a las autoridades civiles y a buena parte de las clases directoras, no podían prevalecer. En la misma corte se formaron varias conspiraciones con el mismo intento, y por partícipe en una de ellas estaba preso el desgraciado sacerdote, D. Matías Vinuesa. Todas abortaron también. En Cataluña lograron los realistas sublevados apoderarse de la plaza de Urgel en 21 de Junio de 1822; y como se sostuvieran en ella algún tiempo, nombraron una regencia compuesta del General, Barón de Eroles, del Marqués de Mataflorida, Ministro de Gracia y Justicia al proclamarse la constitución, y del Ilmo. Sr. D. Jaime Creus, Obispo de Menorca y después Arzobispo de Tarragona: regencia reconocida por las juntas realistas de otras partes y por algunos Obispos y otros sujetos de distinción, de los desterrados o emigrados a Francia, con lo cual tomó el partido y los que con las armas le defendían no

(1) La masonería no satisfacía las aspiraciones de muchos, y se fundaron las otras dos de comuneros y carbonarios.

(2) II, l. IX, p. 188 y 191.

poco incremento. Hubo entre éstos y las tropas del Gobierno sangrientas luchas, principalmente en Navarra, Aragón y Cataluña, con alternativas de reveses y victorias, y con actos de barbarie que horrorizan. *La tartana de Rotten*, jefe del ejército constitucional, llegó a infundir terror; porque muchos de los que en ella entraban en calidad de presos, como para ser conducidos a otro punto, eran vilmente asesinados en el camino. Así lo fué el Obispo de Vich, Fr. Ramón Strauch, con un lego que le acompañaba; y de una manera semejante murieron en el camino de Manresa a Barcelona veinticuatro individuos de la primera de estas ciudades, entre ellos nuestro P. Juan Urigoitia, el 17 de Noviembre de 1822.

Como todo el curso de los sucesos ponía de manifiesto que esta revolución, aunque no había llegado a los horrores de la francesa del siglo anterior, era hija legítima de ella, informada del mismo espíritu contrario a la religión, a la monarquía y aun al orden social; como en Portugal, en Nápoles y en el Piamonte había levantado también la cabeza poco después que en España; y como en Francia y en otras naciones tenía no pocos partidarios; hallándose reunidos en el Congreso de Verona los monarcas de Rusia, Prusia, Austria, Francia e Inglaterra en Noviembre de 1822, resolvieron, a excepción de esta última potencia, ahogarla aquí con las fuerzas de Francia, como en Italia la habían ahogado ya las de Austria, no fuera que tomase cuerpo y se extendiese por toda Europa. Un ejército francés, al mando del Duque de Angulema, entró por Guipúzcoa en España en Abril de 1823, y a él se unieron las partidas de realistas, formando un conjunto de más de ciento veinte mil hombres. Como la Regencia de Urgel, que había tenido que salir de aquella plaza, amenazada y poco después recobrada por las fuerzas liberales al mando de Mina, y aun refugiarse luego en Francia, había sido disuelta; el Duque de Angulema formó otra, que en nombre del Rey absoluto, y con el nombre de *Junta Provisional de España e Indias*, gobernara hasta que el Monarca recobrase su libertad. Componíanla el Barón de Eroles, D. Antonio Gómez Calderón, D. Juan Bautista Erro, y como presidente, D. Francisco Eguía. En su primera proclama dieron a conocer sus intentos, reducidos a que las cosas volvieran al estado que tenían el 7 de Marzo de 1820. El 23 de Mayo entraron en Madrid los franceses; e inmediatamente, disuelta también aquella Junta, se formó una verdadera

Regencia, compuesta por los sujetos de la Junta disuelta, por los Duques del Infantado y de Montemar y el Obispo de Osma.

El Rey, que sólo a más no poder soportaba la constitución, y era su mayor enemigo, como todo el mundo sabía, aunque los liberales moderados fingían desconocerlo; no solamente veía con buenos ojos la venida de los franceses, sino que por agentes secretos había entrado en su preparación, como había entrado en algunas de las conspiraciones formadas en España para derribar el régimen constitucional. Pero habiendo de representar hasta el fin el papel que había aceptado de partidario convencido de la nueva forma de gobierno, se sometió, mal de su grado, a la resolución, que las Cortes tomaron, de salir de Madrid para trasladarse a Andalucía el 20 de Marzo, más de dos semanas antes de que pasaran los franceses el Bidasoa. Las Cortes, reanudadas en Sevilla, declararon la guerra a Francia, y el Rey firmó un manifiesto violentísimo contra aquella nación, tan sincero como todos sus actos constitucionales. En Sevilla fué donde, como antes indicamos, las Cortes, viendo que invenciblemente se resistía a retirarse a Cádiz, cuando el Duque de Angulema iba entrando por Andalucía; declararon el 11 de Junio que estaba demente e incapacitado para reinar, y nombraron una regencia que hizo sus veces hasta llegar a Cádiz. En aquella plaza, de donde había salido en 1812 la funesta constitución, causa de tantos males, se encerraban ahora con ella para defenderla tenazmente sus acérrimos partidarios, y allí resistieron más de tres meses el bloqueo que a los pocos días les pusieron los franceses. Por fin, después de diversos ataques de los sitiadores, que fueron debilitando a los sitiados, y después de varias notas cruzadas entre el Rey y el Duque de Angulema, en las cuales S. M., vuelto de su pasajera enajenación mental, siguió sosteniendo el papel, a que los constitucionales le obligaban; tuvieron éstos que rendirse, y el 1 de Octubre de 1823, el Rey con toda la Real familia atravesó la bahía de Cádiz, pasando al Puerto de Santa María, donde se alojaba el Generalísimo francés con una comisión de la Regencia y del gobierno de Madrid. La reacción fué violentísima, y el proceder del Rey en ella indisculpable. El 30 de Septiembre firmaba en Cádiz un decreto, prometiendo, entre otras cosas, «un olvido general, completo y absoluto de todo lo pasado, sin excepción alguna», y el 1 de Octubre otro en el Puerto de Santa María, anulando todos los actos del Gobierno constitu-

cional, y aun otro secreto el mismo día o pocos después, sentenciando a muerte a los que habían formado la Regencia durante su supuesta locura. Afortunadamente no nos toca historiar, ni los sucesos del infausto trienio, que entonces acababa, ni los que sobrevinieron después por el abuso del poder absoluto que recobró el monarca. De la segunda época constitucional hemos apuntado solamente los hechos culminantes, que bastan para conocer cómo vino a restablecerse el régimen antiguo y con él la Compañía, según vamos a ver. De ese régimen nuevamente establecido iremos diciendo oportunamente cuanto sea menester para el conocimiento pleno de nuestras cosas, objeto de esta historia.

2. Poco o nada hay que decir de ellas durante los tres años que duró la dispersión. Los Padres antiguos, una vez cerrados los colegios, se retiraron, unos a sus pueblos y familias, otros a las de personas amigas en las mismas poblaciones donde se hallaban, algunos pocos a otras comunidades religiosas, que caritativamente los acogieron. Hubo quienes por sus achaques tuvieron que ir al hospital, y en él murieron en Valencia los Padres Benito, Lloret, Ríos y Manuel Rodríguez; y quienes con uno o más Hermanos tomaron casa, o alquilada o cedida gratuitamente, y en ella vivieron formando, sin parecerlo, una corta comunidad. En Madrid estuvieron así algunos en casa cedida por el Duque de Montemar; y el P. Córdón con cuatro, seis y hasta ocho, en otra de las Salesas del primer monasterio, que largamente además los proveían de alimento y de diversos modos los favorecían (1).

De los jóvenes, tanto escolares como coadjutores, unos con los votos del bienio y otros todavía sin ellos, los más hicieron lo mismo que los ancianos; sólo unos pocos, no llegaron a treinta, pasaron a Italia para mejor conservar la vocación, vivir vida religiosa, y continuar los estudiantes su formación literaria. También la continuaron algunos aquí, ya privadamente, ya asistiendo a las clases universitarias; otros se ocuparon en la educación de los niños, ora en sus propias casas, ansiosamente buscados por los padres de familia, ora en escuelas, que por su cuenta pusieron. En Valencia llamó la atención de los constitucionales el mucho concurso a la que abrió el Hermano Coadjutor, Juan Bo-

(1) El P. Córdón al P. General, 15 de Diciembre de 1823. Original en *Cast. I.*

net, y el Jefe político hizo salir de la ciudad con esta ocasión, no sólo a él, sino también a todos los demás, que no eran naturales de aquel reino. Por ese daño, que se veía venir, le habían aconsejado en vano los Padres que no la pusiese. Pero él se fué a Madrid, obtuvo licencia para residir en la ciudad, y vuelto a ella siguió adelante con su escuela. Algún tiempo después, no por eso, sino por causas diferentes, vino a parar en la cárcel y a ser despedido de la Compañía. Cuanto mayores son los peligros y más fácil desviarse del camino recto, aunque sea con capa de celo, en la vida de dispersión que en la vida regular; tanto es más necesario dar oídos a la voz de la obediencia o a la del autorizado consejo.

Los Padres ejercitaban, cuanto se lo permitían las circunstancias y su mucha edad y pocas fuerzas, los ministerios sagrados. En ese ejercicio murieron gloriosamente en Tortosa los Padres Francisco Campi y Vicente Calvo, asistiendo a los apestados en 1821, y quizá el H. Buenaventura Brunet, que ciertamente falleció también allí durante la epidemia (1). En Mallorca no sabemos que muriera ninguno; pero sí que algunos ejercitaron la misma caridad con los heridos del contagio (2). Más aun: de Valencia se fueron a Tortosa expresamente para asistirlos el Hermano escolar, Fernando Queralt y los Coadjutores Francisco Jordá o Jordán y Ramón Ruiz. Las autoridades les encomendaron el cuidado y educación de los niños, a quienes la peste había dejado sin padres; pero luego fueron, con otros distinguidos sujetos, víctimas de uno de aquellos atropellos constitucionales, tan frecuentes entonces, llevados presos a Tarragona y allí tenidos tres meses en la cárcel, Queralt y Ruiz. Jordá se salvó con la fuga (3).

Entretanto los jansenistas triunfantes con la constitución, los defensores de la doctrina pura de la Iglesia, de la disciplina antigua, de la moral rigida y del amor puro de Dios, después de haber suprimido la Compañía, ejercitaban también a su modo la caridad repitiendo las calumnias, cien veces lanzadas contra ella y cien veces refutadas. En Abril de 1821 escribía el P. Silva que

(1) Fernández, *Anales de Tortosa*, Epoca moderna, párrafo XXVI, p. 226.

(2) El P. Cordón al P. Monzón, Asistente, 9 de Marzo de 1822. Original en *Cast. I.*

(3) *Hist. Colleg Valent.*, a die 18 Julii anni 1816 ad ann. 1832 exclusum.

acababa de salir el tercer libelo contra la Compañía; y en Julio, que se los volvía a acusar de regicidas en contraposición de los carbonarios, sostenedores del trono (1). Tal vez uno de los libelos sea la carta undécima de D. Roque Leal, es decir, el conocido jansenista, D. Joaquín Lorenzo Villanueva. Satirizó también repetidas veces a nuestros Padres el presbítero, D. Sebastián de Miñano y Bedoya, director de *El Censor*, en las cartas que fué publicando separadamente con el título de *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*. Más tarde el anónimo autor de la *Historia* de Fernando VII atribuyó a los *jesuitas de Roma* la extensión, ya que no la fundación en España por aquel tiempo, de sociedades secretas realistas, que si existieron, no fué sino en la nueva época de régimen absolutista (2). Los jesuitas de Roma y los de España eran realistas, como todo el clero, secular y regular, limpio de todo fermento jansenístico o revolucionario; no tanto o nada por la forma de gobierno considerada en abstracto, que aquel partido sostenía, como por ir entonces unida con ella la defensa de la religión contra los ataques dirigidos a entrambas, a la sombra de la bandera, en apariencia meramente política, de la constitución. Banderías políticas y aun dinásticas las hubo siempre en España y las habrá en todas partes; pero ni en la transformación de la monarquía templada en absoluta, que se fué haciendo lentamente y no de golpe, como la contraria se quiso hacer en 1812 y 1820, hubo por lo mismo la violenta lucha que entonces, ni menos hizo jamás alianza la irreligión con la política, como entonces, para disfrazarse la primera con la máscara de la segunda. Así vinieron a ser entre nosotros causas comunes, por un lado la de la constitución y la de la impiedad, más o menos avanzada y desembozada, y por otro la de la monarquía absoluta y la de la religión católica. Lo cual no quita que tal o cual individuo partidario de la constitución, fuera en su corazón católico, apostólico, romano, sin tacha en sus ideas religiosas, y que alguno del bando contrario pudiera estar más o menos tocado de irreligión. Movidas por este espíritu contrario habían procedido ya antes y procedieron ahora ambas partes en los asuntos religiosos, como se ha visto y se verá.

(1) Al P. General, Sevilla 29 de Abril y 12 de Julio. Originales en *Cast. I.*

(2) III, l. XI, pp. 126-127. Sobre esas sociedades secretas véase a D. Vicente de la Fuente, *Historia* de ellas, t. I, c. III, párrafo XXVII, y c. IV, párrafo XLVIII.

3. Ya indicamos arriba la proclama de la *Junta provisional*, publicada en Oyarzun, por la cual se declaraba todo vuelto al estado que tenía en 7 de Marzo de 1820, y por tanto; también las cosas eclesiásticas. Instalada en Madrid la nueva Regencia, prescindiendo aquí de otros puntos que no nos atañen sobre esas materias, luego por decreto del 11 de Junio aplicó expresamente aquel principio general a los regulares, declarando nulos todos los actos del Gobierno constitucional acerca de ellos, y reponiendo todos sus institutos en el ser y estado anterior a la revolución (1). Este decreto bastaba, sin duda, para que nuestros Padres reclamaran la devolución de sus iglesias, casas y demás bienes. Con todo, encontramos copia de una orden de la misma Regencia, que parece circular a todas las autoridades de provincias, fechada justamente un mes después, el 11 de Julio, por la cual se entiende que el P. Cordón había solicitado esa devolución, y la Regencia ordenaba que se efectuase, aun de las cosas vendidas por el Gobierno anterior, como en general lo mandó con respecto a los bienes de todos los regulares y de otros (2).

Con estas disposiciones del nuevo gobierno se fueron restituyendo a la Compañía sus colegios, según que se iba haciendo el cambio de autoridades en las poblaciones donde se hallaban.

En Manresa no esperaron ni el decreto general de Madrid; sino que el mismo día de su publicación, y por tanto sin conocerlo todavía, entregó el Ayuntamiento las llaves de la iglesia del colegio a un simple coadjutor, y no más que novicio todavía, según creemos, por haberle cogido tal la supresión, el H. Ramón Tort, único jesuita allí presente y que poco antes había vuelto de su voluntaria emigración a Francia (3).

El Colegio Imperial y el Noviciado de Madrid fueron devueltos a la Compañía el 23 de Junio, días antes, por tanto, de la orden pedida por el P. Cordón (4). La iglesia de San Isidro no lo fué hasta el 19 de Julio, disuelto otra vez el Cabildo de canónigos, y quedando solamente, como en nuestro restablecimiento

(1) *Decretos del Rey*, VII, 35.

(2) Véase el texto en el apéndice n. 9.

(3) Noticias tomadas de un apunte suelto, que no menciona sino las llaves de la iglesia. Quizás simbolizaban también la entrega del colegio.

(4) Para el Noviciado hallamos una orden particular de 17 de Junio, inserta y autenticada en un mandato para su ejecución a las justicias de la provincia de Cuenca por lo tocante a bienes situados en ella.

anterior, capellanes y cantores para el servicio de coro y altar. «Todo ha sido *motu proprio* de la Regencia, sin empeño de nuestra parte», escribía el P. Cordón (1). La vuelta de la Compañía a Loyola la empezó a negociar el Ayuntamiento de Azpeitia por medio de un comisionado, que en su nombre fué a reconocer la Junta Provisional de Oyarzun; y ya en 30 de Abril oficiaba a la Diputación Provincial solicitando su cooperación, no sólo para eso, sino también para que el seminario de Vergara se trasladase a Loyola poniéndolo bajo la dirección de la Compañía. La ausencia del P. Arévalo en su pueblo natal de Campanario, en Extremadura, sin cuya aprobación, como superior, no creyó poder proceder el P. Goitia, que vivía en la hospedería, retardó la toma de posesión, y así no se hizo hasta el 30 de Junio (2).

Poco después se nos devolvió el Noviciado de San Luis de Sevilla. Apenas ocupada la ciudad por las tropas francesas y realistas, y sabido el decreto de la Regencia de 11 de Junio, los amigos de la Compañía promovieron su restablecimiento; y el Padre Diego de la Fuente acudió al Regente de la Audiencia pidiendo el Noviciado, que le fué devuelto formalmente el 26 de Julio (3).

En Valencia no se recobró el seminario hasta el 21 de Agosto (4) y el colegio hasta el 9 de Octubre, aun cuando el P. José Ruiz había reclamado su entrega ya el 17 de Junio, sin conocimiento todavía del decreto del 11 y fundado solamente en la declaración general de la Junta de Oyarzun. El colegio tardó en dejarle libre la corta comunidad del seminario sacerdotal, que otra vez le ocupó en 1820 (5).

(1) Al P. Asistente el 21 de Julio. D. Francisco Javier Borrull, que se hallaba entonces en Madrid, escribió más tarde que, rehusando el P. Cordón pedirlo, al fin lo había hecho a instancias suyas. (*Segunda supresión de la Compañía y segundo restablecimiento de sus casas en Valencia*. Bibliot. de la Universidad, manuscritos, t. 519.) Más fe damos al P. Cordón; si no es que aun habiéndolo pedido él, dijera que la Regencia lo había hecho *motu proprio*, por haber asegurado Borrull a los Padres que el Gobierno deseaba se lo pidiesen.

(2) Copia de carta de los comisionados del Ayuntamiento al P. Arévalo de 3 de Mayo, y acta original de posesión. *Documentos Históricos*, t. IV.

(3) Memorial al Regente, 24 de Junio. Copia en nuestro poder. La fecha de la posesión consta por Borrador de oficio suyo de 30 de Julio de aquel año pidiendo al Intendente ordene al Crédito Público la entrega de papeles, por las *Cartas anuas* y otros documentos.

(4) *Historia Seminarii*.

(5) Copias de Representaciones del P. Ruiz y del Superior del Seminario.

Más aún tardaron los Padres de Mallorca en volver a ocupar el suyo de Montesión, por no haber sido allí abolida la constitución hasta el 6 de Noviembre de 1823. La posesión de él parece que se les dió a los pocos días, el 23 del mismo (1); pero habiendo estado instaladas en él durante aquel trienio, primero las oficinas del Gobierno civil y de la Junta de Sanidad, y después la Universidad literaria; las transformaciones hechas obligaron ahora a nuevas obras, que duraron hasta fin de año. Así, los Padres no pudieron entrar a habitarlo hasta el 10 de Enero del siguiente (2).

Las otras casas habitadas hasta 1820, Murcia, Cádiz, Tortosa, Villagarcía, Graus, Oñate y Trigueros, no se abrieron ahora, ni tenemos noticia positiva de que fueran devueltas a la Compañía, sino las de Cádiz y Trigueros, aquélla el 31 de Octubre y ésta el 5 de Noviembre.

Pero ni aun éstas fué posible ocuparlas, y mucho menos atender a las peticiones que de otras partes fueron luego viniendo al Provincial.

4. El restablecimiento de la Compañía en España no hubo lugar a pedirlo ahora, como en 1814, porque lo hizo el Gobierno juntamente con el de todo lo existente en 1820, deshecho por la revolución, y más de propósito con los demás institutos religiosos restablecidos por decreto de 11 de Junio. Solamente los Prelados de Valencia, Orihuela, Tarazona, Solsona y Urgel, desterrados del reino, en una exposición dirigida a Pío VII el 8 de Mayo de 1823 desde Tolosa de Francia, le decían que haría un servicio singular a España, si, empleando todo su influjo, lograse el restablecimiento de la Compañía de Jesús, y que se la diese en las universidades y en los colegios de enseñanza toda la parte que tenía antes de su primera expulsión (3). Lo que hicieron algunas corporaciones fué pedir a la Regencia especial protección para la Compañía de Jesús, como institución importantísima para evitar la reproducción de los males pasados, especialmente por la buena educación de la juventud. Ambos cabildos,

(1) El P. Sancho, Vicerector, al P. General, 1 de Julio de 1824. Original en *Cast. I.*—Furió, *Vida del Beato Alonso*, c. XIII, pp. 112-113.

(2) *Cartas anuas.*

(3) *Historia General de la Iglesia* por Henrion, t. VIII, apéndice, p. 757.

eclesiástico y secular de Burgos (1); la ciudad de Sevilla, las de Segovia, Zamora, la villa de los Arcos en Navarra y el Cabildo eclesiástico de Manresa, hicieron semejantes recomendaciones a la Regencia o al Rey, ya en libertad, llegando la de Sevilla a desear y pedir que se diera a la Compañía «la superintendencia de todas las escuelas del reino» (2). No sabemos que pidiera tal cosa ninguna otra corporación, si bien mostraban deseos en general de ver la juventud educada por la Compañía. Lo que pedían eran colegios, cada cual para sí. Muchos Obispos y ciudades de España, escribía el P. Córdón ya el 15 de Enero de 1824, me apremian para que les envíe jesuitas (3); y dos años después añadía que ni con seis mil tendría de sobra para atender a las peticiones y necesidad que había de ellos (4). Decía aquello en 1824, a propósito de la representación del Ayuntamiento de Santander, dirigida al Rey y por el Rey pasada al Provincial, y es la única que conocemos de las hechas hasta entonces. A los pocos días acudió también al Rey el Ayuntamiento de Alcalá, lamentando la perversión de la ciudad por las tropas allí de guarnición hacía más de veinte años, y por los profesores de la Universidad, imbuídos en las máximas de la revolución, y pidiendo para su remedio la vuelta de los jesuitas (5); algo más tarde la ciudad de Málaga, que se quejaba de la relajación de costumbres, causada allí por el concurso de toda clase de sectarios atraídos por el comercio (6); y poco después, en Agosto, la de Murcia y la villa de Graus, que echaban de menos a los pocos Padres, allí residentes los años pasados, y pedían otros, destina-

(1) Véase *El Restaurador* del 18 de Diciembre de 1823. El Ayuntamiento imprimió una *Representación hecha a S. A. S. la Regencia del Reino*, cuyo título completo puede verse en la bibliografía.

(2) La *Representación* de Sevilla se imprimió aparte (puede verse su título en la bibliografía); la de Los Arcos está en *El Restaurador* de 6 de Noviembre de 1823; de la de Manresa trae parte el autor de la *Historia de Fernando VII*, III, l. XII, p. 193. Las de Segovia y Zamora se entienden por sus respuestas al Ayuntamiento de Burgos, que les había remitido la suya y constan en las *Actas* de éste, 14 de Agosto de 1823.

(3) *Mi mettono in croce*, dice el original italiano.

(4) Carta del 13 de Marzo de 1826. Original en *Cast. I*.

(5) Representación de 22 de Enero de 1824. Copia auténtica en nuestro poder.

(6) Oficio original del Secretario del Consejo, D. Valentin Pinilla, al Padre Córdón, de 20 de Julio de 1824, en nuestro poder.

dos a la educación de la juventud (1). También el Señor Obispo de Pamplona, D. Joaquín Javier de Uriz, clamaba otra vez por el colegio, como en el cuadrienio anterior, y acudió al mismo P. General por medio del Cardenal Bardaji, para mejor conseguirlo (2). De Huesca acudieron al Rey el Gobernador y el Ayuntamiento pidiendo jesuitas, y en su defecto escolapios en 1825 (3). El Señor Arzobispo de Granada, D. Blas Joaquín Alvarez de Palma, había empezado a instar, y seguía instando al P. Provincial todavía en 1826 con estas significativas expresiones: «Sí, mi P. Provincial, me tiene usted cerca de tres años en continua expectación, como los judíos, de mi Mesías, la Compañía de Jesús, aguardando por de pronto tres Padres y dos Coadjutores para dar principio aquí al restablecimiento de su casa, de su templo, de su colegio y bienes, que existen para muchos más, y socorrer a muchas casas de fuera; pero en esto usted se ha dormido y sigue aletargado» (4). En Galicia el Real Acuerdo intervino para la fundación de un colegio en aquel reino; el Señor Obispo de Lugo, D. José Antonio Azpeitia, pidió determinadamente el restablecimiento del de Monforte; y todo el clero de aquel Arciprestazgo apoyó la súplica, renovando la que había hecho en 1815 (5). En 1828 escribía el P. Gil, Director del Seminario de Nobles, único centro de enseñanza no abierto antes y si ahora: «La Compañía en España es bien mirada por todos, y en lo tocante a educación, aun por los que le eran adversos. De todas las ciudades piden jesuitas; pero somos poquísimos» (6). No ha llegado a nuestra noticia otra petición de ese año que la de San Clemente (Cuenca), donde hubo colegio en lo antiguo (7). Sin duda hubo más.

(1) Murcia 19 de Agosto de 1824, original en nuestro poder. Graus 18 del mismo (Solamente la carpeta del expediente queda en el archivo de Alcalá, *M. F.* 2.489).

(2) Carta original de éste, de 23 de Diciembre de 1824 en *Cast. I.*

(3) A 13 de Julio. Original en Alcalá, *M. F.* 2.489.

(4) Original, de 13 de Septiembre de 1826, en nuestro poder.

(5) Original, sin fecha, del Párroco y del Arcipreste, testimoniada en 3 de Febrero de 1826, en la cual refieren lo del Obispo y del Acuerdo. En nuestro poder.

(6) Al P. General; Madrid, 14 de Enero. Original en *Cast. I.*

(7) La Villa, a 3 de Octubre de 1828, diciendo que repite la instancia hecha el año anterior, por no haber tenido respuesta. (Original en Alcalá, *M. F.* 2.489.)

A todos se veía precisado a contestar el P. Cordón que no era posible abrir nuevas casas por falta de sujetos; y luego veremos qué poco se pudo hacer en este punto durante este periodo. La escasez de personal saltaba a la vista. De los Padres antiguos, que volvieron a los colegios en el período antecedente, no quedaban cuarenta; el que menos con setenta y tres años y algunos ajes, y no pocos totalmente inválidos, de suerte que, como decía el P. Silva, poquísimos podrían confesar, menos gobernar, y ninguno enseñar ni predicar (1). De los nuevos sólo una media docena eran sacerdotes, algunos se fueron ordenando después, y pocos más estaban formados, ni en la vida religiosa, ni en las letras para poder enseñarlas, ya por la corta duración y la irregularidad inevitable de la época pasada, ya porque de los capaces de enseñar habían perdido algunos la vocación en los tres años de vida secular. «Toda la Compañía española, escribía el P. Cordón, está compuesta de viejos inválidos, jóvenes principiantes, y dos o tres en buena edad, uno de los cuales nos le ha llevado ahora el Infante Don Carlos (2).

Con tan pocos sujetos había que proveer al gran número de cátedras del Colegio Imperial y a los restablecidos de los del cuatrienio anterior. ¿Cómo tomar otros nuevos? Por lo que luego diremos de aquéllos, se verá mejor la imposibilidad de establecer éstos. De muy mala manera, y con sujetos sin formación alguna, se hubiera podido; pero el escarmiento de lo pasado y alguna mayor libertad de acción que logró ahora, hicieron al Provincial más cauto en eso y más firme, aunque todavía no pudo llegar con las obras adonde con los deseos y propósitos.

5. Razón será exponer sus planes en ese y otros puntos de este nuevo restablecimiento, y la dirección que para realizarlo se le daba desde Roma.

Lo primero, no quiso que hubiera junta de restablecimiento, como los años pasados, y lo consiguió. Aquella junta había tenido a la Compañía «en una dependencia servil, gastaba gran parte de nuestras rentas en sus empleados, y nosotros estábamos hambreando», escribía al P. Asistente (3). Y el P. Silva, que, como secretario del P. Zúñiga, había palpado más los daños de

(1) Al P. General; Sevilla, 2 de Julio de 1823. Original en *Cast. I.*

(2) Al P. General; Madrid, 19 de Mayo de 1824. Original en *Cast. I.*

(3) Carta de primeros de Junio de 1823. Original en *Cast. I.*

aquella dependencia, sin haber tratado de ello con el P. Cordón, se proponía por su cuenta procurar lo mismo del Rey a su vuelta por Sevilla, y daba a entender que uno de aquellos daños había sido no poder examinar bien por sí mismos las condiciones del restablecimiento de cada colegio, ni tener plena libertad para admitirlo o rechazarlo, según conviniera (1).

Quitada la junta, que antes había administrado todos los bienes devueltos a la Compañía, fuera de los aplicados a cada colegio, y aun esos con alguna excepción; el Provincial pidió ahora al Rey la entrega de todos y la facultad de manejarlos libremente a su arbitrio; y el Rey la ordenó con decreto de 16 de Diciembre de 1823, que sólo a fuerza de nuevas instancias vino a ejecutarse los últimos días de Febrero de 1824, pasando todo el archivo de temporalidades del Crédito Público, a quien se entregó en 1820, al Procurador general de la provincia (2).

Cuanto a colegios, atendido el corto número de sujetos capaces de sostenerlos, pensó al principio en restablecer dos o tres; pero luego creyó que ni para el Imperial de Madrid, con sus ministerios espirituales y literarios tendría bastantes, y en él trató de reunir toda la gente útil, dejando los otros para enfermerías de los ancianos que en ellos se juntaran, y respondiendo a las ciudades donde hubo escuelas antes de la revolución y ahora pedían maestros, que los buscaran seglares, y de las rentas de las respectivas casas se les daría el salario. Donde hubiera algunos de aquellos Padres ancianos, bajo su dirección estarían esos maestros (3).

En la conveniente formación religiosa de nuestros jóvenes se proponía tener la mano firme, para evitar los escollos descubiertos en el periodo antecedente. El noviciado tuvo algún pensamiento de no ponerlo en Madrid, donde la experiencia había mostrado que no estaba tan bien, sino en Loyola o Villagarcía (4); pero fué pensamiento pasajero, y en Madrid lo puso, tal vez por no dejar de recobrar el edificio, ni poderle dar otro destino, una vez recobrado, o acaso por considerar después a Loyola y Villa-

(1) Carta de fines de Junio de 1823, al P. General. Original en el mismo lugar.

(2) Decretos del Rey, VII, 243.—El P. Cordón al P. General, 23 de Febrero de 1824. Ibid.

(3) Cartas de 23 de Junio, 1 y 21 de Julio, 4 de Octubre de 1823. Ibid.

(4) Carta de 16 de Junio de 1823.

garcía muy a trasmano para gran parte de España. Cuanto a lo formal de él, la Congregación general de 1820, o por haberse notado en todas partes los mismos males que en España, o simplemente por temerlos y precaverlos; había mandado que no se admitiera en la Compañía sino a jóvenes bien probados, examinados, aptos para ella, y por regla general con la Gramática y Retórica concluidas; que se cumplieran exactamente los dos años de noviciado, y en el segundo no se dejara estudiar a todos sin distinción, sino sólo a los que no hubieran de recibir con eso daño en el espíritu; y enseñar o ser inspectores en los colegios, ni en segundo año a quienes no fueran ya sacerdotes; finalmente, que aun éstos habían de pasar un año entero en la casa de probación y no ocuparse durante él en los ministerios sagrados (1).

Este decreto se le recordaba ahora al Provincial desde Roma, y por su parte prometía cumplirlo. No habría la facilidad en recibir novicios, que había habido antes, sino que se excluiría a todos los ineptos; ninguno estudiaría el primer año, y el segundo repasarían el latín los que pudieran sin menoscabo del espíritu, pero no serían empleados en la enseñanza; y todos se ejercitarían en cuanto prescriben las reglas del maestro de novicios. Lo de que generalmente entren ya retóricos, no es posible en España. «Aquí las escuelas están en suma decadencia; y si hemos de esperar pretendientes, suficientes gramáticos, y que no tengan necesidad de nuestra instrucción en esta parte, podemos cerrar el noviciado» (2).

El General, no sólo aprobaba estos intentos, sino también encargaba muy encarecidamente la firmeza en llevarlos a la práctica. Si piden colegios; que no y que no, y firme en que no. «Así lo hago yo»; que teniendo que poner en ellos gente sin formar, se arruina la provincia (3). Por ahora Madrid y no más, escribía a 3 de Marzo de 1824; pero ya antes y también poco después, por devoción al H. Alonso Rodríguez, cuya beatificación veía ya próxima, encargó se conservara el colegio de Mallorca y que en él se restableciera la enseñanza (4). Sujetos, pocos y buenos, con espíritu de la Compañía y aptitud para sus ministerios: que el

(1) Decreto 12. *Institut. Soc. Jesu*, t. II, p. 471.

(2) Cartas de 4 de Octubre de 1823, 4 y 17 de Marzo de 1824.

(3) Carta de 18 de Febrero de 1824, autógrafo en nuestro poder.

(4) Cartas originales del P. Monzón de 12 de Julio de 1823 y del P. Fortis de 27 de Marzo y 19 de Septiembre de 1824, en nuestro poder.

ansia de tener pronto muchos ha hecho gran daño también en Italia los años atrás. El primer año, puro noviciado, aun para los sacerdotes; y ni el segundo enseñe ninguno sin su expresa licencia; estudiar podrán dos horas cada día (1). Toda la educación religiosa de los novicios sea conforme al espíritu y costumbres de la Compañía, y su maestro, no un cualquiera, sino de las prendas que requiere oficio tan delicado. Acuérdense de los PP. Álvarez, La Puente, Rodríguez y, en los últimos tiempos, Idiáquez (2).

6. No pudieron cumplirse al pie de la letra tan buenos propósitos y recomendaciones; pero mucho se hizo, y mucho condujo para poner la provincia en mejor pie que se iba poniendo al sobrevenir la revolución. Digamos ahora solamente del punto de admitir colegios. «No dude V. P., escribía contestando sobre él el P. Cordón al P. General, no dude V. P. de mi constancia y firmeza en decir que no y que no. Lo he dicho ya a muchos Obispos y ciudades, y con el debido respeto aun al mismo Rey» (3). Sin embargo, aquella idea de quedarse por entonces sólo con el Imperial, tuvo que abandonarla.

En Sevilla, los deseos de la ciudad y los no menores del Padre Silva, residente en aquella su patria desde la dispersión, y del P. Diego de la Fuente, último Rector de aquel noviciado, contrariaron los planes del P. Cordón, y así se abrieron aquellas escuelas de Gramática y primeras letras con maestros de casa, y uno de ellos novicio acabado de recibir (4). Las instancias del Provincial, apoyadas por el General, sobre todo en orden a no consentir que al novicio le valiera como tiempo de noviciado un solo día de los pasados en Sevilla, hicieron venir a Madrid a ése y a otros varios escolares que allí había, dejando sólo a tres como indispensables para las clases, que, una vez abiertas, no se creyó prudente cerrar, y algunos coadjutores aun novicios,

(1) Cartas de 18 de Febrero, 27 de Marzo y 20 de Abril de 1824; originales las dos primeras en la *Col. Prov.*; copia la última en el *Registro*.

(2) Minuta sin fecha en *Cast. 1.*

(3) Carta de 17 de Marzo de 1824, en el mismo lugar.

(4) Hablando de algunas dificultades nacidas más adelante, decía el Padre Cordón a 4 de Marzo de 1828: «Y ¿qué remedio? Sería necesario preguntárselo a los que sin darme parte y aun contra mi voluntad abrieron ese colegio y tomaron esos estudios, habiendo yo declarado que por ahora no había de haber abierto otro colegio que éste.» (Al Vicerector, P. David Rocher. Original en nuestro poder.)

necesarios también para la enseñanza de primeras letras y para los oficios de casa. «Maestros seglares, decía el Rector, capaces y morigerados, no es fácil hallarlos, como se ha visto por la experiencia» (1). Efectivamente, la experiencia lo había mostrado antes en Sevilla y lo mostró ahora en Valencia.

Tampoco allí era voluntad del P. Cordón que se restableciesen tan pronto ni colegio ni seminario, como no fuera el primero para *enfermería*. A instancias de la ciudad, y acaso más de D. Francisco Javier Borrull, que le habló en Madrid, consintió en que el P. Manuel Riera tomara a su cargo el seminario con profesores seglares; pero a los dos años hubo que despedirlos, y el Provincial luchó todavía con grandes dificultades para sustituirlos con jóvenes nuestros (2). Aumentaba la dificultad el haberse abierto también en el colegio o antigua casa profesa a principios de 1825 una clase de Gramática y otra de primeras letras, que muy pronto, por el gran concurso de niños, tuvieron que duplicarse (3).

Por el mismo tiempo se pusieron también en Manresa. Hasta fines de 1824 estuvo solo allí el H. Ramón Tort, que dijimos tomó la posesión del colegio. Pensó luego el P. Cordón en enviar dos Padres ancianos con uno o dos coadjutores «para guardar aquel santuario» (4); debió de hacer instancias la ciudad, para que tomaran las clases; hizolas también el P. Prats, uno de los dos allí destinados; y no sabiendo negarse, envió, sí, los dos ancianos, él y el P. Carchano, pero también con ellos un Padre y un escolar jóvenes, el P. Miguel Pascual y el H. Esteban Estruch, para que se encargaran de dos clases de Gramática, y un coadjutor, el H. José Delgado, para la escuela (5). El P. Prats, que iba de Superior, llegó después de la Inmaculada de 1824, en tal estado, que le hubieron de llevar en hombros al colegio, por no sufrir su delicadeza ir en ruedas por aquellas calles; y con todo, repuesto algún tanto, se encargó de la enseñanza de Humanidades, Retó-

(1) Carta original, de 15 de Enero de 1824, al P. Cordón, en nuestro poder.

(2) Dos cartas, originales del P. Cordón al P. General, sin fecha (son de Agosto y Octubre de 1825).

(3) *Histor. Colleg. Valent.*, a 18 Jul. 1816... ad ann. 1832 exclusum.

(4) Carta de 13 de Septiembre de 1824.

(5) Papel suelto y cartas del P. Prats al P. Cordón, Barcelona, 12 de Noviembre, y del H. Delgado al mismo, Manresa, 9 de Diciembre de 1824, en nuestro poder.

rica y Griego (1). Estaba, pues, en planta otro colegio, y solamente Loyola, entre las casas abiertas en este nuevo restablecimiento, no lo era todavía a principios de 1825. El Provincial tuvo que arrepentirse de haber cargado tan pronto con tantos, como expresamente decía al Superior de Manresa. «Cada día veo las fatales consecuencias de no haber estado firme en mi propósito de no abrir por ahora otra casa que ésta, sin hacer caso de las importunas instancias de los nuestros y de los extraños. Pero, en fin, a lo hecho, pecho» (2).

En el Imperial, para lo poco que del curso faltaba cuando tomaron los Padres posesión de él, solamente se continuaron las clases de Gramática y Retórica; en el próximo de 1823 a 24 hubo que añadir las de lenguas y estudios mayores, las más de ellas con profesores seglares (3), y el siguiente ya todas quince cátedras las tenían los de casa, escolares los más y algunos sacerdotes (4).

Otras enseñanzas se habían puesto ya entonces en manos de la Compañía más importantes, más honoríficas, y más costosas también que todas las reseñadas. El Infante D. Carlos, cuyo afecto a la Compañía ya hemos dado a conocer en otra parte, pidió al Provincial un Padre para preceptor de su primogénito, D. Carlos Luis, que cumplió seis años en el de 1824. Bien se ve que era imposible negárselo; y por otra parte, el bien inmenso, que se podía esperar de la buena educación del heredero de la Corona, compensaba el sacrificio; pero sacrificio fué consagrar casi exclusivamente a eso el hombre de más valer con que contaba la provincia: el P. Mariano Puyal (5). Sus cuidados se extendieron después al segundo Infante, D. Juan Carlos, y a la dirección espiritual de los dos en el confesonario; y al dejar en 1828 el cargo de educarlos, por haber sido nombrado Provincial, y en 1832 el de confesarlos, por pasar a ser Rector del colegio de Manresa, entraron en su lugar, para preceptor, el P. Ramón José de Frias,

(1) Carta original del P. Córdón a él, de 16 de Abril de 1825, en nuestro poder.

(2) Carta original, de 22 de Junio de 1825, en nuestro poder.

(3) El P. Córdón al P. General 17, de Junio de 1824, original en *Cast. I.*

(4) Carta original del P. Córdón al P. Prats, de 4 de Mayo de 1825, en nuestro poder.

(5) El P. Córdón al P. General, Abril (sin día) y 5 de Mayo de 1824, originales en *Cast. I.*

y para confesor el P. Rafael de la Calle. Compañero y ayudante del P. Frías en el desempeño de su cargo fué el escolar, Antonio Gálvez (1); y el P. Mariano Berdugo tuvo que ser también profesor del Infante D. Sebastián, que con su madre, la Princesa de la Beira, prima de Fernando VII, vivía en la Corte de España.

En 1825 fué necesario dedicar otros dos Padres a otro ministerio singular, por disposición del Gobierno. Cuando en 1764 fundó Carlos III en el alcázar de Segovia la Real Academia de Caballeros Cadetes de Artillería, bajo la dirección del Conde de Gazola, fué nombrado profesor de Matemáticas y señalado para leer el discurso de apertura en el solemne acto de la inauguración, el P. Antonio Eximeno, y la dirección espiritual de los alumnos se encomendó a otro jesuita, el P. Isidoro Cervantes. Cuando ahora se erigió en el mismo punto el Colegio General Militar, también fueron pedidos para capellanes y profesores dos jesuitas, y destinados por el Provincial los PP. Manuel Gil y Francisco Saurí; y también tuvo el P. Gil la oración inaugural el 1 de Junio (2). Él era el primer capellán y como párroco del colegio, teniendo además la cátedra de religión y la de bellas letras, y el P. Saurí venía a ser su teniente o vicario, con las clases de Historia, Cronología y Geografía. De grande importancia era en verdad arraigar hondamente en los corazones de toda la nueva oficialidad del ejército la religión y la fidelidad, cuya falta en una parte de la antigua era bien conocida. Y en los cadetes, para recibir bien esas ideas y empapar sus ánimos en tales sentimientos, encontraron los Padres generalmente buena disposición; pero era gran estorbo el mal gobierno y el mal ejemplo de profesores y directores, que no pudieron remediar. Y no queriendo que recayera en ellos ni en la Compañía el descrédito consiguiente; apenas pasado año y medio, en Febrero de 1827, se retiraron del colegio (3).

7. La confianza, que en llevarlos a él había mostrado el Rey para con la Compañía, sus visitas al Imperial y otros colegios, con algunos favores más, que iremos viendo, son prueba

(1) El P. Puyal al P. General, Madrid 5 de Febrero de 1829. Original en *Cast. II*.

(2) El P. Cordon al P. General, 7 de Abril de 1825. El discurso corre impreso.

(3) Cartas del P. Gil al P. General, de 13 de Agosto de 1825 y 25 de Julio de 1826; y del P. Cordon, de 8 de Febrero de 1827.

segura de su benevolencia para con ella; y aunque no en todos los que le rodeaban, veía el Provincial la misma disposición de ánimo (1); todavía, mientras él vivió y gobernó, apenas podrá señalarse en sus ministros un acto de verdadera hostilidad contra nosotros. Un gravísimo mal, sí, amenazó, aunque no sabemos cuánto, ni de parte de quién: el querer otra vez cortar la dependencia que la Compañía de España tenía del General. Lo indicaba el P. Cordón a fines de 1824, y lo repetía el P. Puyal a mediados de 1828, como meramente intentado, añadiendo el primero expresamente que antes arrostrarían un nuevo destierro, y aun la misma muerte, que consentirlo; lo que sí haría, si se le pidiera cosa que no pudiera él, sino sólo el General, conceder, sería rehusarlo con otras razones, para no descubrir esa dependencia (2). Tampoco creemos que fuera general de los gobernantes la alta idea de la Compañía y el favor que significan estas palabras referidas por el P. Cordón: «El gobierno, al restablecernos, nos ha dicho que fía de nosotros el restablecimiento de la fe y costumbres» (3). No conocemos documento oficial en que se lean esas palabras, que probablemente fueron dichas de viva voz por alguno de los ministros de la Regencia, puesto que cuando el P. Cordón las escribía a Roma, estaba todavía el Rey en el Puerto de Santa María. En 1814 y 15 era bastante general esa esperanza en los buenos; diez años después, aunque no faltaban quienes la abrigaban, la mayoría no podía forjarse ilusiones, viendo a qué poco estaba reducida la Compañía española.

Ésta por su parte se mostró sinceramente afecta al Rey; y en los comienzos de esta nueva existencia legal en España, quiso hacer públicos formalmente, aunque bien conocidos eran, sus sentimientos en esta parte, en un suelto que insertó *El Restaurador* en su número de 1 de Enero de 1824. Helo aquí.

«La Compañía de Jesús, que jamás olvidará los muchos y grandes favores recibidos de su benéfico protector, D. Fernando VII, nuestro Rey y Señor (q. D. g.), mira como singular gracia del cielo, hecha a sí misma, la restitución de S. M. al trono, y restablecimiento en todos sus derechos. Por lo que a impulsos

(1) Carta de 30 de Diciembre de 1824.

(2) El P. Cordón, carta últimamente citada; el P. Puyal, 3 de Julio de 1828.

(3) Carta al P. Asistente, de 4 de Octubre de 1823, original en *Cast. I.*

de su gratitud y reconocimiento, unida con el M. R. P. Luis Fortis, su Prepósito General, celebra en todas partes donde se halla este grande y dichoso acaecimiento. El R. P. Cordon, Provincial de la Compañía de Jesús en España, ha ordenado a todos sus súbditos sacerdotes diez misas, y a los no sacerdotes diez coronas en acción de gracias al Altísimo, por la libertad de nuestro augusto Soberano y toda su Real familia, y para alcanzar del Señor la continuación de sus bendiciones, y que en los dominios de España reflorezca, se aumente y perpetuamente se conserve la religión, las buenas costumbres y la paz y armonía entre los ciudadanos, a todo lo cual los jesuitas procurarán contribuir con todas sus fuerzas. Perpetua quedará en los fastos de la Compañía la memoria del día 29 de Mayo de 1819 (1), en que S. M. decretó su regreso después de medio siglo de destierro, maquinado por los enemigos del altar y del trono, y el día 1 de Noviembre de este año, en que nuestro justísimo Soberano la restableció en su ser y derechos con las otras religiones suprimidas y oprimidas por un desgobierno revolucionario» (2).

El P. General escribió también a S. M. una carta afectuosísima, uniendo su voz y aclamación y la de toda la Orden, a la de sus fieles vasallos por la recuperación de su soberanía; reconociéndole una vez más por restaurador de la Compañía en estos reinos; representándole suavemente que en aquellos principios no se podía exigir de ella sino el «formar con la regular educación religiosos virtuosos, obreros evangélicos, en preparación al general cultivo de la escogida viña del Señor»; e implorando, por tanto y esperando de S. M. paciente protección para ella y los auxilios que para eso necesitara (3).

La contestación del Rey fué muy expresiva. «No dudo, decía en ella, que las oraciones de la Compañía de Jesús habrán contribuido a inclinar en mi favor al Dios de los Reyes; y la Compañía debe estar persuadida de mi afecto hacia un Instituto, cuya falta privó a la juventud cristiana de la educación sana y política que él proporcionaba; al pueblo católico de la doctrina pura

(1) Errata evidente, por 1815.

(2) No conocemos este decreto de 1 de Noviembre, y tal vez quisieron decir de Octubre, por el que generalmente se anulaban todos los actos del gobierno constitucional y aprobaban los de la Junta de Oyarzun y de la Regencia.

(3) Véase en el apéndice n. 10.

con que era alimentado en las misiones continuas a que se dedicaba; y a los infieles de los celosos propagadores de la luz evangélica que producía (1).

Expuestos ya los principios de este segundo restablecimiento de la Compañía en España, pasemos a ver su corto y lento desarrollo y sus trabajos en los ministerios, tanto espirituales como literarios en los colegios.

(1) Véase en el apéndice n. 11.

CAPITULO II

NUEVAS CASAS Y NUEVAS INSTITUCIONES

1. El Seminario de Nobles.—2. El Colegio de Utrera.—3. Diligencias para el restablecimiento en Barcelona.—4. La Santa Cueva de Manresa.—5. El Seminario de los Reales Estudios.—6. Proyecto de Estudios Generales incorporados a la Universidad de Alcalá.—7. La Capilla de San Isidro.—8. Reunión del Colegio y del Seminario de Valencia, y nueva organización de este último.—9. Algunas particularidades de Palma, Manresa y Loyola.—10. Proyecto de Seminario y Colegio en el antiguo de San Hermenegildo de Sevilla.—11. Noviciado en San Luis de la misma ciudad.—12. Bienes de los colegios y su administración.

1. Corto fué el aumento de la Compañía española en sujetos durante este período, y corto tuvo que ser por tanto el de sus domicilios. Fuera de Alcalá, cuya apertura y destino diremos en lugar más oportuno, apenas merece ser mencionado sino el Seminario de Nobles de Madrid; porque otros tres que hubo nuevos, no tuvieron importancia ninguna.

La fundación del Seminario de Nobles fué ideada y aun decretada, asignando para ella recursos del Real erario, en el efímero reinado de Luis I, quien la ponía a cargo del Colegio de Escoceses, que en Madrid tenía la Compañía, dirigido por jesuitas de aquella nación. Pasado el joven Rey a mejor vida, y entronizado nuevamente su padre, Felipe V, la traspasó al Colegio Imperial, donde había de ser juntamente complemento de la dotación de los Estudios Reales fundados por Felipe IV, pero no provistos por él de la renta estipulada, ni, consiguientemente, por los Padres de las cátedras convenidas (1).

Inaugurado el año de 1727 en las casas que llamaban del ataúd, situadas frente al colegio y puestas en comunicación con él por un pasadizo sobre la calle, muy pronto aquel local fué in-

(1) El decreto de Felipe V se insertó en la *Novísima Recopilación*, ley 1.^a, tit. III, lib. VIII.

suficiente; y, o sólo por no poderse construir allí nuevo, cual se deseaba, sin grandísimos gastos, o por entenderse que el Seminario debía ser una institución completamente separada e independiente; se trasladó en 1730 a unas casas inmediatas a la puerta de San Bernardino, donde luego se levantó para él nuevo y grandioso edificio, cuya memoria conserva aún la plazuela llamada *del Seminario*.

No había aquí sino alumnos internos, y todos habían de ser Nobles «de Nobleza notoria y heredada y no de sólo privilegio», probada con informaciones jurídicas (1). Al tiempo de la expulsión de la Compañía no llegó a cerrarse el Seminario, pero sí disminuyó mucho; pues de un centenar y más que llegaron a ser sus alumnos antes, bajaron los primeros años hasta quince que eran en Junio de 1770 (2), si bien más adelante otra vez volvieron a pasar de ciento (3).

Las enseñanzas que en él estableció la Compañía eran las de leer, escribir y contar, latinidad, Retórica, Poesía, Francés, Filosofía, Física experimental, Matemáticas y Cánones; y en frecuentes academias, Geografía, Esfera, Blason, Cronología, Historia, especialmente de España, y otras materias útiles, con las que llamaban *habilidades* de Música, Danza y Esgrima, enseñadas por profesores seculares (4). Algunas variaciones hubo después de expulsada la Compañía, suprimiéndose los Cánones y añadiendo el Griego y el Hebreo, el Derecho Natural y de Gentes; pero en las nuevas constituciones hechas en 1799 apenas se nota sino la supresión de los Cánones y la adición del Dibujo (5).

En lo que se hizo variación considerable fué en la dotación, como vimos que se hizo también en los Reales Estudios del Co-

(1) *Constituciones*. Real decreto aprobándolas, dado en Aranjuez a 20 de Mayo de 1755.

(2) Carta original del Director, D. Jorge Juan; Arch. de Siman.; *Gracia y Justicia*, leg. 395 nuevo, 969 antiguo.—Jorge Juan no fué el primer director, después de la expulsión de la Compañía, como da a entender D. Vicente de la Fuente (*Hist. de las Univ.*, IV, c. XXXII p. 165); el primero fué el Mariscal D. Eugenio de Alvarado.

(3) *Kalendario manual*, años de 1788 a 1793.

(4) De un prospecto impreso, que hemos visto y lo confirma.

(5) *Plan de Estudios y habilidades, que por ahora se tienen y enseñan en el Real Seminario de Nobles...* Madrid MDCCLXXXV.—*Constituciones del Real Seminario de Nobles de Madrid*, 1799.

legio Imperial. La del Seminario puede decirse que era doble: una, que consistía en bienes y rentas del establecimiento, y otra, en las pensiones de los seminaristas. Esta segunda era de seis reales diarios cada uno bajo el gobierno de la Compañía, o dos mil doscientos al año. Debíó de aumentarse muy pronto, aunque no sabemos cuánto, asegurando Jorge Juan en 1770 que ni pagando doce reales cubrirían sus gastos (1). En 1785 era varia, de ocho, diez, doce y catorce reales (2); y por fin en las Constituciones de 1799 se fijó en catorce; es decir, doble y un tercio más que con la Compañía.

La otra, y más propiamente llamada dotación del Seminario, tuvo por base dos maravedis de sobreprecio en libra de tabaco, que se consumiese en España, concedidos por Felipe V, con los cuales hubo que hacer la obra sin poder acabarla, cargando sobre esa renta los réditos del capital tomado para ella. Se calculó y fijó el valor de esa renta en 154.000 reales, a que se añadieron después 120.000 señalados por Fernando VI sobre vacantes de piezas eclesiásticas en Nueva España, que con 1.486, producidos por dos efectos de villa y los frutos de la huerta y una heredad contigua, sumaban aproximadamente una renta total de 280.000 reales (3).

Esta renta fué más que duplicada después de la expulsión con aumentos sucesivos hasta 1804. Nada menos que 320.000 reales le fueron añadidos, cargándolos a diversas iglesias de América; de suerte que al desaparecer el Seminario en 1808 a causa de la invasión francesa, tenía ya 645.368 reales. Verdad es que había aumentado también el número de profesores y empleados, y que algunas de las últimas asignaciones no llegó a percibir las; pero también lo es que recibió multitud de subsidios pasajeros, sacados del fondo general de temporalidades, de que hemos visto los correspondientes documentos.

(1) Presupuesto formado por Jorge Juan. Simancas, leg. citado.

(2) La Fuente, lugar citado.

(3) *Plan del estado en que se hallaba el Real Seminario de Nobles de esta Corte a la ocasión en que le ocupaban los Regulares con el nombre de la Compañía de Jesús...* Madrid, Octubre 14 de 1767. Manuscrito original firmado por Manuel Ramos. En nuestro poder.—Jorge Juan, proyecto citado de presupuesto.—Consulta original de la Junta de Restablecimiento al Rey, 15 de Julio de 1816, en nuestro poder. La consulta pone por renta del tabaco 159,382 reales.

Cuando la Compañía volvió a España, el edificio estaba convertido en cuartel; pero ya en Enero de 1816, habiéndose propuesto al Rey que volviera a ponerse allí el Seminario, como estaba en 1808, cuando por la invasión francesa se tuvo que cerrar: S. M. nombró una junta compuesta de D. José Joaquín Colón, D. Manuel de Lardizábal y el P. Manuel Martínez, mercenario, para que trataran de ello (1). Parece que hubo en Palacio quien mostró deseos de que fueran nuestros Padres los que tomaran otra vez a su cargo en él la educación de la nobleza. Así se dice del Infante D. Antonio; y ya fuera por impulso recibido de allí o de otra parte, ya por iniciativa propia, ello es que, invirtiéndose aquí el orden seguido para el restablecimiento de todos los demás colegios, sin esperar propuesta de la Junta, que en eso entendía, el Ministro de Estado e interino de Gracia y Justicia, D. Pedro Ceballos, dirigió al Rey en Marzo de 1816 la exposición siguiente: «Señor: El Seminario de Nobles de esta corte estuvo siempre al cuidado y dirección de los PP. de la Compañía; y fueron tan brillantes sus progresos, que la principal nobleza se apresuraba a poner sus hijos en él para que recibiesen la educación moral, instrucción científica y política que con tanto fruto se dispensaba. Por la expatriación de los jesuitas, conociendo el Gobierno la necesidad de conservar este establecimiento, lo puso al cuidado de jefes militares, sirviéndose de maestros y profesores seculares y de otros innumerables subalternos, resultando de todo que, no alcanzando las rentas del Seminario para satisfacer los sueldos y gastos que se causaban, pagaban los seminaristas la mitad más de pensión que antes satisfacían en tiempo de los jesuitas, sin lograr los aprovechamientos que entonces se experimentaban. Y a la verdad, no era posible que unos maestros y directores seculares ocupados en las atenciones domésticas de sus respectivas familias, pusieran en el objeto del Seminario y en la educación moral y política de los seminaristas la que impendían los jesuitas, hombres destinados por la Providencia para la educación, que es la base principal de un estado. Para restablecer este bien, que en otro tiempo se disfrutó en este Seminario con tanta satisfacción de la principal nobleza española, parecía que en consecuencia del Real decreto de restablecimiento del orden de la Compañía de Jesús, se podría entre-

(1) A. H. N.; I. P., leg. 331.

gar a los jesuitas el Seminario de Nobles de esta Corte con todas las pertenencias que existan aplicadas a su dotación, para que cuiden de su dirección y gobierno y de la educación moral e instrucción científica y política de la Nobleza, como lo ejecutaban en el año de 1766, antes de la expulsión. Y a este fin, y para proceder con el mayor acierto en un asunto que tanto interesa a la Religión y al Estado; si fuese del agrado de V. M., se podrá pedir a la Junta de restablecimiento de jesuitas que consulte su parecer sobre este punto, suministrándole las noticias que existan en esta Secretaría de Gracia y Justicia y pueda necesitar» (1).

Adoptada la idea por el Rey y pedido su parecer a la Junta, ésta, siguiendo el de su fiscal, fundado en las mismas razones que movieron a Felipe IV a establecer los Estudios Reales del Colegio Imperial, y a Felipe V el Seminario de Nobles, con más la experiencia del fruto obtenido en este último mientras lo dirigió la Compañía y de su decadencia después; propuso a S. M. a 20 de Abril que el Seminario debía restablecerse cuanto antes bajo la dirección de sus primeros maestros, y que a este fin se les hiciera luego entrega del edificio y demás enseres, quedando la Junta en proponer después lo tocante a rentas, condiciones de admisión, cátedras y método de enseñanza (2). El Rey, como era de suponer, se conformó con el parecer de la Junta; pero Ceballos añadió por su cuenta que la entrega del edificio a los Padres no se había de hacer hasta que lo dejase libre la tropa. Sin embargo, o porque esta circunstancia no se comunicó a la Junta, o por otras causas que ignoramos; sin esperar a que saliera la tropa, dió posesión a la Compañía en la persona del P. Comisario el Conde del Pinar, decano de la Junta, del edificio y cuanto en él había perteneciente al Seminario (3).

Entretanto el P. Zúñiga, por su parte, pensaba en el plan de estudios, en el reglamento económico y lo demás que se le había encargado, y la Junta por la suya en la dotación o rentas que se habían de aplicar al Seminario restablecido.

En este punto hizo notar el fiscal la gran diferencia, que antes hemos advertido, entre las que tenía al tiempo de nuestra ex-

(1) A. H. N.; *I. P.*, leg. 331.

(2) La Real Orden a la Junta, 21 de Marzo de 1816, original en el A. H. N.; *I. P.*, leg. 323, expediente n. 1. Allí mismo la minuta de la consulta de la Junta, y copia auténtica en el expediente n. 2.

(3) Copia auténtica del acta en el expediente citado, n. 1.

pulsión y las de 1808, con la ventaja resultante para la Real Hacienda de devolverlo a la Compañía, aun cuando ahora hubiera de ser la dotación algo mayor que antiguamente por la mayor carestía de la vida. En efecto, propuso a la Junta y la Junta al Rey en 18 de Julio, que se asignara al Seminario la renta que tenía en 1767, más cinco mil pesos de los añadidos después, mil sobre la mitra de Durango, en Méjico, y cuatro mil sobre la de la Habana, debiendo venir todo lo de América libre de gastos e impuestos. Los otros siete mil pesos añadidos sobre otras mitras de aquellos dominios quedarían para el Real erario, con la carga de pagar los sueldos que aun cobraban los últimos profesores y las deudas éntonces contraídas. Sobre el Seminario no habían de pesar sino las cargas de antiguo afectas a sus bienes. Así venían a ser sus rentas algo más de quinientos mil reales con cargas de más de veinte mil (1). Todo lo aprobó el Rey; pero no sabemos lo que se hizo con las tales rentas, que había de percibir el Seminario desde el día de esa aprobación, puesto que no llegó a abrirse. Suponemos que las percibió la Junta, como las de otros colegios no restablecidos. La huerta y tierra inmediata las disfrutó el Noviciado para algún aumento de su corta dotación. El Seminario no se restableció en la primera época de 1816 a 1820, porque la tropa no lo desalojó, a pesar de las instancias de la Junta. La última respuesta que sobre esto conocemos del Ministerio de la Guerra, dióla el General Eguía a 31 de Marzo de 1818, diciendo que por entonces no había arbitrio para desocupar el edificio (2). Un batallón de Walones salió en Octubre de aquel año (3); pero debieron de quedar otros y nada se pudo hacer.

Cuando la Compañía fué segunda vez restablecida en España en 1823, luego el año siguiente, aunque disponía de tan pocos sujetos, pensó el P. Cordón en instalar el Seminario, no en su propio edificio, todavía convertido en cuartel de guardias españolas, sino en un departamento del colegio Imperial. Hacíanle vivas instancias para ello muchos Padres de familia, y más que todos el Infante D. Carlos (4); pero el P. General, sin desaprobare el proyecto, le dió a entender que debería diferir su ejecución

(1) Consulta original en nuestro poder.

(2) A. H. N.; *I. P.*, leg. 323. Oficio original.

(3) A. H. N.; *I. P.*, leg. 321. Original del Coronel D. Pedro Morell al P. Ramos, 29 de Octubre de 1818.

(4) Carta al P. General, Madrid 12 de Agosto de 1824. Original en *Cast. I.*

para más adelante, entreteniendo a los amigos, que tanto lo deseaban, con buenas razones y esperanzas (1).

En un año no se volvió a tratar de ello; pero en Agosto de 1825, el P. Gil, que era de los que más lo deseaban, instó aquí y en Roma, representando la importancia de tal establecimiento, y el empeño, no sólo del Infante, sino también del mismo Rey, quejoso de que a los ocho años de restablecida la Compañía no hubiera sido capaz de poner otra vez aquel colegio (2). El Provincial, por su parte, escribía que estaba resuelto a ponerlo en el Imperial, contando para las clases con algunos jóvenes que esperaba de Italia, de los allí refugiados entre 1820 y 23, y quedados a hacer los estudios (3). Vino en ello el P. Fortis, mayormente sabiendo el empeño del Rey; pero todavía encargaba al Provincial que lo fuera alargando cuanto pudiera, apoyándose en la necesidad de disponer el local y lo demás que hacía falta (4). El aplazamiento llegó a ser de más de un año; aunque, según parece, más que por industria del P. Córdón, por entorpecimiento de la negociación en los centros oficiales, a pesar de favorecer el proyecto el Rey, el Infante D. Carlos y los Ministros de Hacienda, Ballesteros, y de la Guerra, Marqués de Zambrano.

Una vez autorizado por el P. Fortis, dirigió el P. Córdón al Rey un memorial a 25 de Noviembre de 1825, en que, recordando la fundación del Seminario en 1727 y su devolución a la Compañía en 1816, la importancia de abrirlo de nuevo, y la dificultad de estar ocupando la tropa el edificio, y aun evacuado, necesitar costosísimos reparos; pide a S. M. le permita instalarlo provisionalmente en el colegio Imperial (5). Calomarde pasó el memorial al Consejo, para que diera su parecer; y éste, no contento con el dictamen favorable de uno de los fiscales, presentado en Abril de 1826, hizo que lo dieran los dos o tres que eran, teniendo presentes las últimas resoluciones legislativas sobre enseñanza; y visto éste en el mes de Julio, también favorable, reconociendo el Seminario exento de aquellas disposiciones y, por tanto, de la Inspección General de Instrucción pública, creada para velar por su observancia, todavía remitió el asunto a la misma

(1) Autógrafa de 11 de Septiembre, en nuestro poder.

(2) Al P. General, Segovia 13 de Agosto de 1825. Original en *Cast. I.*

(3) Sin fecha, pero es de Agosto de 1825. *Ibid.*

(4) Copia de carta de 11 de Septiembre de 1825, en nuestro poder.

(5) Copia en nuestro poder.

Inspección, para que informara sobre él. Informó en Septiembre; y en cuanto a abrir el Seminario, no puso reparo, como en cosa ya resuelta por el Rey. Cuanto a si en él habían de observarse en la parte que le tocaba, el Plan general de Estudios y el Reglamento para las escuelas de primeras letras y colegios de Humanidades, debería esperarse a que S. M. resolviera por punto general si los colegios de la Compañía se habían de regir por ellos o no, sino por su *Ratio Studiorum*, como tenía pedido el Provincial; entre tanto al Plan y al Reglamento debería estar sometido. Nueva Real orden al Consejo urgiendo el despacho de este expediente, que llevaba cerca de diez meses desde el memorial del P. Cordon; nueva vista a los fiscales y nuevo dictamen favorable de ellos en 17 de Septiembre, limitándose al punto de abrir el Seminario y dejando lo del Plan y Reglamento a la resolución del Rey; y por fin consulta del Consejo a S. M. en 7 de Octubre, conforme con el parecer de la Inspección, esto es, que se abra el colegio, y que mientras S. M. no disponga otra cosa, esté sujeto a las disposiciones generales sobre la materia; mas que sería bueno decidir también desde luego S. M. lo que en este punto sea de su Real agrado (1). En su lugar diremos cuál fué esta decisión; aquí basta señalar el decreto del Rey, comunicado a la Inspección y al Provincial el 25 de Octubre, *confirmando el de Abril de 1816*. No era eso, en verdad, de lo que se trataba; porque aquél se refería al restablecimiento del Seminario en su antiguo edificio, y lo que ahora había pedido el Provincial era que se le autorizase para ponerlo provisionalmente junto al colegio Imperial. Sin embargo, se entendía que esto era lo decretado, y así, terminados los últimos preparativos, se inauguró solemnemente el día de la Inmaculada Concepción en casa contigua al colegio y de su propiedad, acabada de edificar para otros fines.

Estableciéronse ahora casi las mismas enseñanzas que en 1727: «la Religión, las primeras letras, las lenguas Castellana, Latina, Francesa e Inglesa, la Geografía, Cronología e Historia, la Rétorica y Poética, las Matemáticas, la Lógica, la Física experimental, la Metafísica y la Etica»; y como clases de adorno,

(1) Copia de esta consulta, insertando las respuestas fiscales y el informe de la Inspección, en nuestro poder. Extractos para el despacho, el decreto original y otros documentos, en el A. H. N.; I. P., leg. 331. Algunos también en Alcalá, *M. F.*, 2.489.

«Dibujo, Música, Baile, Esgrima y Equitación... Al estudio de las Matemáticas, Lógica, Física experimental, Metafísica y Ética se dedicarán cinco años por lo menos; la duración de las demás clases será proporcional al talento y aplicación de cada uno» (1).

Su primer director fué el P. Rafael de la Calle, sacerdote novicio todavía, pero hombre maduro en edad, virtud y saber. Duró sólo hasta Febrero, en que lo tomó a su cargo, para no dejarlo hasta la supresión de 1835, el P. Manuel Gil, que con el P. Francisco Sauri tuvo que retirarse del Colegio militar de Segovia, como dijimos en el capítulo anterior. Los seminaristas ya a mediados de Abril de 1827 llegaban a setenta (2); a fines de aquel año pasaban de ciento cuarenta (3); y a mediados del siguiente, poco antes de trasladarse a su propia casa, ya rehabilitada, eran ciento ochenta (4), a pesar de que en Marzo y Abril una fuerte escarlatina, con muerte de cuatro seminaristas, hizo que casi todos se fueran a sus casas durante un mes. Este accidente puso más de manifiesto la estrechez e incomodidad del local, y obligó a instar con más fuerza por que las tropas desalojaran el antiguo edificio, para poder realizar el deseado traslado. Repetidos pasos tenía dados para este fin el P. Cordon el año de 1827, y alguna parte de la tropa salió entonces de allí, pero no toda. Se dió orden de que saliera para 1.º de Febrero de 1828, de modo que para 1.º de Julio estuviese trasladado el Seminario (5); mas la dificultad de ponerla en otra parte lo retrasó hasta Abril, y eso gracias a la benevolencia del Marqués de Zambrano, Ministro de la Guerra, que se había educado en el Seminario y ahora tenía en él un hijo. Hasta Agosto duraron las reparaciones que fué necesario hacer; y a mediados de aquel mes se hizo el trasladado, poniéndose en la capilla el Santísimo Sacramento el día 15, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora (6).

(1) *Instrucción o Reglamento*, artículos II, III y IV.

(2) Carta del P. Cordon al P. General, 16 de Abril de 1827, original en *Cast. I.*

(3) Del mismo al P. Peña, 20 de Diciembre de 1827, original en *Cast. I.*

(4) El P. Gil al P. General, 3 de Julio de 1828. *Ibid.*

(5) A. H. N.; *I. P.*, leg. 331. Minuta de oficio de Calomarde al P. Cordon, Barcelona 6 de Enero de 1828.

(6) *Hist. Semin. Nobil. Matrit. ab ejus instauratione anno 1826.*

Antes de un mes, el 12 de Septiembre, le honraron los Reyes, Fernando y Amalia, con una larga visita. Oyeron allí misa; recorrieron toda la casa; hicieron mil preguntas sobre el régimen y estudios de los seminaristas; y aun, visitando la enfermería, tuvieron la dignación de ver y hablar a uno de los niños, ligeramente indispueto. Los alumnos por su parte, entonaron en la capilla durante la misa y repitieron tres veces aquel versículo del salmo XIX: *Domine, salvum fac Regem*, y dedicaron después a los augustos huéspedes en el salón-biblioteca algunas composiciones literarias y musicales, benévolamente escuchadas por Sus Majestades. Este favor Real pudo influir en el aumento del Seminario, que luego en aquel curso contó más de doscientos seminaristas, y al año tuvo mayor número que nunca: de doscientos veinte a doscientos treinta (1). Los Infantes D. Carlos y D.^a María Francisca, no una, sino repetidas veces visitaron el Seminario, presidieron los exámenes y academias, y aun llevaron y acompañaron allí a hacer la primera comunión el día de Nuestra Señora de Marzo de 1832 al segundo de sus hijos, D. Juan Carlos, inscribiéndole luego juntamente con el primogénito, don Carlos Luis, en la Congregación Mariana. También honraron con su presencia el Seminario los Reyes de las dos Sicilias, durante la larga temporada que pasaron en Madrid, cuando vinieron acompañando a su hija, D.^a María Cristina, para dársela por esposa a Fernando VII (2).

Cuando el Gobierno tuvo cerradas las universidades por temor o por simple aborrecimiento del espíritu liberal que en ellas tendía a dominar; algunos padres de familia, cuyos hijos acababan sus estudios en el Seminario, y querían emprender los de jurisprudencia, suplicaron al Director los estableciera en él. No lo veía mal el P. Gil, ni el P. General puso dificultad, apoyado en el ejemplo del Seminario de Nobles que teníamos en Roma (3).

Contando, sin duda, con suficiente seguridad por esta parte, el Duque de Villahermosa, el Marqués de Villadarias y otros varios, acudieron al Rey en 13 de Diciembre de 1831, pidiéndole

(1) Ibid. y cartas de los PP. Gil y Puyal de 6 de Enero y 8 de Octubre de 1829 al P. General, originales en *Cast. II*.

(2) *Hist. Semin.*

(3) Cartas del P. Gil de 31 de Octubre de 1831 y 3 de Julio de 1832 originales en *Cast. II*; y del P. General de 3 de Diciembre de 1831, original en la *Colec. Prov.*

que permitiera enseñar en el Seminario Cánones y Leyes, cuyos cursos fueran incorporados en las Universidades; porque a estudiar en ellas difícilmente enviaría sus hijos la nobleza. Nada decían de la circunstancia de estar entonces cerradas. El memorial pasó a informe de la Inspección General de Instrucción Pública; y la Inspección se opuso resueltamente a la concesión en un largo informe, apoyando su dictamen en catorce reflexiones, dirigidas unas a manifestar los inconvenientes de ella y otras a deshacer los fundamentos de la pretensión. Sólo D. José Ramírez de Arellano dió voto favorable, débilmente razonado, y el P. Barbajero propuso que se permitiera la enseñanza no más que de las Instituciones civiles y canónicas, solamente a los que en el Seminario hubieran estudiado antes, y con sujeción al plan oficial de estudios.

El oficial encargado en el Ministerio de Gracia y Justicia del negociado de Instrucción Pública, D. Salvador Calvet, en el extracto hecho para dar cuenta al Rey, apoyó a la Inspección, opinando con ella, contra el supuesto de ambos votos particulares, que la Compañía no estaba dispuesta, ni a seguir el plan oficial, ni a depender de la Inspección, como lo había declarado el Provincial en ocasión parecida; y que la preservación de los jóvenes contra los peligros de la vida universitaria, lo mismo que en el Seminario, estaba asegurada en los colegios mayores, que para eso se habían restablecido, para que en ellos estudiaran con cristiano recogimiento los hijos de las familias distinguidas. Además, en el Seminario, ni la Compañía al fundarlo, ni Carlos III al reorganizarlo, pusieron ni siquiera Filosofía, limitándose a la instrucción general, preparatoria de cualquier carrera. Parece que a hombres que ocupan tales puestos, lo menos que se les puede exigir es que en cosas de hecho y fáciles de averiguar, no den informes falsos. Este lo era en el punto de la Filosofía; porque en ambas épocas se había enseñado.

La resolución fué como la proponía la Inspección y «la mesa de Instrucción Pública», y no se enseñaron en el Seminario Cánones ni Leyes (1).

2. Una fundación hubo ahora enteramente nueva y no restablecimiento de ninguna antigua, como las demás, pero que prometiendo mucho, no fué apenas nada. En Agosto de 1824 escri-

(1) Todo el expediente está en Alcalá, *M. F.*, 3.952.

bió al P. Diego de la Fuente, Rector del Colegio de Sevilla, un eclesiástico de Utrera, llamado D. Diego Muñoz y Alcalá, comunicándole el proyecto que una persona de aquella ciudad tenía, de fundar en ella un colegio de la Compañía, aplicando a él, por considerarlo de más importancia, la hacienda que tenía destinada a la fundación de un hospital (1). Era una señora viuda, doña Juana González, y le había sugerido el cambio un religioso lego Capuchino de Sevilla, promoviénolo el Guardián y algunos otros sujetos seglares. Los Padres de Sevilla se informaron de lo que había, y el P. Pedro Lemos se lo escribió al P. Córdón y éste al General, quien después de encargar el conocimiento detenido de los bienes que se ofrecían, no fuera a quedar el colegio mal dotado, y con la precisa condición de que no había de fundarse inmediatamente, sino adelante, cuando la Compañía tuviera suficiente número de sujetos; autorizó la aceptación por decreto de 13 de Octubre de 1825, firmándose luego la escritura el 27 de Diciembre (2).

La señora hizo donación *inter vivos* a la Compañía de todos sus bienes, quedándose con el usufructo mientras viviera. De esos bienes la noticia más exacta que tenemos es la que el P. Lemos daba al P. Córdón.

«El caudal, dice, se reduce a doscientas cincuenta aranzadas de olivar muy bueno, un molino de aceite, una atarazana para vinos bastante capaz, con cantidad considerable de caldos; pues aunque no hay viñas propias, se ha hecho un tráfico en esta especie, por haberse puesto de olivar lo que era viñas. La casa donde vive dicha señora, que es bien grande, y su estado de primera vida: tiene inmediata o contigua otra más pequeña. Y últimamente una capilla o iglesia pequeña con cinco altares, propiedad también de dicha señora, en cuya iglesia se da bastante culto a Dios y a los Santos. A las fincas anteriores se ha de añadir una casa-horno y otra de vecindad, de su propiedad, y además el ganado de labor, etc.» El P. Córdón añadía algunos créditos (3); y con todo ello, pero principalmente con el producto de los indi-

(1) Original en nuestro poder.

(2) Cartas del P. Córdón de 10 de Marzo, 20 de Junio, sin día de Agosto, 15 de Septiembre de 1825; decreto y cartas del P. General de 26 de Junio, 17 de Julio y 11 de Septiembre.

(3) *Necnon ex nominibus seu pecuniis creditis.*

cados inmuebles, decía que se podrían sustentar hasta veinticinco sujetos. Quedaba además alguna cosa del antiguo colegio.

La Compañía, por su parte, se obligaba para lo más pronto que pudiese después de la muerte de la fundadora, a enseñar la doctrina cristiana, la Gramática latina y leer y escribir, y mientras por si no pudiera, por otros maestros de su elección y bajo su dirección; a dotar con setenta y cinco duros a dos jóvenes señaladas por la señora; a celebrar dieciocho misas cada año; y a pagar los réditos de algunos censos, que montarian cien duros anuales (1).

La fundadora murió el 21 de Diciembre de 1828; pero sabemos por cartas del P. Córdón al Superior de Sevilla que ya en vida de ella, el año de 1826, fué a residir en su casa el anciano P. Silva, con un coadjutor al principio, luego con dos; y muerto él en 1829, el P. Lemos, no tan anciano, pero ya para poco (2). Los coadjutores tuvieron escuelas de leer y escribir desde 1828; pero en 1833 ya se levantó aquella residencia, dejándolas encomendadas a maestros seglares, como lo permitía expresamente la fundación. La causa de esta determinación la exponía el P. Morey al P. General pidiéndole autorización para ella. Todos los bienes dejados por la fundadora, le decía, aun añadidos los que quedan del antiguo colegio, no producen más que setecientos sesenta y seis duros; y como tienen de carga doscientos dieciocho, sólo dejan líquidos quinientos cuarenta y ocho, los cuales con dificultad bastan para los cuatro sujetos y el culto de la capilla. Por otra parte, la disposición de la casa, hecha para seglares y no para religiosos, y el corto número de éstos en ella, nada contribuye a la guarda de la disciplina regular. Un solo sacerdote y anciano ¿qué ministerios puede ejercitar? Y nuestros maestros, no pudiendo ser muy escogidos ¿cómo han de competir con los de la ciudad? La Gramática aun no se ha enseñado, como requiere la fundación. Retirados nosotros, tal vez se podrá con las rentas poner un profesor seglar para ella y dos maestros para las escuelas (3).

(1) Carta latina del P. Córdón al P. General, 15 de Septiembre de 1825.

(2) De 15 de Octubre y 7 de Noviembre de 1826, originales en la Col. Sev.

(3) *Annuae litterae Collegii Hispalensis Sancti Ludovici Soc. Jesu, a Januario 1831 ad finem Aprilis 1832. Pro residentia utrerensi appendix.—Historiae Hispalensis Societatis Jesu Divi Ludovici collegii compendium.—Postulata Provinciae Hispaniae in congregatione Procuratorum Romae anno 1832 celebrata per illius Procuratorem exhibita, simul cum P. N. Joannis Roothaann responsis.*

Cuesta trabajo entender cómo la fundación bastaba en 1825 para mantener veinticinco sujetos, y en 1833, y aun antes, apenas daba para cuatro; o cómo pudo cometerse en la apreciación primera un error tan enorme. En nuestros papeles no encontramos explicación alguna del hecho.

3. En los catálogos de la Provincia de 1831 a 1835, ambos inclusive, encontramos una *Residencia de Barcelona*, formada solamente por dos hermanos coadjutores. Casa de tan corta duración y de tan corto personal, requiere, sin embargo, larga narración para dar razón de cómo y por qué vino a establecerse y no fué más de lo que fué.

Al tiempo de la expulsión de Carlos III teníamos en Barcelona, además de una casa de Ejercicios, que aquí no hay que volver a mencionar, dos colegios; el de Belén, a que pertenecía la actual iglesia del mismo nombre y estaba situado a sus espaldas, Rambla arriba, y el de Cordelles o Seminario de Nobles, a continuación de él o separado por muy corto espacio de terreno. Cuanto a la enseñanza, he aquí lo que poco después escribía el Capitán General y Gobernador de la ciudad, D. Bernardo Oconor de Ofalia, comisionado para ejecutar nuestro destierro y proveer a sus resultas. «Los regulares de la Compañía hasta el día de su extrañamiento instruían dentro del mismo colegio de Cordelles a los colegiales (entiéndase internos) y cuantos concurrían de afuera, en leer, escribir, Aritmética, Gramática, Retórica y Matemáticas, empleándose dos hermanos coadjutores para la enseñanza de leer, escribir y contar; tres Padres de la misma Compañía para la de la Gramática; uno para la Retórica y dos para la de las Matemáticas. Los Padres del Colegio de Belén, en las aulas contiguas al Colegio de Cordelles, enseñaban públicamente la Filosofía y Teología, siendo destinados tres para la enseñanza de la Filosofía y cuatro para la de Teología, a donde pasaban aquellos colegiales de Cordelles, que profesaban alguna de esas facultades» (1). El Seminario de Cordelles subsistió con otros Directores y Profesores; pero tan poco, que en 1773 fué convertido en cuartel (2). Lo que nos importa es fijar bien la suerte del colegio de Belén y de su iglesia.

(1) *Estado de los Colegios de Belén y Cordelles y cartas del P. Orduña, en nuestro poder.*

(2) Codina y Alabert, *Efemérides*, p. 66.

La fábrica material del Colegio se la concedió el Rey al Reverendo Obispo de Barcelona para Seminario conciliar, *cediendo* por su parte el Obispo, para que quedase a beneficio de las temporalidades, y pudiera ser destinado a ampliación del hospicio o a otra cosa que más conviniera, la que hasta entonces había ocupado el Seminario. Las dos escrituras correspondientes fueron firmadas el 4 de Abril de 1771, con advertencia expresa de parte de S. M. en la cédula expedida el 24 de Agosto de 1769, de que no fuese ni se entendiese esto venta ni permuta, sino *concesión*. Para aumento de dotación de profesores, se les concedían también los bienes de memorias y obras pías fundadas en la iglesia y colegio, quedando obligados al cumplimiento de sus cargas.

La iglesia, según la misma cédula, había de ser erigida en parroquia desmembrada de la de Santa María del Pino, en cuyo territorio estaba enclavada; y no habiendo de ponerse esto en ejecución hasta que el curato quedara vacante, podría entretanto servir de auxiliar o ayuda de parroquia (1).

Por lo tocante al Seminario, se cumplió inmediatamente lo convenido, trasladándose de su antiguo edificio de Montealegre al de Belén el día 31 de Marzo de 1772 (2); pero no parece que se pusieron a cargo de los profesores las memorias y obras pías, pues en 1787 y en 1796 se repitió la orden de ejecutarlo (3). La iglesia debió de estar cerrada por lo menos hasta 1786; y ciertamente nunca llegó a ser erigida en parroquia, por la oposición de una parte del clero y fieles de la del Pino, aunque estuvo extendido el decreto de erección y aun firmada la escritura en 1796. Abierta al culto sí que vino a estar como iglesia del Seminario desde 1788, por determinación del Obispo, Sr. Valladares, a cuyo arbitrio dejó el Rey darla ese destino o el de parroquia o el de auxiliar de ella (4).

(1) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 161; y Alcalá, *M. F.*, 2.466, copias de la cédula citada y de las escrituras.

(2) Codina y Alabert, *Efemérides*, p. 67.

(3) Informe del Señor Obispo al Capitán General, 23 de Diciembre de 1817. Copia en nuestro poder.

(4) «Haciéndose cada día mayor la necesidad de tener abierta dicha iglesia, para evitar el daño que causa al edificio la falta de ventilación», etc. (El Obispo al Conde de Floridablanca, 19 de Julio de 1786).—«Solamente resta se verifique la aplicación de la iglesia con el cumplimiento de memorias y obras

Tal era el estado de las cosas al tiempo del restablecimiento de la Compañía.

El Ayuntamiento de Barcelona fué uno de los primeros que lo pidieron para su ciudad a propuesta del concejal, D. Antonio Borrás, en representación de 13 de Septiembre de 1814, que el iniciador presentó ya extendida y fué inmediatamente aprobada, firmada y remitida (1). Publicado el decreto de 29 de Mayo de 1815 para el restablecimiento en España, luego el 6 de Junio presentó el mismo capitular nuevo memorial para S. M. pidiendo, ya no en general casa de la Compañía para la enseñanza, sino determinadamente la reinstalación del Colegio de Cordelles a cargo de los PP. Francisco Gustá y Buenaventura Prats, naturales del Principado, y de tan gran reputación literaria, o de otros que a S. M. pareciese, y también la aprobó, firmó y mandó el Ayuntamiento expedir en el acto (2). También el Obispo y cabildo eclesiástico acudieron a principios de 1815 (3), pidiendo la vuelta de los jesuitas a España y a Barcelona para atender a la educación de la juventud (4). Cuando se trató de la ejecución; desde el primer momento quedó la negociación atollada en la dificultad nacida de la entrega del colegio y su iglesia, hecha a la Mitra después de la expulsión. El Ayuntamiento hizo esfuerzos increíbles, generalmente apoyados por el Gobernador y Capitán General, en ambas épocas de 1815 a 1820 y de 1823 a 1835, para que colegio e iglesia se devolvieran a la Compañía; y en ambas se opuso con igual firmeza el Señor Obispo, D. Pablo Síchar. Ya

pías fundadas en el citado Colegio» (D. Antonio Archimbaud, Director general de temporalidades al Conde de Floridablanca, 12 de Octubre de 1787. A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 161. Informe citado del Señor Obispo).

(1) Archivo del Ayuntamiento, *Acuerdos de 1814*, fol. 116. El texto en el mismo archivo, *Representaciones*, año 1814, fol. 147, e impreso en *El Procurador General*, viernes 11 de Octubre de 1814. El original en Alcalá, *M. H.*, 3.311.

(2) Archivo del Ayuntamiento, *Acuerdos de 1815*, fol. 193; *Representaciones* de 1815, fol. 232. El original en Alcalá, *M. H.*, 3.311.

(3) A 9 de Enero lo propuso el canónigo. Sr. Oliveras, y se nombró una comisión para tratarlo con el Prelado (Archivo del Cabildo, *Actas Capitulares*).

(4) El original, sin fecha, en Alcalá, *M. H.*, 3.311. Copia simple en nuestro poder. Casi toda la documentación de 1814 a 1820 está en el expediente original de la Junta de restablecimiento. Alcalá, *M. H.*, 3.311. Téngase por citado además de las otras fuentes que aduciremos.

en 19 de Agosto de 1815 representó al Consejo, que si bien había pedido a S. M. el restablecimiento de los jesuitas, pero en Barcelona no podría hacerse en su antiguo colegio, porque habiendo pasado a ser propiedad del Obispo para Seminario conciliar a cambio del que éste ocupaba antes, que pasó también a ser propiedad del Rey, *jamás permitiría la justicia que se le despojase de aquel colegio, lo primero por ser finca absolutamente suya, y lo segundo porque sería, al menos, necesario que se le devolviera el edificio antiguo y se le resarcieran los daños consiguientes*; y el edificio antiguo era ahora Real casa de caridad, y en la terminación del de Belén, sin acabar al tiempo de la expulsión, había la Mitra hecho gastos considerables (1). El Ayuntamiento por su parte, sabedor o ignorante del paso dado por el Obispo, a propuesta de su Decano, el Marqués de Villel, dirigió nueva representación a S. M. diez días más tarde, cuya suma era: que había que preparar habitación para los jesuitas antes que llegasen de Italia; que estando su antiguo colegio convertido en Seminario conciliar, no había que pensar en él, si se encontrase otro adecuado para ellos; pero no encontrándose, o habían de estar mucho tiempo sin trabajar, o era preciso entregárselo, por tener contiguas aulas e iglesia necesarias para la enseñanza y ministerios espirituales; el Seminario no necesitaba iglesia y podía ocupar el local que los antiguos Estudios hasta su traslación a Cervera, actualmente cuartel, o el Monasterio de Junqueras, de Comendadoras de Santiago, que echadas de él por los franceses, no habían vuelto a habitarle y quedaban ya sólo seis (2). Moyano, Ministro a la sazón de Gracia y Justicia, no sabemos si tomados otros informes o sin ellos, pasó Real orden al Consejo, comunicándole que S. M. había adoptado resolución favorable a aquella solicitud y encargándole del cumplimiento de ella; y el Consejo ofició para este fin al Corregidor, al Ayuntamiento y al Obispo de Barcelona (3). El Obispo replicó; replicó también el Ayuntamiento; ambos una y muchas veces; entró el asunto en la Junta de restablecimiento, y una y muchas veces lo examinó también y dió las órdenes correspondientes; se pidió informe al

(1) Copia auténtica en nuestro poder.

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 161. Archivo del Ayuntamiento, *Representaciones de 1815*, fol. 346.

(3) A. H. N.; legajo citado.

Capitán general, D. Francisco Javier Castaños, y lo dió oyendo a una y otra parte, pero advirtiéndole en el de 3 de Abril de 1816 que el Obispo era muy aferrado a su parecer y no cambiaría; y en el de 11 de Septiembre que, yéndole a hablar del asunto, le dijo que no quería ni oírle (1). Aun varios particulares, y a su frente el Marqués de Palmerola, entraron en el pleito, acudiendo al Rey en favor del Ayuntamiento. Solamente de la primera época, de 1815 a 1820, conocemos cinco representaciones del Obispo, nueve del Ayuntamiento, dos consultas de la Junta, varios oficios de su secretario y dictámenes del fiscal, en uno de los cuales dice ser ya once los que tiene dados. Resumiremos la materia descartando todos los puntos accesorios debatidos entre el Ayuntamiento y el Obispo, y exponiendo solamente los principales, con el ningún resultado de tantas diligencias para el restablecimiento que se pretendía de la Compañía en Barcelona.

Cuanto al colegio, el Obispo insistió cada vez con más firmeza en que era suyo, por haber sido verdadera permuta y mutua traslación de propiedad la que su antecesor hizo con el Rey, como lo probaban todas las solemnidades de las escrituras. El haberse evitado la palabra *permuta* u otra equivalente, empleando las de *cesión* y *concesión*, fué sólo por el respeto debido al Soberano, con quien los vasallos, aun en contratos particulares, no se han de igualar. Y en este punto, si era necesario, acudiría a los tribunales. Ahora bien; los bienes enajenados a título oneroso, el mismo Rey los exceptuaba de la devolución. Prescindiendo del derecho de propiedad; para trasladar el Seminario a cualquier otro edificio de los indicados, habría que hacer grandes reparaciones y arreglos con gastos enormes. El monasterio de Junqueiras, que le proponían, bien capaz y con buena iglesia, ¿por qué no iban los jesuitas a ocuparlo? ¿Y por qué no restablecían otros, que tenían en el Principado y estaban libres, sin empeñarse en recobrar el que más firmemente y con más justa causa había sido enajenado, y cuya restitución causaría gravísimos males? A la verdad, no tenemos documento alguno que nos descubra la intervención de nuestros Padres en este asunto durante los años de 1815 a 1820; la Junta era la que lo manejaba, como todos los demás del restablecimiento, y tratando estaba de los de Manresa y

(1) Originales ambos en Alcalá, legajo y expediente citados.

Tortosa, cuando el Obispo acusaba a los jesuitas de no pensar más que en Barcelona.

El Ayuntamiento, el Capitán general y la Junta de restablecimiento no parece que reconocieron claramente la propiedad del Obispo sobre el colegio de Belén; y así el fiscal de la última, todavía al proponer la suspensión de este asunto a fines de 1818, insistía en que no hubo permuta, como se hizo constar en las escrituras; por tanto, no renunciaron al proyecto de devolución del edificio a la Compañía. Pero como, aun en ese supuesto, las dificultades por entonces eran gravísimas, *insuperables* las llama la Junta (1); se trató de buscar un acomodo interino para los Padres. Para trasladar el Seminario, no pudiendo serlo a su antiguo edificio, al de los Estudios ni al de Junqueras (que, aparte de otras causas, quedó excluido, porque lo reclamaban las monjas sobrevivientes), propuso el Capitán general alguno de los tres colegios que en la misma Rambla tenían las religiones del Carmen, de San Francisco y de la Merced, reuniendo los religiosos en otros conventos de sus respectivas órdenes que había en la ciudad; y la Junta preguntó si no podía servir alguno de ellos interinamente para los jesuitas. Para éstos propuso después el mismo Capitán general el palacio de los Reyes, convertido a la sazón en convento de monjas muy pobres, juntando a éstas con las de San Pedro, que eran muy ricas. Ya se ve que, a más de otros inconvenientes, en estos planes había el no pequeño de «remover comunidades religiosas», como notaba el fiscal de la Junta (2). El Capitán general, juntamente con el proyecto relativo a los tres colegios de religiosos, presentó el de entregar a los Padres la iglesia para los ministerios, e interinamente una parte del Seminario, donde había local bastante para ambas comunidades. La Junta adoptó este proyecto, el Rey lo aprobó; pero el Obispo lo rechazó, alegando que ni para el personal del Seminario había en él espacio suficiente, tanto que por esa causa no se había recibido el año anterior mayor número de seminaristas, y la iglesia era de la Mitra, por habérsela dado Carlos III, y tenía actualmente destino y aplicación que no podía quitársele sin me-

(1) Consulta de 8 de Agosto de 1816, extracto oficial en el A. H. N.; *Consejo de Castilla, Ordenes religiosas*, n. 7, 1818 a 1820.

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 161; minuta de dictamen de 19 de Diciembre de 1818.

noscabo y ofensa de la común utilidad; exceptuada, por tanto, de la devolución a la Compañía en el decreto mismo del Rey. Ni Seminario ni iglesia cedería sino por sentencia de tribunal competente (1). El Ayuntamiento no se rindió. En el curso y examen del expediente había adquirido la convicción plena de que la iglesia, una vez que no había sido erigida en parroquia, no la había adquirido el Obispo, a quien el Rey no hizo sino permitir o encargar que la pusiera corriente para el culto; que el encomendar el cumplimiento de las memorias y obras pías a los directores y profesores del Seminario, para aumentar su dotación con los frutos, tampoco había sido haciéndolos propietarios de ellas, sino quedando dueño de encomendarlo a otros, cuando bien le pareciera; y que una casa, a lo menos, y aun otras edificadas después de la expulsión junto al colegio, en terreno suyo y a costa de las temporalidades, tampoco eran de la Mitra, sino del Rey. Así, pues, el Ayuntamiento, y separadamente el Marqués de Palmerola con otros vecinos, empeñados en que la Compañía volviera a Barcelona, pidieron a S. M. que mandara entregar a los Padres desde luego esa casa, la iglesia y las memorias, con lo demás que quedara de temporalidades. También esto, después de bien informada, le pareció bien a la Junta, a quien se remitió; también lo mandó el Rey; y también lo resistió el Obispo, protestando otra vez que pediría ser oído en justicia, si de cualquiera de aquellas cosas se le quería despojar. En 22 de Diciembre de 1818 la Junta, siguiendo el dictamen de su fiscal, sin dar valor alguno a las alegaciones del Obispo, sólo *por evitar un rompimiento*, acordó sobreseer en el asunto hasta que variasen las circunstancias (2). Y como las circunstancias no variaron antes de la revolución de 1820, no se volvió a tratar de él.

Ni en los cuatro primeros años del segundo periodo, esto es, hasta Diciembre de 1827, sabemos que se volviera a tratar. A mediados de aquel mes, a los ocho días de haber llegado el Rey a Barcelona, en la conocida excursión que hizo para sofocar la rebelión ultrarealista de Cataluña, a propuesta del Duque de Almenara Alta, Decano del Ayuntamiento, presentó esta corporación a S. M. un memorial, recordando los de 1814 y 1817, y los motivos en que se apoyaban, y pidiéndole de nuevo el restable-

(1) A la Junta, 10 de Septiembre de 1816.

(2) *Actas de la Junta* en dicho día.

cimiento del colegio, pasando el Seminario al monasterio de Junqueras, entonces deshabitado, o a otro edificio que fuera de su soberano agrado (1). Pasado el memorial al P. Córdón, se mostró dispuesto a enviar sujetos tan pronto como se le hiciera entrega del antiguo colegio, su iglesia, librería y demás enseres, y de los bienes necesarios para sostener la fundación (2). Como esto no podría hacerse en mucho tiempo o nunca, el Provincial no tuvo dificultad en aceptarla con esas condiciones, aunque entonces no contaba con personal disponible. Se pidió informe al Obispo, que lo dió contrario, como antes; y el oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia, que corría con esto, dijo estar fundado en resoluciones de S. M.; y que, por tanto, debería ser la de ahora conforme con él, como lo fué (3). Ni con esto desistió de su idea el Ayuntamiento; y enterado de que el Provincial de los escolapios había pedido el edificio de Junqueras para trasladar a él su colegio de Barcelona, acude por su parte de nuevo al Rey en 1.º de Noviembre de 1828 pidiéndolo interinamente para la Compañía, en caso de no podersele devolver el antiguo suyo: así habrá un colegio más y con enseñanza superior (4). A 25 del mismo mes nueva representación pidiendo al Rey y al Provincial, no simple colegio, sino seminario como los de Madrid y Valencia y el de Cordelles, que allí hubo antiguamente con tan gran fruto: en Junqueras estaría muy bien (5). Apoyaba esta pretensión el Conde de España, Capitán general de Barcelona, y parece que también la Audiencia de que era Presidente. Pasó el asunto al Consejo Real, tanto sobre escolapios como sobre jesuitas; pero el monasterio de Junqueras reclamó el Consejo de Órdenes para que no fuera aplicado

(1) Archivo del Ayuntamiento, *Consultas y oficios remitidos*, fol. 575. La fecha del 11 allí puesta es falsa; o lo es la del 12 dada al acuerdo en el libro correspondiente.

(2) El P. Córdón al P. General, 11 de Febrero de 1828; original en *Cast. I. Alcalá, M. F.*, 2.466. Extractos, notas y resoluciones en este expediente.

(3) Alcalá, lugar citado. Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia, *Ordenes de Madrid*, n. 256, fol. 188, a D. Francisco Marín, 20 de Abril de 1828; y *Ordenes de fuera*, n. 424, fol. 55, al Obispo de Barcelona, con la misma fecha. En ambas órdenes se dice con error manifiesto que el Ayuntamiento había pedido para la Compañía el monasterio. No lo había pedido sino para el Seminario conciliar. Más tarde ya fué otra cosa.

(4) Archivo del Ayuntamiento, *Consultas y oficios remitidos en 1828*, folio 393.—Alcalá, lugar citado.

(5) *Ibid.*, fol. 414.—Alcalá, lugar citado.

a otro destino que el suyo natural y propio; y no habiendo disponible otro edificio a propósito, ni pudiéndose desatender las instancias de las principales autoridades de la ciudad sobre la necesidad de colegio de la Compañía, lo propuesto por el Consejo y resuelto por el Rey fué, como en Agosto de 1816, que se la devolviese la iglesia de Belén con sus ornamentos, enseres y las casas contiguas a ella, y que interinamente se acomodaran los Padres en la parte del colegio que el Seminario no necesitara, con la añadidura que expresan estas palabras de la Real orden, dirigida al Capitán general: «Asimismo, quiere S. M. que V. E. practique desde luego con el Reverendo Obispo de esa diócesis los oficios de conciliación, que estime oportunos, para superar los obstáculos que puedan ofrecerse en el logro de sus piadosos Reales deseos por el restablecimiento en Barcelona del colegio de la Compañía de Jesús y Seminario para la nobleza y familias honradas... encargándose además V. E. de meditar y proponer el temperamento que estime para terminar este asunto de una manera estable y libre de ulteriores contestaciones» (1).

En Madrid parece que había trabajado el P. Sebastián Sancho, Procurador de Provincia, para la expedición de esta Real orden, que, como se ve, trata de colegio y seminario, o sea de colegio para internos y externos, pero no determina dónde y cómo ponerlo. Había noticias de que el Obispo entonces, por no estar satisfecho del suyo, se prestaría a un acomodo aceptable para la Compañía, dándola el edificio del colegio y proveyendo de enseñanza y habitación a los pocos seminaristas que había, o allí mismo, bajo nuestra dirección, o en otra parte. Aumentaba la esperanza decirse que también el Secretario y el provisor del Obispo, antes adversos, ahora se mostraban favorables (2). Los primeros días de Junio de 1830 llegó a Barcelona volviendo de visitar el colegio de Mallorca, el P. Puyal; y empezando a tratar del asunto, luego descubrió que no había en Obispo, Provisor y Secretario la buena disposición que se había creído. No parece que hubo grande dificultad en entregarle la iglesia y la casa contigua, de que tomó posesión jurídica la víspera del Corpus, 9 de Junio, y

(1) Calomarde al Capitán General, 17 de Abril de 1830. Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Ordenes de fuera*, n. 0.427, fol. 129.—Alcalá, lugar citado.

(2) Cartas del P. Puyal, Barcelona 24 de Junio de 1830, y del P. Frías, Aranjuez 1 de Mayo del mismo, al P. General, originales en *Cast. II*.

pocos días después, de las memorias y obras pías, en que hubo alguna más. Pero cuanto al acomodo respecto del colegio, ni plática apenas admitió el Obispo, que acabó, como otras veces, por reclamarlo todo como suyo, y si no, que se viese en los tribunales. Así lo refiere el P. Puyal (1), y nos consta por otro lado que a los pocos días acudió al Rey pidiendo *se suspendieran los efectos de la Real orden de 17 de Abril*, aunque solamente, según parece, en la parte no ejecutada todavía. Por el documento de donde tomamos este dato, que es un dictamen del fiscal del Consejo Real, sin fecha, pero ciertamente anterior a Julio de 1831 (2), y por otros del Ayuntamiento de Barcelona (3), entendemos que siguieron las negociaciones sobre dividir entre ambos seminarios, el conciliar y el nuestro, el edificio de Belén, y también dar a uno o a otro el inmediato de Cordelles o el de la Inquisición, inmediato a la catedral. Nada se hizo, a pesar del empeño del Ayuntamiento, de la Audiencia, del Capitán general y de la mayor y más influyente parte de la población. Nuestros Padres, desde que el Provincial volvió de Barcelona, ya no dieron un paso en este negocio; porque el P. General, más bien que favorable era contrario, no creyendo que la Provincia tenía aún fuerzas para echar sobre sí esa nueva y tan pesada carga, y escribía que podríamos decir: *Salutem ex inimicis nostris*, si el Obispo, por desafecto, hacía que se retrasara el negocio (4). En Barcelona quedaron dos Hermanos coadjutores arreglando la iglesia, y allí continuaron después cuidándola y sosteniendo el culto y haciendo cumplir, por medio de sacerdotes seculares, las memorias en ella establecidas.

Tan larga es la historia de tan diminuta residencia, si aun tal nombre merece.

4. Poco más llegó a valer la de la Santa Cueva de Manresa. Casa, cueva e iglesia había sido devuelta a la Compañía en 1816, y lo fué de nuevo en 1823; pero ni en la primera época ni en la primera mitad de la segunda vivió allí ninguno de los nuestros, cuidando solamente los del colegio del culto en la Santa Cueva;

(1) Al P. Gil, Barcelona 26 de Junio de 1830, original en nuestro poder.

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 161. Minuta.

(3) En su archivo, 1833, *oficios remitidos*, a D. Francisco Rivas 10 de Agosto; y *Acuerdos, segundo semestre 1833*, fols. 812, 901, 985, 986 y 987.

(4) Carta del P. General al P. Puyal, 13 de Julio de 1830, *Registro correspondiente*; y de éste a aquél, 12 de Agosto del mismo año, original en *Cast. II*.

porque la iglesia quedó al tiempo de la expulsión, acabada, sí, en su fábrica exterior, mas por hacer toda o gran parte de la obra interior, y así estuvo hasta la segunda mitad del siglo XIX. Aun la casa estaba en bastante mal estado; pero, en fin, allí vivieron desde 1830 el P. Vicente Morera con un coadjutor, y los últimos tres años dos coadjutores, como en Barcelona.

5. Dada cuenta de las casas nuevamente abiertas, aunque tan insignificantes casi todas, será razón darla también de las mudanzas principales y adelantamientos hechos en las antiguas, tanto en la parte material como en la formal y modo de ser de aquellas comunidades, con lo demás que en ellas ocurrió digno de memoria.

En el colegio Imperial, cuando salió de él o de la casa contigua y de su propiedad, en que se hallaba instalado, el Seminario de Nobles, para trasladarse a su antiguo edificio, se puso en aquel mismo local un internado, con nombre también de seminario, según la costumbre de aquel tiempo, pero no para nobles, sino para muchachos de las otras clases de la sociedad.

Desde el momento en que se pensó en quitar de allí el de Nobles, debió de surgir la idea de este internado para los otros en el sitio que había de quedar libre. Pareció esto tanto más fácil, cuanto que apenas requería aumento de personal, porque las clases serían las mismas de los externos, aunque en ellas habría separación entre unos y otros, y la inspección o vigilancia estaría encomendada a los mismos profesores jóvenes. Con ocasión de una solicitud dirigida al Rey y por él pasada a informe del P. Cordón, pidiendo dispensa de las pruebas de nobleza para un niño que querían poner en el Seminario de Nobles; el Provincial propuso su proyecto escribiendo a Calomarde el 12 de Diciembre de 1827: «Ya en otras ocasiones he tenido el honor de hacer presente a S. M. los inconvenientes que pueden tener semejantes dispensas, y los perjuicios que causarían necesariamente a un establecimiento, en que con tanta prudencia ha querido S. M. se eduquen separadamente los nobles. Estas razones son cada día más poderosas; y ni aun el local es suficiente para los muchos nobles que desean ser admitidos. Por lo mismo me atrevo a proponer a V. E. un medio de conciliarlo todo, para que se sirva hacerlo presente a S. M. El medio de evitar los disgustos, que necesariamente ocasiona una negativa, y de que todos lógrasen la educación que desean en las casas de la Compañía de Jesús se-

ría, que S. M. se dignase mandar que el Seminario de Nobles se traslade a su propia casa, sita en la puerta de San Bernardino para 1.º de Julio del año próximo de 1828; a cuyo fin, debiéndose hacer obra para restablecerla, debería quedar desocupada el 1.º de Enero, y que se establezca en el local que ahora ocupa, contiguo al colegio Imperial, otro seminario en el cual pudiesen ser admitidos todos los que, siendo de familias honradas, no puedan justificar su nobleza por ambas líneas, como se requiere en el actual. Esto es tanto más fácil, cuanto que estando fundados en dicho colegio Imperial, los Reales Estudios de la Corte por el Sr. D. Felipe IV, de gloriosa memoria, y siendo de patronato de S. M., parece que requieren un seminario para todos aquellos, que, además de asistir a las cátedras públicas, quieran dedicarse a otros estudios accesorios y vivir dentro del colegio bajo el régimen y dirección de la Compañía sin la incomodidad de ir y venir todos los días a sus casas, con peligro de su buena educación. De este modo S. M. se libraría de ser molestado continuamente para dispensas, y proveería suficientemente a la educación de los vecinos de esta Corte» (1).

Calomarde aprobó sin vacilar el proyecto y aun el reglamento, que le acompañaba; y el deseo, a lo que parece, de su pronta realización, le hizo dar calor en la salida de la tropa del edificio de San Bernardino, queriendo que para Julio estuvieran allí los seminaristas nobles, y pudieran entrar los otros en el del Imperial (2). El P. Córdón comunicó dos veces su proyecto al P. General (3); y aunque por inadvertencia, sin duda, no parece que tuvo respuesta, siguió dando los pasos convenientes para su realización. En esto murió; y cuando su sucesor, el P. Puyal, escribió de nuevo sobre él al P. Fortis, éste, considerándolo como muy bueno en sí mismo, lo desaconsejó por razón de las circunstancias. Pero el nuevo Provincial replicó que era cosa ya conocida y aprobada por el Rey e imposible dejar de ejecutarla (4).

(1) A. H. N., I. P., leg. 331. Original.

(2) Real orden al P. Córdón, Barcelona 6 de Enero de 1828. Minuta en el A. H. N.; I. P.; leg. 331. Copia en el registro n. 0.255, *Ordenes de Madrid*, fol. 103.

(3) Por medio del P. Peña en 20 de Diciembre de 1827; directamente el 11 de Febrero de 1828. Originales en *Cast. I.*

(4) Carta del P. General al P. Puyal de 9 de Junio de 1828, original en la *Colec. Prov.* y de éste a aquél de 3 de Julio del mismo año, original en *Cast. II.*

Trasladados los seminaristas nobles a su propio edificio en Agosto de 1828, luego a 19 de Octubre se inauguró el nuevo *Seminario de los Reales Estudios*. El de Nobles parece que no había tenido dependencia alguna del Colegio Imperial; éste sí, dependió de su Rector, bajo cuya mano lo gobernaba un Director y un Ministro. Duró seis años, hasta los tristes sucesos de 1834, y no prosperó mucho, puesto que el mayor número de alumnos que encontramos en él no pasa de ochenta, y el local admitía un centenar más, como los hubo cuando le ocupaban los nobles. ¿Sería principal causa de tan mediano concurso haber declarado expresamente que se fundaba *para los que no podían probar la nobleza de su origen*? Así lo aseguraba el P. Seguí, tachando de impolítica semejante declaración (1).

6. Otras innovaciones de mayor importancia se intentaron en el Imperial, aunque por fin no llegaron a realizarse.

A poco de recobrado el colegio, al empezar el curso de 1823 a 24, el P. Córdón representó al Rey que varios padres de familia, para no tener que enviar sus hijos a las universidades, por los gastos que esto ocasionaba y el peligro de corrupción a que los exponía, le habían pedido el cambio de las cátedras de Derecho Natural y de Gentes, de Derecho público y de Disciplina eclesiástica, leídas en el Imperial, por las de Derecho civil y patrio y la de Cánones; y que pareciéndole razonable y deseando complacerles, pedía a S. M. le autorizase para hacer esta mudanza.

Remitida esta representación a informe del Patriarca de las Indias, del Obispo de Ciudad Rodrigo y del antiguo Confesor del Rey, Arzobispo de Heraclea, que opinaron diversamente, y llevado el asunto al Consejo; éste fué de parecer que por entonces no se debía hacer variación ninguna, sino estar a lo que regia en 7 de Marzo de 1820, hasta que la Junta encargada del plan de estudios lo diera, tanto para el Imperial como para todas las universidades (2). Debió de adoptar el Rey este dictamen, puesto que las clases del Imperial siguieron siendo las mismas que antes, y los planes de estudios publicados por la Junta en 1824, 25 y 26 tampoco introdujeron en ellas cambio ninguno.

Mucho más que lo pedido y no obtenido ahora se trató de ha-

(1) Al P. General, 23 de Enero de 1830, original en *Cast. II*.

(2) A. H. N.; *Consejo de Castilla*, leg. 5.445.

cer en 1828. No menos que los padres de familia, deseaban los nuestros preservar a sus alumnos de los peligros de perversión, que tanto en las costumbres como en las ideas habían de correr en las universidades; y para lograrlo, acariciaban algunos el proyecto de que los Estudios del Imperial se hicieran Generales con la extensión y validez de los universitarios para obtener grados. Parece que fueron promovedores de esta idea los PP. Gil y Sebastián Sancho, entendiéndose con el oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia, D. Joaquín Fernández Company, favorito, dicen, de Calomarde, y por su medio con este mismo (1). O por no creer, a pesar de eso, tan seguro el éxito de tal pretensión, o por empezar por poco esperando pasar a más, o por otras razones que ignoramos, el P. Córdón, en memorial dirigido al Rey en 15 de Enero de aquel año, pidió solamente autorización para enseñar la Teología, cuyos cursos fueran incorporables en cualquiera universidad del reino, sin aducir otro fundamento que el ser muy propia de la Compañía por instituto, y muy ejercitada de hecho su enseñanza y poder así completar allí sus estudios los alumnos que hubieran de seguir esa facultad, de los muchos que ya concurrían y muchos más que serían con el Seminario o internado que S. M. acababa de autorizar (2). Llegó este memorial a manos del oficial Company, que en la Secretaría corría con estos asuntos; y escribió al pie del extracto hecho para dar cuenta al Rey una *Nota* en que decía, no sabemos si en nombre propio o del Ministro: «Ya indiqué en la nota al expediente de la Academia de San Isidro, que tenía algunas observaciones que hacer presentes a V. M.; y la solicitud del Superior de jesuitas me da ocasión de anticiparla acaso. Es notable que en la corte no haya universidad en donde se cultiven las ciencias a la intermediación del Gobierno, bajo su inmediata protección y vigilancia. La comisión de estudios trató este punto cuando arregló el plan; pero la arredró la idea de que en tiempo de la rebelión se estableció la central, y calló, sin embargo de que estaba convencida de la utilidad y necesidad del establecimiento; y haciendo caso omiso

(1) Cartas del P. Córdón al P. General de 3 de Marzo y 7 de Abril de 1828. Del P. Puyal al P. General de 12 de Mayo y al P. Peña de 9 de Junio del mismo año. Del P. Seguí al P. General de 31 de Enero de 1830. Originales en *Cast. II*.

(2) Original en Alcalá, *M. F.*, 3.952. Allí está todo el expediente. Algunos documentos en el leg. 2.489.

del punto, lo reservó para que el tiempo lo presentase por sí mismo. No considero que hoy sea el más a propósito. Aun no están las pasiones en la calma necesaria para ver hacer lo mismo que en aquel tiempo se hizo. Los españoles desconfían de todo; y hay ciertas cosas, Señor, que el hombre de estado conoce ventajosas y tiene que sacrificarlas; porque la política le enseña que no es siempre conveniente hacer lo mejor, sino lo que se puede hacer. Esta consideración me obliga a no proponer el establecimiento de una universidad en Madrid. Tiempos más felices llegarán; reservemos, pues, el pensamiento para entonces, y acudamos entretanto a lo preciso.»

Lo preciso y factible era poner en San Isidro, es decir, en el Colegio Imperial, estudios generales de Teología, Cánones y Leyes, incorporados a la Universidad de Alcalá. La necesidad era imperiosa. Todo el bien que ya empezaba a recogerse en el Seminario de Nobles, y el que se esperaba del proyectado en San Isidro, sería perdido infaliblemente, si los alumnos tenían que ir a seguir sus cursos en las Universidades, por el roce con otros estudiantes. De eso se lamentaban con razón muchos padres de familia. Por otra parte, «no hay un pueblo en España, dice, que más necesite de este establecimiento, ni que más ventajas pueda traer a las familias. Madrid es el centro de la Monarquía, en donde se reúnen las casas principales, las más ricas, y los empleados de más servicios y confianza de V. M. Pues todos estos tienen que enviar sus hijos fuera de sus casas, si quieren sigan alguna carrera literaria. Si en Madrid hubiese estudios generales incorporados a una Universidad; los hijos segundos de los grandes, los primogénitos de los títulos, los ricos y medianos mayorazgos se dedicarían a las carreras de Leyes y Teología, que hoy no lo hacen por no separarlos sus padres de sus casas, y exponerlos a los peligros, que no pueden evitarse, en las Universidades. De esto resultaría que los empleos de magistraturas y las grandes dignidades de la Iglesia recaerían con el tiempo en hombres de clase, de educación y literatura; se formaría una aristocracia judicial, política y eclesiástica; y la Monarquía española tendría un apoyo el más digno y más grandioso que pudiera desearse».

Si se objeta que Madrid es pueblo caro, que está lleno de distracciones, y que no pudiendo ser vigilada la conducta de los estudiantes, todos se perderían; a esto responde que «los dos cole-

gios de jesuitas, los dos de las Escuelas Pías y el de San Bernardo, pueden ser la salvaguardia de todo. Los padres de familia tienen en estas cinco casas un asilo de virtud, recogimiento y aplicación en donde poner sus hijos. Los que no puedan costearlos en ellas, tienen conventos en donde estarán con más baratura y con el mismo recogimiento; y lo más que puede suceder es, que no haya más estudiantes que los de dichas casas y los hijos de Madrid: número, por cierto, que antes de tres años será mayor que el de cualquiera Universidad».

Pero el autor del proyecto parece no temer en Madrid aun por los estudiantes de fuera que vivan en posadas. Porque cuanto a «las distracciones de una grande población, dice, son fantasmas de espíritus pequeños». Todos los jóvenes las han de tener, como nosotros, nuestros padres, abuelos y antepasados todos; y aun pueden ser menos peligrosas en pueblos grandes que en pequeños. «La buena educación está reducida sólo a contener y evitar que la naturaleza se anticipe, que se vicie la juventud, y a formar un hábito de buenas costumbres y de aplicación.»

¿Cómo realizar el proyecto? El erario no puede; los jesuitas podrán y querrán. La Teología ellos mismos la piden; y no hay por qué negársela, con las debidas condiciones. Bastan seis catedráticos más para Leyes y Cánones; porque un curso es común a las tres facultades, y cuatro a las dos últimas. Los sueldos de los seis subirán a cincuenta y un mil reales. ¿No los dará de buena gana la Compañía, que paga maestros de primeras letras, de dibujo, de baile, de esgrima y equitación, a trueque de tener estudio general y conservar en sus alumnos el fruto de las enseñanzas y educación anterior? Si no a los seis, con que pagaran a cuatro bastaría; porque habría modo (y lo expone) de proveer las otras cátedras, o podrian los estudiantes ir a las Universidades a terminar la carrera. Los profesores de Leyes habían de ser seculares; y se indica ya la manera de darles las cátedras.

Resultado de esta exposición fué la Real orden siguiente, dirigida al P. Cordon por Calomarde el 3 de Marzo de 1828.

«He dado cuenta al Rey nuestro Señor, de la exposición de usted de 15 de Enero último, en la que solicita permiso para establecer cátedra de Teología en el Colegio Imperial; cuyos cursos puedan incorporarse en cualquiera Universidad del reino. S. M. ha oído con agrado la manifestación de los deseos de la Compañía en beneficio de la pública enseñanza; y me encarga,

diga a V. en su Real nombre que, satisfecho de los adelantamientos del Seminario de Nobles, y confiado en los que debe producir el mandado establecer en el local que hoy ocupa, quisiera S. M. que los buenos principios, que en ellos han de adquirir los hijos de la nobleza y casas acomodadas, no se inutilizasen con su salida para las Universidades; que para evitarlo y proporcionar a los primeros empleados del reino, que residen cerca de su Real persona, la satisfacción de que sus hijos puedan hacer sus carreras literarias sin salir de las casas paternas, en las que al mismo tiempo recibirán lecciones de fidelidad con el ejemplo de sus padres; había meditado muchas veces en establecer unos estudios generales en San Isidro, que incorporados a la Universidad de Alcalá, pudiesen tranquilizar los ánimos de los padres de familia, que educan sus hijos en los primeros años bajo la dirección de la Compañía; pero como las penurias del erario no permiten a S. M. llevar adelante muchos de los planes que su paternal desvelo medita en beneficio de sus pueblos y leales vasallos, tenía reservado éste para cuando las circunstancias le permitiesen realizarlo. S. M. espera que la Compañía de Jesús, que tantas pruebas da de estar identificada con el trono, y que debe persuadirse que los Seminarios decaerán, si sus alumnos tienen que salir de ellos para continuar sus carreras literarias en las Universidades, le proporcionará los medios que están a su alcance para establecer los estudios generales de San Isidro en los términos indicados» (1).

Como esta proposición no era nueva, sino que, según hemos dicho, ya se había tratado del asunto confidencialmente, a lo menos en términos generales, el P. Córdón lo pudo tener estudiado y contestar a los pocos días al Ministro, exponiendo la manera de dotar las cátedras y algunos puntos principales relativos a la constitución de los nuevos estudios.

Cuanto a lo primero, quince profesores más, unos de casa y otros de fuera, y las obras imprescindibles y considerables de adaptación y aun ampliación del local para tantas aulas, exigen caudales que la Compañía no tiene; lo que tiene son deudas, contraídas en el restablecimiento del Real Seminario de Nobles. He aquí, sin embargo, un recurso que se le ofrece para atender a todo

(1) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia, *Ordenes de Madrid*, número 0,256, fol. 64, y en Alcalá, 3,952.

eso, «sin que se le aumenten por ahora sus rentas. La Capilla de San Isidro, que existe en la iglesia del Colegio Imperial, no tiene en las rentas propias de su fundación fondos suficientes para los gastos que hace en el magnífico culto, que se tributa a los santos patronos de Madrid, y fué necesario que la Real Junta de restablecimiento le agregase rentas de la Compañía para conservar el culto. No es mi ánimo proponer a S. M. que este culto tan debido se disminuya en nada. La Compañía encargada de su dirección desde 27 de Octubre de 1824, ha procurado hasta ahora y procurará en adelante mantenerlo hasta la traslación de los santos cuerpos a la parroquial de San Andrés, donde antes estaban; pero se podría atender a los gastos de los nuevos estudios generales, si las rentas de la Compañía, aplicadas a la Capilla de San Isidro, quedasen a disposición de la misma Compañía, y ésta autorizada para la libre dirección y administración de la referida Capilla. Esta providencia proporcionaría a la Compañía de Jesús mucha economía en los gastos, pues iría economizando por sí misma algunos sueldos, quedando el Juez Protector de la Capilla para los casos puramente contenciosos. Y consistiendo dichas rentas en un efecto de la Villa de Madrid sobre todas sisas; sería necesario también que S. M. se sirviese mandar al Ayuntamiento pague corriente dicho efecto, y en cuanto a los atrasos los continúe pagando por meses como lo hizo hasta el año de 1820».

Cuanto a lo segundo, el director de los estudios ha de ser el Rector del Colegio Imperial; los cursos incorporables en cualquiera universidad; y si los estudios mismos son incorporados, como dice la Real orden, a la de Alcalá, se le pasarán listas de matriculados y aprobados, y las notas reservadas que acostumbran los seminarios (diocesanos) incorporados, «con tal que ni la universidad ni persona alguna se introduzca en el régimen y buen gobierno de los estudios», dirigiéndose en eso la Compañía por su *Ratio Studiorum*, como se lo tiene concedido S. M.; se ha de empezar sólo con los dos primeros cursos y con alumnos recién salidos de estos colegios de Madrid, para que no se mezclen y se maleen con los que ya han estado en universidades; después se irá añadiendo cada año un curso más; finalmente «la Compañía de Jesús desea con el tiempo llenar la idea de los estudios generales, añadiendo a todas las cátedras que ahora tiene de lenguas sabias, Humanidades, Filosofía y Matemáticas, y a las que en cuatro años

pondrá de Teología, Leyes y Cánones, otras cátedras particulares de Literatura, Mecánica, Cálculos y Astronomía; con lo cual habrá reunido S. M. en un solo establecimiento una generalidad de enseñanza, que no tendrá acaso semejante en ninguna capital de Europa».

Recibida esta contestación, el oficial de la Secretaría, después de felicitarse en cierto modo de su iniciativa, viendo que la Compañía, no sólo la aceptaba, sino que ofrecía extenderla con el tiempo a otras enseñanzas; examinaba las dos partes que comprendía, y aprobaba plenamente la primera, relativa al proyecto económico. De la segunda tenía por muy prudente el comenzar sólo con dos cursos, y estaba conforme con que fuera director de los estudios generales el Rector del Colegio Imperial. Aquello otro de que ni la Universidad de Alcalá ni persona alguna se ha de introducir en el régimen y buen gobierno de los estudios, que dirigirá la Compañía por su *Ratio Studiorum*, necesita explicación, y como suena, no puede pasar. Un día se expulsa a un estudiante; él se querella por haber sido sin justa causa; se comprueba que es así; ¿quién manda que se le vuelva a recibir? Y si los estudios se incorporan a Alcalá, de allí se les han de comunicar las órdenes de V. M. o de la Inspección General sobre diversos puntos, como se hace con los seminarios incorporados, que cumplen cuantas se refieren a personas y cosas de estudios. En otros asuntos, v. gr., en señalar las horas de las clases, en el gobierno de ellas, en el nombramiento de catedráticos, no se mete la Inspección. Si es esto lo que quiere decir el Provincial, no hay dificultad. Dice que en las asignaturas observarán el plan general. Así será, sin duda. ¿Pero no ha de haber quien vigile sobre esa observancia? Todo esto se ha de aclarar hablando con el Provincial, o resolviendo V. M. que los estudios se incorporen a la Universidad de Alcalá, lo mismo que están los seminarios; que los cursos han de ser de las asignaturas señaladas por el plan general, y si en él se mudaran ellas o los libros de texto, la Compañía ha de adoptar las mudanzas; y que V. M. se reserva el patronato e inspección de estos estudios y lo ejercerá por medio del Secretario de Gracia y Justicia.

El Provincial no dice nada del nombramiento de catedráticos de Leyes; que como la Compañía los ha de pagar, también los querrá nombrar. Sin embargo, siendo esta facultad tan ajena de ella, será necesario hacerlo del modo ya indicado antes, por opo-

sición y proponiendo ternas a V. M. la Inspección. Arreglar todo esto por escrito sería muy largo. «Lo mejor sería que V. M. se sirviese autorizar a una persona de su confianza e inteligencia en el ramo de instrucción pública, para que siguiendo las ideas que tengo indicadas en este expediente, conferenciase con el Padre Superior y arregle definitivamente este asunto, salva siempre la soberana aprobación de V. M.»

La persona encargada de conferenciar con el Superior fué la Inspección General de Instrucción Pública, que luego había de informar a S. M. sobre el proyecto, pudiendo también el Provincial dar separadamente su dictamen.

El P. Córdón murió el 22 de Abril sin haber sido citado a la conferencia; y su sucesor el P. Puyal, que no estaba enterado del asunto, y al tener noticia de él lo consideró de no pequeña gravedad; quiso, antes de dar un paso adelante, saber si era de la aprobación del P. General. También el P. Córdón había comunicado a Roma el proyecto, no sabemos en qué términos; pero sin recibir respuesta, había dado el 14 de Marzo a Calomarde la que hemos relatado. Llegó después aquella respuesta, y no era como parece que el P. Córdón la esperaba. Por ella se entiende que había pedido al P. General jesuítas extranjeros, que ocupasen algunas de las cátedras proyectadas; y el P. General le contesta que es imposible dárselos, y que no habiéndolos aquí para desempeñarlas dignamente, como lo pide un estudio general abierto en la capital del reino, por ser la provincia niña todavía, era necesario, no desechar el proyecto, pero sí diferirlo cuanto fuera posible (1). El P. Puyal, que sin conocer todavía esta respuesta de Roma, había adoptado la actitud expectante referida, negándose oficialmente a conferenciar con la Inspección, pretextando su desconocimiento del asunto, a causa del ningún tiempo que para estudiarlo le dejaban sus ocupaciones anteriores con las nuevas del gobierno de la Provincia; y resistido con otras razones a instancias de los PP. Gil y Sancho y del Sr. Company porque celebrara la proyectada conferencia; cuando luego tropezó con ella, entre las cartas dirigidas a su predecesor, se confirmó en su propósito, y más cuando a él mismo escribió el General «con franqueza sobre el punto de Universidad en Madrid un *No* tan grande como España entera», que son

(1) A 13 de Marzo de 1828. Original en la *Colec. Prov.*

sus propias palabras. Sería necesario ir diestramente dando largas cuatro o cinco años hasta tener gente capaz de sostener en ciencia y religiosidad el buen nombre de la Compañía (1). Esto hizo que, invitado de nuevo oficialmente a conferenciar con la Inspección, diera una respuesta dilatoria, diciendo que para proceder con acierto en un asunto de tanta importancia, había creído necesario entenderse previamente con su General, allanando así las dificultades que pudieran ofrecérsele al querer formar y dar su parecer; y que así se le dispensara de darlo por entonces. No sabemos si fué mala inteligencia de esta carta, o manera de cortar aplazamientos y evasivas, Calomarde escribió al margen del extracto estas palabras: «Enterado, y dígase al P. Provincial que, si no puede asistir, nombre otro Padre que asista en su nombre.» No era posible otra negativa; y el P. Puyal no acudió a la conferencia, pero envió en su lugar al P. Gil.

Túvose el 2 de Diciembre, y en ella de común acuerdo se establecieron las bases generales de los estudios. He aquí las principales. Estarán incorporados a Alcalá, y los cursos serán válidos en cualquiera otra Universidad; gradualmente se irán poniendo las cátedras de las tres facultades, conformes en todo con el plan oficial; las de Teología y Cánones las desempeñarán jesuitas, nombrados por la Compañía como los actuales profesores; las de Leyes, seglares eclesiásticos o legos por oposición, con sueldos y jubilación a su tiempo a cuenta del colegio; su Rector lo será también de los estudios con la autoridad que tienen los de Universidad, y no habrá claustro general, pero sí de catedráticos; el Rey nombrará una corporación o persona que vigile e inspeccione los estudios, y a ella podrán recurrir los catedráticos o estudiantes que se crean agraviados por las disposiciones del Rector; en las cosas aquí no expresadas regirá el plan especial, o las resoluciones de S. M. en casos dudosos; para la dotación de cátedras y demás gastos auxiliará al colegio con cien mil reales la Villa de Madrid, que es la beneficiada; porque lo propuesto sobre la Capilla de San Isidro tiene grandes dificultades.

Hasta dos meses después no presentaron al Ministro su dictamen ni el Provincial ni la Inspección. El Provincial, después de resumir las bases acordadas, omitiendo la relativa a la cor-

(1) Carta de 9 de Junio de 1828. Original en la *Colec. Prov.*

poración o persona que en nombre del Rey inspeccionara los estudios, volvía sobre algunas de ellas, sin dar, al parecer, más importancia a sus observaciones que la indicada en las palabras *a todo esto puede añadirse*, con que comenzaba. Sin embargo, no todas habían de parecer tan llanas a la Inspección y al Ministro, y en manera alguna hubieran pasado por la última, si, como parece por el tenor literal de ella, iba contra la inspección o vigilancia de los estudios, proyectada en las bases. En efecto, decía «que supuesta la mencionada Real orden de 25 de Octubre de 1826 (por la que se mandaba observar el *Ratio Studiorum* en nuestras escuelas), y la de 26 de Marzo de 1828, en que se ordena al Superior de la Compañía remita cada año al Ministerio listas y notas de los matriculados y de los que hayan ganado curso en los colegios de la Compañía en España, era superflua y contraria a la voluntad de S. M. la intervención de cualquiera otra persona en el gobierno de estos estudios» (1). Puede dudarse del sentido de estas palabras, porque al P. General escribía el mismo Provincial que pensaba pedir se diera título y cargo de Protector de ellos al Infante D. Carlos «para impedir por este medio que otras personas» pudieran dar que hacer (2). Según esto, el Infante vendría a tener el lugar de la persona o corporación encargada en nombre del Rey de la vigilancia de los estudios.

El informe de la Inspección era más singular. Porque después de presentar literalmente las bases concertadas, diciendo que bien pudiera aprobarlas S. M., si tales estudios generales hubieran de ponerse en Madrid; todo él se endereza a demostrar que no deben ponerse, por no ser necesarios ni convenientes. Necesarios ya se ve, estando tan cerca las Universidades de Alcalá y Toledo. Convenientes tampoco, porque con ellos ambas quedarían desiertas, destruidos los colegios a ellas anejos, y las ciudades mismas despobladas. Como en Madrid es la vida más cara, saldrían perjudicados todos los estudiantes que ahora van allí, menos los del mismo Madrid, que son los más ricos. Además se multiplicarían los abogados, saliendo aun de las profesiones más envilecidas: cosa de tanta consideración, que bastaría para no poner esos estudios. Nunca los antepasados los han querido ni consentido en la Corte; y ahora estarían en pugna con el

(1) 5 de Febrero de 1829.

(2) 4 de Diciembre de 1828. Original en *Cast. II*.

plan general en su parte más esencial, que es la que mira a la religión y buenas costumbres de los estudiantes, tanto que el Padre Gil no quiso que se tratara en las bases del tribunal de censura, porque la Compañía no respondería de su conducta sino dentro del Colegio. Por otra parte, siendo estudios generales, habría que admitir a otros que los procedentes de los colegios de la Compañía, y aquéllos viciarían a éstos. En fin, ya hay en Madrid cursos incorporables de Filosofía en San Antón; de Filosofía y Teología en Santo Tomás; de Filosofía, Matemáticas y Disciplina eclesiástica en San Isidro; añadir aquí ahora Teología, Leyes y Cánones, sería arruinar aun las Universidades de Salamanca y Valladolid.

Al Sr. Fernández Company le sentó muy mal este informe de la Inspección, y le rebatió en su larga *Nota*, que es el último documento del expediente; porque al pie del resumen de aquél, hecho para el despacho, escribió Calomarde: «Téngase a la mano para cuando lo pida S. M.», y se conoce que no lo pidió nunca.

Nada más sabemos de este punto, ni por qué se quedó así. Sus promovedores lo lamentarían; pero en verdad fué un gran bien para la Compañía, que no estaba para echar sobre sí aquel peso.

7. La iglesia del Imperial dijimos que había sido devuelta a la Compañía el 10 de Julio de 1823, disuelto el Cabildo y despedidos los canónigos de San Isidro, pero quedando allí la capilla o Capellanes de coro y altar y los cantores. La dirección fué encomendada en 22 de Agosto al Vicario eclesiástico. No hallamos noticia de las relaciones en que estuvo al principio con nuestra Comunidad; pero parece que era totalmente libre e independiente, dando esto lugar, por razón de la convivencia, a tropiezos y disgustos. Esto hizo que muy pronto se pensara en buscar la manera de evitarlos. Propusieron los Capellanes que la Capilla con los cuerpos de los Santos volviera a la parroquia de San Andrés, de donde había venido; y eso hubieran querido nuestros Padres, para cortar de raíz el daño, quedando a su libre disposición la iglesia a todas horas, y no teniendo que rozar en manera alguna con los Capellanes y demás dependientes de la Capilla. El Consejo de Cámara, previo informe del Protector de aquella, deliberó sobre el asunto; y teniendo por imposible la traslación, adoptó el dictamen del fiscal, conforme con el del Protector,

proponiendo al Rey que provisionalmente, hasta que se diera orden y asiento en las rentas, y así se pudiera tratar del traslado, el Provincial de la Compañía se encargara de percibir las y de cumplir las cargas que sobre ellas pesaban, especialmente todo lo referente al culto, llevando cuenta separada, y tuviera la dirección de la Capilla, dependiendo en todo lo relativo a ella del Real Patronato y del Protector (1). El P. Fortis, informado de todo por el P. Cordón, aprobó aquel arreglo; y desde 1.º de Noviembre de 1824 parece que la Capilla dependió de la Compañía (2). Aquella interinidad duró hasta la supresión de 1835. En 1828, por una parte el párroco de San Andrés pidió que los restos de San Isidro volvieran a aquella iglesia, y con ellos la Capilla dándole nueva organización, a lo cual se inclinaba también, consultado sobre ello, el Arzobispo de Toledo; y por otra parte nuestro Provincial solicitó que fuera puesta definitivamente a cargo de la Compañía, con plena libertad en su administración, comprometiéndose él a sostener el culto del Santo y a dotar, además, con una parte de las rentas procedentes de nuestras temporalidades, si se devolvía a la Compañía y se pagaba puntualmente, las quince cátedras que se trataba de añadir a las de los Reales Estudios. Volvió a intervenir el Protector y la Cámara, negaron la devolución de aquella renta y mandaron clasificarlas bien todas y devolver la Compañía a la Capilla las que decían tener que no fueron suyas antes de la expulsión. Replicó el Provincial, insistió el Protector, añadiendo que era imposible el traslado de la Capilla, pero que se quitara a los Padres la dirección y administración de ella; resolvió la Cámara el traslado y suspendió a los tres días su resolución; y siendo esto en Noviembre de 1831, no se volvió a tratar de ello hasta Octubre de 1834. En Diciembre inmediato, con el espíritu liberal y hostil a la Compañía que animaba a los nuevos gobernantes, no sólo reprodujeron el proyecto de traslación, sino que propusieron a la Reina Gobernadora que mandara hacer inmediatamente la indicada clasificación y separación de rentas, oyendo al Provincial

(1) A. H. N.; *Cámara de Castilla*, leg. 17.149. *Real Capilla de San Isidro, Año de 1824. Expediente resuelto a consulta de la Cámara, mandando que los PP. de la Compañía de Jesús se encarguen interinamente del percibo de las rentas de dicha Real Capilla y cumplimiento de todas sus obligaciones.*

(2) Varias cartas del Provincial al P. Fortis y respuesta de éste desde 15 de Enero hasta 3 de Diciembre de 1824.

de la Compañía en el término «absolutamente indispensable». Es decir, oírle *pro fórmula*, dado que en la misma consulta se decía que había que *prescindir hasta cierto punto de las pretensiones exorbitantes y obstáculos que opondrían constantemente los Padres Jesuitas* (1). Ignoramos si este asunto se llevó adelante o no pasó de aquí. La traslación de los Santos ciertamente no se hizo, la clasificación de rentas creemos que ni se empezó. Tal vez el propósito ya concebido de suprimir la Compañía movió a los gobernantes a suspenderlo todo.

8. En el Seminario de Valencia se vino a hacer en substancia la misma innovación que en el colegio Imperial de Madrid: juntar en un mismo establecimiento de enseñanza alumnos internos y externos, pero en forma inversa, abriendo a estos últimos las aulas que ya tenían los primeros.

Recuérdese que en el periodo anterior se establecieron allí ambas cosas separadamente: el colegio, es decir, el externado, en la antigua Casa Profesa, y el Seminario de Nobles en su propio edificio, adicionado desde la expulsión de la Compañía con el Colegio de San Pablo, que estaba pared por medio y había sido hasta entonces para externos y para estudiantes nuestros. En 1827, siendo el P. Ramón José de Frias superior de ambas casas por la mucha escasez de sujetos, y viendo, según escribía a Roma algunos meses adelante, que las clases no eran en la Profesa ni suficientemente capaces ni bien acondicionadas, propuso al P. Cordon la idea de que los externos concurriesen al Seminario, con lo cual además se ahorrarían profesores. Aprobó el Provincial la idea, y se puso en práctica desde el 15 de Noviembre de 1827, reuniéndose internos y externos en aulas acabadas de levantar para ese fin. Solamente las escuelas de primeras letras continuaron en la Profesa (2).

Otras mudanzas se introdujeron por el mismo tiempo en el Seminario. Durante la expulsión de la Compañía se le habían dado constituciones nuevas formadas por el Consejo, más o menos diferentes de las antiguas. Declarado el Seminario de Patro-

(1) A. H. N.; *Camara de Castilla*, leg. 17.149. *Real Capilla de San Isidro. Año de 1829. Pieza 1.ª* *Real Capilla de San Isidro. Año de 1830. Pieza 2.ª*. En esas dos piezas están o en su texto o en extracto, originales o en copia, todos los documentos de que está sacada esta relación.

(2) *Cartas anuas del Seminario. Carta del P. Frias al P. Peña, 20 de Mayo de 1828, original en Cast. I.*

nato Real, ejercía el cargo de Protector en nombre de S. M. el Regente de la Audiencia, de cuya autoridad, por tanto, en todo dependía. Llamósele *Seminario de educandos*, y no de Nobles; porque no se exigía a sus alumnos la nobleza o el fuero militar, como antiguamente. En las materias de enseñanza y en el régimen del Seminario se habían hecho también diversas alteraciones, y tales que, al decir del P. Frias, hacían incompatible con nuestro Instituto la observancia fiel y rigurosa de aquel *Reglamento*. Sin embargo, tal como estaba en 1816 lo tomó la Compañía; y aunque se la autorizaba para proponer después las modificaciones que creyese oportunas, ninguna había propuesto ni hasta 1820 ni después de 1823. En esta segunda época tuvo el Seminario muy poca vida los tres primeros años. No hubo los dos primeros más sacerdotes nuestros que el Director, P. Manuel Riera, y el no menos anciano P. José Vidal, con tres o cuatro coadjutores, uno de ellos maestro de primeras letras e inspector de los colegiales, o como entonces se decía, prefecto de sala. En el siguiente se añadió otro Padre joven y un escolar, para sustituir en las clases a los profesores seculares, que fué necesario despedir. Los seminaristas apenas pasaron de treinta. Fallecido el 5 de Marzo el P. Riera y llegado en Mayo de Italia, acabados sus estudios, para sucederle el P. Frias, viendo la decadencia en que todo se encontraba, se propuso remediarla. Hizo reformas en el edificio; obtuvo del P. Cordón algún aumento de sujetos; y con ellos reanimó los estudios y la disciplina del Seminario y no menos la religiosa observancia de la comunidad; y para afianzar y acrecentar estas mejoras, trató de formar nuevo reglamento más conforme a nuestro Instituto y proceder, quitando, entre otras cosas, aquella dependencia que el Seminario tenía del Protector (1). Obtúvolo el 1.º de Octubre de 1827 en que el Rey, estando en Tarragona, expidió un decreto aprobando el proyecto de nuevo reglamento y constituciones, por las cuales el Seminario había de uniformarse con el de Nobles de Madrid (2). Volvió a exigirse la condición de nobleza o el goce del fuero militar para la admisión; añadiéronse los cursos de Filosofía y Matemáticas, que parece tenían valor académico; se quitó el protectorado, que-

(1) Carta de fines de 1826 al P. General, original en *Cast. I.*

(2) *Historia Seminarii*. Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia. *Órdenes de Madrid*, n. 0.254, fol. 63. Real orden al Ministro de la Guerra.

dando por patrono el Rey; y se ajustó el Reglamento y Constituciones a las antiguas dadas por la Compañía, con las modificaciones que los tiempos requerían (1).

A poco de obtenido el Real decreto mencionado, vuelto el Rey de Tarragona a Valencia para reunirse con la Reina, y juntos entrar de nuevo en Cataluña, en los días que allí se detuvieron, visitaron detenidamente el Seminario, dignándose aceptar el obsequio de una modesta función literaria que los seminaristas les ofrecieron. Esto, las aulas nuevas y otras mejoras importantes en el edificio, los exámenes públicos por vez primera tenidos poco antes, y el traslado de las clases que había en la antigua casa profesa, todo realizado en el corto espacio de algunos meses, dió lustre al Seminario y contribuyó a levantarlo de su prostración y a mantenerlo en buen estado de allí adelante.

9. En Mallorca estuvieron los Padres privados durante todo el periodo anterior y los primeros años de éste, de una gran parte del edificio, ocupada por la Sociedad Económica y algunos particulares, a quienes parece haberla vendido o de otra manera traspasado la Universidad, que lo había obtenido todo de Carlos III. Comprendía esa parte todas las antiguas clases con su patio, la capilla de los alumnos, la cocina con sus dependencias, el comedor y algunos aposentos. Por transacciones hechas con los poseedores lo fueron recobrando todo en los años de 1825, 1826 y 1827 (2).

Toda esta época gobernó el colegio como Vicerector el P. Pedro Sancho, natural de aquella ciudad, que entrado ya sacerdote en la Compañía en 1816 y enviado allá de Ministro en 1818, lo tomó a su cargo el año siguiente a la muerte del P. Company y lo restableció a principios de 1824, como ya dijimos.

En Manresa estuvieron las clases algún tiempo, no sabemos si desde el principio, fuera del colegio, en las casas consistoriales (3). Habíanse tenido durante el periodo anterior en el cole-

(1) *Reglamento* (es lo que hoy llamaríamos prospecto) y *Constituciones*.

(2) *Compendium Historicum Collegii Montesion Palmae Balearium a restitutione ipsius Societatis Jesu anno MDCCCXVI*.

(3) El P. Juan Creixell, S. J., en su folleto *Residencia y Colegio de San Ignacio en Manresa*, p. 44, dice que «los Padres a la vuelta (en 1824) no pudieron hospedarse en el antiguo hospital y tuvieron que trasladar las aulas a un edificio que estaba enfrente, apellidado comúnmente *Casa Areny*». Los Padres, tanto ahora como antes, vivieron en el Colegio nuevo. Es posible que algún tiempo tuvieran las aulas en Casa Areny.

gio viejo, es decir, en el antiguo hospital de Santa Lucía; y como luego quedara en muy mal estado y aun por inservible lo derribaron los Padres casi todo con ánimo de reedificarlo, no pudieron ahora utilizar aquellas aulas, ni terminar las nuevas, porque faltaron recursos, a pesar de haber contribuido con treinta mil reales el Ayuntamiento y algunos vecinos, y por fin, en 1831, para evitar las molestias y otros inconvenientes de tenerlas fuera y a cierta distancia de casa, se resolvieron a ponerlas en el colegio nuevo, a pesar de que también esto les hubiera de causar molestia por la proximidad de sus habitaciones (1). Por la escasez de recursos que acabamos de decir, ni se pudo reedificar del todo el colegio antiguo (2) ni continuar la fábrica del nuevo, ni hacer otra cosa de importancia en la iglesia que el altar mayor. Tampoco en la Santa Cueva, su casa e iglesia se pudo hacer, que sepamos, mejora digna de mención.

Lo mismo sucedió en Loyola en lo material del edificio. Lo particular aquí ocurrido fué que, a petición hecha por el Ayuntamiento de Azpeitia en 1826, ofreciendo contribuir con cuatrocientos ducados de una fundación suya destinada a la enseñanza sólo de Gramática, se puso esa y la de Filosofía; y aun fueron más tarde recibidos algunos alumnos internos. Pero como pasados dos años, el nuevo alcalde se negara, con frívolos pretextos, a cumplir lo prometido por su predecesor, también el P. Puyal se creyó desobligado a sostener sin dotación alguna las cátedras puestas por el suyo, y así en el otoño de 1828 las suprimió (3). No hubo más enseñanza en aquel colegio en lo restante de este periodo, y toda la ocupación de los pocos Padres que la habitaban, capaces de trabajar, fué el confesonario y alguna predicación.

10. En Sevilla estuvieron todo este periodo divididas las escuelas, como en el anterior, hallándose las de primeras letras contiguas al colegio de San Luis, en el local de su primitiva fun-

(1) Cartas del Ayuntamiento al P. Puyal, 15 de Septiembre de 1820, original en el A. H. N., *Jesuitas*, leg. 277; del P. Puyal al P. General, Manresa 10 de Abril de 1832; del P. Garcías al mismo P. General, Manresa 28 de Enero de 1833, originales en *Cast. II*.

(2) El P. Puyal en oficio al Ministro de Fomento de 29 de Septiembre de 1833 daba a entender que fué completa la reedificación; pero tan mal hecha que enseguida hubo que deshacerla. (Alcalá, *M. H.* 4.862).

(3) *Historia del Colegio de Loyola, 1816 a 1840. Documentos Históricos*, tomo cuarto.

dación, y las de Gramática en uno de los patios de la Universidad, antigua casa profesa de la Compañía, pero sin comunicación con las de la Universidad misma. Como los cinco maestros de ellas vivían en San Luis, que distaba de allí bastante, tenían el trabajo consiguiente en ir y venir, y por aliviarle en algo, se dispuso que no volvieran a casa al mediodía, sino que comieran en la Universidad, por más que en nada favoreciese esto a la disciplina religiosa. Pensóse con esta ocasión, a fines de 1827 y principios de 1828, en recobrar todo aquel edificio y poner allí el colegio, reservando San Luis para ser más adelante noviciado; pero no sabemos que llegara a darse paso alguno oficial enderezado a conseguirlo, viniendo a desistir por fin del intento, ya por la resistencia que se preveía de la Universidad, ya por la escasez de personal para abrir una nueva casa (1). En lo que se llegó casi hasta el fin fué en volver a ocupar el antiguo colegio de San Hermenegildo tres años más tarde. Quisieran los sevillanos, con el Arzobispo a la cabeza, que la Compañía pusiera en aquella ciudad un internado semejante al de los Reales Estudios de Madrid, y trataron de ello algunos con el P. Puyal, cuando allí estuvo haciendo la visita en Noviembre de 1829, indicándole que se podría conseguir para ese objeto la antigua Casa Profesa. El P. Puyal admitió la propuesta, con tal que, en efecto, ellos le entregasen la casa convenientemente arreglada y con rentas suficientes. Aquí estaba la dificultad. Pero pareció allanada al poco tiempo; porque habiendo fallecido en Febrero de 1830 una persona acaudalada, y dejado toda su hacienda para obras pías, los testamentarios resolvieron aplicarla a la erección del seminario, no en la Profesa, sino en San Hermenegildo, convertido entonces en cuartel. Hubieron de dejar ellos su cargo de albaceas, no sabemos porqué; y recayó la disposición de la herencia en el Capitán general, D. Vicente Quesada, amigo nuestro, que tenía dos hijos, Luis y Genaro, en el Seminario de Nobles de Madrid, y se mostraba deseosísimo, como el que más, de aquella fundación; con lo cual tomaba el asunto aspecto aun más favorable, por lo que su autoridad inmediata podía valer para hacer a las tropas desalojar el edificio. Disputóle el Asistente de la ciudad el derecho de disponer de aquella herencia;

(1) Cartas del P. Córdón al P. Rocher de 26 de Noviembre y 6 de Diciembre de 1827, y de 29 de Enero y 4 de Marzo de 1828, originales en la *Colec. Sevilla*.

pero le fué por fin reconocido. Cuando con esto se disponía a realizar sus planes, ofreciendo grandes ventajas en la fundación del colegio, que había de serlo para internos y externos, le llegó orden de hacer en el cuartel grandes reformas para el mejor acomodo de las tropas. Inmediatamente dió noticia de ella al Padre Casto Fernández, Superior de San Luis, y por su medio al Provincial, para que en Madrid negociara la reversión del edificio a la Compañía, difiriendo él entretanto su ejecución. Esto obligó al P. Puyal a presentar la correspondiente solicitud, aunque por su parte y a causa todavía de la escasez de sujetos quería y encargaba al Superior de Sevilla dar largas en el asunto (1). Fué pasando así todo el año de 30. El 2 de Marzo de 31 escribía el Provincial a Roma que ya se le había comunicado el decreto favorable (al Ministro de la Guerra lo había sido en 6 de Febrero para que mandara salir las tropas del edificio); pero que ahora el Capitán general no mostraba el grande empeño que antes. Si al fin se llegara a establecer aquel colegio, todavía habría de pasar en preparativos todo el resto del año, y así tenía Su Paternidad tiempo para enviarle sus instrucciones (2). El entibiarse el Capitán general pudo provenir de otras causas; pero lo que él dijo, tiempo adelante, al P. Morey, ya Provincial, fué, que el capital de la herencia había sido menester emplearlo en pagar las deudas del difunto. Quedaba todavía la posibilidad de recobrar el edificio de San Hermenegildo; mas, para que las tropas lo dejaran, dice que el mismo Capitán general exigía que se construyese otro cuartel, y esto no era fácil (3). De hecho no se devolvió aquel colegio a la Compañía.

(1) No conocemos el texto de la solicitud del P. Puyal; pero sin duda está resumida en una Real orden de Calomarde al Decano del Consejo de 31 de Octubre de 1830. Es singular que, según ella, el Provincial pedía la devolución de San Hermenegildo, para restablecer allí el Colegio de las Becas, cuyo antiguo edificio estaba exceptuado por ocuparlo la Universidad. El Colegio de las Becas era un seminario o internado cuyos alumnos vivían en él pero iban a las clases a San Hermenegildo. Nada sabemos de sus vicisitudes después de la Expulsión de la Compañía. (Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Ordenes de Madrid*, n. 0.270, fol. 131.)

(2) Cartas del P. Puyal al P. Casto Fernández, Superior de Sevilla, de 18 de Octubre de 1830 y de éste a aquél, de 26 de Abril, 4 de Noviembre y otra sin fecha, pero ciertamente de Octubre del mismo año. Original y minuta en la *Colec. Sev.*

(3) Carta al P. General de 21 de Mayo de 1831, original en *Cast. II.*

11. En el de San Luis se volvió a poner noviciado el año de 1833. El deseo de tener alguno más que el de Madrid, para facilitar la entrada en la Compañía a jóvenes de las provincias lejanas, debía ser general desde mucho antes; pero se tropezaba con la mucha escasez de sujetos para dirigirlo y de rentas para sustentarlo. El P. Manuel Gil, escribiendo al P. General como consultor de provincia en Febrero de 1832, se lamentaba del corto número de novicios (pasaban poco de cuarenta los escolares), y daba por causa el no ser la Compañía conocida sino en pocas partes de España y lo largo de los viajes, que unos no podían y otros no querían hacer para venir al único noviciado que había.

Tomando en cuenta esta indicación, escribió el P. Roothaan al Provincial que mirara si se podría abrir algún otro; lo cual sería ir poniendo también los fundamentos de otra provincia, convenientísima en territorio tan extenso como toda España (1). Tratado en Madrid el asunto, todos convinieron en que cuanto antes y en Sevilla; pero había dificultades para proveerle de rentas. Vencidas éstas, se instaló en San Luis el día de Pascua de Resurrección, 7 de Abril, con cuatro novicios llevados de Madrid por el nuevo Maestro, el P. José Castellet, celebrándose en la iglesia solemne fiesta religiosa, a que asistió el Cardenal Cienfuegos (2). No llenó los deseos y las esperanzas concebidas, aun relativamente a lo poco que duró. Solamente seis novicios entraron en él; y de esos, murieron dos y salieron tres antes de terminarlo.

12. Dos palabras sobre el estado económico de nuestras casas y sobre la manera de atender a su subsistencia.

Como en 1823 la Regencia del Reino restituyó las cosas al estado que tenían en 1820; la Compañía hubo de recobrar, no solamente los edificios de los colegios, que entonces ocupaba, sino también los bienes, que cada uno de ellos poseía. Sin embargo, los vendidos como nacionales por el Gobierno constitucional durante esos años, no sabemos que se recobraran, a pesar del decreto que expresamente anulaba aquella venta. Así, el Colegio de Loyola se quedó sin la mayor parte de las fincas que tenía, entre ellas la huerta misma, situada a sus espaldas (3). En gene-

(1) Carta al P. Gil de 10 de Marzo de 1832, original en nuestro poder.

(2) Cartas del P. Morey de 19 de Mayo y 25 de Octubre y del P. Castellet de 5 de Agosto de 1832 al P. General, originales en *Cast. II*.

(3) *Historia* del Colegio desde su restablecimiento en 1816 hasta su supresión en 1840.

ral aseguraba el P. Cordón que aquellos restos de nuestros antiguos bienes habían sufrido ahora grandes mermas (1); y como ya dijimos en el libro anterior cuán escasa fué la dotación de los colegios restablecidos; por ambas causas, aun los últimos años de este período, los de Loyola, Mallorca, Sevilla y Manresa, con el nuevo de Alcalá, no la tenían sino para muy corto número de sujetos, menor del que necesitaban y mantenían. En Manresa no llegaban las rentas a 20.000 reales, con que no había ni para ocho individuos a 2.500 que se calculaba necesitar cada uno (2). En Palma, con poco más de 30.000 tampoco había para más de once o doce (3). Lo mismo sucedía en Loyola y Sevilla y sin duda en el Noviciado de Madrid. ¿Cómo se atendía al sustento de los demás? Recuérdese que en el período anterior, además de los bienes asignados a cada casa restablecida, quedaba una masa común, cuya administración se reservó la Junta de restablecimiento, dando de ella algunos socorros, ya determinados y anuales, ya eventuales y arbitrarios, a las comunidades que los necesitaban. Recuérdese también cómo la mayor parte de los frutos, que esa masa de bienes producía, quedaba en manos de los empleados en su administración, por los muchos que eran y buenos sueldos que tenían. Esta fué una de las causas por las cuales el Padre Cordón en el nuevo restablecimiento de la Compañía no quiso que hubiera junta, y pidió y obtuvo que bienes, rentas y documentos a ellas referentes, se entregaran todos a nuestros superiores y fueran por ellos libremente administrados sin intervención de nadie, como los suyos por los demás religiosos. En efecto, de la administración de todos esos bienes fué encargado, como procurador de Provincia, el P. Sebastián Sancho, y de ahí se sacaba lo necesario para cubrir los gastos de los colegios a que no llegaban sus propias rentas.

Cuando el P. Fortis tuvo noticia de esta administración central de tanta parte de nuestros bienes, la reprobó como ruinosa

(1) *Si fece prima e si è fatto adesso un guasto orribile.* (Cartas al P. General de 23 de Febrero y 17 de Marzo de 1824, originales en *Cast. I.*)

(2) A. H. N.; *Jesuitas*, leg. 277. Cartas del P. Carchano, Superior de Manresa, al P. Sebastián Sancho, de 6 de Marzo de 1826, y del P. Martí, Procurador del mismo Colegio, al P. Rubio, Procurador de Provincia, de 29 de Marzo de 1834. En Manresa, Loyola y Alcalá se calculó el gasto de cada sujeto en 2.500 reales; en Sevilla en 2.800; en Mallorca en 2.130.

(3) *Compendium Historicum Collegii Montesion.*

y contraria al sistema de la Compañía, y ordenó que se asignaran a cada colegio los fondos que necesitase, y que ellos por sí los administrasen, quedándose la Provincia como tal, sin bienes algunos, conforme al Instituto (1). Hubo en ello no pocas dificultades, como las tenía también la cobranza de aquellas rentas, consistentes por la mayor parte en censos de poco valor, radicadas en gran número de pueblos de toda España, y cargadas con multitud de pensiones, obligaciones de pías memorias y cosas semejantes: en fin, bienes que no se habían vendido, por las condiciones en que se encontraban, poco favorables para los compradores. Oponíase además una razón no desatendible. Si todos esos bienes se distribuían entre los colegios actuales, cuando más tarde acaso se restableciera algún otro de los antiguos, a que algunos de esos bienes pertenecían, habría que devolvérselos, y aun se le deberían aplicar otros de aquella región, como se había hecho con los ya restablecidos. A esta dificultad se obviaba en parte dándolos ahora, no en propiedad, sino en usufructo y administración. Así se hizo, cuando, a pesar de las dificultades, el P. Puyal, cumpliendo órdenes de Roma, ejecutó aquella repartición. He aquí ese *Nuevo plan para la administración de las rentas de la Compañía de Jesús en España*.

Colegio de Sevilla. Todas las administraciones pertenecientes a la provincia de Andalucía.

Mallorca. Las administraciones de Barcelona, Gerona, Orihuela.

Manresa. Las administraciones de Calatayud, Huesca, Graus, Lérida, Zaragoza, Seo de Urgel, Cervera, Granollers, Censo del Conde de Vilhel.

Valencia. Las administraciones de Gandia, Segorbe, Onteniente, Albacete, Tarragona.

Noviciado. Todas las administraciones de la provincia de Toledo, censo del Excmo. Sr. Duque de Frías, Conde de Miranda, Villa de Chinchón, fábrica de Recuenco.

Loyola. Las administraciones de Vitoria, Orduña, Santander, Salamanca, Soria, Tudela, Villafranca del Bierzo.

Alcalá. Todas las administraciones de la provincia de Castilla, menos las aplicadas al Colegio de Loyola.

(1) Cartas autógrafas de 3 de Julio de 1824 y 14 del mismo mes de 1827, en la *Colec. Prov.*

Oficio de Provincia. Los censos contra la casa y estados de la Exema. Sra. Condesa Duquesa de Benavente» (1).

Por indicios de cartas posteriores se entiende que no se pudo sostener lo hecho. Ya antes, aun el P. Seguí, Superior entonces de Alcalá, escribía que ese método era sin duda el más conforme al Instituto; pero que prácticamente tenía, a su parecer, muy muchas dificultades (2). Debió de suceder con todos los colegios generalmente, lo que el P. Puyal había también escrito de algunos antes de esta división. «Es el caso, decía, que si el P. Sancho les administra las rentas, y les proporciona en metálico lo que les corresponde, gritan que los tiene a media ración, que tienen muchos *déficit*, que ellos se lo administrarían con mayoreconomía, etcétera, etc. Si se les aplican fondos, como ha sucedido más de una vez, para que ellos se los administren, claman que no pueden cobrar nada, que están pereciendo de hambre, etc., etc.; y aun algunos han pedido que vuelva otra vez el P. Sancho a encargarse de la administración de sus bienes (3).

No sabemos a cuánto subían esas rentas recogidas de toda España. Lo que sabemos es que para las obras, principalmente de reparación del Seminario de Nobles de Madrid y para otras atenciones, fué necesario contraer deudas considerables; que en algunos colegios las había todavía contraídas antes del año 20, y tan sagradas, como que los acreedores eran las obras pías fundadas en ellos y en sus iglesias, cuyas rentas, por no tener absolutamente otra cosa, habían aplicado los superiores a remediar necesidades imperiosas, con ánimo y esperanza de cumplir más adelante las cargas correspondientes, cuando pudieran disponer de algún dinero. Así lo iban haciendo en los últimos años; pero tal vez no estaban acabadas de pagar estas deudas al sobrevenir la supresión del año 35.

Téngase presente que la enseñanza en los colegios era gratuita, no pagando pensión alguna sino los alumnos internos por razón de los alimentos y otros gastos propios suyos. Tampoco se recibían estipendios algunos por misas y ministerios de predicar,

(1) Copia auténtica con cartas del P. Puyal de 19 y 29 de Diciembre de 1828, originales en *Cast. I.*

(2) Carta al P. Ildefonso de la Peña de 7 de Julio de 1828, original en *Cast. I.*

(3) Carta al mismo P. Peña de 9 de Junio de 1828, original en el mismo lugar.

si no era alguno que otro que de antiguo tenía fundación, como la misión anual en la iglesia del Colegio Imperial de Madrid. Por otra parte, de las rentas recaudadas por la Procura general habían de salir las pensiones que seguían cobrando los antiguos jesuitas residentes en Italia; que si bien iban muriendo y así dejando cada vez más libres los bienes de los de acá, pero los primeros años todavía montaban aquellas pensiones a la suma anual de 6.000 y 7.000 duros (1).

Manejó esta hacienda, por decirlo así, común, además de la Procura del Colegio Imperial, desde el nuevo restablecimiento de la Compañía hasta casi un año antes de la nueva supresión, el P. Sebastián Sancho, de quien iban quejas a Roma, porque no daba cuentas a nadie de su administración, bien que los más no dejaban de hacerse cargo de lo complicada y difícil que era. Y con todo, al mismo P. General remitió en 1826 el resumen general de rentas y cargas (2), y en 1832 un balance de cuentas, que aunque notado de absoluta igualdad, poco creíble, entre los ingresos y los gastos (3), manifestaba que no las tenía embrolladas y abandonadas.

El P. Morey, en la carta de edificación que escribió al tiempo de su muerte, ocurrida el 18 de Abril de 1834, elogió su talento, actividad y destreza para recabar del Gobierno la entrega de aquellos bienes, y para organizar después la administración de ellos, no menos que su trabajo y paciencia en atender a peticiones, reclamaciones, quejas de tantos interesados, y atribuyó a su buena industria y diligencia el haber ido mejorando el estado económico de la provincia, y mucha parte del apoyo y protección que le prestaron los primeros personajes de la Corte y aun el mismo Consejo Real (4). Ni sólo el P. Morey entonces y antes, sino también generalmente los consultores de provincia, lamentando no poder informar al P. General del estado económico de ella, reconocían, por la idea vaga que tenían de la administra-

(1) Unos 7.350 decía el P. Córdón en Septiembre de 1824 al P. General. Original en el mismo lugar.

(2) Con carta del P. Córdón al P. Furtado de 14 de Agosto, original allí mismo.

(3) Carta del P. Lerdo al P. General, Palma 30 de Julio de 1833, original en *Cast. II*.

(4) *Ipsa suprema curia*.

ción del P. Sancho, que era difficilísima, que no iba mal y que sólo él era capaz de llevarla.

Parece que por lo tocante a nuestras casas de formación, noviciados y estudiantados, este período puede considerarse y tener su importancia como período de transición del sistema antiguo de bienes y rentas fijas y propias de cada una, manteniendo los sujetos a que alcanzaran, al moderno de una caja central, que les suministra lo que necesitan según el número mayor o menor de sujetos que hay en ellas.

Igualmente creemos ver los comienzos de los internados modernos para colegiales en el Seminario de los Reales Estudios y en los proyectos, aunque no realizados, de otros semejantes en Sevilla y Barcelona.

CAPITULO III

VIDA INTERNA DE LA PROVINCIA EN ESTE PERÍODO Y NOTICIA DE ALGUNOS SUJETOS DIGNOS DE MEMORIA

1. Los Superiores mayores.—2. El Noviciado.—3. Nuestros estudios.—4. Tercera Probación.—5. Estado de la observancia regular.—6. Sujetos dignos de memoria. El P. Faustino Arévalo.—7. El P. Pedro Córdón.—8. El Padre Francisco de los Ríos.—9. Los escolares P. Vicente Morera, H. Carlos López Alda, Mariano Creus, Miguel Aldasoro y Daniel Morey.

1. Empezaremos dando alguna noticia de los Superiores mayores que en este período tuvo la Compañía universal y la Provincia de España, y de ciertos asuntos generales relativos a una y otra.

Ya la dimos al fin del período anterior de la elección del M. R. P. Fortis para Prepósito General, hecha en los mismos días que la Compañía era suprimida en España. Jesuita ya once años antes de la extinción, había vuelto a serlo de la manera que podía en Parma y luego en Nápoles; y restablecida en todo el mundo la Compañía por Pío VII, había sido algún tiempo Provincial de Italia y Vicario del General residente en Rusia. El P. José Pignatelli, que le tuvo de súbdito en Colorno y en Nápoles, le había pronosticado que sería General de la Compañía (1); y fuélo para gran bien de ella por espacio de ocho años, en los cuales, así como apenas elegido propuso a la Congregación que declarase, y efectivamente lo declaró, tener ahora no menos que en lo antiguo toda su autoridad y vigor las Constituciones, decretos de las Congregaciones generales, reglas y demás partes de nuestro Instituto (2); así procuró diligentemente su más perfecta observancia, como en muchas cosas lo veremos adelante.

Fallecido él a 27 de Enero de 1829, hubo de reunirse la Con-

(1) Nonell, t. II, l. IV, c. IV, p. 319.

(2) *Instit. Soc. Jesu*, t. II, Decreta Congr. gen. XX, dec. 6, p. 468.

gregación general para darle sucesor, y conforme al Instituto habían de preceder las de las provincias, en que fueran nombrados los dos electores, que con el Provincial debían asistir a ella. En España, fuera de pocos ochentones, que quedaban de los Padres antiguos, no había más profesos que el P. Puyal, Provincial desde el año anterior, y el P. Gil, Director del Seminario de Nobles; y ninguno de los dos se creyó que podía ausentarse por el tiempo que hubiera de durar la Congregación. Para que no faltara en ella un representante de esta Provincia, tomóse el medio de que hiciera la profesión el P. Pedro Sancho, único que reunía entonces los requisitos indispensables, y con él fué también su hermano, el P. Sebastián, Procurador de Provincia, para tratar los negocios de ella después de la elección del General, tanto con él como con la Congregación misma (1).

Para la Provincial, suprimido su principal objeto, que era el nombramiento de electores, no se creyó necesario llamar a los Padres de los colegios lejanos, teniendo por bastante que escribiesen lo que les pareciera se debía representar a la General. Y así solamente se reunieron en el Noviciado de Madrid, del 26 al 29 de Abril, además del Provincial, los PP. José Tolrá, Antonio Alcoriza y Manuel Gil, profesos de cuatro votos; Diego Martínez, profeso de tres votos; y Cayetano Ignacio Seguí, Vicerector de Alcalá, Miguel Garcías, Vicerector del Noviciado, y Sebastián Sancho: los tres todavía sin el grado. Lo que en ella se acordó pedir a la General fué la revisión del *Ratio Studiorum*, acordada ya en la anterior del año veinte, para adaptarle a las exigencias del tiempo presente, y todavía no realizada; la continuación de la Historia general y de la Biblioteca de los escritores de la Compañía y alguna otra cosa de que hablaremos en su lugar (2).

Recayó la elección de General en el P. Juan Roothaan, Viceprovincial entonces de Italia, por el P. Vicente Pavani nombrado Vicario, pero holandés de nacimiento y entrado en la Compañía en Rusia de diecinueve años el de 1804. Viniendo a la elección de Asistentes concurrieron en la del nuestro circunstancias que se deben referir. No le había habido antes del año veinte; y como entonces se celebró la Congregación general, dispersa ya

(1) Carta autógrafa del P. Vicario al P. Puyal de 17 de Marzo de 1829, original en la *Colec. Prov.*

(2) *Acta Congregationum Provincialium.*

nuestra Provincia y a punto de serlo la de Méjico, no se nombró en ella Asistente de España, como tampoco de Francia, por circunstancias equivalentes, sino sólo de Italia y de Polonia, con otros dos, que podían ser de cualquiera nación y sin Asistencia determinada, aunque de hecho fueron elegidos el P. Agustín Monzón, español, y el P. Juan Luis de Leissegues Rozaven, francés. Y como con Asistente de España tuvo correspondencia nuestro Provincial con el P. Monzón, no sólo después, sino también antes de ser restablecida la Provincia, hasta la muerte de éste, ocurrida el 9 de Marzo de 1824. En su lugar fué elegido el P. Pedro Ganuza, de la antigua Provincia del Paraguay, que vino a morir poco antes de la Congregación general, el 28 de Mayo de 1829. Los dos eran de la antigua Compañía y entrados otra vez en la nueva, se habían quedado en Roma, por no poder volver a España. Esta Congregación de 1829, antes de proceder a la elección de Asistentes, determinó que los cuatro habían de ser y llamarse como en lo antiguo, Asistentes de Italia, Alemania, Francia y España, y pertenecer cada uno a alguna de las provincias de su respectiva Asistencia. Mas ocurrió luego sobre este último punto, por lo tocante a España, la dificultad de que la penuria de sujetos aptos para tal cargo, no consentía que se llevase de aquí uno de los poquísimos que había. La Congregación resolvió que se nombrase de cualquiera otra provincia, no Asistente, sino Sustituto del Asistente de España, aunque si con el pleno ejercicio del cargo de Asistente; que ese nombramiento le hiciera el P. General proponiendo el sujeto a la aprobación de los otros Asistentes y de los Provinciales solamente, como cuando hay que hacerlo no estando reunida la Congregación; y que durase mientras a juicio del mismo General durasen las circunstancias que lo exigían. Así fué nombrado el P. Tomás Glover, de la Provincia de Inglaterra (1).

Tres años después, habiéndose de reunir en Roma congregación de procuradores o diputados de todas las provincias, juntóse aquí la Provincial para la elección de quien fuese por ésta; y ahora ya asistieron todos aquellos a quienes correspondía, que no pasaban de diez y seis, menos el anciano P. Echezarraga, que no pudo venir de Loyola; de suerte que los reunidos fueron quince. Como profesos, los PP. Morey, Provincial; Alcoriza, nonage-

(1) *Instit. Soc. Jesu*, t. II, Decreta Congr. gen. XXI, dec. 4 y 6, p. 477.

nario y Martínez poco menos, ambos de la antigua Compañía; Ignacio María-Lerdo, Socio del Provincial, procedente de la Provincia de Méjico; Puyal, Gil, Pedro Sancho y Jerónimo Rius. Como Rectores o Vicerectores los PP. Miguel Pascual, Cayetano Seguí, Casto Fernández, Mariano Berdugo, Luis Rodríguez y Pablo Torroella; y el P. Sebastián Sancho como Procurador de Provincia.

Uno de los postulados que esta congregación resolvió presentar al P. General fué, que diese a España Asistente propio, poniendo término a la interinidad acordada en la General anterior. Pues aunque todavía se resentiría algo la Provincia privándose aquí del sujeto destinado a tal cargo, quedaría sobradamente compensado ese perjuicio con el bien que desde Roma le haría. Respondió Su Paternidad que consideraría seriamente lo que se podría hacer, y la interinidad continuó hasta el año de 1840 (1).

Lo demás que en aquellas primeras congregaciones se trató, lo tocaremos en los lugares donde corresponda por razón de la materia.

El nombramiento de superiores provinciales y locales no es, como el de Asistentes, propio de la Congregación general, sino del Prepósito.

De Provincial de España había hecho desde la muerte del Padre Zúñiga, en la forma que referimos al fin del período antecedente, y por todo el tiempo que estuvo la Provincia dispersa, el P. Pedro Cordón; en Octubre de 1823, cuando las cosas empezaban a normalizarse, el P. Fortis le envió la patente y le dió el cargo de Provincial, para cuyo desempeño contaba él mucho con el consejo del P. Arévalo (2) y el mismo P. General así se lo aconsejaba (3); sino que le duró poco, porque murió el 7 de Enero de 1824. Por la escasez de personal, aunque consultores si tuvo, no pudo sino por algún tiempo y casi no más que de nombre, tener socio que le ayudase en el trabajo; y así gobernó la Provincia con las dificultadas que en parte están indicadas y en parte se verán mejor más adelante, hasta su fallecimiento, ocurrido el 22 de Abril de 1828.

(1) *Acta Congregat. Provinc.* Actio 3.^a, fols. 10 y 24.

(2) Cartas al P. General de 20 de Octubre, 15 y 29 de Diciembre de 1823, originales en *Cast. I.*

(3) Carta de 19 de Noviembre de 1823, original en la *Colec. Prov.*

Dejó señalado para sucederle interinamente al P. Mariano Puyal, el primer novicio de la moderna Compañía española, y que por tener, cuando entró, terminados los estudios eclesiásticos en la Universidad de Alcalá, fué pocos días antes examinado y aprobado para la profesión; se ordenó de sacerdote apenas hechos los votos del bienio; y había profesado el 15 de Agosto de 1826. Como era hombre capaz de desempeñar aquel cargo, y fuera de poquísimos de los antiguos, que ya por los años y los achaques no lo eran, no había otro profeso que el P. Gil, el Padre Fortis le nombró Provincial y empezó a serlo la víspera de San Ignacio.

Cumplido el trienio, le sucedió el 4 de Agosto de 1831 el Padre Antonio Morey, entrado ya sacerdote en 1819, y que pasado a Italia en 1821, y luego a Cerdeña, no volvió a España hasta 1829, y aquí era a la sazón Vicerector de la Casa de Probación y Maestro de novicios. Al P. Morey tocó pasar al frente de la Provincia los días amargos que diremos de 1834 y 35, y ver segunda vez derribado por el soplo de la revolución el edificio de la Provincia, que lentamente se iba levantando.

Pequeño indicio, pero alguno es, de cómo se iba asentando y regularizando, que ya el P. Puyal tuvo su socio o secretario, aunque encargado al mismo tiempo de la Dirección del Seminario de Nobles, el P. Manuel Gil; y el P. Morey tuvo sin otro cargo que el de socio al P. Ignacio María Lerdo, venido de la Provincia de Méjico a Roma y de allí enviado a España en el otoño de 1831. Mayor indicio es, y fué además medio eficacísimo para ese fin, que el P. Córdón, por su edad y las dificultades de aquellos viajes, no hizo otras visitas que alguna oficiosa al próximo colegio de Alcalá, inaugurado, como luego veremos, pocos meses antes de su muerte; pero los PP. Puyal y Morey ya los visitaron todos, menos Loyola, una o dos veces, y con sus visitas dieron en ellos nuevo impulso a la observancia del Instituto.

2. El cuidado principal, tanto de los Generales como de los Provinciales, fué el Noviciado. Este tuvo principio ahora como antes en el Colegio Imperial; porque su edificio propio de la calle de San Bernardo, aunque había sido devuelto a la Compañía en 1823, como ya dijimos, no quedó desalojado de la tropa que lo ocupaba, hasta un año después la víspera de San Ignacio. Y como el Provincial temió que, salida aquélla, entrase otra; para estorbarlo, envió él allá inmediatamente a los novicios, que tuvie-

ion bien en qué ejercitar la mortificación por muchos días, según estaba la casa de mal parada, y lo que se tardó y costó de trabajo el limpiarla y arreglarla en pleno verano (1).

Tanto en el Imperial como en el Noviciado fué Rector y Maestro de novicios el P. Francisco Javier Bouzas, que lo era ya al tiempo de la revolución; y fallecido él en Abril de 1826 y pasado un corto espacio de interinidad, entró en aquel oficio el P. José Gallardo, que también lo había tenido en Villagarcía, y ahora lo ejercitó poco más de un año, hasta su muerte, acaecida en Octubre de 1827, a la edad de ochenta y cuatro. Quedando ya apenas, y en edad avanzadísima, Padres de la antigua Compañía, iban entrando en cargos de gobierno los de la nueva. El de los novicios se dió ahora al P. Miguel Garcías, que no lo había sido en forma; porque entrado en la Compañía en Mallorca de más de treinta años el día último del de 1817, sin el sacerdocio todavía, pero con los estudios eclesiásticos mucho antes terminados, allí se quedó y tuvo casi desde el principio una clase de Gramática. A la sazón llevaba dos años o poco menos de residir en el Noviciado, donde como Socio o como Ministro, había ayudado al Padre Bouzas y más al P. Gallardo en el gobierno de la casa. Esto le pudo dar algún conocimiento del modo de proceder en la formación de aquellos jóvenes en el espíritu y práctica del Instituto. Los primeros días de Enero de 1832 sucedió al P. Garcías el P. Morey; pero a principios de Agosto se le dió el cargo de Provincial, y desde entonces hasta la nueva dispersión gobernó el Noviciado el P. Mariano Berdugo, que al comenzar apenas contaba veintiocho años.

La formación de los novicios, cuanto depende del Provincial, fué sin duda más regular y conforme al Instituto que en el periodo antecedente. El P. Fortis prevenía al P. Cordon contra la tentación, muy natural estando el Noviciado en Madrid, de querer hacer alarde a los ojos de la Corte de un gran número de jóvenes, preparándose a trabajar luego en servicio del Rey y del Reino (2). «Hasta ahora, contestaba él, no he tenido semejante tentación» (3). Y si la tuvo, ciertamente la venció. Hasta ciento

(1) *Historia Domus Probationis Matritensis 1767-1827*, párrafos XIII y XIV.—Cartas del P. Cordon al P. General de 12 y 26 de Agosto y 13 de Septiembre de 1824, originales en *Cast. I*.

(2) Carta autógrafa de 18 de Febrero de 1824, en la *Colec. Prov.*

(3) Carta de 17 de Marzo de 1824, original en *Cast. I*.

veinte fueron admitidos por término medio, cada uno de los cuatro años anteriores; en este segundo período no llegaron ni a cuarenta. Y no es que no hubiera pretendientes; «muchos más podría tener, escribía el Provincial en Julio de 1824; pero prefiero pocos y escogidos» (1). Así, el número total mayor de sujetos en la Provincia es el de 399, que da el catálogo de 1832, bajado a 350 en el de 1835. Todavía hubo alguna queja a principios de 1834 de demasiada facilidad en recibir novicios. No sabemos cuánto fundamento tendría. El número absoluto de los entrados en los últimos años ciertamente no era grande.

Una vez recibidos, su noviciado fué también más en regla que en la otra época. De los coadjutores hubo cierto número que lo hicieron en los colegios; pero escolares enseñando; aun el segundo año, no fueron tantos, fuera de los que entraron ya sacerdotes. Estos al principio fué indispensable retenerlos en el Colegio Imperial, ya para que hubiese en él algunos ministerios de púlpito y confesonario, ya para desempeñar las cátedras de que no todos, pero algunos sí eran muy capaces, como los PP. Eduardo Rodríguez de Carasa, Nicolás de Montemayor y Rafael de la Calle, y apenas había otros que lo fuesen (2). Ni para el estudio, a que fueron aplicados en el segundo año, pasaron, como pasaban antes muchos, al Colegio Imperial, ni aún al de Alcalá, expresamente destinado para nuestros jóvenes humanistas y retóricos, según luego diremos. En el mismo noviciado repartían el tiempo entre las ocupaciones propias de novicios y las de estudiantes, y aun se llegó a suprimir todo estudio de letras durante los dos años, como regla general, para atender exclusivamente al de las virtudes (3).

También en lo general de la disciplina religiosa y de la formación de los novicios en el espíritu, se entiende por las cartas escritas a Roma que hubo los últimos años conocido adelantamiento. Los Padres antiguos, aunque hombres de virtud y de espíritu, y deseosos de fundar bien en él a los jóvenes, se contenta-

(1) Carta de 16 de Febrero de 1824, original en *Cast. I.*

(2) Cartas de 4 de Octubre de 1823 y del mismo día y mes de 1824.—«Casi todo el trabajo de púlpito y confesonario pesa sobre los dos Padres novicios de segundo año, Montemayor y Carasa.» (Carta de 30 de Mayo de 1825. El P. la Calle todavía no había entrado).

(3) Carta del P. Garcías al P. General de 17 de Marzo de 1828, original en *Cast. I.*

ban con menos y eran poco exigentes en la regularidad de la observancia. Los nuevos, con el celo de tales y la actividad propia de la juventud, la fuéron estrechando; y si bien parece que en el modo suave, paternal, de amor y de mutua confianza, propio de la Compañía, hubo alguna falta y asomó cierto espíritu rígido y un poco duro en el gobierno y dirección de los novicios y aun de todos, como más adelante diremos, eso no tuvo ya lugar con el P. Berdugo, y así no llegó a tomar cuerpo en el Noviciado, como tampoco prevaleció en la Provincia (1).

Del aprovechamiento de aquellos jóvenes en el espíritu y de su proceder religioso se mostraba tan satisfecho el P. Cordón, que tenía su noviciado por «digno de los tiempos de San Ignacio» (2). También hacía de él, además de ese mismo, otros exagerados y aun cándidos elogios el P. Garcías, ya por su cuenta, ya refiriendo dichos de otros que visitaban la casa. Véanse algunos párrafos de sus cartas, que servirán para dar a conocer, si no el noviciado, a lo menos al Maestro de novicios. «Veo a todos generalmente, decía al P. Roothaan, y a muchos con particular empeño emular de verdad a un Fabro, a un Láinez, a un P. Villanueva, a Berchmans, al B. Alfonso y a otros de los primeros héroes. Es ciertamente para alabar a Dios ver a estos jóvenes, apenas salidos de un mundo tan corrompido, hablar como hablan de las cosas espirituales y de la perfección, hasta causar maravilla a varios Padres que los han oído. Uno me dijo que cada uno de ellos era un libro; otro que podían ser Padres espirituales o directores de monjas; otros han dicho otras cosas parecidas» (3). «Me parece, le escribía algo más tarde, me parece que en lo humano no se puede pedir más. Yo no espero en la tierra otra dicha que vivir con ellos. Es maravilloso cómo siguen constantes y sin descansar en este tiempo frío y crudo mucho más que otros años. Pero ellos no temen ni al frío ni al calor, ni por eso aflojan en los ejercicios espirituales, ni dejan la disciplina ni el cilicio y otros actos de mortificación. Quisiera que los viese V. P. en refectorio, como ancianos de sesenta años, que me enternecen con su modestia y compostura; oír misa con un silencio que pa-

(1) Cartas del P. Gil de 12 de Febrero de 1832 y del P. Berdugo de 9 de Abril del mismo al P. General, originales en *Cast. II*.

(2) Carta de 7 Abril de 1825 al P. General, original en *Cast. I*.

(3) Carta al P. General de 23 de Septiembre de 1829, original en *Cast. II*.

recen estatuas; en las pláticas y conferencias espirituales como los discípulos de Jesucristo... ¡Cuántos me han pedido que los humille con actos que rebajen su honor y estimación!... ¡Oh reino de España! ¡Cuántos guerreros espirituales se preparan en esta Compañía para salir algún día a debelar los vicios y a promover en ti la piedad y la fe! ¡Oh provincias americanas y de la India oriental! Cobrad esperanza; que tendréis un día otro Javier, otro Anchieta, Barceo, Valignano» (1). Otros elogios no menos encarecidos podríamos traer. La verdad sin encarecimientos, y harto honrosa sin ellos para el Noviciado, creemos verla en estas sencillas palabras del Provincial: «He hecho la visita de esta casa y he quedado contento. Hay en ella mucha unión y caridad fraterna, deseo de la perfección y observancia de las reglas» (2).

En suma, por estos datos, por otras noticias de la correspondencia con el General, por la ejemplar vida y muerte de algunos jóvenes, ya en el mismo noviciado, ya poco después, y por el proceder general, los años adelante, de los que en este tiempo entraron en la Compañía, habida cuenta de los sucesos de 1834 y 35, se puede asegurar que, si no perfecta, y como materialmente vaciada en el molde del Instituto, la formación de los novicios fué diligente, y cada vez más acomodada a él en lo exterior de las observancias prescritas para el noviciado y en lo interior del espíritu religioso. Entre los que se formaron aquellos años y luego se distinguieron por su virtud y celo, hubo quien casi sacó verdadero el pronóstico hecho por el P. Garcías de un nuevo Javier para las Indias; porque como heroico misionero había comenzado a trabajar, cuando prematura y gloriosamente murió entre los infieles del Caquetá, República de Colombia, el P. José Segundo Laínez.

3. Entre las cosas que por la brevedad y demás circunstancias del periodo anterior, de 1815 a 1820, menos pudieron ser atendidas y debidamente entabladas, fué una la formación intelectual de nuestros jóvenes. Dicho queda en su lugar lo poco que sobre este punto había que decir.

No hubo para ella mucho más favorable disposición en este segundo periodo de 1823 a 1835; porque si bien su duración de doce años dió lugar, aunque no muy holgado, para el curso regular

(1) Carta de 20 de Enero de 1830, original en el mismo lugar.

(2) Carta de 27 de Abril del mismo año, original en el mismo lugar.

de Letras humanas, Filosofía y Teología; impedía seguirlo la necesidad de ocupar a los estudiantes en la enseñanza de los de fuera. Si el P. Córdón hubiera puesto en práctica su idea primera de no abrir colegio ninguno al principio fuera de Madrid, y después sólo a medida que contase con gente formada, hubiera sido más fácil; pero con los de Manresa, Palma, Valencia y Sevilla ya en 1823 y 24, y con el Seminario de Nobles en 1826, apenas quedaba joven capaz de enseñar, que no estuviera empleado en ellos y pudiera continuar sus propios estudios. Véase lo que decía el P. Puyal en 1829: «Cuando yo tomé el gobierno de la Provincia el año pasado de 1828, entre otros gravísimos inconvenientes de la situación en que se hallaba, uno era el de que todos los jóvenes escolares y aun no pocos novicios estaban ocupados en los colegios y Seminarios o con cátedras o con otros cargos (1). De ahí que no siguieran hacia algunos años los cursos de Filosofía, Teología y otras ciencias, ni fuera fácil sacarlos de allí para que los empezaran o continuaran, por no haber con quien sustituirlos» (2). Más por menudo explicaba este estado de cosas su predecesor, el P. Córdón, en carta del 20 de Diciembre de 1827. «Lo fatal de los tiempos, decía, no nos ha dejado hasta ahora poner en orden nuestras cosas... La escasez de sujetos y la multitud de cargos lo ha hecho atropellar todo. No ha habido noviciado en regla, ni juniorado, ni tercera probación, ni examen *ad gradum*... La Teología hasta ahora se ha estudiado en dos años. Los que ahora la cursan acabarán éste; y sería falsedad llamarlos teólogos de cuarto año, y poca exactitud decirlos de segundo. De los que el curso pasado terminaron la Filosofía, parte han tenido que aplicarse a la Moral, por no ser para más, y tres a las Matemáticas, porque los dos únicos maestros de ellas tienen que reanudar sus propios estudios, y por la fundación estamos obligados a sostener cátedras de ellas. Este año no hay filósofos; porque los jóvenes que han terminado el noviciado, están atrasados en Humanidades y nada saben de Retórica, y así los he enviado y sigo enviando a Alcalá. Es increíble el mal estado

(1) Lo de *no pocos novicios* no aparece en el *Catálogo*; escolares cursantes, fuera de los retóricos y una docena escasa de moralistas, los más inspectores a la vez o con algún otro cargo, es cierto que sólo se encuentran dos de Filosofía.

(2) Advertencia sobre el *Catálogo* manuscrito de 1829, que se imprimió en 1890.

de los estudios de Gramática y Letras humanas en España. Si yo no hubiera de recibir en la Compañía sino a jóvenes bien impuestos en ellas, no podría recibir a ninguno» (1). Aludía en estas palabras al decreto duodécimo de la última Congregación General, en que mandaba que generalmente no se admitiese en el noviciado sino a quienes hubieran terminado ya esos estudios. No solamente la Teología, sino también la Filosofía la estudiaban en dos años, y tal vez uno y otro estudio le juntaban con el de alguna lengua sabia, con la enseñanza o con la inspección en el Seminario de Nobles (2). De modo que algún estudio sí hubo, de Gramática y Letras humanas en el Noviciado y aun en el Imperial; de Filosofía, de Matemáticas y de lenguas en este mismo Colegio en las mismas clases de los alumnos seglares; y de Teología escolástica y moral en otras privadas, porque públicamente no se podía enseñar. Pero todo iba sin el orden y la extensión conveniente.

Para empezar a remediar este mal y establecer la sucesión y continuación regular de los cursos, el P. Cerdón quiso llevar a los jóvenes, que iban haciendo los votos, al Colegio de Valencia, donde habían de estudiar Humanidades y Filosofía, y de hecho envió allá los primeros a fines de 1826. Parece que contribuyó a decidirle la confianza que tenía en el Superior de aquel colegio, el P. Ramón José de Frías, joven de veinticinco años, pocos meses antes llegado de Italia, donde había estado desde la revolución, terminado sus estudios en el Colegio Romano y ordenándose de sacerdote (3). La mucha distancia entre Madrid y Valencia era grave inconveniente para sostener este plan. Y como antes de un año se ofreció oportunidad de realizarlo, y aun tal vez con otras ventajas, en las cercanías de la Corte; el Provincial no vaciló en aprovecharla.

Nuestro antiguo colegio de Alcalá, uno de los primeros que tuvimos en España, y el más insigne con el de Salamanca, por los hombres de ciencia que en él moraron, lo destinó el Gobierno de Carlos III, al tiempo que dispuso de todos los de la Península, para hospital adonde se trasladara el de Antezana, y la iglesia para parroquia. Ninguna de las dos cosas se verificó. El

(1) Al P. Peña, original en *Cast. I.*

(2) *Catálogos* y carta del P. Roca de 24 de Enero de 1825 al P. General.

(3) Cartas de 4 y 25 de Enero de 1827 al P. General, originales en *Cast. I.*

colegio fué muy pronto cuartel, y en 1777, sacada la tropa, se trasladó a él la Universidad, que lo ocupó veinte años, hasta que de nuevo el Gobierno se lo quitó para cuartel (1). No sabemos que en el primer período de nuestra historia, ni en los primeros años de este segundo, trataran nuestros Padres de recobrarlo, aunque podía haber dado ocasión el memorial del Ayuntamiento al Rey en 1824, que arriba mencionamos. En la primera mitad de 1827 se fué de allí la tropa; y el P. Córdón, considerando aquel punto como el más a propósito para sus intentos, reclamó el 1 de Junio su devolución; la obtuvo del Rey el 14; tomó posesión de él el día de San Pedro; y lo hizo habilitar para poner allí los estudiantes el curso siguiente (2). Estando ya habitable en Octubre, allá se trasladaron, primero algunos jóvenes de Madrid, después una parte de los que había en Valencia, y el 2 de Noviembre quedó en forma constituido el colegio. Aquel año no hubo más cursos que el de Retórica; pero los siguientes, hasta la nueva supresión de la Compañía en España el año de 1835, casi todos hubo además el precedente de Humanidades. El curso de 1828 a 29 estuvo aquí también el primero de Filosofía; pero luego toda ella se tuvo en el Imperial, fuera del último año, que por los trágicos sucesos de 1834, los que habían de haber ido a Madrid se quedaron a estudiarlo en Alcalá. Hubo, pues, allí todos estos años cursos regulares de Humanidades, Retórica y Griego, y por regla general los siguieron normalmente nuestros jóvenes según iban saliendo del Noviciado.

El primer Superior o Vicerrector fué el P. Cayetano Ignacio Seguí, otro de los jóvenes que en Italia se detuvieron hasta terminar sus estudios, vuelto a España el año anterior, y Ministro hasta entonces en Valencia con el P. Frías. A los dos pensó traer a Alcalá el P. Córdón con los mismos cargos que allá tenían; pero luego creyó necesario dejar al P. Frías al frente del Seminario de Nobles (3). Dos años gobernó el Colegio de Alcalá el P. Seguí, uno el P. Morey y los cuatro últimos el P. Torroella, entrado el año veinticuatro y ordenado el veintinueve. Al principio todavía adolecieron los estudios de inestabilidad en los

(1) La Fuente, *Hist. de las Univers.*, t. IV, c. XVI, p. 92 y c. LIII, p. 245.

(2) *Hist. Colleg. Complut.*, Soc. Jesu. — Carta de 30 de Julio al P. General. — Alcalá, *M. F.*, 2.489. Aquí está original la petición y la concesión.

(3) Cartas de 10 de Septiembre y 10 de Diciembre de 1827 al P. General originales en *Cast. I.*

maestros, que además eran jóvenes, y no habían ellos mismos estudiado con regularidad y enseñaban por vez primera; al fin ya habían empezado a ser estables y mejor formados. En los estudiantes también iba siendo más general el orden en el seguimiento de sus cursos sin alterarlo ni interrumpirlo. Para el espíritu fué también gran ventaja no ir los jóvenes del Noviciado al Imperial; y aunque en la disciplina religiosa y modo de tratarlos hubo en Alcalá quizá más que en otra parte exceso de rigor y celo indiscreto, de que luego hablaremos; todavía puede asegurarse que aquel Colegio contribuyó no poco a adelantar la observancia regular, como adelantó y era necesario.

Los estudios mayores de Filosofía y Teología corrieron la misma suerte que los de Letras humanas, y sufrieron más aún los daños de la irregularidad a que en seguirlos obligaba la imprescindible necesidad de aplicar a los jóvenes a la enseñanza. Ya hemos visto cómo ni en una ni en otra ciencia se empleaban más de dos años; y aun con menos y sin la Moral necesaria para oír confesiones, recibieron algunos el sacerdocio. Se atendía con esto a urgencias del momento, y se dejaba para cuando hubiera algún desahogo el completar esos estudios; pero ese tiempo para muy pocos llegó, y así hubo algún examen para el grado con los cursos o incompletos o hechos a medias, y más hubo sujetos que no lo dieron, porque al tiempo en que habían de haberse preparado, fué menester ponerlos en otra ocupación, e imposible luego sacarlos de ella. Aun a enseñar la Teología fué destinado uno de aquellos jóvenes que la habían estudiado en dos años, y este era el medio propuesto por el P. Córdón para suplir los otros dos que no habían estudiado y el Instituto requiere para la profesión (1). En cambio antes, en 1825, por algún tiempo tuvieron que enseñar dos ancianos, el Rector y el mismo Provincial, porque no había otros (2).

El P. Puyal logró, por fin, en su provincialato, ordenar también estos estudios. En 1830 no pudo poner más que dos cursos de Filosofía y dos de Teología; pero el año siguiente ya están completos el trienio y el cuatrienio, y se empiezan a añadir a la Escolástica y Moral el Hebreo, la Sagrada Escritura, la

(1) Carta de 7 de Abril de 1828, original en el mismo lugar.

(2) Carta del P. Roca al P. General de 25 de Enero de 1825, original allí mismo.

Historia Eclesiástica y el Derecho Canónico. Un año después, en 1832, fijaba el P. Morey el Plan y distribución de materias en ambas facultades, con el tiempo destinado a cada una, las repeticiones, actos públicos y Academias correspondientes. Puede verse en el apéndice núm. 12. El texto de Escolástica, cuando se reducía a dos años, era el curso de Antoine; después fué la *Suma* de Santo Tomás.

Lo que parece haber durado hasta el fin fué el oír nuestros estudiantes algunas de las materias accesorias de la Teología, y tal vez todas las de Filosofía, juntamente con los alumnos seglares que las cursaban, y atender algunos de los teólogos como inspectores o vigilantes al cuidado de los internos.

4. La última y muy principal parte del período y sistema de formación señalada en las Constituciones de la Compañía para los escolares, terminados ya sus estudios, y llamada tercera probación, consistente en un año de vida semejante a la del noviciado, dedicada toda al espíritu; ésa no pudo llegar a entablarse, sino muy imperfectamente, en todo este tiempo. La Congregación Provincial de 1829 lo veía tan imposible en muchos años, que presentó a la General el siguiente postulado: «No habiendo hecho nadie todavía en esta Provincia la tercera probación, y no habiendo esperanza de que en mucho tiempo la pueda hacer por las muchas ocupaciones de los colegios, que no pueden dejar, por falta de otros que las tomen; esta Congregación pide a la General disponga la manera de salvar esta dificultad; porque si no, en muchos años apenas podrá tener la Compañía de España profeso alguno» (1). Acrecentaba la dificultad el decreto octavo de la Congregación General anterior, disponiendo que, aun los entrados con los estudios ya hechos y aprobados, no pudieran recibir el grado si no habiendo tenido al principio un año de verdadero noviciado, o después el de tercera probación (2). En este caso se hallaban los PP. Carasa, Montemayor, Rius y la Calle. La respuesta del P. Roothaan fué que no podía dar una dispensa general de esa obligación, punto en cierto modo sustancial de nuestro Instituto; puesto que si los sujetos no se forman bien conforme a él en el espíritu de su vocación, nunca llegarán a ser como la Compañía los quiere y con toda razón exige. Por tanto,

(1) *Acta Congregat. Provinc.*, postulado tercero, fol. 4.

(2) *Institut. Societ. Jesu*, t. II, p. 470.

que el Provincial ponga todo su empeño en que todos los años hagan la tercera probación, o a lo menos la mayor parte de ella, algunos, más o menos, según lo permitan las circunstancias. Si éste o el otro, ni eso pudieran en manera alguna; acudan a él y verá (1). Hicieron, pues, de algún modo la tercera probación unos treinta sujetos, alguno que otro en el Noviciado, los demás en los colegios, más o menos desembarazados de otras ocupaciones, pero generalmente no del todo, si no fué de las clases, y aun eso con alguna excepción.

5. Por lo dicho hasta aquí del personal que componía la Provincia, viejos y jóvenes, sin un núcleo de hombres de buena edad y bien formados en la vida religiosa; sobre las dificultades que de esa y otras circunstancias nacieron para la buena formación actual; sobre los defectos e irregularidades que hubo en la religiosa de los novicios y en la literaria de los estudiantes; finalmente sobre el remedio que poco a poco se fué poniendo a esos males haciéndolos desaparecer en su mayor parte; se puede conjeturar a qué altura estuvo en general la observancia de la disciplina religiosa. En esto, como en lo demás, se ve claro por toda la correspondencia de superiores y consultores con el General, que hubo los primeros años bastante desconcierto en que no ponían mucho reparo aquellos Padres ancianos que entonces gobernaban. Según sus informes, la observancia era perfecta, y apenas notaban algún defecto insignificante, y aun ese castigado. Con todo, parece claro que la modestia, el silencio, la comunicación de unas clases con otras, las pláticas de comunidad, la instrucción catequística y religiosa de los hermanos coadjutores, el dar penitencias por las faltas y otras cosas semejantes, eran más o menos descuidadas. Pero transgresiones notables de los votos, de las reglas, de todo lo que constituye el organismo de la vida y de la disciplina religiosa, no las encontramos, o junto a ellas está el castigo hasta de expulsión. En Valencia, algunos jóvenes, con falsos pretextos intentaron conseguir su traslado a otra parte, por huir de la disciplina, quizá algo rígida, del P. Frias, y descubiertos, sufrieron, aunque arrepentidos, una buena penitencia (2). Esta observancia sin quiebras notables en

(1) *Acta Congregat. Provinc.*; Epistola Secretarii Societatis, qua respondetur ad postulata Provinciae.

(2) Carta del P. Córdón al P. General de 16 de Abril de 1827, originales en *Cast. I.*

ella la atestiguan expresamente más adelante aun los que por otra parte representan la Provincia muy decaída en el espíritu. Así, en 1829 el P. Garcías, Vicerector del Noviciado, tocando la necesidad de reforma que veía en el Imperial y esperaba del nuevo Rector, P. Seguí, y pasando a hablar de toda la Provincia, nota que no se ve en muchos, tanto sacerdotes como estudiantes, el proceder totalmente jesuítico que convendría; pero que faltas de consideración no las hay (1). Así, en 1832, el P. Seguí, aunque riguroso hasta el exceso, como luego veremos, después de decir que son poquísimos los que *spiritualiter vivant*, según la explicación de estas palabras hecha por el P. Lancicio, añade que, esto no obstante, la disciplina doméstica y la guarda de los votos, sustancialmente va bien en todas nuestras casas (2). Así, un año después el P. Lerdo, lamentando la misma falta de aplicación a las cosas espirituales, pero aun en eso confesando que en todas las casas hay alguna que otra excepción; todavía reconoce que en lo exterior y generalmente se observan las reglas y se mantiene la disciplina religiosa (3). Bien que un año antes, ni esa aplicación a la vida espiritual había echado de menos, pues escribió que en el amor de la oración y en el ejercicio de las virtudes había entre todos una santa emulación, con las excepciones inevitables, y que la disciplina doméstica, aunque en algunas partes no andaba tan bien, en ninguna creía estar tan relajada que pudiera decirse que no había observancia; que la guarda de los votos y la vida común estaba en su vigor (4). Solamente el P. Puyal, apenas tomado el gobierno interino de la Provincia, escribía que había habido *faltas notables*, y no tal cual vez, sino *constantemente, sobre todo* en punto de modestia y silencio; y pone por ejemplos el andar a prisa y aun corriendo por los tránsitos; llevar las manos caídas; hablar por casa y entrar unos en los aposentos de otros; criticar las disposiciones de los superiores y no proponerles los negocios hasta tenerlos medio acabados, cuando ya es forzoso dar su consentimiento (5). No creemos que todos los hombres prudentes y celosos de la Compañía tengan todas esas faltas por tan notables como parece el P. Puyal. Lo

(1) Al P. General 23 de Septiembre de 1869, original en *Cast. II*.

(2) Id. 9 de Julio de 1832, *ibid.*

(3) Id. 30 de Julio de 1833, *ibid.*

(4) Id. 31 de Enero y 4 de Julio de 1832, *ibid.*

(5) Id. 9 de Junio de 1828, *ibid.*

sería la última, si fuera ordinaria en asuntos graves y tal como se pinta; y la precedente, concurriendo las mismas circunstancias. De todos modos, poco más de un año era pasado, y ya decía sobre el colegio Imperial, a que en la anterior principalmente se refería: «Por lo que hace a la disciplina doméstica, puedo decir en pocas palabras que hay caridad, unión de unos con otros. silencio, obediencia y vida común en todo» (1). Véase alguna muestra de cómo se fueron reduciendo las cosas que lo necesitaban al orden establecido por el Instituto y por las disposiciones de los Generales.

Siguiendo la costumbre, que decían los Padres antiguos haber existido antes de la expulsión en España, o a lo menos en algunas de sus provincias, no se omitía en estos primeros años la recreación ordinaria durante los Ejercicios anuales, ni aun durante los triduos preparatorios para la renovación de los votos, a pesar de lo que en este último punto disponía expresamente la carta-instrucción del P. General, Vicente Caraffa (2). El P. Fortis, consultado por algunos superiores nuevos sobre lo que habían de hacer, no dictó providencia general, contentándose con responderles que en los triduos se debía guardar silencio, pues lo ordenaba expresamente la carta del P. Caraffa, y en Ejercicios, aunque no estaba mandado, esa era la práctica más común antes y ahora, bien fundada, entre otras razones, en ésta: que quien de veras hiciese los Ejercicios, buscando la presencia de Dios, la unión y el trato con El, poca gana tendría de conversación (3). Al P. Puyal, que al poco tiempo de comenzar su gobierno, le consultó también qué debería hacerse, respondió manifestando su deseo, pero dejándolo a su arbitrio (4). La resolución del Provincial fué conforme a los deseos del General, y desde entonces se suprimió toda recreación en triduos y Ejercicios (5). La falta en sí no era grande; el fruto de su enmienda no pudo menos de serlo; y mucho.

Otro punto que los primeros años no estuvo conforme con lo

(1) Al P. General 8 de Octubre de 1829, original en *Cast. II*.

(2) Cartas del P. Frias de 30 de Diciembre de 1826 y del P. Garcías de 17 de Marzo de 1828 al P. General, originales en *Cast. I*.

(3) Al P. Garcías 15 de Mayo de 1828. *Registro*.

(4) Memorial de la visita del Colegio de Mallorca, año de 1830.

(5) Carta del P. Puyal al P. General de 4 de Diciembre de 1828.—*Memo-
riales de visitas de los Colegios*.

dispuesto y observado generalmente en la Compañía, y lo indicamos ya en el libro anterior, era el de los peculios. Entre los Padres que, al restablecerse la Compañía, volvieron a ella, algunos se desprendieron de cuanto tenían, poco o mucho, dinero, libros u otra cosa cualquiera, y lo entregaron todo a los superiores para el servicio de la comunidad; pero otros, siguiendo también, a lo que creemos, el uso o abuso, aunque no general, de peculios, anterior a la expulsión, con licencia de ellos, que en tal cual ocasión pueden darla, lo reservaron para sí, bien que depositado en manos del Superior y para no servirse de ello sino con su aprobación (1). Ni fueron ellos solos; sino que también algunos de los nuevos tuvieron semejantes peculios (2), al menos en esta época de 1823 en adelante, y aun se escribió a Roma que en su propio poder (3). Como quiera que sea, los últimos años no hallamos mención alguna de tales depósitos o peculios, y creemos que habían desaparecido.

En Octubre de 1828, al comenzar el curso, comunicaba uno de los jóvenes venidos de Alcalá a Madrid para estudiar la Filosofía, *las nuevas disposiciones* u órdenes dadas en el Imperial para la disciplina doméstica de los estudiantes, que las recibieron con gran gusto. «En efecto, decía, se nos ha prohibido enteramente la comunicación con los Padres y hermanos coadjutores (es decir, que se había establecido la separación de clases); vamos a los actos principales de comunidad de dos en dos; tenemos tres cuartos de hora de paseo en silencio por el jardín; y ninguno va a la sala de recibimiento ni a otro paraje de la casa sin compañero y con expresa licencia del Superior, etc.». He ahí las faltas que antes había y ahora se remediaban.

Recopilando las cosas principales avisadas a Roma por los consultores de aquí, encargados de eso en 1832, 33 y 34, el Padre Roothaan no consigna como defectos de interés general sino que algunos superiores tenían y gastaban dinero a su arbitrio;

(1) Carta citada del P. Puyal; otras del P. Cordón de 19 de Mayo y 3 de Noviembre de 1824 y 11 de Noviembre de 1826.—Los PP. Campi y Calvo dejaron al morir 800 duros. Carta del P. Cordón al P. General de 25 de Enero de 1823.

(2) El P. Puyal y otros. Carta del P. Cordón al P. General de 22 de Octubre de 1826, original en *Cast. I.*

(3) «Aleuni tengono preso di se i depositi di denaro». (Extracto anónimo de carta de Julio o Agosto de 1827, en *Cast. I.*)

no celebraban siempre y debidamente las consultas prescritas; eran poco observantes de la vida común; debían proceder en su gobierno con más llaneza, sencillez y confianza con los súbditos y guardar mejor el secreto que pedían sus cosas, ya las supieran por ellos mismos, ya por otros. Que en los Padres, dejados a sí mismos, decaía el espíritu de oración y en esto se notaba cierta laxitud. De los colegios en particular tampoco se nota cosa de importancia, y lo más grave que encontramos de dos o tres era, no atender debidamente en el espíritu a los hermanos coadjutores. En el Imperial, parece que después del rectorado rígido del P. Seguí, se fué algo al otro extremo con el P. Puyal, viniendo a ser poco guardado el silencio, las recreaciones menos religiosas, y desmedrado el espíritu en algunos estudiantes. Que los Padres se detenían mucho hablando con las señoras en la sacristía.

El último año, desde los horrorosos sucesos de Julio de 1834, como consecuencia de ellos, de la dispersión que hubo por algunos días, saliendo casi todos, como tuvieron que salir, y más de una vez a casas de seglares, y de la inquietud en que otras veces se vieron, estando reunidos; se acrecentó este mal en aquel colegio, y parece que también hubo algo en otros con algún detrimento de la disciplina religiosa en todas las clases de sujetos. *Gran relajación*, dice el P. General, tomándolo de alguno de los consultores de aquí; pero ni en el Imperial creemos que llegó a tanto, y menos aún donde las comunidades no se disolvieron, como en Alcalá, Manresa, Sevilla y Mallorca. "La sangrienta tragedia y el temor de verla repetida parece que hizo también a algunos faltar en su vocación. Ocho o nueve pidieron las dimisorias en lo restante de aquel año y principios del siguiente; a otros tres o cuatro hubo que despedirlos; y con los que de Enero a Julio habían ya salido, llegaban a veinte o veintiuno (1). Número considerable, pero que no lo parecerá tanto si se tiene en cuenta que de varios de ellos no es fácil medir la responsabilidad, según los informes enviados a Roma por el P. Morey. Todavía, sin embargo, puede ser verdadera la idea suya de que con aquella tempestad había Dios querido limpiar la Provincia (2). Algo y aun

(1) Cartas del P. Morey al P. General de 21 de Enero y 31 de Marzo de 1835, originales en *Cast. II*.

(2) Idem 6 de Diciembre de 1834 y 25 de Febrero de 1835, id. id.

mucho más parece significar lo que a raíz de su supresión escribía al último Superior de Sevilla, a propósito de algunos que sin bastante necesidad, fundada en las circunstancias, vestían de seglares. «Lo digo a usted como lo siento... no extraño el que el Señor nos haya enviado lo que ha venido, y temo mucho que por lo mismo el castigo sea prolongado» (1). Pero este juicio suyo, mirando la supresión como castigo de Dios merecido por el mal proceder de la Compañía española, está desvirtuado, no sólo por la tendencia rígida suya, que en el capítulo siguiente le notaremos, sino también por toda su correspondencia con el General, en la cual nada se descubre que pueda servirle de fundamento.

Su Socio o Secretario, el P. Lerdo, participó después de la supresión de su modo de ver las cosas. He aquí cómo se expresaba en carta al P. General de 18 de Septiembre: «No sé, dice, con qué ojos verán otros nuestras cosas; yo todo lo veía negro y cada vez lo veo más. Será que ese color lo pone en los objetos el humor que en mí predomina; o será, como más bien creo, defecto mío en no saber mirar las cosas a derechas (y claro está que cada uno juzga como es); pero decirlas de otro modo que las entiendo, con razón o sin ella, sería engañar. Digo, pues, que ya de mucho atrás nuestros males me venían pareciendo tan graves, que no tenían remedio. A lo menos yo no lo veía. Quien considere la perfección contenida en nuestras reglas, realizada un tiempo en la vida y en las obras de la Compañía, y que todo el mundo ahora esperaba ver también en nosotros; se maravillará seguramente viéndonos tan distantes de aquel ideal de santidad, haciendo vida completamente vulgar. Si comparamos nuestro modo de proceder con aquella regla de toda virtud, que nuestro Padre San Ignacio nos dejó en el libro de los Ejercicios, y que V. P. en su última carta nos describe tan gráficamente; apenas se hallará parecido alguno. ¡Cuán lejos estamos de aquel desprecio de las riquezas, que ha de ser el alma principal de nuestra milicia! ¡Cuánto de aquel aborrecimiento de las honras y vanidades del mundo! Y en cambio, ¡qué amor del siglo! ¡Qué temor de los trabajos! ¡Qué apego a la vida y a las comodidades de ella! Lo mismo que si no se hubiera escrito para nosotros cuanto sobre estos puntos se lee en los Ejercicios y en el Instituto. Y cuenta que, generalmente hablando, esto se ha de entender, no sólo de los

(1) Carta autógrafa, Madrid 13 de Noviembre de 1835, en la *Colec. Sev.*

súbditos, sino también de quienes habían de ir delante con el ejemplo» (1). Así escribía el P. Lerdo. Pero ya él mismo teme que el ver las cosas tan mal provenga de disposición subjetiva suya. No era sin fundamento ese temor. Como que vió también mal y censuró el que con ocasión de los horribles asesinatos cometidos en el Imperial y en otras casas religiosas el 17 de Julio de 1834, y los peligros no infundados de que se repitieran, saliesen casi todos los sujetos del Noviciado, del Seminario de Nobles y del mismo Colegio Imperial para ponerse en seguro (2). Por otra parte, ya vimos antes sus testimonios más bien favorables a la observancia; y tampoco él en sus cartas anteriores al General había nunca hablado de tanto mal y tan sin remedio; a no ser que fuese, como conjeturamos, quien escribió aquello de la *gran relación* introducida principalmente en el Imperial después de los tristes sucesos mencionados. Adviértase, además, que no trae hecho ninguno, y solamente declama en general sobre lo mucho que faltaba a los individuos para llegar a la perfección contenida en las reglas y en los Ejercicios, como dice que habían llegado los antiguos.

Ahora bien; ni en la Compañía, ni en otra orden religiosa llegaron *los antiguos*, con la generalidad que indica esa palabra y entienden muchos sin bastante reflexión, al ideal de santidad que presentan las reglas y constituciones respectivas; ni eso basta para dar una religión por relajada, y menos por sin remedio, como lo hace el P. Lerdo. A ese ideal, ni ahora ni nunca se han acercado mucho, sino muy pocos; pudiendo, sin embargo, haber en la generalidad espíritu religioso y virtudes en mayor o menor grado, y más todavía observancia de la disciplina regular, aunque con faltas, que si no son notables, frecuentes y consentidas, no quitan el buen estado de una orden religiosa, dado que pudiera ser mejor. En la observancia de la disciplina externa nadie, como hemos dicho, advertía esas faltas notables, frecuentes y consentidas; lo que echaban de menos era hombres espirituales, de esos que se acercan al ideal de las reglas y de los Ejercicios, aunque también confiesan que había algunos. Pero si en la mayoría no hubiera habido espíritu interior en cierta medida razonable, tampoco hubiera habido esa observancia externa que

(1) Carta de 19 de Septiembre de 1835, original en *Cast. II*.

(2) Carta sin fecha al P. General, *id. id.*

expresamente reconocen: que no es posible durar lo uno sin lo otro. Lo que faltaba también eran hombres aptos para el gobierno, y a eso en mucha parte atribuían el Provincial y el General la imposibilidad de remediar muchas cosas, juntamente con la escasez general de sujetos. Todo sufre, por lo común, algún menoscabo, cuando, por esa escasez, uno tiene que desempeñar dos o tres cargos, y tal vez no siendo hábil para ninguno de ellos.

Este mal no fué sólo de España. Véase lo que decia a este propósito el P. Roothaan. «Casi en todas partes sucede lo mismo que en España. Circunstancias imperiosas nos han obligado a tomar sobre nosotros cargas superiores a nuestras fuerzas, a aceptar colegios y casas sin tener todavía personal formado para Superiores y Padres espirituales: mal gravísimo que nos arruinaría totalmente, si no tratáramos de remediarlo. Y el remedio no se puede poner en un día; requiere largo tiempo» (1). Dos cosas había que hacer, según él indicaba y lo comprende cualquiera: no seguir abriendo casas, ni en las abiertas multiplicar las cargas; y formar bien conforme al Instituto a nuestros jóvenes en el noviciado y en los estudios. Esto segundo ya hemos visto cómo se fué regularizando, y poco faltaba para estarlo del todo en 1834. Lo primero también se cumplía; puesto que desde 1827, en que se restableció el Colegio de Alcalá, no se había abierto otro.

Hemos estudiado con particular atención este importante punto de nuestra historia, y manifestado llanamente el juicio que hemos formado después de examinar maduramente todos los informes que sobre él tenemos. El espíritu y la disciplina religiosa se resintieron algo por lo anómalo de las circunstancias los primeros años; después se fueron ajustando y normalizando las cosas y se fué también encauzando la observancia. Tal vez no se llegó todavía a la regularidad completa, que se logra, cuando se cuenta con superiores generalmente capaces y bien formados y con súbditos, formados también unos y formándose otros progresiva y ordenadamente en los diversos períodos, a ese fin destinados, de la vida religiosa. Relajación no la hubo, ciertamente, durante esta época en la Provincia. Los individuos que caían en ella, se iban o eran despedidos.

6. Terminaremos este capítulo consagrando un recuerdo a

(1) Carta autógrafa al P. Gil de 27 de Octubre de 1829, en nuestro poder.

algunos sujetos dignos de memoria por diversos títulos y fallecidos en este tiempo.

De los antiguos no quedaba en 1835 más que uno, el P. José Echezarraga, que todavía vivió dos años y falleció en Loyola el 19 de Septiembre de 1837.

El más insigne de todos fué sin disputa el P. Faustino Arévalo, por el conjunto de prendas que le adornaban, de ingenio, de letras, de virtudes, de autoridad y de cargos desempeñados.

Nacido en Campanario, villa de Extremadura, en la provincia de Badajoz, a 29 de Julio de 1747, entró en la Compañía en la provincia de Castilla apenas cumplidos catorce años, el 24 de Septiembre de 1761. Poco antes de terminar el estudio de la Filosofía en el colegio de Medina del Campo, salió para el destierro, y en Bolonia recibió las sagradas órdenes. Dedicado de lleno al estudio, y con la idea, sin duda, de utilizar para él las ricas bibliotecas de Roma, se trasladó algunos años después de la extinción de la Compañía a la Ciudad Eterna, donde en 1786 publicó su *Hymnodia Hispanica*, o colección de los himnos litúrgicos españoles, corrigiéndolos conforme a las leyes del canto y de la lengua y métrica latina, e ilustrándolos con eruditos prolegómenos, notas y apéndices.

Los años siguientes fué dando a luz las obras de los cuatro poetas cristianos, Prudencio, Draconcio, Juvencio y Sedulio, y algo más adelante las del gran Padre de la Iglesia española, San Isidoro, y el *Misal Gótico*. El Cardenal Lorenzana le animó en estas publicaciones ya antes de conocerle personalmente en Roma, y aun costeó algunas de ellas. Allá le honró con su amistad y le dejó al morir por uno de sus albaceas. Los eruditísimos trabajos con que avaloró estas ediciones, sobre todo la de San Isidoro, le han dado lugar eminente en la literatura eclesiástica, y se le dieron también en Roma entre los dignatarios de la curia pontificia. A propuesta del Cardenal de la Somaglia, Vicario de Su Santidad y Prefecto de la Congregación de Ritos, creó Pío VII expresamente para él el cargo de *Hymnógrafo* de aquella sagrada Congregación, o sea, revisor de himnos y oficios litúrgicos, que le fué dado a 18 de Noviembre de 1800. Tuvo también más tarde, primero como suplente, y después en propiedad, el cargo de teólogo consultor de la Sagrada Penitenciaría. Cuando Napoleón se apoderó de casi toda España, y su hermano José, rey intruso en ella, exigió entre otros muchos a los antiguos jesuitas españoles

el juramento de fidelidad, uno de los que se lo negaron, y por dos veces, fué el P. Arévalo, sufriendo prisión la primera, y sentencia de destierro con algunos otros la segunda; si bien a causa de su edad y achaques luego se le conmutó esa pena en la de tener la ciudad por cárcel.

Siguió, pues, como venía de muchos años atrás, viviendo con gran número de compañeros, en nuestra antigua Casa Profesa y generalicia del Jesús, y allí se hallaba cuando Pío VII restableció la Compañía en todo el mundo. Agregóse a ella inmediatamente, siguiendo con los dos cargos antes expresados; pero cuando llegó allá el decreto de restablecimiento en España, lejos de retenerle aquellas honras en Roma, cosa tanto más fácil cuanto que supo lo deseaba el Papa y el Cardenal Penitenciario; se adelantó a noticiar por medio del Embajador a la Corte su propósito de volver a España, para fundar en esa especie de compromiso contraído con el Rey, su renuncia a ellas. Así, aunque con sentimiento, se la hubieron de admitir. Púsose, pues, en camino por tierra con tres compañeros el 25 de Septiembre de 1815; llegó a Pamplona a mediados de Noviembre; esperó allí, hospedado y agasajado por el señor Obispo, D. Joaquín Javier de Uriz, el restablecimiento del Colegio de Loyola, y restablecido lo gobernó prudentemente hasta la supresión de 1820. Queda dicho ya su nombramiento para sucesor interino del P. Zúñiga y cómo delegó su autoridad en el P. Córdón. Durante el trienio constitucional estuvo retirado en su patria; mas apenas pasado, luego en Noviembre, según parece, de 1823, vino al Colegio Imperial, donde una corta enfermedad acabó con su vida el 7 de Enero de 1824. El Padre Córdón, que ya era Provincial, le había tomado por Admonitor y su consultor más autorizado. Había escrito antes al P. General, que, si insistía en imponerle a él aquel cargo, el P. Arévalo tendría que ayudarle a llevar la cruz (1); después le escribía que, en efecto, en todo acudía principalmente a su Cirineo, *et nihil sine Arevalo* (2).

Luz de nuestra historia eclesiástica y de las obras de nuestros Santos Padres y poetas cristianos, le llamó con su autoridad indiscutible el Sr. Menéndez y Pelayo (3); ejemplar de eclesiás-

(1) A 20 de Octubre de 1823, original en *Cast. I.*

(2) El 29 de Diciembre del mismo año, *id. id.*

(3) *Heterodoxos*, III, l. VI, c. II, § III, p. 146.

ticos y religiosos le hacen su saber y sus virtudes, y con eso gloria de España y de la Compañía de Jesús.

7. No rayó tan alto en el saber el P. Cordón, aunque fué hombre docto, bien formado en los estudios eclesiásticos, buen humanista, de no escasos conocimientos históricos y geográficos, y que en lenguas poseía, además de las dos clásicas, latina y griega, el italiano, el francés y el inglés. Era natural de Pipao-na, lugar pequeño en la provincia de Logroño, donde nació el 27 de Junio de 1750. Entrado en la Compañía el 3 de Julio de 1764, le cogió el extrañamiento estudiando Lógica en el Colegio de Santiago, teniendo por Profesor al P. Luengo, que lo siguió siendo en el destierro los dos años siguientes, y por esta causa consigna en su *Diario* muchos pormenores de la vida de éste y los demás discípulos suyos durante ese tiempo y aun después, por haberlos mirado siempre con alguna predilección. Ordenóse de sacerdote el último de los escolares de su Provincia, como el más joven de todos, a 31 de Mayo de 1773, pocos días antes de la extinción y de terminar los estudios; que ambas cosas fueron en aquel verano. Fué años adelante Profesor de Filosofía y luego Rector en el Seminario o modesta Universidad de Cento, en la legación de Ferrara (1), de donde le echaron los republicanos franceses por haberse negado a llevar la escarapela revolucionaria. Estuvo algún tiempo de Secretario del Gran Maestre de Malta para su correspondencia española, pero en 1805 ya volvió a la enseñanza, ahora en el Seminario de Nobles, que el Duque de Parma había puesto bajo la dirección de antiguos jesuitas, varios de ellos españoles. Dominaban aquel estado los franceses desde la muerte del Duque, y tampoco allí pudo perseverar mucho tiempo. En Bolonia estaba cuando se exigió a todos nuestros desterrados el juramento antes dicho; y a pesar de que los más de los de allí creyeron que podían prestarlo y lo prestaron, él con otros veinte se resistieron y fueron conducidos a la cárcel de Mántua, donde pasaron gravísimas penalidades y murieron algunos. Por esta causa se dió a los sobrevivientes alguna libertad, hasta 1813 en que la obtuvieron completa. El P. Cordón volvió poco después a Bolonia, donde hizo la profesión de cuatro votos el 2 de Febrero de

(1) *Seminario* lo llama el P. Caballero en su *Gloria Posthuma Societatis Jesu*, p. 19; *universidad* el P. Luengo en su *Diario*, t. 25, p. 231; Junio de 1791.

1815. Agregado a la Compañía creemos que lo estaba ya desde 1806. En Octubre de 1816 volvió a España, y en el Colegio Imperial fué destinado a la enseñanza, a los ministerios y a la dirección de nuestros jóvenes, que allí empezaban o repasaban sus estudios. Lo demás de su vida desde 1820 hasta 22 de Abril de 1828, en que murió, contado está en la historia de la Provincia durante esos ocho años. En aquella lenta y laboriosa reconstitución de la Compañía española, puede decirse que aprovechó los pocos y medianos elementos con que contaba para ir dando asiento a las cosas. En diversos puntos tocantes a la observancia general de la disciplina doméstica tal vez pudo hacer más de lo que hizo; pero no hay que olvidar sus setenta años cuando empezó a gobernar, y que los superiores inmediatos eran todos más ancianos que él. En cambio supo en lo exterior obtener las grandes ventajas de la libre administración de bienes, la exención de nuestros colegios de la Inspección General de estudios, la reorganización del Seminario de Valencia, sustrayéndolo de la dependencia del Regente, y algunas otras estimables.

Por su correspondencia se ve que era hombre de carácter alegre y apacible, o que con la virtud había conseguido serlo aun en los casos difíciles. Jamás emplea en ella el tono severo, ni deja escapar una palabra que manifieste acritud de ánimo, aunque no le faltaron ocasiones.

De sus virtudes religiosas, mayormente la sumisión a los superiores, hay hartos indicios en sus cartas. Notemos estos dos. Recomendando la vida común, le escribió el P. Fortis que sin permiso suyo nadie usara reloj (1). Al contestar a esta carta, dice que lo piden a Su Paternidad los tres ancianos Padres, Diego Martínez, Gallardo y Campra; pero para sí mismo ni lo pide ni lo rehusará, si se lo da, como mejor le parezca (2). El P. Monzón, Asistente entonces, una de las cosas que de parte del P. General le recomendaba, entre otras varias tocantes a la observancia regular, era que se guardase lo dispuesto en el Instituto acerca del trato con religiosas, confesarlas y demás que puede ofrecerse (3). El P. Cordón contestaba en estos términos: «En el punto de las religiosas debo decir a V. P. que todos estos tres

(1) Autógrafa de 1 de Septiembre de 1824, en la *Colec. Prov.*

(2) Octubre de 1824, sin día, original en *Cast. I.*

(3) Carta autógrafa de 6 de Noviembre de 1823, en la *Colec. Prov.*

años (de la dispersión) he vivido con algunos otros de los nuestros, hasta ocho, en una casa cedida gratuitamente por las Salesas, las cuales además nos enviaban todos los días hortaliza y fruta de su huerta en abundancia, y a menudo platos ya preparados en su cocina, y que debemos otros muchos favores a estas buenas religiosas. Ahora desean que yo las confiese de extraordinario; y dos o tres de ellas tratar conmigo las cosas de su alma una o dos veces al mes; lo cual puedo hacer sin perder tiempo empleando en eso el de paseo por la tarde. No me parece que esto es demasiado; sin embargo me atenderé a lo que V. P. disponga» (1). Costosa había de ser la resignación de la voluntad propia en la del Superior en tales circunstancias; ahí está, sin embargo, bien cumplida y manifiesta la del P. Cordón.

8. Fama de virtudes y santidad, ninguno de aquellos Padres ancianos la dejó como el P. Francisco de los Ríos, fallecido en Valencia en los comienzos de este período. Era natural de Santiago de Chile, y allí mismo entró en la Compañía y allí también estaba en la casa del Noviciado, llamada de San Francisco de Borja, cuando salió con todos sus hermanos desterrado a Italia por Carlos III. Las fechas principales de su vida son inciertas. Hubo de nacer en 1725 ó 27; entrar en la Compañía en 1745 ó 46 y hacer la profesión de cuatro votos el 15 de Agosto de 1761 ó 62. En ministerios espirituales con prójimos parece que se ocupó todo o gran parte del tiempo después de sus estudios, y en esa ocupación le cogió el extrañamiento el día 26 de Agosto de 1767.

Nada apenas sabemos de su vida en el destierro, sino su incorporación secreta a la Compañía restablecida en Rusia oficialmente, hasta que lo fué también en Nápoles, y él pasó a aquella ciudad a formar parte de la renaciente Provincia, en la segunda mitad de 1805. Destinado luego a Sicilia, se ocupó también allí en los ministerios con los prójimos hasta su vuelta a España en 1816. Hallóse en el restablecimiento oficial y solemne del colegio de Valencia, que referimos a su tiempo. Fué cosa singular que estando aquel día sano y bueno, sin más enfermedad que sus noventa años, a la mañana siguiente amaneció ciego (2). Imposibilitado por este mal y por su vejez para otras ocupaciones, se

(1) Original de 15 de Diciembre de 1823, en *Cast. I.*

(2) Carta de D. Pascual Antonio Ferrando y Gil al P. Zúñiga, de 31 de Agosto de 1816, autógrafa en nuestro poder.

dió muy de veras a la oración y vida interior, con lo cual y con algunas conversaciones familiares, que todas eran de Dios, hizo seguramente, no poco bien en las almas.

Al-ser disuelta la Compañía en España en 1820 tuvo que recogerse con los Padres Manuel Rodríguez, Francisco Benito y Timoteo Lloret al hospital que llamaban *del Milagro*, donde algún tiempo les permitió la autoridad tener para su asistencia dos Hermanos Coadjutores, pero después se los quitó, echándolos de Valencia con todos los demás de la Compañía, que habían quedado en la ciudad en casas de amigos o parientes. En este tiempo fué cuando más brilló la santidad del P. Rios, excitando, aun en aquel tan oculto rincón, la admiración y veneración de muchas personas, que acudían a él por consejo en sus dudas y por consuelo en sus tribulaciones, hasta el punto de despertar recelos en las autoridades liberales, que llegaron a ponerle incomunicado con toda persona que no fuera de su confianza.

El motivo determinante de esta última medida parece que fué haber el Padre anunciado con toda seguridad la caída próxima de la Constitución: predicción muy creída entre la gente como hecha con luz sobrenatural, ya por su fama de santidad, ya también porque parece lo habían experimentado en algunas otras, más o menos comprobadas, y en casos análogos de penetración de los corazones. También cuentan que predijo el día de su muerte, acaecida el 15 de Septiembre de 1823, cuando ya había sido restablecido en la ciudad el antiguo régimen (1).

Hiciéronse en su fallecimiento las demostraciones que el pueblo suele con los que mueren en olor de santidad: concurso innumerable a venerar el cadáver; tocar en él medallas, rosarios y otros objetos de devoción, llevarse por reliquia cuanto podían, de modo que fué necesario hacer a esto oposición enérgica para que no le dejasen desnudo.

Sepultado el día 16 en la parte del cementerio, destinada generalmente para los sacerdotes, luego el 19 fué trasladado a un nicho de la capilla, donde sólo parece que se colocaba a hombres señalados por su virtud más que ordinaria. Sobre el nicho se puso, tiempo adelante, formada con azulejos, esta inscripción:

(1) En *La Provincia de España* escribimos que el 14. Hemos visto después la partida de su entierro en el cementerio, firmada el 16, en que se dice «fallecido ayer».

JHS
 D. O. M.
 Hic jacet
 P. Franciscus de los Rios
 Societ Jesu
 Professus quatuor votorum
 In urbe S. Jacobi
 Regni Chilensis
 Natus
 An. Dom. MDCCXXV
 Obiit
 Clarus virtutibus
 Et futura praedicons
 Valentiae Edetanorum
 An. Dom.
 MDCCCXXIII

9. Entre los nuevos jesuitas fallecidos en este periodo, varios jóvenes dejaron de sí muy grata memoria por su vida edificante y fervorosa y por su apacible muerte.

El de más edad y más tiempo de Compañía apenas había cumplido veintinueve años, y no tenía aún ocho de religión. Llamábase Vicente Morera, natural de Taradell, diócesis de Vich y provincia de Barcelona, donde nació de padres honrados el 21 de Marzo de 1803. En Vich estudió la Gramática y en Barcelona la Filosofía, siendo fámulo del Seminario. Las revueltas de 1820 à 23 le hicieron interrumpir la Teología, que allí mismo había comenzado; y estudiando en Vich el segundo año, entró en la Compañía el 4 de Junio de 1824. La Moral la cursó privadamente en el Noviciado, después de hechos los votos, al mismo tiempo que tenía cierta superintendencia inmediata sobre los novicios. Ordenado de sacerdote en Septiembre de 1828, luego, por su mala salud, fué enviado primero a Alcalá y después, a los cuatro meses, a Manresa, como país natal, por ver si mejoraba. No fué así. La enfermedad, que era tisis, continuó avanzando los tres años largos que allí estuvo, parte, al principio y al fin en el colegio, parte, solo con dos coadjutores en la Residencia de la Santa Cueva, hasta que le acabó el 26 de Mayo de 1832.

Fué desde el noviciado muy dado a la oración, al desprecio de sí mismo, a la penitencia y a toda mortificación de la carne. Era como el alma del noviciado por su mucho espíritu, sus ejemplos y sus fervorosas conversaciones. Este vivo celo le llevaba después a querer trabajar en bien de los prójimos más de lo que

sus fuerzas sufrían; y lo que por medio de los ministerios no podía hacer, procuraba conseguirlo con larga oración y con duras penitencias, en que ni por lo avanzado de la enfermedad aflojó; y menos aún en el sufrimiento de sus molestias, abnegación de sí mismo y puntualísima obediencia. Sacramentado ya, todavía quiso ir, sostenido por sus hermanos, a la capilla el 25 de Mayo; y tan animado estuvo hablando allí con el Señor, que, aunque luego pidió la extremaunción, no creyeron llegado el caso de dársela; pero aquella noche, poco antes de amanecer el día siguiente, pasó a mejor vida (1).

Un año más tarde que el P. Morera entró en la Compañía el H. Carlos López Alda, nacido en Virgala Mayor, pequeño lugar de Alava, el 2 de Noviembre de 1806. Huérfano desde la infancia, llevóle consigo a los doce años un tío materno, capellán de las religiosas de Santa Brígida en Vitoria; y tanto él como otro tío de Carlos y las religiosas dieron después de su muerte testimonio de la mucha inocencia, piedad, recato y otras virtudes, no comunes en aquella edad, de que dió ejemplo hasta cerca de los diez y nueve años que tenía cuando entró en la Compañía, estudiada ya la Gramática, Filosofía y dos años de Teología. Daba sus horas a la oración, y su tío hubo de prohibirle que estuviera tanto tiempo en la iglesia por la noche; pero la continuaba en su aposento. Llegó a comulgar dos veces por semana, cosa entonces seguramente bien rara. En la compostura exterior, y particularmente en la guarda de la vista, fué, si cabe, extremado; y acaso hubo algún exceso de rigidez en el modo, dando lugar a que hubiera quienes se propasaran, no sólo a censurarlo, sino también a cogerle y levantarle violentamente la cabeza para que mirase a aquellos con quien hablaba. No menos singular es, sin duda, que supiera estimar y aceptara de buena gana la risa y dichos de la gente viéndole alguna vez con ropa no bien acomodada.

Tuvo algún pensamiento de ser cartujo; pero la vida de San Luis Gonzaga, que su tío de propósito le dió a leer, y la vista de algunos Padres nuestros, que se detuvieron unos días en Vitoria, camino de Loyola, le decidieron, después de mucho encomendarlo a Dios, a entrar en la Compañía. El 25 de Junio de 1825 empezó en Madrid su noviciado; y a poco de hechos los votos, pasó a Al-

(1) Carta de edificación, escrita por el P. Morey el 1 de Junio.

calá entre los primeros pobladores de aquel colegio, donde murió, de fiebre nerviosa dicen, el 6 de Agosto de 1828.

Fué, sin duda, joven fervoroso, mortificado y observante, que, si hemos de dar fe a sus palabras, pronunciadas poco antes de morir, y al testimonio del P. Seguí, su superior, que asegura habérselas hecho repetir varias veces, no se acordaba de haber quebrantado deliberadamente la más mínima regla, ni de haber dejado de apuntar un solo día el examen particular.

En el obedecer llegó a aquellos extremos que solemos decir ser más dignos de admiración que de imitación. Como cosa de obediencia tomó una vez al pie de la letra unas palabras del médico, que recomendándole con encarecimiento que se alimentase, le dijo aquella expresión vulgar: *Coma usted hasta que se lo alcance con el dedo*. Tan materialmente lo quiso cumplir en la primera ocasión, que alguno de los compañeros notó aquel comer sin tasa y el consiguiente malestar, y avisando al Superior, éste se enteró de lo que era y lo estorbó. En cambio otra vez, no sabemos si el mismo Superior u otro de los tres que tuvo en Madrid sucesivamente, probó de verdad su obediencia y abnegación tentando la disposición de su ánimo para sufrir menoscabos; y preguntándole si por imitar a Cristo desearía, conforme a la regla, ser tenido por loco, como respondiera que, llegado el caso, esperaba que no le faltaría para ello la gracia del Señor, le mandó que desde aquel momento hasta nueva orden fingiera estarlo. Inmediatamente empezó a hacer su papel y lo continuó por varios días, de modo que los de casa le tuvieron de hecho por loco. Y ni él dió un paso para que el Superior revocase la orden, ni por entonces se supo la verdad de lo ocurrido, porque ambos guardaron sobre ello absoluto silencio. En su última enfermedad, como el médico le hallara dos días sin calentura, le mandó tomar alimento; pero cuando se lo fueron a dar le había vuelto y lo rehusó, sintiéndose mal dispuesto para tomarlo. Esto le pareció después tan mal hecho, que pidió perdón al médico y penitencia al Superior.

Obediencia y mortificación mostró en otro caso que le acaeció también estando enfermo. Una medicina muy amarga, que había de tomar en dos o tres porciones pequeñas, se la dió por equivocación el enfermero de una vez, y él la tomó sin replicar y saboreándola, como hacía con todas y se cuenta de algunos santos y varones ilustres. Este espíritu de mortificación ejercitó en

otras muchas cosas, de que sólo citaremos algunos ejemplos más sobresalientes. Sin decir una palabra sufrió las fuertes molestias de un divieso en la parte posterior del cuello, exacerbado con el roce del de la sotana, alto y muy duro, hasta formar una extensa llaga. La gran mancha que advirtieron en el de la camisa, hizo conocer el mal y medicinarlo. Más grave fué y más ejercitó su paciencia el de viruelas, que tuvo en Alcalá y obligó a separarle de la comunidad para evitar el contagio. Por lo maltratado que había quedado el edificio, siendo cuartel, y los pocos recursos y aun poco tiempo que para repararlo había habido, solamente se habían arreglado las piezas indispensables; y así ahora fué necesario poner al enfermo en una bien desacomodada y aun mal defendida de las inclemencias del tiempo. Cerca de cuarenta días pasó en ella el joven estudiante; y no sólo llevó con grande igualdad de ánimo las molestias de la enfermedad, del aislamiento y de la estancia, pero ni aun preguntado ya al fin mostró deseo de volver a la compañía de sus hermanos, contentándose con responder al Superior que nada quería sino lo que él dispusiera.

En la abstinencia se excedió, reduciéndose a la sopa al mediodía y una ensalada por la noche, teniendo que moderar los Superiores tales excesos. No menos tuvieron que irle a la mano en otras penitencias que deseaba hacer aun estando enfermo, hasta querer como San Luis, disciplinarse pocos días antes de morir. La mortificación de los ojos y recato en la guarda de la vista bien se deja entender cuál sería en la religión, habiendo sido tan rígida en el siglo. Ni en el esplendor de los templos en las grandes solemnidades se permitía dar alguna satisfacción a la natural curiosidad. Hay de esto, fuera de otros, un ejemplo ciertamente insigne. Celebrábase en Alcalá con gran pompa y solemne procesión la fiesta anual en honor de las sagradas formas, que allí se conservan incorruptas desde el siglo xvi. Teniendo que asistir a ella el Superior, llevó de compañero al Hermano Alda; pero aunque estuvo en lugar que con sólo alzar los ojos podía ver tan sagrado objeto, ni para eso los levantó, y se volvió a casa sin haber visto nada de tan lucida fiesta. Aun añadió que había estado mortificado por el concurso de tantas mujeres, con quienes sin duda tuvo que rozar, cuando se acercaban a ver las santas formas, y que de mejor gana hubiera tomado una recia disciplina.

Entiéndese que estos actos aquí traídos aisladamente, no lo estaban en la vida del H. Alda. Son como flores, no únicas, sino más grandes y hermosas o, si se quiere, más visibles por otros conceptos, de un jardín bien cultivado y poblado de ellas. La vida de un novicio o de un estudiante de la Compañía no se presta al ejercicio de virtudes deslumbradoras; pero la constante fidelidad y exactitud en las observancias exteriores; la aplicación suave y firme a la vez de la mente a la oración y a todos los ejercicios que constituyen la vida interior, y de la voluntad al señorío y dominio de todos los movimientos desordenados del ánimo y a la adquisición por actos internos y externos de las virtudes contrarias; las relaciones y trato continuo con todos, superiores y compañeros; todo esto ofrece abundante materia para el ejercicio de virtudes oscuras y apenas perceptibles, sino a ojos muy perspicaces, pero de gran eficacia santificadora y de gran mérito ante Dios. Sin tomar rigurosamente a la letra cuanto en este sentido se lee del H. Alda, puede asegurarse que pasó de lo vulgar su diligencia en aprovechar y todo el tenor de su vida religiosa. Este fervor de espíritu, junto con la inocencia, conservada siempre sin mancha de culpa grave, por testimonio de sus confesores, nos parece que le hacen digno de memoria en este lugar (1).

Algunos otros jóvenes dejaron de sí grata memoria por su inocencia y vida ejemplar en el fervor del espíritu, y en la observancia de la disciplina religiosa. Comunes son a todos ellos la exacta obediencia, la práctica del amor de la pobreza en las cosas menudas que pendían de su elección, la fiel observancia de las reglas, la afición a la oración y diversos ejercicios del tra-

(1) *Carta del P. Seguí sobre su vida y virtudes.* En esta larga carta su autor exagera la virtud del H. Alda, aunque expresamente protesta de lo contrario, pintando una perfección ideal como realizada en él hasta en las cosas más menudas. La exageración llega al extremo de afirmar y aun repetir, como sabido por su confesión general de toda la vida, hecha poco antes de morir, que su mayor falta en toda ella fué «haberse juntado una vez, siendo muy niño, con otros de su edad, que estaban jugando y enredando; en lo cual presumía no haber hecho bien, no porque él tuviera entonces malicia ni conocimiento alguno, pues apenas había cumplido tres años, sino porque le reprendió un abuelo suyo, diciéndole que no se juntase más con ellos» (Páginas 16 y 63). Los hechos que aquí hemos entresacado, no presentan visos de exageración y dan idea del espíritu fervoroso, sin duda, y tal vez demasiado rectilíneo del joven escolar.

to con Dios, la devoción y amor para con nuestro Señor Jesucristo y su Santísima Madre, la mortificación de los sentidos y de las pasiones, el hablar de Dios, la delicadeza de conciencia, el sereno sufrimiento en las enfermedades y contradicciones. Los que de ellos nos hablan, los comparan y aun los igualan con San Luis, San Estanislao y San Juan Berchmans. Aunque no sea fácil convenir en tan encarecido elogio, tampoco se le puede negar todo fundamento, mayormente cuando se le dan a una superiores y compañeros, y éstos aun muchos años adelante.

Del H. Mariano Creus, barcelonés, muerto en Madrid el 1 de Mayo de 1826, de poco más de veinte años de edad y uno y medio de noviciado, escribió una sucinta biografía, anciano ya, su connovicio, el P. Ramón García, insertando en ella la carta que para anunciar su muerte dirigió a las otras casas el Superior del Noviciado, y los testimonios de otros tres connovicios, a quienes pidió datos para su obrita (1). Uno de éstos, que no nombra, pero que conjeturamos haber sido el célebre misionero, Padre José Mach, le escribía entre otras cosas: «Tuve la dicha de vivir en su cuarto muchos meses. Eramos Creus, Callejo, Martorell y yo. Todo cuanto se lee de la modestia, recogimiento, obediencia y unión con Dios, no diré ya de Alda y Aldasoro, sino también de San Luis Gonzaga, San Estanislao y el Beato Berchmans, todo se puede decir de nuestro Mariano» (2). En la carta necrológica se lee que «parecía un retrato vivo de nuestro hermano Berchmans, de Estanislao, o más bien un ángel en carne humana» (3). Y el autor por su cuenta repite lo mismo. «A todos nos parecía, dice, haber bajado del cielo San Luis Gonzaga o alguna de las otras dos perlas de la Compañía, San Estanislao o el Beato Juan Berchmans; ni creo que viviendo con cualquiera de los tres hubiera sido mayor el gusto, ejemplo y fervor de sus connovicios» (4).

Hubo de singular en su muerte, que en el mismo momento o poco después le vió en sueños un joven cartujo, amigo suyo, Fray Bruno Vila, como él mismo lo refiere en carta que va impresa al fin de esa biografía. Vióle durmiendo después de los maitines de

(1) En el título de la *Vida* se le llama *Escolar aprobado*, sin duda porque hizo los votos a la hora de la muerte; pero no había terminado el noviciado.

(2) Página 24.

(3) Página 27.

(4) Página 15.

media noche, como algo elevado en el aire, cubierto con larga sotana, más blanca y hermosa que la nieve, y rodeado de un arco de fulgente resplandor. Púsose el dedo en la boca, como indicando silencio; levantó luego el brazo señalando al cielo y desapareció. Quedó el monje dudoso de si sería puro sueño; lo contó a la mañana al Maestro de novicios, que lo tomó por tal; y no hubo más memoria de ello. A los quince o veinte días, estando en Barcelona para recibir las órdenes menores y el subdiaconado, le dieron la noticia de la muerte de su amigo; y preguntando el día y la hora, halló que había sido casi al tiempo mismo en que él le había visto en sueños.

Semejantes elogios se hicieron del H. Miguel Aldasoro, natural de San Sebastián, educado en Azpeitia, en casa de un tío suyo desde los nueve años, y recibido en el noviciado a los dieciséis no cumplidos, el 29 de Octubre de 1826, que vino a morir tísico al terminar la Filosofía en el Colegio Imperial el 12 de Junio de 1832.

La larguísima carta que acerca de él dirigió a toda la Provincia el P. Morey, se extiende en declarar la perfección suma con que procedió en todos los actos de la vida ordinaria y en la práctica de todas las virtudes cristianas y religiosas, pintándole y ofreciéndole expresamente como acabado modelo del estudiante de la Compañía. Sólo en una cosa le hace desemejante a nuestros tres Santos jóvenes, y es en haber sido combatida su pureza por fuertes y casi continuas tentaciones hasta poco antes de morir, y aun haber tenido que resistir en la niñez a la procacidad desenvuelta de otros muchachos, y en una posada durante el viaje a Madrid, a la brutalidad de un hombre sin pudor. En nada, sin embargo, fué nunca ajada la flor hermosa de su virtud angelica (1).

Poco antes que el H. Aldasoro había muerto el H. Daniel Gabriel Morey en el Noviciado de Madrid. Era sobrino del P. Antonio Morey, y su tío debió de vencer las dificultades que parece

(1) Esta carta, fechada en 1 de Abril de 1833, aunque firmada por el Padre Morey, como Provincial, nos parece escrita por el P. Seguí, Rector del Colegio Imperial cuando en él murió el H. Aldasoro. Séalo o no lo sea, ciertamente idealiza la figura del joven escolar, como lo está la del H. Alda, bien que no sin algún fundamento en su vida y muerte, fervorosa y edificante, sí, pero no tan perfecta como aquí esta pintada. Esto era muy propio del P. Seguí, extremoso en todo por su falta de criterio.

hubo para su entrada en la Compañía; pues por fin salió de Palma de Mallorca, su patria, para el Noviciado, estando él allí de Superior interino, en Septiembre de 1829, y detenido por una enfermedad en Valencia, llegó a Madrid los últimos días de Octubre, con su tío sin duda, que también llegó entonces, aunque había salido de Mallorca mucho más tarde.

Había nacido el 3 de Enero de 1814, y a los diez años, cuando a principios de 1824 fué de nuevo devuelto a la Compañía el colegio de Montesión, le pusieron sus padres a estudiar en él. Fué para sus compañeros modelo de aplicación, de piedad y de todo buen proceder tan conocidamente, que poniendo una vez el maestro a votación entre todos sus discipulos el primer premio de modestia y buena conducta, por unanimidad le fué adjudicado a Gabriel. Aun el celo supo ejercitar discretamente para llevar a sus compañeros a las prácticas de devoción y frecuencia de Sacramentos. Pero lo más singular en él fué sin género de duda el espíritu de penitencia, no habiendo llegado a perder la inocencia. Porque ya en aquellos cortos años empezó a usar con frecuencia y regularidad el cilicio y la disciplina, en secreto y aun en público los tres días a la semana que la había en la iglesia de San Felipe Neri; y al ayuno de toda la cuaresma, añadió el año antes de entrar en la Compañía dos o tres días cada semana. Hasta derramar sangre se castigó en cierta ocasión una y dos veces por alguna falta de puntualidad a la clase, no se sabe si con culpa o sin ella, pero en fin, reprendida con afectado rigor por el Prefecto.

De su vida religiosa no se cuentan semejantes asperezas, aunque se dejan entender, salva la obediencia, en quien todavía seglar las practicaba. Tampoco se cuentan otros casos singulares en el ejercicio de las virtudes; sino sólo en lo general dan testimonio los PP. Garcías y Berdugo, que antes y después de su tío fueron sus Maestros de novicios, de haberse distinguido entre sus compañeros por el fervor de su espíritu, por la regularidad de sus acciones y por la mortificación de sí mismo, que ejercitó aun durante la larga enfermedad de que murió.

Enfermó en el verano de 1831 y arrojó luego gran cantidad de sangre por la boca, quedando muy pronto desahuciado de los médicos. Juntamente con los dolores y molestias anejas a su mal tuvo que sufrir, primero por unos días grandes congojas de espíritu, por creerse abandonado de Dios y condenado sin remedio,

y después un grandísimo temor, con la aflicción consiguiente, de ser despedido de la Compañía a causa de su enfermedad, puesto que cumplidos ya los dos años de noviciado, nada le decían de los votos. Morir no le importaba; salir, eso era lo que él miraba como se suele mirar la muerte. Sintióse asegurado en la fiesta de San José, a quien lo pidió con gran fervor, y pocos días después, agravándose repentina e inesperadamente, recibió los Sacramentos, hizo los votos al recibir el Viático, y falleció entrada la noche el 30 de Marzo de 1832. «No sabré bien explicar, dice el P. Berdugo, todos los afectos que causó su dichosa muerte. Toda la noche la pasamos alabando al Señor y derramando lágrimas, no de tristeza y desconsuelo, sino de ternura y devoción. Se nos representaba muy al vivo la muerte de San Estanislao, aquella carta que escribió a María Santísima, el intercesor que le alcanzó la gracia, los novicios que le rodeaban a la última hora, su celestial alegría en aquel trance y su felicísimo tránsito de esta vida a la eterna. Me abstengo de toda comparación; pero es cierto que se nos ofrecían estas consideraciones y otras no menos placenteras y consoladoras, al ver difunto delante de nuestros ojos, como una flor recién cortada en los primeros días de la primavera, a un joven de diez y ocho años, tan cándido, piadoso y espiritual, que había servido a Dios desde la niñez, que todo lo había dejado por su amor, y que acababa de hacer los votos de la Compañía de Jesús. Por lo que respecta al Noviciado, estoy viendo con gran consuelo mío, que su muerte ha causado en el ánimo de todos los jóvenes un vivo deseo de aspirar a la perfección, como se cuenta haber sucedido en el fallecimiento de nuestros Santos y varones ilustres» (1).

(1) Carta de edificación de 13 de Mayo de 1832.

CAPITULO IV

VIDA INTERNA DE LA PROVINCIA. PELIGROS DE UNA REFORMA INDISCRETA

1. Reformadores indiscretos: los PP. Ramón José de Frías y Cayetano Seguí. 2 Rigor excesivo.—3. División de ahí originada.—4. Poco acertado informe del P. Morey.—5. Ruidoso suceso de Alcalá.—6. El P. Puyal retirado de Palacio.—7. Nuevo y más fuerte informe del P. Morey ya Provincial.—8. Juicio del P. Roothaan.—9. Postulados de la Congregación Provincial relacionados con esta materia.—10. Las costumbres de la Provincia.—11. El P. Seguí trasladado a Italia.—12. Advertencia final.

1. No solamente se iba poniendo remedio los últimos años en las cosas de la disciplina regular, que lo necesitaban; sino que se fué en el estrechar su observancia demasiado allá, demasiado de prisa y con modo áspero y duro, falto de la debida caridad y discreción, iniciándose una desviación del verdadero espíritu de la Compañía en el gobierno y en todas las relaciones entre superiores y súbditos, cierta disensión entre los fautores de ella y los que, conociéndola, procuraron evitarla, y una situación difícil para la Provincia, de que la sacó por fin, el P. Roothaan. Vamos a exponer con la mayor fidelidad, aunque no menudamente, todo lo acaecido en este asunto.

Dijimos antes cómo a mediados de 1826, apenas acabados sus estudios, vino de Italia el P. Ramón José de Frías, joven de veinticinco años, y el P. Cordón le puso al frente de las dos casas que teníamos en Valencia, Colegio y Seminario, por no tener otro y contar con sus buenas prendas para el desempeño de aquel cargo. Antes de acabar el año volvió también el P. Seguí, que no le llevaba de edad uno, y al poco tiempo le fué dado, a petición suya, como Ministro del Colegio, donde se recordará que por entonces puso el P. Cordón a nuestros jóvenes humanistas. Estos dos Padres, ya por noticias, que aun en Roma debieron de tener, ya por lo que aquí vieron por sus ojos, conocieron lo que faltaba para la perfecta observancia; las deficiencias ya indicadas en la

formación religiosa y literaria de novicios y estudiantes; el descuido en varios puntos de disciplina regular, no graves en sí, pero que observados, dan a las personas y sobre todo a las comunidades su aspecto religioso y edificante, y no observados, se lo quitan en mucha parte; y la omisión de algunos de los medios ordenados por el Instituto para corregir esos defectos y fomentar el espíritu interior, que ha de ser el alma de la vida religiosa y la única base firme de la disciplina externa. A vista de este mal, no supieron proceder con la madurez, tacto y prudencia que era debido.

Juntos primero los dos en Valencia y separados después, el uno allí y el otro en Alcalá, emprendieron con gran calor la reforma, animados, sostenidos y aplaudidos en aquellos comienzos por el P. Cordon. Repetidas veces en las cartas al General elogia el celo, la actividad y aun la prudencia y buen modo con que el P. Frías iba poniendo en buen estado las dos casas de Valencia (1); y del P. Seguí estaba tan satisfecho, que en el Colegio de Alcalá tenía sus delicias, y allí veía realizarse el verdadero establecimiento de la Compañía española (2). Solamente notó en ambos alguna dureza en el gobierno, pero suavizada luego, a su parecer, y reducida al justo medio de la firmeza sin acritud (3).

Es indudable que los dos promovieron muy eficazmente la observancia de la disciplina religiosa, suprimiendo los abusos, corrigiendo las faltas, exigiendo el exacto cumplimiento de las reglas, constituciones, ordenaciones de los generales y cualesquiera otras prescripciones, y regularizando y sistematizando todas las acciones hasta el exceso, como luego veremos (4). Tuvo la parte principal en este punto, como en los demás que con él están relacionados, el P. Seguí, ya por su mayor actividad y celo, bien o mal entendido, ya también porque el P. Frías pasó luego

(1) 11 de Septiembre y 9 de Octubre de 1826 y 25 de Enero de 1827. Originales en *Cast. I*.

(2) Cartas, al P. Seguí de 21 de Noviembre de 1827 y al P. Fortis del mismo mes y año, sin día. Está original en *Cast. I*; de aquella algunos párrafos en una del P. Seguí al P. Puyal de 2 de Julio de 1830, copia en *Cast. II*.

(3) Carta de Noviembre citada al P. Fortis y otra al mismo de 10 de Septiembre del mismo año, original también allí.

(4) El P. Seguí decía al P. General en 1832 que tenía escritos para el gobierno de los Hermanos estudiantes dos tomos bastante voluminosos. (Carta de 24 de Junio.)

a ser maestro de los Infantes, hijos de D. Carlos, quedando sin intervención en las cosas domésticas; mientras que el P. Seguí siguió gobernando cinco años, y no un colegio cualquiera, sino los dos más importantes, a lo menos para lo que a este asunto se refiere: el de Alcalá, donde cogía a los jóvenes al salir del noviciado, y por eso y por estar casi solo pudo hacer más fácilmente cuanto quiso (1), y el Imperial, donde debía continuar su formación religiosa y literaria, y había además un internado para alumnos seglares y un externado, por el número, por su situación en la Corte y por los estudios mayores que en él se cursaban, el primero de España. Así, aunque en este asunto, además del Padre Frías, entraron algunos otros; vino a ser con mucha razón llamado y considerado como asunto del P. Seguí, con tanto mayor razón, cuanto que él trajo a esos otros a su manera de pensar. Los dos jóvenes y nuevos Superiores viciaron su celo por el remedio de los males que aquí encontraron, a más de otros defectos, que después notaremos, con una flaqueza y un error: error que vinieron a agravar con una confusión o equívoco primero, y con una gravísima imputación más tarde, nacida de él.

La flaqueza fué que, en vez de hacer el bien callando y como quien ni trata de ello, se dieron aires de reformadores de la Provincia. De esto los tildaron luego, sobre todo al P. Seguí (2), y por toda la correspondencia suya y de los otros con el General se entiende claramente que hubo algo de esto. Véase lo que aquél escribía al ser nombrado Rector del Colegio Imperial. «Todos los que deseaban la observancia dan gracias a Dios por haber inspirado a V. P. que me pusiera a mí en este Colegio. Solamente yo lloro viendo mis pocas fuerzas espirituales para este cargo» (3). La frase primera tiene algún fundamento; pero su autor, cuando parece que sólo expone el modo de pensar ajeno, descubre manifestamente el propio, que en vano viene a querer encubrir la segunda frase puramente formularia. Esa jactancia no

(1) «Aquí se hace mucho, y eso que estoy solo (no sin providencia del cielo), porque así todo va a mi modo.» (Carta de 15 de Mayo de 1828 al P. la Peña. Original en *Cast. II*.)

(2) «De esta manera, sin polvareda, y sin que nadie me haya podido tachar de reformador, pues este titulo me lo encabezaban, por creer que iba de mancomún con el P. Frías...» Carta del P. Seguí al P. Peña, Alcalá 9 de Febrero de 1829, original en *Cast. II*.

(3) 22-24 de Septiembre de 1828, id. id.

era, sin embargo, tan descarada que todos la entendieran. Por eso hubo, en efecto, quienes no conociéndola, y sabiendo solamente el celo del P. Seguí por la observancia y lo bueno de sus efectos en Alcalá; se alegraron de su nombramiento para el Imperial, donde el gobierno de los ancianos y sobre todo del último, había adolecido de los defectos, a que difícilmente se sustraen los muchos años, agravados aquí por las circunstancias que ya conocemos. Mas no faltaron quienes la entendieron; y entendiéndola no pudieron ver con buenos ojos, ni a los reformadores, ni la reforma, aunque hecha debidamente, la desearan tal vez tanto como ellos.

Juntaron con esta flaqueza y aun andaba mezclado con ella, el error de querer ponerlo aquí todo, aun las cosas más menudas, como ellos lo habían visto en Italia; y por si no lo sabían o recordaban bien, pedían y recibían de allá instrucciones y noticias de los usos y costumbres de Italia, particularmente de Roma, para introducirlos en España. Todo cuanto se practicaba en Alcalá decía expresamente el P. Seguí que lo había sacado de los papeles enviados de Roma (1); y el P. Frías, que su Seminario de Valencia se iba arreglando por los modelos de Italia, en la parte que se podía, terminando su carta con esta postdata: «Si encuentra alguna cosa de nuevo perteneciente a la Compañía, acuérdesse de los PP. Seguí y Frías, que son apasionados de las antigüedades de la Compañía y de los usos de Roma, *a qua nulla unquam dimovere nos poterit auctoritas*» (2). En trasladar a España los usos de Roma bajaban a pequeñeces como éstas: «Diga al Padre Ferrari, escribía el P. Seguí, que los estudiantes ya están todos conforme me escribió estaban antiguamente (en Italia, se entiende). Los aposentos todos tienen sus cuadros propios; cada Hermano su tavolino (mesita) pintado a nogal, su velón, etc. Detrás de todas las puertas hay unos avisos sacados del reglamento o *regole delle camere*, que me enviaron», etc. (3). Es cosa que trae a la memoria involuntariamente la célebre sátira del P. Isla en *Fray Gerundio*, ridiculizando en los españoles de entonces el prurito de imitar a los franceses:

«Yo conocí en Madrid una Marquesa
Que aprendió a estornudar a la francesa.»

(1) Al P. Peña, Alcalá 19 de Octubre de 1828, *id. id.*

(2) Al mismo, Valencia 20 de Mayo de 1828, *id. id.*

(3) Al P. Peña, carta citada.

No estará de más advertir aquí de paso, para que se conozca la poca discreción de estos Padres, y así se entienda mejor toda su conducta en estas cosas, que sobre ellas, sin exceptuar las más graves acusaciones contra los principales Padres de aquí, como luego veremos, tenían correspondencia, no sólo con el Padre General, sino también con otros dos de Roma. Uno era el P. Ildefonso de la Peña, llegado allí de Méjico poco antes de que ellos salieran, y ocupado ahora en la curia con el cargo de Procurador de la Provincia de España. No debían, ciertamente, escribirse a él cosas tan graves, ni aun para que él las comunicase al P. General, sino al General mismo directamente. Mucho menos debían escribirlas al P. Ferrari, o decir al P. Peña que se las comunicase, puesto que no tenía cargo alguno en la curia generalicia, sino el de Rector del Seminario de Nobles. El Padre Roothaan advirtió al P. Puyal, siendo Provincial, que le escribiese a él directamente y no por conducto del P. Gil, cuando estuvo en Roma, como lo hizo algunas veces; y eso que el P. Gil, aunque ausente, conservaba el cargo oficial de Consultor de Provincia y Socio del Provincial.

Trataban ellos de justificar aquella copia servil de las costumbres de Roma con la idea de que por estar a la vista del General, en nada podían ser contrarias, sino que habían de ser plenamente conformes al Instituto, mientras que aquí no había ya quien transmitiera las puras y legítimas de nuestros mayores; y por otra parte se debía procurar la mayor uniformidad posible aun en las menores cosas en toda la Compañía (1). Pero aparte del exceso que en esto último puede haber y de hecho hubo aquí entonces, mal encubierta se ve en esas razones, y quizás en el hablar la ocultaban menos, la idea de que en España no había quienes tuvieran formación ni medianamente jesuítica, ni conocieran el Instituto sino ellos, que habían estado en Roma. Lo primero en general lo repiten mil veces en su correspondencia, y apenas reconocen excepción alguna. «Los Superiores que ahora hay en la Provincia, todos (menos yo), dice el P. Seguí, son buenísimos y muy edificantes; pero generalmente están muy ayunos de Instituto y de historia nuestra» (2). Lo último se sobreentiende en todas sus cartas, y aun alguno lo expresó terminantemen-

(1) El P. Frías al P. Peña, 13 de Octubre de 1827, original en *Cast. I.*

(2) Al P. General, 31 de Enero de 1830, original en *Cast. I.*

te con toda la llaneza y simplicidad que se verá en estas palabras, dirigidas al P. Peña: «He recibido la adjunta Instrucción que V. R. me remite, lo cual le agradezco sumamente, y la he participado al P. Seguí, el cual va de acuerdo conmigo y yo con él y con el P. Frías y Lobo y el P. Riera, mi Ayudante, *que somos los que más hemos visto el espíritu de la Compañía en Roma*» (1). ¿A quién no hará sonreír esto, sabiendo que quien lo escribe, el P. Miguel Garcías, Maestro entonces de novicios, no había estado en Roma sino cuatro o cinco meses? Bien se deja entender que todo esto no podía menos de dar en rostro a muchos, hacer que mirasen mal aun las prácticas de suyo buenas y oportunas, e indisponerlos contra lo que empezaron a llamar *costumbres de Italia, cosas del P. Seguí*, y contra el mismo P. Seguí, que sin género de duda fué, si no el primero en el tiempo, ciertamente el más decidido, intrépido, activo e indiscreto promovedor de ellas. La indiscreción, si es que sólo fué indiscreción, no paró aquí. Presentaron como nacida de espíritu nacional y aun como *oposición a Roma* la que aquí se les hacía en su empeño de introducir los usos y prácticas de Italia, no tanto por los usos y prácticas en sí mismas, ni aun por traerlas de fuera, como por las otras circunstancias indicadas en el modo de introducirlas. Es verdad que hubo algún resentimiento contra Italia en defensa de España, causado, ya por el mal concepto, que allá mostraban tener de nuestras cosas, a causa principalmente de lo que estos jóvenes decían y escribían, ya también por lo que allí habían experimentado algunos otros de los que estuvieron los años pasados (2). Así lo reconoce y en parte excusa el P. Puyal. De modo que, aun existiendo ya antes algunos de los motivos de ese resentimiento, con todo, «hasta que vino el P. Frías, dice, no se había oído una palabra sobre el caso. Éste, y después el P. Seguí, son los que con gran celo, pero *non secundum scientiam*, han ocasionado esta división. Según ellos sólo en Italia se conocía el Instituto, sólo allí había observancia; sólo allí se hacía todo con orden, con exactitud, con decoro; los que no habían estado allí, no sabían siquiera lo que era Compañía, y aun los mismos viejos no entendían una palabra de nuestras cosas. Estas máximas, que repetían con frecuencia, juntas a las instrucciones secretas,

(1) El P. Garcías, 14 de Abril de 1828, id. id.

(2) El P. Puyal al P. General, 30 de Nov. de 1829; original en Cast. II.

que significaban tener de N. P., con la adición del grande aprecio que hacía de ellos, etc., etc.; todo esto, ¿qué había de producir, sino división y cisma?» (1).

Lo que llamaban oposición a Roma era cosa más grave todavía, como que significaba resistencia a la autoridad del General y aun independencia de él. Con todo, si al principio equivocadamente, después ya sin rebozo acusaron de tener esas ideas y espíritu generalmente a sus contrarios de aquí y aun determinadamente a los dos principales, el P. Puyal y el P. Gil. Recuérdense aquellas palabras del P. Frías hablando de las costumbres de Roma: *a qua nulla unquam dimovere nos poterit auctoritas; de Roma jamás nos apartará autoridad alguna*. Semejantes son otras en que da por causa de sus amarguras *el haber sido el primero en declararse por Roma* (2). Y si esas pueden parecer equívocas, no lo parecerán ya éstas del P. Seguí al P. General: «Es cosa cierta que aquí quieren pasar por superiores sin otro mayor; y entre los de fuera nunca mientan para nada el nombre ni la autoridad del General (3). El Provincial en todo sigue la etiqueta o ceremonial de los generales de otras órdenes religiosas, completamente independientes de Roma.» Y trae en confirmación de su idea el hecho de haber el P. Puyal nombrado Viceprovincial al P. Gil, al partir para la visita de Mallorca, y delegándole todas sus facultades para el gobierno de la Provincia hasta su vuelta, suponiendo que tal nombramiento y por tal motivo excedía las del Provincial, y dándole esta formal interpretación: «Esto creo que ha sido por hacer lo que hacen los Superiores generales aquí en Madrid. De modo que también la Compañía (como me escribió el P. Morey) tenga en esta corte su Vicario general» (4). No hallamos que el P. General tomase en consideración este punto, con ser de suyo gravísimo; o porque vió lo vano y aun falso de sus fundamentos, y del P. Seguí había empezado ya a desconfiar; o porque sabía bien que no había tales intentos de independencia, y que el disimular, hasta cierto punto, la dependencia a los ojos del Gobierno podía ser conveniente y aun necesario,

(1) Al P. Peña, 9 de Junio de 1828, id. id.

(2) Carta citada al P. Peña, de 20 de Mayo de 1828.

(3) Nada menos que a Calomarde escribió el P. Puyal que para tratar de los estudios generales esperaba el parecer del P. General, como antes dijimos (Lib. III, c. II, p. 245).

(4) El 26 de Abril de 1830; original en *Cast. II*.

para que no se empeñara en suprimirla. Se quejó, sí, de que el P. Puyal hiciera algunas cosas sin contar con él; pero no lo atribuyó a espíritu de independencia, sino a inadvertencia o precipitación (1).

2. Como ya se va viendo, y se verá más claro todavía en lo que queda por decir, al paso que mejoraba, que sí mejoró por diligencia principalmente del P. Seguí, la disciplina religiosa, se iniciaban por su modo indiscreto de proceder en eso otros daños mayores, que por fortuna se atajaron. Uno fué el rigor excesivo en imponer penitencias por las faltas, en humillar y mortificar a los súbditos por vía de prueba o de ejercicio de su virtud, y el empezar con eso a predominar en ellos el espíritu de temor sobre el de amor en la observancia y en el trato con los superiores. De algunos de estos extremos da testimonio, sin advertirlo, el mismo P. Seguí en carta al P. Peña, cuando haciendo su propio panegirico y diciendo que Dios confirma su proceder y que sus jóvenes de Alcalá, aun «los más bravos del Imperial», es decir, los que allí habian vivido, según él, en completa relajación, eran excelentes, dice de ellos: «Bástele saber que he hecho con muchísimos algunas pruebas, que Dios sabe qué me hubiera sucedido a mí, si de igual o semejante manera me hubieran tratado. Les he mortificado *publice et privatim*; y con todo esto me tienen un amor y afecto tan de hijos, que sería cosa larga decirle el recibimiento que me hicieron cuando vine de Madrid, y las ansias con que deseaban mi vuelta» (2). El valor de esas demostraciones, sin atribuir las a fingimiento, lo sabrán entender muchos de los lectores; del amor y afecto tan de hijos, que supone en los súbditos, aunque en el tiempo de su gobierno en Alcalá no tenemos noticias, se podrá muy fundadamente juzgar por lo que vamos a decir del de Madrid. Como menos expuesto a la tacha de parcial, aduciremos el testimonio del P. Clemente Boulanger, uno de los Padres que, obligados a salir de Francia por la revolución de Julio, vinieron con algunos estudiantes al Imperial. «Cuanto al gobierno de nuestros hermanos escolares, decía al P. General, me parece que el P. Rector ha procedido ordinariamente con modo áspero y aun duro en las reprensiones, como si

(1) Cartas al mismo P. Puyal de 13 de Julio de 1830 y 11 de Enero de 1831. *Registro*.

(2) Alcalá 9 de Febrero de 1829, original en *Cast. II*.

quisiera traerlos a la exacta observancia de las reglas con intimidaciones y amenazas; de lo cual han tenido algo también los subalternos. Yo he hecho por persuadirme de que lo exigiría así la diferencia de carácter o cierta relajación que, según entiendo, había en esta casa antes de venir el P. Seguí; pero nunca he podido quitar de mí la idea de que ese no es espíritu de la Compañía. Se le advirtió al buenísimo P. Morey, Provincial, y desde entonces ha habido mucha enmienda. Con todo, parece que se sigue empleando como principal móvil el miedo a las penitencias y reprensiones con preferencia al amor y a la confianza... *Lo indicado en este artículo es, sin duda, la causa de que en la Provincia se tema venir al Imperial* (1). Así escribía el P. Boulanger, aunque teniendo al P. Seguí por bueno, y por tan bueno, que eso era lo que le hacía dudar de si tal proceder lo exigiría el carácter español. El P. Luis Rodríguez, súbdito algún tiempo del P. Seguí en ese colegio, siendo ya Vicerrector de Sevilla, escribía que por cosas de nada amenazaba con la expulsión e imponía fuertes penitencias, v. gr., una disciplina al cocinero porque no le salió bien sazónada la comida, y que allí, en su mismo colegio, se temía al P. Seguí más que al Provincial (2).

De este mal espíritu participaron algunos otros Superiores; y aunque no todos, a lo que entendemos, pero sí ciertamente algunos por influjo del P. Seguí. El P. Torroella, que lo fué de Alcalá de 1831 a 1835, tuvo antes en el Imperial, como Ministro suyo, según él mismo confiesa, fama de hombre de pocas palabras, muy severo, y de semblante no apacible, sino terrible (3); y en Alcalá estrechó la observancia de manera, y él y el Ministro y aun los bedeles con su autoridad, imponían tan duras penitencias por faltas insignificantes y aun por lo que no era falta ninguna moral, como el ser uno el último de la clase, que el P. Félix Villavieja, trayendo casos particulares, pudo decir que la disciplina doméstica se guardaba con todo rigor estrictísimamente, de modo que en lo exterior, ni en un ápice dejaba de observarse el Instituto; pero que se echaba muy de menos el espíritu de amor, tan propio de él, y de San Ignacio, y que ya por esa dureza, ya por cargar a los jóvenes con demasiado trabajo de

(1) Al P. General 10 de Mayo de 1832, original en *Cast. II*.

(2) Autógrafo al P. Gil, Sevilla 24 de Enero de 1832, *Col. Gil*.

(3) Al P. General, Alcalá 10 de Enero de 1831, original en *Cast. II*.

estudio, habían perdido varios la salud y algunos la vocación (1).

3. Otro daño iniciado en la Provincia, y de que ya en lo dicho se ven algunas manifestaciones, fué la división introducida entre los principales sujetos de ella. División de pareceres en lo que unos llamaban novedades, nimiedades, imprudencia y dureza del P. Seguí, y otros reforma imprescindible, prácticas legítimas, celo ardiente y bien dirigido de la observancia. División también de los ánimos, aunque menor, y que en lo exterior no pasó de alguna tirantez en el trato de unos con otros. Estas divergencias no tardaron en nacer, puesto que ya en Enero de 1828, escribiendo al P. General, notaba el P. Gil como faltos del espíritu de la Compañía *a ciertos sujetos venidos recientemente de Italia, a los cuales nada parece bien sino lo que ellos dicen y hacen, con ser que la yerran muchas veces, por no conocer el país y faltarles experiencia* (2); y en Mayo del mismo año se lamentaba el P. Frías de las contradicciones sufridas, como dijimos más arriba, y comenzadas ya antes de acabar el de 1826 (3).

El P. Córdón parece que apenas vió en los dos jóvenes reformadores sino el celo de la observancia, y estaba de ellos sumamente satisfecho, como antes indicamos. Su sucesor, el P. Puyal, también mostró en los principios aprecio de ellos, dando al Padre Frías, aunque no con plena satisfacción, el puesto que él dejaba de maestro de los Infantes, y llevando consigo de Socio al P. Seguí en la primera salida que hizo para visitar las casas de Valencia y Manresa en 1829; y esto, al decir del mismo P. Seguí, con el fin de poner uniformes todos los colegios (4). Es cierto que las prácticas, instrucciones y avisos, que él puso en Alcalá, el P. Puyal las quiso ir poniendo en todos ellos, con algunas variaciones indispensables, precisamente por las mismas ra-

(1) Al P. General, Alcalá 30 de Abril de 1832. *Inter scholares mos obrep-sit ut, qui extremo loco consedit in aula, quasi scabiosus segregatur genuflexus tamdiu, donec aliquem dejiciat a superiore sede, vincens illum in objectione seu conflictu argutae quaestiunculae; quod genus supplicii tam violentum totius corporis compagini, interdum sine interruptione perdurat in longas duas horas... alter e suggestu criminatur tamquam linguax et garrulus; eo quod ex contubernali erogitavit lectionem a magistro signatam, poena adjuncta dentic-bus mandendi palum inter coenam vel prandium.* Y otros casos cuenta peores.

(2) 14 de Enero de 1828, original en *Cast. I*.

(3) El mismo al P. General 30 de Diciembre de 1826, id. id.

(4) Al P. General, Alcalá 6 de Febrero de 1829, original en *Cast. II*

zones en que para impugnarlas se fundaron otros: por ser muy menudas y abrazar las cosas más triviales, y por estar en todo o en gran parte tomadas de las costumbres de Italia, y así suponerlas conocidas y aprobadas por el P. General (1). Tal vez no había conocido todavía todo lo que había de reprochable en su conducta, y lo que conocía lo disimulaba en atención al bien que hacía con la reforma de la disciplina. El P. Gil fué quien, o vió más claro o disimuló menos, y por eso el P. Seguí le miró siempre como su más declarado adversario y como el más necesitado de la reforma, que él trataba de hacer en la Provincia.

En Roma el P. Fortis, ya directamente, ya por medio del Padre Peña, había recibido de los PP. Frias y Seguí exagerados informes de lo mal que aquí estaba todo y de lo mucho que ellos iban remediando, con quejas en general de la oposición que experimentaban, y en particular de la conducta y proceder de los PP. Gil y Puyal no sólo en ese punto, sino en otros tocantes a la vida religiosa, si bien del P. Puyal más de una vez mostró el Padre Seguí estar muy satisfecho (2). En cambio éstos apenas habían escrito de los primeros por entonces sino el párrafo del Padre Puyal, inserto poco ha, en que les atribuía la culpa de aquella especie de aversión, que aquí empezaba contra los italianos, y los dos renglones del P. Gil, copiados algo más atrás. La división no se hizo aquí tan marcada ni allí se tomó casi en consideración, ella y los fundamentos en que cada parte se apoyaba, hasta algunos meses después de elegido General el P. Roothaan, que lo fué como dijimos, el 9 de Julio de 1829.

4. Entonces entró en escena el P. Morey, que habiendo pasado a Italia sin concluir el noviciado en 1821, y vivido como operario lo más del tiempo en la isla de Cerdeña, volvió a España ese mismo año y fué destinado a Vicerector del colegio de Alcalá, a donde llegó el 31 de Octubre. Entonces también o poco después, empezó a conocer el P. Roothaan la verdadera raíz del mal y a tratar de remediarlo. El P. Morey tuvo orden suya, pero general, que nada en concreto señalaba, de hacer sus observaciones en Madrid y en todas las casas por donde pasara, y de

(1) Carta al P. General, 4 de Diciembre de 1828, *id. id.*

(2) Consta por las cartas de unos y otros de 1828. A una del P. Frias, en que iban algunos puntos de acusación contra N. (el P. Puyal) llama el General en su contestación *l'altro pasticcio di lettera*.

escribirle cuanto notara en ellas, bueno y malo, si lo había (1). En cumplimiento de esta orden escribió una larga carta, en la cual, sobre la disciplina, la observancia y el espíritu religioso en general daba informes que creemos bastante acertados, indicando las deficiencias que en eso había y disculpándolas en mucha parte. Por lo que hace a la materia de que ahora tratamos, es de notar que mucho tiempo antes, queriendo el P. Fortis enviarle a España, lo que impidieron sus enfermedades, le encargaba entre otras cosas, que aquí se uniese con los que procedían bien y laudablemente, de los cuales los más eran de los educados en Italia. «No necesito nombrar a ninguno: *ex fructibus eorum cognoscetis eos*; esta es señal que no engaña» (2). Además en Madrid, donde estuvo tres o cuatro días antes de ir a su destino de Alcalá, no vió a los PP. Puyal y Gil, que estaban haciendo la visita del colegio de Sevilla; y en cambio, por eso mismo hubo de conversar más largamente con el P. Seguí, Rector ya del Imperial. Esto y cierta semejanza de espíritu que con él tenía y se verá en diversos puntos adelante, hizo que de los PP. Puyal y Gil diera informes sumamente desfavorables, y del P. Seguí sumamente encomiásticos. Los dos primeros son hombres de excelentes prendas, aunque diversas, y hoy por hoy la Compañía de España sin ellos no puede ir adelante. Al P. Puyal, poco recogido, poco observante, con poco espíritu genuinamente jesuitico, frecuentando la Corte se le ha pegado el mundano y cortesano; los nuestros de Madrid estiman sus talentos, pero están poco satisfechos de su conducta y gobierno. El P. Gil, aunque más compuesto, es demasiado indulgente, y además cree que las cosas de la Compañía se han de llevar por vía de grandeza humana, es decir, que hay que dar la vela al viento del mundo para hacer andar la nave. El P. Seguí es quien ha puesto algún orden en varios colegios; el Imperial lo ha reformado en pocos meses con pasmo de todos, y fué inspiración de Dios ponerle V. P. en ese cargo. En Alcalá fué otro Villanueva (3), y esta casa está destinada por la Providencia para modelo de todas, y el P. Seguí para reorganizar esta provincia y ponerla en todo como pide nuestro

(1) Autógrafa de 31 de Agosto de 1829, en la *Col. Prov.*

(2) Carta del P. Morey al P. Roothaan, Madrid 25 de Enero de 1830, original en *Cast. II.*

(3) Varón insigne, fundador de aquel colegio, uno de los primeros que la Compañía tuvo en España.

Instituto. Lo conoce como pocos en toda la Compañía; y no sólo el Instituto, sino también las costumbres antiguas, que aquí ha sabido encontrar manuscritas con otros documentos; está informado de las prácticas actuales del colegio Romano; es además tan fervoroso e incansable, que parece imposible poder hacer él solo lo que ha hecho y hace (1). Poco después, habiendo visto ya a los PP. Puyal y Gil, ratificaba su primer informe diciendo, que el P. Seguí en obras y en palabras, en todo iba totalmente conforme con el Instituto y con el espíritu de San Ignacio, y el resultado eran frutos copiosísimos de virtud, de santificación y de edificación en los de casa y en los de fuera. En cambio el hablar y el proceder de los PP. Puyal y Gil consigo y con otros, todo le parecía opuesto al espíritu de la Compañía, y el fruto, disipación, inobservancia, espíritu de mundo, de grandeza, de aulicismo. Se creían las dos columnas de la Provincia (y todos lo creíamos); ha venido el P. Seguí a echar por tierra su sistema mundano; ven que todos se van con él siguiendo el verdadero camino, y no pudiéndolo sufrir, se han declarado contra él, bien que el P. Puyal es más callado y le deja hacer (2).

¿Qué había de verdad en todo esto? Verdad era, y ya queda dicho, que el P. Seguí había hecho y seguía haciendo mucho en poner en vigor la disciplina religiosa. Verdad era que conocía mucho del Instituto, de la historia de la Compañía, cartas de Generales y otros documentos, de que era avidísimo; pero abusaba de ellos, triunfando en todas sus cosas con señalar alguno en que se encontraban prescritas, sin atender a que las circunstancias pueden exigir en un tiempo o lugar lo contrario que en otro. Triste y ruidosa aplicación de ese criterio veremos luego. Verdad era que ejercitó por sí con grande actividad los ministerios con los prójimos y los promovió entre sus súbditos del colegio Imperial, aun estudiantes, que frecuentaron mucho, quizás demasiado para estudiantes, cárceles y hospitales, y que de esto el pueblo se edificaba y aprovechaba. Verdad era que con todo eso y con su hablar continuo, vivo y persuasivo de la Compañía, de su Instituto, de la observancia, del aborrecimiento del mundo y cosas semejantes, había atraído totalmente a sí a algunos de los Padres, que no descubrían lo falso e indiscreto de tanto celo, el

(1) Alcalá 29 Noviembre-16 Diciembre de 1829, original en *Cast. II*.

(2) Madrid 25 de Enero de 1830, *id. id.*

excesivo rigor a que conducía, y la pueril vanidad que lo acompañaba. La relajación, el aulicismo de los PP. Puyal y Gil se apoya en datos equívocos, y así queda dudoso y sin pruebas. La más fuerte es que el P. Puyal, cuando al ser nombrado Provincial, dejó el cargo de maestro de los Infantes, pudo dejar también el de confesor del primogénito, y no lo hizo; pero tal vez no pudo sin violencia, dado que D. Carlos le pidió que no lo dejara (1). El juicio de los PP. Seguí, Morey y otros tales vale poco en esto, porque manifiestamente erraban en condenar por mundano el proceder que exigían las circunstancias y no era incompatible con el espíritu de nuestro Instituto. Puede ser que como ellos ciertamente declinaron a un extremo, los otros declinaran algo al otro; pero seguramente no en el grado que se les atribuye. Ciertamente parece que muchas de las cosas que en bien de la observancia hizo el P. Seguí, las pudieron hacer ellos y no las hicieron.

La respuesta del P. General a esta carta del P. Morey, omitiendo lo que no toca a este punto, merece conocerse. «Yo he creído, dice, y sigo creyendo, que debo ir muy despacio en estas cosas, para obtener eficaz, pero suavemente, lo que se desea. Tanto más, cuanto que, generalmente hablando, me parece ver buena voluntad, a pesar de esos defectos nacidos más de ignorancia que de otra cosa, y que alguno por su celo imprudente, ha irritado los ánimos y despertado el espíritu nacional, que, de no apagar sus primeras centellas, acarrearía las más dolorosas consecuencias... Lo que más me aflige es el Seminario de Nobles de Madrid, que en verdad ha empezado mal y me parece muy difícil ponerlo en el orden debido. Cuando se empieza, se puede hacer lo que se quiere; después ya toda reforma es odiosa y muchas veces imposible, como el cambiar de cauce a un río ya formado. Basta; encomendémoslo a Dios. Como el estar algunos de los nuestros demasiado metidos en la Corte; miseria que tantas amarguras causó en la antigua Compañía. Encomendémoslo a Dios. No necesito recomendar a V. R. mucha discreción en censurar las cosas dignas de censura que ahí observare y en alabar las costumbres de Italia. Bien sabe que una cosa son las reglas y otra las costumbres; y que las primeras son las mismas para todos los países, y las segundas pueden variar según la diversidad de ellos. Creo que de no distinguir estas dos cosas alguno de los buenos Padres que es-

(1) Carta del P. Puyal al P. General de 3 de Julio de 1828, id. id.

tuvieron en Italia algunos años, han nacido disgustos y el mal indicado arriba» (1).

Manifiesto está que el P. Roothaan, por una parte, creyó a los PP. Puyal y Gil tocados de aulicismo, y por otra conoció el imprudente proceder del P. Seguí y le tuvo por la verdadera raíz de la división y malestar que por aquí había.

A los pocos meses, insistiendo en este último punto, preguntaba confidencialmente al P. Morey si el P. Seguí no tomaba las cosas con demasiado calor; si no ponía excesivo empeño en introducir las costumbres de Italia. Lo primero había de ser la observancia de las Constituciones, y eso mismo poco a poco y con prudencia y bajo la dirección del Provincial. Después vendrían las costumbres (2).

Dieron sin duda ocasión próxima a estas indicaciones cinco cartas, que poco antes de escribir la suya había recibido el Padre Roothaan sobre el proceder del P. Seguí. El P. Provincial, que había ido conociendo cada vez más aquel proceder, y había notado en el sujeto la misma falta de subordinación y obediencia, que tan rigurosamente castigaba él en sus súbditos; aunque hasta entonces muy poco había escrito a Roma sobre esto (3), y aun había dicho en general que el colegio iba bien bajo su gobierno; ahora, tanto por lo que él experimentaba, como por las quejas que recibía, creyó que era necesario advertir al P. General de su modo de ser y de proceder. Habló, pues, a dos consultores de Provincia y a otros dos del colegio, les expuso lo que sabía y pensaba él, y luego les ordenó que cada uno separadamente escribiese de él al General lo que en conciencia sintiese. La carta suya fué la más fuerte, aunque la más breve, porque la escribió algo enfermo, indicando solamente, como dice, los capítulos principales de queja sin pruebas ni ampliificaciones: orgullo y prepotencia; poca o ninguna docilidad a sus insinuaciones; espíritu innovador aun en las cosas más insignificantes, introduciendo muchas sin su noticia; inmoderado rigor con todos, especialmente con los coadjutores; hablar ordinariamente mal de todos, y más de los ancianos, como si jamás hubieran conocido y menos

(1) Autógrafo de 9 de Enero de 1830 (por error dice 1829), en la *Col. Prov.*

(2) Original de 11 de Mayo de 1830, *id. id.*

(3) Véase carta suya al P. General, Palma 30 de Mayo de 1830, original en *Cast. II*.

observado el Instituto; entrometimiento, queriendo meterse en todo y gobernarlo todo; ensalzarse a sí y deprimir a los otros, principalmente al P. Gil y a él. Añadía con la misma brevedad que los hechos comprobantes eran infinitos y el descontento general, aunque no se atrevía a decir que de todos sin excepción; que algunos le tenían por de buen fondo, y así lo había creído él antes y quería creerlo ahora, pero que haría traición a su conciencia si no manifestara ya fuertes dudas y aun sospecha de lo contrario; que todos le tienen por imprudente, muchos por hipócrita y algunos por un Nerón. Si no se ha valido con él de su autoridad, ha sido por amor de la paz y por esperar de él muy poco, fundado en la experiencia (1).

El P. Gil, con menos fuerza, nota casi los mismos defectos; pero el juicio capital es más benigno; si hubiera enseñado Gramática algunos años, hubiera salido excelente Superior (2).

Los PP. Garcías y Montemayor diferían poco de él, pero el primero alternativamente partidario y contrario del P. Seguí, da un dato importante y seguro: hablando con él mismo le ha pintado muchas veces al Provincial con colores tan denigrantes, que ha quedado espantado (3).

El P. La Calle, más moderado que todos los demás, reduciendo su informe a las mejoras hechas en el Imperial por el P. Seguí, a los defectos que se le achacan y a lo que él juzga de su conducta, viene a decir sobre lo primero que para corregir las faltas anteriores, no de grande importancia, había establecido desde los primeros días de su gobierno las prácticas de Alcalá sin las dificultades que se imaginaban, bien que no dejaba de haber descontentos, por culpa únicamente del Superior, según algunos, pero a su juicio, quizá en mucha parte por la de los súbditos; sobre lo segundo, no hace sino enumerar aquellos defectos, dando a entender que hay quienes nada tienen contra él; y por lo que hace a su dictamen, le parece que si fuese «algún tanto condescendiente en cosas de poco momento, como son llevar las manos de este u otro modo, servir, ayudar (a misa), etc., sin pretender innovación alguna, como no sea en puntos importantes; si nunca se le oyese decir, yo, yo haré, dispondré, etc., se le

(1) A 15 de Abril de 1830, id. id.

(2) Carta de la misma fecha, id. id.

(3) A 19 del mismo mes y año, id. id.

amaría más y tal vez no habría tantos descontentos»; todavía, los talentos y virtudes que tiene para gobernar sobrepujan con gran exceso a los defectos (1).

No seguiremos paso a paso todos los que dió este asunto en España y en Roma. Dado a entender en qué consistía, como nos parece haberlo hecho con claridad, bastará indicar sumariamente su curso hasta el fin y sólo detenernos algo más en pocos puntos particulares de especial importancia, ya bajo ése, ya bajo otros aspectos.

Sumariamente diremos que el General tuvo por demasiado fuertes y aun injuriosas algunas de estas cartas, y que por la suya y por otras cosas que ignoramos, mostró algún sentimiento e hizo advertencias que suponían faltas de su parte en el gobierno al P. Puyal (2); que también dió sus quejas y avisos al Padre Seguí, y tanto por la conducta que éste observó con él desde entonces, escribiéndole muy de otra manera que antes y con poca confianza (3), como también, sin duda, por lo que otros le siguieron escribiendo acerca de él, fué cada vez más inclinándose a dudar de su buen espíritu y a creer casi todo lo que de él se decía (4), mientras él protestaba que nada había hecho sin aprobación de sus Superiores y con mucha circunspección y prudencia; se afirmaba en que sólo su celo por la observancia le hacía odioso a los pocos que no la querían; aseguraba que cuantos la amaban en toda la Provincia y eran hombres espirituales, deseaban vivir bajo su gobierno; y se aplicaba, sugeridas, según decía, por el P. Morey, las palabras del Salvador: *Beati eritis (estis) cum dixerint omne malum adversum vos* (5); que cumplido su trien-

(1) A 15 del mismo, id. id.

(2) *Non unas istarum (quae scriptae fuerunt et a me et a meis consultoribus in negotio P. Seguí) scriptas fuisse cum nimia animi commotione et ira, unde non mirum si manifestas exaggerationes, injurias, quin et terminos contineant, qui religiosum virum minime decent.—Commendo Reverentiae Vestrae fidelitatem in rebus exponendis, quae tanti sunt momenti... Commendo quoque ut in posterum circumspectius agat in consiliorum delectu; maxime caveat ne independentem a suo Generali agere res velit.* Estas últimas frases son de carta del P. Roothaan que no conocemos; pero las copia el P. Puyal en una suya de 12 de Agosto de 1830. Véase otra de 9 de Febrero de 1831 en *Cast. II*.

(3) Autógrafa del P. Roothaan al P. Morey de 15 de Octubre de 1831, idem id.

(4) Véase la misma carta acabada de citar.

(5) S. Math. V, 11.—Carta de 22 de Noviembre de 1830, original en *Cast. II*.

nio de Provincial, quitó al P. Puyal del gobierno, probablemente por creerlo bastante culpable en lo que de él escribían los Padres Morey y Seguí, y no tan duramente algún otro, y aun quiso que dejase la corte y su cargo de confesor del Infante, enviándole por Rector del Colegio de Manresa; y en fin, que le dió por sucesor en el cargo, esperando que en él haría de *Ángel de paz* al P. Morey (1). El haberse puesto ya antes y declarado ahora más resuelta y cerradamente de parte del P. Seguí, no era lo más a propósito para poder hacer tal oficio de *Ángel de paz*, si bien por carácter y por virtud decía de él el P. Lerdo que era blando y como imagen de la humildad misma. El celo excesivo, según él, le hacía ser algo más duro en el gobierno; y eso por impulso ajeno del P. Seguí (2).

5. Doloroso es tener que poner entre los primeros actos de su gobierno, uno desacertado y ruidoso, a que antes aludimos, íntimamente relacionado con lo que vamos exponiendo, y por eso propio de este lugar.

Tomó posesión de su cargo el 4 de Agosto; y antes de terminar aquel mes sucedió el caso que vamos a referir, parte copiando y parte extractando la relación de él, escrita por el Vicerector del Colegio de Alcalá, el P. Pablo Torroella.

«El día veinticuatro de Agosto vino de Madrid N. R. P. Provincial acompañado del P. Seguí, Rector del Colegio de Madrid. Salió la comunidad con manteo a la puerta para recibir a su nuevo Padre. Todo el día se pasó en discurrir maneras extrañas de pisar el mundo. Es de advertir que en esta ciudad era la gran feria concurrida de todas las provincias de España.

Se dispuso, pues, que al otro día, que era el segundo de la feria, saliese por la mañana, allá a las nueve, que es tiempo de más concurrencia, un hermano con sotana parda y muy corta, con el sombrero más viejo de casa, a vender cilicios por las calles. Se lo acomodaron de este modo. Le ataron una cesta al cuello con una cinta, de modo que le cayese un poco más abajo del pecho, y dentro de la cesta llevaba los cilicios y también algunos botes vacíos de tabaco y algunas cajas, que ya no podían servir de viejas. El que salió era el H. Martín, novicio todavía.

(1) Autógrafo de 9 de Julio de 1831, en la *Col. Prov.*

(2) Cartas al P. General de 31 de Enero y 4 de Julio de 1832; originales en *Cast. II.*

Las injurias y palabras, que tuvo que escuchar, piénselas cada uno consigo mismo. Por la tarde se dispuso saliese uno con un gorro azul, sotana vieja y corta y una caña de disciplinas. Salió el H. Michelena. Item, dos con un cántaro y un cestillo con un vaso, igualmente con gorros azules, a vender agua. Item, dos con un borrico, armado con su serón, una espuerta y azadón a recoger estiércol en la calle, y otros dos con un carretón a recoger el que había delante de la porteria. Salieron a vender agua los Hermanos Félix Gómez y Felicitas Trapiella. Con el borrico, Joaquín Suárez y Federico Camps. Con el carretón Domingo López y Angel Arcal. Todos los que fueron a vender hicieron cuartos, principalmente los del agua. Los más burlados fueron los del borrico, carretón, y principalmente el de las disciplinas.

No se puede explicar la alegría con que los jóvenes recibieron los insultos. Todos pedían volver al otro día. Es de advertir que muchos al verlos de aquel modo, acusaban a los superiores que los habían enviado, diciendo que cómo no salían ellos antes que enviar a unos niños a unas pruebas tan fuera de la prudencia. Como esto contaron los jóvenes al volver, el P. Seguí, Rector del Colegio Imperial, coge las disciplinas, que era lo que más había chocado, y deseoso de oprobios y de acallar las bocas de los mal-dicientes, sale y se pasea por la calle principal, va a la feria fuera de la ciudad, y después se planta en la Plaza Mayor. Seguía-le inmenso concurso; conociale la gente de Madrid y la de Alcalá, donde había estado también de Rector. Fué mucha la admiración que causó en el pueblo esta salida. Pero apenas había vuelto el P. Seguí, cuando se éntra el señor Vicario en la iglesia, que se había abierto para que entrase la gente, que seguía al P. Seguí a la doctrina, entra digo, el señor Vicario pidiendo por el P. Rector. Es de advertir que los que más habían ladrado en todo el día contra nosotros, eran algunos religiosos y otros letrados y gente grave de la universidad; y como vieron que no nos ahuyentaban ni atemorizaban ladrando, trataron de mordernos por medio del señor Vicario. Baja, pues, el P. Vicerecutor a la sacristía, en donde le esperaba el señor Vicario, y después de las saluciones de cumplimiento, comienza el señor Vicario su intimación de esta manera.»

No trasladaremos el breve discurso que el Vicerecutor pone en boca del Vicario. La sustancia de él se reduce, después de protestar de su amor a la Compañía, a recordar que cuando dos años

antes hicieron una cosa parecida, se contentó con dar a entender su disgusto, y aunque vió que no hacían caso, no pasó a más, esperando que a lo menos no se repetiría. Su intención será buena de buscar desprecios; pero los que se los hagan, pecarán. No sirve traer ejemplos de los Santos antiguos, porque los tiempos modernos son muy diferentes. No el vulgo sólo, sino también hombres doctos y sensatos y afectos a la Compañía están contra eso. Si pensaban continuar y por sí no desisten, él se lo prohibirá. Respondió el Vicerector que la perfección propia de la Compañía exigía hombres muertos al mundo, aborrecedores de cuanto él ama y amadores de cuanto aborrece; y que por eso y como cosa necesaria para llegar ahí, había su fundador señalado «algunas de estas que esta gente llama publicidades, para que nos acostumbásemos a despreciar el mundo y el qué dirán de los hombres» (1). Que él y otros fundadores las habían practicado, y la Iglesia los alababa por ello y exhortaba a imitarlos. Esto hacían ellos; que si era escándalo, sería farisaico y otros había más dignos de remedio. Que si manda, le obedecerán; pero vea qué prohíbe, porque pedir limosna es propio de nuestra orden de mendicantes; el traje, que han llevado era talar, y así no lo prohíben los cánones; traer de la plaza las cosas con el comprador, está en el Instituto (2). El Vicario replicó que no trataba de impedirles el cumplimiento de su Instituto, pero si aquel género de publicidad. Se fué; y en el Colegio los PP. Provincial, Torroella y Seguí resolvieron visitarle al día siguiente, enviando antes a seis de los jóvenes a pedir limosna sin manteo, pero con sombrero. En la visita repitió el Vicario las razones del día anterior, y para satisfacerle expuso el P. Morey, que en aquello había pretendido, con hechos contrarios, deshacer la calumnia aun de gente no vulgar, de que la Compañía era ambiciosa y se metía mucho en Palacio. Con que, si entramos en Palacio, ambiciosos; si buscamos desprecios, hipócritas y escandalosos. Los que censuran el acto de ayer, den por escrito sus razones y responderemos. Impru-

(1) San Ignacio no señaló ninguna de esas publicidades. Lo menos semejante entre lo que él señaló como prueba de los novicios es peregrinar un mes pidiendo limosna, y ya se ve cuánto va de una cosa a otra.

(2) Está en las reglas del Prepósito, n. 30, del Rector, n. 29, y del Maestro de novicios, n. 40; pero no en el Examen ni en las Constituciones, que es lo que escribió San Ignacio. Lo advertimos porque no se crea dispuesto por el Santo y así contrario a lo que decimos en la nota anterior.

dentes, sí; *Stulti propter Christum* (1), como San Felipe Neri, San Francisco de Borja y otros Santos, que han ido a caza de injurias. Escándalo, cual le definen los doctores, no le hay. Los que nos insultan y así pecan, son pocos; y también pecaron aquellos de quienes dice Cristo: *Si non locutus fuisset eis, peccatum non haberent* (2), y con todo les habló. Si el vender está prohibido por los Cánones; como nosotros lo hicimos, no, sino recomendado en la Escritura. Ni el vender era por vender, ni creo que nadie tal pensara. Es de advertir que el Vicario tenía detenidos en su casa a dos de los jóvenes, que habían salido a pedir limosna, lo cual parece que también censuró, y con sobrada razón en tales circunstancias. Pero los Padres lo defendieron con decir que en Madrid iban, y aun habían ido a casa del señor Obispo Auxiliar, del de León y del Patriarca, sin que nadie reparara en la alforja; y que los PP. La Calle y otros habían ido a la cárcel cargados de esteras para que durmiesen sobre ellas los presos, de que lejos de nacer escándalo, el Ayuntamiento les había dado las gracias. Volvamos ahora a copiar la relación a la letra. «Aquí abrumado el Vicario comenzó a cantar la palinodia, diciendo que él también se edificaba; pero que era tanto lo que le molestaban, que no podía menos de hacer lo que había hecho; que hiciésemos cuanto quisiésemos, pero despacio, no de golpe. Viendo esto el P. Provincial, le dijo que antiguamente acostumbraban los nuestros también a salir por las calles a predicar y a enseñar la doctrina, y que deseaba mucho que estos ministerios se volviesen a poner en orden. Respondió el señor Vicario que él también lo deseaba, y que si quisiésemos salir, él asistiría al primer sermón, que predicásemos. Con esto nos despedimos; y luego, al llegar a casa, cogimos los calderos que estaban ya preparados, y armamos una procesión a la cárcel. Del dinero de la feria se había compuesto una excelente comida para los presos. Dos estudiantes iban delante con un costal de pan al hombro. Seguían otros dos, uno con un cántaro de vino, y otro con una cesta de fruta. Detrás de estos, dos que llevaban un caldero de comida. Seguía el P. Rector del Colegio Imperial y el P. Vicerector de este Colegio con el otro caldero. Remataba la procesión el R. P. Provincial con dos cucharones para repartir la comida. Pasamos por medio

(1) I ad Cor., IV, 10.

(2) S. Joann., XV, 22.

de la feria. Y la gente, que había visto vender agua y lo demás, decía: «Ya decía yo que no querían para sí el dinero». Volvimos a casa, y en la quiete se trató y arregló la doctrina de la plaza para el domingo próximo. Regresaron los Padres a Madrid y encontraron a los Teólogos en la viña de Torrejón, donde habían ido a pasar la tarde. Cuéntase lo que ha sucedido en Alcalá, de que quedaron muy enfervorizados los Teólogos y con hambre de injurias. Dícenles lo que se había tratado de la doctrina, y muchos se ofrecen a predicar en la plaza y otras cosas. Se enviaron dos a Alcalá para que se preparasen para el domingo, en que hubo nuevas batallas y tales, que al fin no se hizo la doctrina de la plaza.»

No se hizo, porque el Vicario creyó que no debía hacerse por entonces, sino dejarlo para más adelante. No haremos por nuestra cuenta comentario alguno del hecho referido. Cuando llegó a noticia del P. General por carta del P. Gil (1), que lo refirió muy sucintamente, y sin nombrar a nadie, escribió al P. Morey el 18 de Octubre: «¿Qué ha habido en Alcalá? ¿Es verdad que los nuestros se han hecho espectáculo de la gente yendo al mercado a vender cilicios, etc., con gorros morados, sin manteo, etc.? Me cuesta creerlo, pero así me lo han escrito, y que de ello no resultó edificación, sino otra cosa muy diferente. Esta sería una prueba de la poca discreción de quien no distingue lugares, tiempos ni personas. La época actual no es la de nuestros primeros Padres; y aun entonces, en materia de mortificaciones públicas, no todo lo aprobaba nuestro Santo Fundador» (2).

El P. Morey contestó que quisiera someter en todo su juicio al de Su Paternidad; pero que, a decir verdad, no estaba con los que decían ser aquellos tiempos diferentes de los de nuestros primeros Padres. La experiencia había mostrado que, mientras los antiguos recibían efectivamente insultos y burlas, ahora no se recogía ese fruto, buscado tan de propósito, antes bien atenciones comúnmente de todos. Esta será, si acaso, la diversidad de

(1) ¹ De 1 de Septiembre de 1831, original en *Cast. II*.

(2) Autógrafo de 18 de Octubre de 1831, en la *Col. Prov.* No parece que lo acababa de creer el P. Roothaan, como lo dan a entender estas palabras de su contestación al P. Gil: *L'affare di Alcalá e egli ben certo? E veramente cosa incredibile, massime in quel modo...! «Vendere...!!! Mi fa specie, che finora nulla mi è pervenuto d'altra parte su di un fatto sì strano. E V. R. l'avuto solo per relazione? Chi sa...?»* (Autógrafo de 13 de Octubre de 1831 en el mismo lugar.)

los tiempos (1). No entendemos cómo se pueda compaginar esto con lo que dice la relación copiada, de lo *burlados* que fueron y *las injurias que escucharon* los que figuraron en tales escenas, y de lo que algunos religiosos y gente grave de la Universidad *ladraaron* contra ellos y contra todos los demás. Tal vez quiere decir que, después de aquellos sucesos, en la vida ordinaria y en el tiempo transcurrido hasta fines de Noviembre en que escribía, nadie los había insultado ni injuriado. Pero no era eso de lo que se trataba. Cuanto a su modo de pensar, lo confirmaba con el ejemplo del P. Pignatelli, quien andando con vestido y calzado roto, y enviando a los Padres a misionar a pie y pidiendo limosna, respondió a quien le hacía la misma objeción: «Todos los tiempos son buenos cuando hay humildad y mortificación.» Por otra parte, desedificación no había habido ninguna, como a Su Paternidad parece le habían escrito, antes bien no poca edificación de los buenos, y solamente el Abad de la Iglesia Colegial decía haberse desedificado, pero del proceder de aquellos que se mostraron escandalizados. ¿Quiénes son estos? Nuestros émulos, que de todo murmuran, ahora de esto, antes de que andábamos metidos en Palacio, del fausto, de la arrogancia, de la soberbia jesuítica. Más aún; el fruto de varias misiones, que se han dado y están dando en aquellos alrededores, la autorización del Arzobispo al P. Seguí, y a otros Padres para darlas en ellos y en la misma ciudad de Alcalá, como la darán más adelante, todo ha nacido de aquello que llamaron ridiculeces e imprudencias los que aprecian las cosas con la prudencia del mundo y no con la de Cristo (2). El fruto mismo, que la misión de Alcalá produjo, lo atribuyó también a aquellas escenas singulares, ratificándose en que todo aquello estuvo muy bien hecho (3).

Parecida defensa hizo el P. Torroella, cuando a petición del P. Roothaan le envió esa relación de lo sucedido, sin reconocer en ello yerro ninguno, antes sosteniéndolo calurosamente con el mucho bien que de allí decía haberse seguido: gran reputación de los nuestros entre las personas principales de la ciudad; mayor

(1) El texto original italiano dice: «Noi veramente veggiamo con l'ispe-
rienza che non ci anno fatto gli insulti che loro fecero, anzi quasi da pertutto
ci ricevono con grazia; e finora non si è potuto ritrovare ciò che si va a cer-
care, cioè i disprezzi; ed in ciò sarebbe vero il detto».

(2) A 21 de Noviembre de 1831, original en *Cast. II*.

(3) Carta del 26 de Enero de 1832, al mismo P. General, id. id.

concurso de la gente a nuestra Iglesia; el permiso para las misiones (1). En verdad, no nos tenemos por obligados a creer que tales bienes, y sobre todo la licencia del Arzobispo para dar algunas misiones, procediera precisamente de aquel hecho extravagante.

6. Otro asunto no bien manejado pudo traer dolorosas consecuencias, según parece. El Provincial, que como ya se ha podido entender, no era el más a propósito para tratar negocios de Corte, procedió de manera en sacar de Palacio al P. Puyal, en cumplimiento de la orden del P. Roothaan y de su propio deseo; que no solamente lo censuraron el mismo P. Puyal y el P. Gil en sus cartas a Roma (2), pero aun el P. Frías, que por su cargo en la Corte pudo enterarse bien de lo ocurrido, escribió estas significativas palabras: «El P. Puyal salió de Palacio no sin grandes esfuerzos. El R. P. Provincial se ha visto en circunstancias bastante difíciles, que podían habernos acarreado mucho daño. La cosa ha salido, gracias Dios, lo menos mal posible. Yo hubiera querido que consultara con nosotros sus planes, y con eso se hubiera podido evitar algún peligro» (3). Y qué peligro, en caso de ser verdad que preguntó el Rey con esta ocasión, como se lo dijeron al P. Gil, si los jesuitas eran o no vasallos suyos (4). Por incidencia dió a entender el mismo P. Morey más adelante que se había suscitado también en Palacio el punto de nuestra dependencia de Roma (5). No tenemos más noticias del caso, ni nos las daría, aunque la conociéramos, la carta del P. Morey en que hablaba expreso de este asunto, porque por otra del General sabemos no haberlo relatado sino oscuramente (6).

(1) Cartas del 26 de Diciembre de 1831 y 2 de Marzo de 1832, id. id.

(2) El P. Puyal, Manresa 25 de Enero de 1832; el P. Gil, Madrid 12 de Febrero de 1832, id. id.

(3) Al P. General 30 de Enero de 1832, id. id.

(4) Carta citada.

(5) Carta citada de 26 de Enero.

(6) Al P. Morey, 10 de Marzo de 1832. La separación del P. Puyal debió de ser los primeros días de Enero de 1832. A 31 de Octubre anterior escribía el P. Frías que los Infantes padres la deseaban, por haber el P. Puyal caído en su desgracia con no sabemos qué cosas recientemente acaecidas; y que preguntados por él a instancias del P. Morey si en ella tendrían dificultad, no solamente dijeron que no, pero aun las señoras le indicaban y facilitaban los medios. Lo mismo, en sustancia, escribía el P. Morey a 24 de aquel mes. ¿Cómo, siendo así, no se hizo entonces y hubo después dificultades? Ignorando lo ocurrido, no lo podemos entender; pero una y otra cosa parecen indudables.

7. No hubo tal oscuridad en exponer una vez más su manera de pensar sobre la conocida división que entre los Padres había. Recordando la fuerte carta que escribió al P. General, apenas venido de Italia, bastaría decir que era más fuerte la que le escribió apenas hecho Provincial. Era contestación a otra suya, en que declarando más cómo deseaba que hiciera de *Ángel de paz*, le decía: «Recomiéndole de nuevo lo que en mi anterior, a saber: que con el mayor empeño procure unir los ánimos de todos, apagar discordias y traer a todos a un mismo modo de sentir y de proceder, en cuanto esto es posible. No creo exenta de defectos a la parte contraria; pero bien mirado todo, se ve claro que también los tiene y da en excesos el P. Seguí, además de faltarle prudencia en el modo de obrar. Por tanto, importa mucho evitar toda apariencia de ser él quien dirige a V. R.; si no, imposible ganarse la confianza de los otros» (1). A esto, pues, contesta largamente el 5 de Septiembre.

Omitamos las protestas de desapasionamiento, de hablar como en la hora de la muerte y otras generalidades, y resumamos lo demás que hace al caso. El P. Seguí, bien miradas sus cosas, no sólo en general, sino una a una, con las circunstancias de tiempo, modo y demás, ha procedido en todas con razón y con prudencia. Lo que sus contrarios dicen es lo que no va ni conforme a prudencia ni conforme al Instituto; y así rehuyen la discusión de las cosas una por una. Haga yo lo que haga, mientras no me declare por ellos y contra él y eche abajo toda su obra, no estarán contentos; y eso sería introducir la relajación e ir contra mi conciencia, que me dicta el deber de apoyar a quien defiende y prueba bien su causa. Si esto ha de ser Compañía de Jesús, informada de su verdadero espíritu, menester es hacernos *columna de hierro y muro de bronce* (2) para sostener la disciplina y formar la juventud como pide el Instituto. Mimados hasta ahora y criados sin la abnegación de los verdaderos compañeros de Jesús, antes habituados a la relajación, los ya un poco antiguos, sacerdotes, escolares y coadjutores, molestados con la observancia exigida por el P. Seguí, la tacharon de arbitrariedad suya y de importación italiana; pero ahí están los nuevos que sin dificultad han entrado en este molde, que no es otro que el Institu-

(1) Original de 16 de Agosto de 1831, en la *Col. Frov.*

(2) Jerem. I, 18.

to. Los principales culpables, sin cuya oposición ya todo estaría allanado; los superiores que más han descuidado la disciplina por ignorancia del Instituto y por debilidad y condescendencia, son los PP. Puyal y Gil. Lo entendí y así lo escribí cuando vine de Italia, lo he visto y veo más claro cada día, y por eso ya en Enero último dije a V. P. que, si se había de reformar la Provincia, era necesario sacarlos de ella. El P. Seguí es casi el único que tiene el espíritu, la forma y el conocimiento debido del Instituto; la más mínima cosa la apoya en él, en cartas de Generales o en nuestras historias; y en el modo de introducirlas y en todo su gobierno procede razonada y discretamente. Si, pues, en vez de sostenerle, se abandona al único hombre que puede ayudar a levantar la Provincia, ¿adónde iremos a parar? Mi plan, bien pensado delante de Dios, es: 1.º, limpiar la Provincia de incorregibles; 2.º, selección y buena formación en el noviciado; 3.º, sostener la espiritual y la literaria en Alcalá y en el Imperial, según el Instituto; 4.º, reformatión de los ya algo antiguos, o mejor dicho, formación, porque no la han tenido; 5.º, para uniformar los colegios, que tengamos aprobado por V. P. un buen sistema de educación, y las prácticas y costumbres que en todos hayan de observarse. Estas las tiene escritas, sacadas de buenas fuentes, el P. Seguí. Que descende a pequeñeces. También San Ignacio, y los Padres antiguos y el P. Pignatelli. Observándolas se cumplirá el dicho de Cristo: *Qui fidelis est in minimo, etiam in maximo* (sic) (1). Este es mi proyecto; y no tema V. P. que dificulten su ejecución nuestras diferencias; porque éstas cesarán como por encanto, no con hacer sospechoso al P. Seguí y queriendo contentar a ambas partes, sino examinando V. P. las cosas, tomando el partido de la verdad e imponiendo silencio a los que no tienen razón. Del P. Seguí puede pedir informes a los Padres franceses que han estado aquí; y mejor a los hechos: a la misión de Valdemoro, al mes de María, al ejemplo de los sábados, a las cárceles y hospitales con los sucesos de ellos hasta milagrosos, al concurso de oyentes en nuestra iglesia, a las conversiones maravillosas por el número y las circunstancias, a la frecuencia de sacramentos nunca vista, al culto y funciones cuyo decoro y majestad tiene al pueblo estupefacto, al concepto de predicador apostólico y santo que casi todo Madrid tiene formado de él. Todo esto, que

(1) *Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est.* Luc. XVI, 10.

todos ven y palpan, junto con la vida aperreada que lleva, ¿no es una prueba de aquella bendición del Señor: *Inveni David, etc., manus enim mea auxiliabitur ei?* (1). Pero como quien lo hace es el P. Seguí, todo ello no vale nada ni ha merecido del P. Puyal, fuera del permiso para emprenderlo, sino esta alabanza: «La verdad es que predica como un energúmeno» (2). Omitimos otro punto en que extensamente y con el mismo calor sostiene el proceder del P. Seguí contra el del P. Puyal, para venir al final de su carta. Su fin en lo dicho es poner a S. P. al tanto de las cosas; lo que después juzgue y disponga, él lo abraza desde ahora *cogitatione verbo et opere*. Bien habrá menester antes de un año acordarse de estas palabras.

El P. Roothaan le contestó con la frase vaga de que en la sustancia era de su mismo sentir, pero no lo era en algunos puntos que luego veremos, y en cada uno de los otros de que nada dice, no es fácil conjeturarlo (3).

Con la disposición de ánimo que esta carta descubre, era imposible al P. Morey hacer de *Ángel de paz*, y aun evitar, viviendo en una misma casa con el P. Seguí, aquello que el P. General, sin haber podido todavía tener aviso de lo que ya empezaba a suceder, le advertía: no parezca en manera alguna que V. R. está gobernado por el P. Seguí. Respondíale, sí, en esta carta que ya él estaba en eso, y lo procuraba cuanto podía desde el primer momento; pero desde el primer momento fueron a Roma y siguieron yendo después noticias en contrario. Omitiendo otros testimonios, citaremos no más el del P. Frías, en una carta bastante

(1) Ps. LXXXVIII, 22.

(2) En este punto parece que quien decía toda la verdad era el P. Lerdo. Hablando de la misión de Alcalá, dada por el P. Seguí, a la cual se halló presente los últimos días, decía escribiendo al General, que aunque sin duda enviarían a S. P. una relación magnífica de ella, la verdad era que nada había ocurrido de extraordinario, sino lo que suele en toda misión bien dirigida. Que el P. Seguí tiene inclinación y aptitud para esos ministerios; pero que no prepara los sermones, sino que son casi del todo improvisados, consiguientemente pobres, supliendo con voces la falta de doctrina. Verdad es, añade, que Dios parece que bendice sus trabajos, y de todos ellos recoge abundante fruto. Al fin de la carta retracta en parte lo dicho, por haber sabido y considerar fruto extraordinario de la misión, que al día siguiente de terminarse se abrió el teatro y no fué nadie (31 de Enero de 1832).

(3) Autógrafa de 15 de Octubre de 1831, en la *Col. Prov.*

sensata sobre estas cosas (1) e insertaremos el menos sospechoso aún del P. Lerdo, socio del Provincial, y venido de Italia con encargo de informar allá sobre este punto y sobre el de las costumbres italianas. «Son, dice, por desgracia, muy ciertos ambos. Todo, en efecto, está aquí montado a la italiana así en la iglesia como en las escuelas y en el orden doméstico, a excepción de algunas pocas cosas más notables, que en el uso español son muy comunes... El otro punto es el más positivo y actual. Ya en la carta latina digo acaso demasiado, para que V. P. conozca la especie de íntima estrechez que hay entre el P. Provincial y el P. Rector (Seguí); el primero la conoce bien, pero la cohonesta con decir que tiene razón para eso, porque en dicho P. Rector halla cuanto necesita, noticias, consejos, etc. Y yo no tengo motivo para disminuir el mérito de éste; pero hallo mucho exceso y mucha pasión en lo que hace con él. Le alaba y aprueba cuanto dispone y practica, aunque en ello haya mucho de singular y poco regulado, v. gr., el dilatarse a veces una hora en decir la misa, el llenar en ella el cáliz de vino hasta lo alto, el hablar muy a menudo de sus propias hazañas, etc., etc., el P. Provincial es el primero en alabarlo, aun en su misma presencia; con él se acompaña muy frecuentemente; con él sale a la calle, siempre que ocurre algún negocio; con él va a la recreación las veces que va, a excepción de alguna muy rara; y en fin, sin el P. Seguí apenas se atreve a disponer cosa alguna. La paz, no obstante, se conserva; y si hay de esto algún sentimiento en los demás, callan y ninguno da muestras de descontento» (2). Esto escribió en Febrero de 1832 y lo repitió en Julio, añadiendo que nada hacía el Provincial sino lo que al P. Seguí parecía bien y que éste estaba por aquél autorizado para hacer lo que quisiera (3).

Puede suponerse cómo iría adelante, con las demás cosas del P. Seguí, su rigor y dureza en la corrección, reprensión y cas-

(1) *Si yo veo que el Provincial en todo opina como alguno de mis compañeros (consultores de Provincia), que esos tienen entrada con él y él con ellos sus confianzas, mientras que a mí no se me oye sino cuando lo exige la obligación del oficio; fácilmente, como es natural, me persuadiré de que no tiene el superior gran concepto de mí, y esto ha de traer sus consecuencias.* (Al P. General, 30 de Enero de 1832, original en *Cast. II.*)

(2) Febrero de 1832, sin día, id. id.

(3) El 7 de Julio de 1832, id. id.

tigo de las faltas, teniendo tan de su parte en eso como en todo al Provincial, cuando no había bastado para templanle tener por contrario al anterior. Ya lo indica el P. Lerdo; lo expresa claramente el P. Boulanger, cuya queja, antes referida, es de este tiempo; y lo confirma el P. Frías, escribiendo que gritaba, cuando veía algo que le parecía mal (1), y que daba en refectorio algunas reprensiones públicas demasiado fuertes, aun a los sacerdotes, haciéndoles salir de su puesto y ponerse de rodillas y tratándolos de *vos*, término, dice, humillante entre nosotros y que ni la ínfima plebe lo usa ahora aun en las conversaciones familiares; de modo que se los ha visto llorar oyéndolo, y los demás lo han oído con disgusto (2).

8. Queda atrás insinuado algo del juicio que el P. Roothaan iba formando de las cosas y de las personas, de las unas y de las otras. Acabaremos de darlo a conocer con sus mismas palabras, antes de venir al remedio que puso a la raíz del mal.

De los PP. Puyal y Gil empezó a tener mediano concepto, por lo menos desde la primera carta del P. Morey arriba extractada, a la cual respondía lamentando el mal gobierno del Seminario de Nobles, dirigido por el P. Gil, y el estar algunos tan metidos en la corte. Creció ese mal concepto con las comunicaciones sucesivas del mismo P. Morey, aun antes de ser Provincial, del P. Seguí y de algún otro. El primero, en carta que no hemos visto pero conocemos por la contestación del P. General, llegó a proponer entre las demás cosas necesarias para remediar los males que afligían a la Provincia, el sacar de ella a aquellos dos Padres, y así lo dice el mismo P. Morey en la antes citada de 5 de Septiembre de 1831. La respuesta fué, que el remedio propuesto le agradaba bastante en cuanto a este punto y que de día en día le parecía conocer por experiencia más claramente su necesidad. Lo difícil era hallar donde ponerlos; porque hacer asistente al P. Puyal, como él indicaba, y profesor de Teología en Roma al P. Gil no era tan llano, sobre todo lo primero (3).

(1) Carta citada de 30 de Enero de 1832.

(2) Carta de 1 de Julio del mismo año, id. id.

(3) *Quod remedium spectat a R. V. propositum ad miseras istius Provinciae finiendas pro parte satis placet, nempe quoad hominum istorum remotiorem, quam omnino necessariam clarius in dies expiriri videor. Omnis autem difficultas in eo est, quid de illis faciendum et ubi collocandi sint; quod enim R. V. suggerit de altero constituendo A. (Asistente), id sane non praemeditate*

Adviértase que cuando esto escribía el P. Roothaan, hacía algunos meses que tenía en Roma consigo al P. Gil, formando parte de la comisión encargada de revisar el *Ratio Studiorum*; y adviértase además que en esa misma carta y en otras del mismo tiempo a otros sujetos, pide el General informes para nombrar Provincial nuevo. Por eso dijimos antes que el quitar ese cargo al P. Puyal, y el sacarle de la Corte, nos parecía provenir de la poca satisfacción que de él tenía el P. Roothaan. Dióle, sin embargo, el rectorado de Manresa, como queda dicho; y el P. Gil volvió de Roma al comenzar su gobierno el P. Morey, y siguió de director del Seminario de Nobles, pero por él mismo sabemos que el P. Roothaan pensó en que no volviera a España y aun llegó ya a hablarle de ello (1).

En el nuevo Provincial no hallamos que notara nunca el General falta de espíritu y de virtud; pues nada de eso suponen ni significan las advertencias repetidas que en sus cartas le hacía y vamos a ver, ni de tal cosa hay otro indicio alguno.

Del P. Seguí pensó bien en un principio. A raíz de su elección para General, como el P. Puyal le significara la necesidad absoluta de quitar el gobierno del Imperial al anciano P. Alcoriza, y no le propusiera ningún otro para sucederle, él, sin pedir ni esperar de aquí esa propuesta ni otro informe, nombró al Padre Seguí, conjeturamos que por las noticias de su celo en reformar la disciplina religiosa, sacadas de sus propias cartas, escritas al P. Fortis y al P. Peña y proporcionadas por éste. Al Padre Morey escribía en Febrero de 1830 que se alegraba de que se entendiera bien con el P. Seguí en lo tocante a nuestras Constituciones; añadiendo como cosa relacionada con eso, que tenía grande esperanza de que poco a poco se había de renovar y crecer en esta Provincia el verdadero espíritu de nuestra vocación (2). Pero empezando por notar en él poca prudencia y celo indiscreto, como ya lo había notado y siguió notando y reprobando cada vez con

scripsit; supponere enim non possum ignorare Reverentiam vestram quas in A. A. (Assistentibus) dotes Constitutiones nostrae requirant. De P. G. (Gil) minor esset difficultas, si tamen docendi T. (Theologiam) sit capax. (Original de 8 de Marzo de 1831, en la Col. Prov.)

(1) «*Siccome V. P. mi significo in Roma tre o quatro anni fa voler ritenermi in Italia non so con qual disegno* (29 de Octubre de 1834, original en Cast. II).

(2) Original de 9 de Febrero de 1830, en la Col. Prov.

más insistencia (1), luego pasó a descubrir además algo de mal espíritu, como lo significó en carta de 15 de Octubre, contestación a la gravísima del P. Morey, ya Provincial, de la cual y de otras posteriores trasladamos aquí algunos pasajes, que manifiestan su modo de pensar, no sólo sobre el P. Seguí, sino en general también sobre lo que aquí ocurría, y contienen prudentísimos y oportunistísimos consejos.

A los desmedidos elogios y justificación absoluta del P. Seguí, hecha en aquella carta, contesta que no puede persuadirse de que en nada pase la raya. Temo que exija *demasiado*; por ejemplo, que exija como de obligación lo que es de supererogación. Temo que lo exija demasiado apretadamente, sin la debida consideración a tiempos, lugares y personas. Temo que quiera conseguir de una vez demasiado, y *sobre todo*, que de su espíritu y sus ideas de reforma hable más de lo justo y casi, casi haga *humildemente* vana ostentación. Yo estimo no poco al P. Seguí; pero no puedo quitarme de la cabeza esas dudas y temores; tanto más cuanto que le veo notablemente cambiado en la manera de escribirme, desde que le hice algunas advertencias, bien necesarias, tocantes a la discreción. Parece que esto le ha disminuido la confianza y el afecto; y eso no puede nacer de buen espíritu. Me alegro, sí, del bien que se ha hecho en las almas (recuérdese cuánto lo ponderaba el P. Morey); pero, lo confieso, tengo mis recelos de que no se pueda juntar bien tanto trabajo exterior con el gobierno interior, sobre todo en un colegio como ése. Repítele aquí, y repitióle después otras veces, aquel aviso de no dar ocasión a que le crean todo del P. Seguí, y añade: «Por amor de Dios, persuádase que aun algo menos de perfección en lo demás, pero con algo más de unión y caridad, dará en suma una cantidad mayor de bien *ad maiorem Dei gloriam*. Si al *fortiter*, no acompaña el *suaviter*, imposible hacer nada» (2). Poco más de un mes había pasado cuando volvió a escribirle que había recibido del P. Seguí una carta con manifiestas señales de un ánimo sumamente enconado. Ha confirmado mis sospechas. A mí no me gustan esos Santos, que en todo hacen su gusto, y que si en la menor cosa se les pone algún reparo, luego comprueban

(1) Véase atrás páginas 511 y 512 y lo que decía en cartas de 9 de Enero y 11 de Mayo de 1830. Además las de 7 de Junio, 9 de Julio y 16 de Agosto.

(2) Autógrafo de 15 de Octubre de 1831, en la *Col. Prov.*

aquello de *tange montes et fumigant*. Temo el cielo, que ni va con discreción ni la admite, si los superiores la recomiendan. Y se refiere sumariamente a cierto suceso ocurrido por entonces en Portugal. Un consejo vulgar y general da también en esa carta, sugerido tal vez por lo acontecido en Alcalá, o por lo que vamos a referir, muy necesario a aquellos Padres. Por amor de Dios dice, distingamos bien entre respetos humanos viciosos y razones de discreción y prudencia. Aquéllos se han de detestar y pisotear; pero éstas son imprescindibles *ad maiorem Dei gloriam* (1).

El P. Morey, por razones fáciles de adivinar, dado su modo de pensar en esas cosas, dispuso que el P. Frías y el escolar Antonio Gálvez, profesores de los Infantes; mientras estuvieran en Madrid, fueran a asistir a los enfermos en los hospitales una vez a la semana. El P. Frías, apenas recibió esta orden, creyéndola incompatible con su cargo, y su ejecución expuesta a un serio disgusto de parte de las personas Reales; escribió en derecho al P. General exponiéndole su parecer, porque a los actuales superiores, esto es, al P. Morey, Provincial, y al P. Seguí, Rector del Imperial, donde él vivía, mis razones, dice, les parecerían razones de política humana, detestable, según el Instituto. Y es que además de las generales, había la gravísima y reciente de haberse contagiado varios y llegado a morir dos jóvenes nuestros por visitar y asistir a los presos de la cárcel (2). El Padre Roothaan escribió inmediatamente al Provincial prohibiendo tal cosa. «Razones humanas, le decía, no viciosas, sino justas, la prudencia y la discreción no consienten que se ocupen en eso» (3). Un día antes que el General esas palabras, escribía el Provincial estas otras, hablando en general de los que entraban en Palacio. «Así se llenan del espíritu del mundo y tienen a menos ir a los hospitales y a dar misiones. N. S. Padre, San Francisco Javier, el P. Fabro, Simón Rodríguez, el P. Pignatelli, que en las cortes procedían como verdaderos jesuitas ¿no iban a los hospitales?» (4).

Una carta más del General aduciremos tocante a estos asun-

(1) Original de 22 de Noviembre del mismo, *id. id.*

(2) A 3 de Noviembre de 1831, original en *Cast. II.*

(3) Autógrafo en la de 22 de Noviembre.

(4) Original en *Cast. II.*

tos, omitiendo alguna otra. El 31 de Mayo de 1832 renovaba al Provincial las quejas que allá le iban del rigor con que se procedía en el Imperial, y más en Alcalá, y le encargaba que pusiera a ese mal pronto y eficaz remedio; porque si tal espíritu seguía prevaleciendo, perdería seguramente a muchos. «Al Maestro de novicios he recomendado que trate a los jóvenes con amor y confianza; porque sabía que hay algunos muy persuadidos de ser ellos los que tienen el espíritu genuino de la Compañía, y la verdad es que en esto están muy equivocados.» Esa recomendación al P. Berdugo no era sino aprobación de lo que él había escrito al P. General. Yo educo a los novicios «como a mí me enseñaron, es decir, tratándolos con confianza y paternalmente; porque quisiera que todos tuvieran muy en el corazón el proceder ingenuo y franco, que siempre he oído desear en sus hijos la Compañía. Dígolo porque he notado que los que dicen tener el espíritu de la Compañía y de San Ignacio, andan con no sé qué doblez» (1). Finalmente, el P. Roothaan en esa carta, habiendo escrito de mano ajena que el P. Seguí cumplía mal su obligación de escribirle, añadió de la propia estas palabras: «*Non placet animae meae*. De este Padre no puedo menos de confirmar lo que otras veces he escrito a V. R.» (2).

9. Llegó entretanto el tiempo de celebrarse la congregación provincial, comenzada precisamente el mismo día 31 de Mayo de 1832, en que se escribía esa carta, y en ella se hubieron de tocar algunos puntos relacionados con éste de que tratamos. Lo primero, fueron elegidos, Procurador, el P. Puyal por casi todos los votos, y Sustituto, por simple mayoría, el P. Gil, para el caso de no poder ir a Roma el primero. Luego se puso a deliberación si había de hacerse o no al P. General una petición, a primera vista, extraña y singular: que recomendara mucho a los superiores el honor y buen nombre de los Padres antiguos, restauradores de la Provincia, y el severo castigo de los que en eso faltasen. Por lo que en las páginas anteriores queda dicho se entenderá suficientemente quiénes eran. Todavía debemos añadir aquí, que en la misma congregación, según refiere el P. Lerdo, dijo el P. Seguí tales cosas contra sus predecesores en el gobierno (todos de los antiguos), que si los demás Padres allí reunidos

(1) A 9 de Abril de 1832, id. id.

(2) A 31 de Mayo de 1832, en la *Col. Prov.*

hubieran sido más irritables, se habría levantado una fiera borrasca (1). Casi todos los Padres apoyaron la proposición, indicio bastante de que era oportuna o aun necesaria; y la respuesta del P. General fué que recomendaba encarecidamente al Provincial no dejara sin castigo aquella falta (2).

No menos significativa es otra proposición hecha y aprobada también después de larga discusión, de que se pidiera al General hiciera entender a los superiores locales cuán obligados están a mirar por sus súbditos, y haberse con ellos paternalmente, ya en el modo de hablarlos y tratarlos, ya en el proveerlos de lo necesario en el alimento y vestido. No se discutió seguramente la tesis en abstracto; pero la necesidad o conveniencia de tal petición, sin duda hubo de ser muy debatida. Deber es del Provincial, respondió el P. Roothaan, a este postulado, atender a eso, y sobre todo en las visitas de los colegios instruir a los superiores y hacerles ver por las reglas y Constituciones, que han de juntar con la rectitud la suavidad, y no consentir que a los súbditos les falte nada de lo que la necesidad y la caridad exigen. Sobre todo ha de haber modo en los avisos, corrección y penitencias por las faltas (3).

10. Otro punto se trató detenidamente en la congregación, del cual es necesario dar algo más larga noticia: las costumbres de la provincia.

Se entiende aquí por costumbres, ciertas cosas no determinadas por el Instituto, pero sí por el uso o por expresa disposición de los superiores para un colegio, para una provincia o para varias, y que allí se observan o deben observarse, como la distribución general del tiempo u horas de levantarse, acostarse, comer, cenar y demás; el ajuar de los aposentos; la calidad de las diversas prendas de vestir, y otras muchas ya tocantes a todos, ya a cada una de las diversas clases de sujetos, sacerdotes, estudiantes, coadjutores y novicios, v. gr., qué días y qué horas y dónde han de tener recreación los estudiantes para descansar de sus trabajos literarios, en qué cosas ajenas de sus estudios podrán o deberán ocuparse sin perjuicio de ellos, y así otras muchas y muy diversas en casa, iglesia, en el trato con propios y extraños, en

(1) Al P. General a 7 de Julio de 1832, original en *Cast. II*.

(2) Copia simple de las Actas, y auténtica de los postulados y respuestas.

(3) En el mismo lugar.

prácticas de devoción, en ejercicios de mortificación, con los vivos y aun con los muertos en entierro y exequias. La uniformidad en el modo de proceder, tan conveniente en toda corporación, y más en las religiosas, pide que, así como las cosas sustanciales y más graves las determina la regla o constituciones para toda la religión, así las menos importantes se determinen por vía de costumbre, escrita o no escrita, pero obligatoria y no mudable por cualquier superior, unas para todas las casas de una nación, otras para las de una provincia, otras más menudas para cada comunidad, según diversas causas que pueden exigirlo o aconsejarlo. Todavía se ofrecerán casos particulares no previstos, en los cuales la prudencia del superior resolverá lo que se debe hacer; pero es necesario que para muchas cosas haya reglas fijas, las cuales no pueda desatender, ni menos cambiar por sí, el superior inmediato; porque de otro modo, ni habrá estabilidad en cosa alguna, ni uniformidad aun entre dos comunidades solamente.

En la antigua Compañía española tenía cada provincia sus costumbres escritas (a la vista tenemos las de Aragón y Andalucía); y en la nueva los Padres restauradores generalmente seguían las que ellos habían observado antes de la expulsión. Algunas cosas parece que determinó el P. Zúñiga para todos los colegios restablecidos, pero pocas; y en las demás, o había diversidad, por proceder los Padres de provincias diferentes, o no había cosa alguna fija, porque su edad avanzada y tantos años de vida secular los hacían poco a propósito para la reglamentación propia de una comunidad religiosa. Ya hemos indicado que de ahí procedió el resentirse algo la observancia aun de las disposiciones generales del Instituto.

El P. Fortis, al restablecerse la provincia en 1823, una de las cosas que en carta de su mano dirigida al P. Córdón, recomendaba a todos era ésta: «Nadie se fíe de costumbres aun autorizadas por el tiempo; porque el tiempo suele autorizar muchos abusos. Escribase y envíese acá, como siempre se ha hecho, el catálogo de ellas para su examen y aprobación. Y aténganse todos estrictamente y en todo al Instituto: que en él está todo y quien va con él no yerra» (1). No sabemos si en la intención del P. Córdón era respuesta a ese punto de enviar escritas las costumbres,

(1) Autógrafo, octava de San Francisco de Borja (17 de Octubre) de 1823, en la *Col. Prov.*

una carta suya en que brevemente indica la distribución general del tiempo durante el día, la separación de clases entre antiguos, estudiantes y novicios, las pláticas e instrucciones, que se hacían a éstos, a los coadjutores y a toda la comunidad, y algún otro punto, terminando con estas palabras: «No me ocurre decir a V. P. otra cosa de nuestras costumbres; V. P. me dirá si quiere saber algo más» (1). Poquísima cosa era; pero el General no sabemos que insistiera en pedir más, ni entonces ni más adelante, contentándose con hacer alguna observación sobre dos o tres de esos puntos (2).

El P. Puyal, antes de haber empezado a conocer al P. Seguí, tuvo el pensamiento, que antes indicamos, de extender a todos los colegios las prácticas, instrucciones y avisos del de Alcalá, y sobre ello pidió con mucho encarecimiento su parecer al P. Fortis, creyendo innecesario enviárselas escritas, por ser todas o las más traídas de Italia, y así conocidas, como suponía, y aprobadas por S. P. (3). Aunque no obtuvo contestación alguna sobre este punto, parece que introdujo algunas de ellas, pero pocas, en los primeros que visitó, que fueron los de Valencia y Manresa. En Mayo de 1830, el P. Roothaan, con ocasión de las quejas dadas contra el P. Seguí sobre este punto, escribía al Padre Puyal que las costumbres meramente tales, si estaban ya aprobadas e introducidas establemente, se habían de observar y no podían mudarlas los superiores locales; si todavía no, el Provincial con sus consultores viera lo que aquí exigían las circunstancias de personas, lugares y tiempos y lo que la experiencia enseñaba, y una vez determinado, lo remitiera a Roma para su aprobación (4). Nada se hizo entonces; y el P. Puyal, o no fijó mucho la atención en este punto, o lo llegó a olvidar; porque poco más de un año después escribía volviendo a tratar de esto: «¿Pues por qué no ha fijado el Provincial de una vez, con aprobación del General, todas esas cosas? La verdad, no lo sé.» Y añade lo que había escrito al P. Fortis, y cómo no había tenido respuesta (5).

Así, pues, en la Provincia en general, algunas cosas no esta-

(1) A 29 de Diciembre de 1823, original en *Cast. I.*

(2) Autógrafa del P. Monzón, de 31 de Enero de 1824, en la *Col. Prov.*

(3) A 4 de Diciembre de 1828, original en *Cast. II.*

(4) A 25 de Mayo, original en *Col. Prov.*

(5) A 20 de Junio de 1831, original en *Cast. II.*

ban fijadas o determinadas todavía, y era vario el uso de los colegios; en otras regía el establecido por los Padres antiguos, que no debía cambiar cualquiera, aunque no tuviera otra aprobación expresa ni de General ni aun de Provincial. Pero al fin el no tenerla dió ocasión al espíritu propio del P. Seguí, ya conocido, y reglamentador hasta el exceso, para cambiar lo establecido y determinar lo indeterminado, aun en puntos insignificantes; y la poca discreción con que procedió, hizo que los más de los sujetos y los más principales de la Provincia clamaran porque quitaba las costumbres de los Padres antiguos y ponía las suyas traídas de Italia. El P. Luis Rodríguez, en la carta al P. Gil, citada más atrás, indicaba que había introducido cambios más o menos notables, en todas las prendas del vestido exterior, en el cortísimo ajuar del aposento, en la colocación y modo de estar en la capilla, en el de servir en refectorio, en las penitencias públicas, en las recreaciones, y en otra porción de cosas; la principal, el modo de gobernar rígido y duro.

A pesar de la oposición hecha a estas novedades, prevalecieron en Alcalá, en el Imperial, y tal vez en el Noviciado, ya por las causas indicadas, ya también porque la oposición no se hacía en forma oficial, ni menos por los superiores mayores, antes bien el P. Córdón aprobaba lo de Alcalá, y aun el P. Puyal, por lo menos dejó hacer allí y en Madrid, y en fin, porque, según hemos dicho, el disgusto, más que por las cosas mismas, era por su autor y por el mal espíritu con que en ellas procedía. «Si esta variación de usos y costumbres, decía el P. Puyal, hubiera sido ordenada por V. P. o por el Provincial, estoy seguro de que todos la hubieran recibido con la mayor sumisión de entendimiento y de voluntad» (1). Y el P. Gil, en el borrador de un postulado para la congregación provincial, atribuía la desunión de los ánimos, no sólo a las novedades introducidas por el P. Seguí, sino también a que esto se había hecho notando a los superiores pasados, o de descuidados o de ignorantes del Instituto, y a los súbditos de poco religiosos y casi indignos del nombre de jesuitas (2).

Todo esto hacía desear a muchos que se escribieran, aprobaran y promulgaran debidamente las costumbres de la Provincia, con lo cual, fuera de otros bienes, se lograría hacer desaparecer

(1) En la misma carta.

(2) *Colegio Imperial*, legajo 3.º, doc. 158.

aquel que miraban como principal origen de la división de los ánimos. El P. Morey ya vimos cómo lo propuso al P. General entre los principales capítulos de su plan de gobierno y de reforma, recomendando y defendiendo las que tenía compiladas el Padre Seguí, y dando por muy hacedera y aun fácil su aceptación en la Provincia. No tuvo respuesta sobre este punto (1). Pero más que respuesta tuvo poco después. El 24 de Diciembre, al intimar la congregación de procuradores para el año siguiente, uno de los puntos que en su circular encargaba el General a los Provinciales era éste. «Sería de desear que cada provincia enviara ya su libro de costumbres, para que reconocidas aquí y aprobadas, pongan en el orden doméstico la estabilidad que todavía se echa de menos en varias provincias y en algunas casas de otras, y para que en todos los colegios de cada una, y aun en todas las provincias, se establezca la uniformidad, que sufre la diferencia de los países» (2). Para cumplir con este encargo, se propuso el P. Morey, no, como antes parece era su deseo, enviar la compilación formada por el P. Seguí, sino recoger por escrito las que se observaban en la Provincia y en cada una de sus casas; juntar con ellas las de las antiguas provincias que se conservaban escritas, y de todas sacar las que pareciesen mejores y más acomodadas al tiempo presente. El P. General le aprobó este plan, aunque advirtiéndole que no descendiera a cosas muy menudas; porque en esas, ni dos casas podrían ser iguales. Las propias de cada una podrán ser más minuciosas y aprobadas por el Provincial, para que no las mude cada Rector que entre (3).

Reunida la congregación provincial, hízose en ella la propuesta de que, formado y revisado por ella misma el libro de las costumbres generales de la Provincia, la presentara el Procurador ya nombrado al P. General y le pidiera su aprobación. Presentada esta proposición, el Provincial, dando cuenta de los términos en que se hallaba el asunto, hizo ver que no había lugar a

(1) Él en una alocución que hizo a los Padres al empezar a tratarse de esto en la congregación provincial, dice que sí; pero en la carta de 15 de Octubre de 1831 a que se refiere, lo que dice el P. General es, que quisiera se le expusiesen una por una las cosas y costumbres *sobre las cuales había diversidad de pareceres*, y nada más. «Del resto, vorrei che una volta si esponessero in particolare le cose, le usanze delle quali vi é disparità di pareri.»

(2) Original en la Col. Prov.

(3) Original de 19 de Marzo de 1832, *id. id.*

deliberar sobre él, porque ya estaba mandado que eso se hiciera. Faltaba cumplirlo; y para poderlo mejor hacer, convenía que, además de las costumbres observadas hasta entonces en cada casa, traídas, según él lo había mandado, por los superiores respectivos, pusiera cada uno por escrito las que creía comunes a toda la provincia. A él tocaba hacer sacar de todos estos papeles el futuro costumbrero, examinarlo con sus consultores y otros Padres de los más antiguos, y enviarlo a Roma. No se deliberó, en efecto, sobre el punto propuesto; pero sí parece que hubo animada discusión sobre el modo, que se había de tener en determinar cuáles habian de proponerse como costumbres comunes a toda la Provincia y de observancia obligatoria para adelante, una vez aprobadas por el General. Convinieron por fin todos en que el Provincial nombrara cuatro de los allí presentes para hacer ese trabajo, lo revisara después con sus consultores y con otros cuatro de los más antiguos, y así acabado definitivamente, lo enviara a Roma, no en su nombre sólo, sino también en el de la congregación.

Además de las actas oficiales y sumarias, como suelen serlo, tenemos la relación particular y más íntima del P. Lerdo sobre lo ocurrido en este punto. «Hasta la elección de los procuradores, decía al P. General, no hubo tropiezo ninguno; pero cuando se llegó a tratar de los demás negocios, y se tocaron los dos candentes de las novedades en materia de costumbres y la dureza en el gobierno, hubo bien que temer. Desde luego en la comisión, el pobre P. Provincial tuvo que oír muchas cosas bien duras, que le hubieron de desgarrar el corazón, aunque nada iba contra él directamente, sino contra el P. Seguí; pero es tal el afecto que le tiene, que más le hiere cualquier cosa dicha contra él que contra sí. Confieso que no fui yo quien menos le mortificó, tanto que después creí necesario pedirle perdón. Él, sin embargo, con su mucha humildad y mansedumbre, no dió la menor señal de sentimiento. Lo que sí hizo fué irse, como suele, inmediatamente, al P. Seguí, que no era de la comisión, a contárselo todo para que se defendiese, a lo cual se mostró muy dispuesto, y un poco enojado por lo ocurrido. Estaban, pues, los ánimos a punto de inflamarse y fué menester pedir mucho a Dios que nos librara de un encuentro al llegar a tratarse de ello en las sesiones de la congregación. Hízolo como Padre amoroso y nos libró; pero no fué el P. Seguí quien procedió con más prudencia; porque al dis-

cutirse el punto de las costumbres dijo tales cosas de sus antecesores en el gobierno, que si los demás hubieran sido un poco más irascibles, hubiera habido un fuerte choque. Sólo uno le replicó indignado, no encolerizado; los otros prefirieron evitar contiendas y se ciñeron al asunto propuesto de la formación del costumbrero. En eso mismo, en la redacción de las costumbres, hay que ver las angustias del P. Provincial, y las vueltas que dió, por recelar que la Congregación le quitara a él y se arrogara a sí alguna autoridad e intervención. Por fin se adoptó el arbitrio propuesto por el P. Seguí, de que el Provincial, y no la Congregación, designara cuatro Padres para aquel trabajo; y designados inmediatamente después de la sesión, les dirigió una carta, que leyó en la del día siguiente, y que a V. P. vendría bien conocer; porque la redactó el P. Seguí, y su lectura será tal vez útil para más de una cosa» (1).

Los designados fueron los PP. Puyal, Gil, Torroella y Seguí, es decir, los más declarados en pro y en contra de lo establecido en Alcalá y en el Imperial por el último de ellos, y la carta que les dirigió contenía una instrucción sobre el modo que habían de tener en sus deliberaciones. Duraron éstas hasta mediados de Agosto. Lo acordado en ellas lo entregó el Provincial a otros cuatro Padres, cuyos nombres ignoramos, y después, con las observaciones de éstos, a los Consultores de Provincia, los PP. Gil, Lerdo, Frias y José Téllez, que en reuniones presididas por él mismo, lo fueron revisando todo; y por fin el 10 de Diciembre de 1832 envió a Roma el proyecto definitivamente redactado, con los pareceres de los consultores contrarios a lo propuesto en algunos puntos, a fin de que mejor pudiera el P. General determinar lo que en ellos había de guardarse.

El General, al avisar su recibo, expresaba su juicio sintético por estas palabras: «Alabo la diligencia; pero hay algo de nimiedad» (2); y poco después, el 4 de Febrero de 1833, se las devolvió aprobadas con algunas modificaciones y con estas preciosas advertencias: «Me ha gustado bastante el trabajo puesto en redactar estas *Costumbres*. Sin embargo, 1.º, en varias materias han descendido a cosas muy menudas, y por lo mismo en exigir las es necesario proceder con mucha suavidad; si no, hay peli-

(1) A 7 de Julio de 1832, original en *Cast. II*.

(2) Autógrafo, 8 de Enero de 1833, en la *Col. Prov.*

gro de faltar en lo *sustancial* por atender a lo *accidental*. Muchas veces las personas de más noble y sólida virtud no entran por esas menudencias, cuya observancia es bien desear en todos, pero muy difícil conseguir de todos; y exigirla indiscretamente viene a ser ocasión de muchos sinsabores, harto más graves que cien contravenciones a una costumbre en cosa menuda y de suyo indiferente. He dicho esto para que se proceda con mucha *suavidad* y *discreción*, distinguiendo debidamente entre *costumbre* y *regla* y aun entre *costumbre* y *costumbre*. 2.º Me figuro que muchas de estas llamadas *costumbres*, ahora puestas por escrito, no son verdaderas costumbres, es decir, observadas ya antes, sino más bien para adelante. Una razón más para ir con *suavidad* y *discreción*. 3.º Las penitencias son muchas y algunas duras. Con gran consuelo vería yo que las practicaban muchos y mucho; pero *espontáneamente*, por espíritu de fervor y de amor. Imponerlas con frecuencia los Superiores, y hacerse por tanto como a la fuerza, eso no; porque no es conforme al espíritu de la Compañía. Suelte, pues, el Superior la rienda en esto a los *robustos* y *fervorosos*; pero con los que no lo son, vaya con tiento. *Exhortar* a tales penitencias, muy bien; *imponerlas* sin mucha discreción, estaría mal, porque no sería conforme a la santa prudencia, que ha de ser una de las virtudes principales de un Superior» (1).

Aprobadas, pues, así las costumbres, el P. Morey las publicó en la fiesta de San José de aquel año de treinta y tres, con una larga carta que servía de introducción histórica, y recomendaba eficazmente su observancia (2). No faltaron representaciones al P. General contra algunas de las cosas establecidas en ellas y contra el empeño del Provincial en exigir su aplicación literal en todas partes; y el General halló bien fundadas muchas de esas quejas y volvió a hacer al P. Morey prudentes advertencias, recordándole las de 4 de Febrero de 1833. «Parece, le dice, que V. R. no me ha entendido. aunque creo haber escrito *bastante claro*. Me vienen muchas quejas porque V. R. impone las costumbres aun en cosas mínimas, donde por las circunstancias del lugar antes causarán disgusto que edificación. Ya había yo observado que había en ellas demasiadas menudencias, y que la gran diferencia que va de unas regiones a otras, requeriría al-

(1) Carta de 4 de Febrero de 1833, *Registro*.

(2) Original en diversos ejemplares de las *Costumbres*.

guna variación en esas cosas. ¿Cómo no? España, lo mismo que Italia, estuvo en lo antiguo dividida en tantos estados, y cada uno con diversos usos y costumbres. Querer que ahora en todos se proceda igual, será no más ocasionar désazones, y bien pesadas, sin provecho y por naderías (1).

Estos avisos debieron de producir algún buen efecto; y moderado así, aunque no del todo, el rigor y nimiedad en exigir por igual la observancia de todas esas prácticas, y sin variación alguna en todas partes, se fueron sin duda acabando de asentar, con lo cual, además de las otras ventajas positivas, se había logrado quitar en mucha parte la ocasión de la división de los ánimos, que había en la Provincia.

11. Otra providencia tomada por el P. General contribuyó tal vez más a restablecer la unión. El 30 de Agosto de 1832 el P. Seguí recibió orden de ir a Roma con el P. Puyal, elegido Procurador; y llegado allí, fué destinado a hacer la tercera probación aquel año en el Noviciado de San Andrés, y no volvió a España, hasta que en 1848 la revolución echó de Italia a los jesuitas. En su lugar fué nombrado Rector del Colegio Imperial el P. Puyal, apenas terminada su comisión en Roma, y el P. Root-haan escribía sobre esto al P. Gil: «Vuelve allá el P. Puyal para ser Rector del Colegio Imperial. Espero que dentro de poco no quedará ya ni rastro de disensión, la cual no podría menos de hacer mucho daño a toda la Provincia. Hase quitado la causa principal de ella; sólo falta, con el buen modo de proceder, conciliar los ánimos de los demás, para que todos sean un alma y un corazón» (2). El Provincial, cuando supo este nombramiento, significó sus temores de que en el Colegio se alterase la suma paz de aquellos tres meses de interinidad, por querer el nuevo Rector cambiar algunas de las cosas ya establecidas; de que decayese la observancia con su mal ejemplo de poco recogimiento; y de que tratando tanto con caballeros y señoras, se le fuese alguna palabra, que en tiempos tan vidriosos ocasionara graves disgustos (3). Alguna decadencia en la observancia ya dijimos haberse notado, y el Provincial echó también mucho de menos en el P. Puyal, cuando los sucesos de 1834, el valor para arrostrar

(1) A 21 de Noviembre de 1833; 25 de Febrero y 22 de Marzo de 1834. *Registro*.

(2) Original, 18 de Diciembre de 1832, en la *Col. Gil*.

(3) Al P. General, 4 de Enero de 1833, original en *Cast. II*.

los peligros y la solicitud debida por sus súbditos en aquellas circunstancias anómalas de temor y de dispersión, aunque corta, de la comunidad, repitiendo y confirmando su juicio desfavorable para el Rector (1).

Los sagrientos sucesos de 1834, que acabamos de mencionar, y la supresión de la Compañía en España el año siguiente, no dieron lugar a que la exacta observancia se acabara de armonizar con el espíritu de amor y no de temor en ella. El exceso pasado en exigirla y las nuevas costumbres, ahora legítimamente promulgadas, hacían mucho para que quedase muy bien entablada en lo exterior; y el estar al frente del noviciado y del colegio Imperial hombres opuestos al anterior espíritu de rigor y dureza, juntamente con el empeño del General en desterrarlo, hizo que fuera disminuyendo, aunque no desapareció del todo, estando principalmente sostenido por el Ministro del Imperial, el Vicerector de Alcalá y el mismo Provincial, que no acertaba a despojarse de él. Oigamos por última vez al P. Roothaan tratar de este punto, condenando aquel sistema y lamentando sus desastrosos efectos. El 6 de Mayo de 1833 escribía al P. Morey: «Duélome de la muerte prematura de tantos jóvenes, y más aún de que, según entiendo, hay otros ya casi desahuciados. Mucho tiempo hace que me lo pronosticaban hombres de conocida prudencia, viéndolos gobernados con tanto rigor en Madrid en tiempo del P. Seguí y en Alcalá. Y lo peor es que apenas se ve cambio ninguno en ese sistema, tan ajeno del trato suave y humano que se acostumbra en la Compañía.» De su propia mano añadió lo siguiente: «No sé qué espíritu es el de esos hombres; pero ciertamente no es el de N. P. S. Ignacio, a quien me extraña que conozcan tan poco los que se creen y pregonan prácticos en nuestro Instituto como ninguno. He sabido también, no sin grave sentimiento, que en muchos jóvenes flaquea el amor a la vocación, hasta el punto de que, si hubiera sucedido el trastorno que se temía, no pocos de ellos, lejos de sentirlo, hubieran respirado. Y ¿qué tiene de extraño, no habiendo caridad en los superiores, es decir, en los que para ser *forma gregis*, están obligados a aventajarse en ella? V. R. mismo (no puedo dejar de advertírselo), recelo que no ha entendido bien lo que sobre este punto le he escrito repetidas veces. V. R. teme la *relajación*. La relajación tam-

(1) A 17 y 27 de Septiembre de 1834, íd. íd.

bién yo la aborrezco. Pero ¿es que no hay medio entre *la relajación* y una dureza rígida y casi inhumana? Esa severidad en el gobierno, sobre todo de jóvenes, impide el amor filial y la confianza, sin la cual no hay Compañía de Jesús, tal como la quiso N. S. P., informada del espíritu de amor. San Ignacio se mostraba severo con hombres ya maduros e insignes en virtud, un Polanco, un Nadal y otros tales; con los jóvenes, mayormente aun tiernos en ella, *blando* como el que más. Padre mío carísimo, esa provincia ofrece grandes esperanzas por el número y prendas no despreciables de los jóvenes que Dios llama a la Compañía; pero si el superior los gobierna como enemigos *in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringat* (1), ¿en qué pararán tales esperanzas?» (2). Nadie se maravilla de que fueran necesarias tantas y tan fuertes advertencias. En cosas, no materiales y taxativamente determinadas, sino morales, y que quedan al prudente juicio de las personas; aun con el mayor deseo de acertar se equivocan creyendo haberse puesto en el justo medio, que se les aconseja, cuando el carácter, la educación y más si también la conciencia, no bien ilustrada, inclinan al extremo. A pesar de estas circunstancias, poco después de recibida esta carta, escribía del P. Morey el P. Puyal que no pensaba ya como antes (3); y andando el tiempo parece que desapareció de él totalmente aquella rigidez de los principios, y dejó entre nosotros memoria de varón virtuoso y prudente superior. Acaecióle algo parecido a lo que de sí mismo cuenta el P. Baltasar Alvarez; no sabemos si la causa del cambio fué la misma. El P. Baltasar dejó escritas de sus principios estas palabras: «También en este tiempo veía que me amargaban más mis faltas que me humillaban, y parecíanme impedimento de las trazas de Dios, y *por la estrechura de mi corazón dábanme pena las faltas de los otros que estaban a mi cargo y pensaba era buen gobierno traerlos podridos, para que se enmendasen.*» Mas hablando luego de los efectos causados en su alma por la oración extraordinaria, a que le levantó el Señor después de algunos años, pone entre ellos el sentimiento humilde de su poco valer, pero sin amargura ni tristeza, y la necesidad de acudir a Dios que le producía la vista de sus faltas. Las aje-

(1) Ps. II, 9.

(2) A 6 de Mayo de 1833. *Registro*.

(3) Al General a 27 de Julio de 1833, original en *Cast. II*.

nas «me mueven, dice, a compasión, y veo que era impaciencia mía traerlos podridos, y que es menester sufrirlos, mirando poco a ellos y mucho a Dios, y a esto se sigue dar Dios los súbditos rendidos: *Qui subdit populum meum sub me*, etc.» (1).

12. Para terminar, no dejaremos de advertir lo que muchos habrán entendido por sí mismos. La oposicion aquí manifestada entre los principales sujetos de la Provincia, y que no dejó de extenderse algo a los más inmediatos a ellos, no obstante ser tan clara y firme en la diversa manera de pensar, en querer cada parte hacer prevalecer sus ideas y modo de gobierno, y aun el proceder cada una de hecho conforme a ellas; turbó muy poco o nada la paz exterior. Algo entibió sin duda la caridad interna, algo también la confianza mutua en el trato: que no era posible, habiendo entre ellos lo que había, proceder enteramente como si nada hubiera. Pero tanto en lo interior como en lo exterior, la virtud ponía freno y dominaba los movimientos del ánimo. Lo que escribían a Roma en cumplimiento de su deber, aunque tal vez con demasiada viveza y aun con alguna alteración unos de otros, lo que ahora sale aquí a luz y parece que había de engendrar entre ellos discordias, lo ignoraban, y sólo en Roma se sabía. En esas mismas cartas repetían unos y otros que a pesar de sus diferencias conservaban la paz.

No estará demás añadir aquí que, andando el tiempo, los dos Padres, Frías y Seguí, salieron de la Compañía, el primero de su voluntad y el segundo por no querer, a lo que parece, someterse a la obediencia. El P. Frías no satisfacía al Infante D. Carlos en la enseñanza de sus hijos, ni a los superiores de la Compañía, en eso y en su conducta religiosa. Siguió adelante este mal o se agravó en el destierro a que, eso no obstante, le llevó consigo la augusta familia; y fué por fin necesario retirarle en 1836. Hizo luego la tercera probación y profesó en 1838; estuvo en la Provincia de Nápoles otros ocho años, y vuelto a España, se secularizó en 1849.

Del P. Seguí escribía el P. Roothaan al P. Morey en Noviembre de 1833, es decir, cuando aquél había terminado la tercera probación, confirmando con lo que él mismo había visto y sabido por otros de su conducta en aquel año, la triste idea que de él se había formado, y ya le había manifestado antes. Más dice esta

(1) La Puente, *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, c. XIII, párrafo I, páginas 135-138.

carta del P. General contra el P. Seguí que las que a él le habían escrito los años pasados los PP. Puyal y Gil. Que es hombre muy pagado de sí mismo y de sus cosas, alabándose por ellas a cada instante; que tiene en poco a los demás, aun superiores suyos, y habla de ellos con libertad; que es duro de juicio y no reconoce falta de que se le avise, persuadido de que *él* acierta, *él* conoce el Instituto, *él* tiene más espíritu que los otros, sin exceptuar a los superiores. Cuando vino a Roma le recibí amorosamente y, dejando a un lado todo lo demás, le manifesté sólo mi sentimiento por su cambio en el modo de escribirme, desde que le insinué que no podía aprobar todo su proceder, y que echaba de menos alguna mayor discreción. Le dije que esta advertencia no era para darse por ofendido y dejar de escribirme o hacerlo secamente, en dos líneas y con tono quejumbroso. No sé si entonces o en otras ocasiones, que le he hablado con llaneza y amor, ha reconocido su culpa; lo cierto es que apenas pude sacar de él otra cosa sino que entendió que había perdido mi confianza. En España todo lo quiso poner a la italiana; ahora habla mal de Italia y dice que sólo en España está bien la Compañía. Aun del P. Instructor, que es un santo varón, ha andado murmurando, prefiriéndose a él; y al salir destinado a Módena, ni de él ni de los otros Padres se ha despedido. Temo, temo mucho; y sin vacilar aseguro que no le guía *el buen espíritu*, sino *el malo*, poniéndole en tanto mayor peligro, cuanto más firme está, fiado de sí propio, en que es *el de Dios*. Enviarle ahora a su provincia de España, hubiera sido meter en ella una tea incendiaria de discordias y disensiones. El tiempo dirá lo demás; yo he querido decir esto a V. R., porque me ha parecido verle un poco engañado con la apariencia de celo que veía en este sujeto (1). Esta carta le desengañó, según parece por una suya de 1837.

No hemos creído necesario averiguar la conducta del P. Seguí en Italia, donde estuvo hasta que la revolución de 1848 le obligó a volver a España. En Palma de Mallorca, su patria, se presentó como *misionero apostólico*, y predicó con vehemencia, como en Madrid, pero sin el tino necesario. Parece, aunque no lo tenemos bien averiguado, que los superiores le quisieron sacar de allí; que se obstinó en no salir, y que esta fué la causa de su salida de la Compañía en 1853.

(1) Carta de 21 de Noviembre de 1833. *Registro*.

CAPÍTULO V

LA ENSEÑANZA Y LOS MINISTERIOS ESPIRITUALES

1. Enseñanzas en los colegios y concurso de estudiantes.—2. Privilegio de seguir el *Ratio Studiorum*.—3. Validez oficial de los cursos.—4. El *Ratio Studiorum* revisado.—5. Fruto de los colegios en el orden literario.—6. En el moral.—7. Diversos ministerios espirituales.—8. El mes de María introducido en España.—9. Asistencia a los apestados.—10. Beatificación del H. Alonso Rodríguez.

1. Habiendo puesto la Compañía casi todas sus fuerzas en la instrucción de la juventud, como se ha visto; no podemos menos de dedicar algunas páginas a la exposición de sus trabajos en esta parte, dando cuenta por junto, aun a riesgo de incurrir en alguna repetición, de las enseñanzas que en nuestros colegios se daban y de sus relaciones con los centros oficiales, del concurso de estudiantes a nuestras aulas y de lo aprovechados que en virtud y letras salían de ellas.

En todos los colegios, menos el Imperial y Loyola, y también en los dos Seminarios de Nobles, hubo escuelas de primeras letras a cargo de Hermanos coadjutores, uno, dos, tres y hasta cuatro, como los hallamos algún año en Palma de Mallorca y en la antigua Casa Profesa de Valencia. Llamaban comúnmente a estas escuelas *de leer y escribir*; pero no era eso lo único que en ellas se enseñaba. Agregábase el contar, y además del catecismo, como ya se deja entender, en Palma sabemos positivamente que se daban lecciones de Gramática Castellana y de Geografía, en Sevilla de Geografía e Historia Sagrada, y lo mismo se hacía en los demás colegios.

Seiscientos eran los niños que a estas escuelas acudían en Valencia los años de 1830 y 33, cuantos cabían en las aulas (1) y a

(1) El P. Miguel Pascual al P. General, 27 de Abril de 1830; el P. Jerónimo Rius al mismo, 31 de Enero de 1833. Originales en *Cast. II*.

mil y aun a mil doscientos llegaron en Sevilla (1), empleándose en su enseñanza, además de nuestros Hermanos, ocho ayudantes de fuera. En Manresa varios años pasaron mucho de quinientos; en Mallorca nunca llegaron a cuatrocientos (2).

La enseñanza más general fué ahora, como antiguamente, la de Latinidad y Humanidades durante tres o cuatro años, en algún colegio tal vez cinco. La parte principal de estos cursos era la Gramática latina y la Retórica, con sus correspondientes ejercicios de traducción, análisis y composición; pero a la par se enseñaba también, con más o menos amplitud, la Poética, la Historia y la Geografía, y en algunas partes como en Mallorca, en el Imperial y en los dos Seminarios, también el Griego. De notar es en el Imperial una cátedra especial de elocuencia y poesía castellana.

Setecientos alumnos externos acudían a estas clases en ese colegio el año de 1829 (3), y el de 1831 pasaron mucho de ese número, pero los demás no llegaron. Doscientos sesenta había en Sevilla en la primera de esas fechas (4) y pocos menos los años siguientes. En Manresa, el que más, hallamos doscientos cincuenta; en Mallorca doscientos cuarenta; y en Valencia trescientos diez, números superiores a los de otros cursos (5).

En la antigua Compañía, buen número de colegios tenían además de estas enseñanzas, que tal vez en ninguno faltaban, otras de Filosofía y Teología, tanto para nuestros estudiantes como para los de fuera. Ahora, Teología no la hubo en ninguno para estos últimos; y Filosofía, salvo algún curso en Mallorca, no más que en el Imperial y en ambos Seminarios. Dígase lo mismo de las Matemáticas, aun elementales. En el Seminario Conciliar de aquella isla fué donde los últimos años, a ruegos del Prelado, Ilmo. Sr. D. Antonio Pérez de Hirias, afectísimo a la Compañía, tomaron nuestros Padres dos cátedras de Filosofía y una de Sagrada Escritura, esta última a cargo del P. Nicolás Montemayor. Por algún tiempo asistieron los seminaristas a

(1) El P. Casto Fernández al P. General, 15 de Octubre de 1829, id. id.

(2) *Estados* de los alumnos matriculados en los colegios desde 1831 a 1834, hechos por encargo del P. Morey, en nuestro poder. Más hay en Alcalá. *M. F.*, 2.489.

(3) El P. Puyal al P. General, 8 de Octubre, original en *Cast. II*.

(4) El P. Casto Fernández al P. General, 15 de Octubre, id. id.

(5) *Estados* antes citados.

nuestras clases; mas luego el Señor Obispo quiso entablar en regla su Seminario y fueron a enseñar en él profesores nuestros, con esperanza de tanto mayor bien, cuanto que a aquellas aulas podían asistir, no solamente los seminaristas, sino cualesquiera otros estudiantes, y los cursos servían para obtener los grados universitarios en Teología a los alumnos internos y en Artes a todos, conforme al *Plan de estudios* de las Universidades. En nuestros dos Seminarios de Madrid y Valencia y en el colegio Imperial eran parte principal de la enseñanza, la Filosofía, repartidos en dos o tres cursos sus diversos tratados de Lógica, Ontología, Cosmología, Psicología, Teología natural y Ética; las Matemáticas elementales y superiores, tres años en el Imperial, tres y aun cuatro en los Seminarios; la Física matemática y la experimental. Fuera de estas materias comunes, se enseñaban en los Seminarios las lenguas vivas: francés en Valencia; francés, inglés e italiano en Madrid; mientras que en el Imperial se cultivaban el Árabe y el Hebreo con la Historia y Disciplina eclesiástica.

Los cursantes de estas asignaturas de Filosofía, Ciencias y Lenguas en él, decía el P. Puyal que eran quinientos en 1829 (1). Los años de 1831 a 34 oscilan entre algunos más de doscientos y de cuatrocientos (2).

El número total de los niños y jóvenes que recibían educación y enseñanza en nuestros colegios los cinco últimos años de que tenemos datos estadísticos, pasaba de cuatro mil, y en 1833 aun de cinco mil.

Alguna ligera variación, fuera de las aquí anotadas, hubo en las asignaturas en el transcurso de los doce años que abarca este período. En el apéndice núm. 13 puede verse un estado oficial del año 1834.

2. En el período anterior notamos cómo, a pesar de las protestas y reclamaciones del Consejo de Castilla, el Rey no sometió a su examen y aprobación el *Plan de estudios* que la Compañía había de seguir en el Colegio Imperial, sino que lo aprobó sin otra consulta que la de la Junta de restablecimiento (3). Para los demás colegios, ni se trató de aprobación del *Plan de estudios*,

(1) Carta de 8 de Octubre, antes citada.

(2) *Estados* de los alumnos.

(3) Véase el lib. II, c. I, n. 6, p. 208.

ni había por qué; puesto que sus similares en España tampoco lo tenían expresamente aprobado por el Gobierno. Del Seminario de Valencia, que sí lo tenía, se dijo al tiempo de tomarlo la Compañía que siguiera con él por entonces, pudiendo luego cambiarle los Padres con aprobación del Rey (1), pero no se cambió hasta 1827.

Siguióse, pues, en los estudios el plan y método de la Compañía, contenido en su conocidísimo *Ratio Studiorum*, y el mismo seguía aplicándose desde 1824, al publicarse el oficial del Gobierno, primero para las Universidades en Octubre de aquel año, después para las escuelas de primeras letras en Febrero de 1825, y por último para las de Latinidad y colegios de Humanidades en Noviembre del mismo. El *Plan literario de estudios y arreglo general de las Universidades del Reino* (2) no tocaba a la Compañía, porque no tenía Universidad alguna. Pero le tocaban, y muy de cerca, el *Plan y Reglamento de escuelas de primeras letras* (3) y el *Reglamento general para las escuelas de Latinidad y los colegios de Humanidades* (4), porque tenía escuelas de primeras letras, ya separadas, como en Sevilla y Valencia, ya unidas, como en Palma y Manresa, a las de Latinidad, y tenía también esas escuelas de latinidad o equivalentes a las que el *Reglamento* establecía, y asimismo colegios de Humanidades: que eso venían a ser nuestros dos seminarios, y parecido, aunque más amplio, el Imperial. Véanse las materias que en las escuelas de Latinidad habían de enseñarse: «1.º La Gramática de la lengua latina con toda extensión. 2.º Paralela y comparativamente la Gramática castellana. 3.º A traducir correctamente del latín al español y de éste al latín. 4.º Un tratadito de antigüedades romanas, otro de Mitología y otro de las acepciones figuradas de las voces, o, como suele decirse, de los tropos y figuras de significación» (5). Todo esto, parte por sus libros de texto, parte de viva voz sin los trataditos especiales, que el *Reglamento* pone, lo enseñaban nuestros maestros, y aun añadían toda o parte de la

(1) El Secretario de la Junta de restablecimiento al P. Zúñiga, 27 de Mayo de 1816. Copia en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, manuscritos, n. 519.

(2) *Decretos del Rey*, t. IX, p. 223. Hicieronse ediciones separadas.

(3) *Id.*, t. X, p. 53.

(4) *Id.*, t. XI, p. 8.

(5) *Tit. I*, art. 12.

Retórica, como hemos dicho. En los colegios de Humanidades, que ahora se mandaba formar, habían de cursarse: «Primeras Letras, Latinidad, Filosofía en los ramos de Lógica, Metafísica y Ética; Historia, Geografía y Cronología; Literatura o Arte de hablar en prosa y verso; Lengua Francesa e Italiana, principios de dibujo; y para los niños, cuyos padres quisieran costearlo, algunos principios de Música, Baile y Esgrima.» Gradualmente, y según lo permitieran las circunstancias, se irían introduciendo algunos breves elementos de Matemáticas puras, Historia Natural, Física y Química, y a su tiempo, la Lengua Griega, que al pronto sólo se enseñaría en Madrid (1). La correspondencia, aunque no exacta, de estos colegios, con nuestros seminarios y aun con el imperial salta a la vista.

Las escuelas de primeras letras establecidas en casas de regulares, y, por tanto, las nuestras, no quedaban sujetas al *Reglamento* sino en la parte puramente literaria (2); pero en esa habían de depender del Consejo Real, y, debajo de él, de una Junta superior de Inspección de todas las escuelas del reino, y parece que también de las Juntas subalternas de la capital de la provincia y del pueblo en que se hallasen (3). Las de latinidad nuestras, aunque exceptuadas, juntamente con otras, de la inspección de las Universidades más próximas, a que la generalidad eran sometidas, también quedaban sujetas al nuevo *Reglamento*, en todo lo perteneciente al método científico y literario, bajo otro cuerpo oficial director: la *Inspección General de Instrucción Pública* (4). En lo tocante a colegios de Humanidades no se hacía excepción alguna, y así parece que en todo habían de estar sujetos los nuestros al *Reglamento* y a la *Inspección General* (5).

No pareció compatible al P. Córdón esa dependencia con nuestras Constituciones, ni tolerable la sustitución del *Ratio Stu-*

(1) Artículos 65 y 66.

(2) Artículos 10 y 11.

(3) Artículos 125, 126, 138, etc.

(4) Artículo 10.

(5) El art. 56 decía: «Por ahora se establecerá uno en Madrid y otro en cada una de las ciudades siguientes: Cáceres, Manzanares o Ciudad Real, Barcelona y Burgos, debiendo subsistir con sujeción a este Reglamento y bajo la dependencia de la Inspección General de Instrucción pública, pero salvo el derecho de patronato, los de Valencia, Vergara, Santiago de Bilbao y Monforte de Lemos.» El de Valencia sería nuestro Seminario, cuyo patronato pertenecía al Rey?

diorum de la Compañía en nuestros colegios por los planes de estudios y métodos de enseñanza del Gobierno; y así, presentó memorial al Rey el 23 de Abril de 1826, pidiendo exención plena de todos los nuevos reglamentos y autorización para seguir en todas nuestras escuelas el *Ratio Studiorum*. He aquí el texto del memorial:

«Señor. Pedro Cordon, Provincial de la Compañía de Jesús, a L. R. P. de V. M. con el más profundo respeto, dice:

Que con Real Cédula de 3 de Mayo de 1816, se dignó V. M. autorizar a los jesuitas para que pudiesen volver a dedicarse en este Reino al ejercicio y práctica de la vida regular con arreglo en todo a su Instituto. Una de las principales partes de este Instituto es la que en él se contiene bajo el título de *Ratio Studiorum*, en la cual menudamente se prescribe el método, materia, libros y cuanto es conducente a la instrucción de la juventud. La experiencia de tres siglos, el aplauso de todos los sabios, y la augusta aprobación de V. M., ha justificado el acierto de la Compañía en este punto sumamente interesante. En el Real decreto de 29 de Mayo de 1815, que es una completa apología de los injustamente perseguidos Hijos de San Ignacio, entre otros elogios tuvo V. M. la dignación de decir, que los enemigos mismos de la Compañía de Jesús se han visto precisados a confesar que la Compañía ha producido ventajas importantes por la buena educación de la juventud puesta a su cuidado, y hábiles maestros en diferentes ciencias, con un extraordinario número de buenos escritores. Mas no sólo ventajas literarias, sino también religiosas y morales, produce la instrucción de la Compañía, formando de sus alumnos cristianos irrepreensibles y fieles vasallos, enemigos declarados de toda revolución rebelde a sus legítimos soberanos. Por eso los verdaderos enemigos de la Religión y de los Tronos son los que tanto trabajaron y minaron con calumnias, ridiculeces y chismes para desacreditar a la Compañía de Jesús, disolverla y perseguir a sus inocentes individuos, como con tanta gloria de éstos asegura V. M. en el citado decreto, añadiendo que así lo ha acreditado la experiencia; porque si la Compañía acabó por el triunfo de la impiedad, del mismo modo y por el mismo impulso se ha visto en la triste época pasada desaparecer muchos Tronos; males que no hubieran podido verificarse existiendo la Compañía, antemural inexpugnable de la religión santa de Jesucristo. Todas estas ventajas las debe la Compañía, después

dè Dios, a su *Ratio Studiorum* que le prescribe un método seguro y bien acreditado de promover en el modo más perfecto la literatura, la religión y la moralidad. Por tanto, el sujetar la Compañía a otro cualquier método, sería obligarla a renunciar en gran parte al Instituto que religiosamente profesa, y para cuya observancia fué restablecida por V. M., que es su segundo padre y fundador en España; sería destruir en la parte principal la obra de V. M.; sería hacer perder a la Compañía los muchos y sazonados frutos, que de su método de instrucción con la divina asistencia ha recogido hasta ahora.

Señor, la Inspección General de instrucción Pública parece querer sujetar la Compañía a su Reglamento, y (que) de esta suerte deje de ser, como hasta aquí, maestra con método propio suyo, y sólo sea una ejecutora del método que le prescriba. Esto trae consigo, además de los inconvenientes ya dichos, otros, con cuya enumeración no es justo molestar más la atención de V. M. Por tanto, en atención a la gloria de V. M., restaurador de la Compañía, a la observancia de su Instituto, que V. M. justamente exige, y a que ella está obligada por profesión religiosa, y a las ventajas que hasta ahora ha producido y produce su método de enseñanza, el exponente

Suplica a V. M. se digne ordenar a la Inspección General de Instrucción Pública, que no sujete la Compañía a su reglamento, dejándola seguir como hasta aquí con su propio y peculiar método. Gracia que espera de la clemencia, justificación, celo y protección de V. M., por cuya vida y felicidad pide incesantemente al Altísimo» (1).

No contento el P. Cordón con la presentación del memorial, habló del asunto varias veces con Calomarde y obtuvo de él promesas repetidas de que sería despachado favorablemente (2). Para cumplir su palabra, sin duda alguna, escribió de su mano al margen del memorial: «Las providencias tomadas por S. M. nunca han sido con intención de variar en nada el método interior y particular que por su Instituto observa la Compañía de Jesús; y así se ha dignado resolver que observando ésta lo prevenido en el Plan General, la Inspección no se meta en cosa alguna, que pertenezca a la educación que da a la juventud dicha

(1) Original en el A. H. N., I. P., 331.

(2) Carta al P. General, 19 de Octubre de 1826, original en *Cast. I.*

Compañía.» Confusa era esta resolución, aunque bien claro quedaba que no se concedía en ella lo pedido. El P. Córdón pedía que «la Inspección General de Instrucción pública no sujetara la Compañía a su *Reglamento*, dejándola seguir como hasta allí, con su propio y peculiar método». Según esta resolución, la Inspección no había de meterse en lo tocante a la educación que diera la Compañía; pero la Compañía había de observar el Plan general de estudios puesto por el Gobierno. El oficial de la Secretaría, D. Joaquín Fernández Company, encargado de redactar las órdenes correspondientes conformes a esa resolución, observó lo contradictorio de sus conceptos y salió además a la defensa del Plan general. «Si la Compañía ha de observar los planes, decía, no puede establecer su *Ratio Studiorum*; y si la Inspección no se ha de meter en cosa alguna, que pertenezca a la educación que da a la juventud, no hay en verdad quien vigile si observa o no los planes. La instancia del P. Córdón es un ataque a los planes el más directo y paliado. Si la Compañía ha de tener facultad de enseñar por su método, materias y libros, volvemos a la embrola de la falta de uniformidad» (1). Con estas observaciones Calomarde pensó en dar cuenta al Rey, y encargó al mismo oficial que le redactara para eso la nota correspondiente en los términos que le pareciera. Hizolo muy a su gusto, combatiendo la pretensión del Provincial. La uniformidad era la ventaja principal de los nuevos planes de estudios, y contra ella iba la excepción pedida por él. Dice que habiendo restablecido V. M. la Compañía para que proceda conforme a su Instituto, y siendo parte de él el *Ratio Studiorum*, no dejárselo seguir sería destruir V. M. su propia obra, obligarla a no observar su Instituto, estorbar los frutos que de esa observancia ha sacado y sacará, y reducirla, de maestra con método propio, como lo ha sido hasta ahora, a simple ejecutora del método que se le imponga. Pues eso debe ser la Compañía: mera ejecutora del plan de enseñanza que V. M. le dé, quitándole, como puede hacerlo, si no le acomoda, su *Ratio Studiorum*; y no parece conforme a la humildad de su Instituto, querer ser maestros con método propio, rehusando el que pone quien los sacó del sepulcro. Aun en los seminarios episcopales puede V. M. imponerlo indirectamente; cuanto más aquí. El *Ra-*

(1) A. H. N.; I. P., 331; autógrafo de D. Joaquín Fernández Company al oficial mayor, sin fecha.

tio Studiorum habrá tenido en tres siglos tantas mudanzas como superiores ha habido. Lo que ellos han hecho, mejor lo puede hacer V. M. Y, en fin, la uniformidad se ha de guardar; si el *Ratio* de la Compañía es mejor que el Plan general, quítese éste y póngase aquél para todos; y si no, que la Compañía se sujete al general. O puede mandar V. M. que sobre el caso informe la Inspección (1). Esto último fué lo que S. M. resolvió.

La Inspección desfiguró algo los conceptos del memorial del P. Cordón; pero el nervio y sustancia de su informe se reduce a dos puntos. El primero, absolutamente indiscutible, es que conforme al tenor de los nuevos planes de enseñanza, promulgados por el Gobierno, la Compañía está obligada a someterse a ellos; el segundo, que del *Ratio Studiorum* en la Compañía misma no queda ya más que el nombre y alguna reglilla o práctica insignificante, a cuya observancia no se oponen los planes de estudios oficiales ni se opondrá la Inspección; porque los libros de texto, que ahora usan los jesuitas, ni son ni deben ser los que prescribe el *Ratio*, ni siquiera existían cuando se escribió; y esa es su parte principal y la más importante de él. ¿A qué, pues, ponderar tanto su *Ratio Studiorum* y la obligación y las ventajas de observarle? Por tanto, el parecer de la Inspección es que por razón de la uniformidad en las asignaturas o materias de enseñanza y en los libros de texto, punto en que no se debe transigir, los jesuitas se deben someter a los reglamentos generales; en el modo de dar esa enseñanza tendrán la libertad que cualquier otro maestro, de observar las prácticas y procedimientos, que más les acomoden (2).

De bien rastrero modo entendía las cosas la Inspección, teniendo por la parte más principal de una legislación escolar, y sobre todo de nuestro *Ratio Studiorum*, los textos y asignaturas, y creyendo que, por leer a la sazón en las aulas, otros libros que los señalados en el *Ratio*, no se observaba de él sino alguna reglilla insignificante. Estamos seguros de que el P. Cordón no daba tanta importancia al punto de textos y materias; aunque nos consta que alguno de los libros señalados en el plan oficial, aun por la parte moral lo reprobaba. Lo que él quería era que nuestros estudios y colegios fueran completamente independien-

(1) A. H. N.; I. P., 331.

(2) A. H. N.; I. P., 331, 20 de Junio de 1826. Original.

tes de la Inspección, aun en lo «perteneiente al método científico y literario», que era la parte en que el *Reglamento* los sometía a ella; primero, porque aun en eso podía dar que hacer a los superiores, y segundo, porque podía también ingerirse en lo que no era científico y literario, pretendiendo que sí. Como, mirada bajo este aspecto, era de gravísima importancia su pretensión, el Provincial repitió y reforzó sus razones: que no podía en conciencia dejar de observar esta parte de su Instituto; que la educación de la juventud era en nosotros un ministerio religioso y así no debía estar sometido a una junta seglar; ni podía creerse que tal fuera la intención del Rey, habiendo restablecido la Compañía y autorizádola para ejercitar todos los suyos conforme a sus leyes; que en Nápoles y en Austria, convencidos de nuestra razón, después de haberse resistido, habían los gobiernos otorgado la misma gracia, que aquí se pedía. Respecto del Seminario de Nobles, cuyo restablecimiento se traía entonces entre manos, había razones particulares, como eran, no haber dependido nunca sino de S. M.; ser colegio propiamente militar, habiendo tenido siempre sus alumnos consideración de cadetes; y estar destinado a la educación de la clase más distinguida del estado, que no era razón someter a los reglamentos generales (1).

Para no dejar nada por hacer a fin de salir con su intento, el P. Cordón habló al Infante D. Carlos, habló a todas las personas, que entendió podrían ayudarle. Solamente al Rey no habló, porque le dijeron que la resolución dependía del Ministro.

De todos sus pasos daba cuenta al P. General, mostrándose temeroso del éxito, a pesar de la palabra dada por Calomarde, por ser el mismo Ministro el autor de los reglamentos oficiales y el principal protector de la Inspección General, y por haber pocos enemigos ocultos, que mirando con malos ojos la universal estimación de la Compañía, el florecimiento del Imperial y la gran expectación suscitada por el Seminario de Nobles, deseaban vernos fracasados en esta pretensión y sometidos a aquel organismo oficial. Mas él, si con sus diligencias y razones, sostenidas con circunspección, pero con firmeza, no conseguía la exención solicitada; estaba resuelto a cerrar los colegios abiertos y a no abrir el Seminario, aunque ya el Rey tenía prometido a algunos

(1) A. H. N.; I. P., 331, 16 de Octubre de 1826. Original a Calomarde.

jóvenes o a sus padres ponerlos en él a su costa (1). El General, que había aprobado la representación dirigida al Rey, aprobó igualmente la resuelta actitud del Provincial, encargándole que por todos los medios posibles tratara de evitar la sujeción de nuestra enseñanza a una dirección externa y variable, por tanto, a capricho ajeno; que el asunto no era baladí ni cosa de pura fórmula (2).

Antes de recibir esta carta dirigió el P. Córdón al Ministro esta otra en 7 de Octubre de 1826: «Excmo. Señor: Me dan por cierto que el Real Consejo, conformándose con el parecer de la Junta de Estudios, aprueba la abertura de nuestro Seminario, pero quedando sujeto a la dicha Junta, mientras S. M. no decreta otra cosa. Espero que V. E. mantendrá la palabra que me ha dado de salvar la independencia de nuestros estudios; pues como tengo dicho a V. E., yo no puedo consentir en semejante dependencia, y antes bien dejaré de abrir el Seminario. He juzgado necesario prevenir esto a V. E. para evitar desconciertos, como sería el que no se abriese el Seminario, cuando ya S. M. y alguna otra de las personas Reales han tomado empeño por la admisión de seminaristas. Confío en la poderosa protección y experimentada bondad de V. E.» (3). En efecto, aquel mismo día había dado el Consejo su dictamen al Rey diciendo que podía abrirse el Seminario, y que en lo científico y literario debería regirse por el reglamento general y depender de la Inspección de Instrucción pública.

No creemos que Calomarde se atemorizara o quedara perplejo con esta carta. Ello es que vistas las razones presentadas de nuevo por escrito, a ruego suyo, por el P. Córdón; apoyado tal vez en el ejemplo allí aducido de Nápoles y Viena; y probablemente bien persuadido de que la independencia solicitada ningún mal había de traer, sino la falta material de uniformidad entre nuestros estudios y los oficiales, no tan capital, ciertamente, como la Inspección pretendía; escribió de su puño el siguiente decreto: «Confirmo la orden de 30 de Abril de 1816, y

(1) Cartas de 3, 13, 20 de Julio y 19 de Octubre de 1826, originales en *Cast. I.*

(2) Autógrafo de 23 de Mayo y original de 19 de Octubre de 1826, en la *Col. Prov.*

(3) A. H. N.; I. P., 331; original.

quiere S. M. que en las escuelas de la Compañía se observe el plan propuesto en su *Ratio Studiorum*; y así lo he mandado» (1).

El 21 de Octubre fué dado el decreto y el día siguiente lo comunicaba el P. Cordon al P. General diciéndole: «Esta es una gracia alcanzada del cielo contra la voluntad del Ministro, de la Junta de estudios y del Consejo de Castilla, mancomunados contra ella; pero el temor de caer en descrédito y de una desaprobación universal, ha hecho al Ministro proponer al Rey este decreto» (2). Por lo relatado se ve que la oposición de la Junta o Inspección era fuerte y cierta; la del Consejo no tanto. Cuanto al Ministro, posible es que muchos, ya por enemigos de innovaciones, ya por lo acreditado de nuestro *Ratio Studiorum* y por lo que de su aplicación ahora esperaban para la buena formación de la juventud, vieran con malos ojos la sujeción de la Compañía a sus Planes y Reglamentos, y que él quisiera evitar este particular fomento de oposición; bien que tampoco faltarían quienes le censuraran por el privilegio concedido a la Compañía.

Lo bueno es que hubo a quien no pareció terminado el asunto ni resuelto el punto capital. Y así era, mirando a la letra del decreto. Véase esta *Nota*, último documento que hallamos sobre la materia: «V. M. se ha servido mandar que en las escuelas de la Compañía de Jesús se observe el plan propuesto en su *Ratio Studiorum*; pero a mi entender queda por resolver el punto de su independencia en la enseñanza; y esto es lo que se pretende por repetidas exposiciones del P. Superior. Sea en esto lo que V. M. se digne determinar, la independencia no puede ser absoluta. Podrá serlo, si V. M. lo tiene a bien, de la Inspección; pero no de V. M., pues sería una monstruosidad el sólo intentarlo. Si han de estar las escuelas de jesuitas sujetas a la Inspección de V. M., parece que en la Secretaría de mi cargo esté el *Ratio Studiorum*; porque sin él no puede vigilarse sobre su observancia. Sería muy conveniente que declarando V. M. en la cuestión principal lo que sea de su soberano agrado, se sirviese mandar al Padre Provincial de la Compañía remitiese el *Ratio Studiorum*, que

(1) A. H. N.; I. P., 331. Ese decreto autógrafo de Calomarde no lleva la firma del Rey; suponemos que firmó otro debidamente redactado, como lo leemos en una copia de mano del P. Sebastián Sancho: *Confirmo la orden de 30 de Abril de 1816 y mando que en todas las escuelas de la Compañía se observe el plan propuesto en su Ratio Studiorum.*

(2) A 22 de Octubre de 1826, original en *Cast. I.*

acaso sería oportuno adoptarlo generalmente» (1). Aquí habla Calomarde; pero la nota no es de su mano, y creemos que la puso por su cuenta el oficial de la Secretaría antes mencionado, creyendo que realmente quedaba aquel punto por resolver y dando por supuesto que el Ministro lo había de proponer al Rey. Peregrina es la idea indicada al fin, de que acaso sería oportuno adoptar generalmente, esto es, en todos los Centros oficiales de enseñanza, el *Ratio Studiorum*. La nota no sabemos que diera resultado alguno. Calomarde, el Provincial, la Inspección y todo el mundo entendió que, autorizada la Compañía para seguir su propia legislación escolar, quedaba independiente de la general y de las autoridades encargadas de velar por su observancia. Del Rey mismo o del Ministerio de Gracia y Justicia, no creyó necesario el Ministro declararla dependiente.

3. Otro privilegio menos singular, pero de grande importancia, tenían el Colegio Imperial y el Seminario de Nobles, no concedido, pero sí confirmado ahora por el Rey: el de que sus cursos de materias requeridas para carreras y grados, hubieran de ser reconocidos y tener valor académico en cualquier Universidad.

En los Estudios del Imperial, antiguamente, ni se daban grados, ni los cursos servían para tomarlos en otra parte o para ser incorporados en las Universidades. Con esa condición expresa se fundaron (2); y aun así temieron aquéllas perder discípulos e hicieron gran resistencia a la fundación (3). Restablecidos por Carlos III en 1771, cuatro años después de cerrados por nuestra expulsión, con el afán de hacerlos valer más que en manos de la Compañía, se dió a sus cursos valor académico, de modo que debieran ser aceptados por las Universidades, como si fueran ganados en ellas (4); y ese privilegio conservaron devueltos a la Compañía en 1816 y otra vez en 1823. El *Plan* de Calomarde lo confirmó en su título segundo, artículo quince, que decía así: «Los cursos ganados en las cátedras establecidas por el Gobierno en los Reales Estudios de San Isidro, con tal que sean de las mismas asignaturas, que por esta ley se requieren para conti-

(1) A. H. N.; I. P., 331.

(2) El Rey a la Universidad de Alcalá, Madrid 30 de Mayo de 1627. La Fuente, *Hist. de las Universidades*, t. III, c. X, p. 75.

(3) Véase Astráin, t. V, l. I, c. VII, n. 4.

(4) La Fuente, t. IV, c. XXXII, p. 163.

nuar la carrera o recibir los grados, serán admitidos y reconocidos para la incorporación en cualquier Universidad.»

El mismo favor y otros de esta índole había dispensado al Seminario de Nobles Fernando VI y confirmado expresamente Carlos III y Carlos IV. «Deseando alentar, dice este último en las Constituciones de 1799, deseando alentar y fomentar en la nobleza de mis reinos la instrucción más conveniente en los primeros años para servir e ilustrar a la patria; renuevo el Real Decreto de mi augusto Tío, el Rey Don Fernando VI, dado en Aranjuez a veinte de Mayo de mil setecientos cincuenta y cinco y ampliado por mi augusto Padre en el mismo Real sitio con fecha de diez y seis de Junio de mil setecientos ochenta y siete, es a saber: «Que los alumnos del Seminario de Nobles, que hubiesen estudiado por el tiempo debido las artes que en él se enseñan, presentando de ello certificación del Director General y maestros respectivos, de haber sido examinados y aprobados en ellas, sean atendidos y preferidos respectivamente en las provisiones de los empleos a que se hallen proporcionados, y lo puedan alegar como mérito en sus ascensos. Que los que hayan de seguir la carrera de las armas, sean admitidos a cadetes de cualquier regimiento, aun de los de Guardias de Infantería, y gocen antigüedad de tales en el mismo Seminario desde los doce años de edad (Fernando VI había dicho desde los diez y seis) como si fuesen hijos de militares con tal que se empleen en el estudio de las Matemáticas. Que a los que se aplicasen al estudio del Derecho o quisiesen seguir carrera de letras, pasen para cualquier grado que pretendiesen en las Universidades, aunque sean mayores, los cursos de Filosofía, que hubieren ganado en el Seminario, presentando certificación del Director General y Maestros» (1).

Otra corta gracia en materia de estudios fué concedida por el Rey a la Compañía, que no llegó a tener aplicación ninguna.

Recuérdese que el P. Córdón pidió autorización para enseñar Teología públicamente en el Imperial, cuyos cursos fueran incorporables en las Universidades; y que suscitándose con esta ocasión el punto de los estudios generales, que quedó sin resolver, también quedó aquella petición sin respuesta. Renovóla en 14 de Junio de 1830 el P. Gil, Viceprovincial en ausencia del

(1) *Constituciones*, parte séptima, párrafo IV.

P. Puyal, añadiendo que se diera también el privilegio de validez para carrera y grados en Universidades a los cursos de Filosofía y Matemáticas que ya había en Palma de Mallorca y a los que se pondrían en el proyectado colegio de Barcelona (1). Pidió el Ministro informe a la Inspección (2); contestó que estos privilegios perjudicaban a las Universidades, y que, por tanto, tuvieran, sí, derecho de incorporación los cursos privados de los estudiantes teólogos jesuitas del Imperial, pero no los de seglares, ni los de Filosofía y Matemáticas de Palma y Barcelona. Aun los de jesuitas, tanto teólogos como filósofos, con la condición de seguir en ellos el número, orden y asignaturas del plan oficial y de tener en Teología por texto la *Suma* de Santo Tomás.

No le bastó al ministro este informe, y lo remitió todo a consulta del Consejo de Castilla, que opinó como la Inspección en lo de Palma y Barcelona; pero creyó que la Teología en el Imperial ya era incorporable por el art. 15, tít. 2.º del plan general, que declaraba tales los cursos seguidos en él, y lo miraba como muy conforme con las intenciones de S. M. en la propuesta que había hecho de los estudios generales. A esto replicó la Inspección en nuevo informe reservado, que aquel artículo declaraba incorporables los cursos establecidos en el Imperial por el Gobierno, y la Teología no lo estaba, y que para estudiantes seglares externos en manera alguna debía concederse, ni eso ni lo de Palma y Barcelona; para seglares internos, si llegara a haberlos, podría otorgarse como pura gracia; y para los mismos jesuitas ya la otorgaba el plan general con las condiciones antes indicadas.

Este último informe de la Inspección adoptó Calomarde, y conforme a él dictó la resolución, comunicada en 11 de Diciembre de 1830, en que se establece: 1.º Que los cursos domésticos de Filosofía y Teología ya eran incorporables por el plan general de estudios, con las condiciones en él establecidas y la de que el texto para la Teología fuera la *Suma* de Santo Tomás;

(1) El P. Gil pedía que la Teología, puesta ya en el Imperial sólo para los jóvenes jesuitas, la pudieran cursar también los seglares y que fuera también para ellos incorporable. El oficial de la Secretaría, en el extracto del memorial, omitió los seglares y puso que se pedía la incorporación de los cursos de los religiosos, ya establecida por el plan general.

(2) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Ordenes de Madrid*, número 0.269, fol. 27; Real orden de 7 de Julio de 1830, con el error indicado.

2.º Que con las mismas condiciones y por pura gracia lo fueran también los que en ambas facultades ganaran los alumnos internos de nuestros colegios. 3.º Que cuanto a los externos, solamente los del Imperial gozaran de ese privilegio en las materias que allí se enseñaban ya por disposición del Gobierno (1). Como no llegó a haber alumnos seglares internos, ni de Teología en el Imperial, ni de Filosofía o Matemáticas en parte alguna, fuera de los tres seminarios, que ya tenían por el plan general el privilegio de incorporación; de nada sirvió la corta gracia concedida. Precisamente por entender que había de tener poca o ninguna aplicación creemos que no reparó la Inspección en proponer su otorgamiento (2).

Para Loyola, donde se empezó a enseñar Filosofía, para Manresa con esperanza de que la habría, y para Pasajes, donde tenían colegio nuestros Padres franceses, pidieron privilegio semejante los Ayuntamientos respectivos; pero les fué también denegado.

4. Vista la concesión del privilegio otorgado a la Compañía por el Gobierno de regirse en la enseñanza por su *Ratio Studiorum*; debemos decir ahora cómo la Compañía procuraba acomodar ese su código pedagógico a las necesidades de los tiempos.

En el siglo y medio que desde su publicación vivió la Compañía, no había experimentado la marcha general de los estudios transformación alguna que obligara a pensar en una revisión de él para adaptarlo a nuevas y legítimas tendencias. La revolución social, política y religiosa, iniciada ya en el campo de las ideas al tiempo de nuestra supresión y consumada durante ella en el de los hechos, fué acompañada de otra gran revolución en el orden científico y literario, igualmente comenzada antes de la extinción de la Compañía y poderosamente desarrollada después. Largo sería y no de este lugar, poner a la vista el cuadro de esa

(1) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Ordenes de Madrid*, número 0.271, fol. 53.

(2) Todo el expediente seguido en el Ministerio está en Alcalá, *M. F.*, 3.952; el de la Inspección en el mismo archivo y sección, 2.489. El P. Puyal puso por escrito y firmó en 30 de Octubre de 1830 unas *Razones en que se funda la Compañía de Jesús para pedir a S. M. que se autoricen en las universidades del Reino los cursos de Filosofía y Teología, que se vayan abriendo en sus colegios*; pero no hallamos noticia de ellas en el expediente y por eso creemos que no fueron presentadas y no las hemos tomado en cuenta. El papel está en nuestro poder.

revolución, en que a vuelta de mil desaciertos se abrieron paso algunas reformas útiles. La Compañía, al ser restablecida, se dió cuenta inmediatamente del estado de las cosas en punto para ella tan capital; como que en el campo de la enseñanza era principalmente llamada a trabajar por los que habían ansiado su restablecimiento, esperando de ella la misma formación cristiana de la juventud, que en otros tiempos había dado y que en tan grande parte había desaparecido con ella.

Con este conocimiento, la primera vez que se vió reunida en congregación general el año de 1820, decretó la revisión del *Ratio Studiorum*, que el General había de encomendar a los sujetos más a propósito para realizarla; reconocerla él punto por punto con sus Asistentes; comunicar el proyecto, así redactado, a las provincias, para que cada una hiciera sobre él sus observaciones; y utilizadas en el texto definitivo, promulgarlo para su general observancia (1). Algunos pasos dió el P. Fortis para cumplir este encargo de la Congregación; pero no llegó a hacerse en su tiempo la revisión deseada (2). En la congregación siguiente de 1829, como casi todas las provincias pidieran que el decreto de la anterior se ejecutara cuanto antes; el nuevo General manifestó, que convencido de cuán necesario lo hacían las circunstancias de los tiempos, estaba resuelto a poner manos a la obra lo antes posible; mas que se advirtiera no ser cosa para tratada de ligero ni acabada en breve; y, por tanto, él estaba resuelto a no imponer la reforma que se hiciese, hasta que ensayada, mostrase la experiencia lo acertado de ella (3). Asintió la Congregación; y apenas pasado un año, en el otoño de 1830 se reunían en Roma sujetos de diversas provincias, escogidos por el General, previos minuciosos informes, para emprender la deseada revisión. De España fué llamado el P. Manuel Gil.

Con el fin de hacerla mejor, con mayor conocimiento de las necesidades, aspiraciones y adelantos que hubiera en las diversas naciones, se hizo saber el proyecto en todos los colegios, para que cualquiera pudiese proponer las observaciones que creyera oportunas; por su parte los Provinciales con sus consultores habían de hacer las suyas; y todas, con la de los mismos diputados

(1) *Institut. Soc. Jesu*, vol. II, p. 470. Congreg. XX, decr. 10.

(2) *Liber saecularis*, c. VI, p. 324.

(3) *Instit. Soc. Jesu*, vol. II, p. 479. Congreg. XXI, decr. 15.

reunidos en Roma, serían allí consideradas para formular las mudanzas convenientes.

No estaba demás la advertencia hecha por el General, de que se tuviera presente que no se trataba de hacer un nuevo *Ratio Studiorum*, ni siquiera una verdadera reforma del anterior; sino sólo de adaptarlo a los tiempos actuales; y que se había de proceder con gran miramiento en cualquier alteración que en él hubiera de hacerse (1). Desde Septiembre u Octubre de 1830 hasta Julio de 1831 estuvieron los cinco comisionados en Roma ocupados en este trabajo. Cuando ellos lo hubieron terminado, lo revisó el General con sus Asistentes; y adoptadas las modificaciones que parecieron necesarias, se hizo una nueva edición del *Ratio* incluyéndolas en su texto, y así lo envió el P. Roothaan a las provincias, encabezado con una luminosa carta, cuyos puntos principales importa resumir aquí. No era posible, dice en sustancia, adoptar ni aun tomar por pauta para nuestros estudios los innumerables planes y métodos que de muchos años atrás vienen apareciendo y sucediéndose y contradiciéndose unos a otros, con daño incalculable de la Iglesia y de la sociedad. De ahí procede en los estudios mayores una erudición exuberante, sí, pero indigesta, sin conocimientos sólidos ni bien razonados; y que las ciencias, sacadas las físicas y matemáticas, lejos de haber progresado estén en la mayor confusión. Descuidado, si es que no despreciado, el estudio de la lógica, y desconocidas, por tanto, las severas leyes de la dialéctica; saliendo los jóvenes de las aulas con un barniz no más de Filosofía; se encuentran desarmados ante los sofismas de los novadores y caen en errores crasísimos y hasta risibles, si lo sufriera la gravedad de la materia.

¿Y en las clases inferiores? Como todo el afán es que los niños aprendan muchas cosas en brevisimo espacio y con el menor trabajo posible, lo que sucede es que con haber picado en multitud de materias, se creen sabios sin saber nada bien; pasan de cortísima edad todavía y con las facultades por desarrollar a los estudios serios de la Filosofía y ciencias mayores, no sacan nada de ellos, y en cambio, con la mayor libertad en que viven, se entregan a los vicios. Además de que ese suprimir o aligerar tanto el trabajo, fuera de otros inconvenientes, tiene este principalísimo, aunque menos advertido, que frustra uno de los mejores

(1)

(1) Circular original de 25 de Mayo de 1830, en la *Col. Prov.*

frutos de la educación, cual es el acostumbrar a los niños desde aquella edad al vencimiento que trae consigo el trabajo y la atención seria al estudio: cosa de suma importancia para adelante, dominarse y reprimir sus pasiones, como todos los sabios lo reconocen y lo dice el Espíritu Santo: «*Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua* (1). No es posible, pues, adoptar tantos, tan varios, tan perniciosos sistemas, sin desviarnos del fin principal que la Compañía se propone en la enseñanza, que es la formación cristiana de la juventud. Lo que sí podemos hacer, conforme a nuestro Instituto, es acomodarnos a las exigencias de los tiempos en cosas que dejen a salvo la sustancia de esa formación.

Conforme a estos principios, todas las variaciones introducidas en el *Ratio* las reduce el General a tres cabezas.

En las clases superiores, dice, hay que exponer y dejar bien probados puntos fundamentales, antes por todo el mundo aceptados y hoy reciamente combatidos; y no alcanzando el tiempo para todo, se han de omitir otros, largamente tratados hasta ahora y buenos como pugilatos de ingenio, pero poco importantes para la defensa de la verdad.

A las ciencias físicas y matemáticas hay que darlas mayor extensión que antes; porque estando ahora en tanta estimación como están, no podrían sin eso nuestros colegios mantener su buen nombre ni llenar las esperanzas puestas en ellos. Más aún; si con esas ciencias han combatido algunos la religión, con las mismas bien entendidas y aplicadas hay que defenderla, descubriendo lo falso de sus conclusiones o demostrando la ninguna repugnancia de ellas con las verdades reveladas.

En las clases inferiores será necesario destinar algún tiempo a ciertas materias accesorias y cultivar más la lengua y literatura patria; pero han de quedar a salvo y en lugar preferente las letras latinas y griegas, fuentes hoy como ayer de la más sana doctrina y acabados modelos de belleza literaria (2).

Quedó, pues, intacta en el *Ratio* toda la parte relativa a la disciplina escolar, a la educación moral y religiosa de los jóvenes, y aun se tomaron en cuenta los nuevos peligros de perversión moral para precaverlos.

(1) Thren. III, 27.

(2) *Ratio Studiorum*, Roma, 1832.

Por lo que hace a la enseñanza, no hemos de señalar una por una todas las variaciones introducidas; pero bien será dar a conocer las principales en cada uno de los ramos a que el P. Roothaan se refiere en su carta.

En la Teología, además de añadir, como él advierte, las materias que Santo Tomás no trató y después se han hecho necesarias; se distribuyen todas con nuevo orden por los cuatro años del curso entre dos profesores, más un tercero que a la par en dos de esos años explique las de Moral; se recomienda, no para todos, pero sí para algunos de nuestros estudiantes teólogos, juntar con eso la Historia Eclesiástica o el Derecho Canónico, dando reglas para los profesores de esas dos nuevas asignaturas, y se establece al lado de ése, otro curso de dos años solamente, de Dogmática y de Moral (1).

La Filosofía en el antiguo *Ratio* expresamente se dice que ha de llevar tres años; aquí se le asignan dos o tres, según a los superiores pareciere. Los tratados y las materias que en cada uno han de explicarse son, en general, los de la moderna Filosofía escolástica, desembarazada del texto de Aristóteles, antiguamente seguido; asimismo en la Física se manda enseñar todas las partes o secciones que comprenden los tratados modernos, de que nada había en el *Ratio*, y se recomienda al profesor que procure estar al tanto de los continuos progresos de esta ciencia. También entran aquí la Química y la Historia natural, aunque con menos extensión. De Matemáticas, a los elementos de Euclides se sustituyen el Álgebra, la Geometría y Trigonometría para el primer año; y la Geometría analítica, el Cálculo diferencial y el integral para el segundo y tercero (2).

Finalmente, en las clases inferiores se introdujo la enseñanza de la lengua patria por el mismo método que la latina, aunque dedicándole menos tiempo; y como partes accesorias, la Historia, la Geografía y los elementos de Matemáticas (3). No se crea que en nuestras clases todo esto era completamente nuevo. Ya en la antigua Compañía se habían ido haciendo algunas de estas modificaciones en la práctica, aunque no en el texto del

(1) Reg. Prov., 9, 12; Reg. Profess. Theol., 7, 11; Reg. Profess. Hist. Eccles.; Reg. Profess. Juris Can.

(2) Reg. Profess. Philos.

(3) Reg. Prov., 23; Reg. Comm. Profess. Class. Infer., 12, párrafo 2.

Ratio Studiorum; y en la nueva, cuanto se puso en él se venía ya practicando, aunque no con la generalidad y uniformidad de las cosas oficialmente reglamentadas. En España el P. Morey formó el *Plan* de nuestros estudios mayores conforme al nuevo *Ratio*, apenas recibido, con ligeras variaciones (1); y aunque no conocemos particularmente otros documentos de su aplicación en los colegios, pasado sólo un año escribía a Roma su secretario, el P. Ignacio María Lerdo, diciendo en general que se practicaba y con fruto (2).

5. De este fruto, del bien que los colegios hacían en ambos puntos de la instrucción literaria y de la formación moral y cristiana de la juventud, quisiéramos poder dar la idea más adecuada. Testimonios fehacientes, datos y observaciones concurrirán a formarla en cuanto es posible.

Por el conjunto de los informes que superiores y consultores daban al General acerca de la enseñanza, se entiende que se hallaba en buen estado, no brillante, con extraordinario aprovechamiento de los alumnos, ni tampoco reducida a una mala medianía; de suerte que por lo común satisfacía los deseos y esperanzas de los maestros y de las familias y la expectación del público. Esos informes son tanto más de fiar, cuanto que están escritos con gran mesura, y no se disimulan en ellos la falta de aptitud o preparación en algunos profesores y la decadencia notada alguna vez en las clases.

«Los estudios de los seglares van bastante bien; aunque podían ir mejor si se escogieran y formaran mejor los maestros.» Así escribía el P. Gil, refiriéndose en general a toda la Provincia en 1832 (3); y hablando sólo de su Seminario de Nobles en 1835, decía que reunidos ya buen número de seminaristas, después de la tempestad del año anterior, que los había dispersado, se practicaban los acostumbrados ejercicios de religión y de letras, con manifiesto aprovechamiento en la virtud y en el estudio (4). El P. Seguí, informando también sobre toda la Provincia, escribía que el adelanto de los colegiales no iba mal, y en comparación de otras escuelas era bastante notable (5). En el cole-

(1) Remitido al P. General con carta de 24 de Octubre de 1833.

(2) Palma 30 de Julio de 1833, original en *Cast. II*.

(3) A 12 de Febrero al P. General. Id. id.

(4) A 7 de Enero. Id. id. id.

(5) A 9 de Julio de 1832. Id. id. id.

gio de Sevilla se trabajaba con aprovechamiento de los discípulos, que aumentaban de día en día, según testimonio de su Rector, el P. Luis Rodríguez (1); y tanto las escuelas de Gramática como las de primeras letras, gozaban de no vulgar reputación (2). En el de Palma había alumnos que honraban, no solamente al colegio, sino también a sus familias y a toda la isla, a juicio del P. Rafael Llinás, Ministro entonces y consultor (3); y el P. Salvador Negre aseguraba que todas las clases habían sido elogiadas en los exámenes públicos de aquellos años; pero que en las de Matemáticas y Poesía castellana habían los alumnos dado pruebas de extraordinario aprovechamiento (4).

Esos exámenes públicos, a que eran sometidos, ya todos, como en el Seminario de Nobles, por no ser excesivo su número (y aun así duraron diez días), ya parte solamente, porque todos hubiera sido pesadísimo, daban entonces clara muestra de su aprovechamiento y de la altura a que se hallaban los estudios; ahora dan alguna, aunque no tan segura, los programas y relaciones que se conservan de aquellos actos. Lo es ya de no estar las clases atrasadas, el hecho mismo de atreverse los colegios a presentar sus alumnos ante un público formado, en gran parte al menos, por personas cultas, con facultad todas de interrogarlos, y que de hecho algunas los habían de interrogar. Por eso los dos o tres primeros años no hubo tales exámenes; porque las dificultades de todos los principios y las particulares de aquéllos, estorbaban la preparación conveniente.

Véanse ahora algunos puntos entresacados de los programas. En Diciembre de 1828 los alumnos de Retórica del Seminario de Nobles de Madrid habían de dar razón de las cuatro partes en que se divide la Poesía y de sus principios generales y en particular de la Epopeya; traducir trozos escogidos de la obra de Cicerón *De Oratore* y de sus discursos en defensa de Milón y de Ligario, primera Catilinaria y segunda Filípica, explicando la historia de estas oraciones; los libros sexto y duodécimo de la *Eneida*, exponiendo el plan de todo el poema, señalando los mejores libros y los episodios más interesantes y dando alguna idea

(1) Al P. General, 30 de Enero de 1833. Id. id.

(2) Al mismo, 9 de Abril de 1831. Id. id.

(3) Al mismo, 28 de Febrero de 1830. Id. id.

(4) Al mismo con la misma fecha. Id. id.

de sus bellezas y también de los defectos que en él advierten críticos juiciosos; finalmente habían de recitar y traducir el Arte poética de Horacio, dando razón de su reconocido mérito. Escribirían además en el acto mismo en prosa y verso acerca de las materias y en los metros que se les designaran. Los matemáticos en 1831 habían de responder, unos sobre toda la Aritmética y Álgebra y gran parte de la Geometría de Lacroix; otros sobre toda la Analítica del mismo autor y sobre el Cálculo infinitesimal de Bouchardat. En Filosofía el examen era la defensa de algunas verdades y principios de sus diversos tratados, sostenida por un alumno contra los argumentos de sus compañeros y de los concurrentes que quisieran tomar parte en el certamen. Así en 1831, fuera de otras doctrinas antiguas y recibidas, como la existencia de Dios en razón de ser necesario, supuesta la existencia del ser contingente; su unicidad, inmutabilidad y omnimoda perfección; la necesidad de la revelación y otras muchas; sostuvieron la falsedad manifiesta del tradicionalismo, poco antes nacido al otro lado de los Pirineos y que a tantos por allá tenía alucinados y por aquí tal vez alucinaba también a algunos.

En Mallorca tuviéronse por primera vez estos exámenes en 1827, y de ellos escribía el Vicerector, P. Pedro Sancho: «Los días 15, 16 y 17 de Diciembre pasado (1) se tuvieron en la iglesia los exámenes generales y públicos de nuestros alumnos. Este acto, que muy pocos habían visto jamás, por no haberse vuelto a celebrar desde la expulsión de los antiguos Padres en 1767, atrajo un diluvio de gente de todas clases, principalmente de hombres ilustrados, que no cabían en la amplia nave del templo, ni aun en las capillas, coro y tribunas. Objeto de tan grande expectación fueron principalmente buen número de alumnos escogidos de Matemáticas, de Retórica y Poética, de Latín y de Griego; pero amenizaron también la fiesta algunos de primeras letras, dando muestras de instrucción más que mediana en los elementos de la Geografía, la Esfera, Caligrafía, Gramática castellana, Historia sagrada y profana y Catecismo. Los más aventajados en la escritura presentaron además muchas y muy hermosas planas de su mano. Se invitó a todas las personas de algún viso, a los párrocos y otros señores de la ciudad y en general a todos, para que ellos mismos fueran los examinadores; y para asegu-

(1) La *Relación* impresa pone 16, 17 y 18.

rarme de que lo serían de hecho algunos de ellos, escogí más de propósito a tres canónigos y cuatro párrocos, que sin concierto ninguno previo, ni con nosotros ni con los discípulos, se encargaron de examinarlos. El éxito fué cual no podíamos desearlo ni esperarlo. Los amigos de la Compañía y los padres de los niños triunfan; los indiferentes alaban; aun los émulos reconocen haberse cumplido cuanto se prometía, que, a juicio de todos, no era poco. Pero quizás ninguno quedó tan complacido como nuestro dignísimo Prelado, que como celoso del bien de sus ovejas, preside siempre los exámenes con señales de gran satisfacción, y quiso costear parte de los premios distribuidos a los más aprovechados, y vestir además a los que eran pobres» (1). Una relación impresa de estas fiestas confirma la afirmación de que no quedó puesto vacío en la iglesia, coro y tribunas, y cuenta cómo los matemáticos exponían los teoremas y resolvían los problemas de Álgebra y Geometría, aplicando esos conocimientos puramente teóricos a la medición de distancias y alturas inaccesibles, a la formación de planos y mapas y a la nivelación de terrenos, y cómo entretanto, los retóricos, allí mismo, dándoseles temas, escribieron sobre ellos composiciones en prosa latina y en verso latino y castellano. No son, claro está, esas composiciones, que al fin de la relación se imprimieron, modelos de poesía; pero la simple corrección gramatical y métrica es en ellas de no corto mérito (2).

El P. Casto Fernández escribía de Sevilla en 1830 que se habían tenido los exámenes con gran solemnidad y concurso, presididos por el Asistente de la ciudad, con muestras de grande satisfacción y aprobación de parte de él y de todos, y con el resultado inmediato de notable aumento en el número de alumnos (3).

Nombrado luego Vicerector del Colegio-Seminario de Valencia daba cuenta de los habidos allí en 1832, durante ocho días, con excelente resultado ante Profesores de la Universidad y otros hombres doctos, eclesiásticos y seculares, que fueron los examinadores, y ante gran concurso de otras personas, presidiendo el Ayuntamiento, el Capitán general y el Señor Arzobispo (4). El

(1) Al P. General, 1 de 1828, original en *Cast. II*.

(2) Pág. 5 y siguientes de la *Relación*.

(3) Al P. General, sin fecha, pero es de Octubre de 1830. Original en *Cast. II*.

(4) Al mismo, 24 de Septiembre, *íd. íd.*

año anterior los alumnos de Filosofía y Matemáticas lo habían hecho tan bien, que profesores universitarios y otros caballeros pidieron y obtuvieron que se repitiera el examen (1). Terminaremos con estas lacónicas palabras del P. Gil, hablando de los suyos de 1831: «Nuestros exámenes públicos salieron bien. Duraron diez días, mañana y tarde, además del de la distribución de premios. La concurrencia numerosísima y escogida. Examinadores, los primeros literatos de la Corte; los alumnos prontos, desembarazados y acertados en sus respuestas» (2). Por mucho que se quiera rebajar de estas expresiones, quedará seguramente en pie la idea de que los estudios se hallaban a más que mediana altura, ya que no podamos decirla grande y elevada. Este viene a ser el juicio emitido por el Sr. Gil y Zárate en su obra *De la Instrucción Pública en España*, tanto más seguro en la sustancia, cuanto más adverso se muestra el autor en lo demás a la Compañía, aunque en puntos particulares de él diste mucho de la verdad. «Los jesuitas, dice, que volvieron de Italia, por su larga residencia en el extranjero y por el espíritu que generalmente anima, según he dicho, a su orden, no eran tan ignorantes y preocupados como necesitaban los que los traían. Ancianos, además, y no pudiéndose dedicar a la enseñanza, empezaron por valerse de los buenos profesores, que había en Madrid, mientras bajo su dirección formaban maestros aptos para sentarse en las cátedras; distando mucho por lo tanto los estudios que establecieron, de ser tan incompletos y erróneos como los que dominaban en los demás establecimientos del Reino. Enseñaron con esmero y gusto el latín y las Humanidades; dieron bastante extensión a las Matemáticas; y aleccionados por el sabio D. Antonio Gutiérrez, explicaron la Física experimental; su lógica era menos absurda que la universitaria; y al que deseaba instruirse en la lengua de Homero, no le faltaban tampoco profesores idoneos» (3).

Para conseguir este buen resultado, tenían que vencer los Padres no pequeños obstáculos. El P. Ramón José de Frías escribía informando sobre este punto al P. General: «Aquí en España las facultades superiores son demasiado largas y lo mismo las va-

(1) Cartas anuas de 1831.

(2) Al P. General, 31 de Octubre de 1831, id. id.

(3) *De la Instrucción Pública en España*, t. I, Sec. primera, c. V, pp. 89-90.

caciones. De ahí que los padres, que sólo miran a sus intereses materiales, se dan prisa a llevar los hijos a la Universidad siendo aun de pocos años, y allí los reciben fácilmente con una tintura no más de latín. Añádase el gran número de maestros mercenarios, que para tener discípulos, prodigan el certificado de estudios de latinidad, requerido para entrar en la Universidad; y se entenderá porqué nuestras escuelas no son más frecuentadas y porqué tan pocos llegan a cursar las Humanidades y poquísimos la Retórica. Y Humanidades y Retórica de puro nombre; porque aquí en Madrid, por lo que he podido observar, la clase de Humanidades más bien es de Gramática, y la de Retórica, de pobrísimas Humanidades. Esto en Madrid, donde hay más alicientes para el estudio que en otras partes» (1).

Parecidamente se lamentaban los Padres de Sevilla en unas palabras que antepusieron al programa de su primer *Examen General y Público*, tenido en 1828, dando razón de no haberlo celebrado antes. «La poca estima y aprecio, decían, que se hace por lo regular del estudio de las Humanidades, era el primer principio de que nacía el mayor de los inconvenientes. Reputándose por no necesaria y enteramente inútil para las ciencias mayores la perfección del idioma latino, los jóvenes se retiraban de las clases, cuando apenas habían tenido tiempo para aprender sus elementos. Obviado ya, aunque no del todo, aquel inconveniente por la disposición oportuna tomada por el Señor Rector de la Real Universidad en Octubre próximo pasado, y habiéndose conseguido que algunos jóvenes, apartándose del ejemplo pernicioso de otros, que les precedieron en el mismo estudio, se mantuviesen en él aun este año, se está ya en el caso de poder presentar en público teatro de Letras humanas un buen número de ellos, que si no merecen el nombre de perfectos humanistas, han adquirido por lo menos y harán patentes los conocimientos más vastos del idioma latino, que en tres años de estudio puede proporcionar una constante aplicación, reuniendo a ellos la noticia de otros ramos de erudición, con que se ha procurado alimentar su laboriosidad» (2).

Por aquí se ve que en Sevilla no duraban estos estudios más que tres años. Con tan poco tiempo y en edad tan corta, como se-

(1) Sin fecha, pero es de Febrero de 1832. Original en *Cast. II.*

(2) *Examen General*, pp. 3-4.

ría por término medio de doce a quince años o menos, era imposible la formación humanística propia de ellos, y más imposible aún el desarrollo progresivo y armónico de las facultades, que debía ser su fruto más precioso, por preparar bien a los jóvenes para los de cualquiera facultad; lo cual exigía por regla general cinco años, aunque ni en nuestro *Ratio Studiorum* estaban prescritos determinadamente cinco años, sino sólo cinco clases sucesivas con las materias correspondientes a cada una, pudiéndose recorrer en menos tiempo. No sabemos con seguridad lo que duraban en otros colegios; pero probablemente tampoco pasaban de tres o cuando más cuatro años, que tampoco son bastantes para obtener aquellos dos importantes objetos.

Salían, pues, los alumnos de las aulas con el aprovechamiento a que daba lugar el tiempo pasado en ellas; no con el que debieran pretender y pudieran sacar deteniéndose lo que era razón (1).

6. Cuanto al fin principal que la Compañía se propone conseguir en sus colegios, que es la formación cristiana de la juventud, no puede tan fácilmente medirse y comprobarse con datos concretos el bien que en ellos se hacía. Porque aun conocida y apreciada que fuera con la exactitud posible en estas cosas, la vida virtuosa llevada por los alumnos durante los años de colegio y después, cuando ya hombres; todavía restaba saber qué parte de ella era fruto del colegio y cuál de la familia, y tal vez otras fuentes de donde pudo dimanar, mayormente en los externos, que eran en ese tiempo la inmensa mayoría, como ya sabemos.

El empeño de la Compañía por dar esa educación a los niños y jóvenes encomendados a sus cuidados es bien conocido, sin diferencia de la época antigua a la moderna; y conocidos son también los medios de que para ello se vale, contenidos, cuanto a la sustancia, y aun en muchos pormenores, en el *Ratio Studiorum*, que en esta parte no sufrió en 1832 modificación alguna. Dejan-

(1) A la misma causa, de no querer detener a sus hijos en estos estudios más de tres años, atribuía el P. Isla el corto número de buenos humanistas en España en los siglos anteriores. En otras naciones, decía, se emplean por lo menos cinco años. En España, si los jesuitas pretendían lo mismo con sus discípulos, o se atribuía a fines particulares suyos, o se les respondía que no era posible, por los gastos que esto traía. (*Anatomía*, t. IV, carta IX, párrafo III, nn. 14 y 15.)

do a un lado la acción educadora constante de maestros y directores, en las aulas y fuera de ellas, por su trato con los alumnos, semejante al de los padres naturales con sus hijos, para corregirlos e infundir en ellos el santo temor de Dios, el amor a la virtud y el aborrecimiento del vicio; referiremos como cosa más concreta y de que tenemos noticias positivas, las prácticas religiosas con que procuraban formar sus corazones en la piedad y fortalecerlos para resistir a las seducciones del mal. No haremos sino copiar los párrafos que sobre esta materia leemos en las cartas anuas del Seminario de Nobles de Madrid, firmadas y creemos que aun redactadas por su Director, el P. Gil.

«Ya indicamos antes, dice, cuán a pechos tomamos desde el principio formar a nuestros alumnos en religión y buenas costumbres. A esto van enderezados todos los ejercicios de piedad establecidos desde el restablecimiento del Seminario, las frecuentes exhortaciones a la virtud, las academias de Historia Sagrada, la lectura espiritual cotidiana, la misa, el rosario, las oraciones de la mañana y de la noche y el examen de conciencia antes de acostarse; los ejercicios de la congregación mariana los días festivos, el Santo de mes a que cada uno durante él se encomienda particularmente, y la confesión y comunión, por lo menos mensual: que todo se viene haciendo desde el principio del Seminario. Celébrase también todos los años el mes de María con gran entusiasmo por parte de los alumnos, y es increíble lo que en él se enfervorizan... Cada división lo hace en su sala en la forma acostumbrada, pero un día invitan a las demás y tienen una función con plática y cánticos en honra de la Virgen. Todos los días sacan por suerte un obsequio que al siguiente le han de hacer; y al terminar el mes le ofrecen con gran solemnidad en la capilla esta corona de flores espirituales. Con menos aparato, pero con fruto no menor, celebran las tres fiestas principales de Nuestra Señora. Unos días antes se pone en la capilla un cepillo, en que cada cual echa una papeleta anónima, con el obsequio que se propone ofrecerle; a veces se hace un triduo de preparación, con exposición del Santísimo por la tarde, rosario, lectura o plática y bendición; y el día de la fiesta comulgan todos, se cantan solemnes vísperas con el Señor expuesto, y después del sermón uno de los seminaristas ofrece a la Virgen la guirnalda formada con las flores del cepillo. Contribuye también mucho a fomentar la piedad, la congregación del Sagrado Corazón de Jesús, que uno

de nuestros Hermanos estudiantes más fervorosos introdujo y fué el primero en dirigir. Entre los nuestros empezó con el mismo Seminario, pero entre los alumnos más tarde. La forman unos pocos escogidos entre los más piadosos, los cuales han de honrar con particular celo al Corazón divino y reparar en lo posible con su amor y culto las injurias que recibe de la mayor parte de los hombres. A este fin comulgan con frecuencia, y todos el primer viernes de cada mes, sortean entre sí los obsequios que durante todo él han de ofrecerle, y tienen otras prácticas propias de los devotos del Sagrado Corazón» (1).

Hasta aquí la relación del Seminario de Madrid, y semejante a ella tenemos otra del de Valencia. En los externados había prácticas parecidas y en gran parte las mismas. El insistir tanto en la devoción a la Virgen podrá extrañar a quien no sepa cuántos por ella se han librado de naufragar en el mar agitado de las pasiones, y a cuántos otros ha servido de tabla de salvación en el naufragio.

Con todos esos medios se lograba en los muchachos un proceder moral y cristiano generalmente bueno y en algunos excelente, aunque no faltaron, como ha sido y será siempre, algunas quiebras. Véase cómo se expresa sobre este punto, a continuación de los párrafos anteriores, la relación del Seminario de Nobles. «Con estas y otras industrias, dice, y principalmente con el cuidado constante de los nuestros en animar a los jóvenes a la perfección con palabras y ejemplos, se ve en ellos grande enmienda de costumbres y grande aprovechamiento en la virtud, con esperanza de nuevos progresos. No pocos antes indómitos, altaneros e insubordinados, se muestran dóciles, sumisos y aun dechados de piedad; algunos con quienes no podían en sus casas, proceden aquí como mansos corderos; otros que antes no se cuidaban de su alma, comulgan ahora tan a menudo como nuestros Hermanos. Hasta los hay que andan buscando un rato de tiempo para rezar y tener meditación; quienes hacen particular examen de conciencia por la noche, y entre día visitan al Santísimo cuando pueden; hacen algunas penitencias; piden de rodillas perdón y castigo por sus faltas al Padre espiritual; y algunos han rehusado

(1) Tal vez por olvido, o por haberlos mencionado antes, se omiten en esta enumeración los tres días de Ejercicios Espirituales, que se les daban en los primeros de la semana santa, y cuyo fruto en todos los colegios se veía manifestamente.

con buen modo acompañar a sus mismos padres a espectáculos públicos.» Testimonios semejantes de otros colegios pudiéramos aducir en comprobación de que los Padres generalmente estaban satisfechos del fruto de sus trabajos. También son buena prueba del sólido espíritu cristiano, que reinaba en los alumnos, las vocaciones religiosas suscitadas entre ellos; pues del Colegio Imperial habían entrado en la Compañía para mediados de 1832 unos cuarenta. De los otros no tenemos noticias.

Cuanto a la perseverancia en el bien, el quedar los jóvenes para toda la vida afianzados en el exacto cumplimiento de sus deberes morales y religiosos, e imbuídos en ideas sanas de espíritu católico práctico, que se conserve incontaminado en el ambiente corrompido que respiramos, y ya tocó respirar a aquellos, aunque no tan corrompido; ni es posible negar el fruto de los sudores vertidos en los colegios, ni puede tampoco sino en contados casos, ser señalado con el dedo, ni dejará nunca de haber quejas de que no corresponde al trabajo y a los sacrificios hechos. No es este lugar para discutir hasta dónde son fundadas esas quejas, porque no es mayor el fruto y si podía serlo y cómo, habida cuenta de todas las circunstancias favorables y adversas. Pero si al decir que el fruto no corresponde al trabajo se pretende, como parece consecuencia natural, que había de dejarse ese trabajo y tomarse otro en que el fruto correspondiera; luego se ve el absurdo, y el ánimo queda sobrecogido de espanto ante la idea de la educación sacada toda de manos de las órdenes y Congregaciones religiosas; porque sin duda hay la misma razón para las otras que para la nuestra. ¡Qué más quisiera la impiedad para ver asegurado, acelerado y facilitado su triunfo!

Estas consideraciones llenan el espacio que quisiéramos mejor llenar con los nombres de alumnos nuestros, distinguidos luego por su fe católica, su vida y costumbres cristianas y aun sus batallas en defensa de la religión. Confesamos que no los conocemos; aunque también es verdad que sólo del Seminario de Nobles de Madrid tenemos la lista completa de los alumnos, conociendo de los demás colegios solamente algunos que aparecen en los programas de los exámenes públicos. A uno de estos creemos poder mencionar con elogio de buen cristiano y eminente literato: a D. José María Quadrado, alumno de Mallorca (1). El Señor

(1) En 1827, según la *Relación del certamen literario* arriba citada, cursaba primeras letras, y obtuvo el primer premio en *Doctrina Cristiana*.

Pomar y Fuster, mencionando los discípulos insignes de Montesión en esta época de 1816 a 1835, añade al Ilmo. Sr. D. Mateo Jaume, Obispo de aquella diócesis y otros muchos, de los cuales los más dice haber constituido en la Isla la clase directora por su ilustración (1). En el Seminario de Nobles de Madrid estudió seis años el mayor poeta del siglo XIX, D. José Zorrilla; pero hemos dudado si nombrarle aquí, ya que como modelo de virtud no podíamos presentarle, aunque fe y fondo de religión no parece le faltó en su errante y algo descompuesta vida, y su mérito literario en él, más que en ningún otro poeta, no tanto procede del estudio y de las escuelas como de la riquísima vena poética de que Dios le dotó. Con todo, no hay porqué desconocer el influjo que la enseñanza allí recibida hubo de ejercer en su primera formación literaria. Ya entonces debió de sobresalir mucho en literatura entre sus compañeros: porque ninguno obtuvo los premios que él en Bellas Letras (2). Algunos otros nombres dignos de memoria por diversos conceptos pudiéramos añadir, como los de D. Pedro de Madrazo, «nuestro primer crítico de artes dentro de la escuela romántica» (3): el Marqués de Casa Jara (D. Manuel de Berriozábal), el Duque de Villahermosa (D. Marcelino de Aragón Azlor), también seminaristas de Madrid; y si miráramos como suficientes los títulos nobiliarios, habíamos de trasladar aquí una buena parte del libro de matriculas del Seminario. En algunos programas de exámenes del Imperial hallamos nombrados a D. Cayetano Rosell y a D. León Carbonero y Sol. Al Padre José Artigas, Profesor de Árabe, por lo menos desde 1827 hasta que fué bárbaramente asesinado en 1834, debieron sus conocimientos en aquella lengua, al decir del Sr. Menéndez y Pelayo, D. Serafín Calderón y otros arabistas españoles de la segunda mitad del siglo pasado (4).

7. Pasando ahora al campo de los ministerios espirituales, que para procurar el bien de las almas suelen ejercitar nuestros operarios, notemos que los hay fijos, ordinarios y constantes, de labor generalmente oscura, difícil de relatar de modo que sea

(1) *Ensayo sobre la Instrucción Pública en Mallorca*, c. X, p. 56, nota.

(2) Véase en el apéndice n. 14 la nota de sus estudios, calificaciones y premios.

(3) Menéndez y Pelayo, prólogo a las *Obras* del Duque de Villahermosa, p. XI.

(4) *Heterodoxos*, III, l. VIII, c. I, § I, p. 591.

debidamente apreciada; y los hay extraordinarios, menos frecuentes y más visibles, que si son algo numerosos, fácilmente ofrecen al historiador materia de larga y no disgustosa narración. Ni de uno ni de otro género tenemos nosotros gran caudal de noticias, como ya se deja entender por la escasez de sujetos, sobre todo bien formados, de que en toda la obra nos venimos lamentando. Sin embargo, se ve claro que aquellos pocos hicieron lo que pudieron, atendida la carga principal que sobre sí tenían de la enseñanza, y atendido también el nivel medio a que se hallaba la actividad y el movimiento religioso en España. Hoy se trabaja más, no sólo absoluta, sino también relativamente al número de sujetos, esto es, que cada uno, por regla general, hace ahora más que entonces, porque en todos los órdenes se ha multiplicado el trabajo. Ejercítanse ahora y en mayor número las mismas obras de celo, y además otras muchas que entonces no se ejercitaban; la frecuencia de sacramentos ha aumentado prodigiosamente; la predicación en todas sus formas es sin comparación más frecuente; las congregaciones y asociaciones piadosas con fines, ya meramente espirituales, ya benéficos, que se han ido fundando y que es necesario sostener y promover, muchas más que en aquel tiempo.

Dejando, pues, a un lado el oír confesiones, a que en nuestras iglesias se atendía, más en unas que en otras, según el concurso de fieles y el número de operarios, he aquí cómo da cuenta el P. Puyal de lo que en el Colegio Imperial se hacía, que era con algunas diferencias lo que en todas partes. «En este Colegio Imperial, dice, se ejercitan en la iglesia los ministerios propios de las Casas Profesas. Todos los domingos hay sermón con el Santísimo expuesto, según costumbre de la ciudad. Acude mucha gente, y no menos a los santos sacramentos. En la cuaresma, además de la novena de San Francisco Javier con sermón cada día, y del triduo de carnaval, en que se tienen las cuarenta horas y también se predica, se da misión una semana con plática doctrinal de media hora y sermón, que suele ser de una. A esta misión y al ejercicio de la agonía de nuestro Redentor el Viernes Santo es tal la concurrencia, aun de las personas más distinguidas, que desde la calle, abiertas las puertas, suele haber gente oyendo el sermón. Todos los meses hay un día de retiro en obsequio del Sagrado Corazón de Jesús, predicándose mañana y tarde. Los panegiricos durante el año son, de la Circun-

cisión, San Javier el 12 de Marzo, último de la novena, los Dolores, Corazón de Jesús, San Luis Gonzaga, San Ignacio, Beato Alfonso Rodríguez, San Javier el 3 de Diciembre y el día último del año. Le hay también los días de la Anunciación y de la Inmaculada Concepción, por los cultos de la congregación mariana de estudiantes» (1). Nada dice de lo que trabajaban los Padres fuera de casa; pero sabemos que tuvo que ponerles freno en el salir a predicar, y que él mismo, a pesar de sus ocupaciones de Provincial, lo hacía con frecuencia.

Ni se crea que este trabajo era sólo en Madrid y en otras grandes capitales. Véase lo que escribía el P. Ildefonso Valiente, Superior de Manresa, al P. Seguí. «Aquí, Padre mío, nos vemos abrumados de gente que viene a este colegio a participar de los misterios de Dios. En los días festivos y domingos es increíble la multitud de gente que viene a confesar y comulgar aun de pueblos de dos, tres, cuatro y aun podría decir siete horas de aquí. Yo puedo decir a V. R. de mí, que varios días, y no ha muchas semanas, que me he tenido que ir a comer sin desayunarme, por no alejarme un momento en que me estuviesen los fieles esperando. De los otros podría yo decir lo mismo, si no fuesen a desayunarse por seguir mis consejos. Al hospital vamos frecuentemente y con tal fruto, que apenas tenemos ya que trabajar allí; porque casi todos se confiesan de ocho o de quince en quince días. A la cárcel hemos ido y vamos, y hoy mismo les hemos platicado para prepararles a confesar antes de Navidad, en cuyo día pensamos darles una comida espléndida de las limosnas que ya hemos recogido *ostiatim* (de puerta en puerta), con alforja al hombro y seguiremos recogiendo. Mañana, por ser día de vacación, me ha importunado el P. Hernández que le permita salir a pedir limosna, e igualmente el H. Delgado, y por no disgustarles, se lo he permitido. Yo le podría decir algo de lo edificada que está la ciudad de esta manera de pedir y trabajar; pero el rubor me lo impide y me hace decir: *Servi inútiles sumus*. A nuestros sermones concurre también abundancia de gente, y tanto, que el cuarto domingo del mes pasado, en el que se hizo un sermón moral, y acostumbra hacerse en honor del Corazón Sagrado de Jesús, se llenó la iglesia extraordinariamente» (2).

(1) Al P. General, 8 de Octubre de 1829, original en *Cast. II*.

(2) Original de 14 de Diciembre de 1830, en nuestro poder.

Dase por supuesta la explicación del catecismo ya a los niños ya a todo el pueblo. Pero había de particular en ello, que en el mismo Madrid, todavía los novicios los reunían a la antigua usanza, yendo por las calles con cruz, campanilla y una pértica, caña o vara larga, como para poner y mantener el orden, y en otras poblaciones como Alcalá y Manresa, con más o menos frecuencia se hacía la procesión, cantando los niños alguna parte de la doctrina, recitando otras en diversas paradas hechas en el trayecto, y terminando en la iglesia con la plática del director.

En todas nuestras casas era también ordinario el visitar una o dos veces por semana los hospitales, hablando, platicando, confesando a los enfermos, como lo hacían aun los PP. Gil y Sauri mientras en Segovia fueron capellanes del Colegio Militar, y prestándoles también otros más humildes servicios. El mismo oficio hacían igualmente con los presos de las cárceles, ya periódicamente y en días fijos, ya de cuando en cuando, y especialmente para disponerlos al cumplimiento pascual con una corta misión. En Madrid terminó ésta algún año con una comida preparada en nuestro colegio con limosnas pedidas de puerta en puerta, como de Manresa decía el P. Valiente, por nuestros Hermanos teólogos, llevada públicamente por ellos desde allí a la cárcel, y por ellos también servida a los reclusos. En este ejercicio de caridad de visitar las cárceles, contrajeron no sabemos qué enfermedad contagiosa, que en una de ellas había, el P. Rafael de la Calle con seis o siete estudiantes, de tanta gravedad, que todos fueron viaticados y uno vino a fallecer a los pocos días (1). La Asociación de Caridad del Buen Pastor dió las gracias a los Padres por sus trabajos, reconociendo el gran bien que habían hecho a los pobres encarcelados (2). Desde entonces ellos fueron también generalmente llamados para asistir a los reos de muerte.

Un ministerio nos parece hallar menos ejercitado de lo que pudiera suponerse y esperarse, siendo él en sí de tanto fruto y tan propio de la Compañía: los Ejercicios de San Ignacio. Diéronse, sí, por lo menos los últimos años, a los alumnos de todos o casi todos los colegios, según su capacidad; pero fuera de ellos,

(1) *Cartas anuas* del Colegio Imperial; y cartas del P. Puyal al P. General de 13 y 20 de Junio de 1831 originales en *Cast. II*.

(2) Oficio original de 12 de Abril de 1831, en nuestro poder.

solamente a algunos pocos caballeros que se retiraban a hacerlos en el noviciado y en alguna otra casa; al pueblo todos los años en Palma de Mallorca y una vez en la iglesia del Imperial en lugar de la misión anual acostumbrada; algunos años a pocos monasterios de religiosas en Valencia y Palma, sin que hallemos mencionados otros; y cuatro tandas al clero, tres en las principales poblaciones de Mallorca, a saber, Palma, Pollensa y Manacor el año de 1832, y una en el Real sitio de la Granja en 1827. De los de Mallorca daba cuenta el P. Vicerector de aquel colegio en carta que merece ser conocida. Hela aquí. «En mi última decía a V. P. que el Señor Obispo quería que diésemos unos Ejercicios al clero; ahora que ya se ha verificado, paso a dar parte a V. P. del feliz resultado. En esta capital empezamos el 29 de Enero; asistieron el Señor Obispo, Vicario General, el Cabildo y tanto número de eclesiásticos seculares y regulares, que nuestra iglesia se llenó enteramente todos los días. El aplauso ha sido general en toda esta ciudad, quien ha quedado admirada de la puntualidad, concurrencia y fervor que todo el clero manifestó en aquellos días, y el fruto creo ha sido proporcionado a los grandes elogios que se han hecho de dichos Ejercicios. Concluidos éstos, viendo el Señor Obispo el feliz resultado que habían tenido, me pidió que el P. Montemayor y yo fuésemos a dos villas, las más grandes de la Isla, pues una de ellas consta de diez mil almas y la otra es por el mismo estilo, a fin de dar igualmente los Ejercicios al clero de una y otra, y así lo verificamos el 8 de Febrero. Yo me encargué del sermón de las mañanas y de la oración de las tardes; y el P. Montemayor del sermón de las tardes y de la oración de las mañanas; y si bien recibidos fueron en esta ciudad, más lo fueron en las villas. Hasta los enfermos hacían todo el esfuerzo posible por asistir, de modo que me aseguraron que ni uno faltaba; y como en ambas villas hay convento de dominicos, asistieron todos los que no tenían ocupación precisa en su convento. Fueron tantos los elogios que los eclesiásticos publicaron de los Ejercicios y la edificación que dieron al pueblo; que los principales de él nos pidieron que a lo menos diésemos un día de Ejercicios a todo el pueblo, y así lo verificamos en uno y otro pueblo. El día después de acabar los del clero, dimos un día al pueblo, y tanto en una parte como en otra se llenó la iglesia hasta no caber más; y en la última villa, que se llama Manacor, sin embargo de ser día de trabajo, en la fun-

ción de la tarde tuvieron que abrir las puertas de par en par, porque la gente que estaba fuera de la iglesia por no caber dentro, lo pudiera oír, y con tanto gentío se guardaba tanto silencio como si no hubiese nadie. Hemos visto claramente la providencia del Señor, que se ha empeñado en bendecir nuestros trabajos; pues nadie esperaba que estos Ejercicios tuviesen tan felices resultados, de modo que uno de los párrocos me dijo: «Se conoce que Dios protege a la Compañía y que la quiere hacer brillar en todos sus ministerios.» Una de las cosas que edificó mucho al pueblo fué ver el mucho retiro que observaron los eclesiásticos en los días de Ejercicios; pues nadie salía sino para ir a los divinos oficios o a las funciones de los Ejercicios. Otra villa ya me han empeñado para que vayamos; pero como ahora viene la cuaresma, no he podido condescender.»

Hasta aquí el P. Sancho (1).

El mismo Señor Obispo escribió al P. Provincial dándole las gracias por los trabajos de los Padres en este ministerio y manifestándose satisfechísimo del fruto (2).

Otra tanda merece especial mención. Los Reyes de Nápoles, que acompañaron a su hija, María Cristina, cuando vino a casarse con D. Fernando, hallándose aquí todavía en la cuaresma de 1830, quisieron, como todos los años acostumbraban, hacer los Ejercicios bajo la dirección de alguno de nuestros Padres, y acudieron al Provincial pidiendo uno que se los diese. No creyó el Provincial tener quien con los demás requisitos juntara el saber italiano, cuanto para eso era menester; pero como el Rey, en la visita que había hecho al Seminario de Nobles, y quizá en alguna otra ocasión, había visto que el P. Gil, lo hablaba corrientemente; le tuvo por muy capaz, le designó expresamente, y bajo su dirección los hicieron con efecto en la capilla Real, no solamente los Reyes, sino también toda su comitiva, que pasaba de cien personas (3).

Las misiones ofrecen generalmente mayores dificultades que los Ejercicios, y así no es tanto de extrañar que tampoco fueran muchas. En cárceles, como está indicado de las de Madrid, se dieron alguna vez también en Valencia para disponer a los pre-

(1) Carta de 4 de Marzo de 1832, original en *Cast. II*.

(2) 20 de Febrero de 1832. Copia remitida al P. General.

(3) *Histor. Seminar. Nobil. Matrit.*

sos al cumplimiento pascual. Más en forma se hacía todos los años al pueblo en la iglesia del Imperial, y una sola vez, que separamos, en el Noviciado. En Manresa los Padres de aquel colegio la predicaron durante el adviento de 1832, dándola principio con solemne procesión nocturna y breves alocuciones en tres plazas del recorrido, y continuándola en nuestra iglesia con grandísimo concurso y provecho, muy natural en pueblo de mucha fe y que no había tenido misión desde que los jesuitas salieron de allí expulsados por Carlos III en 1767. No menos concurrida fué otra en Alcalá dada por Enero de aquel mismo año durante quince días, contribuyendo a su feliz éxito nuestros jóvenes estudiantes, que de tres en tres, con crucifijo al pecho y campanillas en las manos, salieron por las calles y aun a los pueblos inmediatos a anunciarla y traer gente a ella algunos días. La mandó dar el Arzobispo de Toledo, Cardenal Inguanzo, y él mismo señaló los misioneros. Antes, los años de 1824 y 25, la habían dado también por disposición de aquel Prelado en su iglesia primada dos Padres del Colegio Imperial. De ningún colegio se hicieron excursiones apostólicas semejantes en esta época sino de éste, y las de él se redujeron a esas de Alcalá y Toledo, con otras ocho o diez en pueblos de aquella diócesis y a una en la Granja en 1827, con gran afluencia de los pueblos circunvecinos y procesión de penitencia el último día, pedida espontáneamente al Illmo. Abad de la Colegiata, que había solicitado y presidido la misión, por gran número de feligreses. La concurrencia a todas estas misiones fué siempre numerosa, sin haberse hallado frialdad y resistencia sino en Torrejón de Ardoz los primeros días; pero aun allí finalmente el pueblo entero se rindió a la gracia, y el fruto fué como suele en todas partes, y resumen estas palabras que en la relación de estos ministerios se refieren a Valdemoro: «Verdaderas conversiones; reparo de escándalos; unión de matrimonios; reconciliaciones de enemistades inveteradas; y en una palabra, reforma completa de costumbres, con algunos casos muy raros que no son para fiarlos al papel» (1). De la misión de Alcalá decía el P. Torroella, Vicerector de aquel colegio, que después de ella comulgaba en nuestra iglesia cada domingo más gente que antes en todo el año (2).

(1) *Carta del P. N. N.* (el P. Seguí), de la *Compañía de Jesús del Colegio Imperial a otro Padre de la misma Compañía*, 21 de Julio de 1831.

(2) Al P. General, 2 de Marzo de 1832, original en *Cast. II*.

Para conservar y aun adelantar en muchas almas el fruto de los Ejercicios y de las misiones, para sostener y fomentar la piedad, la fe, la conciencia de los deberes cristianos y fortalecer la voluntad en el cumplimiento de ellos, contribuyen sobremedida, ya con la eficacia del mutuo ejemplo, ya con la fuerza de la unión, ya también con las gracias que por sus ejercicios particulares de oración y culto de Dios, de la Virgen y de los Santos alcanzan del cielo, las congregaciones piadosas, tan extendidas en el pueblo cristiano. La Compañía tiene algunas como propias suyas, adoptadas oficialmente por ella para la santificación de los fieles; pero fuera de esas fomenta otras diversas, más o menos universalmente, según que son más o menos conformes con su Instituto y con su espíritu, o aconsejadas por circunstancias particulares de lugar y tiempo.

La más conocida y más propia nuestra es la congregación mariana o de la Virgen María, puesta bajo el patrocinio de Nuestra Señora bajo la advocación de alguno de sus principales misterios, ordinariamente también bajo la tutela de alguno de nuestros Santos, según la edad y estado de los congregantes. Indicado queda atrás como la había en todos los colegios y seminarios para sus alumnos; sólo hay que añadir que en Manresa estaba dividida en dos secciones, una para los pocos distinguidos por su ejemplar conducta y otra para los demás; y en el Imperial la única que al principio había para todos lo fué en dos distintas, una para los cursantes de estudios inferiores y otra para los de superiores; a que puede agregarse una sección escogida de los primeros con el nombre de *Místico Ramillete* de San Luis Gonzaga, fundado también después en el Seminario de Valencia. En el Imperial se fundó una nueva en 1830 para otros jóvenes que no acudían a nuestras aulas o habían ya terminado en ellas sus estudios, con el fin principal de que estos últimos conservaran mejor el temor de Dios y las prácticas aprendidas de vida cristiana. Y aun añadieron al poco tiempo la de visitar con frecuencia a los enfermos en los hospitales.

Semejantes a ésta fueron erigidas también en Alcalá y en Valencia para jóvenes universitarios; y no sabemos para qué clase de personas en Mallorca bajo la advocación del Espíritu Santo y de la Anunciación.

Otra congregación propia de la Compañía, pero menos generalizada y conocida que la anterior, es la de la Buena Muerte, a

que puede pertenecer toda clase de personas, y cuyo fin peculiar, a que se ordenan sus ejercicios piadosos, dice su mismo nombre. Solamente la encontramos durante esta época en Palma, Valencia y el Colegio Imperial. En este último punto se formó una sección especial sólo para hombres casados, que a los ejercicios generales propios de la congregación, añadían otros particulares, y entre ellos el disciplinarse todos los viernes en el local de sus reuniones.

Dejando alguna otra de diversa índole, mencionaremos aquí la Congregación del Inmaculado Corazón de María, fundada para una parte de los seminaristas en el de Nobles de Madrid, para señoras en el Imperial, y no sabemos si para toda clase de personas en Loyola y Manresa.

Más difundida que esta del Purísimo Corazón de María estaba la del Sagrado Corazón de Jesús, que sólo en Sevilla y en el Seminario de Valencia no la hallamos mencionada. En el de Madrid la había para una parte de los seminaristas, y en la iglesia del colegio de Valencia para universitarios al lado de la congregación mariana, bajo la advocación de ambos Sagrados Corazones de Jesús y de María. La del Sagrado Corazón de Jesús la formaban solamente señoras. En Alcalá se alistó en ella casi toda la ciudad, según se lee en las anuas de aquel colegio.

No se contentaron aquellos Padres con establecerla en sus iglesias; de los pocos pueblos en que dieron misión, la fundaron por lo menos en cuatro. En Valdemoro se inauguró con un solemne triduo en que se acercó a los Santos Sacramentos casi todo el pueblo, se llevó en solemne procesión por las calles la imagen del Sagrado Corazón, y se inscribieron en la congregación de pronto cuatrocientas o más familias (1).

Aun en el Colegio Militar de Segovia, ya que congregación no sabemos que fuera erigida, hizo el P. Gil que la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús fuera consignada entre las que con particular solemnidad, con misa, sermón y exposición del Santísimo hasta la tarde, velando los oficiales, habían de celebrarse.

En todas partes halló buena acogida esta provechosísima devoción del Corazón de Jesús, en cuyo honor se celebraban solemnes cultos, ya el primer viernes de mes, ya el primer domin-

(1) *Carta del fruto hecho en las misiones por algunos Padres del Colegio Imperial desde Agosto de 1831 hasta Junio de 1832.*

go, con tanta frecuencia de Sacramentos que en Madrid a la comunión general mensual, instituida en honor suyo, acudían de ordinario más de mil personas (1).

8. No se había celebrado hasta entonces en España públicamente, al menos que sepamos, el mes de María, o sea el mes de Mayo, consagrado todo a la Virgen con ejercicios particulares de devoción tenidos cada día en honor y culto suyo. En Italia, sí, ya en el siglo anterior se había extendido esta devota práctica; y uno de los libritos que para ella se escribieron, fué traducido al castellano e impreso en 1769 (2), pero no hay noticia de que en España se celebrara sino en privado por algunas familias devotas y comunidades religiosas. Nuestros mismos Padres, que la habían aprendido en Italia, al principio no pensaron en hacerla pública. Los congregantes marianos del Colegio Imperial fueron los primeros que en el local de sus reuniones tuvieron algún ejercicio devoto cada día del mes, probablemente ya en el año de 1816, según parece por estas palabras del P. Juan José Cortázar, en la plática con que inauguró la congregación, al ser restablecida poco después que el mismo colegio, al cabo de casi cincuenta años de supresión: los mismos que lo estuvo la Compañía en España. «Debo por último, dice, avisar a ustedes dos cosas. La primera es que, siendo costumbre de los devotos de María Santísima obsequiarla tres veces cada día, a la mañana, al mediodía y a las avemarías, y consagrar en obsequio suyo un día de la semana que es el sábado; así en muchas partes han escogido al mismo fin un mes entero del año, que es el de Mayo, porque es el más bello de todos. Pues ya se sabe que en las ofrendas se debe ofrecer lo mejorcito; y también porque siendo el más florido, nos convida a obsequiarla con flores de actos de virtud. ¿Y no sería una mala vergüenza, que teniendo nuestra España la gloria de haber sido favorecida de la Santísima Virgen más que ninguna otra nación, y habiéndose esmerado sobre todos por esta razón nuestros antepasados en festejarla y promover su gloria, hayamos de ceder nosotros a otros reinos en tributarla este tan razonable y justo obsequio? Yo por mí, reconociendo por particular providencia de Dios que se dé principio a esta santa con-

(1) *Carta del P. N. N., etc.*

(2) La fecha de la impresión la tomamos de Morgado. *Origen de la devoción del mes de María.*

gregación este primero día del mes de Mayo, aunque me reconozco el más indigno de todos para dirigirla, no quiero dejar pasar tan bella ocasión para introducirla. Y así todos los días de este mes propondré á ustedes brevemente alguna máxima, un ejemplito...» (1). Sin duda el P. Cortázar cumplió su palabra y celebró el mes de Mayo con su congregación, no sólo aquel año, sino también los cuatro siguientes, hasta que vino la nueva supresión de la Compañía. Restablecida ésta de nuevo en 1823, luego el año siguiente nos dicen las cartas anuas del Imperial que llegado Mayo, celebraron nuestros estudiantes aquel mes con gran devoción y muchos obsequios o flores ofrecidas a la Virgen, pero por separado en sus clases respectivas, fuera del último día en que tuvieron con el mismo objeto comunión general.

El año de 1830 ya tuvieron estos cultos en la capilla interior los cursantes de estudios mayores; que el pasado dijimos haber formado una congregación nueva mariana bajo el título de la Natividad de Nuestra Señora. Por fin en 1831 (2), se resolvió tenerlos en la iglesia para que pudiera tomar parte en ellos el pueblo. «Se dió, pues, principio a la función, dice la carta citada, en la capilla del Buen Consejo; pero viendo la multitud de gente que al instante empezó a acudir, se trasladó al cuerpo de la iglesia, colocando la imagen de la Virgen en el altar de San Francisco de Borja, hermosamente adornado. No se puede decir el gusto y devoción que demostró desde luego el auditorio, siempre tan numeroso que todas las noches se llenaba casi enteramente la iglesia. Se comenzaba al anochecer y duraba todo hasta las nueve y media. Además de lectura, rosario, ejemplo y canciones devotas, el ejercicio principal era un sermón de hora, que les predicaba todas las noches el P. Rector, a cuya eficacia, o por mejor decir a la intercesión de Nuestra Señora, se debe atribuir el abundante fruto que se ha cogido, pudiéndose asegurar que en este mes ha derramado el Señor a manos llenas sus misericordias por medio de su Madre. Ha habido confesiones generales, firmes propósitos, rigurosas penitencias, reparación de escándalos, unión de matrimonios y algunos revalidados, amistades hechas, restitución

(1) Falta la continuación de esta plática, cuya parte conservada es autógrafa.

(2) No en 1830, como leemos haber dicho muchos años después el P. Medina (Drive-Tarré, *María y la Compañía*, Apéndice, § V, p. 332).

ciones considerables, vocaciones religiosas, actos heroicos de virtud, sacrificios muy difíciles, y en fin el Señor ha dispensado con la mayor afluencia cuantas gracias extraordinarias suele conceder a los pecadores en las misiones más ruidosas... Tantas misericordias quedaron selladas y confirmadas el día del Corpus, 2 de Junio inmediato, en que se celebró la comunión general y el ofrecimiento de las flores de todo el mes. Era menester haberlo presenciado para conocer lo que esto fué. Parece que Dios esperaba aquel día para ostentar en él sus bondades. Casi todo él estuvo la iglesia llena de gente, y a todas horas se veían correr lágrimas de devoción, mezcladas de afectos y hacimiento de gracias; mas todo lo demás es menos que el haber recibido el pan de los ángeles aquella mañana más de cuatro mil personas de todos estados, condiciones y edades, celebrando misa al intento el Excmo. Señor Obispo de Chile» (1).

De semejante manera se procedió en Sevilla. Ya hacía años, se lee en las Anuas de aquel Colegio, ya hacía años que privadamente en nuestras clases los alumnos obsequiaban con particular fervor a Nuestra Señora en el mes de Mayo; pero esta práctica no se había hecho común. En el año de 1832, para darle más publicidad, se hizo por las noches en la capilla de la congregación de la Anunciata. En esta, por estar dentro de la clausura, no pueden entrar sino hombres, y de estos concurría bastante número, tanto eclesiásticos como seculares. Este como primer ensayo salió tan bien, que en el año próximo pasado (el de 1833), para que fuese mayor el fruto, se celebraron los ejercicios en la iglesia, y por el efecto se conoció no haber sido infundada aquella esperanza. En todas las noches del mes era el concurso tal como raras veces se suele ver en esta iglesia. Ni la distancia, pues estamos en un extremo de la ciudad, ni el mal tiempo que hizo algunos días, disminuyó la concurrencia. Y el Emmo. Señor Cardinal Arzobispo de esta diócesis nos honró dos noches con su asistencia. Fueron fruto de esta devoción algunas confesiones generales, que se hicieron durante aquel mes y el número de comuniones nunca antes visto en esta iglesia, que se repartieron el día de la última fiesta.» El año de 1835 la concurrencia llenó completamente la iglesia hasta tener que volverse algunos por

(1) *Carta del P. N. N., etc.*

no caber, y en la comunión general hubo más de novecientas personas (1).

Aunque en otros colegios nuestros no vemos celebrado públicamente por entonces el mes de María, siéndolo solamente por los estudiantes, como al principio en el Imperial y en Sevilla; pero en cambio hallamos ya sus primeras irradiaciones fuera de nuestras casas e iglesias, en Madrid a las cárceles y casas de corrección, donde nuestros jóvenes estudiantes hacían sus primeras armas en el ministerio apostólico; y en Sevilla por insinuación del Sr. Cardenal, a varios monasterios de religiosas y luego a otras iglesias de la ciudad y pueblos de la diócesis (2). En Portugal lo celebró el P. La Calle, cuando estuvo allí con la familia de don Carlos, y tal vez fué el primero que lo hizo solemnemente con el pueblo en aquel reino. Algunos de nuestros Padres, dispersos en 1835 y viviendo como sacerdotes seculares, lo establecieron por vez primera en varias partes, y entonces y aun antes contribuyeron a difundirlo con la publicación de un librito a propósito, dispuesto primero expresamente para los estudiantes, y acomodado después a toda clase de personas. En la edición de 1839, hecha en Valencia, ya decía el P. Juan Manuel de Vega que esta devoción se había propagado en pocos años asombrosamente (3).

La primacía, que parece llevaron en España nuestros Padres en la celebración pública de devoción tan fructuosa, de tanto atractivo y tan popular luego en nuestro pueblo, excusará y aun justificará la extensión, sin eso desproporcionada, que hemos dado a este punto (4).

(1) *Carta anua desde el 1 de Mayo de 1832*. Por estos datos se debe corregir algún yerro, principalmente cuanto a las fechas, que hay en un hermoso artículo publicado por Don J. Alonso Morgado, titulado *Origen de la devoción del mes de María*, SEVILLA MARIANA, *Revista religiosa*, Año II, núm. 21, correspondiente al 6 de Mayo de 1882.

(2) Alonso Morgado, lugar citado.

(3) *Mes de María*, en las breves palabras al lector.

(4) Sobre el origen del Mes de María en general, sobre los jesuitas que primero le celebraron, y más particularmente sobre los primeros libros que los de la Compañía escribieron para celebrarle, puede verse *María y la Compañía de Jesús*, por el R. P. Agustín Drive, S. J. Traducción libre de la última edición francesa, cuidadosamente revisada y enriquecida con notas históricas, nuevos grabados y un índice bibliográfico por el P. Manuel Tarró, de la misma Compañía. Tortosa, Imprenta moderna del Ebro, 1916.—Apéndice. *Disquisiciones históricas sobre el Mes de María*.

9. También daremos cuenta algo más detenida que de los demás ministerios, de la asistencia a los coléricos los años de 1833 y 1834. Lo merece por sí tal acto de caridad heroica, y lo pide la circunstancia de haberlo ejercitado aquellos Padres al mismo tiempo que sufrían la persecución y aun la muerte de parte de las furias liberales y masónicas. Ya en 1832, amenazando de cerca el temible huésped, escribió el P. Morey a los Superiores de todas las casas, que en caso de ser invadidas las poblaciones respectivas, destinaran dos, tres o más Padres para asistir a los apestados, ofreciéndose a las autoridades para lo que pudieran ser útiles (1).

Entre todas nuestras casas, solamente de Manresa nos faltan noticias relativas a este asunto; tal vez porque no tenemos tampoco documentos de los últimos meses de 1833 y todo el 1835. En Mallorca no debió de entrar el cólera, pero lo temieron; y todos los de casa se ofrecieron al Señor Obispo para auxiliar a los apestados en los hospitales o donde Su Ilustrísima quisiera (2). En Sevilla, que fué donde primero se presentó el contagio, todos se prestaron a servir a los enfermos, y casi todos, no sólo se prestaron, sino que lo pidieron. De hecho, a petición del Cardenal Arzobispo fueron enviados al barrio de Triana, donde empezó el mal, los PP. Jorge Coll y Joaquín López Belda, con los HH. Paulino de Marrón y Florentino Gutiérrez. Al tercer día, el 13 de Septiembre de 1833, sucumbía víctima de la caridad, el P. Coll, y pocos días después se vió a las puertas de la muerte el H. Marrón. La Junta de Sanidad pidió también un Padre para el hospital que había improvisado en el convento de la Trinidad; y allí estuvo el P. Tomás Mateos con el H. Fermín Moreno hasta que lo tomaron a su cargo los religiosos de San Juan de Dios. Los demás Padres, todos acudieron a donde sin cesar eran llamados para prestar a los coléricos los auxilios espirituales (3).

En Alcalá el año siguiente fué convertida en hospital una parte del colegio, y los de casa asistieron gratuitamente en lo corporal y en lo espiritual a los enfermos (4). En Madrid, ya en

(1) Circular de 24 de Abril, en la *Col. Sev.*

(2) El P. Sancho al P. General, 22 de Agosto de 1834, originales en *Cast. II.*

(3) *Carta anua* desde 1 de Mayo de 1832 hasta fin de Enero de 1834.

(4) La Fuente, *Hist. de las Universidades*, t. IV, c. LXXXVIII, p. 401. El P. Torroella al P. General, 2 de Octubre de 1834, original en *Cast. II.*

1833, cuando el mal hacía estragos en Andalucía y Extremadura, el P. Puyal, Rector del Colegio Imperial, escribía que habiendo con esta ocasión tentado la disposición de todos sus súbditos, se le habían ofrecido más de setenta, para ir a Sevilla o a cualquiera otra parte a servir a los apestados, y muchos de ellos por escrito con tan vivas expresiones de caridad y celo que le habían hecho derramar lágrimas de consuelo (1). Cuando en Julio de 1834, casi súbitamente fué invadida la villa y corte, luego fueron distribuidos los Padres, unos para salir a administrar los sacramentos a los moribundos, otros para oír en la iglesia las confesiones de los muchos que en tales casos acuden a reconciliarse con Dios. La horrible tragedia, que en el colegio tuvo lugar el 17 de aquel mes y absorbió la atención de todos, fué sin duda causa de que no escribieran cosa alguna de lo que en este punto trabajaron. Sólo incidentalmente, escribiendo al Superior del Colegio de Valencia decía el P. Morey que todos los días habían salido algunos de casa para asistir a los apestados, y que en efecto habían asistido a innumerables (2). Semejantemente, el Superior del Noviciado, escribía al P. General que sus súbditos no habían interrumpido el ministerio de confesar a sanos y enfermos ni aun en los mismos días de la persecución, añadiendo aun el viático y olear, con autorización de los párrocos a los atacados por el cólera (3). De los Padres del Seminario de Nobles no tenemos noticia ninguna; pero el ejemplo de las otras dos casas de Madrid no deja lugar a duda.

También de las dos de Valencia acudieron en socorro de tan grave y urgente necesidad espiritual y corporal todos los sujetos, sacerdotes, escolares y coadjutores, cada cual según sus facultades, trabajando sin descanso, de día y de noche, principalmente en la administración de los últimos sacramentos, tanto en hospitales como en casas particulares, y añadiendo a esas fatigas y a las innumerables confesiones, que hubieron de oír en la iglesia, un triduo en las cárceles, aprovechando con gran fruto la buena disposición en que el temor de la muerte ponía a los encarcelados (4). Véase cómo da cuenta de estos trabajos al Pa-

(1) Al P. General, 22 de Septiembre de 1833, id. id.

(2) Al P. Pascual, 8 y 19 de Agosto de 1834, originales en la *Col. Val.*

(3) 15 de Enero de 1835, original en *Cast. II.*

(4) El P. Rius al P. General, 27 de Noviembre de 1834, id. id.

dre General el Superior de aquel colegio. «Cuando estábamos con tantos temores, fué apareciendo en esta ciudad el cólera morbo, que no ha dejado de hacer muchísimos estragos en la ciudad y pueblos del reino. Desde entonces no hemos cesado de asistir a los coléricos, hechos unos curas, administrando sacramentos, sin parar de día ni de noche, Padres y Hermanos, éstos auxiliando y aquéllos confesando, etc., y todos sin miedo, y el Señor hasta ahora nos ha librado de él. Sólo dos Hermanos tuvieron principios de él, pero pronto se restablecieron. En la iglesia también trabajábamos sin cesar por mañana, tarde y noche. Se han hecho conversiones extraordinarias y notabilísimas; la fe, la piedad y la devoción amortiguadas en tantos, ha revivido. Grandes bienes ha sacado Dios de este mal. La religión ha brillado y brilla con tantas funciones de iglesia como se han hecho y procesiones de rogativa. Una se hizo en la que sacaron un Santo Cristo de mucha devoción en esta ciudad, en la cual iban dos mil setecientas y diez luces. Vino a nuestra iglesia para visitar el Hijo a la Madre, en cuyo tiempo el P. Vega hizo desde el púlpito una deprecación, estando llenísima de gentes. Nosotros hemos hecho una novena al Santísimo Corazón de Jesús con comunión general el último día, asistiendo mucha gente a los ejercicios.»

Añade el favor de Dios con que ninguno de ellos murió, ni aun de sus amigos (1) más que dos, y la seguridad con que ahora salían y antes no podían salir a la calle.

Es así que tanto allí como en Alcalá y en Sevilla este comportamiento dió entre el pueblo gran crédito a la Compañía; y sólo el ciego y furioso liberalismo pudo cometer el bárbaro crimen de desconocer tan heroica virtud y suprimir los años siguientes las órdenes religiosas, cuyos individuos, al mismo tiempo que unos eran vilmente asesinados, corrían otros a exponer sus vidas en auxilio corporal y espiritual acaso del padre, de la madre, de la esposa o de los hijos de los asesinos.

De notar es que, si bien cayeron algunos heridos del contagio, y tres o cuatro estuvieron a las puertas de la muerte, sólo llegó a morir el P. Coll, siendo centenares los que en las grandes poblaciones, como Madrid, Sevilla y Valencia, fallecieron algunos días.

(1) Carta de 16 de Septiembre de 1834, original en *Cast. II*.

En Palma de Mallorca, ya que, como dijimos, no parece que hubo peste, hubo varios temblores de tierra desde el dieciséis hasta el veintiocho de Junio de 1835. No fueron grandes los daños que causaron, ni por su índole ofreció aquella calamidad la ocasión que el cólera para ejercitar la caridad con los prójimos. La gente despavorida, parte buscaba simplemente su seguridad saliendo de las casas a las plazas, al campo, a los barcos anclados en el puerto, donde dicen que llegaría a haber cinco mil almas, parte acudía a las iglesias a implorar la misericordia de Dios y a confesarse para esperar la muerte. La nuestra estuvo abierta varias noches enteras, porque muchas personas iban a pedir la protección del Beato Alonso Rodríguez, orando ante sus restos venerandos, y la de San Francisco de Borja, abogado contra los terremotos, postradas ante su altar. Los de casa velaron por turno ante las sagradas reliquias, y aun toda la comunidad estuvo en oración algunas noches de doce a una. Los Padres oyeron no pocas confesiones, aun de gente bien apartada de la iglesia durante muchos años, y para promover más el bien de las almas, hicieron en honor de San Francisco de Borja una novena-misión que estuvo muy concurrida y dió muy copiosos frutos.

A los pocos días de terminada, el 16 de Julio, fiesta de la Virgen del Carmen, llegó la noticia de la supresión de la Compañía, decretada el cuatro. El diecinueve, domingo, tuvieron comunión general los alumnos de nuestras escuelas; y como ya había corrido la triste nueva, salieron de la iglesia muchos llorando, y avivando con sus lágrimas la dolorosa impresión causada en la ciudad. A los dos días fué ejecutado el decreto (1).

10. No podemos dejar de hacer mención aquí, como en el lugar más oportuno, de un suceso glorioso y consolador para toda la Compañía, pero singularmente para la española y más para aquel colegio de Palma, acaecido en este tiempo y con muy solemnes fiestas celebrado: la beatificación del santo hermano coadjutor, Alonso Rodríguez.

Hizose solemnemente en San Pedro del Vaticano el día 12 de Junio de 1825, y celebróse aquí con extraordinaria pompa, sobre todo en el colegio Imperial, en Segovia, patria del Beato, y en Mallorca, donde pasó los cuarenta y seis años de vida religiosa. En Segovia asistió una tarde el Rey que estaba en la Granja; en

(1) *Diario del Hermano coadjutor, Gregorio Trigueros.*

Mallorca expusieron a la pública veneración en la hermosa capilla construída para él ya en el siglo anterior, las reliquias del nuevo Beato el 23 de Octubre, con inmenso concurso de autoridades, cabildo, párrocos, superiores de religiones e innumerable pueblo; y el Ayuntamiento, el Cabildo, nuestra comunidad y los alumnos del colegio costearon e hicieron en su honor magníficas funciones religiosas, que terminaron el treinta, día señalado para celebrar perpetuamente su fiesta, ocupando un día el púlpito y el altar los Padres de Santo Domingo y otro los de San Francisco. El P. General, Luis Fortis, tuvo el piadoso pensamiento de dársele ahora por Rector a aquel colegio, donde tantos años había sido portero. Quién sabe si a su protección se debió el haberse mantenido toda esta época en más regular estado quizá que otro ninguno de España, teniendo por Vicerector desde 1824 al P. Pedro Sancho (1).

(1) De las fiestas de Palma por la beatificación da larga noticia Furió en la *Vida* del Santo.

CAPITULO VI

PERSECUCIÓN Y SUPRESIÓN

1830-1835

1. Divisiones políticas aun en el seno de la Familia Real y caracteres de los partidos.—2. La cuestión dinástica y los avances revolucionarios tras los sucesos de la Granja y la muerte del Rey.—3. Temores y primeros trabajos de la Compañía.—4. Las sociedades secretas preparan los horrores del 17 de Julio de 1834.—5. Primeros asesinatos, asalto del Imperial, el Capitán General en la capilla.—6. Muertos, heridos y salvados en el Seminario, en el Colegio y en las calles: el H. Gregorio Muñoz y los demás refugiados en la capilla.—7. Amarguras pasadas por otros; destrozos en la casa; salida de los foragidos.—8. Horrores en varios conventos.—9. Episodios ocurridos con nuestros novicios y algunos Hermanos coadjutores el 17 y el 18 y resumen de las victimas.—10. La prensa liberal; los autores de la tragedia; la conducta de las autoridades —11. Impunidad de aquellos crímenes; juicios del fiscal de la causa y de D. Vicente de la Fuente.—12. Resultados de aquellos sucesos y persecución de la Compañía.—13. Su causa ante el Gobierno y las Cortes; decreto de supresión.—14. Persecución de los demás regulares y del Clero secular.

1. La revolución de 1820 quedó en 1823 reprimida, mas no extinguida; quebrantada, pero no aniquilada; y pasados apenas dos lustros prevaleció de nuevo, y de nuevo empezó su guerra contra la Iglesia con la guerra contra la Compañía y con su total supresión. La manera como vino esta vez a apoderarse del Trono fué muy diferente de la otra, habiendo sido en vano las tentativas hechas con las armas por los constitucionales, principalmente por los emigrados para huir del castigo, como más culpables en los sucesos del pasado trienio.

Una corta partida capitaneada por D. Antonio y D. Juan Fernández Bazán, desembarcó en la costa de Alicante en Febrero de 1826; otras más considerables penetraron simultáneamente por Navarra en 1830 al mando del Coronel, D. Francisco Valdés y de Mina; por Cataluña, bajo las órdenes de Milans; por Aragón, con Gurrea y Plasencia a su frente; y otra se preparaba en Gi-

braltar dirigida por Torrijos. Ésta no llegó a salir al campo por entonces; pero salió en Enero siguiente y, rechazada, volvió a salir en Febrero guiada por D. Salvador Manzanares, para apoyar a otra que aquellos días había proclamado no lejos de allí la Constitución de Cádiz. Contaban con el éxito de otra conspiración tramada en esta ciudad y en San Fernando; pero en Cádiz se redujo al asesinato del gobernador, y sólo en San Fernando se alzó una brigada de Marina, arrastrando consigo a otras tropas de tierra. Todos estos movimientos y algunos otros de menor importancia fueron fácil y brevemente atajados por los realistas; porque ni en el pueblo ni en el ejército encontraron el apoyo y favor que esperaban sus autores.

Del ejército se habían eliminado muchos elementos perturbadores, aunque todavía quedaban; y entre los paisanos, probablemente los rigores de la reacción monárquica dejaban a pocos de los de tal sentir el ánimo suficiente para arriesgarse en semejantes aventuras. Lo que facilitó y aun dió finalmente el triunfo a la revolución, fué la discordia nacida en el campo realista y aun en la Real familia, y la división dinástica que vino a consumir la una y otra.

Entre los realistas, como entre los liberales, y como generalmente en todos los partidos bastante numerosos, había diversas maneras de pensar y de apreciar las cosas, ya cuanto a las doctrinas, ya cuanto a la conducta. Dos eran las facciones realistas, prescindiendo de diferencias de grados y matices dentro de cada una de ellas. caracterizadas en general por la tendencia de unos al rigor y de otros a la moderación. Quanto a las doctrinas políticas y su aplicación al gobierno de España en aquellos días, los más, no tanto por convencimiento nacido del examen filosófico de los diversos sistemas de gobierno, como por el odio, bien merecido ciertamente, que inspiraba el representativo, el constitucional, tal cual era de hecho y lo acababan de probar, hijo legítimo de la revolución francesa, enemigo jurado del Altar y del Trono; no querían oír hablar de la menor modificación en el régimen absoluto. Expresión de sus ideas eran estas palabras del Rey en decreto de 19 de Abril de 1825: «Declaro que estoy resuelto a conservar intactos y en toda su plenitud los legítimos derechos de mi soberanía, sin ceder ahora ni en tiempo alguno la más pequeña parte de ellos, ni permitir que se establezcan cámaras ni otras instituciones, cualquiera que sea su denomina-

ción, que prohíben nuestras leyes y condenan nuestras costumbres» (1). Cuanto al modo de proceder con los enemigos de este régimen, ya en pena de lo pasado; ya por providencia para lo futuro, se los había de perseguir, castigar duramente y tener a raya, sin usar con ellos de lenidad o disimulo en cosa alguna. En lo tocante a religión, sobre todo, nada se había de innovar en las antiguas instituciones, y la Inquisición debía ser preferentemente restablecida, amparada y favorecida, por lo mismo que era principal objeto del odio sectario.

Otros hubieran querido poner algo en el régimen, que sin cambiarlo sustancialmente, fuera eficaz para evitar los graves abusos del poder absoluto, experimentados en los reinados últimos, y aun en aquel mismo; y más aún eran partidarios de un gobierno conciliador, moderado en el castigo de los constitucionales y en la represión de sus movimientos y de las manifestaciones de sus ideas y de su espíritu.

El Rey, cuyos verdaderos sentimientos en punto al régimen eran sin duda los expresados en sus palabras poco antes citadas, y que en punto a procedimientos con los enemigos de su soberanía absoluta, más tendía seguramente a la severidad que a la blandura; adoptó el sistema de dar algo a unos y algo a otros, tanto por no enajenarse la voluntad de ninguno de los partidos, como porque las potencias de la Santa Alianza, que habían influido en el abatimiento de la Constitución, influyeron también en que no siguiera el camino que le señalaban los partidarios del rigor. Por eso parece que exoneró del cargo, ya el 2 de Diciembre de 1823, a su primer Ministro y confesor, D. Víctor Sáez, y puso en su lugar al Marqués de Casa Irujo, realista moderado, y, muerto éste el mes próximo, al Conde de Ofalia, que también lo era. A su lado y con sus mismas ideas, el General Cruz, Ministro de la Guerra, modificó la organización de los voluntarios realistas, dificultando su acción persecutoria, arbitraria y dura contra los liberales. Hubo hasta amnistía, firmada el 1.º de Mayo de 1824, bien que ni amplia ni fielmente cumplida.

Estas y otras medidas irritaron a los rigoristas; y ambos Ministros, Cruz y Ofalia, fueron destituidos, sin que sus sucesores, Aimerich en Guerra y Zea Bermúdez en Estado, Coronel de voluntarios y favorable a ellos el primero, conciliador, como luego

(1) *Decretos del Rey*, t. 10, p. 118.

se mostró, el segundo, duraran mucho más en el ministerio, que experimentó nuevas mudanzas todavía, aunque desde 1826, sin dejar de haber en la conducta del Rey y del Gobierno alternativas de favor y de desvío para unos y para otros, predominó más bien el sistema de templanza que el de rigor. Calomarde, considerado después como el más furioso realista de la época, no lo fué ciertamente; y aun los que así le pintaron lo desmienten sin darse cuenta, cuando le tachan de haber conocido bien y adoptado, fuera por lo que fuera, la política de balancín que el Rey quería seguir. Esta es la verdad; y por eso duró en el ministerio desde 1824 hasta 1832, y tuvo manifiesta preponderancia sobre sus compañeros en los consejos del Monarca.

Era de capital importancia ya entonces, y tuvo influjo decisivo en los sucesos posteriores, contar el partido realista rígido entre los suyos al Infante D. Carlos. Menos significaba, pero hizo mucho también para fomentar estas diferencias, su esposa la Infanta D.^a María Francisca, y con ella su hermana, la Princesa de Beira, viuda del Infante D. Pedro Carlos Antonio, sobrino de Carlos IV. D. Carlos, sin género de duda, como era más severo en la vida privada, así era de más acendrada religión que el Rey su hermano; y su oposición a las novedades revolucionarias nacía en él, como generalmente en los realistas, más de la rancia fe y religiosidad española, que de adhesión inquebrantable a la forma de gobierno absoluto. ¿Se podría asegurar lo mismo de don Fernando? En él la reacción política fué completa, vigorosa y tenaz en reasumir y mantener incólume la Real soberanía; fué aun excesiva y atropellada al principio, y solamente después algo contenida, quizá muy a pesar suyo, en el castigo de los que tres años le habían tenido secuestrada aquella gran prerrogativa; la reacción religiosa fué más débil e incompleta. No restableció el tribunal del Santo Oficio, a pesar de los muchos memoriales que pidiéndolo se dirigieron al Trono, aunque tal era su deseo, al menos al principio, como sabemos por Calomarde (1); y como en su lugar y para el mismo objeto se formaran en algunas diócesis *jun-tas* que llamaron *de fe*, desautorizó expresamente a la de Valen-

(1) «V. M. está bien persuadido de la necesidad y conveniencia de reedificar este baluarte de nuestra santa religión y lo desea con ardor; pero causas poderosas lo han impedido hasta ahora.» (Memoria original sobre los asuntos de su ministerio presentada en 23 de Febrero de 1826; capítulo sobre *Reforma de los estudios*. Biblioteca Real, 2.409.)

cia, que había relajado al brazo seglar un reo contumaz en la herejía y como tal sentenciado a horca por la Audiencia, con lo cual las demás desaparecieron pronto. Esto junto con otras tibiezas en materia de religión, y acaso más que nada, el dar favor y entrada en sus consejos a hombres, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, *afrancesados y afines suyos, tan discípulos de la Enciclopedia como los legisladores de Cádiz* (1), a lo menos así reputados con más o menos fundamento y acierto por los realistas; llevó su descontento hasta el extremo de la rebelión armada, dispuesta primero ya el año de 1824 en Aragón por el Brigadier Capapé, de concierto con otros jefes militares, pero descubierta y así abortada; realizada después en 1825 por el Mariscal, D. Jorge Bessieres, en tierras de Cuenca y Guadalajara sin séquito alguno apenas, y por tanto sofocada a los pocos días; intentada al mismo tiempo y casi antes deshecha que nacida en Zaragoza y Tortosa; extendida, fuerte y larga de algunos meses en Cataluña en 1827, si bien terminada luego en breves días con la presencia del Rey en Tarragona a fines de Septiembre y principios de Octubre, y con el perdón ofrecido a cuantos entregaran inmediatamente las armas. Los motivos de la sublevación los expresa en sustancia la proclama del Monarca dirigida a los catalanes, negando su realidad. «Ya veis desmentidos, dice, con mi venida, los falsos y absurdos pretextos con que hasta ahora han procurado cohonestar su rebelión. Ni yo estoy oprimido, ni las personas que merecen mi confianza conspiran contra nuestra santa religión, ni la patria pelagra, ni el honor de mi corona se halla comprometido, ni mi soberana autoridad es coartada por nadie» (2). Acúsase a D. Carlos de participe en esas conspiraciones, aun suponiendo que, a lo menos alguna, avanzaba hasta el intento de ponerle en el trono derribando a su hermano, pero conviniendo también en que por su parte el Infante jamás abrigó semejante pensamiento.

La sumisión de los rebeldes de Cataluña claro es que no aniquiló el partido realista; como la represión de las asonadas constitucionales y las violencias más o menos arbitrarias, cometidas con los liberales, no extinguieron el suyo. Había, pues, en España por los años de 1830 a 35, en que se prepara y consuma la supresión de la Compañía en ella, tres partidos encontrados que

(1) *Heterodoxos*, III, l. VII, c. III, § III, p. 523.

(2) *Historia de la vida*, III, l. XIII, p. 306.

aspiraban a dominarla y gobernarla cada uno según sus ideas. Dos de ellos extremos, perfectamente definidos. Uno tiene por bandera la Constitución, fundada en los principios de la revolución francesa y empapada en su espíritu: soberanía inalienable del pueblo, bien o mal representado por sus diputados; Rey sometido a esa soberanía de él y de ellos, para hacer lo que mande el pueblo así representado y no el pueblo lo que mande el Rey, y si no se conforma, república en vez de monarquía; nada de Inquisición ni cosa equivalente; libertad de imprenta para blasfemar de Dios, escarnecer la religión, insultar a sus ministros y propagar todas las ideas aun las más impías, anárquicas y heréticas; supresión inmediata de frailes, y más lenta de curas y de obispos; religión de Cristo, por ahora, pero no cual Cristo y su Iglesia y su Vicario la proponen, sino como las Cortes la entiendan, y dejando a cada cual que profese la que le venga bien o ninguna. Todo esto figuraba en aquella bandera; aunque no todo tan al descubierto que lo entendiesen todos los que la defendían. Las Cortes de Cádiz, las del veinte al veintitrés, las del treinta y cuatro en adelante, los gobiernos correspondientes, los escritores del partido, la masonería declarada en su favor, lo comprueban superabundantemente.

Frente a frente de este partido se levanta otro con programa diametralmente opuesto. La religión ante todo; la religión católica, apostólica, romana, sin consentir ni culto ni doctrina contraria; y para su firme defensa el Tribunal de la Fe; y para su enseñanza, fomento y ejercicio, el clero secular y regular con sus bienes destinados al culto divino, al propio sustento y a tantas obras benéficas; prohibición y persecución de toda doctrina contraria al orden moral, social y religioso; Rey absoluto, único soberano, que reine y gobierne conforme a las leyes, la razón y la justicia; todo tal como de siglos venía rigiendo en España, salvo el regalismo en las materias eclesiásticas y alguna arbitrariedad en las políticas, cosas ambas introducidas en los últimos tiempos y todavía vigentes.

Entre estos dos partidos fluctuaba el tercero, que ni puede decirse fuera partido, ni menos que tuviera programa doctrinal político ni religioso definido, ni sistema de gobierno. Eran realistas, pero templados, conciliadores, transigentes; quíenes por convencimiento, quíenes por temperamento, quíenes por tibieza en sus convicciones y en su amor a la monarquía y a la religión;

no masones, alguno tal vez, ni constitucionales decididos pero disimulados para mejor salir con su intento, como de ellos decían los realistas extremados, según siempre acontece en casos de semejantes divisiones. Lo que sí sucedía era, que siendo estos grados inferiores del realismo lindantes con los inferiores también del sistema constitucional, venían a mezclarse unos y otros hombres, a confundirse y a aunarse en ocasiones dadas, mal mirados y combatidos por ambos partidos extremos. La actuación de estos últimos ya la conocemos y la iremos viendo en lo restante de esta historia; la del intermedio, apenas iniciada hasta ahora, se desarrolla en los últimos años de este período y prepara la supresión de la Compañía, que viene a realizar por fin la revolución triunfante.

2. Dió ocasión de medrar y tomar cuerpo a este partido la cuestión dinástica. Muerta la Reina Amalia de Sajonia en 18 de Mayo de 1829, y vuelto a casar el Rey con su sobrina, D.^a María Cristina, hija de los Reyes de Nápoles; quedó en aventura el derecho de D. Carlos a suceder a su hermano en la Corona de España, y mucho más, cuando el 29 de Marzo de 1830, esperando ya fundadamente que pronto tendría sucesión, publicó el Monarca la resolución tomada por su padre, Carlos IV, con acuerdo de las Cortes en 1789, y guardada secreta hasta entonces, de que en adelante no estuvieran excluidas las hembras de la herencia del Trono, como lo estaban por auto acordado de 10 de Mayo de 1713. «Golpe mortal, descargado contra el bando que amaba a don Carlos», llama a éste el historiador de Fernando VII, tantas veces citado. Y como asestado de propósito contra ellos a instigación de los realistas moderados lo miraron los partidarios del Infante. No consta, siquiera, si el Rey procedió en esto por sí o a propuesta e impulso ajeno; ni menos si lo que movió, ya a él, ya a sus consejeros, fué como debía, puramente el bien de la nación, mejor atendido en ese sistema, o no, sino única o principalmente el deseo natural de favorecer a la hija, en caso de tenerla, o también la aversión a la política patrocinada por don Carlos. Dígase otro tanto del matrimonio mismo del Rey, que algunos autores atribuyen ya a manejos del partido opuesto al Infante. Cuanto se dice por una y otra parte carece de pruebas (1).

(1) Poco o nada nos parece que quita ni pone, para poder conjeturar una cosa u otra, el saber, como sabemos ahora por la reciente publicación del Se-

D. Carlos no hizo entonces demostración alguna, al menos pública, de tener por nula en derecho la nueva Real disposición. La Reina dió a luz una niña el 10 de Octubre, y el Infante siguió callando; pero la división de los partidos se fué ahondando más y más, tanto en la Corte como en el reino, agrupándose en derredor de la niña los liberales y los realistas tibios, y adhiriéndose más los fervorosos a D. Carlos. Los sucesos de la Granja en Septiembre de 1832 dieron por resultado inmediato un gran avance del partido moderado, y, a sus espaldas, del extremo constitucional. No entraremos a examinar y juzgar la revocación de la ley sucesoria, hecha por el Rey en aquellos momentos. De los que en ella intervinieron, de los móviles que tuvieron, repetimos lo dicho antes: no tenemos relaciones ni pruebas seguras. No parece infundada la idea del Señor Marqués de Lema, sacada como síntesis de todo lo escrito sobre aquel suceso por los contemporáneos: que no aviniéndose D. Carlos en manera alguna a reconocer los derechos de su sobrina, D.^a Isabel, y entendiendo los ministros, con Calomarde a la cabeza, que en tal supuesto, fallecido el Rey, surgiría la guerra civil, y por lo poderoso del partido del Infante, dentro y fuera de España, la causa de la Princesa estaba irremisiblemente perdida; para evitar tantos males como se preveían y sin provecho, aconsejaron al Rey la revocación de la pragmática poco antes publicada, y el Rey adoptó el consejo, y la misma Reina, Cristina, lo aprobó (1).

Hácese intervenir en aquel acto a un jesuita. El autor anónimo de la Historia de Fernando VII nos pinta al Obispo de León entrando y saliendo continuamente en el cuarto de D. Carlos, para dar «cuenta de lo que pasaba en la Cámara Real al P. Carranza, Prepósito de los jesuitas, hombre que frisaba en los treinta y cinco años, y cuya elocuencia arrebatadora y hermosa figura le había granjeado la privanza de D.^a Francisca» (2). D. Vicente de la Fuente creyó de buena fe esta intervención jesuítica, haciendo al P. Carranza *Superior de los jesuitas de Madrid*, y la

ñor Marqués de Lema, que meses antes de morir Doña Amalia tenía el Rey consignada la misma disposición en el borrador de su testamento, escrito de puño y letra de Calomarde (*Nuestro Tiempo*, año VI, 25 de Abril de 1906; *Estudios Históricos y Críticos*. Primera serie, pp. 159-186).

(1) *Calomarde*.—Discurso de recepción en la Academia de la Historia.

(2) L. XIII, p. 360.

censuró duramente en su *Historia de las sociedades secretas* (1). No había entonces en España ni Prepósito, ni Superior, ni simple jesuita, ningún P. Carranza. El P. Carasa, único cuyo apellido se parece a ése, no seguía la Corte; y los PP. Rafael de la Calle y Ramón José de Frías, que probablemente se hallarían en La Granja, como confesor el primero y como profesor el segundo de los hijos de D. Carlos, en manera alguna eran hombres para mezclarse en semejantes asuntos. Tan poco fundamento tiene esta noticia como la que más adelante da el mismo anónimo, diciendo que por Noviembre o Diciembre se trató de formar en Cataluña una regencia para proclamar a D. Carlos, siendo regentes el Obispo de León, poco antes echado de la Corte, D. José O'Donnell y el *General de los jesuitas* (2). El General de los jesuitas ni estaba en Cataluña, ni estuvo nunca en España, ni era español, ni soñó jamás en las regencias que gratuitamente le atribuye el historiador liberal. Y si quiso decir el Provincial, no es posible hallar hombre más ajeno de tal cosa y más apartado de la Corte que el P. Morey; y si acaso a su predecesor se refiere, el P. Puyal estaba por ese tiempo en Roma en la Congregación de Procuradores (3).

El decreto revocatorio de la pragmática tuvo corta duración. La Infanta D.^a Luisa Carlota, hermana mayor de la Reina, ausente a la sazón en Sevilla y venida a todo correr a la primera noticia de lo ocurrido, se presentó en La Granja; con la rabia propia de mujer altiva, que veía en aquello el triunfo de sus rivales y la postergación de su hermana y de su sobrina, a mano airada deshizo lo hecho y lanzó la política por caminos que derechamente llevaban al triunfo de la revolución. Véase sumariamente el curso de los sucesos.

El Rey, algo mejorado, la Reina, el Infante D. Francisco y

(1) T. I, c. IV, § LII, p. 499.

(2) L. XIII, p. 308.

(3) Don Modesto Lafuente trasladó la noticia a su *Historia de España*. «Tampoco acertó Zea Bermúdez con su sistema de equilibrio y de despotismo ilustrado, a contentar al partido carlista. Y aunque es verdad que D. Carlos continuaba negándose a entrar en todo plan en tanto que su hermano viviese, suplía su falta de resolución la Infanta su esposa, por cuyo influjo se había formado una regencia secreta, que debían componer el Obispo de León, Don José O'Donnell y el General de los jesuitas. A su impulso comenzaron a moverse algunos realistas de la provincia de Toledo...» (*Hist. de España*, P. III, l. XI, c. XXIV; t. 29 de la edición de Madrid, 1866, p. 139.)

la Infanta Carlota, con otros personajes partidarios de Isabel y opuestos a D. Carlos, o por entender así el derecho, o por sus ideas políticas, o por otras causas, miraron como criminal la derogación de la pragmática de parte de los que la procuraron; y en consecuencia, el 1.º de Octubre fué destituido el Ministerio y sustituido con otro, formado por adictos a la Princesa y partidarios de ideas conciliadoras y aún liberales. Ministro de Estado se nombró a D. Francisco Zea Bermúdez, que un poco de tiempo lo había sido antes, y fué separado por poco enérgico en la represión de los constitucionales. El día 6, por la poca salud del Monarca, fué encargada la Reina del despacho de los negocios (1), y el 7 concedió indulto general a todos los presos capaces de él (2) y abrió las Universidades, cerradas dos años antes por ser focos de perversión de las ideas y de las costumbres, prohibiendo en cambio la enseñanza privada que en su lugar se había permitido (3). Siguióse el cambio de los Capitanes generales y otros altos empleados realistas, sobre todo militares, más decididos, por otros contemporizadores, con el licenciamiento de muchos oficiales, y el 15 de Octubre un decreto de amnistía en favor de todos los constitucionales, presos, confinados o desterrados, exceptuando solamente a los que firmaron en Sevilla la destitución del Rey, y a los que habían acaudillado fuerza armada contra su soberanía (4). En vano un mes más tarde, el 15 de Noviembre, tras un preámbulo farragoso, vino otro decreto preñado de amenazas *contra los que aclamaran o sedujeran a otros para que aclamasen otro linaje de gobierno que no fuera la monarquía sola y pura, como de sus mayores la heredó Fernando VII* (5); y poco después, en 3 de Diciembre, una circular del Ministro de Estado a los agentes diplomáticos en el extranjero, desmintiendo las voces que se difundían sobre intentos de novedades y pro-

(1) *Decretos del Rey*, t. 17, p. 221.

(2) *Ibid.*, p. 222.

(3) *Hist. de la vida*, l. XIII, p. 369. Abrir las universidades era lo que quería mandar S. M. Sus palabras, sin embargo, dicen otra cosa: «He adoptado, entre otras medidas de utilidad general, y en uso de las facultades que el Rey me tiene conferidas por su decreto de fecha de ayer, el *restablecimiento de las universidades literarias a aquel grado de lustre que tanto ha ennoblecido la España en los siglos anteriores*». Debía de ser verdadera la general ignorancia que el decreto lamenta; pues el mismo que lo redactó no sabía escribir.

(4) *Decretos del Rey*, t. 17, p. 224.

(5) *Ibid.*, p. l. 258.

testando que *la Reina se declaraba enemiga irreconciliable de toda innovación religiosa o política, que se intentara suscitar en el reino o introducir de fuera para trastornar el orden establecido* (1). En vano fueron separados de sus cargos algunos ministros y otros altos funcionarios, por descubrirse en ellos aspiraciones al cambio de régimen (2). Los constitucionales amnistiados, y los demás que por tal acto se suponía habían de ser leales, a fuer de agradecidos a la maternal bondad de la Reina (3), esos sí que siguieron siendo enemigos irreconciliables de la monarquía absoluta, y alentados con esas y otras concesiones, iban avanzando sin desistir hasta derribarla y entronizar la Constitución; cosa tanto más hacedera, cuanto más sin otras fuerzas que las suyas iba quedando el trono, abandonado por los verdaderos realistas. Era evidente la razón de éstos: que con los revolucionarios no cabían condescendencias. O había que sujetarlos con mano fuerte, o prevalecerían. Cambiar de ideas, ni aun contentarse con términos medios, imposible.

Por su parte, los realistas más ardientes no dejaban de conspirar, aunque en vano, e intentar sublevaciones, viendo el rumbo que llevaban las cosas. A la Princesa de Beira, tenida por alma del partido y de aquellas conspiraciones, el Gobierno, por vía diplomática, hizo que la llamase a Portugal su hermano don Miguel, a la sazón allí reinante, y con ella resolvió ir su hijo, el Infante D. Sebastián, casado poco antes con una hermana de la Reina y de la Infanta Luisa Carlota. Más aún: D. Carlos quiso también pasar a Portugal con toda su familia, acaso únicamente por no hallarse en Madrid a la jura de su sobrina, la Princesa, cuyo derecho al Trono, él no estaba dispuesto a reconocer; y alegó el pretexto de que la Infanta su esposa, deseaba ver a su hermano D. Miguel. Permitióselo el Rey, que tampoco le quería en Madrid, no habiendo de jurar; y para allá salieron todos el 16 de Marzo de 1833. Requerido allí por el Monarca con carta de 21 de Abril sobre su ánimo cuanto a la jura de la Princesa, y habiendo contestado con una protesta formal contra ella, el Rey le prohibió volver al reino y le señaló como lugar de destierro los Estados Pontificios. Pero él, dando largas, no se movió

(1) *Decretos del Rey*, t. 17, p. 281.

(2) *Hist. de la vida*, l. XIII, p. 390.

(3) Circular citada.

de Portugal sino después de la muerte de su hermano, como en otra parte diremos. Entretanto en Madrid se celebró la ceremonia de la Jura el 20 de Junio con la gran solemnidad y formalidades de costumbre; y con más o menos pompa y júbilo en las demás poblaciones de la monarquía, según las ideas que en ellas dominaban. En Madrid no faltó sólo el Infante D. Carlos; se echó también de menos al Cardenal Inguanzo, Arzobispo de Toledo, que no quiso jurar (1). Apenas eran pasados tres meses, cuando murió el Rey, el 29 de Septiembre. Dejó nombrada Regente del reino durante la menor edad de la Reina D.^a Isabel, a su esposa, D.^a María Cristina, asistida por un Consejo de gobierno, meramente consultivo, compuesto de siete individuos.

Con la muerte del Rey desapareció la única barrera que contenía igualmente a los dos partidos extremos, realista y constitucional, dejando sin fuerza alguna a los conciliadores. Los realistas, que en vida de D. Fernando sólo en corto número se propusieron a pedir por Rey a D. Carlos, porque era evidente la sinrazón, y el mismo D. Carlos no lo consentía; ahora sin traba ni temor le proclamaron y se fueron alzando en armas por él, que por su parte se declaró también único legítimo Rey de España. Los constitucionales, con D. Fernando, tal vez no hubieran llegado a imponer su sistema, como no fuera por el procedimiento revolucionario del año veinte, que hubiera tropezado con dificultades. Con Doña Cristina, ya por la debilidad de la mujer, ya por serle absolutamente imposible sin ellos defender el trono de su hija contra los carlistas, ya porque personalmente participara de sus ideas y espíritu, como generalmente dicen los historiadores; avanzaron a pasos de gigante, arrollando a los pocos y tibios realistas que siguieron el partido de la Reina. El manifiesto de 4 de Octubre, redactado por Zea Bermúdez, en que Cristina anunciaba su resolución de mantener en todo su vigor y pureza

(1) En la correspondencia de nuestros Padres hallamos sobre esta materia un dato, que no recordamos haber leído en otra parte. El 5 de Julio escribía el P. Puyal, Rector del Colegio Imperial, al P. Roothaan: «V. P. sabrá sin duda las magníficas fiestas que hemos tenido aquí; pero por desgracia las ha aguado un poco, tanto nuestro Arzobispo, que en manera alguna ha querido hacer el juramento, como el innumerable pueblo de Madrid, que si bien estaba agolpado en calles y plazas, no ha dado un Viva a los Reyes: cosa que a todo el mundo ha causado extrañeza, y de que no es maravilla se haya quedado S. M., según es voz común.» Original en *Cast. II*.

la religión y la monarquía pura, sin admitir innovaciones peligrosas, por desgracia ya sobradamente probadas, introduciendo reformas solamente en la administración; no sirvió para atraer realistas, y sí para irritar a los liberales, que no tardaron en echar abajo aquel Ministerio, sustituyéndole con otro, ya francamente del partido reformador, aunque moderado. Acabaron de unirse indisolublemente, si no lo estaban ya, la cuestión dinástica y la cuestión política o politico-religiosa; quedó firmado el pacto por el cual los liberales sostendrían el trono de Isabel, e Isabel, o su madre la Reina Regente, daría a los liberales la Constitución, con todas sus aplicaciones prácticas, *ya por desgracia*, otras dos veces *sobradamente probadas*. Unos y otros, carlistas y cristinos, que así empezaron a llamarse entonces ambos bandos opuestos, se decían defensores de la legítima sucesión al Trono; pero unos y otros hubieran defendido a quien combatieron, si hubiera tremolado la bandera de sus principios respectivos. Una diferencia había: D. Carlos espontáneamente, por convencimiento y desde antes de toda división dinástica tenía adoptados aquellos principios, y por eso le siguieron los suyos; Doña Cristina más bien adoptó los principios de quienes, por hacerlos triunfar contra los de D. Carlos, se declararon por ella y por su hija.

Al frente del nuevo Ministerio, formado en Enero de 1834, estaba Martínez de la Rosa, y en Gracia y Justicia D. Nicolás María Garellly, ambos ministros constitucionales en la época del 20 al 23. El día 15 fueron nombrados, y luego en 7 de Febrero ampliaron la amnistía a todos los diputados a Cortes que estaban fuera del reino a causa de las opiniones emitidas por ellos como tales diputados; en 20 de Mayo derogaron todas las excepciones con que fué concedida; en 26 de Abril la habían extendido a los miembros de las sociedades secretas, aunque prohibiéndolas para adelante; y al terminar el año, en 30 de Diciembre, reconocieron o devolvieron sus honores, grados o distinciones y los sueldos correspondientes a cuantos los habían obtenido durante los tres años de gobierno constitucional.

En materias eclesiásticas no podía el nuevo gobierno ocultar sus ideas persecutorias, bien que paliadas, como siempre, con el nombre de reformas de abusos u otros semejantes. Suspendió con algunas excepciones, la provisión de prebendas y beneficios que vacaran, aplicando los frutos a la extinción de la deuda (9 de

Marzo); obligó a los Obispos a presentar los provisos eclesiásticos para obtener la aprobación Real antes de su nombramiento (8 de Junio); mandó suprimir los conventos que favoreciesen a los carlistas y vender inmediatamente todos sus bienes (26 de Marzo); se apoderó de los de la Inquisición, aboliendo expresa y definitivamente el Santo Tribunal (15 de Julio); quitó la exención de quintas a todos los novicios de las órdenes religiosas (3 de Abril), y prohibió por entonces, la admisión de otros (22 del mismo); impuso como textos de Teología y Derecho canónico en las universidades libros jansenistas (30 de Septiembre); y creó una *Junta Eclesiástica*, mixta de clérigos y legos, todos del partido, para reformar la Iglesia española entera, a la manera y con el espíritu que lo empezaron a hacer las Cortes constitucionales de ambos periodos (22 de Abril).

3. La Compañía empezó a sentir muy pronto los efectos del cambio político. Ya en 1832, poco después de los sucesos de la Granja, escribiendo al P. General el P. Gil sobre los exámenes de su Seminario de Nobles, tenidos aquellos días, añadía lacónicamente: «Entretanto los enemigos trabajan, y nosotros no tenemos ahora en la tierra otro amparo que en Dios» (1). El P. Puyal, en la carta anteriormente citada sobre la jura de la princesa, escribía con igual laconismo: «¿Y de nosotros? Por ahora nada; más adelante quizás. Pero Dios está en el cielo, y nosotros con gran ánimo para todo lo que puede venir.» Frases parecidas hallamos en la correspondencia del P. Morey, Provincial entonces, con el Superior de Sevilla y con el P. General, que demuestran temores, esperanzas, inseguridad, y que del Gobierno ya no se podía esperar protección. Y eso que, si por una parte D. Carlos era afectísimo a la Compañía, y tenía consigo a los PP. Frías y La Calle para la educación de sus hijos; por otra el Infante don Francisco, su hermano menor, esposo de la célebre D.^a Carlota, también parece que la estimaba; pues en las temporadas que pasó en el Norte y en Andalucía, desde Loyola a Bilbao y desde Sevilla al Puerto de Santa María hacía ir a los Superiores de aquellas casas muestras para confesarse con ellos (2).

Dió cuerpo a aquellos temores la prisión ejecutada el mismo

(1) A 15 de Octubre; original en *Cast. II*.

(2) Cartas del P. Morey al Superior de Sevilla de 28 y 31 de Agosto de 1832, originales en la *Col. Sev.*

día, 24 de Noviembre de 1833, y a la misma hora, de dos de los nuestros en distintos puntos. Cuatro días antes, el 20, había oficiado al Rector del Imperial el Subdelegado de Policía de la Provincia, comunicándole una Real orden, que había recibido, de vigilar cuidadosamente a los Padres, que iban a su hacienda de Torrejón de Ardoz o estaban en ella, impedir las idas allá del P. Sancho, Procurador de Provincia, y formarles causa, si para ello daban motivo (1). No lo dieron; y, sin embargo, fueron arrestados el P. Sáncho en Madrid y el H. Lorenzo Cana en Torrejón, en esa finca y casa de campo que allí tenía el Colegio Imperial, y encerrados en los calabozos del cuartel de Guardias de Corps, dejándolos completamente incomunicados y sin tomarles declaración ninguna en más de dos meses. En concreto no sabemos de qué fueron acusados. El P. Morey escribía que, según voces, era de algún delito político, y que la causa corría por una comisión militar con asistencia de un eclesiástico, nombrado por el Vicario de Madrid. «Hay motivos para creer, decía, que no tienen fundamento sólido sobre qué apoyarla, y que las muchas indagaciones que han hecho por los lugares donde él iba (el Padre Sancho) les han hecho encontrar lo contrario de lo que buscaban. Por lo que vendrá a ser esta causa una apología más bien que una acriminación de su conducta» (2). Así fué. El 1 de Marzo de 1834 fueron puestos en libertad, y la sentencia decía en sustancia: Que se sobreseía en aquella causa sin formar proceso, por ser clara la inocencia de los acusados y manifiesta la calumnia de los delatores y de los testigos; que a aquellos no debía pararles perjuicio alguno su arresto, y podían pedir en juicio la indemnización de los daños sufridos, y que éstos, a más de eso, habían de tener seis meses de presidio o pagar veinticinco ducados de multa (3). El P. Sancho estuvo mal en la prisión; y aunque repuesto, al parecer, después, vino a morir de fiebre gástrica el 18 de Abril, dándose por cierto que de lo sufrido en la cárcel provino su enfermedad y muerte.

Iban ya entonces las cosas políticas tomando tal sesgo, que el P. Morey pidió instrucciones al P. General para el caso de su-

(1) Original en nuestro poder.

(2) Cartas de 3 y 27 de Diciembre al Superior de Sevilla, originales en la *Col. Sev.*

(3) Carta de 4 de Marzo de 1834, *id. id.*

presión o expulsión, y recibidas las comunicó a los superiores de los colegios el 10 de Abril, y las amplió en 19 de Junio de 1834. Antes de un mes hubo un buen aviso. Los Padres franceses, que por habérseles prohibido la enseñanza en su patria el año 1828, habían puesto un colegio fuera, pero cerca de ella, en Pasajes, junto a San Sebastián, acusados, según parece, de fomentar el carlismo, por el Comisario regio de Guipúzcoa, fueron echados de España el 6 de Julio (1). La supresión de los españoles tardó un año en llegar; pero estaba bien cerca ya otra más funesta tragedia.

4. Las sociedades secretas, que en el período constitucional fueron casi públicas, porque nada tenían que temer si no era unas de otras en sus continuas luchas por el mando y el presupuesto, venida la reacción de 1823, tuvieron que retirarse de nuevo a sus antros, porque el Gobierno y los realistas intransigentes las persiguieron, aunque el Gobierno tuvo a veces con ellas punibles connivencias (2). Menos enemigas entre sí, y empeñadas en el triunfo de sus ideas y de sus ambiciones, no dejaron de agitarse todos aquellos años, y puede asegurarse que en ellas se fraguaron o tuvieron apoyo y fomento las conspiraciones liberales que entonces estallaron. A medida que la represión absolutista fué mitigándose, las logias se fueron fortaleciendo. Sobre todo después de los sucesos de la Granja, hubo de aumentar su número con la vuelta de los emigrados, que en la emigración habían seguido formando las nefastas sociedades; su actividad, porque los recién venidos eran generalmente los constitucionales más exaltados e influyentes, y habían de estar exasperados con el largo destierro; y su audacia, por verse más fuertes, la política inclinada hacia ellas y aun la dinastía pendiente de su apoyo y defensa. Formóse en Enero de 1834 una asociación muy numerosa (3), o masónica, o comunera, o mixta, que llamaron de *Isabelinos* (4), y cuyo propósito era echar abajo el Gobierno y

(1) Real orden al Comisario inserta en otra dirigida al P. Morey, que original poseemos.—Burnichon, *La Compagnie de Jésus en France*, t. II, c. I, § V, p. 49.

(2) Véase a D. Vicente de la Fuente, *Hist. de las sociedades secretas*, t. I, c. IV, párrafo L, pp. 468 y siguientes.

(3) Diez mil afiliados le atribuye el Sr. Pirala en su *Hist. de la Guerra civil*, t. I, § CIV, p. 285.

(4) Tirado dice que la *Isabelina* era bando político y no sociedad secreta, aunque sus jefes eran masones (*La Masonería en España*, t. II, P. 2.^a, § XIV.)

sus procedimientos liberales templados, determinadamente el proyectado *Estatuto Real*, e implantar la Constitución de Cádiz, especie de Alcorán sagrado para la nueva generación liberal, cuando precisamente muchos de sus autores, como Martínez de la Rosa, Toreno y otros, la repudiaban. El *Estatuto Real*, obra principalmente de Martínez de la Rosa, Ministro de Estado, y de D. Javier de Burgos, Ministro de Fomento, establecía Cortes formadas por dos Cámaras, de próceres la una: el clero, la nobleza y otras personas de distinción, y de procuradores de las ciudades la otra; y algo contenía del espíritu liberal de sus autores y del partido de la Reina; pero tan poco, sobre todo atendiendo a las aspiraciones de éste, que eran en suma las mismas, si no mayores que en las dos épocas constitucionales anteriores; que los *Isabelinos* prepararon una insurrección para el día mismo, 24 de Julio, en que habían de abrirse aquellas Cortes, con el intento y la esperanza de transformarlas en un momento en Cortes pura y simplemente constitucionales a la manera de las pasadas. Y ¿quién sabe si lo hubieran logrado, a no haber sido descubiertos la víspera y presos los principales conjurados?

Mas no era solamente el *Estatuto* y el Gobierno liberal moderado el objeto de las tenebrosas maquinaciones de las sectas. Lo que más aborrecían en España era la religión, y entre sus ministros a los frailes, aborrecimiento que por todos los medios hacían cundir en el populacho: con invectivas en los periódicos, con difamaciones en las tertulias, con no pocas acusaciones judiciales, como la del P. Sancho y el H. Cana, dándoles alas, naturalmente, las disposiciones del Gobierno contra ellos, indicadas arriba (1).

Desde el mes de Mayo se empezaron a oír voces de que en Madrid había de haber dos días de degüello, entendiendo muy bien todo el mundo quiénes habían de ser las víctimas, y aun llegaron a algunas casas religiosas avisos particulares, que fueron desatendidos, de lo que se tramaba (2). Pareció a los malva-

(1) Todo lo que vamos a decir de los sucesos de 17 y 18 de Julio, salvo tal cual noticia, cuya fuente anotaremos, lo tomamos de la larga *Relación* que de ellos escribió el P. Lerdo. Véase la *Bibliografía* de impresos y de manuscritos.

(2) D. Vicente de la Fuente dice que «a los Padres de la Compañía se les avisó por liberales que tenían hijos en sus escuelas y colegios» (*Hist. de las Sociedades secretas*, t. II, c. V, § LXI, p. 35). Que se les dieron tales avisos, lo aseguró el P. Morey, sin decir por quién, en oficio al Ministro del Interior de 15 de Octubre de aquel año, cuya copia tenemos.

dos que ofrecía ocasión oportuna para ejecutar su proyecto la epidemia del cólera, que después de haber recorrido desde el año anterior buena parte de la Península, penetró en Madrid a fines de Junio y se desarrolló con gran fuerza al mediar Julio de 1897. Algunos días antes había esto ocasionado a la comunidad de nuestro Noviciado una buena pesadumbre. Con el fin de preservar mejor del contagio a las tropas, sacándolas por dictamen de la *Junta de Sanidad*, de la estrechez y suciedad de sus cuarteles; la autoridad dió orden de que pasaran a ocupar en todo o en parte los conventos de San Jerónimo, San Francisco el Grande, Recoletos y el Noviciado de la Compañía. La cosa en sí nada significaba, y quizá fuese lo más razonable en aquel caso; pero la forma en que se hizo descubría los sentimientos de las autoridades para con los religiosos. A las seis de la mañana del día cinco se entregó al Superior la orden; y a las seis de la mañana siguiente había de tener enteramente desocupado el edificio. A fuerza de instancias pudo conseguir que le dejaran un rincón junto a la iglesia, donde se quedaron los Padres y coadjutores para atender al culto. El Superior con los novicios se trasladó aquel día al Seminario de Nobles, donde había lugar para ellos, y el P. Gil lo cedió de buena gana (1). A los pocos días, el catorce o quince, paseando en silencio, como acostumbraban, por la huerta del Seminario; un guardia de Corps, desde una ventana de su cuartel, que daba hacia aquella parte, pistola en mano y disparando al aire los insultaba y amenazaba con estas palabras harto significativas: «¡Ah holgazanes! Una tarde nos hemos de empeñar en arrancar la grama; porque hace daño a las plantas, sobre todo en estos tiempos» (2). Y ya entonces empezó a divulgarse muy de propósito la perversa idea de que los frailes envenenaban las aguas, y eso era lo que producía el cólera (3). Esta voz no se esparció solamente en Madrid. El Capitán

(1) Carta autógrafa del P. Berdugo, Superior del Noviciado, al P. Morey, escrita la tarde de aquel día, en nuestro poder.

(2) El P. Juan Crisóstomo Ortigón, uno de los novicios, en carta autógrafa que poseemos, escrita muchos años después, cuenta esta escena con alguna diferencia accidental. A ella debe de referirse, alterándola, el Sr. La Fuente, cuando hablando de los horrores del día 17 dice: «Los amables guardias de Corps entretanto hacían fuego desde las ventanas de su cuartel sobre los jesuitas que cruzaban por la huerta del Seminario de Nobles.» (*Hist. de las Sociedades secretas*, t. II, c. V, párrafo LXI).

(3) La *Relación* del P. Lerdo dice que esas voces empezaron a correr el

General de Valencia recibió dos anónimos, uno sin fecha y otro de 15 de Julio, en que se le aseguraba que cierto comerciante de aquella ciudad estaba en el secreto, y como prueba de ser los religiosos y sus amigos los envenenadores, advertían que en los conventos no moría nadie, como no fuera alguno de los adictos al Gobierno (1). Los gritos de ¡mueran los frailes! ¡mueran los jesuitas! no comenzaron entonces; se venían repitiendo de tiempo atrás, y ya los tomaban nuestros Padres como simple desahogo del furor revolucionario de gente baja y exaltada. Más horribles imprecaciones oyó uno de nuestros jóvenes la noche del 16 al 17 (2). Un hombre infame cantaba al son de la vihuela esta copla infernal, síntesis contrapuesta de los partidos extremos y de sus aspiraciones:

Muera Cristo y viva Luzbel;
Muera D. Carlos y viva Isabel (3).

Aquel día 16, se había desarrollado extraordinaria y casi repentinamente el contagio del cólera y con él los rumores del envenenamiento de las fuentes, diseminados para enfurecer a la gente baja e irreligiosa contra los frailes. El 17, resuelta ya

16 por la mañana. El fiscal, que intervino en las causas formadas por aquellos sucesos, en la suya autógrafa, que poseemos, dice que algunos días antes.

(1) Copia auténtica en el Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Reservado*, n.º 23.

(2) El H. José María Anglés, teólogo entonces de primer año, cuya relación autógrafa tenemos a la vista.

(3) Todo esto había tomado ya tal incremento a principios de Mayo, que el Corregidor, Marqués de Falces, creyó necesario publicar un bando para reprimirlo. «Por diferentes conductos, dice, ha llegado a mi noticia, y aun he tenido el disgusto de presenciar por mi mismo, que algunos grupos de personas de ambos sexos han recorrido las últimas noches varias calles de la capital entonando canciones, en que no se sabe si merecen más indignación las amenazas y denuestos contra clases y corporaciones respetables, autorizadas por la ley, o las palabras groseras e inmundas, que no pueden oírse sin escándalo de la moral pública. Hace aun más detestables estos excesos, el ver profanados en esos cantares y en las vociferaciones destempladas con que los acompañan, los augustos nombres de la Reina nuestra Señora y de su excelsa Madre, a la que se retribuye su clemencia y generosidad con provocaciones a la venganza y al desorden.» Sigue la prohibición de tales grupos y cantares, que sin duda fué completamente inútil (*El Siglo Futuro*, 11 de Agosto de 1909. Documento del Archivo Municipal de Madrid, publicado por su Archivero, D. Higinio Ciria).

para aquel día la ejecución del diabólico plan, se emplearon medios de persuasión más eficaces que las simples palabras. El P. Lerdo asegura que hubo efectivamente quienes echaron arsénico en el agua, para, sacándolo y mostrándolo, persuadir sin género de duda aquella burda calumnia y lanzar las turbas furiosas contra los conventos. Más; cuenta que el Capitán General, o creyendo también o fingiendo creer la patraña, presentó al Padre Provincial unos terroncillos de aquel veneno, que decía haber sido encontrados en las cubas del agua, reconviniéndole con ellos como prueba convincente del crimen. Y si de los otros casos, que en general indica, pudiera temerse que fueran invenciones, por él ligeramente creídas; del hecho del Capitán General no se puede razonablemente abrigar la menor duda, porque, aunque él no lo presencié, lo cuenta como sucedido en su misma casa, delante de muchos, y con el Superior cuyo secretario era él, de quien seguramente lo supo, y que no hubiera dejado pasar en la relación este pasaje, si no fuera verdadero.

5. Excitados con esto los ánimos de muchos para la tarde del 17, empezaron los atropellos hacia la mitad de ella, cayendo víctimas del furor de la chusma, más o menos engañada y arrebatada, un muchacho que se acercaba a la fuente de la Puerta del Sol; un mozo cogido con igual pretexto en la Plazuela de la Cebada, llevado al Comisario de Policía, dado por libre, escapado de los que a pesar de eso lo querían asesinar, pero alcanzado en la calle de la Ruda y allí efectivamente asesinado; un caballero realista, D. Joaquín Elosua Arrieta, preso por tal en su casa, conducido con el mozo a la Comisaría, y a sus mismas puertas, al salir absuelto, bárbaramente muerto a sablazos; un donado de San Francisco, Vicente Diéguez, cercado primero tumultuariamente, dejado ir, y luego seguido por urbanos o milicianos nacionales, que a sablazos también le dejaron muerto en la calle de Toledo. Esta milicia nacional, que disuelta la de voluntarios realistas, por ser generalmente partidarios de D. Carlos y de sus principios, había sido formada a su imitación pero con fines contrarios y entrando en ella hombres de ideas contrarias, ciegamente hostiles al clero, sobre todo al regular, según el espíritu que en el partido dominaba e iba creciendo de día en día, tuvo no poca parte en los trágicos sucesos que empezamos a relatar. Urbanos eran, según la *Relación* del P. Lerdo, los que capitaneaban las bandas de asesinos, y urbanos buena parte de los

mismos asesinos; hallándose en ella, no sólo esta afirmación general, sino también relatos de crímenes determinados, en que figuran como autores los urbanos: «Un urbano hirió con el sable; un urbano dió un bayonetazo», etc., etc. El mismo Capitán General de Madrid, en oficio del día 18, dirigido al Corregidor, aseguraba ser «los urbanos los actores principales de todos estos atentados» (1). No sabemos si eran urbanos sin uniforme tres personajes de quienes dice un testigo de vista, anónimo y no jesuita, que vestían de levita y montados a caballo iban y venían llevando órdenes (2). No queremos decir que entraran en esto, ni la Milicia como cuerpo, ni aun la mayor parte de los milicianos; sino sólo que un buen número de éstos constituía el núcleo principal y director de los revoltosos. En este hecho, que fué patente, y no en otra noticia directa que tuviera, creemos que se fundó el Padre Lerdo para asegurar, como asegura terminantemente, que ellos recibieron de las sociedades secretas el encargo de preparar y ejecutar la bárbara matanza. Con ellos anduvieron algunos guardias de Corps, en menor número; salvaguardias, que tenían algo de la Guardia civil y algo de la Policía actual; y tal cual soldado de tropa regular, y además muchedumbre de paisanos, hombres y aun mujeres, cuyos excesos no son para referidos.

Turbas revueltas de toda esta gente se formaron y corrieron de una parte a otra gritando: *¡Viva la república! ¡Mueran los jesuitas! ¡Mueran los frailes!* Pero nuestros Padres, aunque oían esos gritos, y aun algunos veían por las ventanas el tumulto, ignorando los asesinatos que se habían empezado a ejecutar, y no creyendo que a tales excesos habían de pasar los alborotadores, no tomaron, hasta pasada tal vez más de una hora, precaución ninguna. Cuando vieron llegar muerto por delante del Colegio al donado de San Francisco; entonces mandó el Superior cerrar las varias puertas del edificio. Al poco tiempo, hacia las cuatro y media o cinco, llegaron a juntarse allí, con alguna otra gente, dos grupos principales, uno que bajó el primero de la parte de la Plaza Mayor, y otro que subió después de la Plazuela de la Ce-

(1) Publicado por el Archivero del Municipio, D. Higinio Ciria, en *El Siglo Futuro* de 30 de Agosto de 1909.

(2) He aquí sus palabras: «Llegó a poco un caballero montado en caballo castaño (debo notar que dos personas de levita en caballos castaños y otro en uno negro, fueron los directores o que comunicaban las órdenes a las turbas), habló con los grupos», etc.

bada. Hallándose este último en aquella Plazuela, se llegó a él un hombre a caballo, le dirigió algunas palabras, y a las voces de ¡A San Isidro! ¡A San Isidro! corrieron todos al Colegio. Inmediatamente, redoblándose los gritos de muerte contra los jesuitas, se lanzaron con armas, hachas y mazas a derribar las puertas. Por tres partes diferentes entraron en el edificio con poca diferencia de tiempo: por la entrada principal del Colegio, que ahora lo es del Instituto de San Isidro, cuya puerta exterior había quedado abierta, y solamente la interior de la clausura, cerrada; por la del Seminario o internado, que daba a una plazuela en la calle del Duque de Alba, y se pudo cerrar, pero abrieron en ella un gran boquete; y por las tribunas de la iglesia, rompiendo las puertas de comunicación con el Colegio. Las de entrada a la iglesia estaban abiertas, porque duraban aún los trabajos de desmontar el catafalco y demás paramentos puestos para el solemne funeral de Fernando VII, celebrado allí por la Corte pocos días antes, y por las escalas, que para esto servían, subieron los foragidos a las tribunas.

Lo que entretanto pasaba en lo interior, refiérelolo el P. Lerdo con estas palabras: «Como tal atentado no se esperaba, ni había cosa alguna combinada para aquel lance, todos y cada uno sobre cogidos del espanto empezaron a correr de una parte a otra, buscando algún rincón donde esconderse y librarse del furor de los asesinos. Unos subieron hacia los altos buscando asilo en los desvanes o guardillas; otros bajaron a las bóvedas subterráneas de la iglesia, o se fueron a esconder en los camarines y órganos del altar mayor; otros se fueron hacia el Seminario; y para allá se les mandó ir también a todos los estudiantes, que muy tranquilos se paseaban en el jardín; pero encaminándose hacia él, se encontraron en el tránsito de comunicación con el P. Provincial y P. Rector, que dudosos del partido que convendría tomar, y no viendo sino riesgos evidentes por cualquier rumbo que fuesen, especialmente tantos jóvenes juntos, tomaron allí la resolución, que les inspiró la apretura de las circunstancias, o más bien el Angel del Señor, según el feliz resultado, y fué de irse todos a la capilla doméstica, y allí delante del Santísimo reservado, prepararse todos a recibir juntos resignadamente la muerte. Lo hicieron así, y luego que entraron en ella se encendieron seis velas en el altar y cada uno se disponía para su último trance. Hubo lugar para hacer todo esto despacio; porque los amotinados no

pudieron vencer las puertas tan pronto como querían; pudieron aún algunos de nuestros hermanos ir a la torre y tocar las campanas a rebato, como en lance de fuego; mas como las torres están encima de la misma portada, las gentes de la calle alzaban más el grito y clamaban más desaforadamente, y aun algunos de los urbanos dispararon hacia las campanas varios tiros de fusil. Entre los clamores que aquí daba aquel innumerable populacho, fué de notar que repitiendo todos el grito que primero daba un hombre más desalmado e impío que los otros, después de haber repetido todos a una voz: «¡Viva la república! ¡Viva la libertad! ¡Mueran los frailes! ¡Mueran los jesuitas!», cuando aquel furioso añadió: ¡Mucra la religión! ¡Muera Dios! ¡Viva Lucifer!; aquel concurso, aunque desatinado, por un resto de religión y de conciencia, se calló y no repitió palabra» (1). Rotas, pues, las puertas, expone así la *Relación* las escenas generales que se siguieron. «Entraban todos aquellos foragidos como furias infernales, profiriendo a voces descompasadas las blasfemias más horribles contra Dios, contra la Virgen, contra los Santos y contra cuanto hay más sagrado, amenazando con la muerte de todos y destruyendo cuanto encontraban delante. Los que entraron por la portería, subieron por la escalera inmediata a buscar en la torre a los que habían tocado las campanas; mas acababan de huirse a la capilla. Se contentaron por esto con disparar allí algunos tiros al aire, para hacer creer a los espectadores de la calle que los nuestros también hacían fuego; y luego, así éstos como los que penetraron por la tribuna se esparcieron por lo interior de la casa, introduciéndose muchos en los aposentos que primero hallaron, violentando unas puertas a golpes y otras a fusilazos; mas otros muchos se encaminaron hacia el Seminario, a reunirse con los otros que por allí habían entrado y ocupaban asimismo su primer piso. En esto los nuestros, que por allí estaban escondidos, no esperando sino la muerte y teniéndose por mal seguros en cualquier parte, unos mudaban de lugar, otros valiéndose de la ocasión de tener a mano los vestidos de los seminaristas se disfrazaban de tales, y otros se mantenían firmes al frente de las brigadas de los niños para defenderlos de la muerte. Aun por el Colegio andaban todavía algunos de los nuestros de una parte a otra sin saber dónde esconderse, a los cuales y a otros del Semi-

(1) Párrafo III, pp. 20 y 21 de la *Relación* impresa.

nario sirvió mucho el toque de la campana de comunidad, que el Superior mandó dar como llamando a la capilla; pues ellos entendiéndolo se resolvieron a ir obedeciendo, aunque por medio de peligros. Hubo uno a quien en el camino dispararon por tres veces, y sin embargo no tuvo lesión alguna. Los que estaban más lejos escondidos, y se figuraban la casa llena ya de amotinados, presumieron que aquel toque era dado por alguno de ellos y se estuvieron quedos. Mas los cincuenta y tres, que al fin se habían reunido en la capilla, al oír los golpes, los tiros y la vocería de las gentes amotinadas que se oían ya muy cerca, no esperaban sino por momentos la muerte. No hay palabras para poder explicar el espectáculo que representaba la capilla. Unos con su crucifijo en la mano apretándole fuertemente al pecho o suavemente besándole; otros con las manos y los ojos levantados al cielo suspirando; unos después de otros sucesivamente todos confesándose; y todos por fin postrados ante el P. Provincial recibiendo la absolución e indulgencia *pro articulo mortis*. Los actos de ofrecimiento de sí mismos, de conformidad y resignación, de deseos de morir por Cristo, de invocación de la Virgen, de unión al Sacratísimo Corazón de Jesús y de dolor y detestación de sus pecados, que se pronunciaban allí en alta voz, mezclados de suspiros, lágrimas y sollozos, formaban una música y concierto agradable a los ángeles, pero triste y pavoroso a todos los concurrentes. Iguales pasos sucedían en los escondrijos donde se habían ocultado algunos juntos (1).

Pasando ya a referir las escenas particulares de aquel día de sangre, empezaremos por lo sucedido en la capilla, que es lo menos trágico y aun consolador en medio de tales horrores.

Más de media hora parece que llevaban esperando la muerte los que en ella se habían refugiado, cuando se presentaron los foragidos, un pequeño pelotón primero y otro poco después, todos armados; y mientras unos averiguaban con los superiores cuántos eran los sujetos del Colegio, y cuántos había en la capilla, otros proferían imprecaciones y lanzaban con palabras y gestos amenazas de muerte; uno dió de hecho un ligero sablazo al H. Vicente Gogorza, y otro sin más daño que romperle la sotana al P. Téllez, ambos situados junto a la puerta, y otro, guardiá de Corps, y sin duda de alguna autoridad, imponía silencio

(1) Párrafo IV, pp. 23-25.

y orden, diciendo que no se trataba de hacer mal ninguno, pero que todos quedaban arrestados. Más aún; quiso atarlos y pidió cuerdas. Como allí no las había, salió para traerlas el H. Gogorza, acompañándole un urbano, que a los pocos pasos le dió un sablazo en el vientre, pretextando luego para justificarse que el Hermano se le quiso huir. Así herido volvió a entrar en la capilla, donde estuvo algún tiempo, hasta que aquel guardia jefe, viéndole muy mal, permitió que le llevasen a la enfermería, y sacramentado aquella noche, murió al día siguiente por la tarde.

Merece ser conservada la memoria del anciano P. Diego Martínez y su conducta en esta ocasión. Era de los desterrados por Carlos III y cumplía aquel día ochenta y cuatro años. Sosegadamente dice el P. Labarta que hablaba en la capilla con algunos estudiantes, cuando él se le acercó y le dijo: «Padre, si en virtud o en letras no pueden competir los jesuitas modernos con los antiguos, algo nos vamos pareciendo en sufrir persecuciones.» Levantó el anciano la cabeza, y dando con el báculo en que se apoyaba un fuerte golpe en el suelo, contestó: «Esto es más» (1). Y hubo quien le oyó exclamar con grande ánimo: *Nunc incipio discipulus esse Christi*; ahora empiezo a ser discípulo de Cristo (2). Pocos días después, el 28 de Julio, falleció.

Durante estas escenas, o algo después, se presentó en la capilla el Capitán General y Superintendente de Policía, D. José Martínez de San Martín, de cuya visita queremos dar cuenta con palabras de la *Relación*, para no quitar, ni poner, ni cambiar en cosa que parecerá a muchos lectores increíble. Dice, pues, así: «Había pasado gran rato en todo lo referido, cuando en esto se presenta el Señor Capitán General, que acompañado de dos ayudantes, había llegado en coche hasta la puerta, y evitando la principal, se fué a entrar también por la iglesia grande, subió a la tribuna por la misma escala que los del asalto, e introducido por el agujero de aquella puerta, pasó luego a la capilla, a cuya entrada desabrochó la levita de paisano con que iba, para que se viese la faja que llevaba oculta. Entrado que fué, dijo algunas palabras para animar, pero ambiguas e insignificantes, y sin tomar asiento se abocó con ambos superiores, Provincial y

(1) *Observaciones a la Relación* del P. Lerdo.

(2) Lo refiere el P. Morey en carta del 5 de Agosto al Vicerector de Sevilla, original en la *Col. Sev.*

Rector, empleando con ellos un breve rato en hablar seriamente-reconviniéndoles, como dijimos, sobre la verdad del envenenamiento y dándoles algunas excusas, que estaban muy lejos de significar empeño alguno en contener aquel desorden. Y en efecto, sin dar orden alguna para ello, sin disponer nada, y sin que influyese su venida para bien ninguno, con grande frescura se salió a pasear por los tránsitos, y aun fué al Seminario, donde también dió por hecho que era el veneno un frasco de rapé fino que halló y mostraba a los alborotados, asegurándolo, de modo que lo hubieran creído, si por fortuna no se hallara allí el dueño, que diciendo lo que era y ofreciéndose a tomarlo el primero, le dejó abochornado de su ligereza; mas no por eso dejó de andar todo el tiempo de acá para allá, entrando a ratos en algún aposento a sentarse y dejando a los sublevados continuar su hecho, así dentro como fuera de casa» (1).

En efecto, hallándose en el colegio el Sr. San Martín parece que se realizaron algunas de las escenas de sangre y de destrucción, que vamos a referir, dejando para más adelante lo restante de los sucesos de la capilla. Para lo ocurrido en las calles nos valemos con preferencia de relatos de testigos presenciales, litografiados con la *Relación*, y cuyos originales poseemos.

Ayudará para la claridad de la narración advertir desde el principio, que todos los muertos y heridos en aquella horrorosa jornada, menos el joven profesor, Francisco Saurí y el H. Gogorza, estaban en el Seminario, y recibieron las heridas o la muerte, unos allí mismo, otros en la calle, adonde los sacaron llevándolos presos; otros, en fin, pasados por los mismos asesinos del Seminario al Colegio.

6. En una sala del Seminario se habían reunido llenos de espanto, y pedían socorro al cielo llorando muchos y rezando el Rosario, el P. Eduardo Carasa, algunos de nuestros jóvenes escolares, el coadjutor Juan Ruedas, y buen número de colegiales. En esto llega un criado diciendo que los amotinados han roto las puertas del Seminario y suben ya por la escalera. Huyen al oírlo parte de los que allí estaban, quedándose el Padre, el coadjutor y algunos seminaristas; se presenta un pelotón de foragidos armados; dejan ir a los niños, y uno de los urbanos da al Hermano en el pecho cinco o seis bayonetazos, otro un sablazo en el cuello y

(1) Párrafo VIII, pp. 41 y 42.

le dejan muerto en el suelo. No se sabe ni se entiende porqué no hicieron lo mismo con el P. Carasa; pero lo cierto es que no le tocaron, y de su suerte y de la que Dios por su medio deparó a muchos otros hablaremos después.

En el mismo Seminario y, según parece, en lo alto o en un rellano de la escalera principal, fué asesinado hacia el mismo tiempo el Hermano escolar, Domingo Barrau. Se había vestido de seglar y salía esperando poder huir desconocido; pero le descubrieron y le dieron tales sablazos, que saltó la sangre a unas ventanas altas y distantes. El P. Francisco Saurí, Procurador del Colegio y del Seminario, distinto del que poco ha mencionamos por el mismo nombre y apellido, al ver invadida la casa, se encerró no sabemos en qué pieza pequeña del segundo piso; pero los asesinos que lo recorrían todo o abriendo o rompiendo cuantas puertas encontraban cerradas, echaron abajo aquélla, encontraron al Padre encomendándose fervorosamente al Señor; le sacaron de allí con gran vocería de blasfemias y baldones, y a los cuatro pasos le atravesaron el pecho de un balazo, le acabaron con nuevas heridas tendido ya en el suelo, y aun muerto le siguieron destrozando la cabeza. Expirando ya encomendaba su alma al Corazón Sacratísimo de Jesús, y en su noticia biográfica añaden que pedía a Dios el perdón de sus matadores con las palabras de Cristo en la cruz: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen».

También se había ocultado en una guardilla del Seminario el Diácono y teólogo de primer año, H. José Elola. De nada le sirvió. Hasta allá subieron los asesinos, le acribillaron de heridas, y un salvaguardia (*soldados de la nueva policía* los llama la noticia biográfica de este Hermano), fijándose en la corona, le descargó en ella un sablazo, con que le partió la cabeza. Estos cuatro solamente murieron dentro del Seminario.

El P. Celedonio Unanue, profesor de Hebreo, fué gravísimamente herido, pero no murió. Tuvo el valor de esperar a los sicarios en lo alto de la escalera; y no habiendo salido un tiro que le quisieron disparar, le cogieron, y mientras bajaban por ella le dieron un bayonetazo en la espalda. Viniéronle a los pocos momentos fuertes vómitos de sangre; y sintiéndose morir, pidió y obtuvo de sus verdugos que le pusieran en una cama de la enfermería de los niños, allí inmediata. Todavía otros que pasaban y le veían, querían rematarle; quiénes por simple furor, quiénes

porque acabara, como decían, cuanto antes. Con decir que estaba expirando le defendió el que se había quedado con él. Un oficial de tropa, venido por acaso, le acompañó después; y una piadosa y valiente señora, D.^a Josefa Sáenz, esposa del Excmo. Señor Consejero, D. Francisco Javier Manzano, sabiendo que allí había un Padre en tal estado, quiso entrar con una taza de caldo y un poco de vino para reanimarle. Los amotinados se lo estorbaron; pero logró que se lo llevaran ellos mismos. Viaticado y oleado, pero un poco repuesto a la entrada de la noche, habló «a los centinelas y demás concurrentes, dice el P. Lerdo, con un grande espíritu en gloria de la religión y de Jesucristo, despreciando la vida y animoso para sufrir la muerte» (1). No sufrió sino grandes dolores mientras fué restableciéndose.

De los que probaron a salir disfrazados de seminaristas o de erizados, para que no se lo estorbaran, lo lograron impunemente cuatro; otros siete perecieron miserablemente. Dentro del Seminario los conocieron a todos y los sacaron de él, no, según parece, para matarlos, sino para llevarlos presos. Esto se entiende, no sólo porque para matarlos no necesitaban sacarlos de allí, sino porque a algunos trataron de defenderlos, y a tres no disfrazados los salvaron de hecho. Los otros siete, sin embargo, fueron asesinados en el camino. El H. Martín Buxons, a la puerta misma del Seminario, no sabemos si por los mismos que le conducían, eso sí, entre insultos y empujones, o por la turba que estaba fuera. Ello es que allí quedó, atravesado el vientre con una espada y cubierto luego de otras mil heridas. Probablemente este fué el primero que murió en la calle; la tragedia de los otros seis fué por este orden (2).

Al H. Juan Urreta le conocieron y cogieron ya junto a la portería; y entre golpes, heridas e insultos le llevaban agarrados, o urbanos o salvaguardias, siguiéndolos otra mucha gente. Esta se empeñó en descubrirle la cabeza para ver si tenía corona, y por más que él procuró estorbarlo, al fin lo consiguieron. Él entonces se desasíó y huyó por la calle de Toledo; pero le alcanzó un salvaguardia a caballo, le tiró una estocada, que

(1) En el mismo lugar, § VI, p. 34.

(2) En algunos puntos de estos dejamos la *Relación* general y seguimos las de casos particulares, como de testigos de vista, y los *Compendios de vidas*, conformes con ellas.

el joven evitó cayendo de rodillas e implorando misericordia; y la misericordia fueron dos pistoletazos, no se dice si del mismo salvaguardia, y multitud de sablazos de la chusma, que se le echo encima y le acabó.

Poco después que a éste sacaron por la calle del Duque de Alba al H. José Sancho, atado con un criado, y atados llevaban a los dos por la calle de los Estudios hacia la de Toledo cuatro o cinco urbanos, cuando a la mitad o menos, a la puerta de una carpintería, en la acera opuesta al Colegio, se puso delante otro, tomó a los dos por jesuitas, y diciendo «también, también son», sacó el sable y «empezó a darles cuchilladas con tal ferocidad y ceguedad que no sabía dónde daba». Corrieron otros e hicieron lo mismo; hasta que cortadas las ataduras por un guardia de Corps, al criado, que clamaba no le matasen alegando su condición, le llevaron preso a la cárcel y el Hermano cayó moribundo en la acera. Allí quedó abandonado unos instantes; pero pasando luego un paisano con sable, le dió nuevas cuchilladas en la cabeza; otro, tres o cuatro puñaladas con puñal que allí mismo le dieron y luego devolvió; y otro tercero, guardia de Corps, que con algunos más pasó por allí, le remató con su espada, realizando, a lo que parece, el pensamiento de uno que decía: «más vale acabarle de matar». Algo antes se había oído la voz del moribundo clamando: «¡Virgen Santísima, amparadme! ¡Jesús mío, valedme!», y otras cosas, que, ya desfallecida la voz, no se le entendieron. Apenas muerto, le sacaron al medio de la calle y la *Vida* dice que la chusma de hombres, mujeres y niños se ensañó furiosamente con el cadáver, y cometió horrores que el pudor veda referir. El testigo ocular anónimo, que desde el balcón de su casa, puesto sobre la misma acera, vió el principio y el fin de esta tragedia y no el medio, porque horrorizado no pudo resistirlo, y estuvo un rato retirado, nada cuenta de eso; pero así debió de ser, porque al día siguiente no se pudo identificar el cadáver, sino por el número de la ropa (1). El pobre criado murió también en la cárcel a los pocos días.

Algo después de estos dos salían por la misma calle del Duque de Alba, atados también, los HH. Barba y Garnier, y poco

(1) El P. Lerdo lo afirma en general; pero el P. Labarta, que se halló presente al reconocimiento oficial, dice en sus *Observaciones* que todos los demás, aunque horrorosamente desfigurados, fueron conocidos sin este recurso.

detrás, suelto, el P. Casto Fernández, todos tres conducidos por un pelotón de urbanos. Siguieron con ellos por la calle de San Millán; acometiéndolos en ella para asesinarlos una partida, que se reportó amenazada por el jefe de la escolta; pero al doblar la esquina para la calle de Toledo, un guardia les tomó la vuelta por la izquierda y atravesó con la espada al H. Barba; un paisano corrió desde la acera de la Latina e hizo otro tanto con el H. Garnier; la turba los acabó de matar con mil cuchilladas; y el P. Casto, que huyendo atravesó la calle, cayó herido a tiros por los urbanos frente a la portería de las monjas y murió igualmente a manos de la chusma embravecida.

El P. José Fernández también parece que se disfrazó; pero visto y conocido, cogido y gravemente herido en la cabeza, le sacaron con algunos de los otros, no sin correr mayor peligro por parte de la turba desenfrenada fuera de la puerta; le llevaron luego solo entre nuevas y furiosas amenazas hacia la Merced Calzada, hoy Plaza del Progreso, pudiendo apenas defenderle de los sicarios los que le conducían; y por fin al extremo de la calle de Barrio Nuevo uno le atravesó con su espada, otros le dispararon sus fusiles a la cabeza; y allí quedó tendido y muerto, víctima todavía de las más horribles profanaciones.

Así perecieron sucesivamente estos siete sacados por los mismos asaltantes fuera del Seminario, con ánimo, si no precisamente de salvarlos, tampoco de asesinarlos. En defenderlos no sabemos hasta qué punto llegaron sus esfuerzos. Otros tres corrieron mejor suerte, quizás porque sus conductores tuvieron más decisión o más valor en protegerlos.

Fué uno el joven profesor, Francisco Sauri, mencionado anteriormente (1). Hallábase en la capilla con los demás allí refugiados, cuando ocurrieron en ella las escenas antes descritas, salvo, acaso, la del Capitán General, que no sabemos si había llegado cuando él salió. Salió, porque el guardia de Corps, que parece dirigía a los amotinados, le mandó ir a buscar, no sabemos con qué fin, a los Padres que estaban en el Seminario, dándole por acompañante un cabo de urbanos con encargo de no dejarle escapar. Este, sin duda, para mejor asegurarle, se asoció un salvaguardia, a quien con otros hombres armados encontraron, apenas salidos, en el corredor inmediato, y así llegaron a la

(1) Extractamos la relación escrita por él mismo de todo su calvario.

única puerta de comunicación entre el Seminario y el Colegio. Sin qué ni para qué le amenazaron con la muerte inmediata, si no se la abría; y no bien estuvieron dentro, se lanzó a dársela un pelotón que allí había, y, gracias a su doble guardia, solamente le dispararon un tiro, que afortunadamente no le tocó. Preguntóle luego el urbano dónde estaban los Padres; y como no respondiera, o por la turbación, o por no saber qué responder, pues en realidad no podía saberlo, le sacó del Seminario diciéndole que le había de hacer prestar declaración delante del Capitán General. Apenas doblada la esquina, le vieron los que estaban en la calle de los Estudios, y «cual fieros y hambrientos tigres, dice él, volaron hacia mí y me rodearon... Preparaban todos sus sables, navajas, cuchillos, puñales, fusiles, y parecían ir a competencia en ser mis verdugos y como que se disputaban entre sí la presa. Todos gritaban desaforadamente: «¡Muera, muera ese pícaro!»; pero los dos que me acompañaban con otros dos salvaguardias, que se les juntaron, contuvieron el ímpetu de tanta fiera, ya poniéndose delante, ya parando los sablazos y estocadas, que me tiraban, ya haciendo huir con sus armas a los que se me acercaban y diciéndoles: «Este es bueno; este es nuestro». A pesar de todo le dieron por la espalda dos cuchilladas en la cabeza, más adelante algunos bayonetazos; y así, chorreando sangre y entre muertas, empellones, palos y culatazos, le llevaron a la casa de Correos, donde estaba la guardia o prevención principal. Allí le presentaron al Comandante diciendo que le habían cogido escapándose del Colegio; y hecha malamente por un cirujano la primera cura de las heridas y tomadas al día siguiente las declaraciones oficiales, volvió con buena guardia a casa a las once de la noche del 18, y sanó en pocos días, porque las heridas eran leves.

Al H. Lorenzo Grasset, estudiante de Teología e inspector en el Seminario, le acometieron unos y le defendieron otros, siendo el principal de estos últimos un oficial de tropa, el Teniente, Señor Prado, que le tomó por su cuenta, le sacó a la calle, y custodiado por algunos salvaguardias, le condujo, no sin riesgo de entrambos, a pesar de esa escolta, al cuartel de Ligerós, sito en la Plazuela de la Cebada.

Al H. Sabas Trapiella, inspector también de los colegiales internos, le cogieron primero con su traje talar en una camarilla de uno de ellos, y como, eludidos algunos golpes que le asesta-

ron, sin tocarle más que un culatazo, le dejaran y se fueran; él salió de allí también, y en lo alto del Seminario se disfrazó de seminarista. Encontráronle de nuevo, le descubrieron la cabeza, y vista la corona clerical, le quisieron matar, salvándole otro oficial de tropa, D. Segundo Correa Butiño (1), de aquéllos y de otros que a los dos acometieron, tanto dentro del Seminario como en la calle, donde no pudieron librarse, el Hermano de un bayonetazo y el oficial de dos golpes en un hombro y en una mano. Por no perecer, se avinieron a ir a la cárcel, y allí quedó el Hermano, visitado y socorrido con alimentos por aquel caballero, hasta volver en camilla al colegio (2).

El H. Sauri fué el primero de los que por la calle del Duque de Alba, a donde daba la puerta del Seminario, sacaron a la de los Estudios, siguiéndole a cortos intervalos, primero el H. Urreta, después el H. Sancho y el criado, luego el H. Grasset, y más tarde el P. Casto Fernández y los HH. Garnier y Barba. Así lo notó en su relación un testigo ocular, cuyo balcón daba a esa segunda calle, casi enfrente de la del Duque. No habla del Padre José Fernández, a quien llevaron por el extremo opuesto de ésta, ni del H. Trapiella, que no sabemos por qué calles fué conducido.

Otras tres víctimas del furor diabólico de aquellos tigres hubo todavía, y éstas dentro de casa.

Al P. Juan Artigas, insigne arabista, profesor de esa lengua y de Lógica en el colegio, al Subdiácono Pedro Demont, estudiante de Filosofía, y al coadjutor, Manuel Ostolaza, los cogieron en lo alto del Seminario, donde habían procurado ocultarse; los condujeron entre golpes y baldones a lo más bajo del colegio, al pátio o al tránsito de la portería; y allí les quitaron bárbaramente la vida.

Tenemos aplazada la relación de lo sucedido al P. Carasa y las últimas escenas de la capilla, y éste es el lugar de referir ambas cosas.

Al P. Carasa, que, asesinado ante sus ojos el H. Ruedas, quedaba con tres o cuatro niños en la sala a donde se habían acogido, no le hicieron los asesinos daño alguno, sin que sepamos porqué. Cosa tanto más extraña, cuanto que salió de allí bajo el

(1) *Butiño* dice el P. Labarta; *Botiño* el P. Lerdo.

(2) P. Labarta, *Observaciones*.

sable de un urbano, que estaba a la puerta; y no habiéndole él tocado, incitaba a otro que estaba cerca a que le separara de los niños y le matara. Apenas llegó con estos a la escalera, allí se abalanzó a él un paisano, le cogió por el cuello, le colmó de insultos y le hizo mirar al H. Barrau, que a sus espaldas yacía tendido y acababa de ser asesinado. Entonces se presentó un urbano preguntándole si era el P. Carasa; y como le respondiera que sí, le prometió salvarle, le tomó consigo, y defendiéndole de cuantos querían acometerle, le pasó del Seminario al colegio y con él se dirigía a la puerta, cuando en la escalera principal otro urbano le apuntó con su fusil, y le hubiera disparado, si otro tercer urbano y un guardia de Corps no se hubieran interpuesto, llegando el guardia hasta abrazarse con el Padre, para que el otro no disparara. Estos dos buscaban al H. Gregorio Muñoz, estudiante filósofo, para salvarle la vida; y asegurando al Padre defender también la suya, si se le presentaba, fueron con él en su busca (1). Muy pronto, pasando por la puerta de la capilla, y oyendo gente adentro, le ocurrió que podía estar allí y entró con sus acompañantes. El urbano preguntó en voz alta por el H. Muñoz; y el joven, al oír su nombre, quedó helado de espanto, suponiendo que le buscaban para matarle, y sin atreverse a responder, se asía fuertemente del brazo del P. Rector, a cuyo lado estaba. Respondió al fin con voz lánguida y temblorosa; y el urbano entonces le llamó diciendo: «Venga usted, no tema; yo vengo a salvar a usted la vida, porque debo muchos favores a su hermano de usted, y me alegro de tener esta ocasión de corresponderle con algún servicio» (2). El Hermano, todavía dominado por el temor, repuso en voz tan baja que la oyeron muy pocos, y tuvo que repetirlo alto el P. Rector para que lo entendieran aquellos señores, que él quería seguir la suerte de sus hermanos. «Pues bien, dijo entonces el urbano, ninguno de los que

(1) Extractamos la *Relación* del P. Lerdo omitiendo algunos pormenores. Advertimos, sin embargo, que otros datos hacen dudar si esta escena ocurrió hacia la puerta del Colegio o hacia la del Seminario.

(2) La *Relación* pone: «Vengo a salvar a V. la vida, *porque debo la mta*; pero el P. Labarta advierte que no dijo sino *porque debo muchos favores*. También advierte que no respondió el Hermano todo lo que la *Relación* pone en su boca, sino sólo la sustancia de ello como va aquí en el texto. Finalmente nota, y lo confirman otras relaciones, que esta escena sucedió después de haber estado en la capilla el Capitan General, y no antes, como dice el P. Lerdo.

están aquí perecerá; a todos los salvaré.» Y como lo prometió lo cumplió. Puso centinelas a la puerta; por medio de ellos y con sus propias voces y persuasiones contuvo a otros, que querían entrar, sedientos de matanza; colocó en medio de la capilla otro centinela mirando al coro y tribunas, que a sus lados había, para contener, apuntándoles con su fusil, a los que por allí se asomaban e intentaban hacer daño; y para mayor seguridad hizo que todos los Padres y Hermanos se pusieran apiñados debajo del coro. Con esto hubo allí desde entonces bastante seguridad. Para poner en ella a otros, que diseminados por todo el vasto edificio acaso no la tenían, salió de la capilla el guardia de Corps; y llevando consigo a dos urbanos, que los defendiesen, y al P. Provincial, que les inspirase confianza, recorrió la casa buscándolos, y condujo de hecho algunos a la capilla. El H. Juan Gregorio Muñoz, cuya salvación vino a serlo también de todos los reunidos en la capilla, era hermano carnal de D. Fernando Muñoz, oficial de guardias de Corps, y para entonces casado ya secreta y morganáticamente con la Regente, Doña María Cristina. Los que acudieron a salvarle se llamaban: el guardia de Corps, D. Juan de Dios Zafra, y el urbano, D. Juan Gaye Mallor (así firma él una carta de que luego hablaremos) (1).

(1) De estos dos sujetos se puede preguntar si vinieron al Colegio expresamente para salvar al H. Muñoz, como Gaye Mallor dice en carta a don Fernando, de que con otra remitió copia a nuestros Padres el 22 de Julio, o si habiendo ido entre los demás y con el mismo intento, se acordaron allí del H. Muñoz y se propusieron salvarle. El hecho de haber estado allí al frente de los amotinados lo expone Gaye Mallor en estos términos: «Llegamos cuando estaban ya rompiendo las puertas de la calle del Duque de Alba; gritamos entonces: *Señores, que hay que salvar a un cristino*; pude ponerme al frente de los sublevados, abrieron la puerta a tiros y golpes; a la entrada encontramos a un jesuita, a quien dije: *Perdono a V. la vida si dice dónde está el Padre Muñoz; es para salvarle*. Efectivamente, nos llevó a una capilla, donde entramos y encontramos cincuenta y tantos jesuitas de rodillas.» Por conocerse el hecho e ignorarse la intención dice en la carta a los Padres, que corrían acerca de él voces diferentes, y que se le iba a formar causa; por lo cual pide que le den testimonio firmado de su conducta para con ellos. Suponemos que se lo darían; pero creemos que, sin desconocer el inmenso beneficio que al fin les hizo, le juzgaron muy diversamente cuanto a sus primeros intentos y aun acciones. El P. Lerdo, después de haber pintado «vestido a la griega» a uno que ante la puerta del Colegio parecía mandar y dió la voz, obedecida al instante, de ir parte de los asaltantes a batir la del Seminario (§ III, pp. 21 y 22); designa a Gaye Mallor, en el momento de dirigirse al Padre Carasa, por «el Comandante, que dijimos vestido a la griega» (§ V, p. 27).

7. Descritas las escenas particulares ocurridas en casa y fuera a nuestros Padres y Hermanos, resta dar alguna idea general de lo que por allá dentro padecieron los que estuvieron ocultos en diversos escondrijos, y del vandálico furor de los foragidos en destrozarlo todo. En esto no haremos más que copiar algunos párrafos de la *Relación*.

«Es imposible describir los escombros que iban dejando en cada habitación donde entraban. Saqueado lo que era de algún valor, todo lo demás era hecho astillas y menudos pedazos; entonces mesas, sillas, camas, vidrieras, velones, jarros, todo era desmenuzado por el suelo. Mas en lo que descubrían con claridad el espíritu de irreligión e impiedad diabólica que les agitaba, era la destrucción total que hacían de los cuadros e imágenes de Santos y aun de los mismos Santos Cristos, que se hallaron después tirados, rotos y despedazados, como si a martilladas o a patadas los hubieran estropeado.

Y en este género no se puede pasar en silencio lo que en el archivo de Provincia, a más del destrozo general, hicieron particularmente con cuatro cajoncitos de preciosas reliquias, que allí se habían dejado, por no creer que jamás contra estas se hubiera de levantar una persecución tan sacrílega. Uno de ellos sellado y autenticado en Mallorca, contenía ropas de nuestro B. Alonso; otro sellado y autenticado en Roma contenía todo el esqueleto del santo niño San Jucundo, con su lápida sepulcral; otro, autenticado asimismo en Roma, contenía ropas, escritos y otras res-

¿No habría más de uno con el mismo traje, que era el uniforme de los urbanos? ¿O le constaría al P. Lerdo por otro lado que era él? En la relación misma de Gaye Mallor hay dos indicios contra él. Puede decirse que le delata aquella expresión suya dirigida al P. Carasa: «*Perdono a V. la vida*, si dice dónde está el P. Muñoz.» Y algo puede significar también esta otra en su carta a los Padres: «Y si atendía a la voz de mi Capitán, como me decían, sólo era para, con los buenos que se me agregaran, salvar a VV.» Ese excusar su obediencia al Capitán, que nuestros Padres no muestran haber observado, antes dan a Gaye Mallor por hombre a quien obedecían los sicarios, descubre por una parte que, en efecto, los mandaba un Capitán de urbanos, y hace por otra sospechosa aquella obediencia. D. Vicente de la Fuente le señala en su relato de estos sucesos por la inicial de su apellido; porque, «aunque su nombre es, dice, muy sabido y conocido en Madrid, no hallándolo impreso, no quiero revelarle; pues si le hace honor haber salvado a muchos jesuitas, le hace muy poco el haber acaudillado a los sicarios, dicen que con buen fin» (*Hist. de las Sociedades secretas*, t. II, c. V, § LXI, p. 38, nota tercera).

petables memorias del V. Cardenal Belarmino, del P. Calatayud y de otros varones insignes; y finalmente el cuarto, sellado también en Roma, y destinado para América, contenía exquisitas reliquias, que se ignoraban, y sólo después, por las auténticas, que quedaron tiradas por el suelo, se han podido inferir. Pues a todas estas cuatro cajas osaron acometer, o bien por saciar su furor irreligioso y diabólico, o bien porque estando cerradas, creían hallar dentro, o alhajas de valor o materias de acusación; las abrieron, en efecto, sin miramiento; extrajeron cuanto en ellas había; y fuera de algún relicario, que podría parecer de algún valor y se guardaron, todo lo demás redujeron a pedazos, rasgando las ropas en menudas piezas, reduciendo a añicos un cuadrado de marfil, que debía contener alguna reliquia de extraordinario mérito; y moliendo, acaso los pies, los huesos, cenizas y demás restos de Santos, que en ellas había, según que todo se halló después por el suelo esparcido, roto y lastimosamente molido.

Hallaron en una de éstas un envoltorio no pequeño de tierra, que presumimos fuese de Jerusalén; y a este hallazgo levantaron el grito y una grande algazara, cual si hubiesen ya encontrado el veneno que buscaban, para hacerle cuerpo del delito. Quieren formalizar al momento la averiguación, y van al boticario más inmediato a que haga el análisis; y con mucha formalidad, puesto aquel polvo sobre el mostrador, una turba numerosa de urbanos, que creían iban a ser testigos del hallazgo, le ordenan que examine y diga si no es aquello veneno. El farmacéutico, luego que tocó los polvos, echó de ver que no eran sino pura tierra y lo dijo así a los circunstantes; mas estos no se aquietaban, empeñados en que aquél tenía que ser veneno, y entonces para tranquilizarlos tuvo que decirles: *Para que ustedes vean que esto nada tiene de veneno, yo seré el primero en tomarlo*; y diciendo esto tomó con los dedos una buena porción de dicha tierra, la puso sobre su lengua y la tragó, a lo cual nada tuvieron que replicar y se volvieron a continuar sus estragos. Los hicieron espantosos por doquiera que entraron; mas principalmente en la segunda y tercera brigada del Seminario, donde oliendo que en las cómodas de los niños había algunas prendas de valor y vestidos útiles, las abrieron y rompieron todas hasta que saquearon cuanto había; y luego saciaron su cólera en destrozar muebles, puertas, ventanas, camas y hasta las persianas de las camaritas.

En la sala de visitas, a donde luego fueron, dieron una clara muestra del aprecio y respeto con que invocaban a veces el nombre de Isabel II; pues estaban allí a la entrada los dos retratos de sus augustos padres, y estos pérfidos aclamadores a ambos los hicieron añicos.

Pero donde más descubrieron su barbarie y cuán desnudos iban de todo sentimiento de humanidad, fué en las dos enfermerías, mas principalmente en la del Seminario, destruyendo y reduciendo a menudos trozos, no sólo las tinajas, ollas, cazuelas, platos, vasos y demás utensilios de estas oficinas, sino desbaratando también los botiquines que en ella había, provistos de los medicamentos más usuales. Ni redomas, ni botellas, ni pomitos, ni aun los mismos armarios, nada quedó a vida, sino que todo lo derramaron, esparcieron y redujeron a polvo y astillas.

En el refectorio de los niños hicieron poco menos, buscando los cubiertos y vasos de plata que allí hallaban guardados. Semejantes eran los destrozos que iban haciendo por los aposentos de los tránsitos, anhelando por llegar al del *Principal*, como ellos decían. Saquearon, en efecto, el del P. Rector y llegaron también hasta el del P. Provincial; mas en éste no pudieron violentar las puertas. Hicieron un agujero en cada una y no pasaron adelante en éste ni en los otros aposentos del mismo tránsito, o porque los hallaban cerrados, o porque a esta sazón fué cuando se juntaron estos saqueadores con los otros que venían del Seminario, conducidos sin duda por algún práctico de la casa, que sabiendo dónde estaba la bodega del vino, los conducía a ella para refrescar; e introduciéndolos allá con faroles, fácilmente hallaron el vino, y se dieron a beber con tanta largueza, que al fin se pusieron medio beodos y tan alegres salieron, que dejaron allí olvidados siete vasos de plata de los que habían antes robado...

De las congojas y angustias que padecían a la hora de que íbamos hablando los que no llegaron a huir, sino que permanecieron en sus escondrijos, no se puede dar una cabal idea. Hacía ya casi dos horas que estaban luchando con los sobresaltos del terror y con las agonías de la muerte, que a cada instante se figuraban presente; la imaginación venía también a ratos a aumentar la triste opresión de sus corazones, porque a cada tiro que oían, se representaban delante, ya éste, ya el otro, ya muchos de los de casa asesinados cruelmente y tendidos cadáveres. Agregábase a esto la situación y postura nada cómoda en que cada

uno tenía que estar. Agachados y encorvados los más en rincones bajos y estrechos, donde el polvo y las telarañas los cubrían; envueltos otros en esteras y harapos viejos, que ni la respiración, ni el movimiento dejaban libres; y acostados otros en sitios o demasiado duros o demasiado húmedos, padecían todos no pequeñas incomodidades. Sin que nos detengamos a hablar de las grandísimas que hubieron de padecer el P. Juan Gandásegui, metido todo este tiempo dentro de una letrina; y el Diácono, Manuel Codina, sepultado por el mismo o mayor intervalo entre los escombros y la tierra de un oscuro y profundo cubo del edificio a donde se tiró, huyendo de los balazos que ya tres veces le habían disparado sin herirle, y que aun allí le estuvieron tirando desde la alta y angosta boca, sin que él pudiera defenderse sino con los cascajos y ladrillos, que se echó encima.

Mas el punto más angustiado para todos era este momento en que oían andar ya más cerca de sí los amotinados, dando todavía grandes golpes, rompiendo puertas y avanzando notablemente, sin que ellos pudiesen presumir que llevaran otro objeto que el de asesinar a cuantos encontrasen.

Ni el mismo herido H. Gogorza, en su lecho, aunque aquejado de los dolores mortales de su herida, y custodiado por urbanos comedidos, estaba por eso libre de nuevos insultos, pues los otros desaforados que se acercaban, reconvenían a sus camaradas así: *¿Qué os entretenéis en eso? Matadle o dejadle que se muera; no hemos venido aquí a guardar frailes.* Plugo por último a la divina clemencia que entre tantas personas como se introducían con malas entrañas en nuestra casa y ocupaban casi del todo nuestros tránsitos, entraran también con mejores intenciones, poco antes de las siete, dos militares amantes del bien público, ansiosos de restablecer la tranquilidad y movidos de celo por contribuir en cuanto pudiesen a terminar tamaños desórdenes» (1).

Tiempo era ya de que tuviera fin aquella horrorosa tragedia. Los dos militares, el Brigadier, D. Felipe Zamora, y el Teniente, D. Francisco Prado (tal vez el que había salvado al H. Grasset), no iban, según la *Relación*, al frente de la tropa, que por entonces llegó también a poner orden; pero sabiendo que estaba allí el Capitán General, se le presentaron pidiendo órdenes, y con ellas, por sí y por la tropa despejaron el colegio, fueron recogiendo a

(1) Párrafos IX y X, pp. 46-55.

los escondidos en diversas partes, pusieron guardia en los puntos convenientes, y con esto empezaron nuestros Padres y Hermanos a respirar, bien que tan apenados como se puede suponer por los asesinatos de que iban teniendo noticia, los muertos y heridos graves, que allí mismo tenían, los jóvenes que faltaban y no sabían qué era de ellos, y tantos otros motivos de gravísimo dolor como sobre ellos pesaban. El poco reposo que aquella noche pudieron tomar, fué juntos todos en dos salones, no como presos, según indica el P. Lerdo, sino para facilitar su defensa por la tropa de guardia en caso necesario; pues no había completa seguridad de que no volviesen los asesinos. Así lo hace notar el P. Labarta en sus *Observaciones*.

Omitimos las aventuras que corrieron los pocos escapados de casa, ya por la puerta, ya por el tejado, aunque de algunas tenemos relatos hechos por ellos mismos, y de otras da noticia el P. Lerdo.

En toda esta relación apenas hemos hecho indicación alguna sobre el tiempo en que se desarrollaron los sucesos; porque, en verdad, sólo con cierta aproximación puede señalarse. Hacia las tres parece que empezó a ser ya vivo y agitado el movimiento revolucionario en diversas partes de la población. Los más de los grupos, si no todos, confluyeron delante de nuestra iglesia y colegio viniendo por ambos lados opuestos, como ya dijimos, de la calle de Toledo, y a las cuatro y media o poco más comenzaron a romper las puertas, de suerte que a las cinco, con corta diferencia de tiempo, invadieron el Seminario por la suya y el colegio por las tribunas y por la portería. Hora y media o dos horas fueron los asaltantes dueños del edificio y de las calles inmediatas, sin más oposición ni resistencia que la de Gaye Mallor y Zafra en la capilla y la de algún otro sujeto en los casos aislados que quedan referidos. Y allí estuvo el Capitán General por lo menos la mitad de ese tiempo. La tropa tardó en llegar; y llegada, tardó en entrar, porque no se la daba orden; y cuando entró, no hay noticia de que prendiera a un solo hombre de tantos como dentro había, urbanos, guardias de Corps y paisanos armados. Todos salieron sin estorbo; y llegando por entonces a la plazuela dos hombres a caballo de los ya antes vistos allí dando órdenes, «hablaron con los asesinos, salió la voz de *¡a Santa Cruz!*, y marcharon en medio de las voces constantemente repetidas de *¡mueran los frailes!* y *¡viva la república!*, interpolando alguna vez

el nombre respetable de Isabel II. Fueron entonces a asesinar a los PP. Dominicos del Convento de Santo Tomás» (1).

De los nuestros del Imperial, dejaban dentro de casa siete muertos y tres heridos, de los cuales uno murió al día siguiente; otros siete muertos en las calles próximas; un herido en la cárcel y otro en el Principal. Huyendo y pasando en la fuga gravísimos riesgos, se salvaron unos pocos, diez o doce; en la capilla cincuenta y dos; y otros tantos o algunos más escondidos en diversos puntos de la casa.

8. Los horrores, que en otras de religiosos cometieron luego los foragidos, los copiaremos a la letra de la *Relación* del P. Lerdo, breve ya en esta parte y parca en pormenores. Empieza por el convento de Dominicos de Santo Tomás, frente a la parroquia de Santa Cruz, y dice así:

«Llegados allá, y violentadas con igual furia sus puertas, repitieron allí las mismas atrocidades que entre nosotros habían cometido, e hicieron destrozos tal vez mayores. A sangre y fuego arremetieron por todas partes, y ni aun a la misma iglesia perdonaron, asesinando en ella a los que allí se habían refugiado; y aun en el mismo coro ejecutaron con un religioso, antes de matarle, tan bárbara y brutal atrocidad, que no se horroriza menos la naturaleza al imaginarla que el pudor si se refiriera. Y lo que más caracteriza el frenético furor de aquella noche es, que mujerzuelas viles se mezclaron allí entre los ejecutores, y éstos con bárbaro placer cantaban entretanto el *Miserere*. Con la fuga por los altos y ocultaciones más escondidas pudieron escapar los novicios y jóvenes y otros Padres más ligeros; pero los Padres más graves y el Prior a su frente, salieron a encontrar a los amotinados o breve cayeron en sus manos. Entre los baldones y oprobios que éstos en aquellas horas prodigaban a cada paso, comenzaron luego a golpearles, herirles y dispararles. Sólo al P. M. Fray Manuel Amado trataron con piedad, no olvidando que eran hombres accesibles a la gratitud algunos de los urbanos que allí entraban y habían sido sus discípulos. A dicho P. Prior cubrieron de graves heridas y le condujeron a la cárcel, donde estuvo reunido con nuestro H. Sabas Trapiella; pero a los demás, en número de seis sacerdotes y un lego, vilmente los asesinaron. Al P. Secretario, Fr. Luis de la Puente, en el acto de estar a la ca-

(1) *Relación* anónima de un testigo presencial.

becera de otro religioso enfermo confesándole, le hicieron víctima junto con su penitente. Se contó además otra crueldad horrenda cometida allí, que pareciera increíble, si el furor infernal de que aquellos monstruos estaban poseídos, no traspasara todos los límites que suelen contener a la humanidad horrorizada. La omitimos por no poder llegar a persuadirnos fuese verdadera; mas sí podemos asegurar que a la mañana siguiente se paseaba por la acera de aquella portería un urbano peluquero con su fusil al hombro en forma de centinela, y de la punta de la bayoneta tenía pendiente un brazo truncado y desnudo, haciendo así gala de su barbarie, y muy jactancioso diciendo a cuantos se acercaban: *Siete, siete carneros tenemos aquí*; indicando con esta soez expresión el número de víctimas que la noche antes habían sacrificado. Después de lo cual se entregaron, según su costumbre, al robo y pillaje y a la destrucción de todo. Ornamentos y vasos sagrados eran extraídos por mano de la infima plebe, sin perdonar la misma redomita del santo óleo. Aun la librería y el archivo eran entregados al destrozo y en gran parte al fuego. Muebles preciosos, todos desaparecieron, y las ropas de todas clases eran sacadas, no solamente por hombres viles, sino por mujerzuelas descaradas, de las cuales algunas inventaron el insultante disfraz de vestirse las túnicas de los religiosos, y así disfrazadas salir a la calle formando una sacrilega danza, que continuaron por la calle de Atocha y la de Carretas. Y todo esto pasaba casi a la vista de la tropa, que se hallaba formada en la Plaza Mayor y Puerta del Sol, deseosa e impaciente para ir a reprimir a los urbanos amotinados; pero contenida por la subordinación a los jefes superiores, que ninguna orden para ello le daban. El Capitán General no sabemos si por allí aparecería; mayor favor le haremos suponiendo que estaría en su casa con gran frescura tomando chocolate. Mas no hacían esto los altos personajes de la logia masónica que dirigían esta tenebrosa e infernal maniobra. Cuando habían pasado cosa de otras dos horas, y cuando ya en Santo Tomás su obra estaba concluida, despacharon la nueva orden a los sublevados de ir al convento grande de San Francisco y al de los Carmelitas Calzados.

La gente, que a esta hora de las nueve se había agolpado y reunido al motín, era en efecto suficiente ya para dividirse en dos bandas; pero la mayor marchó a San Francisco y otra inferior hacia el Carmen; la cual, llegada allí con la gritería y alga-

zara acostumbrada, empezó luego a batir fuertemente, y largo tiempo y aun horas estuvieron queriendo violentar las puertas del convento. Mas por equivocación forzaban también las de algunas casas contiguas, que eran de familias seculares, entre las cuales se hallaba la del Señor Brigadier de Artillería, D. José Paulín; que más consternado de lo que ya estaba con toda su familia, al oír golpear las puertas de su propia casa, presumiendo lo que era, se vistió el uniforme militar, y saliendo al balcón en un momento de aquellos en que el ruido menor de la calle permitía el ser oído, se puso a reconvenir a los foragidos, que reconociendo entonces su error, se fueron a continuar su hecho en las puertas verdaderas del monasterio. Mas dicho señor, indignado contra tan infame acción, salió de su casa, se llegó al batallón de la Guardia Real que estaba formado en la próxima calle de la Montera, y conseguidos, aunque con dificultad once soldados y un cabo, con ellos volvió a los revoltosos, y amenazándoles, si proseguían, con un solo culatazo que el cabo dió al primero de los urbanos, todos echaron a huir y aquel atentado cesó.

Pero muy al contrario sucedía en el otro convento de los franciscanos. Estos tenían dentro de su mismo recinto acuartelados algunos batallones del Regimiento de la Princesa, y confiaban en que éstos los defenderían. Al primer rumor que llegó de encaminarse allá los de la facción, se acogieron, en efecto, a su cuartel la mayor parte de los religiosos que componían aquella numerosa comunidad; pero el oficial que estaba de guardia, aunque primero les prometió su protección, después, llegando un ayudante con orden que suponemos fingida, del Capitán General, para que no se comprometiesen las armas, tuvo la vil cobardía, si ya no fué infame convenio premeditado, de hacerles retirar y volver a la parte del convento que habitaban, cuando ya los asesinos estaban próximos a invadirla. Tuvieron, pues, que volver hacia sus celdas, fuera de unos pocos que pudieron salir a la calle medio disfrazados a buscar un asilo, que apenas encontraron. El Rmo. P. General, que fué uno de ellos, tuvo que pasar la noche escondido entre la paja de una cuadra en casa de un calesero.

La agitación y angustia que pasaron los del convento, por buscarse en aquel horrible paso repentinamente un rincón, donde poder evitar la muerte, que a tan grandes gritos se les amena-

zaba, no las podrá comprender sino quien tuvo la desgracia de sufrirlas. Mal escondidos se hallaban todavía, cuando sintieron haber ya penetrado en lo interior sus enemigos; las voces amenazadoras que resonaban por los tránsitos, alternadas con execrables blasfemias, les avisaron bien pronto del inminente riesgo que corrían sus vidas. Lo corrieron, en efecto, tan grande, que en ninguna otra parte aquellos desapiadados asesinos mataron tantos, ni cometieron tantos desacatos, ni desfogaron tan vilmente su rabia, su crueldad y su barbarie.

Cuarenta fueron los religiosos que allí en el acto sacrificaron a su furor. Sacerdotes, dieciocho; entre los cuales se contaba el mismo P. Guardián; estudiantes, cuatro; legos, once; y donados, siete. Y las maneras allí usadas para martirizar a tantos, según lo que comúnmente se dijo, aumentaron aún la fiera e inhumanidad del atentado. No hagamos mención de que el sagrado asilo del templo no sirvió a estorbar el que allí mismo, en el coro, fuese alguno degollado. Fuera de allí quitaron la vida de cuantos modos se han inventado para destruirla; a fuego, a sablazos, a puñaladas, a golpes de martillo, ahorcando a cordel, ahogando en el agua, precipitando de grandes alturas, y dando, en fin, tormentos exquisitos y estudiados, de los que algunos sólo oídos hacen estremecer la naturaleza y aun el pudor. Podrá ser que en esto exagerase algo la voz vulgar; pero es cierto que los ayes lastimeros de los que así martirizaban, se oían por las casas del contorno y llevaban la consternación por los ángulos de aquel vecindario. Se salvaron algunos estudiantes por la fuga; mas dos al menos fueron también asesinados en los extramuros. Y al par de esta matanza tan horrenda fué el desafuero con que se entregaron después al saco y robo de cuanto había. Asombro y pavor causaba a todos los observadores estar viendo por espacio de dos horas sacar en hombros de hombres, mujeres y muchachos los ornamentos y ropa blanca de aquella sacristía, y aun los mismos vasos sagrados, los cálices, patenas y copones, que sacrílegamente habían tomado. Para colmo de la iniquidad hubo alguno, que en las tabernas inmediatas pidió le echasen de beber en uno de estos vasos consagrados, que llevaba. De las ropas y muebles que hallaron en las celdas y oficinas comunes, sacaban hasta los colchones. Pero donde mejor pudieron saciar su codicia fué en la *Comisaría de los Santos Lugares de Jerusalén*, donde hallaron un depósito de limosnas, pronto ya a ser remitido, que ascendía a

cosa de diez mil duros y que arrebataron sin piedad, repartiéndoselo como salteadores.

Otros pormenores pudiéramos añadir; pero lo dicho basta para que se pueda inferir cuál era la atrocidad, la irreligión y la barbarie que animaba estos crímenes, los cuales se cometían a ciencia y paciencia del señor Capitán General, que en el entretanto se estaba en la Plazuela de la Cebada, haciendo nada según su plan, y al señor Coronel y oficiales de los Ligeros, que se llegaron a él ofreciéndose a ir prontamente con su tropa a despachar aquella chusma, les respondió con chocarrería: *¡Qué poco han visto ustedes! Esto no es más que un desahogo popular.* Y para que, en efecto, el pueblo se siguiera desahogando con aquella inocente diversión, poco antes de las once vino la orden y se levantó la voz de ir al convento de los PP. Mercedarios Calzados.

A estos religiosos asaltaron a dicha hora en la misma forma que a los otros conventos. Entraron también a sangre y fuego; y repitiendo sus bárbaros excesos, lograron asesinar a ocho de los Padres más graves, entre los cuales se contaba al M. R. P. Provincial, y a otro lego de San Francisco, que por los temores se había recogido allí. La mayor parte murieron en el coro, desde el cual cayó volando para la iglesia la cabeza del citado Padre al golpe de la espada, que la separó del tronco, que dejó junto a la barandilla. Otros fueron muertos en los tránsitos, y alguno arrojaron por un balcón a que acabase de morir en la calle. En ésta, es verdad, había algunas tropas; pero no pareció tuviesen orden sino para impedir se acercasen gentes; pues por lo demás, dejaban a los foragidos de adentro que hiciesen lo que querían. Se presentó de nuevo allí el Capitán General; pero todo lo que sabemos hiciese fué, dar a un soldado de caballería la extravagante orden de que entrase a desalojar los que estaban ocupando todo el convento. Y exponiéndole el soldado que un caballo no es para subir a las celdas, lo oyó y se fué. Así siguió allí también el desorden, la destrucción y el saqueo por más de una hora hasta bien pasada la media noche; y nosotros desde nuestra capilla oíamos por la inmediación los tiros de fusil y la vocería de los amotinados, sintiendo, como puede creerse, la suerte de aquellos compañeros, y temiendo al mismo tiempo no se volviese a repetir la tragedia en nuestra propia casa, hasta que a cosa de la una todo el barrio quedó en un silencio pavoroso, que en medio de la noche aumentaba el espanto y el terror.

El bullicio y clamoreo de los sublevados marchó entonces hacia otro rumbo. Parece tenía ánimo de no dar tiempo alguno al reposo; pues media hora después, con el mismo tumulto y estruendo, acometieron el convento de Trinitarios Descalzos, llamado de Jesús Nazareno, cuya comunidad, sobresaltada ya de antemano, y aterrada ahora por los gritos desaforados que oía, y por los fuertes golpes que daban a sus puertas, indecisa sobre lo que haría, al fin tomó el acertado partido de franquear la entrada a los agresores, por ver si con esto calmaba algún tanto su furia. Sucedió así, en efecto; pues vista la seguridad y confianza, aunque afectada por disimulo, de los religiosos que se atrevieron a abrirles, quedaron como prendidos y desarmados, tanto que si bien penetraron a lo interior en confuso desorden y con los gritos amenazadores que acostumbraban, luego que visitaron una o dos celdas se fueron sin pasar a más. Cesó con esto el susto primero, y toda aquella comunidad fué a su iglesia enseguida a dar gracias al Todopoderoso por tan señalado beneficio. Mas apenas se había retirado de este piadoso acto, cuando he aquí el segundo susto; porque otra turba de amotinados empezó de nuevo a batir las puertas como la primera. Como a ésta, le fueron asimismo franqueadas, aunque recelando y temiendo mucho más por esta repetición a hora tan intempestiva. Se les hizo presente que ya sus compañeros habían entrado y visto cuanto les había parecido; mas contestando que ellos *también tenían ojos y querían ver*, con gritería más horrible que los anteriores se metieron para adentro, jactándose altamente de que habían matado tantos y tantos frailes, de cuya sangre llevaban en efecto teñidas sus armas, sus vestidos y aun sus propias manos; y gritando furiosos que en aquella noche no había de quedar uno, repetían lo del veneno; y como un religioso grave con todo comedimiento les dijese: *«Justo es que sea castigado el que haya cometido tan grave delito; pero los que no han tenido parte...»*, a esto uno de ellos con tono insultante repuso: *«No, todos, todos han de morir; porque a todos nos han mandado matar»* ¡Qué confesión ésta! *Nos han mandado*. ¿Y se dudará todavía de que esta bárbara maniobra era dispuesta y dirigida por agentes más altos y poderosos, de quienes estos que la ejecutaban no eran sino meros y ciegos instrumentos? ¡*Nos han mandado!* Y ¿qué autoridad es esa que os dió tan atroz mandato? Ciertamente que no pudo ser ninguna de las autoridades públicas; pero es demasiado público y notorio que exis-

ten entre nosotros otras autoridades secretas, oscuras, infernales, diabólicas, de quienes era muy propio y genial el tal mandamiento. Tales son las humanísimas empresas que se maquinan en los tenebrosos clubs de la masonería: *Matar a todos los religiosos*; esta es una de sus predilectas y suspiradas ideas. Pero en aquel momento no la pudieron realizar; una fuerza superior contruvo también a estos segundos asesinos. Sólo uno se arrojó a descargar un sablazo sobre un religioso, que ningún motivo le había dado, y que pudo evadir el golpe huyendo el cuerpo; mas no evadió el efecto del susto que a pocos días le quitó la vida. Registraron además seis u ocho celdas, en las que no hallaron qué robar más que dos relojes, con lo que se fueron muy contentos» (1).

Hasta aquí el P. Lerdo, quien añade a estas escenas el maravilloso acto de valor de los capuchinos del Prado y de los benedictinos de San Martín. Los primeros dice que sabiendo lo que pasaba, lejos de huir, abrieron de par en par las puertas del convento; se reunieron todos en la iglesia; y puestos en filas y de rodillas, esperaron inmóviles a los asesinos, que afortunadamente no se presentaron. De los segundos cuenta que, autorizándolos expresamente el abad para salir en busca de asilo seguro el que quisiera, pero advirtiéndole que él estaba resuelto a no moverse de allí, todos tomaron la misma resolución.

9. De nuestros Padres y Hermanos quedan todavía dos episodios ocurridos aquella tarde y noche, dignos de mención, aunque no tan luctuosos como los anteriores.

No tardaron en llegar al Seminario de Nobles, aunque distante y en un extremo de Madrid, rumores de lo que pasaba en el Colegio Imperial, y aun anuncios de que la misma suerte le esperaba al Seminario. Quizá fueron los primeros en dar tales nuevas los padres y encargados de los seminaristas, que temerosos corrieron a sacarlos de allí, donde ciertamente estaban en peligro, por lo menos de un gravísimo susto. Con estas noticias el Superior pidió y obtuvo del Ministro de la Guerra la guardia de coraceros, que siempre solía tener el Seminario y de poco tiempo atrás había cesado; y aun por indicación del Comandante de ella, otro piquete de infantería, por si era necesario maniobrar dentro del edificio.

(1) *Relación* del P. Lerdo, párrafos XI, XII y XIII, pp. 59-70.

A los novicios, que, como antes dijimos, estaban allí desde el día 5, los reunió su Maestro, y advirtiéndolos del peligro, los hizo vestir de seglares para salir a diversas casas, ya de sus familias, ya de amigos, donde estar seguros. A lo mismo se dispusieron casi todos los demás Padres y Hermanos del Seminario; y como por un lado la guardia se consideró inútil o poco menos, ya que llegaban noticias de que en otras partes la tropa formada veía y dejaba hacer a los foragidos, y el mismo Comandante declaró que no tenía orden alguna de resistirlos; y por otro se tuvo aviso hacia la noche, no sabemos con qué fundamento, de que arreciaba el peligro; fueron de hecho saliendo casi todos, el primero el Superior, cosa de que se quejaba el P. Morey escribiendo a Roma, y con razón, si circunstancias muy especiales no excusaban el hecho. Veinte novicios con otros siete, que ya no lo eran, uno de ellos sacerdote, el P. Vicente Rigueros, hubieron de volver al Seminario a altas horas de la noche, después de haber pasado algunas de vergüenza, de insultos y de angustias de muerte en un cuartel no lejano.

Habían de pasar éstos, divididos en muy pequeños grupos, para ir a las casas que se les habían designado, por las inmediaciones del cuartel de Marinos, próximo al convento de las religiosas Capuchinas; y viéndolos un pelotón de aquellos soldados, los echaron el alto gritando: «Esos son frailes, son los jesuitas»; golpearon a algunos con el sable de plano; hirieron, aunque ligeramente, a otros; y los fueron metiendo a todos en su cuartel. Un jefe u oficial los recibió a la entrada colmándolos de insultos; y el mismo o algunos otros los amenazaron con la muerte por envenenadores de las aguas, según la voz generalmente esparcida. Lleváronlos a un dormitorio del cuartel; los colocaron separados uno de otro y custodiados por un centinela; en un extremo, llamados uno a uno, los fueron registrando, desnudándolos completamente y sazonando la escena con mofas y aun bofetadas por sus muestras de pudor, con blasfemias a vista de los escapularios y crucifijos que llevaban al cuello, y con amenazas de cárcel y aun de muerte. La veían tan de cerca, que cuantos pudieron hacerlo disimuladamente se confesaron con el único Padre que allí había. Pocos quedaban por registrar, cuando se presentó en la puerta un joven oficial de Coraceros, increpando a los soldados, preguntando por el oficial de guardia, y haciéndole responsable de cualquier nuevo desacato, que con nuestros jóvenes se

cometiera, mientras él daba parte a la superioridad y volvía con las órdenes correspondientes. Cesó la bárbara e inverecunda escena; volvió el oficial al corto rato con un piquete de Coraceros; sacó de allí a los jesuitas; y escoltados por aquel piquete y por otro de los mismos marinos, los condujo, pasada media noche, al Seminario. A la mañana temprano salieron y fueron sin tropiezo a donde no pudieron antes. El joven oficial se llamaba D. Rafael Minio, era hijo del General de Coraceros, D. Vicente, había estado en el Seminario siete años, y no hacía uno que había salido de él terminados sus estudios (1).

El otro episodio ocurrió en las afueras de Madrid. Tenía el Colegio Imperial una casa de labor que llamaban de Luche, a cuyo cuidado solía haber dos coadjutores, que eran entonces los HH. Manuel Vidal y Vicente Pujalte. Como uno de los trabajadores de la finca hubiese visto en Madrid los horrores de aquella tarde, y vuelto a ella lo hiciera saber a los dos Hermanos, éstos, temiendo, no sin fundamento, por esa y otras noticias, que los asesinos fueran allá a buscarlos y darles la muerte; vestidos de seglares la dejaron entrada ya la noche, y se fueron no lejos de allí a un punto, desde donde pudieran ver lo que ocurría, si de hecho los iban a buscar allí los foragidos. No fueron los de Madrid; pero los urbanos de Carabanchel, para no ser menos que sus compañeros de la Corte, salieron derechos contra los dos Hermanos, que suponían hallarse en la finca de Luche. Precisamente llegaron a pasar junto a ellos y parándose les preguntaron: «¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hacéis aquí?» Estaban sentados junto a un melonar, y así respondieron: «Estamos guardando estos melones.» Luego volvieron a preguntar: «¿Están ahí los jesuitas? ¿Cuántos hay?» Tuvo uno de los Hermanos bastante serenidad para contestar: «Suele haber dos; puede que estén»; y sin más los urbanos se dirigieron a la finca, y los Hermanos temiendo que al verse burlados, sospecharan de ellos y

(1) De este caso, además de la *Relación* del P. Lerdo, tenemos la de la *Historia del Seminario* del curso de 1833 a 34, escrita también aquel mismo año, y la que uno de los novicios en él comprendidos, el H. José Joaquín Cotanilla, escribió algún tiempo después al principio del *Diario*, que comenzó a llevar y llevó puntualmente hasta su muerte en 1886. El P. Lerdo dice que los soldados no tuvieron, en cuanto hicieron, otra idea que la de divertirse a costa de nuestros jóvenes. En verdad que los golpes y heridas, bien que leves, y aun todo lo demás, para burla, parece demasiado pesada.

volvieron a buscarlos, huyeron y se metieron en un trigal, donde pasaron el resto de la noche. Lo acertaron; porque, efectivamente, volvieron, pero en vano. Al día siguiente los Hermanos entraron en Madrid y se fueron al Noviciado; y una gran chusma de Madrid y de Carabanchel saquearon la casa sin dejar más que las paredes.

En Torrejón y Valdemoro, donde el Imperial y el Noviciado tenían otras posesiones, las autoridades impidieron el mismo día diez y ocho el saqueo y quizá la muerte de los Hermanos que allí había; porque también los urbanos de aquellos pueblos quisieron invadir ambas casas.

En Madrid ese día había de completar *los dos de degüello* anunciados; y los asesinos del anterior no dejaron de intentarlo, dirigiéndose al convento de dominicos de Atocha, sito en las afueras, donde ahora el panteón del mismo nombre; al del Rosario que los mismos religiosos tenían en la calle Ancha de San Bernardo, esquina o muy próximo a la Flor Baja; al de agustinos recoletos; al de San Bernardo; al Colegio de franciscanos reformados de San Bernardino; a nuestro Noviciado y al Seminario de Nobles (1). Contúvolos la tropa, que, o guardaba aquellas casas, o llegó apenas comenzadas a derribar las puertas. En Atocha los reprimió el Capitán General, según escribió él mismo inmediatamente al Corregidor (2). Solamente en el de trinitarios de Jesús Nazareno, donde cuenta la *Relación* que estuvieron la noche anterior sin hacer daño, llegaron a entrar sin estorbo también ahora, cerca ya del mediodía, y los religiosos, que fueron sorprendidos en el refectorio, pasaron temores de muerte; pero al fin no hubo sino robos y algún sujeto herido, para forzarle a entregar lo que tenía.

Dos de nuestros Hermanos se vieron también aquel día en no pequeño peligro de perecer. Por la inseguridad en que estaban los pocos individuos dejados el día cinco en el Noviciado, a pesar de estar convertido en cuartel, salieron a buscar refugio en casas particulares algunos Padres y coadjutores. De éstos, el Hermano José García «había dado pocos pasos fuera de la puerta,

(1) Este último no le menciona la *Relación*; pero la *Historia Seminarii* lo dice expresamente. «In Seminarium etiam irrupisset turma, ni milites verita, pedem retulisset».

(2) Oficio publicado en *El Siglo Futuro* de 30 de Agosto de 1909 por el Sr. Ciria.

dice el P. Lerdo, cuando fué conocido de algunos urbanos, que al punto le prendieron; y cargándole de golpes y baldones, le conducían para darle muerte a una calle excusada, donde el buen Hermano ya llegó a ponerse de rodillas para recibir el último golpe de mano de aquellos furiosos; pero un oficial del ejército, que acaso pasaba, viéndole en aquel trance, se acercó a librarle, y reprendiendo agriamente a los asesinos, le arrancó, aunque no sin violencia, de sus manos y le pudo llevar consigo hasta dejarle seguro en la prevención del Principal» (1).

El H. Pío González había ido del Seminario al Imperial, a llevar y traer noticias de lo ocurrido, y apenas salió para volver, le siguieron insultándole, le detuvieron en la Plaza Mayor, le dieron varios sablazos de plano, le amenazaron a él con la muerte y a todos los jesuitas con el exterminio; y como dijera que si la Reina lo mandaba se someterían a sus órdenes, le replicó uno furioso dándole con el sable en la cabeza: «Sí vuelves a nombrar a la Reina, date por muerto; aquí no hay más Reina que el pueblo soberano, que es quien manda esto» (2). Por fin, o como preso, al decir del P. Lerdo, o como sacado por ellos de manos de sicarios, según la *Historia Seminarii*, le presentaron en el Principal al Oficial de guardia, y allí estuvo hasta que con el otro coadjutor, José García, y el Subdiácono, Francisco Sauri, fué conducido al Imperial a las once de la noche.

Aquí, a pesar de la tropa, que guardaba la casa, no dejaron los Padres de pasar el día sobresaltados, teniendo noticia de la continuación o renovación del tumulto, oyéndolo a veces, y viendo con sus propios ojos una nueva víctima: un dominico, Diácono, Fr. Felipe Díaz, que yendo disfrazado de la casa en que por la noche se había acogido para salvarse, a otra de un amigo allí cerca, le conocieron los urbanos, dieron tras él, le hirieron en la cabeza, y él se refugió en nuestro colegio, donde fué curado y atendido cuatro días.

Pongamos fin a la relación de aquellos horribles sucesos con el resumen numérico de las víctimas, cuyos nombres se pueden ver en la *Relación* impresa. Fuera de los tres seglares, que fueron asesinados los primeros, cayeron muertos la tarde del diez y siete catorce jesuitas, y otro murió de las heridas a las veinticuatro

(1) Párrafo XVIII, pp. 87 y 88.

(2) *Relación*, lugar citado. *Historia Seminarii*.

horas. Religiosos de Santo Domingo al anochecer, siete. Mercedarios por la noche, ocho, y franciscanos, cuarenta y dos. A éstos últimos deben añadirse, uno que de las heridas murió más adelante, y dos que huyeron del convento y de quienes no se volvió a tener noticia. Total, setenta y ocho. Este número llegará o se acercará al de ciento, si es verdad lo que el P. Lerdo asegura, que del sobresalto, del temor, en suma, de la impresión que en sus ánimos dejaron aquellas escenas de sangre, vinieron a morir el General y el Provincial franciscanos, cuatro religiosos de San Francisco de Paula, algunas religiosas y otras personas seglares.

10. No estará demás consignar aquí la manera cómo la prensa liberal miró y pintó los bárbaros sucesos de aquellos días. Lo primero, culpó a los religiosos poco disimuladamente del fantástico crimen de envenenamiento y de haber hecho fuego desde sus conventos contra *el pueblo*. Para ella unos cuantos calumniadores y un puñado de viles asesinos constituyen *el pueblo*. *La Revista Española*, que no era lo que ahora llamamos *revista*, sino un diario como otro cualquiera, escribe el diez y ocho en dos líneas, porque estaba para salir el periódico, que el día antes han ocurrido escenas sangrientas, atribuidas generalmente por el público al envenenamiento de las aguas por los enemigos de la libertad y de la Reina; y el diez y nueve, relatando lo sucedido, trata de confirmar el envenenamiento con el caso de la Puerta del Sol y algunos otros, y añade que en el Colegio Imperial se refugió un sujeto con algunas pastillas de nuez vómica; que de dentro habían salido tiros contra *el pueblo*, formado en grupos allí delante, y que al mismo tiempo, en Santo Tomás, hizo también estallar la ira popular un tiro disparado de lo interior contra un capitán de salvaguardias. *El Observador* no pone duda en que, al parecer, agentes secretos tenían consigo sustancias venenosas (agentes de las logias, sí); en que en el Colegio de los jesuitas se encontraron armas (las de los asesinos); y en que algunos de ellos se introducían disfrazados entre los grupos. En cambio elogia la prontitud con que la milicia urbana, las tropas y las autoridades acudieron a contener el desorden (1). Lo segundo, sin dejar de lamentar el derramamiento de sangre, excusó y casi justificó a los criminales, siempre cubiertos con el nombre *del*

(1) Número del 18 de Julio.

pueblo. Una cosa es positiva, venía a decir el mismo periódico el día siguiente, que *el pueblo*, que había soportado diez años las vejaciones más crueles, los tormentos más duros, cansado de sufrir, se ha dejado llevar de un ímpetu irresistible. Sin embargo, por justa que sea su irritación, por causas que tenga de dirigir su cólera contra aquellos, que siempre han sido los autores de sus desgracias, por motivos que crea haber tenido para desconfiar de la autoridad; sin pruebas convincentes del envenenamiento no hubiera ensangrentado sus manos, defensoras del orden y de la libertad. No entramos ahora en si ha habido envenenamiento o no; lo que intentamos es disculpar al vecindario de Madrid de bárbaro y atroz. Es verdad que en el número inmediato hubo de reconocer, que ninguna causa habían dado las infelices víctimas, y que tan horrendo atentado sólo pudo ser llevado a cabo por hombres a quienes sería un bien desterrar de la sociedad. Pero lo dicho antes, dicho estaba, y por si era poco, aquí se leía a renglón seguido que la culpa era del Gobierno. ¿Por qué, creerán nuestros lectores? Por no haber cerrado antes todos los conventos. «Confiese el Gobierno, dice, de buena fe, si apartando a su debido tiempo ciertos objetos, que no pueden menos de repugnar a la vista, no hubiera evitado su desgraciada suerte y la perpetración de un crimen.» Casi las mismas ideas emitieron en una exposición dirigida a la Reina los jefes y oficiales del primer regimiento de urbanos. Enérgicas protestas contra el hecho; demanda de castigo contra sus autores, no obstante el decirse que algunos eran de su cuerpo, «aunque la tendencia que en su explosión han manifestado (las pasiones) sea en algún modo conforme con grandes intereses nacionales y con ideas de útiles progresos; y aunque un Gobierno ilustrado debe aprovechar tan triste experiencia estudiando las necesidades del cuerpo social en estos momentos de convulsión y delirio». El hecho del envenenamiento tenía tales apariencias, que sólo unos pocos hombres superiores pudieron acertar resistiéndose a creerlo (1). Cuando tales pestes de hombres y de periódicos, harto peores que el cólera, invaden el suelo de una nación, no puede menos de ha-

(1) Publicó esta exposición *La Revista Española* de 24 de Julio. La redactó D. Salustiano Olózaga, Capitán de urbanos, según dice D. Angel de los Ríos en el *Estudio político y biográfico* que sobre él escribió, por encargo de la Tertulia progresista.

ber' crímenes como los del diez y siete de Julio y aun otros mayores.

De los autores de éste y de la conducta de las autoridades mientras se consumaba, queda indicada alguna cosa; pero es necesario tratar más de propósito, añadiendo la escandalosa impunidad en que quedó.

No cabe duda alguna en que la sangrienta jornada fué dispuesta por las sociedades secretas, y más concretamente por la masonería, única a la sazón bastante poderosa para realizarla impunemente. A las sociedades secretas culpan, de los contemporáneos, no sólo nuestra *Relación*, sino también el Presidente del Consejo de Ministros, Martínez de la Rosa (1) y uno de los fiscales que intervinieron en las causas formadas por aquellos crímenes. La *Isabelina*, fuera o no sociedad secreta, tuvo en ellos por lo menos la parte que el Sr. Pirala le atribuye en su *Historia de la Guerra Civil*, diciendo que no lo preparó, pero que sí trató de aprovecharse de él; porque, una vez iniciado, viendo muchos de sus adeptos la indolencia de las autoridades en reprimirlo, quisieron aprovecharse de aquel momento de debilidad para lanzarse a la revolución que preparaban contra el Gobierno; y no viniendo en ello los directores de la sociedad y de la trama, «obrarón algunos confederados por su cuenta, y convocando a *centurias enteras*, se arrojaron a la calle a aumentar el número de los alborotadores, pues carecían de jefes que los guiaran... y cometieron algunos punibles excesos» (2). D. Vicente de la Fuente da a la *Isabelina* por verdadera sociedad secreta, y no sólo partícipe, sino autora de aquellos sucesos. No podemos esclarecer más este punto.

Sobre la conducta de las autoridades, principalmente del Capitán General, tenemos más datos y más seguros.

Primeramente el P. Lerdo asegura que el bárbaro proyecto fué delatado la mañana misma del 17 al Ministro del Interior, don José María Moscoso de Altamira, por uno de los encargados de ejecutarlo, para que tratara de estorbarlo, y que el Ministro lo comunicó al Capitán General, quien respondió que lo sabía y tenía tomadas todas las providencias oportunas (3). Al leer esto,

(1) Apunte autógrafo. Cítalo como impreso Menéndez y Pelayo, *Heterodoxos*, III, l. VIII, c. I, § I, p. 590, nota.

(2) T. I, § CIV, p. 285.

(3) Párrafo I de la *Relación*.

el primer impulso de todo noble corazón es exclamar: ¡Imposible! Pero vista la conducta de San Martín durante los sucesos, ya no lo parece. Débese tener en cuenta que siendo Jefe Político de Madrid había enérgicamente reprimido en 1821 a los liberales exaltados, que llevaban en triunfo por las calles el retrato de Riego, entonces confinado en Lérida, y que en otras ocasiones también los tuvo a raya, haciéndoselos enemigos, hasta tener que huir de resultas de los sucesos del 7 de Julio de 1822. Por esa firmeza, dice Martínez de la Rosa que «era la persona que podía inspirar más confianza para contener a los revolucionarios» (1); y que para que mejor pudiera hacerlo, se unieron en él los dos cargos de Capitán General y de Superintendente de Policía. Más dice: que «preguntándole el Ministro si necesitaba otras facultades o autorización, etc., respondió que no; que él sabía su obligación y que estaba resuelto (así que hiciera las intimaciones prescritas en la ley de 21 de Abril) a mandar hacer fuego y dejar tendidos en la calle a los revoltosos. Así lo ofreció al Ministro el día antes de salir éste para la Granja». Nosotros no dudamos que lo hubiera hecho así, si la salvajada del 17 de Julio hubiera ido dirigida contra la Reina o contra el Gobierno; pero iba contra los frailes. Y ¿qué hizo? En el Colegio Imperial ya está dicho y lo confirmaremos ahora con dos testimonios. El P. Puyal, requerido con oficio del Teniente General, Peón, encargado de formar el sumario de aquellos sucesos, para que informase sobre lo ocurrido la aciaga tarde del 17 de Julio, y determinadamente, sobre el Capitán General (2); respondió que éste se presentó en la capilla a eso de las cinco; que ignoraba si antes o después había tomado alguna providencia para restablecer el orden; pero que ciertamente con su presencia no se habían impedido los excesos, sino que estando S. E. dentro del Colegio, se habían seguido cometiendo asesinatos, profanaciones y destrozos hasta las siete y media o las ocho (3). El Marqués de Falces, Corregidor de Madrid, instado por el Juez, a quien encargó la sumaria, a que le diera las noticias y datos que tuviese, para con ellos incoar sus diligencias, le contestó que; sabido a las cuatro y me-

(1) Apunte citado.

(2) Oficio original de 9 de Agosto de 1834, en nuestro poder.

(3) Borrador autógrafo de contestación. Lo mismo en sustancia contestó a otro oficio del Conde de González, comisionado para instruir sumaria sobre el comportamiento militar de San Martín.

dia el asesinato cometido en la Puerta del Sol, se había presentado allí inmediatamente, y encontrado ya a San Martín en el cuarto del oficial de guardia del Principal «rodeado de personas acaloradas y de algunos ayudantes y celadores de policía, ocupados de recibir informaciones sobre este homicidio y sobre el hallazgo de los polvos nocivos, que se le presentaron»; y que recibido luego aviso de oírse tiros hacia San Isidro, allá se dirigieron los dos con el Sr. Gobernador civil, Duque de Gor, y hallaron escalado y forzado el edificio. Cuarenta o cincuenta hombres, la mayor parte con uniforme de urbanos de infantería, armados con fusiles, escopetas, hachas y martillos, dice que trataban de forzar la puerta que da a la calle de Toledo; pero que a su vista, la del Corregidor, se retiraron por más de un cuarto de hora, y luego volvieron y entraron. Ya estaba dentro el Capitán General. «Fuí en su busca, sigue diciendo, *y le hallé en un aposento reuniendo datos y procurando, aunque en vano, contener a los amotinados*, que se entregaban al pillaje, forzando puertas y haciendo fuego por los claustros. Aquel jefe dispuso *enviar con escolta de salvaguardias y urbanos a tres religiosos a la cárcel*, y al bajar la escalera fueron asesinados... En todos estos actos me acompañó D. Carlos Vera, ayudante mayor del primer batallón del octavo regimiento, que hacía los mayores esfuerzos por mantener el orden. Convine con el Capitán General en que se presentase un batallón y un escuadrón de milicia urbana, y después de remitirle orden verbal, me presenté yo mismo, pasé revista a los tres batallones del primer regimiento de infantería, al primero del segundo, que se había reunido, aunque no ha recibido todavía su armamento, y a los dos escuadrones del regimiento de caballería. El batallón pedido por el General marchaba ya, cuando la noticia de que se oía fuego en Santo Domingo, le hizo a su Comandante hacer alto y recibió orden para dirigirse a este segundo punto» (1). He ahí en qué estuvo la intervención del Capitán General: en enviar a la cárcel, no a los asesinos, sino a los asesinados, y en reunir datos, metido en un aposento. Y ¿qué datos eran los que reunía? Los dos hermanos teólogos, Juan Coris y José Clos, que sacados de su escondite le fueron presentados nos lo dirán: «Nos preguntó, dicen, por qué nos habíamos escon-

(1) Publicado por el Sr. Ciria en *El Siglo Futuro* de 30 de Agosto de 1909.

dido y si teníamos armas.» Pregunta que supone la sospecha o temor de que las tuviesen. Lo de procurar contener a los amotinados desde allí, no lo entendemos. Y ¿quién creará que no pudo el Capitán General lo que hizo el Corregidor con sólo presentarse ante los amotinados? (1).

La tardanza de las tropas en acudir a San Isidro, otro cargo que a las autoridades hacen cuantos tratan de aquellos sucesos, ahí está manifiesta. Antes de dar la orden, pasan en el Imperial, presenciando los desmanes de los amotinados, buen espacio de tiempo, como por esa relación parece, el Corregidor y el Capitán General. Dada la orden verbalmente, llega el Corregidor a los cuarteles antes de estar ejecutada, y pasa revista a dos escuadrones de caballería, a tres batallones de un regimiento de infantería y a uno de otro *que no tenía armamento* (pues ¿para qué revistarlos?); y cuando el primero de esos cuerpos, que ha de ir a San Isidro, se pone en marcha, recibe orden de dirigirse a Santo Tomás, porque ya se oyen tiros hacia aquella parte. Y ¿no se pudo hacer más en dos horas mortales que pasaron desde el asalto de San Isidro hasta el de Santo Tomás, como notan todas las relaciones; y poco menos desde la entrada de las tres autoridades, Corregidor, Jefe Político y Capitán General en el primero de esos colegios; pues el mismo Corregidor dice que cuando llegaron, aun no había sido forzada la puerta principal? Basta de esto.

Ahora falta saber qué órdenes se dieron a la tropa. No las conocemos en sí mismas; pero de los hechos y dichos de aquellos días en conjunto, se deducen de una manera indudable. Ya hemos dicho que delante del Imperial estuvo la fuerza armada detenida largo rato por no tener orden de hacer otra cosa, y que el oficial que mandaba el piquete puesto de guardia en el Seminario, advirtió al Superior que no tenía orden alguna de resistir a los amotinados. El día 18, un sargento del batallón acuartela-

(1) Un amigo del Sr. San Martín, que no dió su nombre y apellido sino sus iniciales P. G., publicó en *El Observador* de 3 de Agosto un comunicado, en que decía que, con riesgo de su vida, había salvado la de muchos individuos en el Colegio Imperial, el 17 de Julio. Salvaría las de los asesinos, evitando la acción de la tropa contra ellos. Las de los religiosos, ellos que debían saberlo bien, consignaron en sus relaciones extractadas en las páginas antecedentes, quién se las salvó, y quién los dejó a merced de los sicarios, aun en la capilla, donde luego un par de hombres bastó para la defensa.

do en nuestro Noviciado, que había contraído cierta amistad con el P. Ministro, uno de los jesuitas subsistentes todavía en aquella casa, pasó a verse con él y le dijo que procurasen ponerse en salvo, porque si los amotinados los acometían, ellos no tenían orden de defenderlos (1). En San Francisco hubo algo más. Era también cuartel; y advertidos los religiosos de su peligro, pasáronse muchos a él como a lugar seguro. El oficial de guardia les prometió amparo; pero luego «llegado un ayudante, dice el Padre Lerdo, con orden, que suponemos fingida, del Capitán General, para que no se comprometiesen las armas», los hizo salir de allí y volver a la parte del convento que les habían dejado (2). Lo mismo dice en sustancia, aunque con más pormenores y algunas diferencias, D. Vicente de la Fuente, que oyó referir el suceso por entonces a uno de los que se salvaron (3). El P. Cotanilla consignó en su *Diario* el 25 de Agosto de 1868 otra relación semejante, que acababa de oír a D. Bartolomé Velázquez Gaztelu, quien lo sabía por el protagonista mismo de la acción. Era éste el General Santiago, Capitán en 1834, que con su compañía hubo de estar largo rato delante de Santo Tomás, cruzado de brazos, por no tener órdenes para más, y cuando al fin se la dieron y entró en el convento a ejecutarlas, apenas había comenzado, las recibió contrarias por un ayudante del Capitán General. D. Francisco Roméro, primero militar y después ejemplar sacerdote, en unos apuntes biográficos de su padre, el Brigadier, D. Francisco Romero y Palomeque, cuenta que éste, alférez entonces de Lanceros de la Guardia Real, puesto con un piquete en la Puerta de Atocha, no tenía otra orden que la de estar allí, y aun oficiosamente fué advertido de que nada más tenía que hacer (4). La misma Milicia Urbana, en la exposición dirigida a S. M., se lamenta de que formados los batallones, tuvieron que mantenerse, aunque impacientes, «en la penosa inacción en que los habían dejado los jefes de la plaza» (5).

(1) *Relación*, § XVIII.

(2) *Ibid.*, § XII.

(3) *Hist. de las Sociedades secretas*, t. II, c. V, § LXI, pp. 42-44.

(4) *D. Francisco de Raula Romero y Palomeque*, c. I, pp. 17 y 18. El autor nos asegura que su narración está sacada fielmente de los apuntes citados.

(5) Por el texto de la exposición, lo que la Milicia parece quería era, ir, no contra los asaltantes, sino contra los conventos asaltados. Véase a la letra. Formada en sus puestos, «las voces que corrían tan válidas y que ninguna au-

En fin, valga por todos esos testimonios, confirmándolos plenamente, esta expresión del mismo Capitán General en oficio dirigido al Corregidor, apenas tuvo noticia del asesinato de la Puerta del Sol, según se entiende por su contenido: «Yo, tanto por la plaza como por los dependientes de policía, tengo tomadas las (providencias) que me han parecido oportunas, y tengo prevenidos a los cuerpos militares presten mano fuerte, *en caso de ser requeridos*, a las autoridades civiles que la reclamen.» He ahí la orden dada a la tropa: que presten mano fuerte a las autoridades civiles, *si se lo piden*; si no se lo piden, nada. ¿Porqué? El Sr. Martínez de la Rosa en el apunte citado, refiriéndose a la causa que se le formó, dice terminantemente que «nunca pudo explicar por qué no había hecho uso de la fuerza... Van transcurridos muchos años, y no es fácil comprender la conducta de San Martín en aquellos sucesos, tan distinta de la que había mostrado otras veces». Nosotros ya lo hemos dicho: otras veces era atacado el Gobierno; ahora los frailes. ¿Fué torpeza? ¿Fué complicidad? ¿Fué connivencia? No lo sabemos.

De la intervención del Corregidor tenemos las noticias que él mismo nos da en el oficio citado, seguramente no exageradas en contra suya, y que tan poco dicen en favor.

Del Gobernador sólo sabemos que aquel mismo día firmó un bando, en que, atribuyendo negras maquinaciones a los enemigos de la Reina, que abusaban de las circunstancias para conspirar, prohíbe la difusión de noticias alarmantes y la formación de grupos de más de nueve personas declarando rebeldes a los que los formen (1). Otro semejante publicó el Corregidor el 18, y el suyo al mismo tiempo el Ministro del Interior por medio del Gobernador con las mismas ideas de que los autores de aquellos sucesos eran los enemigos de la Reina y de la justa libertad, que cuidadosamente los habían preparado con las voces esparcidas sobre el envenenamiento de las aguas; que estaban tomadas las medidas convenientes para que no se repitiesen; que la autoridad suprema contendría a todos los partidos en los límites del orden y

toridad desmintió, de que se hacía fuego desde algunos conventos, los tiros que efectivamente se oían a lo lejos, y las imprudentes excitaciones de algunos paisanos, aumentaban su impaciencia hasta lo sumo; pero nada bastó a sacar el regimiento de la penosa inacción en que le habían dejado los jefes de la plaza.» En todo caso se ve que tenía orden de no moverse.

(1) Arch. del Ayuntamiento de Madrid, 1-26-64. Copia.

de la bien entendida libertad; y que castigaría con mano fuerte los crímenes cometidos el día antes por personas *que no le eran desconocidas* (1).

La Reina gobernadora firmó también un decreto, en verdad bien flojo, contra los grupos de gente armada que atacasen a los conventos u otras casas (2). El bando del Gobernador era del 17, y los tumultos y atentados se repitieron el 18; el del Ministro se fijó en público después de las diez de la mañana, y los intentos de asaltar las casas religiosas continuaron hasta bien entrada la tarde, aunque las tropas, como está dicho, lo estorbaron.

11. La impunidad de un crimen tan atroz o de tantos y tan horrendos crímenes, fué casi completa. Un músico del regimiento de la Princesa, llamado Martín Fornes, sufrió la pena de muerte el día 18 de Agosto; y un joven de diez y ocho años, Joaquín Aro, el 16 de Diciembre, por ladrones, según parece, no por asesinos, y no hubo, que sepamos, otra sentencia capital. Algunas penas menores, aunque muy pocas, creemos que se aplicaron. ¿Cuál fué la causa de esta impunidad? Oigamos al señor Martínez de la Rosa. «Por todos los ministerios, dice, y especialmente por el de Gracia y Justicia, se dieron las órdenes más severas para castigar el atentado, debiendo los jueces dar parte al Gobierno cada dos horas de lo que fuese resultando, consultándole, etc. El Ministro de Estado (el mismo Martínez de la Rosa), excediéndose de sus facultades, llamó frecuentemente a los jueces, estrechó, disputó con ellos cerca de abreviar las causas, etc., etc... Reconvinendo Martínez de la Rosa a los jueces, contestaban éstos, y con razón, que no podían condenar sin pruebas; que no había testigos; que éstos no querían declarar

(1) *El Observador* del sábado 19 de Julio de 1834.

(2) *Decretos de la Reina*, t. XIX, pp. 334 y 335. Véanse sus artículos principales. Primero: «Toda reunión de diez o más personas, que se dirijan con armas de cualquier clase a allanar algún convento, colegio o casa particular, o a perturbar de hecho el orden público, deberá deshacerse en virtud de la intimación que hará la competente autoridad por tres veces en el corto intervalo necesario para que no pueda alegarse ignorancia.» De modo que si los armados eran menos de diez, no estaban comprendidos en el decreto. Tercero: «Si alguno o algunos de los que hayan permanecido en grupos sediciosos, después de hechas las tres intimaciones, fueren aprehendidos en el acto, serán destinados por ocho años a los presidios de Ultramar, si llevasen armas, y por cuatro si no las llevasen.» ¿Y si no eran aprehendidos en el acto, sino más tarde?

por miedo; y que los mismos frailes, al carearlos con los asesinos, decían que no los conocían, por el temor de que luego los matasen» (1).

Es muy probable que hubiera algo de esto; pero hubo algo más. Las autoridades militares entorpecían el proceso retardando las respuestas que pedían los magistrados; cuando la naturaleza de la causa y la supresión de todo fuero para declarar en ella por su gravedad, exigían la mayor prontitud (2). No creemos maliciosa esa tardanza; pero contribuía a borrar las huellas del crimen.

Otra cosa hay que decir de alguno de los jueces civiles. Era uno de los Tenientes de villa, D. Santos López Pelegrín, y por oficio o por comisión formó la sumaria por lo concerniente a San Francisco, al Colegio Imperial y a su finca o huerta de Luche. La formó tan mal, embrolló de tal manera las cosas, e incurrió en tantas y tales omisiones, que D. Álvaro Gómez Becerra, a cuyas manos pasó, como fiscal auxiliar nombrado para estas causas, tuvo por imposible ya separar y ordenar las cosas allí mezcladas y confundidas; por necesario prescindir de muchas, relativas a los asesinatos de San Isidro y San Francisco y a los robos de ambas casas y de nuestra huerta; y por pasado el tiempo oportuno para hacer diligencias tan necesarias, que aun así creía debían hacerse, bien que sin esperanza del fruto deseable. Y a continuación enumera buena porción de ellas (3). Trasladado a otro empleo el Sr. Becerra, pasaron los autos al fiscal fijo o numerario, D. Laureano de Jado, quien después de examinarlos, presentó su dictamen comenzando con estas palabras: «El fiscal, al reconocer esta causa, no ha podido menos de llenarse de indignación, viendo el descuido, ignorancia o mala fe del juez que ha entendido en el sumario. Ella es un laberinto en que se pierde la imaginación y el entendimiento del que tiene la desgracia de reconocerla; es un fárrago de papeles sin orden, método ni clasificación; y en fin, es un embrollo y el testimonio más auténtico de la ninguna inteligencia del que la ha formado, cuando no sea

(1) Apunte citado.

(2) El 1 de Agosto comunicaba el Ministro de Gracia y Justicia al de la Guerra esta queja de la Audiencia. (Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Reservado*, n. 23. Minuta rubricada.)

(3) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia. *Reservado*, n. 23. Copia auténtica del dictamen, 28 de Agosto de 1834.

otra cosa. El fiscal ve con asombro y aun con escándalo que en una causa en donde se han confundido los horrorosos atentados ocurridos en los conventos de San Francisco y San Isidro, que son los mayores y en mayor número que todos los demás cometidos en otros conventos, con la tala y saqueo de la huerta de los Padres jesuitas, extramuros de la población y con otros excesos aislados e inconexos, cometidos en los aciagos días diecisiete y dieciocho, no se encuentre apenas a quien acusar de verdadero delincuente o cómplice en tan horrorosos crímenes. El celo que algunos alcaldes de barrio han manifestado en averiguación de aquellos delitos y crímenes, recogiendo por las casas objetos robados, y a quienes se debe más que al Teniente lo poco que se ha descubierto en esta causa; se ha visto cuasi frustrado por el poquísimo o ningún acierto con que fueron examinados los acusados y se practicaron las demás diligencias consiguientes. De modo que puede asegurarse sin equivocación, que lejos de haber contribuido el juez inferior a la persecución y averiguación del delito y delinquentes, ha sido la verdadera causa de la impunidad, que es consiguiente a tan marcados e irremediables defectos y omisiones, como los que aparecen en este proceso.»

La acusación es grave; y con todo, lejos de estar atenuada en lo restante del dictamen, no está sino agravada con expresiones como estas: «Quizá no era esto lo que se buscaba (el castigo de los delinquentes); se trataba de oscurecerlo y confundirlo todo... El fiscal no puede dejar en silencio otros varios (defectos) igualmente esenciales, que han contribuido mucho a que no se hallen descubiertos los criminales: *que es el fin a que parece se han dirigido los que han actuado en este desgraciado y culpable sumario.*»

Con esto, el estado de la causa era tal el primero de Octubre, fecha del dictamen, aun después de subsanadas de la manera posible las faltas que taxativamente pidió se subsanaran el señor Becerra, que el Sr. Jado no cree ya poder proceder a la acusación sin nuevas diligencias, que enumera y pide, hasta diez, pero que se encomienden a otro juez más activo e inteligente, al nuevo Teniente de Corregidor, D. Mateo Cortázar, terminando con este gravísimo y sentidísimo «Otrosí: El fiscal lamenta la impunidad escandalosa, que presenta este proceso, de tantos y tan horrendos crímenes cometidos en los jesuitas y en San Francisco la tarde y noche del 17 de Julio, que son los mayores. Esta es la primera vez que habla el fiscal en esta causa, y en que ve lo que

no creía podía verse y hacerse. Protesta y pedirá en ella el castigo a su tiempo contra quien y quienes puedan aparecer los fautores y cómplices de esta infernal impunidad. Acaso vendrá un día en que la nación española y el Trono den la satisfacción correspondiente y presenten la venganza pública que reclaman el cielo y la tierra por aquellos atentados y crímenes de que hoy se le priva en esta causa» (1).

¿Procedieron de igual modo los demás jueces que intervinieron en las causas formadas por los sucesos de Santo Tomás, de la Merced y de otros conventos? Ciertas expresiones del Sr. Jado hacen temer que, al menos algunos, de un modo o de otro, procuraron también encubrir a los delincuentes. «El fiscal no puede menos de manifestar la fundada sospecha de que también en esta causa (sobre San Francisco, el Imperial y su huerta) se ha hecho lo que por fatalidad se ve en otras causas.» Y expone como prueba un caso, terminando con estas palabras: «De todo lo cual hay motivo para inferir la parcialidad y malicia con que se ha podido proceder en este extremo, y que se ha tratado de ocultar el delito de los referidos Ichazo y Soler. El fiscal sentiría mucho que en el caso presente hubiera sucedido o sucediese lo mismo; y entonces, tiemble el que se crea culpable, si por fin llegase a descubrirse.»

Tenemos, además, otros testimonios explícitos del mismo fiscal, consignados en carta autógrafa dirigida en 19 de Febrero de 1842 a un amigo, que le había pedido noticias sobre aquellos sucesos, para una obra en que había de tratar de ellos. En esa carta elogia, sí, en general la actividad de los jueces de primera instancia en la formación de los procesos. Pero también escribe considerando éstos como fuentes históricas: «Los procesos nada dicen, *porque todo se procuró ocultar.*» Y notando los graves indicios que había contra el oficial mismo de la guardia del Principal, como asesino del mozo que pereció en la Puerta del Sol, asegura que, «sin embargo, se procuró taparlo todo y embrollarlo en términos que aquella víctima primera y precursora de todos los demás atentados y crímenes de aquella tremenda tarde y noche, quedó sin la necesaria venganza y satisfacción.» Alguna parte atribuía también al miedo, como el Sr. Martínez de la Rosa,

(1) Archivo del Ministerio de Gracia y Justicia; *Reservado*, n. 23. Copia auténtica.

en la falta de pruebas que se notaba en el proceso. «¿Quién se quería, dice, que descubriese la verdad, ni se atreviera a indicarla?» Por eso y porque es sabido que en tales crímenes colectivos rara vez se llega a hacer justicia por los trámites ordinarios, escribe el severo magistrado: «Estos procesos se hacen en las calles y plazas a balazos; intentarlos después para consignar la verdad y descubrir los autores de aquellas maldades era cosa perdida, como suele decirse.»

Terminemos con otras palabras tuyas gravísimas sobre aquellos sucesos y con el resumen que de su exposición de ellos hace D. Vicente de la Fuente. «Ellos fueron obra, dice el Sr. Jado (no lo dude usted), de los exaltados de la política, de las sociedades secretas y de la indiferencia criminal y notoria ineptitud de las autoridades que había en Madrid en aquel día ominoso (17 de Julio de 1834) y del alto Gobierno, cuando no fuera otra pasión más reprobada de todos ellos la que produjo y fomentó aquellos tremendos sucesos. De todo esto se habló entonces y todo llegó a mis oídos.»

El Sr. La Fuente se expresa con más claridad todavía. «La conspiración para asesinar a los religiosos en Madrid y en toda la nación, dice, venía de muy atrás. El Gobierno la sabía y no podía menos de saberla, pues era secreto entre muchos. Los religiosos mismos recibían avisos reservados de sus parientes y amigos. El Gobierno, como todo el partido liberal, se burló de la noticia de la entrada de D. Carlos en Navarra; pero al ver que era cierta y notar el júbilo de los carlistas con este motivo, dejó que las sociedades secretas realizaran su plan infernal, para manifestar a los carlistas que, llevadas las cosas al extremo, estaba dispuesto a dejar hacer con ellos lo que se hacía con los frailes» (1).

12. Fuera de Madrid, aunque no dejó de haber algún temor de atropellos semejantes, en ninguna otra parte se cometieron por entonces. En Valencia, los días inmediatos, a pesar de las seguridades que por público bando dió el Capitán General, muchos Padres y Hermanos, tanto del Colegio como del Seminario, temieron y se refugiaron en casas de personas amigas.

Las consecuencias del horrendo atentado para la Compañía, fuera de las pérdidas materiales y personales, no pudieron me-

(1) *Hist. de las Sociedades secretas*, t. II, § LXI, fin.

nos de ser gravísimas. En el Colegio Imperial se suprimió el internado; nuestros jóvenes filósofos de primer año, en vez de venir a él, se quedaron en Alcalá; los de segundo, en el Seminario de Nobles, y los de tercero, que sólo eran tres, en el Noviciado, todavía ocupado en su mayor parte por la tropa; algunos dispersos, no sabemos si en sus casas o en otras. Aun los novicios, quedando la mayor parte en el Seminario de Nobles, volvieron unos pocos a la parte que ocupábamos del Noviciado y otros a sus casas, sin dejar de ser novicios. Así estaban las cosas todavía en Enero de 1835, y poco variaron después. Las clases públicas en Madrid se abrieron con retraso; pero en las superiores todavía entraron más de trescientos estudiantes, con alguna guardia al principio dentro de los patios, para su seguridad. En ambos seminarios de Madrid y de Valencia disminuyó el número de alumnos. Y lo más grave de todo era la inseguridad, nunca totalmente disipada y con frecuencia agravada, en que todos vivían temiendo por la propia vida. A los pocos días del triste suceso, no creyéndose segura, se disolvió la comunidad del Imperial; con lo que las tres de Madrid vivieron algún tiempo dispersas, quedando en casa sólo unos pocos Padres y Hermanos (1). Reunidas luego otra vez a mediados de Octubre, llegó a tanto el temor, que el Provincial tuvo por necesario acudir al Ministro del Interior, exponiendo que a superiores y súbditos llegaban por diversos conductos avisos reservados de que estaba próxima a estallar otra asonada como la de Julio; con lo cual consternados, como no podía menos, reciente aún y viva la memoria de aquellas sangrientas escenas, les era imposible desempeñar sus ocupaciones en bien del público en la iglesia, en las escuelas inferiores, ya abiertas, y en las superiores, próximas a abrirse. No puede el Provincial ni despreciar aquellos avisos, como lo hizo la otra vez, ni desatender los clamores de los súbditos, que piden seguridad para sus vidas, ni, por tanto, dejar de reclamarla ante el Gobierno (2). El P. Morey presentó por sí mismo esta exposición al Ministro, apoyándola de palabra; y algunos días después, en una conferencia con el Superintendente General de Policía, convinieron en que durante las clases hubiese en el cole-

(1) P. Lerdo al P. General, sin fecha, pero es de Julio de 1834. P. Morey al mismo, 16 de Agosto del mismo año. Originales en *Cast. II*.

(2) Tenemos copia de esta exposición, fecha a 15 de Octubre de 1834.

gio cuatro o cinco guardias. Así comenzaron las clases superiores el 4 de Noviembre con más alumnos que el año anterior (1). Continuaba en lo demás, y no sin motivo, el temor general; pero al Gobierno le molestaba el que los religiosos le tuvieran y tomaran las precauciones consiguientes. El 19 de Diciembre pasó a los superiores una circular el Ministro de Gracia y Justicia, diciendo haberse sabido que algunos, «desconfiando de la justa protección que el Gobierno de S. M. dispensaba imparcialmente a todas las clases del Estado, y temiendo por su seguridad personal, vestían traje seglar para salir de sus conventos», y que por los desórdenes a que eso se prestaba, por la extrañeza que causaba, y por no permitirlo las reglas; S. M. lo prohibía y mandaba castigar a los que en esto faltasen (2). Los lectores podrán admirar aquí el celo del Gobierno por la observancia regular; y recordando los sucesos de Julio de este año en Madrid y los más horribles del siguiente en varias partes de España, tendrán por muy justificada su indignación ante el reproche que, con vestir de seglares, le hacían los frailes, de no tener garantizada su seguridad personal.

Por este tiempo y por causas bien diferentes del cólera fué casi disuelta la comunidad de Loyola. La guerra civil, comenzada a la muerte de Fernando VII, pero reducida en sus principios a levantamientos aislados y poco afortunados en favor de don Carlos, vino a quedar formal y seriamente entablada desde que Zumalacárregui dió a las partidas del Norte la admirable organización, que con las ventajas del terreno y del favor de la población, bien utilizadas por él y por los suyos, le hacían vencedor aun en sus mismas derrotas, y obligaron al Gobierno a enviar contra él sucesivamente a los Generales Valdés, Quesada, Rodil, Mina y otros. D. Carlos se hallaba en Portugal cuando murió su hermano, y desde allí se proclamó su sucesor; pero como en el vecino reino se reñía un pleito parecido al nuestro, y D. Miguel, tío de D.^a María de la Gloria y representante de los mismos principios que D. Carlos, fué vencido, no sin ayuda de España, que envió allá tropas contra los dos Infantes, el portugués y el español; ambos tuvieron que salir de la Península los pri-

(1) P. Morey al P. General, 31 de Octubre y 6 de Diciembre de 1834, original en *Cast. II*.

(2) Poseemos el original dirigido al P. Morey.

meros días de Junio, dirigiéndose por mar el primero a Génova y el segundo a Inglaterra. Apenas había pasado un mes, cuando el español se presentó en Navarra en medio de sus defensores, produciendo en aquel campo el mayor entusiasmo, y en el opuesto la mayor irritación. Es muy posible que esta influyera, como indica el Sr. la Fuente, en el degüello de los frailes, afectos, sin género de duda, en su inmensa mayoría, a la causa de D. Carlos, y algunos, pocos, y de Madrid ninguno que sepamos, activos favorecedores de ella. Casi al mismo tiempo que D. Carlos entró en Navarra, llegó al teatro de la guerra el nuevo General del ejército de la Reina, D. José Ramón Rodil; quien poco antes de ser destituido del mando a los tres meses escasos, pasando por Azpeitia, echó a la villa y a las comunidades religiosas una fuerte contribución de guerra, de la que correspondieron a Loyola diez mil duros. Como los Padres no los pudieron pagar, se llevó arrestados a Vitoria el 10 de Septiembre a los tres sacerdotes jóvenes, Angel Zavaleta, Superior, José Lorenzo Goenaga y José Ramón de Lasúrtegui, dejando sólo al más que octogenario, Padre Echezarraga, con los Hermanos coadjutores. De Vitoria fueron llevados a Pamplona, de allí vueltos a la cárcel de Vitoria, confinados a mediados de Noviembre en Torrejón de Ardoz, cerca de Alcalá, y autorizados dos meses después para vivir en alguna de nuestras casas de Madrid, bajo la responsabilidad del Provincial (1).

El 14 de Enero de 1835 llegaron, y el 18 tuvieron que salir ellos y todos o los más a esconderse en otras de particulares, atemorizados ante la sublevación, que de concierto con los liberales exaltados, promovió el oficial del regimiento de Aragón, Cardero, con setecientos hombres de él, para precipitar la revolución, y en la cual fué asesinado el Capitán General, Canterac, el Teniente de Rey, Brigadier Zamora, nuestro favorecedor el 17 de Julio, y algún otro. El plan de la conspiración fracasó; pero los sublevados quedaron impunes, y aun impusieron ellos las condiciones de su rendición.

Entretanto iba creciendo o declarándose cada vez más la ene-

(1) Original del Marqués de Viluma, Superintendente de policía, de 10 de Enero de 1835, en nuestro poder. *Historia del Colegio de Loyola* desde 1816 hasta 1840. Cartas del P. Morey al Superior de Sevilla, originales en la Col. Sev.

miga de los liberales, exaltados y moderados, contra el clero y principalmente contra las órdenes religiosas, cuya supresión pedían sin rebozo, como no podían menos los hombres de las dos épocas constitucionales pasadas. A la par iba también en aumento la preponderancia y el poder de los enemigos del Estatuto y de todo lo que no fuera Constitución pura y simple; y estaba visto que en cuanto lograran el mando; la reforma de los regulares, encomendada a la Junta eclesiástica, la harían ellos de raíz, suprimiéndolos de una plumada. Los más rabiosos no tuvieron paciencia para esperar esas disposiciones legislativas, y como la impunidad de los crímenes del 17 de Julio antecedente les quitaba todo temor; renovaron por Abril siguiente en Zaragoza las mismas escenas, nuevo preludio de las más generales que después vinieron.

Por lo que hace a la Compañía en particular, tan amenazada estaba su existencia en España, que la nueva supresión estuvo muy lejos de sorprenderla como la de Carlos III. La correspondencia del P. Morey está llena de fuertes temores, débilmente iluminados por algún rayo de esperanza. Síntesis de cuanto sobre este punto escribía y expresión exacta de la situación de las cosas es esta frase de carta del 6 de Marzo: «La enferma, aunque está de peligro, pero va trampeando, y se puede esperar que todavía cure de su dolencia» (1). Como indicio de la persecución de los malvados y de la prevención del Gobierno contra ella puede considerarse este incidente, ocurrido a fines de 1834 o principios de 1835.

Dijeron algunos periódicos que el profesor de Disciplina Eclesiástica de los Reales Estudios había tachado en sus lecciones de intrusa y semicismática la Junta creada por S. M. el 22 de Abril; y pasados algunos días, tal vez un mes, el Ministro de Gracia y Justicia, Garellly, intimó al P. Provincial la orden de averiguar bajo su responsabilidad la verdad del hecho, advirtiéndole que se averiguaría también por otro lado, para desmentirlo si era falso, y castigarlo, si cierto (2). No fué, que sepamos, ni castigado ni desmentido. Sin duda el fruto de las demás investigaciones fué el mismo que el Provincial consignaba en su respuesta. Desde que los diarios publicaron la noticia, se enteró el

(1) Al Superior de Sevilla, original en la *Col. Sev.*

(2) Original de 9 de Enero de 1835, en nuestro poder.

Rector del Colegio de la verdad de lo ocurrido por oyentes de aquella cátedra, jesuitas y no jesuitas; y lo que el profesor dijo de la Junta Eclesiástica, al hablar de los concilios, fué, que no era concilio, ni nacional, ni provincial ni aun diocesano, y que por eso tenía el nombre de Junta (1).

No era ése el único golpe, que la prensa liberal asestaba contra nosotros, como ya puede entenderse del que ha sido y será siempre el gran instrumento de todas las revoluciones. Los periódicos dieron contra la enseñanza de las congregaciones religiosas, y nominalmente contra la de la Compañía, que había sido, decían, llamada del destierro en 1815 por el despotismo como auxiliar suyo, y por su espíritu de proselitismo se había desarrollado tan prodigiosamente que, no bastando para llenar una de sus antiguas casas los jesuitas venidos entonces de Italia, para 1820 ya las tenían ocupadas todas. Si se ha de fomentar la ilustración, como promete S. M. en el discurso de apertura de Cortes, necesario será por lo menos sacar de sus manos la educación de la juventud (2). Pues apenas cayó del poder Martínez de la Rosa, luego presidiendo el Conde de Toreno, el Ministro de la Gobernación, Alvarez Guerra, prohibió toda enseñanza pública a los regulares, menos la de primeras letras y Humanidades a los Escolapios (3). Los periódicos dieron también contra la existencia misma de la Compañía. Todavía excitaba el apetito de algunos el fantasma de sus famosas riquezas; y cuando los superiores se veían precisados a suprimir uno y dos platos en la mesa por no haber para ellos (4), un periodista en *La Abeja* proponía como remedio de la penuria del erario, que pasasen a él los muchos bienes de la Compañía, cuya supresión, decía, desea la nación y pedirán las Cortes, si S. M. no les ahorra la petición, decretándola antes (5):

Inútil sería señalar una por una las voces de este clamoreo de la prensa liberal contra una institución, primer blanco siempre de las iras revolucionarias.

13. El Gobierno, por su parte, según veremos que declaró

(1) Copia de respuesta de 11 del mismo.

(2) Véase *La Revista Española* de 18 y de 20 de Julio de 1834.

(3) Real orden de 23 de Junio de 1835, publicada en la *Gaceta* del 25.

(4) En Alcalá, según escribía el P. Morey al Superior de Sevilla el 18 de Noviembre de 1834; original en la *Col. Sev.*

(5) Extracto en *El Observador* de 21 de Julio de 1834.

más tarde su Presidente, no tardó en dar principio, sin publicarlo, al expediente de supresión; y si en las Cortes, sobre todo en el Estamento de Procuradores, puede maravillar que nadie alzara antes la voz para pedirla; en su seno, en la comisión nombrada para dar dictamen acerca del proyecto de ley, presentado por el Gobierno sobre arreglo de la deuda interior, estaba ya propuesta y aprobada el 19 de Febrero de 1835. Mejor dicho, se daba por supuesta; y como si estuviera ya ejecutada, la comisión añadía al proyecto este artículo, de que no había en él ni rastro. «Artículo 6.º Asimismo se aplican (a la amortización de la deuda pública) todos los bienes y rentas, derechos y acciones de la extinguida Inquisición y las temporalidades de jesuitas» (1).

Hasta el 21 de Abril no llegó a discutirse este artículo en el Estamento de Procuradores; y aquel día puede decirse que no hubo discusión. Un diputado pidió que se leyera la pragmática de Carlos III recopilada en la *Novísima*. Otro dedujo de esa sola premisa, que el restablecimiento había sido injusto, y añadió que no lo había sido menos la restitución de sus antiguos bienes; porque Carlos IV los había aplicado en 1798 a la extinción de la deuda, y así devolverlos a la Compañía era privar de ellos a los acreedores. Más; que siendo los jesuitas poco afectos a Isabel II y a la libertad, como gran parte de ambos cleros, con esos bienes cometerían mil crímenes y comprometerían la causa liberal (2).

El Presidente del Consejo manifestó la opinión del Gobierno, dando razón de no haber incluido este artículo en su proyecto. Los bienes de la Inquisición ya se aplicaron a la extinción de la deuda pública al suprimir formal y definitivamente el funesto tribunal en 15 de Julio de 1834. Cuanto a los jesuitas, ya antes de reunirse las Cortes empezó el Gobierno a formar expediente acerca de ellos. Dejando a un lado alabanzas y vituperios, prescindiendo de extravíos particulares y respetando las personas, hay que fijar la atención en las circunstancias de la época y en los principios de utilidad pública. Ni hay porqué hacer fuerza en el extrañamiento decretado por Carlos III, bien que esto prueba

(1) *Diario de las sesiones del Estamento de Procuradores, 1834 a 1835, tomo 3.º, apéndice al n. 192 (o a la sesión de 9 de Abril de 1835).*

(2) En prueba de lo que el clero fomentaba la guerra civil, dijo que don Carlos llevaba consigo una falange de cuatrocientos o quinientos frailes. Y lo creería, y no sería sólo en creerlo.

su persuasión de que entraba en las facultades del Soberano. Se vendieron sus bienes, y los compradores no han sido inquietados. Carlos IV trató de suavizar la suerte de los individuos; pero mantuvo la política de su padre contra el cuerpo. En 1815 se hizo el restablecimiento sin contar con el Consejo, como se debía; y sin duda para cohonestar esa falta o suplirla con la voluntad del pueblo, se concedieron jesuitas solamente a aquellos cuyos Ayuntamientos los habían pedido, esperando que los pedirían muchos más, aunque se equivocaron. Las Cortes del año veinte suprimieron la orden; pero dejaron en el reino a los sujetos, por no considerarlos peligrosos; y aun proveyeron a su mantenimiento: «Principio justo, honroso y conveniente en todas épocas, suprimir las instituciones viciosas y atender a la subsistencia de los individuos.» Desde el veintitrés se han abierto algunas casas, sin más decreto de restablecimiento que el general deshaciendo todo lo hecho por las Cortes. Hay unos diez colegios, y los sacerdotes apenas llegan a noventa. De notar es que en 1826, tratándose de poner a su cargo la enseñanza de la juventud, hizo grande oposición la Dirección General de Estudios, nada sospechosa en la materia.

Todo esto y algo más dijo el Sr. Presidente del Consejo, sin necesidad ninguna, puesto que en nada de eso se fundaba la declaración que ya tenía indicada sobre el asunto, y ahora expuso en términos formales, a saber: que el Gobierno creía conveniente para el bien del Estado la supresión de la Compañía, y debido, atender a la subsistencia de sus individuos después de ella; que por tanto, estaba instruyendo el oportuno expediente, no mirando al Código penal, como que nada tenía que ver en este negocio, sino a los principios dictados por la política y la conveniencia pública, y procurando conciliar en lo posible las convenientes reformas con el menor perjuicio de los particulares. Suprimida la orden, claro estaba que sus bienes, cubiertas las cargas de justicia, habían de emplearse en levantar las del Estado. Así, pues, el Gobierno nada tenía que oponer al artículo que se discutía.

La supresión estaba resuelta, y el P. Morey la dió por hecha, contando solamente con que antes de ser intimada pasarían quince días o un mes (1). Sin embargo, pasada una semana, había

(1) Al Superior de Sevilla aquel mismo día, 21 de Abril; original en la Col. Sev.

cochado alguna esperanza, no sabemos con qué fundamento, de que por entonces se conjurara la tempestad. «Parece, decía, que a pesar de lo resuelto en el Estamento el martes pasado, hay algunas esperanzas de que no llegue a tener efecto nuestra muerte política. Veremos lo que el Señor irá disponiendo» (1). Y así siguieron fluctuando, sin que pueda decirse si más inclinados a esperar que a temer hasta el mismo día anterior a la firma del decreto. Quizá Martínez de la Rosa no era partidario de esas medidas violentas, y quería y esperaba poder ir dando largas, sobre todo una vez cerradas las Cortes el 29 de Mayo. Pero no pudo sostenerse en el poder; y combatido fuertemente a causa de diversas negociaciones políticas relativas a la guerra civil, y fracasada entre ellas la de intervención armada de Francia, que había solicitado, presentó la dimisión el 7 de Junio.

Le sucedió el Conde de Toreno, Ministro de Hacienda entonces, y en este cargo entró el tristemente célebre Mendizábal. La revolución había dado un paso más; y la Compañía experimentaría bien pronto las consecuencias. No tardó en proponerse y resolverse en Consejo de Ministros su supresión por Real decreto. Pero pasó el proyecto al Consejo de Gobierno; y allí opinaron que, habiendo sido la Compañía restablecida con las formalidades propias entonces de una ley, y estando ahora su supresión comprendida en el proyecto de otra, aprobado ya en el Estamento de procuradores y pendiente en el de próceres al cerrarse las Cortes, sólo por ley podía ser suprimida (2). Vanos escrúpulos debieron de parecer estos a los señores Ministros; y así la Reina gobernadora, adoptando su dictamen, expidió el día 4 de Julio el tiránico decreto, fundándolo únicamente, como había expuesto Martínez de la Rosa, en la conveniencia de la supresión para la prosperidad y bien del Estado. He aquí igualados los tiempos de la libertad con los del despotismo; a María Cristina con Carlos III, cuya pragmática en parte expresamente restablece el decreto.

«Conviniendo, dice, para la prosperidad y bien del Estado que se restablezca en su fuerza y vigor la Pragmática Sanción de 2 de Abril de 1767, que forma la ley 3.^a, tit. 26, libro 1.^o de la

(1) Al mismo Superior de Sevilla, original en la *Col. Sev.*

(2) A. H. N.; *Estado*; leg. 911. Actas del Consejo de Gobierno; sesiones de los días 26, 29 y 30 de Junio de 1835.

Novísima recopilación, en cuanto por ella tuvo por bien mi augusto bisabuelo, el Sr. D. Carlos III, suprimir en toda la monarquía la orden conocida con el nombre de *Compañía de Jesús*, ocupando sus temporalidades; he venido en mandar, en nombre de mi excelsa hija, la Reina Doña Isabel II, lo que sigue:

1.º Se suprime perpetuamente en todo el territorio de la Monarquía la *Compañía de Jesús*, que se mandó restablecer por Real decreto de 29 de Mayo de 1815, quedando éste, por consiguiente, revocado y anulado, como lo había sido ya por las Cortes de 1820.

2.º Los individuos de la Compañía no podrán volver a reunirse en cuerpo ni comunidad, bajo ningún pretexto, debiendo fijar su residencia en los pueblos que elijan de la Península, con aprobación del Gobierno, donde vivirán los que estén ordenados *in sacris* en clase de clérigos seculares, sujetos a los respectivos ordinarios, sin usar el traje de su referida orden, ni tener relación ni dependencia alguna de los superiores de la Compañía, que existan fuera de España; y los que no estuviéren ordenados *in sacris*, en clase de seglares, sujetos a las justicias ordinarias.

3.º Se ocuparán sin pérdida de momento sus temporalidades, que comprenden los bienes y efectos, así muebles y semovientes como raíces y rentas civiles o eclesiásticas, que los regulares de la Compañía posean en el reino, sin perjuicio de sus cargas y de los alimentos de los propios regulares, que consistirán en cinco reales diarios a los sacerdotes y tres reales a los legos en igual forma, los que se pagarán a unos y otros cada seis meses de los fondos de la caja de amortización, y perderán, si salieren del reino.

4.º No disfrutarán de estos alimentos vitalicios los jesuitas extranjeros que existan en los dominios españoles dentro de sus colegios o fuera de ellos, ni tampoco los novicios, por no estar aún empeñados con la profesión.

5.º Los bienes, rentas y efectos de cualquier clase que actualmente poseen los regulares de la Compañía, se aplican desde luego a la extinción de la deuda o pago de sus réditos. Se exceptúan, sin embargo, de esta aplicación las pinturas, bibliotecas y enseres que puedan ser útiles a los institutos de ciencias y artes; así como también los colegios, residencias y casas de la Compañía, sus iglesias, ornamentos, y vasos sagrados, de los que

me reservo disponer, oídos los Ordinarios eclesiásticos, en lo que sea necesario y conveniente (1).

No tenemos noticias particulares sobre la ejecución de este decreto en las diversas casas. Una carta del P. Lerdo al P. General, escrita por encargo del P. Morey el 19 de Septiembre, nos informa en general de ella y de la dispersión de los sujetos en aquella fecha. Dice así traducida del latín: «Deseaba el P. Morey participar a V. P. que todos nosotros, para lo triste y calamitoso de los tiempos, cuando otros religiosos son asesinados o desterrados, y sus conventos incendiados, nos hallamos con alguna tranquilidad. Como nos echaron hace tiempo de nuestras casas, reduciéndonos a la condición de clérigos seculares, apenas tenemos que sufrir sino lo que en general todo el clero; verdad que no es poco. Pero en fin aun vivimos, por la bondad de Dios, y ejercitamos disimuladamente algunos ministerios. Además se ha librado de la supresión la comunidad de Loyola, por lo menos hasta principios de Agosto; porque aquellos días nos escribieron que habían celebrado la fiesta de N. S. Padre con la misma o mayor solemnidad que otros años. Después no hemos vuelto a saber de ellos; pero creemos que allí todo sigue como antes. En las demás partes todos han tenido que dispersarse y dejar la sotana, aunque sin violencia, si no es en Mallorca, donde el 21 de Julio se les hizo salir de casa en el momento mismo de intimarles el decreto, sin dejarles llevar nada consigo, ni permitir a los sacerdotes desde el día siguiente vivir en la ciudad, predicar ni oír confesiones. Pero de esto ya por otro conducto tendrá V. P. más puntual noticia.

Así, pues, la mayoría quedamos en las mismas poblaciones donde estábamos, fuera de los de Manresa; que de allí han tenido que salir aun los que habían nacido en ella, dirigiéndose a Barcelona, para presenciar mayores horrores y tenerse que ir juego cada uno por su lado. El Superior, que es algo cobarde, dejando a sus súbditos se fué a Mallorca; y otros tres, el P. Pablo Oller, el H. Esteban Parrondo, escolar, y el H. Santiago Oleza, novicio, se embarcaron para Italia y habrán, tal vez, llegado a Roma, siendo ya conocidos de V. P. personalmente, y no sólo por los catálogos, como antes. De Valencia salió el P. Jerónimo Rius con el H. Durán, coadjutor, primero para Menorca, y des-

(1) *Decretos de la Reina*, t. XX, p. 280.

pués, no creyéndose allí tampoco seguro, el Padre pensaba ir a Cerdeña, y aun parece que a Roma. No sabemos si ya se ha embarcado. Bien se ve que le lleva más el miedo que el viento.

El P. Berdugo, que de aquí pasó a Sevilla con la idea de ir a Filipinas, no se atrevió a tomar la primera embarcación, que salió de Cádiz el mes pasado. Ahora se está aprestando otra; veremos si se va en ella. Le tienen los suyos en su casa; y ¿quién sabe si le detienen?

De aquí han salido otros dos sacerdotes, los PP. Gomila y Zarrandona, con dirección a Francia, y por carta suya sabemos que han llegado bien a Burdeos. Van a París; y de allí darán cuenta de su viaje a V. P. y al P. Renault. Algunos otros han ido a diversas partes, no muchos; los más, como queda dicho, están donde estaban, bien que discurriendo cómo evadirse de los peligros, que amenazan. Sin embargo, no faltan quienes siguen sus estudios o privadamente dan lecciones a algunos muchachos. En confesar podemos ocuparnos algo; pero predicar, no predica nadie, si no es en Alcalá el P. Banderas, que vive en los filipenses y alterna con ellos en el púlpito.

Tenemos, pues, cierta tranquilidad, pero poco segura. Y todavía son mayores los peligros en otras partes; porque ya sabrán ahí los levantamientos que hay, y cómo triunfan en casi todas las regiones de España, mayormente por el Sur y Levante. Mas aquí, aunque también nos vimos en semejante riesgo a mediados de Agosto; triunfó el Gobierno, reprimió y sigue reprimiendo a los revoltosos, y, defendiéndose a sí, nos defiende a nosotros (1).

14. La suerte de la Provincia así dispersa en España, la formación de algunos domicilios en Francia y Bélgica; la fundación de misiones en América, todo pertenece al periodo siguiente de la historia. Aquí bastará confirmar la noticia dada por el P. Lerdo tocante a Loyola.

Como al tiempo del decreto de supresión dominaba D. Carlos en aquellas partes; lejos de cerrarse el Colegio, se aumentó con buen número de sujetos de los suprimidos, que a él pudieron trasladarse, y abierto y floreciente estuvo hasta el año de 1840, como no lo había estado desde su restablecimiento.

Mucho menos son de este lugar las vicisitudes de la Iglesia y

(1) Al P. General, Madrid 19 de Septiembre de 1835, original en *Cast. II.*

de la nación española después de la supresión de la Compañía. Sin embargo, creemos necesario indicar sumariamente los primeros sucesos que la siguieron, mayormente los que a la religión afectaban, para patentizar con ellos que la Compañía en ésta, como en otras ocasiones, no fué sino la primera víctima de la persecución general movida por los hombres y por los principios revolucionarios contra la Iglesia, contra la Monarquía y contra la sociedad.

A los pocos días de suprimida la Compañía, con celo de la disciplina regular y canónica, que nadie creía y era en aquellos hombres un verdadero sarcasmo, se suprimían todos los conventos y monasterios, en que no hubiera por lo menos doce individuos profesos, las dos terceras partes de coro, exceptuando solamente a los clérigos regulares de las Escuelas Pías y los colegios de misioneros para las provincias de Asia. Los religiosos de conventos así suprimidos debían pasar a otros en que ya hubiera doce o más; sólo por alguna razón particular se permitiría, de dos que hubieran de suprimirse, formar uno, quedando así suprimido solamente el otro. Los bienes, satisfechas las cargas de justicia, se aplicarían también a la extinción de la deuda pública. El decreto mismo dice que el número de esos conventos pasaba de novecientos (1). No sabemos si habría comenzado a ejecutarse este decreto, cuando salió otro más radical suprimiendo todas las casas de canónigos reglares de San Benito, San Agustín y premostratenses, y todas las de monacales, sin dejar más que tres de benedictinos, dos de jerónimos y una de cartujos, bernardos y basilios, y esos con prohibición de dar hábitos y profesiones, y despojados de todos sus bienes raíces; y prohibiendo que de las órdenes subsistentes quedara más de un convento en cada población (2). Si algo quedaba por hacer en esta materia, se hizo el año siguiente.

El Gobierno tenía no pocos y buenos cooperadores voluntarios en su tarea de acabar con los conventos. El 22 de Julio, en Reus, el populacho quemó los de franciscanos y carmelitas y asesinó a gran número de sus moradores, con el pretexto de que los carlistas habían fusilado a algunos milicianos nacionales de aquella población, que cogieron prisioneros. El 25, fiesta de San-

(1) *Decretos de la Reina*, t. XX, p. 335. Decreto de 25 de Julio de 1835.

(2) *Ibid.*, p. 457, decreto de 11 de Octubre.

tiago, el mismo día en que se firmaba el primero de los dos decretos, hicieron otro tanto en Barcelona incendiando seis conventos y matando diez y ocho religiosos. El 31 ardieron cuatro en Murcia; en Cádiz, Málaga, Granada, Valencia y otras partes, aquellos mismos días fueron cerrados todos por los revolucionarios, que proclamando la Constitución del año 12, formaron juntas provinciales independientes del Gobierno central. Bastan estos datos para nuestro intento.

El clero secular era asimismo el blanco de los decretos de la Reina, y algo también, aunque menos, de la persecución armada y callejera. El 8 de Octubre se prohibía a los Prelados dar órdenes mayores bajo ningún título ni pretexto, hasta estar hecha por las Cortes la reforma del clero, sino a los ya Subdiáconos, o que tuvieran, a la fecha del decreto, adjudicado beneficio con cura de almas; el 12 se les imponía un plan de estudios para los Seminarios conciliares y se les quitaba toda libertad en el nombramiento de profesores; el 17 se sustrajeron totalmente del conocimiento de los tribunales eclesiásticos los delitos atroces y graves de los clérigos, sujetándolos plenamente a las justicias ordinarias; el 20 de Noviembre se exigió para la provisión de beneficios, curatos, capellanías u otra cualquiera prebenda eclesiástica, certificación del Gobernador civil acreditando la buena conducta política del agraciado y su adhesión decidida al legítimo Gobierno de S. M., manifestados con actos tan positivos y terminantes, que no dejasen duda. Es decir, que se establecerían aquellas purificaciones exigidas por Fernando VII en 1823, tan aborrecidas de los constitucionales; y prácticamente, todo el que hubiera de obtener cualquier cargo eclesiástico, tenía que ser liberal. Así fueron viniendo otras y otras disposiciones vejatorias de la Iglesia de España, coronadas con el despojo de todos sus bienes, con aquel *inmenso latrocinio*, que se conoce en nuestra historia con el nombre eternamente infame de *la desamortización de Mendizábal*.

CAPÍTULO VII

LA PROVINCIA DE MÉJICO DE 1821 A 1835

1. La independencia. — 2. Gestiones con la *Junta Provisional* para el restablecimiento de la Compañía. — 3. Con el Congreso, con Iturbide, proclamado Emperador y con una nueva *Junta Instituyente*. — 4. Caída de Iturbide e insistencia de Puebla en el restablecimiento de la Compañía. — 5. Nuevos proyectos en 1831 y 1834. — 6. Situación de los sujetos y sus ocupaciones en general. — 7. Algunos Padres diputados. — 8. Polémicas del P. Arrillaga en la prensa. — 9. Otros servicios hechos por él a la Iglesia. — 10. Los PP. Luis Gutiérrez del Corral e Ignacio María Lerdo. — 11. Informe de este último sobre la Provincia. — 12. Muerte del P. Cantón.

1. No tenemos noticia de haberse dado paso alguno para el restablecimiento de la Compañía. durante este período, en ninguna de las nuevas repúblicas de Sur y Centro-América. Si acaso había quienes pensaban en ello, gobernantes, prelados o particulares, sin duda no lo veían hacedero, mientras no cesaran las revueltas intestinas, que las agitaban, y se pusiera algún orden y estabilidad en ellas.

En Méjico siguió viviendo, aunque suprimida oficialmente y reducida a cortísimo número de sujetos. Por eso, algo, aunque poco, habremos de decir de su vida y trabajos en aquella nación, separada ya e independiente de España (1). Esta independencia, allí como en lo restante de América, fué fruto de las ideas y de las circunstancias. Raíces tenía en el descontento de muchos, más o menos justificado, contra el Gobierno español; y el ejemplo de los Estados Unidos, apoyados tan inconsideradamente por España contra Inglaterra para conseguir la suya, no pudo menos de engendrar deseos y esperanzas de igual suceso en todas nuestras colonias. Luego la revolución francesa, la lectura, aunque entre

(1) Todo este capítulo está extractado de Dávila y del P. Decorme, especialmente del segundo, salvo las pocas noticias para las cuales se señalan otras fuentes.

muy pocas personas, de los enciclopedistas, y las ambiciones particulares, difundieron más e hicieron tomar cuerpo a esas ideas. No había habido antes allí tropa en número que mereciera el nombre de ejército; y en el primero que se formó y reunió en Jalapa durante la guerra de España con los ingleses, para evitar, si lo intentasen, un desembarco en aquellas costas, claramente se esparcían ya entre jefes y oficiales (1).

Los sucesos de la Península en 1808 dieron ocasión a cuantos las acariciaban, para promoverlas dolosamente, y aun poner por obra sus deseos sin que lo pareciese. La maniobra consistía en no reconocer a Bonaparte, no, y con eso aparentar fidelidad al Rey destronado y a España; pero tampoco reconocer la autoridad suprema, subrogada aquí en lugar de la del Rey y ejercida en su nombre, ni siquiera avenirse a que allí mandara y gobernara el Virrey con el Real Acuerdo, usando de la potestad que tenía del Rey y de las leyes; y en los negocios reservados por éstas al Rey mismo, con la presunta en aquellas circunstancias de imposibilidad para remitírselos y como si él mismo se hallara presente y resolviera. Querían a todo trance que se formara una junta nacional, y que ella libremente dispusiera el gobierno, que, sin dejar de reconocer al Rey, había de plantearse. Es decir, que se trataba de hacer en este extremo Norte de nuestra América lo que se hizo por el mismo tiempo en el extremo Sur, en Buenos Aires.

El Ayuntamiento de la capital, formado todo de criollos, era el más fuerte y activo partidario de este proyecto, y con él y con otros el Virrey, D. José de Iturrigaray, que parece alimentaba en su pecho la loca ambición de una corona y la necia esperanza de recibirla de aquellas manos. El partido español, que tenía su más firme apoyo en la Audiencia o Real Acuerdo, conociendo el fin a que se enderezaban, viendo los pasos que hacia él daba el Virrey, y no hallando otra manera de estorbarlo, se resolvió a prenderle y con él a los principales promovedores del plan; puso en su lugar a D. Pedro Garibay, Mariscal de Campo, que fué universalmente reconocido, y los conatos de independencia quedaron sofocados por algún tiempo. Pero como el anhelo de ella y la posición consiguiente de uno y otro bando fué, y no muy secretamente, en aumento; esperanzados y aun envalentonados

(1) Arrangóiz, t. I, pp. 34-36.

más y más los separatistas con los reveses de España en su heroica resistencia contra Bonaparte; y como con el influjo que supieron traidoramente ejercer en el Arzobispo, D. Francisco Javier de Lizana, nombrado Virrey por la Junta Central de España, y en la Audiencia, que le sucedió en el cargo, por medio de su Regente, ya octogenario, D. Pedro Catani, evitaron las fuertes medidas de represión que merecían, y aun promovieron otras a ellos favorables; descubierta, pero mal castigada una conspiración en Valladolid, luego se formó otra en Querétaro, descubierta también, y sólo por falta de acierto en algunas órdenes de las autoridades no sofocada completamente.

Un mal eclesiástico, el cura Hidalgo, y algunos otros conjurados, noticiosos de estar los demás presos y ellos descubiertos; se alzaron en armas en la villa de Dolores, sacaron de la cárcel a todos los criminales, para aumentar con ellos sus fuerzas, metieron en su lugar a todos los españoles saqueando sus casas; y repitiendo estas escenas en otros pueblos, antes de ser alcanzados por las tropas enviadas en su persecución, acrecentaron considerablemente las suyas con algunas milicias provinciales, que se pasaron a su bando y con innumerables paisanos, sobre todo indios, fáciles de mover con el aliciente del robo. Vencedora apenas esta muchedumbre de un corto número de españoles y mejicanos fieles en el Monte de las Cruces, no a más distancia que 30 kilómetros de la capital, adonde Hidalgo se dirigía; y desecha pocos días después en su retirada por el Brigadier, D. Félix María Calleja; quizá hubiera tenido fin la insurrección, si entretanto, emisarios del cabecilla no la hubieran promovido en muchas provincias. No hemos de seguir aquí el curso de la encarnizada lucha, que se entabló entre leales y rebeldes; sus alternativas, sus horrores de saqueos y matanzas al grito de *¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!* Esta especie de blasfemias y otros actos, ciertamente bien contrarios a la religión, cometidos por los insurgentes, revelan en ellos conciencia rota y desenfreno, que aun en tropas disciplinadas suele tener lugar; cuanto más en aquéllas, que en su inmensa mayoría eran gente allegadiza y de indios rudos y muy fáciles para el desorden. Creemos, sin embargo, que no llevaban los directores de este movimiento ideas de reformas, mejor dicho, de persecución religiosa, como las que aquí manifestaban por el mismo tiempo las Cortes de Cádiz; bien que no faltando entre ellos al-

gunos más o menos imbuídos en tales ideas, obtenido el triunfo, constitución hubieran implantado, y constitución liberal, como sucedió después. Pero no triunfó aquella insurrección, aunque se propagó a casi todas las provincias, y en 1820 sólo en un rincón del Sur quedaba algo de ella.

La revolución hecha aquel año en la Península trajo consigo la de aquella parte de América, como hizo que prevaleciera la extendida ya y muy avanzada en lo restante de ella. La rebelión misma de los liberales contra el Rey y el régimen antiguo era un ejemplar como le podían desear los partidarios de la independencia. Además, los que de éstos lo eran también del nuevo sistema e ideas liberales, con el triunfo obtenido aquí en lo uno, cobraron aliento y esperanza para obtenerlo allí igualmente en lo otro; y de los afectos y fieles a España, los que lo eran asimismo al Rey y a las instituciones antiguas, no podían tener con las nuevas el mismo empeño en sostener la colonia unida a la metrópoli. De hecho, como indicamos en otra parte, el espíritu y los actos de las Cortes españolas y del Gobierno constitucional, de la prensa del partido y de los hombres que lo formaban, los atropellos de la autoridad Real, los de la Iglesia y de las órdenes religiosas, crearon en Méjico gran número de descontentos, enemigos de España y deseosos de independencia. En una representación publicada en Puebla el 13 de Diciembre de 1820, firmada por más de mil cuatrocientos individuos seglares de todas las clases, se decía terminantemente: «¿De qué nos sirve, después de todo, ser ciudadanos españoles, si no somos católicos?» (1). Otros muchos, sin tener ellos seguramente verdaderos sentimientos religiosos, y aun tal vez teniéndolos contrarios, explotaron hábilmente para sus fines a los que los tenían. Por otra parte, se dió libertad de imprenta, que es decir de propaganda de todas las ideas y proyectos más sediciosos, muy bien aprovechada allá por los disidentes para los suyos. Se decretó también en favor de los liberales, presos o desterrados desde 1814, la amnistía de todos los condenados por delitos políticos; y en Méjico, a pesar de haberse declarado no estar comprendidos en ella, salieron de las cárceles, por traición de unas autoridades y debilidad de otras, todos los insurgentes prisioneros.

Todo esto produjo un gran desasosiego y agitación en el rei-

(1) Decorme, t. I, l. I, c. VIII, n. 7.

no para el mes de Octubre, que pintaba muy bien el fiscal de la Real Audiencia en un informe dirigido al Ministro de Gracia y Justicia y cuya suma pueden ser estas palabras suyas: «No es la Nueva España lo que era en Enero o Febrero de este año. El espíritu público ha cambiado enteramente; las cabezas antes pacíficas se han volcanizado, y si se echa la vista por todas las clases del vecindario, no se advierte más que temores en unos, recelos en otros, y esperanzas en los más de un cambio que consideran favorable y cuya naturaleza no se atreven a indicar» (1). El Coronel, D. Agustín Iturbide, uno de los jefes militares, que más habían hecho para sofocar la primera insurrección, pero que ya entonces era partidario de la independencía y sólo esperaba la ocasión oportuna para proclamarla (2); la creyó llegada ahora; obtuvo del Virrey el mando de las tropas del rumbo del Sur, destinadas a acabar con los insurrectos que aun quedaban allí; supo hacer que se las acrecentase y le proveyese de armas y dinero; ganó sin dificultad a sus planes a varios jefes de otras provincias; se atrajo al cabecilla mismo de los rebeldes; y contando así, expresamente con tan buen número de militares, con muchos paisanos de elevada posición, que entraban en la conjura, y con la manifiesta predisposición de gran parte del país para la revolución; lanzó en Iguala el 24 de Febrero de 1821, es decir, apenas pasado un año del grito de Riego en las Cabezas de San Juan, su proclama de independencía; y aunque al principio le abandonó buena parte de su gente, luego se le fué allegando mucha más con sus jefes y oficiales; unos mejicanos y otros españoles, y el mismo Virrey nuevo, llegado entretanto, D. Juan O'Donojú, libremente y siguiendo sus propias ideas, según unos, forzado por las circunstancias, según otros; con lo cual, tras ligeros encuentros y sin haberse apenas disparado un tiro, entró triunfante en la capital el 27 de Septiembre. En sus proclamas y en el tratado hecho entre él y O'Donojú figuraba la farsa de ofrecer la corona del nuevo Imperio Mejicano a Fernando VII o uno de los Infantes de su familia. Si ninguno aceptaba, como estaba sobradamente previsto, las cortes que habían de reunirse, elegirían Emperador libremente; y en esta elección cifraba Iturbide sus esperanzas. Una *Junta Provisional Gubernativa*,

(1) Arrangóiz, t. II, c. I, pp. 12-13.

(2) Arrangóiz cita dos testigos que lo oyeron de sus labios, t. I, c. XVIII.

cuyos miembros designó él mismo, prepararía la reunión de cortes, y nombraría una regencia, para ejercer el poder ejecutivo hasta que hubiera Emperador. El legislativo lo ejercería la Junta en los asuntos urgentes de acuerdo con la Regencia. El 28 de Septiembre se instalaron ambas, componiéndose la Junta de treinta y cuatro individuos, y la Regencia de cinco; Iturbide, como presidente; O'Donojú; el Dr. D. Manuel de la Bárcena, Gobernador del Obispado de Michoacan; el Oidor, D. José Isidro Yáñez; y D. Manuel Velázquez de León, que había sido Secretario del Virreinato. Muerto a los pocos días O'Donojú, le sucedió el Ilustrísimo Señor Obispo de la Puebla. Las Cortes o Congreso Constituyente se inauguraron el 24 de Febrero de 1822, aniversario de la proclamación de la independencia y del plan de Iguala, que contenía las bases generales de ella y de la futura constitución del país.

Debe tenerse en cuenta que en este tiempo, allí como en España, tomó cuerpo y entró en grande actividad la masonería. Buen número de jefes y oficiales de las tropas enviadas de la Península para sofocar la insurrección, parece que pertenecían a ella y aun algunos de la comitiva de O'Donojú, como su médico, que llegó a ser allá de los más influyentes en las logias. Del mismo O'Donojú se dijo, no sabemos si con verdad. Las diversas ramas de la secta fueron el principal elemento revolucionario, destructor de todo orden religioso, político, moral y social, en el Imperio y en la República, y por de contado enemigo irreconciliable de los jesuitas.

No nos parecen necesarias aquí más noticias ni de la organización del Gobierno, ni de los acontecimientos políticos que sobrevinieron, la proclamación de Iturbide por Emperador, su caída, la serie de sublevaciones del ejército, las luchas de los partidos, el desgobierno perpetuo de aquella infeliz nación, con los desastres y daños consiguientes, para exponer con claridad lo que a la Compañía y a sus hijos se refiere. De la guerra hecha a la religión católica, principalmente en el terreno político por los hombres de gobierno, congresos y juntas provisionales, y en la prensa por otros, diremos según los casos lo requieran, cuanto sea necesario.

2. En la prensa fué la Compañía atacada y defendida con ocasión de su supresión decretada por las Cortes españolas, según indicamos al tratar de aquel suceso; como lo fueron en ge-

neral las órdenes religiosas, apoyando los constitucionales o liberales de allá las providencias antireligiosas de los de acá, e impugnándolas los hombres de fe sana y entera, no tocados del veneno de la impiedad (1).

El pueblo mejicano no sólo manifestó su sentimiento y aun indignación al verla suprimida, sino que solicitó vivamente su restablecimiento. El Ayuntamiento de la capital, antes de la independencia, eligió por diputado en las Cortes españolas al Padre Basilio Arrillaga, ya exterior y legalmente secularizado, pero tan jesuita como antes, sin que nadie, y menos sus electores lo ignoraran; y tan firmes se mantuvieron en su elección, que renunciando él con pretexto de mala salud para tan largo viaje, no le admitieron la renuncia, innecesaria luego por la proclamación de la independencia (2). En Puebla, después de las manifestaciones hechas al tiempo de la supresión, cuando el 2 de Agosto de 1821 entró triunfante en la ciudad Iturbide, y a requerimiento de la muchedumbre salió repetidas veces al balcón del palacio episcopal en que se hospedaba; el pueblo entre los vítores y aclamaciones al libertador, instantemente le pedía el restablecimiento inmediato de los jesuitas (3). A los dos meses, el 6 de Octubre, se daba allí a luz un papel titulado *Asunto muy necesario a la felicidad de la Iglesia*, reproducido luego en Méjico, y en él se leían estos párrafos sobre la religión en general y sobre la Compañía: «Ya no eran temporales puramente, dice, los cuidados de la América, y como que habría prescindido de ellos, si su madre, fiel al evangelio, en que supo educarla a los principios, prostituida desgraciadamente, no tratase, aunque con disimulo, de descatolizar a la hija. Era preciso, por lo tanto, arrancarla de sus brazos. Una chusma de filósofos se arroga el gobierno supremo, y so pretexto de reformar la viciada legislación, se empeña en corromper las costumbres con una libertad mal entendida, en hacer odioso el nombre del Rey, vil y despreciable el de Fraile, Sacerdote, Obispo y Papa. Manifiesta sobre todo el odio más implacable a una porción escogida y preciosa del rebaño del Señor, y esta es la primera presa de su rabia infernal. Ella en España y, la mayor cobardía, en Méjico, suprime el Instituto de los Padres

(1) Decorme, t. I, l. I, c. VIII.

(2) Id., Ibid., l. II, c. I, n. 3.

(3) Arrangóiz, t. II, c. II, p. 59.

jesuitas y los dispersa, siendo la edificación y el sencillo amor de los pueblos en que habitaban... Dichosos italianos, franceses, chinos, alemanes, gozad tranquilos de vuestros ignacianos... mientras que nosotros lloramos destruída la corta Compañía de Méjico... Pero no; felicitadnos por nuestra verdadera regeneración y santa independencia; pues si ésta se hizo por la voluntad y opinión general, así se hará la reparación de nuestros adorados jesuitas» (1).

Muy pronto empezaron las gestiones oficiales para conseguir el restablecimiento. A 30 de Octubre lo pidió la Junta Provincial de aquella ciudad, a propuesta de uno de sus miembros, el Coronel D. Joaquín de Haro y Portillo, elevando a la *Provisional Gubernativa* la representación mencionada en otra parte (2), que fundaba en dos motivos capitales: la voluntad general del pueblo y el bien que aquella medida había de producir. «En cuanto a lo primero, decía, y contrayéndonos según corresponde, a esta provincia, se puede asegurar sin el menor peligro de equivocarse, que así como ningún suceso de nuestra época memorable ha dado tantos impulsos al regocijo universal, como el restablecimiento de los Padres Jesuitas verificado felizmente el 19 de Diciembre de 1819; así tampoco ninguna calamidad o desgracia pública ha hecho tan profundas llagas en el corazón de este pueblo, como la supresión del mismo Instituto Jesuítico, prevenida por las Cortes de España en toda la Monarquía, y ejecutada con insigne temeridad por el último Virrey, Apodaca, en Enero del presente año.» Sigue censurando la manera secreta con que se ejecutó allí la supresión, y diciendo que a haber sido pública, toda la población se hubiera opuesto a la salida de los Padres; que ése fué allí el origen de la sublevación por la independencia; y que realizada ésta, todos esperan como primicias de sus frutos, la vuelta de los jesuitas. Cuanto al provecho que de su restablecimiento se prometen, la Junta soberana, que conoció a los antiguos y a los nuevos, sabe bien cuánto hicieron y cuánto harán en la reforma de las costumbres, en la formación del clero, en la reducción y civilización de los indios infieles y salvajes y en la educación cristiana de la juventud. Esto tardará, es verdad, si se han de formar en Méjico jesuitas bastantes para tan

(1) Decorme, t. I, l. II, c. I, n. 6.

(2) Lib. II, c. VI, n. 10.

grande obra; pero eso mismo indica la urgencia de su restablecimiento, y el Gobierno puede llamar extranjeros, sobre todo rusos, elogiados por el mismo Federico II y hoy arrojados de su patria (1).

A esta representación se unieron las de la Diputación Provincial de Méjico y de otras corporaciones, y aun parece que el voto de la Regencia, en que se pedía la reposición, no sólo de la Compañía, sino también de las demás órdenes suprimidas: betlemitas, hipólitos y juaninos, todos hospitalarios. Por los mismos días fueron presentados a la *Junta Provisional* memoriales pidiendo se levantara la prohibición de recibir novicios y de profesar los que ya lo eran, puesta por las Cortes españolas, y vigente por haberse adoptado al hacerse la independencia las leyes a la sazón existentes en lo que no le eran contrarias.

Todas estas peticiones pasaron a la *Comisión Eclesiástica* de la Junta para que informase sobre ellas. Formábanla los Doctores, D. Matías Monteagudo y D. Francisco Severo Maldonado, y el Bachiller, D. José Manuel Sartorio, todos tres sacerdotes, quienes presentaron en la Junta su dictamen conforme con los deseos de las Diputaciones de Puebla y Méjico, de la Regencia y de todo el pueblo mejicano, que quería ver restablecidas las religiones, y en particular la Compañía de Jesús. El 13 de Noviembre se entabló en la Junta la discusión del dictamen, y en ella se acabaron de deslindar y dar a conocer los dos partidos de ideas y tendencias opuestas, principalmente en materia de religión, que desde aquel momento estuvieron en lucha irreconciliable, y eran en sustancia católico el uno y liberal el otro. Parece que además, y, en todo o en parte, por esa misma oposición de principios, eran generalmente enemigos de Iturbide los del bando liberal y partidarios los del contrario.

En lo general de ser conveniente y debido cuanto se pedía, los tres individuos de la Comisión, el presidente de la Junta, también sacerdote, Doctor D. José Miguel Guridi y Alcocer, con otros de su sentir, podían hacerse y se hacían fuertes. Pero uno de los contrarios, como era de esperar, llevó la cuestión a otro punto inevitable y más difícil de sostener. La Junta Provisional, por lo mismo que tenía ese carácter, no había de resolver, según el plan de Iguala, sino asuntos urgentes, que no diesen espera

(1) .Cópia en nuestro poder.

hasta la reunión de Cortes. Propuso, pues, el Licenciado D. Juan José Espinosa de los Monteros que se votara si éste lo era; y aun separó las diversas partes de él, para que sobre cada una recayera esa votación previa. Resolvióse por ella que era urgente tratar y decidir: primero, sobre la reapertura de noviciados; segundo, sobre autorizar las profesiones suspendidas; tercero, sobre el gobierno de las religiones, si había de ser como lo mandaron las Cortes españolas o como era antes; pero que no era urgente lo de restablecer a los jesuitas y a los hospitalarios. En esto último no hubo sino un voto de mayoría; y como al día siguiente se quisiera hacer valer, para dar por empatada la votación, el de un vocal que por enfermo había faltado y pidió se agregase el suyo a la minoría, su voto se hizo constar, pero no se tomó en cuenta.

No se dieron por vencidos los amigos de los jesuitas. El Presidente de la Junta, cuando el trece, declarada la urgencia de los otros tres puntos, fué negada la de su restablecimiento y el de los hospitalarios, apeló al recurso, poco hábil en verdad, de formular otra proposición y someterla a votación, a saber: si era urgente o no determinar sobre la disonancia resultante entre la capital y otras poblaciones, respecto de los hospitalarios, en la primera suprimidos y en las demás subsistentes. Aquí, como se ve, ya no entraba la Compañía, que, como nota el Sr. Alemán (1), era el verdadero caballo de batalla; y, sin embargo, la Comisión eclesiástica, al presentar su dictamen sobre la proposición, se declaró, no sólo por la urgencia de hacer desaparecer aquella disonancia, ni sólo por hacerlo restableciendo los conventos suprimidos y no suprimiendo los existentes (que uno u otro había de ser), sino también por el restablecimiento de la Compañía. Pero apenas en la sesión del quince se resolvieron favorablemente, sin contradicción de nadie, porque a los liberales les importaban poco, los puntos de novicios, profesiones y gobierno, y se empezó a leer, para ser discutido, el dictamen de la Comisión, cuando D. Jose María Fagoaga, corifeo del partido, interrumpió diciendo que se respetara la resolución tomada ya de reservar aquel asunto a las Cortes. Trabóse con esto viva discusión, en que tomaron parte varios sujetos de uno y otro bando; no dió más re-

(1) *Historia de México*, parte II, lib. II, c. II; t. V, p. 295. Puede verse en Decorme, t. I, l. II, c. I, n. 11.

sultado que ser por mayoría de votos admitida a deliberación para otro día la propuesta del Presidente sobre la disonancia; hízose de ella segunda lectura el diecisiete y tercera el diecinueve; volvió a haber larga contienda; llegó por fin la votación, y otra vez, por un voto de mayoría, la resolución fué que no urgía tratar de aquella disonancia.

Preciso es confesar que si en la conveniencia del restablecimiento de jesuitas y hospitalarios podían hacerse fuertes los católicos, en la urgencia de él lo eran sus contrarios. Difícil era probar que aquel asunto no se podía diferir dos, tres, cuatro meses, que tardarian en reunirse las Cortes; y en realidad sólo dos cosas hallamos apuntadas en lo que nos queda de aquellas deliberaciones, que a primera vista pudieran parecer de alguna fuerza. El Sr. Suárez Peredo «trató de fundar, dice el acta de la sesión del día quince, que dichos regulares estaban despojados, y que por trilladísimo derecho, nada es tan urgente como la restitución de un despojo» (1). Bien se ve que aun esto era débil. El Presidente, se dice también allí, «como autor de la proposición, la explanó esforzando extensamente con erudición y elocuencia la reposición de los regulares hospitalarios en esta capital, difundiéndose sobre todo en poner de manifiesto ser estos los deseos del Ayuntamiento, de la Diputación Provincial, de la Regencia y de todo el público; y que el propio honor de los individuos de la soberana Junta estaba comprometido en dar al Imperio esta prueba de su religión y de su piedad» (2). Podía, en verdad, parecer urgente que el pueblo viese alguna muestra de que en el nuevo orden de cosas se atendía a su voluntad, mayormente en materias religiosas; podía parecer urgente, a aquel pueblo católico, a quien tanto habían indignado y decidido por la independencia los desplantes antirreligiosos de las Cortes españolas, y determinadamente la supresión de los jesuitas y hospitalarios, quitarle con su restablecimiento los recelos, que ya empezaba a sentir, de que sus nuevos amos eran de la misma ralea que los otros (la nación ya no los tenía, el pueblo los tiene siempre). Sino que allí como aquí, los liberales se burlaban del pueblo, declarándolo soberano, y tomando luego su voz y representación, para despojarle de lo que sabían que más amaba, empezando

(1) Dávila, t. II, c. VIII, p. 243.

(2) Id., ibid. en el mismo lugar.

por la religión. Con palabras protestó uno de aquellos señores de que por hacer lo que hacían, se los mirara como *jacobinos y tiznados* (1); con no hacerlo, lo hubieran conseguido. Convengamos, a pesar de todo, en que tenían buen color con que encubrir su mal espíritu.

3. En la Junta no se volvió a tocar el asunto de la Compañía. En la prensa le combatieron *El Diario de Veracruz*, puerto, como el de Cádiz, en que las nuevas ideas liberales y la secta masónica contaba con muchos y activos adeptos; y *El Sol* de Méjico, recién fundado y dirigido por D. Manuel Codorníu, masón y médico de O'Donojú; y la defendía un periódico de Puebla, de muy poco valer, titulado *El Farol*, y en hojas sueltas o folletos el Presbítero D. José Manuel Sartorio, cuya apología de los jesuitas, hecha en la Junta Provisional, había impugnado el médico masón (2).

El mayor esfuerzo de nuestros amigos fué en el Congreso, en el cual parece que con la mayor seguridad y candidez tenían puesta su esperanza, como quienes contaban con el voto popular, y no habían aprendido todavía el ningún caso que de tal voto hacen los supuestos representantes del pueblo y de su voluntad soberana.

En Puebla, donde ya hemos visto haberse demostrado más vivo que en parte alguna el afecto a la Compañía; cuando estuvieron elegidos los diputados para las próximas Cortes constituyentes del Imperio, dos militares, D. Antonio Bandini y D. Francisco Javier Ponce, presentaron al Ayuntamiento una petición firmada por cerca de mil personas, solicitando su restablecimiento, y que la Corporación municipal la hiciera suya, la elevara al Congreso, y la recomendara a los diputados para su despacho favorable. Hízolo como se le pedía el Ayuntamiento; hízolo, solicitada igualmente, o por propia iniciativa, la Junta Provincial. No contentos con eso los dos militares, invitaron con una circular de 14 de Febrero de 1822 a otros Ayuntamientos, Juntas Provinciales, Prelados y personas distinguidas a elevar al Congreso la misma petición, si lo creían conveniente; y aquel mismo mes imitaban a Puebla en la capital el Arzobispo, el Cabildo Me-

(1) Dávila en el mismo lugar.

(2) *Contestación al artículo sobre Jesuitas del n. 5 del Sol*. México, oficina de Valdés, 1822.

tropolitano, la Audiencia, el Rector de la Universidad y el Ministro de Relaciones, y poco después la Diputación Provincial y el Ayuntamiento con cerca de dos mil vecinos. Siguiéronse enviando semejantes representaciones de todas las provincias, unas, dirigidas inmediatamente al Congreso, otras, por conducto de los dos solicitantes, para que ellos las hicieran llegar a su destino. De las primeras parece que no hay noticia individual, ignorándose cuántas y cuáles fueron. Las últimas, que se imprimieron, pasan de sesenta, sin contar las de algunos particulares ni las de Párrocos, algunas de ellas firmadas por buen número de sus feligreses. Allí figuran, además de las personas y cuerpos indicados, los Obispos de Durango, Yucatán y Oaxaca; los cabildos eclesiásticos de esas tres ciudades y los de Puebla, Guadalajara, Monterrey y Guadalupe (Valladolid añaden Dávila y Arrangoiz, aunque el P. Decorme no lo trae) las Diputaciones o Juntas Provinciales de Durango, Tlascala y Arizpe; la Audiencia de Méjico y los Ayuntamientos de Guadalajara, Durango, Monterrey, Querétaro, Cuernavaca, Orizaba, Jalapa, Tulancingo, Lagos, Cholula, Guanajuato y otros hasta cuarenta y cinco (1).

No repetiremos aquí los fundamentos en que todos apoyaban sus solicitudes: eran en sustancia los mismos con que algunos de esos Ayuntamientos y Prelados habían acudido hacia siete años a Fernando VII. Solamente parece que había ahora de nuevo, o hecho más de propósito, el refutar las vanas inculpaciones divulgadas entonces por allí contra la Compañía.

Cuando estas representaciones empezaron a llegar al Congreso; fuera o no con intención de prevenir sus efectos, imposibilitando en cierto modo el restablecimiento solicitado, ello es que la Comisión de Hacienda, viendo frustrados otros medios de proporcionar recursos al erario, ciertamente bien necesitado y difícil de proveer; propuso al Gobierno hacia mediados de Marzo, la incautación y venta de las temporalidades de los jesuitas suprimidos. En vano opusieron varios diputados que eso era suponer de antemano la negativa del Congreso a la petición de restablecimiento de la Compañía, hecha tan generalmente por todo el Imperio, como lo probaban los memoriales ya pasados a informe de la Comisión Eclesiástica; que aquel remedio, aparte de eso, era cortísimo en la cuantía y larguísimo en el tiempo que requie-

(1) El P. Decorme enumera más, pero no todos.

ría para su aplicación; que la Compañía suprimida de hecho, no lo estaba de derecho y era injusto despojarla de sus bienes; y otros argumentos más o menos concluyentes. El Sr. Sánchez Tagle, uno de los que más habían combatido el restablecimiento en la Junta Provisional, consiguió que la proposición fuera adoptada, aunque con la restricción de que se vendieran las temporalidades sólo en el caso de no haber caudales del préstamo del tabaco, o de no bastar estos para remediar las necesidades urgentes del erario. Por ser odiosa la medida para el pueblo o por otras causas, no se presentaron compradores que ofrecieran precios ni medianos; y los fautores de la venta, disgustados y culpando de remisa en el asunto a la Regencia, como parece por un nuevo decreto del Congreso de 26 de Marzo, la estrechaban para que sin demora la realizase. No sabemos el fin de este negocio, y si se vendieron o no algunas de nuestras fincas. Quizá lo estorbó el ruidoso suceso acaecido poco después.

Había en el Congreso y fuera, aunque no tanto en proporción como dentro, un partido adverso a Iturbide y republicano de corazón, a pesar de haber adoptado el Imperio con el Plan de Iguala. Bien es verdad que luego empezaron, ya unos, ya otros, a combatir el tal Plan y proclamar principios contrarios, según sus propias ideas y aspiraciones. Hubo en el Congreso entre el Libertador y sus adversarios escenas violentísimas. Viniendo éstos a tener en él gran preponderancia; manifestaron claramente que las Cortes no tenían por qué sujetarse a aquel Plan, siendo libres para adoptar la forma de gobierno que bien les viniera; y como, descartada entonces oficialmente por las contestaciones llegadas de España, la ida de ningún Príncipe español a ocupar el trono imperial, veían ya en sus gradas a Iturbide, trataron de asesinarle, y, desbaratado su proyecto, buscaron manera de estorbarle la subida, quitándole el mando supremo de las tropas, que había tenido hasta entonces. Pero éstas, que en general le eran adictas, le proclamaron Emperador la noche del 18 de Mayo; el pueblo, que también estaba por él, a lo menos en su inmensa mayoría, las aplaudió e imitó; y el Congreso, a pesar de los muchos diputados republicanos, le eligió también al día siguiente, aunque con votación ilegal por falta de número, y apremiados por una exposición, que firmaban todos los jefes de la guarnición, y por el público de dentro y de fuera, que aclamaba a Iturbide y no sufría contradicción ni aun aplazamiento. En las pro-

vincias fué recibido con universal aprobación y aplauso su entronizamiento. Con esto los jacobinos quedaron al pronto desconcertados; pero tardaron poco en rehacerse y prevalecer.

Entretanto, para el restablecimiento de la Compañía no había los obstáculos que antes; si bien tenía que quedar para Iturbide y su Gobierno y aun para la generalidad de los hombres políticos en lugar muy secundario, ante los muchos y gravísimos negocios de aquella situación nueva, aunque hubiera sido pacífica, cuánto más siendo tan agitada por las revueltas olas de ambiciones y partidos encontrados.

Iturbide, antes que contrario, parece que era afecto a los jesuitas, y había tomado al P. Basilio Arrillaga para ayo de sus hijos. Confiado acaso en esta buena disposición del Emperador, el Capitán D. Antonio Bandini, uno de los dos activos promovedores de esta causa en Puebla y en todo el país, presentóle un memorial el día de su solemne coronación, según parece por el contexto, esto es, el 21 de Julio de 1822, suplicándole, que, pues era día de gracias y mercedes, hiciera a su Imperio la de restablecer un Instituto, pedido por todo él con tantas representaciones dirigidas al soberano Congreso. Bien sabía que a éste y no a S. M. I. tocaba decretarlo; pero una insinuación suya bastaría para que lo hiciera, respondiendo al universal deseo del pueblo (1).

Poco después presentó este memorial en el Congreso mismo. «Señor: D. Antonio Bandini por sí y por su compañero, D. Francisco Javier Ponce, ante V. M. con todo respeto decimos: que las continuas representaciones de las Juntas Provinciales y Ayuntamientos, excepto Veracruz, dirigidas a V. M. por todo el Imperio, patentizan la uniformidad de la opinión en favor del Instituto de la Sagrada Compañía de Jesús a su nuevo restablecimiento. El cúmulo de instancias dirigidas por nosotros, uniéndose otras a las que hizo la ciudad de Puebla, y muchas verificándolas por sí propias, han pasado a la Comisión, y deseando saber el resultado, suplicamos con el mayor respeto a V. M. mande a dicha Comisión que con preferencia concluya su despacho, para que entendidos todos de la determinación de V. M., veamos logrado el restablecimiento de un Instituto tan útil, benéfico y de-

(1) Decorme, t. I, l. II, c. I, n. 19.

seado de todo el Imperio. A V. M. suplicamos mande como pedimos, por ser de justicia, etc. Señor: Antonio Bandini» (1).

No bien, empezado a leer este memorial en la sesión de 17 de Agosto, se entendió de qué trataba, cuando un diputado de Veracruz, la única ciudad que había protestado contra el restablecimiento de la Compañía, y otros que le siguieron, promovieron tal tumulto, que el Presidente tuvo que poner orden, y el Secretario no pudo terminar la lectura. Y todavía el buen Sr. Bandini, escribiendo a su compañero lo ocurrido, protestaba de su amor, respeto y ciega obediencia a toda autoridad, y más a la del Congreso, y esperaba de él, como frutos del árbol de la libertad, el adelanto de la religión, el cumplimiento de la voluntad nacional, y el feliz término de toda inquietud y desconfianza, con las leyes justas y sabias que dictaría (2). El memorial pasó a la Comisión correspondiente, donde estaban sepultadas, y quedó también él, las representaciones a que se refería.

A los pocos días fueron presos varios diputados con otros que no lo eran, acusados de conspiración por el Gobierno; y siendo cada vez más fuerte la oposición entre el Emperador y el Congreso, éste fué disuelto el 31 de Octubre y creada en su lugar una *Junta Instituyente*, formada por algunos de los diputados del Congreso disuelto, tomados de todas las provincias. En esta Junta, instalada el 2 de Noviembre, presentó algunos memoriales de las ciudades, indicados arriba y llegados últimamente, el conde del Peñasco; y en un *Reglamento político de Gobierno del Imperio*, que una Comisión de ella redactó y propuso el 18 de Diciembre, estaba consignado, con el fuero eclesiástico, el restablecimiento de los jesuitas y de los hospitalarios. El vaivén continuo de la política, que parece mal ingénito en el sistema constitucional, sobre todo si lleva inoculado el virus anticlerical, que también parece punto menos que inseparable de él, dejó este restablecimiento en mero proyecto.

4. Ya para entonces se había sublevado en Veracruz el Comandante General, D. Antonio López de Santa Anna; hubo la proclama correspondiente; se le fueron uniendo militares y paisanos, sobre todo militares, casi todos los enviados contra él por Iturbide; éste se vió forzado a abdicar el 19 de Marzo de 1823 y

(1) Dávila, t. II, c. VIII, p. 252.

(2) Id., ibid.

se retiró a Inglaterra, de donde volvió el año siguiente y fué preso y fusilado. Es de ver la frecuencia y facilidad con que aquellos hombres, españoles y mejicanos, pasaban del partido de España al de la independencia, y del de la independencia al de España; de Iturbide a sus enemigos y de sus enemigos a Iturbide; y, destronado éste, de un cabecilla a otro cabecilla, empuñando hoy las armas por él y mañana contra él. Nuevo Gobierno provisional; nuevo congreso constituyente; república federal; alzamientos militares, ora monárquicos, ora republicanos; persecución de españoles en sus personas y haciendas; predominio de las sectas masónicas y con ellas de la irreligión, de la inmoralidad y de todo desorden ¿quién sabe las desventuras sufridas por aquella nación, desde su independencia, mayores en pocos años que en tres siglos antes de ella?

Por lo que toca a la Compañía, la ciudad de Puebla sabemos que no abandonaba el proyecto y la esperanza de verla restablecida. Con ocasión de haber el nuevo Gobierno, pedido la plata de su iglesia en aquella ciudad, para acudir de algún modo a las urgencias del erario, la Diputación protestaba con gran entereza contra aquella medida en representación firmada la víspera de San Ignacio de 1823 y decía: «Esta ciudad y toda la provincia está pronunciada del modo más inequívoco y solemne por el restablecimiento de la Compañía; lo tiene pedido repetidas veces al Congreso, y es uno de los primeros y más estrechos encargos que ha hecho a sus diputados. Y pendiente esta solicitud ¿le parecerá bien que se disponga de la plata, con que espera ver adornado uno de los mejores templos que tiene la ciudad, en las funciones que hayan de celebrar sus deseados jesuitas? ¿No creerá que el Gobierno trata de hacer más difícil la satisfacción de sus anhelos en la restitución de la Compañía?» Siguen otras consideraciones fundadas en diferentes principios para impugnar aquella disposición, y continúa luego: «Mas ninguna de las reflexiones que hasta aquí se han dado, ha sido la principal causa que ha movido a esta Diputación a representar a V. M.; sino la decisión de esta provincia por los jesuitas, y su ardiente empeño por el restablecimiento de ellos. No olvidan sus habitantes los grandes beneficios que recibieron de este Instituto en la educación de la juventud, en la pronta administración de los sacramentos, en la continua predicación del Evangelio así en la ciudad como en los pueblos en que misionaban, en la asistencia de

los hospitales y en el socorro de los pobres. Estas impresiones no han podido borrarse, ni por la conducta que varios soberanos han tenido con ellos, ni con los muchos libros que se han escrito contra el Instituto que profesaban* (1). No parece que llegó a hacerse la incautación; pero tampoco el restablecimiento de la Compañía, tan deseado por la ciudad.

5. Algunos pasos dió para obtenerlo en 1831 un piadoso y rico hacendado de Toluca, D. Juan Francisco Mañón, que deseaba emplear su caudal en la fundación de un colegio; y para obtener la autorización del Gobierno, acudió al Sumo Pontífice Gregorio XVI, cuya mediación con el Presidente de la República o con el Congreso creía eficacísima, a causa de cierta buena inteligencia o benevolencia usada con ellos en la provisión de Obispos. El Sumo Pontífice encomendó el asunto al Ilmo. Sr. don Francisco Pablo Vázquez, Obispo de Puebla, pero no sabemos si hizo o no alguna diligencia. Como la carta de Su Santidad es de Octubre de 1831, y el 2 de Enero de 1832 ya empezó otra serie de pronunciamientos que acabó por el triunfo de los más fieros revolucionarios y perseguidores de la Iglesia, es muy probable que nada se pudiera hacer. El Sr. Mañón dejó dispuesto en su testamento que, si la Compañía era restablecida, se la entregara su casa de Toluca y su hacienda de Mextepec para la fundación proyectada.

Alguien trató también en 1834 y 35 de misioneros para California. Nada se hizo, ni era fácil sin noviciado y lo demás necesario para formarlos, como contestó el P. Roothaan (2).

6. Para decir ahora alguna cosa de la vida y ocupaciones de los jesuitas dispersos, empezaremos por advertir que su corto número de treinta y ocho o treinta y nueve, fué reduciéndose por la muerte de unos y la deserción de otros, de suerte, que en 1830 no quedaban más que veintiuno, y en 1836 sólo catorce; de los cuales dos, que eran ya los únicos coadjutores, salieron de la Compañía, el uno el año siguiente y el otro no mucho después. Los novicios, aunque volvieron a la vida secular, todavía algunos, quiénes menos, quiénes más tiempo, hasta de ocho y diez años, continuaron del modo posible la religiosa, entendiéndose con el P. Cantón, con deseo, si les fuera concedido, de hacer los

(1) Decorme, t. I, l. II, n. 23.

(2) Id., ibid., c. VII, nn. 1-3.

votos; pero sólo uno, el P. José Guadalupe Rivas, Diácono al tiempo de la supresión, perseveró mereciéndolo hasta que los superiores creyeron conveniente prescindir del reconocimiento legal de la Compañía para concederlos, y otro, el P. Luis Traslosheros, los hubiera hecho, si no hubiera muerto novicio aún, en Roma, a donde había venido en 1828 para lograr aquel bien tan deseado. De los escolares faltaron dos, ya sacerdotes. Faltar algunos, era efecto inevitable del género de dispersión en que vivían.

El P. Fortis dió sobre esto al P. Cantón sus instrucciones. Haga lo posible porque los sujetos vivan juntos, a lo menos de dos en dos, de modo que ninguno quede sólo con seglares; y si pueden estar tres, y si cuatro, mejor. Donde ni dos puedan vivir en una casa, sea a lo menos en la misma ciudad, para que mutuamente se sostengan. Ponga Superiores inmediatos, que puedan gobernarlos de cerca, y con quienes él, siendo pocos, se entenderá con más facilidad; y aun envíe de tiempo en tiempo quien los visite a todos oficiosamente (1). Su cortísimo número y lo separados que vivieron pudo hacer innecesarias estas últimas medidas; y la primera y principal de vivir juntos sólo en algunos tuvo pleno cumplimiento. Añadía el General la licencia concedida por el Sumo Pontífice para que no pudiendo sustentarse de otro modo, recibieran estipendios de misas y ministerios; y aun para obtener beneficios eclesiásticos la concedió más tarde (2). Facultaba por su parte al Provincial para dispensar en otras cosas de pobreza que fuera necesario, y para despedir de la Compañía a quien lo mereciese, no siendo profeso, y le recomendaba que nadie se mezclara en la política, sino que atendieran únicamente a su bien espiritual y al de los prójimos.

El P. Cantón, acomodado en la capital, primero en el Hospicio de los PP. Agustinos, y a los pocos días en el Hospital de la Trinidad para clérigos ancianos o enfermos, dirigía como podía, personalmente a los que moraban en la misma ciudad, y por cartas a los ausentes, según que la mayor o menor firmeza en la vocación y en la práctica posible de la vida religiosa movía a cada uno a acudir a él y a depender de él. En lo cual, como ya se deja entender, hubo diversidad. Tuvo por compañero al P. Ama-

(1) Minuta, 7 de Abril de 1821, en *Prov. Mexic.*

(2) *Décorne*, t. I, l. II, c. II, n. 1, nota.

ya, hasta que la muerte se lo arrebató en 1828, y mucho tiempo a un novicio coadjutor. Otros tres, excelentes religiosos, los Padres Mendizábal, Lyón y Lizarraga, vivieron juntos siempre, o a lo menos muchos años, en la casa que el primero tenía como primer capellán de las religiosas capuchinas. El P. Lyón era el segundo, y el P. Lizarraga lo era de otro convento. En Puebla estuvieron reunidos en el Carolino tal vez por cuatro o cinco años, como Rector puesto por las autoridades; al principio el P. Ignacio José González, y después el P. Arrillaga; como profesores el P. Traslosheros y el H. Coadjutor, José Severo Mesa, y como simple huésped, según parece, el P. Olaguibel.

El P. Juan María Corona, que a raíz de la supresión se fué a Guadalajara, su patria, llevó consigo a su compañero de viaje desde España, el H. Francisco Ravanna; pero éste pasó luego al servicio del Señor Obispo, y desde entonces se quedó solo con su familia, trabajando incansablemente en los ministerios sacerdotales, aun de Ejercicios y misiones por la comarca. El P. José Guadalupe Rivas y el P. Joaquín Martel, ambos ordenados después de la supresión, parece que estuvieron juntos muchos años en el Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles con su capellán, excelente y distinguido eclesiástico, trabajando según sus facultades con la mucha gente, especialmente pobre, que allí se reunía. Los restantes vivieron solos desde la dispersión misma o poco después, ya de por sí, ya con sus familias. De estos eran todos los que, hechos ya los votos religiosos, perdieron completamente el espíritu y dejaron la Compañía o fueron despedidos de ella. Así los Coadjutores, que tuvieron que buscarse cada uno su modo de vivir; y así los PP. Rafael Olaguibel y Blas Perea; el primero no sabemos determinadamente por qué, si bien parece haber influido el embeberse demasiado en el manejo de sus cuantiosos bienes, y aun como causa remota, sus gravísimos escrúpulos, que desde el principio le hicieron dejar la misa y todo ministerio; y el segundo por haberse hecho administrador de un hacendado, y dándose él mismo luego a adquirir riquezas y a hacer ostentación de ellas en el trato de su persona.

No hay por qué especificar las ocupaciones de cada uno de los que procedieron como dignos sacerdotes seculares y aun como observantes religiosos, en lo que era posible. Tuvieron algunas parroquias, tal vez aun en propiedad; otros fueron capellanes de monjas; otros no tuvieron cargo alguno; todos trabaja-

ban, y algunos incansablemente en el confesonario; menos, aunque también según podían, y las circunstancias lo permitían, en el púlpito; y alguno que otro en la enseñanza. El P. Arrillaga fué profesor de Derecho, primero civil y después canónico, en la Universidad de Méjico, desde 1829. El P. Mendizábal, sin brillar notablemente por su saber, aunque era muy suficiente y sólido en las materias eclesiásticas, fué grandemente estimado por su prudencia, vida edificante y trato fino, hasta el punto de haber sido propuesto en terna para Obispo, no sabemos de qué Iglesia, por un cabildo ya antes de 1830, y otra vez por el Metropolitano de Méjico para Sonora en 1836. La primera propuesta la consigna el P. Lerdo aquel año, sin decir qué cabildo ni cuándo la hizo; la segunda, Dávila en su *Continuación* del P. Alegre (1).

7. Lo singular que hubo en los cargos desempeñados por nuestros Padres en Méjico durante su dispersión fué haber tenido el de diputados, tanto en Congresos de Estados particulares como en el General de la República. Tenemos por cierto que no lo pretendieron; y para aceptarlo, contra la prohibición general de no entender nosotros en cosas políticas y el particular encargo hecho al P. Cantón por el P. Fortis en la carta antes citada (*Ninguno tome parte en los negocios políticos, ni aun razonando sobre ellos, y menos aún se afilie en partido alguno*), pudo hacer el no ver en ello peligro ninguno, y sí grande conveniencia y aun cierta manera de necesidad en aquellas circunstancias. Difícil parece justificarlo plenamente; poco razonable condenarlo sin el conocimiento de las causas.

La elección del P. Arrillaga para las Cortes españolas antes de la independencia, ya la indicamos antes. Diputados fueron, antes de salir de la Compañía, el P. Perea en el Congreso o legislatura de Puebla, y el P. Olaguibel, designado por aquel Estado, en el federal de 1827 y 28, y de 1831 y 32. «En el Congreso, dice el P. Decorme, el P. Olaguibel supo granjearse el respeto y aprecio de sus compañeros. Lejos siempre de parcialidades e indignas venganzas, protestó más de una vez contra el proceder injusto y cruel con que se proscribía a los españoles, y se mantuvo a respetable distancia de los clérigos liberales, que en el Congreso y en el Senado abogaban por la continuación del patronato (eclesiástico) para poder mejor destruir o corromper al

(1) T. II, c. VIII, p. 259.

clero mejicano» (1). Como religioso no procedió tan bien, sino algo mundanamente; por lo cual hubo de ser despedido de la Compañía aquel último año de 1832. También fué diputado en ese Congreso por el distrito federal en 1834 y 35, y aun presidente de él, elegido y reelegido; el P. Arrillaga, de quien decía uno de sus adversarios jacobinos, que en la tribuna había dejado atrás las reputaciones que encontró formadas, porque su lógica y talento analítico eran torrentes irresistibles (2). Pero de su intervención en la Cámara no tenemos particular noticia. Lo que sí sabemos y debemos referir son sus campañas en la Prensa, para defender los derechos de la Iglesia, combatidos igualmente en la Prensa y en la política más o menos liberal de aquellos Gobiernos, dejando otras polémicas que pudiéramos decir domésticas y menos importantes, como sobre la ortodoxia de Lacunza en su *Venida del Mesías*, y la subsistencia o cesación del privilegio de celebrar tres misas el día de difuntos después de la independencia (3).

8. Era hombre de gran capacidad y sumamente estudioso; con esto, de mucho saber, principalmente canónico; muy activo y expedito, de modo que atendía bien al mismo tiempo a diversas ocupaciones y negocios; fecundo en el decir y ameno en el conversar. Dejado el cargo del niño o niños de Iturbide con la idea de venir a Roma, desistió luego de este intento, hallándose ya de camino en Puebla, y allí se quedó de Rector del Carolino y profesor de ambos derechos. Bullian ya mucho en la política mejicana los pocos liberales de aquella nación; y establecida la república federal, tanto en su Congreso general como en los de los estados particulares, trataban de imponer con la audacia que siempre y en todas partes, leyes opresoras de la Iglesia y destructoras de sus instituciones, pero sin declararse enemigos suyos, antes con color de quitar abusos y reivindicar pretendidos derechos de la soberanía en las cosas eclesiásticas. Mientras en las Cámaras se legislaba o se trataba de legislar, en la Prensa se justificaban y se propagaban esas ideas, ganando adeptos entre la gente indocta o semiletrada y menos firmemente adherida

(1) T. I, l. II, c. IV, n. 4.

(2) *Semblanzas de los representantes del Congreso constituyente de 1836*. Véase en Decorme, t. I, l. II, c. VI, n. 7.

(3) Pueden verse en Decorme, t. I, l. II, c. III, nn. 2-7; c. IV, nn. 5 y 6.

a las enseñanzas de la Iglesia; entre esa gente que, habiéndose de ir tras de otros y creer, porque entender no entiende, deja a la Iglesia, sus santos y sus sabios, para seguir a cuatro novadores, comúnmente de fe, vida y conciencia igualmente averiadas.

Desbarró, entre otros, en las discusiones parlamentarias del Estado de Puebla, sosteniendo erróneas doctrinas, un clérigo liberal, el Doctor D. José M. Oller; y a éste principalmente dirigió sus golpes el P. Arrillaga en un folleto que sin su nombre publicó a fines de 1825, titulado *Zurribanda política o azotes legales al Doctor Oller* (1). Algunos párrafos de la *Zurribanda* darán a conocer suficientemente el brío del polemista, el vigor de su lógica, el fino análisis con que descubre la inanidad de los argumentos contrarios y el estilo, que si tiene sus defectos, alguno de ellos, como lo duro y tal vez menos noble de la sátira, en momentos de lucha tiene también su disculpa y hubo de contribuir no poco a la difusión del folleto. En esto y en otras mejores prendas se asemeja no poco el P. Arrillaga al *Filósofo Rancio*.

Uno de los errores del Sr. Oller, relativo a los bienes eclesiásticos, y que parece quería hacer práctico en la legislación, era que la «Iglesia no puede adquirir sino por ley civil», esto es, que no tiene derecho a poseer, si el Estado no se lo da; y después de otros hechos, de donde mal sacaba tal conclusión, aducía uno del más célebre Obispo de allí, de Puebla. «Nos presenta usted, dice el P. Arrillaga, el hecho gloriosísimo del Sr. Palafox. Éste sí que es robusto Aquiles. El mejor vino para la postre. Dicho señor fué sabio y santo; fué defensor acérrimo de la inmunidad eclesiástica; floreció en nuestro país, que tiene lleno de su fama y del amor a su persona; y desde luego adheriremos todos a lo que veamos autorizado con su ejemplo; pero examinemos de cerca

(1) Este título, satírico ya de suyo, lo era mucho más por las circunstancias en que se publicó el folleto; hubo de servir de excelente reclamo para su venta; y demuestra por sí solo el carácter intrépido y agresivo del P. Arrillaga. Por unas pocas palabras que dice el P. Decorme (l. II, c. III, n. 14), entendemos que había dado o hecho dar a un colegial del Carolino unos azotes, los cuales fueron, o declarados en juicio ilegales y anticonstitucionales, o a lo menos muy traídos y llevados con esos calificativos, y acabaron por hacerle dejar el Colegio. Calcúlese el regocijo de unos y el escozor de otros en tales circunstancias con la aparición de la *Zurribanda política o azotes legales al Dr. Oller*, mayormente si éste en su periódico, *El Caduceo*, había sido el primero en aplicar a los otros azotes la calificación de ilegales, o había insistido neciamente en aplicársela.

este hecho, este gigante armado, y sólo hallaremos un espantajo. Tuvo este señor una gloriosa contienda con los jesuitas, sobre que no agregaran éstos a las muchas haciendas que ya poseían, una más, porque no hubiera esa finca menos que pagara diezmos. ¿Qué se deduce de aquí? Ya usted nos lo dice, para no dejar extraviar nuestro discurso entre infinitas cosas que hubiéramos deducido, sin caer nunca en la de usted. *Es, pues, demostrado*, dice usted a renglón seguido, *es demostrado que no es ciertísimo haber estado la Iglesia en pacífica posesión de adquirir sin habilitación del Poder legislativo*. Pongámoslo en menos palabras, para gozar mejor el placer de ver toda su fuerza. Un obispo no quería que una comunidad adquiriera una hacienda; luego es menester licencia de la autoridad civil para que adquiera la Iglesia. ¡Oh consecuencia que le costaría seis azotes (con perdón de usted y de la Constitución española) a un principiante de Súmulas! Y, sin embargo, lo profiere en público un señor *cui inclita borla molle-ram...* Bien que es remiendo digno de tal paño; porque este argumento y esta consecuencia hacen juego con las que van vistas del Sr. Giralde. Pues ¡oh digno compañero, digno discípulo, digno apologista, digno émulo de tal maestro! De mancomún disfruten ustedes las glorias de este discurso: La Iglesia prohibió poner nuevas contribuciones; los Reyes tienen facultad de confiscar sus bienes a los herejes y aplicarlos a la Iglesia, declarando que ésta sola está en libre posesión de adquirir; San Dámaso impetró remedio para el abuso de algunos particulares, que con capa de piedad se atraían las herencias; y un Obispo, tratando de que una comunidad no adquiriera, porque no se menoscabaran los diezmos, jamás mencionó la necesidad de la ley civil; luego la Iglesia no ha tenido libertad para adquirir, sin besar antes los pies de los magistrados y sin pedir un pase, boleta o llámese habilitación del Poder legislativo. ¿Esto se dice? ¿Esto se imprime? ¿Esto se llama *victoria, antidoto, demostración?* *Et tamen, appellamini doctores?* *Oh tempora! Oh mores!* ¿Y sobre estos fundamentos tan flacos se quiere empeñar al Congreso en que edifique leyes nuevas, delicadas y que van a ser fundamentales del Estado? *In qua urbe vivimus? Quam rempublicam habemus?* Concluyamos, pues, que la confusa jerga que usted, tata Padre, ha metido con cánones, concilios, santos Padres, emperadores y reyes, latinajos y castellano antiguo, sólo ha servido de oscurecer y confundir la materia, harto clara por sí misma, y de que los ig-

norantes y tontos piensen que ha dicho usted mucho, no habiendo dicho nada. Y tan nada, que, aun concediéndolo todo, nada hace en contra.»

Ni es menester que sea *ciertísimo*, sigue luego diciendo en sustancia; basta ser *cierto*; ni aun *cierto*, con tal que sea tan probable como lo contrario, haber estado la Iglesia en posesión de adquirir, para que «un sacerdote, un cristiano, un diputado por la piadosa Puebla, no vote contra la Iglesia, en igualdad de circunstancias, y mucho más para que no invente leyes contra esta probable posesión y las defienda y promueva con un ardor que desdice tanto más, cuanto que se emplea en combatir la piedad y el favor que dispensan resueltamente a la Iglesia los demás diputados, aun seculares, de ese maduro Congreso». Pasa más adelante todavía en su razonamiento. Demos que es totalmente falso el hecho de la posesión; no por eso va bien fundada esa ley; porque no es la posesión lo que se ha de averiguar, sino la justicia. Y si es de justicia que pueda adquirir sin licencia, probar que hasta ahora no ha estado en posesión de adquirir, es probar que ha estado tiranizada, y será obligación de todo Congreso católico romper el yugo de esa tiránica opresión (1).

Con igual vigor combatió la defensa que de otro artículo hizo el clérigo liberal en el Congreso, y después publicó el periódico *El Caduceo*, a saber: que se exigiera el pase del Gobierno civil para todos los empleos conferidos por el eclesiástico, descubriendo clarísimamente sus errores, torpeza e ignorancia.

Vuelto a Méjico poco después, salió también a la defensa de los derechos de la Iglesia en otro asunto capitalísimo para la de aquella nueva república: el Patronato eclesiástico. Sobre todas las de Indias le habían tenido los Reyes de España por concesión Pontificia; y como por poner en manos de los gobiernos temporales la provisión de Obispos, canonicatos y otros beneficios, más o menos, según las diversas concesiones, es cosa de ellos tanto más apetecida, cuanto menos católicos son; los de Méjico independiente quisieron también tenerlo. El Cabildo Metropolitano, el Arzobispo haciendo suyo el dictamen del Cabildo, y una Junta eclesiástica formada por delegados de todas las diócesis, declaró desde luego que el Patronato era privilegio de los Reyes de España y no había pasado a los nuevos jefes del Estado, quie-

(1) Zurribanda, pp. 13-16.

nes quiera que fuesen. En los gobiernos y en las cámaras hubo diversas tendencias; y en 1825 el Congreso aprobó un proyecto en que entraba el pedirlo a la Santa Sede; pero en el Senado, la Comisión encargada de dar dictamen, por influjo principalmente, según parece, de D. Valentín Gómez Farias, uno de los más avanzados liberales de Méjico, lo presentó en Febrero de 1826 tan radical, que venía a separar completamente la Iglesia mejicana de la de Roma, y a someterla en todo al yugo del Estado. No impidió esto que leído se mandara imprimir y repartir a los cabildos eclesiásticos para su estudio. Un grito, escribía años adelante el P. Arrillaga, un grito universal de indignación, inspirado por el horror y el escándalo, condenó como herética y cismática tan abominable producción (1). Entre los muchos que la combatieron fué uno el mismo P. Arrillaga. Sostenía el dictamen el patronato, como derecho inherente a la soberanía nacional, originado de la edificación de las iglesias, manutención del culto, y protección que dispensa el Gobierno a las personas y cosas eclesiásticas. Con algo de confusión en el conjunto, pero con rasgos de claridad meridiana deshace el paralogismo de un derecho inherente a la soberanía, y que sin embargo nace del edificar iglesias, mantener el culto y proteger a las personas eclesiásticas. Pues ¿cómo será inherente a la soberanía y al mismo tiempo dependiente de la edificación? Si el patronato se origina de edificar iglesias, lo tendrá quien las edifique, y quien no, no, por más soberano que sea. Y dígame lo mismo del sostenimiento del culto y de la protección de las personas y cosas de la Iglesia. ¿Quién mayor protector de toda ella que Constantino? Y no tuvo patronato. ¿Por qué? Porque solamente lo tiene aquel a quien lo da el Papa, proteja o no proteja; edifique o no edifique (2). No prevalecieron los proyectos eismáticos de Gómez Farias y otros, y el patronato con otras cosas lo pidió el Gobierno a Su Santidad; pero le fué negado por Gregorio XVI en el arreglo de 1831.

Entretanto, no cesando la propaganda de esas malas doctrinas, ni la esperanza y conatos de hacerlas prevalecer en el gobierno, tampoco cesaba la impugnación de ellas; y el P. Arrillaga publicó dos obras los años de 1828 y 1829 contra otras dos

(1) En el *Examen crítico de la Memoria del Ministerio de Justicia y Negocios eclesiásticos*.

(2) *Patronato Nacional*.

igualmente cismáticas, aunque aparentemente refutación la una de la otra, y ambas de dos eclesiásticos extranjeros, Monseñor de Pradt, Obispo de Poitiers y después Arzobispo de Malinas, realista primero y desterrado de Francia por católico; imperialista después con Napoleón; legitimista otra vez en la restauración y al fin por ella nuevamente desterrado, y liberal de ideas avanzadas; y D. Joaquín Lorenzo Villanueva, jansenista redomado y, por liberal, desterrado también a la sazón de España y residente en Londres. Escribió el primero, entre otras mil cosas, su *Concordato de América con Roma*; y el segundo su *Juicio de la obra del Señor Arzobispo de Pradt sobre el concordato de Méjico con Roma*; y de una y otra obra decía el P. Arrillaga en sus *Observaciones críticas* sobre esta segunda: «Bajo este título se contiene una impugnación, y bajo ésta (¿quién lo creyera?) la consumación de las miras de Pradt, la perfección de su obra y su más firme apoyo y cimiento. Es ésta una contradicción simulada, una guerra fingida y una verdadera alianza para dañar y perjudicar a la América. Mr. de Pradt nos alejaba de todo concordato, aconsejándonos que persistiéramos en solicitar uno que era impracticable. Villanueva nos aleja de él, quitándonos aun la gana de hacerlo. Éste nos dice que tenemos ya anticipadamente derecho a todo lo que se había pensado pedir a Roma; y con eso en caso de que por fin se haya de hacer concordato, nos afirma en la resolución de solicitar aquello mismo que se había pensado y no menos, que es lo que quiere Mr. de Pradt» (1). Examinando luego la obra de Villanueva, va demostrando que no contiene sino vagas, injustas y sangrientas declamaciones contra Roma; hechos falsos, totalmente supuestos o maliciosamente tergiversados; equivocaciones groseras; citas falsas, hechas de mala fe; y negras calumnias contra los Soberanos Pontífices.

9. No fueron estos los únicos trabajos del P. Arrillaga por la independendencia de la Iglesia mejicana del poder del Estado, y su permanencia en la unión con Roma y sumisión debida al Vicario de Cristo en la tierra. En uno de los pocos momentos de relativa calma que gozó la República, hubo una buena inteligencia entre el Gobierno del Vicepresidente, D. Anastasio Bustamante, y la Santa Sede, y fueron provistas por el nuevo Pontífice, Gregorio XVI, las más de las mitras vacantes, y por los Ordina-

(1) *Observaciones críticas sobre la obra de Villanueva.*

rios, de concierto también con la autoridad civil, los canonicatos y parroquias. En la negociación, que enviado a Roma por Bustamante, hubo de entablar y llevó a buen término el designado para Obispo de Puebla, canónigo de allí, D. Francisco Pablo Vázquez, no poco parece que le ayudó el P. Ildefonso de la Peña, pasado allá de Méjico en 1825, huyendo de la vida de dispersión, y confesor, según se dice, del nuevo Papa, a lo menos antes de su asunción.

Era apenas pasado un año después de hechos estos arreglos eclesiásticos, cuando, en Mayo de 1833, una nueva revolución triunfante con el General Santa Anna a la cabeza, trajo nuevas cámaras; y ambas volviendo sobre el patronato, no concedido por el Papa, declararon que residía radicalmente en la nación, que legislarían sobre su ejercicio, y que había de jurarlo todo el clero o salir desterrado. El Cabildo Metropolitano (el Arzobispo hacía años que se había venido a España y no volvió), encargó al P. Arrillaga una representación con que disuadir al Presidente de la aprobación y promulgación de la ley, y tuvo la buena dicha de conseguirlo. Pero la tempestad volvió, y más recia que nunca. Ausente Santa Anna, la desencadenó contra la Iglesia el Vicepresidente, Gómez Farias, excluyendo totalmente al clero de la enseñanza pública, dejando libre a cada cual el pago de diezmos, y mandando proveer inmediatamente todos los curatos vacantes en clérigos seglares a gusto de los gobernadores de los estados, amenazando hasta con el destierro y ocupación de temporalidades a los Obispos renitentes. Otra vez el Cabildo, puesto a deliberar sobre el caso, llamó como consultor, entre otros, al P. Arrillaga, y adoptó su parecer, no compartido por todos, de que no era posible disimular y pasar por ello; si bien con alguna esperanza de que el tiempo mudara las cosas, propuso al Congreso la convocación de una junta eclesiástica, como la hubo en 1822. No fué atendido; el gobernante jacobino desterró al Cabildo de Méjico y a varios Obispos; los católicos protestaron y en muchas partes se alzaron en armas; Santa Anna, vuelto al ejercicio del poder, creyó prudente ponerse de su parte, y se revocaron las leyes impías, y volvieron los desterrados. Era esto a mediados de 1834.

El año siguiente, a nuevos intentos de usurpación del patronato, y a la publicación y defensa de la *Memoria* cuasi ministerial presentada con ese fin en el Congreso, el P. Arrillaga, tal

vez en el mismo, como diputado que era entonces, y ciertamente en la prensa, opuso de nuevo vigorosas impugnaciones, que sin duda contribuyeron a hacer fracasar el proyecto y a sostener fijas en la mente del pueblo católico las sanas ideas y firme en el ánimo la decisión de defenderlas (1).

10. También tuvo parte el P. Arrillaga, suministrando los materiales, en la defensa que el P. Luis Gutiérrez del Corral hizo de la resistencia del Obispo de Puebla, Ilmo. Sr. Vázquez, a un decreto del gobierno de Veracruz, que llanamente despojaba a los religiosos de sus casas y bienes (2). Con la hueca frase de la *plena potestad del Estado en las cosas temporales*, venía aquel Congreso, según el dictamen de la comisión respectiva que sirvió de base al decreto, a negar el derecho de propiedad; pero no ya sólo, como el P. Corral argüía, o mejor dicho hacía simplemente notar, no sólo a las comunidades religiosas, sino a todo ciudadano; puesto que ni distinguía, ni podía con razón distinguir entre los bienes temporales de un particular y los de una corporación. Ni la oposición del Obispo ni la *Crítica del Dictamen* hecha por el Padre Corral contuvieron a los jacobinos de Veracruz; pero aquel atropello de la Iglesia, del derecho de propiedad y de los sentimientos católicos del país hizo al pueblo de Orizaba empuñar las armas para defender a los frailes, y este fué el principio de la revolución católica indicada poco hace.

Otros servicios importantes prestó el P. Corral a la Diócesis de Puebla. Ordenado poco después de la supresión de la Compañía, tuvo a su cargo varias parroquias, trabajando en ellas con gran celo, hasta que a principios de 1833 le llevó a aquella ciudad el Sr. Vázquez, le dió también el gobierno de una parroquia y diversas cátedras en el Seminario, y se sirvió de él, por lo menos en la redacción de sus pastorales y correspondencia con la Santa Sede. Fué además Rector del Carolino dos años escasos, desde Noviembre de 1834, esforzándose por levantarlo de la gran decadencia material y moral en que se hallaba.

Otro ingenio salió a campaña contra la prensa liberal, aunque no tan hecho para la lucha como el del P. Arrillaga; buen

(1) Decorme, t. I, l. II, c. VI, nn. 2-6. *Examen Crítico* antes citado.

(2) *Crítica sobre el dictamen de la Comisión especial del Consejo de Veracruz acerca de la resistencia del Señor Obispo de Puebla a obedecer el decreto n. 54 de aquella Legislatura sobre extinción de conventos y ocupación de bienes de regulares.*

teólogo, sí, y buen canonista; pero menos desembarazado que él en el manejo de la pluma; igualmente vigoroso, pero no tan vivo en la polémica.

Con el seudónimo de *El Pensador Mejicano* impugnó y satirizó indecorosamente Don J. J. Fernández Lizardi, fuera de otras muchas cosas eclesiásticas, instituciones tan sagradas como el celibato y los votos religiosos, y tomó en cambio la defensa de la masonería, contra las condenaciones de los Papas. Fué excomulgado; se sometió exteriormente; recayó en los mismos o peores extravíos; y alardeaba de católico, al estilo de tantos, que se tienen por tales, sólo porque no niegan descaradamente los dogmas explícitamente definidos, y aun tal vez negando algunos, con pretexto de no ser materia definible u otros diversos.

El P. Lerdo, con el Dr. Grajeda, calificaron de oficio por orden de la Junta eclesiástica y de censura los escritos del *Pensador*, tachándolos de heréticos y escandalosos; y el P. Lerdo solo publicó después por particular encargo una refutación de la defensa que contra aquella primera censura había hecho el *Pensador* (1).

Poco después, en 1826 y 27, emprendió por su cuenta nueva campaña contra *El Hueso*, publicación periódica, que además de acometer, como el vulgo de los escritores liberales y con pretexto de combatir abusos, contra el clero y sus bienes, amontonando y dando por cierto cuanto hallaba sobre esta materia en autores buenos y malos; minaba con harto poco disimulo la fe y la religión, moviendo dudas y haciendo burlas volterianas sobre la Sagrada Escritura, las verdades teológicas inconcusas y aun los dogmas definidos. El P. Lerdo creyó necesario no dejar sin refutación aquel papel infame, y empezó a publicar, aunque no periódicamente, *El Quebrantahuesos*, que respondió al nombre que llevaba, haciendo pedazos los sofismas del *Hueso* y aun la buena fe de su autor (2).

11. A poco de haber cerrado su publicación en Diciembre de 1827, vino a cogerle una ley de expulsión contra los españoles de diversas clases en ella especificadas, entre éstas la del cle-

(1) *Exposición del Dr. Lerdo contra las Observaciones del Pensador mejicano.*

(2) Véase en la Bibliografía. La publicación impugnada no llevaba propiamente el título de *El Hueso*; sino esta expresión en lugar de título: «Hay (sic) va ese hueso que roer y que le metan el diente».

ro secular y regular, de cuyo cumplimiento pudo eximirse con el influjo de amigos y parientes. Pasado apenas un año, en Marzo de 1829, la ley fué renovada y extendida a todos los españoles sin excepción. Aun entonces la hubo para él; pero no quiso admitirla, ni tal vez pudo, pues el P. Vicario le llamó a Roma, sospechamos si con la idea de que asistiera a la Congregación General. Para eso llegó tarde; mas muy a tiempo para informar del estado de la Provincia al P. Roothaan, que acababa de tomar el gobierno de la universal Compañía. Tenemos ese informe puesto por escrito, y de él nos hemos aprovechado algo en estas páginas (1). Da cuenta de los sujetos uno por uno, excepto el Provincial, aun de los novicios que todavía podían considerarse como tales; y del estado de la Provincia en general traza un reducido cuadro, que traducimos aquí fielmente como resumen de nuestro relato.

«Desde el momento de la supresión, ejecutada, como hemos dicho, el 22 de Enero de 1821, se vieron obligados todos los sujetos de aquella Provincia a dejar, no sólo las casas que tenían en tres ciudades distintas y los bienes a ellas anejos, sino también la sotana y cualquier otra señal por donde pudieran ser conocidos como jesuitas, no pudiendo además formar cuerpo entre sí ni vivir juntos. Tuvo, pues, que buscar cada uno donde acogerse, unos en conventos de otras órdenes, otros en hospicios u hospitales; éstos con sacerdotes amigos u otras personas piadosas, aquéllos con sus familias. Y aunque ha habido algunas mudanzas de casa, por razón de los cargos que después han tomado, siguen al presente igualmente dispersos; porque estar juntos en una no pueden más que dos o, a lo más, tres. Aun así no ha faltado en Puebla un periódico que los ha acusado de reunirse en Méjico en la del P. Mendizábal para tener allí sus conferencias por las noches y hacer sus ceremonias. Lo que había era que iban algunos a confesarse con el Padre. Hanse, pues, hallado siempre y se hallan todavía como perseguidos; porque si bien no lo son en la propia persona, pero tienen que aguantar casi de continuo los insultos, las negras calumnias, las befas y cuentos volterianos que contra la Compañía publican casi todos los diarios de Méjico, repitiendo cuanto de eso estampan en los suyos

(1) *Stato della Compagnia di Gesù nel Messico l'anno 1830, nono della sua soppressione.* Lleva la fecha de Agosto de aquel año.

los liberales franceses. Hasta el viejo e infame libelo intitulado *Monita Secreta* ha salido de nuevo a luz allí en este tiempo. El Gobierno, a su vez, hasta el último año, siempre los ha vigilado y seguido los pasos; pero sobre todo desde que vino a Europa el P. Peña. La causa fué que, a su paso por París, el cónsul mejicano en aquella ciudad escribió que el Padre divulgaba ideas contrarias a aquella república y hablaba muy mal de ella; y el senado tuvo sobre este aviso una sesión secreta, cuyas resultas han sido el mayor empeño en interceptar las cartas que de aquí ha escrito, abiertas unas por el Gobierno mismo, y hechas abrir otras en su presencia. Otra cosa en lo público no se ha notado. Pero ya con eso el P. Provincial no quiso escribir nada o casi nada de las cosas de la Compañía, y encargó al P. Peña que hiciera lo mismo.

A pesar de este estado de dispersión y persecución, en que se hallan, nunca han dejado los nuestros de tener por superior al P. Cantón, de tratarle como tal, y de presentarse a él con frecuencia para recibir instrucciones y reglas de conducta, para pedirle los permisos necesarios, para darle cuenta de conciencia, y algunos para confesarse con él. Así lo han hecho hasta ahora, aunque no todos con el mismo cuidado y exactitud, por no haber conservado todos igualmente el espíritu de regularidad y de observancia. Tres o cuatro hay a quienes bien puede creerse bastante olvidados de su profesión y de las obligaciones que impone; otros tres o cuatro que con su abandono de las cosas del espíritu y con su total distracción en las del siglo, dan bien que sentir al Provincial.» Hasta aquí el P. Lerdo.

12. El P. Provincial dejó de serlo el año siguiente de 1831, sucediéndole el P. Mendizábal. Tenía ya ochenta y seis años de edad, y todavía vivió otros dos, sin dejar el único ministerio de que era ya capaz, el de oír confesiones, especialmente de niños, a quienes toda su vida tuvo grande cariño y dedicó particular atención. Por eso, ocurrida su muerte el 16 de Octubre de 1833, sin ser convocados, acudieron al entierro en multitud prodigiosa llorando y clamando de manera que interrumpieron varias veces el oficio. Fué hombre de mucho candor y sencillez, profunda y como naturalmente piadoso, sin nimiedad en los ejercicios de devoción, de los cuales era el favorito oír cuantas misas podía; y Dávila cuenta haberle oído decir que serian ya cerca de medio millón. Llano en su trato y olvidado de su valer, aunque a ins-

tancias de sus compañeros se doctoró en Bolonia, cuando allí estuvo desterrado; pero en Méjico apenas sabía nadie que era doctor, hasta que muerto ya, se encontró el diploma entre sus papeles. En la Compañía procedió como verdadero religioso, pobre y mortificado, que aun Provincial y con achaques, ni se eximía, sino a más no poder, o por orden del enfermero, de la vida común, ni aun consintió que en el arreglo del aposento y cosas semejantes, acostumbradas con los superiores, le sirviera nadie mientras él tuvo fuerzas. Con este ejemplo, no menos que con su gobierno, transfundió el antiguo espíritu de la Compañía en los nuevos jesuitas mejicanos, que lo conservaron aun en la nueva dispersión, para transmitirlo a su vez a los que en época menos tempestuosa han podido después formar una provincia bastante numerosa y bien organizada.

APÉNDICE

N. I.

(Lib. I, cap. I, n. 6, p. 24-27.)

Las dos cartas, primera y última, del Duque de Parma a Carlos IV sobre restablecimiento de la Compañía, 1794-1795.

Hermano querido:

Recibí con el último correo que nos llegó (pues ahora estamos sin correo ninguno) la tuya de 29 del pasado, pero la semana pasada me fué imposible el poderte responder (como encargué a mi Hermana que te dixera) a motivo de la visita de Monsieur, el qual aun tenemos aquí, pero nos dexa mañana. Ahora voy a responder a lo que contiene la citada carta tuya.

Veo por la misma con mucha pena, el disgusto que te he causado, haciendo que mi Ministro suspendiese de no dar al tuyo respuesta, a lo que este último por Orden tuya le había escrito cerca de las intenciones tenidas por mí en haber llamado varios Ex-Jesuitas en mis estados. Puedes estar seguramente cierto que esta suspensión no la he ordenado sino para conservar aquel Secreto con el qual se deben conservar las altas cosas de Dios y comunicarlas sólo a aquellas Personas para las quales el mismo Dios se digna manifestarlas; y fué por esto que te escribí en derechura, manifestándote mi deseo de decirte después claramente quales fueron mis intenciones cerca de un negocio, el qual con toda la seguridad más cierta y la más constante puedo asegurarte que mucho interesa a Dios y que Dios lo quiere. Por esto yo hice assí, y no ya porque en algún modo yo tuviera difidencia de *Alcudia*, a quien tanto estimo y quiero y de quien bien conozco todas las excellentes dotes y calidades.

Ya son muchos años que, cierto yo sobre de esto de la voluntad de Dios, y viendo cuánto se iba dilatando la irreligión y el mal costumbre, y la gran ruina que iban haciendo las máximas introducidas (de las quales ya ahora demasiado se ve el triunfo en todas partes), pensé de volver a llamar los Ex-Jesuitas, mis Nacionales, para la Educación de la Juventud en mi Colegio de Nobles, que era arruinato y escandalosamente desordenado. Pero

antes de llamar estos tales, escribí sobre esto al Sr. Rey (que está en gloria) mi Tío y tu Padre; el qual (aunque su respuesta no fuera de entera aprobación) no se opuso non obstante en modo alguno a quanto yo había pensado de hacer; con que entonces me dispuse a llamar los Ex-Jesuitas mis Nacionales, lo que executé después de algún poco de tiempo, y los empleé en reparar a los gravísimos desórdenes del ya referido Colegio, como por gracia de Dios lo he logrado felizmente y siempre más se logrará. Al mismo tiempo, como infinito me importaban los demás súbditos míos, ni podia yo tener tantos Ex-Jesuitas Nacionales para este fin, fundado yo sobre de otra semejante carta del sobredicho Rey, mi Tío, mientras era esta una cosa que yo había ya preveida, pensé llamar otros non Nacionales, en los quales se hallan también algunos españoles. Dios se ha dignado bendecir estas diligencias mías (como ha hecho la del Colegio de Nobles) tanto en *Parma* como en *Plasencia*, a frente de quanto haygan podido inventar y hacer la malignidad y la maldicencia.

Viendo yo tan felices progresos y que el Señor me asiste en la obligación muy estrecha que tengo de defender a la Religión, ya tan maltratada, y en destruir la ruina hecha en el corazón de los hombres por la Filosofía y por las máximas sediciosas que corren; es verdad que pedí a la Imperatriz de *Rusia* que me embiasse dos u tres de aquellos que estaban en sus Estados, pero son Italianos. Esto lo he hecho (persuadido del *Aprobo* del Papa en favor de los mismos) con la secreta mira de que estos con las *debidas aprobaciones* venidas, estableciesen con los otros la forma de sus Religiosos Arreglamentos, pero en el modo menos aparente que fuera posible hasta que Dios lo hubiese querido.

Sí, Hermano querido, bien vees estar yo en deber (por la constante seguridad que tengo sin duda ningunima que Dios quiere que sea restablecida la C.^{ia} de Jesús) de hacer quanto yo más pueda para secundar y obedecer a sus voluntades; y además de eso, con todo el corazón, con todas mis fuerzas, con todo el cariño y ternura te ruego, no sólo que secundes este deber mío, sino que hagas lo mismo en tus propios Reynos, asegurándote de la gran necesidad en que estás de hacerlo.

Asimismo te aseguro, Hermano mío, que los Enemigos de los Jesuitas son los enemigos de la Religión y de los Soberanos. Tú mismo y todos ahora ya deberían y deben conocer la verdad de esto. Si quieres que sea bendita tu familia, que lo sean también tus Reynos y triumphar de tus pérfidos enemigos; hazlo así. Créeme y créelo, que los muchos Hijos después de tantas lástimas y penas (pues te moriban todos los Varones) Dios te los ha dado para que creas que El aun mira a la *España* con ojos de benignidad, si harás quanto con mucha gana hubiera hecho el Rey difunto, quando compareció al Tribunal de Dios.

Perdóname, Hermano mío, si esta carta ha venido tan larga; pero no he podido a menos, y hubiera yo creído de faltar a mi

deber y también al afecto que te tengo, si hubiera ometido de decirte estas cosas.

Adios, Hermano querido, consérvame tus bondades y tu cariño y créeme siempre de V. M. el más af.^o Hermano, que de veras le quiere,

FERNANDO.

Colorno, 23 de Mayo de 1794.

Querido Hermano:

Con quatro correos que nos han llegado, recibo la tuya de 30 del pasado y te doy infinitas gracias de lo que me dices por la que te escribí por Pasqua y año nuevo. Mis Hijas te quedan también infinitamente reconocidas y se ponen a tus pies.

No puedo negarte, hermano mío, la aflicción que me ha causado la misma tuya, no tanto por verte constantemente opuesto a querer dar impulso a un negocio de suma gloria de Dios y de bien universal, cuanto porque no puedes sino disgustar al mismo Dios que lo *quiere*; y tu Augusto Padre y Tío mío a esta hora ya lo hubiera hecho, ya que fué por horrible traición inducido a destruir la C.^{1a}.

En la fuerte pena que tengo, tengo non obstante un consuelo, y es que por parte mía no he faltado de hacer quanto yo debía y podía para que se executase la voluntad de Dios, y para dar a mis súbditos aquellos auxilios más oportunos para conservarlos fieles a Dios, a la S.^{ta} Iglesia y a mí.

No dexa también de confortarme el pensar, que Tú mismo un día no te debas apercibir y claro conocer, si me he interesado en esto gran negocio inducido o no por medios vulgares, quiero decir por Consejo de unos Partidarios de la C.^{1a}; pero no quisiera (como se lo ruego al Señor de corazón) que esto sucediera mediante algún golpe de la mano de Dios.

Adios, Hermano mío; consérvame siempre tu bondad y tu cariño y créeme inalterablemente de V. M. el más afecto Hermano, que de veras le quiere,

FERNANDO.

Colorno, 30 (de Enero) de 1795.

(Arch. Hist. Nac.; *Estado*, leg. 3.518.—Autógrafas.)

N. 2.

(Lib. I, cap. I, n. 6, p. 30.)

Carta de Pío VI al Duque de Parma para que procure con la corte de España el restablecimiento de la Compañía.

PIUS PP. VI.

Dilectissime in Christo Fili Noster
Salutem et Apostolicam benedictionem.

Essendo imminente la partenza da Roma dell'Arcivescovo di Seleucia, Confessore della Maestà della Regina Cattolica, ed avendogli Noi seriamente parlato della ripristinazione della Società dei Gesuiti, ei si è mostrato dispostissimo ad interessarcisi, ed essendo soggetto di ottime intenzioni, e pari buon senso, non sappiamo dubitare, che non sia per cooperarvi con attività e destrezza. Prima che egli parta da V. A. R., abbiamo stimato di prevenirla di quanto abbiamo fatto, acciò gliene parli ancor Lei, giacche avendo la Regina la maggior influenza nel governo della Monarchia, deve essere pressochè cosa certa la riuscita di un esito felice. Se V. A. R. aggiungerà le premure al Sig. Infante suo Figlio, e questo a la di Lui sposa, di cui la Regina Madre è tenerissima, tanto più si accresceranno le nostre speranze. Non rileviamo i motivi dei mali incalcolabili prodotti dall'abolizione dei Gesuiti, perchè sono troppo noti e sperimentati; direm solo che la mancanza dell'educazione et il rissorgimento del Gianse-nismo fanno sentire all'Europa i disastri, che noi proviamo. Alla fine, se la Spagna non vuole i Gesuiti, faccia a Noi constare che non ripugna che li rendiamo a chi li desidera; che tanto ci basterà, perche in ultimo dovremo volerli tutti, inclusivamente alla Spagna istessa.

Finiamo con supplicarla a rinvigorire il suo zelo in affare di tanta importanza, che continuamente raccomandiamo al Signore, mentre restiamo dando all'A. V. R. ed a tutta la sua Real famiglia la Paterna Benedizione. Dat. Romae apud S. Mariam Majorem 17 Septembris 1797, Pontificatus Nostri anno XXII.

PIUS qui supra.

(Impreso del autógrafo en la *Ponencia* sobre el P. Pignatelli, P. I, n. XII, pág. 17.)

PIO PP. VI

Amadísimo en Cristo Hijo nuestro:
Salud y apostólica bendición.

De un día para otro saldrá de Roma el Arzobispo de Selencia, confesor de Su Majestad, la Reina Católica; quien, habiéndole Nos hablado seriamente

del restablecimiento de la Compañía de Jesús, se ha mostrado muy dispuesto a promoverlo; y como es hombre bien intencionado y no menos juicioso, no podemos dudar que cooperará a él diestra y activamente. Hemos creído oportuno advertir a Vuestra Alteza Real de lo que Nos hemos hecho, antes de que se le presente el Arzobispo, para que también Vuestra Alteza le hable del asunto; porque teniendo la Reina tanta parte en el gobierno de la monarquía, se ha de dar por casi cierto su feliz despacho. Si Vuestra Alteza Real lo recomienda además encarecidamente al Señor Infante, su hijo, y éste a su esposa, tan tiernamente amada de su augusta Madre; tanto mayores serán nuestras esperanzas. No hacemos notar los fundamentos de la pretensión, es decir, los daños incalculables causados por la abolición de los jesuitas, porque son demasiado sabidos y experimentados; solamente diremos que la falta de buena educación y el desarrollo del jansenismo han acarreado a Europa las desgracias que nos afligen. A lo menos, si España no quiere jesuitas, díganos que no se opone a que se los devolvamos a quien los desea, y esto Nos bastará: que al fin todos tendremos que buscarlos, incluso España.

Terminamos rogando a Vuestra Alteza que reanime su celo en un asunto de tanta importancia, que Nos continuamente encomendamos al Señor, y dando a Vuestra Alteza y a toda su Real familia nuestra paternal bendición. Roma, cabe Santa María la Mayor, 17 de Septiembre de 1797, de nuestro Pontificado el XXII.

Pío suprascripto.

N. 3.

(Lib. I, cap. I, n. 7, p. 37.)

Real orden del Príncipe de la Paz al Gobernador del Consejo para que a los ex-jesuitas que vuelvan a España se los recluya en conventos solitarios.

Excmo. Señor.

Las turbulencias de la Italia y providencias tomadas por el nuevo gobierno de Génova contra los Ex jesuitas españoles han hecho que estos se determinen a venir a España, huyendo de las persecuciones y aun de la muerte. Enterado el Rey de esto por varias representaciones de los mismos Ex jesuitas, que han llegado a nuestros puertos, y siendo muy propio del benigno corazón de S. M. proteger esta parte de sus vasallos, que se ven en el día sin país donde poder subsistir; se ha servido S. M. resolver que luego que vayan arribando a España, se les destine a los conventos más oportunos, y que allí se les pague la pensión hasta que mueran.

Lo que de Real orden participo a V. E. para su inteligencia y la del Consejo, y a fin de que éste me proponga los conventos de más soledad, donde podrán acomodarse dichos Ex-jesuitas, en términos que no haya muchos unidos. Dios gue. a V. E. m.^s a.^s. S.^a Lorenzo, 29 de Oct.^{ro} de 1797.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

(Rubricado.)

S.^{or} Obpo. Gov.^{or} del Consejo.

(Arch. Hist. Nac.; Estado, leg. 3.526.—Original.)

N. 4.

(Lib. I, cap. I, n. 8, p. 40.)

Carta de Pio VII a Carlos IV sobre el restablecimiento de la Compañía, que muchos le piden y sería importantísimo; espera la aquiescencia de S. M.

PIUS PP. VII.

Carissime in Christo Fili Noster, salutem et Apostolicam benedictionem. Le singolari dimostrazioni di compiacenza date dalla Real Maestà Vostra nel ricevere l'avviso della nostra esaltazione, siccome fin d'allora ci manifestarono apertamente la parzialità del filiale suo animo verso la nostra persona, così invitano ora il paterno amor nostro a scriverle di proprio pugno la presente colla piena fiducia di veder appagatti i nostri e comuni desiderj.

Dalla propria bocca del piissimo Real Infante di Parma, che ci onorò con la sua R. Famiglia di una sua visita pochi giorni prima della nostra partenza da Venezia, abbiamo saputo che la Maestà Vra. avea stabilito di aprire con la gloriosa memoria del nostro immediato Predecessore carteggio sull'oggetto importantissimo, del quale andiamo a parlare, di cui niun'altro ne fosse inteso che la Mtà. Vra., il prelodato Sommo Pontefice, e lo stesso R. Infante, onde conseruare con tutta sicurezza il segreto tanto necessario al disbrigo di un'affare, da cui dipende il rimedio più pronto alle calamità che ci circondano per ogni parte. Animati da sì santa disposizione del Real suo animo, che non poté allora effettuarsi, attese le luttuose vicende dello stesso nostro Predecessore, abbiamo pensato d'essere Noi il primo ad aprire il suddetto carteggio con la Real Maestà Vostra, affine di ottenere al più presto possibile l'adempimento de' nostri voti, diretti a porre un'argine all'universale disordine, in cui, inalzati pe' Divini giudizj, contro ogni nostro merito, all'Apostolica Sede, abbiamo ritrovato tutto il Cristianesimo.

Ci riempie d'orrore la sola idea della nostra terribile situazione. Le sedizioni, le guerre, le rivoluzioni, i saccheggi, le felonie, lo spirito d' anarchia tendente a niente meno che alla dissoluzione d'ogni ben stabilita società, sono ai dì nostri divenuti comuni, ma non sono dell'età nostra i mali maggiori. La corruzione delle massime, il libertinaggio sfrenato, il disprezzo insultante della Religione, l'apostasia, l'ateismo in trionfo, la prevalenza propagata in ogni sorta di persone, sono le vere calamità desolanti e formidabili dei dì nostri, che come cagioni delle prime, sono più da temersi, e rivolger devono a se l'attenzione

d'ogni governo, e sopra tutto quella del capo e Padre universale della Chiesa.

Sacra R. M., noi le scriviamo ora avanti quel Dio, che ci deve giudicare, e la cui causa non saremo mai per tradire, e chiamamo Lui in testimonio, che nel nostro scriverle non abbiamo altro oggetto se non la salvezza della sua sacra Persona, a noi carissima, la stabilità del suo Trono, ed il pronto riparo alla desolazione della Chiesa e dei regni, alla quale a gran passi ci andiamo ogni giorno avvicinando.

Noi fatti essendoci ad indagare i principj di questo sì strano cangiamento ne' popoli Cristiani, e di così orrenda depravazione; trovato abbiamo con evidenza aver essa avuta la sua origine dalla mancanza della Cristiana e regolata istruzione, che ogni ordine e genere di persone riceveva dall'estinta Compagnia di Gesù. Questa, appunto per essere per istituto suo proprio la coltivatrice nella dottrina e nella pietà cristiana dei popoli d' ogni luogo e d'ogni nazione, presa di mira, come primo loro ostacolo da quelli i quali (come ora ciascuno ha conosciuto) congiurato aveano alla distruzione della Chiesa e de' principati, costretta a cedere a la loro prevalenza, lasciò privo il Mondo di tutti quelli efficaci ajuti, che soli poteano preservarlo da quella fatale depravazione, sorgente inesavsta dei disastri incalcolabili, dei quali ora ritrovasi inondato, e di que' maggiori, che vanno irrimediabilmente a rovesciare sù di esso, se al più presto non si riedifica quest'argine, che solo è capace d'arrestare la piena di tante e sì lacrimevoli calamità.

Sono così persuasi tutti i buoni popoli, che il ravvivamento di questa Società è l'unico mezzo di placare il Cielo, e di restituire la calma e la sicurezza, riconducendo e coll'esempio e colla dottrina e cristiana coltura i travati su gli antichi sentieri della Religione, della carità e dell'ubbidienza, che noi assicuriamo V. M., che da tutte le parti siamo sollecitati dalle preghiere de' popoli a farla rivivere prontamente. Alcuni sovrani ce l'hanno chiesto, a nome anche de loro sudditi con le più premurose istanze, pregandoci a dare con questo mezzo la pace ai loro Stati sconvolti, e ridotti dal libertinaggio e dall'irreligione all'ultima desolazione.

I pastori de' popoli, i Cardinali, i Vescovi della Chiesa in gran parte ci rappresentano di continuo le calamità, non solo delle loro proprie diocessi, ma di tutta la Cristianità, che spogliata (specialmente nelle Missioni dell'America e dell'Oriente) d'opere Evangelici e ne' confessionarj, e nelle carceri, e ne' spedali, e nelle campagne, manca quasi d'ogni ajuto nella necessità estrema di cristiana assistenza. Ci mettono sopra tutto in considerazione l'educazione della gioventù, priva da pertutto di cristiani educatori, la quale senza il freno della pietà dandosi in preda al vizio, forma l'infelicità delle famiglie, l'inquietudine delle città, e prepara una peggiore e di lei più funesta discendenza. Ci mostrano le piaghe che ogni giorno riceve la fede e la re-

ligione per le cattive dottrine, che per mancanza di contraddittori prevalgono in ogni luogo, ripetendo tutte queste ruine dall'estinzione di questo corpo zelante ed operativo per istituto.

Le confessiamo, S. R. M., che a desiderj così giusti di religiosissimi Sourani, alle preghiere sì premurose di Pastori così zelanti, non sa resistere il nostro cuore; e che scossi dall'imperiosa voce del cielo, che aggravando sopra di noi i colpi de' suoi flagelli, rimprovera chiaramente la nostra lentezza, niente più bramiamo che di veder dato di nuovo alla Chiesa ed ai Principati un sì valido sostegno.

Ma siccome l'amore, che portiamo tenerissimo alla M. V., e gli obblighi singolari, che le professiamo, ci fanno riflettere a quei riguardi, che aver si devono da noi alla gloriosissima memoria di Carlo Terzo, suo piissimo Genitore, che permettendolo l'Altissimo per i giusti suoi fini, credendo di prestar ossequio a Dio, cooperò al distrugimento di questo corpo; perciò abbiamo giudicato di non por mano all'opra, se non previa l'intelligenza della M. V. Ed intanto l'assicuriamo che nella ripristinazione di questa Società, sarà nostro pensiero di regolarci in guisa che, salva sempre e gloriosa resti la memoria dell'Augusto suo Genitore; e che nel secondare i voti di que' Sourani, che dimandano il detto ripristinamento, non intenderemo per questo di ripristinarli nelle Spagne senza espressa richiesta della M. V. Noi lasceremo questa risoluzione all'arbitrio libero del suo animo, e solo a sfogo del nostro paterno amore le aggiungeremo che se Ella ancora, spogliata d'ogni umano riguardo, e solo seguendo gli impulsi del suo cuore religiosissimo, ad insinuazione del Vicario di Gesù Cristo, che a nome della Chiesa e di Dio le ne porge la supplica, si determinasse generosamente ad un'opera così degna della sua pietà e grandezza; colmarebbe di gloria la sacra sua Persona, e chiamarebbe sopra le Spagne le benedizioni del Cielo, tanto a Lei necessarie in tempi sì pericolosi per ogni Regno.

Quel Dio, nelle cui mani sono i cuori dei Re, a consolazione nostra ispiri nella M. V. que' sentimenti, che siano degni della sua esemplarissima Religione, e corrispondenti a quella paterna carità, colla quale, come nostro carissimo figlio in Gesù Cristo, teneramente l'amiamo. Mentre in attenzione di suo benigno riscontro, che ci rincuori ad un'opra così salutare alla Chiesa ed alli Stati, restiamo dando alla Maestà Vra. ed a tutta la sua Real Famiglia la paterna Apostolica Benedizione con la maggiore effusione del nostro cuore.

Datum apud S. Mariam Majorem 28 Julii 1800.—Pontificatus Nostri Anno Primo.

PIUS PP. VII.

PIO PP. VII

Amadísimo en Cristo hijo nuestro: Salud y apostólica bendición.

Las singulares muestras de complacencia dadas por Vuestra Real Majestad al recibir la noticia de nuestra elección, como desde entonces Nos hicieron ver claramente el particular afecto de su ánimo filial para con nuestra persona; así ahora mueven nuestro amor paterno a escribirle de propia mano la presente; con la plena confianza de ver satisfechos nuestros comunes deseos.

De labios mismos del piadosísimo Real Infante de Parma, que Nos honró visitándonos con su Real familia pocos días antes de nuestra salida de Venecia, supimos que Vuestra Majestad tenía resuelto entablar correspondencia con nuestro inmediato predecesor, de gloriosa memoria, sobre el asunto importantísimo de que vamos a hablarle, de la cual nadie tuviera conocimiento, sino Vuestra Majestad, el mencionado Sumo Pontífice y el mismo Real Infante, para guardar así el secreto tan indispensable en el manejo de un negocio, del cual depende el más pronto remedio de los males que por todas partes nos rodean. Animado con esta santa determinación de su Real ánimo, que no pudo entonces ponerse por obra a causa de las dolorosas circunstancias en que se vió el mismo predecesor nuestro; hemos pensado ser Nos el primero en iniciar esta correspondencia con Vuestra Real Majestad, a fin de conseguir lo más pronto posible el cumplimiento de nuestros deseos, enderezados a poner un dique al desconcierto universal, en que, al ser elevados por divina disposición, contra todo merecimiento nuestro, a la Sede Apostólica, hemos encontrado toda la cristiandad.

Nos horroriza sólo el pensamiento de nuestra terrible situación. Sediciones, guerras, revoluciones, saqueos, felonías, el espíritu de la anarquía aspirando no menos que a la destrucción de toda bien ordenada sociedad, son en el día cosa corriente, y aun no son todavía los males más graves de nuestro tiempo. El extravío del pensamiento, el desenfreno de la licencia, el menosprecio y aun el escarnio de la religión, la apostasía, el ateísmo triunfante, la prevaricación introducida en todas las clases de personas, éstas son las verdaderas, desoladoras, espantosas calamidades de nuestros días, y las más de temer como raíces de las primeras, y que deben llamar la atención de todos los gobiernos, pero más la de la Cabeza y Padre universal de la Iglesia.

Le escribimos, Sacra Real Majestad, en la presencia de aquel Señor que Nos ha de juzgar, y a cuya causa jamás haremos traición; y ponemos al mismo Señor por testigo, de que en el escribirle no miramos sino a la salvación de su sagrada persona, que Nos es tan querida, al afianzamiento de su trono, y a prevenir la desolación de la Iglesia y de los Estados, que a largos pasos cada día avanza sobre nosotros.

Puesto Nos a indagar el origen de tan extraña mudanza en los pueblos cristianos y de tan horrenda depravación, hallamos con toda evidencia que procede de la falta de aquella cristiana y bien ordenada instrucción, que toda clase de personas recibía de la extinguida Compañía de Jesús. Precisamente por eso, por estar consagrada de propósito según su Instituto a educar en la doctrina y virtud cristiana a los pueblos en todas partes, en todas las naciones, la hicieron blanco de sus tiros, como el primer obstáculo con que tropezaban, los que se habían conjurado (como ya todo el mundo sabe) para destruir la Iglesia y las monarquías. Y teniendo que ceder a su prepotencia, dejó el mundo privado de los únicos medios eficaces para preservarlo de aquella fatal depravación, fuente perenne de los males incalculables que ya le inundan, y de los mayores aún, que sin remedio, van a caer sobre él, si cuanto antes no se vuelve a levantar este dique, solo capaz de contener la avenida de tantas y tan dolorosas calamidades.

Tan persuadidos están todos los buenos de que el devolver al mundo esta Compañía es el único medio de aplacar a Dios y de restablecer la paz y afian-

zarla, trayendo a los descarriados con el ejemplo, con la doctrina, con la instrucción cristiana, a las antiguas sendas de la religión, de la caridad y de la obediencia; que aseguramos a Vuestra Majestad que de todas partes Nos piden los pueblos con instantes súplicas su pronto restablecimiento. Nos lo han pedido algunos soberanos en su nombre y en el de sus vasallos con los más apremiantes ruegos, suplicándonos que volviéramos con esto la paz a sus estados, trastornados y reducidos por el libertinaje y la irreligión a la desolación más extrema.

Los Pastores de la grey cristiana, Cardenales y Obispos en gran número Nos manifiestan a la continua los males, no sólo de sus propias diócesis, sino también de toda la cristiandad, que privada (especialmente en las misiones de América y de Oriente) de operarios evangélicos en el confesonario, en las cárceles, en los hospitales, en los campos, se ve casi destituida de todo auxilio, cuando más necesitada de cristiana asistencia. Nos hacen fijar la consideración sobre todo en la educación de la juventud, falta de maestros cristianos en todas partes, y que corriendo desalada a los vicios sin el freno de la piedad, viene a constituir la desgracia de las familias, la inseguridad de las poblaciones, y nos dará una generación peor y más perversa aún que ella.

Pónennos delante los golpes que un día y otro se dan a la fe y la religión con las malas doctrinas que, por falta de quien las impugne, prevalecen en todas partes, señalando el principio de todos estos males en la extinción de este cuerpo celoso y activo por Instituto.

Confesamos a Vuestra Real Majestad que no puede resistir nuestro corazón a tan justos deseos de soberanos piadosísimos, a ruegos tan encarecidos de tan celosos Pastores; y que excitado por la voz imperiosa del cielo, que descargando con más fuerza el azote sobre nuestras espaldas, claramente reprende nuestra tardanza, nada deseamos tanto como ver devuelto a la Iglesia y a los estados tan firme apoyo.

Mas como el tiernísimo amor que a Vuestra Majestad profesamos, y lo muy obligado que a Vuestra Majestad Nos reconocemos, no Nos permiten olvidar la consideración debida a la gloriosa memoria de Carlos III, su religiosísimo padre, que por permisión del Altísimo para sus justísimos fines, creyendo hacer obsequio a Dios, cooperó a la destrucción de esta orden; hemos creído no deber dar un paso sino previa comunicación con Vuestra Majestad, asegurándola desde luego que en el restablecimiento de la Compañía procederemos de modo que quede a salvo y perdure gloriosa la memoria de su augusto padre, y que en acceder a los deseos de los Príncipes, que lo solicitan, no pretendemos hacerlo igualmente en España, si no es a petición expresa de Vuestra Majestad. Eso lo dejamos a su libre elección, y solamente por desahogar con Vuestra Majestad nuestro corazón de Padre, añadiremos que, si también Vuestra Majestad, pospuesto todo humano respeto, y siguiendo los impulsos de su religiosísimo ánimo, por insinuación del Vicario de Cristo, que se lo suplica en nombre de Dios y de la Iglesia adoptara generosamente una resolución tan propia de su piedad y grandeza; pondría el colmo a la gloria de su sagrada persona, y atraería sobre España las bendiciones del cielo, que tan necesarias le son en tiempos de tanto riesgo para todas las monarquías.

El Señor, en cuya mano están los corazones de los Reyes, infunda para consuelo nuestro en el de Vuestra Majestad sentimientos dignos de su ejemplarísima religiosidad, y correspondientes al paterno amor que a Vuestro Majestad como hijo nuestro en Cristo carísimo, tenemos; y mientras quedamos esperando su contestación favorable, que Nos anime a realizar una obra tan provechosa a la Iglesia y a los estados; damos a Vuestra Majestad y a toda su Real familia con la mayor efusión de nuestra alma la Apostólica bendición.

Cabe Santa María la Mayor, 28 de Julio de 1800, año primero de nuestro Pontificado.

N. 5.

(Lib. I, cap. I, n. 8, p. 43.)

Carta de D. Pedro Labrador a D. Mariano Luis de Urquijo: Que la del Rey ha estorbado el restablecimiento de la Compañía, y quiénes lo promovían en Roma.

Reservada.

Excmo. Señor.

Mui Señor mío: Con arreglo a lo que V. E. se sirvió prevenirme en su carta reservada de 15 de Octubre último, entregué en mano propia al Santo Padre la carta que el Rey nuestro Señor escribía a S. S., en respuesta a la de 28 de Julio de este año, en que se trataba del restablecimiento de la Compañía de Jesús.

Al tiempo de entregarla dije a S. S. que ordinariamente con todas las cartas de S. M. venía una copia abierta; pero que con aquella no había recibido ninguna, sin saber yo si era por olvido o por otro motivo; que de cualquiera manera que fuese, suplicaba a S. S. me previniese si tenía yo que dar algún paso sobre su contenido. S. S. abrió la carta en mi presencia; pero apenas empezó a leerla, me dixo: Está en Español y así no la entiendo; la haré traducir, y si tuviese algo que comunicaros sobre ella, os lo haré advertir. Pocos días después me vi para otro asunto con el Cardenal Secretario de Estado, quien me dixo que S. S. no tenía respuesta alguna que dar a la carta, que yo le había entregado; pues parece que es, añadió, contestación a una carta antigua de cumplido escrita por S. S.

No sabré decir a V. E. si el Cardenal Secretario de Estado está en el misterio; lo seguro es que el principal fautor de los proyectos jesuíticos es el Cardenal Rovarella, que es quien ejerce mayor influencia en el ánimo de S. S., y es persona mui apagada a las pretensiones, antiguas máximas e intereses de la Curia Romana, como generalmente lo son más que todos los demás, aquellos que como él han sido curiales.

Por algunas personas que frecuentan las mismas concurrencias que el referido Cardenal, he sabido que en los días inmediatos a la entrega de la carta había estado intratable y se había lamentado mucho del mal estado de los asuntos públicos.

Por lo que hace a S. S. lo he visto después con ocasión de presentar al Coronel D.ⁿ Juan Maria Cadalso; y pude notar que estaba muy inquieto. Tengo para mí que la respuesta de S. M. ha hecho desvanecer el proyectado restablecimiento, que todo hace creer estaba muy adelantado. Estoy informado de que S. M. Sarada, en los frecuentes viages que desde Frascati hacía a esta Ciudad, no tenía otra mira que la de instar a S. S. por una pronta resolución. La Corte de Nápoles concurría al mismo fin por me-

dio de algunos de los Prelados de aquella Nación, que ocupan aquí puestos eminentes, y tres de los quales van a ser promovidos a la púrpura cardenalicia. De la Corte de Viena no creo que hubiese pretensión clara y terminante; pero la Archiduquesa Mariana, en su visita a S. S. y en su residencia en el Estado Pontificio, no se propuso otro proyecto que el de coadyuvar al mismo intento.

No perderé de vista un solo momento tan importante asunto, y daré parte a V. E. de quanto pueda ocurrir.

D.^s gue. a V. E. m.^s a.^s. Roma 10 de Diciembre de 1800.

Excmo. S.^{or}

B. L. M. de V. E. su más atento servidor

PEDRO LABRADOR.

(Rubricado.)

La Corte.—Excmo. S.^{or} D.ⁿ Mariano Luis de Urquijo.

(Arch. Hist. Nac.; *Estado*, leg. 3.910.—Autógrafa.)

N. 6.

(Lib. I, cap. IV, n. 8, p. 189.)

Noticia de los sujetos más conocidos, de quienes se sabe por notoriedad que son apasionados, protectores y promovedores de los intereses de la extinguida Compañía y sus individuos.

El Excmo. Sr. Duque de Montemar, residente en la ciudad de Jaén, el qual tuvo por ayo para su educación al Jesuita D.ⁿ Lorenzo Herbás y Panduro, el cual le dedicó la obra escrita con el título de «La Historia del hombre».

Interceptar la
corresp.^a

La Excma. Sra. Duquesa de Villahermosa, residente en Madrid, la qual tiene dos hermanos Jesuitas en Nápoles, y uno de ellos es actualmente Provincial de aquellos PP.

D.ⁿ Sebastián Piñuela, Secretario de la Cámara de Castilla, con voto. Es natural de la Villa de Cantalpino del Obispado de Salamanca.

Que se vaya
p.^s es Alc.^o

El Marqués del Mérito, residente en Madrid y natural, según se dice, de la ciudad de Jerez de la Frontera, en Andalucía.

El Teniente General de Marina, D.ⁿ Julián de Retamosa, residente en Madrid.

D.ⁿ Juan Antonio Pellicer, Oficial primero de la R.¹ Biblioteca, residente en Madrid. Aragonés.

A su Pays.

D.ⁿ Vicente Gofin, criado que fué de la difunta Marquesa de Villafranca, Novicio de la extinguida Compañía, y natural del Reyno de Galicia, el qual vive en Madrid con el legado vitalicio que le dejó su ama de quinientos ducados anuales, según hay noticias.

Clérigos seculares.

Para Am.^a

El R. Obispo de Caristo, D.ⁿ Antonio Puyal, Auxiliar del Arzobispado de Toledo en la Villa de Madrid, Capellán Mayor y Canónigo de la Colegiata de S.ⁿ Isidro y natural del Reyno de Murcia.

A su iglesia.

D.ⁿ Alexo Ximénez de Castro, Inquisidor de la Suprema y Dignidad de Tesorero de la Catedral de Murcia, cuio valor asciende a ciento y veinte mil r.^s por un quinquenio, y es natural de Madrid.

Váyase a su Canonjía.

D.ⁿ Juan Antonio García Iñigo, Inquisidor Supernumerario de la Suprema, Canónigo de la Catedral de Cuenca y natural de las Encartaciones de Vizcaya.

Prebenda en otra p.^{te}

D.ⁿ Pedro Prado, Canónigo de la Colegiata de S.ⁿ Isidro de Madrid, natural del Obispado de León.

Idem.

D.ⁿ Francisco Xavier Vales Asenjo, Canónigo de dha. Colegiata, natural de Villafranca del Bierzo, en el Obispado de Astorga.

Idem.

D.ⁿ Baltasar Calvo, Canónigo de dha. Colegiata, natural de la villa de Jérica, en el Obispado de Segorbe.

Idem.

D.ⁿ Juan Antonio Melendo, Canónigo de dha. Colegiata, aragonés.

Idem.

D.ⁿ José Cortés, Capellán de Honor de S. M., natural del Reyno de Aragón. Este sugeto, según noticias, tiene, además, Beneficios Eccos. de Renta simple.

Obpado.

D.ⁿ Pablo Nicolás de S.ⁿ Pedro, Cura de Palacio y Canónigo de la Santa Iglesia de Toledo, natural de la Alcarria.

Vna canonjía.

D.ⁿ Ignacio García del Castillo, Capellán de honor y segundo Cura de Palacio, natural de la Alcarria. Tiene, según noticias, un hermano Jesuita.

Idem.

D.ⁿ Esteban Querol, Capellán de honor, natural del Obispado de Tortosa y de la orden de Montesa.

Preb.^{da}

D.ⁿ Pedro Ramírez, Maestro que fué del Serenísimo Señor Principe de Asturias, y en el día de los Sres. Infantes, natural de Castilla la Vieja y abad de St.^a Gema, Dignidad de la Catedral de Pamplona.

Idem.

D.ⁿ Christóbal Bencomo, Maestro de los Señores

Infantes, natural de Canarias, según noticias, y Prebendado en una de las Iglesias de estos Reynos.

Idem.

D.ⁿ Andrés de Andrés, Presbítero, Penitenciario de las Salesas nuevas de Madrid.

Regulares.

Al Gen.^l q.^o 10
mude.

El P. Dominico, Fr. Ramón Guerrero, Prior actual del Convento de la Pasión de Madrid y subcesor del P. D.ⁿ Fran.^{co} Ohuidobro, Presbítero del Salvador, en el Confesonario de la Condesa de Trastámara. Se ignora su patria y el Convento en donde tomó el hábito.

Idem.

El P. Fr. Fran.^{co} Sánchez, Carmelita Descalzo, residente en el Convento del Carmen de esta Villa de Madrid, natural de Aragón, Maestro en su orden y calificador del Consejo de la Suprema.

Idem.

El P. Fr. Fran.^{co} Navarro Belluga, Monge de S.ⁿ Basilio en la Villa de Madrid, D.^{or} de Alcalá, en donde fué Catedrático, Calificador del Consejo de la Suprema.

Idem.

El P. Fr. José Murillo, de la Congregación de S.ⁿ Vicente de Paúl, natural de Aragón, y residente en el día en la Ciudad de Segovia, en casa de aquel R. Obispo.

Al Arzop.^{bo}
(sic)

El P. D.ⁿ Joaquín de Casaviella, de la Congregación de S.ⁿ Felipe Neri de Madrid, hermano del R. Obispo actual de Tudela, natural de Jaca.

Idem.

El P. D.ⁿ José Nasarre, de dha. Congregación de S.ⁿ Felipe Neri, natural de Aragón.

Idem.

El Hermano de la propia casa de S.ⁿ Felipe Neri de Madrid, Ygnacio Peirolón, natural del Reyno de Valencia; deviendo notarse que, según las noticias que se han tomado, la mayor parte o casi todos los Padres de la referida Casa de S.ⁿ Felipe Neri de Madrid son decididamente afectos y apasionados de los Jesuitas expulsos y de los autores de sus doctrinas.

Salió.

El P. D.ⁿ Antonio Torres, Presbítero del Oratorio del Salvador de Madrid, natural de Canarias y residente en el Monasterio de los Basilios del Tardón, del Obispado de Córdoba, por orden de S. M.

Salió.

El P. D.ⁿ Fran.^{co} Huidobro, natural de Chile, Presbítero del dho. Oratorio del Salvador de Madrid y residente en la Cartuja de Jerez de la Frontera, del Arzobispado de Sevilla, por orden de S. M.

N. 7.

(Lib. II, cap. IV, n. 4, p. 307.)

Breve compendio de lo que a gloria de Dios, bien espiritual de las Almas y sana educación de la juventud en costumbres y letras, practica la Compañía de Jesús desde su restablecimiento en España, debido a la religiosa piedad, justicia y clemencia de nuestro Soberano el Señor Rey D. Fernando VII, que Dios guarde.

MADRID.—*Colegio Imperial.*

En la iglesia de dicho Colegio hay permanentes por mañana y tarde cuatro confesores.

Además de éstos, en los días festivos y cuando son llamados, confiesan en la iglesia otros doce Sacerdotes Jesuítas, sin contar las confesiones de hombres en los quartos. Por la tarde se predica dos veces cada semana, a saver, el viernes por la tarde la Buena Muerte, plática y las preces propias; y los domingos sermón doctrinal, sin contar las varias novenas y panegiricos que se hacen a la Santísima Virgen y santos, todo con el Santísimo expuesto.

Cada año se tiene misión.

Cuatro Sacerdotes están destinados y van a las cárceles cada semana, y además cuando son llamados, como a los hospitales.

Cada tarde del año o al anochecer se reza el santo rosario con otras preces a el altar de la Virgen Santísima de Dolores.

Cada mañana, mientras se reparte a los pobres, un día hombres y otro mugeres, las sobras de las mesas de la Comunidad, se les enseña la doctrina christiana y ecsorta a la observancia de la Divina Ley.

En las clases de Gramática, comprendida la Retórica, cuyo profesor es bien conocido por sus anuales oraciones inaugurales de estudios, poética y lengua griega, están empleados siete jesuítas, y el número de alumnos que a ellas concurren pasan de doscientos ochenta. En las dos de hebráico y arábigo hay alumnos doce. En la de lógica y elementos de geometría hay cuarenta y cuatro. En la de física experimental, treinta y nueve. En la de metafísica y física (sic, por Filosofía) moral, veinte y cinco. En la de historia y disciplina eclesiástica, diez. En las dos de matemáticas, sesenta y dos. Total de los que aprenden en estas escuelas: cuatrocientos setenta y dos.

Los niños gramáticos oyen cada día misa en la iglesia, luego que acaba el estudio de la mañana, y los sábados cantan por la tarde allí la letanía, y en la clase se les enseña la doctrina christiana, y en todas se dicen algunas oraciones al principio y fin del estudio. Se compone de ellos la Congregación de María Santísima, de la cual es prefecto un Sacerdote Jesuita, que les hace ecsorta-

ciones en las solemnidades principales entre año, y en los días de comunión general, que se hace una vez cada mes, precediéndola, acompañándola y dándola fin con brebes y debotos coloquios. Se unen en la capilla de su congregación todas las fiestas, se les lee algún libro espiritual, rezan el rosario y el oficio parbo de la Virgen; y después de la misa cantan la letanía, haciéndoles siempre una platiquita.

MADRID.—*Casa de Noviciado.*

Cuatro sacerdotes oyen confesiones en la iglesia. Todos los domingos del año hay por la tarde sermón, y antes de él practican algunos egercicios devotos: lo que se hace también varios otros días entre año por los novicios en la iglesia pública, y a éstos se añaden las nobenas a María Santísima y santos con la exposición del Santísimo Sacramento. Los sacerdotes van cuando son llamados a los enfermos.

Cada día se reparten en la portería a los pobres alternando por días hombres o mugeres, si bien a los niños de uno y otro sexo se hace cada día, las sobras de la mesa, y en el interbalo se les enseña por los novicios más adultos la doctrina christiana. Hay un Sacerdote Jesuita destinado para dar los egercicios espirituales de San Ygnacio a las personas que ban a tal fin, como concurren, y así sucede con frecuencia.

MURCIA.—*Colegio de San Esteban.*

Y aunque este colegio se puede llamar el primero, que la Compañía ha habitado después de su restablecimiento en España, pues a principios del año mil ochocientos diez y seis entraron en él los tres hermanos Alarcón, naturales de aquella ciudad; es sin envargo el que produce menos utilidad pública, a motivo de un conjunto de circunstancias, que manifiestan a toda prueba la constancia de la Com.^a en el servicio de Dios, del soberano y de la Patria. Reducidos los individuos de la Compañía a el goce de la sola iglesia y de un solo corredor o tránsito, sin embargo de las promesas que se le hicieron de desocupar todo el edificio, que retienen los Hospicianos, aun después de tres años y sin apariencia de que presto lo desocupen; no se pueden establecer, por total falta de localidad, escuelas de pública enseñanza.

Es tal y tan sensible la estrechez de las habitaciones, que se reducen a seis solamente; cuales ha sido necesario habilitarlas a propias espensas. Un aposento sirve de refectorio y una cocina, y aun el agua limpia y de servicio falta algunas veces, siendo necesario hacerla traer de fuera.

Como la comunidad está actualmente compuesta de tres Sacerdotes, un maestro coadjutor y tres pretendientes; sus egercicios se reducen a la asistencia de las almas en la Iglesia, oyendo casi de continuo confesiones; a el servicio de el culto en ella, teniendo cada año sermones en todos los domingos de quaresma, y

celebrando con solemnidad varias funciones de la Virgen Santísima y santos de la Compañía entre año.

La violenta impotencia que les priva de la enseñanza pública, no les impide la privada en sus respectivos aposentos, y cada uno de los tres sacerdotes enseña la gramática a diez o doce niños, no menos que la doctrina christiana, inspirándoles las máximas de amor, respeto y subordinación.

Colegio noviciado de Loyola.

Establecido el dicho colegio a fines de Abril de mil ochocientos diez y seis; se abrió desde luego el aula de gramática con dos maestros, uno sacerdote y otro escolar, ambos Jesuítas. Los siete sacerdotes que allí hai, se ocupan de servir de confesores, tres de ellos en bascuence y castellano, los cuatro en castellano solamente.

Dos van a confesar a los conventos de religiosas a Azpeitia y a Azcoitia y a veces a el de la enseñanza de Bergara.

Dos principalmente van a confesar en bascuence a los enfermos y cárceles; uno ha hecho en la quaresma la función de las tres horas de la agonía. Otro todas las fiestas de la quaresma ha enseñado al pueblo la doctrina y leído sermones.

Dos novicios escolares han predicado en bascuence y otros en castellano. Los alumnos de gramática, que pasan de quarenta, sin embargo de la distancia de las casas, asisten con mucha puntualidad, aun en días muy malos.

Además de los dos maestros indicados, un sacerdote enseña la Retórica, otro en los días que no hay aula y en las medias fiestas enseña Geografía.

Oyen misa todos los días y asisten a la letanía de la Santísima Virgen y santos; a las novenas de San Ygnacio y San Xavier; y por la tarde los que están cerca de Loyola rezan en la Iglesia el Rosario.

Todos los sábados en la tarde se les explica por una hora la doctrina, y por espacio de otra se les lee un ejemplo de la Virgen con la correspondiente instrucción.

Todos los días de fiesta se ejercitan por una hora en la iglesia en varios actos de devoción, lección de la fiesta corriente e instrucción, que da un Padre. Por la tarde al rosario, al calvario y otras devociones. Comulgan por lo menos una vez en cada mes.

Colegio de Tortosa.

En Julio de mil ochocientos diez y seis se dió posesión a la Compañía del Colegio de Tortosa.

La suma escasez de rentas, con que fué restablecido aquel colegio, y de las cuales no se cobran dos tercios; por cuyo motivo la real junta actual de Restablecimiento le ha asignado un anual subsidio, no permite allí la demora sino de dos sacerdotes

Jesuitas y un criado seglar, por lo que no tiene la casa escuelas de pública enseñanza.

Los dos sacerdotes se emplean cotidianamente en oír confesiones la entera mañana con mucha frecuencia; la tarde y aun la noche en sus aposentos; de modo que en la cuaresma última las confesiones han pasado el número de novecientas. Se ocupan tanvién por el adviento y cuaresma enseñando en su Iglesia a los niños y niñas.

Acuden puntuales a confesar y a asistir a los enfermos, cuando son llamados.

Entre año hacen varias novenas de la Buena muerte, del Sagrado Corazón de Jesús, del Santísimo Sacramento, proponiendo a los concurrentes los puntos de oportunas meditaciones, especialmente en la solemne esposición del augustísimo Sacramento los últimos tres días de carnes tolendas. Todo lo cual y aun más relativamente es bien notorio a la egemplaridad de los padres, a la utilidad pública y a la actual real junta por testimonio de aquel Ilmo. Sr. Obispo.

Colegio de Palma de Mallorca.

Los tres sacerdotes que hay en dicho colegio, se emplean en oír confesiones, y cuando son llamados, en asistir a los enfermos. Están asimismo encargados por el gobierno interino de la plaza, de la instrucción espiritual de los individuos del presidio, a quienes se hacen pláticas doctrinales y morales, y se les administran los Sacramentos de confesión y comunión. Asisten también a las reales cárceles para confesar a los presos que les piden. Van con los escolares y coadjutores al hospital para servir a los enfermos, instruirles en el catecismo y hacerles una plática.

Todos los domingos no ocupados con otra función, se enseña en la Iglesia el catecismo y se acaba con una plática doctrinal.

Las cuartas dominicas de cada mes se hace la función de la Buena muerte con esponer el Santísimo Sacramento, rezar algunas preces a las cinco llagas de Jesucristo, y se acaba con un sermón moral. Igualmente se hace en los seis domingos de San Luis Gonzaga.

Se dan cada año los egercicios de San Ygnacio, primero a hombres y después a mugeres en la Iglesia, y por adviento y cuaresma también a algún convento de religiosas, a las cuales se oye en confesión en calidad de estraordinario.

Se halla establecida en el templo la congregación del Sagrado Corazón de Jesús con conjunto grande de congregantes de ambos secsos; es bien numeroso. Sus actos de religión son, que unidos el primer viernes de cada mes y espuesto el Sacramento, se emplea más de una hora en meditación y algunas preces adaptadas, entre año algunas veces confesión y comunión, en el día

destinado a la festividad misa solemne y a la tarde espuesto el Santísimo Sacramento se hace una hora de meditación.

Un sacerdote regenta la cátedra de filosofía con más de veinte y tres discípulos. Dos hermanos escolares las dos aulas de latinidad; el primero tiene más de treinta discípulos, y el segundo más de cincuenta.

Un sacerdote secular, bajo la dirección de la Compañía y a espensas del colegio, hace la clase de primeras letras, y en ella tiene más de sesenta niños. A todos estos alumnos se les hace dar de mañana una parte del catecismo, y después los maestros les esplican un punto del mismo por espacio de media hora, e inmediatamente van los alumnos acompañados de los respectivos maestros a la iglesia del colegio, donde cantan la letanía de la Virgen.

Con igual orden todos los días acabadas las aulas, van a oír la misa que para este fin se les dice. Todas las cuartas dominicas y algunas otras fiestas principales comulgan en la Iglesia misma, celebrándose una misa; en cuyo tiempo se les hace meditar algún punto análogo a la sagrada comunión, y dando principio a todo esto con una plática adaptada a la capacidad de ellos.

VALENCIA.—*San Pablo.*

En Junio de mil ochocientos diez y seis se posesionó la Compañía del colegio de San Pablo en Valencia.

De doce sacerdotes que allí hay, los diez se ocupan en los ministerios de la Compañía confesando en la iglesia y asistiendo a los enfermos, aunque no sean de los penitentes de ella, siempre que son llamados; y con especial asistencia a los hospitales, a los que van en algunos días fijos de la semana y particularmente en las Vigilias de las fiestas y solemnidades.

Entre los mencionados diez sacerdotes hay dos ciegos, que con la asistencia de otro sacerdote celebran la santa misa, y son más perennes en el confesonario, al cual todas las mañanas se presentan, y algunos de ellos continúan oyendo confesiones hasta la última hora.

Los residuales sacerdotes, que por falta de vista no pueden salir de casa, vajan acompañados a la iglesia a oír misa y comulgarse, dando buen ejemplo a los concurrentes.

Todos los domingos del año, dos sacerdotes esplican en la iglesia a todo el pueblo en diálogo la doctrina cristiana con celo igual a la solidez de la enseñanza.

Dos sacerdotes se emplean en la enseñanza pública de Teología escolástica y de moral; la cual enseñanza, según la antigua costumbre de la Universidad, servía para matrículas y obtener grados.

Cada día se presentan, según antigua costumbre, convenio y privilegios, los dos profesores de Teología, a leer a los que vengán que por otra parte están prevenidos.

Un sacerdote Jesuíta es maestro de retórica, poesía latina y griega, y bien conocido en España e Italia por sus oraciones inaugurales impresas a espensas de la ciudad.

Las otras tres aulas de gramática las regentan maestros escolares Jesuitas. En la primera los discípulos son ciento diez; en la segunda hay treinta, y en la superior veinte y cinco.

Las dos aulas de primeras letras están dirigidas por dos Hermanos coadjutores de la Comp.^a En la escuela de leer, escribir y de cuentas, son ciento y cincuenta; y como no podrían dos solos individuos llenar toda esta incumbencia, se unen dos sacerdotes, también Jesuitas, que toman las lecciones y corrigen. Tanto con los alumnos de gramática como los de primeras letras se emplean a el día cinco horas de instrucción.

Se da principio a ésta oyendo la Misa en la iglesia del colegio, velando los maestros sobre el número cumplido, la deboción y modestia. Entrados en las aulas, renuevan las invocaciones a el Altísimo Dios, con debotas oraciones y jaculatorias, enseñadas por los maestros, los cuales no pierden oportuna ocasión de insinuar a los niños el santo temor de Dios, el respeto y amor a los padres y mayores, la fidelidad a su natural soberano, y la instrucción civil y moral.

Los sábados por la tarde se ocupan en enseñar la doctrina christiana y lo perteneciente a la religión.

Los domingos y días festivos se unen todos los alumnos en la capilla de su congregación, dedicada a la Purísima Concepción de María, y protección de San Luis Gonzaga. Se empieza con la lección espiritual, oficio de la Virgen, una plática moral; y después procesionalmente cantando las letanías, puestos a los pies de la Inmaculada en la iglesia pública del colegio, después de varios innos y cánticos oyen misa. Cada mes hay comunión general y se confiesan los que aun no la tienen.

En las principales solemnidades se preparan con un triduo a la Virgen; y todos los domingos concurren a la iglesia del colegio oyendo la esposición de la doctrina cristiana, que como se dijo, hacen en diálogo dos padres.

VALENCIA.—*Seminario de Nobles.*

Se dió su posesión a la Compañía en Junio de mil ochocientos diez y seis.

Como no hay iglesia pública, no se egercitan los ministerios espirituales, sino con los seminaristas alumnos o seglares que se confiesan en los aposentos. Los sacerdotes Jesuitas que dirigen el colegio y enseñanza son cuatro; de los cuales uno enseña retórica y Poesía y otro Matemáticas. Se añaden dos hermanos escolares que enseñan Gramática y Humanidades.

El colegio paga para maestro de lengua francesa un cura emigrado, y para la escuela de dibujo a un individuo de la R. Academia de San Carlos, y para la de primeras letras paga también

un maestro seglar, que antes servía, a quien substituirá en breve un hermano coadjutor, el cual entre tanto hace de ayudante o prefecto, enseñando a deletrear y doctrina cristiana a los seminaristas más pequeños, acompañando a todos en sus paseos y velando sobre su conducta.

Por la mañana todos los colegiales asisten a la Misa en el oratorio doméstico, donde está reservado el Santísimo Sacramento. A la Misa precede el rezo de algunas oraciones, las mismas que allí usava la Compañía en otro tiempo. En seguida van todos a el aula, que se llama de Religión; en la cual se les pregunta y esplica la doctrina cristiana, y se concluye con los actos de contrición, Fe, Esperanza y Caridad.

A las ocho de la noche van segunda vez a la mencionada aula de Religión, en la cual se les da una vrebbe esplicación de algún punto de doctrina cristiana, alguna maxima de buena crianza, inculcándoles la obediencia debida a sus padres, sus mayores, y especialmente con la obediencia la fidelidad, respeto y amor al soberano.

Pasan después al oratorio, donde con pausa y deboción rezan el rosario asistidos de dos padres, de los maestros y hermanos Jesuitas. Acabada la cena y recreación, sigue el ecsamen de la conciencia en el oratorio, con asistencia de todos los individuos de la casa, y uno de los colegiales lee las preces que preceden y siguen al ecsamen de la conciencia, como se hace también antes de la misa y rosario.

Los días de fiesta hay dos misas. Cada mes en el día que el Rector señala, se comulgan. En las vísperas se les hace una plática de media hora disponiéndoles para la confesión y comunión.

Para la pascual se los prepara con un devoto triduo, en que además de la plática se les proponen puntos que meditar sobre las verdades eternas.

Se ha renovado el antiguo uso, que practicaba la Compañía, de sacar la suerte para cada uno en el día último de el mes un santo, el cual sea su protector especial en el mes siguiente, lo que mucho contribuye a el aumento de la devoción.

MANRESA.—*Colegio y Noviciado.*

Se dió en Junio de mil ochocientos diez y seis la posesión de aquellas dos casas a la Compañía. La una llamada la Cueva, aun no está habitada, porque necesita mucho reparo; la otra, llamado el Rapto, es en el día colegio y noviciado.

La comunidad se compone de cuatro sacerdotes, trece escolares y cinco coadjutores.

Un sacerdote Jesuita enseña la gramática suprema y la retórica, dos clérigos seglares, pagados por la Compañía, enseñan en las dos aulas inferiores de gramática con casi cien discípulos seglares.

Paga igualmente la Compañía tres maestros de primeras le-

tras; cuenta que en sus respectivas clases tiene por lo menos ciento noventa discípulos.

Todos los alumnos de las clases oyen Misa cada día; a todos se enseña la doctrina cristiana; comulgan una vez al mes los que por su edad y capacidad son aptos, y los demás se confiesan una vez al mes.

Todos los dichos alumnos, y demás que no lo son, celebran el domingo tercero de cada mes en la iglesia del colegio la función del sagrado corazón de Jesús con oración mental y una plática moral al intento.

Dos de los sacerdotes Jesuitas oyen en la iglesia las confesiones; predicán algunas veces; y asisten a los enfermos, cuando son llamados.

Uno de ellos enseña todos los domingos por la tarde la doctrina cristiana en la iglesia del colegio a los niños y niñas que vienen a oírla.

TRIGUEROS.—*Colegio.*

Se dió posesión a la Compañía en Agosto de mil ochocientos diez y seis.

Este colegio, o más bien en el día residencia, se puede llamar establecimiento prodigioso. La anterior R.¹ Junta, dando crédito a las representaciones de el alcalde y ayuntamiento de aquella villa, y al número de más de veinte sacerdotes seculares y regulares, que expusieron sus instancias en el concepto que allá nada faltaba para un decente establecimiento de la Compañía, habiendo elevado su consulta al rey nuestro S.^{or}, que Dios guarde, y su magestad acordado su benigno permiso, entregó la posesión a la Compañía.

Los dos primeros sacerdotes que allá fueron, con un hermano coadjutor, encontraron, en vez de iglesia, que quedó arruinada por el gran terremoto de el año 1755, una pobre capilla con un altar; y en lugar de colegio, un ruinoso edificio, residuo de el antiguo, inhabitable.

Se hallaron, por tanto, en la dura pero indispensable necesidad de aceptar con agradecimiento las piadosas ofertas de una familia seglar, la cual les acogió en su casa por meses, en los que no se pudo mejorar la suerte.

En seguida fué destinado a aquel establecimiento otro Jesuita sacerdote, que fué allá en compañía de dos hermanos coadjutores, y se alojó desde luego entre las ruinas del edificio, no sólo con muchas incomodidades, sino tanvién con no pequeños peligros; habilitó algún aposento, un cuarto para refectorio y una pobre cocina; se aplicó contemporáneamente a mejorar la capilla pública, añadiendo otros dos altares; se dedicó a la enseñanza de la doctrina cristiana y al egercico constante de oír las confesiones; en una palabra ha logrado la opinión y el afecto de la población y sus aledaños.

Se sienta diariamente en el confesonario todas las mañanas bien temprano; a hora proporcionada se le unen por celo de las almas y público bien dos sacerdotes seglares, con tal tesón que, prescindiendo del numeroso concurso de gentes para confesarse los domingos, días de fiesta y viernes de cada semana, en el tiempo del cumplimiento pascual de la iglesia, empezando desde las cinco y media hasta las once, tanto en 1818 como en el corriente año anterior de el último Mayo se habían oído casi mil confesiones.

Contribuyen a escitar este concurso, que todos los domingos de cuaresma por la tarde hay sermón, como también en el setenario de Dolores de María Santísima, fiesta del Patriarca San José, misa cantada los días diez y nueve de cada mes y los días segundos igualmente de cada mes, señalados por el señor Provisor de Sevilla para el Jubileo, espuesto por la tarde el Santísimo y a su presencia rezando el santo rosario, teniendo lección espiritual, puntos para las meditaciones y media hora de esta con reservar después al Santísimo.

En las dos cuaresmas del año pasado y del corriente se han hecho los ejercicios espirituales tres días cada semana, lunes, miércoles y viernes, de noche después de la oración para hombres, y los jueves en la tarde para solas mugeres, diciendo antes el rosario, lección espiritual adaptada, puntos para la meditación y después de ésta rezando el salmo misero.

Tanto en el año último como en el corriente se han hecho con todo decoro y devoción las funciones de Semana Santa. También se ha sacado el domingo de doctrina la procesión de los niños de la escuela de primeras letras, cantando por las calles la doctrina cristiana, en que se hicieron ver bien instruídos aun los de cinco o seis años, precediendo la escolta al salir la procesión y acabando a la vuelta con la correspondiente plática.

No se limita la actividad y zelo de aquel sacerdote, superior Jesuíta, a los ejercicios y prácticas de la deboción y espiritual aprovechamiento de aquella villa; ha puesto escuela de primeras letras, que enseña un joven coadjutor de la Compañía, dándole la necesaria asistencia de un ayudante seglar, a quien paga el superior, de experimentada probidad, y tiene en la escuela ciento treinta niños.

A éstos se enseña a leer, escribir, cuentas y Gramática Castellana, además de la doctrina cristiana; oyen misa cada día; se confiesan cada mes; y los más grandecitos e instruídos comulgan también una vez al mes. En la iglesia pequeña se celebran cada día tres misas, y más en los días de fiesta para comodidad del público.

Carecía éste de Relox público; y la industria y solicitud del Jesuíta le ha puesto de nuevo por efecto de subcripciones voluntarias, que primero de todos firmó él con suma satisfacción de aquella villa.

Actualmente se emprende por bienhechores la reedificación de la iglesia, que se espera quedará del todo servible dentro de breve tiempo, y se trata de poner aula de Gramática, luego que se habilite lugar competente.

OÑATE

En Abril de mil ochocientos diez y seis se dió a la Compañía posesión de este colegio de Oñate.

Hay en él dos sacerdotes, que siendo prácticos del idioma Bascuence, se emplean en oír las confesiones, que son muy frecuentes, y en las dos cuaresmas pasadas se ocuparon mañana y tarde. Asisten a los enfermos siempre que son llamados.

Los maestros Jesuitas de primeras letras son dos y tienen a su cargo más de doscientos niños y les enseñan a leer y escribir, aritmética y lengua castellana. Dos igualmente son los maestros Jesuitas de gramática, que tienen más de cien niños. A unos y otros se enseña en las aulas la doctrina cristiana; oyen todos misa cada día; y rezan también en la iglesia el rosario todas las tardes, sin exceptuar las fiestas.

Los gramáticos se comulgan el primer Domingo de cada mes y los otros el segundo.

Hay además la congregación dedicada a San Luis Gonzaga, practicando todos los ejercicios de devoción que ordenan las reglas, y haciendo con solemnidad la seisesma y la fiesta al Santo.

SEVILLA.—*Noviciado de San Luis.*

Se dió la posesión a la Compañía en Abril de mil ochocientos diez y siete.

Aunque como casa de noviciado, parece que no sea propio de ella emplearse en servicio público; sin embargo, en la iglesia oyen las confesiones cuatro sacerdotes Jesuitas, además de algunos otros sacerdotes seglares, que les ayudan en este ministerio. Cuando son llamados para enfermos, asisten con todo esmero. Se predica constantemente en la cuaresma, y se enseña por los novicios la doctrina cristiana en cinco particulares iglesias, asistiendo todos los niños de las escuelas públicas.

Son muy frecuentes las funciones que se hacen en la iglesia por las solemnidades principales de nuestro señor Jesucristo y su Santísima Madre, por las pascuas de el año, por San Ygnacio, San Xavier, San Luis Gonzaga, San Juan Nepomuceno, con octavarios, novenas, seisesmas y triduos.

Salen con frecuencia los novicios acompañados de dos sacerdotes Jesuitas y van a los hospitales. Los sacerdotes se ocupan en oír las confesiones de los enfermos, y los novicios se emplean en los ejercicios humildes de hacer camas, limpiar vasos, &c.

Salen también con frecuencia los mismos novicios acompañados de dos sacerdotes Jesuitas, a veces para visitar en otras iglesias el Santísimo Sacramento en las cuarenta horas, y a veces

con escobas y cantarillas de agua a barrer las puertas de las iglesias o las gradas de la iglesia Catedral.

Se hace salir la procesión de la doctrina cristiana compuesta de los niños de la pública escuela del noviciado en su respectivo Domingo de cuaresma, cantado la doctrina; se reparten en varias plazas los niños que la dicen en diálogo; y entretanto tres novicios predicán en diversos y distantes sitios de las gradas de la Catedral, y otro novicio predica en el púlpito situado en el gran patio llamado de las naranjas. Esta función duró el año corriente en ida y vuelta desde el noviciado hasta la Catedral por espacio de tres horas.

A el salir la doctrina se hizo una breve escortación y a su vuelta a casa, espuesto antes el Santísimo precedió (predicó?) el electo señor Obispo de Cádiz, Cienfuegos, y se acabó con oraciones tantum ergo y reserva del Santísimo Sacramento.

Las escuelas públicas de primeras letras, cuentas y lengua castellana, que fueron establecidas en aquel noviciado desde el año 1764, son dirigidas, además de los ayudantes seglares, por dos hermanos coadjutores de la Compañía. El número de niños, que reciben la enseñanza, sube a 800; oyen misa todos los días; se confiesan y comulgan por obligación de la institución de dichas escuelas dos veces al año y por propia deboción con mucha frecuencia, por estar bien instruidos en la doctrina cristiana, y por la vigilancia de los maestros (sobre) la conducta de cada uno, tanto doméstica como pública.

GRAUS.—*Colegio.*

Se dió su posesión a la Compañía en mil ochocientos diez y seis.

Hay actualmente solos dos sacerdotes, de los tres que hubo en su establecimiento. Se ocupan oyendo confesiones y predicando en la iglesia, y asistiendo a los enfermos, siempre que son llamados.

Dos sacerdotes se emplean, uno en el aula de humanidades y retórica, y tiene treinta y seis discípulos; el otro en las divisiones inferiores de la gramática, y tiene más de cuarenta discípulos.

Un hermano coadjutor dirige las escuelas de primeras letras y divide su enseñanza en tres clases: la primera de deletrear y son cincuenta niños; la segunda de leer y escribir y son ochenta y ocho niños; la tercera de leer, escribir y cuentas, como tanvién lengua castellana, son veinte y dos niños, y enseña a ciento sesenta niños por lo menos.

A todos los estudiantes se enseña cada sábado la doctrina cristiana en sus respectibas clases, y se les esplica también lo que más a el caso hace de el catecismo. Todos cada día oyen antes de entrar a las clases la Misa en la Iglesia del Colegio; cada mes se confiesan o con los Padres de la Compañía o con otros

sacerdotes, que a tal obgeto concurren, y se comulgan según la dirección del confesor en la misa solemne que ellos mismos cantan.

Forman estos su congregación, y por tanto, todos los domingos y fiestas se juntan en la Iglesia del Colegio, cantan el oficio parvo de la Virgen, oyen misa y se les hace una plática, acabada la cual, cantan la Salve. Vuelven por la tarde a juntarse en la Iglesia, donde concurre también el pueblo; se les pregunta el catecismo y también se lo preguntan entre sí mismos; se les hace una plática, después de la cual cantan el rosario y letanias. Los días de escuela rezan por la tarde el rosario en las aulas, y los sábados cantan las Letanias en la Iglesia a el altar de la Purísima Concepción.

Algunas veces en días de fiesta se sale procesionalmente cantando por las calles la doctrina cristiana.

Esta congregación de Estudiantes cobró mayor lustre el día dos de el último mayo, en que se abrió con toda solemnidad con función de Iglesia mañana y tarde; cantaron por la mañana los estudiantes el oficio Parvo, y enseguida concurrieron el Ayuntamiento y el Cabildo eclesiástico; cantó misa el R.^{do} Abad, D.ⁿ Faustino Escver, monge benito y prior de la villa; hubo comunión general de los estudiantes, hiban todos con vela en mano y hubo también muy gran concurso.

A la tarde se cantaron completas, a que intervinieron los dos Cabildos, y el señor D. Vicente Bardagi, alcalde de Graus, ordenó que el ayuntamiento llevara el Palio en la procesión, a la cual hizo también que interviniesen dos cofradías con velas, por lo que salió muy numerosa y de edificación, concluyéndose todo en la vuelta a la Iglesia con la vendición del augustísimo Sacramento, y manifestando el pueblo satisfacción, que desea se establezca otra semejante congregación de artesanos.

CÁDIZ.—*Colegio.*

De este establecimiento, en que tantos ostáculos encontró la anterior real Junta y venció la actual, y del cual son singularmente estraordinarios los progresos en ventaja común de aquella ciudad, tomó posesión a la fin de Noviembre de el último año, 1818, la Compañía en persona del Retor destinado, P. Francisco Antonio de Herrera.

Fueron sus primeros pobladores el indicado Retor con otro sacerdote Jesuítas, un hermano coadjutor tan veterano que cuenta ya ochenta años, y cinco novicios coadjutores. Desde el día primero del corriente año, la sociedad Económica encargada por el ayuntamiento, que quiso echar el peso a la Compañía sin contribuirle con la asignación annual, que estaba convinada con la anterior real junta, dos novicios coadjutores abrieron las escuelas de primeras letras, en las que al cabo de muy pocos días enseñaban más de trescientos niños, habiendo sido necesario ya-

lerse también de un maestro y cuatro ayudantes seglares bajo la dirección del principal novicio coadjutor, hermano Ramón García Leal, joven de veintidós años, y pagar un sacerdote para la misa diaria de las escuelas.

Como cada mes salen los niños procesionalmente cantando por las calles la doctrina cristiana y parándose en alguna plaza a explicar algún punto de ella, o divididos en cuadrillas a enseñarla dialogando entre sí mismos; el buen orden, el silencio y la compostura exterior, aun debota, de estas primeras ocupaciones ha escitado de manera la admiración de esta ciudad, que ya en Abril se contaban trescientos setenta niños en la escuela de leer, y doscientos veinte en la de escribir, creciendo de tal modo el número, que a fines de Junio subían los concurrentes a ochocientos sesenta.

Se les enseña con fácil método a leer y escribir y a retener a la memoria, además del catecismo de Fleuri, la ortografía castellana, la historia Sagrada y Profana, las fábulas de Iriarte, y a los más aprovechados en la caligrafía se enseña también la aritmética.

Además de la Misa diaria, a que salen procesionalmente cantando la doctrina cristiana al ir y volver de la Iglesia, todos se confiesan cada mes, y los más aptos y dignos se comulgan también. Por efecto de tal sistema, en la pascua de resurrección fueron a la Iglesia Catedral en procesión ciento cuarenta niños para cumplir el precepto, y entre éstos hubo varios de catorce a diez y seis años, que nunca se habían comulgado.

Tan increíble, si no fuera verdadero con evidencia, concurso de niños ha obligado a la Compañía, no sólo a la rehedificación de nuevas y dispendiosas aulas, lo que la estrechez de rentas no permitiría a aquel Colegio, si la actual R.¹ junta de Restablecimiento no la auxiliara con particular empeño y zelo; si también aumentar el número de individuos Jesuitas, haciendo a la fin de Junio ir desde el noviciado de Sevilla un tercer asistente a las escuelas de primeras letras, novicio coadjutor, y otros dos escolares para las de gramática, de modo que a principio de Julio habrá de estas, dos clases; también habrá aula de theología Doctrina por la mañana desde las diez a las once, y de theología moral por la tarde desde las cuatro y media hasta las cinco y media.

No es inferior a el empeño en la educación civil y literaria el tesón de los dos sacerdotes en los ministerios espirituales de oír confesiones, predicar y asistir a los enfermos, cuando son llamados, como lo son con frecuencia; casi todas las mañanas en los días no festivos asisten a el confesonario, y gran parte de la tarde la emplean en oír a los niños y disponerlos para la santa Comunión.

Los días de fiesta por cinco y aun seis horas oyen las confesiones en la Iglesia, especialmente el rector, que por varios años

egerci6 el empleo de confesor de la Naci6n en la santa casa de Loreto y entre estas confesiones ha habido muchos, no s6lo de cuatro, seis, diez y quince-años, pero aun algunos de veinte años atrasados.

Los domingos en la tarde hay serm6n moral en la Iglesia, en la cual se solemnizan adem6s varias fiestas de nuestro Señor y de la Virgen Santísima, de San Ygnacio, San Xavier, San Borja y San Luis Gonzaga, cuya congregaci6n se formar6 luego que se habran las clases de Gram6tica.

Colegio y noviciado de Villagarcía de Campos.

La anterior real junta de restablecimiento de la Compañía, queriendo abilitar, como posible fuese, el Colegio y noviciado de Villagarcía, que de tanta utilidad espiritual y temporal y literaria fué en otros tiempos, no s6lo a la dicha villa, si tambi6n a todos los pueblos de aquella comarca; propuso al padre comisario general de la misma que embiase dos sacerdotes a instancia de aquella poblaci6n. Se efectu6 así, sin envargo de haber encontrado el fabricado y vastísimo de aquel Colegio tan maltratado, que no había un aposento donde habitar ni oficina alguna de servicio.

Encarg6 la dicha real junta sucesivamente a los dos mismos sacerdotes la administraci6n de las residuales rentas de aquellas temporalidades, tan limitadas en su cantidad como difíciles en su cobranza; incumbencia de harta molestia, muy poca ganancia y suma odiosidad, la cual, sin envargo, han desempeñado religiosamente, como a la real junta actual consta, hasta que esta misma real junta ha fijado nuevo orden de disposiciones.

Desde su llegada se emplearon los dos sacerdotes en oír confesiones por el espacio de casi toda la mañana y especialmente en los días festivos, y predicando todos los domingos de cuaresma con extraordinario concurso, no s6lo de el pueblo y forasteros, si tambi6n de los señores de justicia y eclesiásticos.

Como las escuelas de primeras letras, dirigidas por el antiguo maestro, aunque pagado éste por las temporalidades, se habían aumentado y mejorado por la asistencia de los dos sacerdotes Jesuitas; insistió con reiteradas instancias la villa a fin de que se abriesen las clases de Gram6tica, lo que se efectu6 al siguiente año de mil ochocientos diez y siete, pasando a Villagarcía dos novicios escolares de la Compañía, los cuales se han empleado y emplean con aprovechamiento singular de los niños del país y de los muchos que concurren de los lugares vecinos.

Hay por tanto tres clases de Gram6tica, de las cuales la de Humanidades y Ret6rica la regenta el antiguo maestro pagado ya por el colegio, y las otras dos los dos indicados jesuitas escolares; y en estas tres clases pasan de ciento setenta el número de los alumnos.

Tambi6n hay aula de primeras letras, dirigida por el antiguo

maestro, pagado igualmente por el Colegio, y en esta se enseña a leer, escribir y contar, con lengua castellana, a los niños, cuyo número es de más de ochenta muchachos.

En cuanto a el método de la enseñanza se procura con esmero imitar a el que con tanto aplauso y tanto adelantamiento, como son conocidos en España, practicaban los Jesuitas antes de el estrañamiento.

Las horas de estudio son, a la mañana, al son de campana dada lección y luego oída misa todos en la iglesia, siguen interpoladas con hora y media de paso dos horas de lección, y el mismo egercicio a la tarde, concluyendo con rezar el santo rosario; de seis a ocho en todo tiempo se tienen dos horas de vela o estudio quieto, las que los maestros visitan diariamente. El sávido por la tarde, después de tomar en cada una de las cuatro clases razón de la doctrina cristiana, esplicándola el respectivo maestro con alguna breve ecsortación, uno de los estudiantes señalado alternativamente refiere desde la cátedra un eemplo, y moraloga sobre él.]

Esto es, no sólo sin la menor ecsageración, sí bien omitiendo varias particularidades lo que se practica hasta el día de hoy por la Compañía de Jesús en sus restablecimientos y lo que con la ayuda de el Señor se aumentará a proporción de cuanto se habiliten los nuevos individuos de la misma Compañía.

(Copia contemporánea en nuestro poder.)

N. 8.

(Lib. II, cap. IV, n.º 9, p. 319.)

Razón de los caudales que han entrado y salido en la Depositaria general de Temporalidades de España e Indias desde el principio del año de 1816, en que se pusieron a cargo de la R.^l Junta de restablecimiento de Jesuitas la dirección y administración de las mismas, hasta oy día de la fecha, con distinción de lo entrado y salido en cada un año y esistencias que quedan en el mismo día, según los asientos que obran en esta Contaduría general de mi cargo:

ENTRADAS

	En metálico.	En acciones del Banco.	En Vales R. s	TOTAL
En el año de 1816 entraron.....	960.449,17	4 000.000	54.595,29	5.015.045,12 ¹ / ₂
En el año de 1817.....	1.406.889,10	"	41.283, 3 ¹ / ₂	1.448.172,13 ¹ / ₂
En el año de 1818.....	893.872,25	"	"	893.872,25
Totales.....	3.261.211,18 ¹ / ₂	4.000.000	95.878,32 ¹ / ₂	7.357.090,17

SALIDAS

	Año de 1816	Año de 1817	Año de 1818	TOTAL
Al R. P. Comisario gen. ^l y al R. P. Pror. gen. ^l de la Compañía de Jesús para rehabilitar el Col. ^o Imperial de esta Corte, y por vía de subsidio p. ^a la manutención de aquella comunidad y las de otros varios Colegios restablecidos; culto de la Iglesia, y diferentes gastos extraordinarios.....	153.288, 1	97.830,14	72.096,14	323.204,29
Al citado R. P. Pror. g. ^l p. ^a el pago de las pensiones y socorros de los Jesuitas venidos de It. ^a existentes en la Península sin agregar a ninguno de los colegios restablecidos..	122 581,33	61 493, 3	15.374, 4	199.449, 6
Al R. P. Pror. de la Casa Noviciado de esta Corte para el restablecim. ^{to} de ella, gastos de subsistencia y otros varios causados en la reparación del edificio.....	225.070,30	270.879	139.580, 5	665.530, 1
Para satisfacer las pensiones de los Jesuitas residentes en Italia.....	"	400.000	260.000	660.000
Por sueldos de los empleados y juveniles de la Contaduría g. ^l y Archivo de Temp. ^{des} , Secret. ^a de la R. ^l Junta, gastos de escritorio de ellas, y pagos de pensiones y socorros a varios ex-jesuitas.....	235.342,20	252.696,12	123.533,13	611.572,11
Para pago de viudedades sobre el Montepío particular de estas oficinas.....	3.000	5.965,92	2.333,11	11.299, 9
Por sueldos de los Cat. ^{cos} juveniles y actuales empleados en los R. ^s Estud. ^s de S. ⁿ Isidro y su Biblioteca.....	"	84.667, 8	47.629, 6	132.296,14
Para pago de dotaciones de diferentes maestros, cumplim. ^{to} de Memorias y Obras pías, pensiones y limosnas y otros varios por indemnizaciones y trabajos hechos p. ^a el restablecim. ^{to}	161.266,25	166.510,26 ¹ / ₂	126.246 ¹ / ₂	454.023,18
	930.550, 7	1.340.032,27 ¹ / ₂	786.792,19 ¹ / ₂	3.057.275,20

Resumen general.

	En metálico.	En acciones del Banco.	En Vales R. ^s	TOTAL
Entradas	3.261.211,18 ¹ / ₂	4.000.000	95.878,32 ¹ / ₂	7.357.090,17
Pagos hechos	3.057.375,20	"	"	3.057.375,20
Sobrantes	203.835,32 ¹ / ₂	4.000.000	95.878,32 ¹ / ₂	4.299.714,31

Madrid, 7 de Julio de 1817 (*sic*, por 1818).

CASIANO M.^a GON.^z Y CASTRO.
(Rúbrica.)

(Arch. Hist. Nac.: Consejo de Castilla: Órdenes religiosas, n. 21.)

N. 9.

(Lib. III, cap. I, n. 3, p. 397.)

Orden de la Regencia mandando devolver a la Compañía sus casas y bienes.

La Regencia del Reyno, enterada de la esposición del P. Pedro Cordon, Superior de la Comp.^a, solicitando la posesión de los Colegios y casas de su orden con las fincas, derechos y frutos pendientes en ellas; se ha servido mandar que V. S. ponga en pacífica y plena posesión de todas sus pertenencias, muebles, raíces, derechos, acciones, colegios y casas que correspondan en esa Provincia a la Compañía de Jesús, en los mismos términos que las poseían antes del desgraciado día 7 de Marzo de 1820, estén o no vendidas, sea cual fuere su paradero y el estado en que se hallen, dejándoles a salvo el derecho que les asista para reclamar contra quien haya lugar, los perjuicios que se les hubiere ocasionado. De orden de S. A. S. lo comunico a V. S. para los efectos correspondientes a su debido cumplimiento. Dios gue. a V. S. m.^a a.^s. Madrid 11 de Julio de 1823.—*Salazar*.—S.^{or} Intendente de Andalucía. Sevilla.

(Copia de mano del P. José Fernando de Silva, en nuestro poder.)

N. 10.

(Lib. III, cap. I, n. 7, p. 410.)

Carta del General de la Compañía a Fernando VII congratulándose con él por la libertad recobrada en 1823.

Señor:

Entre la común exultación de todos los buenos y en el singular regocijo de los fieles súbditos de Vuestra Magestad, con que justa y tan debidamente aclaman a la especial, paterna Providencia, con que el Altísimo en tan continuos, largos y penosos riesgos ha sostenido y defendido a Vuestra Magestad y su Real Familia, y cómo, del mayor peligro, con la humillación de los bárbaros opresores, sacó con tanta gloria libre a Vuestra Magestad y la restituyó a la pacífica posesión de su legítimo trono, tan injustamente usurpado; pide hoy la permisión de acercarse con toda la reverencia y respeto a los pies del restablecido Trono de Vuestra Magestad la Mínima Compañía de Jesús, para contestar, con los más vivos sentimientos de religiosa sinceridad, la especial parte que ha tomado y que se toma en las públicas aclamaciones y en

las alabanzas y acciones de gracias tan justamente debidas al Soverano Señor de todas las cosas, por la grande y prodigiosa obra, toda suya, con que se ha dignado restituir a Vuestra Magestad a sí mismo, a sus Reynos y a la Religión y piedad de sus Augustos Mayores, de quienes con la Corona ha heredado el zelo y el glorioso real esfuerzo de conservarla pura en sus Católicos Reynos. La Compañía de Jesús no cesó jamás de levantar las manos al Cielo y ofrecer votos al Altísimo por la felicidad y prosperidad de la real Persona de Vuestra Magestad y de su Augusta Familia. A Vuestra Magestad reconoce en estos sus Reynos por su glorioso Restaurador, por su amantísimo Protector y por Padre atentísimo a procurar sus verdaderos bienes; bienes que, bendiciéndolos Dios, pueden formarla y conducir a grado de emular con el tiempo las señaladas empresas de los antiguos Jesuitas, sacrificados baxo la protección de los Reyes Católicos en las Quatro partes del Mundo a promover las ventajas de la Monarquía, el bien de innumerables pueblos y la propagación del Evangelio con la agregación de nuevos mundos al cuerpo místico de Jesu Cristo, la Santa Iglesia Católica. Al presente, en la pequeñez en que se halla, restituida apenas a la vida, todo el cuidado de la Compañía debe ponerse con las miras a los futuros designios de formar, con la regular educación, Religiosos virtuosos; con el estudio de las letras, hábiles Maestros de las ciencias; con el tal cual exercicio que se pueda de los espirituales Ministerios, Obreros Evangélicos en preparación al general cultivo de la escogida viña del Señor.

Señor: Desto necesita al presente la Compañía; sin estas disposiciones nunca será de grande utilidad ni al Estado ni a la Iglesia. En cosa de tanta importancia, la Compañía implora humildemente y se promete del Real ánimo de Vuestra Magestad una paciente protección, con todas aquellas ayudas que pueden contribuir al conseguimiento de tan ventajoso fin. Entretanto, postrada a los pies del Trono Augusto de Vuestra Magestad, la Compañía de Jesús declara y protesta que todo lo que es y todo lo que será en el tiempo sucesivo, todo lo dedida y consagra, a la voluntad y obsequio de Vuestra Magestad y a la utilidad de los Pueblos sugetos a la Corona de España.

Dios guarde muchos años a Vuestra Magestad, y que años sean de constante felicidad, de pacífica prosperidad, de perpetua gloria. Con estos sentimientos, el General de la Compañía con el respeto y veneración debida a Vuestra Real Persona, se protesta, De Vuestra Magestad, Humilde y Rendido Servidor y Capellán, *Luis Fortis*, Prepósito General de la Compañía de Jesús.—En Roma, a 7 de Enero de 1824.

N. 11.

(Lib. III, cap. I, n. 7, p. 411.)

Contestación del Rey a la carta anterior del P. General.

Reverendo y devoto Padre Prepósito General de la Compañía de Jesús:

He recibido y leído con aprecio la que Vuestra Paternidad me ha dirigido con fecha de siete de Enero último, en la que me felicita por mi restitución al libre ejercicio de los derechos que con el Trono heredé de mis mayores, por la gracia y voluntad divina. No dudo que las oraciones de la Compañía de Jesús habrán contribuido a inclinar en mi favor al Dios de los Reyes, y la Compañía debe estar persuadida de mi afecto hacia un instituto, cuya falta privó a la juventud cristiana de la educación sana y política que él proporcionaba; al Pueblo Católico, de la doctrina pura con que era alimentado en las misiones continuas a que se dedicaba; y a los infieles, de los zelosos propagadores de la luz Evangélica que producía.

Agradezco, Reverendo y devoto Padre, los sentimientos de la Compañía de Jesús, y, asegurando a Vuestra Paternidad de mi estimación, ruego a Dios que os tenga en su santa guardia (*sic*). Dado en Palacio, a quatro del mes de Marzo de mil ochocientos veinte y quatro.—*Yo el Rey*.

(Original en nuestro poder.)

N. 12.

(Lib. III, cap. III, n. 3, p. 474.)

Cuadro de nuestros estudios superiores.

DE STUDIIS THEOLOGORUM

1.^{mo} anno

mane

Theologia moralis per horam.
Theologia scholastica per horam.
Repetitio saltem per quadrantem.

vespere

Theologia schol. per horam.
Repetitio per semihoram.

2.^o anno

mane

Theologia mor. per h.
Theolog. schol. per h.
Repetitio saltem per quadr.

vespere

Theolog. schol. per hor.
Jus canonicum per horam.

3.^o anno

mane

Ling. hebr. per semihoram.
Theolog. schol. per horam.
Repetitio saltem per quadr.

vespere

Theolog. schol. per horam.
Sacra scriptura per horam.

4.^o anno

mane

Histor. et disciplina eccles. per horam.
Theolog. schol. per horam.
Repetitio saltem per quadr.

vespere

Theolog. schol. per horam.
Sacra scriptura per horam.

Not. Quamvis juxta regulas Profess. histor. eccles. 10, et jur. canon. 2. hi cursus absolvendi essent unusq. per biennium; facta consultatione cum Magistris de ordine servando in studio et in divisione temporis, visum est fore perdifficilem hunc ordinem, et alioquin, cum historia et disciplina ecclesiastica explicetur publice in hoc Collegio ex foundatione et decreto reg. intra annum, visum est coarctari posse intra annum unumquemque cursum, si quotidie explicetur per horam.

DE STUDIIS PHILOSOPHORUM

1.^o anno

mane

Logica, Ontologia per horam.
Repetitio per semihoran.
Elementa Mathes. per horam.
Repetitio per semihoram.

2.^o anno

mane

Physica per horam.
Repetitio per semihoram.

vespere

Physica per horam.
Repetitio per semihoram.

Praeterea pro aliquibus explicatur Mathes. sublim. per horam saltem.

3.^o anno

mane

Metaphysica per horam.

Repetitio per semihoram.

vespere

Philosoph. mor. per horam.

Repetitio per semihoram.

Praeterea pro aliquibus explicabitur Mathes. sublimior 3.ⁱ anni, sive calculus diff. et integ. per horam quotidie.

Servatur hic ordo, primum, quia est magis congruens cum Constitutionibus nostris; secundo, quia convenit cum ratione et ordine studiorum hujus regni.

DE ACTIBUS

Peculiares actus Theologici habebuntur bis aut ter in anno, juxta reg. 8 Praefecti Stud. Generales bis in anno, juxta regulas 9, 10, 11 ejusd.

Habebuntur etiam actus generales philosophici, juxta reg. 19, 24 ejusd., sed ita ut tempus matutinum impendatur in exercitiis Mathes. et Phys., juxta regulas 36 Profess. Phys. et 44 Mathes.; et a prandio in disputatione Logicae, Metaphysicae et Philosoph. moralis.

Disputationes menstruae haberi solent sex intra annum, juxta rat. Stud. et in Philosophia servabitur idem ordo ac in actu generali.

Disputationes hebdomadariae habentur in sabbato, juxta reg. 14 Profess. Sup. facult.: Theologicae per duas horas; Philosoph. per horam cum dimidia mane, et totidem vespere, propter magnum concursum exterior. discip., et ita ut in dimidia hora exigantur lectiones totius hebdomadae.

Repetitiones quotidianae habentur domi hora una, praeter sabb., vacat. et dies festos, juxta reg. Profess. sup. fac. 12.

Repetitio sacrae scripturae fieri deberet domi semel in hebdomada, juxta reg. 19 Profess.; sed propter inopiam temp. ad lectiones parandas habebitur sabbato pro praelectione, eodem modo ac disputat. hebdomadaria Theolog. moralis, juxta reg. 6 Profess. Theolog. mor.

Lectiones in refectorio habebuntur ter aut quater.

Repetitiones histor. eccles. et jur. canon. habebuntur 15^o die pro praelectione, eodem modo ac Mathes., reg. 43.

Repetitiones Ethicae 15^o die, loco repetitionis Metaphys., juxta Epitome Inst., part. 2.^a, cap. V, sect. IV, § 2.

DE ACADEMIIS

Academiae ling. hebr. et graec. fiunt per horam diebus festis et vacat. juxta reg. 7 rect.

Academiae ling. graec. et hum. litter. pro philosophis ita in-

stituentur, ut biennio Philosophiae disponantur ad docendam gramm., et praeterea histor., geographiam, &., juxta reg. 8, § 11, Praef. stud. infer., et ling. vernaculam juxta reg. 12, § 2, Profess. class. infer.

Bis saltem in anno, juxta reg. 8 Rēct., Philosophi ac Theologi et etiam externi discipuli facere solent academiam publice et magna cum solemnitate.

Matriti 24 Octobris 1832.

ANTONIUS MOREY.

(Original en *Castell. II.*)

N. 13.

(Lib. III. cap. V, n. 1, p. 544-546.)

Casas y Colegios de la Provincia y enseñanzas en éstos.

RESPUESTA A LOS INTERROGATORIOS DE LA REAL JUNTA ECLESIAÍSTICA

Al interrogatorio número 1.º

1.º La Compañía de Jesús tiene una sola Provincia en España, que se extiende a toda su Península e Isla de Mallorca.

2.º Tiene dicha Provincia cinco Colegios, tres Colegios Seminarios, un Colegio-Noviciado, un Noviciado y dos Residencias; en todo 12 Casas, a saber:

En Madrid, el Colegio Imperial con el Seminario de R.^s Estudios; el Colegio-Seminario de Nobles y el Noviciado.

En Alcalá, un Colegio.

En Sevilla, un Colegio con Noviciado.

En Valencia, un Colegio con Seminario de Nobles y otro Colegio imperfecto.

En Mallorca, un Colegio.

En Manresa, un Colegio con Residencia y otra en Barcelona.

En Loyola, un Colegio imperfecto.

Se admiten novicios únicamente en los Noviciados de Madrid y de Sevilla. En todas las Casas, fuera de las Residencias, del Noviciado de Madrid y del Colegio de Loyola, hay Estudios o Enseñanza; pero en los dos últimos, como en todos los Colegios, hay establecidas cada semana conferencias de Moral para la instrucción de sus individuos.

En el Colegio Imperial hay Estudios públicos y privados. Estos son únicamente la Teología, Sagrada Escritura, Derecho Canónico y Casos de Conciencia. Para la primera hay dos Profesores; para la segunda, uno; para el tercero, uno, y para los últi-

mos, uno. Estudios públicos allí son: Disciplina e Historia Eclesiástica, con un Profesor; tercer año de Filosofía, Metafísica y Ética, con un Profesor; segundo año de Filosofía, con dos Profesores, uno de Física matemática y otro de Física experimental; primer año de Filosofía, Lógica, Ontología y Elementos de Matemáticas puras, 1.º y 2.º año, con dos Profesores; Elocuencia y Poesía Española, con un Profesor; Elocuencia Latina y Retórica, con un Profesor; Humanidades, con un Profesor; Gramática Latina en todas sus clases, con cinco Maestros; Lengua griega, con un Maestro; Lengua hebrea, con un Maestro; Lengua árabe, con un Maestro. Hay además, para solos los Seminaristas, el Estudio de la Historia y Cronología, con un Maestro, y de la Lengua francesa con otro Maestro, todos nuestros; mas por Maestros seculares se les enseña el Dibujo y la Música de voz e instrumentos.

En el Colegio Seminario de Nobles de Madrid hay, para solos los Seminaristas, los Estudios siguientes: Filosofía, con un Profesor de Lógica, Ontología y Elementos de Matemáticas; con otro de Cosmología, Psicología, Teología natural y Ética, y con otro de Física Experimental, Mecánica y Astronomía; Matemáticas de 1.º y 2.º año, con dos Profesores; Bellas Letras, con un Profesor; Retórica y Lengua griega, con un Profesor; Humanidades, con un Profesor; Lengua latina en todas sus clases, por dos Maestros; Lengua italiana, por un Maestro; Lengua inglesa, por un Maestro; Lengua francesa, por un Maestro; la Historia y Geografía, por dos Profesores; Lectura, Caligrafía, Aritmética y Gramática castellana, por dos Maestros de la Compañía y otros dos seculares. Y Maestros también seculares, enseñan allí el Dibujo y Litografía, la Música de voz y varios instrumentos, la Esgrima, la Equitación, la Fortificación y el Baile.

En el Colegio de Alcalá hay estudios de Humanidades, Retórica y Poesía griega, latina y española, con sus Profesores, únicamente para nuestros jóvenes.

En el Colegio-Noviciado de Sevilla se dan lecciones públicas en nuestras Aulas de la Universidad: 1.º, de Humanidades, por un Profesor; 2.º, de Gramática latina en todas sus clases, por tres Maestros; y, en las Aulas del mismo Colegio, hay abiertas Escuelas públicas de leer y escribir, en que se enseñan también los elementos de Historia, Gramática castellana y Aritmética, por dos Maestros Coadjutores de la Compañía y ocho Ayudantes seculares.

En el Colegio-Seminario de Nobles de Valencia se enseña en Escuela pública la Gramática latina en todas sus clases, por tres Maestros; las Humanidades, por un Maestro; la Retórica, Poesía y Lengua griega, por un Profesor; y, para solos los Seminaristas, hay el Estudio de toda la Filosofía, con un Profesor de Lógica, otro de Matemáticas y Física experimental y otro de Metafísica y Ética; Clase de Lectura y Caligrafía, en que se les enseña

además los Elementos de Gramática castellana y de Aritmética, por un Maestro Coadjutor; Cronología e Historia de España, por un Maestro; Geografía, por un Maestro; Heráldica, por un Maestro, y Lengua francesa, por un Maestro. Y, por medio de Maestros seculares, se les enseña el Dibujo, la Música de voz y varios instrumentos y la Esgrima.

En el Colegio imperfecto de la misma ciudad de Valencia hay abiertas dos Escuelas públicas de leer y escribir en que los niños aprenden además, fuera de los elementos de la Religión, los de Geografía, los de Historia, los de Gramática castellana y los de Aritmética, por tres Maestros, Coadjutores de la Compañía.

En el Colegio de Mallorca hay abiertas Escuelas públicas en que se enseña: la Retórica y Lengua griega, por un Profesor; la Gramática latina en todas sus clases, por tres Maestros; la Lectura y Caligrafía con elementos de la Religión, de Gramática castellana, de Geografía, Aritmética e Historia Sagrada, por cuatro Maestros Coadjutores. Da, además, este Colegio al Seminario Conciliar Tridentino un Profesor de Sagrada Escritura y dos de Filosofía.

En el Colegio de Manresa hay abiertas Escuelas públicas en que se enseña: la Retórica y Humanidades, por un Profesor; la Gramática latina en todas sus clases, por dos Maestros; la Lectura y Caligrafía, con los elementos, además, de Religión, de Gramática castellana, de Geografía, de Historia Sagrada y de Aritmética, por dos Maestros Coadjutores.

Madrid 5 de Septiembre de 1834.

ANTONIO MOREY.

(Copia simple en nuestro poder.)

N. 14.

(Lib. III, cap. V, n. 6, p. 574.)

Matricula y nota de estudios y calificaciones de D. José Zorrilla en el Seminario de Nobles.

Número 105.—D. JOSÉ ZORRILLA.—Entró en 20 de Julio de 1827.
Clase suprema de Gramática, Dibujo, Música y Baile.

1828 a 1829 Clase suprema de Historia. Esgrima.

29 a 30 Humanidades. Dibujo. Griego.

G. 30 a 31 1.^{er} año de Filosofía. Italiano.

G. 1831 al de 1832 2.^o año de Filosofía, Francés, continúa el Italiano, Historia, Bellas letras.

G. 1832 al de 1833 Física experimental, continúa el Francés e Italiano. Equitación.

Salió del Seminario en 9 de Septiembre de 1833.

Premios que obtuvo.

1828 2.º en Religión, y en 1829 2.º en Griego.

1831 2.º en Elementos de Matemáticas, accésit en Italiano; 2.º en Bellas letras.

1832 2.º en 2.º año de Filosofía; 1.º en Bellas letras.

1833 2.º en Francés; 1.º en Bellas letras.

(Original en nuestro poder.)

ÍNDICE ALFABÉTICO DE COSAS Y PERSONAS

Los números más gruesos señalan las páginas en que principalmente se trata de aquel artículo.

- ABAD, P. Ignacio, S. J., 251.
 ABAD ILLANA, D. Manuel, Ob. de Tucumán, LXVIII, LXXIV, **xcviii**.
 ABAD Y LA SIERRA, D. Agustín, Ob. de Barbastro, LVI.
 ABAD Y LA SIERRA, D. Manuel, Arzobispo de Selimbria e Inquisidor general, **xxxix**, LVI.
 ABAD Y QUEIPO, D. Manuel, Secretario de la Junta de restablecimiento, 194, 330.
 ABARCA, D. Joaquín, Ob. de León, 518, 599, 600.
 Abeja (*La*), periódico, 659.
 ABIPONES (indios), **xcviii**.
 ACEDO RICO, D. Juan, 205.
 ACQUAVIVA, P. Claudio, S. J., 154, 155.
 AGUADO, P. Ruperto, S. J., 55, 56.
 AGÜERO, Fr. José Blas (franciscano), **xcviii**, CI.
 AGUIRIANO, D. Blas, XLVIII.
 AGUIRRE, Fr. José Blas (Agüero?), CI.
 AGUIRRE, D. Juan B., 83.
 AGUIRRE, Fr. Pedro José (franciscano), **xcvi**.
 AGUSTINOS, **xxviii**, **Lxxxix**, **cviii**, 386, 686.
 AICINENA, D. José, 94, 331.
 AIGUILLON, Duque de, 13.
 AIMBRICH, D. José, 594.
 Aix en Provenza, 304.
 ALABERT, G., 425, 426.
 ALAMÁN, Lucas, **Lxxii**, 677.
 ALARCÓN (Vid. López Alarcón).
 ALBA DE TORMES, 324.
 ALBA, casa de, 266, 317.
 ALBA, Duque de, 28.
 ALBA, D. Francisco, 61.
 ALBACETE, 226, 457.
 ALBARRACÍN, **xxxv**.
 ALCALÁ DE HENARES, **xxxix**, **xlvi**, 288, 289, 324, 400, 412, 479, 489, 492, 498, 499, 516, 520, 528, 577, 580-582, 587, 589, 655, 657, 665.
 — Ayuntamiento, 472.
 — Colegio, 456-458, 465, 467, **470-473**, 478, 482, 492, 496, 500, 501, 505, 507-509, 513, 515, 518, 519, 523, 530, 533, 534, 537, 540.
 — Universidad, 439, 442, 443, 445, 446, 465, 472, 520.
 ALCALÁ GALIANO, D. Antonio, 329, 345.
 ALCÁNTARA, Orden de San Pedro, **Lxxxii**.
 ALCARAZ, 226.
 ALCARRIA, 713.
 ALCORIZA, P. Antonio, S. J., 293, 324, 325, 462, 463, 527.
 ALCUDIA, Ducado de la, 168.
 ALCUDIA, Duque de (Vid. Godoy).
 ALDASORO, H. Miguel, S. J., 461, 494, 495.
 ALEGRE, P. Francisco Javier, S. J., 688.
 ALEJANDRO VII, 170.
 ALEMÁN, P. Vicente, S. J., 227.
 ALGEBRA (su estudio), 563, 566, 567.

- ALICANTE, 51, 592.
- ALLUÉ Y SESÉ, D. Antonio, Patriarca de las Indias, 518.
- ALMENARA ALTA, Duque de, 431.
- ALMERÍA, Obispo de, 261.
- ALÓS, D. Joaquín, C, CII, cv.
- ALTAMIRA, casa de, 266, 317.
- ALTAMIRA, Rafael, xxxiii.
- Alumnos en los colegios, 310, 437, 544-546, 715, 717, 719, 720, 722-729.
- ALVARADO, D. Eugenio, 413.
- ALVARADO, Fr. Francisco (*El Filósofo Rancio*), LXIII, 64, 200, 690.
- ALVAREZ, P. Baltasar, S. J., 260, 405, 541.
- ÁLVAREZ ARTETA, Segundo, xci, 55.
- ÁLVAREZ DE PALMA, D. Blas Joaquín, Ob. de Teruel, LXV; Arz. de Granada, 401.
- ÁLVAREZ GUERRA, D. Juan, 659.
- ÁLVAREZ MENDIZÁBAL, D. Juan, 662, 667.
- ALVEAR, D. Diego, xcviii, ovii.
- AMADO, Fr. Manuel, 631.
- AMALIA de Sajonia, esposa de Fernando VII, 421, 598.
- AMAR, D. Antonio, xci.
- AMAT, D. Félix, Arz. de Palmira, 62.
- AMAYA, P. Ignacio, S. J., 367 369, 381, 386, 686.
- AMENGUAL, D. José, 229.
- AMÉRICA española, LXVII-CXIII, 39, 49-51, 55, 59, 60, 65, 94, 103, 123, 159, 161, 165-168, 170, 173, 190, 200, 223, 260, 265, 274 282, 320, 328, 329, 331, 336, 350-388, 414, 417, 665, 668-700.
- AMIGOS DEL PAÍS, Sociedad económica de Murcia, 226; de Mallorca, 230; de Cádiz, 258, 726.
- Anatomía* de la Pastoral del Arzobispo de Burgos, por el P. Isla, LV, 570.
- ANCHIETA, P. José S. J., 469.
- ANDALUCÍA, 134, 393, 457, 568, 605.
- provincia de la Compañía, 532, 457.
- ANDRÉ, Marius, LXIX.
- ANDRÉS, D. Andrés de, 714.
- ANDRÉS, P. Juan, S. J., 73, 113.
- ÁNGELES, Santuario de Nuestra Señora de los, 687.
- ANGIOLINI, P. Cayetano, S. J., 27, 54, 136, 291, 294.
- ANGLÉS, H. José, S. J., 610.
- ANGOLA, 2.
- ANGULEMA, Duque de, 392, 393.
- ANTEQUERA DE OAXACA, el Obispo (Vid. Bergosa).
- ANTEZANA, hospital de (Alcalá), 471.
- ANTONIO, Infante don, tío de Fernando VII, 221, 415.
- ANUNCIATA, Seminario de la (Murcia), 225, 226.
- APODACA (Vid. Ruiz de Apodaca).
- APÓSTOLES, pueblo de Guaraníes, cvii.
- ÁRABE (su estudio), 206, 209, 546, 574, 715, 738.
- ARAGÓN, LXII, 32, 392, 592, 596, 713, 714.
- provincia de la Compañía, 346, 532.
- ARANDA, Conde de, XLII, LIII, LIX, LXVIII, LXIX, LXXV, LXXXII, 13, 16, 23, 24, 28, 33-36, 104.
- ARANJUEZ, 57, 58.
- ARAÓZ, P. José, S. J., 227.
- ARASCOT, P. Mariano, S. J., 250, 251.
- ARAUCANIA, xcvi.
- ARCAL, H. Ángel, S. J., 516.
- ARCE, D. Ramón José, Inquisidor General, xxxix, LVI, LXV, 56.
- ARCO, D. Ricardo del, xxxvi.
- ARCOS, Los (Navarra), 460.
- ARCHETTI, Mons. Nuncio en Polonia, 16, 17, 20, 21.
- ARCHIMBAUD, D. Juan Antonio, 205, 427.
- ARÉVALO, P. Faustino, S. J., 103, 110, 112, 125-127, 131, 212, 221, 223-225, 227, 272, 301-303, 305, 327, 398, 461, 464, 483-485.

- ARGANDOÑA, D. Miguel, LXXV.
 ARGENTINA, república, XCVI, 274.
 ARGÜELLES, D. Agustín, 385.
 ARIAS GAGO, D. Alonso, 268.
 ARIAS TELXEIRO, D. Fr. Veremun-
 do, Ob. de Pamplona, LXV, 66;
 Arz. de Valencia, 123, 233, 234,
 390, 399.
 ARISTÓTELES, 563.
 ARITMÉTICA (su estudio), 425, 566,
 738, 739.
 ARIZPE (ciudad), LXXI, 680.
 ARIZPELETA, P. Juan, S. J., 252.
 ARNALDO, Antonio, 163.
 ARO, Joaquín, 650.
 ARQUEOLOGÍA (su estudio), XXXIII,
 238.
 ARRANGOIZ, D. Francisco de Paula,
 LXIX, 680.
 ARRIETA, P. Juan Francisco, S. J.,
 354, 357, 366, 367, 373, 380.
 ARRILLAGA, P. Basilio, S. J., 377,
 674, 682, 687-696.
 ARTE POÉTICA de Horacio, 566.
 ARTES (Filosofía), 546.
 ARTIGAS, P. José, S. J., 574, 623.
 ASENSIO, P. Felipe, S. J., 109.
 ASISTENCIAS de las Compañía, xxv.
 — de España, xxv, 349.
 — de Francia, xxv.
 ASISTENTES de la Compañía xxv,
 462, 463, 527, 560, 561.
 — de España, 463, 464, 526.
 — de Francia, 463.
 ASTORGA, 713.
 ASTORGA, D. Diego de, 219.
 ASTRÁIN, P. Antonio, S. J., xxv,
 203, 205, 248, 295.
 ASTRONOMÍA (su estudio), 443.
 ASUNCIÓN del Paraguay, c, 164.
 ATOCHA, convento, 640.
 ÁVILA, el Obispo, 102, 161.
 ÁVILA, D. Pedro, 205, 206.
 AVILÉS, Marqués de, c, CII, CVI.
 AYMERICH, D. Antonio, xciv.
 AZANZA, D. José, 15, 16.
 AZARA, D. Félix, CIII, cv.
 AZARA, D. José Nicolás, 17, 18, 23,
 29, 31, 33, 36-38, 104.
 AZPEITIA, 223, 234, 495, 657.
 — Ayuntamiento, 83, 398, 452.
 AZPEITIA, D. José Antonio, Ob. de
 Lugo, 401.
 AZPURU, D. Tomás, 33, 309.
 BACÓN, XLIV, 149, 171.
 BADAJOZ, Ayuntamiento, 263.
 — Colegio, 222, 262, 263, 266, 483.
 — Obispo, 101, 133, 262, 263.
 BADOSSI, Mons., 44.
 BAEZA, Ayuntamiento, 83.
 BAILE (su estudio), 420, 548, 738.
 BALTIMORE, 352.
 BALLESTEROS, D. Luis López, 418.
 BANDERAS, P. José, S. J., 665.
 BANDINI, D. Antonio, 679, 682, 683.
 BAÑOS (de Cuntis), 82.
 BARBA, H. Fermín, S. J., 620, 621,
 623.
 BARBAJERO, P., 422.
 BARBASTRO, LVI, 250, 251.
 — el Ob., 101, 133.
 BARCELONA, XXXVII, XLIX, LIII, 37,
 48, 49, 51, 123, 128, 130, 245, 313,
 392, 412, 425, 457, 460, 489, 495,
 548, 664, 667.
 — Ayuntamiento, 83, 427-434.
 — Cabildo, 84, 427.
 — Colegio de Belén, XXXVII, 425-
 434, 558.
 — Iglesia de Belén, 433.
 — Obispo (Vid. Climent, Vallada-
 res, Schar).
 — Seminario conciliar, XXXVII.
 — Seminario de Cordelles, XXXVII,
 425, 427, 432, 434.
 BÁRCENA, D. Manuel de la, 673.
 BARCEO, P. Gaspar, S. J., 469.
 BARDAJÍ, Cardenal, 78, 401.
 BARDAJÍ, D. Vicente, 726.
 BARILLA, P. Fernando, S. J., 119.
 BARREAU, H. Domingo, S. J., 617,
 624.
 BARROS ARANA, Diego, LXX.
 BARROSO, P. Antonio, S. J., 349,
 351, 357, 360, 364, 366.

- BARRUEL (el abate), XXVIII, 62, 64.
 BARRY, David, LXIX, LXXIX.
 BASILEA, 223.
 BASILIOS (monjes), 666.
 BASOCO, Condes de, 363.
 — Condesa, 351, 363-365, 367.
 BATTIER, P. Alejandro, S. J., 120, 292, 301.
 BATTIFORA, D. Juan B., XLVI.
 BAUZOS (el abad de), 133.
 BAYLE, Pedro, 158.
 BAYONA, 58, 72.
 BEIRA, Princesa de la, 408, 595, 602.
 BELARMINO, B. Cardenal, S. J., 157, 627.
 BELTRÁN, D. Blas Santiago, Obispo de Ibiza, 84.
 BELLAS LETRAS (su estudio), 738.
 BELLUGA, Cardenal, 225.
 BENAVENTE, Condesa-Duquesa de, 458.
 BENCOMO, D. Cristóbal, Arz. de Heraclea, Confesor de Fernando VII, XLVI, 90, 125, 189, 190, 213, 217, 219, 267, 270, 283, 288, 290, 437, 713.
 BENEDICTINOS, 637, 666.
 BENEDICTO XIII, 160.
 BETEDICTO XIV, 153, 160, 308.
 BENGOCHEA, P. Juan, S. J., 224.
 BENISLAWSKI, S. J., Ob. de Gadara, 21.
 BENITO, P. Manuel, S. J., 394, 488.
 BENITO Y TABERNERO, D. Manuel, Ob. de Solsona, 399.
 BERAULT BERCASTEL, LIII.
 BERDUGO, P. Mariano, S. J., 277, 464, 466, 467, 496, 497, 530, 609, 665.
 BERGOSA, D. Antonio, Ob. de Antequera de Oaxaca, 353.
 BERNAD, D. Tomás, 49.
 BERNARDOS (monjes), 666.
 BERNIS, cardenal, 13, 18.
 BERRUYER, P. José Isaac, S. J., 153, 170.
 BERTI, P. Lorenzo (agustino), 157.
 BESSIERES, D. Jorge, 596.
 BETANCOURT, P. Domingo, S. J., 135, 241.
 BIDASOA, 393.
 BILBAO, 548, 605.
 BLASCO, D. Vicente, XLVI, 204.
 BLASÓN (su estudio), 413.
 BLÁZQUEZ Y VARGAS, D. Joaquin, Secret. de la Junta de restablecimiento, 268-270.
 BOGOTÁ, LXXIII, LXXV, 59, 274, 276, 278, 281.
 BOLIVIA, XCII, XCVI.
 BOLONIA, 29, 33, 107, 128, 130, 131, 238, 350, 351, 367, 483, 485, 700.
 BONAPARTE, José, 10, 58, 71, 106, 131, 219, 328, 356, 483, 669, 670.
 — Luciano, 47.
 — Napoleón (Vid. Napoleón).
 BONET, H. Juan, S. J., 394.
 BÓNOLA (el abate), 62.
 BORBÓN, Cardenal, 253, 330, 331.
 BORDÓ (Bordeaux), 310.
 BORRÁS, D. Antonio, 427.
 BORRULL, D. Francisco Javier, 236, 238, 398, 406.
 BOUCHARLAT, Juan Luis, 566.
 BOULANGER, P. Clemente, S. J., 505, 506, 526.
 BOURGOING, J. Fr., XXXIV, XXXV.
 BOURGUER, LXXIX.
 BOUZAS, P. Francisco Javier, S. J., 221, 239, 466.
 BOXADORS, Cardenal, 186.
 BRABO, D. Francisco Javier, CV.
 BRASIL, 2, 349.
 Breve *Catholicae fidei*, 46, 52, 105.
 — *Dominus ac redemptor*, XXV, 8, 15-17, 19-23, 87, 90, 103, 104, 108, 115, 121, 131, 143, 333, 338, 348, 350.
 BRITO, B. Juan, S. J., 154.
 BROTONS Y PERICAS, Fr. José, LXI, 64.
 BRUNET, H. Buenaventura, S. J., 395.
 BRZOZOWSKI, P. Raimundo, S. J., 347.
 BRZOZOWSKI, P. Tadeo, S. J., 119,

- 273, 279, 281, 292, 293, 322, 323,
325, 327, 332, 346, 380.
- BUCARELI, D. Antonio, 362.
- BUCARELI, D. Francisco, LVIII, c,
cv.
- BUENA MUERTE, congregación de
la, LXI, 581, 582, 715, 718.
- BUENOS AIRES, LXVIII, LXXIV, LXXXI,
LXXXIV, XCIV, c, CVII, 165, 275,
279, 282, 669.
- Bula *Auctorem fidei*, XLIX, LVII, LIX,
52, 54.
- *Inter graviores*, 144.
- *Sollicitudo omnium ecclesiarum*,
12, 69, 77, 79, 80, 82, 87, 90, 94,
106, 107, 111-115, 119, 133, 176,
178-180, 184-187, 198, 297, 333,
338, 339, 352.
- *Unigenitus*, L, LVII.
- BURDEOS, 665.
- BURGOS, XLIX, 548.
- Arzobispo, 114, 133, 261.
- Ayuntamiento, 83, 400.
- Cabildo, 83, 114, 133, 400.
- BURGOS, D. Javier, 608.
- BURNICHON, P. José, S. J., 607.
- BUSEMBAUM, P. Herman, S. J.,
284.
- BUSTAMANTE, D. Anastasio, 694,
695.
- BUSTAMANTE, D. Carlos María, 352.
- BUXONS, H. Martín, S. J., 619.
- CABADÉS, Fr. Agustín (mercedario),
XLV.
- CABALLERO Y GÓNGORA, D. Anto-
nio, LXXIII.
- CABALLERO, D. José Antonio, XLVII,
LXV, 49, 56, 57, 209.
- CABANIS, Pedró Juan Jorge, LXIV.
- CABEZAS DE SAN JUAN, 328, 672.
- CÁCERES, 262, 263, 273, 548.
- CADALSO, D. Juan María, 711.
- CADENA, D. Antonio, 374.
- CÁDIZ, XLVII, LI, LVI, CXII, 49, 65,
66, 136, 241, 253, 256, 257, 259,
282, 308, 328, 336, 337, 341, 350,
351, 356, 393, 593, 667, 679.
- Ayuntamiento, 83, 114, 133, 253,
255-258.
- Cabildo, 84, 133.
- Colegio, 222, 253-259, 271, 320,
399, 726.
- Obispo, 102, 253, 256, 257, 384.
Caduceo, *El* (periódico), 690, 692.
- CAJAMARCA (Perú), 276.
- CALAHORRA, el Obispo (Vid. *Puyal*,
D. Atanasio).
- CALATAYUD, XXXV, XXXVI, 125, 457.
- Ayuntamiento, 101.
- CALATAYUD, P. Pedro, S. J., LX,
259, 260, 285, 627.
- CALATRAVA, D. José M., 338, 340.
- CÁLCULO (su estudio), 443, 563.
- CALDAS (de Reis), 82.
- CALDERA, P. Francisco Javier,
S. J., 275.
- CALDERÓN, D. Serafín, 574.
- CALIFORNIA, LXXXVI, LXXXVII, 166,
167, 352, 685.
- CALIGRAFÍA, 566, 738.
- CALOMARDE, D. Tadeo, 418, 420,
433, 435, 436, 438, 440, 444, 445,
447, 454, 504, 550, 551, 553-556,
558, 595, 599.
- CALVET, D. Salvador, 422.
- CALVO, D. Baltasar, 713.
- CALVO, P. Vicente, S. J., 247, 305,
306, 395, 478.
- CALLE, P. Rafael de la, S. J., 408,
420, 467, 474, 513, 518, 577, 586,
600, 605.
- CALLEJA, D. Félix, LXXXIX, 352,
355, 357, 358, 365, 366, 670.
- CALLEJO, H. Ramón, S. J., 494.
- CAMARASA, Marqués de, 75.
- CAMPANARIO (villa de Extremadu-
ra), 398, 483.
- CAMPECHE (ciudad de Nueva Espa-
ña), LXXI, 354.
- CAMPL, P. Francisco, S. J., 247, 305,
306, 313, 395, 478.
- CAMPO, San Miguel del, 82.
- CAMPO Y RIVAS, D. Manuel, 357.
- CAMPRA, P. Joaquín, S. J., 486.
- CAMPS, H. Federico, S. J., 516.

- CAMPS, Francisco, 315.
- CAMPOMANES, D. Pedro Rodríguez, XXXII, XXXV, XLII, LIII, LIV, LVI, LIX, 5, 13, 28, 140, 146, 284, 286, 288.
- CAMPOS, D. Cayetano, 267.
- CAMPOS, P. Pedro de los, S. J., 4.
- CANA, H. Lorenzo, S. J., 606, 608.
- CANARIAS, XLVIII, 189, 714.
- CANDELARIA (pueblo de Guaranies), CII, CIII, CVII.
- CANDELARIOS (agustinos), XC.
- CANELLA Y SECADES, D. Fermín, XXXVI, XLVII.
- CANO MANUEL, D. Antonio, 341.
- CÁNONES (su estudio), XLIV, LXX, LXXV, 413, 422, 437, 439, 440, 443, 445, 447, 474, 518, 563, 605, 735, 737.
- CANÓNICOS REGLARES suprimidos, 666.
- CANTALPINO, 712.
- CANTERAC, D. José, 657.
- CANTÓN, P. Pedro, S. J., 349, 350, 354, 357, 360, 362, 364, 366-373, 375-377, 379 381, 384, 385, 387, 685, 688, 699, 700.
- CAÑEDO, D. Juan de Dios, 354.
- CAPAPÉ, D. Joaquín, 596.
- CAPELLETTI, D. José, 36.
- CAPUCHINOS, 50, 84, 423, 637.
- General de, 390.
- CAQUETÁ, 469.
- CARABANCHEL, 639, 640.
- CARAFFA, P. Vicente, S. J., 477.
- CARASA (Vid. Rodríguez de Carasa).
- CARAVACA, 226.
- CARBIA, Rómulo, LXXXI, LXXXII.
- CARBONERO Y SOL, D. León, 574.
- Cárceles visitadas, LXXXI, LXXXIII, 307, 576, 577, 586, 715, 718.
- CARCHANO, P. Francisco, S. J., 273, 406, 456.
- CARDAVERAZ, P. Agustín, S. J., 260.
- CÁRDENAS, Fr. Bernardino, Ob. del Paraguay, 162, 164.
- CARDERO, 657.
- CARDONA SALELLES, D. José, XXXVIII.
- CARLOS III, XXXVI, XL, LIX, LX, LXV, LXIX, LXX, XCI, CXII, 6, 7, 14-16, 22-24, 28, 34, 35, 41, 54, 59 61, 70, 79, 87, 93, 97, 103, 110, 145, 165, 190, 199, 205, 207, 210-212, 215, 218-220, 283, 288, 289, 332, 333, 338-341, 378, 385, 403, 422, 425, 430, 451, 471, 487, 556, 557, 580, 616, 658, 660, 662, 663, 708.
- CARLOS IV, XXVII, XXVIII, XXXIX, XLVI, LIX, LX, CXI, CXII, 23, 24, 26-30, 47, 48, 51, 53, 59, 61, 104, 189, 212, 332, 350, 557, 595, 598, 660, 661, 701, 706.
- CARLOS LUIS, Infante, 407, 421.
- CARLOS MANUEL, Rey de Cerdeña, 10, 40, 53, 711.
- CARLOS MARÍA ISIDRO, Infante, hermano de Fernando VII, CXIII, 73, 221, 402, 407, 417, 418, 421, 446, 500, 511, 542, 553, 586, 595, 596, 598-600, 602-605, 611, 654, 656, 657, 665.
- CARLUCCI, P. Francisco, S. J., 109.
- CARMELITAS, 666.
- calzados, 632.
- CARMEN descalzo, LXXXII, 430.
- General del, LII.
- Nuestra Señora del, 119.
- CARMONA, Ayuntamiento y clero, 101.
- CAROLINAS, Islas, CXI.
- CAROLINO, colegio (Vid. Espíritu Santo).
- CARRANZA (supuesto jesuita), 599.
- CARRERA, P. Gaspar, S. J., 124, 242, 243.
- CARTAGENA, 324, 390.
- Obispo, 101.
- CARTAGENA de Indias, LXXX, LXXXI, LXXXIII.
- CARTUJOS, 666.
- CARVAJAL Y LANCASTER, D. Isidro, Ob. de Cuenca, LIX.
- CARVALHO, D. Sebastián José, XXV, 2, 28, 154, 156, 165, 184.

- CASA IRUJO, Marqués de, 594.
 CASA JARA, Marqués de, 574.
 CASA PROFESA e iglesia del Jesús (Roma), 106, 107, 111, 118, 484.
 CASANARE, LXXXIX.
 CASAUS, D. Ramón, Arz. de Guatemala, 535.
 CASAVIELLA, P. D. Joaquín (oratorio), 714.
 CASPE, Ayuntamiento y clero, 101.
 — Prior, 133.
 CASTAÑIZA, P. José M., S. J., 108, 349 351, 354, 356-358, 360, 363-366, 379, 380.
 CASTAÑIZA, D.^a María Teresa (Véase Basoco, Condesa de).
 CASTAÑIZA, Marqués de, Ob. de Durango, 353, 355-357, 359, 360, 364, 365, 372, 374, 375, 680.
 CASTAÑOS, D. Francisco Javier, 429.
 CASTELLANO (su estudio), 419, 544, 547, 566, 724, 725, 729, 738, 739.
 CASTELLET, P. José, S. J., 455.
 CASTELLÓN Y SALÁS, D. Jerónimo, Ob. de Tarazona, 399.
 CASTILLA, provincia de la Compañía, LX, 457, 483.
 CASTRO, Fr. Agustín (jerónimo), 84.
 CATALÁ, P. Francisco, S. J., 245, 310.
 CATALINA II, Emperatriz de Rusia, 8, 14, 15, 17, 19-21, 23, 43.
 CATALUÑA, LXII, 391, 392, 592, 596, 600.
 CATANI, D. Pedro, 670.
 CATECISMO, LX, LXXXI, 307, 308, 378, 382, 566, 715-729.
 CATILINARIA (Oración de Cicerón), 565.
Causas de la revolución francesa, obra del P. Hervás, 62.
 CAVIA, D. Juan, Ob. de Osma, 393.
 CEBALLOS, D. Agustín (Vid. Rubín de Ceballos).
 CEBALLOS, D. Pedro, Ministro de Estado, 46, 48, 50-54, 70, 128, 130, 131, 415, 416.
 CEBALLOS, D. Pedro, Gobernador de Buenos Aires, 166.
 CEBRIÁN Y VALDA, D. Francisco-Antonio, Ob. de Orihuela, Patriarca de las Indias, 309.
 CEBÚ, CVIII.
 CENTO (Italia), 485.
 CENZANO, P. Juan José, S. J., 250, 251.
 CERDEÑA, 10, 53, 465, 508, 665.
 CERERO, D. Manuel, 249.
 CERUELLO, D. Gregorio, Ob. de Oviedo, 390.
 CERVANTES, P. Isidoro, S. J., 408.
 CERVERA de Cataluña, xxxvi, LXIII, 263, 289, 428, 457.
 — Ayuntamiento, 101.
 — Cabildo colegial, 84.
 CICERÓN (estudio de sus obras), 565.
 CILY Y MONROY, D. Manuel, Arzobispo de Burgos, 114, 133, 261.
 CIENCIA MEDIA, 284-286.
 CIENFUEGOS (Álvaro), Cardenal, S. J., 285.
 CIENFUEGOS, Francisco Javier, Ob. de Cádiz, 725; Cardenal, Arzobispo de Sevilla, 453, 455, 585.
 CINALOA, LXXI, LXXXVIII, 166.
 CIRIA, D. Higinio, 610, 612.
 CISNEROS, Cardenal, 171.
 CIUDAD REAL, 548.
 CIVITAVECCHIA, 128, 131, 228.
 CLEMENT DE FEILLET, LIII, LVIII.
 CLEMENTE VIII, LV, 160.
 CLEMENTE XI, 160.
 CLEMENTE XIII, 5, 8, 17, 87, 184, 186, 285.
 CLEMENTE XIV, xxv, LII, LXXXV, cx, cxi, 8, 9, 12, 13, 17, 19, 21, 22, 31, 44, 45, 47, 79, 90, 103, 104, 115, 142, 146, 322, 324, 333, 338, 348.
 CLIMENT, D. José, Ob. de Barcelona, xxxvii, LII, LIII, 426.
 CLOS, H. José, S. J., 646.
 COBOS, P. José, S. J., 110.
 COCHABAMBA, LXXIII.
 CODINA, J. B., 425, 426.
 CODINA, H. Manuel, S. J., 629.

- CODORNÍU, D. Manuel, 679.
Colección de providencias, 31.
 COLECTOR GENERAL de espolios, 261.
 COLEGIO MILITAR de Segovia, 420, 577, 582.
 COLEGIO ROMANO, S. J., 471, 510.
 Colegios de misiones, 223, 260.
 Colegios de jesuitas en América, LXX.
 — en España, xxxii, xxxv, xli, 737.
 COLEGIOS MAYORES, 89, 97, 98.
 CÓLERA (epidemia), 609.
 — asistencia a los atacados, 587.
 COLL P. Jorge, S. J., 587, 589.
 COLOMBIA, LXXXIX, 469.
 COLÓN, D. José Joaquín, 100, 415.
 COLORNO, 461, 703.
 COMENDADORAS de Santiago, 428.
 COMISARIO GENERAL (Vid. Zúñiga).
 — título y cargo, 293 295, 325.
 COMPANY, P. Francisco, S. J., 230, 451.
 COMPANY (Vid. Fernández Company).
 COMPAÑÍA DE LA FE DE JESÚS, 11.
 COMPAÑÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, 11.
 CONGÁ, P. Antonio, S. J., 239.
 CONCEPCIÓN (pueblo de indios), xcv.
 CONCILIO DE TRENTO, 142-145, 159, 174, 175, 181, 185, 188, 216, 365, 366.
 CONCILIO VATICANO, 284.
 CONCILIOS PROVINCIALES, LIX.
 CONDILLAC, XLIV.
 CONDOCET, XLIV.
 CONFESOR de Carlos III (Vid. Eleta).
 CONFESOR de Fernando VII (Véase Bencomo).
 CONGREGACIÓN DE RITOS, 483.
 — de Procuradores, 463, 600.
 — General de 1820, 322, 346, 347, 404, 560.
 — General de 1829, 462, 463, 474, 560, 698.
 — Provincial, 462, 463, 474, 498, 535-537.
 Congregaciones piadosas, LX, LXI, LXXV, 182, 307, 308, 382, 581-583, 715, 718, 720, 724, 726.
 CONGRESO mejicano, 673, 677-683, 688, 689, 692, 693, 695.
 CONSALVI, Cardenal, xxix, 47, 48, 53, 54, 79, 281, 343.
 CONSEJO de Cámara, LIX, 42, 215, 217, 447, 448.
 — de Estado, 331.
 — de Indias, 94, 95, 113, 164, 181, 268, 356, 376.
 — de Órdenes, 32, 267, 432.
 — extraordinario, xxxii, xxxiii, xxxv, xxxvii, LIII, 5, 35, 36, 87, 97, 140, 146, 148, 149, 152-156, 158-163, 166, 167, 169, 172, 175, 177, 184, 203, 210, 222, 231, 240, 260, 286-288, 338.
 — Real o de Castilla, XL, XLIX, LIX, CXII, 28, 32, 34, 38, 39, 69, 86 88, 90, 92 94, 97 101, 114, 138, 139, 141, 145, 146, 148, 151, 162, 166, 168, 174-180, 182, 183, 188, 190, 193, 194, 196-199, 204, 208, 215-218, 257, 265, 268, 284-288, 333, 339, 418, 419, 428, 432-434, 437, 459, 546, 548, 554, 555, 558, 661, 705.
 CONSTANTINO, emperador, 693.
 CONSTITUCIÓN de Cádiz, XLVI, 67, 68, 327-329, 339, 343, 384, 393, 395, 488, 593, 597, 602, 604, 608, 658, 667, 691.
 CONSTITUCIONES de la Compañía, 94, 142, 144, 145, 176, 179, 347, 474 512, 517, 527, 531, 548, 736.
Contrato social de Rousseau, LI.
 CORAZÓN DE JESÚS, LVII, 299, 307-310, 375, 382, 383, 386, 571, 572, 575, 576, 589, 718, 722.
 CORAZÓN DE MARÍA, 582.
 CÓRCEGA, 6, 63, 324.
 CORCUBIÓN, 82.
 CÓRDOBA, XLIV, XLIX.
 — Ayuntamiento, 83.
 — Cabildo, 101, 133.
 — Obispo, 101.

- CÓRDOBA DE TUCUMÁN, LXXIV, XCVIII, 164, 275.
- CORDÓN, P. Pedro, S. J., 109, 300-304, 306, 311, 318, 327, 329, 342, 345, 346, 394, 395, 397, 398, 400, 402, 403, 405-410, 417-420, 423, 424, 432, 435-438, 440, 441, 444, 448-450, 456, 459, 461, 464-466, 468, 470-473, 475, 478, 484-487, 498, 499, 507, 532, 534, 548-557.
- CORIS, H. Juan, S. J., 646.
- CORONA, P. Juan M., S. J., 352, 368, 687.
- CORONEL, D. Fernando, 33.
- CORPUS (pueblo de Guaraníes), CIII.
- CORREA, D. Segundo, 623
- CORRIENTES (ciudad del Paraguay), C.
- CORTÁZAR, Fr. Francisco (dominico), XC.
- CORTÁZAR, P. Juan José, S. J., 583, 584.
- CORTÁZAR, D. Mateo, 652.
- CORTES de 1789, 598.
- de Cádiz, XLIII, L, LI, LVI, LXIII, CXII, 59-62, 64, 66, 67, 95, 134, 185, 191, 274, 328, 334, 351, 352, 356, 385, 597, 605, 670.
- de 1820-23, CX, 213, 239, 259, 301, 311, 322, 330-332, 336, 337, 339-344, 383, 384, 387, 389-391, 393, 597, 605, 661, 663, 671, 675, 678, 688.
- de 1834-35, 660, 662.
- CORTÉS, D. José, 713.
- CORTÉS, D. Miguel, 341.
- CORUÑA, Ayuntamiento, 83.
- COSMOLOGÍA (su estudio), 546, 738.
- Costumbres de la provincia, 511, 512, 531-542.
- COTANILLA, P. José Joaquín, S. J., 639, 648.
- CRÉDITO PÚBLICO, 201, 330, 331, 334, 341, 342, 398, 403.
- CREIXELL, P. Juan, S. J., 451.
- CRETINBAU Joly, 61.
- CREUS, D. Jaime, Ob. de Menorca, Arz. de Tarragona, 390, 391.
- CREUS, H. Mariano, S. J., 461, 494-495.
- CRÍTICA (su estudio), XXXIII.
- CROISSET, P. Juan, S. J., 382.
- CRONOLOGÍA (su estudio), 408, 413, 419, 548, 738.
- CRUZ, D. José de la, 594.
- CUBA (Isla), 277.
- CUENCA, LIX, 596, 713.
- Obispo, LIX.
- CUENCA (Ecuador), LXXV, 276.
- CUERNAVACA, 680.
- CULIACÁN, LXXI.
- CUZCO, LXXII, 276.
- CZAR de Rusia, 280.
- CHACHAPOYAS, 276.
- CHACO, XCVI, XCVIII, XCIX.
- CHARCAS (ciudad), XCIV, XCV, 279.
- CHARLEVOIX, P. Pedro Francisco Javier, S. J., 164.
- CHATEAUBRIAND, XXIX.
- CHIAPAS, 354.
- CHIARAMONTI (Pío VII), 107, 115.
- CHIHUAHUA, LXXI, 354.
- CHILE, LXX, XCVI, 153, 275, 279, 714.
- provincia de la Compañía, 38, 349.
- CHILOÉ, XCVI.
- CHILPANCINGO, 352.
- CHINA, CXI, 153.
- CHINCHÓN, 457.
- CHIKUITOS (misiones de), XCIII, XCIV-XCVI.
- CHOISEUL, 2, 4, 13.
- CHOLULA, 680.
- D'ALEMBERT, XLII, LVIII, 7, 172.
- DANTON, 391.
- DANVILA, D. Manuel, 7, 87.
- DÁVILA y ARRILLAGA, D. Mariano, 59, 278, 345, 352, 353, 355, 359, 361, 362, 364, 366, 369, 371, 372, 377, 668, 680, 688, 699.
- DECORME, P. Gerardo, S. J., LXXXIII, LXXXVI, 352-355, 359, 364, 365, 370, 373, 374, 377-379, 383-385, 388, 668, 680, 688.

DELGADO, H. José, S. J., 406, 576.
 DELGADO MORENO, D. Mateo, Arzobispo-Obispo de Badajoz, 262.

DELPLAUE, P. Luis, S. J., LXXV.

DEMONT, H. Pedro, S. J., 623.

DERECHO CANÓNICO (Vid. *Cánones*).

— CIVIL (su estudio), 437.

— DE GENTES (su estudio), 413, 437.

— NATURAL (su estudio), XLVI, XLVIII, 413, 437.

— PÚBLICO (su estudio), 437.

DESCALZAS REALES (de Madrid), 312.

DESCARTES, XLIV.

DESDEVISES DU DESERT, XXXIII, XXXIX, LXX.

DESTUTT-TRACY, XLIV.

DESPUIG, D. Antonio, Arz. de Sevilla, 29.

Devoción a la Virgen, 494, 571, 572.

DIARIO (del P. Luengo. Vid. *Luen-go*).

Diario de Veracruz, El (periódico), 679.

DÍAZ, Fr. Felipe (dominico), 641.

DÍAZ CASSOU, Pedro, XLIX.

DIBUJO (su estudio) 420, 548, 721, 738, 739.

DIÉGUEZ, Vicente, 611.

DIOSADO, P. Ramón, S. J., 110, 112, 125.

DIEZMOS, 168, 691.

DISCIPLINA ECLESIASTICA (su estudio), 209, 437, 447, 546, 735, 738.

Doctrina de los expulsos extinguida (Pastoral del Arz. de Burgos), LIV, 284.

DOLAREA, D. Alejandro, 340.

DOLORES (Villa en Méjico), 670.

DOMINICOS, XXXV, LXXIII, LXXIV, LXXXVII, LXXXIX, CVIII, 186, 591, 631, 640, 642.

DOU, Dr. Lázaro, LXIII.

DRACONCIO (el poeta), 483.

DRIVE, P. Agustín, S. J., 586.

DUCHESNE, P. Ignacio, S. J., 259, 281.

DUEÑA, D. Francisco Antonio de la, Ob. de Urgel, LXV.

DURÁN, H. Ignacio, S. J., 664.

DURANGO (en Nueva España) LXX, LXXI, LXXXVI, 349, 353, 372-375, 377, 383, 384, 386, 417, 680.

— Obispo de (Vid. *Castañiza*, Marqués de).

DUTILLOT, Guillermo, 7.

ÉCIJA, 102.

ECUADOR (república), LXXV, LXXIX, XCI, 276.

ECHIVARRÍA, D. Manuel Mariano, XCII.

ECHIVERRÍA, D. Juan, 361.

ECHIZARRAGA, P. José, S. J., 252, 253, 463, 483, 657.

Educación de la juventud, XXVIII, LXII-LXVI, 562, 704.

EGUIA, D. Francisco, 68, 392, 417.

EJERCICIOS de San Ignacio, LXXVIII, 108, 109, 307, 477, 480, 481, 577-579, 716, 718.

ELETA, Fr. Joaquín (alcantarino), Confesor de Carlos III, LVII, LXXXII, 28, 31, 32.

ELIZALDE, P. Miguel, S. J., 134.

ELOCUCENCIA (su estudio), 545, 738.

ELOLA, H. José, S. J., 618.

ELOSUA, D. Joaquín, 611.

Emilio, obra de Rousseau, 41.

ENCARTACIONES (Vizcaya), 713.

ENCINAS, D.^a Dionisia, 242.

ENEIDA (su estudio), 565.

ENRICH, P. Francisco, S. J., XCVI, 52, 275.

ENRIQUE IV de Francia, 171.

ENRÍQUEZ, P. Julián, S. J., 262.

ENSENADA, Marqués de la, 161.

EPIGRAFÍA (su estudio), XXXIII.

EPOPEYA (su estudio), 565.

EROLAS, Barón de, 391, 392.

ERRO, D. Juan B., 59, 392.

ESCOCESSES (colegio), 412.

ESCOLANO Y ARRIETA, D. Pedro, 206.

ESCOLAPIOS, XXXII, XXXIV, XXXVIII,

- LXXV, 319, 401, 432, 440, 659, 666.
 ESCORIAL, 57.
 ESCRICHE, D. Joaquin, 316.
 ESCRITURA SAGRADA (su estudio), 473, 518, 545, 735.
 Escuelas de primeras letras, xxxii, LXXI, LXXV, 236, 242, 244, 250-252, 258, 261, 362, 378, 544, 547, 565, 719-721, 723-725, 728, 738, 739.
 ESCVER, P. D. Faustino (benedictino), 726.
 ESFERA (su estudio), 413, 566.
 ESGRIMA (su estudio), 420, 548, 738.
 ESPAÑA, Conde de, 432.
 ESPARRAGUERA (villa), 245.
 ESPERANZA, D. Mariano, 84, 253.
 ESPIGA, D. José, 338, 342, 390.
 ESPINOSA DE LOS MONTEROS, don Juan José, 677.
 ESPÍRITU SANTO (colegio del, en Puebla), 377, 378, 687, 689, 690, 696.
 ESQUILACHE, Marqués de, 5.
 — motín de, o de Madrid, 5, 160, 162.
 ESQUIVEL, D. José, 372, 373, 375.
 ESTADOS PONTIFICIOS, 2, 6, 7, 34, 324, 602, 712.
 ESTADOS UNIDOS, LXIX, 11, 352, 668.
 ESTALA, D. Pedro, XLIX.
 ESTATUTO REAL, 608, 658.
 ESTÉVEZ, D. Pedro Agustín, Ob. de Yucatán, 680.
 ESTRUCH, H. Esteban, S. J., 406.
 Estudios de los jesuitas, 304, 469-474, 734-737.
 ÉTICA (su estudio), 419, 420, 546, 548, 715, 738.
 EUCLIDES, 563.
 EXALTACIÓN DE LA CRUZ (pueblo de indios), xcv.
 Examen *ad gradum*, 473.
Exequatur regio, LIX, 180, 183, 197.
 EXIMENO, P. Antonio, S. J., 408.
Extracto de las aserciones, etc., 3.
 EXTREMADURA, 273, 398, 483, 588.
 FABIÁN Y FUERO, D. Francisco, Ob. de Puebla, LXXXII, LXXXIV, 375.
 FABRO, B. Pedro, S. J., 468, 529.
 FAGOAGA, D. José M., 677.
 FAJARNÉS, D. Enrique, xxxviii.
 FALCES, Marqués de, 610, 645.
Farol, El (periódico), 679.
 FEBRONIO, LVII.
 FEDERICO II, XLII, 7, 8, 62, 66, 149, 676.
 FELIPE II, 171.
 FELIPE IV, 164, 203, 204, 206, 412, 416, 436.
 FELIPE V, 151, 412, 414.
 FENELÓN, 159.
 FERNÁN NÚÑEZ, Conde de, LXVI, 34, 36.
 FERNÁNDEZ, P. Casto, S. J., 454, 464, 545, 567, 621, 623.
 FERNÁNDEZ, P. José, S. J., 621, 623.
 FERNÁNDEZ BAZÁN, D. Antonio, 592.
 FERNÁNDEZ BAZÁN, D. Juan, 592.
 FERNÁNDEZ COMPANY, D. Joaquin, 438, 444, 447, 551.
 FERNÁNDEZ DE MADRID, D. Andrés, 358.
 FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo, xxxviii.
 FERNÁNDEZ LIZARDI, D. J. J., 697.
 FERNÁNDEZ PALAZUELOS, P. Antonio, S. J., 38.
 FERNÁNDEZ Y DOMINGO, Daniel, 304, 395.
 FERNANDO II de Alemania, 171.
 FERNANDO IV de Nápoles, 6, 10, 40, 53, 105, 132.
 FERNANDO VI de España, 414, 557.
 FERNANDO VII, XXII, XXX, XLV, LXXXIV, CXII, 12, 30, 57, 58, 67-70, 75, 79, 84, 112, 116, 117, 119, 120, 124, 132, 189, 190, 212, 219, 239, 275, 276, 328, 329, 339, 340, 349, 358, 383, 390, 396, 408, 409, 421, 579, 598, 601, 603, 613, 656, 667, 672, 715, 732, 734.
 FERNANDO, Infante Duque de Parma (Vid. *Parma*).

- FERRANDO GIL, D. Pascual Antonio, 83, 232, 233, 487.
- FERRARA, 36, 324, 485.
- FERRARI, P. José, S. J., 501, 502.
- FIERRO, D. Vicente Antonio, 372, 373, 375.
- FIGUEROA, D. Manuel Ventura, 31.
- FILÍPICA (oración de Cicerón), 565.
- FILIPINAS, CVIII, CIX, CXI, 94-96, 163, 173, 223, 260, 665.
- Provincia de la Compañía, 349.
- FILOSOFÍA, XXXV, XLII, XLIII, XLIV, XLVII, XLVIII, LXV, LXX, LXXI, 206, 209, 230, 246, 281, 302, 304, 305, 377, 413, 422, 425, 442, 447, 450, 452, 470 - 474, 478, 483, 485, 489, 490, 495, 545, 546, 548, 557, 559, 561, 562, 566, 568, 719, 735, 738.
- FILÓSOFO RANCIO (Vid. *Alvarado*, Fr. Francisco).
- FÍSICA (su estudio), XXXIII, 413, 419, 420, 546, 548, 561-563, 568.
- FLORIDABLANCA, Conde de (Vid. Moñino).
- FONTAINEBLEAU, XXVII.
- FONTE, D. Pedro José, Arz. de Méjico, 353, 355-358, 360, 365, 366, 371, 382, 383, 386, 679, 692, 695.
- FONTES CARRILLO, D. Antonio, 227.
- Formas Sagradas incorruptas, 492.
- FORNES, Martin, 650.
- FORTIS, P. Luis, S. J., 190, 261, 292, 294, 295, 298, 300, 301, 303, 305, 310, 323, 325, 329, 332, 347, 380, 381, 404, 410, 418, 436, 448, 456, 461, 464 - 466, 477, 486, 499, 508, 509, 527, 532, 533, 560, 591, 686, 688, 733.
- FRAGAS Santa María, 82.
- FRANCÉS (su estudio), 413, 419, 546, 548, 720, 738, 739.
- FRANCÉS CABALLERO, D. Bernardo, Ob. de Urgel, 399.
- FRANCIA, Provincia de la Compañía, 347.
- FRANCISCANOS, LXXI, LXXV, LXXXIV, LXXXVIII, LXXXIX, XCII, XCIII, XCV, XCVI, XCVIII, CVIII, 55, 164, 186, 240, 241, 279, 591, 640, 642, 666.
- FRANCISCO, Infante, hermano de Fernando VII, 600, 605.
- FRASCATI, 711.
- FRAY GERUNDIO, 501.
- FREGENAL, 262.
- FREIRE Y CASTRILLÓN, D. Manuel, 62.
- ERÍAS, Duque de, 457.
- FRÍAS, P. Ramón José, S. J., 407, 433, 449, 450, 471, 472, 475, 477, 498-500, 502 504, 507, 508, 521, 524, 526, 529, 537, 542, 568, 600, 605.
- FUENTE, P. Diego de la, S. J., 49, 107, 242, 247, 301, 313, 398, 405, 423.
- FUENTE, D. Vicente de la, XXXV, XXXVI, XLIV, XLVII, XLIX, L, LV, LVI, 59, 204, 390, 396, 413, 472, 599, 609, 644, 648, 654, 657.
- FUENTES, Conde de, 32, 33.
- FUNES, D. Ambrosio, 275.
- FURIÓ Y SASTRE, D. Antonio, 399, 591.
- FURTADO, P. Francisco, S. J., 459.
- GALÁN, P. Andrés, S. J., 346, 347.
- GALICIA, 60, 65, 82, 83, 306, 401.
- GÁLMEZ, D. Rafael, S. J., 135, 249, 250, 312.
- GÁLVEZ, P. Antonio, S. J., 408, 529.
- GÁLVEZ, D. José, LXXXVII, CVIII.
- GALLARDO, D. Bartolomé, XLV, 67.
- GALLARDO, P. José, S. J., 260, 262, 273, 466, 486.
- GALLEGO, D. Juan Nicasio, LI.
- GAMBOA, D. Francisco Javier, 361, 362.
- GAMBOA, D. Juan Evangelista, 357.
- GAMBOA D. Juan José, 358.
- GÁNDARA, D. Miguel Antonio, 162.
- GANDASEGUI, P. Juan, S. J., 629.
- GANDÍA, XXXVIII, 457.
- Ayuntamiento, 101, 133.
- GANDOLFO, D. José, 257, 259.

- GANGANELLI (Clemente XIV), 107, 115, 308.
- GANUZA, P. Pedro, S. J., 122, 346, 463.
- GÁRATE, D. Tadeo, 276.
- GARAY, D. Martín, 316.
- GARCÍA, H. José, S. J., 640, 641.
- GARCÍA, D. Juan Justo, XLIV.
- GARCÍA, Fr. Nicolás, Ob. de León de Nicaragua, 354.
- GARCÍA, P. Ramón, S. J., 494.
- GARCÍA DEL CASTILLO, D. Ignacio, 713.
- GARCÍA ÍÑIGO, D. Juan Antonio, 713.
- GARCÍA LEAL, H. Ramón, S. J., 727.
- GARCÍA PAJE, D. Nicolás, 338, 339.
- GARCÍAS, P. Miguel, S. J., 452, 462, 466-469, 476, 477, 496, 503, 513.
- GARDOQUI, D. Francisco, 78, 111.
- GARELLY, D. Nicolás, 604, 658.
- GARIBAY, D. Pedro, 669.
- GARNET, P. Enrique, S. J., 170.
- GARNIER, H. José, S. J., 620, 621, 623.
- GASSENDI, XLIV.
- GAYE MALLOR, Juan, 625, 630.
- GAZÁN, José, LXXX.
- GAZOLA, Conde de, 408.
- GEHBARD, D. Victor, 330.
- GENDRY, Jules, 23.
- GENERAL de la Compañía (Vid. Brzozowski, Fortis, Roothaan).
- GENOVA, 37, 72, 110, 123, 130, 131, 323, 657.
- GEOGRAFÍA (su estudio), 209, 408, 413, 419, 544, 545, 548, 563, 566, 717, 733, 739.
- GEOMETRÍA (su estudio), 563, 566, 715.
- GERONA, 74, 457.
- GERWINUS, G. G., LXIX.
- GIBRALTAR, 592.
- GIL, P. Manuel, S. J., 59, 401, 408, 418, 420, 421, 434, 438, 444, 445, 447, 455, 462, 464, 465, 482, 502, 504, 506-513, 519, 521, 523, 526, 527, 530, 534, 537, 539, 543, 557, 558, 560, 564, 568, 571, 577, 579, 582, 605, 609.
- GIL Y ZÁRATE, D. Antonio, 563.
- GINER, Fr. José (Jerónimo), LXVI, 67.
- GLOWER, P. Tomás, S. J., 463.
- GNECCO, Jerónimo, 33.
- GODOY, D. Manuel, xxxix, LVI, 24, 29, 34, 36-39, 42, 46-48, 53, 54, 57, 70, 701, 705.
- GOENAGA, P. José Lorenzo, S. J., 657.
- GOFÍN, D. Vicente, 133, 713.
- GOGORZA, H. Vicente, S. J., 615-617, 629.
- GOITIA, P. Diego, S. J., 225, 398.
- GÓMEZ, H. Félix, S. J., 516.
- GÓMEZ BECERRA, D. Alvaro, 651.
- GÓMEZ CALDERÓN, D. Antonio, 392.
- GÓMEZ FARIAS, D. Valentín, 693, 695.
- GÓMEZ LABRADOR, D. Pedro, 39, 42, 44, 52, 711.
- GÓMEZ SALAZAR, D. Manuel, Ob. de Avila, 102.
- GOMILA, P. Ignacio, S. J., 665.
- GONZÁLEZ, Conde de, 645.
- GONZÁLEZ, P. Andrés, S. J., 346.
- GONZÁLEZ, P. Ignacio, S. J., 123.
- GONZÁLEZ, P. José Ignacio, S. J., 377, 386, 687.
- GONZÁLEZ, D.^a Juana, 423.
- GONZÁLEZ, P. Miguel Jerónimo, S. J., 349.
- GONZÁLEZ, H. Pío, S. J., 641.
- GONZÁLEZ CARVAJAL, P. Juan José, S. J., 275.
- GONZÁLEZ MONTAOS, D. Manuel, 82, 83.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico, LXXV, LXXVI, XCIII.
- GONZÁLEZ Y CASTRO, D. Casiano Manuel, 731.
- GOR, Duque de, 646.
- GOTHEIN, XCIX.
- GOYA, P. Pedro, S. J., 273.
- GRAJEDA, el Doctor, 697.

GRAMÁTICA latina (su estudio),
 .XXXI, XXXIII, XXXVI-XXXVIII, LXX,
 LXXI, LXXV, 206, 209, 225, 230,
 231, 233, 236, 237, 240, 243, 244,
 246, 249-252, 258, 261, 263, 302,
 304, 310, 320, 404-407, 413, 419,
 423, 425, 452, 453, 466, 471, 489,
 490, 513, 545, 547, 562, 565, 566,
 568, 569, 715, 719-721, 724, 725,
 727, 728, 738, 739.

GRANADA, 55, 266, 270, 289, 316,
 667.

— Arzobispo, 84.

GRANADA, Duque de, 125.

GRANDMAISON, Mr. Geoffroy, 35.

GRANJA, La (sitio Real), 573, 580,
 590, 599, 600, 607, 645.

GRANOLLERS, 457.

GRASSET, H. Lorenzo, S. J., 622,
 623, 629.

GRAUS, 250, 251, 400, 457, 726.

— Ayuntamiento, 83, 251, 726.

— Colegio, 222, 250-252, 300, 399,
 325.

GRAVINA, Nuncio y Cardenal, 74,
 77, 125, 221.

GREGORIO XVI, 685, 693, 694.

GRIEGO (su estudio), XXXIII, XL, 206,
 209, 233, 236, 407, 413, 472, 545,
 548, 562, 566, 715, 736, 738, 739.

GRIMALDI, Marqués y Duque de, 5,
 13, 15, 18, 19, 43.

GROOT, D. José Manuel, LXXIV,
 LXXXIX, XC, XCI.

GRUBER, P. Gabriel, S. J., 322.

GUADALAJARA, 596.

— Ayuntamiento, 101.

GUADALAJARA (en Nueva España),
 LXXI, 279, 350-353, 680, 687.

— Obispo, 687.

GUADALUPE, Nuestra Señora de,
 357, 374, 670, 680.

GUADIX, 390.

GUANAJUATO, 680.

GUATEMALA, 279.

— Arzobispo, 353.

GUAYAQUIL, LXXV, LXXX.

GUERRERO, D. Fernando, Arz. de

Manila, 162, 163.

GUERRERO, Fr. Ramón (dominico),
 714.

GUIPÚZCOA, 83, 102, 132, 223, 224,
 392, 607.

GURIDI, D. José Miguel, 676.

GUSTÁ, P. Francisco, S. J., XLIX,
 427.

GUTIÉRREZ, D. Antonio, 568.

GUTIÉRREZ, H. Florentino, S. J.,
 587.

GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, D. Fran-
 cisco, 88, 140, 145, 146, 150, 156,
 196.

GUTIÉRREZ DE LA HUERTA, D. Joa-
 quín Antonio, 255.

GUTIÉRREZ DEL CORRAL, P. Luis,
 S. J., 383, 696.

HABANA, 277, 320.

HARDUINO, P. Juan, S. J., 170.

HARO y PORTILLO, D. Joaquín, 675.

HEBREO (su estudio), XXXIII, 206,
 209, 413, 473, 546, 618, 735, 736,
 738.

HEINECIO, XLVIII.

HENRION, Barón de, LXXXV, 399.

HERACLEA, Arz. de, 190, 437 (Vid.
 Bencomo).

HERBOSO, D. Francisco Ramón,
 Ob. de Santa Cruz de la Sierra,
 XCIV.

HERGENROETHER, XXVII, LXXXV.

HERMOSO, D. Lorenzo, 162.

HERNÁNDEZ, P. Bernardo, S. J.,
 576.

HERNÁNDEZ, H. José, S. J., 373.

HERNÁNDEZ, P. Pablo, S. J., XCIX,
 C, CIV, 274, 275.

HERRERA, P. Francisco Antonio,
 S. J., 258, 726.

HERVÁS y PANDURO, P. Lorenzo,
 S. J., LIII, LVII, 49, 62, 712.

HEVIA y NORIEGA, D. José, 140,
 288.

HIDALGO, D. Miguel, 670.

HIGUERA LA REAL, Ayuntamiento,
 101.

HISTORIA (su estudio), xxxiii, 209, 238, 408, 413, 419, 545, 548, 563, 738.
 — eclesiástica, 474, 546, 563, 735, 738.
 — natural, 548, 563.
 — sagrada, 544, 566, 571, 739.
 HOLANDA, LIII, 11.
 HOLBACH, Barón de, LVIII.
 HOMERO, 568.
 HORACIO, 566.
 HOSPITALARIOS suprimidos, 676, 677.
 Hospitales visitados, LXXVII, LXXXIII, 307, 382, 576, 577, 715, 718, 719, 724.
 HOYOS, P. Bernardo, S. J., 260.
 HUANCAMELICA, 276.
 HUARTE, H. Miguel Bruno, S. J., 127.
 HUELVA, 247.
 HUBERTA, Fr. Francisco de Jesús (franciscano), 55.
 HUESCA, xxxvi, 250, 289, 400, 457.
 Hueso, *El* (periódico), 697.
 HUIDOBRO, P. D. Francisco (del Oratorio del Salvador), 714.
 HUMANIDADES, xxxi, xxxv, xxxvi, xli, 182, 209, 225, 231, 250, 304, 310, 406, 419, 442, 470-473, 545, 547, 548, 568, 569, 659, 720, 725, 728, 738, 739.
Hymnodia Hispanica, 483.
 IBARRA (ciudad), LXXV.
 IBIZA, xxxviii.
 — Ayuntamiento, 101.
 — Cabildo, 101.
 — Obispo, 84.
 ICAZA, P. Isidro Ignacio, S. J., 360.
 IDÍÁQUEZ, P. Francisco Javier, S. J., 260.
 IGUALA, 672.
 — Plan de, 672, 673, 676, 681.
 INDEPENDENCIA, guerra de la, 261.
 — de América, LXVII-LXX, 668, 671.
 INDIAS, xxxi, 6, 69, 95, 96, 138, 175,

187, 191, 240, 353, 355, 358, 469 (Vid. América española).
 INFANTADO, Duque del, 100, 207, 268, 393.
 INFANTES, D. Carlos Luis y D. Fernando, 507, 511, 515, 529.
 INGLATERRA, LXIX, 11, 657, 668, 684.
 — Provincia de la Compañía, 463.
 INGLÉS (su estudio), 419, 546, 738.
 INGUANZO, D. Pedro, Arz. de Toledo, 448, 580, 603.
 INOCENCIO X, 164, 366.
 INOCENCIO XI, 160.
 INOCENCIO XIII, 160.
 INQUISICIÓN española, XLVI, XLVII, LI, LVI, LVII-LIX, 55-57, 62, 74, 76, 86, 155, 189, 268, 287, 328, 543, 594, 595, 597, 605, 660, 714.
 — romana, XLVIII, LVII.
 INSPECCIÓN GENERAL DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA, 418, 419, 422, 443-447, 486, 548, 550-556, 558, 559.
 INSTITUTO de la Compañía, 3, 5, 6, 139, 173-176, 178, 179, 181, 187, 190, 307, 323, 365, 465, 466, 469, 473, 474, 477, 480, 482, 486, 499, 502, 506, 510-512, 517, 522, 523, 529, 531, 532, 534, 549-551, 553, 562.
Instrucción pastoral de los Obispos refugiados en Mallorca, 66.
 IRAZOQUI, D. Martín, 255.
 IRIARTE, D. Tomás, 727.
 ISABEL II, 599, 601, 602, 628, 634, 660, 663.
 ISABELINA (sociedad secreta), 607, 644.
 ISLA DE LEÓN, 59, 65.
 ISLA, P. José Francisco, S. J., LV, 501, 570.
 ITALIANO (su estudio), 546, 548, 738.
 ITAPÚA (pueblo de Guaraníes), CII, CIII.
 ITURBIDE, D. Agustín, 672-674, 681-684, 689.
 ITURRIGARAY, D. José, 669.
 JACA, 714.

- JACOBO I de Inglaterra, 158.
 JADO, D. Laureano, 651, 653, 654.
 JAÉN, xxxviii, 712.
 — Ayuntamiento, 83.
 — Cabildo, 101.
 — Obispo, 102.
 JALAPA, 669, 680.
 JANSENISMO, xxviii, xxx, xxxix, xlii, xliii, xlv-xlvii, xlix, l, lii, lxi, 2, 30, 52, 61, 308, 329.
 JÁTIVA, Ayuntamiento de, 101.
 JAUME, D. Mateo, Ob. de Mallorca, 574.
 JEREZ DE LA FRONTERA, 102, 241, 350, 712.
 JÉRICA, 713.
 JERÓNIMOS, 666.
 JIMÉNEZ, D. José, Ob. de Cartagena y Murcia, 225.
 JIMÉNEZ DE CASTRO, D. Alejo, 713.
 JORDÁ, H. Francisco, S. J., 395.
 JOSÉ I, Rey de Portugal, 2, 28, 156.
 JOVELLANOS, D. Gaspar, xlv.
 JUAN CARLOS, Infante, 407, 421.
 JUAN, D. Jorge, xxxviii, lxix, lxxix, 413, 414.
 JUAN Y SEVILLA, P. Francisco, S. J., 245.
Juicio imparcial de Campomanes, liv, lix.
 JULÍ (Perú), 276.
 JUNQUERAS (monasterio), 428, 429, 432.
 JUNTA de abusos, 6.
 — Central, xxxviii, 58, 59, 72, 353, 670.
 — consultiva de gobierno, 330, 331.
 — de estudios, 437.
 — de instrucción, 208.
 — de restablecimiento, xxxvii, 69, 82, 83, 98-101, 176, 184, 187, 188, 190, 193, 194, 197, 199, 201-203, 207, 208, 213, 214, 216-220, 224, 226, 227, 229, 233, 240, 241, 244, 248, 253, 255-257, 263, 265, 266, 268-271, 273, 278-280, 283, 288-290, 296, 303, 307, 311, 313, 314-317, 319-321, 331, 335, 349, 352, 353, 368-374, 379, 380, 402, 403, 414, 415-417, 427, 428, 430, 431, 442, 456, 546, 547, 726-729.
 — de sanidad, 609.
 — eclesiástica, 605, 658, 659, 737.
 — provisional (en Méjico), 672, 675, 676, 678, 679, 681.
 JUNTAS DE FE, 595.
 JUVENCIO, 483.
 LABARTA, P. Eugenio, S. J., 616, 620, 624, 630.
 LABRADOR (Vid. Gómez Labrador).
 LACKIS, xlvii.
 LACONDAMINE, lxxix.
 LACHAISE, P. Francisco, S. J., 158.
 LACROIX (su geometría), 566.
 LAFUENTE, D. Modesto, 35, 59, 87, 330.
 LAGOS (villa en Méjico), 350, 354, 680.
 LAGUNA, La (Tenerife), 189.
 LAÍNEZ, P. Diego, S. J., lv, 468.
 LAÍNEZ, P. José Segundo, S. J., 469.
 LAMBAYEQUE, 276.
 LANCICIO, P. Nicolás, S. J., 476.
 LAPLANA Y CASTELLÓN, D. José, Ob. de Tarazona, lii, liv, 222.
 LARDIZÁBAL, D. Manuel, 330, 415.
 LARRUMBIDE, D. José Antonio, 98.
 LACUNZA, P. Manuel, S. J., 689.
 LASÚRTEGUI, P. José Ramón, S. J., 657.
 LATACUNGA, lxxv.
 LATÍN, latinidad (Vid. Gramática).
 LAVALETTE, P. Antonio, S. J., 3.
 LAZO DE LA VEGA, Fr. José M. (franciscano), 69, 253.
 LEGACIONES (Estados Pontificios), 123.
 LEMA, Marqués de, 47, 599.
 LEMOS, Condesa de, xxxvi.
 LEMOS, P. Pedro, S. J., 423, 424.
 LEÓN (España), 310, 319, 713.
 LEÓN (Nueva España), 354.
 LEÓN DE NICARAGUA, 354.
 LEÓN DE VILLAFÑE, P. Diego, S. J., 275.

- LEQUEITIO, 101.
- LERA Y CANO, D. Juan Nepomuce-
no, Ob. de Barbastro, 250, 251.
- LERDO, P. Ignacio Maria, S. J.,
366 368, 377-379, 459, 464, 465,
476, 480, 481, 515, 524-526, 530,
536, 537, 564, 608, 609, 611-613,
619, 624-626, 630, 637, 639, 644,
648, 664, 665, 688, 696-699.
- LÉRIDA, 457, 645.
- Ayuntamiento, 84.
- Obispo, 84.
- LEYES (su estudio), 422, 439, 440,
443, 445, 447.
- Libertad de imprenta, 328, 597,
671.
- Liga (La) de la Teología con la Fi-
losofía moderna*, 62.
- LIGARIO (discurso de Cicerón en su
defensa), 565.
- LIMA, xxxv, lxxxiv, 49, 55, 274,
276, 278, 279.
- Provincia de la Compañía, 349.
- Virreinato, xci.
- LINGUET, 15.
- LIORNA, 131.
- LISBOA, 6, 87, 154, 165, 249.
- LITERATURA (su estudio), 443, 548.
- LITTA, Mons., Nuncio en San Pe-
tersburgo, 30, 43.
- LIZANA, D. Francisco Javier, Arz.
y Virrey de Méjico, 670.
- LIZÁRRAGA, P. Lorenzo, S. J., 687.
- LOBO, P. Julián, S. J., 503.
- LOCKE, xliv, xlv.
- LÓGICA (su estudio), 419, 420, 485,
546, 548, 561, 735, 738.
- LOGROÑO, 102, 485.
- LOJA (Ecuador), lxxv, 276.
- LOMBARDÍA, 137.
- LONDRES, 158, 694.
- LÓPEZ, H. Domingo, S. J., 516.
- LÓPEZ, Gregorio, 157.
- LÓPEZ, P. Isidro, S. J., 161,
- LÓPEZ, H. José Maria, S. J., 375.
- LÓPEZ, H. Ramón, S. J., 123, 248.
- LÓPEZ, D. Simón, Ob. de Orihuela,
Arz. de Valencia, 390, 399.
- LÓPEZ ALARCÓN, P. Antonio, S. J.,
226, 716.
- LÓPEZ ALARCÓN, P. Elias, S. J.,
226, 227, 716.
- LÓPEZ ALARCÓN, P. Francisco Ja-
vier, S. J., 226, 716.
- LÓPEZ ALDA, H. Carlos, S. J., 461,
490-495.
- LÓPEZ BELDA, P. Joaquin, S. J.,
587.
- LÓPEZ DE AGUILAR, D. Francisco,
225.
- LÓPEZ DE SANTA ANNA, D. Anto-
nio, 683, 695.
- LÓPEZ PELEGRÍN, D. Santos, 651.
- LÓPEZ QUINTANA, D. Jerónimo, 73.
- LORENA, Fr. Norberto, 154, 163.
- LORENZANA, Cardenal, lxxxvi, 29,
32, 125, 483.
- LORETO (pueblo de Guaraníes), ciii,
cvii.
- LORETO (iglesia), 360, 361, 363, 365,
382.
- LORETO, Marqués de, c.
- LORETO, Santa Casa, 258, 728.
- LOUVET, Mr., lxxxv.
- LOYOLA, colegio y Santa Casa, 127,
222, 223, 225, 273, 303, 311, 312,
326, 398, 403, 407, 412, 452, 455-
457, 463, 465, 493, 484, 490, 544,
559, 582, 605, 656, 657, 664, 665,
717, 737.
- LOZANO DE TORRES, D. Juan Este-
ban, 371.
- LUENGO, P. Manuel, S. J., lxii,
lxiii, lxv, 15, 27, 29-31, 35, 37, 39,
48-50, 57, 74, 80, 105, 107, 109-
116, 120, 123, 124, 126-129, 133-
136, 208, 223, 306, 324, 350, 485.
- LUGO, xxxvii.
- Obispo, 84, 133, 273.
- LUIS I de España, 412.
- LUIS XIV de Francia, 158, 171.
- LUIS XV » L, 2, 4, 7, 13.
- LUIS XVI » LVII.
- LUIS, Infante, yerno de Carlos IV,
27, 30.
- LUISA CARLOTA, Infanta, 600-602.

LUTERO, XLVIII.

LUTTEROTH, 61.

LYON, P. Juan Ignacio, S. J., 359,
367, 373, 375, 687.

LLAMAS, D. Sancho, 98.

LLANOS, Los (misiones), XC.

LLEDÓ, D. José, 98.

LLERENA, 262, 263.

— Ayuntamiento, 101.

LLINÁS, P. Rafael, S. J., 565.

LLOPÍS, Antonio, 74.

LORENTE, D. Juan Antonio, LI,
LVI, 29.

LORET, P. Timoteo, S. J., 394,
488.

MAAS, P. Otto (franciscano),
LXXXIX, CVI, CVIII.

MACAPILLO (pueblo de indios),
XCVII.

MACEA, Conde de, 75.

MACÍAS, P. Miguel, S. J., 260, 262.

MACH, P. José, S. J., 494.

MADRAZO, D. Pedro, 574.

MADRID, la Villa, 266, 316, 439, 442,
445.

— Ayuntamiento, 82, 133, 212, 331,
332, 334, 442, 445, 518.

— Colegiata y Cabildo de San Isi-
dro, L, 190, 209-219, 312, 331-337,
390, 397, 442, 445, 447-449, 713.

— Colegio Imperial, XXXIII, LXV,
161, 189, 190, 193, 203-221, 224,
226, 272, 302, 304, 307, 311, 312,
315-318, 319, 323, 326, 330, 397,
402, 403, 405, 407, 408, 412, 418,
419, 435-437, 439, 449, 459, 465,
467, 471-473, 476, 477, 479, 481,
484, 486, 495, 500, 505, 506, 509,
513, 516, 518, 523, 527, 529, 530,
533, 534, 537, 539, 540, 544-546,
553, 556-559, 573, 575, 578, 581-
583, 590, 631, 637, 639, 642, 645,
647, 651, 653, 655, 715, 730, 738.

— Estudios generales, 412, 438-447.

— Estudios Reales del Colegio Im-
perial, o de San Isidro, XXXVIII.

XL, XLVIII, LXV, 194, 203, 205-207-
315, 317, 412, 413, 416, 436, 438,
443, 556, 658.

— Noviciado, L, 219-221, 223, 226,
272, 273, 307, 319, 333, 397, 417,
456, 457, 462, 465-469, 473, 474,
476, 481, 489, 494, 495, 534, 609,
640, 641, 648, 716, 730, 737.

— Oratorio de Cañizares, 220.

— Oratorio del Caballero de Gra-
cia, 220.

— Oratorio del Salvador, L, 219,
220.

— Seminario de Nobles, XXXVIII,
XXXIX, XLI, 73, 374, 401, 412-422,
432, 435-437, 439, 441, 450, 453,
458, 462, 465, 470, 481, 502, 511,
526, 527, 544-546, 553, 554, 556,
557, 564, 565, 571-574, 579, 582,
588, 605, 609, 637-641, 655, 737,
738.

— Seminario de los Reales Estu-
412, 435-437, 438, 460, 613, 617-
619, 621-624, 627, 628, 737.

MAINAS, XCI-XCIII, 55, 166.

MALABAR, 153.

MÁLAGA, xxxv, 400, 667.

— Ayuntamiento, 83.

— Cabildo, 84.

— Obispo, 102.

MALTA, 7.

— Gran Maestre, 485.

MALLORCA (la isla), LXV, 227, 578,
587.

MAMACCHI, P. Tomás (dominico),
157.

MANACOR, 578.

MANILA, 161.

MANRESA, 243, 245, 303, 310, 315,
336, 392, 397, 406, 407, 479, 489,
577, 582.

— Ayuntamiento, 84, 243-245, 452.

— Cabildo, 83, 243, 245, 400.

— Colegio, 222, 243-245, 273, 320,
407, 412, 429, 451, 456, 457, 470,
507, 515, 527, 533, 545, 547, 559,
576, 580, 581, 587, 664, 721, 737,
739.

— Santa Cueva, 222, 243-246, 412, 434, 452, 489, 507, 721.

MANTUA, 485.

MANZANARES, 548.

MANZANARES, D. Salvador, 593.

MANZANO, D. Francisco Javier, 619.

MAÑÓN, D. Juan Francisco, 685.

MARAÑÓN (misiones), xci, xcii, 55.

MARCHENA, lxiv.

MAREFOSCHI, Cardenal, 309.

MARÍA, Emperatriz, 312.

MARÍA CAROLINA, Reina de Nápoles, 84, 85, 136.

MARÍA CRISTINA, esposa de Fernando VII, 421, 448, 579, 598, 599, 603, 625, 662.

MARÍA DE LA GLORIA, Reina de Portugal, 656.

MARÍA FRANCISCA, esposa de Don Carlos M. Isidro, 421, 595, 599.

MARÍA LUISA, Infanta de España, 27, 28, 30.

MARÍA LUISA, Reina de España, 28, 29, 34, 41, 42, 46, 47, 53.

MARIANA, Archiduquesa, 712.

MARIANA, P. Juan, S. J., 154, 155, 170.

MARIANAS, Islas, cxi.

MARIÁTEGUI, P. Francisco Javier, S. J., 37, 64.

MARÍN, D. Francisco, 432.

MARÍN DE VELASCO, P. Jacinto, S. J., 49, 60.

MAROTTI, Mons., 30, 43.

MÁRQUEZ, P. Pedro José, S. J., 367-369, 382, 383.

MARRÓN, H. Paulino, S. J., 587.

MARTEL, P. Joaquín, S. J., 687.

MARTÍ, P. Bernardo, S. J., 456.

MARTÍN, H. José, S. J., 515.

MARTÍN Y MANERO, D. Vicente, lxxiii.

MARTÍNEZ, P. Diego, S. J., 230, 462, 464, 486, 616.

MARTÍNEZ, P. Juan, S. J., 484.

MARTÍNEZ, Fr. Manuel (mercedario), 75, 85, 415.

MARTÍNEZ DE LA ROSA, D. Francisco, 341, 342, 604, 608, 644, 645, 649, 653, 659, 662.

MARTÍNEZ DE SAN MARTÍN, D. José, 616, 617, 645-647, 649.

MARTÍNEZ DE TINEO, D. Victorino, xcvi.

MARTÍNEZ SALCEDO, D. Antonio, xxxvii, 94, 98, 268.

MARTINIÇA (isla), 3.

MARTORELL, H. Juan, S. J., 494.

MÁS (escuelas del doctor), 232, 234, 235.

MASDEU, P. Baltasar, S. J., 120, 128, 230, 239.

MASDEU, P. Juan Francisco, S. J., 52, 128, 237-239.

MASONERÍA, 391, 697.

MATAFLORIDA, Marqués de, 391.

MATEMÁTICAS, xxxiii, 206, 209, 302, 304, 408, 413, 419, 420, 425, 442, 447, 450, 470, 471, 545, 546, 548, 557-559, 561-563, 565, 566, 568, 715, 720, 735, 736, 738.

MATEOS, P. Tomás, S. J., 587.

MAULE, Conde de, 336, 337, 340, 384.

MECÁNICA (su estudio), 443, 738.

MEDINA DEL CAMPO, 102, 483.

MEDINA, D. Fernando, 242.

MEDINA, P. Joaquín, S. J., 584.

MEDINA, P. Manuel, S. J., 248.

MEJÍA, D. José, 59, 351.

MÉJICO, nación, lxx, lxxxv-lxxxix, cxi, cxii, 337, 349-354, 360, 367, 371, 379, 383-385, 387, 388, 417, 668-675 (Vid. *Nueva España*).

— ciudad, lxxi, lxxxiii, lxxxv, 108, 354, 356, 361, 364, 373, 375, 377, 383, 384, 386, 674, 692, 698.

— Audiencia o Real Acuerdo, 355, 358, 365, 669, 670, 680.

— Ayuntamiento, 358, 674, 678, 680.

— Cabildo, 358, 679, 692, 695.

— Colegio de San Gregorio, 360, 361, 363, 367, 369, 370, 377, 382.

— Colegio de San Ildefonso, lxxii,

- 351, 353, 355, 357, 359, 360, 362-364, 366-368, 386.
- Colegio Máximo o de San Pedro y San Pablo, 349, 350, 359, 360, 362-364, 367, 368, 370-372.
- Diputación, 676, 678, 680.
- Provincia de la Compañía, 167, 280 346, 349-388, 668 700.
- Universidad, 558, 688.
- MELÉNDEZ VALDÉS, D. Juan, XLV.
- MELENDO, D. Juan Antonio, 713.
- Memorias enciclopédicas*, de Masdeu, 238.
- MENDINUETA, D. Pedro, xci.
- MENDIZÁBAL, P. Francisco, S. J., 359, 367, 368, 373-375, 687, 688, 698, 699.
- MENDIZÁBAL, D. Juan Alvarez, 662, 667.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, D. Marcelino, XLII, XLIV, XLVII, XLIX, L, LVI, LXVII, 59, 61, 67, 212, 333, 390, 484, 574, 596.
- MENORCA, 667.
- MERCEDES, General de la, LII.
- Colegio de Barcelona, 430.
- Convento de Madrid, 653.
- MERCEDARIOS CALZADOS, 633, 642.
- MÉRIDA DE MARACAIBO, 277.
- MÉRIDA DE YUCATÁN, 279, 354.
- MÉRITO, Marqués de, 189, 712.
- MES DE MARÍA, 523, 544, 571, 583-586.
- MESA, H. José Severo, S. J., 377, 687.
- META (río), LXXXIX.
- METAFÍSICA (su estudio), 419, 420, 548, 715, 736, 738.
- MICHOACÁN, 194.
- MICHELENA, H. Antonio, S. J., 516.
- MIER Y CAMPILLO, D. Francisco Javier, Ob. de Almería, Inquisidor general, 125, 261, 290.
- MIGUEL (Don), Rey de Portugal, 602, 656.
- MILÁNS, D. Francisco, 592.
- MILÓN (Discurso de Cicerón en su defensa), 565.
- MINA, D. Francisco Javier, 392, 592.
- MINA, D. Francisco Espoz y, 656.
- MINIMOS (de San Francisco de Paula), 642.
- MINIO, D. Rafael, 639.
- MINIO, D. Vicente, 639.
- Ministerios espirituales diversos, LXXVI-LXXIX, LXXXIII, 307, 381, 574-583.
- MIÑANO Y BEDOYA, D. Sebastián, 396.
- MIRAFLORES (pueblo de indios), xcvi.
- MIRANDA, Conde de, 457.
- MIRÓN, P. Diego, S. J., 306.
- Misal gótico*, 483.
- Misiones de la Compañía en España, LX, 579-580.
- en Indias, LXXXIV-CVIII.
- MÍSTICO RAMILLETE (congregación), 581.
- MITOLOGÍA (su estudio), 547.
- MÓDENA, 543.
- MOHYLOW, 14, 43.
- MOJOS (misión de), xciii-xcv, 166.
- MOLINA (General de San Francisco), 186.
- MOLINA, D. José, Ob. de Albarracín y Málaga, xxxv, LII, LIV, 222.
- MOLINA, P. Luis, S. J., 285.
- MON Y VELARDE, D. Romualdo, Arz. de Sevilla, 239, 241, 242.
- MONACALES suprimidos, 666.
- MONDEÑEDO, 62.
- MONFORTE DE LEMOS, xxxvi, 401, 548.
- Ayuntamiento y Clero, 101.
- Monita secreta*, 699.
- Monitorio de Parma*, LIX.
- MONTEAGUDO, D. Matías, 676.
- MONTEMAR, Duque de, 73, 94, 113, 125, 189, 393, 394, 712.
- MONTEMAYOR, P. Nicolás, S. J., 467, 474, 513, 545, 578.
- MONTENEGRO, Conde de, 228.
- MONTERO, P. Ignacio, S. J., 108, 135.
- MONTERO, P. Pedro, S. J., 208, 221.

- MONTERREY (Méjico), 680.
- MONTOYA, D. Felipe, Ob. de Te-
rue! , Presidente de la Junta de
restablecimiento, 261, 267, 272,
273.
- MONTSERRATE, 41.
- MONTUFAR, H. Cipriano, S. J., 375.
- MONZÓN, P. Agustín, S. J., 115, 306,
347, 395, 404, 463, 486, 533.
- MOÑINO, D. José, XLII, XLVIII, LIV,
8, 13-16, 18, 23, 24, 28, 34, 35, 43,
58, 59, 104, 140, 146, 284, 426, 427,
- MORA, Condesa de la, 262.
- MORAL (Teología), LXX, LXXI, LXXIII,
206, 231, 236, 238, 246, 252, 304,
470, 473, 489, 563, 719, 727, 734,
735.
- MORAÑA, 82.
- MORATÍN, D. Leandro F., XXXVI.
- MORATÍN, D. Nicolás F., XXXVI.
- MOREL, P. Andrés, S. J., 259.
- MORELOS, José M., 352.
- MORELL, D. Pedro, 417.
- MORENO, H. Fermín, S. J., 587.
- MORERA, P. Vicente, S. J., 435, 461,
489-490.
- MOREY, P. Antonio, S. J., 424, 454,
455, 459, 463, 465, 467, 472, 474,
479, 495, 498, 504, 506, 508, 509,
511, 512, 515, 517, 519, 521, 524,
526-529, 535, 538, 540-542, 545,
564, 587, 588, 600, 605, 606, 608,
638, 655, 658, 659, 661, 664.
- MOREY, H. Daniel, S. J., 461, 495-
497.
- MORGADO, Alonso, 583, 586.
- MORÓN, Ayuntamiento, 101.
- MOSCOSO, D. José M., 644.
- MOYANO, D. Tomás, 86, 338, 428.
- MOZZI, P. Luis, S. J., 64.
- MUÑOZ, D. Bartolomé, 268.
- MUÑOZ, D. Fernando, 625.
- MUÑOZ, H. Gregorio, S. J., 624, 625.
- MUÑOZ, Fr. José de Jesús (agusti-
no), XLIV.
- MUÑOZ Y ALCALÁ, D. Diego, 423.
- MUÑOZ TORRERO, XLV, 390.
- MURCIA, XLIX, LI, LXI, LXII, 58, 65,
199, 225-227, 306, 310, 314, 390,
400, 667, 713.
- Ayuntamiento, 83, 226.
- Colegio, 109, 222, 225-227, 266,
323, 399, 716.
- Obispo, 101, 225.
- MURIEL, D. Andrés, LI, 29.
- MURILLO, Fr. José (paúl), 714.
- MÚSICA (su estudio), 420, 548, 738,
739.
- MÚZZARELLI, P. Alfonso, S. J., 125.
- MÚZQUIZ, D. Rafael, Arz. de Seleu-
cia y Santiago, Confesor de Ma-
ria Luisa, 29, 704.
- NADAL Y CRESPI, D. Bernardo, Ob-
de Mallorca, 228.
- NAPOLEÓN, XXVII, 12, 36, 43, 46, 47,
67, 105, 106, 274, 483, 694.
- NÁPOLES, XXIX, LIX, CXI, 5-8, 10-12,
27, 28, 53-55, 70, 79, 103, 105, 111,
119, 136, 143, 165, 174, 184, 294,
304, 312, 324, 325, 352, 367, 392,
461, 487, 553, 554, 711.
- Provincia de la Compañía, 106,
109, 132, 487, 542.
- NARBONE, P. Alejo, S. J., 119.
- NASARRE, P. D. José (oratoriano),
714.
- NAVA DEL REY, LXII, LXV, 48.
- NAVALCARNERO, Ayuntamiento,
101.
- NAVARRA, 75, 113, 340, 392, 592,
657.
- NAVARRO, D. Fernando, LIV.
- NAVARRO, Fr. Francisco (basilio),
714.
- NAYARIT, LXXXVI, LXXXIX, 166.
- NEGRE, P. Salvador, S. J., 565.
- NEWTON, XLIV.
- NICOLAO I (supuesto rey del Para-
guay), 166.
- NICOLE, L.
- NILLES, P. Nicolás, S. J., 308.
- NONELL, P. Jaime, 30, 31, 52, 461.
- NORMÁNDEZ, D. Pedro, 14-16, 18.
- Noviciado de la Compañía en Ru-
sia, 14-21.

- Novísima Recopilación*, 288, 333, 334, 339.
 NUEVA ESPAÑA, LXXII, LXXXVII, LXXXIX, 162, 357, 384, 387, 414, 672 (Vid. *Méjico*, nación).
 NUEVA GRANADA o NUEVO REINO DE GRANADA, LXXIV, XC, XCI, 31, 276.
 — Provincia de la Compañía, 349.
 NUHVA VIZCAYA, LXX, LXXI, LXXXVI, LXXXVIII, 353.
 NUEVO MÉJICO, LXXI, LXXXVI.
 NUEVO SANTANDER, LXXXVI.
 NUMISMÁTICA (su estudio), XXXIII.
 NUNCIO de S. S. en Madrid, 14, 19, 31, 32, 46, 52-54, 69, 70, 74, 77, 86, 88, 124, 125, 180, 221, 338, 343, 344, 390.
 — en París, 19.
 — en Varsovia, 14, 15, 17.
 — en Viena, XXIX.
 OAXACA, 680.
 — el Obispo, 353.
Observador, *El* (periódico), 642, 647, 650, 659.
 Observancia regular, 305, 475-482, 506.
 OBSTRAET, XLV.
 OCAMPO, P. Juan Francisco, S. J., 119.
 OCAÑA, 219.
 OCONOR, D. Bernardo, 425.
 OCOPA (colegio franciscano), XCII, XCIII, 55.
 OCHOA, D. Alejandro José, XCV.
 O'DONNELL, D. José, 600.
 O'DONOJÚ, D. Juan, 672, 673, 679.
 OFALIA, Conde de, 594.
 OHUIDOBRO, D. Francisco, 714.
 OLAGUIBEL, P. Rafael, S. J., 687, 688.
 OLDECORNE, P. Eduardo, S. J., 170.
 OLEZA, H. Santiago, S. J., 664.
 OLÓRIZ, D. Francisco Javier, LVII.
 OLOT, 74.
 OLÓZAGA, D. Salustiano, 643.
 OLLER, D. José M., 690.
 OLLER, P. Pablo, S. J., 664.
 ONTENIENTE, 457.
 — Ayuntamiento, 101.
 ONTOLOGÍA (su estudio), 546, 735.
 OÑATE, 308.
 — Ayuntamiento y clero, 101, 252, 253.
 — Colegio, 222, 252-253, 270, 399, 724.
 — Casa de, 266.
 OPORTO, 160.
 ÓRDENES MILITARES, 389.
 ORDUÑA, 457.
 ORENSE, Obispo, 68.
 ORIHUELA, 283, 271, 457.
 — Ayuntamiento, 101.
 — Cabildo, 101.
 — Colegio, 263.
 — Obispo, 84, 309, 390, 399.
 ORINOCO, LXXXIX, 166.
 ORIZABA, 680, 696.
 ORTEGA, H. Juan Pablo, S. J., 377.
 ORTI Y BRULL, D. Vicente, 34.
 ORTIGÓN, P. Juan Crisóstomo, S. J., 609.
 OSMA, XLIX.
 — Obispo, 393.
 OSMA, Fr. Joaquín (Vid. *Eleta*).
 OSTOLAZA, H. Manuel, S. J., 623.
 OSTIMURI, LXXXVI, LXXXVIII.
 OSUNA, P. Juan, S. J., 112, 120, 123, 292.
 OTAMENDI, P. Juan, S. J., 49.
 OTERO, P. José, S. J., 60, 64, 134.
 OVIEDO, XXXVI, XLVII, 289.
 — Cabildo, 101.
 — Obispo, 101, 390.
 OYARZÁBAL, P. Domingo, S. J., 127.
 OYARZUN, 397, 398, 410.
 PABLO I de Rusia, 9, 40, 43, 44, 47, 53.
 PACCA, Cardenal, 79, 86, 106.
 PACCANARI, Nicolás, 11.
 PALAFOX, D. Juan, Ob. de Puebla y de Osma, 162, 164, 375, 690.
 PALAMÓS, 123.
 PALAOS, CXI.

- PALENCIA, 259.
 — Obispo, 260.
 PALERMO, 324.
 PALLAVICINI, Cardenal Secretario de Estado, 17-20, 31, 32.
 PALMA DE MALLORCA, 67, 307, 310, 314, 399, 404, 412, 451, 470, 479, 496, 504, 543, 578, 582, 590.
 — Ayuntamiento, 83, 114, 228, 229, 591.
 — Cabildo, 83, 591.
 — Colegio, 114, 222, 227-230, 314, 399, 404, 412, 451, 456, 457, 466, 470, 477, 496, 504, 544, 545, 547, 558, 565, 566, 573, 626, 664, 718, 737, 739.
 — Obispo, 101.
 — Seminario Conciliar, 545, 546.
 — Universidad, 451.
 PALMEROLA, Marqués de, 429, 431.
 Pamplona, 58, 127, 134, 223, 224, 484, 657, 713.
 — Cabildo, 84.
 — Obispo, 127.
 PANINE, Conde de, 15.
 PANIZZONI, P. Luis, S. J., 106, 133, 134, 228, 229, 260, 323.
 PARADA, P. Joaquín María, S. J., 108, 207, 249, 292, 315.
 PARADA, P. Manuel, S. J., 32.
 PARAGUAY, LXVIII, LXXIV, XCIV, XCVI, C, CVI, 162, 164, 166, 275.
 — misiones, XCIX, 123, 165, 167, 282.
 — provincia de la Compañía, XCH, XCVI, 275, 281, 346, 349, 463.
 PARDO, D. Felipe, Arz. de Manila, 162, 163.
 PARÍS, 2, 3, 32, 35, 665, 699.
 PARMA, 7, 9, 11, 12, 26, 28, 104, 461, 485.
 — Infante-Duque de, XXVIII, 7, 9, 22, 24, 26, 27, 29, 30, 701, 704.
 — Seminario de Nobles, 485, 701, 702.
 PARRAL (ciudad), LXXI.
 PARRONDO, P. Esteban, S. J., 664.
 PASAJES, 559, 607.
 PASCAL, Blas, 154.
 PASCUAL, P. Miguel, S. J., 406, 464, 544.
 PASCUAL, D. Sebastián, 111.
 PATRIARCA DE LAS INDIAS, 84, 125, 133, 437, 518.
 PATRONATO REAL, CVIII, 688, 692, 693.
 PAULÍN, D. José, 633.
 PAULO III, 79, 142, 176, 348.
 PAULO V, 160.
 PAVANI, P. Vicente, S. J., 462.
 Peculio, 305, 478.
 PEDRO CARLOS ANTONIO, Infante, 595.
 PEIROLÓN, H. Ignacio (oratoriano), 714.
 PELLICER, D. Juan Antonio, LVII, 712.
Pensador Mejicano, El (periódico), 697.
 PEÑA, P. Ildefonso, S. J., 382, 420, 436, 438, 449, 458, 471, 500-505, 527, 695, 699.
 PEÑASCO, Conde del, 683.
 PEÓN, D. Antonio María, 645.
 PEREA, P. Blas, S. J., 359, 687, 688.
 PEREIRA, Antonio, LII, LVII.
 PERELLI, P. Juan, S. J., 117-120, 123, 226, 227, 233, 290-295, 297, 298, 323, 354, 366, 379, 380.
 PÉREZ, D. Antonio Joaquín, Ob. de Puebla, 353, 376, 377.
 PÉREZ, D. Antonio Manuel, Ob. de Oaxaca, 680.
 PÉREZ, P. Rafael, S. J., 275.
 PÉREZ BAYER, D. Francisco, XLVI, 204.
 PÉREZ DE HIRIAS, D. Antonio María, Ob. de Mallorca, 545, 579.
 PÉREZ PASTOR, D. Justo, 84.
 PERIS, P. Vicente, S. J., 236, 239.
 PERÚ, LXXIX, LXXX, XCI, XCIII, 55, 276.
 — Provincia de la Compañía, XCIV.
 PETACAS (pueblo de indios), XCVIII.
 PETRUCCI, P. Mariano, S. J., 323, 327, 346.

- PFOTENHAUER, XCIX.
 PIAMONTE, 392.
 PIETRO, Cardenal, 126.
 PIETROBONI, P. Ignacio, S. J., 291.
 PIGNATELLI, V. P. José, S. J., 10,
 32-34, 41, 43, 44, 104, 461, 520,
 523, 529.
 PIGNATELLI, D.^a Maria Manuela,
 Duquesa de Villahermosa, 33, 34.
 PIGNATELLI, P. Nicolás, S. J., 32.
 PIGNATELLI, D. Ramón, 32.
 PIMERÍA, LXXXVIII, 166.
 PINAR, Conde del, 98, 125, 177, 183-
 187, 197, 416.
 PINILLA, D. Valentín, 400.
 PINILLOS, P. Manuel (agustino),
 161.
 PIÑUELA, D. Sebastián, 712.
 Pío IV, 160.
 Pío VI, XXVIII, XXIX, XLIX, LVI, LIX,
 9, 16, 17, 20, 22, 23, 26, 28-30, 104,
 211.
 Pío VII, XXVII-XXIX, 9, 10, 12, 39,
 43, 44, 47, 48, 51-53, 69, 79, 94, 96,
 105, 106, 111, 115, 134, 212, 226,
 227, 322, 333, 338, 344, 347, 349,
 354, 390, 399, 461, 483, 484.
 PIPAONA, 485.
 PIQUER, D. Gregorio Joaquín, XLVI,
 236.
 PIRALA, D. Antonio, 607, 644.
 PISTOYA (el sinodo), XLIX, LVII, 283.
 Plan de estudios de la Compañía,
 474, 734 (Vid. *Ratio Studiorum*).
 — del Colegio Imperial, 208, 209,
 546.
 — oficial, 182, 419, 543, 546, 549,
 550 552, 556, 558.
 PLASENCIA, 262, 263.
 PLASENCIA (Piacenza), 702.
 PLATA, Río de la, 165.
 PLATEL, Mr. 154 (Vid. Lorena, Fr.
 Norberto).
 PLAZA, P. Ignacio, S. J., 359, 367,
 368.
 Pobreza en los colegios, 312, 313.
 POESÍA (su estudio), 413, 545, 565,
 566, 720, 738.
 POESÍA castellana, 545, 565.
 POLONIA, 9, 16, 18, 21, 23, 347.
 POLOTSK, 15, 322, 323.
 POLLENSA, 84, 578.
 POMAR Y FUSTER, D. Jaime, 574.
 POMBAL (Vid. Carvalho).
 PONCE, D. Francisco Javier, 679,
 682.
 PONCE Y CARRASCO, D. Pedro, Obis-
 po de Quito, XCII.
 PONCE DE LEÓN, D. Antonio, 73.
 PONTEVEDRA, Ayuntamiento, 83.
 PORLIER, D. Antonio, 33.
 PORTILLO, P. Enrique, S. J., 62.
 PORT-ROYAL, XLII, XLVI, LXI, 329.
 PORTUGAL, XXV, LVIII, CXI, 1, 2, 4,
 6, 8, 11, 28, 154, 155, 163, 165, 166,
 184, 392.
 POSADA Y RUBÍN DE CELIS, D. An-
 tonio, Ob. de Cartagena y Mur-
 cia, 390.
 POTENKIN, 21.
 PRADO, D. Francisco, 622, 629.
 PRADO, D. Pedro, 713.
 PRADT, Mons., 694.
 PRATS, P. Buenaventura, S. J., 236,
 237, 406, 427.
 PREMONSTRATENSES, canónigos re-
 gulares, 389.
 PRENDIS, P. Juan, S. J., 346.
 PRIMADO del Papa, XLVI, LIV, LV,
 LXVI, 284.
 PRÍNCIPE DE LA PAZ (Vid. Godoy).
 PROBABILISMO, 152, 284 287.
 PROPAGANDA, congregación de, 14,
 18, 22.
 PRUDENCIO (el poeta), 483.
 PRUSIA, 8, 17, 23.
 PSICOLOGÍA (su estudio), 546, 738.
 PUEBLA DE LOS ÁNGELES, LXXXII,
 LXXXIII, 162, 349, 372, 375 377,
 384 386, 671, 674 676, 679, 680,
 682, 684, 687, 689, 690, 696, 698.
 — colegios, 376, 377.
 PUENTE, P. Luis de la, S. J., 260,
 405.
 PUENTE, Fr. Luis de la (dominico),
 631.

- PUERTO DE SANTA MARÍA, 393, 409, 605.
 — Ayuntamiento y clero, 101.
 PUJALTE, H. Vicente, S. J., 639.
 PUYAL, D. Atanasio, Ob. de Caristo y de Calahorra, 84, 113, 114, 189, 213, 214, 221, 227, 251, 272, 713.
 PUYAL, P. Mariano, S. J., 208, 272, 407-409, 421, 433, 434, 436, 438, 444, 445, 452-454, 457, 458, 462, 464, 465, 470, 473, 476-479, 498, 499, 502-505, 507-512, 514, 515, 520, 523, 524, 526, 527 530, 533, 537, 539, 541, 543, 545, 546, 558, 559, 575, 588, 600, 603, 605, 645.
 QUADRADO, D. José M., 573.
 QUARTÍN CARRERAS, P. Francisco Javier, S. J., 135.
 Quebrantahuesos, *El* (periódico), 697.
 QUERALT, H. Fernando, S. J., 395.
 QUERÉTARO, 354, 383, 670, 680.
 QUEROL, D. Esteban, 713.
 QUESADA, D. Jenaro, 453.
 QUESADA, D. Luis, 453.
 QUESADA, D. Vicente, 453, 656.
 QUESNEL, XLIX.
 QUEVEDO, D. Pedro, Ob. de Orense, 78.
 QUÍMICA (su estudio), 548, 563.
 QUINTANA, D. José, XLV.
 QUIÑONES, General de Santo Domingo, 186.
 QUITO, LXXXI, LXXXII, XCI-XCIII, 55, 274, 276, 279, 337, 384.
 — Colegio Máximo, o de San Gregorio, LXXV, LXXVI, LXXX.
 — Colegio de San Luis, LXXV.
 — Provincia de la Compañía, LXXVI, 346, 349.
 RAMÍREZ, P. (del Oratorio del Salvador), L.
 RAMÍREZ, D. Pedro, 713.
 RAMÍREZ, D. Pedro Manuel, Ob. de Ciudad Rodrigo, 437.
 RAMÍREZ DE ARELLANO, D. José, 422.
 RAMOS, P. Lázaro, S. J., 109, 302, 417.
 RAMOS, Manuel, 414.
 RANCIO, El (Vid. Alvarado).
Ratio Studiorum, S. J., 149, 209, 348, 419, 442, 443, 446, 462, 527, 544, 547-552, 555, 556, 559-564, 570.
 RAVANNA, H. Francisco, S. J., 368, 386, 687.
 RAVIGNÁN, P. Francisco Javier, XXVIII, LXXV, 13, 15.
 RECAVAREN, P. Martín, S. J., 227.
 RECOLETOS (convento de Madrid), 609.
 RECUENCO, 457.
 REGALISMO, LIX, 2.
 REGENCIA de 1823, 293, 397-400, 409, 410, 455, 732.
 — de Méjico en 1821, 676, 678, 681.
 Regidico, 154.
 Regulares suprimidos, 666.
 REINOSO, D. José, XLIV.
 RELIGIÓN (su estudio), 419.
 RENAULT, P. Francisco, S. J., 665.
 Renovación de votos, 477.
 Rentas de los colegios, 311.
 REPÚBLICA francesa, 36.
 — Cisalpina, 38.
 REQUENA, D. Francisco, XCII.
 RETAMOSA, D. Julián, 189, 712.
 RETÓRICA (su estudio), XXXII, LXX, 209, 225, 230, 231, 233, 236, 244, 246, 249, 250, 324, 404, 406, 407, 413, 419, 425, 470, 472, 545, 548, 565, 566, 569, 715, 717, 720, 721, 725, 728, 738.
 REUS, 666.
 REVILLAGIGEDO, Conde de, LXXXVI, LXXXIX.
Revista Española, *La* (periódico), 642, 643, 659.
 REVOLUCIÓN FRANCESA, 668.
 RIBA Y GARCÍA, D. Carlos, XXXVI, XLVI, XLIX.
 RIBERA, D. Lázaro, CIV, CVI, CVII.

- RICCI, P. Lorenzo, S. J., xxxiii, 185, 186.
 RICHELIEU, Cardenal, 171.
 RICHER, Edmundo, LV.
 RIEGO, D. Rafael, 328, 645, 672.
 RIERA, P. Juan, S. J., 503.
 RIERA, P. Manuel, S. J., 406, 450.
 RIESGO, D. Juan Miguel, 384.
 RIGUEROS, P. Vicente, S. J., 638.
 RÍO DE LA PLATA, LXXXII, 274.
 RIOBAMBA, LXXV, 276.
 RÍOS, D. Angel de los, 643.
 RÍOS, P. Francisco de los, S. J., 394, 461, 487-489.
 RIPALDA, P. Jerónimo, S. J., 379.
 Riquezas de los jesuitas, 167.
 RISCO, Fr. Manuel, XLVI.
 RÍUS, P. Jerónimo, S. J., 464, 474, 544, 664.
 RIVAS, D. Francisco, 434.
 RIVAS, P. José Guadalupe, 686, 687.
 ROBLES, D. Nicolás, 242.
 ROCA, P. Pedro, S. J., 471, 473.
 ROCHER, P. David, S. J., 405.
 RODA, D. Manuel, xxxvii, XLII, LIII, 5, 6, 13, 28, 31, 32, 204-206, 308, 309.
 RODIL, D. José Ramón, 656, 657.
 RODRÍGUEZ, P. Alonso, S. J., 405.
 RODRÍGUEZ, P. Luis, S. J., 464, 506, 534, 565.
 RODRÍGUEZ, P. Manuel, S. J., 394, 488.
 RODRÍGUEZ, P. Simón, S. J., 306, 529.
 RODRÍGUEZ BUSTO, D. José, XLVII.
 RODRÍGUEZ DE ABARCA, D. Francisco Javier, 257, 259.
 RODRÍGUEZ DE ARELLANO, D. José Javier, Arz. de Burgos, LII, LIV, 89, 163, 222, 284.
 RODRÍGUEZ DE CARASA, P. Eduardo, 467, 474, 600, 617, 618, 623-625.
 ROMAÑA, 131.
 ROMERO, D. Francisco, 648.
 ROMERO ALPUENTE, D. Juan, 341.
 ROMERO Y PALOMEQUE, D. Francisco de Paula, 648.
 ROOTHAAN, P. Juan, S. J., 455, 462, 468, 474, 478, 482, 498, 502, 508, 509, 514, 519, 520, 521, 524, 527, 529-531, 533, 539, 540, 542, 561, 563, 685, 698.
 ROS DE MEDRANO, D. Manuel, Obispo de Tortosa, 247.
 ROSARIO, El (ciudad), LXXI.
 ROSELL, D. Cayetano, 392.
 ROTTEN, la tartana de, 392.
 ROUSSEAU, LI, LVIII.
 ROVARELLA, Cardenal, 711.
 ROVIGO, 324.
 ROYO, P. Elías, S. J., 60, 64, 134.
 RUBIN DE CEBALLOS, D. Agustín, Ob. de Jaén, Inquisidor general, XLVIII.
 RUBIO, P. Cesáreo, S. J., 456.
 RUBIO Y BORRÁS, D. Manuel, xxxvi.
 RUEDA (villa), LXV.
 RUEDAS, H. Juan, S. J., 617, 623.
 RUIZ, P. Francisco de Regis, S. J., 281.
 RUIZ, P. José, S. J., 239, 398.
 RUIZ, H. Ramón, S. J., 395.
 RUIZ APODACA, D. Juan, 363, 371-373, 376, 675.
 RUIZ DE CABAÑAS, D. Juan, Ob. de Guadalajara (Méjico), 687.
 RUSIA, 8-12, 14, 17, 19, 21-24, 26, 40, 43, 45-47, 52, 53, 79, 103-106, 109, 117, 119, 174, 195, 196, 198, 265, 281, 282, 290, 296, 320, 322, 324-326, 352, 367, 380, 462, 487.
 — Blanca, 9, 19.
 SACCHINI, P. Francisco, S. J., 295.
 SACRAMENTO, colonia del, 165.
 Sacramentos, frecuencia de, LXI, LXXVI.
 SÁENZ, D.^a Josefa, 619.
 SÁENZ DE BURUAGA, D. Juan, Arzobispo de Zaragoza, LII, 222.
 SÁEZ, D. Víctor, 594.
 SALAMANCA, XLIV, XLV, XLIX, LVII, LXII, 48, 285, 289, 457, 471.
 SALAS, D. Ramón, XLIV.

- SALAZAR, D. Manuel, 316.
 SALESAS, 394, 487.
 SALINAS, Fr. Antonio José, Ob. de Tortosa, LXV.
 SALMERÓN, P. Alfonso, S. J., 157.
 SAMANIEGO, D. Felipe, 204.
 SAMAR, Marcos, LXXX.
 SAN AGUSTÍN, XLIX, 285.
 — Canónigos de, 389.
 SAN ALONSO Rodríguez, 227, 404, 468, 544, 576, 590, 626.
 SAN AMBROSIO (colegio en Génova), 323.
 SAN ANGELO (castillo), 185.
 SAN BARTOLOMÉ (colegio de Cádiz), 256.
 SAN BENITO (canónigos regulares de), 389.
 SAN CARLOS BORROMEIO, 171.
 SAN CARLOS, Duque de, 71, 72, 109, 110, 112, 130.
 SAN CLEMENTE (villa, Cuenca), 401.
 SAN COSME (pueblo de Guaraníes), CIII.
 SAN CRISTÓBAL DE NEMIÑA, 82.
 SAN DÁMASO, Papa, 691.
 SAN ESTANISLAO DE KOSTKA, 494, 497.
 SAN ESTEBAN (colegio de Murcia), 225, 226.
 SAN FELIPE (Játiva), Ayuntamiento, 101.
 SAN FELIPE NERI, 518.
 — Oratorio de, 134, 135, 171, 359, 496.
 SAN FERNANDO (ciudad), 593.
 SAN FERNANDO, Rey de España, 89, 90, 119, 242.
 — Academia de, 383.
 SAN FRANCISCO, Comisario de, 260.
 — Convento en Barcelona, 430.
 — del Monte, en Granada, 55.
 — el Grande, en Madrid, 123, 127, 609, 632, 635, 648, 651, 653.
 SAN FRANCISCO DE BORJA, 120, 487, 518, 590.
 SAN FRANCISCO JAVIER, 307, 469, 529, 575, 576.
 SAN FRANCISCO JAVIER, Colegio en Puebla, LXXXIII, 377, 378.
 SAN IGNACIO DE LOYOLA, 79, 88, 106-108, 119, 197, 221, 228, 239, 246, 248, 359, 468, 480, 506, 510, 517, 519, 523, 529, 530, 540, 541, 549, 576.
 SAN IGNACIO GUAZÚ (pueblo de Guaraníes), CII, CIII, CV.
 SAN IGNACIO MINÍ (pueblo de Guaraníes), CIII, CVII.
 SAN ILDEFONSO (Real sitio. Véase Granja).
 SAN ISIDORO, 125, 483.
 — Colegio en Murcia, 225.
 SAN ISIDRO LABRADOR, 210, 211, 213, 214.
 SAN JERÓNIMO (monasterio), 609.
 SAN JUAN BERCHMANS, S. J., 468, 494.
 SAN JUAN DE DIOS (religiosos), 389, 587.
 SAN JUCUNDO, 626.
 SAN LÁZARO (hospital), 360.
 SAN LUIS GONZAGA, 67, 490, 492, 494, 576.
 SAN LUIS DE POTOSÍ, 354.
 SAN MARTÍN (Vid. Martínez de).
 SAN MARTÍN (colegio en Palma), 229.
 SAN MARTÍN (pueblo de indios), XCV.
 SAN MARTÍN DE TOURIÑÁN, 82.
 SAN NICOLÁS (pueblo de indios), XCV.
 SAN PABLO Apóstol, 116.
 SAN PEDRO Apóstol, LV, 116.
 SAN PEDRO, D. Pablo Nicolás de, 713.
 SAN PETERSBURGO, 14-16, 18, 20, 21, 43, 279, 280, 306, 322.
 SAN PÍO V, LV, 125.
 SAN SEBASTIÁN (ciudad), 224, 312, 495, 607.
 SAN SIMÓN (pueblo de indios), XCV.
 SÁNCHEZ, Fr. Francisco (carmelita), 714.
 SÁNCHEZ, P. Gaspar, S. J., 346.

- SÁNCHEZ, H. Gregorio, S. J., 251, 304.
- SÁNCHEZ MURGA, P. Francisco de Borja, S. J., 135.
- SÁNCHEZ RANGEL, Fr. Hypólito Antonio, Ob. de Mainas, xcii.
- SANCHO, H. José, S. J., 620, 623.
- SANCHO, P. Pedro, S. J., 230, 314, 315, 399, 451, 462, 464, 566, 591.
- SANCHO, P. Sebastián, S. J., 251, 433, 438, 444, 456, 458-460, 462, 464, 555, 606, 608.
- SANTA ALIANZA, 594.
- SANTA ANA (pueblo de Guaraníes), ciii.
- SANTA ANA (pueblo de Chiquitos), xcv.
- SANTA BRÍGIDA (religiosas), 490.
- SANTA CRUZ DE LA SIERRA, lxxiii, xciv, xcv.
- SANTA FE (Paraguay), o, 166.
- SANTA FE DE BOGOTÁ, lxxx, xci, 55, 278 (Vid. Bogotá).
- Provincia de la Compañía, 349.
- SANTA LEOCADIA DE FRIGUE, 82.
- SANTA MARÍA *ad Pineam*, 310, 382.
- SANTA MARÍA DE FE (pueblo de Guaraníes), cii, ciii, cv.
- SANTA MARÍA DE LA CABEZA, 211, 214.
- SANTA MARÍA DEL PINO (Barcelona), 426.
- SANTA MARÍA DE MORQUINTIÁN, 82.
- SANTA ROSA (pueblo de Guaraníes), cii, ciii.
- SANTA ROSA (pueblo del Chaco), xcvi.
- SANTA TEODORA, Príncipe de, 53.
- SANTA TERESA DE JESÚS, 171.
- SANTANDER, 457.
- Ayuntamiento, 400.
- Obispo, 101.
- SANTIAGO (pueblo de Guaraníes), ciii, cv.
- SANTIAGO DE GALICIA, 62, 63, 82, 263, 289, 485.
- Ayuntamiento, 74, 75, 85.
- Arzobispo, 84, 133.
- SANTIAGO DE CHILE, 487.
- SANTIAGO, D. José, 648.
- SANTO TOMÁS (convento de Madrid), 631, 632, 642, 647, 653.
- SANTO TOMÁS DE AQUINO, xliii, 157, 285, 474, 558, 563.
- SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, 171.
- SARTORIO, D. José Manuel, 676, 679.
- SAURI, P. Francisco, S. J., 408, 420, 577, 618.
- SAURI, H. Francisco, S. J., 617, 621, 623, 641.
- SAYANS, 82.
- SCIOPIO, Gaspar, 149.
- SEBASTIÁN, Infante, 408, 602.
- SEDULLO, 483.
- SEGORBE, 101, 457, 713.
- SEGOVIA, 400, 408, 577, 590, 714.
- Ayuntamiento, 101.
- SEGUÍ, P. Cayetano, S. J., 418, 437, 438, 462, 464, 472, 476, 479, 493, 495, 498-517, 520, 522-525, 528-530, 533-537, 539, 540, 542, 543, 564, 576.
- SELEUCIA, Arzobispo de (Vid. *Múzquiz*).
- SELIMBRIA, Arzobispo de (Véase *Abad y la Sierra*, D. Manuel).
- SELVAGIO, xlv.
- SENTIS, Fr. Jaime (dominico), liii.
- SERRANO SÁNCHEZ, D. José, 255.
- SERRATO, P. Juan José, S. J., 357, 366, 367, 373, 380.
- SEVERO, D. Francisco, 676.
- SEVILLA, xlv, xlvii, 74, 77, 78, 185, 239, 249, 263, 289, 301, 336, 337, 342, 390, 400, 408, 405, 406, 423, 424, 452, 460, 479, 585, 589, 600, 665.
- Ayuntamiento, 73, 113, 239-241.
- Cabildo, 74, 83, 133, 239.
- Casa profesa, 240, 243, 453.
- Colegio de San Hermenegildo, 240, 241, 243, 412, 453, 454.
- Colegio Noviciado, 222, 239 243, 272, 393, 398, 412, 455-457, 470, 480, 506, 544, 545, 547, 565, 567, 569, 587, 724, 727, 737, 738.

- SEVILLA, Universidad, 453.
- SICILIA, 6, 10, 11, 15, 103, 105, 119, 131, 132, 291, 294, 306, 324-326, 352, 421, 487.
- SICHAR, D. Pablo, Ob. de Barcelona, LXV, 66, 390, 427-434.
- SIERRA PAMBLEY, D. Felipe, 341.
- SIESTRZENCEWICZ, D. Estanislao, Ob. de Mohylow o Mallense, 14, 15, 17-22.
- SIGÜENZA, Ayuntamiento, 101.
- Cabildo, 101.
- Obispo, 101.
- SILVA, P. José Fernando, S. J., 108, 120, 123, 135, 136, 190, 257, 258, 267, 269, 291, 300, 305, 306, 310, 316, 317, 318, 326, 329, 343, 366, 384, 395, 402, 406, 424.
- SILVA, P. Juan Tomás, S. J., 33.
- SIXTO V, Papa, 171.
- SOBIESKI, 175.
- Sociedades secretas, 607.
- Sol, El* (periódico), 679.
- SOLDEVILA, P. Sebastián, S. J., 273, 292, 294, 295.
- SOLER, P. Vicente, S. J., 239.
- SOLSONA, Obispo, 101.
- SOMAGLIA, Cardenal, 483.
- SONORA, LXXI, 166, 384, 688.
- SONORA, Marqués de, LXXXVIII (Vid. Gálvez, D. José).
- SORARRÁIN, P. Juan B., S. J., 127.
- SORIA, 457.
- Ayuntamiento, 101, 133.
- STRAUCH, Fr. Ramón, Ob. de Vich, 392.
- SUÁREZ, P. Francisco, S. J., XLIV, 157, 158, 170.
- SUÁREZ, H. Joaquín, S. J., 516.
- SUIZA, 11.
- Suma de Santo Tomás (su estudio), 474-558.
- TAMBURINI, XLV, LVII.
- TANUCCI, Marqués de, 6, 13, 28, 184.
- TARADELL, 489.
- TARAUMARA, LXXXIX, 166.
- TARAZONA, Obispo, 399.
- TARRAGONA, xxxviii, 395, 451, 457, 596.
- Ayuntamiento, 83.
- Arzobispo, 84, 133, 390.
- TARRÉ, P. Manuel, S. J., 586.
- TAVIRA, D. Antonio, Ob. de Canarias y Salamanca, XLVIII, LVI.
- TEJADA Y RAMIRO, D. Juan, LXXXVI.
- TEJAS (Méjico), LXXXVI.
- TÉLLEZ, P. José, S. J., 537, 615.
- TENERIFE, 189.
- Tentativa teológica*, de Pereira, LII.
- TEOLOGÍA, xxxiii, XLI, XLII, XLV, XLVIII, XLIX, LXV, LXX, LXXI, LXXV, 231, 233, 236-238, 252, 281, 286, 287, 289, 305, 324, 350, 377, 425, 438-440, 443, 445, 447, 470, 471, 473, 474, 489, 490, 527, 545, 546, 557-559, 563, 605, 719, 727, 734, 735, 737.
- natural, 546, 738.
- Tercera probación, 470, 474-475.
- TERUEL, 48.
- Obispo, 84, 102, 261.
- THEINER, P. Augusto, 13, 21.
- TIRADO, D. Mariano, 607.
- TÍVOLI, 208.
- TLASCALA, 680.
- TOLEDO, LXXXVI, 133, 446, 457, 480, 713.
- Ayuntamiento, 83.
- Arzobispo (Vid. *Inguanzo, Lorenzana*).
- Provincia de la Compañía, 324.
- TOLOSA, 224.
- TOLRÁ, P. Juan José, S. J., 60, 64, 115, 116, 134, 462.
- TOLUCA, 685.
- TORENO, Conde de, LI, 342, 608, 659, 662.
- TORIBIOS (niños), 240.
- TORMO, D. José, Ob. de Orihuela, LII, 222.
- TORRE, D. Manuel de la, Ob. de Buenos Aires, LXXIV, LXXXIV.
- TORREGIANI, Cardenal, 184, 185.

- TORREJÓN DE ARDOZ, 519, 580, 606, 640, 657.
- TORRENTE (villa), 232, 234.
- TORRES, P. D. Antonio (del Oratorio del Salvador), 714.
- TORRES, D. Jerónimo María, Ob. de Lérida, LXV, 114.
- TORRES, Fr. Salvador (dominico), LIII.
- TORRES AMAT, D. Félix, 52, 62, 237.
- TORROELLA, P. Pablo, S. J., 53, 464, 472, 506, 515, 517, 520, 537, 580.
- TORT, H. Ramón, S. J., 397, 406.
- TORTOSA, 246.
- Ayuntamiento, 101, 247.
- Colegio, 246, 247, 271, 304, 310, 312, 323, 326, 399, 430, 596, 713, 717.
- Obispo, 102, 247, 314, 718.
- TOULOUSE, 303, 399.
- TOVAS (indios del Chaco), xcvii.
- TRADICIONALISMO filosófico, 566.
- TRAPIELLA, P. Felicitas, S. J., 516.
- TRAPIELLA, P. Sabas, S. J., 622, 623, 631.
- TRASLOSEROS, P. Luis, S. J., 375, 686, 689.
- TRIANA (Sevilla), 587.
- TRIGONOMETRÍA (su estudio), 563, 567.
- TRIGUEROS, 242, 336.
- Ayuntamiento y Clero, 101, 248, 722.
- Colegio, 247-250, 312, 315, 399, 722.
- TRIGUEROS, H. Gregorio, S. J., 590.
- TRINIDAD (pueblo de Guaraníes), CIII, CVI.
- TRINIDAD, D. Andrés, 262, 263.
- TRINITARIOS DESCALZOS, 634, 640.
- TRONCO, P. Juan, S. J., 245.
- TRUJILLO (Perú), 276.
- TUCUMÁN, LXXXII, xciv.
- TUDELA, 457.
- TULANCINGO, 680.
- ÚBEDA, Ayuntamiento, 101.
- Ultramar español, xxv, xxx, cxii, 6, 59, 69, 94, 176, 181, 337, 349.
- ULLOA, D. Antonio, LXIX, LXXIX.
- ULLOA, D.^a Magdalena, 260.
- ULTRAMONTANISMO, 157.
- UNANUE, P. Celedonio, S. J., 618.
- URDAX (Navarra), 223.
- URGEL, 391, 392, 457.
- Obispo, LXV, 102.
- URIARTE, P. José Eugenio, S. J., 309.
- URIGOITIA, P. Juan, S. J., 246, 392.
- ÚRIZ, D. Joaquín, Ob. de Pamplona, 127, 224, 401, 484.
- URQUIJO, D. Mariano Luis, XLVI, LVI, LIX, 40-42, 45, 46, 49, 711.
- URRETA, H. Juan, S. J., 619, 623.
- URUGUAY, 275.
- UTRECHT (cisma de), LII.
- UTRERA, 412, 423-425.
- VALBUENA (pueblo de indios), xcvii.
- VALDEFLORES, Marqués de, 162.
- VALDEMORO, 523, 580, 582, 640.
- VALDÉS, D. Francisco, 592.
- VALDÉS, D. Jerónimo, 656.
- VALDIVIESO, D. Bernardo, 276.
- VALDIVIESO, D. Miguel, 276.
- VALDIVIESO, P. Marcelo, S. J., 346.
- VALENÇAY, xxvii, 69, 328.
- VALENCIA, xxxvi, xlv, xlix, lxii, 48, 51, 67, 68, 230-232, 234, 236, 239, 308, 310, 323, 336, 337, 394, 395, 398, 406, 451, 471, 472, 487, 488, 496, 498, 499, 501, 578, 579, 582, 595, 610, 654, 664, 667, 714.
- Arzobispo (Vid. *Arias Teixeira y López*, D. Simón).
- Ayuntamiento, 83, 133, 232-235, 237, 567.
- Casa profesa, 230-234, 449.
- Colegio, 222, 230-239, 314, 412, 449, 457, 470, 471, 487, 493, 507, 533, 547, 588, 654, 719, 737, 729.
- Seminario de Nobles, xxxvi, 123, 230-236, 289, 412, 432, 449-451, 470, 472, 475, 486, 498, 507, 533,

- 544-548, 567, 572, 581, 588, 654,
655, 720, 737, 738.
- VALENCIA, Universidad, XLV, XLVI,
236-238, 967.
- VALES ASENJO, D. Francisco Javier,
713.
- VALIENTE, P. Ildefonso, S. J., 576,
577.
- VALIGNANO, P. Alejandro, S. J.,
469.
- VALMAR, Marqués de, XXXIII.
- VALLADARES, D. Gabino, Ob. de
Barcelona, 426.
- VALLADOLID, XLVII, LXV, 48, 75,
259, 289, 312.
- VALLADOLID (Nueva España) 354,
670, 680.
- VALPARAÍSO, LXXIII.
- VAN ESPEN, XLVI.
- VARGAS Y LAGUNA, D. Antonio, 53,
54, 71, 72, 78, 79, 109-112, 117,
119, 123, 125-128, 130, 131, 280,
281.
- VARÍN, P. José, S. J., 11.
- VÁZQUEZ, D. Francisco Pablo, Obis-
po de Puebla, 685, 695, 696.
- VÁZQUEZ TÉLLEZ, D. Fernando, 267.
- VEGA, D. Hermenegildo, 249.
- VEGA, P. Juan Manuel, S. J., 586,
589.
- VELASCO, D. Francisco Antonio,
354.
- VELASCO, P. Juan, S. J., LXXVI,
LXXVIII, LXXX, LXXXI.
- VELÁZQUEZ, D. Bartolomé, 648.
- VELÁZQUEZ, D. Manuel, 673.
- VÉLEZ, Fr. Rafael (capuchino), 64,
390.
- VÉLEZ SUÁREZ, D. José, 276.
- VENECIA, 40, 137, 706.
- VENECIANO, El (territorio), 324.
- VENEGAS, D. Francisco Javier, 352,
356.
- VENEZUELA, LXXXIX.
- VERA, P. Antonio, S. J., 108, 135.
- VERA, D. Carlos, 646.
- VERA Y DELGADO, D. Juan Acisclo,
Ob. de Cádiz, 102, 253.
- VERACRUZ, 376, 679, 682, 683, 690.
- VERGARA, 398, 548.
- VERONA, 392.
- VERSALLES, 7.
- VÉRTIZ, D. Juan, C.
- VICH, 489.
- VIDAL, P. José, S. J., 450.
- VIDAL, H. Manuel, S. J., 639.
- VIDAURRE, P. Felipe, S. J., 275.
- VIENA, 10, 79, 84, 554, 712.
- VIGO, Conde de, 75.
- VILA, Fr. Bruno (cartujo), 494.
- VILCHES, D. Gonzalo José, 100.
- VILLADA, P. Pablo, S. J., 9.
- VILLADARIAS, Marqués de, 421.
- VILLAFANE, D. Manuel, XL, 204.
- VILLAFRANCA, Marqués de, 713.
- VILLAFRANCA DEL BIERZO, 457, 713.
- Ayuntamiento, 101.
- VILLAGARCÍA DE CAMPOS, 134, 273,
403, 466.
- Ayuntamiento y clero, 101, 260.
- Colegio, 223, 259 262, 320, 399,
728.
- VILLAHERMOSA, Duque de, 33, 115,
125, 421, 574.
- Duquesa de, 139, 712.
- VILLANUEVA, P. Francisco, S. J.,
468, 509.
- VILLANUEVA, D. Joaquín Lorenzo,
L, LVI, 65, 134, 390, 396, 694.
- VILLANUEVA DE LOS INFANTES, 226.
- VILLAREJO DE FUENTES, 268.
- VILLAVICENCIO, P. Antonio, S. J.,
241.
- VILLAVIEJA, P. Felix, S. J., 506.
- VILLEL, Conde de, 457.
- VILLEL, Marqués de, 426.
- VINUESA, D. Matías, 391.
- VIRGALA MAYOR (Álava), 490.
- VITORIA, 457, 490, 657.
- VIZCAYA, 83, 102.
- VOLTAIRE, LI, LVIII, 149, 174.
- YÁÑEZ, D. José Isidro, 673.
- YACUI (misión del río), LXXXVIII.
- YEREQUI, D. José, 204.
- YUCATÁN, 680.

YUCATÁN, Obispo, 680.

ZACATECAS, 383.

ZAFRA, D. Juan de Dios, 625, 630.

ZALENSKI, P. Estanislao, S. J., 44,
52, 323.

ZAMBRANO, P. José, S. J., 262.

ZAMBRANO, Marqués de, 418, 420.

ZAMORA, XXXVIII, 400.

ZAMORA, D. Felipe, 629, 657.

ZARAGOZA, XLVII, 32, 250, 289, 313,
457, 596, 658.

ZARANDONA, P. Antonio, S. J., 52,
59, 665.

ZAULI, P. Vicente, S. J., 347.

ZAVALETA, P. Angel, S. J., 657.

ZEA BERMÚDEZ, D. Francisco, 280,
281, 594, 601, 603.

ZENDÓQUIZ, D. Mateo, 139, 196, 197.

ZERDA, D. Pedro Messía de la, xci-
ZINOVIEF, 18.

ZORRILLA, D. José, 574, 739.

ZUBIRÍA, D. Agustín, xovii.

ZUMALACÁRREGUI, D. Tomás, 656.

ZÚNIGA, P. Manuel, S. J., 27, 61, 89,
101, 103, 109, 119, 120, 122, 125,
127, 194-199, 207, 220, 225, 227,
229, 236, 241, 242, 245, 247, 252,
255, 257, 260, 262, 263, 266, 268,
269, 273, 279-281, 283, 288, 290-
299, 301, 303-307, 311, 312, 314,
316, 318, 320-327, 349, 358, 366,
370, 379-381, 402, 416, 464, 484,
487, 532, 547.

ZURITA, Fr. Jerónimo (francisca-
no), xcii.

ZUOLA, xlv.

Zurribanda política, 690.

ÍNDICE GENERAL

	Página.
NOTICIA DE LAS FUENTES HISTÓRICAS.....	VII
<i>Manuscritos en poder de la Compañía</i>	VII
<i>Diversos Archivos y Bibliotecas</i>	XII
<i>Impresos</i>	XV
ADVERTENCIA.....	XXV
INTRODUCCIÓN.....	XXVII

LIBRO PRIMERO

Revocación de la pragmática de extrañamiento y vuelta
de los antiguos jesuitas a España.

CAPÍTULO PRIMERO.—*La Corte de España hasta Fernando VII irreconciliable con la Compañía.*

1. Supresión de la Compañía en varios estados y en toda la Iglesia...	1
2. Su conservación en Rusia y su restablecimiento, parcial primero y luego universal.....	8
3. La Corte de España la más tenaz y activa en procurar la supresión y en estorbar el restablecimiento.....	12
4. Su empeño por la ejecución del Breve de abolición en Rusia.....	14
5. Su oposición al restablecimiento en Polonia.....	22
6. Tolerancia del de Parma y negativa rotunda en lo tocante a España.....	23
7. Permiso a los desterrados para volver como particulares.....	30
8. Oposición al restablecimiento en cualquier otro estado desatendida por Pío VII en favor de Rusia.....	39
9. Segunda expulsión de los que habían vuelto a España.....	48
10. Condescendencia para el restablecimiento en Nápoles.....	52
11. Persecución de quien trató de él para España y de los que quedaron en la Península.....	55
12. La Junta Central y las Cortes de Cádiz.....	58
13. Apologías en la prensa.....	61

CAPÍTULO II.—*Restablecimiento de la Compañía, parcial en España y universal en Indias.*

1. Primeras representaciones hechas al Rey pidiendo la Compañía...	69
2. Correspondencia entre el Rey y el Papa.....	77
3. Más peticiones después de la Bula <i>Sollicitudo</i>	82
4. Se pasan al Consejo de Castilla para que dé su parecer.....	86
5. Sin esperarle se publica el decreto de restablecimiento en los pueblos que lo han pedido.....	90
6. Otro decreto para todas las posesiones españolas de ultramar.....	94
7. Erección de una Junta que entienda en todos los asuntos del restablecimiento.....	97
8. Peticiones de jesuitas posteriores al decreto de 29 de Mayo.	101

CAPÍTULO III.—*Los Padres.*

1. Antiguos jesuitas sobrevivientes al tiempo del restablecimiento....	103
2. Sus esperanzas del universal de la Compañía; primeras agregaciones y normas seguidas en ellas.....	103
3. Esperanzas de restablecimiento en España y noticia de su negociación y decreto.	109
4. Preparativos hechos en Roma y venida del P. Manuel de Zúñiga, con el cargo de Comisario general.....	117
5. El P. Arévalo.....	125
6. Otros de Italia y Sicilia.....	127
7. Donativos para costearles el viaje.....	132
8. Residentes en España y resumen general.....	133

CAPÍTULO IV.—*La Compañía legalmente reconocida en todos los dominios españoles.*

1. Informe de los fiscales segundo y tercero presentados al Consejo en el asunto de la Compañía.....	138
2. Dictamen del fiscal primero impugnando la expulsión por ilegal, por lo infundado de las acusaciones hechas contra el Instituto de la Compañía, contra sus doctrinas y contra su conducta política..	145
3. Recopilación de su defensa.....	168
4. Condiciones que propone para el restablecimiento de la Compañía.	172
5. Consulta del Consejo y su manera de pensar consignada en la parte expositiva de ella.	176
6. Requisitos que juzga indispensables para el restablecimiento de la Compañía.	181
7. Voto particular del Conde del Pinar.....	183
8. Resolución de S. M.....	187

LIBRO SEGUNDO

Restablecimiento de colegios: Su vida y nueva supresión en España y América.

CAPÍTULO PRIMERO.—*La Junta: Casas restablecidas en la Corte.*

1. Instalación de la Junta.....	193
2. La patente de Comisario del P. Zúñiga.....	194
3. Los bienes de la antigua Compañía a disposición de la Junta. . .	199
4. Método seguido en el restablecimiento de los colegios.	202
5. El Imperial de Madrid desde 1767 hasta 1816.....	203
6. Su devolución a la Compañía.....	206
7. Destino de la Iglesia durante el destierro.....	209
8. Su entrega a la Compañía conservándolo de hecho.....	212
9. El Noviciado.....	219

CAPÍTULO II.—*Otros colegios restablecidos.*

1. El de Loyola.....	222
2. El de Murcia.....	225
3. El de Montesión en Mallorca.....	227
4. Las dos casas de Valencia.....	230
5. El colegio noviciado de San Luis de Sevilla.....	239
6. Colegio y Santa Cueva de Manresa.....	243
7. El de Tortosa.....	246
8. El de Trigueros en Andalucía.....	247
9. El de Graus en Aragón.....	250
10. El de Oñate en Guipúzcoa.....	252
11. El de Cádiz.....	253
12. El de Villagarcía en tierra de Campos.....	259
13. El de Badajoz.....	262

CAPÍTULO III.—*Nueva Junta y su actuación.*

1. Renovación de la Junta.....	265
2. Su gestión económica.....	269
3. Nuevos noviciados.....	271
4. Memoriales de América pidiendo jesuitas y formación de Juntas allá dependientes de la de Madrid.....	274
5. Proyecto de enviar extranjeros.....	279
6. Otro de nacionales con el ejército expedicionario.....	282
7. Juramento en las Universidades contra la doctrina de la Compañía	283
8. Negociaciones de la Junta para abolirlo.....	288
9. El título y cargo de Comisario mal visto en Roma y en Rusia y tenido por necesario en España.....	290

CAPÍTULO IV.—*Vida interna, vida externa y estado económico de la Compañía en este período.*

1. Formación religiosa de los nuevos jesuitas.....	299
2. Formación literaria.....	304
3. La observancia en general.....	305
4. Ministerios espirituales.....	306
5. El culto del Sagrado Corazón de Jesús.....	308
6. La educación de la juventud.....	310
7. Apuros económicos en los colegios.....	311
8. En el Imperial.....	315
9. Cortedad del fondo general de temporalidades.....	318

CAPÍTULO V.—*Nueva supresión de la Compañía en España y otros sucesos importantes.*

1. Muerte del P. General y expulsión de Rusia.....	322
2. Muerte del P. Zúñiga.....	323
3. Sus sucesores interinos.....	326
4. La revolución.....	327
5. Primeros ataques contra la Compañía.....	329
6. Dictamen y proyecto de decreto presentados en las Cortes.....	332
7. Su discusión y aprobación.....	337
8. Cartas cruzadas entre el Rey y el Papa.....	344
9. La congregación general.....	345

CAPÍTULO VI.—*La Compañía restablecida en Nueva España.*

1. La antigua provincia y sus miembros sobrevivientes en 1815.....	349
2. Peticiones de su restablecimiento antes y después del universal hecho por Pío VII y del de España por Fernando VII.....	351
3. Su realización solemne el 19 de Mayo de 1816.....	354
4. Principios del noviciado y entrega de colegios.....	360
5. Muerte de los PP. Barroso y Castañiza; el P. Cantón Provincial; el noviciado en San Pedro y San Pablo; llegada de otros Padres; profesiones.....	364
6. Intervención poco ventajosa de la Junta de restablecimiento de Madrid y de otra formada allí.....	368
7. Restablecimiento en Durango y en Puebla.....	372
8. Dependencia del Comisario general de España e Indias.....	379
9. Ministerios espirituales.....	381
10. Supresión.....	388

LIBRO TERCERO

La Compañía restablecida de nuevo en 1823 y suprimida en 1835.

CAPÍTULO PRIMERO.—*La Restauración en 1823.*

1. Idea de los sucesos políticos del 20 al 23.....	389
2. La Compañía dispersa durante ese tiempo.....	394
3. Su restablecimiento y recuperación de sus domicilios.....	397
4. Nuevas peticiones de jesuitas rechazadas.....	399
5. Propósitos del Provincial y recomendaciones del General.....	402
6. Reapertura de algunos colegios y nuevos cargos especiales de enseñanza.....	405
7. Relaciones con el Rey y con el Gobierno.....	408

CAPÍTULO II.—*Nuevas casas y nuevas instituciones.*

1. El Seminario de Nobles.....	412
2. El Colegio de Utrera.....	422
3. Diligencias para el restablecimiento en Barcelona.....	425
4. La Santa Cueva de Manresa.....	434
5. El Seminario de los Reales Estudios.....	435
6. Proyecto de Estudios Generales incorporados a la Universidad de Alcalá.....	437
7. La Capilla de San Isidro.....	447
8. Reunión del Colegio y del Seminario de Valencia, y nueva organización de este último.....	449
9. Algunas particularidades de Palma, Manresa y Loyola.....	451
10. Proyecto de Seminario y Colegio en el antiguo de San Hermenegildo de Sevilla.....	452
11. Noviciado en San Luis de la misma ciudad.....	455
12. Bienes de los colegios y su administración.....	455

CAPÍTULO III.—*Vida interna de la Provincia en este período y noticia de algunos sujetos dignos de memoria.*

1. Los Superiores mayores.....	461
2. El Noviciado.....	465
3. Nuestros estudios.....	469
4. Tercera Probación.....	474
5. Estado de la observancia regular.....	475
6. Sujetos dignos de memoria. El P. Faustino Arévalo.....	482
7. El P. Pedro Córdón.....	485
8. El P. Francisco de los Ríos.....	487
9. Los escolares P. Vicente Morera, H. Carlos López Alda, Mariano Creus, Miguel Aldasoro y Daniel Morey.....	489

CAPÍTULO IV.—*Vida interna de la Provincia.—Peligros de una reforma indiscreta.*

1. Reformadores indiscretos: los PP. Ramón José de Frías y Cayetano Seguí.....	498
2. Rigor excesivo.....	505
3. División de ahí originada.....	507
4. Poco acertado informe del P. Morey.....	508
5. Ruidoso suceso de Alcalá.....	515
6. El P. Puyal, retirado de Palacio.....	521
7. Nuevo y más fuerte informe del P. Morey, ya Provincial.....	522
8. Juicio del Padre Roothaan.....	526
9. Postulados de la Congregación Provincial relacionados con esta materia.....	520
10. Las costumbres de la Provincia.....	531
11. El P. Seguí trasladado a Italia.....	539
12. Advertencia final.....	542

CAPÍTULO V.—*La enseñanza y los ministerios espirituales.*

1. Enseñanzas en los colegios y concurso de estudiantes.....	544
2. Privilegio de seguir el <i>Ratio Studiorum</i>	546
3. Validez oficial de los cursos.....	556
4. El <i>Ratio Studiorum</i> revisado.....	559
5. Fruto de los colegios en el orden literario.....	564
6. En el moral.....	570
7. Diversos ministerios espirituales.....	574
8. El mes de Maria introducido en España.....	583
9. Asistencia a los apestados.....	587
10. Beatificación del H. Alonso Rodríguez.....	590

CAPÍTULO VI.—*Persecución y supresión, 1830-1835.*

1. Divisiones políticas aun en el seno de la Familia Real y caracteres de los partidos.....	592
2. La cuestión dinástica y los avances revolucionarios tras los sucesos de la Granja y la muerte del Rey.....	598
3. Temores y primeros trabajos de la Compañía.....	605
4. Las sociedades secretas preparan los horrores del 17 de Julio de 1834.....	607
5. Primeros asesinatos, asalto del Imperial, el Capitán general en la capilla.....	611
6. Muertos, heridos y salvados en el Seminario, en el Colegio y en las calles: el H. Gregorio Muñoz y los demás refugiados en la capilla.....	617
7. Amarguras pasadas por otros; destrozos en la casa; salida de los foragidos.....	626
8. Horrores en varios conventos.....	631
9. Episodios ocurridos con nuestros novicios y algunos Hermanos coadjutores el 17 y el 18 y resumen de las víctimas.....	637

10. La prensa liberal; los autores de la tragedia; la conducta de las autoridades	642
11. Impunidad de aquellos crímenes; juicios del fiscal de la causa y de D. Vicente de la Fuente	650
12. Resultas de aquellos sucesos y persecución de la Compañía.....	654
13. Su causa ante el Gobierno y las Cortes; decreto de supresión.....	659
14. Persecución de los demás regulares y del Clero secular.....	665

CAPÍTULO VII.—*La Provincia de Méjico de 1821 a 1835.*

1. La independencia.....	668
2. Gestiones con la <i>Junta Provisional</i> para el restablecimiento de la Compañía.....	673
3. Con el Congreso, con Iturbide, proclamado Emperador y con una nueva <i>Junta Instituyente</i>	679
4. Caída de Iturbide e insistencia de Puebla en el restablecimiento de la Compañía.....	683
5. Nuevos proyectos en 1831 y 1834.....	685
6. Situación de los sujetos y sus ocupaciones en general.....	685
7. Algunos Padres diputados.....	688
8. Polémicas del P. Arrillaga en la prensa.....	689
9. Otros servicios hechos por él a la Iglesia.....	694
10. Los PP. Luis Gutiérrez del Corral e Ignacio María Lerdo.....	696
11. Informe de este último sobre la Provincia.....	697
12. Muerte del P. Cantón.....	699

APÉNDICE

1. <i>Las dos cartas, primera y última, del Duque de Parma a Carlos IV sobre restablecimiento de la Compañía</i>	701
2. <i>Carta de Pio VI al Duque de Parma para que procure con la corte de España el restablecimiento de la Compañía</i>	704
3. <i>Real orden del Príncipe de la Paz al Gobernador del Consejo para que a los ex-jesuitas que vuelvan a España, se los recluya en conventos solitarios</i>	705
4. <i>Carta de Pío VII a Carlos IV sobre el restablecimiento de la Compañía, que muchos le piden y sería importantísimo; espera la aquiescencia de S. M.</i>	706
5. <i>Carta de D. Pedro Labrador a D. Mariano Luis de Urquijo: Que la del Rey ha estorbado el restablecimiento de la Compañía y quiénes lo promovían en Roma</i>	711
6. <i>Noticia de los sujetos más conocidos, de quienes se sabe por notoriedad que son apasionados, protectores y promovedores de los intereses de la extinguida Compañía y sus individuos</i>	712
7. <i>Breve compendio de lo que a gloria de Dios, bien espiritual de las almas y sana educación de la juventud en costumbres y letras,</i>	

practica la Compañía de Jesús desde su restablecimiento en España, debido a la religiosa piedad, justicia y clemencia de nuestro Soberano, el Señor Rey D. Fernando VII, que Dios guarde	715
8. Razón de los caudales que han entrado y salido en la Depositaria general de Temporalidades de España e Indias desde el principio del año de 1816, en que se pusieron a cargo de la Real Junta de restablecimiento de Jesuitas la dirección y administración de las mismas, hasta hoy día de la fecha, con distinción de lo entrado y salido en cada un año y existencias que quedan en el mismo día, según los asientos que obran en esta Contaduría general de mi cargo	729
9. Orden de la Regencia mandando devolver a la Compañía sus casas y bienes.	732
10. Carta del General de la Compañía a Fernando VII congratulándose con él por la libertad recobrada en 1823	732
11. Contestación del Rey a la carta anterior del P. General	734
12. Cuadro de nuestros estudios superiores.	734
13. Casas y colegios de la Provincia y enseñanzas en éstos.—Respuesta a los interrogatorios de la Real Junta Eclesiástica	737
14. Matrícula y nota de estudios y calificaciones de D. José Zorrilla en el Seminario de Nobles.	739
NDICE ALFABÉTICO DE COSAS Y PERSONAS	741

ERRATAS MÁS NOTABLES

Página.	Línea.	Dice:	Léase:
XIX	13	1814	1914
XLIII	4	graduados	graduandos
XLVII	22	el Marqués	el Ministro
LXXIII	21	Bogatá	Bogotá
LXXIV	17	igualmente menos claro	igualmente claro
16, nota	6	en reconocerlo	en no reconocerlo
179	18	extinción	extinción
357	nota 1. ^a	Serrano	Serrato
677	23	Alemán	Alamán
566	8-9	cálculo infinitesimal de Boucharlat	cálculo diferencial de Boucharlat



080.91
F91
v.1

Historia de la compania
de Jesús / L. Frias

6968

GRADUATE THEOLOGICAL UNION LIBRARY
BERKELEY, CA 94709

